COLECCIÓN **CIENCIA Y TECNOLOGÍA**

Tanto con tan poco

Los estudios literarios en Argentina 1958–2015

Analía Gerbaudo

Los estudios literarios en Argentina y España

Institucionalización e internacionalización

Analía Gerbaudo
Max Hidalgo Nácher

Directores

ediciones UNL

Tanto con tan poco

Los estudios literarios en Argentina
1958–2015

~

Los estudios literarios
en Argentina y en España
Institucionalización
e internacionalización

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

ediciones UNL

Consejo Asesor
Colección Ciencia y Tecnología
Graciela Barranco
Ana María Canal
Miguel Irigoyen
Gustavo Ribero
Luis Quevedo
Ivana Tosti
Alejandro R. Trombert

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
Félix Chávez
Diagramación interior y tapa
Julián Balangero

Imagen de tapa
Escritura (17), de León Ferrari
96 x 185 cm, impresión heliográfica
Sede: Casa Central MAC–UNL

© Ediciones UNL, 2024.

—

Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Gerbaudo, Analía
Tanto con tan poco : los estudios literarios en Argentina 1958?2015 / Analía Gerbaudo ; Prólogo de Nora Catelli. - 1a ed - Santa Fe : Ediciones UNL, 2024.
Libro digital, PDF/A - (Ciencia y Tecnología / Archivos en construcción)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-749-456-3

1. Estudios Literarios. 2. Educación Superior. 3. Crítica Literaria. I. Catelli, Nora, prolog. II. Título.
CDD 860.9982

ISBN Obra Completa 978-987-749-353-5

Serie *Archivos en construcción*
Directora: Analía Gerbaudo
Comité científico de este tomo:
Raúl Antelo, Fernanda Beigel, Nora Catelli, Graciela Goldchluk, Anna Gargatagli, Bénédicte Vauthier.

© Analía Gerbaudo, 2024.
© Raúl Antelo, Nora Catelli, Max Hidalgo Nácher, 2024.

Tanto con tan poco

Los estudios literarios en Argentina
1958–2015

Analía Gerbaudo

~

Los estudios literarios en Argentina y en España
Institucionalización
e internacionalización

Analía Gerbaudo
Max Hidalgo Nácher
directores

Prólogo de Nora Catelli
Epílogo de Raúl Antelo

ediciones UNL

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

UNL
CONICET
IHUCSO LITORAL

CEDINTEL

UNIVERSITAT DE
BARCELONA

INTERCO
SSH

TRANS.ARCH

Índice

Prólogo
Prácticas del documento en la historia de la crítica: entre la ausencia de archivo en Argentina y el exceso de archivo en España / 13
Nora Catelli

~

Preliminares
«El deseo nace del derrumbe» / 23
Una cronología «operativa» (¿un cuento?) / 45

~

PRIMERA PARTE. INSTITUCIONALIZACIÓN

Discontinuidad de las políticas públicas y dos constantes (plebeyas). Derivas / 83

Enseñanza, investigación y publicación, entre instituciones y formaciones / 84

Mimesis, disputa y continuidad: grupos de estudio, centros y proyectos editoriales autogestionados / 85

Espacios de repliegue: universidades privadas, institutos de formación superior / 144

Financiamiento estatal, de organismos extranjeros y auto–financiamiento de la investigación / 150

Capitales requeridos para el trabajo académico
en la universidad y en el CONICET / 175
Formas de acumulación de capitales: herederxs y no herederxs / 187

Expansión institucional asimétrica. Prolegómenos para una cartografía / 217
Fecha de creación de carreras de doctorado / 218
Fecha de lanzamiento de publicaciones periódicas universitarias / 222
Actualización bibliográfica de programas de cátedra / 224
Formación a partir del trabajo de cátedra / 271
Clases, profesorxs y bibliotecas que viajan / 280

Disputas (o la «grieta» como potencia) / 317
Revistas culturales y revistas científicas / 321
Batallas de *Punto de vista* y efectos de campo / 322
Búsquedas y resistencias, de *Contorno* a *Babel* y más allá... / 344
Confluencias disciplinares e hiper–especialización / 354
Más de una agenda, más de un centro / 387
Modos de nombrar, performatividad y agencia / 389
Objetos de los estudios literarios / 436
Por un lugar en el subcampo / 460
Cánones en disputa y otros temblores / 468
Habitus de los campos literario, científico y universitario / 492
Espigones *made in Argentina* / 530
Modos de leer / 536
Intraducción. Razones para una práctica / 538
Apropiaciones y la fabricación de (más de) una tradición / 561

~

SEGUNDA PARTE. INTERNACIONALIZACIÓN

Circulación internacional de nuestra producción. Tendencias / 579

Violencia política estatal, movilidad internacional y efectos / 603
Migraciones (intelectuales) deseadas/forzadas: características / 604
Razones para migrar / 604
Países-destino y razones para elegirlos / 623
Prácticas profesionales y no profesionales en el extranjero / 626
Duración / 642

Derivas de las internacionalizaciones forzadas / 648
Aprovechamiento (estatal) de los capitales acumulados por lxs agentes / 650
Difusión de la producción más allá del perímetro nacional del subcampo / 654
Derroteros paradójicos al cuadrado / 663
El efecto «criollitx» / 664

~

TERCERA PARTE. CIERRE–APERTURA

Una lectura, un cuento (y algo más sobre feminismos, regionalismos–no–regionalistas y otras marcas de agencia) / 671

~

Referencias / 695
Lista de siglas / 763
Lista de documentos, tablas, figuras, gráficos y cuadros / 767

Epílogo
«¿Qué se ve según la toma de posición desde la que se fabrique el objeto?» / 769
Raúl Antelo

Simplemente, gracias... / 777

Sobre lxs autorxs / 785

~

Material complementario
/ en ficheros diferenciados

Anexo 1. **Mapas**
Anexo 2. **Trayectorias**
Anexo 3. **Entrevistas**
Anexo 4. **Una auto–bio–grafía**
Anexo 5. **Un testimonio**

Para acceder a los anexos escanear el Código QR

A Nora Catelli y Raúl Antelo,
por la confianza en lo que podíamos
(y por todo lo demás).
A mis médicxs.
A Félix, el amor de mi vida.
A Daniela Dorfman, por la amistad y por la vida, sin más.
A Gisèle, por todo, por tanto.

Prólogo

Prácticas del documento en la historia de la crítica: entre la ausencia de archivo en Argentina y el exceso de archivo en España

Nora Catelli

Ausencia y exceso

En pocas ocasiones una investigación sobre las instituciones que rodean o constituyen el estudio de la literatura y de las humanidades muestra, de manera palpable y eminente, que los rasgos nacionales deben mantenerse visibles ante los investigadores.

Gracias a tal necesaria visibilidad, este libro reconstruye lateralmente las diferencias —genealógicas, cronológicas, sistemáticas— entre la vida universitaria, social y discursiva en torno de la transmisión del estudio de las humanidades. No las oculta; las hace asombrosamente reveladoras.

El primer distingo: Gerbaudo piensa la Argentina de estas instituciones desde y para la Argentina. Puede decirse que es capaz de focalizar con mucha precisión su objeto y prescindir de los asedios de una extensión continental del archivo. Se mueve naturalmente en esa zona. Sería estimulante preguntarse qué pasaría si Gerbaudo sometiera a examen correlatos próximos. Si hiciera un latinoamericanismo de la institucionalización. Al fijarnos en el corpus inicial del estudio tal como lo relata Gerbaudo se advertirá que no estoy errada. El corpus incluía Argentina, Brasil, Francia, Italia, Reino Unido, Austria, Países Bajos, Hungría, Alemania y Estados Unidos. No están los próximos. Quien haya asistido, en distintos congresos del continente, a intervenciones de colegas uruguayos o chilenos emergentes de las nuevas condiciones de institucionalización (mundial) de los últimos cuarenta años —tras las caídas de las dictaduras de los años setenta o su lenta disolución, como sucede con

Chile— advierte filiaciones —y afiliaciones— muy poco compartidas. Casi se podría invitarla a que emprendiera esa tarea.

Otro elemento interesante es que Gerbaudo no necesita a España. Este libro pone de manifiesto una idea que he sostenido alguna vez. Más que una idea es una inferencia, resultado de una tarea crítica llevada a cabo en España con un bagaje no español. Diría que aunque quede en pie la hegemonía editorial de la península —solo desde el punto de vista mercantil— cabe pensar que la circulación de la teoría y la crítica de los últimos cuarenta años es la tercera prueba de la autonomía de los sistemas literarios latinoamericanos.

La primera prueba fue Rubén Darío; la segunda, el emerger de la literatura moderna —desde César Vallejo y Jorge Luis Borges a los autores de los años sesenta—. La tercera, dentro del ámbito en lengua castellana, es la circulación del pensamiento latinoamericano, no solo a través de la continuidad de su actividad traductora sino también por usos de la teoría que se configuran en ese espacio. Incluso ahora, cuando se atiende al surgimiento de los estudios postcoloniales, se observa que al llegar a Latinoamérica el paradigma anglosajón no tardó en ajustarse a las exigencias de una periodización y una disposición conceptual e histórica de características idiosincrásicas.

Pero España exige otra aproximación. Al contrario de Gerbaudo, que hace archivo donde no lo había, Hidalgo, consciente de este modelo de circulación trasatlántica, se enfrenta a uno existente, descomunal, casi oceánico: el español. Hay una razón histórica: en la Argentina las discontinuidades de las instituciones fueron abundantes pero breves, y eso le confiere a la idea y práctica del «cuento» que propone Gerbaudo una efectividad central. Por esa condensación temporal ella puede sostener que se trata de

> reconstruir procesos históricos sobre los que no hay archivo y (...) analizar la relación entre prácticas del agente y tomas de posición sobre dichas prácticas (se examinan articulaciones, desarticulaciones, agregados, solapamientos, insistencias, etc., entre las autofiguraciones [Gramuglio, 1992] y las prácticas efectivas).

Regalo envenenado para Hidalgo. Cuando en 2016 Gerbaudo publicó *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984–1986)* le brindó a aquel, sin saberlo, un concepto que Hidalgo decidió convertir hasta cierto punto en consigna: «exhumar». Pero exhumar en España impide cerrar las fronteras o constreñir la datación. Nuestro exilio argentino duró entre siete y ocho años —después hubo y ha habido migraciones, pero ya no destierro—. El español duró cuarenta. Los términos que usa Hidalgo para hablar de este largo período solo tienen parangón con

los usados para referirse a los exilios o controles interiores del régimen soviético: por alcance demográfico y por extensión temporal.

Hidalgo es consciente de lo hercúleo de la empresa y eso justifica que la cita sea extensa, porque en ella se advierte la imbricación de estratos ideológicos y políticos que siguen esperando una conclusión y que competen a las élites españolas de todo tipo, desde las universitarias a las judiciales y legislativas:

> Esta investigación que aquí queda provisionalmente en suspenso quiere ser una contribución al estudio teórico de las prácticas críticas en su historicidad y problematicidad efectivas. Si bien la problemática que está aquí en juego es eminentemente discursiva, la investigación no ha rehuido las múltiples dimensiones materiales con las que esta se articula. Como hemos visto, se hace muy difícil entender las transformaciones de la crítica literaria desde la segunda mitad de los años sesenta desgajándolas de la historia política y social de España, marcada en lo más inmediato por la larga dictadura franquista en sus estertores. Ahora bien, la dictadura franquista, al extinguirse por agotamiento biológico del Dictador, además de imprimir la marca de casi cuarenta años de sujeción y minoría de edad, se continuará por lo que José Bergamín llamó «el franquismo sin Franco» (1976a) y que, a través de un discurso de la *reconciliación nacional*, basado en lo que «suele llamarse *pacto de olvido, de silencio o de mordaza*» (Clavero, 2014:22), que habría desembocado en «una amnesia constitucionalizada, inmune incluso a despertares de memoria» (125). Por todo ello es posible referirse a la actual democracia, leyendo a contrapelo la llamada Transición —la cual se hizo «de espaldas al pasado» (Balibrea, 2017c:302)—, como *posdictadura* (Gerbaudo, 2016), lo que permite llamar la atención sobre las marcas que la larga dictadura franquista dejó no solo en lo político, sino también en lo económico, social, académico, cultural, crítico, literario y subjetivo, marcas que, aunque denegadas, aún están presentes en los cientos de miles de cuerpos sepultados en fosas comunes cuyas exhumaciones no han sido hasta hoy promovidas por el Estado, sino por asociaciones ciudadanas, y las cuales, cuando han podido realizarse, lo han sido sin la presencia judicial y los efectos jurídicos consecuentes. El anteproyecto de Memoria Democrática aprobado en 2020 propone, entre otras medidas, que el Estado se haga cargo por vez primera —más de ochenta años después del fin de la Guerra Civil y más de cuarenta años después del fin de la dictadura— de la exhumación de los cuerpos de las víctimas de la violencia de Estado franquista. Este estudio quiere colocarse en la línea de un trabajo de «exhumación» entendido como «rescate de géneros o textos rechazados, ocultos, desvalorizados que, como en un bucle extraño, sufren alguna modificación a partir de esa práctica», tal como plantea Analía Gerbaudo (2016:41) en su reconstrucción de las clases

de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura. El ingente trabajo que ha realizado hasta la fecha la investigadora argentina es, de hecho, el que ha abierto la posibilidad de una investigación como esta que aquí presento, la cual ha alentado infatigablemente, con un entusiasmo infinito, desde la otra orilla.

El trabajo

María Teresa Gramuglio pronunció, hace mucho tiempo, una frase que se convirtió en una consigna para muchos de sus alumnos y lectores: «en la universidad, contra la universidad», traducida más tarde, a causa de la internacionalización del léxico erudito, como: «en la academia, contra la academia».

Gerbaudo se doctoró en 2005 y pertenece a una generación que fue desde la devastación de la universidad (1975–1983) hacia la universidad lentamente reorganizada desde Alfonsín a Kirchner, pasando por la indigencia neoliberal de los dos gobiernos de Menem. Por eso concibe su trabajo y el de su equipo de dos maneras. La primera es una puesta a prueba civil de su formación intelectual frente a la reposición y organización del archivo, su sistematización y jerarquización. La segunda manera se formó en ese tránsito entre las bibliotecas argentinas inexistentes, aún hoy despojadas y empobrecidas, y la suya propia, que cristalizó en su tesis. Este segundo modo nos hace explícito su aparato de pensar: en su discurso, en su aparato de notas, en su instrumentación de conceptos, en tanto ellos participan políticamente de la construcción del archivo:

> Probablemente no sin riesgos, avanzamos sobre parte de lo que no se sabe alrededor de la institucionalización y la internacionalización de las letras en Argentina, Brasil y España haciendo de la falta una ocasión para la intervención política. Si la política supone la explotación del «espacio de tensión que se abre entre las grietas de cualquier orden, precisamente, porque ningún orden agota en sí mismo todos sus sentidos ni satisface las expectativas que los distintos actores tienen sobre él» (Rinesi, 2003:23) (...) esta serie (...) se inscribe en lo que hemos denominado en otros lugares «política de exhumación».

En cambio, más que exhumar, que desenterrar, que sacar restos de la tierra para volver a escrutar y, quizá, reescribir un acta de defunción, Hidalgo, quien se doctoró en 2013 y pertenece a una generación nacida y educada en la democracia española, se verá obligado —y así lo hace, de manera rigurosamente panorámica— a dialogar con bloques inamovibles pero vivos, que se

desplazaron desde el último franquismo hacia la democracia con escasas modificaciones institucionales. Se trata de textos, organismos, sistemas de traducción y de absorción intelectual sostenidos, siempre vigentes, con muy pocos cambios conceptuales y con una enorme capacidad de atenuación de aquellos hitos del pensamiento del siglo xx que se han llamado «rupturas epistemológicas».

Sería ocioso por mi parte glosar a Gerbaudo o a Hidalgo; solo quiero hacer la observación de una diferencia elocuente que quizá los propios autores no perciban: ¿a qué comunidad pertenece Gerbaudo; a cuál Hidalgo?

Hay una comunidad amplia a la que Gerbaudo pertenece y que es parte de un consenso epistemológico dentro de la universidad y de los sistemas de investigación argentinos: aunque haya escuelas enfrentadas y se practiquen la discusión y la confrontación abiertas. Pero todas esas escuelas participan de lo que se podrían llamar supuestos compartidos en su concepción de las disciplinas, en su diálogo con el pensamiento moderno y sus derivas actuales.

Hidalgo, al revés, está construyendo una comunidad, acompañado de los estudios de Esther Pino y de otros investigadores jóvenes y casi siempre periféricos. La historia intelectual peninsular está por hacerse y sus protocolos son difícilmente percibidos hoy en la producción de los protocolos académicos, que suelen usar rótulos («campo literario; campo intelectual», para citar al ya clásico Pierre Bourdieu) sin ninguna incorporación, como observa el propio Hidalgo, de los conceptos que los rótulos suponen.

Por eso pienso este libro como parte de la Historia, a través de dos investigaciones complejas, ricas y lúcidas. Por eso lo he llamado en el prólogo «prácticas del documento en la historia de la crítica».

Uso a conciencia el término «documento»: a través de este se prueba, se enseña, se transmite. Muchas veces, en nuestros estudios actuales, dentro de las humanidades, se opone documento a fantasía, ficción, creación. Se olvida así que los historiadores saben que los recursos son, en uno y otro caso, los mismos: que su estatuto se mezcla, y que, como muestran Gerbaudo e Hidalgo, son sus circunstancias nacionales las que vuelven más ostensibles unos procedimientos u otros. El «cuento» de la primera incorpora al archivo la discursividad de la rememoración y la redefine. La «excavación» del segundo pretende acceder a «algunas series históricas que nos permitan disponer de algunas herencias denegadas, para ensayar modos de desactivarlas tanto en el terreno de la crítica como en el propio campo historiográfico». Es decir, Hidalgo quiere hacer visible el peso intelectual del franquismo para «desactivar» su herencia.

Ambos trabajos son fundamentales para pensar la circulación del pensamiento y la creación —más allá de sus géneros— en nuestros

ámbitos. Ambos invitan a medir similitudes y diferencias. Y, sobre todo, ambos invitan a abandonar tópicos acerca de los juegos de poder en nuestras tradiciones. Queda abierto así un espacio común, el del diálogo. Sin fusión, sin fascinación, sin rechazo: la distancia justa.

Tanto con tan poco
Los estudios literarios en Argentina (1958–2015)

~

Analía Gerbaudo

No habría experiencia sin riesgo.
JACQUES DERRIDA

Hablar de campo es romper con la idea de que los científicos forman un grupo unificado, homogéneo.
PIERRE BOURDIEU

Lo que está cambiando es quién decide lo que vale la pena.
GRACIELA GOLDCHLUK

Preliminares
«El deseo nace del derrumbe»

El último tomo de la imponente *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik arranca con una pregunta de Jorge Monteleone que trae el eco de las *Tesis de filosofía de la historia* de Walter Benjamin:

> ¿Qué es el presente? El relámpago. (...) Pero ese relámpago ilumina en ese instante del *ahora* aquello mismo que conforma su propio resplandor: lo que *ha sido*. (...) En la imagen que relampaguea en el ahora de lo cognoscible es preciso captar lo que ha sido y eso, solo eso puede salvarlo. (2018:7)

Preguntar por el presente es preguntar por el pasado, por las astillas de otro tiempo incrustadas en el que corre con el imperativo de hallarlas y, en el mismo movimiento, reconocer la dificultad de esa empresa: admitir que no es posible reconstruir el pasado «como "verdaderamente ha sido"» (7). De este modo, el límite en lo que puede ser «captado» tanto del pasado como del presente se incluye, no como falla ni accidente sino como condición estructural originaria: «se trata de adueñarse de un recuerdo "tal como este relampaguea en un instante de peligro"» (7) transido por los obstáculos que a su identificación le imponen los condicionantes que atraviesan toda lectura, inevitablemente situada y nunca neutra, más allá de las inútiles im–posturas de asepsia. Monteleone previene a su lector.a.e[1] respecto de lo que encontrará en el

1. Empleo el lenguaje «descentrado» o «desalambrado» (Theumer, 2018; Moreno, 2019) alternando la «x» con las flexiones al uso (o.a.e.) por razones tanto estéticas como de economía

volumen que introduce: «una radiografía parcial de lo dado y de lo que ha sido, en el acontecer del presente» (13). Un volumen del que retoma un artículo que, según entiende, «abisma en espejo» la historia literaria que se cierra con ese tomo. Se trata de un texto de Raúl Antelo que envía a otro de Julio Schvartzman (2013) que, a su vez, envía a Jorge Luis Borges. A partir de esa y otra cadena de relaciones, Antelo alertaba: «No hay suceder sino coexistencia de diversos pasados en el presente» (2018:721).

Estas precauciones se actualizan al tratar un asunto espinoso. Monteleone incurre en el uso de la palabrita «posdictadura» (2018:13). Y solo con eso, solo por nombrar de ese modo, toma posición: reconoce restos de un tiempo anterior en ese que habita. Así cuando refiere al «resurgimiento de la democracia argentina en diciembre de 1983» se cuida en señalar los «numerosos avances y retrocesos hasta el cambio de siglo cuando se produce la crisis institucional de 2001», una consecuencia del «proyecto económico que la misma dictadura impuso» (11). Sin ambages apela al término «fundamentalismo de mercado» para referirse a un modelo que «destruyó el aparato productivo nacional con sus secuelas de fuerte endeudamiento externo, ajustes estructurales, aumento de la pobreza y la desocupación, contextos inflacionarios y devaluaciones» (11). Un modelo que «condicionó y procuró disciplinar los sucesivos años de la democracia, especialmente en la década del noventa, con retornos en nuestros días» (11). Y por si no quedara claro, remata: «el fundamentalismo de mercado no fue derrotado con el final de la dictadura» (2018:11).

El análisis que sigue es tributario de esta toma de posición desde la que no se vacila en hacer caer juntos a Pablo Calvo en *Viva* con Joseph Stiglitz, León Rozitchner, Silvia Scwärzbock y Héctor Libertella cuando la argumentación lo requiere. Lo seguimos también ahí: nos importan los fundamentos y su potencia para enriquecer el análisis de los problemas que estudiamos. «No dejar documento sin leer, no dejar archivo sin consultar porque donde menos te lo esperás, ahí surge un nuevo eslabón, una nueva conexión para hacer la orfebrería, la construcción, más cuidada y más sólida», señaló Antelo durante una clase abierta que volvió sobre su manera de leer (cf. Antelo, 2022a). «Nada, en principio, me resulta ajeno», había aclarado en otra, apenas un tiempo antes (cf. Antelo, 2021a). Notas propedéuticas sobre el «intento de reunir la mayor cantidad de conexiones» (cf. Antelo, 2022a) entre los objetos que convergen en su inconfundible mesa de montaje. A pesar de su im–posible mimesis, el análisis que continúa comparte, al menos, esa obsesión.

---

lingüística: opto, cada vez, por los recursos que imagino menos fatigosos para la lectura.

Circunscribir el subcampo a estudiar a un perímetro nacional de bordes porosos (como se verá en lo que sigue) no nos exime de escudriñar los condicionantes de orden «transnacional» (Sapiro, Leperlier, Brahimi, 2018; Sapiro, 2020c) que lo atraviesan (nunca más «relativa» la «autonomía» pregonada por Pierre Bourdieu como marca de los campos que cuando ese carácter aparece enmascarado bajo una supuesta libertad de acción que, mientras desconoce los condicionantes, refuerza la dominación simbólica que sojuzga las prácticas). Describo, como diría Jorge Panesi, «una corriente en la que nadamos» (2003:13). Esta frase debiera imprimirse, por si acaso, a modo de recordatorio, en cada página de este libro o, tal vez, debiera haberse insertado entre los epígrafes a partir de los que me pronuncio sobre el lugar del riesgo y de la disputa en la dinamización de los campos (la lucha por la definición de sus reglas de juego es inherente a su funcionamiento).

Los resultados que aquí se presentan aspiran a contribuir en la reconstrucción de los sinuosos y multideterminados procesos de institucionalización[2]

2. A partir de los resultados del proyecto INTERCO SSH, Gisèle Sapiro afinó los conceptos «institucionalización» y «desarrollo profesional». Junto a Eric Brun y Clarisse Fordant definió al primero como el «desarrollo institucional de las disciplinas» y al segundo como el proceso de configuración de asociaciones y grupos que defienden sus intereses específicos interviniendo en la regulación de sus prácticas (cf. Sapiro, Brun y Fordant, 2019:27). Estos planteos precisan caracterizaciones anteriores (cf. Sapiro, 2017a, 2017b): en estas formulaciones previas el «desarrollo profesional» (Abbott, 1988) se ligaba a variables centralmente económicas. Por ejemplo, en *Profession?* Écrivain examinaba la situación de lxs escritorxs en Francia. El título del libro anticipaba sus conclusiones: su investigación reveló la tensión entre la profesionalización de la actividad de «escritor.a.e» y su «precarización creciente» (Sapiro, 2017a:7). Su estudio se valió de datos tomados de entrevistas a escritorxs que escudriñó desde indicadores cualitativos a los efectos de «poder comparar las trayectorias» y caracterizar las «modalidades de ejercicio de la actividad» (12). De sus resultados se desprende un concepto operativo de «precarización» que, por otro lado, complejiza el de «desarrollo profesional» en intersección con sus nuevos desarrollos. Sobre la base de estas formulaciones, atendemos a los siguientes aspectos al momento de examinar el «desarrollo profesional» en el campo de las letras: 1. se analiza si lxs agentes logran sostenerse económicamente a partir de su actividad específica (1.a. si la respuesta es positiva, se diferencia si pueden concentrarse en su línea de investigación o si deben diversificarla o abandonarla; 1.b. si la respuesta es negativa, se verifica si toman otros trabajos o si optan por emigrar); 2. se analizan continuidades y cambios de situación en las trayectorias laborales; 3. se atiende a la correlación entre situación laboral, producción científico–cultural y asociaciones de las que se participa y/o se promueve atendiendo a continuidades y discontinuidades de las políticas estatales. Es importante tener presente que: a) no hay un correlato necesario entre «desarrollo profesional» de lxs agentes y «autonomía relativa» del subcampo; b) el «desarrollo profesional» no está necesariamente ligado a la «institucionalización». Estas distinciones son importantes para el análisis del subcampo de los estudios literarios en Argentina dados los efectos diferenciales de la violencia

de los estudios literarios en Argentina y de su internacionalización entre 1958 y 2015.[3] A pesar de trabajar sobre una muestra, el volumen de materiales recogidos, necesario para ir más allá del caso en función de detectar patrones del subcampo[4] en el largo período estudiado (me apresuro a aclararlo: pero sin desestimar lo que el estudio de caso aporta dado el grado de detalle al que obedece su análisis), llevó a privilegiar la caracterización de tensiones. Con esto se busca evitar tanto una im–posible cronología como la propensión, magistralmente descripta por Ana Teresa Martínez, a con–fundir estados del campo con estados de sus polos centrales y/o a caracterizar polos marginales «como quien yuxtapone piezas diversas pero equivalentes de un rompecabezas» (2013). Se trata, cabe prevenirlo, de un ejercicio inicial que reclama otras investigaciones por–venir, además de las ya anunciadas (cf. Gerbaudo en Hidalgo Nácher, 2022a), no para «completar» (Agüero y García, 2013) sino para complejizar este bosquejo de descripción relacional del subcampo de los estudios literarios. Un boceto que busca poner de manifiesto hasta qué punto las instituciones situadas en diferentes polos del subcampo y amalgamadas bajo el nombre «universidad pública» movilizan temporalidades diversas en un mismo corte del presente. Se trata de un espacio social heterogéneo imposible de ser captado como tal si construimos los diagnósticos solo a partir de lo que acontece en los polos centrales. Es por ello que a la figura del «destiempo» que pareciera colocar una suerte de reloj en alguno de esos polos, oponemos la de los presentes no sincrónicos que permite describir los procesos de institucionalización de los estudios literarios y de su internacionalización desde una lógica diferente a la del atraso o a la de la falta. Una lógica atenta a la singularidad y al carácter situado de las prácticas.

El período se recorta entre dos ciclos de apoyo estatal a la ciencia y a la educación. El primero va desde 1958 hasta 1966, es decir, desde el año de fundación del CONICET (el organismo de investigación más prestigioso del país) y de EUDEBA (una de las editoriales universitarias que marcará el campo editorial e

estatal sobre algunas líneas u objetos, no solo durante las dictaduras sino también durante diferentes momentos de los ciclos posdictatoriales (para el concepto de «posdictadura», ver el apartado «Preliminares» en el Tomo 1 de este volumen [cf. Hidalgo Nácher, 2022a]).

3. Una vez concluido el proyecto INTERCO SSH (2012–2017), modificamos el período propuesto por Sapiro que comprendía desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta 2010. Decidimos analizar cómo se configuró el campo de las letras (estudios literarios, lingüísticos y semióticos) entre dos momentos excepcionales para su institucionalización debido a las políticas públicas generadas por los gobiernos a cargo de la gestión del Estado.

4. Sobre los conceptos «campo», «subcampo» y «archivo», ver el apartado «Preliminares» en el Tomo 1 de este volumen (cf. Hidalgo Nácher, 2022a).

intelectual, ya sea de modo directo, ya sea de modo indirecto vía la continuidad de su política en el CEAL) hasta el año del golpe de Estado liderado por Juan Carlos Onganía. El segundo ciclo va desde 2004 a 2015: durante ese lapso las políticas estatales fortalecieron y expandieron tanto el sistema educativo como el científico a través de la creación de nuevas universidades públicas (cf. Anexo 1, Mapas), la inversión en infraestructura, el aumento de carreras de doctorado y de becas destinadas a realizar estudios doctorales en el país,[5] la repatriación e incorporación de científicxs al CONICET y la promoción de la internacionalización. En las elecciones de 2015 triunfó una coalición de derecha que interrumpió este desarrollo (Beigel y Sorá, 2019; Chicote, 2019; Contreras, 2020).

Lo relevado sobre la institucionalización de los estudios literarios en Argentina y su internacionalización durante y entre estos dos ciclos se organiza en dos grandes partes: una para cada proceso con una tercera que, más que una síntesis de lo ya desarrollado, intersecta las conclusiones esbozadas en cada capítulo con debates del presente. Un «bucle extraño» (Hofstadter, 1979) sobre nuestros resultados: contar con más datos empíricos sobre nuestras prácticas de internacionalización aporta más elementos para analizar las de institucionalización (no se trata solo de precisar nuestras posibilidades de circulación transnacional sino también de detectar qué tradiciones marcan las nuestras y con qué consecuencias). Estamos ante dos procesos imbricados con una intensidad y con efectos de campo tales que solo pude descubrir hacia el final del trabajo, es decir, luego de examinar la base empírica de la que se derivaron estos resultados. Desde luego, el concepto de «internacionalización» no quedó intacto: la idea de que pasamos de «lo nacional» a «lo internacional» como quien cambia de espacio (o más gráficamente: como si se tratara de un viaje que supusiera salir del territorio argentino) se vio horadada al descubrir hasta qué punto prácticas institucionalizadas tanto en el CONICET como en la universidad están atravesadas por «referencias y modelos extranjeros» (Sapiro, 2020c; Sapiro, 2022a; Sapiro y Fondu, 2023).

Lo que aquí se expone es una primera lectura de materiales puestos a disposición para otras investigaciones por–venir, a saber: relevamientos «en borrador» (Bourdieu, 2001a:198) de las carreras de letras en universidades

5. Según Fernanda Beigel, durante este ciclo, Argentina había «revitalizado» su «antiguo rol» como «centro periférico»: las becas del CONICET, destinadas a estudiantes argentinxs y extranjerxs, combinadas con la oferta de carreras de doctorado «de calidad a costos mucho más bajos que otros países de la región» la habían convertido en un «polo de atracción para estudiantes latinoamericanos» (2017:828). Este diagnóstico se entrelaza con otros que ponen de relieve el capital simbólico regional detentado por el país en un arco temporal expandido y en los campos literario, editorial, intelectual y cultural (Rocca, 2009; de Castro, 2021; Corral, 2021).

públicas y privadas hasta 2015, un cartografiado del sistema universitario argentino hasta esa fecha y una edición de la mayor parte de las entrevistas realizadas a lxs agentes de la muestra (cf. Anexos).

Se ensaya, en definitiva, una lectura del accidentado proceso de institucionalización de las letras en Argentina y de su particular internacionalización (a veces, disparatada; otras, forzada; en ocasiones, planificada y deseada y/o convertida en instrumento de agencia; de cualquier modo, en todas sus variantes, con derivas remarcables que, en no pocas oportunidades, rayan la paradoja). Los resultados ratifican la afirmación del artista y sociólogo argentino Roberto Jacoby: «el deseo nace del derrumbe» (1986). Agrego dos expresiones que tampoco me pertenecen. La primera, tomada del libro homenaje que algunxs de lxs discípulxs de Pierre Bourdieu rindieron al maestro: *La libertad por el conocimiento* (Bouveresse y Roche, 2004). La segunda, de un ensayo de Beatriz Sarlo (1993a): «tanto con tan poco». Con los desplazamientos del caso, me valgo de ellas para insinuar las hipótesis que articulan lo que sigue: un relato sostenido en los materiales que pude analizar (mucho menos de los que pude reunir)[6] y en la escucha de algunos significantes repetidos con insistencia en los testimonios de lxs agentes que llevaron adelante las prácticas estudiadas. Un relato que ha intentado explicar cómo se conjugan y a qué hicieron lugar, en un subcampo específico, la discontinuidad de políticas públicas, la precariedad y la agencia tramitada, entre otras vías, por el conocimiento que permite visibilizar, en un enrevesado juego de bucles extraños, qué condiciona las prácticas que se pretenden «libres» y «autónomas».

Decisiones[7] metodológicas. Categorías de análisis

Para el estudio del proceso de institucionalización de las letras en Argentina partimos de las dimensiones de análisis propuestas por Sapiro (2012a) al diseñar el proyecto INTERCO SSH: I. enseñanza (fecha de creación de la carrera,

6. La serie Archivos en construcción proyecta una importante cantidad de volúmenes destinados a exhumar y analizar estos materiales que se pondrán a disposición en acceso abierto y gratuito.

7. Jacques Derrida reserva el término «decisión» para aquella acción «responsable» que no se limita a «poner en marcha un saber determinable» ni es «la consecuencia de algún orden preestablecido» (1996:38) sino que, por el contrario, supone asumir un riesgo ante la necesidad de elegir entre las opciones disponibles sabiendo que, cualquiera sea la resolución que se tome, implicará seguir un camino y dejar de lado otro, con las pérdidas y ganancias exploratorias implicadas. Se trata de una actuación de la lógica de la *différance* (Derrida, 1967a, 1972a).

número de ingresantes por año, número de profesorxs por disciplina [% de mujeres, % de extranjerxs, % de doctorxs]); 2. investigación (instituciones de investigación y acuerdos); 3. publicaciones (creación de revistas científicas en la disciplina [fecha, perfil], creación de revistas temáticas e interdisciplinarias, colecciones editoriales especializadas); 4. organización profesional (creación de sociedades académicas o asociaciones profesionales en la disciplina [fecha, número de miembros, categorías], mecanismos de evaluación pública y de distinción, mercado de trabajo). No obstante, tanto al momento de recoger los datos como de analizarlos fue necesario realizar ajustes en función de las particularidades del trabajo con las letras en una periferia atravesada por la violencia política estatal.[8]

El análisis de casos[9] facilitó la redacción, en un tiempo muy breve, de un primer informe (cf. Gerbaudo, 2014). En un país con archivos precarios[10] que, en el arco temporal recortado en los comienzos del proyecto, entre 1945 y 2010, modificó notablemente su cartografía universitaria (cf. Anexo 1, Mapas), diagramar el estudio en términos de casos situados en distintos polos del campo permitió construir una base sólida a partir de la que obtuvimos síntesis pro-

8. Este concepto se desprende de los cursos dictados por Bourdieu entre 1989 y 1992 en el Collège de France. Su definición de Estado parte de una formulación compleja que desdobla en tres movimientos: en primer lugar, lo caracteriza como el detentor del monopolio de la violencia física y simbólica legítimas; en segundo lugar, indica que alcanzaría con mencionar la violencia «simbólica» en tanto instrumento de habilitación de la violencia física; en tercer lugar, se aparta tanto de su demonización como de la minusvaloración de su papel. Estamos ante un campo tensionado con otros (mediático, religioso, económico, político, militar, educativo, científico, intelectual, artístico, editorial, etc.) en lucha por la distribución y el ejercicio del poder (Bourdieu, 2012:489). En definitiva, Bourdieu diseñó un instrumento heurístico sutil para analizar, por un lado, el complejo funcionamiento de los poderes mientras instigó a observar qué se puede desde diferentes campos específicos y qué pueden lxs agentes en esa estructura (sus formulaciones batallaron tanto contra los determinismos como contra los voluntarismos–voluntaristas). Sus estudios empíricos fundamentaron por qué las políticas que promueven el retiro del Estado desde los gobiernos a cargo de su gestión ejercen una forma sutil de violencia dada la deliberada desprotección de los sectores más vulnerables y vulnerados (cf. Bourdieu, 1993; 2012:574).

9. Hablo de «ejemplo» cada vez que tomo un elemento de una muestra mayor donde hay otros que hacen serie con este y hablo de «caso» cada vez que me detengo en una emergencia singular dentro de un conjunto de elementos que, por las razones especificadas, amerita su análisis detenido y exhaustivo.

10. Solo algunos de los documentos consultados para esta investigación cumplen con al menos una de las condiciones estipuladas por Derrida (1995a) para ser considerados parte de un «archivo»; apenas algunos, con las dos. A esto se suma la escasa fiabilidad de ciertas fuentes (Gerbaudo, 2014:34).

visorias. Como aprendimos de Pierre Bourdieu y de Loïc Wacquant, «un caso particular, bien construido, deja de ser particular» (1992:57).

Seleccionamos cuatro universidades entre las más antiguas de Argentina (ver Anexo 1, Mapas); tres situadas en «polos dominantes» del campo (UBA, UNLP, UNR)[11] y una en un polo periférico (UNL). Al momento de ordenar la información recogida sobre cada dimensión de análisis, advertimos la necesidad de reponer lo acontecido en los espacios que Raymond Williams llama «formaciones» (Williams, 1977): para dar cuenta de la dinámica del campo, en especial durante las dos últimas dictaduras,[12] resultó imperioso relevar también las acciones realizadas por lxs agentes[13] fuera de las instituciones ya que fue en estos espacios donde se pudo trabajar con mayor autonomía. En buena medida fueron los capitales científico, cultural, simbólico y social adquiridos gracias al trabajo en formaciones autogestionadas (algunas clandestinas)

11. La UNR se fundó en 1968. Es un desprendimiento de la UNL. El polo Rosario, ineludible en cualquier análisis de la institucionalización de las letras en Argentina dado el modo en que disputa y logra la centralidad en más de una línea del subcampo en diferentes períodos, pasó de la UNL a la UNR.

12. En «La academia fuera de la universidad», Pablo Buchbinder repone datos sobre la configuración de este tipo de formaciones durante los primeros años de la década de 1950 «sobre todo en Buenos Aires pero también en algunas ciudades del interior del país»: «El mundo editorial, algunos establecimientos prestigiosos de segunda enseñanza y ciertos institutos privados constituyeron los principales núcleos de socialización y trabajo de quienes no podían desarrollar sus actividades académicas en el ámbito estatal y no habían optado por el exilio» (2005:162). Su reconstrucción intersecta los factores transnacionales que incidieron en la colocación de las publicaciones argentinas en el espacio de circulación circunscripto por nuestra lengua (pensar el campo desde el perímetro nacional exige atender a los condicionantes de orden transnacional que lo atraviesan): «la industria editorial había experimentado un notable desarrollo durante los años treinta. La crisis económica del 29, la Guerra Civil española y la consecuente crisis de la industria editorial de ese país convirtieron gradualmente a Buenos Aires en uno de los centros principales de producción de libros de todo el mundo de habla hispana. Surgieron en este contexto algunas editoriales que privilegiaron la difusión de obras de carácter científico y pedagógico como Abril o Paidós donde trabajaron varios científicos destacados marginados por entonces de la universidad, tales los casos de Gino Germani y Oscar Varsavsky» (162).

13. Bourdieu empleó el término «agente» desde una prudente distancia tanto de la omnipotencia racionalista como del voluntarismo–voluntarista. El concepto permite leer cómo en las acciones de un sujeto se conjugan habitus (producto de una historia incorporada), su trayectoria desarrollada en la tensión entre lo posible y lo pensable, su subjetividad, sus tomas de posición y la posición que ocupa en un campo tensado por la distribución desigual de capitales. Se trata de una definición relacional y topológica cuya fuerza heurística reside en situar las disposiciones individuales y las determinaciones subjetivas en el marco del espacio social de actuación con sus condicionantes (cf. Bourdieu, 2001b).

durante las dictaduras y/o en el exilio los que explican las prácticas de enseñanza e investigación que se institucionalizaron apenas restituida la democracia, en 1983. Por ejemplo, la rápida constitución de entrenados equipos de cátedra que llevaron al aula bibliografías actualizadas y resultados de investigaciones sistemáticas, si bien no oficializadas; la inmediata publicación de libros; el ingreso de varios de estxs agentes al CONICET, etc., exigió dar cuenta de ese accionar previo, en buena medida, de carácter subterráneo (cf. Caisso y Rosa, 1987; Villalonga, 2022).

Por último, la dimensión «organización profesional» que comprendía al «mercado de trabajo» exigía detallar sus cambios atendiendo tanto a la discontinuidad de las políticas públicas como a la desinstitucionalización de ciertas construcciones de objetos debido a la violencia estatal. Dada la cantidad de información requerida para este punto (a lo que se agregaba la dificultad para obtener datos precisos sobre la planta docente de las unidades académicas),[14] lo postergamos para analizarlo al momento de estudiar el proceso de internacionalización (cf. Gerbaudo, 2014).

Las dimensiones seguidas en el examen de la internacionalización de los estudios literarios se orientaron por investigaciones previas (Bourdieu, 2002; Heilbron, Guilhot y Jeanpierre, 2009; Heilbron y Gingras, 2009; Sapiro, 1999, 2009a; Boschetti, 2009; Sapiro y Bustamante, 2009) y por criterios propuestos para el proyecto INTERCO SSH (Heilbron, Boncourt, Sapiro y Sorá, 2014). Fijamos cuatro: 1. movilidad; 2. cooperación; 3. publicaciones; 4. traducciones (intraducción; extraducción). Los indicadores construidos a partir del análisis se explicitarán al tratar los problemas.[15]

14. Esto obedeció a varias razones: 1) en las instituciones no se había sistematizado esta información; 2) la información disponible variaba según el organismo que la suministraba; 3) en algunas instituciones no se pusieron a disposición las fuentes que hubiesen permitido reconstruirla.

15. Apenas empezado el trabajo de campo, estas dimensiones se discutieron en dos marcos: por un lado, en el Seminario «Sociologie historique des Sciences Humaines et Sociales» que en 2015 llevaron adelante Sapiro, Louis Pinto, Johan Heilbron y Odile Henry en la École des Hautes Études en Sciences Sociales; por el otro, en el Workshop *Social Sciences and Humanities in the Changing North–South Relation*s organizado por el equipo INTERCO en la UNC durante el mismo año. Las observaciones de Gisèle Sapiro, Louis Pinto, Gustavo Sorá, Ariel Wilkis, Alejandro Blanco, Alejandro Dujovne y Fernanda Beigel fueron cruciales para afinar la forma de interrogar la base empírica, en aquel entonces, en construcción (en algunas publicaciones del período pueden rastrearse los sucesivos reajustes derivados de estas conversaciones [cf. Gerbaudo, 2015, 2016a, 2017a]). Luego, la revisión de Verónica Forchino fue central al momento de publicar estos resultados.

Se combinan dos tipos de datos: una interpretación de resultados cuantitativos sobre movilidad, cooperación internacional, publicaciones en el extranjero, intraducción y extraducción extraídos de una base empírica construida con currículums de 188 agentes del subcampo[16] y una interpretación de las respuestas a una entrevista semiestructurada a dichxs agentes intersectadas con consultas[17] vía mail, Zoom y/o presenciales. Se realizaron 151 entrevistas. La diferencia entre el número de currículums y de entrevistas obedece a dos razones: 1. algunxs agentes habían fallecido al momento de realizar esta investigación; 2. por diversos motivos, no todxs pudieron ser entrevistadxs.[18]

La construcción de la muestra exige reponer varias decisiones. En primer lugar, imitar las de Sapiro (1999) al examinar el campo literario francés durante la ocupación alemana, es decir, analizar los factores «extraliterarios» (706) que condicionan los desarrollos de un campo a partir del estudio de la trayectoria de lxs agentes seleccionadxs en una muestra de la población que se escudriña, permitió sortear dos obstáculos: por un lado, el que José Luis de Diego ha señalado en más de una oportunidad, a saber, la vaguedad en la que se suele caer cuando se habla de «autonomía relativa» cada vez que se emplea el concepto de campo; por el otro, las lecturas deterministas y/o lineales respecto de

16. Para el listado de los 188 currículums, ver Anexo 2.

17. Para la diferencia entre «entrevista» y «consulta», envío a un trabajo disponible en línea en acceso abierto (cf. Gerbaudo, 2018:54–55). Para las precauciones epistemológicas respecto del empleo del testimonio en la construcción de «vistas» (Sarlo, 2005) del pasado y del presente remito tanto a las consideraciones como a los usos de fuentes testimoniales en otras investigaciones que han estimulado la propia (cf. Sapiro, 1996, 2017a; Beyrak, 1998; Meunier, 2002; de Diego, 2003, 2020a; Invernizzi y Gociol, 2003; Bongrand y Laborier, 2005; Badaró, 2009; Sardi, 2010; Benzecry, 2012; Carli, 2012; McGee Deutsch, 2013; Lorenz, 2017; Falcón, 2018; Roniger, Senkman, Sosnowski y Sznajder, 2018; Buenfil Burgos, 2019; Laborier, 2019, 2020, 2022; Laborier, Nimer y Tasalp, 2022; Maradei, 2020; Prieto, 2020a, 2021a; Nofal, 2022a). Al momento de cerrar el análisis fue alentador toparme con una publicación a la que envío dado que funciona, como quieren sus editoras, como un verdadero «hilo de Ariadna» al momento de fundamentar decisiones metodológicas en investigaciones transdisciplinares (Salomón Tarquini *et al.*, 2019).

18. De las 151 entrevistas, solo publicamos las autorizadas para su difusión. El cuestionario se incluyó en el informe técnico que funcionó como antecedente de la serie Archivos en construcción (cf. Gerbaudo y Fumis, 2014:259; Hidalgo Nácher, 2022a). Lxs agentes podían responderlo de modo oral o vía email. Diseñamos ese cuestionario en 2013. En medio del trabajo de campo, entre 2013 y 2018, irrumpieron las discusiones alrededor del lenguaje «descentrado» o «desalambrado» (Theumer, 2018; Moreno, 2019). No obstante, decidimos no modificarlo dado que ya habíamos comenzado a instrumentarlo. Entre las dimensiones de análisis no se incluyeron cuestiones de género: incorporarlas hubiera exigido construir de otro modo la muestra.

condicionantes sociopolíticos y prácticas específicas de lxs agentes. Por lo tanto, para describir la tensión entre autonomía y heteronomía en el subcampo recurrimos a una estrategia ya usada por Sapiro para determinar cómo se encarnó esta misma tensión en otro corte temporal y espacial: se tomó en cuenta la edad de lxs agentes en ciertos momentos de inflexión, en principio pensados como condicionantes de lo acontecido en el subcampo específico y se verificó lo que efectivamente sucedió a partir del análisis de las trayectorias de lxs agentes. Así, la construcción de la muestra estuvo orientada por la hipótesis de que la autonomía del subcampo de los estudios literarios estuvo condicionada por la discontinuidad de las políticas públicas, el terrorismo de Estado durante buena parte de la segunda mitad del siglo xx y la implementación de políticas económicas que soslayaron, entre tantas otras cosas, la inversión en ciencia y educación. Por lo tanto, se consideró la edad que tenían lxs agentes durante las dos últimas dictaduras y durante el estallido social de diciembre de 2001.[19] Esta decisión apuntó a verificar la correlación entre dictaduras y políticas neoliberales de «ajuste estructural» (Guilbert, Lebaron y Peñafiel, 2019; Brown, 2016; Turin, 2019) con desinstitucionalizaciones disciplinares parciales y migraciones forzadas.[20] Luego, lo relevado tanto de los currículums como de las entrevistas en interacción con programas de cátedra,

19. Una aseveración de Miguel Vitagliano desencadenó esta y otras investigaciones previas: «En una ocasión Andrés Di Tella dijo que los años de la dictadura equivalen para nosotros lo que la Segunda Guerra Mundial para los europeos; yo acuerdo con esa aseveración (…). Es un pasado que nos sigue pasando. Una y otra vez se interpone un concepto que, considero, aún no está lo suficientemente explorado, como es la problemática de la posdictadura. (…) ¿Por qué "posdictadura" y no el fin de la dictadura? Porque acaso lo que hayamos vivido como "fin" no haya sido sino "pos". ¿Qué sucede cuando damos por clausurada una situación que aún, en términos objetivos, no ha sido complemente cerrada? ¿De qué modo esa decisión impulsada por el voluntarismo no nos condiciona el modo de pensar lo que sobreviene de allí en más? Considero que son cuestiones que deberían ser abordadas» (Vitagliano, 2011:154–155).

20. Leemos como «políticas» y como «forzadas» las migraciones que obedecen tanto a causas ideológicas como económicas: en primer lugar, las decisiones económicas tomadas por los Estados no son neutras (Bourdieu, 2000, 2017); en segundo lugar, a partir del análisis de la muestra construimos un par de indicadores que permiten establecer matices entre diferentes tipos de migraciones forzadas. Esto contribuye a visibilizar la violencia estatal de la que son producto. Una violencia que se solapa cada vez que el trabajo académico al que, más tarde o más temprano, todxs lxs agentes en cuestión se incorporaron en los países–destino, eclipsa el motivo al que obedecieron estos desplazamientos. En definitiva, se trata de que no pase desapercibido que estas «internacionalizaciones» revistieron un carácter forzado indisociable del tipo de migraciones que las impulsó.

clases, publicaciones, otras entrevistas, cartas, diarios íntimos, cuadernos de apuntes y semblanzas (usadas en especial para reconstruir trayectorias de agentes fallecidxs) se analizó tomando en cuenta las prácticas de cinco grupos:

Grupos de agentes según su edad (tomada en 2015)	Grupo 1 (G1)	desde 72 años
	Grupo 2 (G2)	entre 62 y 71 años
	Grupo 3 (G3)	entre 56 y 61 años
	Grupo 4 (G4)	entre 40 y 55 años
	Grupo 5 (G5)	entre 30 y 39 años

Como se desprende de lo ya enunciado (y como se detalla en el capítulo que sigue), hay tres fechas clave: 1966, año de inicio de la dictadura encabezada por Onganía extendida hasta 1973; 1976, año de inicio de la última dictadura extendida hasta 1983 y 2001, año del estallido social provocado por las políticas económicas que, bajo regímenes democráticos, continuaron el proyecto delineado durante los años del Terrorismo de Estado. Para mayor claridad, se precisa la edad de lxs agentes de cada grupo (en adelante, G) al momento de estos acontecimientos:

G1: agentes cuyas carreras estuvieron atravesadas por las dos últimas dictaduras (tienen por lo menos 23 años en 1966 y 33 años en 1976);
G2: agentes con por lo menos 23 años en 1976 (la formación de grado universitaria en Argentina lleva 5 años, el nivel secundario se concluye a los 17 años y la duración promedio de los doctorados es de 5 a 6 años [según los datos arrojados por nuestra muestra]);
G3: agentes con 22 años como máximo en 1976 y con 17 años como mínimo (a los 17–18 años se concluye la formación secundaria);
G4: agentes con 16 años como máximo en 1976 y 23 años en 1983 (el punto de partida a los 40 años responde a las edades pautadas para el ingreso a la Carrera de Investigador.a.e del CONICET: 40 años era la edad límite para la entrada a la categoría de Adjunto.a.e que supone la generación de una línea de trabajo propia y la formación de recursos humanos en el campo [Girbal, 2007:372]).[21]
G5: agentes cuyas carreras se vieron afectadas por las políticas neoliberales (tienen 25 años como máximo cuando se produce la eclosión de 2001; 35 años

21. Esta reglamentación se dejó sin efecto por la Ley 27385 sancionada por el Congreso de la Nación el 13 de setiembre de 2017: se eliminó el «requisito de edad» tanto para el otorgamiento de becas como para el Ingreso a la Carrera de Investigador.a.e del organismo.

era la edad límite para el ingreso a la Carrera de Investigador.a.e del CONICET como Asistente, primera categoría de la base de la pirámide según la reglamentación vigente hasta 2015 [Girbal, 2007:372]; 30 años es la edad promedio de fin de los doctorados según los datos arrojados por nuestra muestra).

Para la construcción de la muestra se tuvo en cuenta que estuvieran representados estos grupos generacionales junto a otros criterios, a saber: a) se privilegió la selección de agentes asociadxs a las líneas disciplinares que marcaron la agenda de los estudios literarios en Argentina en el arco temporal recortado, a saber, la literatura nacional y la teoría literaria;[22] b) se eligieron agentes de polos centrales y periféricos del subcampo (más allá de la disputa por la centralidad y su recolocación en el arco temporal estudiado); c) se seleccionaron agentes en cuyas trayectorias se entrecruzara de modo diferencial la participación en los campos universitario, científico y/o literario; d) se incluyó a quienes residen en el extranjero. Esta última decisión se inscribe en el actual debate respecto de la delimitación de los campos: mientras, Sapiro (2013) interroga su carácter nacional solicitando[23] ese trazado de fronteras, Martínez (2013) aporta el concepto de «figura mediadora» que incluye a lxs agentes que, sin haber logrado visibilidad nacional, inciden en su construcción al dinamizar la producción en circuitos zonales. Por lo tanto, es en esta línea de doble problematización que atiende tanto a la dimensión transnacional como a la dimensión zonal–periférica intra–nacional que se delimita el subcampo de los estudios literarios. Para incluir en la muestra a lxs agentes argentinxs residentes en el extranjero se requiere al menos una de las siguientes condiciones: 1. publicar asiduamente en español en revistas y/o

22. Uso esta denominación para abarcar diferentes espacios curriculares de las carreras de letras. Por ejemplo, «Introducción a la literatura» (UBA, 1961; UNR, 1963; UNS, 1984; UNLP, 1984; UNC, 1986), «Seminario de Teoría Literaria» (UBA, 1985), «Preseminario Métodos de comprensión y análisis de la obra literaria» (UNR, 1964), «Teoría literaria» (UNR, 1967; UNS, 1984; UNC, 1988), «Crítica estilística» (1970), «Teoría de la crítica» (UNLP, 1986), «Iniciación a los estudios literarios» (UNL, 1991), «Metodología de la investigación literaria» (UNR, 1970), «Metodología y análisis del texto literario» (UNL, 1992), «Metodología del estudio literario» (UNC, 1987), «Análisis y crítica» [I, II, Seminario] (UNR, 1991), «Metodología del estudio literario» (UNC, 1986), «Estética y crítica literaria moderna» (UNC, 1986), «Sociología de la obra literaria» (UNC, 1990), «Hermenéutica de la obra literaria» (UNC, 1986), «Hermenéutica» (UNC, 2002), etc. Este listado no exhaustivo solo busca mostrar cómo en diferentes tiempos e instituciones la enseñanza de las teorías usadas para leer literatura se incluyó en espacios curriculares de nombres variados asociados a diferentes tomas de posición debatidas al momento de configurar los planes de estudio correspondientes.

23. Empleo el término «solicitar» en el sentido derridiano de cuestionar, poner en duda, hacer «temblar» u oscilar los fundamentos.

editoriales de Argentina; 2. participar de los congresos más importantes del subcampo de los estudios literarios organizados y realizados en el país; 3. involucrarse en la docencia de posgrado en instituciones argentinas; 4. comprometerse con la formación de recursos humanos (tanto en el nivel doctoral como posdoctoral) de estudiantes argentinxs.[24] Esta definición expandida del concepto de campo permite: a) caracterizar prácticas de agentes insertxs en instituciones alojadas en polos con muy disímiles procesos de institucionalización e internacionalización de los estudios literarios; b) incluir a lxs investigadorxs que participan activamente del subcampo de los estudios literarios de Argentina y que residen en el extranjero.

La base empírica se construyó con datos sobre prácticas de lxs agentes hasta el 31 de diciembre de 2015. Las entrevistas se recogieron entre agosto de 2013 y diciembre de 2018 y las consultas se expandieron hasta julio de 2023.[25]

Las entrevistas y las consultas[26] se leen como «cuentos». Si bien desarrollo este concepto en otro lugar donde lo rodeo de observaciones teóricas y de prevenciones epistemológicas respecto del uso de información tomada de esta fuente (cf. Gerbaudo 2018)[27], aclaro que los empleo para: 1) reconstruir

24. Para ninguno de estos ítems se establece un número mínimo de prácticas ya que en el amplio arco temporal estudiado, las posibilidades de ejercicio de tales tareas variaron junto con las circunstancias sociopolíticas, ya sea por razones ideológicas, ya sea por razones económicas. Por lo tanto, sobre la base de estos factores, se realizó un examen singular de cada trayectoria al momento de incluir a cada agente en la base de datos.

25. En cada entrevista se incluye tanto el mes y el año en que fue realizada como el mes y el año de su revisión en el caso de que lxs agentes hayan hecho, al momento de publicarla, modificaciones que fueron más allá de completar una referencia. Como señala Nora Catelli, «no hay lectura que no sea, a la vez, una localización y, por encima de cualquier otra cosa, una fecha» (2018a:195; 2020b:177). Esta observación orienta el análisis de estas respuestas junto a los otros «cuentos» de lxs agentes: las marcas de la coyuntura sociopolítica del tiempo de enunciación, la toma de posición asumida en un momento puntual de la trayectoria, las oscilaciones de «la im–posible auto–bio–grafía» y las «paradojas de la identidad o, más bien, de la identificación» (Derrida, 2000:78) atraviesan nuestra lectura en tanto contribuyen a densificarla.

26. Sigo las consideraciones de Leonor Arfuch respecto de lo que aportan los análisis de entrevistas y consultas en una investigación como la que aquí encaramos: «El apoyo invalorable de testimonios, recuerdos, interpretaciones, ese plus de la voz, no solo permite aproximarse a la subjetividad de quienes presenciaron y vivieron determinadas circunstancias sino que legitima asimismo los propios recorridos de la investigación, el manejo de datos y documentos de otro orden» (2010:134). Ese «otro orden» al que se intenta acceder al «dar un paso hacia un espesor vivencial de lo social» (135).

27. Luego de los trabajos pioneros de Rossana Nofal que leyeron los testimonios sobre la violencia política estatal durante la última dictadura argentina en clave de «cuentos de guerra» (2008, 2012, 2014, 2022a), María Moreno también ha apelado a los «cuentos» al interpretar dicho género: «La verdad del testimonio es siempre metafórica (...). La interpretación se impone

procesos históricos sobre los que no hay archivo; 2) analizar la relación entre prácticas de lxs agentes y tomas de posición sobre dichas prácticas (se examinan articulaciones, desarticulaciones, agregados, solapamientos, insistencias, etc., entre las autofiguraciones [Gramuglio, 1992] y las prácticas efectivas).[28]

---

al acontecimiento desde el comienzo y las teorías contra la interpretación son, también ellas, una interpretación» (2018:297–288). Desde diferentes posiciones, Cecilia Vallina (2008), Daniel Link (2008), María Sonia Cristoff (2008), Diego Tatián (2008), Sergio Raimondi (2008a) y Elvira Arnoux (2022) se pronunciaron contra los retornos neopositivistas que desestimaron el valor del cuento al que el testimonio da pie (para decirlo con los mismos énfasis de Ludmer [1977] que inspiraron los desarrollos de Nofal y también la categoría "cuentos de escuela" de Paola Piacenza [2017: 227]): «Una verdad o, mejor dicho, la hipótesis de verdad implícita en todo relato» es lo que destacó Cristoff mientras compuso un cuento que, a modo de bucle extraño, escribió para el encuentro organizado en Rosario por Vallina y Pablo Makovsky a propósito del asunto (163); «nada de lo que se nos presenta (incluso de lo que se nos presenta como recuerdo) está exento de interpretación», resaltó Tatián (51). Nada queda a salvo: ni los datos cuantitativos ni los discursos presentados desde la pretendida e ilusoria distancia de la tercera persona: esos «fatigosos y penosos rodeos del "se"» a los que aludió Link (127). Por su parte Raimondi cuestionó al historiador que «se disfraza a sí mismo en una imparcialidad imposible» (107) mientras puso en valor el «vaivén de tensión constante entre la percepción de largo y corto alcance» (116) que ya el sugerente título de su trabajo anunciaba al poner el foco en el detalle (cf. Raimondi, 2018a). «Acerca del día en que Atilio Miglianelli se topó con un alambrado artístico que interrumpía su recorrido hacia los cangrejales de Ingeniero White» es el inquietante título que enmarcó el pronunciamiento que venía a continuación: «ningún relato en términos panorámicos sería confiable si no partiera de los datos concretos obtenidos de los cuerpos singulares y precisos, y al revés; como si se pretendiera dar cuenta del relato neoliberal en la Argentina de la década del 90 sin incluir, o mejor, sin posibilitar o, mejor aún, sin que se vuelva necesario hacer referencia a la experiencia singular de Atilio Miglianelli, para quien un conjunto determinado de medidas económicas es efectivamente la experiencia concreta y social de enfrentarse a un alambrado que interrumpe, de un día para el otro, el espacio público en el que tramó su vida» (116–117). Por su parte Elvira Arnoux, a propósito del libro *Clases de Teoría literaria* que repone las intervenciones de Isabel Vasallo en el Joaquín V. González, destacó el valor de los cuentos en los estudios de institucionalización de las letras en Argentina: la necesidad de que los espacios institucionales se «recorran también desde las historias personales» obedece, por un lado, a que son estas historias las que «explican la fuerza que [la institución] tiene y la mística —tan necesaria para la formación de docentes» (2022); por el otro, en instituciones que han perdido buena parte de sus archivos, los cuentos contribuyen a los trabajos de memoria (cf. Arnoux, 2022; Gerbaudo, 2018). También en este texto, y a propósito de un cuento, Arnoux afirma: «la historia del país y las historias personales se enlazan y explican algunos derroteros que creemos individuales y accidentales» (Arnoux, 2022).

28. La centralidad dada a los «cuentos» en las investigaciones de Beatriz Sarlo y de Josefina Ludmer impulsa que Gabriela Nouzeilles se pregunte por su lugar en la configuración de teorías (una pregunta que envía tanto a los trabajos de John Beverly como a los antecedentes en Walter Benjamin [cf. Nouzeilles, 2001:298]).

Dada la población estudiada, era previsible que en varios cuentos se produjeran «bucles extraños» o «jerarquías enredadas»: no solo trabajamos con sujetos teóricamente informados sobre este asunto sino que además varixs agentes lo tematizan. Importan estos énfasis que no solo previenen respecto de las variaciones sobre un mismo acontecimiento relatado en diferentes cortes temporales (esto es tan relevante como la repetición prácticamente idéntica del mismo relato) sino sobre los cambios en las tomas de posición de lxs agentes y sobre los límites de la auto–conciencia (cf. Bourdieu y Chartier, 1988 [2010]:40–41). Un ejemplo: si en 1990 Daniel Link respondía un cuestionario de la revista *Espacios* y nombraba una serie de libros que «hubiera deseado escribir» (1994a:17), en 2015, ante una pregunta similar experimentó incomodidad. «Qué se yo» es una expresión que se repite en sus relatos de la última década al punto que la inscribió como título de un texto que teoriza la relación entre «testimonio, experiencia y subjetividad» (cf. Link, 2008). Entre una y otra respuesta hay veinte años atravesados por lecturas y experiencias que modificaron su perspectiva.

La no–respuesta a nuestro cuestionario por Sergio Raimondi puede leerse en la misma serie: un modo oblicuo de responder que envía a textos donde expuso su posición sobre estos asuntos. Entre otros: «Acerca del día en que Atilio Miglianelli se topó con un alambrado artístico que interrumpía su recorrido hacia los cangrejales de Ingeniero White», expuesto durante las jornadas que Cecilia Valina y Pablo Makovsky organizaron en 2006 y que compilaron en *Crítica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato*. Como Link, Raimondi apeló al relato testimonial mientras alertaba respecto de sus trampas. Esas que Derrida expuso con ambivalencia en un pasaje incontestable: «Nadie sabrá jamás a partir de qué secreto escribo y que yo lo diga no cambia nada» (1991:218). Reconocer una zona de no–saber aun en aquello que se cree saber es el gesto que se advierte en los silencios pero también en algunas de las respuestas; hay en las razones de las prácticas elementos que escapan a lo que lxs propixs agentes pueden discernir, aun cuando creen estar haciéndolo. Algo que, lejos de ser un mero accidente, es marca constitutiva e inexorable del relato de toda experiencia: «No se trata de un no–saber instalado en un "no quiero saber". (...) Se trata de un no–saber estructural, en cierta forma heterogéneo, extranjero para el saber. No se trata simplemente de lo desconocido que podría ser conocido y que renuncio a conocer» (Derrida, 1986:214). Es desde este lugar horadado por todo lo que se ignora aún en lo que se cree conocer que leemos los «cuentos»: «Amo la palabra "experiencia" en tanto dice alguna cosa de la travesía, pero de una travesía con el cuerpo, de un espacio que no está dado de antemano pero que se abre a medida que uno avanza», confesaba Derrida (1986:221) mientras volvía a desdibujar el límite entre «el corpus y el cuerpo» (1982:17), entre vida y obra, mientras situaba

a la obra entre las experiencias a las que se hace lugar mientras se vive poniendo un viso de duda sobre lo que puede entrever de todo ello quien actúa dichas prácticas. Es a partir de estas dudas sobre los saberes sobre sí y sobre lxs otrxs que leemos los cuentos mientras escribimos el nuestro: «nunca sabré todo sobre mí, ni ustedes, con quienes he vivido, y, para empezar, el significado de "con" antes del "quienes" permanece oculto incluso para mí, más secreto que todos los secretos con los que sé que moriré sin saber si sabré morir» (Derrida, 1991:227).

Junto a las respuestas tramitadas como no–respuestas por Link y Raimondi, hay agentes que agregaron notas respecto de los recaudos a tomar al leer sus textos o consideraciones respecto de por qué consideraron importante responder. Empiezo por lxs escritorxs. Una serie que reúne a Link con Raimondi, a Sergio Delgado con Cristian Molina. Delgado señaló: «A veces he puesto de relieve algunas imágenes que pretendían esbozar ese momento [de inicios con la literatura] (...), pero hay ahí una construcción retrospectiva, que es más mítica que cronológica» [*2016*][29]. Por su parte, Cristian Molina indicó: «Mis inicios son escenas muy lejanas y múltiples que vienen a corroborar que los inicios son, siempre, fabulaciones susceptibles de saltar en el tiempo hacia atrás y hacia adelante» [*2018*]. En ambos casos, el montaje y el anacronismo propenden a funcionar como una suerte de antídoto frente al credo en la transparencia de una «reconstrucción» a modo de calco. Una posición que la archi–filología anteliana resalta con su ponderación del conjetural «habrá sido» frente al certero «fue» de la filología (cf. Antelo, 2015, 2021a).

En esta línea, y como buena heredera[30] de María Teresa

---

29. Las citas de fragmentos de las respuestas a nuestro cuestionario se incluyen entre corchetes y con la fecha en cursiva a los efectos de diferenciarlas de las otras referencias.

30. Uso el término «herencia» en dos sentidos. Por un lado, tal como lo hago aquí, en su acepción derridiana, para referir a la «apropiación» creativa de una enseñanza. Una operación cargada con el mandato im–posible de la «fidelidad infiel» (Derrida, 2001:47): «Cuando se escribe, cuando se enseña, cuando se habla, se les está proponiendo a otros un nuevo punto de referencia, un nuevo contrato, una nueva interpretación, y ya está. El otro es quien tiene que contestar o no» (40). Para Derrida la cuestión de la herencia es indisociable de la pregunta que se le deja al otro a sabiendas de que «la respuesta es del otro» (46). No se trata de cualquier respuesta sino, justamente, de la que lleve lo transferido «a otra parte» para que «respire de otra forma»: «no se puede desear un heredero o una heredera que no invente la herencia», resaltaba (47). Desde esta perspectiva no se consideraría como herederxs a quienes «reproducen escolarmente modelos» (47) ni a quienes busquen la autorización en «el padre» (47): «refrendar es firmar otra cosa, la misma cosa y otra cosa para hacer que advenga otra cosa» (47).

Por otro lado, con objetivos muy distintos, Bourdieu usó el término «herencia» para referirse a la transmisión de capitales y privilegios: ha estudiado tanto el lugar de esta transmisión en la reproducción del orden social (cf. Bourdieu y Passeron, 1964, 1970) como las estrategias

Gramuglio,[31] Graciela Salto inició su «cuento» con una prevención teórica, metodológica y epistemológica respecto de las posibles imprecisiones en cualquier narración retrospectiva: «Es sabido que la figura de los inicios se construye *a posteriori* y que, en consecuencia, son recuerdos y sensaciones más o menos borrosos y reescritos a lo largo de la vida» [*2015*].

Por su parte, Laura Scarano inscribió su relato en clave ética al considerar que responder nuestras preguntas es parte del necesario trabajo de socialización de experiencias que podrían ayudar a otrxs en sus tránsitos profesionales:

---

de lxs agentes para transformar esas relaciones (Bourdieu, 1994, 2004; Sapiro, 2020a). Sus análisis proclaman los costos de esos cambios en términos de «implicaciones subjetivas, generalmente dolorosas» (Bessière y Gollac, 2020:397). Se trata de un término asociado al de «capital» que Bourdieu no redujo al dominio económico: además del económico, diferenció los capitales cultural, simbólico y social. Si bien afinados en La Distinction (un estudio empírico construido a partir de 1217 encuestas realizadas en Francia entre 1963 y 1972), sus conceptualizaciones sobre los capitales se derivaron de los resultados a los que había llegado en las investigaciones junto a Passeron (1964, 1970). Dichos trabajos le permitieron comprobar la importancia del «factor cultural» en la «eliminación escolar» (Champagne, 2020:104). Contra la teoría del «don», Bourdieu y Passeron demostraron que el «éxito» o el «fracaso» escolar en Francia se explica vía las desigualdades en términos de «herencia cultural» de los estudiantes, incluido el manejo de la lengua empleada en la escuela: «Toda enseñanza (...) presupone implícitamente un cuerpo de saberes, de saber–hacer y, sobre todo, de saber–decir que constituye el patrimonio de las clases cultivadas» (1964:36). Sus investigaciones sobre los usos sociales de la fotografía (1965), sobre la frecuentación de los museos (1969) y sobre la construcción social del gusto (1979) constataron la correlación entre prácticas y distribución desigual del capital cultural: las «herencias» culturales transferidas en el círculo familiar juegan un rol decisivo en los habitus y en los desempeños. Con las precauciones exigidas por las enormes diferencias entre el meritocrático sistema educativo francés y el «plebeyo» (Carli, 2012) sistema argentino, se apela también al término «herederx» para referir a quien adquirió capitales culturales y específicos como «bienes de familia» (cf. Martínez, 2007).

31. Le debo a María Teresa Gramuglio los reajustes que llevaron a leer las entrevistas en términos de «cuento». Dos encuentros signaron ese proceso: el primero, el IV Congreso Internacional Cuestiones Críticas celebrado en Rosario en 2015. Al finalizar mi exposición, Gramuglio lanzó un severo veredicto sobre el uso de fuentes testimoniales orales en la investigación en ciencias humanas y sociales. No puedo decir que lo que tuvo lugar, en aquel entonces, haya sido una conversación: si bien el contenido de su filosa intervención no me sorprendió debido a las reticencias ya expresadas sobre el asunto en otras ocasiones (cf. Gramuglio, 2009, 2014:11), su tono circunspecto me dejó sin palabras. Podría decirse que, durante los dos años posteriores, me enfervoricé en leer todo lo que encontré sobre el tema en función de responderle, cuando tuviera la ocasión. Y la ocasión se dio en 2017, en el Coloquio Internacional Juan José Saer organizado por el Ministerio de Cultura e Innovación de la provincia de Santa Fe. La «aprobación» de las formulaciones allí esbozadas (cf. 2017b) son las que luego, expandidas, se incluyeron en el artículo al que ya he remitido (cf. 2018).

> Hablar de quién soy significa comenzar a pensarme históricamente (quién fui, cómo llegué a ser lo que soy) introduciendo en el discurso esa dimensión temporal o retrospectiva de la que tanto habla Paul Ricoeur al definir el concepto de «identidad narrativa». Esta no es una ficción sino que es una dimensión imaginaria de nuestro yo que tiene que ver con una trayectoria laboral, intelectual, personal, familiar que —como todo acto de conocimiento— exige ser, para mí, socializado. Por eso, estas instancias de comunicación de la experiencia son casi una obligación para el crítico y el teórico. [*2014*]

Dos «bucles» más sobre estos asuntos. El primero, de Rossana Nofal cuya teorización sobre el testimonio leído en clave de «parte de guerra» primero (2008) y de «cuento de guerra», después (2012, 2014, 2022a), inspiró las propias: «Cuando un sujeto se dispone a narrar su propia vida, no solo relata los hechos fácticos, sino que también los interpreta» [*2018*], afirmaba en la entrevista que concedió para esta investigación.

El segundo bucle, tomado de una consulta a Gustavo Bombini a propósito de un episodio enredado con la hechura y defensa de su tesis doctoral que hizo lugar al libro *Los arrabales de la literatura. La historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina (1860–1960)*. En su introducción, Bombini apenas lo despuntó: «Beatriz Sarlo me alentó en distintas ocasiones sobre la importancia de realizar este trabajo, se interesó en leer manuscritos en proceso y deseó integrar el jurado para la defensa» (2004:20). El interés de Sarlo en esta investigación se había manifestado a través de una suerte de exhortación que Bombini evocó, sin variaciones, en más de una consulta: «Tenés que encontrar a tu Menocchio» (Bombini, 2017, 2019), le habría dicho Sarlo al enviarlo a *El queso y los gusanos*, el célebre texto de Carlo Ginzburg (1976) estructurado alrededor de expedientes de los procesos judiciales a los que se vio sometido Domenico Scandella, un molinero friulano conocido como Menocchio, condenado a la hoguera por orden del «Santo Oficio» debido a sus «herejías». El entusiasmo de Sarlo lo había animado a realizar un trabajo de campo que comprendió entrevistas a profesorxs de letras que enseñaron en el nivel medio en el período estudiado: «Tuve trece Menocchios», destacó Bombini durante una consulta mientras volvía sobre aquel comentario deslizado en la versión libro de esa tesis que había defendido en diciembre de 1999. Si en la publicación había señalado que durante la defensa, los «elogios» de Sarlo fueron «contundentes» y «gratificantes» (2004:20), en las consultas agregó que en aquella ocasión le había alertado respecto de la posibilidad de que lxs entrevistadxs «mintieran» (en dos consultas sobre este y otros puntos repitió este comentario empleando, además, términos idénticos). Se trata

de un episodio que, como en «bucle extraño», vuelve sobre los riesgos y la potencia del trabajo con los cuentos a partir de un cuento: este que Bombini contó a propósito de los cambios de toma de posición de Sarlo respecto del valor heurístico de las fuentes testimoniales en una investigación (una variación rastreable, por otro lado, en sus textos de la época [cf. Sarlo, 2005; Vallina, 2008; Nofal, 2009:157; Szurmuk, 2020; Prieto, 2021b]).

Una advertencia respecto de la decisión de reponer el nombre propio de lxs agentes de la muestra. Mientras envío a un texto disponible en línea donde la justifico, me limito a aclarar que esa reposición se liga a una cuestión de «agencia»:[32] hacer caer juntas, con nombre y apellido, a las firmas que construye(ro)n la agenda del campo nacional con las «figuras mediadoras» (Martínez, 2013) que lo dinamiza(ro)n a escala local densifica este análisis en la medida en que no solo atiende a los «grandes nombres».

Por último, unas palabras respecto del alcance de este estudio. Lejos de agotar la descripción de los procesos de institucionalización de los estudios literarios en Argentina y de su internacionalización en el extenso arco temporal recortado, se presenta una lectura de las regularidades advertidas, es decir, de las que pudieron detectarse. El análisis de las trayectorias de lxs agentes de esta muestra, de sus tomas de posición y de su posición en el subcampo permitió desbrozar tendencias de las prácticas junto a factores que incidieron en su estabilización o en su cambio. Estos resultados contribuyen a comprender y a problematizar la construcción histórica de los estudios literarios con sus constantes y sus variaciones. Una construcción dinámica atravesada por cambiantes factores de orden local, regional y transnacional operantes en el enmarañado espacio social de lucha en y entre los campos.

Coda

«Preguntar obliga a responder» me dijo José. Yo tenía quince años; él, arriba de veinte. Vivíamos en un pueblo de seis cuadras por nueve, sin biblioteca

32. Uso este término en el sentido que Judith Butler (lectora de Derrida y, más tarde, de Bourdieu), le confiere en *Lenguaje, poder e identidad*: «A diferencia de algunos críticos que confunden la crítica de la soberanía con la eliminación de la agencia, lo que yo propongo es que la agencia comienza allí donde la soberanía declina. Aquel que actúa (que no es lo mismo que el sujeto soberano) actúa precisamente en la medida en que él o ella es constituido en tanto que actor y, por lo tanto, opera desde el principio dentro de un campo lingüístico de restricciones que son al mismo tiempo posibilidades» (1997:37).

pública. José era uno de los pocos que tenía una biblioteca propia cuyos ejemplares compartía conmigo. También era uno de los pocos varones con los que conversaba. Aquella frase, pronunciada ya hace más de treinta años, fue desde entonces una suerte de mandato ético incorporado a mi vida que, desde los veinte en adelante, tuvo a la investigación como práctica pulsional central. Complejo obedecer aquella sentencia dado el campo al que, poco a poco, me fui dedicando. Complejo; no imposible. Me gusta pensar que cada vez que detuve el rumbo de una conversación con lxs «agentes» de la «muestra», quien haya estado involucradx en ese intercambio haya podido percibir allí, lejos del desinterés, la distracción, el tedio o la falta de pericia profesional, un gesto de cuidado, de respeto a la interrupción y/o al silencio[33] en los que intuí alguna huella de dolor, una necesidad de olvido y/o, simplemente, de llegar hasta ahí, por más de una razón que, en cada caso, creo haber podido advertir.

33. La importancia de atender a los hiatos y a los silencios se reveló con toda su fuerza sobre el final de esta investigación o, mejor dicho, de esta primera síntesis. Cuando estaba entregando estos textos para su transformación en libro recibí más testimonios de Raúl Antelo, Nora Catelli, Fernando Colla, Ana Gargatagli, Luz Rodríguez Carranza y Graciela Goldchluk. Atender a estos aportes, que serán publicados por Vera cartonera entre 2023 y 2026, exigía rehacer buena parte de este trabajo que aquí presento. Cuento este cuento por dos razones: 1) por la relevancia de tratar de interpretar los tiempos que nuestrxs entrevistadxs necesitan para hablar; 2) por los estudios por-venir que estos relatos desatarán dados los nuevos datos que aportan para el análisis de los problemas de los que nos ocupamos.

Preliminares
Una cronología «operativa» (¿un cuento?)

La cronología no exhaustiva que este capítulo presenta no solo repone referencias a instituciones, leyes, acontecimientos, etc., que se dan por supuestas en los que continúan: estos apuntes que distan de una meticulosa reconstrucción de las políticas de Estado desarrolladas entre 1958 y 2015 (tarea que, por otro lado, constituiría una investigación en sí misma) se valen de trabajos de historiadorxs que me permitieron precisar a qué aludo cada vez que uso el término «posdictadura». Concepto clave en la hipótesis que orientó la construcción de la muestra, como se explicitó en el capítulo precedente. Dicho en otros términos: ¿qué relación hay entre la insistencia en usar este rótulo y la continuidad de un proyecto económico que, en diferentes momentos históricos, se valió de diferentes formas de violencia estatal para instrumentarse?; ¿qué justifica leer la persecución ideológica y las decisiones económicas tramitadas desde la lógica del ajuste y del recorte del Estado como formas de violencia política (y en cada caso, ejercidas contra qué sectores y respondiendo a qué fines y a qué intereses)?; ¿qué relación hay entre estas formas diferenciadas de violencia estatal, la discontinuidad de las políticas públicas en ciencia y educación y sus consecuencias para el subcampo del que nos ocupamos (consecuencias que, como también adelantamos en el capítulo anterior, leemos a partir de sus huellas en las trayectorias de lxs agentes de la muestra)? Si la autonomía de un campo es siempre relativa, es necesario detectar con cuáles interactúa y de qué modo en función de indicar los efectos en sus prácticas específicas (cf. Bourdieu, 2001b; Schmidt, Wellenburg y Lebaron, 2018). En el caso de los estudios literarios cuya institucionalización, en Argentina, es

inseparable de las políticas públicas, uno de esos campos es el estatal, regulador visible de las relaciones con otros (religioso, económico, mediático, etc.) con los que fricciona. De este modo, con el objeto de contribuir a comprender las «estrategias»[1] desarrolladas por sus agentes, en especial en momentos de adversidad, se apuntan estas notas que las enmarcan en nuestra historia reciente y en nuestro presente. Una cronología operativa o, si se quiere, otro cuento.

Tal como observan Johan Heilbron, Nicolas Guilhot y Laurent Jeanpierre al historizar la internacionalización de las ciencias sociales, en América Latina «es difícil distinguir las estrategias científicas, filantrópicas y políticas» (2009:343). La afirmación es expandible a las ciencias humanas y, más concretamente, a los estudios literarios. El compendio realizado en este apartado busca enmarcar dichas estrategias relevadas a través de las trayectorias de lxs agentes y de sus «cuentos» (esa forma de la auto–bio–grafía no desdeñada por una historiografía que se quiere atenta a los anacronismos, a la revisión del concepto unívoco de tiempo [Turin, 2019] y a esos pasajes en los que «la subjetividad se escribe» mientras se habla de otra cosa [Santiago, 2021:45]). Trayectorias afectadas por lo que se dirime en esa suerte de «meta–campo» que es el estatal, atravesado por tensiones que desdibujan su perímetro: «cada uno de los campos quiere accionar sobre ese meta–campo para incidir, a la vez, sobre los otros campos y sobre el propio», alertó Bourdieu sobre el cierre de sus cursos sobre el Estado no sin aclarar que, cuando creyó estar trabajando sobre el campo estatal, en verdad había estado trabajando sobre la turbulenta retícula del campo del poder, o más bien, de los poderes. «En el fondo, no sabía que estaba haciendo eso sino que lo descubrí haciéndolo», reveló. Y agregó: «yo quería describir la génesis del Estado y en verdad creo que describo la génesis del campo de poder» (2012:489). Por analogía, y salvando las diferencias entre las escalas y alcances del trabajo, me permito decir que intentar describir los procesos de institucionalización e internacionalización de los estudios literarios al margen de las tensiones que sintetizo en este apartado simplificaría demasiado la dinámica de un subcampo transido por los vaivenes, las interrupciones,

1. Uso el término «estrategia» para referir a las operaciones realizadas por lxs agentes para sortear constricciones que cercenan sus prácticas e intervenir en el campo (cf. Bourdieu, 1994; Sapiro, 2020a; Sapiro y Fondu, 2023). El concepto atiende tanto a sus trayectorias como al espacio de posibles: la posición en el campo específico tanto como la toma de posición constituyen datos cruciales para analizar la tensión entre lo factible y lo deseado junto con la *illusio* que funda la «adhesión» al juego, la «creencia» en el valor de la actividad concernida (Sapiro, 2020a:815). En otras palabras: es por sus fantasías de nano–intervención que lxs agentes se involucran en luchas que dinamizan el campo poniendo en funcionamiento «estrategias» no determinadas pero sí condicionadas por la posición que ocupan en él.

las fracturas y las diferentes formas de violencia estatal sostenidas en complicidad con agentes de otros campos en distintos momentos del arco temporal recortado (dicho en otros términos: no permitiría precisar no solo por qué insistimos en hablar, junto con Bourdieu, de autonomía «relativa» sino en señalar en qué cortes temporales ese carácter «relativo» se acentuó para hacer lugar, en ciertos espacios del subcampo, a prácticas heterónomas).

Para empezar, es necesario recordar que el período abarcado por esta investigación se recorta entre dos ciclos excepcionales de apoyo estatal a la ciencia y a la educación. El primero, comprendido entre 1958 y 1966, marcado por «la importancia cada vez mayor otorgada al desarrollo de las actividades científico–tecnológicas» (Buchbinder, 2010:16), tuvo como escenario mundial las secuelas de la posguerra y las lecturas críticas que aquella experiencia traumática posibilitó en términos de distribución mundial de recursos (Piketty, 2013) y de tecnologías:

> Los cambios en el sistema universitario de los años cincuenta y la lucha contra las tendencias profesionalistas no pueden desvincularse del clima de posguerra signado por un profundo optimismo sobre las potencialidades que encerraba el desarrollo científico y tecnológico y los posteriores diagnósticos en torno al estancamiento y atraso de los países periféricos atribuido en el contexto de ascenso de las ideas desarrollistas (...) a los factores derivados de la falta de desarrollo de la infraestructura, de la debilidad del mercado interno de materias primas industriales, a los déficits en términos de industria de maquinarias y combustibles y a la dependencia en términos tecnológicos. Un rasgo común entonces (...) era la aspiración por transformar a la Universidad en un factor central del desarrollo científico y tecnológico justamente para revertir estas debilidades del modelo de crecimiento. (Buchbinder, 2010:16)

El segundo ciclo, comprendido entre 2004 y 2015, estuvo marcado por el desarrollo de políticas de Estado que fortalecieron y expandieron tanto el sistema educativo como el científico.

El carácter de «excepción» de estos dos ciclos da cuenta de algo que constituirá una marca estructural de las políticas públicas argentinas: su discontinuidad (con su impacto tanto en los procesos de institucionalización como de internacionalización de las letras).

A esta marca se agrega otra: la continuidad parcial, aun bajo regímenes democráticos, de políticas económicas y culturales pergeñadas durante regímenes dictatoriales. Con el eco de las distinciones williamsianas (1977) entre lo «residual», lo «emergente» y lo «dominante», Horacio González subrayó

«las distintas formas del tiempo existentes en toda realidad histórica» (2008:8) al enfatizar que presente, pasado y futuro se anudaron «de un modo más opaco de lo que llegó a percibir el presidente Alfonsín cuando, en una de sus alocuciones durante las asonadas militares que entrecortaron su período, propuso: "por un momento una ráfaga del pasado nos ha rozado"» (8). Estas convivencias constatan el carácter simplificador de los rótulos conciliadores que no hacen más que invisibilizar «formas de vida» en conflicto.

Sobre la base de estas consideraciones, en una investigación concluida en 2015 llamé «posdictadura» al período comprendido entre 1984 y 2003 insistiendo en el carácter poroso de ese relativo «fin» (cf. Gerbaudo, 2016b). Los retrocesos tanto en derechos humanos y laborales como en educación, salud, ciencia, tecnología, comunicación, relaciones internacionales, economía, seguridad, etc., constatados durante el gobierno de la alianza Cambiemos entre diciembre de 2015 y diciembre de 2019 (cf. Tzeiman, 2017; Monteleone, 2018:11; Beigel y Sorá, 2019; Sorá, 2019; CELS, 2019; Zícari, 2020; Contreras, 2020) motivaron diferenciar entre un primer ciclo posdictatorial, entre 1984 y 2003, y un segundo ciclo, entre 2015 y 2019: volvieron a abrirse heridas nunca del todo cicatrizadas dejadas tanto por el terrorismo de Estado como por acciones que, aun bajo el orden democrático, habían continuado algunas de las políticas económicas, culturales y simbólicas pergeñadas durante las dos últimas dictaduras.

La primera de esas dos dictaduras fue liderada por Juan Carlos Onganía y señaló el comienzo de un modelo de gestión estatal marcado por la clausura de «experiencias innovadoras en la educación pública», la intervención de las universidades y la represión del movimiento estudiantil (Puigróss, 2003:156). Esa lógica que se impuso a partir de junio de 1966 encontró su expresión sintomática y su sinécdoque en el episodio conocido como «la noche de los bastones largos». Noche tristemente célebre que recuerda los instrumentos usados por las fuerzas policiales para golpear a profesorxs y estudiantes que habían tomado algunas facultades de la UBA, en protesta ante el cercenamiento de la autonomía universitaria y de la actividad política perpetrado vía la sanción por decreto de la Ley nº 16912 del 29 de julio:

> Corresponderá al Ministerio de Educación y Justicia el ejercicio de las atribuciones reservadas por los estatutos de las Universidades a los Consejos Superiores o Directivos, funciones de los Rectores o Presidentes de las mismas y de los Decanos de las Facultades. No podrían realizar actividades políticas los centros o agrupaciones estudiantiles. (1966)

A este episodio le siguió la renuncia de profesorxs, editorxs, decanos, etc., de universidades de todo el país. Este cercenamiento de la autonomía de la universidad pública solo podrá empezar a revertirse una vez recuperada la democracia, en 1984. A pesar de no acordar con otorgarle a estos hechos el carácter de «ruptura total» que suele conferírsele, Claudio Suasnábar (2004) precisa no solo sus huellas en la memoria colectiva sino sus consecuencias inmediatas. Las mismas que, varios años después, muchxs de quienes participaron de aquella retirada, han señalado como un error de estrategia: lo que se reprocha es haber dejado el campo libre. Como bien observa Pablo Buchbinder, «quienes pensaban que la decisión podía provocar el cese de la intervención y la modificación de la política universitaria se vieron rápidamente decepcionados» (2005:192).

El objetivo de despolitizar la universidad se tradujo en diferentes operaciones. Se destacan dos que tuvieron el efecto contrario al buscado. Por un lado, la presencia policial en las instituciones unida al intento de imponer nuevas condiciones de regularidad, mecanismos de ingreso y el alza de precios de servicios como el comedor universitario aumentaron la resistencia estudiantil. Los hechos en cadena dan cuenta de que, lejos de amedrentar, la represión policial provocaba algo diferente: el asesinato del estudiante Juan José Cabral el 15 de mayo de 1969 durante una protesta por aumentos en el comedor estudiantil en la UNNE generó, dos días después, un acto de repudio organizado por la Facultad de Ciencias Económicas de la UNR en el que, sobre llovido mojado, la policía asesinó al estudiante Adolfo Ramón Bello. Durante las manifestaciones contra estos hechos organizadas el 20 y 21 de mayo por la Federación Universitaria de Rosario y por la Confederación General del Trabajo, murió el estudiante Luis Norberto Blanco, de quince años. Esta alianza entre obrerxs y estudiantes para potenciar los reclamos contra el régimen será la marca del «Cordobazo»: el 29 de mayo, un día antes de la huelga general anunciada por las dos CGT, obrerxs lideradxs por Agustín Tosco y estudiantes ocuparon las calles de Córdoba. El Ejército tardó dos días en restablecer el orden y dejó como saldo una cantidad de muertos que varían entre doce y sesenta según se trate de datos oficiales o no oficiales (Gordillo y Brennan, 1996; Gordillo, 2019a, 2019b).

Por el otro, también fracasó la operación encausada bajo el Plan Taquini. Ese proyecto de expansión de la enseñanza universitaria en el interior del país entre cuyas «motivaciones más profundas» se destacaba la «despolitización» (Buchbinder, 2005:200) terminó provocando el efecto inverso (para la reconfiguración de la cartografía universitaria al finalizar esta dictadura, ver Anexo 1, Mapas):

> Este plan procuraba incidir en la distribución geográfica del estudiantado, concentrado en las grandes ciudades, y también en la de la matrícula, estimulando

> el desarrollo de las ciencias exactas y la tecnología que agrupaban, por entonces, a solo un 15 % del estudiantado. (...) En el proyecto original se preveía la creación de entre cuatro a cinco universidades (...). Pero una vez puestos en marcha los planes de fundación, se inició un movimiento en distintas regiones del país para crear nuevas casas de estudio (...). Tampoco estas iniciativas resolvieron el problema de la politización ya que muchas de estas casas de estudios terminaron conducidas, casi desde su fundación, por los grupos que participaban de los mismos procesos de radicalización política y social de fines de los sesenta. (201)

Entre esta dictadura y la que se inició en 1976 hubo un interregno democrático. Héctor Cámpora se impuso en las elecciones de marzo de 1973 con el 49,5 % de los votos. El peronismo volvió a gobernar luego de más de diecisiete años de proscripción. Cámpora ocupó el cargo de presidente desde el 25 de mayo hasta el 12 de julio de 1973, fecha en la que presentó su renuncia y se convocó a nuevas elecciones. La fórmula Juan Domingo Perón–Estela Martínez de Perón ganó con el 62 % de los votos.

Los años del gobierno Perón–Martínez de Perón estuvieron marcados por una «continuidad *relativa* en lo que respecta a la implantación de políticas represivas» (Franco, 2012:18). En *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y «subversión» (1973–1976)*, Marina Franco repone la «compleja trama de continuidades y discontinuidades de corto y mediano plazo» (16) entre dictaduras y «períodos constitucionales» (15) centrando su investigación en el gobierno que ocupó el Estado entre 1973 y 1976. Se trata de «continuidades en términos de prácticas estatales represivas que configuraron, desde 1973, y tras un breve intervalo, un estado de excepción creciente que se integró, con diferencias, en el ciclo autoritario conformado por la dictadura militar que se inició en 1976» (16). Franco señala una «escalada de medidas de excepción estatal iniciada como mínimo con la dictadura de la "Revolución Argentina" (1966–1973)» que, en pos de preservar la «seguridad nacional» (18), encerró todo lo que caía bajo el significante «subversión» como enemigo a combatir. Su investigación subraya que el período 1973–1976 no solo estuvo signado «por algunos antecedentes represivos» entre los que se cuentan los pergeñados por la organización paraestatal Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) y el «Operativo Independencia» de 1975: Franco muestra «la sistematicidad de la "cara legal" de la escalada represiva» así como la «continuidad *in crescendo* que caracterizó al ciclo represivo de la década de 1970» (22) al punto que, sobre la base de la evidencia empírica recolectada, afirma que el golpe de Estado de marzo de 1976 «emerge como parte de un proceso y no como su mera interrupción» (25). Su lectura pretende «comprender un proceso histórico cuyas

complejidades no pueden quedar ocultas por las necesidades políticas postdictatoriales del presente y del pasado» (33). No equiparar la «violencia arrolladora del Estado dictatorial y del Estado represivo que lo antecedió con la violencia armada de los grupos insurgentes» como tampoco igualar la «escalada represiva del peronismo con la dictadura militar» (33) no le impide observar ciertos aspectos del pasado cuyo análisis se ha obliterado. Su estudio los saca a la luz en función de poner de manifiesto sus «continuidades relativas».

La fabricación de la «subversión» como enemigo a combatir en nombre de la preservación de la «seguridad nacional» explica la creación de la organización paraestatal Triple A que entre 1973 y 1976 asesinó a disidentes, incluidxs miembros del propio partido peronista, además de perpetrar atentados con bombas, secuestros y confeccionar «listas negras» que condujeron al exilio a quienes cayeron bajo su mira. Como se verá más adelante, en las «listas negras» se incluyó a agentes del subcampo de los estudios literarios, tuvieran o no una actividad político–partidaria activa: bajo el ambivalente término «subversivo» se persiguió a quienes ostentaron una orientación ideológica que pudiera asimilarse con el «comunismo» o la izquierda y/o con tomas de posición críticas.

Franco describe el cambio de orientación de las políticas culturales y educativas que se dio con el pasaje de Cámpora a Perón. Este viraje arrastró a la universidad, institución puesta en la mira desde el onganiato y en la dictadura que seguirá: se trataba de un «sector que resultaba amenazante» (Buchbinder y Marquina, 2008:8) debido a la concentración de masa crítica con potencial militante. El reemplazo de las autoridades en educación es revelador del desdoblamiento entre un peronismo de izquierda y uno de derecha:

> Desde la asunción de Cámpora, la universidad «nacional y popular», controlada por sectores afines a la Juventud Peronista, fue un lugar de gran efervescencia estudiantil, militante y académica. Esta nueva institución, que se proponía «al servicio del pueblo», planteó romper la hegemonía de las clases dominantes ejercida a través de los planes de estudio y las formas de enseñanza, modificando contenidos y formas de funcionamiento pedagógico e institucional. Los fuertes enfrentamientos y tensiones ideológicas que se plantearon en el espacio universitario, en parte como reflejos de los conflictos nacionales, fueron finalmente dirimidos por el cambio de orientación de la política universitaria a partir de la presidencia de Perón en octubre de 1973. En el caso de la Universidad de Buenos Aires, implicó el desplazamiento de su interventor, Rodolfo Puiggrós —proveniente de una original militancia comunista e incorporado al peronismo de izquierda— (...). En los meses siguientes, otra autoridad clave como el ministro de educación Jorge Alberto Taiana fue reemplazado por Oscar Ivanissevich, un

> octogenario nacionalista de derecha que ya había sido ministro del área durante el primer gobierno peronista. (95)

El 14 de marzo de 1974 se sancionó, bajo régimen parlamentario, la ley 20654 que habilitaba la intervención «normalizadora» de las universidades, ejecutada a partir de setiembre de 1974. La disidencia fue considerada atentatoria contra la «seguridad nacional»: centros de estudiantes, gremios así como cualquier foco de resistencia fueron objeto de persecución oficial y/o clandestina por vía paraestatal. Es importante retener algunos nombres debido a su papel en la consolidación de las prácticas represivas (Franco no ahorra detalles al trazar el perfil ideológico de los sujetos y, cabe resaltarlo, esos detalles aportan porque varias de las figuras y hechos mencionados aparecen, por ejemplo, en los cuentos que cuentan lxs agentes entrevistadxs para esta investigación): Alberto Ottalagano, «nacionalista católico de derecha y declarado fascista» (Franco, 2012:99) fue designado rector normalizador de la UBA; Dionisio Remus Tetu, «un exiliado rumano, militante en su país de la organización filofascista Guardia de Hierro» (99; Buchbinder, 2005:206) fue nombrado interventor de la UNS y de la UNCOM. Si entre 1974 y 1976 la censura, la amenaza y/o la intimidación eran directas, a partir de 1976 el miedo estaba ya tan internalizado que se tradujo en autocensura (Franco, 2012:103), en especial, en los espacios universitarios. Se trató de un montaje represivo sostenido por legislaciones sancionadas en «democracia»:

> Por detrás de la escalada represiva más visible y recordada de la Triple A, una amplísima normativa legal sostuvo y dio espacio al avance de las prácticas de represión clandestinas desde muy temprano. Durante 1974 la Ley de Seguridad y el estado de sitio habían establecido los instrumentos jurídicos esenciales de la represión en cuanto a la suspensión de toda garantía constitucional, la instauración de la vaguedad jurídica de las nuevas figuras delictivas y, por tanto, la expansión ilimitada del universo de lo peligroso y del poder estatal sobre ello. En 1975 las disposiciones se orientaron a fijar nuevos mecanismos operacionales al formalizar, por sobre todo, la utilización de las Fuerzas Armadas en acciones represivas. (133)

Franco documenta lo que la embajada de Estados Unidos con sede en Buenos Aires reportó respecto de estas prácticas llevadas adelante desde el aparato estatal: un informe de junio de 1975 destacaba que «"los éxitos del gobierno argentino" en su lucha contra la "subversión" se derivaban de informaciones obtenidas bajo tortura de guerrilleros detenidos ilegalmente y luego eliminados» (131). Franco también exhuma el Comunicado de la Secretaría de Prensa

y Difusión emitido por Presidencia de la Nación el 10 de febrero de 1975 donde, además de anunciarse las operaciones militares del llamado «Operativo Independencia» en la provincia de Tucumán, aprobado por un decreto firmado por María Estela Martínez cinco días antes, se exhiben las matrices ideológicas que habían regido las prácticas del tercer y último mandato de Perón (entre las voces disidentes respecto de la intervención en Tucumán se contaron las del Partido Intransigente y las del sector del radicalismo liderado por Raúl Alfonsín quien «sostuvo que la medida violaba la decisión de Perón de tratar a la guerrilla como un hecho policial no militar» [Franco, 2012:137]):

> La subversión ataca así a todo el pueblo argentino. Por ello la lucha contra la subversión requiere de la participación de toda la comunidad. El Poder Ejecutivo Nacional, fiel intérprete del mandato que le confirieron las mayorías populares, ha decidido la intervención del Ejército en la lucha contra la subversión apátrida. Una vez más las Fuerzas Armadas están unidas e identificadas con el pueblo en la defensa de nuestro propio modo de vida. (...) El pueblo supo votar. Sepa el pueblo ahora, junto a sus hombres de armas, defender su presente y su futuro contra la subversión importada. La participación del Ejército responde a lo previsto por el gobierno nacional en materia de seguridad interior. (Secretaría de Prensa y Difusión, Presidencia de la Nación, 1975, *Clarín*, en Franco, 2012:134–135)

Estas decisiones dejaron públicamente allanado el camino para la consolidación del sector militar y los hechos que vinieron después. Como afirma Franco, «sin una evaluación densa que pueda pensar la compleja articulación entre continuidades relativas y cambios sustantivos aún estamos muy lejos de entender el terrorismo de Estado» (324). Precisamente por esto, la insistencia en repasar estos encadenamientos: así, la Junta Militar que tomó el poder en marzo de 1976 y que estaba integrada por Jorge Rafael Videla en representación del Ejército, Emilio Massera por la Armada y Ramón Agosti por la Fuerza Aérea organizó su plan de acción sobre la base de la idea de que la «subversión» era la causa de los males que aquejaban al país. Este discurso se repetía en el espacio regional en el contexto de la Guerra Fría y bajo la tutela de la Doctrina de la Seguridad Nacional de Estados Unidos.[2] Los golpes de Estado en el Cono

2. Elizabeth Jelin señaló que «bajo la égida de los Estados Unidos, a partir de los años sesenta y sobre todo en la década de 1970, las Fuerzas Armadas de América Latina fueron entrenadas para la "lucha antisubversiva" en la región. La desclasificación de los documentos del Departamento de Estado de los Estados Unidos ha revelado el grado de penetración de los agentes de ese país y la interconexión internacional de las Fuerzas Armadas de las

Sur (Chile, 1973–1990; Uruguay, 1973–1985; Paraguay, 1954–1989; Brasil, 1964–1985) se dieron en este marco.

El supuesto de que a través de la educación se diseminaba el «virus subversivo» justificó la «Operación Claridad» por la cual más de 8000 docentes de todos los niveles educativos fueron cesanteados en 1977 (Novaro, 2010:145). La represión incluyó a los estudiantes: el informe de la CONADEP señaló que un 21 % de lxs desaparecidxs durante la última dictadura fueron estudiantes y un 5,7 %, docentes (cf. CONADEP, 1985).

Las acciones sobre la universidad se orientaron a partir de dos ejes: por un lado, se intentó «limitar el desarrollo en el ámbito académico de las ciencias sociales y las humanidades y también desplazar la investigación científica hacia instituciones extrauniversitarias y con control directo desde el Estado» (Buchbinder, 2010:21). Ello explica que el presupuesto universitario pasara, entre 1975 y 1976, del 26 % al 8 % mientras que, como contrapartida, el presupuesto del CONICET se expandiera por esos años de un 13 % a un 26 % (Bekerman, 2016). Se instrumentaron dos estrategias complementarias: el fuerte disciplinamiento en el CONICET (un organismo fácilmente controlable dada su organización interna y su reducido número de agentes) unido a la intimidación vía la persecución, despido y desaparición de profesorxs y estudiantes universitarixs. Es importante señalar que hay líneas de las ciencias humanas y sociales que pudieron desarrollarse sin inconvenientes tanto debido a los objetos sobre los que se trabajó como al punto de vista que modeló la construcción de esos objetos. Esas líneas acumularon capitales científicos, institucionales y sociales que aseguraron una continuidad de la práctica así como su fortalecimiento vía la creación de publicaciones periódicas específicas, centros de investigación, formación de recursos humanos, etc. Lo que aconteció en esas líneas del subcampo de los estudios literarios va en consonancia con lo que Albornoz y Gordon observan respecto de ciertas líneas de la física:

> En el plano de la ciencia y la tecnología, el estereotipo de que los gobiernos militares fueron «anticientíficos» remite a la intervención de las universidades pero omite que la inversión en ciencia y tecnología fue relativamente alta y que se dio gran

distintas naciones» (Jelin, 2017:42). Para la coordinación regional en la lucha contra la «subversión» y contra la «infiltración del comunismo internacional» vía el Plan Cóndor, ver el detallado documento «Argentina Declassification Project. List of Names, Terms, Events, Places, and Dates. January 1, 1975 – December 31, 1983» alojado en el repositorio del National Security Archive: https://nsarchive.gwu.edu/document/24712-document-3-nsc-argentina-declassification-project-list-names-terms-events-places-and

> impulso a la investigación en temas nucleares y espaciales, como consecuencia de lo cual el sedimento de capacidad en física y en ciertas tecnologías complejas constituye hoy un activo del cual la ciencia argentina se enorgullece, sin cuestionar mucho su origen. (Albornoz y Gordon, 2011)

Por otro lado, se buscó reducir la matrícula universitaria vía la imposición de un sistema que combinaba exámenes, cupos y aranceles (Buchbinder, 2005:209; 2010:21). Esto llevó a una redistribución del estudiantado entre el sector público y el privado y entre la universidad y los institutos de educación superior (2010:22).

Este intento de paralizar el desarrollo y la proliferación de las universidades públicas se puede corroborar si se observa el mapa que detalla las fundadas durante este período (cf. Anexo 1, Mapas). Pablo Buchbinder y Mónica Marquina sintetizan con precisión los principios básicos de la vida académica que la última dictadura alteró resaltando los efectos graves en las ciencias humanas y sociales que ya se habían visto afectadas por las políticas del onganiato:

> Suprimió la libertad de cátedra, designó en forma discrecional y arbitraria a los nuevos docentes que llegaron a los cargos, en su gran mayoría por sus vínculos y afinidades políticas e ideológicas con los integrantes del nuevo régimen. Los proyectos de transformación del sistema que inició la dictadura incluyeron la supresión de carreras enteras como las de Humanidades, Matemática, Física y Química en la Universidad Nacional del Sur, Cinematografía en la de La Plata, Antropología en la de Mar del Plata. La carrera de Psicología fue suspendida durante largo tiempo en las universidades de La Plata, Tucumán y Mar del Plata. Esta política llevó incluso al cierre de una universidad: la de Luján, suprimida en el año 1979; su patrimonio fue transferido a la Universidad de Buenos Aires. (13)

En consonancia con este modelo represivo, la política económica del período comprendió medidas «audaces, nunca antes intentadas» llevadas adelante por José Alfredo Martínez de Hoz, «integrante de una de las familias más aristocráticas del país», otrora «presidente del ortodoxo Consejo Empresario Argentino y ejecutivo de importantes empresas» (Novaro, 2010:158). Esas medidas, facilitadas por «la masiva presencia del terror en los lugares de trabajo» (158), comprendieron los siguientes puntos:

> La liberación de los precios junto con el congelamiento de los salarios (lo que significó una caída del 40 % en su poder de compra), una nueva ley de contratos de trabajo y proyectos para reducir al mínimo el poder sindical, una baja en las

> barreras comerciales que por décadas habían protegido a la industria nacional, y el drástico recorte de gastos en educación, salud, previsión y asistencia social. (158)

Cuando los militares tomaron el poder, la deuda externa argentina era de 7800 millones de dólares; cuando lo dejaron, ascendía a 45 100 millones de dólares. El período que se inició en 1983 con la restitución democrática estuvo condicionado en sus políticas públicas por esta deuda que obligó a destinar una parte importante del presupuesto nacional al pago de sus intereses. Es por ello que, a pesar de que las universidades recuperaron su autonomía y de que la investigación científica pudo desplegarse sin constricciones ideológicas, las dificultades económicas las limitaron.

En una investigación ya mencionada usé el término «posdictadura» para nombrar al tiempo que va de 1983 a 2003, no sin ciertas prevenciones: la periodización se realizó en paralelo al subrayado del carácter superfluo de «toda hipótesis de marcha» identificada con un estado de las cosas conquistado «para siempre», sin fisuras. Como bien observó Horacio González, hablar del pasaje de «*la anomalía dictatorial a la democracia recobrada*» supone trazar «un arco que calca los modelos ejemplares de tránsito cultural, *desde la oscuridad a la razón y desde la barbarie a las luces civilizatorias*» (2008:8). Algo de aquella periodización se vuelve a traer aquí, si bien ahora intersectada por las construidas por otrxs investigadorxs que, al trabajar sobre las dinámicas de campos específicos como el editorial (Falcón, 2018; Szpilbarg, 2019) y el científico (Albornoz y Gordon, 2011), han necesitado volver sobre políticas estatales de los años previos a los que habían recortado en sus estudios a los efectos de analizar, con la complejidad necesaria, las consecuencias de esas políticas sobre los campos en cuestión. Así, por ejemplo, Mario Albornoz y Ariel Gordon (2011) sostienen que las secuelas dejadas por la fractura que supuso en el campo científico la «noche de los bastones largos» y lo que vino después se extienden más allá de aquel período:

> No es posible interpretar lo acontecido con la política científica y tecnológica en Argentina a partir de 1983 sin tomar en cuenta los efectos devastadores de los siete años previos, de dictadura militar y terrorismo de Estado, como así también un largo período anterior que había implicado una sucesión de años turbulentos, con gobiernos civiles débiles y gobiernos militares que, sin bien no alcanzaron los niveles de criminalidad del ciclo 1976–1983, impactaron con fuerza en la matriz cultural de los intelectuales argentinos. Así por ejemplo, el efecto simbólico de la ocupación policial de la Universidad de Buenos Aires en 1966 alcanzó una significación perdurable, pese a haberse saldado sin víctimas mortales y a que su

> efecto en términos de emigración fue numéricamente poco significativo, aunque cualitativamente sí fuera importante en varias disciplinas. Hoy todavía la «noche de los bastones largos» es un símbolo vigente que evoca represión, avasallamiento universitario y antagonismo del poder político golpista con los científicos e intelectuales. (2011:1)

Daniela Szpilbarg cuya investigación sobre el campo editorial va desde los noventa hasta el presente, detalló las consecuencias actuales de las políticas económicas que arrancaron durante la última dictadura (2019:49). Por su parte Alejandrina Falcón deslizó que la represión estatal de aquellos años no tuvo otro fin que implementar un proyecto económico que, agrego, se instrumentará por otras vías durante los ciclos neoliberales liderados por presidentes que accedieron al poder a través de las urnas:[3]

> Destinada a eliminar de manera sistemática toda manifestación de disenso y toda acción tendiente al ejercicio de la crítica, la represión fue condición de posibilidad para impulsar un plan económico de achicamiento del Estado y destrucción de su tradición intervencionista en pos de la especulación financiera y el beneficio de los grandes capitales internacionales. (2018:13)

Ahora bien, el gran arco temporal que llamamos «posdictadura» es dividido por Albornoz y Gordon (2011) en períodos, a saber: el de la «reconstrucción democrática» que comprende «los años de Alfonsín» (Pucciarelli, 2006); el de las «dos caras del gobierno de Menem»; el del «desconcierto como política» correspondiente a los años de la Alianza y el de «crisis y recuperación» que alude a las gestiones de Eduardo Duhalde, Néstor Kirchner y Cristina Fernández.

Los «años de Alfonsín» estuvieron marcados tanto por la promesa de un proyecto económico distributivo como por el sueño de «justicia»[4] y de participación ciudadana simbolizado en el Juicio a las Juntas Militares.

---

3. La pérdida de soberanía de un Estado y sus consecuencias para el subcampo de los estudios literarios fue resaltada por Max Hidalgo Nácher en su investigación sobre España entre 1966 y el presente: «la crisis económica provocada por los mercados financieros y la pérdida de soberanía política del gobierno español a raíz de su endeudamiento económico con la Unión Europea en 2012 obliga a replantarse algunas perspectivas y relatos heredados ligados a la democracia, la modernidad, el progreso y el (neo)liberalismo» (2022a:74).

4. Derrida ha planteado la necesidad de pensar la justicia «a través de» y, simultáneamente, «más allá» del derecho (1993:278) utilizando las vías siempre desconstruibles en las que este se sostiene (el derecho se funda en leyes, es decir, en textos interpretables y transformables, susceptibles de equívocos) pero sin reducirse a él, sin circunscribirse a la

Este juicio, iniciado el 22 de abril de 1985, representó «una decisión excepcional en la historia del tratamiento de la violencia de Estado en el continente»: un «hito político y simbólico para quienes participaban de las luchas democráticas contra las dictaduras de la región» (Crenzel, 2008:137). Un hecho indisociable de la creación de la CONADEP y de la producción de un informe que se convirtió en bestseller de EUDEBA: el *Nunca más* (18, 131). Fue un momento intenso signado por la proliferación de «polémicas»[5] (cf. de Diego, 2007) y por expectativas de reparación social, económica y política. Vale la pena exhumar el primer editorial que *Punto de Vista* publicó apenas estrenada la democracia dado su poder condensador de las esperanzas generadas en aquel entonces por el nuevo gobierno:

> El discurso de Alfonsín descubrió y articuló exitosamente una temática antiautoritaria y democrática con los lemas de una sociedad menos desigual que atendiera a las urgencias de la miseria, el desempleo y la devastación económica. (...) Lo nuevo que este discurso transmitía puede resumirse en algunos temas: democracia política, democracia sindical como requisito de mejores condiciones de negociación para los sectores obreros y populares, control gubernamental de las corporaciones que, como la militar, habían reemplazado la legalidad institucional por una regulación que presuponía la violencia. (...) Después de casi una década en que la existencia misma de las formas institucionales democráticas fue reprimida, la Argentina se ha colocado en la línea de partida. (Sarlo *et al.*, 1983:2–3)

---

aplicación de un conjunto de normas y reglas que permitirían descansar «en la buena conciencia del deber cumplido» (1993:56): la justicia es «una experiencia de lo im–posible», es decir, «una voluntad, un deseo» por lo cual «una exigencia de justicia cuya estructura no fuera una experiencia de la aporía no tendría ninguna posibilidad de ser lo que es, a saber, una justa *apelación* a la justicia» (1994:39).

5. Sigo a Jorge Panesi en su distinción entre la «polémica», inscripta en la esfera pública y ligada a diferentes colectivos sociales comprometidos en su desarrollo, y la «discusión», acotada a un espacio institucional y de carácter más bien endogámico: «La regulación institucional académica reproduce un viejo modo de funcionamiento del medio intelectual a través de la discusión especializada o erudita. No es lo que llamo estrictamente "polémica", a la que le doy unos alcances más vastos y un interés cultural que supera el necesario repliegue universitario. El saber en las humanidades y las ciencias sociales se propaga y se engendra mediante "discusiones", verdadero motor de un juego académico en el que sería ingenuo ver solamente el interés por construir la verdad más allá de las disputas por el poder y el prestigio institucional de las distintas capillas. Es un modo institucional, pero también retórico que exige disposiciones diferentes al papel tradicional con el que se asociaba al intelectual polemista» (2003:11–12).

La metáfora final es elocuente: lejos de un punto de llegada (tal como se desprendía de las entusiastas expresiones de Alfonsín analizadas por González), se estaba en los inicios de un proceso de transformación que se verá interrumpido por un golpe económico y por retrocesos impuestos por sectores del poder militar vía una serie de amotinamientos que comenzaron el 14 de abril de 1987. En aquel marco, Alfonsín intentaba transmitir tranquilidad al pueblo con su célebre frase «la casa está en orden» (Novaro, 2010:216).

La desilusión provocada tanto por las leyes de Punto Final, promulgada en diciembre de 1986, y de Obediencia Debida, en junio de 1987, como por los problemas económicos que condujeron al Plan Austral y a su casi inmediato fracaso desembocó en la entrega anticipada del gobierno. A pesar del marco político, social y económico en que esto ocurrió, se trató de un hecho institucionalmente relevante: la entrega del poder de un presidente que había llegado al gobierno por elecciones a otro mandatario electo, «algo que en líneas generales no sucedía desde 1928 y, entre distintos partidos, desde 1916» (Novaro, 2010:223).

Carina Forcinito y Gaspar Tolón repasaron el conjunto de medidas que se habían intentado tomar junto al plan Austral:

> Las medidas iniciales del plan eran de diverso orden: devaluación del 15 % con respecto al dólar y congelamiento del tipo de cambio a partir de entonces; reemplazo del circulante existente por el Austral, congelamiento de precios, salarios, jubilaciones y pensiones; congelamiento de las tarifas públicas, recién aumentadas; reducción de las tasas de interés reguladas; aumento de impuestos a las exportaciones primarias; establecimiento de pautas para acotar la emisión monetaria futura y reducción del déficit fiscal, en parte mediante el compromiso del Banco Central de la República Argentina de no financiar más deuda del gobierno nacional. (Forcinito y Tolón, 2009:36)

Por su parte, Ricardo Aronskind ha reconstruido las expectativas alrededor de la economía abrigadas por los dos grupos políticos con posibilidades de ganar las elecciones de 1983 mientras resaltó las dificultades con las que se encontró el alfonsinismo al acceder al poder, en parte, generadas por el endeudamiento externo durante los años de la dictadura:

> Los partidos con posibilidades de llegar al poder, el radicalismo y el peronismo, coincidían notablemente en cuanto a su vocación intervencionista y redistributiva. De alguna forma parecían querer desandar las transformaciones plasmadas durante el período autoritario. El primer gobierno del período, presidido

> por Raúl Alfonsín, se encontró con un gran obstáculo para cualquier política de crecimiento sostenido: la existencia de una deuda externa cuyas dimensiones obligaban a dedicar una parte significativa del presupuesto nacional al pago de los intereses, y a extraer una parte del producto, normalmente dedicado al consumo, la inversión y la obra pública, para girarlo al exterior como pago de los compromisos heredados. (2008:24)

Entre esas dificultades se encontraban las provocadas por las presiones del «poder económico fortalecido durante la dictadura» que, en aquel contexto, buscó «consolidar ámbitos privilegiados de acumulación» así como «obstaculizar la puesta en marcha de mecanismos redistributivos» (Szpilbarg, 2019:50).

Vale la pena retomar algunos datos sobre lo que pudo realizarse durante aquellos años complejos en educación y en ciencia. Respecto del campo educativo, la Ley Nº 23068, sancionada y promulgada en 1984, estableció la normalización de las universidades nacionales que implicaba, entre otras cosas, «la puesta en vigencia de los estatutos universitarios existentes hasta la ruptura institucional de 1966» (Buchbinder y Marquina, 2008:23). También se les concedía autarquía a las universidades para el manejo de su presupuesto y se establecía la gratuidad de la enseñanza que la ley 23569 de 1988 restringirá al grado (33). Buchbinder destacó la inmediata eliminación de las trabas al ingreso a la universidad suprimiendo tanto cupos como exámenes (2010:22), lo que provocó un aumento de la matrícula. No obstante señaló que, a pesar de que las universidades «recuperaron su autonomía, que se reimplantó el cogobierno y que la investigación científica volvió a ser considerada una parte esencial de la actividad universitaria» (23), las constricciones económicas dificultaron la creación de nuevas universidades (ver Anexo 1, Mapas), la expansión del sistema de dedicación exclusiva y la adjudicación de presupuesto importante para investigación llevando los salarios docentes al estancamiento (24).

La «reorganización sindical de los docentes universitarios conforma otra variable central de análisis de esta etapa» (Buchbinder y Marquina, 2008:29): en abril de 1985 se constituyó la CONADU. Ese mismo año se creó el CIN.

Respecto del campo científico, Albornoz y Gordon destacaron la decisión de transformar la Subsecretaría de Ciencia y Técnica que se encontraba bajo la órbita de la Secretaría de Planeamiento de la Presidencia en la SECYT como dependencia del Ministerio de Educación y Justicia. Se convocó para su dirección a Manuel Sadosky que en aquel entonces regresaba del exilio. En paralelo a la intervención de las universidades, también se intervino el CONICET. Carlos Abeledo, primer presidente de esa institución durante aquellos años de la democracia recuperada, destacó la reconstrucción institucional que se

iniciaba. Aludía a reparaciones alrededor de políticas y prácticas instauradas desde el onganiato:

> En primer lugar se derogaron todas las disposiciones que establecían controles políticos o ideológicos a través de informes de los servicios de inteligencia. Estos controles habían sido impuestos merced a un decreto de la dictadura de Onganía. Por otra parte, se propició la reincorporación de investigadores que habían sido cesanteados o prescindidos por motivos ideológicos y se creó un programa temporario de Becas de Actualización que acogió a quienes se vieron obligados a interrumpir su carrera o su formación en investigación por causas políticas durante la dictadura militar. Unas 160 personas pudieron beneficiarse de este régimen especial por lapsos de hasta dos años. (Abeledo en Albornoz y Gordon, 2011)

Albornoz y Gordon utilizaron una denominación clara para aludir a las políticas públicas dominantes durante la gestión de Carlos Menem: resaltar las «dos caras» de su gobierno supone contrastar la lógica de gestión llevada adelante hasta 1995 y la que le siguió, desde 1996 hasta 1999. Un nombre similar utilizó Szpilbarg, «las dos caras del neoliberalismo», aunque en lugar de distinguir dos momentos en la gestión del riojano, mostró las continuidades y, a la vez, los matices entre políticas económicas que arrancaron con la dictadura, atravesaron y tensionaron el gobierno de Alfonsín para terminar en la «profunda reforma del Estado» (Buchbinder y Marquina, 2008:35) durante los «años de Menem» (Pucciarelli, 2011) con sus consecuencias para el campo editorial (Szpilbarg, 2019:49–72).

Hay un hecho legible como sinécdoque de un modo de gobernar: los indultos (los primeros, decretados con apenas tres meses de gestión). En contraste con el gobierno iniciado apenas restaurada la democracia, de impronta confrontativa con los poderes del mercado y militar, la gestión de Menem se caracterizó por la concesión, producto de negociaciones con estos sectores. Se retrocedió en derechos humanos, laborales, en políticas científicas y educativas. En todos los casos, se redujo la incumbencia del Estado en la gestión de lo público.

Las modificaciones se sucedieron rápidamente debido a una operación estratégica: con acuerdo parlamentario, las leyes de Reforma del Estado y de Emergencia económica habilitaron a Menem a «gobernar emitiendo decretos» (Novaro, 2010:233). De ese modo logró «privatizar prácticamente todas las empresas estatales, suspender derechos laborales, renegociar la deuda externa e interna y eliminar barreras comerciales» (233).

Este achicamiento del Estado se vio favorecido por una construcción colectiva de «sentido común» (Bourdieu y Wacquant, 1998) a la que contribuían los

medios de comunicación en consonancia con el sector empresarial: la atribución de los males del país «al excesivo gasto del Estado y al déficit generado en las cuentas públicas» comenzó a diseminarse desde los últimos días del gobierno de Alfonsín (Buchbinder, 2005:219). La figura del empresario como modelo aspiracional del éxito, no solo para una clase media en peligro de desaparición material aunque con sobrevivencia simbólica sino también para los sectores populares bajos, se construyó en un tiempo previo a la Web con ayuda de la televisión:[6] los periodistas Mariano Grondona y Bernardo Neustadt jugaron en aquel entonces un rol importante. El latiguillo «estas empresas, a las que les interesa el país, auspician este programa» con el fondo de «Fuga y misterio» de Astor Piazzola funcionaban como una introducción atractiva para la escena que seguía, protagonizada por dos personajes: por un lado, el sofisticado periodista–profesor universitario que combinaba saberes de etimología y de filosofía inaccesibles para buena parte de la audiencia pero «traducidos» de forma elegante y didáctica; por el otro, el periodista afectivo que, a partir de sus «no me dejen solo», interpelaba a «doña Rosa» desde una moral de la abnegación construida sobre la insistencia en el «duermo tres horas». Un tándem eficaz que, con inteligencia, achicaba la distancia comunicativa con la audiencia a la que interpelaba.

En el plano educativo, la reforma de los niveles primario, medio y superior encarada por el gobierno de Menem convergía con el plan neoliberal de desarticulación y de desmantelamiento de lo público. En 1989 la propuesta del arancel universitario por el entonces secretario de Coordinación Educativa, Científica y Cultural del Ministerio de Educación y Justicia, Enrique Bulit Goñi, si bien no logró cuajar debido a la resistencia suscitada, en especial, en el sector estudiantil, funcionó como amenaza latente en un período marcado, además, por la creación de universidades privadas, «tantas como la existentes desde 1958» (Buchbinder y Marquina, 2008:37): «el decreto Nº 2230 que prohibía la fundación de universidades privadas, fue suprimido, y esto permitió que entre 1989 y fines de 1995 se crearan 22 universidades privadas» (2008:46;

6. El modelo aspiracional del empresario exitoso de los noventa volverá con fluctuaciones en otros ciclos de la posdictadura. Durante los años Macri, otra vez, se fabricará un sentido común alrededor de «los empresarios» como los apropiados para llevar adelante la gestión del Estado; deliberadamente dejo la flexión en masculino mientras aprovecho para resaltar que, en un mundo atravesado por otras tecnologías, se apelará a diferentes estrategias (para el uso del Whatsapp en el triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil, ver Avelar, 2021a, 2021b). Si en los noventa los «argumentos» mediáticos oponían al «éxito empresarial» los «fracasos de los políticos», bien entrado el siglo XXI el sentido común se construirá alrededor de la corrupción y del supuesto de que, porque tienen capitales personales acumulados, los empresarios «no robarán».

ver Anexo 1, Mapas). Cabe enfatizar que estas se incluyeron en un ciclo político marcado por la fundación de nuevas universidades en general: se trató de una política pública motivada, en buena medida, por la disputa en la construcción del poder con «las antiguas instituciones, gobernadas por lo general por sectores opositores al gobierno nacional» (2008:51). El sistema logró una expansión que ha sido comparada, en términos numéricos, a la impulsada vía el Plan Taquini durante la gestión de Lanusse (2008:52; ver Anexo 1, Mapas).

Buchbinder y Marquina indicaron que, históricamente, el sistema de educación privada en Argentina comparte varias características con el público, a excepción de las universidades «de élite» creadas durante los noventa (por ejemplo, la Universidad de San Andrés, la Torcuato Di Tella, la del Centro de Estudios Macroeconómicos de la Argentina): «junto a las universidades privadas de masas surgieron otras nuevas orientadas hacia un estudiantado en condiciones de pagar altos aranceles» (2008:49).

Es reveladora la diseminación del léxico empresarial en educación: a partir de los noventa, lo que sucede en las aulas comenzó a medirse en términos de «calidad», «eficacia» y «eficiencia», no de «productividad didáctica», «imaginación» o «desarrollo de la curiosidad»; se subordinó la «democracia al mercado y la evaluación al control»; el eufemismo «descentralización» evitaba hablar de «desestatización»; otro tanto aconteció con «transferencia» en lugar de «privatización» (Puiggrós, 1995:47), con «desregulación» y «austeridad» en lugar de «ajuste». La Ley Federal de Educación (24195/94) y la Ley de Educación Superior (24521/95) «debatidas y gestionadas siguiendo todos los procedimientos legales de tratamiento parlamentario» y acordadas con al apoyo de «la mayoría de las fuerzas políticas» (Puiggrós, 2003:187) quebró la continuidad entre niveles y ciclos del sistema educativo desbaratando además la educación técnica, la especial y la de adultos (Puiggrós, 1999:14). Se trató de un tiempo marcado por el desprecio a lo producido por la investigación argentina, ya sea en universidades, ya sea en el CONICET.

Por aquellos años, las universidades sostuvieron con los recursos disponibles las prácticas de investigación, tanto grupales como individuales. Si bien se trató de convocatorias por lo general destinadas solo a docentes, estudiantes y graduadxs de cada casa de estudios y con bajo presupuesto, no obstante permitieron el entrenamiento básico en los protocolos del subcampo y el aprendizaje de los rudimentos de la tarea. En agosto de 1991 un grupo de universidades públicas de Argentina, Chile, Brasil, Bolivia, Paraguay y Uruguay crearon la Asociación de Universidades del Grupo Montevideo (AUGM) destinada a generar tareas de cooperación internacional: los Programas Escala Docente y Estudiantil así como las Jornadas de Jóvenxs Investigadorxs

organizadas cada año desde 1993 constituyen importantes estímulos a la internacionalización.

En 1993, a través del decreto N° 2427, se creó el PROINCE que, si bien se ha considerado parte de la lógica de valoración del trabajo a partir de «criterios de productividad académica» (Buchbinder y Marquina, 2008:39), no obstante, examinado en sus ya más de veinticinco años de funcionamiento desde una «perspectiva internacional y regional» (Beigel y Bekerman, 2019a), corrobora «una singularidad del campo académico argentino»: frente al avance heteronomizante de la «globalización académica neoliberal» (Batthyány, 2020), se está ante un sistema de evaluación que exhibe «una fuerte tradición de autonomía universitaria» (Beigel y Bekerman, 2019a) ya que, en primer lugar, su implementación atiende a las recomendaciones del CIN (Beigel y Baranger, 2019:269); en segundo lugar, no se plegó a la ponderación de las publicaciones indexadas en el circuito de «corriente principal» (cf. Beigel, 2017:827), factor de impacto e índice H «como es habitual en los rankings universitarios y es la tendencia creciente en países latinoamericanos como Colombia, Chile, México, entre otros» (Beigel y Bekerman, 2019a; 2019b:24); en tercer lugar, valora la «diversidad de la producción de conocimiento» así como atiende a «las agendas locales y regionales» (2019a). En su estudio del funcionamiento del PROINCE, Beigel y Bekerman destacan «su papel en la subsistencia de perfiles diversos de producción y circulación del conocimiento, en el desarrollo de revistas científicas argentinas y en la distribución del presupuesto de investigación destinado a las universidades nacionales» (2019a).

También en 1993 se creó la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU):

> A partir de la asunción de Juan Carlos del Bello como su titular y de la conformación de un equipo central de perfil técnico, comenzaron a ponerse en práctica políticas concretas, a través de decretos y resoluciones ministeriales aisladas que luego pasarían a formar parte del nuevo orden legal plasmado en la Ley de Educación Superior. (40)

Según Buchbinder y Marquina, la Ley de Educación Superior tiene tres puntos controversiales que marcarán la agenda del campo universitario hasta el presente. El primero se deriva del régimen de admisión: la cláusula que no estaba en el texto original del Poder Ejecutivo pero que se incorporó a partir de la discusión en el recinto establece que en las universidades de más de 500 000 estudiantes, las facultades podrán fijar los criterios de admisión. Esto abrió una tensión entre quienes defendían el ingreso irrestricto y quienes, en algunas facultades con limitaciones para albergar a todxs lxs aspirantxs, apuntaron a reinstaurar el examen de ingreso.

El segundo punto vuelve sobre el arancel a partir de un argumento esgrimido entonces por el Banco Mundial (1993): esquivando el debate sobre la necesaria reforma (aún pendiente) de un sistema regresivo de impuestos (cf. Hidalgo,1993, 2001), se apeló a un «argumento de fácil impacto en la opinión pública» (Buchbinder y Marquina, 2008:44) que subrayaba la «situación de inequidad» generada por una universidad pública a la que acudían «estudiantes de familias con niveles de ingreso medios y altos» respecto del resto del sistema educativo al que accedía «mayor cantidad de personas en situación de pobreza» (44). Una de las refutaciones más sólidas de este argumento la escribió el otrora rector de la UNL, Juan Carlos Hidalgo, en *Economía política y educación superior. Crítica al pensamiento neoliberal*, un libro dedicado «a los estudiantes, en defensa de la universidad pública» (2001:4).

A las «falacias del economicismo» (151) aplicado a la educación, Hidalgo opuso los fundamentos para una revisión del régimen impositivo: en la «interpretación de la problemática de la equidad social no puede prescindirse de la regresividad de las estructuras impositivas» (13). Para contribuir a desmontar los «engaños» y las «trampas» de expresiones como «los pobres no acceden a la universidad y sin embargo la financian» o «en la universidad estudian los ricos» (156–157) no solo subrayó su «falsedad», inescindible de la «visión parcial e interesada» (151) de la que se desprenden, sino que demostró sus afirmaciones a partir de una serie de datos estadísticos. Así, partiendo del estudio de la categoría ocupacional del jefe o jefa de familia de lxs estudiantes inscriptxs a las carreras básicas de la UNL entre 1979 y 1993, enunció las siguientes conclusiones:

> El ingreso directo que se implementó a partir de 1984 permitió el acceso en mayor proporción de estratos inferiores de la sociedad. El 65 % de los padres de los nuevos inscriptos de carrera de grado poseen un ingreso inferior al costo de vida o a la canasta familiar (...). Sin embargo, a menudo se dice que un gran porcentaje de los padres de los alumnos universitarios pertenecen a estratos de ingresos medios o altos, con suficiente poder adquisitivo para sostener sus estudios. Esta afirmación a veces tiene un alto contenido ideológico y, por lo general, no es acompañada por datos serios que la avalen. (263)

Reforzó dichas conclusiones con un estudio realizado por Rodolfo Terragno sobre el origen de los ingresos tributarios del Estado argentino en 1993:

> Según Rodolfo Terragno «más de 3/4 de los impuestos que recibe el fisco provienen de trabajadores y consumidores. (...) La reforma fiscal debe ser ambiciosa. Aquellos que están situados en la base de la pirámide social —los que trabajan a

> cambio de un salario que solo le permite satisfacer las necesidades básicas— deben ser liberados de cargas. En el otro extremo, quienes ganan mucho más de lo que pueden consumir, tienen que estar forzados a reinvertir o pagar fuertes tributos». Un aumento del impuesto a las ganancias y a la riqueza que coloque este tipo de tributos en el nivel que tiene en otros países permitirá aumentar considerablemente la inversión en educación, posibilitará una más equitativa distribución del ingreso y, además, haría que los alumnos de familias pudientes, por la vía tributaria, aportaran al financiamiento de la educación de los más pobres. (264)

Hidalgo analizó las razones por las que algunos sectores prefirieron no atacar la inequidad de la estructura tributaria mientras resaltaba, por si hiciera falta, que «los *ricos* financiarían la educación de los *pobres* si la estructura tributaria fuese menos regresiva y la recaudación impositiva se destinara en mayor proporción a financiar el gasto social» (165):

> En la Argentina los economistas neoliberales no se plantean ni siquiera remotamente atacar el problema de la *regresividad del aporte estatal* por el lado de las políticas impositivas, modificando una estructura tributaria que se caracteriza por ser una de las más inequitativas del mundo. (...) Y no lo hacen por una sencilla razón: perjudicarían a los sectores socioeconómicos que precisamente defienden. (165)

Hidalgo se pronunció sobre la ambivalente posición de los «sectores privilegiados» respecto del proteccionismo estatal: cuando se los beneficia, la intervención estatal «se considera oportuna» pero cuando se trata de regulaciones «para prevenir las tendencias socialmente dañinas o autodestructivas del sistema o para socorrer a los pobres, la intervención del Estado se considera profundamente impropia y gravemente contraproducente» (166). Desde esta perspectiva analizó el artículo 59 de la Ley de Educación Superior que habilitaba a las universidades públicas a arancelar los estudios de grado: al filo del estallido social de 2001, Hidalgo observaba que «a seis años de la sanción de la ley» y «pese a las restricciones presupuestarias crecientes de las universidades públicas, ninguna de ellas introdujo el arancel como fuente de financiamiento» (179). Encontraba allí «un rotundo fracaso del espíritu de la ley en cuanto a creación de fuentes alternativas de financiamiento por esta vía» así como una muestra de lo que aconteció con una normativa dictada «a espaldas de la comunidad universitaria» (2001:179).

Finalmente, el último punto controversial de la Ley de Educación Superior, según Buchbinder y Marquina, fue la creación de la CONEAU. En el marco del Programa de Mejora de la Educación Superior que el gobierno llevaba

adelante y como contrapartida de un crédito otorgado por el Banco Mundial, se crearon la CONEAU, el FOMEC, el SIU y el AR. Cabe destacar que entre 1995 y 1998 el FOMEC destinó 203 millones de dólares a proyectos de universidades nacionales orientados a «la compra de bienes (54,4 %) y al financiamiento de becas en Argentina y en el exterior (34,5 %) para la realización de estudios de posgrado» (59).

Más allá de estas medidas sectorizadas, es necesario aclarar que en 1994 se bajaron los fondos destinados a educación y que en 1995 el recorte del 2 % de la partida destinada a sueldos universitarios obligó a reducir los haberes que superaran cierto tope. Buchbinder y Marquina llaman la atención sobre la baja del financiamiento en este sector del área mientras que, como ya se vio, se invirtió en otros, no casualmente, los ligados al proyecto político del gobierno. Un proyecto que, «a partir de la utilización de los medios masivos y de un discurso bien elaborado, fue presentado a la sociedad como una ley de consenso» (42). Esto aconteció no solo con la Ley de Educación Superior sino también con el conjunto de cambios en educación llevados adelante en el período. Esta visión fue reforzada desde los documentos oficiales que se distribuían, impresos o en videos (es decir, empleando las tecnologías de la época), en las instituciones educativas de nivel primario y secundario (cf. Gerbaudo, 2006). La construcción social de sentido común se tramitaba desde varios frentes a la vez.

En el plano del desarrollo científico, Albornoz y Gordon señalaron dos etapas en el gobierno de Menem: la primera, «la reacción tradicionalista», que delimitaron entre 1989 y 1995, comprendió un conjunto de medidas orientadas por los reductos de derecha nacionalista del peronismo; la segunda, de «modernización tecnocrática», que delimitaron entre 1996 y 1999, inscribió una agenda derivada de los organismos internacionales de crédito (ya en 1993 el Banco Mundial aconsejaba al gobierno argentino «reestructurar el CONICET» y las «universidades nacionales» en función de «reducir» el «gasto público» [1993:xvii]; respecto del CONICET, la sugerencia era privatizarlo [xxi]).

Respecto del primer período, Albornoz y Gordon precisaron en qué sentidos las políticas científicas retrocedieron respecto de los avances del gobierno anterior que incluían revisiones profundas de la organización y administración del CONICET (cf. CONICET, 1989):

> Durante el primer período volvieron a ocupar un lugar destacado en la conducción de las instituciones científicas algunos investigadores que habían estado ligados a las intervenciones en tiempos de las dictaduras militares y que habían sido desplazados de las mismas durante la gestión de Manuel Sadosky. Esto dio lugar

> al inicio de un período de conflictos en el seno de las instituciones científicas. El neurocirujano Raúl Matera fue nombrado a cargo de la SECYT, quien designó nuevas autoridades al frente del CONICET. Uno de aquellos funcionarios sostuvo públicamente su intención de separar al CONICET de la investigación en las universidades, en línea con la política seguida durante las dictaduras militares y en contraposición a la política de reconstrucción del vínculo entre el Consejo y las universidades llevada a cabo durante la gestión del gobierno radical. (17)

En 1992 se sancionó la ley 23877 que creó las Unidades de Vinculación Tecnológica (UVT). En 1996, mediante el decreto nº 1660, se creó la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT). Mientras que Buchbinder y Marquina resaltaron que esta institución ha permitido financiar proyectos de investigación científica y tecnológica (PICT) desarrollados por las universidades, tanto públicas como privadas (2008:60), Albornoz y Gordon observaron que algunos sectores entre los científicos del CONICET leían esta operación como «una amenaza» para el organismo: a la intervención del CONICET en 1996 se sumaba esta nueva entidad que situaban en el marco de una política de «retraimiento del Estado en su apoyo a la investigación científica» (2011:25).

Hay una reacción sintomática que merece evocarse por su poder de condensación de la «estructura de sentimiento» (Williams, 1977) de aquellos años. Un episodio desencadenado por una interpretación de los índices de desocupación realizada en 1994 por la socióloga Susana Torrado durante una entrevista radial. Torrado encontraba allí «un indicio de las consecuencias que pronto traería el ajuste neoliberal» (Torrado, 2010). Irritado por el diagnóstico, el entonces Ministro de Economía le contestó con la frase que se hizo tristemente célebre, no solo por su contenido patriarcal: «a lavar los platos». El agravio fue apropiado por la comunidad científica y leído como una metáfora del desfinanciamiento de la ciencia mientras que algunos medios contribuyeron a darle visibilidad: «A lavar los platos. Cavallo le respondió a los investigadores y científicos que reclaman mejores sueldos y condiciones de trabajo», titulaba *Página /12*.

Años después, Torrado publicaría *El costo social del ajuste. Argentina (1976–2002)*. En su introducción a dos imponentes volúmenes que reúnen contribuciones de diferentes investigadorxs observó que «si bien existen numerosos estudios que describen la evolución económica» durante el período que abarcó, «son menos los que han analizado los efectos sociales en otras dimensiones» (Torrado, 2010:9). Uno de esos efectos sociales es estudiado en este libro: como se desprende del trabajo de Torrado, más allá de los cambios de adscripción

partidaria y más allá de lo proyectado durante los años de Alfonsín, hay una continuidad en la política económica de los gobiernos a cargo del Estado entre 1976 y 2002. Las repercusiones de esa política económica en la institucionalización de los estudios literarios y en su internacionalización se despuntan en los capítulos que continúan.

Ahora bien, si retomamos los cortes propuestos por Albornoz y Gordon respecto del arco 1983–2009, encontramos un momento que bajo el rótulo «el desconcierto como política» comprende los años que van del gobierno de la Alianza en 1999 a la llamada «crisis»[7] del 2001. Como recuerdan Buchbinder y Marquina, el gobierno de la Alianza asumió el poder en el marco de un contexto atravesado por la dificultad para reactivar el crecimiento económico, para incrementar la recaudación impositiva y para afrontar los compromisos asumidos en el pago de la deuda externa que había pasado de 65 300 millones de dólares al cierre de la gestión de Alfonsín a 121 877 al cierre de la de Menem. Así, entre «los últimos años del gobierno de Menem y los primeros del de De la Rúa, fue imponiéndose la idea de que la depresión económica tenía su raíz en un inadecuado manejo de la cuestión fiscal» (2008:73) y que, por lo tanto, «solo una política presupuestaria austera podría recuperar la confianza y consecuentemente el acceso del país al crédito privado» (73). El progresivo desmantelamiento de «los soportes del modelo de industrialización sustitutiva con inclusión social» (Pucciarelli y Castellani, 2014:14) iniciado con la Reforma financiera de 1977 fue seguido por la «crisis fiscal» y el endeudamiento externo que debió afrontar el gobierno de Alfonsín que llevaron, entre otras cosas, «al profundo deterioro en la calidad de los servicios sociales más elementales (salud, educación, seguridad, etc.)» y a la «crisis hiperinflacionaria» que funcionará como argumento para encarar la reforma estructural del Estado ejecutada durante los años Menem. Las decisiones económicas de los noventa se continuarán en los años de la Alianza. La serie de reformas estructurales durante la gestión del riojano (desregulación, apertura comercial y financiera, privatizaciones) que, paradójicamente, había llegado al poder prometiendo «revolución productiva» y «salariazo», dejaron como saldo la incrustación del supuesto de la «insolvencia pública» (Heredia, 2014). En dos años, la deuda externa pasó de 121 877 a 144 453 millones de dólares. La obtención de créditos tuvo como costo la asunción de compromisos que implicaban profundizar el achicamiento del Estado. De hecho el proyecto de Ley de Reforma Laboral

7. El eufemismo «crisis» usado para hacer referencia al resultado de decisiones en política económica por parte de los gobiernos que ocupan el Estado no es una exclusividad argentina (para el caso español, cf. Hidalgo Nácher, 2022a).

estuvo entre los motivos de renuncia del entonces vicepresidente Chacho Álvarez. En este marco, la «crisis fiscal» devino, durante el primer semestre de 2001, «crisis financiera»: el gobierno impuso «un recorte del 13 % sobre los gastos generales del Estado» afectando tanto los salarios de sus trabajadorxs como las jubilaciones (Buchbinder y Marquina, 2008). Esta decisión repercutió sobre los presupuestos de las universidades y del CONICET.

Muchas universidades públicas generaron, con los escasos recursos disponibles, políticas de investigación propias, si bien con bajo financiamiento y de impacto restringido al personal de la propia institución (docentes y egresadxs, en el mejor de los casos). El CONICET continuó con las tensiones que lo atravesaron desde el fin del gobierno de Alfonsín. Se trató de un tiempo signado por «la restricción presupuestaria constante y los diversos programas de reforma, más atentos a criterios tecnocráticos de eficiencia que a la dinámica propia del sector» (Albornoz y Gordon, 2011).

El segundo semestre de 2001 estuvo marcado por una «crisis social, política e institucional» (Pucciarelli y Castellani, 2014:16). La asfixia sufrida por los sectores populares unida a la confiscación de los ahorros de los sectores medios conocida como «corralito» desencadenó la toma de las calles tanto por «piqueterxs» como por «cacerolerxs». Si durante la dictadura el «disciplinamiento social» (Torrado, 2010) fue ejercido por el Estado vía la violencia física con su correlato de intimidación ideológica, con la adopción hegemónica del modelo neoliberal durante este primer ciclo de la posdictadura, el disciplinamiento social se ejerció vía la violencia económica: el temor al desempleo y a «quedarse fuera del sistema» atravesó la vida de lxs que todavía tenían algo que perder mientras un amplio sector social engrosaba las filas de desocupadxs. Recordemos que «el porcentaje de desempleo trepó del 6 % en 1991 al 18 % en 1995. A partir de entonces y hasta entrada la primera década del siglo XXI, la desocupación se situó por arriba de los dos dígitos» (Buchbinder y Marquina, 2008:88). En este escenario de desempleo y pobreza crecientes, el gobierno de la Alianza intentó frenar el estallido que alcanzó su pico máximo el 19 y 20 de diciembre decretando el estado de sitio. Con un saldo de más de treinta muertos, De la Rúa abandonó la Casa Rosada en helicóptero luego de haber firmado su renuncia. Lo que vendrá después del «colapso» de diciembre (Vezzetti, 2002:33; Novaro, 2009:617; Aronskind, 2008:23) o, «como diría Andreas Huyssen, *the great divide*» (Antelo, 2013:12), se nombró a partir de este acontecimiento: el tiempo ya no se midió solo por lo acontecido pasada la dictadura sino también por lo situado antes y después de este nuevo punto de inflexión de la historia argentina. Se comenzó a hablar de «poscrisis» (Girbal, 2007; Giunta, 2009).

Alfredo Pucciarelli y Ana Castellani entienden que el estallido social de diciembre de 2001 se inscribe «en un proceso de decadencia de larga data vinculado a un nuevo régimen de acumulación» que, si bien pasó por «diversas etapas», se instauró durante la última dictadura (2014:13). En este tiempo *out of joint* transcurrido entre los días de diciembre de 2001 y enero de 2002, la crisis tomó carácter de «orgánica» (Pucciarelli y Castellani, 2014). En algo menos de dos semanas se sucedieron cinco presidentes: a De la Rúa le siguió Ramón Puerta, Adolfo Rodríguez Saa, Eduardo Camaño y Eduardo Duhalde que asumió provisoriamente el cargo hasta el llamado a elecciones en abril de 2003.

En los primeros seis meses del llamado «gobierno de la transición» a cargo de Duhalde se registró una caída del poder adquisitivo del salario y de las jubilaciones del 50 % respecto de 2001 mientras que la pobreza ascendió del 35 al 50 % (Novaro, 2010:281). La política científica sufrió una restricción a la inversión que llegó a los niveles más bajos de la historia reciente (Albornoz y Gordon, 2011:29). No obstante, hubo un primer gesto político que luego será reforzado por el gobierno siguiente con su apelación a la «transversalidad». Se trató de una decisión que afectó positivamente a las instituciones, en general, y a las instituciones de investigación y enseñanza, en particular: se designó a Juan Carlos Pugliese, ex rector radical de la Universidad Nacional de Tandil, como secretario de Políticas Universitarias.

El período denominado «crisis y recuperación» por Albornoz y Gordon refiere, como ya mencionamos, a las gestiones de Duhalde, Kirchner y Fernández. El triunfo de Kirchner en las elecciones de abril de 2003 se produjo, como bien observan Buchbinder y Marquina, en el marco de una profunda «crisis de representatividad de la clase política» (76) (resonaba aún el eslogan gritado en las calles durante 2001: «que se vayan todos» [cf. Pousadela, 2006]). Las decisiones inmediatas comprendieron medidas en diversas dimensiones que intentaron contribuir a desmantelar la representación de que «los políticos eran "todos iguales" y que el ascenso de uno u otro no podía tener efectos significativos» (Pousadela, 2006:96). De este modo se buscó recuperar la «iniciativa política a partir de la presentación y despliegue de una agenda que puso en cuestión muchos de los postulados neoliberales de los años noventa, tanto en las negociaciones con los acreedores internacionales como con las reformas estatales llevadas adelante, así como con las deudas en materia de derechos humanos» (Buchbinder y Marquina, 2008:76). Entre esas medidas se destacan, por un lado, la nulidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final (Battaglino, 2011) y, por el otro, un proyecto económico que se apartó del ritmo y del rumbo neoliberal. Con solo repasar los títulos de la serie de libros que Pucciarelli ha dedicado a la reconstrucción de las políticas económicas y

sus consecuencias en el tejido social desde la restitución democrática hasta nuestros días, se infiere su lectura de los hechos que, sucintamente, presentamos aquí. Los subtítulos precisan las continuidades y variaciones de las políticas públicas en relación preponderante con las políticas económicas así como con constricciones que, como se ha visto en esta condensada síntesis, se direccionan desde diferentes sectores entre los que los poderes económico y militar juegan en sintonía con los medios de comunicación concentrados: *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* (Puciarelli, 2006), *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal* (Puciarelli, 2011), *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal* (Puciarelli y Castellani, 2014), *Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal* (Puciarelli y Castellani, 2017). El último de la serie fundamenta por qué es posible sostener que la gestión de Kirchner «avanzó decididamente en la reconstrucción del poder, la autonomía y la capacidad de intervención del Estado» (Puciarelli y Castellani, 2017:23) a partir de una serie de «actos y gestos muy elocuentes»:

a) Planteó una política exterior independiente y más alineada con sus socios regionales estratégicos y encaró un agresivo proceso de renegociación con el FMI en el que se propuso una fuerte reestructuración de la deuda en *default*;
b) Puso en marcha una política de contención del conflicto social encabezado por las organizaciones piqueteras y estableció una serie de medidas que propiciaron la redistribución progresiva de los ingresos;
c) Removió la cúpula de las Fuerzas Armadas, propició medidas para cambiar la composición de la Corte Suprema y encaró un giro significativo en materia de derechos humanos. (2017:23)

Por su parte, Buchbinder y Marquina resaltaron la explícita «voluntad» que el gobierno de Néstor Kirchner expresó de «revertir los efectos de la reforma educativa de los años 90, dando impulso a una serie de normas en línea con un nuevo modelo de país productivo» (2008:76). En ese sentido señalaron que «la sanción de la Ley de Educación Técnica, la de la Ley de Financiamiento Educativo y la de una nueva Ley Nacional de Educación —que reemplazó a la controvertida Ley Federal de Educación de 1993— fueron todas iniciativas de este período de gobierno que dan cuenta de esta decisión» (76). En cuanto al sector universitario, destacaron que durante estos años se produjo un aumento sostenido tanto de los salarios como de los fondos disponibles para ciencia y tecnología (77) mientras que en una serie de reuniones del CIN (en

Horco Molle en 2004, en Mar del Plata en 2005 y varias en 2007 que se cerraron con la reunión de Vaquerías) comenzaron a esbozarse los principales aspectos de la Ley de Educación Superior. Entre esos puntos hay uno que da cuenta de una posición hegemónica[8] sostenida a pesar de las variaciones de las políticas públicas llevadas adelante por los diferentes gobiernos democráticos a cargo del Estado entre 1958 y 2015: se trata de la defensa del carácter gratuito y laico de la enseñanza y del ingreso irrestricto que va de la mano de la desregulación estatal de la oferta universitaria (esta marca «plebeya» de la universidad argentina marcha a contrapelo de las tendencias economicistas y nacionalistas verificadas en los regímenes de países en los que la admisión como la persistencia en el sistema universitario suele exigir capitales específicos y/o económicos excluyentes para buena parte de la población mientras se ratifica y se estabiliza el orden de clase existente [cf. Hidalgo, 2001; Carli, 2012; Hidalgo Nácher, 2019a; Fleck, Duller y Kárady, 2019]). En esos plenarios se acordó en defender «el carácter público de la educación superior, en línea con lo expresado en la Ley Nacional de Educación, y en clara oposición a los procesos internacionales orientados a incluir a la educación como bien transable en el mercado» (Buchbinder y Marquina, 2008:85); asimismo se señaló «la necesidad de reinstalar en la futura norma la gratuidad de la enseñanza universitaria de grado, resignificando una concepción que en los años 90 justificaba el arancel» (85).

Estas modificaciones tomaron forma en un proyecto de reforma de la Ley de Educación Superior presentado por Adriana Puiggrós para su debate parlamentario en 2013: la Ley 27204 se sancionó el 28 de octubre de 2015 y se promulgó el 9 de noviembre de ese año. Por su carácter sintomático, vale la pena volver sobre el deseo expresado por Buchbinder y Marquina respecto de la nueva ley: se trata del pasaje donde expresan su esperanza de que «no cambie con los gobiernos, y que en su carácter de ley marco establezca principios generales, instaure sistemas de definición de políticas públicas para el sector y fije reglas de funcionamiento claras que permitan periódicamente definir metas y, a partir de ellas, diseñar programas específicos en otras instancias de regulación» (2008:86). En definitiva, Buchbinder y Marquina reclaman la continuidad de las políticas públicas, constantemente alteradas por las fantasías refundacionales de las sucesivas gestiones a cargo del Estado.

8. Uso este término en la acepción williamsiana: «La realidad de toda hegemonía, en su difundido sentido político y cultural, es que, mientras que por definición siempre es dominante, jamás lo es de un modo total o exclusivo» (1977:135).

Por su parte, Albornoz y Gordon sintetizaron en un breve párrafo las políticas científicas más importantes generadas durante «los años del kirchnerismo» (Pucciarelli, 2017). Se trata del segundo ciclo de expansión de la ciencia y la educación comprendido dentro del largo período aquí estudiado:

> El período que se extiende desde 2003 hasta el presente puede a su vez ser dividido en dos etapas. En la primera de ellas, durante el gobierno de Néstor Kirchner, (...) el énfasis en la planificación a medio y largo plazo, no dejaba de mostrar un curioso optimismo en un país tan expuesto a las mutaciones abruptas y muchas veces inesperadas. Durante esta gestión se lograron varias metas, como el relanzamiento del CONICET, a la vez que comenzó una etapa de modesta expansión presupuestaria aunque de fuerte incorporación de investigadores y becarios en el CONICET y las universidades, en el contexto de la recuperación y expansión económica experimentada por el país durante el período de gobierno 2003–2007.
>
> El gobierno de Cristina Fernández de Kirchner habría de traer como novedad la creación del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, separado del Ministerio de Educación, del cual depende la Secretaría de Políticas Universitarias. (2011)

Durante los años Kirchner la circulación internacional de la producción fue incentivada desde la SPU vía la puesta en marcha, en 2003, del Programa de Internacionalización de la Educación Superior y Cooperación Internacional (PIESCI) y, en 2006, del Programa de Promoción de la Universidad Argentina (PPUA). Dichos programas permitieron impulsar la conformación de redes y la movilidad de docentes universitarios a Madrid y a París (ciudades donde el Estado cuenta con dos casas de residencia [cf. Birgin, 2011]) a los efectos de promover actividades de docencia, investigación pero también de cooperación. En 2008 el Programa RAICES (Red de Investigadores y Científicos en el Exterior), proyectado en el 2000 pero implementado recién en 2003 debido a cuestiones de financiamiento, fue declarado política de Estado por la ley N° 26421 con los objetivos de «desarrollar redes de vinculación con investigadores argentinos residentes en el exterior», «difundir las actividades científicas y tecnológicas» y «facilitar el retorno al país de aquellos investigadores, tecnólogos y profesionales altamente capacitados que deseen reintegrarse» (Ley 26421, 2008; López, 2016). Este programa se articuló con Becas Internas Posdoctorales.

También con el objetivo de difundir nuestra producción, en 2009 el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto generó el Programa Sur destinado a favorecer la extraducción de libros producidos por investigadorxs, docentes y escritorxs argentinxs (Szpilbarg, 2019:272). Por su parte el CONICET promovió

estadías posdoctorales cortas en el extranjero destinadas a lxs becarixs del organismo que habían completado su doctorado en Argentina: esto se hizo vía el Programa de Financiamiento Parcial de Estadías Breves en el Exterior para Becarixs Postdoctorales. La movilidad temporaria también fue impulsada para los primeros escalones de la carrera de investigación vía el Programa de Financiamiento Parcial de Estadías en el Exterior para Investigadorxs Asistentes y el Programa de Becas Externas para Jóvenxs Investigadorxs. También con el objeto de favorecer la discusión nacional e internacional de resultados de investigación, desde 2007 el CONICET contribuyó a financiar reuniones científicas en Argentina.

Entre 2006 y 2007 se bosquejó el Plan Federal de Infraestructura para la Ciencia y la Tecnología que acompañó el impulso dado al sistema en términos de becas, recuperación de la carrera de investigación y un nuevo proyecto de articulación entre el CONICET y las universidades vía la creación de Unidades de doble dependencia CONICET–Universidad en diferentes puntos del país. También se crearon nuevas Unidades Ejecutoras de investigación.

El informe de gestión del principal organismo de investigación del país correspondiente a 2015 da cuenta de los resultados obtenidos luego de doce años continuos de políticas públicas de apuesta a la ciencia y a la educación. Los números son rotundos: de 3734 investigadorxs en 2001 se pasó a 9236 en 2015 (CONICET, 2016:14).

En noviembre de 2015 la Alianza Cambiemos ganó las elecciones. El rumbo de las políticas públicas será otro (cf. Beigel y Sorá, 2019; Sorá, 2019; Contreras, 2020). Solo a dos años de la asunción de Mauricio Macri, Pucciarelli y Castellani observaron que la «abrumadora sucesión de reformas implementadas (...) en los diversos ámbitos de la vida social» parecían dirigidas a «lograr dos grandes objetivos estratégicos»: por un lado, «desmantelar (...) las principales políticas públicas y modificaciones institucionales generadas por el kirchnerismo durante sus tres presidencias» y, por el otro, erigir «un nuevo régimen de dominación económico, institucional, político, cultural y regional que recupere ciertos aspectos de índole conservadora y neoliberal que caracterizaron a varios de los proyectos hegemónicos de nuestra historia reciente» (2017:15).

Si bien este período no está comprendido en esta investigación, las huellas de esas políticas públicas atravesaron los testimonios de buena parte de lxs agentes de la muestra dado que recogimos entrevistas hasta diciembre de 2018 y consultas, hasta julio de 2023. Los retrocesos y desmantelamientos perpetrados exigen volver a pensar el concepto de «posdictadura». Un concepto que requiere más estudios que ayuden a precisar sus configuraciones actuales en

Argentina y en la región[9] en un marco de avanzada mundial de las derechas y de irrupción de los discursos de odio como nueva forma de «distinción» (cf. Sapiro, 2020b:188; Avelar, 2021a, 2021b; Turin, 2019; Forster, 2018; Alemán, 2018; Giorgi, 2020a, 2020b). Mientras tanto, es importante señalar por qué la política económica de los años Macri comprometió el desarrollo del país y, ni que decir tiene, la posibilidad de tomar decisiones soberanas, entre otros rubros, en ciencia y en educación:

> Con la idea de terminar con el estatismo, se revirtieron las políticas del kirchnerismo de cerrar y proteger el mercado interno. En un esquema similar al de la dictadura militar, se consideró que solo deberían sobrevivir los sectores y empresas locales más eficientes que pudieran resistir la competencia externa (...).
>
> La apuesta central de todo el programa fue desatar un ciclo de endeudamiento externo descomunal, todavía mucho mayor al realizado durante la dictadura y la década de 1990. (...)
>
> Las promesas económicas básicas que había hecho el gobierno en su campaña electoral terminaron en un profundo fracaso. Se dijo que con ellas se lograría «pobreza cero», pero en cambio la pobreza aumentó un 59 % (pasó, entre 2015 y 2019, del 25 al 37,6 %). La idea de llegar a tener una inflación de un dígito resultó también en un absurdo pues fue mucho más alta en sus valores que el promedio obtenido por el llamado «populismo kirchnerista». (...) A su vez, si se consideran los niveles de deuda dejados, la concentración económica provocada, el alto desempleo producido o los quiebres productivos generados, el balance negativo del nuevo experimento neoliberal parece difícil de ignorar. (Zícari, 2020:187–194)

Al endeudamiento externo de los años Macri se agregó la inédita situación de crisis mundial generada por la pandemia y luego, por si algo faltara, la guerra desatada entre Rusia y Ucrania. Esta observación no es un mero corolario o

---

9. Sin usar la controversial palabrita, Antonio Cornejo Polar insinuaba los efectos nefastos de la violencia estatal sobre la producción en estudios literarios en América Latina. Nótese su referencia tanto a las formas ostensibles de violencia durante las dictaduras y a las instrumentadas durante los ciclos neoliberales: «Las dictaduras primero, con la censura o métodos harto más brutales, y el neoliberalismo después con su política de pauperización de las instituciones culturales púbicas (universidades, bibliotecas, archivos) prácticamente han destruido las bases materiales para el desarrollo de la disciplina, aunque también hay que reconocer la situación disímil de cada país y las obvias diferencias de proyectos grupales y personales» (1997:344). Las investigaciones realizadas entre el tiempo de escritura de su artículo y el presente permiten atisbar mejor que lo que anuda a dictaduras con posdictaduras es un proyecto económico compartido.

una nota de color relativa al tiempo de escritura de estos resultados de investigación sino que, por el contrario, a partir de estos hechos cuyo carácter acontecimental en el sentido derridiano de irrupción insospechada quizás debiéramos solicitar (¿no tuvimos señales de que cuestiones de este orden podrían emerger? [Peyre, 2021; Piot, 2021; Cragnolini, 2021]), se busca resaltar tres aspectos interconectados: 1) la influencia de ciertos movimientos generados en el campo transnacional sobre el nacional; 2) la importancia de las políticas públicas de los Estados, más allá de la porosidad de sus fronteras; 3) las derivas de estas políticas públicas en ciencia y en educación (solo por mencionar las áreas sobre las que aquí hacemos foco) en los campos específicos.

Los procesos de investigación institucionalizados involucran tiempos largos: la formación de recursos humanos, la generación de centros de investigación que a su vez produzcan publicaciones y espacios de discusión de resultados, la inversión en equipamiento, la actualización bibliográfica, etc., no se realizan de un día para el otro. Asimismo los proyectos en educación necesitan ser sostenidos en el tiempo si se quiere lograr algún efecto en la resolución de los problemas que se buscan atacar. Ambas apuestas se ven reñidas con el carácter episódico y aleatorio de los financiamientos devenido marca estructural de las políticas públicas en nuestro país (cf. Contreras, 2020: 16-17):

> La Argentina no emerge de una crisis. Transita en un estado de crisis recurrente en el que períodos muy traumáticos son sucedidos por otros de reacomodamiento de los actores políticos y sociales que no alcanzan a estabilizarse. Más de veinte años de democracia después de la última dictadura militar han estado jalonados por episodios de hiperinflación y devaluaciones dramáticas, la caída de un gobierno en medio de una grave perturbación social y otras conmociones semejantes, en un contexto de distribución regresiva del ingreso, deterioro del empleo y marginalización creciente de una gran parte de la población. Para completar un cuadro de rasgos esquizoides, periódicamente la economía reflota (antes de volverse a hundir) y el país es capaz de alcanzar tasas elevadísimas de crecimiento que no se sostienen en el tiempo. Es como si Argentina hubiera sido la inventora del «desarrollo insostenible». (Albornoz y Gordon, 2011)

Como bien señala Julián Zícari en las conclusiones a su estudio de la historia de las crisis económicas argentinas, «aprender es la única forma de no repetir» (2020:274). Si bien pareciera que luego de la última dictadura, la sociedad argentina aprendió y «dijo "nunca más"» al Terrorismo de Estado, también es verdad que no parece haber aprendido «en el terreno económico» (274). Imposible no preguntarse qué sucedería si se lograra mostrar, como parte de ese

proyecto de enseñanza que Zícari impulsa (y solo para empezar), la intrincada relación entre poder militar y poder económico (así como las fuerzas internacionales que propiciaron esa alianza a nivel regional): ¿qué sucedería si se lograra difundir que la violencia estatal traducida en persecución ideológica durante la dictadura y luego en achicamiento del Estado durante los ciclos neoliberales no son sino dos caras de una misma moneda, de un mismo proyecto político de base?[10] Variaron, eso sí, los mecanismos para lograr el éxito de ese proyecto: la represión feroz fue reemplazada por estrategias tan sutiles como eficaces, invisibilizadas más que invisibles. Algo de eso nos enseñó Bourdieu a través de su concepto de «dominación simbólica»: no sorprende ya que los sectores más desfavorecidos por las políticas neoliberales contribuyan con su voto a llevar al poder a lxs candidatxs de estas fuerzas. Merodea una fantasía de nano–intervención pedagógica en el sentido aquí explicitado cada vez que se insiste tanto en ubicar a los años Menem, a los años de la Alianza y a los años Macri en diferentes momentos de la posdictadura como en señalar sus consecuencias. Estas consideraciones son fundamentales para analizar, con la debida complejidad, lo que sucedió en el subcampo de los estudios literarios en el período 1958–2015: tanto con tan poco.

Coda

Elijo terminar este cuento con otro que cuenta Julián Zícari en ese espacio de envíos, autosocioanálisis[11] y toma de posición que suele inscribirse en la sección «agradecimientos» de los libros. Un cuento que vuelve, como en bucle extraño, sobre un episodio más o menos reciente, indisociable de los efectos de decisiones tomadas en el campo económico sobre el campo científico, aunque no solamente. Acaso aporte saber que, además de Doctor en Ciencias

10. Para la deliberada amnesia de la violencia política estatal en articulación con los campos mediático, cultural, académico y económico en España, ver Hidalgo Nácher, 2022a.

11. Estaríamos ante un autosocioanálisis cada vez que quien reflexiona sobre sus propias prácticas escudriña tanto metas alcanzadas como problemas y obstáculos con los que se topó, no desde la lógica del «creador increado» ni desde la fatalidad de un «destino» sino atendiendo a las condiciones sociales. Se puede tratar de un «autoanálisis provocado y asistido» como los que Bourdieu estimuló en la investigación colectiva publicada en *La misère du monde* (1993:1408) o de una búsqueda de lxs investigadorxs de examinar los determinismos–no–deterministas que atraviesan la propia práctica: «comprender es, para empezar, comprender el campo con el cual y contra el cual uno se ha hecho», observó Bourdieu al volver sobre su recorrido profesional (2004:11).

Sociales y Magister y especialista en Historia económica, Zícari es Licenciado en Economía, Psicología, Historia y Filosofía:

> Durante los años del macrismo, otra vez, el neoliberalismo, como tristemente suele hacer, cargó contra el presupuesto de la ciencia argentina. En este caso, para justificar los recortes y ajustes en el área, se denegó mi acceso a la Carrera de Investigador Científico (CIC) con el absurdo motivo de que tener cuatro carreras de grado podría «llevar a una dispersión de intereses». (...)
>
> El dictamen para rechazar mi ingreso dijo lo siguiente: «la producción del postulante es en principio suficiente para el ingreso a la CIC, pero dicha producción parece desprenderse de la cursada de las cuatro carreras de grado. Esto demuestra una importante capacidad de estudio, pero puede llevar a una dispersión de intereses en relación al trabajo de investigación y la profundización disciplinar que supone la producción de conocimiento original y de potenciales aportes sustanciales a la disciplina. No se recomienda su ingreso a CIC». (2020:276)

Zícari publicó este libro en 2020, cuando ya era parte de la Carrera de Investigador del CONICET. Su cuento abre más de un interrogante, en clave de síntoma: ¿es que acaso se le teme al tipo de análisis que podría realizar alguien que cuenta con todas estas competencias disciplinares específicas? ¿O se trata de una justificación torpe tramitada en el vértigo al que nos arrastra la «loca racionalización de la enseñanza superior y de la investigación» (Darbus y Jedlicki, 2014; Naidorf y Pérez Mora, 2015)?

Como a Adriana Puiggrós (2022), me asalta el deseo de completar una carrera de grado en economía y otra en psicoanálisis y otra en filosofía y otra en sociología cada vez que, necesariamente, acudo a conceptos de estas disciplinas para complejizar las respuestas provisorias dadas a interrogantes para los que nos quedan cortos los instrumentos del espacio disciplinar específico. Nada nuevo bajo el sol: Maximilano Crespi también cruzó territorios y disciplinas al leer, junto a Viñas, el hilván entre la cruzada aniquiladora y angurrienta del terrorismo de Estado de los setenta y su continuidad maquillada durante los años Menem:

> El menemato, que cierra y consolida el proyecto implantado años atrás, en el golpe de Estado de 1976, es para Viñas el punto culminante en un proceso de domesticación y sumisión económica, política e intelectual. Asume la teatralización grotesca de la fachada: una escena en que espectacularidad, servidumbre y complicidad política van definiendo las condiciones concretas de producción intelectual en un país colonizado. (Crespi, 2016a:111)

Entre uno y otro tiempo, esa Beatriz Sarlo que durante la dictadura había encontrado en la williamsiana «estructura de sentimiento» una noción «llena de esperanza» («se trataba de observar en aquel presente horrible las señales que marcaban la quebradura por donde podía emerger un tiempo diferente» [1997a:6]), como intuyendo lo que vendría, exigía más Estado. Contra el Estado y por más Estado, según las circunstancias, en el subibaja ideológico configurado por nuestra historia política: «en una sociedad como la argentina, es imposible resignar el lugar del Estado», alertaba por aquel entonces (1988d:73). Y agregaba: «así como ha sido el actor de una represión brutal en casi todos los países de América Latina, también puede convertirse en un actor decisivo en el espacio donde una serie de desigualdades comiencen a ser compensadas» (1988d:73).

Mostrar el carácter político de la violencia económica estatal (la constante más pronunciada durante todo el arco temporal estudiado) y sus efectos en un campo específico (el de los estudios literarios) anima este trabajo, en continuidad con lo hecho desde *Ni dioses ni bichos* para acá.

PRIMERA PARTE

~

INSTITUCIONALIZACIÓN

Discontinuidad de las políticas públicas y dos constantes (plebeyas). Derivas

El repaso de las discontinuidades de las políticas públicas en ciencia y en educación realizado en el capítulo anterior facilita el análisis de sus derivas para el subcampo de los estudios literarios cuya dinámica, como podrá verse en lo que sigue, se configura tanto por la disputa como por la retroalimentación, según las coyunturas, entre prácticas desarrolladas en instituciones y en formaciones. Se trata de una tensión que atraviesa el arco temporal estudiado y que adquiere matices diferenciales según las formas dominantes de violencia estatal. Esto repercute en las prácticas de lxs agentes: en lo que sigue se identifica qué grupos se vieron afectados, por qué tipo de obstáculos para enseñar, investigar y/o publicar los resultados de sus desarrollos y luego, a qué estrategias recurrieron para sortearlos (creación de formaciones que se disolvieron apenas el trabajo se encausó en las instituciones, repliegue en instituciones menos sujetas al control estatal y/o migraciones —este último punto se aborda en la segunda parte de este libro—).

En segundo lugar, se vuelve sobre una marca que atraviesa las prácticas de investigación del período: la convivencia entre financiamiento estatal, de organismos extranjeros y auto–financiamiento por parte de lxs agentes.

En tercer lugar, se repasan continuidades y cambios en los tipos de capitales exigidos para el rol de «profesor.a.e» en la universidad y de «investigador.a.e» en el CONICET. Se trata de otra manera de describir cómo se institucionalizaron los estudios literarios: un subcampo tensionado entre el campo universitario, el científico y el literario, y todos, a la vez, atravesados por las políticas generadas desde el campo estatal.

Finalmente, se describe una de las consecuencias de dos constantes (plebeyas): ante tanta variación, y más allá de los períodos de excepción bajo dictadura, el ingreso irrestricto a la universidad argentina y su gratuidad son indisociables del carácter heterogéneo de las biografías escolares y de las trayectorias de formación de lxs agentes de la muestra. La convivencia entre herederxs y no herederxs (en el ya explicitado sentido bourdieusiano del término) y la concreción de la fantasía de movilidad social ascendente vía la acumulación de capitales específicos a través de la educación pública se verifican en todos los grupos de la muestra.

Enseñanza, investigación y publicación, entre instituciones y formaciones

A partir de la muestra construida para esta investigación, en este apartado se busca responder dos preguntas básicas: 1) ¿qué grupos de agentes se vieron afectados por qué tipo de obstáculos para enseñar, investigar y/o publicar los resultados de sus desarrollos en Argentina en el extenso arco recortado entre 1958 y 2015?; 2) ¿a qué estrategias recurrieron para sortearlos?

Para empezar a desbrozar regularidades, es necesario distinguir los efectos diferenciales de la violencia estatal entre 1966 y 1983 y la derivada de las políticas económicas neoliberales del primer ciclo de la posdictadura: la primera afectó fundamentalmente las prácticas de lxs agentes de los G1, G2 y G3. Una afección que obedeció a factores diversos: tomas de posición de lxs agentes frente a problemas específicos del subcampo, asunciones políticas, objetos de enseñanza y/o de investigación más o menos «sospechosos» y contacto con personas consideradas «subversivas». La segunda afectó en especial a los agentes de los G4 y G5; una afección ligada, fundamentalmente, a la precarización de las condiciones laborales y a una reducción de las posibilidades de desarrollo profesional institucionalizado tanto en las universidades como en el CONICET con algunos episodios residuales de violencia ideológica y cercenamiento de líneas de trabajo.

Durante y entre las dos últimas dictaduras, varixs agentes de los G1, G2 y G3 crearon formaciones que permitieron darle continuidad a las acciones sostenidas otrora en universidades públicas mientras disputaban la legitimidad de las prácticas sostenidas desde esos espacios. Se advierte una tensión que traducía el binomio autonomía/heteronomía al binomio exilio (interno/externo) y/o repliegue en formaciones y/o en instituciones menos alcanzadas por los mecanismos de vigilancia y control estatal (universidades privadas, institutos de formación superior)/permanencia en las universidades públicas. Se trata de reacciones

sintomáticas: una respuesta, la que pudo plantearse ante una situación límite que, una vez modificada, fue seguida por la disolución de las formaciones, por el retorno al país y/o a las instituciones de antigua pertenencia. Me apresuro a aclararlo: hablo de patrones dominantes. Es decir, hay agentes cuyos retornos y/o reinserciones fueron parciales y/o luego de haber obtenido la jubilación.

Para ordenar la descripción y, a la vez, para volver este texto legible, selecciono estrategias usadas tanto en los polos centrales del subcampo (ineludibles ya que son estos los que definen su agenda) como en los polos periféricos que, en el amplio arco temporal recortado, disputarán la centralidad generando una dinámica que importa reponer dada su potencia para transformar la «grieta» (Rinesi, 2003) en oportunidad tanto para la acción política (es decir, para contribuir a modificar los aspectos vivenciados como obstáculos y/o límites) como para la agencia. Estas estrategias permitieron consolidar la siempre relativa autonomía del subcampo de los estudios literarios vitalizado por esta constante «solicitación» de sus prácticas por sus mismxs agentes, desconformes con el estado de las cosas.

Mimesis, disputa y continuidad: grupos de estudio, centros y proyectos editoriales autogestionados

Que un centro creado por lxs renunciantes de una facultad después de «la noche de los bastones largos» se apropie del nombre de esa facultad al construir su identidad pública; que ese mismo centro extienda certificados de sus actividades en papel con membrete, sello y firma de sus autoridades (protocolos idénticos a los seguidos en esa universidad de la que se habían ido); que el proyecto editorial autogestionado más importante de Argentina armado luego del mismo triste célebre episodio transforme el eslogan de la joven y pujante editorial universitaria de la que se habían alejado («Libros para todos») en otro que lo radicaliza («Más libros para más»); que las reuniones semiclandestinas llamadas «grupos de estudio» tuvieran una rutina de seminario con discusión de bibliografía y presentación de temas no hacen más que expresar el «deseo de institución» (Louis, 2015a:24) que atravesaba las prácticas de todxs aquellxs quienes, desconformes con el modo de habitar y ocupar las universidades entre 1966 y 1983 (más allá del breve interregno democrático durante la «primavera camporista»), continuaron desarrollando sus prácticas profesionales desde formaciones, no sin interrupciones y con escasos recursos económicos.

Estas prácticas adquirieron «rasgos y contornos» (De Alba, 2004) diferentes según el espacio de emergencia. En este sentido, reconstruir lo realizado en

las formaciones en diferentes polos desde el onganiato hasta la recuperación democrática complejiza el análisis de la circulación de la teoría y de la actualización crítica en zonas distintas del subcampo recortado desde el perímetro nacional. Hay un correlato directo entre el trabajo en formaciones durante y entre las dictaduras y la rápida institucionalización de estos desarrollos una vez restituida la democracia así como hay una situación diferencial entre los polos indisociable del acceso a los bienes simbólicos en cada espacio. Dado que estas cuestiones se derivaron de las insistencias detectadas en los relatos de lxs agentes, ordenamos a partir de este criterio nuestro análisis.

Rosario

«Los años Prieto» es la forma que encontró Judith Podlubne (2013:12) para designar un tiempo institucional atravesado por la impronta de enseñanza, investigación, extensión y gestión impulsada por un agente que animó un importante grupo de estudiantes, jóvenes graduadxs y profesorxs: se trata de Adolfo Prieto y de sus prácticas en la sede Rosario de la Universidad Nacional del Litoral entre 1959 y 1966. Prácticas que no solo colocaron a Rosario en el centro del campo durante aquellos años sino que dejaron sus huellas hasta el presente. Si otros estudios ya han analizado con detalle esas intervenciones (cf. Avaro, 2015), importa reponer aquí las estrategias seguidas por lxs agentes involucradxs cuando ese trabajo se interrumpió abruptamente en 1966, bajo el régimen de Juan Carlos Onganía: Adolfo Prieto (G1) formó parte de «lxs renunciantes» que se apartaron de sus cargos en la universidad luego de que esta se viera cercenada en su autonomía.

Si algo singularizó a una de las formaciones rosarinas más importantes creadas por la época, eso fue la mimesis con la institución que se había abandonado. Una imitación indisociable de la fantasía de continuidad: como bien ha observado Nora Avaro, el Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre (CEFIL) fundado por profesorxs, algunxs de sus estudiantes y jóvenes graduadxs de la sede Rosario de la UNL, copió «hasta la homonimia» (2015:64) el nombre del espacio perdido al que se retornará cuando estén dadas las condiciones para volver a habitarlo. La imitación de los protocolos, las rutinas de trabajo y los rituales sostenidos en la universidad es tan sintomática como reveladora. Ana Gargatagli (G2) recuerda: «Los folletos o anuncios de los cursos del CEFIL eran en color. Lo demás, en el precioso papel de seda que usaba antes la administración» (2022). Obsérvese, por ejemplo, los detalles del membrete, el recurso al sello y a la firma de las autoridades que certificaban las actividades realizadas entre las que se contaban el dictado de cursos, la organización de conferencias y la presentación de libros (*Documento 1*).

Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre

Cordoba 1742 - Rosario

El Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre hace constar que la srta. profesora Nora Elena Catelli(L.C. 5 336 252), en el Seminario sobre el tema "la literatura argentina en el período 1945-1965", ha sido relatora de los siguientes temas:

1-Panorama cultural del período 1945-1965: el auge de los medios de comunicación de masas.

2-La narrativa de la generación intermedia: Enrique Wernicke y la intelectualidad de izquierda.

3-La narrativa de la generación intermedia: La obra de Roger Plá.

Asimismo ha sido encargada de la elaboración del tema que integrará el trabajo final: "La retórica del peronismo. Sus reflejos en la poesía y en la narrativa".

Para ser presentado ante quien corresponda se extiende el presente certificado a los veinticinco días del mes de abril de mil novecientos setenta y uno.

Prof. EDGARDO O. OSSANNA
SECRETARIO

CENTRO DE ESTUDIOS DE FILOSOFIA LETRAS Y CIENCIAS DEL HOMBRE

Prof. ELENA T. de LOCICERO
PRESIDENTA

Documento 1. Tipo de certificación otorgada por el CEFIL. Gentileza de Nora Catelli

La búsqueda de continuidad se verifica en varios planos: por un lado, en el intento de mantener las redes de intercambio intelectual con más de un polo, una marca de los años Prieto. Gracias a papeles exhumados por Nora Catelli (G2) y Ana Gargatagli se pudo reponer que Ramón Alcalde, Eduardo Prieto, Manuel Lammana, Atilio Dabini, Jaime Rest, Marta Dujovne, O. Fessler y Jorge Lafforgue dictaron el seminario «Origen y evolución del teatro» en dieciséis clases desarrolladas entre agosto y noviembre de 1971, es decir, el equivalente al tiempo comprendido por una materia cuatrimestral (*Documento 2*).

CENTRO DE ESTUDIOS de Filosofía,

Letras y Ciencias del Hombre

CORDOBA 1742

ORIGEN Y EVOLUCION DEL TEATRO

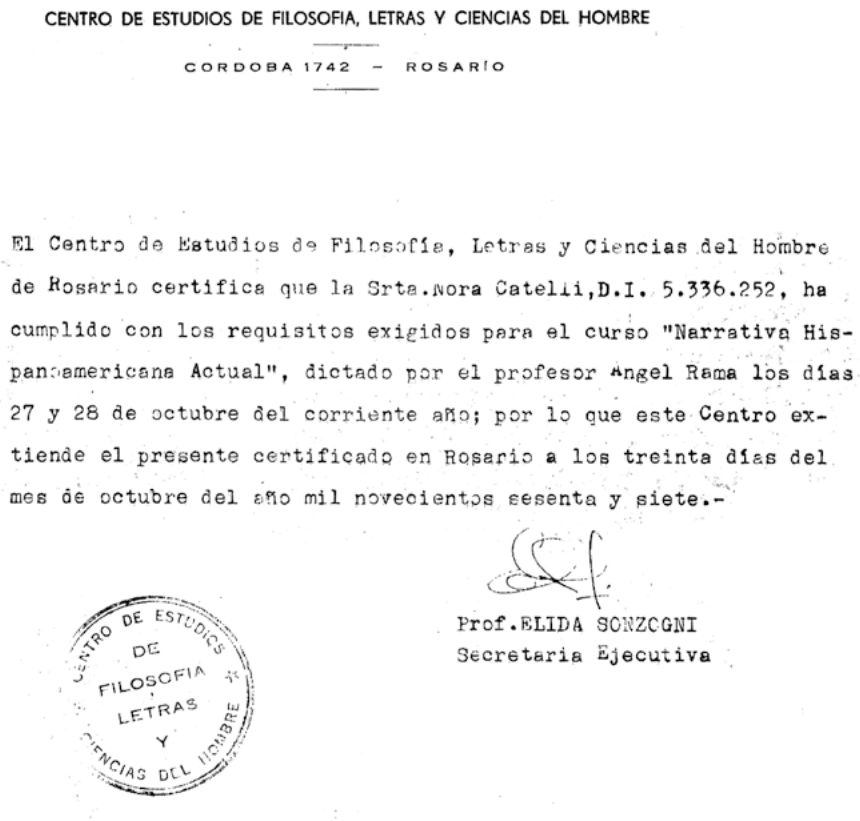
SABADOS A LAS 17.30 HS.

16 y 23 agosto	Prof. Ramón Alcalde	Teatro Griego
30 de agosto	Prof. Eduardo Prieto	Teatro Latino
6 y 13 setiembre	Pros. Manuel Lammana y Jaime Rest	Teatro Edad Media (Francia y España)
20 de setiembre	Prof. Atilio Dabini	Renacimiento Italiano (Comedia del Arte)
27 de setiembre y 4 de octubre	Prof. Jaime Rest	Shakespeare y el Teatro Isabelino
11 y 18 octubre	Prof. Marta Dujovne	Teatro Clásico Español
25 de octubre y 1º de noviembre .	Prof. Manuel Lammana	Teatro Clásico Francés
8 y 15 noviembre ...	Prof. O. Fessler	Siglo XIX. Romanticismo y Naturalismo
22 y 29 noviembre ..	Prof. Jorge Lafforgue	Teatro Argentino

Horario de inscripción: lunes a viernes de 18 a 20 hs.
y sábados de 10 a 12 hs.

Documento 2. Folleto de difusión del curso Origen y evolución del teatro. Gentileza de Ana Gargatagli

Gracias al rescate de estos papeles también se pudo establecer la fecha exacta de la venida de Ángel Rama: aconteció el 27 y 28 de octubre de 1967 para dictar el curso «Narrativa hispanoamericana actual». (*Documento 3*).



CENTRO DE ESTUDIOS DE FILOSOFIA, LETRAS Y CIENCIAS DEL HOMBRE

CORDOBA 1742 – ROSARIO

El Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre de Rosario certifica que la Srta.Nora Catelli,D.I. 5.336.252, ha cumplido con los requisitos exigidos para el curso "Narrativa Hispanoamericana Actual", dictado por el profesor Angel Rama los días 27 y 28 de octubre del corriente año; por lo que este Centro extiende el presente certificado en Rosario a los treinta días del mes de octubre del año mil novecientos sesenta y siete.-

Prof.ELIDA SONZOGNI
Secretaria Ejecutiva

CENTRO DE ESTUDIOS DE FILOSOFIA LETRAS Y CIENCIAS DEL HOMBRE

Documento 3. Certificado que permite reponer la fecha y el tema de un curso dictado en el CEFIL por Ángel Rama. Gentileza de Nora Catelli

En el CEFIL se dio continuidad al trabajo cooperativo entre profesorxs, estudiantes y graduadxs recientes. Ana Gargatagli (G2), estudiante durante el tiempo de su creación, recuerda haber tomado cursos con lxs jóvenes orientadxs por Prieto así como con profesorxs que también movilizaban formaciones en diferentes espacios (Buenos Aires, Bahía Blanca, Córdoba):

> De la formación «paralela» recuerdo especialmente un curso sobre «Origen del teatro» que dieron Ramón Alcalde, Manuel Lamana, Atilio Dabini, Jaime Rest y Jorge Lafforgue; otro de «Análisis literario» de Adolfo Prieto, María Teresa Gramuglio, Norma Desinano y Nicolás Rosa y otro de «Crítica literaria» de Toto Schmucler, Nicolás Rosa, Josefina Ludmer y Ricardo Piglia. [*2018*]

Por otro lado, era allí donde se presentaban los libros que, a pesar de las condiciones, lxs renunciantxs pudieron escribir, también porque algunas editoriales como el CEAL armadas por otros renunciantxs o proyectos autónomos como la Biblioteca Vigil daban trabajo a esxs profesorxs. Un ejemplo: *Literatura y subdesarrollo* de Prieto se presentó en el CEFIL (Avaro, 2015:77).

El tema del trabajo regular importa: si algo no hacen los relatos de lxs agentes es romantizar esta experiencia. Prácticamente cincuenta años después de su participación en el CEFIL, en conversación con Nora Avaro, Prieto señalaba los límites que las formaciones ponían al tipo de proyecto intelectual colectivo al que aspiraba: «Participé sobre todo al comienzo, con apoyos de todo tipo, pero luego no mucho más porque me parecía que los esfuerzos se dispersaban» (Prieto en Avaro, 2015:65). Su distancia de la «cosa pre–profesional, muy de estudiantina y muy de curso: "Y tomo este curso, y vamos a otro curso"» (65), se había expresado, con otros matices, en una entrevista realizada prácticamente diez años antes: «Me siento universitario. Me sentí universitario siempre, con todo» (2006). Como puede verificarse en su trayectoria, sus momentos más productivos asocian producción intelectual con gestión y proyectos institucionales: esto no podía tramitarse en formaciones así como tampoco había allí estabilidad laboral. Este último asunto es relevante para el análisis ya que incurre en la relación entre lo deseado y lo posible bajo aquellas circunstancias: recoger datos que permitan responder cómo se sostuvieron económicamente quienes quedaron al margen de las instituciones entre 1966 y 1983 aporta más elementos alrededor de lo que pudo hacerse (y lo que no) en aquel entonces. Por ejemplo, hay un cuento de Martín Prieto (G4) que repone las estrategias movilizadas por su madre para sostener la economía familiar luego de las renuncias del 66 (el pequeño emprendimiento lo había involucrado en las tareas, en especial cuando el negocio se fue ampliando). El

relato pone en lugar central a Negra Jarma, ese personaje evocado en cuentos y fotografías que traen huellas de aquella época (cf. Avaro, 2015). La familia tenía ya entonces cuatro integrantes que, hasta la renuncia de 1966, dependían económicamente del sueldo de Adolfo en la universidad:

> En 1966 mi papá renunció a su trabajo. Como el salario que cobraba por ese trabajo era el único ingreso de la familia, mientras buscaba ingresos alternativos al que acababa de perder voluntariamente, mi mamá, cuyos padres habían sido prósperos comerciantes en Santiago del Estero, decidió probar suerte ella misma en el comercio en un rubro que para la época era toda una novedad: un negocio de fotocopias. Aquellas primeras fotocopias salían impresas en negativo. Es decir, si se fotocopiaba una hoja blanca escrita con tinta negra, en la reproducción aparecía el fondo negro y la tinta blanca. La copia, además, salía mojada de la máquina, por lo que había que esperar a que se seque o secarla antes de entregarla al cliente. La socia de mi mamá era Gladys Rímini, que había renunciado a su trabajo el mismo día que mi papá. Gladys y mi mamá idearon un secador de fotocopias. Tomaron la base o estructura de un caballito a resortes con el que jugábamos con mi hermana, extrayendo previamente el caballo. Pusieron en su lugar una chapa y debajo una estufa eléctrica. Fotocopias a la plancha. El negocio se llamaba Lex y su título, además de un tributo a las lenguas clásicas (*Dura lex, sed lex*, «La ley es dura, pero es ley»), pretendía ser un llamador para la ambicionada clientela del negocio: los abogados, puesto que Lex quedaba a media cuadra de los Tribunales Provinciales. Además de fotocopias, se vendían artículos de librería con un stock tan modesto que las libreras tenían que ingeniárselas para cubrir el ancho de la vidriera del negocio que daba a la calle Balcarce: los cuadernos se exhibían abiertos, los lápices armando un abanico, las gomas de borrar una al lado de la otra, con un espacio entre una y otra tan ancho como la misma goma. La cosa marchaba más o menos mal. A mi papá el negocio le parecía «deprimente». Llegó, sin embargo, el momento de Lex. Uno de sus pocos clientes, entusiasta y con visión de futuro, ganó la elección como presidente del Colegio de Abogados y les propuso a Gladys y a mi mamá poner el negocio dentro de los mismos Tribunales, en el tercer piso, donde funcionaba el Colegio, detrás del bar. El negocio (que ya no tenía nombre) prosperó. La tecnología avanzaba a pasos agigantados. Dos enormes fotocopiadoras Xerox tiraban reproducciones de expedientes de modo casi industrial. 1000 fotocopias por día significaban una buena jornada de trabajo. Había días de 600, pero también de 1200, y duros febreros de 300 o 400. Pero la cosa había empezado a funcionar, a tal punto que en un momento el negocio llegó a tener una empleada y a las fotocopiadoras se les agregó un mimeógrafo para reproducir formularios que encargaba el mismo Colegio de Abogados. El mimeógrafo obligó a desarrollar nuevas destrezas: entintarlo,

> picar esténciles, esto es, escribir un texto a máquina con la suficiente fuerza como para que el tipo rompa el esténcil o plantilla y por esa rotura pase después la tinta que irá a imprimirse en la nueva hoja. En los veranos, ya adolescente, yo trabajaba en el negocio, como fotocopiador y como picador de esténciles. (2021:187–188)

En cambio, por no tener familia a cargo, por estar en otro momento de la propia trayectoria, la posición de lxs estudiantes de aquel entonces se vivía con menos tensión. Se acudía a la universidad para la habilitación profesional pero se apostaba a sostener estos espacios porque era allí donde reconocían las transferencias más importantes. En los cuentos de Nora Catelli (G2), el «grado» se repartió entre el CEFIL y la universidad:

> Después, toda la formación de grado fue paralela: en el CEFIL (Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre) y en otros centros de estudio que se formaron para los universitarios. Seguíamos cursando la universidad pero nuestra verdadera formación estaba fuera de esa universidad. En el CEFIL, que funcionaba en la calle Córdoba, se dictó, por ejemplo, el primer seminario sobre literatura y peronismo a cargo de Adolfo Prieto en 1967–1968. [*2015*]

Las mismas observaciones se replican con idénticos pronunciamientos: «Onganía liquidó la autonomía de las universidades y dimitieron casi todos nuestros grandes profesores: ese fue el primer exilio académico de la Argentina del siglo XX» (2015c). Los grupos de estudio fueron, entonces, un intento de continuar las conversaciones arrebatadas por la violencia estatal: «Decidimos estudiar en instituciones paralelas y en grupos de estudio con una curiosidad inagotable» (2015c).

El CEFIL fue, para Gargatagli (G2), el lugar donde se formó como crítica:

> Estudié en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, dependiente entonces de la Universidad Nacional del Litoral. Mi formación «oficial» tuvo dos etapas. Una muy breve, en los meses iniciales de 1966, y la que siguió —después de las intervención de las universidades— hasta terminar los estudios. En esa primera parte pude vislumbrar la posibilidad de una formación institucional de gran calidad. (...) En agosto de 1966 casi el 50 por ciento de los profesores de la Facultad renunciaron como protesta por la intervención de las universidades. Entre ellos recuerdo especialmente a Adolfo Prieto, Gladys Onega, María Teresa Gramuglio, Ramón Alcalde, Norma Desinano, Marta Scrimaglio, Mireya Bottone. Y también a Wilhelm Thiele y Graziella Baravalle (Griego), Haydée Gorostegui de Torre (Introducción a la historia), Marta Topolevsky (Filosofía), Carlos Yunosky (Latín) de quienes fui alumna en aquel primer año. No recuerdo por qué razón pude conservar el plan de

estudios —se cambió en 1967— pero la sustitución de profesores con formación crítica por profesores que no tenían una preparación específica convirtió aquel diseño, con muy escasas excepciones, en una retahíla de conocimientos pseudohistóricos.

A partir de entonces diría que la formación en historia literaria la hice en la Facultad, pero para la formación en crítica y teoría literaria fue fundamental el CEFIL (Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del hombre) que funcionó, entre 1969 y 1971 o 1972, en la calle Córdoba al 1742. [*2018*]

El deseo de preservar tanto la actualización como el debate de ideas animó esta formación junto a otras: «Esa formación, autodidacta o "autodidacta en grupo", completaba los esquemas históricos aprendidos en la Facultad y me ofreció en conjunto aquello que creo característico de la formación argentina: saber leer un texto literario» (Gargatagli, [*2018*]). Los cuentos de Catelli van en esta misma dirección: «Mi participación en el CEFIL y en otros centros fue importante. (...) Estaba todo el tiempo la idea de poner a prueba lo que leíamos» (Catelli, [*2015*]).

La importancia de la actualización y de la discusión vía la enseñanza impulsaron estas prácticas. Por la bibliografía citada (*Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar* de David Viñas) podemos inferir que fue en 1972 cuando Arturo Firpo, Ana Gargatagli, Nicolás Rosa, Gladys Onega y Graciela D'Angelo dictaron el curso Literatura argentina: poesía, ensayo, crítica. Firpo y Gargatagli se ocuparon de poesía, Rosa de crítica y Onega y D'Angelo, de ensayo. En esa propuesta, los textos de quien hasta hacía unos años había sido profesor en Rosario, eran ya corpus de estudio (cf. Podlubne, 2016:160). Nótese, junto a este lugar de Viñas en este programa, la mímesis con los presentados apenas hacía unos pocos años en la universidad por esos profesores (cf. Prieto, 1959, 1960, 1961, 1962, 1963, 1965, 1966; Viñas, 1964).[1] Se trata de programas con fuerte contenido hipotético y con una cuidada secuencia epistemológica que articula de modo impecable título, contenidos y corpus.

1. Transcribo algunos de los contenidos de los programas de Prieto y de Viñas que muestran la fuerte carga hipotética de sus propuestas de enseñanza. Por ejemplo, en 1961, Prieto organizó su programa de Literatura argentina alrededor de «El tema del desierto en la literatura argentina». Copio su primera unidad: «Importancia del desierto en la historia política y económica, en las instituciones y en la sociabilidad argentina. El desierto según el testimonio de los cronistas. Viajeros y observadores del siglo XVIII. Viajeros y observadores del siglo XIX» (Prieto, 1961:1). En 1964, Viñas reemplazó a Prieto en la cátedra. Repongo parte de la primera unidad de su programa: «El virreinato del Río de La Plata: la formación del país, su estructura interna y sus contradicciones fundamentales. Litoral e interior. La tradición escolástica y las reformas borbónicas. Iluminismo, enciclopedismo y orígenes del pensamiento liberal. Neoclasicismo, localismo y prolegómenos del sentimiento nacional» (1964:1).

CENTRO DE ESTUDIOS DE FILOSOFIA, LETRAS Y CIENCIAS DEL HOMBRE
CORDOBA 1742 - ROSARIO

CURSO: "LITERATURA ARGENTINA: POESIA. ENSAYO.CRITICA."

Primera Parte: Poesía argentina del 40 - Prof. Arturo Firpo
- Prof. Ana María Gargatagli

A.1-El grupo del 40.Neoromanticismo.Postulados antivanguardistas. Escritura regresiva.Nacionalismo literario y nacionalismo político.Fundamentación del aislamiento del escritor.Bonarós.María Granata.Castiñeira de Dios.Olga Orozco,Wilcock.Ana Ma. Ch. Aguirre.Vicente Barbieri.

A.2-Poesía y peronismo:Retórica y adhesión.

B. Las vanguardias del 40: Surrealismo e invencionismo. Estética y práctica poética. Discontinuidad de los modelos. Bayley, Molina, Pellegrini, Madariaga.

C. Hacia una poesía metafísica: Alberto Girri y H.A. Murena. El modelo de la poesía de habla inglesa.

Segunda Parte: La Crítica Literaria - Profesor Nicolás Rosa

1. Problemática de la crítica: Crítica y lenguaje. Discurso crítico - discurso lingüístico. Crítica e ideología. La "función" crítica en la cultura dependiente.

2. Crítica e historia: El modelo genético. Romanticismo y lenguaje crítico. Operatoria de los modelos críticos: Echeverría: la transcripción literal. Sarmiento: modelo, copia y adecuación. Gutiérrez: la regresión arcaizante.

3. Crítica y comentario: El modelo positivista. La crítica del 80. García Mérou y la crítica ecléctica. Traducción de los modelos.

4. Crisis del comentario:Sociología marxista:relaciones sociedad,literatura. Las "series" sociales: David Viñas. Presupuestos de una crítica científica.

Tercera parte: El ensayo a partir del 30. Indagaciones sobre la realidad argentina: Martínez Estrada y Murena

La crisis del 30. El Peronismo. Intentos de comprensión de la realidad argentina. Fuentes. Métodos irracionalistas de interpretación. Retórica. El pesimismo, la historia, el fatalismo telúrico.

-Prof. Gladys Onega.
-Prof. Graciela D'Angelo

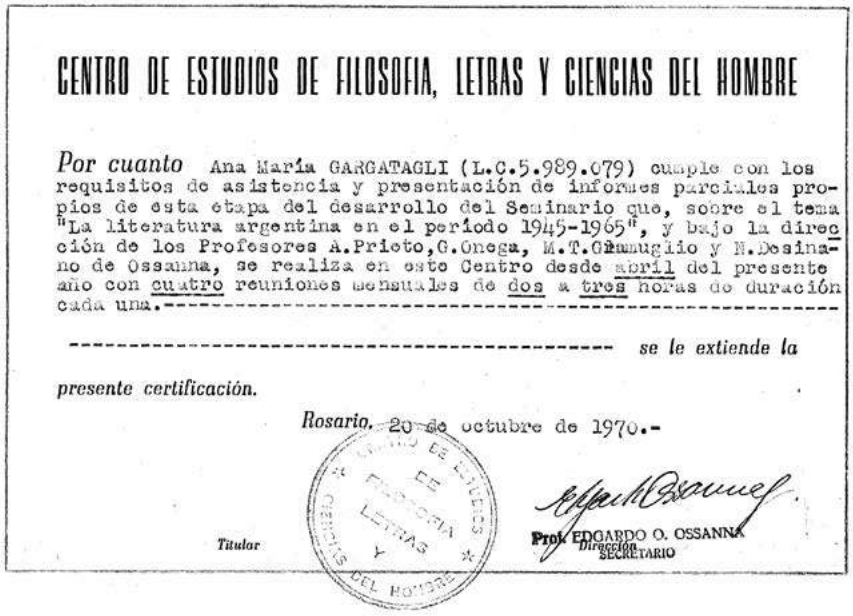
Nota: Se recomienda a los participantes del curso la lectura previa de las siguientes obras: -para la Segunda Parte: -David Viñas, Literatura Argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortázar, Siglo XX,1971
-para la Tercera Parte: -E.Martínez Estrada, Radiografía de la Pampa; H. A. Murena, El pecado original de América. Durante la tercera parte los profesores se referirán también a las siguientes obras: E.Martínez Estrada, Qué es esto (1957), Artículos sobre su experiencia cubana (1963); y H. A. Murena, Ensayos sobre subversión (1962), Homo Atomicus (1963).

Duración: 10 clases
Horario: martes y jueves a las 19.30 hs.
Fecha Iniciación: 5 de octubre

Para inscripción e informes dirigirse a la Secretaría del Centro, Córdoba 1742, de lunes a viernes de 18 a 20 hs. y sábados de 10 a 12 hs.

Documento 4. Copia del programa del curso dictado por Arturo Firpo, Ana Gargatagli, Nicolás Rosa, Gladys Onega y Graciela D'Angelo en el CEFIL. Gentileza de Ana Gargatagli

La misma sinergia entre profesorxs y jóvenes graduadxs que Prieto impulsaba en la universidad, se verifica en las propuestas del CEFIL. Por ejemplo, un certificado conservado por Gargatagli constata que Prieto dictó el seminario La literatura argentina en el período 1945–1965 junto a Onega, Gramuglio y Desinano entre abril y octubre de 1970.



CENTRO DE ESTUDIOS DE FILOSOFIA, LETRAS Y CIENCIAS DEL HOMBRE

Por cuanto Ana María GARGATAGLI (L.C.5.989.079) cumple con los requisitos de asistencia y presentación de informes parciales propios de esta etapa del desarrollo del Seminario que, sobre el tema "La literatura argentina en el período 1945-1965", y bajo la dirección de los Profesores A.Prieto, G.Onega, M.T.Gramuglio y N.Desinano de Ossanna, se realiza en este Centro desde abril del presente año con cuatro reuniones mensuales de dos a tres horas de duración cada una.----------

---------- *se le extiende la*

presente certificación.

Rosario, 20 de octubre de 1970.-

Titular

Prof. EDGARDO O. OSSANNA
Dirección
SECRETARIO

Documento 5. Certificado de aprobación de Seminario por Ana Gargatagli en el CEFIL. Gentileza de Ana Gargatagli

Los papeles exhumados por Catelli y Gargatagli corroboran que el CEFIL estuvo activo hasta 1972. Estas fechas importan: es el tiempo del regreso de Prieto a la universidad con un concurso en la cátedra de Literatura Iberoamericana en julio de ese mismo año. Junto con él volverán Catelli, Gramuglio, Gargatagli y Firpo: ingresarán por concurso de antecedentes a la cátedra Introducción a la Historia literaria en carácter de Auxiliares de docencia y/o investigación ad honorem (Resolución N° 0100 del 27 de junio de 1972). No obstante, las condiciones institucionales impidieron retomar el proyecto que se había interrumpido en 1966 (cf. Avaro, 2015; Podlubne, 2013; Gramuglio, 2014) y tanto Prieto como Catelli y Gargatagli fueron empujados a migrar:

sus contribuciones al subcampo se tramitarán desde otros espacios y desde otras instituciones (sobre esto se vuelve en la segunda parte de este libro).

Sin embargo, la semilla del trabajo en formaciones había prendido (cf. Caisso y Rosa, 1987; Cristiá, 2004; Giordano, 2011): durante la dictadura siguiente se formarán allí quienes, bien entrados los noventa, contribuirán a re-colocar a Rosario como uno de los polos centrales del subcampo de los estudios literarios mediante transformaciones institucionales tan originales y estratégicas como las que en su momento había generado Adolfo Prieto. Una inteligente combinación de congresos específicos, publicaciones periódicas y montaje editorial.

Las fantasías que animaron el trabajo en formaciones se revelan por repetición: los testimonios recogidos tienen como denominador común la referencia a la búsqueda de un espacio alternativo al que ofrecía entonces la universidad. Nora Avaro (G4), que participó de los grupos de Alberto Giordano (G3) y del psicoanalista Juan Ritvo, desestima su «formación académica»: «ingresé a la UNR en 1979, en plena dictadura militar, dicho lo cual, todo queda dicho» [*2017*]. Sus respuestas lacónicas sobre la universidad de la dictadura contrastan con la efusión con que describe lo que acontecía en los grupos de estudio liderados por Ritvo y Giordano:

> Para la época, eran habituales los grupos de estudio que saldaban la pésima formación académica. Tardíamente, casi recibida, estudié primero con Juan Ritvo (a Derrida) y después con Alberto Giordano (a Barthes) con quien, además, también inicié una amistad de toda la vida. [*2017*]

Ese mismo entusiasmo se cuela en su descripción de las citas de trabajo con su amiga Analía Capdevila (G4). Este pasaje exige, otra vez, una consideración tanto sobre la divergencia entre lo que se enseña y lo que se aprende a partir de lo enseñado como sobre la potencia de algunos envíos que provocan, en insospechadxs lectorxs por–venir, prácticas que exceden las imaginadas en el tiempo de su enunciación. Avaro vuelve sobre sus horas de estudio de la tradición de *Contorno* (un proyecto de formación que, claro está, va mucho más allá de la lectura de los diez números de esa revista que, publicada entre abril de 1953 y abril de 1959, seguía suscitando efectos de campo varias décadas después). Sus libros se escriben entre el don y la deuda con esta tradición, con ese modo de leer tan intransigente como exhaustivo y obsesionado productivamente con y por la escritura (cf. Avaro y Capdevila, 2004; Avaro, 2015; 2016; Avaro, Musitano y Podlubne, 2018). Como aprendimos de Panesi, «no son los maestros quienes eligen a sus discípulos sino estos quienes adoptan a sus maestros y, más allá, muchas veces, de los límites del tiempo y de las

instituciones» (Panesi, 2009:66–69). Avaro los encontró en la misma institución en la que se formó, aunque algunas décadas más atrás (se trata de un aprendizaje tramitado a través de la exhumación transformada luego en política de intervención [cf. Avaro y Capdevila, 2004; Avaro, 2005; Avaro, 2023a, 2023b]):

> El grupo *Contorno* y sus aledaños fue la tradición intelectual que nos cobijó durante varios años a Analía Capdevila y a mí, cuando, por el solo placer de seguir estudiando juntas, nos reuníamos a leer los artículos y libros de Adolfo Prieto, Ismael y David Viñas, Oscar Masotta, Carlos Correas... Y de allí el *Saint Genet*, *La Crítica de la Razón Dialéctica*, «Cuestiones de método», *El idiota de la familia*, *Situaciones* de Sartre, los *Ensayos sobre el realismo* de Lukács, *Mímesis* de Auerbach. Ese universo. [*2017*]

Los testimonios recogidos constatan que en los grupos rosarinos a cargo de Juan Ritvo, Nicolás Rosa (G1) y Alberto Giordano (G3) se discutían contenidos alrededor de la teoría francesa posestructuralista: Jacques Derrida, Roland Barthes, Jacques Lacan, Maurice Blanchot y algo de Julia Kristeva. Mónica Bernabé (G3) participó de los grupos liderados por Rosa (G1) en cuya trayectoria se conjuga activismo político e intensa producción intelectual: desde muy joven había publicado en las revistas culturales más importantes de la época como *setecientosmonos* y *Los Libros*; desde mayo de 1974 hasta octubre del mismo año se había desempeñado como decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNR donde enseñó, desde 1973, «Metodología de la investigación literaria». Según testimonio de su entonces alumno Roberto Retamoso, «se trataba de una auténtica cátedra paralela creada por las autoridades de la facultad para posibilitar el acceso de los estudiantes al trabajo de docentes comprometidos con el proceso de transformación en marcha» (Retamoso, 2007:164). Retamoso alude al proyecto universitario «de carácter nacional, popular y revolucionario» asociado a la llegada de Cámpora al poder. Como se puede inferir, Rosa había ganado una «visibilidad riesgosa» (Podlubne, 2013:36) en el escenario de las tensiones entre los sectores del peronismo de izquierda y de derecha. Entre setiembre y octubre de 1975 «se difunde un volante con una amenaza colectiva de la Triple A en la que se conmina a más de diez profesores a abandonar la ciudad, y preferentemente, el país, a riesgo de ser fusilados donde se los encuentre en caso de no hacerlo» (Podlubne, 2013:38). Rosa figuraba en el listado. Retamoso resalta que «si bien durante unos meses de 1975 Rosa se alejó momentáneamente del país, a partir de 1976 se radicó definitivamente en Buenos Aires» (2007:169). A su regreso, inició los grupos de estudio, primero en Buenos Aires y más tarde, en Rosario.

Retamoso rememora los grupos armados por Rosa en Buenos Aires, ciudad donde él encontró los primeros libros de Julia Kristeva, esa autora introducida durante el interregno de la «universidad montonera».[2] Treinta años después, este alumno de aquellos cursos dados entre la universidad y las formaciones, repone la trabajosa circulación de autorxs, teorías y materiales por aquel entonces (tanto de esfuerzo y de dificultad como de deseo por esos objetos esquivos, difíciles de conseguir):

> A lo largo de mil novecientos setenta y seis y mil novecientos setenta y siete, cuando el terror se había instalado sobre la sociedad argentina impidiendo cualquier forma de manifestación opositora a la dictadura militar, asistimos a las clases de Nicolás Rosa en Buenos Aires, no sólo porque allí encontrábamos la única posibilidad de continuar con nuestra formación teórica, sino también porque en ese lugar literalmente clandestino podíamos seguir ejerciendo nuestro derecho al pensamiento crítico, cuestionador y potencialmente emancipador. Con el tiempo, el aparato férreo que el régimen militar había desplegado sobre todo el país comenzaría a mostrar sus fisuras, sus incipientes puntos de resquebrajamiento que habrían de multiplicarse después del fracaso en Malvinas. Así fue como en la Feria del Libro realizada en Buenos Aires en mil novecientos setenta y nueve o en mil novecientos ochenta —una vez más, la memoria vacila, incapaz de ceñir con precisión la puntualidad de la cronología histórica— nos encontramos con la edición española de *Semiótica*, publicada en Madrid en mil novecientos setenta y ocho por la editorial Fundamentos. Todavía recordamos las formas, las manifestaciones, del sentimiento de felicidad que nos embargó en ese momento. En esa Argentina arrasada que sobrevivía penosamente entre tanto silencio, opresión y violencia, los dos tomos de Kristeva representaban el acceso a un modo de pensamiento, a un discurso crítico que aún en ese marco nos incitaba a hacer algo —por limitado que fuese— en pos de un mundo mejor. Con fruición leímos esos volúmenes, subrayando líneas, anotando ideas, conectando artículos, en la convicción o en la creencia de que finalmente el saber verdadero acerca de la cosa literaria nos había sido dado. (Retamoso, 2007:170)

---

2. Uso esta expresión en el sentido Josefina Ludmer del término quien, no sin cierta distancia irónica, supo incluirla en su currículum recriminando su uso peyorativo. Un gesto de agencia comparable a lo acontecido en Estados Unidos con el término *queer* transformado en estandarte por lxs mismxs agentes que otrora padecían esa etiqueta. Y por aquí nomás: «somos la mierda oficialista», «todas somos yeguas», «Cris pasión» son algunas de las reacciones beligerantes respecto de la construcción de la «información» por los medios hegemónicos durante los dos gobiernos de Cristina Fernández (cf. Giorgi, 2020a).

En conversación con Alejandrina Cristiá, Rosa señaló que los grupos de Rosario llegaron a funcionar hasta cuatro días a la semana, incluso los domingos por la mañana. Entre risas recordó que un estudiante había observado que «en algún momento, Nicolás Rosa tuvo más alumnos que la carrera de letras» (Rosa en Cristiá, 2004:20). En esos grupos, ponía en circulación la teoría que, unos pocos años después, una vez restituida la democracia, enseñaría en la universidad (cf. Rosa, 1986):

> Creo que fue en el año 1980 que Nicolás retornó al país y comenzó a dictar clases privadas. En Rosario dirigió varios grupos de lectura y yo formé parte de uno de ellos. Funcionaban como células en las que se aprendía el abc de la teoría literaria. Allí leí algo de Barthes, me enredé por un tiempo con Kristeva y *Tél Quel* que a mis oídos sonaban como chino básico y con los que no pude nunca. Si hay algo que agradezco y aprecio de esas clases es la información sobre psicoanálisis y una eficaz introducción a las teorías de Lacan. En definitiva, fueron lecturas que dejaron marcas y abrieron, para unos cuantos de nosotros, un espacio alternativo de formación. [Bernabé, *2016*]

Marcela Zanin (G4) integró los grupos de Rosa (G1) y luego, los de Giordano (G3). El deseo movilizaba la participación en ese espacio «entre» la formación institucionalizada y la clandestina que permitía apropiarse de lo que no se discutía entonces en la universidad:

> Las marcas interesantes son las que provienen del período «entre» de mi formación. Lo explico: en primer lugar porque mi formación inicial en Humanidades estuvo marcada por el pasaje de la dictadura a la democracia, lo que significó una vuelta completa a todo, a los saberes que se enseñaban, a cómo se enseñaba y, sobre todo, a estar en la situación de aula de la institución todavía dictatorial y la privada de formación de grupos de estudio (con Nicolás Rosa primero y luego con Alberto Giordano). Todo lo «entre» fue una situación que potenció con creces el deseo de aprender lo que nos era vedado (situación negativa que abrió la gran positividad). Fue muy positivo buscar afuera de la institución las otras voces, las que nos traían un deseo infinito (esa sensación, bueno, que puede pensarse, además, como la de la juventud). [*2017*]

De esos grupos que Rosa armó en la Rosario de fines de los años setenta también participaron Paula Siganevich y Alberto Giordano. Vale la pena reponer algunos pasajes de sus cuentos. Tal como expresara Julio Schvartzman (G2) a propósito de otro episodio y de los cuentos que lo exhumaron, «podría formarse un rompecabezas donde algunas piezas encastraban y otras que, para insertarlas, exigía que se sacaran un par» (2020). Siganevich contrapone lo que

ofrecían las instituciones durante la dictadura con lo que encontraba en los grupos clandestinos. Como en otros relatos, la fantasía de la construcción subterránea de un «nuevo pensamiento colectivo» que, en algún momento, dejaría de tener ese lugar furtivo impulsaba la participación:

> Durante ese período una manera de sobrevivir con esperanzas hacia el futuro era encontrar en el conocimiento, en el estudio, un refugio donde cobijarse. Las instituciones universitarias estaban cooptadas por el régimen autoritario, que en general sostenía en la cátedra los principios iluministas de siglos anteriores. Durante años pasar por la calle Entre Ríos significaba un dolor muy grande (...). Así las cosas, el grupo de estudio con ribetes clandestinos se convirtió en el lugar posible para construir un nuevo pensamiento colectivo que, soñábamos, algún día vería la luz. Creíamos en eso como en una verdad más allá de toda lógica, como en una fe. Al estar desprovistos del marco institucional, los agrupamientos se daban de manera azarosa. (Siganevich, 2015)

Mientras describe cómo se armó uno de los grupos liderados por Rosa, destaca el plus de sentido que le agregaba a la práctica el estudiar Barthes «junto a» su traductor al español que, además, era el «autor de *Léxico de Lingüística y Semiología*». El pasaje verifica tanto la transferencia de capitales simbólicos de Barthes a su traductor como la consolidación de la firma «Nicolás Rosa»:

> Tomamos contacto con Nicolás Rosa para proyectar comenzar al año siguiente con un grupo de estudio. Imaginar que pensaríamos junto al traductor de Barthes y al autor de *Léxico de Lingüística y Semiología* nos llenaba totalmente de una gran excitación intelectual. Convocamos a las personas que por una razón u otra pensamos estarían dispuestas a compartir esa experiencia. Nené Peñaranda, nuestra amiga, había sido compañera de facultad, lo mismo que Delia Crochet; de Graciela Cariello, a la que conocíamos poco, apreciábamos ya a la poeta que ella era. Con Tona Taletti pasó algo diferente: desconocida, ella llamó y la aceptamos por una rara corriente de empatía que los años sin dudas confirmaron. Y ese fue el grupo que comenzó a funcionar a mediados del 79. (Siganevich, 2015)

Las fantasías alrededor de la semiótica, entonces emergente en Argentina,[3] insinúan la fricción entre las líneas teóricas alojadas en instituciones y las enseñadas

3. Rosa María Ravera compiló en un artículo–libro (47 páginas de Word, Times New Roman, espacio sencillo, letra 12) el estado de los estudios semióticos en Argentina. Importa resaltar tanto el enorme esfuerzo por reconstruir los procesos de institucionalización e

en formaciones: la semiótica aparecía como la fuente de inspiración para un modo de leer que permitía tomar distancia de la hegemonía de cierta estilística que en la carrera de letras de la UNR tenía una materia específica: «Crítica estilística» (cf. Serra, 1970, 1982). La versión Nicolás Rosa de la semiótica impulsó articulaciones entre la lingüística y el psicoanálisis mientras hizo lugar a una epistemología de la teoría literaria.[4] La exhumación de apuntes de aquellas clases sobre las que no hay otro archivo que los cuentos y los cuadernos que se han conservado rescatan las lecturas como los problemas discutidos (al igual que en la UNC de los años ochenta, decir «semiótica» era decir «revuelta» [Kristeva, 1996, 1997]):

> Las enseñanzas que se desarrollaron tenían para nosotras como fin preciso aprender sobre la nueva disciplina que comenzaba a ser conocida en el país y que, suponíamos, nos procuraría sobre todo un modelo de lectura alejado de los estudios estilísticos tradicionales. Para Rosa el objetivo era transmitir un modelo crítico que hacía años venía pensando desde las posibilidades que le había abierto la lingüística estructural a partir del *Curso de Lingüística General* de Saussure y las formalizaciones en el campo del lenguaje que surgieron a partir de él como así también de la relectura del freudismo proporcionada por el psicoanálisis lacaniano y su tratamiento matematizable del signo y, sobre todo, del significante. Función sig-

internacionalización de la disciplina como sus conclusiones. Después de un recorrido por congresos, revistas, propuestas de enseñanza, trabajos y formación en exilios que ponen de manifiesto la intersección entre líneas y disciplinas diversas que caen juntas en los estudios semióticos, cierra–abre su texto con una suerte de celebración, a modo de subtítulo, a saber: «¿Una semiótica? Varias, por suerte» (2000).

4. Acaso sean los análisis de trayectorias como los de recepción de una obra los que mejor permitan entender por qué en el campo de las letras en Argentina es necesario que hablemos de más de una lingüística, de más de una semiótica, de más de una sociología e, incluso, al referirnos a un autor, de más de un Barthes, por citar, a modo de ejemplo, algunas firmas y disciplinas. Los exhaustivos trabajos de Judith Podlubne (2017, 2020, 2021a), Ana Longoni (2016b, 2017), Mariano Zarowsky (2017a, 2917b) y Max Hidalgo Nácher (2017, 2022a) sobre las apropiaciones del psicoanálisis, la lingüística y los estudios semióticos por Oscar Masotta, Nicolás Rosa y Eliseo Verón en cruce con el estudio realizado por Esther Pino (2018) alrededor de la recepción de Barthes en España y en Argentina aportan sólidos elementos para confirmar nuestra insistencia tanto en el carácter diseminado de estos términos como en el carácter localizado de su inscripción. «Toda enunciación es geográfica», habría dicho Nicolás Rosa (Estrín, 2016:60). Y está fechada, agregamos, junto a la ya citada frase de Nora Catelli (2018a:195; 2020b:177). Solo el seguimiento de los cruces entre estos autores y estas disciplinas alerta, además, respecto de una fructífera y disparatada interacción entre ciencias sociales y humanas (uso el término «disparate» en el sentido anteliano, inspirado a su vez en José Bergamín [cf. Antelo, 2017; Bergamín, 2005]).

> nificante y función poética, sostenía, podían ser objeto de una reflexión conjunta de relevamiento de operaciones cuasi matematizables. Esto finalmente daba un acceso al texto a través de su propia materialidad y en la perspectiva de sus procesos de producción, en corte sincrónico y diacrónico tomando como punto de partida el *Curso* de Saussure. La propuesta de una nueva disciplina, la semiología —ciencia de los signos— y la recuperación del concepto de lengua del *Curso* para polemizar con él fueron entonces los primeros pasos. Por eso una de las primeras afirmaciones de esos apuntes argumenta que: «Lengua sería una operación ideológica por la cual Saussure homogeniza un objeto que es radicalmente heterogéneo.» Para agregar: «Saussure al elaborar un modelo homogeniza el objeto cuando lo que es válido es homogeneizar el modelo.» En otras clases insiste sobre este principio: «No confundir el objeto con el modelo». (Siganevich, 2015)

La «carpeta de apuntes con tapas de hule color amarillo» de la que Siganevich no se desprendió ni en sus varias mudanzas ni en su migración de Rosario a Buenos Aires trae algunas lecturas discutidas en esos encuentros de frecuencia quincenal que tuvieron lugar entre junio de 1979 hasta fines de 1982. En la detallada reposición de contenidos desarrollados se menciona a Elvira Arnoux que, por aquellos años, enseñaba lingüística en el Joaquín V. González y dirigía una colección de teoría lingüística y literaria para la Editorial Hachette. Una colección de nombre sintomático: Universidad. Otra manifestación de un trabajo que se quería preparatorio para un tiempo por–venir: Arnoux armó una biblioteca teórica en la que publicó, entre otros títulos, y solo por mencionar algunos de los puestos en circulación bajo dictadura, *Introducción a la semiótica narrativa y discursiva* de Joseph Courtés (1980), *Psicoanálisis y lenguajes literarios. Teoría y práctica* de Jean Le Galliot (1981), *El discurso jurídico. Perspectiva psicoanalítica y otros abordajes epistemológicos* (1982) con textos de Hugo Vezetti, Tomas Abraham y Enrique Marí, entre otros. *Literatura/sociedad* de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (1983) es, quizás, el título más emblemático de la colección dado su uso expandido en el subcampo.

Aun durante esos «años de barbarie», se trataba de «recuperar la relación con la palabra política» (Link, 2017:135) y de poner en circulación diversas teorías (psicoanalíticas, filosóficas, lingüísticas, semióticas, etc.) desde las que era factible analizar los textos. Ese trabajo en formaciones resultará imperioso para el que Arnoux asumirá después, al frente de la mítica cátedra de Semiología del Ciclo Básico Común de la UBA. A esa cátedra también refiere Siganevich al evocar las lecturas de la época. Un deseo de apropiación que hacía caer juntos a Chomsky con Austin y Bajtin. Fiebre por munirse de todos los instrumentos que, se intuía, pudieran afilar los modos de leer:

La red de lecturas que se arma para las clases permite poner en valor la condición de operación mental del concepto de lengua y luego de discurso. Inmediatamente después se proponen una serie de lecturas que llevarán a justificar y sostener la idea de formalización: la glosemática de Hjemslev, la formalización del esquema de la comunicación de Jakobson, el concepto de interpretante de Pierce, la lingüística de la enunciación y la gramática textual. Esto se desarrolla en las clases del 79' y 80'. Mientras que un capítulo aparte lo constituye la lectura de la *Semiótica* de Kristeva que ocupa preponderantemente todo el año 81'. (...)

El 4 de abril de 1981 comenzaron las clases sobre la *Semiótica* de Julia Kristeva donde se expone que la ciencia tiene la tarea de deconstrucción de una perspectiva comunicacional, lineal expresiva como opuesta a lo significativo, encontrando en Freud la teoría de la no representación. Para Rosa las semióticas serían regionales, en oposición a lo universal cartesiano, como operaciones fragmentarias en el campo del saber. El mismo hará una lectura de asuntos tan diversos como los manuales, las cartas, el cine, los viajes y los viajeros, la literatura nacional, otras literaturas. En el lenguaje poético, nombre que recibe la literatura, el sentido se vive como transgresivo: «la transgresión semántica es transgresión social», dice. Y da el siguiente ejemplo: el discurso de una conducta. Las conductas excéntricas siempre se absorben o controlan en esta sociedad. Si se pueden neutralizar, se aceptan. Si no, el caso de los terroristas, se las combate. (...)

En el 82' revisamos la gramática generativa de Chomsky y entramos en el terreno de la narratología con Tzvetan Todorov y la *Gramática del Decamerón*, Propp, Barthes del *S/Z*, los actos de habla a través de Austin, la mirada desde la teoría escópica de Lacan para finalmente retomar a Kristeva y concluir con la parodia de Bajtin. (...)

Estábamos en el corazón de los estudios que desarrollaban la semiótica en la Argentina. En esos mismos años Elvira Narvaja de Arnoux estaba preparando los cuadernillos que en el 83' inauguraron la cátedra de Semiología en la UBA. (Siganevich, 2015)

Sobre los grupos de estudio con Rosa, Giordano aporta otros matices mientras evoca con entusiasmo lo que sucedía en los de Ritvo cuyas clases tienen, en sus relatos, un lugar tan definitivo como el encuentro con los textos de Barthes. Con la inevitable desmesura que acompaña toda identificación, condensa allí lo que reconoce como sus aprendizajes de aquellos años en los que se habría hecho de las «herramientas» que utilizaría para lo por–venir:

En el año 80 empezamos a hacer grupos de estudio, que es una práctica de la época muy buena. Primero los hicimos con Nicolás Rosa, pero no funcionaba

> muy bien porque no tenía mucha vocación docente: monologaba, no se sabía adónde iba (igual nos mantenía en contacto con cuestiones interesantes). En el año 82, los hicimos con Juan Ritvo: primero iba a ser de epistemología, después de temas filosóficos y terminó siendo de escritura. Esa fue mi formación estricta: los dos años de formación con Juan. Todo lo que aprendí, lo aprendí ahí. Me hice unas herramientas extraordinarias para todo lo que iba a venir. [*2017*]

Esta figuración se repite en varios de sus «cuentos». En la «Noticia preliminar» al conjunto de ensayos reunidos en *Una poética de la interrupción* reconstruye con más detalle algunas de las lecturas del grupo de estudio llevado adelante por Ritvo mientras trae, como en eco, la muy psicoanalítica caracterización de Panesi respecto del modo en que se teje el vínculo entre maestrxs y discípulxs; fórmula que explica buena parte de lo que, un tanto esquemáticamente, podríamos designar como los años de aprendizaje de Giordano en su fase luminosa. También está la otra, en la que aprendió por contraste. Así, junto a las lecturas compartidas en los grupos de Ritvo, deja entrever que, antes de esos espacios, hubo entre poco y nada: nada admirable, nada que lo potenciara en el sentido spinoziano que él enseñó a encontrar en Deleuze a más de una generación de lectorxs en este país. En este relato se reconocen, como en espejo, las marcas que atraviesan su práctica profesional. Interesa también el modo en que, sin evitar el sarcasmo, describe la lógica del subcampo del que participa, no sin oponer resistencias: las prácticas derivadas de la apropiación de lxs autorxs que cita irán más allá de la autofiguración como un «crítico literario de ascendencia filosófica con vocación de ensayista», tal como aparece aquí. *El tiempo de la convalecencia. Fragmentos de un diario en Facebook* es la primera manifestación de una síntesis no dialéctica (Didi–Huberman, 2016) o, si se quiere, de una muy derridiana articulación entre trabajo y vida, trabajo y deseo, entre las fantasías de nano–intervención que pudieron quedar a salvo de la maquinaria burocrática y de la carrera exitosa porque se sostuvieron desde el territorio del juego (de más de un juego [cf. Biancoto, 2021]):

> Después de errar durante dos años en busca de alguien que nos explicase por qué se podía hablar de la autonomía del significante respecto del significado (era todo lo que queríamos saber, acaso porque presentíamos que desentrañar esa paradoja nos franqueaba el acceso a otros niveles de complejidad), a mediados de 1982, ingresamos a uno de los grupos de estudio que coordinaba Juan B. Ritvo. Comenzamos con lecturas epistemológicas (Bachelard, Cavaillès, Koyré) porque el primero en llegar había sido Gustavo Caponi que, con el tiempo, se convirtió en una autoridad en el campo de la Filosofía de la Biología. La presión que ejercían

> los temas sobre nuestro rudimentario horizonte y la astucia del coordinador que habrá querido desplazarnos hacia terrenos que sentía más propios, nos enfrentaron un día con *La pregunta por la cosa*. La imposibilidad de lo real dejaba de ser un cliché seductor (¡lo habíamos escuchado tantas veces!) para convertirse en una preocupación casi íntima, en todo caso, algo de lo que nos habíamos apropiado, aunque estuviésemos lejos de dominarlo. La apuesta a una lógica de lo suplementario organizó, de ahí en más, el encadenamiento de las lecturas. Pasamos por «Freud y la escena de la escritura», por *De la gramatología*, durante meses, y después de atravesar el mejor Deleuze, el de *Repetición y diferencia* y la deslumbrante *Lógica del sentido*, recalamos en Blanchot. Las primeras conversaciones sobre *El espacio literario* resultaron iniciáticas (lo autobiográfico propende al énfasis). Estoy seguro que fue recitando «las dos versiones de lo imaginario» cuando algunos nos convertimos en lo que más tarde elegimos ser: críticos literarios de ascendencia filosófica con vocación de ensayistas. Entre tanto, otra metamorfosis, también módica pero irreversible, había tenido lugar: la del coordinador en maestro, cuando empezamos a imitar sus gestos y sus fórmulas en nuestras impostaciones docentes.
>
> La publicación de este libro a casi treinta años de aquel encuentro propiciatorio es un regalo colectivo dedicado a celebrar el talento y la idiosincrasia de un colega que admiramos y un amigo de extraña fidelidad —en su continuo ausentarse, siempre nos queda a mano. Lo pudimos armar (...) gracias a la colaboración generosa y entusiasta de otros amigos y colegas (...). Ellos suscribirán, acaso sin reservas, nuestro deseo de que el libro valga como elogio (pero también como alegato a favor) de las virtudes irritantes de una poética del ensayo que siempre está ajustando cuentas con las estrecheces de un campo que se dice intelectual (nada tan cómodo como la reducción a jerga de un concepto inaplicable) para mejor responder a los intereses del mercado de bienes y prestigio. (Giordano, 2011:5–6)

Desde la serie de textos que Giordano rotula «obras de "creación"» (2020a:120), vuelve sobre algo más que aprende en los grupos de Ritvo. En uno de sus cuentos le atribuye a lo que sucedía en esos espacios el aprendizaje de una «ética crítica» que supone una forma de intervenir en la conversación «intelectual» (esa palabra que trata con reservas). Interesa el movimiento de bucle extraño: desde textos que desquician las taxonomías y que, por ello mismo, por su participación de la literatura, el ensayo y el diario, explotan lo más potente de cada género para hacer lugar a un resultado «monstruoso» (Derrida, 1967a), Giordano vuelve, otra vez, sobre lo aprendido a partir de lo enseñado en esos espacios. Básicamente, una ética crítica expresada en los modos de leer:

3 de abril

Con/sobre

En la composición de los buenos retratos de un autor, esos que se esbozan en los márgenes de un ensayo crítico sobre su obra, se puede leer la incidencia de una doble orientación amorosa. Por un lado está el amor a los hallazgos como manifestación de la inteligencia o el talento. Por otra, el amor a un estilo de pensamiento y escritura, a una forma de vida intelectual que desborda la obra hacia la incoherencia, el error, o incluso la estupidez. En un autor amamos lo que domina, pero también lo que se le escapa, lo que solo a él podría escapársele de tal o cual modo, dada la perspicacia o intensidad con la que escribe y piensa. Amamos con él, por él y contra él, lo que sucede en su obra. Se la arrebatamos, señalando lo inconcluso o lo contradictorio, para mejor celebrarla.

También de esto conversamos con Julia el sábado pasado. Lo conveniente de amar el empuje de un pensamiento y una escritura más allá de lo bueno que un autor haya podido hacer con ellos, para que su obra se transforme, reviva. Aprendí esta ética crítica escuchando a Juan Ritvo hablar de Lacan y Derrida, de Heidegger y Lévi–Strauss, en las reuniones del grupo de estudio a comienzos de los ochenta. Cuanto más significativo el impacto de una obra, más vehemente es el impulso de «maltratarla» con inteligencia, de descubrir los puntos en los que razón y convicción divergen inadvertidamente. Este amoroso encarnizamiento sería tal vez el requisito para escribir, con el autor y no solo sobre él. Es lo que traté de hacer con Barthes, desde que empecé a enseñar y a comentar sus ensayos a mediados de los ochenta: leer el tropiezo, el desbarajuste, la torpeza, la tontería, los avatares del pensamiento crítico cuando pretende institucionalizarse, para poder amarlo sin reservas. (2020b:24–25)

Una vez restituida la democracia, los grupos de estudio fueron perdiendo su sentido ya que, por fin, esas prácticas de lectura y discusión se alojaron en las instituciones. No obstante, el proceso no fue inmediato ni se dio al mismo tiempo en todos los polos del campo donde los hubo. En Rosario, los grupos se sostuvieron un tiempo más. Analía Capdevila (G4) aún conserva el cuadernito con los apuntes tomados en las sesiones del liderado por Giordano en 1985: «la primera vez que enseñé *El grado cero de la escritura* en la universidad, revisé esas notas. Repasé esas clases y volvió todo. Se ve que lo había aprendido» (2017).

Judith Podlubne (G4) ingresó a la carrera de letras de la UNR en 1986. En 1988 se incorporó a «los grupos de estudio particulares que dictaba Alberto Giordano» [*2017*]. En su relato, adjudica a ese espacio una importancia decisiva en su modo de interrogar el hacer cosas con palabras: su forma de construir los problemas se habría definido allí. Hay un significante que se repite en sus

textos: «conversación». En la ocurrencia Podlubne del término se cifra su modo de intervenir en el subcampo, entre el don y la deuda con aquellas enseñanzas:

> Esas clases de sábados a la tarde fueron decisivas, providenciales, en más de un sentido. No solo perfilaron e intensificaron mi formación del mejor modo, esto es, contribuyendo a que se delimitaran mis propios intereses, sino que además transmitieron un modo reflexivo, interrogativo y desprejuiciado de tratar con el saber, del que ya no me desprendería. Las primeras lecturas teóricas significativas las hice en esas reuniones: Blanchot, Barthes, Derrida, Deleuze. Allí se dieron también las primeras versiones de conversaciones que Alberto y yo seguimos manteniendo y a las que Emilia, nuestra hija, asiste con fastidio: «Basta de Barthes, por favor». [*2017*]

Buenos Aires

El trabajo en formaciones realizado durante y entre las dos últimas dictaduras fue el que le permitió a la UBA posicionarse como el centro indiscutido del subcampo apenas restituida la democracia en 1983: fue no solo capital simbólico lo que le transfirieron lxs profesorxs que retornaron del exilio, lxs que habían sostenido revistas emblemáticas como *Los Libros* y *Punto de Vista* y lxs que habían generado esos espacios clandestinos llamados «universidad de las catacumbas» (cf. Villalonga, 2022). Lo que esxs profesorxs pusieron a disposición en la esfera pública, en especial a partir de la enseñanza, fueron capitales específicos asociados a objetos y asuntos que no habían tenido espacio en las instituciones entre 1966 y 1983. La llamada «época de oro de la carrera de letras» (Link, 2017:156) tuvo a la enseñanza como práctica central de una renovación de contenidos y problemas de investigación que irradiarán hacia otros polos en tiempos bien diferentes.

El «deseo de institución» (Louis, 2015a:24) se expresó tanto en los nombres dados a los «grupos de estudio» («universidad paralela» o «de las catacumbas») como en la inclusión de estos antecedentes en el currículum. Por ejemplo, en la singular auto–bio–grafía que Josefina Ludmer (G1) colgó por 2010 en su blog ese espacio se escribe con mayúscula: «Durante la dictadura (1976–1983) formó parte de la Universidad de las catacumbas: daba clases de teoría literaria en su casa. Los grupos fuera de la Universidad eran pura pasión»; también lo había registrado en su CV («1975–1983: Seminarios privados para graduados sobre Teoría literaria y análisis de textos literarios latinoamericanos»). En esa misma línea, el currículum de Beatriz Sarlo (G1) repone no solo algunxs de lxs autorxs que se estudiaban en los grupos privados bajo su orientación sino también los problemas que se discutían:

> Desde 1977 a 1983 ha dictado cursos y seminarios anuales, de carácter privado, para jóvenes graduados en letras sobre: formalismo y postformalismo ruso; sociología literaria, Williams y Hoggart; sociología del campo intelectual: Bourdieu; *Martín Fierro* y las vanguardias; la Revista *Contorno*; Borges y la fundación de una poética: primeros libros de poemas e *Historia universal de la infamia*; Sarmiento: *Facundo, Viajes* y *Recuerdos de provincia*; temas del nacionalismo cultural en las primeras décadas del siglo XX.

También el currículum de Daniel Link (G3) rescata algunos de los títulos de los cursos tomados en los grupos liderados por Sarlo: «Seminario sobre Borges, vanguardia y criollismo» (1983), «Seminario sobre cultura de los años sesenta» (1983). Sus relatos restituyen contenidos, por ejemplo, del curso de 1982. Nótese la introducción de líneas que marcarán el subcampo de los estudios literarios hasta el presente así como la pregnancia de la lógica del trabajo académico, tanto de investigación como de enseñanza:

> Cuando comenzamos a cansarnos del método formal (o cuando la dictadura comenzó a desintegrarse), desplegó las críticas que históricamente se le hicieron y nos hizo leer a Bajtin, Voloshinov, Medvedev (a quien, por otro lado, leíamos también en el Profesorado para Enrique).
>
> En el curso de 1982 introdujo otros paradigmas, la sociología de la literatura, por ejemplo, que proponía leer los procesos por los cuales unos textos eran considerados mejores que otros, por qué el gusto literario se formaba de tal modo y no de otro, qué papel cumplían los manuales de literatura y las antologías poéticas en la formación de literaturas nacionales, cómo se segmentaban según clases sociales los consumos literarios, sobre todo a partir del modelo de Bourdieu (una sociología estructural). Creo que la sociocrítica o la psicocrítica no le interesaban demasiado, pero nos introdujo en algo que nadie conocía: los estudios culturales que desplazaron el acento de lo propiamente literario a lo cultural, entendiendo que la literatura forma parte de un complejo entramado de prácticas y que comparte representaciones y procesos de subjetivación con otros discursos y formas comunitarias de organización. (2017:89)

Durante la última dictadura, Sarlo (G1) armó un equipo de investigación alrededor de la revista *Sur* junto a María Teresa Gramuglio (G1), Jorge Warley (G3) y Carlos Mangone, esos «militantes que tenían que esperar que pasara la tormenta» (Link, 2017:79). Esa investigación cuyos primeros resultados se publicaron durante aquellos años bravos (cf. Sarlo, 1983a; Gramuglio, 1983a; Warley, 1983) es recordada más de treinta años después. Junto a las precarias

condiciones de producción, Sarlo evoca la sensación que experimentaban en aquel entonces respecto de las inserciones laborales posibles, esto es, sentir que aquel estado de las cosas que obligaba a trabajar con escasos recursos y al margen de cualquier cobijo institucional, había llegado para quedarse:

> Jorge Warley, Carlos Mangone, María Teresa y yo, con diferentes edades e igual confianza, habíamos formado un grupo que debía dedicarse a estudiar esa revista que todavía cargaba sus estigmas. Eso sucedió más o menos por 1981 y, por supuesto, ninguno de nosotros tenía un cargo académico. (...) En 1981, todavía pensábamos que difícilmente llegaríamos a la universidad y que era necesario arreglarse sin plata y sin instituciones (Sarlo, 2014a:17)

El contraste entre lo que se hacía con la literatura en el grupo de estudio de Sarlo y en la universidad tuvo para Graciela Montaldo (G3) un papel decisivo en su formación. Su modo de plantear los problemas de investigación y la asunción del carácter político de las prácticas específicas se asocian a aquella experiencia:

> La marca más definitoria —negativa y positiva a la vez— fue haberme formado durante la dictadura. Para mi bien y para mi mal, yo era muy joven cuando comenzó la dictadura en Argentina. Estaba en la escuela secundaria y me tocó ingresar a la universidad en una época de terror y en una ciudad como La Plata, donde la represión fue especialmente brutal. Me formé, durante esos años, fuera de las instituciones, aunque asistía a clases en la universidad. Me formé realmente en los llamados «grupos de estudio», con la gente que no podía enseñar en las universidades (Beatriz Sarlo, en mi caso) y donde lo que se discutía no podía salir al mundo real, el de la represión. De allí se derivaron para mí dos nudos del trabajo intelectual posterior: entender el acto de pensar, hablar y escribir como una cuestión política; guiar las investigaciones no por intereses institucionales sino por preguntas que surgen en el contexto de experiencias comunitarias. [*2015*]

Jorge Panesi (G2) repone, en más de un cuento, las fantasías de nano–intervención que animaban a participar en aquellos grupos. Empujar la barrera de lo posible y acumular capitales para un tiempo entonces por–venir fue también una estrategia de sobrevivencia: «los grupos de las catacumbas apostaban con el único capital con que contábamos: la creencia de que tanto repliegue en la literatura y en los textos prohibidos germinaría públicamente algún día incierto» (2010). Panesi revela cómo tramitó su ingreso a los grupos de Ludmer: fue «el desborde de admiración y de felicidad» que le había

producido el encuentro con sus primeros textos lo que lo llevó a conectarla, vía Alan Pauls. El recuerdo se cifra desde el exceso productivo: «Me gusta citar a Matilde Sánchez: "Josefina Ludmer es ella sola toda una universidad". Parece una hipérbole, una de esas frases con la que los amigos entre bromas y veras rinden tributo a la amistad, pero hay un núcleo de verdad en la frase» (2015). Su cuentos destacan no solo el frenesí por la actualización que embargaba a Ludmer, a pesar del contexto represivo de los setenta, sino en especial su posición díscola de lectura, proclive a la «invención» ejercida con fervor y displicencia (es importante retener esta figura de la «inventora» dadas las derivas de sus prácticas en el subcampo de los estudios literarios vía sus herederxs):

> Josefina, siempre al tanto de lo que se escribía y pensaba aquí, más allá de aquí y en todas partes (recordemos: son los años de plomo y ciertos «estados de la cuestión» eran casi inabordables) inventaba, pero no de manera espontánea, sino como resultado de un trabajo de descubrimiento (descubrir es, desde luego, un trabajo, un esfuerzo, una suma de paciencias). (2015)

Desde su refinado cuento y con sus siempre distinguidos y elegantes tonos, interroga lo que motivaba la participación en estos colectivos cuyas acciones terminaron siendo un preludio de la corrosión de prácticas vetustas que vendrían después, cuando quienes participaron de estos espacios encontraran inserción institucional tanto en la universidad como en el CONICET. Su respuesta se recorta desde la misma línea que sus narraciones sobre su colaboración en las clases de Enrique Pezzoni (G1) y sobre su asistencia a los cursos de Beatriz Lavandera (Panesi, 2006a). Fue la curiosidad despertada por el despliegue de «imaginación verbal» (Panesi, 2015) lo que movilizaba: «la vida de los libros» como señuelo. «La vida misma» atravesada por el «entusiasmo» y la transferencia generados desde un «hacer cosas con palabras» (ese hallazgo de Austin, vivo en más de texto, en más de una práctica y en más de una zona del subcampo):

> La imaginación verbal ni se vende ni se presta, se exhibe sin énfasis, como al descuido, sin saberse, y se contempla con lo que es uno de los esquivos finales de la literatura: el entusiasmo. La imaginación produce entusiasmo. Y eso era, me parece hoy, todo lo que buscábamos y todo lo que seguimos encontrando en Josefina, en sus clases o en sus libros. El entusiasmo. La imaginación verbal. El resplandor ficticio de la literatura. La vida misma. (Panesi, 2015)

El carácter para–institucional de estas formaciones se hace evidente cuando se repasan prácticas que imitaron formas y lógicas de trabajo del espacio cuya

legitimidad, en aquel corte temporal, estxs agentes cuestionaban. Formas y lógicas que fueron desde la organización de seminarios y equipos de investigación hasta de encuentros con invitadxs externxs. Ana Camblong (G2) que participaba de los grupos de Ludmer, evoca con gracia un episodio que tuvo lugar «en el departamento de la China» pero que cuesta no imaginar en un aula de la UBA. Cuenta Camblong que en uno de esos encuentros en los que se «trabajaba duro» («leíamos mucho y exponíamos nuestras interpretaciones»), Ludmer había organizado una conversación con Augusto Roa Bastos alrededor de su entonces reciente novela *Yo el supremo*: «Fuimos lectores privilegiados de *Yo el supremo* apenas se publicó y Roa Bastos fue una noche a charlar con el grupo, ansioso por recibir devoluciones sobre su texto monumental. Una experiencia rara, única, escondida» (Camblong, 2018:72).

Si una vez restituida la democracia saber teoría literaria (ese gran cajón de sastre en el que cae mucho más que lo que el adjetivo «literaria» delimita) se asocia con la construcción de agencia, durante la última dictadura, quienes se apropiaban de ese objeto en clandestinidad asociaban esa práctica con la posibilidad de ensayar una interrogación crítica tramitada como una forma de «resistencia»:

> Durante la dictadura, los grupos de estudio fueron una forma de seguir respirando. Formas de «respiración artificial», para convocar la novela de Piglia que nos deslumbró. En esa dura etapa, estudiar teoría literaria era una forma de resistencia. Teníamos que conservar nuestras capacidades críticas. Apostábamos a sobrevivir, es decir, a seguir pensando. La dictadura corta, antes que nada, la posibilidad de reacción. Uno tiene que luchar contra la tentación de no enterarse de nada. Ahí estaba nuestro desafío. (Rodríguez Pérsico [*2014*])

Esa «respiración artificial» se ejercitaba en colectivo («nosotros», «equipo», «grupo» son palabras que se repiten en los testimonios), al margen de lo acreditable en pos de la construcción de una carrera: los «pergaminos» (el significante es de Sarlo: lo ha reiterado machaconamente en más de un cuento) no importaban porque no se respetaba a las instituciones que los otorgaban bajo aquellas circunstancias. En cambio, eran las prácticas contrahegemónicas las que generaban las transferencias: más allá de lo que se enseñaba en esos cursos subterráneos («formalismo ruso, semiótica soviética, psicoanálisis, posestructuralismo» [Rodríguez Pérsico, 2015]) era el tipo de ejercicio intelectual lo que se apreciaba: «Josefina no nos enseñó respuestas precisas sino un modo de preguntar», señaló Adriana Rodríguez Pérsico (G2), alumna de aquellos grupos. Era el modo Ludmer de inquietar un estado de las cosas (de «solicitar» su naturalización) el que desencadenaba el deseo y sostenía aquellas intervenciones.

La reconstrucción de la bibliografía discutida es otra dimensión que refuerza su carácter contrahegemónico: «¿cuál fue el sentido intelectual, personal y político de esos grupos?: en primer lugar, la bibliografía que subvertía todo lo aprendido» (Zubieta, 2010). El reconocimiento de ese aprendizaje en lo enseñado exhibe el contraste entre los contenidos circulantes fuera y dentro de las instituciones durante la última dictadura. Ana María Zubieta (G2) destaca no solo un epistemológicamente sacrílego «cruce de lecturas» («Gramsci, Benjamin y Bajtin, entre tantos otros» [2]) sino también la puesta en circulación de «marcos teóricos que no se estudiaban en la universidad: Freud y *La interpretación de los sueños*, el formalismo ruso, sociología de la literatura, Benjamin, Gramsci y las culturas populares» (2008). Lejos de la mera ostentación de la novedad, Claudia Kozak (G4), también participante de aquellos grupos, resalta la posición desde la que se exhortaba a trabajar con los textos. En un tiempo previo al mundo en un clic, leer en el 83 *La condición posmoderna* de Lyotard y *The Anti–Aesthetic: Essays on Postmodern Culture* compilado por Hal Foster exigía, en paralelo, dos movimientos: «no dar nada por sentado» y «generar escrituras» (Kozak, 2015).

«Parauniversitario», «parainstitucional»: significantes que vuelven en los testimonios de Daniel Link (G3) a propósito de los grupos de Sarlo. Link pone sobre la mesa las razones que movieron a Enrique Pezzoni (G1), su profesor en el Joaquín V. González, a aconsejarle que se incorporara a estos grupos. La necesidad de estudiar «temas que las instituciones no podían tocar por entonces» lo animó a participar de esos espacios que, en paralelo con las publicaciones de la época (*Los Libros*, primero; *Punto de Vista*, después, y el catálogo del CEAL), disputaban los lugares desde los que se construía la agenda del subcampo:

> En 1981, si no recuerdo mal, empecé a estudiar, los sábados, con Beatriz Sarlo, en los cursos parauniversitarios que dictaba en la oficina de *Punto de Vista*. (...) Al optar por un curso parainstitucional que se daba en lugar de (y en contra de) los saberes que circulaban en las instituciones educativas, lo que quedaba claro era la toma de posición en relación con un modo de comprender la herencia cultural y su proyección social. (...)
>
> Antes de aceptar alumnos en sus cursos, Beatriz exigía una entrevista previa con los candidatos, un poco para decidir si se trataba de un espía de los servicios de inteligencia y otro poco para evaluar la «motivación» del postulante. Me aceptó (yo transpiraba copiosamente porque, por lo que poco que sabía de ella, le tenía miedo) y comencé con ella, para mi sorpresa, un curso sobre el método formal. La oficina de *Punto de Vista* no tenía mayores comodidades: una mesa de madera (que Beatriz todavía conserva), unas cuantas sillas de paja (incomodísimas)

> y pilas de revistas que usábamos como asiento porque las sillas no alcanzaban. Circulaba un mate, Beatriz se sentaba en la cabecera de la mesa y armaba cigarrillos mientras hablaba. (2017:79–80, 87–88)

Reponer cómo se trabajaba en los grupos de Sarlo y de Ludmer, quiénes participaban y cómo lograban insertarse, con qué recursos se sostenía su funcionamiento, cómo se obtenía el material para los encuentros, qué se leía y cómo circulaban los textos, ayuda a precisar las derivas de las prácticas generadas en aquellos espacios en el subcampo de los estudios literarios a partir de la restitución democrática y después. Se trata de efectos que van más allá de la nueva configuración de los contenidos disciplinares de la carrera de letras de la UBA de mediados de los ochenta, si bien es dicha institución desde donde se irradiaron las prácticas que, en especial en el arco 1984–1986, modelizaron las de buena parte del país hasta tiempos que es necesario especificar según el polo del que se trate: las fotocopias de las transcripciones de las clases de literatura argentina y de las materias del área de teoría literaria circularán en momentos diferentes en distintos polos del subcampo y sus repercusiones llegan hasta el presente, si bien ahora en tensión con prácticas de otros polos que, como se verá, disputan la centralidad en estas y otras líneas. Volver sobre los cursos clandestinos conducidos entonces por Sarlo y por Ludmer es necesario porque fue en esas usinas donde se propiciaron rutinas y donde circularon lecturas que, diseminadas gracias a su institucionalización en los primeros años de la restitución democrática, impactarán en agentes de todos los grupos situados en más de un polo y en más de un tiempo. Como bien observa Sapiro, «la contemporaneidad no es sinónimo de sincronía» (2013:85).

Graciela Montaldo (G3), recuerda: «con Sarlo leíamos a Bajtin, a los formalistas en italiano, *Marxismo y literatura* de Williams sin sus tapas para poder fotocopiarlo y hacerlo circular sin mayores inconvenientes» (2010). Y agrega: «la primera vez que vi el libro de Williams con sus tapas fue en Venezuela» (2010). Este carácter subterráneo de la circulación de los materiales unida a la urgencia por actualizarse se hace ostensible en un relato de Sarlo en el que comenta el recurso a grabar traducciones de los textos a discutir en casetes tanto por seguridad como para agilizar la tarea. Nótese que la precariedad no es utilizada como pretexto para autorizar la renuncia a la exigencia en el trabajo intelectual. En esta ocasión, insiste en que se estudiaba con las «mejores ediciones» de los textos teóricos y que se recurría a los «mejores traductores» al español:

> Roberto Raschella, eximio traductor, grabó en casetes la traducción de algunos textos de Bajtin (cuyas ediciones italianas yo tenía: Dedalo Libri) y de Tinianov

(*Avangardia e tradizione*, también por Dedalo Libri). En ese momento, las mejores traducciones de esos textos eran al italiano. (...) Creo que eso sucedió en 1980 porque es el año que consigo esos libros en Italia. (2015)[5]

Las intervenciones de Sarlo se retroalimentaron por su participación paralela en varias formaciones donde acumuló capitales específicos, simbólicos y sociales de órdenes diversos. Además, esas formaciones le permitieron no solo continuar, hasta donde fue posible, lo que se había interrumpido en las instituciones sino entrenarse en nuevas prácticas. Sus aprendizajes en el campo editorial junto a Boris Spivacow, primero en la joven y pujante EUDEBA donde, entre 1965 y 1966, había contribuido a editar las colecciones «Los fundamentales» y «Biblioteca Básica de la lengua española», se continuó en el CEAL donde dirigió las colecciones «Biblioteca fundamental del hombre moderno» (1971), «Biblioteca Total» (1977–1979), «La Nueva Biblioteca» (1980) y la Serie «Literatura y sociedad» incluida en la «Biblioteca Argentina Fundamental» (1981). En una conferencia dada un tiempo antes de la publicación de *La imaginación técnica*, Sarlo reconoce que es gracias a esos trabajos como obtuvo los recursos necesarios para subsistir y para auto–subvencionarse las investigaciones:

Venimos de un homenaje a quien, de algún modo, hizo posible esta investigación de la cual voy a hablarles y todas las demás investigaciones que he hecho en mi vida. Boris Spivacow a muchos de nosotros, en un determinado momento, nos dio una profesión que sirvió para acompañar la profesión ad honorem de investigador. (...) Pero además de esto, a Altamirano y a mí, (...) nos permitió sobrevivir en la Argentina. (1992)

Entre 1970 y 1976, Sarlo cooperó y luego participó en el consejo de dirección de la revista *Los Libros* cuyo final abrupto es inescindible de la violencia estatal: «El golpe militar de marzo de 1976 señala el fin de la publicación: el

5. Las exigencias de Sarlo sobre este punto fueron extremas desde sus inicios. Para seguir con un ejemplo que vuelve sobre parte de esta serie de autorxs, nótese que en la *Antología del formalismo ruso* que preparó para el CEAL en 1971 (parte de la Colección Biblioteca Básica Universal dirigida por Luis Gregorich secundado, entre otros, por Jaime Rest), ya había expuesto sus prevenciones respecto del carácter mediatizado de esa selección: al tratarse de una antología hecha sobre la base de otra antología y tomando como lengua relevo el francés, se debía ir con cuidado. Sarlo lo expresó de la siguiente manera: «Una antología de los formalistas rusos no puede pretender, por el momento, ser completa o estar absolutamente segura de su representatividad ya que los trabajos del grupo no han sido muy difundidos en lenguas no eslavas» (1971:5).

allanamiento y la clausura de la redacción impiden que el número 45 salga a la calle» (Somoza y Vinelli, 2011:10). En 1978 fundó *Punto de Vista* junto a Carlos Altamirano (G1) y a Ricardo Piglia: la revista emblemática de la «resistencia cultural» (Pagni, 1996) que dirigió hasta 2008. Es decir, el CEAL, *Punto de Vista* y los grupos de estudio le dieron cierta continuidad a las rutinas asociadas a la enseñanza y la investigación institucionalizadas: transferir, discutir resultados, confrontar argumentos, fantasear con intervenir en el espacio crítico y continuar formándose. Sarlo ha asociado, más de una vez, lo que aprendió en el CEAL con lo que, imagina, podría haber aprendido en un posgrado: «Lo que yo repito siempre, que lo dice Graciela Montes en realidad: EUDEBA y el Centro Editor —en el caso de ella, el Centro Editor ya que no estaba en EUDEBA— fueron nuestro posgrado. Eso que yo repito hasta el cansancio, es verdad» [*2014*].

Una posición similar se despunta en los testimonios de Ludmer quien destacó que enseñar en los grupos clandestinos, además de permitirle seguir estudiando, fue una fuente de ingreso económico:

> Eso fue muy importante para mí. Primero, porque me dio de qué vivir. O sea, ¿de qué trabajaba durante la dictadura? Y, en segundo lugar, porque realmente yo me formé dando clases. Iba buscando siempre qué libros teóricos enseñar, cómo comentarlos, cómo leerlos; daba una parte teórica y una parte de análisis de novelas. Ahí me fui formando. [*2014*]

Esta práctica permitió acumular capitales específicos que se necesitarían en un tiempo entonces por–venir mientras proveía un medio de vida. Altamirano (G1), que también había armado un grupo de estudio después de quedar afuera de la universidad pasado el breve período de la primavera camporista, volvió en varios relatos sobre el carácter azaroso aunque nunca solitario de su formación (cf. 2019a, 2019b) en la que se incluyen los «cursos privados»:

> Cuando las clases en la universidad se terminan comienzo a dar cursos privados. Para aquel momento me había convertido en una especie de «experto» (es una palabra un poco pesada), un «conocedor» (sería mejor) de *El Capital*, del primer tomo de *El Capital*. Y entonces comencé a dar cursos sobre *El Capital*. Le cuento esto porque usted me podría decir: «Y usted dónde adquirió bagaje para el tipo de cosa a la que se dedicaba?». Así. [*2016*]

También Susana Zanetti (G1) le confirió este rol a las formaciones, en especial al CEAL (2003:382–383). En uno de sus cuentos sobre las fantasías de

intervención que vertebraron los proyectos de EUDEBA y del CEAL, sus credos de la época respecto del hacer cosas con palabras fueron evocados desde su distancia irónica que, mientras la ponía a resguardo de la auto–figuración heroica, le devolvía a aquellos proyectos escala humana. Así como señalaba la importancia de «desprocerizar a Martí para que podamos pensarlo con todas sus particularidades» (2003:317), del mismo modo se apartaba de la épica (cf. Zanetti, 2002, 2006) y, allí mismo, desde una posición transida por el humor, creaba otra «vista» para estas formaciones:

> El Centro Editor se fundó a partir de Eudeba, con el grupo que había quedado. Esta circunstancia me proporcionó una experiencia muy importante de trabajo grupal, a pesar de los problemas o disidencias que podía haber. Trabajábamos en un proyecto que se pensaba en común, disolviendo un poco los protagonismos —no del todo, por supuesto. Yo conozco gente que elige ciertas cosas porque le pueden dar rédito, que justifican la elección de determinado programa en función de ese objetivo no estrictamente ligado a pasiones literarias sino a razones más mezquinas. Tanto en Eudeba como en el Centro Editor pensábamos que la Literatura y las Ciencias Humanas podían intervenir de manera decisiva en la sociedad. Esta confianza en el poder de intervención de los discursos se vincula con el clima intelectual que se vivía en los años sesenta y setenta. A veces se habla de la mística de Eudeba y del Centro Editor, y en cierto sentido estoy de acuerdo, pues creíamos en la posibilidad de pesar socialmente. Pero también éramos muy irónicos, muy críticos. Cultivábamos el humor y, a veces, el humor negro. De modo que no éramos tan ingenuos. (2003:383)

Esta doble función de los grupos de estudio se repite en los testimonios: formarse (por si acaso, por si se abría alguna posibilidad de inserción institucional) y obtener un ingreso. Al evocar las prácticas de un grupo liderado por Noé Jitrik (G1) en Buenos Aires durante 1970,[6] Julio Schvartzman (G2) observó: «era un rebusque, como tantos otros» (2020).

---

6. En los diarios de Piglia/Renzi se pone de relieve el empeño de Jitrik en la construcción de estos espacios. Se reponen allí los grupos que lideraba antes de su migración a Francia donde residirá desde octubre de 1967 hasta setiembre de 1970: «*Domingo 11 de junio* [de 1967]. (…) Ayer a la tarde perdí el tiempo en casa de Noé Jitrik, que quiere organizar un grupo de estudio (con Ludmer, Romano, Lafforgue, etc.) sobre literatura argentina. Se trata de construir una alternativa a la Universidad intervenida a la que hemos renunciado todos los profesores y construir una institución alternativa, el Instituto de Artes y Humanidades» (2015:316); «*Miércole*s [28 de junio de 1967]. A la noche. encuentro en la casa de Jorge Lafforgue con un grupo de estudio sobre Borges, dirigido por Noé Jitrik, ligado al intento de

Jitrik había regresado de su exilio en Besançon, sitio en el que había residido tres años contados a partir «del último cuarto de 1967» [*2017*]. Organizaba reuniones semanales de dos o tres horas cada jueves y/o viernes por la noche en su domicilio particular situado entonces en la calle Uriburu, entre Santa Fe y Arenales. Schvartzman participó de aquellos grupos. Recuerda que asistían, entre otrxs, Cristina Iglesia (G2) y Celina Manzoni (G1) que, más tarde, será su ayudante en la cátedra Literatura Iberoamericana entre octubre de 1973 y setiembre de 1974 (cf. Jitrik, 1973a, 1974a; Jitrik y Ludmer, 1974). Las lecturas realizadas durante el exilio se transformaron en contenidos de las clases que dictó por aquellos años en su domicilio privado. Schvartzman los recuerda con precisión: «un análisis de los espacios significantes de *En busca del tiempo perdido*, del proceso de generación de la escritura en *Cien años de soledad* y una lectura de *La escritura y la diferencia* de Derrida y partes de *De la gramatología*» [*2014*]. Esas lecturas le dejarán huellas: «No me daba cuenta de la consistencia de lo que estaba leyendo. De hecho esas lecturas de Derrida quedaron ahí; yo trabajaba en otra dirección y, en un momento, es como si hubiesen vuelto» (Schvartzman, 2020). Una apropiación que se observa en *Letras gauchas* (se sabe: más allá de la cita).

Los años de los «cursos privados» con Jitrik también fueron evocados por Manzoni. Su relato subraya su función preparatoria para el trabajo que vendrá, como auxiliar docente en la universidad montonera. También ella repone algunos de los contenidos trabajados en los grupos de estudio:

> Algunos de los invitados a formar parte de la cátedra veníamos de cursos privados de teoría literaria dictados por Jitrik en los que, a los textos mayores del estructuralismo y las polémicas que lo rodearon, bastante transitadas entonces, se sumaron algunos autores de lo que sería llamado postestructuralismo. (2018:133)

La percepción de Manzoni de que las polémicas alrededor del estructuralismo eran «bastante transitadas entonces» es válida para la UBA y para las formaciones asociadas a ella pero no para otros polos donde la lectura de literatura estará atravesada por versiones aplicacionistas del estructuralismo y de la estilística hasta los umbrales del siglo XXI[7] y, en la UBA, por una «filología» y una

crear un Instituto de Artes y Humanidades como alternativa a la Universidad intervenida por los militares» (320).

7. Más de una estilística, más de un estructuralismo: imposible no atender a los espacios específicos de inscripción con sus rasgos y contornos. Así, la «nueva estilística» que Héctor Ciocchini desplegó durante sus años en la UNS donde una traducción pirata de *Le degré*

«estilística de tradición hispánica» hasta la restitución democrática: «esta formación filológica tenía una tradición hispánica y una pata muy fuerte en las lenguas clásicas», señaló Leonardo Funes al recordar sus años estudiantiles. Y agregó: «era el estudio de las lenguas clásicas la que te daba rigor metodológico, según la mitología de la época» (Funes, 2010).

La aseveración de Manzoni sobre el estructuralismo se replica en otros dos alumnos de Jitrik: en una antología de sus textos críticos, Gonzalo Aguilar (G4) y Gustavo Lespada observan que «la politización del estructuralismo» es «una de las características que este adquiere en la crítica literaria argentina» (1997:13). Es importante tomar esta aseveración al pie de la letra y agregarle un elemento más: se trata de la crítica literaria producida en polos del campo donde, ya sea desde las universidades como desde las formaciones, se habían introducido lecturas de sociología y de antropología que permitieron hacer lugar a un estructuralismo politizado: la Rosario de «los años Prieto» (Podlubne, 2013:12) y del CEFIL junto a otras formaciones; una Córdoba entre la UNC (en la que habían enseñado Jitrik, Adolfo y Luis Prieto), los grupos de estudio, un importante movimiento editorial autogestionado en el que se destacan los

---

zéro de l'écriture se había puesto a circular «siete años antes de que se publicara la traducción oficial» junto a René Wellek y Austin Warren, Ernest Curtius, Max Picard, Karl Vossler, Leo Spitzer y Erich Auerbach (Crespi, 2016b:81; 2020) poco tiene que ver con los aplicacionismos detectados en otras instituciones (cf. Cristiá, 2004; Gerbaudo, 2011). La reciente investigación de Max Hidalgo Nácher (2022a) complejiza la lectura de este proceso que exige, otra vez, el caso por caso. Por ejemplo, Dina San Emeterio, formada en Griego e Historia de la lengua, había regresado en 1988 de su exilio en España con las lecturas dominantes entre los setenta y los ochenta en el campo de las letras en ese país. En la UNL debió hacerse cargo de varias materias para cubrir una dedicación semi-exclusiva, a saber: Historia de la lengua, Griego y Metodología y análisis del texto literario. Los contenidos y la bibliografía seleccionados desde 1991 hasta 1998 para Metodología… pusieron en circulación los paradigmas que había conocido durante sus años de exilio (esos que Hidalgo Nácher describe en su investigación). No obstante, su apropiación crítica incitaba a descartar cualquier planteo que no funcionara como una «lupa», es decir, que no permitiera «ver mejor»: «Yo confieso que con esta asignatura estoy en conflicto. Y promuevo el conflicto si genera la rebelión. La metodología es represora. Estén alertas. No se dejen convencer, resístanse a entrar en las casillas (…). Consecuentemente con lo que acabo de afirmar, el objetivo principal de esta cátedra es que ustedes crezcan como lectores» (cf. San Emeterio, 1995:16-17; 1997a, 1997b). Un último ejemplo: en su repaso de sus años como estudiante en la UNLP antes de la última dictadura, José Luis de Diego (G3) opuso algunas lecturas obligatorias valoradas provenientes de los estudios hispánicos (el estudio de Amado Alonso sobre Valle Inclán y el de María Rosa Lida sobre *La celestina*) a «una suerte de vulgata filológico-estilística fundada en un presunto sentido común estético y en subjetividades valorativas solo sustentadas en el principio de autoridad» (2004).

nombres de Bernardo Nagelkop y Alberto Burnichón (cf. Tatián, 2016) y *Pasado y presente*; una Buenos Aires, entre la UBA con EUDEBA, el CEAL y *Los Libros*. Son quienes estudiaron en esas universidades y/o en esas formaciones los que luego, a su vez, trasladarán esos saberes a sus lugares de inserción profesional.

Ana Camblong (G2) cursó estos «talleres» que Jitrik dictó luego de su primer exilio; un espacio que sostuvo aun luego de su inserción como profesor en la UBA en 1973. De hecho, Camblong se había incorporado a esos cursos privados luego de rendir examen con Jitrik durante el primer turno del período de la universidad montonera. Su relato contrasta la formación previa y lo que se habilitó desde aquella cátedra. Es notable cómo quedaron fijadas en su memoria aquellas clases. Tal es así que reconstruyó con precisión tanto los teóricos de Jitrik sobre *Cien años de soledad* (cf. Jitrik, 1973d, 1973e) como el de Ludmer sobre Macedonio (cf. Ludmer, 1973i):

> Trataré de bosquejar algunas pinceladas que den una idea más o menos aproximada del clima y la tarea. Con Noé, la experiencia fue breve pero de tremendo descubrimiento y fascinación... Veníamos de una formación conservadora, clásica, desconocedora de lo que estaba pasando «afuera». Yo ya había cursado Literatura Latinoamericana con otros profesores (carcamanes totales) y tuve que rendir el final, oral, con tribunales de profesores «nuevos» que tomaron la cátedra. El titular era Noé. Yo no lo conocía y con toda mi enorme inocencia e ingenuidad elegí Quiroga para dar el final. Imagino la risa interna que le habrá provocado a él y a todo su equipo ahí presente mi paupérrimo discurso. En fin. Aprobé con buena nota pero tuve un golpe de conciencia de todo lo que me faltaba. Entonces, aunque ya podía egresar, decidí cursar de nuevo la materia con Noé...
>
> No te podés imaginar lo que era esa cátedra con una multitud de gente hambrienta de saber y de respirar otros aires. Cada clase teórica era un «recital de la estrella teórica». La adjunta era Josefina Ludmer. Noé le dedicó un montón de tiempo y análisis a *Cien años de soledad* (un deleite, un descubrimiento en cada detalle) y Josefina a un poema de Macedonio (ni hablar de lo que fue eso: impacto de saber y placer). En esta época el director del Departamento de Letras era Paco Urondo (duró un suspiro) y la Decana era Adriana Puiggrós que también salió eyectada por el fuerte derechazo que vino después.
>
> Hablé en privado con Noé y le dije que quería estudiar más, integrar sus equipos o barrer el aula, cualquier cosa con tal de crecer un poco. Me dijo que estaba formando grupos, que atendía en su casa. Por supuesto me integré de inmediato. Éramos más o menos 4 o 5 personas (...). Leíamos teoría del texto, todos autores franchutes. Todo lo que fue la movida del estructuralismo. (2020)

Los contenidos, problemas y bibliografía que estructuraron aquella propuesta traducían una apropiación hereje y productiva del estructuralismo que marchaba a contrapelo de las versiones entonces hegemónicas tanto en España como luego en Argentina (cf. Hidalgo Nácher, 2022a; Gerbaudo, 2006, 2011). Las reinvenciones de los estructuralismos por Jitrik y Ludmer (Jefa de Trabajos Prácticos durante los dos primeros cuatrimestres de dictado y Adjunta a cargo en el interrumpido tercer cuatrimestre iniciado en setiembre de 1974, sobre el filo de la intervención de la UBA) difundidas más allá de aquel espacio y de aquel tiempo vía sus publicaciones (cf. Jitrik, 1975, 1992a; Ludmer, 1977) harán lugar a imaginativas derivas fechadas tanto en el tiempo inmediato como en el presente (cf. Grafein, 1981; Camblong, 2003; Piacenza, 2017; Cano y Vottero, 2018; Nofal, 2022a).[8]

8. Acaso haya sido Leonardo Funes quien, en un coloquio celebrado en la UBA hace ya varios años, pronunció uno de los argumentos más convincentes respecto de la importancia de exhumar, a propósito de aquellas cátedras lideradas por Jitrik y Ludmer durante los años setenta: «hubo un curso de teoría literaria en el primer cuatrimestre del año '74. La materia iba a ser anual pero nunca llegó a completarse porque ya en la época de Isabel después de la muerte de Perón se cerró la Facultad. Y ya cuando la Facultad se reabrió en el '75 se hizo con otro plan de estudios del que la teoría literaria había desaparecido. Y en ese momento, en ese curso del que yo participé, como en otros del segundo cuatrimestre del '73, con todo lo que significa el '73 y cómo resonaba eso en la facultad, a mí me tocaron —un poco por azar y otro poco por evidente afinidad intuitiva— una serie de profesores que eran los que volvían a traer la teoría a la Argentina que venían de Francia, que venían de Vincennes, con las resonancias del Mayo Francés del '68 y todo eso. Entre los más conocidos estaban Noé Jitrik y quien era en ese momento su adjunta, Josefina Ludmer, acompañando esa posición. No eran los únicos, pero digamos que eran los que ya se destacaban en aquel momento y más trascendieron en momentos posteriores. Todo eso se interrumpe, como todo lo demás, de un modo sumamente trágico, ya en el '75. En el momento posterior, en el '84, cuando sucede el regreso, me encontré (...) con un sentimiento de que nunca habrá suficiente reconocimiento a lo que sucedió antes de la dictadura. En un sentido era lógico que pasara: en los ochenta se intentaba empezar de cero (...). Yo recuerdo esos primeros seminarios de Ludmer, aun uno anterior al que ustedes mencionan: "Qué se lee en literatura", que empezó en el año '84, donde yo estuve como alumno al lado de Pezzoni que venía también como alumno a tomar nota de lo que decía Ludmer, y lo que resonaba allí era el mandato público: "Hay que ponerse al tanto, hace diez años que no leemos nada y hay que ver qué pasó durante todo este tiempo y ponernos al tanto". Bajtín llegó como una bomba, y se puso todo el mundo a leerlo... En fin, era ponerse al día, era la ansiedad por recuperar el tiempo perdido. En ese contexto, entonces, las experiencias previas de ese momento tan breve del '73–'74 quedaron en el olvido, eso no se recuperó. A quienes participaron allí, de hecho al propio Jitrik o a Josefina Ludmer, no les interesaba retomar lo que había quedado interrumpido, no se dio el "como decíamos ayer"; era "empecemos ahora de cero"» (Funes, 2011:155–156).

La exhumación de aquellos programas y de aquellas clases trae al presente restos de lo que se hacía con palabras bajo aquellas circunstancias. Solo algunos ejemplos: así como Jitrik organizó los prácticos de Jorge Ruffinelli de modo tal que se pudiera reconstruir algo del «contexto» económico, social, político, cultural y literario de producción de los textos a estudiar («el principal contexto de una obra literaria es la literatura de su tiempo», indicó Ruffinelli en su primera clase de 1973) y así como organizó sus teóricos desde las mismas operaciones que se registran en los textos que publicará apenas un poco después donde desplegó la noción de «trabajo crítico» que ya se anunciaba aquí (Jitrik, 1974c:6), Ludmer envió a la lectura de Freud y de Marx (tal como ya lo había hecho en su ahora clásico sobre *Cien años de soledad* [Ludmer, 1972]), menos para entender cómo estos autores leían tal o cual texto literario que para descubrir el «sistema de pensamiento» que crearon mientras escribieron estas lecturas. Es decir, tanto Ludmer como Jitrik impulsaban a apropiarse de los aparatos teóricos para ponerlos en funcionamiento desde una lógica en las antípodas del aplicacionismo y del deteccionismo lingüisticistas que imperarán después en todos los niveles de enseñanza. Más allá de los énfasis diferenciales observables sobre todo en los envíos (a Blanchot, Derrida, Lukács, en Jitrik; a Propp, Barthes, Lévi–Strauss, Jakobson, Lukács, Brecht, Macherey y Bourdieu junto con Viñas, Prieto, Piglia, Masotta y Rosa, en Ludmer), hay una posición compartida sobre el modo de leer y sobre el papel que juegan allí las teorías. En estas clases se ensayaron prácticas y se bosquejaron categorías que algunos años después se pusieron en circulación en publicaciones que marcarán la agenda del subcampo en tiempos y espacios bien diferentes: se despuntaron tanto la lectura feminista de Sor Juana (Ludmer, 1974a) como los conceptos de «trabajo crítico» (Jitrik, 1974c) y de «cuento» (Ludmer, 1973f, 1973g, 1973h). Por otro lado, los pronunciamientos de Ludmer tanto contra la «aplicación» de modelos como contra el empirismo ciego (1974b) unidos a su defensa de la importancia heurística de la escritura (1973a) descubren las asunciones que atravesarán su mítico seminario de 1985. Continuidad relevante en tanto permite conjeturar que desde estos credos trabajó en sus grupos clandestinos: los títulos de los talleres anuales, repuestos vía el currículum de Camblong, constatan que continuó desarrollando en ese espacio los temas que pensaba abordar en sus clases en la UBA, abruptamente interrumpidas. Por ejemplo, *Literatura Latinoamericana (Onetti – Roa Bastos*) es el título del taller anual correspondiente a 1974 y *Aplicación de la metodología psicoanalítica en el trabajo crítico literario*, el de 1975. Las clases de 1973 y 1974 como de 1985 corroboran que son los mismos significantes y las mismas

insistencias las que aparecen, una y otra vez, a saber, la interpelación a no «cristalizar» prácticas y a no «congelar» el texto que se pretende «leer»:

> Que el estudio de la literatura se constituya también en un texto que no cierre al texto estudiado, que no lo detenga, que no lo congele, que no lo dogmatice como se hacía tradicionalmente en la facultad, en la carrera de letras (...). Nosotros decimos «no». Son necesarias las teorías para pensar el saber y para encontrar un saber porque la literatura lo requiere pero, al mismo tiempo, hay una necesidad permanente de ruptura de la teoría (1973d:16)

Por su parte Jitrik, explicitó los fundamentos del que se convertirá en su concepto más persistente; ese que, por aquel tiempo, también trabajaba en sus cursos privados, tal como lo muestra el título del seminario de 1973, tomado del currículum de Camblong, a saber: «Problemas de la constitución del concepto de Trabajo Crítico en Literatura». Su crítica al estructuralismo académico y a la «lectura» entendida como comentario atravesaba sus prácticas de la época:

> No puedo pensar que, por más que nosotros hagamos trabajo textual, podamos ignorar lo que pasa en el país en el que ese trabajo se realiza, lo que pasa en el plano económico, lo que pasa en el plano social, lo que pasa en el plano político. No se puede ignorar. Es más, es necesario conocerlo para poder hacer un trabajo adecuado. El trabajo textual que se hace sin previa inmersión en el mundo histórico, cae fatalmente en algo así como lo que se designa como «estructuralismo», es decir, en una especie de ideología de la descripción que se detiene en lo inmediato (...) reduciendo el proceso (...) para inmovilizarlo y, justamente, para separarlo del sentido general que tiene la producción literaria y del sentido general que tiene el trabajo crítico sobre esa producción literaria. (1974c:7)

Ese trabajo se vio interrumpido por la vertiginosa partida de Jitrik a México. Camblong decidió entonces continuar su formación bajo la tutela de la otra figura estelar de aquella efímera experiencia de cátedra. Tramitó entonces su ingreso a los grupos privados de Ludmer:

> De pronto, Noé fue amenazado y decidió emigrar de un día para otro. Ni siquiera nos pudimos despedir. Fue algo muy intempestivo. Estábamos tan, pero tan habituados a la violencia y a este tipo de sucesos que lo tomamos como parte de lo que venía ocurriendo. La Triple AAA era un azote terrorífico.
>
> Entonces conseguí el teléfono de Josefina y le pregunté si podíamos formar un grupo para ir a su casa. (2020)

Cuando en 1975 Camblong se instale en Posadas para desarrollar desde la UNaM su carrera profesional, trasladará estos planteos que, a su vez, revisará en una tesis doctoral dirigida por Ana María Barrenechea (G1) en la que Jitrik, al regresar de su exilio muchos años después, participará como jurado junto a Sarlo y a Piglia. Camblong se graduó como Profesora en letras por la UBA en 1975; defendió su tesis doctoral en la misma institución el 8 de noviembre del 2000. En su título quedan rastros de objetos y de modos de leer aprendidos durante aquellas clases: *Macedonio Fernández: retórica y política de los discursos paradójicos*.

Es importante destacar el trabajo pionero que realizó no solo vía su inserción en 1976 como Jefa de Trabajos Prácticos en las cátedras Problemática de la Literatura y Seminario de Metodología y Análisis Literario en la carrera de letras de la UNaM: «Tengo el legajo 003. O sea que soy un dinosaurio de la UNaM» (2021a). Como buena heredera, llevó lo aprendido hacia otras zonas: atenta a los problemas y necesidades de su contexto de actuación profesional, diseñó un programa de «alfabetización semiótica» aún vigente que solicitó las compartimentaciones disciplinares e intradisciplinares y que hizo de la activa intervención extensionista una política y una ética de la práctica universitaria (cf. Camblong, 2016, 2021a). Menciono, solo a modo de ejemplos, los encuentros Arte–psicoanálisis en el ciclo Jueves culturales de la UNaM, datados en 1979, el Seminario La escuela y los medios de comunicación de 1981 y la temprana organización de espacios de discusión con invitadxs externxs (entre otros: el curso que Ana María Zubieta, compañera de los grupos de estudio–Ludmer, dictó sobre Arlt en junio de 1983 o el de Walter Mignolo, *Aspectos teóricos metodológicos para la investigación literaria*, de 1987).

Las intervenciones de Camblong en la UNaM de fines de los setenta contrastaban con lo que entonces acontecía en la UNR: entre 1966 y 1983 los programas corroboran un cambio notable en la orientación de los contenidos y la bibliografía de Literatura Argentina, Latinoamericana y de teoría literaria. La marca de los «años Prieto» con ese modo de leer que recurría «a más de un campo» para «encontrar sus objetos en las intersecciones problemáticas de aproximaciones diferentes» (Montaldo, 2013) se sustituyó por otra. Más allá de la presencia dominante de la estilística (recordemos que había una materia específica denominada «Crítica estilística» [cf. Serra, 1970, 1982]) y de una versión aplicacionista del estructuralismo (cf. Haiek, 1967, 1969, 1970, 1977, 1979; Passafari, 1968; Bouilly, 1967, 1969a, 1969b; Dughera, 1969; Callegari, 1970; Blasi, 1970; Castelli, 1973, 1977), lo que se cuestiona es la posición epistemológica que atravesaba las prácticas de enseñanza. Los testimonios de algunxs de aquellxs estudiantes convergen con lo que dejan entrever los programas: «una crítica

estilística que no era muy potente sino que era transmitida en forma de manual», «un estructuralismo de bolsillo», «se daba la teoría como suelta (...): era como un fósil, como un esqueleto, le faltaba la carnadura». La misma informante opone esas prácticas a las de los «grupos de estudio»:[9]

> Mi formación comenzó realmente durante la dictadura, cuando empezamos a juntarnos con algunos compañeros, de forma privada, con algunos profesores. Fundamentalmente con Nicolás Rosa, creo que fue en los 80, 81. Nicolás viajaba semanalmente. (...). Lo que hacíamos era una cuestión privada, un emprendimiento privado, una PYME de la enseñanza. (en Cristiá, 2004:16)

Como en Rosario, también en Buenos Aires la apuesta a las formaciones continuó un buen tiempo después de la restitución democrática. Era complejo poder evaluar entonces cuánto duraría aquella recuperación institucional (en una de las primeras clases de su seminario de 1985, Ludmer señalaba esta situación: «entramos y salimos de la universidad. Nos echan, no nos echan. Y hemos dependido estos últimos años totalmente de la situación política» [1985b]). Así es como se creaban espacios alternativos por fuera tanto de las instituciones como de los partidos políticos (cf. Sarlo, 1988c:34): el Club de Cultura Socialista se fundó en julio de 1984 desde esa lógica. Entre sus objetivos se incluía la discusión de «los problemas políticos, sociales y culturales de la sociedad argentina y del mundo» (Club de Cultura Socialista, 1984). Los impulsores de la iniciativa fueron José Aricó, Carlos Altamirano (G1), Ricardo Nudelman, Rafael Filipelli y Jorge Tula. La dinámica de trabajo se organizaba alrededor de una conferencia o de un panel por mes. En ese marco expusieron, entre otrxs, Ricardo Piglia, Tulio Halperín Donghi, María Teresa Gramuglio (G1), Noé Jitrik (G1), Beatriz Sarlo (G1), Dora Barrancos, Andrea Giunta, Monseñor Justo Laguna, Gregorio Klimovsky, Tomás Abraham, Ricardo Sidicaro, Eugenio Zaffaroni, José Sazbón, Juan José Saer, Aldo Ferrer, Marcos Novaro, Luis Alberto Romero, Maristella Svampa, Emilio De Ípola, Guillermo Martínez, Horacio González, Hugo Vezzetti, Hilda Sábato, Silvia Sigal, Oscar Terán, Adrián Gorelik, Sylvia Saítta, Diana Wechsler, Guillermina Tiramonti, Diego Golombek, Martín Prieto (G4) y Sergio Delgado (G4). El espacio se sostuvo hasta agosto de 2008, fecha en que, por Asamblea Extraordinaria, se decidió el «cese de las actividades». Ese año también se cerró el ciclo de *Punto*

9. Estas entrevistas fueron realizadas por Alejandrina Cristiá (2004); no se mencionan los nombres de lxs agentes porque Cristiá decidió guardar reserva sobre su identidad.

de Vista. Esas decisiones se comprenden mejor a la luz de declaraciones realizadas en aquel entonces por quienes conducían dichas formaciones.

En 1988, cuatro años después de la fundación del Club de Cultura Socialista, Beatriz Sarlo unió algunas de las «fantasías» que habían movilizado las prácticas de «esa revista muy chica y *underground*» (34) que se había puesto en circulación durante los «años de plomo» (35) con las de este espacio cuyos comienzos coinciden con los regresos del exilio» (34). Nótese, junto a los significantes de la época, la alusión a datos que, a prudente distancia de «construir una historia heroica» (2004), Sarlo repitió en diferentes entrevistas (1998d, 2004): «con la primera tirada hicimos un cálculo fantasioso y editamos 2000 ejemplares que nos comimos rigurosamente» (2004). Por si no quedara claro, remarca: «la revista era casi invisible, o mejor dicho, muy invisible» (2004). ¿A qué se refería? Básicamente, a las ventas que apenas superaron los 100 ejemplares en los inicios; hasta principios de los ochenta, no pasaron los 300 y recién por 1998 picaron arriba de 1000. ¿Por qué este dato importa? En primer lugar, porque opone las proyecciones fantaseadas sobre el alcance de las intervenciones a sus efectos reales en el tiempo inmediato: «los lectores eran como una extensión del equipo que hacía la revista» así como estudiantes, esa «gente más joven que nosotros que estaba en la universidad, profundamente disgustada» que luego ingresaron a sus grupos de estudio (2004). En segundo lugar, porque visibiliza las deudas del Club, formado ya en tiempos de la democracia restituida, con lo que se había hecho durante los años bravos de inicios de *Punto de Vista* (esos en los que «ni de lejos se podía avizorar la caída de la dictadura» [Sarlo, 1988c:34]), el alcance acotado de ambos proyectos y, en paralelo, el fortalecimiento del Club junto con el de *Punto de Vista*. Así, a la pregunta de «¿qué es el Club de Cultura Socialista?», Sarlo responde reconociendo en una operación ensayada primero en la revista (reconocida por sus destinatarixs, como se verá más adelante) la principal meta que el nuevo espacio buscará consolidar. Hay un su respuesta el despliegue de la agenda que por aquellos años atravesará los ciclos del Club y los números de *Punto de Vista* (hay también el reconocimiento reiterado en varios testimonios del paradójico aprendizaje de una visión de América Latina a partir de la experiencia de la migración forzada):

> Yo te diría que es una de las pocas hipótesis políticas o ideológicas en mi vida que me salieron bien. (...) Durante toda la época de la dictadura militar tuve más o menos la fuerte convicción de que la oposición entre argentinos que vivían en Argentina y argentinos exiliados era una oposición idiota y que (...) las polémicas en torno a ella no tenían sentido. Y bastante temprano, cuando salió *Punto*

de Vista (...), hice todo el esfuerzo para re–comunicarme con la gente que estaba en el exilio, sobre todo en el exilio español y mexicano. (...) Y pensamos, los que hacíamos *Punto de Vista* en ese momento, quizás con una fantasía desplegada, que esa publicación en Argentina podía ser, entre otras cosas, un puente de comunicación entre los argentinos del exilio y los que estábamos acá. (...) Aprendí de lo que ellos estaban aprendiendo: la renovación de las temáticas políticas, todo lo que se puede ver bajo el rubro general de la crisis del marxismo, el renacimiento de los estudios culturales después de la fuerte moda estructuralista de los años sesenta pero fundamentalmente lo que traté, en lo personal, fue de reconstruir la historia de los años sesenta. (...) Los exiliados tenían una perspectiva latinoamericana bastante más interesante que la que teníamos nosotros y sobre todo, completaban ese campo que había sido violentamente fracturado ya a partir de 1974. El Club surge de esto. Surge del encuentro de un grupo de gente que vuelve fundamentalmente de México y de varios grupos, no solo de *Punto de Vista*, sino otros grupos que habían empezado a vincularse durante los últimos años de la dictadura militar en la Argentina. Y surge como una institución que por algo se llama «club», es decir, que reniega de las formas más metalúrgicas de lo que es la forma «partido», las formas más ortodoxas y groseramente indicativas. (1988c:34)

El Club de Cultura Socialista aparece como un lugar importante en los procesos de formación de agentes del G4 de polos tanto centrales como periféricos. Cristina Fangmann (G4) lo asocia con sus años de estudiante y con la decisión de seguir a algunxs de sus impulsorxs en seminarios de posgrado:

Durante mi época de estudiante de la Carrera de Letras (FFyL, UBA), concurrí con regularidad a reuniones del Club de Cultura Socialista. Los viernes se hacían charlas abiertas. Algunos de sus principales integrantes fueron José Aricó, Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, María Teresa Gramuglio, Hilda Sábato, Juan Carlos Portantiero, Daniel Samoilovich, Emilio de Ípola. Recuerdo especialmente una charla de Juan José Saer.

A fines de los ochenta y principios de los noventa abrieron una Maestría y allí tomé algunos cursos con los profesores Altamirano, De Ípola, Portantiero y Aricó. [*2018*]

Sergio Delgado (G4) destaca la participación en las discusiones del Club como un momento decisivo de sus inicios. La importancia de las redes de sociabilidad intelectual construidas por Raúl Beceyro desde su lugar en *Punto de Vista* explican la temprana conexión de Delgado con lxs agentes que lideraron esa formación:

> En mi caso, por distintas razones, en su momento por las actividades de «Proarte», luego por mis propios proyectos, viajé regularmente a Buenos Aires. Al margen del contexto universitario, me formé especialmente asistiendo y participando de las reuniones de los intelectuales reunidos en torno del «Club de Cultura Socialista». Allí conocí y escuché a José Aricó y Juan Carlos Portantiero que fueron sus fundadores, pero también a otros intelectuales. En los encuentros del ciclo cultural de los viernes me encontraba con Beatriz Sarlo, Rafael Filippelli, Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglio, Hilda Sábato, Alberto Díaz, José Nun, Hugo Vezzetti, Adrián Gorelik, Sylvia Saítta o Graciela Silvestri. En ese marco, en 1993, invitado a participar en un ciclo sobre la relación entre cine y literatura, di mi primera conferencia. Fue sobre la adaptación de Antonioni de la novela *Entre mujeres solas* de Pavese. (...) Necesito decir que el hecho de haber participado de esas conversaciones, aunque más no fuera de manera lateral y casi aleatoria, constituye uno de los episodios fundamentales de mi inicio en la literatura. [*2016*]

El Club también dejó sus huellas en Martín Prieto (G4) quien evocó una discusión sostenida allí en la defensa de su tesis de doctorado acontecida en 2020. Para esa ocasión, más que la vuelta repetitiva sobre lo ya desarrollado, Prieto escribió un capítulo de su auto–bio–grafía intelectual mientras repasó algunos episodios que revelan trampas a las que las instituciones y las formaciones conducen toda vez que terminan asfixiadas por sus morales y sus ortodoxias. La mención importa porque supone una elección estratégica de aquellxs con quienes ha discutido. No todxs. No cualquiera. Prieto evocó un encuentro celebrado en 2006. Es decir, trece años después, volvió sobre un panel sobre «Historias de la literatura argentina» que integró junto a Noé Jitrik (G1) y que coordinó María Teresa Gramuglio (G1), agente clave en la sociabilidad intelectual tejida entre Rosario y Buenos Aires. En aquella presentación, Prieto también volvía sobre sus pasos al recordar, muy sucintamente, otras incursiones en el Club. Repasadas hoy, verificamos que sus presentaciones en dicho espacio se asocian a momentos importantes de su trayectoria: los poemas que leyó en 1986 apenas graduado (había completado la carrera de Letras en la UNR en setiembre de 1985), los apuntes para una historia de la poesía argentina que había presentado en 1996 y que antecedieron a la sacrílega *Breve historia de la literatura argentina* que discutió en 2006. «Discutir la historia de la literatura con ustedes y con María Teresa es un poco intimidante», señaló en aquella oportunidad (2006a). Más allá de esta auto–figuración, en ese espacio donde debatió con Altamirano (G1) y con Hilda Sábato, defendió y ratificó las riesgosas decisiones que había tomado al escribir una narración que se quería y se sabía una historia de la literatura nacional.

Entonces se preguntaba qué haría por 2016 (la repetición de sus presentaciones cada diez años habilitaba esa serie). No podía imaginar que para 2016 ya no habría Club de Cultura Socialista. Tal vez tampoco podía imaginar que la defensa de su tesis doctoral sería la ocasión que encontraría para extremar aquella posición que había sostenido con argumentos tan sólidos como congruentes con los más recientes. Una instancia en la que no solo volvería a contar el cuento sino que, de yapa, le agregaría una deriva didáctica: su relato se quiere (y se sabe) tanto una manera de enseñar la literatura nacional como de problematizarla.[10] La importancia dada al cuidado en cómo se «muestra» y se «expone una cosa para que sea vista y apreciada» (Prieto, 2020a), base simple pero no sencilla ni de baja exigencia, hace lugar a una suerte de heterodoxo tratado de pedagogía plagado de relatos sobre lo que aprendió a partir de los aciertos pero, en especial, a partir de los errores y de los desconciertos en y frente a aulas de literatura que lo tuvieron como protagonista y/o como espectador, entre el entusiasmo y el espanto. No se discute con todxs. No con cualquiera. En esa defensa Prieto exhumó una conversación que le había dejado marcas (tantas como él le dejó a sus interlocutorxs).[11]

Durante los años ochenta, Sara Bosoer (G4) asistía a los eventos organizados por el Club de Cultura Socialista impulsada por la militancia política barrial. La profundización de lecturas teóricas como deriva de la formación

10. En una entrada de su diario, Piglia/Renzi evoca un comentario de Enrique Barba, uno de sus profesores durante sus años de estudiante de historia en la UNLP. En la entrada del 8 de abril de 1960 transcribe una frase que le «encantó»: «"Cualquier libro de historia que no tenga cinco notas al pie por página", hizo una pausa teatral y concluyó: "es una novela"» (2015:70). Conecto esta observación de Piglia/Renzi con el gesto de Prieto: la versión libro de su tesis doctoral se sostiene con apenas siete notas (cf. Prieto, 2021a). Es solo un ejemplo de intervenciones menos declamadas que actuadas a través de las que Prieto solicita protocolos de la crítica, de las historias de la literatura y de los textos sobre su enseñanza mientras reclama atención sobre la escritura. Productiva explotación de la grieta entre campo literario, científico y universitario.

11. El 6 de junio de 2006, durante su exposición en el Club de Cultura Socialista, Prieto resaltó que al escribir su *Breve historia*… había rescatado un aprendizaje de sus años de trabajo en el periodismo. Fue esa práctica la que lo habría alertado respecto de la importancia de tomar en consideración a un tipo particular de lector: no se trata de «los pares» para «los que escribimos nosotros, los universitarios» ni «los poetas» para «los que escribimos nosotros, los poetas» sino de «la figura de un lector culto pero no necesariamente especializado» (Prieto, 2006a). Altamirano, con quien entonces había confrontado, retomará esa distinción varios años después al distinguir la «lectura docta» que «supone la cátedra» de «la que ejerce el lector refinado, lectura culta pero sin preocupación educativa, distinguida, a veces irónica o algo maliciosa, pero invariablemente personal» (Altamirano, 2019b:67).

política es una marca que se reitera en los testimonios de lxs agentes de todos los grupos. En el cuento que cuenta Bosoer se agrega un énfasis suplementario: se asocia el tránsito por estas formaciones a los años de aprendizaje. Es ese «piso» construido en las formaciones el que su relato hace sobresalir:

> A los 14, por 1986, empiezo a ir a una Casa del Pueblo del Partido Socialista Democrático que estaba en el barrio. Después empecé a militar en la línea de Alfredo Bravo (ahí estaban Oscar González que trabaja en *El Porteño* y Jorge Rivas). En 1988 organizan con el Club de Cultura Socialista una especie de ciclo de formación y me acuerdo que fue un flash: una charla por sábado con Aricó, Sarlo, Altamirano (...). Estaba todo más enfocado a la cultura y a lo político, pero ese fue (creo) el momento clave. Se armaban discusiones que para mí eran increíbles porque había gente (eran casi todos hombres) que sabía mucho (o a mí me parecía que sabía mucho). Ahí leí a Gramsci por primera vez. Creo que todo lo que aprendí ahí, entre el 88 y el 92, fue lo que en cierta medida me salvó en los años de estudiante en la facultad donde todo era más limitado. Tenía ese piso. (Bosoer, 2020)

Córdoba

Como se puede constatar en los diferentes polos del subcampo, lxs agentes que trabajaron en formaciones durante y entre las dos últimas dictaduras y/o que se exiliaron disputarán los espacios ni bien se abran los concursos en la universidad pública y, una vez insertxs, contribuirán a la renovación de contenidos, problemas y líneas teóricas. Si la UNC se posicionará, bien entrados los noventa, como un polo central de los estudios semióticos, no fue sino gracias a un conjunto de prácticas tramitadas en formaciones que, además de focos de resistencia, eran una fuente laboral.

Susana Romano Sued (G2) repone el lugar de estos espacios en la muy movilizada Córdoba de los sesenta y setenta; esa Córdoba que, «en poco más de un lustro» hizo lugar a «una singular experiencia en expansión, desdisciplinada, intensa, insumisa» movilizada por los sellos Ediciones Nagelkop, Eudecor, Ediciones signos o por «un nombre editorial fantasma, sea por cautela política o por carencia de derechos de edición» (Tatián, 2016:24). Vale la pena citar el pasaje en el que Diego Tatián repone tanto los títulos que se ponían en circulación como las estrategias usadas para reducir los riesgos corridos en aquel entonces:

> En Ediciones Garfio (que, inhallable, amparaba al editor real, siempre Nagelkop) y con un falso pie de imprenta de Montevideo, apareció en 1968 *Sade, filósofo de*

la perversión con artículos de Barthes, Sollers y Kossowsky. El mismo año, Oscar del Barco, Ulises Guiñazú y Carlos Giordano (con el seudónimo Antonio Meyer) tradujeron *La filosofía en el tocador* de Sade bajo el nombre editorial «La novela filosófica». Como Ediciones Signos apareció, en 1968, *Las lágrimas de eros* de George Bataille (...). En Ediciones Nagelkop constan títulos como (...) *Figuras* (1970) de Gérard Genette, en tanto que Eudecor registra títulos como *El sabio y la política* (1966) de Max Weber; Claude Lévi–Strauss, *Problemas del estructuralismo* (1967) (...) o *Sacher Masoch & Sade* (1969), tal vez la primera traducción de Gilles Deleuze al español. (25)

Romano Sued asocia su interés por los estudios de traducción con los cursos privados tomados durante aquellos años; más precisamente, junto a Luis Prieto luego de que este fuera expulsado de la UNC durante el onganiato. En la misma serie sitúa la conversación con José Aricó y María Luisa Cresta de Leguizamón: el primero, propulsor de la revista *Pasado y presente* fundada en 1963 (en su primer editorial, Aricó mencionaba la «aventura que presupone editar en el país una revista» [1963:1]); la segunda, pionera en el estudio sistemático de las literaturas para las infancias (cf. Vulponi, 2021). En aquel mundo previo a Internet, empequeñecido por la censura (recorrer completa la revista *Los Libros* ayuda a dimensionar tanto lo prohibido como lo que se arriesgaba al transgredir esa norma), compartir la biblioteca personal fue una acción que se agradece en más de un testimonio dado su rol decisivo en las prácticas del subcampo:

Entre las marcas positivas principales, destaco las enseñanzas del profesor Luis Prieto. Se trataba de clases que daba en forma privada, pues fue expulsado de la Universidad de Córdoba por el onganiato; las clases nos las daba en forma de taller. El mundo de los signos, la sistematización lógica y epistemológica de Prieto, su pensamiento sobre la pertinencia, su mirada sobre las ciencias sociales y humanas y sobre el campo de la traducción son una marca que hasta el presente tiene vigencia en mi labor. (...)

Aprecio muchísimo, junto a la mencionada sociabilidad con compañeros llenos de entusiasmo por los saberes de todo tipo, el contacto cercano con José «Pancho» Aricó, entre otros maestros del pensamiento, la política y la cultura (...). Debo decir que me enriquecieron también los contactos con profesores echados por los representantes dictatoriales en los claustros, como Malicha Leguizamón, quien puso a mi disposición su biblioteca y sus saberes. [*2015*]

Durante una entrevista, Roxana Patiño volvió sobre las formaciones cordobesas llevadas adelante entre 1976 y 1984. En su relato se destacan dos espacios.

Por un lado, el grupo de lectura nucleado alrededor de Iber Verdugo, ese profesor oriundo de La Banda que se había graduado en la UNT en 1947 durante los años de magisterio de Enrique Anderson Imbert, justo antes de que este se radicara en Estados Unidos (cf. Degiovanni, 2018). En 1957, Verdugo concursó el cargo de Literatura Hispanoamericana en la carrera de letras de la UNC en el que se mantuvo hasta 1976, cuando fue separado de la universidad. Hasta 1984, año en que será reintegrado a la UNC,[12] Verdugo dictó clases en la Universidad Católica, en la Universidad de Temple en Estados Unidos y armó estos grupos de lectura (los grupos de lectura, el trabajo en el exterior y el cobijo en las universidades privadas fueron estrategias recurrentes para la subsistencia laboral): «habíamos hecho un grupo con Verdugo. Había sido mi profesor en 1975; lo echaron en 1976 y esos grupos eran un medio de sostén económico» (Patiño, 2022a).

El otro espacio que Patiño puso en valor es el CECIC, formación creada durante los últimos estertores de la dictadura junto a Pampa Arán, Silvia Barei, Adriana Boria y Ana Flores, entre otras. Un centro que se disolvió ni bien el tipo de trabajo intelectual que allí ensayaban pudo hacerse un espacio en la universidad de la democracia. Patiño describió su organización y las derivas en su trayectoria:

> Nos reuníamos en la jabonería de Vieytes que era el estudio del marido de Pampa Arán. Y para solventar las actividades, juntábamos la plata entre nosotras. Armábamos cursos y debates sobre los temas teóricos ausentes en la universidad de la dictadura: la sociología literaria, la semiótica. El curso que inauguró el centro lo dio Beatriz Sarlo. De hecho, ahí la conocí a Beatriz que luego va a dirigir mi tesis de doctorado. (Patiño, 2022a).

Dos marcas de estas formaciones se repiten: el carácter autogestionado y la importancia dada a las redes de sociabilidad intelectual con agentes de otros espacios. Por ejemplo, Patiño recuerda con detalle el impacto que produjo en su modo de leer el curso dictado en el CECIC por Sarlo:

> Ese curso de Sarlo se dictó en el edificio donde hoy funciona el CEA de la UNC y que por entonces era el Centro Multinacional de la Mujer de la OEA. La ubicación de Beatriz en la sala hacía que tuviera enfrente un enorme retrato de Victoria Ocampo colgado en el fondo. Cuando empezó su clase vimos que su mirada se

12. Los programas de las asignaturas muestran que, apenas restituida la democracia, Verdugo ocupó el cargo de Director de la Escuela de Letras de la UNC.

había focalizado en ese retrato. Lo primero que hizo fue preguntarnos por qué teníamos ese retrato ahí. Habló de su autobiografía y de lo importante que había sido *Sur* en el campo literario argentino. Lo que siguió mostró que había algo que estábamos entendiendo mal: nosotros habíamos invitado a esa mujer de izquierda que dirigía *Punto de Vista* y que, de pronto, nos hablaba de otra cosa. Fue el tiempo en que Beatriz había dado vuelta como una media la perspectiva sobre *Sur*. Terminaba de salir el dossier en *Punto de Vista*. Toda una operación de la crítica que introducía los estudios culturales ingleses muy tempranamente en Argentina. (Patiño, 2022a)

También Pampa Arán (G2) ha subrayado el lugar de las formaciones en la gestación de intercambios que dinamizaron los debates en el espacio local: el CECIC le permitió traer a Lucrecia Escudero y a Paolo Fabbri así como los grupos de estudio pusieron en circulación lecturas que un tiempo después se llevarán a las aulas de la universidad [*2017*]. Las repercusiones del trabajo en estos espacios tanto en enseñanza como en investigación son rotundas. Por seguir con el ejemplo: pueden constatarse las marcas de la biblioteca Sarlo en los programas que estas mujeres firmarán cuando lideren cátedras en la UNC una vez recuperada la democracia (cf. Rinaldi de Pinelle, 1987, 1988; Arán, 1990, 1991, 1993; Patiño, 1993; Garayalde, 2019).

Tucumán

Tanto desde sus prácticas de investigación, gestión editorial como de extensión, Rossana Nofal (G4) ha vuelto sobre la ferocidad de la represión en Tucumán y sus consecuencias en el campo académico, entre otros. Un episodio de infancia retorna en el recuerdo de una joven Nofal, ya entonces investigadora del CONICET y profesora universitaria. El enunciado que la niña que fue a mediados de los setenta leía en un cartel que oficiaba como siniestra bienvenida a su provincia (una consigna diseminada en la propaganda oficial de la época), se trae al presente: «Tucumán, cuna de la Independencia y sepulcro de la subversión» (cf. Nofal, 2006:111). Su producción vislumbra lo que se conjugó para que en la UNT solo después de 1983 algunos autorxs y contenidos ingresaran a los programas de cátedra de las carreras de letras (cf. Nofal, 2022b; Daona, 2022; García, 2022). No se trata solo de un problema de distancia respecto de los polos centrales sino de un asunto más complejo que enmaraña resistencia y sobrevida.

Estas dos cuestiones se desprenden del testimonio de Carmen Perilli (G2) que, al describir las condiciones de producción en Tucumán durante los años del terrorismo de Estado, se refirió a la actualización teórica y crítica más allá

de las grandes capitales latinoamericanas entre las que destaca Buenos Aires, polo de circulación teórica fundamental constituido como tal por el trabajo en formaciones, la existencia de un movimiento editorial concentrado alimentado por librerías especializadas y un espacio de sociabilidad que intersectaba campo literario con campo de la investigación académica en ciencias humanas y sociales (cf. Nun, 2019; Altamirano, 2019a, 2019b). Una confluencia reconocida tanto por las más recientes investigaciones sociológicas (Sorá, 2017; Szpilbarg, 2019) como por lxs agentes que dinamizaron el subcampo de los estudios literarios en aquellos años: «Aunque resulte difícil de creer hoy, *Leçon sur la leçon* llegó a Buenos Aires, a la librería Fausto donde también compré la *Leçon* de Barthes», comentó Sarlo (2015).

Las librerías especializadas y algunas editoriales desempeñaron un rol estratégico en la dinamización del subcampo, en especial en un mundo previo a la web. Su falta es lo que Perilli señala en Tucumán en un tiempo en el que la búsqueda de materiales y el «estar al día» era más difícil dado que las tecnologías de circulación de la información eran otras. El viaje a Buenos Aires es un tópico que se repite entre lxs agentes que terminaron sus estudios y/o que circulaban por polos marginales del subcampo hasta bien entrados los noventa (cf. Altamirano, 2019a, 2019b; Spada, 2014; Bombini, 2019; Giorgi [*2016*]): «las revistas como *Punto de Vista* siempre dependían de que alguien fuera a Buenos Aires», resalta Perilli (2020).

En la Tucumán de los setenta, las formaciones jugaron un rol importante, en principio, en el plano simbólico, dado que permitieron darle cierta continuidad a las rutinas académicas previas al terrorismo de Estado:

> Entré a trabajar en la universidad en el año 1975 en la cátedra de *Introducción a la Literatura*, por concurso. Se trata de una materia que se da en los primeros años. En 1977 tenía ya dos niños, de tres años y nueve meses respectivamente. En el mes de junio secuestran a mi primer marido que había sido cesanteado de la universidad en 1976. El secuestro, seguido de desaparición y muerte, me obliga a renunciar. En realidad, las personas que lo secuestran me advierten que debo permanecer en silencio porque podrían volver no solo por mí sino por mis hijos. Sin soluciones, me instalé en Aguilares, el pueblo de mi infancia, en el interior de Tucumán. Allí, a noventa kilómetros de la capital tucumana, permanecí en la casa de mi madre. Después, entré a trabajar poco a poco en el colegio secundario. El estudio de la llamada «nueva novela hispanoamericana» fue mi primer acercamiento a los estudios latinoamericanos, estimulada por un imaginario que unía literatura y compromiso. La dictadura militar interrumpió mi formación tutelada y me alejó de la UNT. El aislamiento se atenuó con mi participación en grupos

> de antropología y psicoanálisis. Abordé, en incursiones solitarias, la denominada «novela de dictadores». [Perilli, *2016*]

Luego del secuestro de su marido, Perilli quemó parte de su biblioteca, por precaución: «Lo de los libros fue tremendo. Con lo del secuestro, no era prudente volver a mi casa: estábamos en lo de mi suegra. Le pedí a mi cuñada que quemara los libros que le parecieran peligrosos» (2020). Pasado un año, se integró a grupos de estudio en Tucumán. El simple traslado de Aguilares (su pueblo natal, donde se había refugiado) hasta la capital de la provincia, 82 kilómetros de ruta, demandaba una serie de artilugios destinados a vencer el miedo:

> Después del secuestro de mi marido me daba mucho miedo viajar en ómnibus. En la ruta estaba apostado el ejército y revisaba uno a uno a los pasajeros. No siempre seguían viaje todos. Encontré la solución en el comisionista cuyo auto iba a Tucumán todos los días a las 6:30 de la mañana y volvía a las 2 de la tarde. Sergio se encargaba de los trámites del pueblo y de paso llevaba a tres. Durante el primer año solo viajaba a la mañana, después me quedaba uno o dos días para asistir a grupos de estudios de antropología y psicoanálisis que funcionaban fuera de la universidad. (2021a:47)

Con diferentes significantes, una imagen se repite: los grupos de estudio y su rol vital. Esos espacios permitían continuar, como se podía, el trabajo intelectual: «escribir y leer tenían que ver con la posibilidad de vivir» (2021b). Discutir esas lecturas era también la oportunidad para salir de aquel otro «Macondo», el pueblo de su infancia al que no había imaginado tener que volver (2021b):

> Seguí estudiando mucho, vinculada fundamentalmente a lo que se denominaban «grupos lacanianos» que en aquel momento eran como un espacio de libertad. Y había otro grupo que se llamaba «Mitos y Logos» que era de filosofía; lo dirigía una gran maestra mía que se llama María Eugenia Valentié que en realidad era mi directora de tesis. Ella era profesora de Filosofía e historia de las religiones, además de Metafísica, y es con ella que, de alguna manera, encuentro ahí un espacio. (Perilli, 2016)

Perilli detalla con qué frecuencia se reunían en la capital provincial y cómo circulaban los materiales mientras describe tanto el acceso diferencial a las actualizaciones teóricas en polos centrales y en polos marginales del subcampo como el papel de las bibliotecas personales:

> Durante esos años me reunía con dos grupos. Por un lado, Mythos y Logos (...) en el que participaban antropólogos, filósofos, psicólogos, dramaturgos, críticos literarios. Trabajábamos distintas tradiciones de pensamiento desde Maurice Leenhardt y Georges Gusdorf hasta Claude Lévi–Strauss y Roland Barthes. El otro grupo era la Asociación Psicoanalítica en el que trabajábamos la obra de Jacques Lacan y Sigmund Freud. Daban cursos de psicoanálisis pero también de semiótica, posestructuralismo, filosofía. Algunas personas venían de Buenos Aires; otras eran profesores expulsados de la universidad.
>
> En 1977, el primer año después del secuestro de mi marido, venía solo a la mañana por precaución. En 1978 me incorporé por lo menos una vez a la semana. En los dos grupos la participación era activa con exposiciones de trabajos. El material circulaba entre nosotros con sumo cuidado y, sobre todo, provenía de bibliotecas personales. En Tucumán no habían llegado muchos de los autores que ya estaban en Buenos Aires como Bajtin, Foucault, etc. La llegada de la teoría literaria y cultural fue en los ochenta, sobre todo con la democracia. (Perilli, 2020)

En especial en los polos marginales, aunque no solamente, las bibliotecas personales tuvieron (y tienen) un rol determinante tanto en las prácticas de investigación como de enseñanza (otra marca que expresa la falta de inversión sostenida en bibliotecas públicas). Se pueden repasar los testimonios sobre el lugar de la biblioteca de Susana Zanetti en las investigaciones de César Aira (2001) y de Julio Schvartzman (2013:544); el de la biblioteca de Jaime Rest (G1) en las investigaciones de Sarlo (2014a); el de la propia biblioteca en las prácticas de enseñanza y de investigación de Geraldine Rogers [*2018*], por citar algunos ejemplos. En el caso de Perilli, se menciona con insistencia la biblioteca de su madre que había sido profesora de la UNT en su «época de oro» (Vanella, 2008, 2013; Bentivegna, 2022), la de María Eugenia Valentié y la de Octavio Corvalán, lxs profesorxs con lxs que continuó conversando durante aquel tiempo turbulento (más de cuatro décadas después, Rossana Nofal [G4] resalta que Perilli logró armar «la biblioteca especializada más importante de la provincia» [2021]; notable pasaje, de la quema a la acumulación, de la reclusión en su Macondo a la circulación de esos materiales entre el grupo de jóvenes de diferentes generaciones que formó en la UNT):

> En la casa de mi madre disfrutaba de tranquilidad y de su gran biblioteca. Mi madre fue Profesora de Historia y Geografía en la época dorada de la UNT: Rodolfo Mondolfo, Silvio y Risieri Frondizi, Renato Treves, Lorenzo Luzuriaga, Manuel Lizondo Borda, Ernesto Pucciarelli. A eso se sumaron bibliotecas maravillosas como la de María Eugenia Valentié. (Perilli, 2020)

Con estos materiales, Perilli llevó adelante dos investigaciones en paralelo: una no institucionalizada cuyos resultados hizo circular en revistas publicadas en el extranjero (cf. Perilli, 1979, 1985) y otra que institucionalizó en el CONICET. Esta estrategia de cuidado era complementada con otra: rellenaba arteramente los formularios requeridos por el organismo en los incisos correspondientes a datos personales para evitar intromisiones de la SIDE. Todas estas operaciones, subrepticiamente planificadas desde su «Macondo»:

> Ya en 1980, mintiendo datos, como mi estado civil, logré una beca del CONICET para trabajar la relación entre mito y literatura en Borges que era, un poco, un autor que nadie cuestionaba en ese momento. En ese momento yo había escrito y publicado varios trabajos sobre la novela de la dictadura pero no era estratégico presentar ese tema. [*2016*]

En 2004, Perilli publicó *Países de la memoria y el deseo. Jorge Luis Borges y Carlos Fuentes*. Ese libro recoge resultados de investigación de dos tiempos distintos: el de los últimos años de la dictadura y el de los primeros de la democracia. El Prólogo trae el eco de *Hamlet*: el carácter *out of joint* de un tiempo que no puede asociarse sin conflicto a un espacio mucho más enrevesado del que se deja entrever cuando se habla de ese que se recorta fronteras adentro del perímetro nacional. Más de un tiempo, más de un espacio, artificialmente alisados bajo una fecha y un territorio nacional: «El espacio es una abstracción surcada por las relaciones de poder: está determinado por el tiempo y la experiencia. Un lugar implica una realidad material y una invención individual y comunitaria» (2004:7), observó mientras intentaba precisar qué representó para ella investigar sobre Borges y sobre Fuentes desde Tucumán durante la dictadura y la posdictadura. Su texto horada los límites entre público y privado mientras rescata tanto la importancia de la literatura en la preservación de alguna forma de «felicidad» como la importancia de las teorías y del trabajo crítico en la construcción de agencia:

> *Países de la memoria y el deseo. Jorge Luis Borges y Carlos Fuentes* reúne los frutos de una labor de lecturas condicionadas por mi historia vivida desde mi lugar de memoria: Tucumán. El recorrido por la escritura de Borges tiene como paisaje un país gris de terror y silencio, la Argentina de la dictadura. Uno de los sitios de resistencia en una provincia arrasada por la muerte fue la literatura que permitió conservar algunas felicidades, quizá aturdiéndose en ella.
>
> El viaje por los mundos de Carlos Fuentes lleva a otros tiempos, más luminosos, una época de mayor libertad en la que la violencia no ha desparecido sino

que usa otras máscaras. Entre los efectos del clima democrático, el ejercicio de la crítica y la intervención de la teoría no son menores. (2004:8)

Tanto en este texto como en uno más reciente, *Improlijas memorias*, volvió sobre el mismo episodio: una conferencia de Borges dictada en 1978 en la UNT. A pesar de tratarse de un evento protagonizado por ese autor del que la dictadura se había apropiado como emblema, Perilli subrayó lo que incluso ahí dio lugar a un incómodo fuera de cálculo para los aparatos de control (como es una marca de sus textos, aparece el matiz desconcertante allí mismo donde podría propenderse a una asociación maniquea):

El gran acontecimiento de 1978 fue la visita de Jorge Luis Borges a la Universidad de Tucumán, en particular a la Facultad de Filosofía y Letras. La cultura provincial estaba revolucionada y, aunque solo se permitía entrar a los claustros con documento, la gente se movilizó. Antes de morir, mi padre me había regalado las *Obras Completas*, el famoso libro gordo de Emecé. Mi impulso fue conocer a Borges. Pero me sentí un chico ante una vidriera de golosinas que no puede comprar. No podía ir a la facultad y, desde lejos, asistía al espectáculo de las profesoras vestidas de gala acompañando al viejo poeta. Pero no todo resultó bien; las autoridades estaban asustadas porque el viejo poeta se permitió sus conocidas irreverencias acerca de la religión y los militares. Durante mucho tiempo se habló de ese hombre ciego que subió a la montaña del brazo de una de mis colegas y le pidió que le recitara versos de la *Eneida*. (2021a:56–57)

Sus relatos reponen un mosaico de autores vedados y de temas prohibidos como de aquellos que podían ser institucionalizados. La estrategia seguida para institucionalizar su trabajo de investigación se repite una y otra vez. Tantas como la insistencia en lo que anuda trabajo con literatura y sobrevida:

Exiliada en un pueblo en el interior del interior, me acerqué a su obra con una rabia que se tornó deslumbramiento (...).

Cuando solicité una beca del CONICET con la ayuda de María Eugenia Valentié, abordar el mito en Borges fue una alternativa realista que me ponía a salvo del escrutinio de la censura que nos hacía llenar con mentiras ignominiosos papeles para la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado).

En esa época, gracias a la poética borgeana que transforma la historia en eternidad descubrí, con asombro, la felicidad de la escritura misma. (...) Comprendí que, más allá del uso que la dictadura hacía de la figura del escritor, me daba la posibilidad de combatir el vaciamiento, gesto esencial de toda lógica autoritaria,

> restaurar el nombre allá donde se lo ha negado y hablar de lo difícil y hermoso que es ser humano.
>
> El desafío de la imaginación, la belleza de la paradoja ayudaban a sobrevivir en un país que había desterrado la memoria y el deseo de los lugares públicos. Casi todas las creaciones circulaban a hurtadillas o enmascaradas. La lista de libros quemados y censurados parecía interminable. Mucho más en Tucumán, tierra arrasada, donde la desaparición afectaba cuerpos y voces. Muchos escritores como Haroldo Conti, Paco Urondo y Rodolfo Walsh se habían convertido en fantasmas y otros, como Tomás Eloy Martínez, Héctor Tizón, Juan Martini, Juan Gelman habían visto arrasada su casa por el viento. (2004:9)

Las continuidades entre dictadura y posdictadura se deslizan junto a la mención de lo que cambia entre uno y otro tiempo (nótese su señalamiento de la persistencia de un modelo económico):

> En los primeros tiempos de mi trabajo de doctorado abordé, con cautela, la construcción del espacio femenino en la obra de Carlos Fuentes. Mis primeros movimientos estaban cerca de los del mitólogo, apresado en su objeto. 1984 significó la recuperación de las teorías, la puesta al día con nuevos y viejos pensadores. Poco a poco mi caja de herramientas fue cambiando, llena de nuevos instrumentos. La crítica de la producción literaria del mexicano reconoce otro paisaje: el país de la democracia recuperada que, aunque no puede sacudirse el modelo neoliberal, recupera su tradición intelectual permitiendo la formación de grupos de investigación. (2004:10–11)

La vuelta sobre estos asuntos atraviesa su trabajo. En pleno menemato Perilli trae, otra vez, el recuerdo de aquellos años en los que su investigación sobre la novela latinoamericana y su dicción de la violencia política pudo circular solo afuera y gracias a la ayuda de Jesús Silva Herzog, director de la revista *Cuadernos americanos* acompañado, entre otrxs, por Arnaldo Orfila Reynal (cf. Sorá, 2017) y Ramón Xirau. En uno de los libros que Rossana Nofal ha leído como ejemplar en los estudios de literatura y testimonio (en serie con *Traiciones* de Ana Longoni y *Política y violencia* de Pilar Calveiro, entre otros [cf. Nofal, 2009]) aparecen nuevos detalles sobre los mismos hechos: el efecto sanador de la literatura y la escritura, lxs autorxs y/o problemas sobre los que no era conveniente escribir en este país, lxs compañerxs con quienes conversaba sobre estos asuntos, la circulación de teorías y producciones críticas a la que abrió la recuperación de la democracia. Como Catelli, Perilli insiste en el carácter datado de las lecturas. Esa insistencia hacía ostensible, en aquellos

noventa, su preocupación por el modelo de universidad y de CONICET que vendría (ese que hoy se traduce en reclamos de desaceleración [Klinger y Ximenes, 2020] que nos hacen escuchar de otro modo este texto avizor junto a la singular definición de «revolución» que mucho antes había dado Juanele, atento a la dificultad de darse el tiempo para ver cómo crecían unas florecitas salvajes). Repongo un extenso pasaje dado el carácter inconseguible del libro que contiene este testimonio:

> Mis primeros trabajos sobre las relaciones entre historiografía y ficción fueron mis primeros trabajos críticos. Nacieron casi inmediatamente después del golpe militar. En medio de la desolación y del despojo de una violencia delirante sentí que la lectura y la escritura, «esa forma menor de felicidad» como la llamaba Borges, eran modos de instalarme en la realidad.
>
> Estimulada por Octavio Corvalán que comprendía mejor que yo lo que esto significaba para mí, comencé una serie de textos sobre los dictadores; un ambicioso proyecto para mis primeros pasos fuera de la universidad. Recibí una ayuda inesperada: la mano amiga de un gran mexicano, Jesús Silva Herzog, que me abrió las puertas de su revista. Poco a poco me afiancé en ese «territorio libre de América» que es la escritura. (...)
>
> Me encerré con Roa Bastos, Carpentier, García Márquez. Recuerdo que hacia los ochenta, Enrique Anderson Imbert me preguntó por qué no realizaba mi tesis doctoral sobre «relaciones entre dictadura y literatura latinoamericana». Esto era a todas luces imposible. Los claustros universitarios no podían albergar semejante transgresión.
>
> El trabajo me acompañó hasta hoy. Ya en democracia pudimos poco a poco rencontrarnos con teorías y modelos críticos que habían sido censurados hasta entonces y comenzar a reconstruir los espacios comunes perdidos (...).
>
> Siempre se habla desde un lugar y desde un tiempo. Mi lugar, Tucumán, es hoy más que nunca América Latina. Por haber nacido con la segunda mitad del siglo he cosechado el raro privilegio de respirar y compartir las utopías de los sesenta, sufrir los horrores de los setenta, respirar los tiempos del cólera en los ochenta y vivir hoy las difíciles tensiones de los noventa.
>
> Como lo he dicho otras veces, el trabajo crítico me permitió reunir el amor por la literatura y por América Latina. También fue y es una búsqueda de respuestas y, sobre todo, de preguntas. Esta tarea está unida a la docencia (...). Son tiempos difíciles para las humanidades (¿cuándo no lo fueron?). La competitividad y el eficientismo se están instalando en los claustros. Que no supongan la pérdida del diálogo ni la resignación del compromiso con la sociedad toda. (1995:8–10)

Salta

Los tiempos dislocados se tornan visibles al exhumar qué se hacía en un mismo corte temporal en diferentes polos. Los relatos sobre Rosario en los años cincuenta y sesenta, tanto en instituciones como en formaciones, contrastan con los recogidos sobre Salta:[13] Zulma Palermo (GI) calificó como «seudoacadémico» [*2015*] al trabajo en la sede Salta de la UNT sobre fines de los años cincuenta. Egresada en 1965 como Profesora en letras, en 1968 concursó por un cargo en Lengua Española y Metodología de la Enseñanza en Letras y en 1975, por un cargo en la cátedra de Literatura Hispanoamericana de la entonces flamante UNSa (ver Anexo 1, Mapas). En 1976 fue dejada cesante. Como Perilli, se refugió en la zona rural de su provincia y siguió trabajando, aunque con los límites impuestos por la desconexión obligada:

> Son años turbulentos y mi compromiso político con el movimiento de liberación latinoamericana explícitamente manifiesto en la cátedra y en la investigación es fuerte, lo que trae como consecuencia mi cesantía a comienzos de 1976, en los primeros meses del golpe militar. Amenazada y perseguida, sin embargo, no me exilio por razones familiares (esposo e hijo) y opto por un «exilio interior» radicándome en el interior de la provincia donde me dedico a un minúsculo emprendimiento de granja doméstica y a leer y estudiar en soledad. [*2015*]

Durante esos años que Palermo llamó de «exilio interior»,[14] mantuvo conexión con un grupo de mujeres con quienes fundó, en 1980, el Grupo de Estudios Literarios (GEL). Entre ellas estaban Amelia Royo y Elena Altuna que tendrán, junto con Palermo, un papel decisivo en la dinamización de los estudios literarios en la UNSa (cf. Schvartzman, 2017; Nofal, 2020; Campuzano, Ostrov y Schvartzman, 2021; Campuzano, 2021). Desde ese espacio que tuvo su sede en una habitación de una casa alquilada en la capital de la provincia, el grupo organizó «ocho cursos sobre literaturas argentinas no metropolitanas a cargo de diversos especialistas» (cf. Palermo, CV). Palermo detalla las rutinas de trabajo y los objetivos de una formación que remeda las prácticas suspendidas en la universidad de aquellos días:

---

13. Sobre las formaciones en Salta y la institucionalización de los estudios literarios en la UNSa investiga Betina Campuzano (cf. 2021, 2022).

14. Esta expresión se repite en testimonios de agentes de la muestra y en otros textos (cf. Jitrik, 1979b:270; Saer, 1981; Viñas, 1986a; Ford, 2004: 294; Cella, 2013).

> Durante el tiempo de exilio interior (en una quinta a cuarenta kilómetros de la ciudad), mantuve contacto con algunas de las colegas–amigas–estudiantes con quienes compartíamos más de una vicisitud. (...) A fines de los 70, cuando empezó a debilitarse un poco la dureza del régimen, y a instancia de una de las amigas también perseguida por el poder de facto, Amelia Royo, formalizamos nuestros encuentros poniendo en acción lo que llamamos Grupo de Estudios Literarios, para lo que subalquilamos una habitación en una casona rentada por otro colega expulsado también: Eduardo Ashur, profesor de Historia y vendedor de libros por esos días. Cada quien llevó, para amoblarlo, una silla, una mesa, un estante; nos reuníamos largamente una vez por semana y yo permanecía allí por las mañanas leyendo, conversando con personas (en general noveles escritorxs) que sabían de nosotras y se interesaban por nuestro hacer. Era, en realidad, un espacio abierto al diálogo carente en la ciudad para elles.
>
> En el grupo en el que participaban activamente, junto a Amelia Royo, Elena Altuna, María Carmen Bernasconi, María Eugenia Carante, Stella Maris Falú, Martina Guzmán Pinedo, Martha Ibáñez, Amelia Ibáñez, Elisa Moyano, Mercedes Puló. Susana Rodríguez, Angélica Sosa, Amalia Ugarte (nótese: todas mujeres), existía la convicción de que la universidad estaba vaciada de pensamiento crítico, que no existía posibilidad de diálogo (menos de debate). (Palermo, 2020)

Junto a un exalumno devenido librero, organizaron encuentros con escritorxs e investigadorxs de diferentes lugares del país. El peligro del «regionalismo metodológico»[15] llevó a Palermo a impulsar espacios de interlocución más allá del colectivo que había armado y más allá de la propia provincia (obsérvese

15. Uso este término por analogía con el de «nacionalismo metodológico» (Wimmer y Schiller, 2003), no sin reservas (cf. Gerbaudo, 2023); lo que varía es la escala de observación según se trate de la región o de la nación. De cualquier modo, la sanción de «particularismo» amerita ser «solicitada» desde las consideraciones teóricas que alertan respecto del carácter performativo de toda «di–visión» del mundo social con los efectos de campo que su naturalización genera: ¿en nombre de qué algunos particularismos dejan de ser tales para convertirse en parámetros «nacionales» y/o «universales», según la escala? Se trata de «luchas por el monopolio del poder de hacer creer, de hacer conocer y reconocer, de imponer las definiciones legítimas de las divisiones del mundo social» (Bourdieu, 1980b:65; 2023). Como bien recuerda Bourdieu, «todo poder simbólico se funda en el reconocimiento» (65); capital crucial para lograr que la intervención tenga repercusiones en el subcampo. Y como observa Graciela Goldchluk, lo que está cambiando en los tiempos que corren es la legitimidad de lo que se profiere desde los centros (cf. 2022:35). No de otro modo se explica la existencia actual de más de uno y en más de una línea en el subcampo de los estudios literarios tal como se configura en Argentina (vuelvo sobre esto en el último capítulo de esta Primera Parte).

la repetición de una práctica devenida marca estructural de la investigación en Argentina: el uso de fondos propios de lxs agentes para sostenerla —vuelvo sobre este punto en el apartado siguiente—). Como en todas las formaciones, se privilegió la construcción y/o el mantenimiento de redes de sociabilidad intelectual que trascendieran el espacio local:

> Pronto sentimos que esa actividad tenía un perfil fuertemente endógeno, autocomplaciente, y avanzamos buscando estrategias que hicieran posible compartir nuestros aprendizajes con otrxs, al menos quienes formaban parte del «campo intelectual» de entonces. (...) Nos reuníamos con ese fin en el entrepiso de la Librería Rayuela de Mario Benedetti, homónimo del escritor uruguayo y exalumno nuestro en la universidad. Mario también había sido expulsado en el 76 y había iniciado su trayecto como librero puerta a puerta, hasta alcanzar la renta de ese local. Su generosidad y la de nuestros invitadxs —costeaban su traslado y acá les ofrecíamos hospedaje y alimento— hicieron posible este emprendimiento durante al menos cuatro años. Nos acompañaron Osvaldo Valli y José Luis Víttori de Santa Fe, Olga Zamboni de Misiones, Norma Pérez Martín y Glays Marín de Buenos Aires, Elisa Calabrese de Mar del Plata, Silvia Weis y Estela Acevedo de Tucumán, Silvia Barei y Pampa Arán de Córdoba (Palermo, 2020)

Bahía Blanca

Sobre el papel de las formaciones en Bahía Blanca ha trabajado con detalle Maximiliano Crespi. Sus investigaciones descubren el rol jugado por Jaime Rest (GI) en un espacio complejo donde se enfrentaban las sutiles pero arteras prácticas de ese «intelectual específico» a la Foucault (Foucault, 1981a: 675, 1981b; Crespi, 2012) con las del entonces interventor de la UNS, Dionisio Remus Tetu, «un rumano colaboracionista nazi, reconocido colaborador orgánico de la Alianza Anticomunista Argentina impulsada por el lopezreguismo en el marco de la administración Ivanissevich» (Crespi, 2012).

Rest se había desempeñado como adjunto de Jorge Luis Borges en la cátedra de Literatura Inglesa y Norteamericana en la UBA entre 1956 y 1963. Enseñó Literatura Europea Medieval, Literatura Europea Moderna y Literatura Europea Contemporánea en la UNS desde 1959 hasta 1975, cuando fue cesanteado bajo la gestión de Remus Tetu quien, por aquellos años, dejó en la misma condición a «225 profesores y otros tantos trabajadores no docentes» (2012). Crespi envía a una cuantiosa documentación disponible en línea para describir aquel «oscuro período represivo» en el que «fue asesinado, dentro del propio edificio de la UNS por el "Cuerpo de seguridad del Rectorado" el

estudiante David Nolver Cilleruelo, apenas días después de las cesantías» (2012). Rest fue apartado por «"recomendación" de autoridades militares de la Base Naval Puerto Belgrano (...) respaldada por la división de inteligencia del V Cuerpo del Ejército»: se argumentaba la observación de una «conducta sospechosa» en sus «actividades académicas y extra–académicas» (2012).

Los testimonios que Crespi recoge de sus entonces alumnxs y compañerxs de trabajo revelan que «después de dictar sus magistrales clases en las aulas de la UNS, subía a su bicicleta y pedaleaba —junto a un puñado de militantes de la Juventud Peronista— hasta alguna de las villas bahienses, donde dictaba "exactamente la misma clase que había ofrecido en la universidad"» (2012). Si algo de esto se asocia a la cesantía, es notable cómo el efecto no fue amedrentarlo. Los grupos de estudio clandestinos fueron la respuesta a una violencia estatal que no se detuvo y que anexó, a las «amenazas e intimidaciones por parte de la Triple A», la apertura de una causa judicial por «actividades subversivas»:

> Rest encabezaba pequeños grupos de lectura clandestina, donde se abordaban textos de Richard Hoggart (especialmente el «admirable trabajo» titulado *The Uses of Literacy: Aspects of Working Class Life*) y de Raymond Williams (*Drama from Ibsen to Eliot*, *Culture and Society, 1780–1950* y *Britain in the Sixties: Communications*). (2012)

Un denominador común se constata en todas las trayectorias analizadas en este apartado: la importancia de las bibliotecas personales tanto para las prácticas de investigación como de enseñanza. En el caso de Rest, se trata de una biblioteca que viajó de Buenos Aires a Bahía Blanca y que luego volverá a Buenos Aires para impulsar parte de las intervenciones que marcarán la agenda del subcampo en los años que vendrán: no solo las investigaciones de Sarlo se van a nutrir de la biblioteca de Rest sino también la enseñanza en los grupos de estudio. La precariedad del trabajo al margen de las instituciones es compensada por la solidaridad entre quienes integraban esos colectivos clandestinos, unidos por el deseo alrededor del ejercicio del pensamiento. Son referencias repetidas en más de un relato: «Virginia Erhart me había entregado la colección de *Sur* que había pertenecido a Jaime Rest, acopiador pobre pero erudito y exhaustivo (siempre lamentó que faltaron dos o tres números)», subrayó Sarlo (2014a:17). En la vida antes «del mundo en la punta de los dedos» (Sarlo, 2007d), también los envíos eran determinantes: Sarlo ha evocado en incontables ocasiones tanto una clase de Rest sobre Blake como su «mención de Richard Hoggart y de Raymond Williams a quienes yo iba a leer con entusiasmo junto a Carlos Altamirano durante los años de la dictadura» (2007c).

Espacios de repliegue: universidades privadas, institutos de formación superior

Una serie de agentes (Susana Zanetti, Celina Manzoni, Sergio Delgado, Jorge Panesi, Elvira Arnoux, Enrique Pezzoni, Pampa Arán) encontraron en universidades privadas[16] y/o en institutos de formación superior,[17] además de una fuente laboral, un espacio donde desarrollar lo que se tornaba complejo en la universidad pública durante las dos últimas dictaduras. Algunas de esas instituciones estaban bajo la protección del ala progresista del catolicismo y, en general, como observa Pablo Buchbinder (2005:178), menos sujetas a la vigilancia estatal.

Durante la última dictadura, la Universidad del Salvador funcionó para Jorge Panesi (G2) como un «oasis»: un espacio de «respiración artificial» [*2017*]. Esta institución que reunía a otrxs expulsadxs de la universidad pública ofrecía ciertas garantías frente a algunas de las arbitrariedades de aquel tiempo. La metáfora de la Iglesia como «escudo» es imponente. Los nombres que Panesi menciona corroboran que era la toma de posición de lxs agentes la que ponía en peligro, más allá del objeto del que se ocuparan:

> Durante la dictadura el único aliciente que tuve desde la enseñanza universitaria fue trabajar en la Universidad del Salvador donde había una serie de refugiados muy ilustres (no por mí, yo era un recién iniciado en el asunto). Estaba

16. Agradezco a Álvaro Fernández Bravo su valiosa observación sobre este punto. Su pregunta por los fundamentos para excluir las universidades privadas de mis hipótesis exploratorias iniciales solo pudo ser escuchada cuando los datos extraídos del trabajo de campo se impusieron. Si bien en esta investigación se despunta este análisis, constituye un eje específico de los proyectos grupales en curso (cf. Gerbaudo en Hidalgo Nácher, 2022a; 2023b).

17. Agradezco a Jorge Panesi la recomendación que me diera en 2006, en el momento en que lo entrevisté por primera vez para una investigación sobre la enseñanza de la teoría literaria y la literatura nacional en la universidad argentina. Su sugerencia de que atendiera «a lo que sucedió en el Joaquín V. González» (2006a) se tradujo en un importante número de planes de investigación en curso y tesis de maestría y doctorales sobre este y otros institutos de formación superior (cf. Ramírez y Santomero, 2020; Gasel, 2020, 2021a, 2021b; Berezagá y Forchino, 2021; Indri, 2022a; Gauna, 2022; Torres, 2022; Esteban, 2022a; Ramírez, 2023). Sobre el filo del cierre de este escrito, un conjunto de exhumaciones esclarecen la referencia de Martina López Casanova (G3) a la «tradición Joaquín» [2018] en la que se formó: *Clases de teoría literaria. Huellas de una experiencia* (Vasallo, 2022), la presentación de ese libro realizada por Elvira Arnoux (2022) y la publicación de parte de la correspondencia de Enrique Pezzoni (cf. Link, 2022a, 2022c) insinúan una línea de investigación en alza.

ahí Prieto en Latín, Alcalde (el marido de Josefina Ludmer); yo hacía literatura hispanoamericana con Jorge Lafforgue que era el titular hasta que pasé a ser el adjunto y después fui titular. Nos pagaban chauchitas: era un destino mío, pero nos permitía hacer algo. Así que ahí estuvimos resistiendo, y fue bastante bueno el aprendizaje: la Universidad del Salvador era un lugar donde se podía estar sin que nadie te molestara. La Iglesia te proporcionaba ese escudo. Y no porque yo fuera a hacer la revolución... Te detenían por cosas mucho menores. (...) El oasis de todo eso, la respiración artificial de todo eso, era la Universidad de El Salvador. [*2017*]

La misma posición se registra en el testimonio de una alumna de aquellos años. Cecilia López Badano había empezado a cursar la carrera de letras en la UBA en 1974 y, por protección, continuó estudiando en la Universidad del Salvador. En su recuerdo quedaron grabadas las clases de sus profesores de clásicas:

Hice la carrera entre el 76 y el 81, años mortales... Empecé en la UBA en el 74 y fue el año en que la cerraron, por lo que perdí lo poco hecho (...). Cuando iba a retomar, empezó la dictadura. Entonces, sobre todo mi viejo, insistió mucho en los peligros y me anoté en El Salvador, donde se refugiaban algunos de los huidos de la UBA y donde terminé becada... Allí fui también alumna de Ramón Alcalde en griego. Allí conocí a uno de los que marcó intelectualmente mi vida: Jorge Binaghi, que fue mi profe de clásicas. Se exilió en España en el 77; luego de pasarla pésimo, siguió como profe de clásicas en secundarias de Barcelona donde se doctoró y luego llegó a ser traductor mayor, en siete lenguas al español. Se jubiló hará dos o tres años. (López Badano, 2014)

Nora Domínguez (G4) obtuvo su título como Profesora en letras por la Universidad del Salvador en 1974 y el de Licenciada, en 1987. Su recuerdo de sus años como estudiante trae algo de las clases de los mismos profesores que evocan Panesi y Badano. Estos cuentos contribuyen a desmontar la asociación entre estudios clásicos y derecha leída en bloque y sin matices mientras ratifican la protección que habían encontrado en la universidad privada quienes no podían trabajar en la pública durante y entre las dos últimas dictaduras:

Mis primeros años de la carrera en el Salvador no habían logrado interesarme. La carrera me empezó a gustar en el último año, hacia el 73, cuando vinieron profesores diferentes, más piolas, que tenían un discurso renovador, politizado, bien peroncho, que se tocaba con el clima general del momento. Ahí entraron Prieto, de latín; Ramón Alcalde, un tipo que venía del marxismo y enseñaba griego; Ángel Núñez, que había sido Director de la carrera de Letras

> durante la universidad montonera, y Jorge Lafforgue, que nos daba Literatura Hispanoamericana. Tenían un modo de mirar la literatura que era diferente al más tradicional del Salvador. (2019:2)

El relato de Sergio Delgado (G4) también despeja lo que se podía en algunos espacios universitarios privados protegidos por la iglesia durante las dictaduras. Sus metáforas se inscriben en el mismo campo semántico que las utilizadas por Panesi y Badano: «refugio» hace serie con «lugar acogedor». Delgado vuelve sobre sus años de estudiante en la Universidad Católica de Santa Fe que, durante la dictadura, siguió la orientación de Vicente Zazpe, un obispo progresista que, como Enrique Angelelli y como Carlos Ponce de León, luchó contra los avasallamientos de los derechos humanos y que, como ellos, murió en un dudoso accidente de ruta.[18] Delgado rememora algunos de los efectos que generó en la institución la muerte de Zazpe, en el filo de la restitución democrática. Su reemplazo por un obispo conservador, Edgardo Storni, desencadenó un movimiento paradójico, a contrapelo de las tendencias entonces hegemónicas en las instituciones del país:[19]

> Me inscribí en 1982 en la carrera de letras de la universidad católica. (...) En ese momento, gracias a Monseñor Vicente Zazpe, la universidad católica de Santa Fe, curiosamente, resultaba un lugar acogedor. Allí encontraban refugio profesores como Leonor Uzín, Juan Carlos Rodríguez, Alicia Galoppo, Chela Maurer, Silvia Calosso, Emilio Toibero o Cristina Rivero. Reconociendo afinidades y diferencias, más bien en bares o en paseos que en las aulas, todas esas personas, y otras que seguramente estoy olvidando, fueron muy valiosas en mi ingreso en la literatura. La carrera de Letras fue fundamental para mí porque me permitió leer de manera sistemática y saldar las brechas de tantas lagunas. Esas lagunas siguen estando e incluso proliferando, pero entonces comprendí su existencia. Lamentablemente, Zazpe murió en esos años y asistí, hacia el final de la carrera,

---

18. En un artículo publicado en *Página/12* en 2010, Horacio Verbitsky se despachó respecto de las complicidades entre el menemismo y ciertos sectores de la jerarquía eclesiástica ante el desguace del Estado perpetrada durante la gestión del riojano. Su nota repasa el destino de algunxs representantxs del sector disidente de la iglesia, no solo respecto de esta política pública, de consecuencias calamitosas para los sectores sociales más desprotegidos, sino sobre otras que muestran continuidades entre dictaduras y ciclos posdictatoriales: el hilván, otra vez, lo constituye el modelo económico en cuestión.

19. Las tensiones entre diferentes facciones del campo religioso (cf. Bernabé, 2006a; de Arriba, 2006; Donatello, 2006; Giménez Beliveau, 2016) y sus derivas para la institucionalización de las letras en Argentina constituyen otra línea de investigación por–venir.

> justamente cuando comenzaba la experiencia democrática, a la llegada del obispo Storni, uno de los personajes más patéticos y siniestros que ha conocido la ciudad. Esta segunda etapa fue para mí tan instructiva como la primera. Creo que era más coherente e incluso saludable para una institución como la universidad católica, la presencia del obispo pedófilo y ultra conservador. En mi recuerdo de esos años, lo primero no está disociado de lo segundo, y el obispo comenzó en la universidad una ridícula y anacrónica cacería *casera* de brujas. Ridícula sobre todo por anacrónica puesto que entonces el país se iniciaba en la vida democrática. Pero yo ya me estaba yendo y esta última imagen no me impide en absoluto reconocer la inmensa deuda que mantengo con las personas que mencioné anteriormente, tan importantes en mi educación literaria y sentimental. [*2016*]

Un comentario de María Teresa Gramuglio (G1) sobre la trayectoria intelectual de Susana Zanetti (G1) refuerza la necesidad de ampliar esta línea de exploración (nótese la reiteración de metáforas en constelación con las de los testimonios anteriores): «Vedado para muchos de nosotros el acceso a la UBA, ella había encontrado un refugio académico en la Universidad de Morón, y así fue como pude notar de entrada la alta exigencia que se imponía en sus lecturas y en su formación teórica» (2017). Durante la última dictadura, Zanetti enseñó Literatura Latinoamericana I y II en la Universidad de Morón; la secundó Celina Manzoni como Jefa de Trabajos Prácticos desde 1978 hasta 1982 y como Profesora Adjunta desde 1983 hasta 1985. A partir de 1986, Manzoni se desempeñó como Profesora Asociada a cargo y en 1987 asumió como Titular, puesto que ocupó hasta 1992.

Por aquellos años dictaron juntas diversos seminarios de grado («El cuento latinoamericano, Siglos XIX y XX» [1977], «Nuevos nombres de la narrativa latinoamericana, 1970–1980» [1983]) y un curso en el Colegio Nacional Dr. Fidel Mardoqueo Castro de Catamarca («Propuesta de una metodología de análisis de la novela a partir de *Los ríos profundos* de José María Arguedas» [1983]). La exhumación de los programas revela tres características centrales. La primera, la arriesgada formulación de ciertos contenidos. Transcribo, a modo de ejemplo, los apuntados en un programa de los primeros años de la dictadura:

> Bolilla II
> La novela de la Revolución Mexicana. Contexto histórico. El proyecto cultural de la Revolución Institucionalizada y la inscripción de la literatura. Narrativa de la revolución. (Zanetti, 1979)

La segunda: la marca hipotética como hilván de los planteos. Es decir, lejos de esos programas que Viñas ha comparado con la lista de nombres de la guía telefónica (1986b), característicos de los tiempos de la dictadura y bastante después en algunos polos del subcampo, estos anudan los problemas planteados con un plan de lecturas y una circulación de bibliografía específica que es importante destacar (cf. Manzoni, 1978, 1982): en un mundo previo a Internet, compartir las últimas publicaciones sobre los temas enseñados era una operación clave que revelaba algo más que la curiosidad del equipo. «¿Qué entrega un profesor cuando entrega su bibliografía?» es una pregunta que Martín Prieto se ha hecho en más de un curso, en más de una oportunidad (cf. 2008, 2021b). La pregunta alude a una dimensión ética y política nodal en el análisis didáctico de nuestras prácticas: poner a disposición este material es otro modo de transparentar dónde se sitúa quien enseña en los debates del campo (la pregunta aloja otra: ¿qué hace un.a.e profesor.a.e cuando no la entrega?).

En ese trabajo, Zanetti y Manzoni cuidaban especialmente la selección. El resultado que se infiere solo a partir de estos papeles es la exposición de una visión de América Latina que comprendía a Brasil y que traducía una imagen viva de la región, en pura ebullición. La incorporación del libro de Ludmer sobre *Cien años de soledad* (cf. Zanetti, 1979) junto a textos de Antonio Candido, Ángel Rama, Jean Franco y Antonio Cornejo Polar (cf. Zanetti, 1980a, 1980b; Zanetti y Manzoni, 1983) descubre el horizonte en el que se inscribía la conversación en la escena de aula. *Imaginación y violencia en América Latina* de Ariel Dorfman se incluyó en el Programa de Prácticos firmado por Celina Manzoni en 1982, en el programa de cátedra firmado junto a Zanetti el año siguiente (Zanetti y Manzoni, 1983) y en varios de los que Manzoni compuso luego como titular (Manzoni, 1986, 1987, 1988, 1989). Esta repetición trae el eco de otras prácticas y de otras clases: Manzoni había sido parte del equipo que enseñó, junto a Jitrik, Literatura Iberoamericana y luego Literatura y cultura latinoamericanas durante el breve interludio de la universidad montonera. En la clase del 15 de setiembre de 1973, Jitrik no solo se había pronunciado sobre los episodios que derivaron en la muerte de Salvador Allende y la toma del poder por los militares en Chile sino que también había invitado a lxs estudiantes a sumarse a «una pequeña propuesta de acción no literaria» para tratar de ayudar a Dorfman a salir de aquel país. En todas las clases de aquella cátedra la cuestión de la selección bibliográfica tuvo un peso considerable (Jitrik y el equipo se encargaban de justificar, en cada caso, cada elección y cada envío):

> No sé si ustedes se han interesado por mayor bibliografía respecto de García Márquez. Aquellos que lo han hecho, probablemente hayan visto que se

recomienda un libro de Ariel Dorfman titulado *Imaginación y violencia en América Latina*. No voy a hablar del libro de Ariel Dorfman sino brevemente de él, de Ariel, que es un escritor chileno que en estos momentos está alojado en la Embajada argentina en Chile y que no tiene el salvoconducto para salir. Es decir, está en la situación general en que están todos los asilados pero con el agravante que la Junta Militar chilena no le otorga el salvoconducto.

Entonces, pensando en la forma en que se lo puede ayudar, se me ocurrió que algo que se puede hacer sería enviar un telegrama a la Junta Militar pidiendo que se le otorgue el salvoconducto para que pueda salir (...). Me parece que tratándose de un escritor latinoamericano se justificaría muy bien que a título de estudiantes de Literatura Iberoamericana se hiciera ese pedido (...).

Hacerlo es sencillo. Es cuestión de discutir y decidir de qué manera se puede enviar el telegrama, cómo se puede firmar, etc. Queda a decisión de ustedes. Creo que sería una cosa importante desde el punto de vista de Ariel que está allí encerrado y, por lo tanto, ignora si se está haciendo algo por él o no en el resto del mundo. Si bien no hay muchas formas de actuar en este sentido, esta puede ser una que quizás tenga alguna efectividad porque, precisamente, lo que la Junta, a pesar de toda su irracionalidad, no quiere es que se muevan desde el exterior (...). No dando el salvoconducto piensan que pueden crear un hecho político que finalmente reduzca a esta y a otras personas, que no sé cuáles son, por cansancio, a salir de esa zona protectora para entregarse a la justicia militar.

De modo que, en la medida en que hay una repercusión exterior, algo pasa. No sé en qué grado de efectividad pero algo pasa. Es un hecho. Entonces sugiero, propongo y pido que después vean la forma de discutirlo y de hacerlo como estudiantes de literatura latinoamericana y tratándose de un escritor latinoamericano quien, por otro lado, fue mencionado en un concurso de novela del diario *La Opinión* hace muy poco tiempo. (Jitrik, 1973c:1)

Cuando la experiencia de la universidad montonera tenga los días contados (obsérvese en la cita que sigue, correspondiente a la clase inaugural del segundo cuatrimestre de 1974, la sintomática referencia en pasado a un trabajo que se estaba proyectando, justamente, en la sesión de apertura de la cursada), Jitrik insistirá en la dimensión ético–política de las prácticas. En aquella ocasión, partió del reclamo de un par de «alumnos aplicados» que «quieren estudiar» para problematizar los términos «estudiar» y «politizarse» (término construido entonces desde ciertos sectores reaccionarios como lo opuesto al impoluto «estudiar»): «la enseñanza que hemos tratado de impartir era una enseñanza politizada porque obligaba a repensar los términos», señalaba Jitrik (1974c:3). Esa dimensión teórica y epistemológica de la práctica se cruzaba, otra vez, con la ética:

«politizarse», lejos de reducirse a «manejar consignas», era también «adquirir un cierto sentido de la responsabilidad frente al mundo que pasa ante nosotros» (3). La enseñanza de Manzoni tiene estas huellas, menos fáciles de reconstruir vía un programa que vía una clase pero, de todos modos, ostensibles a partir de los textos que seleccionó, de lxs autorxs que puso a circular y de los problemas y contenidos que planteó, junto con Zanetti, durante aquellos años bravos. Esta es la tercera característica de sus prácticas.

Financiamiento estatal, de organismos extranjeros y auto–financiamiento de la investigación

De las trayectorias y los relatos de lxs agentes de la muestra se desprende, en primer lugar, que la investigación institucionalizada en el área de letras es financiada, fundamentalmente, por las universidades y por el CONICET durante todo el arco temporal estudiado. En mucho menor medida interviene, a partir de 1996, y con marcada discontinuidad, la ANPCyT; en coyunturas muy específicas han cooperado algunas fundaciones privadas como Antorchas (puntualmente, entre 1985 y 2006) y organismos estatales provinciales como el Consejo de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Provincia de Córdoba (CONICOR), creado por ley N° 7085 de 1984 y fundido en la Agencia Córdoba Ciencia por ley N° 8852 de 2000; también se registran aportes del Fondo Nacional de las Artes y de ministerios y secretarías provinciales que otorgan becas y subsidian proyectos científicos.

En segundo lugar, con variaciones según los momentos del arco temporal recortado, las investigaciones en estudios literarios se han sostenido gracias al financiamiento total o parcial, según las circunstancias, de lxs agentes que las han llevado adelante tanto en instituciones como en formaciones, con las inequidades que esto trajo aparejado ya que solo aquellxs que contaron con capital económico como para respaldarlas pudieron no discontinuar sus proyectos (me apresuro a aclararlo: los ciclos de inversión estatal en ciencia han sido muy cortos como para imprimir transformaciones en este punto y, más allá de los estipendios y los subsidios, resultaron insuficientes para cubrir el espectro de prácticas involucradas). Este es un denominador común en los relatos de lxs agentes de todos los grupos con algunas marcas diferenciales ligadas a las políticas públicas de ciertas coyunturas y/o a las decisiones de gestión de diferentes universidades nacionales que, apoyadas en su autonomía para la distribución del presupuesto asignado por el Estado nacional, realizaron apuestas específicas para el área de investigación. Por ejemplo, durante los

años noventa, algunas universidades otorgaron becas para realizar doctorados como modo de hacer frente a la política neoliberal de recorte y ajuste de «los años Menem»; en «los años Kirchner» una parte importante de los doctorados cursados en el país se realizaron con becas del CONICET. Durante esos años la inversión estatal en ciencia permitió que un alto número de agentes ingresara a la Carrera de Investigador.a.e del organismo, se otorgaron becas posdoctorales, se financiaron proyectos de investigación grupales con un monto realista (las universidades públicas financian proyectos de este tipo pero, en general, el dinero asignado es más bien simbólico: opera como estímulo a la tarea y como forma de subsistir en el PROINCE creado en 1993), se aumentaron los estipendios de becarixs y los salarios de investigadorxs (cf. López, 2016:73).

En tercer lugar, diferentes organismos e instituciones del extranjero han cooperado en el financiamiento de investigaciones llevadas adelante tanto dentro como fuera del país (volvemos sobre este punto en la segunda parte de este libro, específicamente en el capítulo en el que estudiamos la circulación internacional de nuestra producción).

Finalmente, más allá de la valoración del apoyo estatal durante los dos ciclos de apuesta a la ciencia y la educación, hay carencias de equipamiento e infraestructura que lxs agentes de todos los grupos señalan. Modificar este estado de las cosas requiere de políticas públicas sostenidas por un tiempo mayor que estos ciclos; el hecho de que los campos científicos y educativos en Argentina estén atravesados por la discontinuidad de estas políticas públicas como marca estructural no solo impide proyectar a mediano y largo plazo sino que induce a migrar, al pluriempleo con la correlativa desconcentración de las tareas específicas o al auto–financiamiento de las prácticas, en el caso de que lxs agentes estén en condiciones de hacerlo, con las asimetrías que esto provoca.

Una selección de ejemplos tomados de cuentos de agentes de la muestra deja entrever las huellas en sus prácticas de las inestables condiciones para el trabajo intelectual en la Argentina del período de–y–entre las dos últimas dictaduras. En lo que sigue, se expone con más detalle los casos que permitan trabajar con textos que repongan las sensaciones experimentadas en el momento de los acontecimientos.

La exhumación de las clases dictadas por Noé Jitrik (G1) y por su equipo en la UBA durante el segundo cuatrimestre de 1973, el primero de 1974 y apenas el comienzo del segundo cuatrimestre del mismo año ayudan a dimensionar el tipo de obstáculos materiales que se debió sortear durante ese agitado período para enseñar en la universidad.

En primer lugar, resulta sintomático y a la vez revelador de la débil e inestable relación laboral el hecho de que, cada inicio de cuatrimestre, Jitrik tuviera

que reiterar, con un grado de exasperación creciente, la misma aclaración: la organización de los prácticos quedaba sujeta a la designación de ayudantes (cf. Jitrik, 1973b, 1974b). En la clase inaugural del segundo cuatrimestre de 1974, explicitó por qué aquellas condiciones materiales y simbólicas entorpecían la «concentración», necesaria tanto para la tarea de investigación como para la de enseñanza:

> Las condiciones del trabajo mismo son también muy difíciles en todos los órdenes. Son difíciles desde el punto de vista de los locales; son difíciles desde el punto de vista de la población estudiantil que es mucho más numerosa para las instalaciones que se poseen; son muy difíciles desde el punto de vista del presupuesto.
>
> Sobre esto quiero decir algunas palabras, porque quiero que estas cosas se sepan. Creo que no se han divulgado suficientemente de la manera clara que debían divulgarse. Por ejemplo, desde hace años se habla del problema del presupuesto, pero los estudiantes no saben exactamente cuál es el problema del presupuesto. Este problema significa en este momento, para la Facultad de Filosofía y Letras, que por los menos cuatrocientos docentes no cobren sueldo por su trabajo, sin contar con que los sueldos que podrían cobrar no permiten ninguna concentración, ningún trabajo como el que sería de desear desde el punto de vista del rigor exigible para una universidad. Y estos cuatrocientos docentes que no van a cobrar sueldo no son nada en relación con la cantidad de docentes que trabajan ad honorem y que no figuran siquiera entre esos cuatrocientos mencionados.
>
> La solución para este problema fue siempre provisoria, transitoria, y se logró por vía de las «partidas globales» que el Poder Ejecutivo providencialmente entregaba en momentos en que el agua llegaba al cuello. Por razones políticas, en este momento, no hay ni la más remota esperanza de que llegue ninguna partida global.
>
> Los docentes van a trabajar en situaciones salariales fuera de todo nivel, y algunos sin ganar ni un solo centavo. (1974b:1-2)

No solo la conciencia de la imposibilidad de modificar, al menos por entonces, aquel estado de las cosas fue lo que lo llevó a aceptar una oferta de dictado de curso en México postergada desde hacía un año: el límite a su compromiso con la universidad argentina lo habían puesto las amenazas de la Triple A.

En segundo lugar, resulta también sintomático que, junto a esa operación de delegarle a Josefina Ludmer el dictado de la materia ante su inminente viaje, reiterara el deseo del equipo de continuar haciendo ese trabajo. Los fantasmas sobre la intervención y el desplazamiento aparecieron desde el inicio de la clase mientras Jitrik evocaba diferentes episodios que creaban un

«clima general de hostilidad alrededor de la universidad»: la «deformación» de su imagen «ante la opinión pública» abonando la idea de que «en la universidad no se trabaja» pretendía «justificar la bomba en la casa del rector» para la «conciencia de alguna buena gente» (1974c:1). La lectura del estado de las cosas, hecha sobre el filo de los acontecimientos, fue de una lucidez clarividente extrema: «Lo que puede pasar —es lo que se está manejando en estos días— es el cierre de algunas facultades, o alguna otra figura, como por ejemplo, la intervención» (1).

Importa reponer las condiciones materiales y lo que, a pesar de ello, se le ofrecía a los estudiantes: el equipo, conformado en 1973 por Jitrik, Jorge Ruffinelli y Ludmer, cuando la materia se denominaba Literatura Iberoamericana, dictaba cuatro clases por semana: dos a cargo de Jitrik (una, los días sábado) y las restantes por Ruffinelli y Ludmer. Mientras que Ruffinelli reponía el «contexto» de producción de los textos literarios incluidos en el programa de la materia, Ludmer enseñaba las teorías que la cátedra utilizaba en sus lecturas. En cada inicio de cuatrimestre el equipo corregía lo que interpretaba como decisiones didácticas erradas de la versión anterior (es decir, estaban atentxs a los procesos de evaluación como insumos para mejorar las prácticas sobre la base de lo aprendido y/o acreditado a partir de lo enseñado).

En su segundo dictado, el nombre del curso se modificó por el de Literatura y cultura Latinoamericanas y se incorporaron Estela dos Santos, dedicada al análisis de la producción brasileña, Carlos Sebilla que dictó con Ludmer una clase sobre Sor Juana (Sebilla y Ludmer, 1974) y Eduardo Sinnot (1974) que trabajó sobre algunos problemas del lenguaje en la gauchesca. En la tercera versión, apenas despuntada, el eje giraba en torno a la producción uruguaya (Jitrik y Ludmer, 1974).

Un ejemplo del tipo de entrega del equipo: Estela dos Santos tipió los poemas de literatura brasileña que trabajó en sus clases y los acompañó con un extenso glosario de términos traducidos (dos Santos, 1974a); por su parte Jitrik seleccionó y transcribió fragmentos del diario de Colón a los efectos de que esté al alcance de todos la compra del material (Jitrik, 1974c). En la que sería su última clase previa al exilio, en un clima transido por amenazas y atentados (cf. Puiggrós, 2014), habló de «pasión» y también de «compromiso con el trabajo que se propone» (1974d:8).

La trayectoria de Ana María Barrenechea (G1) ejemplifica el cruce de autogestión de subsidios tanto nacionales como del extranjero para llevar adelante una carrera de investigación marcada por la inserción institucional discontinua debido a la violencia estatal. En sus relatos, el Instituto de Filología de la UBA aparece como lugar clave para su formación en la práctica y también para la

formación de otrxs, bajo su responsabilidad (recordemos que lo dirigió entre 1958 y 1966 y luego, entre 1984 y 2002). Graduada en el Instituto Superior del Profesorado «Joaquín V. González» en 1937, al año siguiente comenzó su tiempo de «entrenamiento» en ese prestigioso centro (Lerner y Schwartz, 1984:10) al que había sido convocada por su desempeño como estudiante (cf. Barrenechea, 2001:38). Los profesores que la llevaron al Instituto de Filología fueron aquellos a quienes dedicó su tesis doctoral: «A la memoria de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, mis maestros» (1957:1), escribió en la versión libro de esa investigación ligada a su primera migración larga a Estados Unidos. Durante la segunda migración, rememoró sus años en el Instituto interpretados como sinécdoque de lo que acontecía con las instituciones en Argentina que, por aquel entonces, atravesaba el tramo final de la última dictadura (construcción–destrucción–reconstrucción son significantes que se repiten en este orden al analizar procesos de más de una institución argentina).[20] Su repaso de las lecturas realizadas en el Instituto revelan la actualización disciplinar allí promovida (cf. Toscano y García, 2013; Elizalde, 2016; Ennis y Toscano y García, 2020; Croce, 2018a, 2021a; Bentivegna, 2022) marcada por un deseo de insertarse en una conversación intelectual que no podía depender de las traducciones al español (un denominador común en los relatos de lxs agentes de todos los grupos: la autoexigencia en el resultado, más allá de las condiciones materiales de producción):

> En la primera parte de mi formación fue decisiva la tarea de investigación lingüística y literaria en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, dirigido por Amado Alonso donde trabajaban Pedro Henríquez Ureña, María Rosa Lida —con sus ejemplares estudios de literatura española conectados con la tradición grecolatina—, Raimundo Lida. (…) No hay que olvidar que en el instituto podíamos leer los *Travaux du Cercle linguistique de Prague*, la *Fonología* de Trubetzkoy que Amado Alonso había planeado hacer traducir al español (como él mismo había publicado a Saussure). Raimundo Lida enriqueció entonces estas líneas de trabajo con su atención a los problemas de estética y de filosofía del lenguaje. Ese centro, sus proyectos y sus notables realizaciones quedaron destruidos, como pasa periódicamente en la Argentina. (1982:46–47)

20. Estos significantes atraviesan una entrevista dada por Noé Jitrik en 2016. Su lectura de las políticas económicas pergeñadas por la «administración» del Estado de aquellos días subraya sus efectos destructivos sobre más de un sector: «Hoy sale en el diario que gracias al endeudamiento el Banco Central aumentó sus reservas. Es un gran triunfo. Eso significa la destrucción de muchas cosas posibles. Así en todos los campos» (71).

Veinte años después y sobre el filo del estallido social de 2001, Barrenechea repasó el trabajo realizado a partir de la restitución democrática para poner nuevamente en marcha al Instituto junto a otras instituciones del país. Los capitales acumulados durante sus años en el extranjero, en especial en la Universidad de Columbia donde había adquirido «experiencia en dirección de tesis» (2001:48), se pusieron a disposición de las instituciones de investigación en Argentina. Su regreso como emérita le permitió concentrarse en la investigación, en la gestión institucional y en el asesoramiento. Su relato enfatiza el efecto negativo de los vaivenes de las políticas públicas sobre las prácticas profesionales:

> Después de diez años de investigación y de trabajo en Columbia University volví a Buenos Aires cuando se restableció la democracia. Y volví a la facultad, ya no para enseñar pero sí para trabajar en la organización, para realizar mi labor de investigación en el Instituto de Filología que volví a dirigir (...), aunque antes trabajé en otras tareas de organización como el cambio de planes de estudio, entre otras. Además, también en ese momento vuelvo para formar comisiones asesoras en el CONICET.
>
> Después, dentro del Instituto me interesan dos cosas: por una parte, el hacer del Instituto un ámbito donde la gente se sienta cómoda para trabajar con toda libertad y según las orientaciones que le atraen, siempre que sean de un nivel científico de interés. Pero además, darle una orientación en la cual los problemas teóricos fueran importantes.
>
> Volvió a aparecer la revista de *Filología* que había estado durante un tiempo sin publicarse; (...) reactiva[mos] los fondos bibliográficos para que no faltara la posibilidad de un *aggiornamiento*, una actualización de las personas que estaban trabajando, que se incorporaban a la investigación en ese momento. Y eso se consiguió, fundamentalmente, porque al aparecer *Filología* con cierta regularidad, entonces el intercambio llegó a ser muy importante. (...)
>
> Es indudable que lo más traumático es la periódica ruptura, el periódico quiebre de la continuidad en el trabajo de investigación, en las publicaciones, en la escritura, las experiencias educativas. En fin, en todo lo que abarca este proceso cultural y educativo de producción dentro de la teoría y la práctica literaria. (2001:42)

Nótese en el siguiente comentario de Melchora Romanos (G1) la referencia al uso de fondos propios en el sostenimiento de las prácticas de investigación: la revista *Filología* «había estado suspendida por varios años, pero con un compromiso personal, hasta de orden económico, logró Barrenechea poner al día su frecuencia» (Romanos, 2013:14).

Por la misma época a la que Barrenechea remite en su relato retrospectivo, Ludmer (G1) tuvo una discusión memorable con Mignolo (1) respecto de las condiciones de investigación en Argentina y sus consecuencias para la práctica. El episodio se produjo en 1985 durante una clase de su hoy célebre seminario «Algunos problemas de teoría literaria» (cf. Louis, 2015a). Más allá de las determinaciones transnacionales (capitales simbólicos de los países, de sus instituciones, de las lenguas, de las editoriales en las que se publican los resultados, etc.), eran cuestiones más básicas las que inducían a Ludmer a desconfiar de toda posibilidad de circulación transnacional. Eran las condiciones de producción y de vida de un país lacerado por las dictaduras las que impedían proyectar cualquier intervención en el subcampo específico. Era demasiado lo que había que volver a poner en marcha como para, además, proyectar cuestiones de esa envergadura: «Nosotros estamos acá, en la Argentina. Carecemos de un montón de material. No podemos de ningún modo ponernos en la discusión internacional, en lo que Mignolo llama "comunidad disciplinaria"» (1985b). La discontinuidad en la inserción institucional unida a la inestabilidad de las políticas públicas se presentaban como los principales obstáculos para la investigación: «Nosotros no tenemos comunidad disciplinaria. Nuestra comunidad está constantemente perturbada por avatares políticos: entramos y salimos de la universidad. Nos echan, no nos echan. Y hemos dependido estos últimos años totalmente de la situación política» (1985b). Se trata de una toma de posición que se repite ante una pregunta de una alumna durante las últimas clases de aquel año: «Me incorporé el año pasado a la Facultad, después de diez años fuera de ella. Si en esos diez años se hubiera podido hacer un trabajo continuado, (...) estaríamos todos investigando (...) y debatiendo otro tipo de cosas» (1985c). Ese comentario se esbozaba en un tiempo de absoluta incertidumbre respecto de lo entonces por–venir: «Se supone que, lamentablemente, tenemos que empezar de nuevo. Y además, no sabemos si este trabajo va a ser continuado» (1985c). Ludmer también se pronunció sobre los efectos que el abandono estatal de la inversión en ciencia y en educación provocaba en el subcampo (su perspectiva era ligeramente entusiasta):[21]

21. La política económica impulsada durante la última dictadura que constriñó las decisiones tomadas por Alfonsín encontró en Menem a un reciclador «eficaz»: que en 1993 el Banco Mundial titulara su informe *Argentina from Insolvency to Grow* al evaluar las políticas públicas entonces «encausadas» es revelador, además de sintomático. Ese «crecimiento» terminó en el estallido social de 2001. Ese proyecto económico se reinventó durante «los años Macri». Las consecuencias de las decisiones tomadas durante su gestión se evidencian

> En principio, los problemas que se pueden presentar en toda investigación son los prácticos: falta de dinero, de libros, de revistas. O sea, falta de material en general. Se supone que en los próximos años van a ir mejorando cada vez más los sueldos a los investigadores, la cantidad de material que se puede traer de cualquier parte, etc. Fuera de eso, no consideramos que haya problemas sino simplemente hay que ponerse a trabajar. (1985c)

Ya durante el tiempo turbulento de la universidad montonera, Ludmer se manifestaba respecto de las consecuencias de la inestabilidad económica, política y social en las prácticas de un subcampo sostenido institucionalmente por organismos estatales. Sin citar a Bourdieu (a cuyos textos había enviado en sus clases del año anterior [cf. 1973b]), no obstante movilizaba sus ideas al desestimar tanto el principio del creador–increado como la demarcación entre factores externos e internos al momento de analizar las condiciones para el trabajo intelectual:

> No se puede empezar como Fray Luis: «Como decíamos ayer». Justamente, después de haber salteado solamente una clase, tengo la sensación, no sé si la tienen ustedes también, de que hubiera pasado muchísimo tiempo desde la última vez que nos vimos. Y pienso que la muerte de Perón y todos estos acontecimientos han introducido una especie de vacío tan enorme que la fractura histórica se siente como única. Precisamente la historia marcha por rupturas, por cortes, por grandes fracturas. Cuando se siente, al mismo tiempo, que lo social no es de ningún modo un equilibrio armónico sino un todo en constante fractura y contradicción... yo no sé qué sintieron ustedes en las calles, pero aparte de lo terrible del duelo, del dolor, del patetismo y de la gente, tengo la sensación de que no solo a nivel político, en general, sino en nuestro trabajo cotidiano vivimos una terrible ruptura histórica. Cada uno hará su tarea pero las cosas ya no serán iguales.
>
> Les quería decir esto porque incide en el trabajo que estudiamos. Precisamente, no hay producción individual. Eso es más evidente en estos momentos que nunca. No hay producción individual no solo en la producción material sino también en la intelectual. No se concibe la producción aislada. Y este tipo de cosas hace sentir, precisamente, que la producción es social y que toda perturbación de ese equilibrio y en esa sociedad incide sobre la producción y la modifica. (1974b:1)

---

en el tiempo de escritura de este trabajo: la firma de un nuevo convenio con el FMI no abre un panorama auspicioso.

En los relatos de Leonardo Funes (G3) se trazan diferentes momentos en el proceso de institucionalización de la investigación. Como Ludmer (G1) y como Romanos (G1) subrayó tanto el carácter minoritario e individual de la práctica hasta la restitución democrática como la importancia de quienes dinamizaron la actividad, por lo general, doctoradxs en el exterior:

> Cuando yo llegué a todo este asunto, era un momento histórico complicado: se estaba saliendo de la dictadura. En ese momento, en este país, no investigaba nadie. Esto fue en el año 82–83, cuando me recibí y entré al CONICET. Era muy raro entonces que alguien que se recibía, entrara. Por supuesto los estudiantes, mis compañeros, ni siquiera sabían que existía algo llamado CONICET. El doctorado estuvo cerrado por más de quince años, desde la noche de los bastones largos hasta que llegó Alfonsín. En el momento en que yo me estaba recibiendo, recién se abría, con lo cual la posibilidad de doctorarse no existía. Había gente que lo hacía por las suyas. Yo por suerte, me encontré con alguien que me formó: Germán Orduna, que entonces era adjunto de Literatura Española Medieval. (...) Había hecho un posgrado en Alemania y un año de especialización en España donde se formó con Rafael Lapesa y Hugo Friedrich (...). Él vino con esa formación europea pero trabajaba también en aislamiento. Entró al CONICET donde también era un investigador aislado. Y cuando yo entré a trabajar con él, el SECRIT, dependiente del CONICET, era apenas un grupito de cuatro personas (...).
>
> Éramos una isla en un medio donde nadie investigaba, nadie publicaba nada. No era necesario además porque la gente venía acá a dar clases, no a investigar. Con la vuelta de la democracia y la renovación que hubo en ese momento, se reinició la actividad científica. En el caso nuestro, en el área literaria, vino Ana María Barrenechea a hacerse cargo del instituto de Filología. Ella también tuvo una actuación importante en el CONICET junto con, por ejemplo, Aníbal Ford. Comenzaron a promover la investigación que, lentamente, se puso en marcha alrededor del año 85. Acá no había ninguna tradición: había personas sueltas que investigaban según sus formaciones ocasionales. (2010)

Julio Schvartzman (G2) resaltó las precarias condiciones de inserción en la universidad argentina de los primeros años del primer ciclo de la posdictadura. La referencia a investigaciones sostenidas con fondos propios y fuera de cualquier marco institucional aparece en varios pasajes de la respuesta a nuestro cuestionario y a propósito de diferentes episodios entre los que se cuenta la invitación a participar, junto a Cristina Iglesia, del número de *Les Temps Modernes* coordinado por David Viñas y César Fernández Moreno. Solo el repaso de lxs agentes incluidxs en esta muestra que cooperaron con aquel

número y su condición laboral de entonces dice bastante respecto de las investigaciones no institucionalizadas durante la dictadura: desde el exilio, Jitrik (G1) y Viñas (G1); desde Argentina, Sarlo (G1), Iglesia (G2) y Schvartzman (G2), los tres, fuera de marcos institucionales.

Viñas resaltó la huella de *Contorno* («una pequeña publicación editada en Argentina entre 1952 y 1958 e impregnada del pensamiento sartreano» [1981:61]) en varixs de lxs colaboradorxs. La filiación le dio letra para repasar el destino de aquel grupo a 1981: «mi hermano Ismael está en Jerusalén, Adolfo Prieto en California, Adelaida Gigli en Italia, Tulio Halperín Donghi no sé dónde, Eliseo Verón en Francia, Oscar Masotta en Barcelona, muerto» (62). La diáspora es reveladora, más aún si se la lee en los términos de Juan José Saer, en esa misma publicación: la condición de exiliadx comprende también a aquellxs que «jamás salieron de su lugar natal» (1981:200), reducidxs a un «confinamiento» con otras marcas, silenciadxs.

«Para Viñas, interpretar era eso: ver, percibir el producto de una incongruencia», observó Horacio González en la exhumación argentina de aquel número (2011a:17); para Sarlo, Schvartzman e Iglesia, también. Retomar aquellas intervenciones en aquel número temático titulado *Argentina entre populismo y militarismo* ayuda a entrever lo que se podía a pesar de las hostiles condiciones para investigar y no solo por el peligro que suponía alzar una voz disidente entonces sino en especial por la precariedad.

Bajo el seudónimo de Fabián Escher y Julia Thomas, Schvartzman e Iglesia se pronunciaron sobre la «política cultural» (1981:247) de *Sur*. La muerte de Victoria Ocampo en enero de 1979, mientras estaban escribiendo ese artículo, se anuda con la interrogación sobre las intervenciones de esa mujer en el campo cultural argentino: «por qué fue esta oligarca contestataria, esta aristócrata atípica la que ocupó un espacio cultural que otros representantes de su clase, sin fisuras, jamás lograron definir» (1981:248). Interesa el «sin fisuras»: eje sobre el que gira el texto ya que son las oscilaciones de quien había sido una «representante conflictiva de su clase» las que retoman. Así vuelven sobre esa mujer que admiró la edición y el prólogo que Virginia Woolf escribió a *Life as we have know it*, una selección de escritos de obreras inglesas. Un gesto que, no obstante, consideran «impensable que alguna vez haya querido imitar» (hipótesis que cifran tanto en lo que «hubieran dicho» las obreras argentinas como en el «lenguaje» que hubieran empleado para decirlo). Esa mujer que en el primer número de *Sur* había afirmado que «nuestra América es un país por descubrir» mientras resaltaba que «nada nos incita más al descubrimiento» que «la presencia, el interés, la curiosidad de nuestros amigos en Europa» fue la misma que «al conocer a Serguei Eisenstein en Estados Unidos en 1930,

intenta convencerlo de que venga a Argentina a realizar, en la Cordillera de los Andes, un film sobre la gesta de San Martín» (1981:248). Esa ambivalencia está en el nudo de la pregunta con que cierran el artículo y que vuelve sobre las álgidas circunstancias de enunciación: responder por qué su muerte «crea un vacío» permitirá «alumbrar esa y otras zonas de la crisis que vivimos actualmente» (1981:248).

Sobre esa crisis escribió Sarlo bajo el seudónimo Martin Eisen. En «Miseria de la cultura argentina», pasó revista al proyecto cultural, económico, político y moral de la dictadura vía sus derivas en los campos jurídico, económico, cultural, intelectual, científico, académico y educativo. Una pregunta organizó su artículo: «¿Cómo impone su sistema ideológico la dictadura?» (205). Su respuesta destacó la intersección de diferentes espacios comprometidos en ese efecto: «el gobierno infiltra todas las zonas de disputa posibles» buscando «liquidar las zonas de disenso» (1981:206). Su diagnóstico no ahorró valoraciones, como es propio de su estilo, ya desde entonces: se trataba de un «ensañamiento ejemplificador y sistemático» (205), de un «programa» que «se propone una modificación profunda de la sociedad argentina» (207). Los éxitos de ese programa son evidentes si atendemos a sus marcas residuales en el presente. Por 1980, Sarlo entendía que «la despolitización» como objetivo se articulaba con la construcción de «un modelo de identificación centrado alrededor del esfuerzo individual con la familia como desiderátum» (213). El programa fue invasivo y eficaz: «que no esté fijado claramente el límite adonde se puede llegar» (210) hacía lábil la frontera entre censura y autocensura. Así a «la proscripción del marxismo y del populismo en la enseñanza universitaria» se sumaban las campañas contra la introducción de la gramática estructural y las matemáticas modernas debido a sus contenidos «antimorales» dado que «enseñaban a pensar a los niños en términos de convenciones, de unidades y relaciones inmotivadas»; a la prohibición de Cortázar se agregaban las sugerencias sobre «autores que es "mejor no dar" como José Hernández, y/o libros que es "conveniente no recomendar"»: «recientemente, por circular llegada a los colegios secundarios de Buenos Aires, se prohíbe a los profesores usar o recomendar publicaciones del CEAL, en especial, *Capítulo, historia de la literatura argentina*» (215).[22] Se trató de un programa sostenido por los medios

22. La exhumación por Juan Pablo Canala de los informes de la División de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires contribuye a explicar los hiatos en las prácticas de enseñanza (cf. Canala, 2023; Canala, Dumont y Gerbaudo, 2022). También ayuda a entender la persistencia de modos de leer hegemónicos entonces para cuya revisión crítica paulatina están siendo necesarias estas cuatro décadas de democracia. Cabe notar el

de comunicación: «la ideología de Estado deglutía toda diferencia: radio, televisión, revistas ilustradas de alto tiraje traducen fielmente cada uno de los pliegues de la política militar». Contra este aparato solo «unas pocas editoriales intrépidas» y «núcleos intelectuales, hoy todavía dispersos, jóvenes en su mayoría, vuelven a abrir cauces de comunicación semipública, vías *underground* para afirmar nuevamente el derecho a la libre discusión, a la circulación sin trabas de las ideas, al disenso» (207). Como parte de ese «gesto de repugnancia ante la uniformidad oficial» se intervenía desde «revistas independientes, esporádicas, pobres, pero que vuelven a ocupar un lugar en los kioscos del centro: rock, poesía, crítica literaria, feminismo, ecología, todos los rostros heterogéneos de lo que el régimen desea negar o reprimir» (1981:207). Obsérvese la actualidad en esta enumeración de focos de disidencia: feminismo y ecología van a ser tomados como banderas en polémicas que desbordan el circuito académico recién bien entrado el siglo XXI (cf. Cragnolini, 2021).

Reponer estos pasajes trae algo del tono de la época. Si bien los hechos que se mencionan se evocaron en relatos posteriores, lo escrito en el fragor de la lucha por la restitución del «derecho a la ciencia» (Sarlo, 1981:215), a la educación laica, a la educación sexual (214), a la educación a secas, tiene el plus del énfasis bajo aquellas condiciones: saber que «quien saca los pies del plato, lo menos que podía perder era su trabajo» («también podía perder su vida» [209]) era el borde no definido con el que se jugaba al actuar desde una posición no convalidatoria del estado de las cosas. Un significante al que cabe atender: «pobres». Contra aquel aparato estatal, la disidencia se organizaba con los escasos recursos disponibles y se tramitaba desde revistas y publicaciones autogestionadas.

Volver sobre estos episodios ayuda a comprender por qué era riesgoso abordar algunos problemas de los estudios literarios en aquella Argentina. Estudios que, aunque institucionalizados, admitían solo algunas líneas en su marco oficial. Se puede entrever así, junto a la tensión entre «los que se van y los que se quedan» (Fernández Moreno, 1981; Beceyro, 1991; Panesi, 2009b) del país, la tensión entre lxs alojadxs y lxs expulsadxs de la universidad con las consecuencias

---

carácter paradójico de las leyendas utilizadas para justificar la orden que rezaba «sin permiso de circulación» tanto para libros como para películas: «contiene algunas referencias contrarias a los principios sustentados por nuestra Constitución Nacional», se observaba, por ejemplo, a propósito de un libro de Lucien Goldmann (cf. Mesa Documentos Varios 10086, Sección C n° 1844, 23 de mayo de 1977). Notable que las prácticas de censura se llevaran adelante en nombre de esa misma Constitución que se había violado para tomar el poder y perpetrar las atrocidades que vinieron después.

que esto tuvo para la vida profesional, para la vida misma (salvo algunos pocos casos, el CONICET, un organismo apenas creado, no aparece en las fantasías de intervención de lxs agentes sino a partir de la restitución democrática).

La restitución de la democracia en 1983 se produce en el marco de un escenario económico complejo. La reposición de condiciones laborales acordes con lo que las prácticas de enseñanza y de investigación universitarias exigen será un reclamo que, salvo en los dos ciclos de expansión de la ciencia y de la educación, atraviesa el arco temporal estudiado.

Schvartzman (G2) se refirió a las erráticas condiciones de trabajo en la UBA a dos años de la recuperación democrática: el armado de una suerte de cooperativa informal entre los Ayudantes de la cátedra Literatura argentina I permitió que lxs integrantes ad honorem cobraran. Un modo «casero» de resolver problemas institucionales (otra marca que atraviesa las prácticas del subcampo durante todo el período analizado) que nada puede contra la precarización laboral pero que pone en valor las fantasías de comunidad. Su relato también desliza la desproporción entre salario obtenido y trabajo realizado (otra marca del campo universitario donde pareciera haberse naturalizado la retribución vía capital simbólico):

> En el 85, David Viñas vuelve del exilio y gana por concurso la titularidad de Literatura argentina I en la UBA. (...). Entonces, Viñas llama a Cristina Iglesia para conformar el primer equipo de la cátedra. Yo había firmado con ella un breve ensayo sobre Victoria Ocampo que, traducido, fue a parar al número de *Les Temps Modernes* consagrado a la Argentina, coordinado por Viñas y César Fernández Moreno en 1980 (...). Fui parte de esa cátedra, que arrancó con un seminario interno; el primer dictado de la materia fue en 1986, con Eduardo Romano como adjunto regular. Al principio no hubo renta para todos; entonces los ayudantes hicimos un fondo común de donde salió una prorrata de sueldo para cada uno, al menos durante el primer año (...). Tendemos a pensar que somos merecedores de todo lo que obtenemos y que nos quitan todo lo que no pudimos lograr. Hay que decir que tener esa renta era un privilegio, y que muchos que pudieron merecerla no la consiguieron. (...) Son muchos los compañeros que tienen una dedicación y una entrega notables, independientes, diría, del sueldo que cobran. [*2014*]

Rubén Florio (G2) ha vuelto sobre otro momento de este ciclo posdictatorial. Su relato abarca lo que algunxs investigadorxs distinguen como dos períodos de «los años Menem» y resalta las dificultades atravesadas entonces para sostener económicamente un grupo familiar, incluso contando con un sueldo de profesor universitario con dedicación exclusiva y con otro como investigador

del CONICET. Se da a entender aquí que para investigar en humanidades contaban los capitales económicos de lxs agentes. Por otro lado, se destaca el impulso que el esquema de financiamiento de la ANPCyT creada en 1996 imprimió a la investigación grupal en las universidades:

> He trabajado en soledad hasta formar mi equipo de investigación en 1992, gracias a la implementación de los Proyectos de Investigación en las universidades; la investigación, excepto en ámbitos reducidos (como CONICET) no era moneda corriente para los profesores de dedicaciones semi y exclusiva en las universidades argentinas. Pero el gran salto en la investigación personal y colectiva se produce en 1997, cuando se abre la ANPCyT y logramos ingresar en los PICT por evaluación de pares nacionales e internacionales, ingreso que se ha renovado periódicamente, hasta la actualidad. Esos proyectos nos permitieron acceder a todo el material bibliográfico existente sobre nuestra investigación, viajar a congresos nacionales e internacionales sin preocupaciones económicas y actualizar los distintos instrumentos de informática (computadoras, impresoras, digitalización, cámaras fotográficas digitales, acceso a redes). [*2015*]

Leonardo Funes (G3) comparó las políticas públicas de apoyo a la ciencia vigentes al momento de conceder la entrevista para esta investigación con las de fines de la última dictadura y comienzos de la recuperación democrática. Contrastó diferentes condiciones materiales de producción: al programa de becas del CONICET del segundo ciclo de apuesta a la ciencia opuso el que había en sus años de comienzos, con «estipendios muy bajos» y el mismo régimen de incompatibilidad. Esa combinación definía un perfil bizarro y absurdo que intersectaba el exigente y poco flexible modelo de la «consagración» (moneda corriente en instituciones prestigiosas de otros lugares del mundo pero no afectadas por problemas de infraestructura [Brockliss, 2019]) con la precariedad.[23] Un perfil que profundizaba las asimetrías de lxs agentes del campo

23. Durante «los años Macri» una discusión atravesó el campo científico: la exigencia de «asistencia a los lugares de trabajo» de becarixs e investigadorxs del CONICET. En esta exigencia se observan, al menos, tres cuestiones de órdenes diferentes: 1) la traslación del modelo de investigación de las ciencias naturales al resto de las disciplinas desconociendo especificidades de producción (trabajo en archivos, necesidad tanto de lugares silenciosos que no obstruyan la concentración necesaria para escribir como de bibliotecas bien provistas —por lo general, personales: salvo excepciones, las instituciones no disponen de los libros que se necesitan para trabajar, al menos en nuestro subcampo—); 2) la copia de hábitos tomados de universidades extranjeras desestimando las diferencias de infraestructura, desde el equipamiento de las bibliotecas hasta las oficinas para cada investigador.a.e

científico en términos de capitales económicos: pudieron seguir investigando no solo quienes pudieron comprar los materiales que no se hallaban en bibliotecas desprovistas sino también el tiempo que la tarea demandaba. «Mucho dependía del esfuerzo propio», subrayó Funes mientras resaltaba la importancia del «capital social» (Bourdieu, 1980a) que ayudaba a tramitar el envío eventual de «alguna fotocopia» desde el extranjero. Esta situación que Funes desnuda aparece en los relatos de otros agentes (Sarlo [G1]—, Arán [G1], Florio [G2], de Diego [G3], Piacenza [G4], Topuzián [G4], Rogers [G4], García [G5], Maradei [G5]), en más de un campo científico y en más de un período:[24]

> Para hacer el doctorado no obtuve ningún tipo de financiamiento. No había en aquella época esas posibilidades. Había algunas becas, lógicamente, pero estaban pensadas para otro perfil de estudiante, el de una persona recién recibida, soltera, sin obligaciones y que se pudiera sostener con un estipendio muy bajo, muy lejos del estipendio de las actuales becas doctorales. Era una ayuda para conseguir libros, cuestiones relacionadas con el estudio, porque existía en aquel momento como gran obstáculo para el desarrollo de la carrera de posgrado, aun en la Universidad de Buenos Aires, la pobreza bibliográfica, es decir, había muy pocas fuentes, sobre todo para los temas en los que nosotros trabajábamos que era lo medieval. Con lo cual mucho dependía del esfuerzo propio: comprarse uno los libros, conseguir que los amigos en el exterior te enviaran alguna fotocopia por correo. En fin. Era mucho más complicado. Así que fue una formación larga,

(¿cómo explicar que para trabajar, en nuestro subcampo, necesitamos trasladar una biblioteca, a veces una computadora porque no hay suficientes, con los riesgos de inseguridad que eso supone en el caso de que no se disponga de vehículo personal?; ¿cómo explicar que para escribir se necesita, como mínimo, silencio para poder concentrarse —algo que no podía lograrse en una oficina compartida por ocho investigadores, por poner un ejemplo concreto respecto de las condiciones de trabajo en el IHuCso–Litoral?—); 3) la gratuidad de esta exigencia para una práctica profesional que se evalúa permanentemente por producción (cada año o cada dos años, dependiendo de la categoría, se evalúa lo que producimos como Investigadorxs del organismo; esos resultados también se toman en cuenta al momento de solicitar promoción a categorías más elevadas y es también la variable central al momento de definir ingresos a la carrera).

24. La inestabilidad de las políticas públicas no solo afecta a las ciencias humanas y sociales. Por poner un ejemplo: el premio Leloir 2019 «a la excelencia científica de jóvenes investigadores» en Ciencias biomédicas, biología y fisiología, Federico Ariel, manifestó en el acto público de entrega del reconocimiento que su condición de varón sin hijxs lo había puesto en un lugar diferencial al momento de competir dado que esto le había permitido invertir buena parte de su salario para financiar sus investigaciones durante los años de recorte estatal a la ciencia, entre 2016 y 2019 (cf. Ariel, 2019).

desde mis inicios, a principios de los ochenta como personal de apoyo en el Instituto, hasta mi doctorado: eso llevó dieciséis años. Y fue muy trabajoso por estas condiciones. [*2014*]

Un poco más adelante, Funes volvió sobre estas condiciones de trabajo. Se pronunció sobre las consecuencias del pluriempleo tanto en términos de construcción de una carrera como en términos institucionales (una cuestión retomada en diferentes momentos de la entrevista):

El posgrado fue muy extenso y trabajoso justamente porque en el momento en que lo empecé, recién recibido, yo ya estaba casado, ya tenía un hijo, al poco tiempo iba a tener mi segunda hija, trabajaba en un banco y después iba a tener como segundo sueldo y como segunda actividad mi puesto en el CONICET, y no había otra posibilidad. O sea que cuando se fue definiendo lentamente mi tema para hacer el doctorado, yo no contaba con tiempo para hacerlo, así que hice el doctorado los fines de semana. Durante la semana no podía hacer nada con eso. Me llevó muchos años el doctorado. (...)

Más adelante, en el año 92, yo todavía era Jefe de Trabajos Prácticos en la cátedra de literatura española. El país saliendo del proceso de hiperinflación con una situación económica muy complicada. Yo necesitaba un tercer ingreso porque todavía seguía trabajando en el banco, seguía en el CONICET y ni así me alcanzaba. Entonces, salieron unas horas en el profesorado Joaquín V. González que no implicaban mucho trabajo porque era un curso también de literatura española medieval. O sea que no tenía que prepararlo especialmente. [*2014*]

Véase, por ejemplo, este pasaje referido al impacto del desfinanciamiento de la ciencia tanto en la formación de recursos humanos como en la posibilidad de sostener proyectos grupales:

En realidad, a mí siempre me gustó muchísimo lo de formar un grupo de estudio y demás. De modo tal que, de manera informal, llevaba adelante grupos de estudios desde el año 86. Pero claro, eran grupos efímeros porque no estaba en condiciones de ofrecer nada: la gente venía «por amor al arte». Nos juntábamos un día a la semana en mi casa, elegíamos un texto, armábamos como un programita de estudio y de análisis y nos reuníamos cada quince días e íbamos siguiendo. (...) Luego, lógicamente, la gente al principio lo agradece, lo aprovecha, se entusiasma. Pero después, si no hay un cargo, si no hay posibilidad de ninguna inserción institucional... La gente tiene que vivir de algo y entonces se busca la vida por otro lado. (...) En 2004 creo que fue, tuvimos el primer proyecto

> financiado por CONICET que yo dirigí. A partir de ahí sí, he tenido tres o cuatro proyectos bajo mi dirección. Y cada vez con más gente porque, justamente, al tener la posibilidad de que haya becas y de expandir la cátedra, se puede convocar a ayudantes. La gente inscribió sus doctorados y tuvo oportunidad de desarrollarlo en tiempos mucho más breves y luego, una vez doctorados, lograr el ingreso al CONICET. [*2014*]

«A pulmón» [Gramuglio, 2009; de Diego, *2014*] hace serie con «esfuerzo propio» [Funes, *2014*]; «doctorarse a los cuarenta y pico» [de Diego, *2014*] hace lo propio con «un doctorado» que «llevó dieciséis años» [Funes, *2014*]. Parte del mismo grupo generacional que Funes, José Luis de Diego (G3) respondió nuestro cuestionario durante los años del último ciclo de expansión de la ciencia. Su relato destacó algunos de los cambios en las prácticas profesionales del subcampo derivadas de las políticas públicas de ese período: «Para mi generación, no era raro doctorarse a los cuarenta y pico de años porque no recibíamos ningún tipo de financiamiento para hacer el posgrado. No había becas ni nada de eso, lo hacías a pulmón; ahora es distinto, se abrieron muchas posibilidades» [*2014*].

Gloria Chicote (G3), parte del mismo grupo generacional, comparó el lugar de las ciencias humanas y sociales en el CONICET durante el primer ciclo de la posdictadura y durante el último ciclo de expansión de la ciencia. Fue durante estos años que respondió nuestro cuestionario. Esta aclaración importa dada su valoración de las políticas públicas correspondientes al tiempo de su enunciación, a saber: señaló no solo un aumento de los estipendios de las becas sino también un cambio de colocación de las ciencias humanas y sociales en el campo científico y en el campo universitario. Ambos movimientos, no sin luchas. Nunca se insistirá lo suficiente en el carácter dinámico e inestable del CONICET y en el papel crucial que tienen lxs representantes de cada disciplina en las comisiones al momento de hacer entender a lxs representantes de otras disciplinas las lógicas específicas tanto de producción como de circulación del conocimiento; nunca se insistirá lo suficiente en la importancia de la enseñanza y de la extensión junto con la investigación en la universidad. En más de una entrevista a profesroxs de universidades y de institutos de formación superior, la grieta universidad /CONICET aparece tan nítida como la grieta universidad/institutos. En el desconocimiento de lo que puede cada institución, es decir, en el desconocimiento de sus tareas específicas, radica la mayor parte de los malentendidos y de los fantasmas de colonización a los que hacen lugar. Que en más de un pasaje de la entrevista y en más de una consulta, Chicote repita

la expresión «tender puentes» no es más que un claro reconocimiento de esta y de otras fracturas:

> Ingresé al CONICET en el 83 cuando el cupo de becas para humanidades y ciencias sociales era bajísimo, era mínimo. Tuve suerte en definitiva, porque creo que de un grupo de veinte, treinta personas que nos presentamos, había diez que teníamos, seguramente, las condiciones más o menos equivalentes, pero ingresamos dos. Estábamos en épocas en que el CONICET era una institución dedicada fundamentalmente a las ciencias duras; las humanidades y las ciencias sociales no tenían lugar. (...) Las becas en ese momento no solo eran poquísimas para nuestra área sino que eran bajísimas financieramente. Por lo tanto, esa beca no alcanzaba para vivir. No lo pueden comparar con lo que es el estipendio de una beca actualmente: un becario doctoral puede vivir de su beca. Me acuerdo, en la época de la súper inflación, eran sueldos mínimos que no alcanzaban para nada. (...) Ahora que también estoy trabajando mucho en CONICET, en la gestión institucional, observo que el espacio de las Ciencias Sociales y las humanidades se modificó sustancialmente. Ahora somos el 25 % del total del CONICET. Y hay una institucionalización de las Ciencias Sociales, tanto en el CONICET como en las universidades nacionales que se hizo muy evidente en estos últimos años. Y sobre todo también en el dinero asignado a los proyectos de investigación en el área. Quiero señalar eso ya que me parece importante, sobre todo para este proyecto por el cual me entrevistan: es importante saber cómo se modificaron estos parámetros en veinte años, en treinta años. Estamos en una situación totalmente distinta, de institucionalización de las Ciencias Sociales y de las Humanidades que me parece que es muy importante y por la cual estoy, personalmente trabajando muy a favor. [*2014*]

En un artículo publicado apenas un tiempo después repasó las consecuencias de la inversión en ciencia durante el último ciclo de expansión para los estudios hispanomedievales en Argentina:

> Ya en el siglo XXI, decisiones de la política científica nacional también impactaron positivamente en el desarrollo de los estudios medievales. La inclusión sistemática y creciente del área de las humanidades y las ciencias sociales que se produjo en el sistema científico argentino a través del otorgamiento de fondos para el desarrollo de proyectos de investigación, el programa de becas de formación de posgrado y el ingreso a la carrera de investigador científico, permitieron la multiplicación de tesis doctorales y la visibilización de nuestras producciones

> en las revistas indexadas de alto impacto nacional e internacional que ya fueron mencionadas, tales como *Filología*, *Incipit* y *Olivar*. (2015:140)

Laura Scarano (G3), también de este mismo grupo etario, recuerda un episodio desopilante. Una consecuencia de los escasos recursos disponibles durante «los años Alfonsín» (otra gestión limitada por la deuda pública tomada por el gobierno anterior). Scarano recuerda que para poder publicar la revista del Centro de Investigaciones que habían creado en la UNMdP, organizaron una rifa:

> Entonces, nos juntamos cuatro o cinco colegas con esas intenciones de renovar. Pero fue terrible porque fueron justo los años de la hiperinflación de Alfonsín. No teníamos plata para financiar nada así que empezamos con rifas para editar la revista del CELEHIS, que ya tiene casi treinta años. (...) El primer número de la revista nació de una rifa que hicimos para pagar el papel. Hicimos la tapa en la imprenta de un amigo. Lo que se dice, una cooperativa autogestionada. [*2014*]

Los relatos de lxs agentes del G4 resaltan el contraste entre parámetros internacionalizados de producción científica y precarias condiciones de trabajo. Sobre estas cuestiones estructurales vuelven varixs agentes que, según las líneas de investigación, precisan distintos problemas. Sara Bosoer (G4), dedicada a la teoría y la crítica literaria, subraya: «Mientras que la tendencia general pareciera la profesionalización, las condiciones materiales de trabajo nos llevan a desarrollar la investigación vocacionalmente» [Bosoer, *2018*].

Por su parte Lidia Amor (G4), medievalista, cuestiona la exigencia de productividad. La dificultad para seguir el vertiginoso ritmo actual no solo no es congruente con el estado de nuestras bibliotecas sino que, además, desconoce que hay objetos y problemas de investigación que exigen tiempos desacoplados respecto del frenesí del *fast paper*: «El mayor obstáculo para conjugar el trabajo del medievalista con los parámetros actuales de producción científica es el tiempo que exige investigar textos medievales, en especial desde la Argentina, que no cuenta con bibliotecas especializadas» [Amor, *2018*]. Un problema acentuado por la desvalorización del formato en el que se publican los resultados más importantes en esta línea específica: el libro.

Sobre las bibliotecas, su desactualización y las consecuencias de ese estado de las cosas en las prácticas específicas, Cristina Fangmann (G4) incorporó otros señalamientos:

> Algo que fue y sigue siendo una falencia: la pobreza de las bibliotecas. A la falta de libros se suma, en la facultad, las limitaciones para sacar libros al punto

> que muchos olvidan que la biblioteca existe. Si antes recurríamos a gente que viajaba al exterior para pedir libros, ahora —además de seguir con esos pesados pedidos— acudimos a los libros digitales o a las compras por internet con los consabidos problemas de aduana y correo para que los libros, películas u otros materiales lleguen. (2018)

En el G4 proliferan las referencias al pluriempleo y al auto–financiamiento de la investigación dados los bajos estipendios de becas y/o de sueldos por cargos docentes y/o por cargos de gestión universitaria durante el primer ciclo de la posdictadura. Sergio Delgado (G4) reconstruyó las precarias condiciones en las que realizó su investigación sobre Juan L. Ortiz publicada por la UNL en 1996:

> Viví durante un tiempo de diversas tareas editoriales y comencé a estudiar por mi cuenta la obra de Juan L. Ortiz. Durante cuatro meses tuve una beca de cultura provincial, que me ayudó a comenzar. El resto del trabajo lo hice sin financiamiento, financiándolo en todo caso yo mismo. [*2016*]

Geraldine Rogers (G4) detalló cómo la precariedad y la inestabilidad afectan la investigación. Falta de infraestructura, bajos salarios, descuido de los archivos y ausencia de políticas públicas sostenidas de financiamiento de la ciencia y de la educación son las constantes entre las que emerge, como excepción, lo despuntado durante «los años Kirchner»:

> Todo mi período de formación de grado y posgrado, así como gran parte de la etapa posterior como docente e investigadora, estuvo marcado por condiciones políticas y económicas inestables y siempre imprevisibles. Un contexto donde la formación y la práctica profesional son constantemente afectadas —desde el punto de vista intelectual, material y emocional— por la inestabilidad.
>
> Para dar un ejemplo: a pesar de mi interés en responder esta entrevista, propuesta por ustedes en noviembre de 2015, debí postergar varias veces la respuesta por el conjunto de efectos derivados del cambio político instaurado a partir de esa fecha. Efectos extremadamente preocupantes que suman a las habituales tareas profesionales un conjunto extra de actividades de organización, resistencia o protesta (reuniones, movilizaciones, asambleas, etc.), con inversión de energía, tiempo y riesgo. El único período que alentó una perspectiva diferente fue el de las presidencias de Néstor y Cristina Kirchner, que implementaron políticas concretas de desarrollo que entre otras cosas incluyeron la universidad pública y el sistema científico argentinos. [*2018*]

Rogers da por supuesta la inversión del salario para subvencionar la investigación. No obstante sus preguntas insinúan los límites de esta decisión y, a la vez, sus efectos para la práctica: «¿Qué libros hay en las bibliotecas? ¿Cuáles se pueden comprar con un sueldo? (...) Por dar solo el ejemplo del acceso a los libros. ¿Cómo investigar con pobreza o inexistencia de archivos?» [*2018*].[25]

En varios relatos de este grupo se menciona el haber obtenido becas que solo permitían acumular capital simbólico ya que el estipendio conducía al pluriempleo. Situación no siempre atendida por las instituciones que, ya bien entrado el siglo XXI, y en plena «poscrisis», han exigido el cumplimiento a raja tabla de la dedicación exclusiva a la investigación así como han sancionado la «incompatibilidad» desconociendo situaciones límite como las de mujeres a cargo del sostén económico de una familia (ver, sobre este punto, el testimonio de Paola Piacenza, G4, Anexo 3, Entrevistas). En esta misma dirección, Marcelo Topuzián (G4) ha comentado su estrategia de ahorrar dinero acumulando trabajos para luego poder comprar el tiempo necesario para escribir su tesis doctoral:

---

25. Resulta sintomática y reveladora la importante cantidad de proyectos radicados en diferentes universidades de Argentina y financiados con fondos nacionales e internacionales destinados a la exhumación de documentos y/o a su domiciliación. A los que viene sosteniendo desde hace más de veinte años Graciela Goldchluk desde la UNLP (acciones complementadas con la organización regular del congreso nacional más importante dedicado a este asunto [cf. Goldchluk y Ennis, 2021] y con la escritura de protocolos, metodologías y espigones a modo de legado, para el trabajo por–venir [cf. Goldchluk y Cabrera, 2020; Goldchluk, 2020, 2022]), se agregan, entre otros, los impulsados por Sylvia Saítta desde 2015 vía el Archivo histórico de revistas argentinas (cf. Quereilhac, 2019a), por Ana Longoni no solo desde 2007 vía la red Conceptualismos del Sur (https://redcsur.net/; cf. 2011, 2016a, 2016b, 2017; Longoni et al., 2012), por Ana Porrúa, Irina Garbatzky, Ignacio Iriarte y Matías Moscardi vía el proyecto *Figuras de la voz en la poesía latinoamericana contemporánea. Archivo y observatorio de poesía y performance* desde el que montaron Caja de resonancia (http://www.cajaderesonancia.com/index.php), por Sandra Contreras desde el IECH–UNR vía el proyecto *Políticas y usos del archivo. Producción, interpretación y puesta en valor de archivos históricos, culturales, artísticos, literarios (siglos XIX a XXI)*, por Daniel Link desde UNTREF vía el proyecto transnacional *Archivos en transición. Memorias colectivas y usos subalternos* (https://trans-arch.org/), por Gloria Chicote en convenio con el Instituto Iberoamericano de Berlín (cf. Chicote y Göbel, 2017), por Juan Mendoza desde el IIBICRIT–SECRIT–CONICET (entre otros, el Laboratorio de Digitalización Crítica), por Carolina Repetto desde la UNaM vía los proyectos de domiciliación de textos de escritorxs contemporáneos, por María Mercedes Rodríguez Temperley desde la UNLZ (cf. 2021) y por un grupo de investigadorxs de la UNC lideradxs por Pampa Arán, Marcelo Casarin y Diego Vigna que trabajan en un programa de investigación radicado en el CEA desde 2012 (cf. Arán y Vigna, 2018; Vigna y Céspedes, 2022).

> Mi mamá financió mi carrera de grado, con algún aporte de mis trabajos ocasionales (animación de fiestas infantiles, clases particulares) y más formales y estables hacia el final de la carrera (clases en escuelas secundarias). El financiamiento para el doctorado lo obtuve gracias a una beca de formación de posgrado de CONICET, aunque debo decir que fue un financiamiento parcial, ya que el monto no alcanzaba a cubrir las necesidades básicas, y debí continuar trabajando en escuelas secundarias, con mayor o menor cantidad de horas según los casos (por ejemplo, durante dos años trabajé *full–time* en una escuela secundaria, ahorré y pedí una licencia sin goce de sueldo para terminar la tesis). [*2016*]

Tiene tanto de expresivo como de sintomático el agradecimiento que Fernando Degiovanni (G4) plasmó en la introducción a *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Esa investigación, producida entre Córdoba y Maryland durante la segunda parte de la década de los noventa y los albores del siglo XXI, exigió un enorme trabajo de archivo en un país que ha hecho de su descuido una marca estructural. Degiovanni destacó el «raro privilegio» (2007:8) de haber contado con financiamiento estatal que le permitió disponer del tiempo necesario tanto para desplazarse de Córdoba a Buenos Aires y realizar sus búsquedas como para luego procesar esos materiales y escribir:

> El relevamiento de datos y la escritura de este trabajo fueron posibles gracias al apoyo financiero de varias instituciones. Tuve el raro privilegio de poder dedicarme por completo durante dos años a la investigación con fondos provistos por las becas de la Fundación Antorchas (para completar doctorados externos), del Fondo Nacional de las Artes (para investigación en letras), del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y de la Agencia Córdoba Ciencia (para la formación en investigación). (2007:8)

Tan revelador como el pasaje en el que Degiovanni repone su carácter de beneficiario de subsidios otorgados por instituciones que estaban a punto de cerrarse (fundación Antorchas) o de reducirse, por aquellos años, a un funcionamiento mínimo (CONICET, Fondo Nacional de las Artes) como de otras entonces emergentes en un contexto de achicamiento del Estado (recordemos que la Agencia Córdoba Ciencia se crea en el 2000, luego de la disolución del CONICOR) es su mención al alojamiento en Buenos Aires facilitado por redes de amistad y solidaridad: «Con su enorme generosidad, Adriana Rodríguez Pérsico aportó ideas y materiales y tuvo la gentileza de cederme su casa para que pudiera dedicarme a la consulta de archivo y bibliotecas de Buenos Aires» (2007:7).

El CONICOR fue una institución importante para buena parte de lxs agentes del G4 que residían en Córdoba e hicieron sus doctorados y/o sus maestrías durante los años noventa: «El doctorado, que finalicé en 2002, obtuvo una beca de seis años del CONICOR, Consejo de Investigación Científica de Córdoba, que ya no existe. Luego tuve una beca posdoctoral del CONICET, del 2004 al 2006», observó Silvio Mattoni (G4). Susana Gómez (G4) financió con una beca del CONICOR un año de su Maestría en Sociosemiótica. La misma que cursó Gabriel Giorgi (G4) y que llevó adelante con una beca del mismo organismo (nótese cómo en las diferentes entrevistas se repite el significante «tiempo» como recurso decisivo del que es necesario disponer para poder investigar):

> Ahí tengo la suerte de conseguir una beca de investigación de cuatro años otorgada por una Agencia de investigación de Córdoba y que después desapareció: CONICOR (Consejo de investigación científica de Córdoba). Era como una especie de CONICET cordobés que entonces daba becas para seguir estudiando. Eso me permitió hacer toda la trayectoria de la maestría de socio–semiótica que fue muy larga y en la que había que pagar. Pero, justamente, tenía las condiciones de tiempo para estudiar y para llevar el proyecto de investigación adelante gracias a la beca. [2016]

Por su parte Melchora Romanos (G1) valoró el fomento de la investigación grupal desde la universidad pública de la posdictadura, aun cuando se haya tratado de un sostén simbólico dados los montos exiguos de los financiamientos:

> Tuve mi primer proyecto grupal cuando la Universidad de Buenos Aires convocó por primera vez a subsidios para proyectos de investigación que fue en el año ochenta y siete, si no me acuerdo mal. En esa oportunidad, yo me presenté sin mucha ilusión. Fue la primera vez que se trabajaba con un equipo en un proyecto porque antes cada profesor trabajaba individualmente en sus temas, los que éramos full time, y los que eran de CONICET tenían proyectos que desarrollaban de acuerdo con las disposiciones de CONICET. Esa fue la primera propuesta y como yo estaba trabajando en Góngora, encima se me ocurrió presentar algo de Góngora. Y por eso dije «Dios mío, eso no va a salir nunca». La propuesta era revisar todos los comentaristas de Góngora y hacer una especie de antología de las anotaciones sobre los textos de Góngora. Y la verdad que fue un proyecto muy lindo. En ese proyecto inicial participaron Patricia Festini y Josefina Pagnotta. Todavía no había computadora, o sea que fichábamos. Cada uno trabajaba un grupo de autores o un autor o dos, y después hacíamos reuniones de proyecto,

como si fuera un taller de investigación. Nos reuníamos, no recuerdo si cada semana o cada quince días. (...) Después, en la segunda convocatoria, el problema fue que se entendió mal lo que yo proponía respecto de la distribución del subsidio. Y no nos dieron nada de dinero. Reclamé a la universidad pero nada: el segundo proyecto pasó sin dinero. Y ya en el tercero quedamos normalizados. [*2014*]

Romanos encontró allí una diferencia generacional respecto de las oportunidades de aprender dinámicas y rutinas de investigación (nótese que recién a los cincuenta años se inició de modo regular en la tarea de dirección de equipos):

El equipo realmente hizo una tarea muy interesante que la posibilitó la universidad al otorgar este tipo de proyectos. No se otorgan grandes sumas pero más o menos permiten la movilidad, no en el exterior, pero sí dentro del país, pagar el hotel, comprar libros. (...) Pero más allá de eso, los proyectos han sido para la formación de los jóvenes investigadores (algo muy importante que no existía en mi época ni remotamente: cada uno se formaba como podía). Trabajar en equipo también te da una cierta disciplina para la investigación, podés intercambiar las ideas, aunque cada uno trabaje en un autor o en dos autores. Creo que fue una de las cosas que la nueva universidad de la democracia nos dio. [*2014*]

En el sostén de estas prácticas de investigación institucionalizadas, Romanos encontró una clave importante para instalar lo que se produce en Argentina en un espacio que fuera más allá de la esfera local (se podrá verificar la convergencia con las ya referidas observaciones de Ludmer [G1] sobre este tema en su seminario de 1985: se trata de agentes del mismo grupo generacional):

Porque a nosotros antes nos parecía que no nos conocíamos más que entre nosotros, pero por suerte, ahora también nos conocen afuera. Pero ¿por qué ocurre esto? Porque se ha hecho una tarea de sustentación y de mantenimiento de la crítica en estos años de democracia, y que por suerte, a ustedes les tocó vivir un periodo en que la universidad, con todos sus más y sus menos, es estable. Se mantiene, y no es como nos pasó a nosotros que nos tocaron procesos con tantas dificultades, épocas en las que se cerraban las facultades, que no se daba clase. Estamos mucho mejor, así que aprovechen la mejoría. [*2014*]

Los relatos del G5 tienen como denominador común la valoración de la inversión estatal en ciencia del último ciclo de expansión. Mariana Catalin (G5) detalló en qué cuestiones el trabajo se vio impactado por esa política pública: tener tiempo para investigar y para poner en discusión esos resultados es tan

decisivo como la exigencia de producir la tesis en los plazos acordados al obtener el subsidio. Esta dinámica impulsada por el CONICET modificó las representaciones alrededor de la tesis doctoral en una carrera académica. Junto con el cambio de sus años de duración se alteró también su sentido y su función:

> Creo que si hay algo que singularizó mi período de cursado del doctorado, que equivale a mi período de formación después del grado, fue la expansión de los financiamientos de CONICET para realizar el mismo. Esto supuso que muchos de los que cursábamos teníamos dedicación exclusiva para aquello que estábamos haciendo, lo que a mi entender favoreció no solo la investigación individual sino también la disponibilidad para realizar actividades grupales. También regló los tiempos: la tesis doctoral ya no era el punto culminante de una carrera de investigación (algo que podía llevar incluso «toda la vida») sino un paso más que se daba y que se debía realizar en el tiempo estipulado por el subsidio con el que se financiaba. Comenzó a volverse central la acreditación de resultado. [*2016*]

En la misma línea, Julieta Yelin (G5) comparó las paupérrimas condiciones de trabajo en las universidades durante los años noventa con las posibilidades de dedicarse a la investigación abiertas durante el segundo ciclo de expansión de la ciencia y la educación. Su relato vuelve sobre un denominador común en prácticamente todos los testimonios y sobre una marca de los G4 y G5: la precariedad estructural unida a la expulsión de las instituciones durante los años noventa contrastan con la posibilidad de desarrollar una carrera como investigador.a.e radicadx en Argentina durante este segundo ciclo. El sentido de pertenencia repercute en las prácticas:

> La inteligencia, la generosidad y el afecto con el que algunos docentes me acompañaron —y algunos aún me acompañan— suplieron la poca contención institucional en aquellos años. Con «poca contención» me refiero a la precariedad de las bibliotecas, a los continuos paros docentes que las políticas educativas del menemismo hacían inevitables, las prácticamente nulas posibilidades de inserción profesional al terminar la carrera. Un contexto que se transformó notablemente a partir del año 2004 con el rápido crecimiento del CONICET que le permitió a muchos de los graduados de mi generación hacer de la investigación nuestra profesión. [*2017*]

Como Jelin, Juan Ennis (G5) también recordó las deplorables condiciones de trabajo de la universidad argentina de los años noventa a las que opuso el profesionalismo de lxs docentes. Su decisión tanto de emigrar en 2002 como

de retornar en 2006 obedeció a políticas públicas contrapuestas para la ciencia, la educación y para el desarrollo del país en uno y en otro momento:

> La imagen que tenía de la facultad era la de un lugar empobrecido, con una mayoría de docentes que ganaban 90 ó 100 pesos y que laburaban como si fuera por un sueldo de verdad. (...) Y a pesar de eso, nos ofrecían una formación completa, rigurosa, nos mostraban un trabajo mal pago pero hecho con una seriedad y un entusiasmo que no podía menos que contagiar. [*2017*]

Capitales requeridos para el trabajo académico en la universidad y en el CONICET

Un indicador importante de continuidades y cambios en la institucionalización de los estudios literarios es el tipo de capital exigido para el trabajo como «profesor.a.e» en la universidad y como «investigador.a.e» en el CONICET. El análisis de la muestra permitió detectar, junto a las regularidades, algunos momentos disruptivos. Por un lado, aquel tiempo puntual en el que, desde las instituciones, se atendió a las consecuencias de la violencia política estatal al evaluar las trayectorias de lxs agentes que querían insertarse en ellas apenas restituida la democracia en 1983; por el otro, aquellos en que no fueron predominantemente los capitales específicos los que definieron las pertenencias institucionales.

También este análisis constata un doble movimiento: al patrón de evaluación más regular en el campo universitario frente a otro más inestable en el campo científico se opone un patrón de evaluación más heterogéneo en el caso de las universidades (cada universidad fija en sus estatutos los criterios que sigue en sus concursos docentes) frente a uno estandarizado a nivel nacional, al menos para el organismo científico más importante en el financiamiento de la investigación. Vale observar aquí que estamos ante campos atravesados por luchas distintas ligadas a prácticas institucionales específicas: mientras que el CONICET se centra en la investigación, la universidad se centra en la enseñanza y, según las coyunturas, ha hecho foco de modo diferencial en la extensión (en alza hasta el onganiato y durante los años de la universidad montonera [cf. Buchbinder, 2005:184, 204]) y en la investigación (en alza desde la creación del PROINCE [2005:223–224]). Mientras que las tensiones entre habitus literario, científico y docente en el campo universitario se resuelven a partir del principio de autonomía con las variaciones que esto imprime a los estatutos que diseña cada institución (cf. Beigel, 2017; Beigel y Baranger, 2019), en el

CONICET la pugna entre diferentes modelos de «ciencia» y de «investigación» queda librada, en parte, a lo que definan cada año las comisiones asesoras disciplinares específicas (en continua renovación del 50 % de sus integrantes) en relación con los diferentes estamentos de un organismo inescindible de las asunciones políticas de los gobiernos que ocupen el Estado.

En primer lugar señalamos que las trayectorias de lxs docentes a cargo de cátedras en universidades nacionales muestran una tendencia[26] hacia el progresivo desplazamiento de las figuras de profesor.a.e que acumula capital simbólico vía la enseñanza y/o de escritor.a.e que lo hace vía la producción literaria al de profesor.a.e–investigador.a.e. Una tendencia que se pronunció desde la creación del PROINCE y que se observa incluso en el perfil de lxs docentes a cargo de materias ligadas a la llamada «escritura creativa». Por ejemplo, la asignatura electiva Taller literario incorporada al Plan 2005 de las carreras Profesorado y Licenciatura en letras de la UNT es llevada adelante por Rossana Nofal (G4), investigadora del CONICET. Si bien en el equipo de cátedra se ha incorporado a escritores como Blas Rivadeneira, se trata de alguien que ha iniciado una carrera en CONICET, organismo que financió su doctorado y su beca posdoctoral.

Algo similar se verifica al repasar las trayectorias del cuerpo docente de la Maestría en escritura creativa lanzada en 2013 desde la UNTREF: para empezar, su directora, María Negroni, es escritora pero también acredita un doctorado, además de su experiencia docente en el Programa de escritura creativa en español de la NYU. Entre lxs escritorxs que integran el cuerpo docente, algunxs acreditan un doctorado (Martín Kohan, Guillermo Martínez); otrxs acumu-

26. Se habla de «tendencia» para aludir a un proceso en curso que dista de ser hegemónico. Como documenta Fernanda Beigel, «en algunas universidades no–metropolitanas se han generado (...) modificaciones en los reglamentos de los concursos con el objetivo de poner en valor la docencia frente a la investigación y la "trayectoria docente" en la propia institución» (2017:835). Por ejemplo, «una de las universidades del interior, la Universidad Nacional de Cuyo, modificó la ordenanza de concursos efectivos en 2010 para valorar la trayectoria docente en la propia institución. La distribución de los antecedentes en la grilla de evaluación otorga 600/1000 puntos a los antecedentes y 400/1000 a la clase pública. Entre los antecedentes prima la trayectoria docente (240 puntos), los antecedentes en gestión institucional, extensión universitaria y actividad profesional (60 puntos cada uno respectivamente) totalizando estos cuatro aspectos 420/1000. Los títulos valen 80 puntos, pero el título de grado no puede ser valorado en menos del 50 % del puntaje correspondiente a este ítem. Mientras, los antecedentes de investigación tienen un total máximo de 100/1000 puntos (cf. Ordenanza del Consejo Superior n° 23, 2010)» (2017:858). Y como precisa junto a Denis Baranger, el ingreso a la docencia universitaria depende de «reglamentaciones tan diversas» como las «universidades nacionales existentes» (2019:271).

laron capital simbólico al integrarse a cátedras prestigiosas de la UBA en el período inmediato a la restitución democrática (Aníbal Jarkowski, Alan Pauls); otrxs responden al perfil de escritor.a.e cuya firma se construye a partir del capital literario (Pablo de Santis, Luis Chitarroni, María Sonia Cristoff, Liliana Heer, Guillermo Saavedra, Iosi Havilio).

Trayectorias como las de Jorge Luis Borges, Héctor Libertella, Octavio Prenz (GI), Ricardo Piglia, Aldo Oliva, Juan José Saer, Hugo Gola, Emilio Sosa López y Hugo Padeletti,[27] todos a cargo de cátedras y/o de seminarios en la UBA, la UNLP, la UNR, la UNL y la UNC entre los sesenta y los ochenta, suelen evocarse en los relatos de lxs agentes como postales de otra época (cf. Casarin, 2022): los requisitos exigidos para ocupar los cargos de Profesor.a.e en cátedras universitarias se han modificado con el paso del tiempo. Hasta bien entrados los ochenta (es decir, antes del PROINCE), jugó un papel importante el capital específico y simbólico construido en formaciones así como el capital literario. Por ejemplo Hugo Gola, «formado como Abogado en la UNL, se desempeñó como docente en asignaturas relacionadas con la literatura en el Instituto del Profesorado Básico de la misma universidad» además de haber obtenido por concurso, en 1962, el cargo de «Titular del Departamento de Integración Cultural y Profesor de la cátedra homónima para los cursos I, II y III de la Escuela de Cinematografía» (cf. Peralta y Neil, 2007:50). Por su

27. La línea de análisis despuntada por Raquel Fernández Cobo (2018, 2022a, 2022b) es necesaria para precisar el lugar de lxs escritorxs en la dinamización del subcampo de los estudios literarios que, en cada espacio nacional tiene sus rasgos y contornos específicos. Solo un ejemplo: el Programa de Pre–Seminario I presentado por Hugo Padeletti en 1963 en la carrera de Letras de Rosario se despega de los protocolos al uso. Escrito en primera persona, expone en cada apartado la justificación de sus decisiones didácticas junto a su problematización componiendo un extenso texto narrativo. A modo de muestra, cito un pasaje tomado de la «Bibliografía fundamental de lecturas obligatorias»: «He elegido una doble colección de textos —teóricos y literarios— cuya lectura y comentario servirá ocasionalmente de pretexto para refrescar nociones elementales pero cuya función esencial será la de iniciar al alumno en la lectura activa e intensa» (Padeletti, 1963:1). Es importante señalar, asimismo, un caer juntos que atravesará los programas de la época y que llegará, en los polos periféricos, hasta bien entrado el siglo XXI: la marca de la colección de Teoría de Gredos (cf. Hidalgo Nácher, 2022a) y la impronta de los investigadores españoles exiliados en Argentina con papel protagónico en el campo académico y editorial se observa en la selección de textos entre los que se cuentan, entre otros, ¿Qué es la literatura? de Sartre publicado por Losada junto a *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* de Dámaso Alonso, *Interpretación y análisis de la obra literaria* de Wolfgang Kayser, *Materia y forma en poesía* de Amado Alonso y *Teoría literaria* de René Wellek y Austin Warren publicados por Gredos.

parte Saer había ganado el concurso de la cátedra Crítica y Estética Cinematográfica en la misma institución (51).

El estudio de las trayectorias hace ostensible esta diferencia de requisitos: contar con un doctorado para concursar un cargo docente se constata en lxs agentes del G5 y se empieza a entrever en los G3 y G4. Por el contrario, son excepcionales los casos de lxs agentes de los G1 y G2 que acreditan doctorados al inicio de su carrera docente (de la muestra, entre quienes despuntaron sus desarrollos profesionales en el país: Pedro Luis Barcia, Ana María Barrenechea, Rodolfo Borello, Adolfo Prieto, David Viñas). Al respecto, María Teresa Gramuglio precisó las diferentes exigencias para obtener el título de «doctor» en la Argentina de los sesenta y del presente y señaló por qué, en lo personal, el trabajo en la universidad fue solo una parte más de un accionar inscripto en el campo intelectual entreverado con el campo político. En este punto, no siguió los consejos de Adolfo Prieto ni compartió sus fantasías de nano–intervención:

> En lo que no le dimos bola fue en lo del doctorado. Norma lo hizo mucho después y China y yo no lo hicimos nunca. No había, como ahora, una carrera de doctorado, solo había que presentar una tesis. Pero nosotros creíamos que había que hacer la revolución, no el doctorado. A mí no me interesaba para nada, no pensaba en la vida académica como tal; pensaba en la universidad como un trabajo, en la gente, en la vida intelectual, pero no en la academia, en lo académico, en la carrera, en los títulos. (2014:247)

Más adelante, en la misma entrevista, aclaró: «creo que en el fondo a mí me gusta sobre todo enseñar» (250). Si sus argumentos propenden a una polarización, no es sino como efecto de las prácticas institucionalizadas en la universidad argentina a partir de 1993 cuando se crea el PROINCE que, si bien introduce la lógica de valoración del trabajo a partir de «criterios de productividad académica» (Buchbinder y Marquina, 2008:39) e incentiva la posgraduación de lxs agentes, no tendrá el efecto modelizador de prácticas que sí se verifica, por ejemplo, con los criterios de ingreso y/o de promoción en la carrera de investigador.a.e del CONICET una vez que esta se reactivó, a partir de 2003, y se empezó a pensar como fuente laboral posible. Esta diferencia de modelización responde a que, como observan Fernanda Beigel y Denis Baranger respecto de las universidades públicas, «los requisitos para acceder a un cargo docente efectivo son bastante diversos en cada institución en función de sus regulaciones autónomas» (2019:272).

No obstante, en los relatos de lxs agentes, el desplazamiento en las exigencias para el trabajo como docente universitarix se registra a partir de mediados

de la década del noventa, es decir, coincide con el tiempo de creación del PROINCE. Por ejemplo, Pablo Alabarces (G4) recuerda que en la universidad de los primeros años de la democracia recuperada se valoraba la formación docente en la práctica con cierta independencia de las acreditaciones profesionales de posgrado: «Me gradué en 1987. En esos años nadie hacía posgrado: me formé con quienes trabajé (Elvira Arnoux, Eduardo Romano, Aníbal Ford; más tarde, Beatriz Sarlo). (...) Hice una maestría en Sociología de la Cultura en 1995» [*2018*]. La maestría como etapa previa al doctorado aparece en varias trayectorias de lxs agentes de los G3, G4 e incluso del G5.

Durante aquellos años, Ana Longoni conversó con Beatriz Sarlo sobre esta variación de criterios. La entrevista se publicó en 1996. Interesa la toma de posición que entonces tenía Longoni respecto de la formación de posgrado: «Lo que se ve hoy, en la Facultad [de Filosofía y Letras de la UBA], es que la gente se ve presionada a hacer doctorados. Hay como una idea de que si no te metés en una u otra Maestría de acá a cinco años te vas a quedar afuera del sistema universitario» (29). La discusión se había desencadenado a partir de su crítica a la participación de Sarlo (cuyo capital simbólico se había construido en formaciones durante las dos últimas dictaduras) en una maestría en Sociología de la cultura sostenida por una institución privada asociada al capital financiero: el Banco Patricios. Sarlo responde: «¿Por qué no reconocés que hay un tipo de actividad que es simplemente "trabajo"?» (1996a:30).

Muchos años después, Sarlo volvió sobre los objetivos de aquella maestría armada por José Nun. Su cuento sitúa sus fantasías de intervención en las coordenadas de la época: aquel era un tiempo sin muchas ofertas de posgrado y «sin ninguno específico sobre Sociología de la cultura, o como quieras llamarle» (Sarlo, 2019). La posibilidad de ofrecer una formación que le había sido negada en Argentina a más de una generación (entre ellas, la suya) debido a las interrupciones provocadas por la violencia política estatal, impulsó su participación en aquel proyecto:

> Esa fue una idea de Pepe Nun en un tiempo donde las maestrías no proliferaban como proliferan hoy. Hoy sería una más. Y en Sociología de la cultura, o como quieras llamarle, no había.
>
> La idea la tuvo Pepe. Nos llamó a Altamirano y a mí y nos dijo que organizáramos una. Y agarramos viaje inmediatamente porque nos parecía una buena idea. No habíamos tenido la oportunidad de hacer ningún posgrado y, por lo tanto, abrir esa posibilidad para otros nos parecía ofrecer en Argentina algo que nosotros no habíamos tenido (...). Muy criticada porque fue en una institución privada. Criticada por grandes amigos míos (...).

> También nosotros teníamos la sensación de que nos faltaba algo. La sensación de que no habíamos tenido esa posibilidad era fuerte en aquel momento. Vos fijate cómo los de mi generación terminan los doctorados muy grandes: después de los cincuenta. La idea de que no teníamos ninguno de los pergaminos que después veníamos a exigirles a los demás era fuerte. (Sarlo, 2019)

Esto que Sarlo señala respecto de la escasez de ofertas de posgrado antes de los tiempos del PROINCE, María Celia Vázquez (G3) lo observa respecto de las publicaciones mientras desliza una crítica a los criterios de evaluación en los tiempos que corren (la palabra «imposición» importa):

> Quiero aclarar que yo pertenezco a una generación a la que afectó el cambio de paradigma en cuanto a las condiciones profesionales que significó la reforma de la educación superior en la década de los noventa. Hasta entonces no proliferaban tantas revistas ni editoriales ni existía la imposición de los criterios evaluativos que se introducen en ese momento. [*2018*]

La distancia de Vázquez respecto del actual modelo productivista que empuja al descuido de las prácticas de docencia y de extensión está lejos de ser una reacción solitaria: Sylvia Saítta (G4) y Paola Piacenza (G4) recuerdan con cierta melancolía los tiempos en que la formación en la cátedra era una apuesta valorada (vuelvo sobre este punto en el capítulo siguiente). «La clase (más que la cátedra) es el lugar de todos los intercambios», observaba hace prácticamente treinta años Daniel Link (G3) y lo sigue observando (1994a:16; 2017:157). Dos muestras: «no puedo, es el día que dicto clases» fue la respuesta dada a una invitación a dar una conferencia en un evento organizado en Santa Fe hace algunos años. La otra respuesta que importa reproducir completa es la que pronunció a propósito de nuestra pregunta sobre su pertenencia al CONICET: «Salvo las becas antes mencionadas, nunca pedí el ingreso a carrera. El CONICET ha hecho, hace y seguirá haciendo mucho daño al área de las humanidades fomentando el trabajo individual de gabinete» [*2015*, *2021*].

Por su parte, Rossana Nofal (G4) que ingresó a la carrera del CONICET como Investigadora Asistente en 2002, ha desoído consejos al momento de apostar a un «perfil profesional en extinción» (como bien ha diagnosticado una exsecretaria académica de una universidad pública): «Leer a contrapelo de esos mandatos fue un eje que organizó mis trabajos y mis días», observa Nofal en la suerte de autosocioanálisis que compone al momento de responder nuestro cuestionario [*2018*]. Su trayectoria no solo no disocia extensión de docencia y de investigación sino que, además, ha privilegiado esta

conjunción al momento de definir su carrera profesional (cf. Nofal, 2006). Esta posición de inicios, tramitada entre mediados de la década del noventa y hasta bien entrado el siglo XXI, buscó contribuir a desmontar prejuicios en más de un plano: por un lado, los observados al construir los problemas de investigación a partir de ciertas prácticas entonces despreciadas (la enseñanza y la extensión); por el otro, los constatados al fabricar objetos de investigación a partir de corpus de literatura para niñxs y jóvenes.[28] Los Talleres del Grupo creativo Mandrágora (cf. Nofal, *2018*]) cuyo trabajo Nofal exponía en lugares centrales de Workshops internacionales que reunían a investigadorxs de disciplinas diversas fue no solo la cantera para producir proyectos de investigación de jóvenes que luego construyeron una carrera en CONICET (cf. García [G5]; Daona [G5]): fue también un modo activista de batallar por un equilibrio entre extensión, investigación y enseñanza más allá del espacio local pero también en él y a partir de él. Una apuesta diseminada entre investigadorxs de más de un polo, de más de una línea del subcampo (cf. Bernabé, 2021; Bernabé *et al.*, 2022; Bórtoli y Coniglio, 2017; Cañón y Hermida, 2017; Colectivo Vera cartonera, 2021; Delfino y Parchuc, 2017; Ferreyra y Zunino, 2021; Frugoni, 2021; García, 2017; García e Indri, 2021a, 2021b; Hermida *et al.*, 2021; Nieto, 2021a; Pacella, 2017; Szurmuk, 2017; Vázquez y Beier, 2017). Obsérvese, por ejemplo, cómo los proyectos institucionales de UNGS buscan generar «impacto» en el «desarrollo local» (cf. Ferreyra y Zunino, 2021:111). Una posición en sintonía con las muy recientes búsquedas de resemantizar la palabrita «impacto» que había llegado a con–fundirse con el capricho voluntarista de

28. El cambio de posición que se registra en el subcampo respecto de problemas de investigación asociados a la enseñanza puede constatarse a partir de un indicador indiscutible: al actualizar la bibliografía de referencia para el capítulo «Enseñanzas de la literatura» incluido en un libro pensado en serie con *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica*, produje una lista abrumadora (cf. Dalmaroni, 2023a). Otra constatación se impone, a propósito de ese mismo capítulo escrito a pedido: decidí ya no ocuparme de las investigaciones sobre literatura para niñxs y jóvenes. Si hasta 2009 era necesario defender aquellos trabajos que, salvo excepciones, se tramitaban en una zona de borde entre la didáctica y la crítica, en la actualidad esta línea del subcampo ya tiene sus congresos, sus publicaciones y sus tesis doctorales específicas así como becarixs e investigadorxs diseminadxs en diferentes polos (cf. Vulponi, 2012, 2022; García, 2015, 2021; Cañón, 2019). Nota de terreno: ya no me encuentro con investigadorxs que lamenten que tal o cual becarix «despreciara su inteligencia» dedicándose a problemas de enseñanza (Santa Fe, 2008) ni con otrxs que desconfíen del carácter literario de la crítica que se ocupa de Isol o de lo que se puede desde una tesis doctoral que aborde estos problemas (Buenos Aires, 2012). La batalla se fue dando, cabe resaltarlo, a pura seducción (nada mejor para la caída del deseo que el lamento plañidero y la victimización).

ser parte de la industria *mainstream*. El intento de desplazar la encandilada valoración excluyente de nuestra producción por su «impacto internacional» a una valoración que atienda a su «impacto social» (cf. Beigel, 2022) cabe destacarse ya que hay algunas señales que reclaman atención: algo más de diez años después de la implementación de políticas públicas que anudaron investigación con enseñanza y posgrado, en particular a partir del PROINCE, José Luis de Diego (G3) realizó una incisiva lectura. Recriminó la falta de equilibrio que, en el arco temporal expandido, llevó al pasaje de un extremo al otro: ya en 2006 alertaba respecto de las consecuencias del descuido de la enseñanza sobre el que también volverá Eduardo Rinesi, prácticamente en los mismos términos, diez años más tarde (cf. Rinesi, 2015a, 2015b). Nótense los significantes que aluden al carácter brusco de estos cambios de criterios:

> En un momento, la docencia era lo más importante. Después vino, casi de modo compulsivo, la cuestión de que todos teníamos que transformarnos en investigadores aun cuando mucha gente no tenía pasta de investigador. Pero todos querían cobrar el incentivo. Y todos se hicieron investigadores. O nos hicimos. Parece que se ha invertido la cuestión: todo el mundo quiere investigar y si se puede no dar clases, mejor. A mí me parece una estupidez. (de Diego, 2006a)

Respecto del CONICET, durante «los años Alfonsín» (Pucciarelli, 2006), se flexibilizaron los criterios de evaluación para incorporar personal en función de atender a las áreas y/o líneas que habían visto afectado su desarrollo debido a la violencia estatal durante las últimas dictaduras. Se tomó en consideración la dificultad tanto para completar posgrados como para desarrollar investigación y docencia oficialmente reconocidas en el país. Sarlo ha vuelto en más de una ocasión sobre los criterios acordados por la comisión disciplinar de entonces:

> Si vos miras mi currículum, el largo, el que se presenta en CONICET, encontrás 1966 y después 1984. En 1966 terminé mi JTP en Latín y en 1984 comencé como titular de Literatura Argentina. Eso no se entiende ni en Marte. No tiene explicación sino en la historia política de la Argentina. Por eso desde el CONICET postulamos, para plantear una situación igualitaria con alguien que hubiera hecho doctorado afuera, que el primer libro que uno publicó es su doctorado. (...) Ese fue el acuerdo doméstico. Fue una construcción del CONICET espectacular. [*2014*]

En una entrevista posterior se pronunció sobre el papel de las comisiones disciplinares en la discusión de los criterios de evaluación de las prácticas lxs agentes. Se advierte una tensión que llega hasta el presente provocada por los

diversos estilos de producción, circulación y consagración de las ciencias y la pugna entre estas por fijar los criterios de ingreso, permanencia y promoción en el organismo (nótese en este pasaje el énfasis en la actitud beligerante: el significante «defender» importa):

> La idea de que no teníamos ninguno de los pergaminos que después veníamos a exigirles a las personas era fuerte. Recuerdo que era tan fuerte esa idea que cuando entramos al CONICET quienes estábamos en la comisión de letras fuimos Ludmer y yo. Ninguna de las dos tenía un papelito de posgrado. Y nosotras propusimos que el primer libro publicado no valiera como tal sino como el doctorado.
>
> A los de ciencias no les pasaba eso. Había que defender la legitimidad del área de humanidades frente a los de ciencia que no tenían ese problema. (Sarlo, 2019)

Sin pasar por alto estos enfrentamientos, no obstante su valoración del CONICET fue constante (de hecho, fue la institución en la que se jubiló, luego de renunciar a la universidad pública por razones que ha repetido en varias entrevistas [cf. Saítta, 2020]). Durante una conversación con Gonzalo Aguilar, Sarlo se pronunció sobre este asunto en los mismos términos que lo ha hecho en otras ocasiones: «Con todos los problemas que puede presentar, el CONICET creo que todavía incorpora por la lógica del mérito» (2014). Su observación no esquiva las discusiones sobre los asuntos conflictivos asociados a criterios de evaluación como a situaciones puntuales: «Después se puede discutir cómo se establece esa lógica (...), pero la lógica del mérito es la única que se considera legítima para ese tipo de reclutamiento, más allá de que pueda haber casos particulares conflictivos» (2014).

La trayectoria y los relatos de Carlos Altamirano (G1) son convergentes con los de Sarlo: «Ingresé al CONICET en 1987» (2019b:121). Entre sus antecedentes de investigación institucionalizados se cuentan una beca financiada por el Social Research Council obtenida en 1984 para estudiar «las relaciones entre el peronismo y la cultura política de la izquierda» (114) y la participación, entre 1984 y 1986, en un equipo dirigido por Hilda Sábato con lugar de trabajo en el CEDES[29] que analizaba el rol de «los partidos políticos argentinos como actores centrales en la transición a la democracia» (114). Su «posgrado» (2019b:89) fueron los cursos que había seguido sobre marxismo con Raúl Sciarretta y con León Rozitchner, los seminarios internos del grupo formado junto a Zanetti, Rosa, Gramuglio y Sarlo (ese que, un poco en broma, llamaron

29. El CEDES se fundó en 1975 como una organización civil sin fines de lucro. Desde 2007 funciona como Unidad Asociada del CONICET (Resolución 2486/07).

«el Salón Literario»), el trabajo en el CEAL y en *Punto de Vista*. Es decir, una trayectoria cuyos capitales específicos, salvo en el grado (Altamirano había obtenido el título de Profesor en Letras en la UNNE en 1963), se adquirieron, en mayor medida, en formaciones.

Si bien las condiciones de reclutamiento de investigadorxs en el CONICET se ha mantenido regular en su valoración central de las publicaciones (cf. Beigel y Baranger, 2019:271), han variado los criterios de ponderación. La crítica a la exigencia de productividad medida desde el privilegio casi excluyente a la publicación de artículos en las revistas clasificadas como Tipo 1 al momento de definir ingresos y ascensos es un denominador común de los relatos de lxs agentes (volvemos sobre este punto en el último capítulo de esta primera parte). Esa exigencia es resultado de una disputa entre los campos y subcampos que integran el campo científico. Una disputa por la definición del sentido de la ciencia expresada en una discusión sobre los criterios de su evaluación (cf. Beigel, 2017:856) que hoy reposan en la idolatría de las métricas como antaño lo hicieran en la asepsia de los metalenguajes, supuestos garantes de «cientificidad» de las humanas y sociales (cf. Lévi–Strauss, 1966). Repongo, a modo de ejemplo, el pasaje en el que María Mercedes Rodríguez Temperley (G4), filóloga especializada en ecdótica, cuestiona con fundamentos disciplinares específicos estas exigencias de rendimiento mientras detalla por qué no es posible publicar resultados parciales de investigaciones cuando se trabaja en líneas como las que lleva adelante. La estandarización de las evaluaciones siguiendo patrones de las ciencias naturales y de ciertas líneas de las sociales y humanas (cf. Sapiro, 2018, 2019) desconoce lógicas específicas de producción y de circulación de nuestros objetos e impulsa a hacer malabares para sobrevivir dentro de las instituciones:

> Desde antiguo se sabe que la prisa y la eficacia a cualquier precio están reñidas con el conocimiento. Justamente, el trabajo de transcripción de textos (manuscritos o impresos, a veces muy extensos) es la etapa previa a toda edición crítica y exige un tiempo imposible de abreviar. Durante dicha fase no es posible adelantar resultados parciales ya que hasta que el testimonio no esté transcripto hasta el último folio no se puede ni se debe especular con ningún análisis por el simple hecho de que lógicamente este resultaría incompleto. Por lo general, una edición crítica bien hecha es un trabajo de años que suele ser esperado por especialistas de la disciplina y también por lectores que buscan ediciones anotadas que enriquezcan su lectura. La situación mencionada ha obligado, en muchos casos, a que el filólogo deba alternar y coordinar sus tareas de edición con otras investigaciones paralelas que le permitan obtener resultados pasibles de ser publicados para

> cumplir así con los requisitos solicitados por las instituciones en las que trabaja. Sostener en el tiempo el estudio de varias líneas de investigación sobre distintos temas, a la vez que se está realizando la edición crítica de un texto, implica un esfuerzo descomunal que no siempre es advertido o suficientemente valorado por colegas de otras especialidades, sobre todo en instancias de evaluación en las que parece haberse instalado el reino de la cantidad por sobre los aspectos cualitativos que deberían primar en toda investigación científica. [*2017*]

Un ejemplo ilustrativo, tal vez didáctico por demás, respecto del contraste de prácticas de los estudios literarios con las del campo de las ciencias naturales: en una colección de divulgación de una editorial cartonera argentina se debió registrar como primer libro de un biólogo del CONICET el que la mencionada editorial estaba por publicar. Se trata de un Investigador Independiente. Cabe señalar que así como desde nuestro subcampo ni siquiera fantaseamos con imponer nuestros criterios como «los» criterios del organismo, del mismo modo manso naturalizamos la imposición de criterios ajenos a nuestras especificidades disciplinares al momento de ser evaluadxs. Esta actitud dócil (una aceptación transida por la inercia y la resignación) empieza a cuestionarse desde más de una disciplina y desde más de una posición en el campo nacional y transnacional (cf. Beigel, 2020; Pecheny, 2020, Sapiro, 2021a).

Por último, algunas consideraciones sobre coyunturas atravesadas por lógicas heterónomas que suscitaron que no fueran los capitales específicos los determinantes para definir el ingreso y/o la permanencia en una institución, sea el CONICET, sea la universidad. A los relatos y trayectorias ya analizados respecto a entradas y salidas de la universidad debido a la violencia estatal durante y entre las dictaduras, se anexan otros respecto del CONICET en los años de la llamada «reacción tradicionalista» (Albornoz y Gordon, 2011) durante el primer ciclo de la posdictadura. Es importante subrayarlo: los relatos recogidos para esta investigación ponen en evidencia valoraciones en conflicto respecto del CONICET ocasionadas por los vaivenes en sus criterios de evaluación debido tanto a decisiones tomadas por las comisiones disciplinares como al baile al compás de las políticas pergeñadas por los gobiernos que ocupen el Estado. Así, frente a los relatos que destacan una «construcción del CONICET espectacular» (Sarlo, G1) aludiendo a los primeros años de la recuperación democrática, recogimos otros que muestran los retrocesos en el organismo ocho años después: Gustavo Bombini (G4) no pudo renovar su beca doctoral dirigida por Ana María Barrenechea (G1) por usar en sus investigaciones sobre la enseñanza de la literatura en la escuela secundaria «bibliografía parcial e ideológica» (Bombini, 2004:9). Esta descalificación obtusa se

enunciaba en 1991 y se aplicaba a la obra de Adriana Puiggrós,[30] referencia insoslayable en todo estado de la cuestión sobre la historia de la enseñanza en Argentina (cf. Bombini, 2022).

El año siguiente Ana Porrúa (G4) pasó por una situación similar. Su relato contrasta la autonomía de criterios de la UNMdP frente a las coerciones ideológicas de aquel CONICET:

> En 1992, durante el gobierno de Menem, cuando Matera estaba a cargo de la Secretaría de Ciencia y Técnica, quedé afuera del CONICET, como muchos otros becarios, con un dictamen extemporáneo sobre un informe de Iniciación que ya estaba aprobado. Un dictamen extemporáneo y escandaloso. En ese dictamen (...) se decía, entre otras cosas, que yo no hacía crítica literaria sino ideología porque trabajaba la poesía de Ernesto Cardenal y Roque Dalton. En el mismo año, obtuve una beca de Perfeccionamiento en la UNMdP con la que llevé adelante parte del doctorado. [*2015*]

Ana María Zubieta (G2) contrapone las políticas del CONICET durante los primeros años de la restitución democrática con los de la «reacción tradicionalista»:

> Ingresé al CONICET en 1986 a Carrera de Investigador porque (...) reconocieron mis antecedentes y la ausencia de inserción institucional durante los años de dictadura. Renuncié en 1995 por disidencia con los procedimientos de su comisión evaluadora a la cual habían reingresado personas que habían actuado en ella durante la dictadura. [*2015*]

El relato de Adriana Rodríguez Pérsico (G2), fechado durante el último ciclo de apuesta a la ciencia y a la educación, compara el CONICET de ese momento con el de la «reacción tradicionalista», transido por la persecución ideológica, en especial durante el período en que Raúl Matera quedó al frente de la SECYT [*2014*]. Una comparación que enfrenta políticas públicas de dos gobiernos peronistas o, quizás, de una refundación del peronismo (Forster, 2013; González, 2011b) frente a un «peronismo fuera de las fuentes» (González, 2008). En todo caso, más de un peronismo. Más de un Estado. Más de un CONICET (cf. Anexo 3, Entrevistas).

---

30. Sobre los obstáculos ideológicos que tuvo que enfrentar Adriana Puiggrós para reinsertarse en las instituciones argentinas al regreso de su exilio en 1986, ver Carli, 2016.

Formas de acumulación de capitales: herederxs y no herederxs

El análisis de las trayectorias de lxs agentes y de sus relatos exhibe la consecuencia de una marca del sistema educativo de nuestro país: lxs agentes de la muestra, profesorxs universitarixs y/o investigadorxs del CONICET del subcampo de los estudios literarios, constituyen una población heterogénea en términos de capitales culturales heredados. Esto se ve favorecido por las condiciones de ingreso a la educación superior que ubican a la Argentina en un lugar diferencial respecto de los países de la región y de buena parte del mundo. Los cuentos que lxs agentes cuentan vuelven sobre esta marca: a la precariedad de infraestructura de las instituciones y a la inestabilidad de las políticas públicas, oponen la posibilidad de contar con una formación superior gratuita de calidad, con postgrados con bajos aranceles y con una universidad con ingreso irrestricto en la mayor parte del período estudiado. En muchos casos, incluso en herederxs, se verifica la importancia de la escuela pública en el estímulo intelectual. Este es un denominador común de todos los grupos: lxs agentes ratifican el lugar central de la educación pública en su trayectoria mientras dan a entender lo que pueden las instituciones, aun en circunstancias y condiciones adversas. A continuación, algunos ejemplos.

El relato de Leonardo Funes (G3) refuerza lo que su trayectoria revela: no se trata de un heredero sino de alguien que construyó sus capitales específicos vía la educación pública. Funes describe lo que aprendió en las escuelas primaria y secundaria en las que estudió mientras pone en valor la importancia de una enseñanza con contenidos. La postal de una primaria del conurbano a la que los días de lluvia algunxs estudiantes llegaban a caballo para poder sortear el barro de las calles, la imagen inicial de Funes terminando la secundaria junto a su madre que estaba a su vez terminando la primaria y su recuerdo de que durante los años treinta y más adelante, por lo general, las familias de clase trabajadora solo apostaban a la educación del hijo varón, no solo aportan datos respecto de la importancia de aquella educación pública en la movilidad social ascendente en Argentina. Como buena parte de los cuentos recogidos en este apartado, este funciona como estímulo para lxs no herederxs y/o para todxs lxs que experimenten dificultades al momento de atravesar ciertos «umbrales»:[31]

31. Ana María Camblong construye esta categoría para dar cuenta de la zona de pasaje del espacio familiar y/o barrial al institucional (cf. Camblong y Fernández, 2012; Camblong *et al*, 2012; Camblong, 2017). Su concepto complejiza el análisis de este tránsito al poner de manifiesto las dificultades que experimentan lxs «no herederxs» (Bourdieu y Passeron, 1964, 1970) para quienes esa experiencia supone una discontinuidad: un choque de

> Provengo de una familia obrera. Mis padres no tuvieron la ocasión de terminar ni siquiera el ciclo primario. De hecho, mi madre terminó la escuela primaria el mismo año que yo terminé la secundaria. Pero mi tío materno, mi único tío materno, sí tuvo ocasión de estudiar. Es lo que solía ocurrir en las familias humildes, donde se ponía todo en el hijo varón para que avanzara. Mi tío llegó hasta el nivel terciario y fue después director de una escuela primaria. Muy temprano, en mi caso, a los ocho o nueve años, mi gusto por la lectura ya estaba presente y fue mi tío, entonces, la figura familiar que me introdujo en el campo de la literatura. Mi gusto fue parejo siempre por la literatura y la historia. Así que esa inclinación por áreas humanísticas estuvo ya desde el final de mi escuela primaria. Estamos hablando de una escuela primaria de excelencia como ya no se ve. Una escuela pública. Pero no estoy hablando de grandes instituciones que todavía existen como el Instituto Bernasconi, y otros lugares, como las escuelas más tradicionales en cada provincia, con una larga historia. Me estoy refiriendo a escuelas comunes del conurbano bonaerense, donde en mi caso, en los días de lluvia, todavía tenía compañeros que venían a caballo porque si no, no podían cruzar los caminos embarrados. O sea, una escuela absolutamente común. Sin embargo, tuve la suerte de que fuera una escuela con un énfasis muy fuerte en lo humanístico, por lo que terminé con conocimientos de historia, de arte, y de literatura que hoy no están ni siquiera en el nivel secundario. Y a pesar de que hice la escuela secundaria en el Comercial, es decir, con el título de Perito Mercantil y que, por lo tanto, las horas humanísticas eran menores, esas horas terminaron siendo para mí las principales. Así que cuando terminé la secundaria, ya estaba totalmente orientado hacia el campo de las letras. Y en ese momento decidí que fueran las letras y no la historia, porque evidentemente era lo que más me gustaba. [*2014*]

El poder de los libros a los que se accede vía las instituciones públicas tiene en los relatos de Nicolás Rosa (G1) un lugar definitivo. Max Hidalgo Nácher recoge pasajes tomados de una entrevista en la que los énfasis se ponen tanto

---

habitus transido por una situación de desigualdad invisibilizada tanto por la lógica del «don» como por la del «esfuerzo». Lo que las instituciones educativas no suelen asumir es que el «éxito escolar» es tributario del capital cultural heredado ya que la cultura escolar trabaja sobre contenidos próximos a los capitales culturales del sector social del que provienen lxs herederxs. Por lo tanto, las buenas resoluciones de lxs no–herederxs no dependen solo de la «inteligencia» de lxs estudiantes y/o del esmero que pongan en las tareas sino, en especial, de cómo se logre tramitar el hiato entre lo enseñado en la escuela y lo aprendido en el grupo familiar y/o barrial.

sobre objetos hallados un poco por azar como en la potencia de los envíos e impulsos desatados en dichos espacios:

> Preguntado en una entrevista televisiva por quién le transmitió el placer de la lectura que reivindica, responde: «Nadie. (...) Yo pertenezco a una familia muy pobre, y cuasi analfabeta». Y añade: «En mi casa nunca hubo biblioteca: no había libros». Leamos el relato oral de Rosa: «Yo vivía en un barrio y a tres cuadras de mi casa había un pequeño negocito y había un cartelito que decía "Biblioteca Pablo Pizzurno". Interesante, porque ahora tengo que ir al Ministerio y se llama el Palacio Pizzurno. Ha habido un tránsito largo de ese niño de los siete u ocho, de los doce años, a ese otro tránsito para hablar con la Ministra. El tránsito pasó por los libros. Yo era analfabeto absoluto hasta la edad de doce o trece años. Y un día llegué a mi casa de la escuela —porque yo iba a la escuela, pero no sé para qué iba a la escuela, porque yo no entendía nada, ¡nada!— y, entonces, como toda persona que viene de un campo no culto, yo fui a la biblioteca y vi libros, y el libro más grueso me pareció el más importante. Era *La montaña mágica* de Thomas Mann. A partir de ahí, yo me volví un adicto. Soy un adicto, no a las drogas sino a la lectura. Nunca paré de leer hasta la actualidad». (Hidalgo Nácher, 2017:44)

Hidalgo Nácher advierte en esta conversación un detalle fundamental: «La entrevistadora le preguntaba por un placer, y él respondía con un vicio: el de la lectura» (44). Este hallazgo es remarcable: etimológicamente «vicio» connota la idea de falta o defecto; también conduce a la de exceso sancionado desde una moral. La lectura equiparada a un vicio y a una «adicción» remite a su necesidad compulsiva pero también alude a una práctica pensada como no propia de los habitus de la clase de origen.[32]

---

32. En una de las consultas a Alejandro Gasel (G5), investigador del CONICET y profesor universitario, esta posición se deja entrever al momento de corroborar su ingreso a la carrera del organismo: «No lo puedo creer», «es muy fuerte» son fórmulas que se repiten en su relato. Se trata de un agente que construyó su carrera entre dos universidades de polos periféricos (la UNL primero, la UNPA después), el CONICET y circuitos internacionales (integrante de una red latinoamericana con la Universidade Federal de Santa Catarina, Fellow Visiting Professor en Newcastle University, becario Humboldt): «Me emocioné mucho. Pensé en mi vieja. En lo que me hubiera gustado compartir esto con ella. En todo lo que hizo por mí. En los miedos que tenía de que vaya a la universidad: que había que pagar por mes, que era caro porque había que vestirse de determinada manera. Yo tuve un tiempo que codifiqué mi adolescencia y mi relación con ella como desamparo porque ella siempre estaba trabajando. No obstante, a través de la palabra de otros pude aprender a ver que fue ella quien siempre estuvo y me protegió con las herramientas que contaba: la de una madre de siete hijos,

Esta entrevista que Hidalgo Nácher exhuma está datada en 1998: año en el que Rosa visitó la UNT y sostuvo esta conversación con María Blanca Nuri en el programa televisivo «Los juegos de la cultura». En espacios menos expuestos del subcampo como un medio de circulación local, clases para un grupo reducido en un ciclo de posdoctorado de la UNC (cf. Rosa, 2006) o conversaciones con lxs autorxs de un manual para nivel medio (cf. Leona, 2020) se encuentran estos relatos sobre sus comienzos. En estos espacios alejados de sus focos de disputa habituales (esos que activaban el uso de la palabra como un estilete y la irrupción de sus «rosemas», figura que Paola Piacenza (2018) inventó para caracterizar los giros irónicos y distantes que con asiduidad movilizaba allí) Rosa contaba otros cuentos. Aparece otro personaje. Así, en conversación con Pablo Leona, Diego Iturriza y Bautista Serigós (cf. Leona, 2020;

semianalfabeta, que limpiaba casas o cuidaba ancianos y repetía que "solo sabía trabajar". Un tiempo después de su muerte, mis profesores de secundaria me recordarían que era quien iba a las reuniones en la escuela, retiraba la libreta de calificaciones y atendía todas las cuestiones propias de una madre. Me acordaba de Germán Prósperi y de Chabela [Isabel Molinas] que la conocieron a la Teresa, así se llamaba, en el paraninfo de la UNL cuando fue a retirar mi premio de mejor promedio de la Licenciatura en Letras. Y por esas neurosis galopantes nunca pude preguntarle qué sintió. ¿Qué habrá sentido la Teresa cuando entró a ese paraninfo pretencioso de la UNL? Ella, una mujer peronista que hacía choripanes y que sintió que su hijo no pertenecía pero que ahora tenía que estar ahí. Qué loco este mundo. Cuando empecé a viajar a Europa necesitaba que la llame desde el otro lado; me pedía que la llamara por teléfono desde Alemania o Reino Unido y le contara cómo era eso. Vivía a través mío. Todo el tiempo recibía advertencias de que no me olvidara de que ella esperaba que la llamara. Fue muy impactante para ella cuando mi colega inglés Matt Benwell, con quien investigábamos en Newcastle University, pasó a saludarla por el barrio y conversaron. Fue una experiencia que me relataron ambos. En cierto modo, todos nos transformamos un poco mucho» (2021c). Cuando Sandra Carli pone en duda, sobre la base de la población que estudia, que la universidad pública argentina «cre[e] las condiciones para una experiencia plebeya» (2012:184), efectivamente, está hablando de la UBA, como bien observa en su libro. Los testimonios recogidos en esta investigación convergen con los suyos. Los relatos respecto del filtro y/o la incomodidad que representa la desigualdad de capitales específicos entre estudiantes de grado según «el tipo de escuelas secundarias» (Carli, 2012:184) aparece, por ejemplo, en los relatos de Bombini (G4), Nieto (G4) y Arpes (G4), exalumnos de la UBA; también aparece en el relato de Maciucci (G3) en la UNLP (cf. Anexo 3, Entrevistas; cf. Bombini, 2017 [2023]). La crítica a la atención puesta en la enseñanza desentendiéndose de lo que esta provoca en lxs estudiantes irrumpe en testimonios recogidos entre egresadxs y/o estudiantes de la UBA de los ochenta (cf. Schuvab, 2021; Mitelman, 2021) y del siglo XXI (cf. Esteban, 2022). Junto con esos cuentos están estos otros sobre la UNL, la UNPA, la UNR, la UNT y más allá. Cuentos que también involucran al CONICET, en ciertos períodos, y que dan cuenta de una lógica de inclusión y de movilidad social ascendente aún viva, a pesar de todo (cf. Anexos 3, Entrevistas).

Muslip, 2020), parte del equipo coordinado por Ana Atorresi que junto a Santiago Gándara, Laura Kornfeld, Cecilia Magadán y Eduardo Muslip preparaban entonces un manual para la escuela secundaria, repitió el que había contado ese mismo año en Tucumán, pero le agregó detalles entre los que se destaca la vuelta sobre un origen de clase que diferenció del de buena parte de lxs colegas de su generación:

> Yo pertenezco a una familia casi lumpen, marginal. En mi casa no había un solo libro. Mi madre, de cierta cultura, había terminado la primaria. Mi padre era analfabeto. Esto es muy infrecuente entre los intelectuales de mi generación. Luego, yo, analfabeto total, iba al colegio pero no entendía nada porque miraba todo el día por la ventana (no sé qué miraría). Un día cayó en mis manos un objeto de un cierto grosor y descubrí que eso se llamaba «libro» y lo tomé. Se llamaba *La montaña mágica* y la persona que dice haberlo escrito, Thomas Mann. Lo abrí y comencé a leerlo. Tendría unos doce años. A partir de entonces no dejé de leer, en ningún momento de mi vida. (1998:28)

Su insistencia en ese inicio por azar indica algo más: se trata de un recuerdo que volvía a sus sesenta años y que recién entonces trajo a la conversación pública con un detalle que acaso solo hubieran conocido antes quienes habían sido sus alumnxs y compañerxs (infiero esto por ciertos comentarios que aparecen en textos de Jorge Panesi [*2017*], entre otros).[33] Mencionó, por ejemplo, los textos que le gustaba leer en detrimento de aquellos sobre los que solía escribir y trabajar. Como observara en el prólogo a *El arte del olvido*: «elegirse crítico, amén de la presuposición pulsional superyoica que funda la elección, es ubicarse del lado de una cierta indigencia semiótica —vivir del sentido y del "valor de los otros"» (1990[2004]:9). En estas conversaciones que tuvieron lugar en espacios periféricos del campo académico dio letra a un autosocioanálisis reñido, en buena medida, con el personaje público más conocido a partir de

33. Como si fuesen notas de terreno, Laura Estrín (2016), Milita Molina (2016), Oscar Blanco (2016) y Dardo Scavino (2016) recogieron frases tomadas de sus seminarios, clases y conversaciones de pasillo. Junto a los «rosemas» rescatados por Piacenza (2018), contribuyen a exhumar prácticas de esa «figura académica admirada y temida por igual», como reza el copete de la reseña que Maximiliano Crespi (2020b) publicó en la revista Ñ sobre *Nicolás Rosa* de Milita Molina (2018) y como deslizó María Celia Vázquez al notar la perturbación de María Moreno que no se privó de recordar, en las primeras páginas de Panfleto: erótica y feminismo, que «el bueno de Nicolás» solía decirle, «a modo de elogio», «¡pero María, vos no sos feminista!» (Vázquez, 2022). Véase en el texto de Scavino la construcción de un pequeño diccionario sobre términos asociados a su obra estudiada de modo exhaustivo por Carlos Surghi (2021).

sus contenciosas y siempre incisivas y filosas intervenciones en los congresos de aquellos días. Así, la pregunta «a usted, ¿qué le daban a leer en la escuela?» le dio letra para expandir enunciados presentados de forma oblicua en el prólogo a *Los fulgores del simulacro*: el poder transformador de los libros junto al sutil recuerdo de habitus marcados por un origen de clase. No es casual que Sartre, con su creencia en el poder de la palabra (cf. Sartre, 1946), ocupara un lugar tan importante en su biblioteca teórica junto a Freud: si el primero teorizó su poder de transformación social, el segundo fundó allí una posibilidad de la sanación. Se trata de lecturas que lo expresaron con acentos diversos según fue pasando el tiempo. Teorías que buscaban, como él hará siguiendo a Barthes y a Derrida, una escritura:

> Nada. Mis maestras eran... eran buenísimas, buenísimas. Las maestras remplazaban a la madre: lo besaban a uno, le hacían caricias. Había una maestra reemplazante, una señora mayor, que un día me llama y me dice: «Decime Nicolasito, ¿no tenés otro guardapolvo?». Y yo no entendía nada. Claro, el guardapolvo con el que yo iba estaba lleno de remiendos. Me lo habían regalado. Mi madre lo planchaba con almidón para que me quedara impecable. Así que la maestra llamó a la Asociación Cooperadora para que me regalaran un delantal nuevo. Es interesante que estas experiencias, que son experiencias del recuerdo, yo nunca las hubiera dicho hace quince años atrás. Me vuelven ahora. Ahora, en el comienzo de la vejez, vuelve la infancia. La infancia absoluta, la de los tres o cuatro años. Yo siempre pensé que eso había quedado en el trasfondo de la conciencia y no podía ser rescatado. Y ahora vuelve: la manera en que uno comía, en que uno se sentaba a la mesa, en que mi madre me hacía caricias, o las cachetadas que me daba cuando yo decía alguna tontería. O si no, repetir los gestos de los padres, los tonos de voz. Una herencia entre física e imaginaria. Una cosa bastante deslumbrante, en su pequeñez. (1998:28)

Hay referencias subrepticias a estos orígenes en buena parte de su obra. En el prólogo de 1986 para los trabajos reunidos en *Los fulgores del simulacro* se insinúan estos comienzos: el encuentro con un libro que marcó su vida y que contribuyó a hacer de ella lo que fue. Insospechado derrotero provocado por el «hacer cosas con palabras» al que Rosa estuvo atento:

> Por obra de una alucinante metabolización convertí a toda la literatura que me sirvió de alimento —de Homero a Bourroughs, de Heidegger a Parménides—, metabolización increíble en un sujeto proveniente de una familia desclasada y casi proletaria, en el sustrato «orgánico» donde se re–construyó mi vida pulsional

> en una posterioridad convulsiva, donde lo real de mi cuerpo y la triunfante impostura de lo textual todavía hoy viven en conflicto permanente y por momentos demasiado vívido. Si el deseo es realmente una catástrofe en la vida psíquica, diría que, en mi caso, leer mis primeras lecturas, fueron la catástrofe de mi vida imaginaria. Sin esas lecturas, mi vida habría transitado otros ámbitos, escuchado otras voces, recorrido otros caminos, otros destinos. (1986:12–13)

En el otro arco de su producción, casi sobre el final, aludió a lo que retornaba de sus comienzos:

> Con el correr del tiempo, y es una fuerza incontrolable de la que no soy responsable, vuelvo a vivir asperezas de la infancia a través de los escritores de la infancia, ya se llamen Cortázar o Carrera, me controlan pasiones potentes de mi pasado individual, entre los dramas de la necesidad y las colisiones imaginarias que me produjeron mis primeras lecturas. (2003:220)

Relatos críticos, objeto de sus clases en un ciclo de posdoctorado de la UNC que se dictó apenas unos días antes de su muerte, confirma un recorrido que se explica, en parte (siempre solo en parte), por la incorporación productiva de una frase que ya rondaba en *El arte del olvido* y en *La lengua del ausente*: «Nunca me miras allí donde yo te veo». En esta frase de Lacan que Rosa retomó (2003:117) se sugiere el lugar del desencuentro como motor de su escritura y con ella, de la vida misma que, entre líneas, también llevó a la letra mientras trabajó sobre los libros de otrxs. En los entresijos, habló de sí: contó este cuento de ascenso social y de construcción de una trayectoria profesional a partir de la acumulación de un capital cultural que no había recibido por herencia. Una acumulación que se convirtió en manifiesto objeto de deseo.

En el relato de Antelo (G2) el estímulo familiar de tíos y padres eruditos se potencia con la educación que ofrecía una escuela pública primaria de la ciudad de Buenos Aires en 1960. La evocación de las acotaciones de la maestra de dibujo o la descripción de las piezas elegidas por la de música son muestras del lugar que el contenido tenía en aquellas clases. Estímulos que se combinaron con la curiosidad que llevaba a aquel niño que Antelo fue a explorar con «persistencia» las bibliotecas públicas del barrio y de la ciudad (como en los relatos previos, la importancia de lo público —las escuelas, las bibliotecas— es una constante):

> Las letras empiezan con los cuadernos *Lanceros Argentinos de 1910* que mi tío Paco Riveiro me regalaba todo mes de diciembre para que practicase y no me

olvidara de la escritura. Habrá seguido con los libros de Calleja de mi madre y la biblioteca nada despreciable de mi padre. Aunque químico, había hecho el profesorado y estudiado con Henríquez Ureña, por lo tanto toda la bibliografía filológica estaba en peso, abonando el interés que él mismo nutría por el origen de las palabras, la historia, los romanceros, etc. Mi madre aportaba lo suyo, alumna de Capdevila y Pilar de Lusarreta (el cintillo de brillantes) en el Liceo. Lo decisivo (y mío) era la persistencia en frecuentar bibliotecas públicas del barrio: la del colegio Derqui, hoy desaparecida, donde se destacaba el busto de Voltaire en una biblioteca que guardaba los clásicos latinos en traducciones de Rivadaneyra (el olor de esos libros encuadernados en cuero de Rusia), o los libros que rescataba, sin haber sido aún abiertos, encaramándome a las escaleras de madera para llegar a los últimos estantes. Estaba la del barrio, mala, pero que me divertía, frente a la estatua de Larrea, en la plaza Vértiz, o un poco más allá, la de la sociedad Luz, con sus ladrillos de vidrio muy Bauhaus. De las maestras de primaria, la de dibujo, cuyo nombre la torpeza me hace olvidar, a la que le fascinó que perfilara con trazo negro las figuras. Muy expresionista, me dijo. ¿De dónde lo sacó? Creo que de alguna revista en casa, algo dedicado a Juan Gris. Años después, vería un auténtico Juan Gris en la casa de los descendientes de un escritor argentino que había mantenido una agencia de periodismo en París y era amigo de Gris, Vallejo, etc. Y la maestra de música, claro, Vilma Gorini, con quien aprendí a cantar en el coro. Todo. De Rameau (*«Frère Jacques, Frère Jacques,/ Levez–vous! Levez–vous!/ Sonnez les matines, Sonnez les matines,/ Bing, Bong, Bong!»*) a la paloma equívoca de Guastavino, sin dejar de lado los negros spirituals («Every time I sing the spirit»). Escuela pública de 1960. [*2015*]

Un significante se repite en los cuentos sobre su formación: «pública». En una muy breve biografía que escribió a pedido para ser insertada en un libro cartonero destacó: «Raúl Antelo estudió en instituciones públicas: el colegio Fray Justo de Oro, el Nacional de Buenos Aires, su universidad y la de São Paulo, donde se doctoró» (2021b). La insistencia revela su toma de posición sobre un tema que le importa y que desliza, como al pasar, mientras apunta datos sobre su trayectoria.

En los cuentos de Nora Catelli (G2) la universidad pública insurge como el lugar donde se reacomodaron aprendizajes de órdenes diversos construidos en la familia, junto a profesoras particulares y en las instituciones privadas en las que se había formado antes de ingresar a la carrera de letras. La descripción de sus inicios en la universidad tiene una diferencia de tono respecto de las que refieren a experiencias educativas previas, transidas por la obligación («me mandaron a estudiar inglés desde el jardín de infantes de Mrs. Humphries,

en una casa modesta de una probable viuda de algún empleado de ferrocarriles» [2002–2003:2]) y la distancia («Las Adoratrices no eran los jesuitas, pero hasta cierto punto imprimían carácter: la base de esta forja era detestable, clasista y antiintelectual» [2]). Esta distancia crítica no le impide valorar los capitales allí acumulados entre los que se cuenta el entrenamiento temprano en la confrontación de argumentos:

> Tuve dos bibliotecas distintas: la francesa, que era una combinación de la de mi madre y las de mis abuelos paternos. Y la otra, que incluía la de mis tíos maternos (...). Además de las dos bibliotecas estaban los circuitos jerárquicos: mi abuelo Emilio Catelli amaba a Verlaine, a Darío y a Guido Spano y detestaba a Neruda: «¡pianos derretidos!» protestaba —aludiendo en realidad a un cuadro de Dalí— cuando yo defendía *Residencia en la tierra*. Mi abuelo Quiroga idolatraba a Belisario Roldán: la oratoria era algo muy estimado en la calle Dorrego donde vivíamos todos. (3)

Esas herencias se reorientaron por la experiencia en la universidad pública. Su opción por las letras fue, en buena medida, una apropiación de los primeros resultados del ejercicio de la argumentación razonada. Un ejercicio de disidencia:

> Hasta los diecisiete años solo fue la familia; la vida social era su mera extensión. Dentro de ese núcleo, se suponía que iba a estudiar Derecho. Pero me inscribí en Letras. La universidad fue para mí el lugar verdadero donde se cruzaba todo, todo chocaba, todo interpelaba. (2002–2003:39)

En más de un punto los relatos de inicios de Catelli y de Antelo hacen serie con los de Eleonora Tola (G4):

> Mis inicios con la literatura se remontan a la infancia, en el marco de mi entorno familiar más cercano. Por un lado, mis padres eran, ya en su momento, dos prestigiosos investigadores del CONICET en la especialidad de Filosofía de la India (Dr. Fernando Tola y Dra. Carmen Dragonetti) y, desde siempre, tuvieron particular interés en inculcarme la pasión por la lectura y el conocimiento. Mi casa familiar era más bien una gran biblioteca que albergaba no solo libros de la mencionada especialidad, sino también de diversas áreas de la cultura. Por otro lado, antes de dedicarse de lleno a la Filosofía oriental y convertirse, junto con mi madre, en los mayores referentes de su disciplina en el mundo de habla hispana, mi padre se desempeñó como profesor de Latín y Griego antiguo durante muchos años en la Universidad Nacional de San Marcos en Perú, su país de origen. A raíz de ello, una vez radicados en Argentina

> tras una larga estadía académica en la India, mis padres optaron por enviarme a un colegio italiano (Cristoforo Colombo) que incluía en su sistema educativo el estudio del Latín desde sexto grado hasta el último año del secundario, es decir, durante siete años. En esa etapa tuve la oportunidad de conocer y apreciar la literatura italiana y europea gracias al contacto con excelentes profesores —principalmente, el profesor Michele Codipietro y la profesora Maura Migliardi— y con libros de estudio provenientes de Italia que incorporaban, en su planteo metodológico, enfoques críticos de la literatura. En este sentido, la lectura de la *Divina Commedia* de Dante Alighieri en su lengua original a lo largo de tres años o la profundización de la poética de Giacomo Leopardi fueron sumamente influyentes en mi inclinación por las Humanidades, en general, y por la literatura, en particular. [*2018*]

El relato de Pablo Alabarces (G4) evoca la temprana estimulación a leer tanto por un núcleo familiar ampliado formado por xadres, tíxs y primas como por las instituciones escolares. Esos dos círculos marcaron los tipos de lecturas. La falta de una «gran biblioteca» y el armado de una propia en base al azar de la enseñanza escolar, «regalos y donaciones» signaron los consumos culturales de su infancia y de su adolescencia:

> Lector voraz: eso me definió desde muy chico, apenas alfabetizado. Lector de «vení, nene, a leerle en voz alta a los tíos». No había gran biblioteca en casa (una biblioteca de Reader's Digest, digamos), así que la fui armando con regalos y donaciones (entre ellas, la biblioteca femenina de mis primas, mucho mayores: leí a Louise May Alcott antes que a Salgari). Mi maestra de sexto y séptimo me hizo prometer en público que le iba a dedicar mis libros. Creo que a los 12 años había decidido escribir, me consideraba un proto–escritor. Un profesor de literatura de cuarto año me dio el último empujón para estudiar Letras. [*2018*]

Este cuento de Alabarces se potencia al leerlo en cruce con la dedicatoria a su libro *Fútbol y patria* (2002b):

> A mis viejos, hijos de inmigrantes, que nunca pudieron estudiar en la universidad: a mi madre, que no pudo ser arquitecta, y hace treinta años me prometió que yo iba a hacer lo que quisiera, sin imposiciones ni reproches, con todo el apoyo y el amor; a mi padre, que llegó a *empleado* por prepotencia de trabajo y esfuerzo, y que tiene como deporte favorito ir a las presentaciones de mis libros y a los conciertos de sus hijos músicos, desparramando orgullo. A ellos, viejos queridos, que pudieron cumplir, en los más injustos tiempos de nuestro país, el sueño argentino por excelencia: *m'hijo el doctor.* (2002b:9)

La biblioteca de las primas en Alabarces tiene un papel comparable al que en Adriana Amante (G4), la de su madrina: la lectura de Ramos Mejía a los dieciséis años está ligada a esa figura convertida en modelo aspiracional. La familia de clase obrera, mitad lectora, mitad no lectora, cooperó en la transmisión de la importancia de los libros junto a una toma de posición respecto de cómo debían ser tratados (la sacralización del objeto material como su opuesto es una tensión que atraviesa los relatos de lxs agentes de todos los grupos):

> Respecto de la biblioteca, me marcó cierto tipo de lecturas y de gustos. En mi casa, por ejemplo, había una muy buena biblioteca, pero también un contraste muy fuerte: mi mamá era muy lectora y mi papá no. Mi papá era carnicero y tenía una gran predisposición a que se alimentara la cultura letrada en mi casa aunque él no tuviera una participación activa. Mi papá nunca me leyó: todas las cosas que yo fui produciendo mi mamá se las leía y se las explicaba, digamos.
>
> Tuve una gran marca de mi madrina, que había sido maestra de primaria de mi mamá y que tenía una formación múltiple: era artista plástica, cantaba, estaba muy vinculada a escritores, como Enrique Molina, Sigfrido Radaelli o Rafael Alberti. Ella fue quien creó el primer gabinete psicotécnico en Argentina. Entonces tenía una biblioteca de psicología muy importante que mi mamá heredó. Por ahí yo entré a todo el positivismo argentino, como Ramos Mejía, intereses que quizás a los 16 años no son frecuentes. Eso me marcó mucho porque encontré un modelo intelectual–artístico al que yo quería parecerme: yo podía llegar a ser como ella. Eso fue fuerte también: cómo uno va teniendo apego a los libros y a la biblioteca de otro, de otra. A mí me llamaba la atención el tipo de subrayado y de marcado que mi madrina hacía en los libros, a lo Borges: anotaba atrás y ponía, por ejemplo, página 28, tal cosa, página 30, tal otra. Después yo adopté un sistema totalmente diferente de escribir sobre los libros, pero me acuerdo de eso. Me acuerdo de que mi mamá también los escribía. Estaba la idea de que los libros estaban para ser aprovechados, que tenían que ser manoseados, usados; pero a la vez no puedo sacarme de la cabeza lo impúdico que aparece en las marcas en los libros. A veces, cuando voy a una librería de viejo y veo lo que otros han marcado o escrito, siento una especie de pudor ajeno. Es interesante: porque ese pudor no debería impedirme ser sincera y franca cuando leo... [*2018*]

La biblioteca armada por azar sobre la base de una combinación de lo disponible en librerías del barrio y de lo que ofertaban los vendedores ambulantes que pasaban, casa por casa, en especial con su provisión de enciclopedias y diccionarios, es una marca que llega hasta los agentes del G4. Lidia Amor (G4), hoy dedicada a los estudios medievales, compone este relato de orígenes:

> Mi descubrimiento y encuentro con la literatura fue solitario ya que en mi casa no eran grandes lectores. Durante mi primera infancia frecuenté los cuentos infantiles, sobre todo de hadas, que elegía de una librería de barrio. Luego, mi madre comenzó a comprar libros a un vendedor que pasaba por las casas ofreciendo colecciones de literatura y enciclopedias. [*2018*]

En su cuento sobre su educación literaria y artística, Gabriel Giorgi (G4) destaca el rol del azar y de la educación pública. En una ciudad del interior de la provincia de Córdoba, sin librerías ni eventos culturales importantes, una escuela de teatro municipal fue el lugar de estímulo intelectual más importante de sus comienzos:

> Vengo de familia sin biblioteca; una familia de clase media donde los libros eran algo respetable pero a distancia. Los libros sí venían con el grupo de amigos: el estar pasándose libros que íbamos descubriendo generó como una red de lectores. Esto en provincia de Córdoba, durante la dictadura: no había precisamente una presencia muy fuerte de librerías ni de eventos. Era una especie de búsqueda a contrapelo del territorio.
>
> Y hubo un par de profesores en la secundaria que recuerdo como figuras que ayudaron.
>
> Y ahí, además del grupo de amigos, hubo otra oportunidad: una escuela de teatro. Eso generó una especie de pequeño foco de densidad cultural y de inquietudes estéticas que no estaban en ningún otro lugar en la ciudad y que tampoco estaban en la escuela secundaria porque tampoco es que la escuela haya sido un laboratorio ni mucho menos. Era «la escuela», con lo que podía dar en ese momento, pero no mucho más. La de teatro sí fue un lugar donde había gente más grande que venía de otras disciplinas. Recuerdo una profesora de ese proyecto que, por ejemplo, me hizo leer a Artaud. Esa experiencia en esa institución fue, creo, la que más me estimuló. [*2016*]

La combinación entre azar y educación pública se repite en los cuentos de lxs no herederxs. Vale la pena detenerse en los textos que Hernán Pas (G4) destaca al recordar sus lecturas de la escuela secundaria dada la conexión entre aquella transferencia generada por su profesora de literatura de quinto año y lo que constituirá su línea de especialización, es decir, la literatura argentina del siglo XIX y, muy en especial, la de un autor que, ya a partir de entonces, leyó con un «entusiasmo sorprendente»:

> Tuve desde chico una empatía especial y hasta cierto punto inexplicable por la lectura (en mi casa no existían «bibliotecas», solo algunos libros dispersos, muy pocos, y revistas). La mayor «influencia» que reconozco en relación con mi interés particular por la literatura argentina del siglo XIX es en quien fuera mi profesora de Lengua y literatura de 5º año de la escuela secundaria en el Colegio Nacional «Rafael Hernández». Allí fue la primera vez que leí íntegramente (además del *Martín Fierro* y algunos cuentos y poemas de Borges), con un entusiasmo sorprendente, el *Facundo* de Sarmiento. [*2018*]

El lugar de la educación primaria y de las bibliotecas públicas juega un rol preponderante en el relato de Sylvia Saítta (G4). De su narración se desprende una idea de felicidad en la heterogeneidad, en la anarquía, en la mezcla de lecturas que no sabía reconocer como tal. Se trata de un camino iniciado por la curiosidad como guía y por el deseo que despertaba la apertura de mundos a los que abría la lectura:

> No había biblioteca en mi casa así que leía muchos libros de la biblioteca de la escuela primaria o de la biblioteca popular del barrio. Fueron muchas lecturas, y muy desordenadas, en las que convivieron, en feliz montón, *Mujercitas* y *Papaíto piernas largas* con Shakespeare, Cronin y Federico García Lorca. [*2014*]

En el relato de Marcela Arpes (G4) la insistencia en el origen, una familia de clase obrera, se combina con la valoración de los estímulos que recibió en las instituciones públicas en las que se formó. La enseñanza de «un modo de razonar y de comunicar» por su profesora de literatura en la escuela secundaria hace serie con lo que facilitaron lxs compañerxs de la universidad gracias a quienes logró atravesar algunos umbrales (en el sentido Ana Camblong del término):

> La gran influencia en la definición de mi opción por las letras fue mi profesora de literatura de la escuela secundaria. Su saber pero también sus modos de razonar y de comunicar fueron determinantes para mí. Desde el punto de vista familiar, no provengo de una familia de profesionales ni de intelectuales: una madre ama de casa, un padre obrero del puerto de Buenos Aires. De manera que en mi casa, excepto libros básicos para la escolaridad, se carecía de una biblioteca que funcionara simbólicamente como definidora de mi gusto y luego, de mi vocación. (...)
>
> Estudié en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA mientras trabajaba jornada completa para costear mis estudios. En mi período de formación del grado fue muy importante el grupo de compañeros. Ellos provenían de familias con padres ya profesionales así que fueron un incentivo muy importante y una motivación

inquietante la compañía y los grupos de estudio con ellos. Todo era nuevo para mí, de manera que me motivaba mucho. [*2017*]

Como Arpes, Facundo Nieto (G4) resalta sus orígenes de clase al momento de ponderar la importancia de la escuela pública en su formación mientras pone de relieve el lugar de la biblioteca personal de una de sus profesoras en su educación literaria. Así como en la versión libro de su tesis doctoral Martín Kohan refutó la asunción literal de cierta letra de rock que reza «no vayas a la escuela / porque San Martín te espera» (Kohan, 2005:10–13), Nieto también apela a una revisión crítica de las asunciones negativas sobre las instituciones y la enseñanza. Un equivalente en clave «nano» del *Aquí América Latina* de Ludmer (ese gesto que, un poco en broma y un poco en serio, Link ha leído como un resto del «Aquí, Cosquín»: un chiste que rescata el orgullo local mientras se desprende del resabio del nacionalismo–nacionalista en versión regionalismo–regionalista para enviar a ese par de verdades geopolíticas molestas que Ludmer despachaba). Como Ludmer y Kohan, Nieto se pronunció sobre qué puede la escuela en un aquí y en un ahora bien delimitados:

> Provengo de una familia «de clase obrera», como les gustaba decir a mis padres (supongo que para conjurar la palabra «pobreza»), y como advierte Eribon, «cuando uno es hijo de obreros, la pertenencia de clase se siente en el cuerpo» (*Regreso a Reims*, 2015). Los libros disponibles en mi casa eran relativamente pocos. Una biblioteca familiar pobre del conurbano bonaerense es una biblioteca raleada y muy heterogénea compuesta por novelas, libros de poesía, libros de historia, tomos de enciclopedias incompletas y manuales escolares muy viejos. En este sentido, la escuela aportó muchísimo, tanto la primaria como la secundaria. La primaria aportó libros de literatura infantil y varios libros de texto en italiano (el azar y una beca me permitieron acceder a una escuela privada italiana bilingüe), pero recuerdo con más nitidez el aporte de la escuela secundaria, un colegio nacional en el que las clases de Literatura tenían abundante bibliografía obligatoria, pero que, además, quedaba pegado a una biblioteca pública que me gustaba frecuentar. También tuve la suerte de que la biblioteca de una de mis profesoras de Literatura, Cristina Argiris, funcionara casi como si fuera pública porque nos permitía entrar a su casa y llevarnos libros; de ella aprendí que era posible leer de manera apasionada y desprejuiciada a Stephen King, García Márquez, Mujica Láinez, Agatha Christie, Asimov, Julio Cortázar y Harold Robbins. De modo que nunca logré apropiarme del todo de las perspectivas foucaultianas de «escuela»: la escuela como «artefacto o invención humana para dominar y encauzar la naturaleza infantil» (Pineau, Dussel y Caruso, *La escuela como máquina de educar.*

Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad, 2010); esa concepción siempre me pareció —quizás equivocadamente— producto de quienes «no perciben que están inscriptos en un mundo particular, situado (del mismo modo que un blanco no es consciente de ser blanco y un heterosexual de ser heterosexual)» (Eribon, *Regreso a Reims*, 2015). Por el contrario, la escuela se me presentó siempre —quizás equivocadamente, insisto— como el espacio más habitado por mediadores de lectura (Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, 1999). [*2018*]

Como en el caso de Bernabé (G3), la importancia de la tradición oral tiene una fuerza sustancial en sus figuraciones de inicios con la literatura:

Hay algo así como «pre–inicios» familiares con la literatura en los que desempeñaron un rol fundamental mis abuelos maternos. Cuando yo tenía poco menos de tres años, mi abuela me hizo un regalo completamente inapropiado para un niño de esa edad (desconocía las recomendaciones pedagógicas que relacionan estrictamente edad y juego didáctico): una especie de juego de lotería, pero no con números, sino con letras (ahí fue cuando, según cuenta el mito familiar, aprendí a leer, bastante antes de comenzar el preescolar). El otro «pre–inicio» tiene que ver con mi abuelo materno, guarda de ferrocarril y hombre de campo que escribía poesía en décimas gauchescas (sus nietos todavía conservamos sus cuadernos de poemas escritos con una caligrafía muy prolija). Supongo que por haber nacido y haberse criado en French, un pequeño pueblo del partido de 9 de Julio en la provincia de Buenos Aires, y por haber conocido payadores (no por su educación formal dado que había cursado solamente hasta el tercer grado), tenía perfectamente incorporados los octosílabos y las rimas consonantes distribuidas exactamente como en las décimas de Rafael Obligado (a quien, supongo, no conocía). Mi relación con él fue extraordinaria y lo que mejor recuerdo era el tipo de juegos de palabras que me proponía: trabalenguas y juegos orales de rimas o de formación de palabras.

Estos inicios me dejaron grabado un tipo de vínculo con los libros y con la palabra oral y escrita que tiene mucho de lúdico y desprejuiciado. Pero también mucho de pedagógico: casi no puedo leer sin imaginar, al mismo tiempo, qué se podría hacer en un aula con ese libro. [*2018*]

Y al igual que Bombini (G4), en más de un texto (cf. 2017[2023], 2022), y también como Arpes (G4) (cf. Anexo 3, Entrevistas), revisó ciertas prácticas institucionalizadas en la UBA que hicieron ostensible cierta «distinción» entre herederxs y no–herederxs (nótese que se trata de agentes del G4). No es casual que las clases de la UBA que evocó fueran aquellas en las que se analizaban los

complejos vínculos entre literatura y sociedad y, en particular, aquellas donde se hizo lugar al trabajo con formas de disidencia: una de Nora Domínguez sobre Sor Juana leída en clave feminista, otra de Rolando Costa Picazo y Márgara Averbach donde escuchó por primera vez las palabras *queer* y *cruising* y las de Paula Labeur en las que reencontró «mucho de la relación de la literatura con lo lúdico que, a lo largo de la carrera, se había evaporado» además de una sensibilidad traducida en prácticas que se espejan con las suyas («Labeur era alguien que, dentro de la torre Puan, parecía entender sin demasiadas explicaciones las características del contexto socioeconómico en el que yo ya ejercía la docencia» [*2018*]). Otra vez, señales críticas que se repiten en más de un testimonio sobre las prácticas de enseñanza y que comprenden incluso las de la UBA durante la «época de oro de la carrera de letras» (cf. Mitelman, 2021; Schuvab, 2021):

> Cursé la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires (UBA) en los noventa, una década tan neoliberal como posmoderna. Siempre me sentí bastante ajeno a esa facultad que se autodenomina con una petulante metonimia porque, desde 1988, «Puan» dejó automáticamente de referir en el mundo académico el nombre de una calle o de un partido de la provincia de Buenos Aires. Esa sensación de ajenidad quizás se debía a que, por una parte, a poco de empezar la carrera, pude advertir que la enorme mayoría de mis compañeros no se veía en la obligación de trabajar para mantener sus estudios y que, a diferencia de muchos otros, yo era «primera generación de universitarios» (fórmula que los pedagogos acuñaron recién muchos años después y para otro tipo de universidades, no para los alumnos de la UBA; en aquella época, los pedagogos todavía no habían advertido nuestra existencia). Como si fuera poco, yo era, además, «primera generación de secundarios», y en tanto tal, lejos estaba de acceder a información clasificada sobre becas de investigación o sobre lo que se da en llamar «el ingreso a carrera», datos que muchos estudiantes conocen ya no en la universidad, sino en el círculo familiar o en charlas de amigos, de modo que la única opción laboral que conocía era el trabajo como profesor de Literatura en el nivel secundario; justo es decirlo, tal opción me generaba (también a diferencia de muchos otros compañeros) mucho entusiasmo. [*2018*]

Diego Bentivegna (G4) integra, junto con sus hermanas, el grupo de lxs primerxs universitarixs de su familia. En su cuento se conjugan las influencias de tías, hermanas, su mamá y una profesora de la escuela secundaria formada en Filosofía y Letras de la UBA que enseñaba literatura desde un anclaje sociohistórico en el que aquel adolescente que Bentivegna fue imaginó una posibilidad

de exploración futura. Conversar con sus amigos sobre literatura y contar con lecturas de Balzac o de Víctor Hugo son indicadores de un capital cultural importante adquirido a una edad temprana gracias a la educación pública:

> Tengo hermanas más grandes. Leí algunos libros que tenían ellas, cosas de la escuela. Leí muchos manuales que ellas usaban, en especial los de historia, pero también los de música y de química. También libros que encontraba de mis tías, las hermanas de mi mamá. Ahí leí muchos libros de las colecciones para jóvenes, *Robin Hood*, *Billiken*, que a veces por ser un poco más grandes, mis primos ya los tenían un poco arrumbados. En ese sentido, hay muchas figuras que para mí fueron importantes. Y después, obviamente, algunas cuestiones ligadas con la escuela secundaria, como ser algunas profesoras que tenían mucha pasión. La profesora López Salgado, recuerdo por ejemplo, que era una profesora ya grande en ese momento, que venía de la Facultad de Filosofía y Letras y a la que realmente le interesaba una línea más histórica, no tanto la lectura placentera sino una cuestión más formativa que me empezó a gustar también y que lo veía como una posibilidad interesante de trabajo o que me imaginaba que podía llegar a ser algo interesante. Y el diálogo y las lecturas apasionadas, todos los intercambios con mis amigos ya de adolescente, Diego Di Vincenzo y Mateo Niro, con quienes seguimos siendo muy amigos ahora. [*2018*]

En el recuerdo de Dardo Scavino (G4), su medio familiar reducía los libros a una función decorativa: meros «adornos entre floreros y platos». El azar jugó un rol decisivo en sus comienzos, como en buena parte de lxs no–herederxs. En los orígenes de los envíos simbólicos más importantes están un vecino militante y una maestra:

> En mi casa no había una biblioteca. Había unos pocos libros de adorno solamente, entre floreros y platos. No sé cómo llegué a la literatura, pero de chico me gustaba mucho leer los libros de aventura, estilo colección Robin Hood, y creo que entré a la literatura por ahí. Tuve sobre todo una maestra de sexto y séptimo que me alentó mucho a leer y a escribir. Un vecino mío (un carpintero asturiano, comunista) me enseñó a jugar al ajedrez y me introdujo a Marx. Después tuve que hacer la escuela industrial así que la lectura se convirtió en una pasión muy íntima y hasta secreta porque la escuela no alentaba mucho la lectura durante la dictadura. Cortázar, Dostoievski, Sartre, Camus, Balzac formaron parte de mis autores preferidos durante la adolescencia. Leía muchísima poesía. Filosofía también. Bertrand Russell, sobre todo. [*2015*]

Como en varios de los cuentos de lxs agentes de los G3 y G4, Mónica Bernabé (G3) subraya la marca dejada por el CEAL en su formación como lectora mientras rescata la posición de Washington Cucurto quien también ha valorado el lugar de los libros distribuidos por este sello editorial en su educación literaria. La asociación no es casual: se trata del escritor que creó el movimiento de las editoriales cartoneras con el que Bernabé se involucró: *Rita cartonera*, el sello que dirige desde la UNR, busca llegar a un público expandido. Una meta perseguida en su tiempo por el CEAL, luego por *Eloísa cartonera* (cf. Bernabé, 2021). Se trata de una fantasía de nano–intervención en espejo: Bernabé busca provocar en lxs lectorxs de hoy, con los códigos culturales de hoy, aquello que en su infancia, con los códigos culturales de aquel tiempo, la llevó a leer. Se trata, además, de una intervención a largo plazo, como la del CEAL que logró impactar en lectorxs de generaciones diferentes: no solo quienes compraron los libros al momento de su salida se beneficiaron con aquel proyecto de Spivacow sino también quienes luego heredarán esas bibliotecas familiares adquiridas a bajo costo (recordemos que Spivacow trasladó al CEAL el tipo de intervención extensionista iniciada en EUDEBA en 1958 y sostenida hasta el onganiato; se trataba de vender cada libro a un costo que no superara el del kilo de pan, el de un atado de cigarrillos, el de «una botella de vino común» [cf. Fernández, 2006:53]). En el relato de Bernabé, los libros del CEAL hacen serie con la huella dejada en su educación literaria por el recitado de poesía (su proyecto de extensión en curso, portador de todas estas marcas, constituye una de las intervenciones más vanguardistas del subcampo [cf. Bernabé *et al.*, 2022]: si como observa Beigel [2022], estamos pasando de evaluar nuestra producción por su «impacto internacional» a considerar su «impacto social», hay aquí un observatorio a atender):

> El deleite literario comenzó por lo vocal, primero estuvo la física de la voz, es decir, una percepción del costado oral de la literatura que proviene del recitado de poemas, de su repetición a viva voz, de una forma de entonación. He sido niña recitadora en los actos escolares y en las reuniones familiares. Mi papá solía invitar a casa a un tío jubilado, el tío Lito, que recitaba poemas gauchescos con mucha gracia y pasión y para mí eso era admirable. Hoy podría decir que la literatura me entró por el oído y estuvo asociada a cierta sociabilidad tradicional y a una sensibilidad por la dicción de poesía.
>
> Hacia fines de los sesenta, otro factor estimulante y decisivo fue la distribución masiva de libros que impulsó el Centro Editor. Yo también podría decir como Washington Cucurto: «Centro Editor fuiste más importante que mi padre y que mi madre». De esta coincidencia se desprende un dato sociológico importante

que explica los alcances y la duración de un emprendimiento editorial gigantesco: la convergencia entre la experiencia de lectura de un autor nacido en el 73 con la de una del 57. Hacia fines de los sesenta mi madre compró los tres tomos de la *Historia de Literatura Argentina* junto con todos los libritos que la acompañaban en una edición de tapa dura azul. Entre ellos hallé la antología de Alfonsina Storni que se transformó en el libro de cabecera de mi adolescencia. Tengo vivo registro de ciertas escenas: a los trece, catorce años caminaba repitiendo en voz alta los poemas para memorizarlos: «El rosal en su inquieto modo de florecer/ va perdiendo la savia que alimenta su ser...».

Mis inicios fueron una mezcla rara entre la tradición oral popular, la expansión inédita del mercado editorial argentino de los sesenta y los resabios de ciertos métodos de enseñanza de la literatura que descansaban en la memorización de poemas. [*2016*]

Sara Bosoer (G4) hace ingresar a la radio en sus escenas de formación. Como en varios cuentos aquí recogidos, aparece el estímulo de una familia que no había podido completar ni siquiera la escolaridad obligatoria pero que valoraba la educación. La falta como motor del deseo y la importancia del entusiasmo contagiado desde la oralidad:

Leía lo que tenía a mano, lo que encontraba. Como en casa no se podían comprar libros al ritmo de mis necesidades (recuerdo que me decían que eran caros), iba leyendo lo que había en la modesta, pero variada biblioteca familiar. Especialmente mi mamá valoraba y estimulaba ese interés. En verdad, como ni mis padres ni mis abuelos (vivíamos con los maternos) tuvieron una escolaridad completa, fomentaban todo lo vinculado al estudio y la educación.

En casa se escuchaba mucha radio, y un programa que conducía la periodista Canela en los inicios de la democracia me introdujo en la literatura para niños. Ella leía cuentos y me recuerdo escuchando fascinada esas narraciones. Más adelante, la radio a través de los programas en los que se hablaba de literatura, continuó siendo una importante formadora. No sé si hubo algún profesor que tuviera un rol similar. Recuerdo especialmente los programas de Horacio Salas y Tom Lupo que leían y comentaban mucha poesía. [*2018*]

Como Bosoer, Marcelo Topuzián (G4) vuelve sobre su poco ortodoxa iniciación literaria. En su caso, vía el cine:

Ingresé a la literatura por la vía inversa a la de la adaptación. Vi en el cine, al que me llevaba mi mamá en los dobles programas con dibujos animados que en los

> setenta daban en el entonces todavía cine Ateneo, una versión de 1959 de *Viaje al centro de la tierra* de Verne con James Mason (en esas matinées que atraían a los chicos con Bugs Bunny y el Pájaro Loco, vi también por primera vez *El mago de Oz*). La película me entusiasmó mucho y casualmente, días más tarde, en una librería por Córdoba y Callao, encontré una adaptación española en historietas. Mi entusiasmo por Verne hizo que mi tía me regale *De la Tierra a la Luna* en la versión adaptada e ilustrada de la Biblioteca Billiken. A partir de ahí me convertí en lector compulsivo, sobre todo también gracias a la colección Mis Libros de clásicos de la literatura juvenil en versión original y primorosamente ilustrados y editados que se vendía en los kioscos de diarios. En cuanto al rol de mis padres, mi papá era muy lector, pero murió antes de que yo empezara a leer. Supongo que para mí fue una forma de mantenerlo vivo. [*2016*]

El relato más desopilante de la muestra sobre la configuración de una biblioteca lo compuso Fernando Colla (G2). Otra que «feliz montón»: su carácter ecléctico venía dado por su armado azaroso derivado de los ejemplares que su tío, obrero de una fábrica de producción de cartón, lograba rescatar de las moliendas realizadas en Córdoba en tiempos del onganiato. Colla cuenta que las fuerzas policiales llevaban allí libros confiscados en domicilios particulares con el objeto de que fueran destruidos (sinuoso e insospechado derrotero de aquellos ejemplares):

> Mi primer contacto con la literatura es extrainstitucional, de tipo familiar, pero un poco particular por cuanto tenía un tío que trabajaba en una fábrica de cartón. Para fabricar el cartón se molía el papel y para ello se llevaban, en la época (era la época de Onganía), las bibliotecas que la policía confiscaba en allanamientos. Esas bibliotecas se llevaban a esa fábrica, custodiadas por soldados para molerlas. Y mi tío que era una persona sin ningún tipo de estudio, le decía a los conscriptos: «dejame agarrar algunos libros para mi sobrino que le gusta leer». Es decir que se constituyó en mi casa (yo soy de un origen bastante modesto) una primera biblioteca literaria que era, como te podés imaginar, sin ningún tipo de criterio, de ninguna clase. [*2017*]

Cuando uno hipotetiza que Spivacow como lxs que lo acompañaron (Montes, Sarlo, Altamirano, Zanetti, Ford, Schvartzman y un largo etcétera) imaginaban lectorxs por–venir, piensa en escenas como las que el relato de Colla compone: el encuentro fortuito con un libro que supone un verdadero «acontecimiento» en la vida que luego se elige vivir. Vida que incluye un desarrollo profesional que toma deliberada distancia de su contraposición con el trabajo (su relato no opone sino que más bien, incluye una esfera dentro de la otra):

> El segundo contacto importante se dio también en el colegio secundario. En una ocasión me escapé de un curso. Me aburría. La puerta de la biblioteca del colegio estaba abierta y entré. Sobre una mesa había un librito del Centro Editor de América Latina: *El Perseguidor y otros cuentos* de Cortázar. Me lo llevé a mi casa. Lo leí. Y ese fue el gran deslumbramiento: ahí sentí que había algo que yo no entendía, que no estaba todavía a mi alcance, pero que tenía que ir hacia eso. Creo que a partir de ese momento, esos dos hechos, hicieron un camino: me dieron la posibilidad de seguir un camino, de tomar la decisión de dedicarme a la literatura. [*2017*]

Si bien la entrevista con Colla fue oral, y si bien recuerdo haber insistido en que mi pregunta por los textos que hubiera deseado escribir hacía referencia a trabajos teóricos, Fernando solo citó literatura. Desistí al advertir que su insistencia era reveladora: aquella veneración por la literatura que lo habría inhibido de cualquier intento de seguir una carrera como escritor, no obstante lo ha llevado a desarrollar una trayectoria profesional en zona de borde. Su labor en la edición crítica con rasgos genéticos produce un tipo de interacción con lxs escritorxs y sus derechohabientes que lo colocan en una frontera porosa entre la práctica editorial y la investigación sobre la escritura y sus procesos. Un territorio muy cercano al que en su auto-figuración aparece como el deseado:

> Hubiese querido escribir *62 modelos para armar* porque para mí, durante mucho tiempo, Cortázar era mucho más que el escritor que leía con más placer: era el vínculo que tenía con la Argentina, el único argentino que me permitía seguir reivindicándome como argentino. Y a su vez, por aquella época, para mí fue un deslumbramiento. Si fue un primer deslumbramiento la lectura de *El Perseguidor y otros cuentos*, la lectura de *Rayuela* fue una revelación básica. Después leí *62 modelos para armar*: un libro que sigo leyendo hasta ahora, que me gusta mucho más que *Rayuela*, que me sigue diciendo algo más que lo que me dice *Rayuela*. En el fondo yo hubiese querido ser escritor, como muchos de los que hemos hecho letras. Mis hijos me dicen: «papá, escribí las historias que nos contás». Tal vez hubiese podido hacerlo si no hubiese tenido tanto respeto por la literatura, porque al no venir de un medio donde la literatura es algo habitual, siempre la vi con mucho respeto. Y es por eso que esta actividad de rescatar archivos de escritores, de trabajar con esa materia prima, tratando de convocar a gente para que se ponga al servicio de eso, me da tanta satisfacción, porque es como que estoy al servicio de la literatura que es en el fondo para lo que he servido y para lo que sirvo. [*2017*]

Sandra Contreras (G4) conecta las lecturas de su mamá, signadas por el canon literario de la educación primaria de los años cuarenta (cf. Sardi, 2010, 2011),

con los libros del CEAL que empezaban a llegar al quiosco del barrio de un pueblito de la provincia de Santa Fe en los años setenta. Esa doble marca aparece en varios relatos de agentes del G4 que no han sido herederxs y que, como en el caso de Contreras, valoran lo transferido en la educación pública. En este caso, en la escuela secundaria:

> No diría que fue una «influencia», pero si me pongo a recordar, lo cierto es que mi mamá, que solo había terminado la escuela primaria en un pueblo de la provincia de Santa Fe en la década del 40, fue quien me leía dramáticamente *Corazón* de Edmundo de Amicis, me regaló *Mujercitas* (fascinación primera, como la de tantas), me invitó a leer *Lo que el viento se llevó* (y novelones por el estilo) y a la vez *Anna Karenina*, y también la que me empezó a comprar en el quiosco del barrio, y puntualmente, la colección del Centro Editor de América Latina de fines de los años setenta. Ahora que lo pienso mi predilección por la ficción (con despliegues «a lo grande», del modo en que fuera) pero también mi atracción por el libro en su aparición periódica, por la «serie editorial», deben haberse amasado allí. Por otro lado Elsa Guerrero, la profesora de Lengua y Literatura en la escuela secundaria, me confirmó, con sus clases deslumbrantes, que yo quería trabajar leyendo, enseñando a leer y escribiendo (esa fue mi imagen profesional primera) las contratapas de los libros. Comienzos humildes, pero entusiastas. [*2018*]

En esta misma línea, Graciela Montaldo (G3) destaca que sin ser una heredera de capitales culturales, se los apropió. Y remarca cómo luego esa apropiación, en la que incidió su escolarización primaria y, más puntualmente, la figura de una maestra, definió su por–venir:

> Aunque, de niña, no tuve una biblioteca familiar en la que formarme, la aspiración a tenerla fue una suerte de legado familiar. Me inicié en la lectura con el deseo de obtener algo que no me pertenecía. Hice exploraciones a ciegas, sin dirección, orientándome como podía. En los últimos años de la escuela primaria, una maestra extraordinaria me abrió un camino nuevo al incitarme a ingresar al colegio más prestigioso y difícil de La Plata, el Liceo V. Mercante, para hacer mi bachillerato. Lo logré y fue una suerte pues la formación que allí me dieron fue decisiva para los siguientes pasos intelectuales y profesionales. Allí pude elegir libremente; dudé entre dedicarme a las ciencias o las humanidades. Ahora pienso que fue precisamente esa carencia de formación la que me llevó a la literatura. [*2015*]

En las ficciones de origen de quienes no fueron herederxs hay otro denominador común, en especial en lxs agentes de los G4 y G5: la imaginación

literaria es desplegada primero, vía la escritura, y luego, vía la lectura. Se trata, también, de un límite material: era lo posible en casas sin libros. Judith Podlubne (G4) enfatiza esa falta mientras destaca la fascinación con el mundo de papeles que la rodeaban. La imitación de las prácticas de su madre, maestra, ocupa un lugar destacado en este relato de comienzos:

> En mi casa, no había muchos libros, pero había muchos papeles, carpetas, cuadernos. En ese momento, las maestras escribían a mano lo que se llamaba (o mi mamá llamaba así, no sé) sus «ejercitaciones»: una carpeta en la que planificaban las actividades diarias. Terminábamos de cenar y ella se ponía a escribir sus ejercitaciones. Escribía mucho y con una letra dibujada. Debo haber empezado a escribir por imitación. Me gustaba escribir, escribía cartas, un diario íntimo, cuadernos (muchos cuadernos) con transcripciones y recortes de frases y poemas. Tengo un recuerdo (¿a los 8 ó 9 años?) en el que estoy sentada en la vereda de mi casa (como era habitual que los vecinos hicieran en mi barrio) con un cuaderno Rivadavia y una birome Bic color azul a punto de empezar a escribir una novela de argumento romántico, copiado de alguna serie o telenovela. La escritura fue anterior a la lectura. Los libros fueron posteriores a las telenovelas. Y la televisión posterior a las revistas. [*2017*]

Copio una cita expandida tomada de la entrevista a Podlubne. El detalle de los consumos culturales de su infancia y de su adolescencia da cuenta de los de buena parte de lxs agentes del G4 que no heredaron una biblioteca familiar: el cine, la televisión, las revistas y lxs vendedorxs de libros definían los posibles. Esta cita, como la mayor parte de las reunidas en este apartado, podría emplearse con fines instrumentales en cualquier experiencia de estímulo a la lectura: ¿cómo no imaginarse a la adolescente que Podlubne fue leyendo a Silvina Ocampo? ¿Cómo suponer que la acumulación de capital cultural de la actual crítica–profesora universitaria–investigadora del CONICET no responde a una educación hiper–letrada y estratégicamente orientada desde su niñez?:

> Íbamos mucho al cine con mis amigos de la cuadra, casi todos los sábados a la tarde, dos películas, en el cine de la parroquia del barrio. Mi papá compraba y leía revistas y fascículos (además del diario, todos los días de la semana): *Selecciones*, *Humor*, *Gente*, *La semana*. *Billiken* y *Anteojito*, para los hijos. También una revista que mi mamá usaba para las «ejercitaciones» y que leí mucho: *El estudiante*. Mi educación sentimental estuvo en manos de las telenovelas. Una auténtica pasión infantil que mis padres advirtieron con una preocupación retórica, desganada: ¿le harán daño tantas telenovelas a esta chica? Otro recuerdo: los primeros

libros míos o para mí. Una mañana de Reyes recibo de regalo una pila. Mi papá había pedido asesoramiento a algún vendedor no menos desorientado que él: *El pájaro canta hasta morir*, de Colleen McCulloug, dos títulos de Danielle Steel, que ahora no identifico y que se mezclan con dos libros juveniles de Lucy Maud Montgomery, *Anne, de los tejados verdes* y otro de la misma serie. Estos, entre los que recuerdo, pero había más. A los 11, gano un concurso de poemas en la escuela. Como estaba organizado con la parroquia, el premio fue ¡un crucifijo! A los 12, me piden que escriba otro para el acto de fin de curso. Estas futilidades fueron haciendo una vocación. [*2017*]

Transcribo completa la auto–figuración de Cristian Molina (G5) sobre la cuestión abordada en este apartado. Interesa de su cuento tanto la referencia al mismo tipo de prácticas que evoca Podlubne como su idéntica secuencia: la escritura antes que la lectura. Se trata de una apropiación de lo que está al alcance para ir haciendo lugar a las búsquedas orientadas que incluyen los consumos culturales en más de una lengua, esos que luego se convirtieron en objeto profesional:

La primera escena remite a mi infancia. Una noche, detrás de la puerta azul desportillada del ranchito —así llamamos a nuestra primera casa, en medio de un cañaveral—, mi mamá descubrió una carta de amor que le había escrito a una vecina. La misma vivía separada de las dos partes del ranchito por una puerta que dejaba oír todo lo que ocurría de un lado y otro de los dos ranchos que eran, en realidad, uno solo. Mi mamá empezó a leer en voz alta la carta y yo le pedía que se callara. Cuando terminó, me dijo: «Vos no escribiste esto, ¿dónde lo encontraste?». Tenía los ojos llenos de lágrimas. Y esa emoción, de algún modo que aún desconozco, comenzó a tomar materia, a dispersarse entre los átomos del rancho, a cobrar densidad, a flotar entre los dos. Supe, desde entonces, que lo único que quería hacer durante toda mi vida era escribir, aunque los demás no creyeran jamás que yo era el que lo había hecho.

Esa escena edípica en exceso, se relaciona con otra, similar, pero en la primaria. Una maestra había pedido en primer grado, casi sobre el final, que escribiéramos un cuento. Apenas si podía articular palabras por entonces. Pero entre el dibujo y la palabra escribí algo que tenía como protagonista a un pato —ya no recuerdo qué decía, pero sí que lo pinté de color amarillo—. Cuando le entregué el cuento, la maestra lo leyó y acto seguido comenzó a llamar a todas las maestras de los demás grados que comenzaron a hablar de mi cuento. Me adulaban y yo sentí que me moría de la vergüenza ante un texto que me había encantado escribir, pero que no era nada, ni siquiera similar a esos que yo había leído en otros

libros, generalmente escolares (en mi rancho–casa no había biblioteca). Otra vez, ese inicio estaba ligado más a la escritura que a la lectura.

Fue recién en mi adolescencia que pude acceder a la Biblioteca Municipal y a la de la escuela secundaria donde me inscribí y comencé a leer, con bastante ansiedad y sin parar, muchísima poesía, española y latinoamericana: Sor Juana, Juan Ramón Jiménez, Darío, Amado Nervo. Y de ahí salté a Borges, a Cortázar, a Quiroga y así y así y así, hasta leer también clásicos de la filosofía. Tuve una gran docente, además, que me recomendó lecturas increíbles, María Isabel Fruttero, a quien le debo, incluso, mi primera lectura, transformadora, de Nietzsche. [*2018*]

Este cuento se repite en poemas y en dedicatorias de libros (esos espacios que suelen hacer lugar a autosocioanálisis). En el libro que devino de su tesis doctoral, Molina afirma: «A la má y al pá, porque desde una posición social que vive de la urgencia por conseguir la comida del día, pudieron creer en la educación de sus hijos —y acá estamos» (2013). El origen (de clase) convertido en lugar de agencia y luego, de acción traducida en gestión institucional (dicho en otros términos: ayudar a otrxs a realizar otros pasajes, a cruzar otras fronteras).

Juan Mendoza (G4) también pone escritura antes que lectura y liga el tiempo de esta última con el de la educación pública. En su casa, la biblioteca familiar empieza junto con su formación escolar y la de su hermana:

Me ponen a repartir *La voz regional de Rojas*, el diario de un pueblo vecino (entonces yo vivía en Arribeños). Empiezo a vender diarios y me doy cuenta de que para vender más tengo que poner noticias del pueblo: del cumpleaños de la abuela, del abuelo. Entonces en una máquina de escribir que me había dado mi papá empecé a escribir notas que decían «El sábado pasado celebró sus dos añitos Mengano, lo saludan su abuelo, sus tíos, sus primos, tatata». Después a la tía, a la abuela, a la prima les vendía el diario; o uno solo compraba cinco y se los repartía a la familia, como recuerdo. Empezar a escribir en el diario a esa edad me obliga a ilustrarme porque tenía que escribir cosas. (...)

Los libros que empezaron a haber en casa fueron acompañando nuestra estancia escolar, las etapas escolares de mi hermana más chica y yo. Entonces teníamos primer grado, manual de primer grado. Un día llegó un libro bien gordo: era un diccionario que habían comprado mis padres como una gran inversión. Era muy común comprar eso: mi mamá, ama de casa; mi papá, empleado de banco. Había unos manuales muy viejos que eran de mi papá, como uno de inglés que había usado en el secundario y que todavía tengo por acá, guardado; había unos apuntes de electricidad que eran de mi papá cuando se estudiaba en la universidad por correo (esas cosas, tipo pasados a máquina). Con lo cual, no había

> libros. Libros empieza a haber con mi hermana y yo. Ahí empiezan los libros. Aparte mis padres eran del campo. Irse a vivir al pueblo fue como si te dijera que alguien de un pueblo se va a vivir a Rosario o a Santa Fe. Años 60, 70 empiezan a quedarse vacíos los campos, las colonias rurales empiezan a estar deshabitadas.
>
> Entonces mi primera biblioteca fue la biblioteca de mi escuela secundaria. Liberal. La biblioteca clásica: Echeverría, Avellaneda, Alberdi, Sarmiento. Esa era la biblioteca que podía tener un estudiante de secundario, a la que podía acceder. Ahí entra Roberto Arlt como la gran novedad de la modernidad. El gran autor moderno. Fueron las *Aguafuertes* me parece. Además había como un bovarismo: uno leía los libros y después quería hacer lo que decían los personajes. [*2017*]

En otro pasaje de su autosocioanálisis, refuerza esta auto–figuración trayendo la voz de una figura admirada: «Arturo Carrera dice que el hecho de que yo venga de un lugar tan descentrado, vacío de cultura libresca, seguro debe haber influido en mi «epistemofilia» —usó esa palabra —: amor al saber» [*2017*].

La lectura de materiales heterogéneos es una marca de los comienzos de lxs no–herederxs. En casas sin libros se lee lo que hay a mano: diccionarios, manuales escolares, papeles familiares (cartas, recetas de cocina copiadas en cuadernos), libros de corte y confección, la revista *Damas y damitas* que en su sección literaria incluía textos como leyendas de Gustavo Adolfo Bécquer acompañadas por dibujos impactantes, manuales de educación a distancia (cursos de pintura sobre tela, electricidad e incluso aeronáutica) y el libro de recetas de doña Petrona C. de Gandulfo. ¿Cómo imaginar que la iniciación literaria de Jorge Panesi (G2) pudo estar marcada por avatares de este tipo? Nótese el susurro, apenas insinuado, de comienzos compartidos con Nicolás Rosa y la importancia dada a sus compañerxs de la escuela secundaria:

> No diré que mi familia era ignorante y ágrafa pero, como diría Nicolás Rosa, no había demasiados libros. Además, no pertenezco a una familia formal porque mi madre murió cuando tenía 5 meses y mi padre cuando tenía 4 ó 5 años. Así que fui trasladado a una familia con la que me crié. Me crié sin ninguna figura paterna, con dos mujeres que se peleaban por mí. Ha dejado sus huellas (te cuento la parte tilinga de la historia). Pero ahí tampoco había libros. Recuerdo que la única cosa que leía habitualmente era un Diccionario hispanoamericano. Eran como 20 ó 30 volúmenes encuadernados en cuero. (...)
>
> Cuando mi abuela murió, se hizo una repartija y el diccionario no me quedó. No luché por eso. Pensar en 30 volúmenes totalmente desactualizados en un departamento... No soy sentimental: los libros para mí son instrumentos y tener una cosa así, la verdad, no iba. Pero me hubiera gustado tenerlos.

> Más allá de esto, estudié en un colegio secundario como cualquier otro: el Bartolomé Mitre. Pero ahí era un niño privilegiado. Este era un espacio de chicos muy sintonizados con la literatura: Polaco, Barnatán, otro amigo que se llamaba Sebilla que trabajó en algún momento, entre el 73 y el 74 con Noé Jitrik (después se fue a Europa y no volvió). (...) Éramos un grupo de interesados por la literatura: niños esnobs, adolescentes esnobs. Estas cosas de ser poetas, esa historia del prestigio del poeta y *tutti cuanti* que era una cosa muy poco frecuente en un colegio nacional y de un esnobismo insoportable. Recuerdo oírme mal–hablar en francés en el subte. Me avergüenza: ¡era el francés que habíamos aprendido en esas aulas! El esnobismo es capaz de todo. De cualquier modo ahí había algo que ya venía de otro lado. Este grupito gustoso de la literatura... [*2017*]

En algunos de los relatos de quienes no fueron herederxs y que además cursaron sus estudios primario y secundario en pueblos de provincia aparece un rasgo a destacar: la referencia al complejo pasaje de esas instituciones a la universidad con sus rituales y protocolos. Raquel Macciuci (G3) recurre a la metáfora del «abismo» para describir ese umbral mientras insinúa las asincronías entre escuelas secundarias de pueblos y de ciudades. Una alusión que se repite entre agentes de más de un grupo y de variadas regiones de Argentina:

> Me costó el cambio desde un colegio secundario en un pueblo de interior a la UNLP. Hice una buena secundaria en la escuela pública y aunque fui una alumna destacada, noté un abismo entre mi preparación y la de los estudiantes más actualizados, generalmente provenientes de zonas más urbanas; como si ellos hubieran empezado la facultad dos años antes. [*2018*]

En su autofiguración, Macciuci trasluce el lugar del deseo en su construcción como lectora y luego, en la profesión que eligió: la independencia económica que le permitió su trabajo como maestra, carrera que contaba con la aprobación familiar (no así la de letras), habilitó el trazado de un recorrido profesional sostenido, más allá del mayor tiempo que le llevó atravesarlo tanto por su condición de estudiante que trabajaba como por los derroteros insospechados a los que la condujo la violencia política estatal de los años setenta. En este pasaje, presenta el lado B de mucho comentario sobre la pérdida progresiva de la práctica de la lectura en la educación pública. Contra la idealización romántica del pasado, aunque sin dejar de valorar el estímulo de maestras y profesoras de la escuela primaria y secundaria, circunscribe el contagio del entusiasmo por la lectura, en aquel escenario, a un escaso número de estudiantes:

Pese a haber nacido en La Plata por circunstancias familiares, soy de un pueblo del oeste de la provincia de Buenos Aires (América) en donde me crié y viví hasta la edad universitaria. Aprendí a leer antes de entrar en primer grado (allá en esos años no había Jardín de Infantes). Tenía predilección por los libros como un juguete más, o mejor, como uno de mis juguetes predilectos. No teníamos una gran biblioteca en casa y enseguida agoté las lecturas. Recuerdo, ya a mediados de la primaria, que me deslumbré cuando mi madre me dijo que había una biblioteca pública donde podía pedir prestados todos los libros que quisiera. No lo podía creer. Yo había visto a mi padre ir y venir de la Biblioteca pública con libros bajo el brazo, pero pensaba que era un privilegio restringido a los adultos. A partir de entonces, fui a la biblioteca regularmente.

Mi padre, que apenas había concluido la escuela primaria, era un gran lector. No recuerdo qué leía, sí que eran novelas; tengo muy presente su profunda concentración cuando se hacía tiempo para leer, en cualquier sitio, la cocina, el patio, la oficina... Nunca le faltaba un libro cerca, ni el diario. Siempre leía el diario. Mi madre tenía estudios, era maestra, pero le apasionaban las matemáticas. No tengo muchos recuerdos de ella leyendo, y en tal caso, eran libros de religión o de enseñanza. En cambio, recitaba y cantaba mucho: poesías, canciones tradicionales, boleros, tangos o zarzuelas. Empecé a apreciar la poesía a través de su declamación, práctica lamentablemente casi en desuso. Aprendí de memoria «Nocturno» de José Asunción Silva a fuerza de escuchárselo recitar a mi madre, así como partes del *Martín Fierro*.

En la escuela, tanto primaria como secundaria, los docentes estimulaban la lectura y por supuesto, elogiaban la vocación de los alumnos muy lectores. Pero a pesar de lo que se dice de la pérdida de vocación lectora, me acuerdo muy bien que por aquellos años de la escuela primaria, no éramos más de tres los que leíamos de forma manifiesta por placer, más allá de lo obligatorio. Éramos dos chicas y un chico —quizás había más pero no lo decían—. Y debe tenerse en cuenta que no llegaba la televisión; solo la radio, y los domingos, el cine. Como acotación, circulaban las historietas, que contaba con muchos más adeptos, pero estaban condenadas y no se podían llevar a la escuela.

Cuando años más tarde elegí la carrera de Letras en casa no me animaron mucho, mi madre me indujo a estudiar magisterio (terciario) para que a los dos años ya tuviera un título y pudiera trabajar, y porque la veía más adecuada para una futura madre. Mi padre no entendía que leer pudiera derivar en un estudio serio. Hice las dos carreras a la vez, Letras y Magisterio, para no renunciar a mi vocación. [*2018*]

El patrón dominante de acumulación de capitales por lxs agentes del subcampo de los estudios literarios en el largo arco temporal estudiado da cuenta de un perfil heterogéneo: jóvenes educadxs en colegios bilingües, en el Pellegrini o en el Nacional Buenos Aires, habituadxs a visitar museos, asiduxs concurrentes a la ópera, provistxs de bibliotecas im–posibles de ser leídas en el curso de una vida junto a otrxs de perfil más plebeyo, producto en parte de libros que azarosamente cayeron juntos «en feliz montón» (Saítta), de disparatadas bibliotecas de comienzos formadas por diccionarios, enciclopedias, libros de cocina, manuales de educación a distancia, revistas de todo tipo (*Para ti* o *Mujer* junto a *Siete días* con su colección de libros de literatura argentina —a veces, los primeros de este tipo en alguna biblioteca—), *El pájaro canta hasta morir* junto con la *Biblia latinoamericana* y *Las venas abiertas de América Latina*. Un cambalache extraordinario en el que también cuenta el envío fortuito del cine a la literatura (no son pocos los relatos de inicios ligados a tardes de matinés que llevan, por ejemplo, a Julio Verne y de allí, a otrxs autorxs). Una formación construida sobre la base de lo posible: un deseo o una «vocación» o una «adicción» que se despierta con la escritura a falta de libros (una marca que va desde el cuento del niñx en la casa–rancho que escribe cartas de amor estimulado por la recepción de su madre hasta la supuesta práctica expandida entre lxs latinoamericanxs de escribir mucho a falta de buenas bibliotecas). O más bien, desde una colisión entre lo posible y lo pensable, desde una educación atravesada por los vaivenes impuestos por las políticas públicas de los gobiernos que ocuparon el Estado desde 1958 hasta 2015 (de facto, alianzas de derecha neoliberal, un líder que en nombre de la «revolución productiva» remató el país al mejor postor, ensayos de proyectos redistributivos con apuesta a la ciencia, a la educación y a la cultura como los liderados en su tiempo por Arturo Frondizi, Arturo Illia, Raúl Alfonsín con sus fantasías im–posibles traducidas en consignas cargadas de esperanza —desde el «con la democracia se come, se cura y se educa» hasta el «Nunca más» como bandera—, Néstor Kirchner y Cristina Fernández), con bibliotecas devastadas, precarias e incompletas y con bienes culturales adquiridos un poco por azar, un poco por herencia.

La diversidad espectacularmente plebeya de lxs agentes que componen el subcampo de los estudios literarios es un logro de la educación pública. La traducción material de una potencia del sistema científico y educativo argentino con sus marcas más sostenidas: la gratuidad de la enseñanza, el acceso irrestricto a la universidad y las posibilidades de inserción a la carrera de Investigador.a.e dadas por el CONICET solo existen, con tal grado de apertura, en este país (los habitus de clase de muchxs de lxs agentes de esta muestra —incluidos los de quien escribe— hubiesen dificultado el desarrollo de la

trayectoria que pudimos construir aquí si hubiéramos nacido en Brasil, Chile, México o Francia, por poner algunos casos [cf. Bombini, 2022]). Me atrevo a decir que estas entrevistas, realizadas gracias a la cooperación de agentes que trabajan en zonas bien diferentes de Argentina, del norte al sur y del este al oeste, configuran una muestra de una pronunciada heterogeneidad de origen y luego, de una equiparación en la apropiación de capitales específicos por obra de la educación pública en cruce con las formaciones (partidos políticos, grupos de estudio y culturales que crearon revistas de perdurable circulación por los más variados polos de Argentina). Tanto con tan poco.

Expansión institucional asimétrica. Prolegómenos para una cartografía

El campo de las letras está marcado por una expansión institucional asimétrica entre polos centrales y periféricos. Localización móvil y dinámica que no siempre ha coincidido con la delimitación geográfica centro/márgenes del territorio. Esta solicitación de la homología entre cartografía política y/o administrativa y cartografía del subcampo específico tiene, en el caso de los estudios literarios, una configuración peculiar dados sus lazos con el campo literario que pone a friccionar de modo singular a los campos científico, universitario y editorial.

El análisis de la muestra permitió construir algunos indicadores para distinguir polos centrales de marginales. Mientras se los describe se vuelve sobre las operaciones de lxs agentes animadas por la fantasía de alterar el estado de las cosas (vale recordar que las disputas son el eje sobre el que gira este libro ya que son estas las que mantienen vivos los campos).

Empecemos por señalar que entre los indicadores que permiten distinguir un polo como central sobresale su potencia para contribuir a definir la agenda del subcampo, en este caso, recortado desde el perímetro nacional. Una operación rastreable a partir de la instalación de problemas, temas y autorxs a través de publicaciones, congresos, programas de cátedra, clases, proyectos de investigación, extensión y comunicación pública de la ciencia. Los indicadores de expansión diferencial también ayudan a delimitar una posición central de una periférica: fecha de creación de carreras de doctorado; fecha de lanzamiento de publicaciones periódicas; fecha de fundación de centros de investigación; fecha de organización de congresos con efectos de campo tanto en

la construcción de problemas de investigación como de contenidos y bibliografía en las prácticas de enseñanza; actualización disciplinar (rastreable en programas de cátedra y/o intraducciones); posibilidad de formación específica en la cátedra donde se inicia la carrera profesional; clases, profesorxs y bibliotecas que viajan e institucionalización de la figura del «profesor.a.e viajero.a.e» como parte de las plantas docentes.

Fecha de creación de carreras de doctorado

Un indicador de asimetría entre polos centrales y marginales del subcampo lo constituye la fecha de creación de las carreras de Doctorado específicos. Un dato que, indirectamente, arroja información sobre la composición de la planta docente de la institución.

Describo la universidad en la que trabajo dadas las dificultades encontradas, desde el inicio de esta investigación en 2012, para acceder a información sobre trayectoria y cargos de docentes de las carreras de letras en otras universidades públicas.[1] Veamos entonces, por ejemplo, que mientras que en la UNL recién en 2011 estuvieron dadas las condiciones para crear un Doctorado en Humanidades, la UBA reorganizó su Doctorado en 1987 (es decir, apenas cuatro años después de restaurada la democracia), la UNLP hizo lo propio con el suyo al igual que la UNC en 1985,[2] la UNR en 1998, la UNT en 2006[3] y la UNPA en

1. Hay en curso investigaciones sobre otro polo marginal: la UNPA (cf. Berezagá, 2020, 2022; Berezagá y Forchino, 2021; Gasel, 2021b, 2022; Forchino, 2022). Los avances parciales del equipo permitieron construir un indicador de periferia: la figura de lxs «profesorxs viajerxs» que se desplazan para hacerse cargo de materias en el nivel de grado (cf. Gasel, 2021d).

2. En la Resolución de acreditación de la carrera por la CONEAU del 25 de abril de 2007 consta que «la carrera de Doctorado en Letras de la UNC, Facultad de Filosofía y Humanidades, se inició en el año 1940 y se dicta en la ciudad de Córdoba». También se aclara que el plan de estudios «fue aprobado en el año 1985» (Resolución N° 259/07, CONEAU, 25 de abril de 2007).

3. En la Resolución de creación del Doctorado en Humanidades de la UNT consta que la Facultad de Filosofía y Letras «tiene una trayectoria en la formación de doctorados personalizados anteriores a la sanción de la Ley de Educación Superior en 1995. Por esta razón cuenta con tesis de la década del 70. La estructura de los doctorados personalizados se basa en el modelo universitario alemán consistente en el trabajo de investigación de un discípulo bajo la tutela de un maestro prestigioso o experto. La formación gravita más en la formulación y elaboración de la tesis que en los cursos académicos. Como consecuencia de estas prácticas académicas, en la actualidad la Facultad de Filosofía y Letras cuenta con

2016. Para crear un doctorado se requiere contar con profesorxs de la institución con igual título o formación equivalente (algo que solo se ha admitido para lxs docentes de los G1, G2 y G3) en condiciones de dictar seminarios. Observemos la Tabla 1 que confronta el número de doctorxs en la planta docente del Departamento de letras de la UNL antes y durante el último ciclo de expansión de la ciencia y la educación:

Tabla 1. Número de doctorxs del Departamento de letras de la UNL antes y durante el último ciclo de expansión de la ciencia y la educación.

Corte por años		1984–2003	2004–2009	2010–2013
Total de Doctorxs		1	5	9
Cargo Docente	Titulares, Asociadxs o Adjuntxs	1	3	4
	Jefes de Trabajos Prácticos	–	2	4
	Auxiliares de docencia	–	–	1
Pertenencia al CONICET		–	2	5
Área	Literatura	1	3	6
	Lingüística	–	2	2
	Semiótica	–	–	1
Edad	Hasta 50 años	–	4	8
	Mayores de 50 años	1	1	1 (jubilada)

Fuente: elaboración propia a partir del currículum de lxs integrantes del CEDINTEL (Centro de Investigaciones Teórico–Literarias) y del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL

un número elevado de profesores con título de posgrado, formados en la modalidad personalizada, e investigadores categorizados 1 (20 Profesores) y 2 (40 Profesores) en el Programa Nacional de Incentivos, en especial en las áreas de Letras y de Filosofía» (Resolución N° 0238 006 del Consejo Superior de la UNT, 31 de marzo de 2006).

Observemos el contraste entre el número de profesorxs que cursaban doctorados antes y durante el mismo ciclo de expansión:

Tabla 2. Número de doctorandxs del Departamento de letras de la UNL antes y durante el último ciclo de expansión de la ciencia y la educación.

Corte por años		1984–2003	2004–2009	2010–2013
Total de Doctorxs		1	8	8
Cargo Docente	Titulares, Asociadxs o Adjuntxs	1	2	3
	Jefes de Trabajos Prácticos	–	6	1
	Auxiliares de docencia	–	–	4
Pertenencia al CONICET		–	6	5
Área	Literatura	1	5	7
	Lingüística	–	2	–
	Semiótica	–	1	1
Edad	Hasta 50 años	1	8	7
	Mayores de 50 años	–	–	1

Fuente: elaboración propia a partir del currículum de lxs integrantes del CEDINTEL (Centro de Investigaciones Teórico–Literarias) y del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL

Relatos y trayectorias, cuentos y currículums de agentes ponen de manifiesto una diferencia crucial entre polos centrales y marginales: mientras que en los primeros se concentra un plantel docente con capitales específicos en todas las líneas de los estudios literarios, en las universidades situadas en polos marginales del subcampo la dinamización institucional es azarosa y se liga a las líneas en que algunas figuras mediadoras se han formado. Por seguir el ejemplo tomado en este apartado: en la carrera de letras de la UNL, hasta bien entrado el siglo XXI, fue una profesora de filosofía a cargo de Epistemología de las ciencias sociales que estaba completando su doctorado y que aspiraba a ingresar como investigadora a la carrera del CONICET la que contagió el entusiasmo por la investigación entre lxs estudiantes de letras. Como se observa en la Tabla 1, no había entonces investigadorxs de letras en el organismo y la única profesora con doctorado completo era la Titular de Literatura

Española I y II, pionera en el armado de proyectos de investigación grupales acreditados desde mediados de la década del noventa.

El recurso al CONICET, ya sea como vía para financiar un doctorado, ya sea para intentar ingresar a la Carrera de investigador.a.e solo tiene algunas décadas en polos periféricos. Diferente a la UBA, la UNLP o la UNT donde tempranamente hubo agentes ligadxs al CONICET, en polos periféricos e incluso en un polo central durante los años noventa en el área de semiótica como la UNC, la carrera como investigador.a.e no se vislumbró entre las opciones profesionales sino hasta bien avanzado el siglo XXI debido a que no había tradición en la práctica: « CONICET no estaba en el horizonte de posibilidades de aquel momento para mí», resaltó Gabriel Giorgi (G4) al responder nuestro cuestionario [*2016*]. Obsérvese, por ejemplo, que Susana Romano Sued (G2) que jugó un rol central en la dinamización de la investigación en esa universidad y en la UNL, recién en 2004 ingresó al organismo como investigadora y fue bajo su dirección que, tres años después, se produjo el primer ingreso de una investigadora de letras de la UNL.

Esta diferencia respecto de los horizontes profesionales entrevistos por lxs agentes según se esté en un polo central o periférico del subcampo aparece en los relatos de los G1 al G4 inclusive. Carlos Altamirano contó el siguiente cuento sobre lo que proyectaba para su «carrera» entre fines de los 50 y mediados de los 60 en la UNNE:

> En realidad, en mi horizonte y en el horizonte corriente de las personas que estudiaban conmigo no figuraba, sino muy tenuemente, hacer una carrera universitaria. Prácticamente no existía la organización de la carrera universitaria. Por aquel entonces yo sabía de su existencia en Buenos Aires, claramente, y no sé si un poco en algunas otras facultades del país. Pero eso no estaba estructurado en aquel tiempo en la Facultad de Humanidades del Nordeste. De modo que ¿cuál era mi horizonte? El de la enseñanza de literatura y gramática, como se llamaba; lengua, como se empezó a llamar después; castellano, como se decía en mi tiempo. Y tratar de producir una obra escrita, eso sí figuraba como deseo, al menos. [*2016*]

La UNLPam es una de las universidades creadas durante los años setenta tras el impulso del Plan Taquini (cf. Anexo I, Mapas). La comparación con la carrera de letras de la UNL se impone: hasta el segundo ciclo de expansión de la ciencia y la educación, solo se contaba con dos doctorxs en el plantel docente y con una investigadora del CONICET. El testimonio de Graciela Salto (G3) pone en valor la enseñanza de grado y la dirección de tesis en el proceso de formación de recursos humanos. Una apuesta a largo plazo y de consolidación lenta:

Mi vida laboral ha estado dedicada, en gran medida, a la formación de recursos humanos en una universidad periférica, hoy considerada de «vacancia geográfica», es decir, alejada de los centros de referencia académica. Esto implica, en primer lugar, la ubicación de las clases de grado como la prioridad más relevante de la tarea docente y, en segundo lugar, la dedicación a dirigir becas y tesis del equipo de las cátedras a mi cargo y de otras asignaturas, como un medio de promover la excelencia departamental. Hasta hace unos cinco años atrás, fui la única investigadora de carrera del área de Humanidades y Ciencias Sociales con sede en esa universidad y éramos solo dos los docentes con formación doctoral. En este momento, el Departamento de Letras cuenta con una planta docente doctorada en un 60 % y creo haber contribuido a la formación de la mayoría de esos colegas. Las auxiliares docentes de las cátedras que están a mi cargo se han doctorado con la máxima calificación y conformamos un equipo de docencia e investigación muy sólido, con una trayectoria que supera los quince años ininterrumpidos de trabajo en común. [*2015*]

Fecha de lanzamiento de publicaciones periódicas universitarias

La fecha de creación de las publicaciones periódicas institucionales que repercuten en la definición de la agenda del subcampo constituye un indicador de expansión institucional asimétrica: como se puede verificar, las revistas universitarias se publican cuando hay un colectivo nucleado en un centro de investigación en condiciones de debatir los resultados de su producción en el subcampo y de disputar, también a partir de allí, las líneas de su agenda. Así por ejemplo, las primeras revistas del Instituto de Filología de la UBA están datadas en 1924 (cf. Rodríguez Temperley, 2008:275). En Rosario, Adolfo Prieto (G1) publicó el primer número del *Boletín de Literaturas Hispánicas* del Instituto de Letras en 1959; si bien la dictadura de Onganía interrumpió su trabajo, en 1991, desde el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Alberto Giordano (G3) puso en circulación el *Boletín*, una revista deudora de aquella impronta. En 1990 el CELEHIS sacó, desde la UNMdP, el primer número de su revista. Desde 1992 *Cuadernos del Sur* que se había editado en la UNS desde 1958, preparó números específicos dedicados a letras separados de los de historia y filosofía. En 1996 el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literarias de la UNLP publicó el primer número de *Orbis Tertius* y en el año 2000, el de *Olivar*. En 1997 el Instituto de Análisis Semiótico del Discurso de la UNLPam publicó *Anclajes*; en 1999 el Centro Interdisciplinario de Literatura

Hispanoamericana de la UNCu hizo lo propio con *Cuadernos del CILHA*; en 2002 el Centro de estudios comparados de la UNL publicó el primer número de *El hilo de la fábula*; en 2004 el IIELA de la UNT hizo lo propio con *Telar*; en 2014, el CEDINTEL (UNL) colgó en la Web el primer número de la revista digital *El taco en la brea*; en 2012 desde la UNMdP se lanzó *Estudios de Teoría literaria* y en 2015, *Catalejos. Revista de lectura, formación de lectores y literatura para niños* y *El jardín de los poetas. Revista de teoría y crítica de poesía latinoamericana*. Las fechas importan: dan cuenta de tiempos de consolidación institucional de las líneas desde las que se interviene en el subcampo.

Señalemos que no todas estas revistas tenían en sus comienzos el formato actual al punto que algunas compartían varias características con las revistas culturales. Por ejemplo, no incluían resúmenes ni palabras-clave en inglés, la recepción de artículos no era abierta sino por invitación y no se publicaban según el control de «doble ciego». De cualquier modo, no todas se han adaptado a los actuales criterios de indexación. Tal es el caso del *Boletín*: desde sus inicios, la publicación estuvo destinada a comunicar los resultados de investigación de lo que varios años después se reconocerá como la «escuela crítica rosarina» (cf. Surghi, 2021; Podlubne, 2021; Arce, 2022) mientras que las publicaciones externas eran por invitación (algo que se sostiene hasta la fecha). En la página del CETYCLI se lee: «Desde 1991, el Centro edita el *Boletín...*, dirigido por Alberto Giordano hasta el año 2017. El *Boletín* nuclea los resultados parciales de las investigaciones de sus miembros y de colegas invitados. A partir del número 18, la directora es Julieta Yelin» (CETYCLI, 2020).

Hay un correlato entre la decisión de no ajustarse a los actuales protocolos de indexación, la posición que ocupa la institución en el subcampo, el capital simbólico acumulado por lxs agentes que llevan adelante la publicación y las fantasías de nano–intervención que lxs animan. Por ejemplo, en el caso del *Boletín*, esta resistencia se ejerce desde uno de los centros de investigación más prestigiosos del subcampo (varixs agentes de los G4 y G5 asocian publicar allí con la consagración nacional).

Por último, los cuentos de lxs agentes alrededor de las razones para fundar una revista científica presentan al menos dos rasgos convergentes: destacan tanto su importancia para visibilizar la producción institucional como los esfuerzos gracias a los cuales esa publicación se sostiene. Por ejemplo, Graciela Salto (G3) puso de relieve su trabajo pionero en la gestión editorial de una revista científica en la UNLPam, institución en la que también fue una de las primeras investigadoras de carrera de CONICET del subcampo. La tarea de sostener y consolidar su indexación se convierte, en los polos periféricos, en un modo más de atraer la atención hacia lo que allí se produce, en especial

cuando la publicación busca no solo recoger buenos artículos sino también contribuir a instalar los temas propios en la agenda nacional:

> He dedicado muchas horas de esfuerzo a la fundación, gestión y dirección de una revista académica que está llegando a los veinte años de existencia y que está integrada en las bases de datos más relevantes de la especialidad. El equipo editorial de esa revista reúne, a su vez, a la mayoría de los docentes de la institución, es decir, se trata de un esfuerzo colectivo, que he coordinado durante muchos años, con especial dedicación a la formación de los jóvenes en esta tarea editorial. Ahora reúne, además, a distinguidos especialistas de otras universidades del país y del exterior pero, para llegar a este punto, se requirió una ingente dedicación y una no menor capacidad de adaptación a los cambios producidos en la edición científica: una revista producida en una universidad del interior del país integra la base SCOPUS y EBSCO, desde hace varios años, por citar solo dos ejemplos destacados entre la decena de bases de indexación que recuperan su contenido. [*2015*]

En esa línea, María Jesús Benites (G4), responsable de adaptar la revista *Telar* a los nuevos criterios de indización, insinúa que la publicación funciona como una vidriera de lo producido en un instituto de investigación de la UNT: «En el año 2004 apareció el primer número de la Revista *Telar*, revista del IIELA que considero el proyecto institucional más importante que tiene nuestro Instituto» [*2018*].

Junto a las críticas a la burocratización correlativa al proceso de indización es importante, sin embargo, subrayar un aspecto positivo: diferente a la publicación por invitación que reposa sobre el «capital social específico» (Sapiro, 1996), este tipo de publicaciones promueve el envío abierto de artículos que se seleccionan sobre la base de dictámenes de pares (sobre las críticas al «doble ciego» y su estímulo a la fuga de responsabilidad de quienes evalúan, cf. del Valle, 2020).

Actualización bibliográfica de programas de cátedra

La actualización de los programas y las propuestas de cátedra es otro indicador de expansión institucional asimétrica. Para volver factible su análisis en el marco de esta investigación se parte de los relatos de lxs agentes de la muestra que hacen referencia a esta cuestión. Es decir, se elige un hilo de lectura para una trama que constituye una cantera para las exploraciones en camino como para otras por–venir. Estos cuentos se anudan con el análisis de una importante

cantidad de programas y clases relevados en el marco de investigaciones en curso así como con la información producida a través del proyecto de autoevaluación de carreras de letras promovido desde la ANFHE.[4]

A partir de tópicos recurrentes tomados tanto de textos retrospectivos como de otros enunciados en el fragor de los acontecimientos, se determinan algunos de los factores que se entrelazan para configurar un estado de las cosas diverso. Tal vez sería apropiado hablar de más de un estado según cortes sincrónicos que, como se verá a continuación, no pueden ser trazados, sin más, para todo el subcampo dado que involucran diferentes ritmos institucionales indisociables de la posición que el polo en cuestión ocupe, es decir, de su carácter central o periférico.

Una aclaración se impone, en principio, a propósito de los ejemplos escogidos en este apartado, en particular, y en este libro, en general: en contraste con la tendencia a identificar una supuesta «falta» desestimando las condiciones de producción, se explora la tensión entre lo posible y lo pensable en cada espacio, en cada corte temporal, con sus rasgos y contornos específicos. Viene al caso una asunción de Carlos Altamirano en esa suerte de autosocioanálisis que compuso en su libro *Estaciones*: «estos ejercicios de ego–historia me han mostrado que la idea del lector que no sigue sino su instinto, que se genera a sí mismo, no iba conmigo» (2019b:8). Desde esta toma de posición, y hasta donde se puede (también los cuentos van hasta donde se puede [cf. Derrida, 1991]), se reconstruye el tejido de dones y deudas (una forma de combatir la representación, entre soberbia e ignorante, de lxs «creadorxs increadxs»). Un tejido que incluye también las marcas dejadas por tipos de intervención

4. Desde 2006 estudio cómo se enseñó literatura argentina y teoría literaria en la universidad argentina, primero de modo individual, luego en el marco de diferentes proyectos grupales que fueron involucrando a becarixs e investigadorxs de diferentes polos: esto me ha permitido orientar investigaciones que se ocupan de analizar tanto lo acontecido en otras materias como en institutos de formación superior y universidades que no había podido incorporar a mi mapeo (los primeros resultados de esas investigaciones se publicarán en el volumen 4 de esta colección). Durante estos años he recogido planes de estudio, programas de cátedra y clases de universidades públicas (UBA, UNLP, UNR, UNC, UNT, UNL, UNSa, UNS, UNPA, UNLPam, UNMdP, UNaM, UNCom, UNJU, UNPSJB, UNRC, UNSL) y he iniciado el relevamiento de los correspondientes a universidades privadas (Universidad de Morón). He intersectado estos resultados con los condensados en informes de autoevaluación producidos en el marco de la ANFHE sobre carreras de letras de universidades públicas (Macchiarola y Perassi, 2018; AA.VV., 2019; Juárez, 2020; Arpes *et al.*, 2021) y con análisis de algunos de dichos informes (Arnoux, 2018a). Sobre la base de estos materiales realizo esta primera descripción.

institucional con los que se discrepa y contra los que se lucha. No de otro modo se moviliza el campo.

De esa posición es tributaria Zulma Palermo (G1). Sus relatos sobre su formación de grado en la carrera de letras de la UNT con sede en Salta entre fines de los años cincuenta y mediados de los sesenta (institución de la que egresó en 1965) resaltan las marcas de un ambiente cultural «provinciano», sin proyección nacional y con propuestas de enseñanza que no le despertaron ninguna transferencia memorable [*2015*]. Sus cuentos dan letra para despuntar este análisis de cómo en el espacio nacional convivían (y conviven) diferentes tiempos en un mismo corte sincrónico: el contraste entre un polo como Rosario que, desde una provincia, marcó la agenda del subcampo por aquellos años y el espacio caracterizado por Palermo debilita la dicotomía que asocia, demasiado rápida y nítidamente, polo central con Buenos Aires y polo periférico con «el interior». En todo caso, más de un polo central y más de un polo periférico con características específicas en tiempos y espacios con rasgos y contornos que aquí apenas se bosquejan y que los estudios en curso, caso por caso, ayudarán a precisar.

Lo acontecido en Salta así como en el resto de las universidades creadas bajo el impulso y los derroteros insospechados del plan Taquini (cf. Anexo 1, Mapas; Buchbinder, 2005:200–202) fue interpretado por Francisco Delich desde una hipótesis convincente que, más allá de los voluntarismos, advierte respecto del tiempo largo que lleva poner en marcha un proceso de institucionalización: «en 1970 se crearon de una sola vez una docena de universidades que no han terminado hoy, veinte años después, de conformarse como tales» (1993:5). La interrupción provocada por la última dictadura motivó que el trabajo de construcción institucional sostenido en el tiempo, necesario para generar líneas con potencia de intervención en la agenda del subcampo, se consolidara recién una vez restituida la democracia. En esa construcción, Palermo tuvo en la UNSa un papel decisivo: la articulación entre enseñanza, investigación y extensión fue una apuesta que le permitió, ya bien entrados los noventa, visibilizar la producción salteña inscripta en la línea decolonial de la que se volvió referente (cf. Catelli, 2012).

Este primer ejemplo sintetiza dos tópicos que se reiteran en los relatos: las redes de sociabilidad intelectual son tan determinantes como el reclutamiento estratégico de agentes con capitales específicos y con voluntad de construcción institucional. Varios cuentos refuerzan la importancia de la interacción de estos dos factores en la definición de la posición que se ocupa en el subcampo.

Por ejemplo, los autosocioanálisis de Germán Prósperi (G4), inescindibles de sus investigaciones sobre el lugar del contenido en los programas de

Literatura española de la universidad pública en los umbrales del siglo XXI (cf. 2003, 2022a, 2022b, 2023), desagregan factores asociados con la desactualización disciplinar en la UNL[5] hasta bien entrados los años noventa. Prósperi (G4) cursó el Profesorado en letras en esta institución entre 1987 y 1993. El estado de situación que evoca se mantendrá hasta bien entrado el siglo XXI: bibliotecas armadas al tun–tun y ausencia tanto de ciertos contenidos disciplinares específicos a lo largo de la formación como de redes de sociabilidad intelectual que permitieran detectar este estado de las cosas vigente en el orden local.

> Entre las marcas negativas señalo la ausencia de buenos materiales de estudio ya que las bibliotecas a las que tenía acceso estaban mal provistas. Otro aspecto negativo es la lenta construcción de lazos interinstitucionales durante mi formación. Al ingresar a la universidad en el período mencionado, no tuve como parte de mi formación de grado asignaturas que habían sido anuladas durante la dictadura, especialmente las teorías literarias. [*2017*]

Prósperi distingue la mera inclusión de una disciplina en un Plan de estudios de su inscripción reflexiva y actualizada:

> En esa formación, la Didáctica estaba casi ausente a pesar de la cantidad de espacios curriculares dedicados a la llamada Formación pedagógica. De 33 materias del Plan de Estudios (yo cursé con un Plan aprobado en 1980, es decir, en dictadura), 16 materias eran de formación pedagógica, pero con programas desactualizados y falta de reflexión sobre el sentido de esa formación. En muchas de esas materias ni siquiera había bibliografía. (2021a)

Que Prósperi escriba sobre lo que acontece con las didácticas en el grado obedece a que, en parte, es a partir de lo sucedido en esta área y en el posgrado que se dinamizaron los estudios literarios en la UNL. En 1996, el inicio de una Maestría en Didácticas específicas dirigida por Edith Litwin fue el puntapié inicial para una transformación con ecos hasta el presente: por un lado, la necesidad de encontrar directorxs de tesis generó las primeras redes de

5. Es importante recordar que si bien la UNL es una de las universidades históricas (cf. Anexo 1, Mapas), la separación de Rosario en 1968 supuso perder el nodo que concentraba la investigación en el subcampo de los estudios literarios (sobre los viajes de jóvenes en formación de Santa Fe a Rosario, cf. Prieto, 2021a; Aguirre, 2021). A los efectos de evitar confusiones, nombro a dicho nodo por la ciudad de pertenencia más que por el rótulo institucional, en especial cuando me refiero a los años previos a 1968.

sociabilidad más allá del orden local. Por el otro, desde el plano de los contenidos específicos, se localiza allí una conmoción comparable a la que se produjo en el grado desde materias como Epistemología de las ciencias sociales y Sociología de la cultura a partir de 1994, cuando Prósperi ya había concluido su carrera. Se trata de materias instrumentadas a partir de 1991, en el marco de un nuevo Plan de estudios.

En la trayectoria de Prósperi, el contraste entre la formación de grado y de posgrado en esta línea particular le permitió precisar estos problemas sobre los que se ha expedido en varios textos de circulación casi secreta. Su afirmación de que en «muchas» de las materias del área «ni siquiera había bibliografía» (2021a, 2021b) puede expandirse más allá para abarcar otras de la carrera de letras. También ha sucedido que, por razones que se han fundamentado en los programas institucionalizados, algunas cátedras no entregaban sus programas a lxs estudiantes sino una versión abreviada en las que, por ejemplo, solo se incluía el listado de textos literarios a abordar. Esta decisión tenía su justificación didáctica: se argumentaba que eran lxs estudiantes lxs que debían construir sus hipótesis sobre los textos sin la mediación de otrxs autorxs y sin clases teóricas ni otro tipo de formulaciones que las indujeran. Lo que se menciona en dichos programas como «clases» eran, en verdad, tutorías individuales de seguimiento de dichas hipótesis. Cito, a modo de ejemplo, la justificación de la organización de las «clases teóricas» de Literatura Americana (nombre dado en el Plan 1991 a la literatura latinoamericana), una de las cuatro materias orientadas por esta posición (las otras tres: Literatura argentina I y II y Teoría Literaria). Lxs estudiantes de la Cohorte 1991, primera de ese Plan de estudios, no tuvieron, en esas cuatro materias, ninguna clase «teórica» en el sentido en que usualmente se las concibe, es decir, como exposición y/o desarrollo de contenidos a cargo de lxs docentes:

> Clases teóricas: a. Distribución de los alumnos en pequeños sub–grupos o en unidades individuales, según sus propias necesidades. b. Primer mes: período destinado a la lectura de los textos de manera extra–escolarizada y planteamiento en clase de las cuestiones derivadas de la misma. Esta prioridad está fundada en criterios científicos y asegura que la obra no sea el campo de aplicación o ejemplificación de las teorías, sino que por el contrario, éstas provean elementos para el problema diseñado por los alumnos, y originado en la lectura. c. En forma alternativa y personalizada, cada grupo o alumno, realiza consultas. En cada una de ellas, presenta esbozos de su pregunta–problema y posibilidades de resolución. La superación de cada esbozo se realiza con la bibliografía recomendada para dar cuenta de cada problema, de manera diferenciada, según lo que cada

problemática necesite. d. Exposiciones: al concluir cada cuatrimestre se deberá presentar una guía esquemática que contenga: diseño del problema, desarrollo de los puntos contenidos en las exposiciones orales y mecanismos de participación previstos para el resto de la clase. Esta exposición final, tendrá carácter de parcial. (Rivero, 1993:4)

Lxs estudiantes de la Primera Cohorte de este plan, es decir, lxs que iniciaron su carrera en 1991, leyeron sus primeros textos de crítica sobre literatura nacional en Sociología de la cultura, cátedra que, junto con Epistemología de las ciencias sociales, actualizaba contenidos relativos a ciertas líneas de la teoría. En Sociología de la cultura (cátedra integrada por dos profesoras de la carrera de historia de la misma institución) se leía a Raymond Williams y a Pierre Bourdieu junto a Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y María Teresa Gramuglio; su titular, Lidia Acuña, se había formado con Raymond Williams (cf. Santomero, 2021:222). En Epistemología (cátedra liderada por Adriana Gonzalo secundada por Daniel Attala) se discutía el estatuto de la teoría contemporánea de la mano de un equipo de profesorxs de filosofía que habían completado sus doctorados (y/o estaban completándolos) y/o que aspiraban a ingresar a la carrera de investigador.a.e de CONICET; «La resistencia a la teoría» de Paul de Man era el texto alrededor del cual se problematizaba la configuración de los estudios literarios contemporáneos.[6]

Como se puede verificar, la dinamización del polo UNL en el subcampo de los estudios literarios estuvo ligada, por un lado, a agentes que no venían del campo específico (de cualquier modo, se trata de una delimitación cada vez más borrosa dado el carácter de borde de las disciplinas): sociología, filosofía y ciencias de la educación. Por el otro, resultó definitoria la figura de Edith Liwtin, no solo por la formación iniciada en la Maestría bajo su dirección sino también por la conexión que promovió con agentes de la UBA. Una circulación

6. Si bien el eje de esta investigación gira alrededor de las líneas que marcan la agenda del subcampo nacional, es decir, las que se recortan sobre nuestra literatura y las teorías que se han utilizado para analizarla y enseñarla, es importante observar que en el polo Litoral, el CEC fundado por Adriana Crolla en 1995 cumplió un papel fundamental en el establecimiento de redes nacionales, regionales e internacionales (una actividad llevada adelante junto a Oscar Vallejos que alentaba los impulsos transdisciplinares y junto a Silvia Calosso, desde los estudios clásicos). Las conexiones con Susana Romano Sued (UNC) y María Inés Laboranti (UNR), decisivas en la actualización teórica y crítica de los debates en la UNL, se establecieron a partir de este espacio. Las redes de sociabilidad impulsadas por este Centro pueden rastrearse repasando los nombres tanto de quienes firman los textos publicados en su revista, *El hilo de la fábula*, como de quienes han integrado sus comités.

de textos y de agentes desde Buenos Aires a Santa Fe. Un ejemplo: sus análisis sobre la configuración didáctica de las clases de Jorge Panesi en la mítica cátedra C de la UBA presentados en sus seminarios (cf. Litwin, 1996, 1997a, 1997b, 1997c) y luego incluidos en su tesis doctoral (cf. Litwin, 1997d) como su invitación a que Panesi dictara una conferencia en un congreso de cuya organización estuvo a cargo (cf. Panesi, 1996[2014]) constituyeron hitos en la actualización disciplinar. Fue a partir de los escasísimos textos de Panesi entonces circulantes y, en principio, de los apuntes tomados de esa conferencia[7] en cruce con los desarrollos de las dos materias de grado mencionadas y con las actividades promovidas desde el CEC que en el Litoral se empezó a armar una biblioteca teórica y crítica actualizada.[8]

Aparece aquí otro tópico que conviene no minimizar: el papel que en la actualización disciplinar de los espacios periféricos juegan los envíos provocados por agentes de otros polos. Los relatos de Carlos Altamirano (G1) respecto de la enseñanza de la literatura en la UNNE entre 1962 y 1967 están plagados de referencias de este tipo. Por ejemplo, mientras rememora un encuentro con Héctor Agosti que había tenido lugar en Corrientes hacia 1963 por «cuestiones partidarias» (2019b:64), menciona que entonces ya había leído todos sus libros y que estos habrían llevado a otros y a las revistas literarias y a los periódicos: de ese modo habría armado su biblioteca de literatura argentina. En ese relato, un hecho sobresale: el momento en que se topó con «el libro» en el que creyó entrever «un camino para la revisión crítica de nuestras letras: *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas» (81). Los contenidos sobre literatura argentina que encontró allí contrastaban con los

7. Panesi no entregó su texto para la edición digital de las actas de ese congreso. Su conferencia fue exhumada dieciocho años después y se publicó sin modificaciones (cf. Panesi, 1996[2014]).

8. Una constante atravesaba las clases de Litwin: el detalle de lo que se hacía en cada universidad argentina sobre los contenidos que trataba. Un principio de trabajo que, muchos años después, Miguel Dalmaroni convertirá en máxima de toda investigación que se precie. Si para saber qué no se sabe es imprescindible saber qué se sabe, y si este saber es crucial al definir un proyecto de investigación (cf. Dalmaroni, 2009), con y junto a Litwin decimos que para enseñar, y no solo en el posgrado, también es necesario saber qué se sabe: decidir enviar o no enviar a ese polifónico y controversial coro de voces es parte de las decisiones que marcan modos diferenciales de las configuraciones didácticas, en nuestro caso, en un aula de literatura. No hablo de otra cosa cuando insisto en los «envíos»: esos que pueden suscitar tanto rechazo como fascinación entre lxs estudiantes de una cursada pero que, justamente, al no ser evaluados al momento de acreditar, quedan librados a la decisión de aquellxs a quienes están destinados (una decisión no sujeta a control de ningún orden por parte de lxs docentes).

enseñados en la UNNE en más de un sentido: «Se publicó a fines de 1964, por lo que presumo que debo haberlo leído el año siguiente. El libro fue para mí un sacudimiento. Nada de lo que leía en sus páginas se asemejaba a lo que escuchaba en las clases desangeladas del profesor de Literatura Argentina» (81). Como bien lo ha resaltado en más de una ocasión (cf. 2019a, 2919c), en los polos centrales y en un mundo previo a la emergencia de la Web, la oferta de conferencias, presentaciones y clases abrían perspectivas a las que, desde los espacios periféricos, solo se accedía vía las lecturas. Pero también allí, en la selección estratégica de lecturas, el capital social específico jugaba un papel clave (característica que se pronuncia cuando no se es herederx y se necesita orientación, al menos en los inicios):

> En 1962 el azar iba a poner en mis manos uno de los grandes libros de la crítica contemporánea. Había venido a Buenos Aires y en casa de amigos (...) alguien me recomendó entonces que leyera *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, de Erich Auerbach. Me apuré a comprar el libro de Auerbach y apenas regresé a Corrientes me puse a leerlo. (...) De a poco comencé a alternar la lectura de *Mimesis* con la de algunos de los libros examinados por el filólogo alemán. Para el propósito de ampliar el conocimiento del realismo literario no podía contar con mejor guía que *Mimesis*. (2019b:83–84)

Este relato hace serie con lxs de otrxs agentes formadxs en universidades situadas en polos marginales. A esas instituciones se les reconoce la «adquisición de un capital cultural universitario» (70) que se complementó con una formación derivada de envíos provocados por libros y conferencias. Lo aprendido a partir de lo enseñado en la UNNE tiene en los cuentos de Altamirano dos balances diferenciales escandidos en dos tiempos: de una «tajante liquidación» que deja casi nada en pie al reconocimiento de la adquisición de «un repertorio variado de nociones, esquemas de percepción y pequeñas lentes, recursos e instrumentos a veces sin esplendor que, no obstante, ayudaban a hacer más despierta y organizada [la] atención lectora» (70). En su «recuento» apuntó «lecturas que muy difícilmente» hubiera realizado «de no haber pasado por aulas de una carrera de Literatura», a saber, el *Curso de lingüística general*, los manuales de literatura de Kayser y de Wellek y Warren, el *Cantar del Mío Cid*, el *Libro del buen amor* y *La originalidad artística de La Celestina*, «uno de los grandes libros» (69–80).

Las «figuras mediadoras» (Martínez, 2013) también tienen un lugar importante en el armado de las bibliotecas. El dueño de una farmacia «que era comunista y había sido militante estudiantil en Santa Fe» y que «se ocupaba

de orientar a los pocos afiliados universitarios que la organización tenía en Corrientes» (Altamirano, 2019b:41) entra en serie con el rol jugado por los envíos provocados por la universidad de entonces. Formaciones e instituciones caen juntas en los relatos sobre ese corte temporal específico. Así, si durante la escuela secundaria palabras como «nacionalismo», «socialismo» y «comunismo» que había escuchado de «gente de Buenos Aires que era de renombre» y que viajaba hasta Corrientes para dar conferencias, le resultaban difíciles de anclar en una red conceptual que facilitara su comprensión, luego sus años de militancia lo iniciarán en recorridos que no solo le permitirán densificar esos significantes sino también complementar las «lecturas doctas» que, en su zona, solo podía encontrar en la UNNE:

> Nadie se hace de izquierda porque ha leído a Marx, sino al revés. Uno lee a Marx porque se ha hecho de izquierda (...).
>
> Hacerse de la izquierda comunista en Corrientes constituía un hecho improbable, discordante con el sentido común conservador que reinaba en la ciudad. La provincia pertenecía a ese interior argentino poco y nada modificado por los procesos que a partir de 1880 habían transformado al país. (...) De todos los centros y círculos (...) brotaba el mismo mensaje de lealtad al precepto de seguir la rutina, de apego al particularismo y la tradición.
>
> No quería dejarme llevar por la corriente. Es verdad, lo advierto ahora, que nosotros, los estudiantes que integrábamos la pequeña agrupación comunista, no teníamos en la mira sino de manera intermitente la realidad social y política local que sabíamos hostil. (...) Nuestra imaginación ideológica nos proyectaba más allá, en una agitación que tenía escenarios más vastos —el nacional, el internacional—. El ámbito donde se ventilaban los temas y las disyuntivas correspondientes a esos escenarios alejados era la Universidad. (42–45)[9]

En más de una oportunidad, Altamirano contrapuso las formas de sociabilidad intelectual en Buenos Aires y en Corrientes durante los años de su formación: «Vos lo podías escuchar a Romero», le planteó a José Nun en una entrevista radial, «mientras que para mí era el autor de un libro». Y agregó: «esa distancia

9. El contrapunto entre Altamirano y Piglia tanto alrededor de lo que pueden los libros y las lecturas como sobre la representación de inicios compartidos se registra en diferentes intervenciones (cf. Altamirano, 2019a, 2019c). Cito, a modo de ejemplo, el fragmento del diario de Piglia/Renzi al que responde esta cita de Altamirano: «Me hice marxista porque había leído algunos libros en el curso de Sánchez Albornoz sobre los orígenes del capitalismo en Inglaterra» (Piglia, 2015:124).

hacía que se sintiera que todo ocurría en Buenos Aires» (2019a). No obstante, a pesar de esa ausencia de interlocución, hay un hacer cosas con palabras que, en los primeros años de la década de 1960, tuvo lugar «en la Facultad de Humanidades en el Chaco» (2019b:74).

Cristina Iglesia (G2) que se graduó como Profesora y Licenciada en Letras en la UNNE en 1968, cuenta un cuento convergente con el de Altamirano. En su relato la falta de librerías y de bibliotecas especializadas se anuda a la falta de envíos específicos en una carrera que estaba muy en sus comienzos, razón a la que atribuyó aquel estado de las cosas:

> Como se trataba de una carrera que estaba en sus comienzos los profesores se improvisaban sobre la marcha. Recuerdo especialmente a Carlos Giordano, un poeta de la generación del 40 que obligado por razones políticas se vino desde Córdoba a enseñar griego y que resultó nuestro principal interlocutor para discutir literatura argentina, algo imposible con el titular de la materia. Hubo otros profesores que impulsaron algunas lecturas no convencionales como Hilda Torres Varela y Oscar Tacca, pero en general estábamos librados a nuestras propias búsquedas en una zona donde casi no había librerías ni bibliotecas actualizadas (la de la facultad no existía en ese momento, era solo un deseo). [*2018*]

La importancia de los envíos generados por los textos a los que se accede es un tópico recurrente en los relatos de agentes de polos periféricos frente al exceso o la saturación de referencias que programas y clases magistrales generan en algunxs estudiantes de polos centrales. El relato de Ximena Picallo (G4), egresada de la Licenciatura en Letras de la UNPSJB en 1996, alude a tiempos diferenciales de institucionalización de las actualizaciones disciplinares: «Nunca dudé que quería estudiar Letras y si bien no tuve en esos inicios actores significativos en mi opción por las letras, tampoco los tuve durante mi carrera universitaria» [*2018*]. La escasez de contenidos teóricos en su formación de grado, tramitada entre 1990 y 1996 en esa universidad fundada en 1980 (cf. Anexos, Mapas), habría impulsado el deseo por un objeto ausente:

> Sin duda, la principal marca, en un principio negativa pero que luego se tornó positiva dado el tipo de interés que me despertó, fue la casi total ausencia de reflexión teórica que tuve en mi formación de grado. Ausencia que intuía era central; ausencia que, sin tomar cuerpo, provocaba falta. Creo que esa ausencia me llevó a indagar en estos temas y a tomar las decisiones académicas y de formación que luego fueron conformando mi carrera académica. [*2018*]

Picallo subrayó lo complejo que resultaba actualizarse y participar activamente del subcampo cuando se habitaba, en un tiempo previo a la web, en un espacio al margen de las redes de sociabilidad intelectual. La referencia a formarse «en una universidad del interior en momentos en los que todavía la circulación de información no era tan democrática ni accesible, las redes casi inexistentes (de todo tipo) y la bibliografía bastante desactualizada» es un denominador común de los relatos de quienes cursaron sus carreras de grado en polos periféricos. Estos relatos revelan tiempos diferentes conviviendo en un mismo corte sincrónico: no se trata solo de textos que llegan, por usar una figura empleada por María Teresa Gramuglio en sus estudios sobre el realismo, a «destiempo» (cf. Gramuglio, 2002:15). Se trata de problemas, configuraciones disciplinares y disputas locales distintas atravesadas por la apropiación, también diferencial, de capitales específicos. Así por ejemplo, en el caso de Picallo, esos capitales se irán acumulando, en principio, vía los envíos propiciados por las publicaciones a las que fue teniendo acceso: «fueron volviéndose significativos críticos literarios argentinos que leía, admiraba y a los cuales intentaba emular: Nicolás Rosa, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer» [*2018*].

El contraste con lo que sucede en un mismo corte temporal en diferentes polos se hace ostensible a través de los cuentos que lxs agentes cuentan respecto de las maneras en que acumularon sus capitales específicos. Estas historias individuales enriquecen los datos construidos a partir de las dimensiones de análisis seleccionadas para estudiar los procesos de institucionalización (cf. Sapiro, 2012a; Gerbaudo, 2014): reponer la perspectiva de lxs agentes permite entrever desde otro ángulo el tiempo lento de las transformaciones institucionales y, ni que decir tiene, de las lógicas de campo. Visibilizar los indicadores de esta expansión institucional asimétrica impulsa a reconstruir lo acontecido en cada institución: el vaivén entre el estudio de caso y el de campo permite no solo entender por qué un polo marginal no tuvo investigadorxs del CONICET hasta bien entrado el siglo XXI o por qué decir «teoría literaria» en uno central del subcampo puede connotar prácticas y situaciones muy diferentes en uno marginal sino que también, junto con ello, dilucida prácticas de escala «nano» que marchan a contrapelo de los colonialismos internos ya que, como acontece entre los polos del campo transnacional, también en el subcampo recortado desde el perímetro nacional hay pujas entre los polos por la construcción de agendas junto a apropiaciones inescindibles de cada construcción institucional. Así, decir «teoría» en la UNL o en la UNPSJB en los albores del siglo XXI era sinónimo de agencia y libertad (en el sentido restringido que Bourdieu le ha dado al último término, es decir, como la chance de elegir, en este caso, cómo leer —básicamente, desde qué posición— dentro del espectro de posibles) mientras que

decir «teoría» en la UBA, en la UNLP y en la UNR ya no connotaba entonces lo que en los ochenta. Lo que para lxs agentxs de los polos periféricos representaba una novedad y la matriz generadora de una actualización que atravesaba las carreras de letras de la universidad pública, era en los polos centrales sinónimo de saturación: como en toda reacción pensada «contra» algo, la teoría que había faltado en los años de la dictadura había devenido «teoricismo». Dicho en términos de José Luis de Diego (G3), «celebración del no entender» (2006); dicho en términos de Gustavo Bombini (G4), deuda con las «prácticas» (1996); dicho en términos de Gonzalo Aguilar (G4), «fetichización» desligada de la referencia a cualquier realidad empírica (1998: 45); dicho en términos de Martín Prieto (G4), desprecio de la historia literaria (y también celebración del no entender); dicho en términos de Facundo Nieto (G4), pregnancia de perspectivas «posmodernas» con su correlato en la inhibición del «vínculo entre literatura y sociedad» [*2018*]. Las derivas de estos «embates de la teoría literaria» no pasaban desapercibidas a quienes estudiaban y/o enseñaban en polos centrales del subcampo (Gramuglio, 2009) que, por entonces, ya eran varios.[10]

Hay un relato de Martín Prieto que transparenta, en buena medida, contra qué tipo de instrumentación reaccionaban de Diego, Bombini, Nieto, Gramuglio, Aguilar y el propio Prieto. Su cuento vuelve sobre un uso de la teoría en una cátedra de la UNR en la que se refractaba algo de lo que también acontecía en la UBA y en la UNLP, los polos que se disputarán desde aquellos años noventa, el marcado de la agenda en esta línea del subcampo. Su recuerdo lleva a una escena de aula de su tiempo de inicios, cuando aún no era una firma y cuando su poder de intervención institucional no estaba en la facultad donde se había formado sino en la UNCom donde en 1989 había obtenido el cargo de Profesor Adjunto

10. Si pude escribir un libro sobre las prácticas transformadoras de enseñanza de la Teoría literaria y de la Literatura argentina en la universidad argentina centrándome solo en la UBA fue porque tomé el período 1984-1986, es decir, esos años intensos marcados por viajes de profesorxs de diferentes puntos del país para conseguir transcripciones de las clases de las cátedras que definían la agenda del campo. Se trata de un tiempo en el que la UBA era la vanguardia (cf. Saítta, 2022a) al punto que se ha llegado a poner a algunas de las intervenciones de aquellos años (cf. Longoni, 2012) en serie sacrílega con eventos a través de los que se creía poder «redimir la sangre e ideales de los 70»: «dark, postestructuralismo, cocaína, la cátedra de Panesi, el Parakultural y una primaverita alfonsinista» (Schanton, 2008). Como se verá a continuación, ya sobre fines de los ochenta e inicios de los noventa, otros polos comenzarán a disputar esa centralidad generando operaciones que, en un par de años, conminan a localizar más de un centro y una proliferación de líneas (se trata de una ramificación que no se detiene: si bien no tuvo pretensión de exhaustividad, hoy se queda corto el punteo de líneas realizado por Dalmaroni en 2009 —otra prueba del dinamismo y la vitalidad del subcampo—).

de Literatura argentina I y II. No obstante era lo que acontecía en la UNR lo que lo inquietaba, quizás consciente de los efectos modelizantes de lo que sucede en polos centrales. El temor de que un estilo de enseñanza de la teoría literaria pasara de la hegemonía, con su espacio para la «grieta» (Rinesi, 2003), al dominio absoluto (una suerte de fantasma de totalitarismo teórico), lo preocupaba:

> En 1991, cuando daba clases en la Universidad Nacional del Comahue, empecé a entrever que la entonces despreciada historia de la literatura era, sin embargo, y a partir de algunas reformulaciones teóricas que todavía no eran más que intuiciones, un método enormemente eficaz para investigar y enseñar literatura argentina. Enseñar, pensaba, en la cuarta acepción que le da al término el diccionario: «Mostrar y exponer una cosa para que sea vista y apreciada». En esos años la teoría literaria, no como instrumento sino como asunto, parecía que iba a dominar para siempre la escena de los estudios literarios y un profesor de la Universidad de Rosario decía ambicionar que cuando alguien irrumpiera en un aula donde él estuviera dando clases, tardara un buen rato en notar que «eso» era una clase de literatura. Debo decir que yo ambicionaba exactamente lo contrario. (2020a:16)

Por esos mismos años, en la UNC, las teorías funcionaron como estandarte en más de una lucha. Los relatos de Gabriel Giorgi (G4) están atravesados por una convicción: decir «semiótica» en la Córdoba de entonces era decir transformación. Es decir, apertura a modos de leer alternativos a los que había encontrado en varias cátedras de la carrera de letras apenas restituida la democracia. Se trata de una transformación asociada a diferentes factores que, por otro lado, tendrá ritmos distintos en el grado y en el posgrado.

Empecemos por esta última cuestión y por la voz de lxs agentes que participaron de aquellos procesos. «En 1983, la universidad estaba loteada como un shopping», resaltó Roxana Patiño (2022a) mientras repasaba detalles sobre el arduo trabajo realizado en el grado y en los posgrados ya existentes entonces en la Facultad de Filosofía y Letras donde las tensiones entre posiciones conservadoras y renovadoras eran más evidentes que en los nuevos espacios creados a partir de la restitución democrática (junto con su fundación, establecían sus reglamentos, sus protocolos de trabajo y de reclutamiento de agentes). Justamente sobre esos espacios volvió Gabriel Giorgi al conectar el momento de apogeo de la semiótica (luego del furor se observa una estabilización y más tarde, cierto descrédito)[11] con las transformaciones que

11. Contra esa reacción batallaba en sus clases Nicolás Rosa ya bien entrado el siglo XXI. Tanto en sus cursos de posdoctorado (2006) como de grado defendía los modos de leer

llevó adelante Francisco Delich como rector de la UNC entre 1989 y 1995: durante su gestión se fundó el Centro de Estudios Avanzados (CEA) donde se alojó la Maestría en Sociosemiótica y la revista *Estudios*. Se trató de proyectos que se valieron de la transferencia de capitales simbólicos que le conferían lxs agentes involucradxs: *Estudios* contó con la persistente participación de Héctor Schmucler, figura estelar en la dinamización del subcampo de los setenta vía *Los Libros*; la maestría convocó a referentes de diversos puntos del país para dictar cursos (entre otrxs, Silvia Delfino y Jorge Panesi de Buenos Aires, Graciela Barranco de Santa Fe) así como a quienes trabajaban arduamente por la construcción de una agenda nacional y regional en esta orientación (Eliseo Verón, María Isabel Filinich, María Teresa Dalmasso, Silvia Tabachnik, Nicolás Rosa, entre otrxs). Como se puede inferir, bajo el paraguas de la semiótica se ponían en circulación líneas de sociología, filosofía, estudios lingüísticos y literarios. Un rótulo institucional en el que encontraba cobijo más de una forma de disidencia:

> Esa maestría no era en Humanidades sino en Sociosemiótica; disciplina un poco enigmática pero que encarnaba cierta renovación respecto de vocabularios previos muy anquilosados. Ese fue, claro, un momento también de disputa de saberes en la universidad: en aquel momento el rector quiso modernizar. Armó un centro de estudios avanzados que no respondía a ninguna facultad y que dependía directamente de él. Ahí abrieron varias maestrías. Esta fue la primera. Había entusiasmo por la semiótica. Estamos hablando de principio de los años noventa. Había un interés por la semiótica como un saber modernizador. En la UBA se estaba poniendo la semiótica como materia obligatoria. Es interesante eso, porque después se disipa.
>
> La maestría la dirigía Silvia Tabachnik, exiliada en México, que se volvió a la Argentina, a la UBA. Ahí conocí a Jorge Panesi y Silvia Delfino que fueron profesores en la Maestría. En ese momento Jorge y Silvia eran como una especie de dispositivo: primero vino Silvia y ahí se abrió un canal de diálogo muy productivo y muy estimulante para mí. Silvia tenía (sigue teniendo) una capacidad de estímulo y de provocación al deseo… Esas figuras que realmente son muy productivas en un momento clave de tu formación. La maestría hizo posible eso. Vino bien

habilitados desde «la perspectiva ofrecida por la Sociosemiótica, desvalorizada durante mucho tiempo quizás por el auge de los experimentalismos y las vanguardias» (Rosa, 2003:2). Milita Molina también registró cierto deterioro del término: «La palabra semiología está devaluada, entonces cuesta decir que Nicolás es un semiólogo» (2016:81) apuntó en uno de sus escritos sobre su compañero–maestro.

> a una Córdoba que si bien tenía y tiene gente maravillosa, había estado bastante cerrada, fundamentalmente como herencia de la dictadura. [*2016*]

La retroalimentación entre los espacios de difusión del proyecto del CEA fue notable: en *Estudios* publicaron lxs profesorxs de la convocante maestría en Sociosemiótica a la que le transferían su capital simbólico mientras ratificaban las contigüidades disciplinares «monstruosas» (Derrida, 1967a) que ya se insinuaban desde el nombre mismo de la carrera. De este modo, desde más de un lugar se habilitaron heterodoxas confluencias y temas entonces disruptivos en la agenda de la UNC (Rosa, 1993, 1997; Delfino, 1997; Arfuch, 1996; Schmucler, 1996; Tabachnik, 1996). Repasar las páginas de *Estudios* permite rastrear los asuntos abordados en las primeras tesis entre las que se cuenta la de Giorgi, defendida en junio de 1996 (cf. CEA, 1996:338). Su tema da cuenta de un doble movimiento de agencia: escribir una tesis sobre «Niños provincianos homosexuales» durante los noventa era intervenir en la visualización de dos colectivos entonces marginados. Recién dos décadas más tarde se incidirá en la fabricación de la agenda del subcampo desde los feminismos y los «regionalismos no regionalistas» tramitados no desde el exotismo ni desde la lógica del cupo ni menos desde la queja sino desde la acción acuciante y firme en sus fundamentos.

En definitiva: desde *Estudios* se contribuía a difundir un programa institucional. Junto a lxs agentes que lo movilizaban desde el subcampo específico (Arán, 1996a; Mozejko 1996; Giorgi, 1996; Boria, 1996; Levstein, 1996) escribían quienes lo hacían desde la gestión. Haber creado un Centro de Estudios Avanzados fue una declaración de principios: Delich inscribió sus decisiones en el sinuoso proceso de institucionalización de las ciencias sociales y humanas en Argentina. Su estrategia artera le permitió iniciar un rápido proceso de transformación desde el posgrado sin colisionar con los sectores conservadores radicados en las facultades. La voluntad de reposicionar a Córdoba como un polo central del campo de las letras tuvo a la semiótica como bandera:

> En efecto, disciplinas balbuceantes a comienzos de los setenta, como la semiótica, encontraron anchos campos: la ciencia de la comunicación, que se expandía junto con el propio fenómeno televisivo, avanzaron más allá del fenómeno mediático; la sociología mudó su piel y la necesidad de la inter–pluridisciplinariedad se impuso casi naturalmente. Este Centro de Estudios Avanzados es, entonces, el ámbito que registra estas mutaciones; estas interdisciplinas (a veces menos, apenas intersticios), asumidas creativamente, aparecen más como interrogantes que como problemas ya definidos. (...)

> Sabemos que Córdoba constituye un polo de crecimiento económico y una referencia política inevitable por su peso específico nacional. Sería incomprensible para propios y extraños que la más viva Universidad del país en sus 380 años y la cuna de la Reforma Universitaria en su 75 aniversario, no encuentre el tono apropiado y los canales adecuados para que sus múltiples voces se escuchen más allá de sus límites geográficos. La cultura argentina, el pensamiento latinoamericano esperan de nosotros esa mezcla de lucidez y coraje que hicieron legendaria nuestra provincia. El Centro de Estudios Avanzados y su revista no pueden ni deben escapar de aquellos signos históricos. (Delich, 1993:5–6)

En 2005, desde *Estudios*, se realizó un balance del estado de la semiótica en la institución. Escribieron lxs agentes que habían contribuido a la construcción de la UNC como polo central en esta perspectiva vía la enseñanza de posgrado (primero de maestría, luego de doctorado) pero también desde el grado (cf. Schmucler, 2005; Arfuch, 2005; Boria, 2005; Arán, 2005; Escudero, 2005; Dalmasso, 2005). Ese balance converge con los testimonios de lxs agentes de la muestra para quienes decir semiótica era decir vanguardia: revuelta de temas y problemas de la agenda institucional. Por ejemplo, los cuentos de Giorgi aportan datos cruciales para el estudio del proceso de institucionalización de los estudios *queer* en la universidad argentina (cf. Maristany, 2014; Bregani, 2021, 2022; Nieto, 2021a): en la UNC de los noventa, esta línea se introdujo vía la semiótica que, tal vez debiéramos escribir en plural. Un relato que se repite en la voz de agentes de más de un polo: en un mundo previo a Internet el acceso a la información sobre libros recientes, congresos y presentaciones era decisivo para la actualización disciplinar. Una información que, como en el caso de la UNL, en la UNC se movilizó, en principio, desde el posgrado: lo que en la UNL se tramitó desde una maestría en didácticas liderada por Litwin, en la UNC se tramitó desde esa maestría en Sociosemiótica de la que Giorgi fue uno de los primeros egresados. En su recuerdo quedaron grabadas las intervenciones de quienes lo impulsaron a asistir a sus primeros congresos, a participar de presentaciones de libros en Buenos Aires que le abrieron otra biblioteca teórica y, en definitiva, a cobrar confianza en lo que podía. Se destacan dos libros, dos figuras y el catálogo de una editorial: Silvia Delfino y Jorge Panesi[12] caen junto a *Las culturas de fin de siglo en América Latina*

12. El cuento que Jorge Panesi cuenta sobre sus intervenciones en la UNC de los noventa converge en más de un punto con el relato de Giorgi. Sin embargo, más allá de la valoración de los resultados, el desconocimiento de las batallas y batallitas locales dificulta entender contra qué insurgía esa perspectiva: «Recuerdo que fui una vez a dar una charla o seminario

compilado por Ludmer (1994) y *médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcci*ón de la nación argentina, 1871–*1914* de Jorge Salessi (1995) publicados por la entonces emergente Beatriz Viterbo. Libros que, a su vez, enviaron a otros e impulsaron la lectura de autorxs que tendrán un lugar prominente en el subcampo regional y nacional con tiempos diferenciales a los que es oportuno atender. Por ejemplo, en el de Ludmer se reúnen trabajos de Salessi, María Moreno, Nelly Richard, Horacio González, Carlos Monsiváis, Silviano Santiago, Sylvia Molloy, Jean Franco y Francine Masiello. Las fechas importan: Silviano Santiago ingresó a un programa de teoría literaria en la carrera de letras de la UNL en 2021 mientras que el libro de Salessi, en 1997, vía un curso de posgrado dictado por María Inés Laboranti, parte de la cátedra Análisis y crítica II liderada por Nicolás Rosa en la UNR. Otra vez, a propósito de la actualización de bibliotecas, las mismas constantes: el posgrado, un *passeur*[13] y, en aquella vida previa al mundo en un click, el viaje a Buenos Aires tanto para participar de eventos como para buscar materiales (este tópico atraviesa los relatos de lxs agentes de los G1 a G4 residentes en diferentes puntos del territorio, de Tucumán a Río Gallegos pasando por Corrientes, Córdoba, Santa Fe, Rosario, Concepción del Uruguay y Mar del Plata):[14]

---

a Córdoba, plena década del '90, a hablar de lo que hablo siempre —quizás, un poco monótonamente: Derrida, posestructuralismo, etc. Y ahí nos venían con una cosa muy científica, con una marca muy greimasiana, había una cosa teórica con una pretensión más cientificista. Yo tuve ahí dos oyentes realmente notables: Gabriel Giorgi, que hizo la tesis conmigo de licenciatura (muy buena, por cierto); y después, Fabricio Forastelli. Bueno, valía la pena, entonces. No comparto ni media palabra con esa onda semiológica, cientificona, greimasiana, pero realmente los resultados de algunos son notables. Estas dos personas son la prueba» (Panesi, 2017a).

13. Sapiro usa este término para describir las operaciones de lxs agentes que promovieron el tráfico de textos entre diferentes grupos del campo literario francés durante la ocupación alemana (1996:16); Sorá lo retoma para caracterizar la circulación de textos entre Argentina y Francia (2021:111). Lo retengo dado el lugar que ocupa el campo intelectual francés en la definición de problemas del subcampo de los estudios literarios hasta el presente mientras resalto que este tipo de operaciones también se producían entre diferentes polos del subcampo nacional, en especial en un tiempo en que la agenda se marcaba en algunos pocos puntos (una configuración que se sostuvo no más allá del siglo XX).

14. En otros cortes temporales los viajes se realizarán hacia otros puntos del territorio donde se reconocen polos centrales de una línea del subcampo. Por ejemplo, Gabriela Román comenta durante la defensa de su tesis doctoral realizada en la UNaM que cuando inició sus investigaciones sobre el «microrrelato» por 2007, «conseguir los materiales era muy difícil» (cf. Román, 2021b). Esto se simplificó al hacer una pasantía en la UNCom donde

> Mi formación en Letras arranca en 1984 con la dictadura todavía fresca: una tradición muy fuerte y muy activa de la derecha. Las cátedras de literatura argentina en Córdoba eran bastante duras en esa época. Por esa razón muchos nos inclinábamos para la semiótica y las teorías literarias que daban un poquito más de aire. Ahora hay otra gente, más interesante, más dinámica. Pero en aquel momento, la semiótica y las teorías daban espacio a otras exploraciones. Y eso se refuerza con la maestría y con la conexión con Buenos Aires. Fue una especie de resistencia. El tema sexualidad, por caso, en aquel momento en Córdoba, era algo casi impronunciable.
>
> Hacia esos años, Delfino y Panesi organizaron un congreso donde estaba Ludmer, inmediatamente después de la publicación *Las culturas de fin de siglo en América Latina* y Sylvia Molloy que estaba trabajando las primeras lecturas *queer*. Había una sensibilidad crítica alrededor de los estudios culturales: era la zona de intervención de aquel momento. [*2016*]

La enorme cantidad de líneas que en la UNC caían juntas, en productiva conjunción sintomática, bajo el rotúlo hospitalario de «socio–semiótica» comprenden los estudios *queer*, los culturales, los de género y los que propiamente se siguen reconociendo como perspectivas semióticas. Importa destacar lo que ese caer juntos expresaba: algo que Delich dejó entrever en el editorial ya citado al explicitar contra qué se reaccionaba vía aquel conjunto de acciones destinadas a institucionalizar nuevos espacios de enseñanza, investigación y extensión en aquella Córdoba. Se trató de un proceso complejo que en cada universidad de Argentina tuvo su particularidad dado que las líneas del subcampo se configuraron de diferentes maneras en cada institución.[15] Crítico con el uso del término «recuperación», Delich precisó las cuestiones en las que se había requerido volver a imaginar el trabajo por hacer después de diecisiete años de estancamiento, retroceso y aniquilación. Para leer lo que pasaba en aquel corte del presente, necesitó ir hacia atrás:

---

está radicada Laura Pollastri, firma asociada al desarrollo de las investigaciones en esta línea en Argentina.

15. Es necesario repetirlo: este trabajo solo bosqueja trazos gruesos de un mapa que requiere detener la mirada sobre los procesos de institucionalización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos en cada universidad de Argentina. Es decir, para el tipo de problemas que planteamos se necesita tanto una perspectiva de gran escala a través de la que se puedan identificar tendencias generales como estudios detallados que enfoquen con minucia casos específicos.

> Si al país no le ha resultado sencilla la transición operada a partir de 1983 entre el gobierno autoritario y el gobierno democrático, entre el Estado hipercentralizado a un Estado tímidamente federal, entre una sociedad fuertemente corporativizada y una sociedad de actores solidarios, tampoco para la Universidad ha sido fácil. Virtualmente intervenida desde 1966 hasta 1983, la evolución del sistema universitario en general y de la Universidad de Córdoba, tuvo demasiados desencuentros, frustraciones, retrocesos como para que, casi veinte años después, el esfuerzo reconstructivo se deslizara por carriles institucionales linealmente progresivos.
>
> De aquellos diecisiete años, ni el sistema universitario ni cada universidad en particular salieron indemnes ni iguales a sí mismas o entre sí. (...) No todas las disciplinas académicas fueron afectadas del mismo modo. Por razones imaginables, las ciencias sociales, las ciencias de la comunicación, las humanidades, letras, psicología, fueron atacadas con virulencia en algunas oportunidades y hasta el límite de la irracionalidad en otras. En cualquier caso sus espacios fueron degradados y los presupuestos recortados. La restauración democrática no alcanzó por sí misma a recuperar los espacios perdidos.
>
> Pero tal vez, como en otras opciones similares, recuperar no es el mejor concepto, porque casi veinte años no transcurrieron sin huellas. Otras necesidades, otras disciplinas en el campo de las ciencias sociales, otro debate teórico, otras dimensiones epistemológicas, invitan a crear más que a recuperar. (1993:5)

Entre los factores asociados a que en la UNC haya sido la semiótica la que se ligó a la transformación de prácticas de enseñanza y de investigación fulgura el papel desempeñado por quienes continuaron sus estudios en el extranjero y/o en formaciones y que, a partir de 1983, con la reinstalación de los concursos, comenzaron a disputar espacios y sus configuraciones. Susana Gómez (G4), graduada y posgraduada en esa universidad, enfatizó la importancia de los capitales específico, simbólico y social que habían aportado lxs profesorxs que fueron incorporados luego del retorno de la democracia: haber contado con «docentes motivados y conocidos afuera que retornaban del exilio con ideas y teorías nuevas» impulsó su decisión de dedicarse a «la semiótica y la teoría literaria» [*2017*]. En el trabajo desde esas líneas, Gómez encontró un tipo de interpelación que orientó la definición de su carrera.

Por ejemplo, una de esas profesoras que había regresado del exilio con lecturas innovadoras fue Susana Romano Sued (G2). El primer programa que presentó como Profesora Titular por concurso de la cátedra Estética y crítica literaria moderna datado en 1990 muestra la temprana introducción de Itamar Even-Zohar, la reinscripción de Lucien Goldmann y la puesta en diálogo con los resultados de investigación producidos por estas pampas (*Literatura/*

sociedad de Altamirano y Sarlo, *Los fulgores del simulacro* de Nicolás Rosa, *Contra el estado neutro* de Silvia Barei, etc.). También se observa una cuantiosa cantidad de «fichas de cátedra» que reponían contenidos todavía peligrosos en aquel ciclo de la posdictadura. Un ejemplo: «Las estéticas sociológicas. La teoría marxista» (Romano Sued, 1990).

Las huellas de la formación en las líneas dominantes de la semiótica francesa de los años setenta se verifican en los programas de Danuta Teresa Mozejko (cf. Mozejko, 1986, 1987a, 1987b). Huellas de una «educación» que la había vuelto «sospechosa» para el ejercicio profesional tanto en el CONICET como en la universidad pública durante los años previos a 1983:

> Haber estado en París se convirtió en carta de presentación y antecedente peligroso. En 1975 tuve que explicar, ante miradas inquisidoras, «por qué y para qué había vuelto al país». Algún decano de mi universidad quiso conocer las motivaciones —si acaso hacían falta— de mi vuelta a casa. Conseguí un insignificante cargo en la UNC para perderlo casi de inmediato. Era «factor real o potencial de perturbación» (...) según rezaba la Ley de Prescindibilidad aplicada en la administración pública y en las universidades. Años de existencia silenciada. «No convenía que formara recursos humanos» rezaba el veredicto condenatorio de algún investigador del CONICET que evaluó mis antecedentes cuando aspiré a ingresar al espacio oficial de la búsqueda del saber. Todo por haber estado en París y haberme aproximado a las cabezas pensantes de la época.
>
> Con la democracia, el doctorado parisino volvió a convertirse en antecedente, punto de partida para una larga, paciente y progresiva carrera en la UNC. (Mozejko, 2011:463–464)

La marca de la formación junto a Pierre Bourdieu se estampa en los programas de «Sociología de la obra literaria» firmados por Ricardo Costa (1990, 1991), doctorado en Sociología en la École Pratique des Hautes Études en 1975. Costa puso a circular no solo textos de Bourdieu y los de referencia en sus planteos (se destacan los de Gaston Bachelard y los de Ernst Cassirer a quien Bourdieu había hecho traducir y publicar en la colección «Le sens commun» de Minuit que había creado en 1965 y que dirigió hasta 1991; allí editó, entre otros títulos, *Pertinence et pratique. Essai de sémiologie* de Luis Prieto) sino también los que habían producido sus doctorandos como Rémy Ponton de quien incluyó, entre otros, uno de sus primeros artículos importantes publicados en la entonces flamante *Actes de la recherche en sciences sociales* (cf. Ponton, 1975). Para esto, Costa realizó una cantidad notable de traducciones especialmente destinadas al trabajo con lxs estudiantes.

Fue un reemplazo de Costa el que hizo lugar a que Roxana Patiño firmara su primer programa como Profesora Titular en carácter de interina. Entre 1992 y 1994 Patiño hizo jugar una biblioteca propia que se consolidó en diálogo con la de Sarlo y con la de Saúl Sosnowski, su tutor en Maryland donde estaba cursando su doctorado. Las huellas de esta interlocución se advierten, en especial, en el modo de ordenar la bibliografía: separada entre teoría y crítica, entre conceptos y sus instrumentaciones en investigaciones puntuales, Patiño movilizó no solo la producción teórica europea y norteamericana sino también la argentina y la latinoamericana a partir de contenidos planteados como problemas. Lxs estudiantes de ese curso fueron, entre otros, Fernando Degiovanni, Soledad Boero, Alicia Vaggione, Claudio Díaz y Carlos Gazzera. En su primer libro, en la primera línea de la sección «Agradecimientos», Degiovanni escribió: «Antes del comienzo, Roxana Patiño me introdujo a las lecturas que traman el horizonte teórico de este libro» (2007:7). Repasar ese programa permite entender a qué alude Degiovanni. Solo algunos ejemplos: del lado de la teoría, en la Unidad I caen juntos Altamirano y Sarlo con su libro escrito para la biblioteca Arnoux, *Una introducción a la teoría literaria* de Terry Eagleton y *Cultura* de Raymond Williams. Tres textos ligados al contenido «construcción del objeto» de la sociología de la literatura (Patiño, 1993:1). En esa unidad, por el lado de la crítica, se trabajó con un ensayo de Ángel Rama. Esa estructura se replica en todo el programa: los conceptos seleccionados de Bourdieu y de Williams se muestran en funcionamiento a partir de las investigaciones de Anna Boschetti, Silvia Sigal, John King y Beatriz Sarlo; los aportes de Benjamin, Ana Pizarro, Hayden White e Hilda Sábato se retoman desde las instrumentaciones de Gutiérrez Girardot y, otra vez, de Rama. Se podrá advertir, solo a partir de estas escuetas muestras, la contribución a desconstruir la asociación entre teoría y polos centrales del campo transnacional.

Pampa Arán (G2), formada en la Rosario de «los años Prieto», realiza un balance rotundo respecto de aquella intervención institucional que comprendía la maestría en Sociosemiótica pero también el trabajo en cátedra, la formación de «recursos humanos» y la creación de la revista *e.t.c. (ensayo–teoría–crítica)* tramitada desde el Club Semiótico (los nombres se reiteran: Romano Sued dirigía la publicación; en el consejo de redacción estaban, entre otras, Barei, Boria y Brizuela; Arán oficiaba de coordinadora y Rinaldi de Pinelle integraba el comité de lectura):

> Nunca se valorará bastante lo que constituyó esa apuesta institucional en un área de vacancia en nuestra ciudad mediterránea, en una universidad con sesgo de

> humanismo clásico de tradición filológica o lingüística y de estudio de las ciencias sociales bastante acotado desde el positivismo. [*2017*]

Desde esos lugares se interrogaron modos de leer cristalizados por lo que, valiéndome de la investigación de Max Hidalgo Nácher (2022a),[16] llamo la biblioteca Gredos: una sinécdoque que remite a la compleja historia española de fagocitación del estructuralismo desde la estilística. Las huellas de ese opacamiento en nuestro subcampo se extendieron hasta los umbrales del siglo XXI en ciertos polos periféricos. El relato de Giorgi refuerza lo que la exhumación de los programas de la época saca a la luz:

> En la carrera de grado, esos vocabularios críticos permitieron desempolvar un modo de estudiar la literatura que era de la dictadura todavía porque en el año 84, y estaban los que estaban... Recuerdo la «Introducción a la literatura» que tomé, todavía estaba en manos de la gente nombrada por la dictadura (después cambió mucho): no se leía nada latinoamericano sino esos libros de Gredos de artillería española, superconservadores. Entonces, en general, las semióticas y las metodologías de análisis abrían líneas de discusión en un momento de mucha obturación. En ese momento fue muy positivo y a lxs pibxs nos permitía entrar en otras discusiones. [*2016*]

El análisis de los programas corrobora que, si bien persistió la marca de la biblioteca Gredos, pasó de ser hegemónica (cf. Sosa López, 1983a, 1983b, 1984, 1985a, 1985b) a caer junto con la biblioteca Hachette (metonimia que uso para hablar de la colección Universidad armada por Arnoux) y con la que se referenciaba desde *Punto de Vista* (cf. Mozejko, 1985, 1986, 1987a, 1987b, 1988, 1990a, 1990b; Arán, 1986a, 1986b, 1988, 1990; Verdugo, 1987, 1988; Rinaldi de Pinelle, 1987, 1988, 1990; Musitano, 1990, 1991; Flores, 1990, 1991). Por ejemplo, si bien la *Teoría de la literatura* de Aguiar e Silva prácticamente atravesó los programas hasta bien entrada la década del noventa, no obstante los problemas del campo se fabricaban también desde *Literatura/sociedad* de Altamirano y Sarlo, *Hacia el conocimiento del poema* de Iber Verdugo, los títulos de semiótica y de lingüística en la línea del análisis del discurso difundido por Beatriz Lavandera y los envíos de *Punto de Vista*. Tenemos así que en 1990, Adriana Musitano incluyó en su programa de Introducción a la literatura la separata «Guía del posmodernismo» publicada en *Punto de Vista*

16. También Violeta Garrido (2022) analizó la posición dominante de Gredos en el campo académico español durante los largos años de la dictadura franquista.

(cf. Huyssen, 1987) y en 1991, hizo lo propio con *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (¿cómo no leer aquí los comienzos de las huellas de la biblioteca Sarlo que en 1988 confesó que *Una modernidad periférica* había nacido por el deseo de haber escrito, entre otros, ese de Marshall Berman [Sarlo, 1988a:7]?). También en 1990 Pampa Arán incorporó en su programa de Metodología del Estudio Literario II el mismo texto que en 1994 Lidia Acuña y Beatriz Carossi introducirán en Sociología de la cultura en la UNL para dar cuenta de un estado de la discusión teórico–crítica en Argentina: se trata de «Crítica de la lectura: ¿un nuevo canon?» (Sarlo, 1985a).

En la enseñanza de la literatura nacional convivían entonces lecturas críticas pertenecientes a diferentes tradiciones. Por ejemplo, el programa de Historia de la literatura argentina I datado en 1986 incluye en la bibliografía una variedad de posiciones: *Hernández, poesía y política* de Rodolfo Borello, *Confines de occidente: notas para una sociología americana* de Bernardo Canal Feijóo, *El pensamiento de Echeverría* de Tulio Halperín Donghi, *El fuego de la especie* de Noé Jitrik, *Influencias filosóficas en la evolución nacional* de Alejandro Korn, *La seducción de la barbarie: análisis herético de un continente mestizo* de Rodolfo Kusch, *Realismo y realidad en la literatura argentina* de Juan Carlos Portantiero, *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas, *La literatura autobiográfica argentina* de Adolfo Prieto y los tomos de la Historia de la literatura editados por el CEAL, entre otros. Tanto objetivos generales como específicos dejan entrever el tipo de abordaje ensayado:

> Objetivos generales
> 1. Reflexionar sobre las relaciones entre lenguaje y cultura nacional.
> 2. Vivenciar en la literatura el discurso emergente de la experiencia histórica del pueblo argentino estudiando el entrecruzamiento de «lo de adentro» y «lo de afuera».
> 3. Aplicar métodos de estudio rigurosos que, surgiendo de la relación entre sujeto cognoscente y objeto de conocimiento supere aspectos puramente formalistas o miméticos.
> 4. Dar los primeros pasos hacia un pensar propio y una formalización no dependiente de sistemas analíticos.
> (...)
> Objetivos específicos:
> 1. Capacitar para una lectura crítica que permita distinguir, en los diversos textos tratados, lo nacional de lo que es imposición colonialista o moda de élites. (Torres Roggero, 1986:1)

José Maristany (G4) había empezado sus estudios de letras en la UNC en 1984. Cursó allí sus dos primeros años y luego se mudó a Santa Rosa donde continuó y concluyó su carrera. En su relato sobre sus estudios en la UNLPam destaca tanto la figura de un profesor de Buenos Aires que viajaba para dictar Literatura Española Contemporánea como la de Hebe Monges que enseñaba literatura argentina. De Monges valora en particular los textos literarios que ponía en circulación en un clima intelectual marcado por «una gran efervescencia y entusiasmo» [*2013*].

Los programas de Literatura argentina II firmados por Monges revelan una encomiable actualización literaria y crítica. Por ejemplo, en el de 1987 se incluye en la bibliografía *Lenguaje e ideología. Las escuelas argentinas de vanguardia* de Francine Masiello publicado en 1985 en la colección Universidad dirigida por Arnoux, *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas, *Sexo y traición en Roberto Arlt* de Oscar Masotta, *Estudios de literatura argentina* de Adolfo Prieto y *Ensayos y estudios de literatura argentina* de Noé Jitrik, entre otros (Monges, 1987):

> Aquellos años eran de una gran efervescencia y entusiasmo después de la larga noche de los años de plomo. En Humanidades había una sensación de recuperar el tiempo perdido y de poder finalmente vivir en un clima de libertad. En La Pampa, encontré un grupo de gente magnífica y docentes que marcaron mi formación. Recuerdo especialmente al profesor que viajaba de Buenos Aires para dictar Literatura Española Contemporánea y que me dirigió en mi tesis de Licenciatura. Asimismo, a la profe de Literatura Argentina, Hebe Monges, bajo cuya tutela asistí a mis primeros congresos como estudiante. Las clases de Hebe eran muy surrealistas, y llegábamos a leer con ella a los autores más actuales para ese momento: Piglia, Walsh, Saer, Aira, Belgrano Rawson, etcétera. [*2013*]

Como se constata en los ejemplos despuntados, varios relatos convergen en una asociación: dinamización de un polo, actualización disciplinar y figuras que responden al perfil de constructorxs institucionales. Si en polos centrales hay más de una figura de este tipo, en polos periféricos el rol desempeñado por agentes formadxs en polos centrales es crucial. En este sentido, se verifica la progresiva consolidación de una forma de agencia rastreable en las autofiguraciones de lxs «provincianxs» que lograron marcar la agenda del subcampo a partir de sus intervenciones (cf. Prieto, G1; Altamirano, G1; Palermo G1; Camblong, G2; Rodríguez Carranza, G2; Goldchluk, G3; Avaro G4; Bombini, G4; Nofal, G4; Cañón, G4; Gasel, G5; García, G5; Daona, G5).

Desde este lugar puede leerse una exigente auto–figuración de Adolfo Prieto: «salí un poco tardíamente: tenía 25 años» (2006). Prieto tenía esa edad por 1953, año en el que obtuvo su título de doctor y en el que publicó su primer ensayo para *Contorno* a lo que le seguirá su primer libro en 1954 y la experiencia acumulada en docencia universitaria en Rosario entre 1955 y 1957, en la UNC entre 1957 y 1958 y en la UNCu entre 1958 y 1959. Ese muchacho de provincia oriundo de San Juan acumuló entre 1946 y 1959 los capitales específicos, simbólicos y sociales que le permitieron hacer de un polo marginal, el nuevo centro del subcampo: fue después de haber obtenido su doctorado y de haber interactuado en el polo central de aquellos años, de haber participado de una revista que con solo diez números torció el modo de leer de su época y de haber acumulado experiencias en diferentes universidades que Prieto realizó la construcción institucional más importante de su carrera. Fue tan irrecusablemente singular su impronta en Rosario entre 1959 y 1966 que aquel período fue designado con su nombre: «los años Prieto» (Podlubne, 2013). Durante su gestión involucró a docentes, estudiantes y graduadxs desde una configuración de avanzada para la época. Un programa que lxs agentes que continuaron su lógica de intervención desde la UNR, luego de la restitución democrática, se encargaron de construir como marca: María Teresa Gramuglio (G1), alumna de Prieto por aquellos años, Sandra Contreras (G4), Judith Podlubne (G4), Analía Capdevila (G4) y Nora Avaro (G4) han analizado aquellas estrategias tanto desde publicaciones específicas (cf. Gramuglio, 2013a; Avaro y Capdevila, 2004; Avaro, 2015; Podlubne, 2013), documentos de gestión (cf. Contreras, 2021) como desde la enseñanza. Por ejemplo, el Seminario Metadiscursos Literarios en Argentina dictado por Capdevila y Avaro en 1991 inscribió la tradición de Contorno como contenido a partir de la pregunta sobre cómo la crítica literaria argentina ha leído la narrativa de Arlt (vuelvo más adelante sobre esta propuesta de cátedra).

En 2004, Sandra Contreras hizo lo propio en el Seminario Perspectivas críticas para la literatura argentina del siglo XIX. Su fundamentación, sus contenidos y su bibliografía dejan entrever la misma posición que, casi veinte años después, presentó al concursar como directora de una unidad de doble dependencia UNR–CONICET: el reconocimiento de la deuda con una tradición que tuvo a Adolfo Prieto como agente central se entrelaza con la contribución a exhumarla mientras se solidifica la historia en la que se inscribe la propia trayectoria (cf. Contreras, 2021). Las tres unidades del programa que Contreras firmó en 2004 incluyeron al menos un texto de Prieto (acaso insinuó aquí que las preguntas más importantes planteadas por la crítica a la literatura de ese período pasaron, en buena medida, por sus planteos): en la II, «La literatura

argentina en el conflicto de las culturas», *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* cae junto con *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, es decir, un libro escrito por una de las alumnas de Prieto en la Rosario de los sesenta; la III, «En torno a los límites/márgenes de la nación», tiene como lectura central *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*; la I, «A partir de Contorno: crítica de la literatura de la élite liberal», se sostiene sobre *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar* y *Laferrère, la crisis de la ciudad liberal* de Viñas, *El 80 y su mundo* de Jitrik y *La literatura autobiográfica argentina* de Prieto (Contreras, 2004: 3). Contreras traza una genealogía que, si bien junto a Julio Schvartzman, previene respecto de las simplificaciones de toda linealidad, no obstante señala un origen. Y ese origen, aunque tachado (cf. Derrida, 1967a), se sitúa en el Litoral (cf. Panesi, 2006b). Más precisamente, en Rosario. Ciudad donde buena parte del grupo Contorno enseñó entre 1959 y 1966 y donde varias décadas más tarde, cuando las condiciones políticas lo permitieron, lxs discípulxs de aquellxs maestrxs exhumarán y reinventarán la herencia («¿Qué pasa? ¿Ya terminó?», recuerda haber dicho Javier Gasparri [2010] al finalizar una clase de Gramuglio, portadora de marcas de aquel modo de leer y de articular problemas del subcampo):

> **Fundamentación**
> La profusión, desde los años 90, de estudios orientados a la revisión crítica de la literatura argentina (fundamentalmente de la serie comprendida entre su fundación y la modernización del sistema en las primeras décadas del siglo XX) desde la perspectiva de las minorías y de las fábulas de identidad y de exclusión, en el marco de la constitución y delimitación de los espacios, márgenes y fronteras y de las relaciones entre Estado y cultura, aparece como una inflexión, desde los estudios culturales, de la lectura crítica —política— de la literatura argentina del siglo XIX que los críticos surgidos de *Contorno* emprendieron y sistematizaron en los años 60 como lectura crítica —denuncialista— del liberalismo argentino. En este marco, el seminario se propone situar y revisar perspectivas de (re)lectura fundamentales de la literatura argentina del siglo XIX en un arco que va desde el punto de viraje que supuso la modernización de la crítica literaria argentina a partir de Contorno hasta los aportes más recientes de la crítica orientada hacia los estudios culturales. (Contreras, 2004:1)

En definitiva, hay en este conjunto de prácticas sostenidas en el tiempo una muestra imponente de la relación entre el exhumar y el transformar: en la UNR, apenas restituida la democracia, se apela a un tiempo anterior para «solicitar» modos de leer afianzados en las instituciones durante y entre las

dos últimas dictaduras, en buena medida, influenciados por el «nacional–catolicismo» español (cf. Hidalgo Nácher, 2022a; Garrido, 2022). La discordancia respecto de un estado de las cosas en tiempos y espacios concretos empuja a transformar. Un movimiento que replicó el que Prieto había ensayado en sus comienzos (salir airoso en la Buenos Aires de los años cincuenta fue, según su auto–figuración, un rito de pasaje que le dio la confianza necesaria para liderar el proyecto que vino después):

> En mis años de facultad tuve una actitud que también se explica por una cuestión de temperamento, de carácter, pero también por mi origen provinciano. Estuve en Buenos Aires evidentemente en condición de provinciano: con los ojos abiertos, los oídos atentos, viendo, escuchando, tratando de informarme. Y a medida que fui adquiriendo seguridad, sobre todo en el último año, me fui dando cuenta con los compañeros que estaba realmente bien orientado. Ahí es cuando empecé a ver la posibilidad de ejercer la crítica literaria y de abrir el campo. (Prieto, 2006)

La actualización de los espacios curriculares específicos y la inserción institucional de jóvenes graduadxs son dos marcas de la gestión de Prieto que Gramuglio ha destacado en sus recuerdos (Gramuglio, 2014:247):

> Adolfo, en parte para abrir caminos para los graduados que éramos Norma [Desinano], yo y otros más, y en parte con la idea de que había que modernizar, transformar la currícula existente en la carrera de letras, incorporó algo que se llamaba «pre–seminario». Eran teóricos. Uno lo daba Gladys Onega y el otro lo daba yo. Yo enseñaba la estilística, el método sociológico, algo de psicoanálisis pero leyendo Freud nada más porque eran los elementos con que contábamos. (Gramuglio, 2009)

Los programas firmados por Gramuglio durante los años Prieto confirman esta exigencia de estar al día. Por ejemplo, textos de Lucien Goldmann apenas publicados en Francia eran leídos directamente del francés. Para la cursada de 1964 del Pre–Seminario II de la carrera de Letras, el capítulo «Materialisme dialectique et histoire de la littérature» tomado de *Recherches dialectiques* caía junto con «Sobre arte y literatura» de Marx y Engels, *Sociología de la novela* de Roger Caillois, ¿Qué es la literatura? de Jean–Paul Sartre, *Historia social de la literatura y el arte* de Arnold Hauser, «La creación poética y la fantasía» de Freud, *Mimesis* de Auerbach, *Psicología y poesía* de Karl Jung y parte de la biblioteca Gredos, a saber: *Materia y forma en poesía* de Amado Alonso,

Interpretación y análisis de la obra literaria de Wolfang Kayser y *Teoría literaria* de Wellek y Warren (cf. Gramuglio, 1964).

Los programas de la época convergen con los relatos de lxs agentes de los G1 al G4 alrededor de las dictaduras y el eclipse de contenidos y de bibliografía. Así, por ejemplo, resulta insuficiente para caracterizar este complejo proceso decir que predominaba la «estilística». ¿Cuál? Nora Catelli se pronunció sobre el viraje que se produjo alrededor de lo que se hacía con esa línea antes y después del onganiato: «En mi facultad se implantó la estilística, no la de Charles Bally o Leo Spitzer, que todos conocíamos, sino su vertiente degradada, católica y meliflua» (2015c).

Otro ejemplo: Goldmann, uno de los autores introducidos en el programa de Gramuglio de 1964, mencionado en los textos de Viñas de la época (cf. Viñas, 1965) y traducido por Noemí Ulla para su publicación en *El arremangado brazo* (efímera revista activista de llegada local que puso en circulación en español el mismo texto que Gramuglio enseñaba en sus clases [cf. Gramuglio, 1964; Aguirre, 2021]), no desapareció de los programas de la UNR durante y entre las dictaduras y se retomó en diferentes propuestas de cátedra a partir de la restitución democrática (cf. Rubione, 1985; Retamoso, 2007, 2008, 2009). Es necesario precisar las series en las que se lo incluyó y los contenidos con los que se lo asoció ya que esto da algunas pistas sobre los modos de leer promovidos entonces en Rosario.

Por ejemplo, durante el tiempo breve de la primavera camporista, en el programa de Metodología de la investigación literaria firmado por Eugenio Castelli se incluyó *Para una sociología de la novela* y la compilación *Sociología de la creación literaria*. Este detalle importa: se trata de un programa de seis páginas de las cuales cuatro están dedicadas a una bibliografía que incluye a los formalistas, Lotman, Escarpit, Hauser, Barthes y Eco (cf. Castelli, 1973). El programa correlativo del que disponemos, firmado por este mismo profesor y fechado en 1977, se reduce a dos páginas y la bibliografía que ocupa apenas algo más de un cuarto de página está atravesada por la biblioteca Gredos (cf. Castelli, 1977). En un programa de la misma materia fechado en marzo de 1977 y firmado por Olga Haiek, la compilación *Sociología de la literatura* en la que aparece un texto de Goldmann se integra a una propuesta marcada por las publicaciones de la casa española. Finalmente, en un programa de 1981, Castelli volvió a introducir *Para una sociología de la novela* junto con *Sociología de la literatura* y *La revolución del libro* de Escarpit y *Teoría de la novela* y *Sociología de la literatura* de Lukács (cf. Castelli, 1981).

Roberto Retamoso, estudiante durante aquellos años, recompuso con detalle los planteos teóricos desarrollados en una cátedra paralela a la de Castelli

liderada por Nicolás Rosa en el interregno de la universidad camporista: en ese espacio «creado por las autoridades de la facultad para posibilitar el acceso de los estudiantes al trabajo de docentes comprometidos con el proceso de trasformación en marcha, puesto que por razones jurídicas la titularidad de esas cátedras seguía estando en manos de profesores designados durante el gobierno militar» irrumpió un planteo «atípico en relación con los cánones teóricos e ideológicos dominantes» (2007:163–164). Un hacer caer juntos nombres y disciplinas que Retamoso ha denominado «estructuralismo vernáculo» (2007:164), es decir, la inteligente apropiación de Saussure, Benveniste, Lévi–Strauss, Barthes, Althusser, Lacan y Derrida atravesados por la Julia Kristeva que entonces había publicado en *Tel Quel* «La semiótica: ciencia crítica y/o crítica de la ciencia». Es esa articulación sacrílega y disparatada (cf. Antelo, 2017; Bergamín, 2005) la que se imprimió como uno de los aprendizajes más heurísticamente poderosos de aquellas enseñanzas de Rosa:

> ¿Qué había en esas líneas indudablemente áridas, en sus formulaciones notoriamente abstrusas, capaz de fascinarnos con sus enunciados, como si allí se estuviese descubriendo algo que durante mucho tiempo habíamos estado esperando encontrar?... Para decirlo de manera directa y ruda, había una conjunción o una síntesis de una serie de saberes altamente valorizados cuya incompatibilidad hasta entonces era no solo una evidencia sino también una frustración intelectual. Esos saberes ocupaban dos campos diferenciados y muchas veces contrapuestos: de un lado aparecían la filosofía, la estética, la sociología generadas a partir del pensamiento de Marx, y del otro un conjunto de ciencias del lenguaje cuyas fuentes iban desde Sausurre hasta Freud, desde Jakobson, Propp o Tinianov hasta Lévi–Strauss o Greimas. Como tantos estudiantes de aquella época, de ambas tradiciones participábamos y de ambas perspectivas de conocimiento se nutría nuestro quehacer intelectual. Así, valorábamos lo que de ideológico y de político podíamos encontrar en la tradición marxista, tanto como las posibilidades de formalización que nos brindaba la perspectiva formalista–estructural, pero sentíamos que se trataba de compartimentos estancos, de territorios incomunicados a partir de los muros epistemológicos que trazaban, de manera rigurosa y taxativa, sus límites y sus fronteras. El texto de Kristeva se nos presentó, por consiguiente, como la iluminación de un camino que debíamos recorrer, puesto que permitía articular la preocupación por la especificidad del texto literario —ese especie de ansiedad cognitiva que había impregnado las piezas dispersas de la teoría del formalismo ruso— con el interés por los aspectos contextuales (es decir: históricos, sociales, políticos) que, en la tradición de los estudios de corte marxista, se presentaban como la condición de posibilidad misma de cualquier investigación rigurosa y

> científica. Y así como desde ambas trincheras epistemológicas tradicionalmente se había denostado las posiciones de los adversarios teóricos —al criticar desde el marxismo la inmanencia del método formalista, y al criticar desde el formalismo la falta de especificidad de la teoría marxista—, ahora el texto de Kristeva nos venía a decir que la conjunción epistémica de ambas perspectivas era una empresa posible y viable. (166)

Importa el pasaje en el que Retamoso evoca cómo resonaba el nombre Julia Kristeva en un mundo muy distinto al de las facilidades de acceso a la información que habilitan las nuevas tecnologías. Los significantes de tono deliberadamente transidos por una mesianicidad–sin–mesianismo con destino científico se hacen escuchar. El cuento que cuenta lo tiene a Rosa como el profeta de esa religión de creyentes que apostaban a una «ciencia crítica» que se quería a la vez «crítica de la ciencia»:

> Aunque al lector le parezca una desmesura un tanto ridícula, deberíamos agregar que la revelación que significaba ese texto para nosotros se sostenía en un inevitable mesianismo. Julia Kristeva, ese nombre desprovisto de referentes icónicos —su fotografía aparecería años más tarde, con la edición española de su *Semiótica*—, ese nombre propio despojado de imágenes como si se tratase nada más que de una pura voz perteneciente a una lengua extraña, era la denominación de quien parecía conducirnos hacia una tierra prometida: la tierra de la definitiva deposición de la noción ideológica de literatura y de la instauración del texto como el objeto privilegiado de una ciencia crítica que era a la vez una crítica de la misma ciencia. Los discursos religiosos, es sabido, son enunciados como anunciación por los mesías y difundidos como buenas nuevas por los apóstoles y predicadores. Nicolás Rosa fue sin dudas un apóstol de Kristeva, o por lo menos de ese modo lo vivimos en aquellos años de formación teórica. Seguramente por ello su enseñanza representó la mediación entusiasta que nos permitió acceder a un universo fascinante, donde marxismo y freudismo se entrelazaban sorprendentemente en una suerte de combinación teórica inesperada que no excluía al discurso de la lingüística generativa, la lógica matemática, la epistemología althusseriana o las complejas y sinuosas elaboraciones derrideanas acerca del logocentrismo, la escritura y la *différance*. (168)

Más allá de este breve interregno y del corto tiempo en el que Prieto, Rosa, Gargatagli, Catelli, Gramuglio y otrxs volvieron a las aulas universitarias, el resto de los programas que pudimos analizar, firmados por lxs profesorxs que las habían ocupado y/o que habían permanecido en ellas desde las renuncias

del 66 hasta 1983 coinciden con los cuentos que cuentan lxs estudiantes de aquellxs profesorxs. La huella de la biblioteca Gredos quedó fijada en los recuerdos junto con la impronta del «cuadro intelectual» (Bernabé, 2022) de aquellos años: Edelweis Serra.[17] Hay dos sentencias de Mónica Bernabé sobre las clases de aquel período que conviene retener. A propósito de Haiek y de Castelli, observó: «De esta gente no quedó registro más que en lo administrativo». Por el contrario, recuerda con fascinación a su profesora de Literatura grecolatina y a Laura Milano («un amor, todos la quisimos») y, en otro plano, a Serra, sobre quien giró el relato. Bernabé describió con detalle un episodio que consideró un indicador de la convocatoria que generaban sus intervenciones: haber llenado el teatro de la fundación Astengo «de bote a bote» con una conferencia de Ricoeur permite dimensionar el eco que sus palabras, sus convocatorias y su magisterio tenían en la Rosario de la época y más allá. Señalemos que Nora González, única doctora por años en la carrera de letras de la UNL, se había posgraduado bajo su dirección; por otro lado sus libros *Principios y técnicas elementales del trabajo de investigación* y *Poesía hispanoamericana. Ensayos de aproximación interpretativa* se esparcieron por los programas de la época (cf. Passafari, 1969; Boldori, 1970; Haiek, 1977; Castelli, 1981); finalmente, los que Serra firmó para la materia *Crítica estilística* son ambivalentes ya que, si bien citan una bibliografía hiperactualizada[18] y en parte ecléctica en la que la biblioteca Gredos cae junto a Lotman, Riffaterre, *Las palabras y las cosas* y *La metáfora viva* (cf. Serra, 1982) o junto a *Para una sociología de la novela* de Goldmann y *Teoría de la novela* de Lukács (cf. Serra,

17. Para una reconstrucción de la trayectoria intelectual de Serra, cf. Zonana, 2005-2006. Dicho artículo constata la tensión con ciertas líneas de la hermenéutica, en especial a partir de la restitución democrática: Víctor Zonana responde a la lectura realizada por Laura Estrín y Oscar Blanco (1999) en el capítulo de la historia de la crítica coordinada por Nicolás Rosa (1999). En la UBA esta tensión se verifica en la clase dictada por Jorge Panesi en 1985 en el seminario de Ludmer y en las derivas de aquella intervención (cf. Panesi, 1985; Gerbaudo, 2016b); también hay una entrevista a Graciela Maturo, Beatriz Sarlo y Aníbal Ford publicada el 29 de marzo de 1984 por el suplemento cultural del diario *Clarín* que muestra la inconmensurabilidad de ciertas posiciones. Esto, traducido a decisiones, hace lugar a agendas que serán más o menos visibles según el lugar que ocupen lxs agentes en el subcampo. En esa nota titulada «Entre la baguala y el transistor», las discrepancias se precipitan al tratar temas como las dinámicas «universales», «nacionales» y «transnacionales» así como el enclenque binomio «capital–interior» (Ford, Maturo y Sarlo, 1984).

18. Por ejemplo, el programa de 1970 incluye la selección de artículos de los formalistas rusos realizada por Todorov, *Théorie de la littérature*, *Les chemins actuels de la critique* compilado por Georges Poulet, la *Introduction à l'analyse structurale du récit* y *Obra abierta* de Umberto Eco.

1970), los contenidos orientan las prácticas en convergencia con lo que los testimonios de la muestra indican: un cruce de estilística con un despunte de «estructuralismo puro y duro» (Bernabé, 2022). En el recuerdo de Bernabé, lo que queda como marca dominante de aquel período no es ni el psicoanálisis ni la sociología ni el libro de Foucault ni la semiótica a lo Lotman sino un estructuralismo a lo biblioteca Gredos (cf. Hidalgo Nácher, 2022a), es decir, un estructuralismo filtrado por una estilística que fagocitaba cualquier resto de otra tradición. Un efecto creado, en buena medida, por iteración: la tradición más citada en los programas de la carrera de letras de Rosario entre 1966 y 1984 viene de esta mezcolanza (cf. Haiek, 1967; Passafari, 1968; Dughera, 1969, 1970).

Las referencias a Goldmann funcionan como uno de los hilos seguidos aquí para abordar la cuestión de los enfoques eclipsados en las instituciones durante y entre las dos últimas dictaduras. Un tema inabordable sin atender a los efectos de la censura. Por ejemplo, en un Informe de la División de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires fechado el 23 de mayo de 1977 se lee que *Marxismo, dialéctica y estructuralismo* de Lucien Goldmann «no tiene permiso de circulación» ya que «contiene algunas referencias contrarias a los principios sustentados en nuestra Constitución Nacional».[19] Una prohibición similar había caído entonces sobre *De Sarmiento a Cortázar* de Viñas (cf. Canala, 2023). No obstante, esto explica solo parcialmente las esporádicas referencias a los textos producidos por el ex grupo Contorno durante los años Prieto: luego de las renuncias de 1966, la universidad fue ocupada por agentes con otras posiciones teóricas y políticas. La bibliografía citada en los programas y las publicaciones del período (cf. Castelli, 1973; Haiek, 1969; Bouilly, 1967) lo demuestran. Se podrá haber mencionado al psicoanálisis y a la sociología pero al hacerlo desde perspectivas epistemológicas que rayan en supuestos pre–saussureanos, el resultado no podía ser otro que la domesticación. Valga como ejemplo este modo de formular los contenidos que desconoce el carácter determinante de la toma de posición (teórica, política, estética) de quien lee. Desde esta posición desangelada se enseñaba en el Preseminario de Metodología de la investigación literaria en 1969:

19. Archivo de la División de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires bajo el cuidado de la Comisión Provincial por la memoria, Mesa Documentos Varios, Legajo N° 10086. Este dato no se podría haber reconstruido sin la generosidad de Juan Pablo Canala que, en plena pandemia, me envió estos materiales porque entendió que podrían ayudarme a complejizar mi análisis.

> Tema General
> Análisis de una obra literaria desde las perspectivas que dicha obra sugiere: Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira de Roberto J. Payró (Bouilly, 1969a:1)

Un nombre se repite en los testimonios de lxs estudiantes de aquellos años: Laura Milano. Un nombre asociado a transferencias impulsadas por la afectividad, el conocimiento y la ética. Desde este lugar hace su balance Martín Prieto (G4) que cursó su carrera durante los últimos años de la dictadura y los primeros de la democracia (se graduó en 1985):

> Hice la carrera durante la dictadura militar. No fue una gran carrera ni tuvimos grandes profesores. La mayoría eran pésimos. Laura Milano logró transmitirme su entusiasmo por la Literatura argentina que se manifestaba en un persistente rubor en sus mejillas cuando daba clases. [*2017*]

El análisis de los programas indica que en la UNR, ya por 1985, se reintrodujeron las perspectivas sociológicas tanto desde bibliografías como desde contenidos que exhumaban lo producido por el equipo que había hecho de Rosario el polo central del subcampo en los años previos al onganiato. Ya habían pasado casi veinte años y, a pesar de las entradas y salidas de las instituciones y/o del país, aquellxs jóvenes formadxs por Prieto, Viñas y Alcalde, entre otrxs, se habían apropiado de las varias líneas que se abrieron entre Contorno (desde 1953 hasta 1959) y Rosario (desde 1959 hasta 1966).

Si bien no contamos con clases transcriptas, los programas y los testimonios recogidos dejan entrever operaciones de actualización similares a las corroboradas por la misma época en las cátedras de teoría literaria y literatura argentina de la UBA. Por otro lado, el cambio de orientación teórica es evidente. Cinco marcas (cada una constituye, en sí misma, una línea de investigación por–venir): 1) prácticamente no quedan rastros de la biblioteca Gredos; 2) cobran protagonismo textos resultantes de investigaciones realizadas desde formaciones y/o desde el exilio entre 1966 y 1984 junto a una enorme cantidad de envíos a la producción nacional y regional; 3) lejos de los programas del estilo listado de nombres de la guía telefónica (Viñas, 1986b), se fundamentan las decisiones didácticas desde criterios disciplinares específicos; 4) se advierten algunas de las operaciones cuyos efectos en el subcampo ponen en evidencia el capital simbólico específico (cf. Sapiro, 2019) que fue acumulando Rosario hasta volver a convertirse en uno de sus centros (entre otras: fabricación de firmas literarias y planteo de temas que contribuirán a modelar la agenda nacional); 5) hiper–actualización teórica. Algunos ejemplos.

Empiezo por la hiper–actualización teórica. En 1985, en su programa de Análisis y crítica I, Mirta Stern introdujo lecturas que enviaban a textos recién publicados entonces. Por ejemplo, en aquel mundo previo a Internet se puso a disposición de lxs estudiantes *Estética de la creación verbal* de Bajtin publicado en México por Siglo xxi en 1982 o *Estructura del texto artístico* de Lotman publicado en Barcelona por Istmo el mismo año. Sus planteos, lejos de recortarse desde la biblioteca Gredos, enviaban a la biblioteca Corazón.[20]

La fiebre de Nicolás Rosa por la actualización recordada, entre la fascinación y el vértigo, por Paola Piacenza (primero, su alumna; luego, su Ayudante y más tarde, Jefa de Trabajos Prácticos de su cátedra), se hace ostensible en sus programas. La obsesiva repetición afinada de sus hipótesis de trabajo y la variación del problema estructurante y, por lo tanto, de los contenidos y de la bibliografía completa, cada año (una bibliografía que ponía en circulación las últimas publicaciones sobre el tema en cuestión en el campo transnacional y, en muchas ocasiones, en más de una lengua extranjera), contagiaron un ritmo de trabajo y generaron habitus que Piacenza heredó:

> El trabajo en la cátedra de Nicolás Rosa, desde 1992 hasta su fallecimiento en el año 2006, fue definitivo en relación con las lecturas de teoría y crítica literarias y de «teoría» «a secas» como él decía. Nicolás cambiaba todos los años de programa. No se trataba solamente de un cambio de tema o de contenido sino de teoría, perspectiva; completamente. Había que salir a comprar los libros recién editados en su mayoría, a traducir, a pensar de nuevo. Ese ritmo, acompañado en los primeros años por el seminario interno de la cátedra dictado por Nicolás, me impuso una disciplina de estudio inestimable. [*2018*]

Algunas muestras: en 1991, Rosa incluyó en su programa de Análisis y crítica ii *L'archéologie du frivole* de Jacques Derrida publicado en 1990 por Galilée junto a *Segni e stili del moderno* publicado en 1986 por la prestigiosa Einaudi y firmado por un Franco Moretti entonces no tan conocido por estas latitudes. En el apartado «hipótesis de trabajo» se valora el «situar los saberes que determinan y condicionan el saber literario (saber de la literatura y saber sobre la literatura) y aquellos que a veces colisionan y limitan sus fronteras» (Rosa, 1991:1). Una posición que discrepa con las hegemónicas durante y entre las

20. Sobre los criterios de esta editorial, su adscripción teórica, las fantasías de nano–intervención de lxs agentes que la impulsaron y su posición en el campo editorial español, cf. Hidalgo Nácher, 2022a.

dos últimas dictaduras donde el reinado del significante «aplicación» fue tributario de tradiciones pre–freudianas, pre–saussureanas y pre–marxistas.

Por otro lado, en el programa de 1988 inscribió un principio de trabajo que repitió cada año hasta bien entrado el siglo XXI: «Enfrentar al alumno con la problemática crítica contemporánea en un nivel de generalidad mayor que aquel que abarca la teoría y la crítica literarias en el sentido estricto» (Rosa, 1988:1). Ya por aquel entonces Rosa estipulaba que lo que caía bajo los rótulos de teoría y/o crítica «literarias» desbordaba el campo estricto de las letras.

Un pasaje tomado del programa de 1994 insinúa lo que esta actualización promovía: cada año era un proyecto de investigación nuevo lo que la cátedra proponía. Sorprende no solo la cantidad de hipótesis sino la deliberada confrontación con otras posiciones. Con el eco de ese texto-manifiesto que Derrida escribió para abrir *La diseminación*, Rosa batalló contra la neutralidad y la asepsia. Remito a estas consideraciones que sostuvo hasta sus últimas clases (cf. Rosa, 2006):

> Fundamentación teórica
> Tendemos a construir los objetos de estudio a partir de ciertas referencias a discursos teóricos (retórica, filosofía, psicoanálisis, historia) cuyas categorías fundamentales son sometidas a una operación crítica. Entendemos que la crítica es un saber crítico y, por ende, alternativo y diferencial respecto de la literatura y su reconocimiento. Descalificamos por su procedencia ideológica y por su inconsecuencia teórica las escrituras críticas que operan, consciente o inconscientemente, con las categorías de comprensión, de descripción o de simple reconocimiento, que no agregan nada al objeto de estudio en su pretendida asepsia. (...)
>
> Ya no pertenece a nuestro horizonte histórico preguntarse qué cosa es la literatura y consecuentemente qué cosa es la crítica sino cómo opera y como es su propia estrategia de aproximación al objeto literario e históricamente qué lugar ocupa en relación a la semiosis social de una época determinada. (Rosa, 1994:3)

Hasta aquí, unos ejemplos sobre algunas de las marcas de los programas de esta época ya enumeradas algunos párrafos atrás: fundamentación de las decisiones didácticas, desplazamiento de la biblioteca Gredos e hiperactualización. Restan desarrollar dos: fabricación tanto de firmas literarias como planteos que ingresarán a la agenda nacional y envíos a la producción *made in* estas pampas. Algunos ejemplos: en 1986, María Teresa Gramuglio organizó un Seminario de literatura argentina alrededor de las Imágenes de escritor entre 1920 y 1930; puso a prueba allí la que se convertirá, dado su uso, en una categoría de la crítica (cf. Gramuglio, 1992). En 1994, bajo el título Una historia

de la poesía argentina, Martín Prieto definió, con la libertad que permite la enseñanza, el título que no pudo ponerle, varios años después, al primero de los libros que consolidaron una nueva manera de historizar la literatura nacional: *Breve historia de la literatura argentina* (2006b) se inscribe en una serie de publicaciones (cf. Prieto, 1996, 2006b, 2021b) donde las clases funcionaron, como bien observó Bourdieu (cf. Sapiro, 2012b), para plantear aquello que no se podía escribir por más de una razón entre las que se cuenta la fricción con el campo editorial. En 1988 el Seminario Metadiscursos Literarios en Argentina dictado por Alberto Giordano giró alrededor de «El ensayo literario en Argentina: Ricardo Piglia, Ezequiel Martínez Estrada, David Viñas y Oscar Masotta»; poco después, los estudios sobre el ensayo proliferarán en el subcampo recortado desde el perímetro nacional (un efecto generado por una combinación de intervenciones: clases de grado y de posgrado dictadas en diferentes universidades, publicaciones, comunicaciones en congresos, presentación de sus libros y gestión editorial); en 2004 hará lo propio con el Seminario Autofiguración y experiencia en los diarios de escritores (el tema también se inscribirá en la agenda nacional a partir de una combinación de las mismas operaciones).[21] En 1991 la literatura de Aira ocupó una parte importante del corpus de su Seminario de Literatura Argentina; se trata de un autor que Giordano y Contreras contribuyeron a construir como firma desde una retroalimentación que combinó crítica, enseñanza, edición y gestión de eventos (cf. de Diego, 2021).

Sobre los programas que marchan a contrapelo del formato de la «guía telefónica» (Viñas, 1986b), algunos ejemplos más. En 1990, Giordano organizó

21. Los seminarios de posgrado dictados tanto en la Maestría en Literatura Argentina y en el Doctorado en Humanidades de la UNR como en universidades públicas situadas en polos centrales y periféricos contribuyeron a la transformación de sus problemas de investigación en problemas del subcampo. Algunos ejemplos de títulos, los primeros, sobre el ensayo; los últimos, sobre diarios de escritorxs: El ensayo de los escritores: de Borges a Aira. Políticas culturales e intervenciones ensayísticas en el campo literario argentino entre 1930–2000 (UNLP, 2003); Teoría y práctica del ensayo literario (UNR, 2003); Ensayo, saber y subjetividad (UNR, 2004; UNNE, 2007); Potencias y poderes de la literatura: un recorrido por los márgenes de la teoría literaria (UNL, 2007); La forma del ensayo y las operaciones de la crítica (UNPSJB, 2015); Autofiguración y experiencia en los diarios de escritores (UNR, 2006); Vida y Obra: autofiguración y experiencia en las escrituras del yo (UNR, 2010); El ensayo de los escritores (de Borges a Saer) y lo ensayístico en la crítica académica argentina (UNR, 2011). A partir de los primeros años del siglo XXI, las clases de grado dictadas por Giordano en más de una universidad pública (UNL, UNSL) unidas a su participación en cursos de ingreso (UNL) han contribuido a diseminar su modo de leer entre jóvenes estudiantes.

el Seminario La crítica literaria frente a la obra narrativa de Manuel Puig con el objeto de discutir límites y potencias de lectura de las «perspectivas sociológica, psicoanalítica y textualista» (1990:1). Importa destacar la claridad en el planteo de los objetivos perseguidos:

> Las novelas de Manuel Puig sobre las que se trabajará son: *La traición de Rita Hayworth*, *Boquitas pintadas*, *The Buenos Aires affair* y *El beso de la mujer araña*. A partir de una lectura detenida de estas novelas se evaluará lo que los diferentes modos de la crítica dicen sobre ellas, por qué lo hacen, qué es lo que les resulta imposible decir y cuáles son las razones de esos silencios. (1990:1)

En la misma línea, dos ejemplos de programas que dan cuenta de una marca de la «escuela rosarina» (aunque no solamente: como en la UBA, en diferentes universidades públicas que disputarán la centralidad del campo, encontramos a agentes que escriben —en el sentido derridiano del término— mientras presentan sus propuestas de enseñanza). Nótese el nivel de detalle en la construcción hipotética:

> **Seminario de Literatura argentina**
> **Tema:** Algunos aspectos de la narrativa argentina de la última década: Luis Gusmán, Ricardo Piglia, César Aira y Alberto Laiseca.
> **Fundamentación:** la elección del tema propuesto para el desarrollo del Seminario durante el presente año responde a la necesidad de intentar una evaluación de las propuestas narrativas —formuladas por los propios textos literarios— que aparecieron en Argentina a fines de la década del 70 y durante la del 80. Como se sabe, los estudios sobre este tema son escasos, en especial, los estudios realizados dentro de la Universidad; en ese sentido, el Seminario se propondrá entonces comenzar a suplir esa falta.
>
> ¿Cómo se narra hoy? Enunciado en forma de pregunta, este es el problema que atraerá nuestra atención y nuestros esfuerzos críticos. Para darnos un horizonte sobre el cual recortar esta problemática —un horizonte que deberá desplazarse, transformarse— comenzaremos a trabajar con una noción de «narración» que supone la tensión entre tres perspectivas acerca de la literatura: el «realismo» (en el sentido más amplio del término: la literatura como re–presentación de una convención acerca de la realidad); la «auto–representación» (la literatura como representación de sí misma); la «experiencia» (la literatura como experiencia de lo irreal).
>
> En cuanto a los autores elegidos, hemos tenido en cuenta para la selección un criterio doble. Se trata en todos los casos de autores a los que se les atribuye una

cierta obra en curso (a los que se les supone una cierta perspectiva diferenciada en cuanto al tema propuesto) y a los que se les reconoce una cierta calidad literaria. Como se advertirá, sobre todo en el segundo aspecto, los fundamentos del criterio de selección son discutibles. Una de las tareas del seminario será, precisamente, su revisión. (Giordano, 1991:1)

Literatura argentina II
Proyecciones del realismo en la literatura argentina del siglo XX
Fundamentación

¿Qué es la realidad? ¿Es posible dar cuenta de ella a través de la ficción? ¿A partir de qué recursos? ¿Es posible producir desde la ficción efectos de verdad acerca de la realidad? Esas preguntas que conforman para Georg Lukács la ética del gran realista («sed de verdad, fanatismo de realidad») atraviesan la historia de la literatura argentina desde sus primeras manifestaciones originales —los poetas gauchescos Bartolomé Hidalgo e Hilario Ascasubi, el Esteban Echeverría de *El matadero* pero también, con matices, el de *La cautiva*— hasta los proyectos realistas de las últimas décadas: los de Juan José Saer y César Aira.

De este modo el realismo, más como lo veía Erich Auerbach, esto es, como una variable que recorre toda la literatura occidental que como un paradigma confinado a la segunda mitad del siglo XIX, al modo de Lukács —tal vez, es cierto, sin grandes proyectos, a la manera de la *Comedia humana* de Balzac pero con emergencias notables en el siglo XX como las obras de Roberto Arlt o de Manuel Puig, y excepcionales debates teóricos acerca de su vigencia o necesidad promovidos, sucesivamente, desde las páginas de las revistas *Sur*, *Contorno* y *Literal*— traza una certera línea que permite realizar una lectura productiva de la literatura argentina del siglo XX, desde el proyecto balzaciano de Manuel Gálvez hasta la novelística de César Aira quien, desde la segunda mitad de la década del 80, a partir de un programa experimental que involucra simultáneamente la ficción, el realismo y, directamente, la realidad, promueve la proliferación de microproyectos de realismo adjetivado —delirante, atolondrado, idiota, ingenuo, profundo— que forman parte sustantiva de la nueva literatura argentina. (Prieto, 2007)

Hay programas que, junto al envío a una actualizada producción nacional y regional, realizan otro movimiento que confirma tanto el trabajo por una política de exhumación como la concepción de la exhumación como operación política. Por ejemplo, el ya citado Seminario dictado por Avaro y Capdevila en 1991, además de girar sobre los temas que atravesaron la producción de ambas hasta el presente, volvió sobre una tradición gestada entre Buenos Aires y el Litoral. Las preguntas de su propuesta de enseñanza portan marcas de ese

grupo que ambas estudian, enseñan y difunden desde entonces. Sin embanderarse en los estudios de memoria, reactualizan un legado, entre el don y la deuda:

> **Metadiscursos literarios en Argentina**
> **Tema:** La crítica literaria frente a la obra narrativa de Roberto Arlt
> **Fundamentación**
> El tema propuesto para el desarrollo del Seminario consiste, básicamente, en la revisión y evaluación de algunas de las diferentes lecturas que la crítica literaria ha realizado sobre la obra narrativa de R. A. El corpus ha sido determinado en relación a un eje principal alrededor del cual se agrupan los distintos textos críticos: el problema de la relación entre política y literatura. El mismo presupone, para nosotros, uno más amplio como es el de la relación —compleja— entre la literatura y la realidad y, consiguientemente, el del llamado «realismo arltiano». Una lectura pormenorizada de los textos nos permitirá determinar las distintas perspectivas desde las que, en cada caso, el discurso crítico sitúa esos problemas generales. ¿Qué modelos teóricos pone en juego? ¿Qué categorías utiliza? ¿Cuáles son los recursos retóricos de los que se vale? ¿Qué valores sostiene? Las respuestas parciales a este tipo de interrogaciones nos ayudarán a precisar los saberes que, en su enfrentamiento con la narrativa de Arlt, la crítica literaria ha producido: qué ha leído en cada caso y por qué. (Avaro y Capdevila, 1991:1)

Los contenidos y la bibliografía no solo rescataron textos como el de Diana Guerrero (1972), exhumado en el primer curso de Viñas al retornar del exilio (1986c) o una conferencia sobre Arlt dictada por Ricardo Piglia en Rosario en 1982 sino que actualizaron el estado de la conversación crítica desde una selección que privilegió la diversidad de puntos de vista. El desagregado puntilloso de contenidos despeja los planteos centrales:

> **Desarrollo**
> I. La revista *Contorno*: número dedicado a R. A. Una lectura moral de R. A.
> Verdad y mentira: la sinceridad del escritor de novelas.
> Autobiografía y novela: el novelista y sus personajes.
> Arlt y los comunistas: inculpación y descargo.
> El lenguaje de Arlt y la novela.
> II. Oscar Masotta. *Sexo y traición en R. A*. Una lectura política de R. A.
> El contenido político de la obra de Arlt.
> El problema de la mediación entre política y literatura.
> El «realismo metafísico» de R. A.

Transposición del psicoanálisis existencial sartreano: del autor al personaje.
III. Diana Guerrero: R. A., el habitante solitario. Un ensayo de sociología literaria.
Trayectoria del hombre de Arlt: el personaje arltiano y el mundo social.
Contenidos ideológicos implícitos en la narrativa arltiana.
La literatura de Arlt como crítica de la ideología pequeño–burguesa.
IV.Ricardo Piglia: crítica y ficción sobre R. A. Una lectura en clave económica.
Contra el mito de la ilegitimidad de Arlt: el escritor y el mercado.
El estilo como mezcla. Traducción y novela.
El dinero como metáfora de la ficción: puesta en evidencia de las condiciones de producción.
El problema de la propiedad en literatura: la falsificación como modelo de la ficción.
V. Apéndice: el saber de la novela.
Beatriz Sarlo: la imagen del escritor en la encrucijada de distintos saberes.
Jorge Rivera: discursos ideológicos e imaginarios ficcionales en *Los siete locos.*
Alan Pauls: la literatura como máquina. El novelista como bricoleur. (Avaro y Capdevila, 1991:1–2)

Sobre los envíos desde los programas, varias menciones que, además, ratifican el progresivo desplazamiento de la colocación que mantenía la biblioteca Gredos. En 1984, Gramuglio orientó el Seminario Metadiscursos literarios en Argentina hacia un asunto que reinscribía la perspectiva sociológica mientras exhumaba modos de leer de circulación subterránea por aquellos años. Bajo el tema «Una aproximación a la sociología de la literatura: la revista *Sur* en la década del treinta. Grupo literario y proyecto intelectual», envió a las teorías de Bourdieu y de Williams junto al entonces reciente manual de Sarlo y Altamirano (1983, Gramuglio, 1984a). Cada exhumación abría líneas de investigación entonces por–venir: la serie formada por el texto sobre Victoria Ocampo publicado por Adelaida Gigli en *Contorno*, el de Nicolás Rosa en *Los Libros* y *Sociología del público argentino* y *Literatura y subdesarrollo* de Adolfo Prieto será retomada por Avaro, Capdevila y Podlubne. El seminario que Judith Podlubne dictó en 2005, La discusión literaria en *Sur* (1931–1945): Mallea, Borges, Bianco, porta las huellas de las enseñanzas de Gramuglio que entonces dirigía su tesis doctoral «Escritores de *Sur*. El debate literario en la revista y su incidencia en los comienzos narrativos de José Bianco y Silvina Ocampo», más tarde convertida en libro de referencia del subcampo publicado desde el prestigioso sello rosarino Beatriz Viterbo (cf. Podlubne, 2011).

En 1984, Analía Roffo organizó los contenidos de Análisis y crítica II en dos grandes bloques. En el primero, «Posibilidades de desautomatización y

desalienación del texto literario», Ana María Barrenechea es presentada como autora de teoría sobre el fantástico junto a Tzvetan Todorov e Irene Bessière; una decisión que el mismo año tomó Enrique Pezzoni en su cátedra de Introducción a la literatura «C» (cf. 1984a, 1984b, 1984c). En el segundo bloque, «Relación Literatura/Sociedad», además de repetir el gesto de la unidad anterior, es decir, de reconocer el estatuto teórico de formulaciones producidas en el subcampo nacional con independencia de su consagración internacional, repuso con detalle diferentes líneas que enviaban a los tres manuales que, por la fecha, ya habían publicado Sarlo y Altamirano sobre el asunto. Textos clave de Raymond Williams, Pierre Bourdieu, Lucien Goldmann, Arnold Hauser y de aquella Julia Kristeva que introdujo a Bajtin en Francia caían junto a *El habla de la ideología* de Andrés Avellaneda, *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas, *El mundo del ochenta* de Noé Jitrik, *Estudios de literatura argentina* de Adolfo Prieto y una selección de textos de la revista *Contorno*. Importa reponer los contenidos de este bloque ya que dan cuenta de la institucionalización de la perspectiva que, por la misma época, se difundió en la UBA desde la cátedra de Literatura argentina II (cf. Sarlo, 1984; Gramuglio, 1985a, 1985b, 1985c; Altamirano, 1985):

> II. Relación literatura/sociedad
> Tres conceptos esenciales para definir el nexo: cultura, ideología y campo intelectual. Distintos abordajes sociológicos: la historia social de la literatura según A. Hauser, el estructuralismo genético según L. Goldmann, la relectura de la literatura argentina según el grupo de la revista *Contorno*. M. Bajtin y el texto como integración de diferentes enunciados ideológico–literarios. (Roffo, 1984:1)

En 1985, en la bibliografía de su programa de Literatura argentina II, Noemí Ulla ponía en contigüidad a Guillermo Ara y Pedro Barcia con Ana María Barrenechea, María Teresa Gramuglio, Noé Jitrik, Adolfo Prieto, Jaime Rest, Eduardo Romano, Josefina Ludmer, Héctor Schmucler, Ricardo Piglia, Jorge Panesi, Beatriz Sarlo y un largo etcétera. De la serie importa destacar la conjunción de puntos de vista enfrentados y la importante cantidad de textos tomados de revistas (enorme esfuerzo de actualización ya que estamos en un mundo previo a la Web). El mismo año, en el Seminario de Literatura argentina dictado por Laura Milano alrededor del tema «La novela argentina de la década del 60», las intervenciones del grupo Contorno sobre el género se reponen desde la formulación de los contenidos (es decir, desde un lugar central de la propuesta didáctica), además de enviar a la lectura de *Literatura y sociedad* de Sarlo y Altamirano y al entonces también reciente artículo de

Adolfo Prieto publicado en *Revista Iberoamericana*, «Los años sesenta». El mismo año, Alfredo Rubione incluyó entre los contenidos de Análisis y crítica II los planteos de Goldmann, Bourdieu y Bajtin. La bibliografía incorporaba a Williams y a los tres manuales que habían publicado Sarlo y Altamirano sobre estas perspectivas. Se trata de las teorías que, en el mismo momento, se enseñaban en la UBA (cf. Pezzoni 1984a, 1985; Sarlo, 1984; Gramuglio, 1985a, 1985b, 1985c; Altamirano, 1985; Ludmer, 1985a; Prenz, 1985; Viñas, 1986d).

Exhumar estos programas corrobora que, a pesar de la censura, la autocensura y un eclipse de varios años, las líneas teóricas y las perspectivas de lectura desplegadas durante los años Prieto no habían sido erradicadas sino, más bien, solo se había interrumpido temporariamente su transmisión institucional. Por otro lado, despuntar la descripción de lo acontecido en el polo Rosario como en el polo UBA es imprescindible ya que fueron estos los que, desde 1958 hasta bien entrada la década del 90 (cuando empiecen a proliferar otros centros ligados a otras líneas específicas) se disputaron la centralidad del subcampo. En cada caso fue necesario precisar qué factores generaron esa centralidad así como qué efectos provocados en el subcampo permiten justificar esta lectura que no hace más que describir la posición que las instituciones ocuparon. Una posición consolidada gracias a un hacer que ha opuesto, a la discontinua inscripción institucional, el trabajo en formaciones: la rápida institucionalización, luego de la restitución democrática, de líneas y problemas teóricos interdictos en las instituciones durante y entre las dos últimas dictaduras es inescindible del trabajo en espacios clandestinos y/o marginales y de la rápida incorporación en la planta docente de las universidades de agentes que habían participado activamente en estas formaciones. En los sitios donde no las hubo y/o donde este accionar fue esporádico, la actualización tuvo otros ritmos. Se requiere un estudio caso por caso para precisar los factores operantes que aquí solo despuntamos a partir del cruce de materiales ya mencionados. En el caso de Rosario también funcionó como factor dinamizador la exhumación como política institucional.

En el caso de la actualización disciplinar en la UNMdP (otra de las universidades fundadas en los setenta —cf. Anexo 1, Mapas—) se combinaron factores como el regreso de agentes formadxs en el extranjero, el rápido armado de redes de sociabilidad nacionales e internacionales, las fantasías de nano–intervención de agentes posgraduadxs en polos centrales del campo recortado desde el perímetro nacional y el rol de lxs profesorxs viajerxs. En el apartado que cierra este capítulo volvemos sobre estos dos últimos puntos para concentrarnos aquí en los efectos de la censura y de la autocensura en las prácticas de enseñanza con sus derivas en la actualización disciplinar. Encontramos así que

en los relatos de lxs agentes se señalan las líneas ausentes en la formación en letras durante la última dictadura. Laura Scarano (G3), graduada en 1983 en la UNMdP, al repasar las decisiones de investigación tomadas en su tesina de licenciatura destacó que fue el corsé que las categorías estructuralistas le ponían a sus preguntas sobre la poesía de Rubén Darío lo que la había llevado a explorar las de inspiración sociológica, no enseñadas en su formación de grado. Fue bajo la orientación de su director, Francisco Zuleta, entonces recién llegado de España con su doctorado terminado, que se inició en esta línea teórica. En su cuento aparece un episodio que se repite en los de todxs lxs agentes entrevistadxs: cuando Scarano remarca que Zuleta puso a su disposición su biblioteca[22] da cuenta, indirectamente, de una de las consecuencias de políticas erráticas y de la falta de inversión estatal en ciencia y en educación traducida, en este caso, en el carácter desprovisto de nuestras bibliotecas públicas:

> Esa es la historia de los inicios, donde cumple un rol central el magisterio de los profesores que me dirigieron: primero Ignacio Zuleta que me dirigió la beca y la tesis con una visión hispanista y más histórica que estructuralista ya que, en esos tempranos años 80, me hizo leer a Pierre Bourdieu, a Bajtin, sociología del campo intelectual, a Sarlo y Altamirano, es decir, me dio un empujón para estudiar una vertiente de la teoría que estaba ausente de los programas de la carrera durante el proceso militar. [*2014*]

Ana Porrúa (G4) cursó la carrera de letras en la UNMdP entre el fin de la dictadura y durante los primeros años de la posdictadura. En la entrevista que cede para esta investigación refiere al proceso gradual de actualización disciplinar tanto en términos de contenidos, corpus y bibliografía como de planes de estudio en los que resalta la marca colonial en el nombre de la materia sobre la literatura de nuestro continente: «A partir de 1983 (egresé en 1986), los programas se abrieron más. Ahí cursé Literatura Argentina y Literatura Hispanoamericana (arrastró esa herencia en el nombre, aun en democracia) I y II y decidí que ese era mi campo de interés y de trabajo» [*2015*].

Otro tópico que también se reitera en los relatos precedentes: la importancia del trabajo subterráneo y/o en el exilio y sus consecuencias en los tiempos aún dislocados en que lxs agentes pudieron transferir esos conocimientos en las instituciones. Exhumar los restos de esas prácticas es una acción política:

---

22. En su defensa de tesis doctoral, Gabriela Román (2021b) agradeció tanto los libros comprados por su directora, Mercedes Saraví, en sus viajes a España como el desembalaje de la biblioteca de Ana Pollastri gracias a la cual su investigación pudo llevarse adelante.

junto a los prolíficos rescates de materiales ya realizados (cf. Louis, 1999, 2015a; Podlubne, 2013; Avaro, 2015; Canala, 2023; .Saítta, 2022a), la exhumación de las clases dictadas por Noé Jitrik (G1), Jorge Ruffinelli, Josefina Ludmer (G1), Estela dos Santos, Carlos Sebilla y Eduardo Sinnot en el encendido período de la universidad montonera permite entender por qué habrían sido aquellas clases las que habrían impulsado movimientos singulares en el subcampo, desde las prácticas de Grafein (cf. Frugoni, 2006; Cano, 2018) hasta el desarrollo de una poética y de una política «conversadora» en programas de alfabetización intercultural (cf. Camblong, 2005). La importancia que Ludmer daba a la escritura en la práctica intelectual ya entonces (es decir, antes de lo encontrado al exhumar sus clases del seminario de 1985 —cf. 1973e—) unida a los bosquejos de las lecturas que los feminismos convertirán en bandera a partir de lo que años después desarrollará en «Las tretas del débil» (cf. 1974a, 1974c) corroboran el carácter vanguardista de aquella experiencia que, además, tomaba decisiones osadas que interrogaban la organización curricular institucional. Por ejemplo, la decisión de pensar Brasil dentro de América Latina mientras se discutían las denominaciones del área en el que la materia se inscribía (cf. Jitrik, 1974b; dos Santos, 1974b) como los explícitos pronunciamientos contra el trabajo ad honorem, la precarización y la inestabilidad laboral (cf. Ludmer y Jitrik, 1974; Jitrik, 1974d) hacen ostensible fantasías de nano–intervención que iban más allá de transferir contenidos específicos: junto a ellos, se transponía una ética y una política del ejercicio profesional. Los efectos de campo de esta propuesta de cátedra la tornan una de las más impactantes del período.[23]

23. Imposible resistirse a la tentación de preguntar qué habría pasado si esta perspectiva no se hubiera interrumpido. César Aira, al escribir en 1986 su *Diccionario de autores latinoamericanos* (ese que se valió de la biblioteca de Susana Zanetti para completarse y que no publicó hasta 2001), lamentaba la exclusión de Brasil del campo de los estudios literarios en nuestro país. En su lectura caen Victoria Ocampo junto a Octavio Paz caracterizado como un «militante predicador de una tajante separación entre las literaturas hispanoamericanas y la brasileña» (Aira, 1986). Por aquel entonces, registraba tenues movimientos en contra de esta tendencia: «El currículum universitario argentino omite limpiamente las letras brasileñas, si bien empiezan a paliar la omisión algunos latinoamericanistas aislados, la primera de ellas la eminente Susana Zanetti» (Aira, 1986). Entre 1986 y el presente, como se verá en lo que sigue, el panorama se modificó, y para bien: la discusión de las currículas, tema siempre candente, está atravesado por una importante producción en más de una línea en la que se destacan los trabajos pioneros de Raúl Antelo seguidos por los de Gonzalo Aguilar, Florencia Garramuño, Mario Cámara, Marcela Croce, Daniel Link, Adriana Amante, Roxana Patiño, Alejandra Mailhe, Cristian Molina, Irina Garbatsky y Rossana Nofal (solo por citar a lxs agentes de nuestra muestra).

Si exhumar es una acción animada por la fantasía de transformar, vale reponer un par de fragmentos de aquellas clases por su eco en algunas de las discusiones del presente. El primero no es solo la justificación didáctica de la corrección y ajuste de la planificación del cuatrimestre anterior sino también una interpelación a no confundir éxito burocrático con potencia heurística ni crítica. El segundo, una puesta en palabras de una práctica que atravesó los trabajos de Jitrik (cf. 1971): la no fácil tarea de aportar en la desconstrucción de lo que paraliza el ejercicio crítico. En este caso, un modo de leer que separa dentro/fuera del texto. Las fechas importan: se trata de 1973. Ya por aquel entonces, en sus clases, Jitrik actuaba performáticamente el «no hay fuera del texto» (tal vez, el postulado más famoso y controversial de *De la gramatología*):

> ¿No estaremos burocratizando (cuando lo burocrático es lo enemigo del desarrollo, lo enemigo del pensamiento, lo que lo congela en lo aparente de un resultado)? Estas reflexiones hice yo y todos mis compañeros de trabajo después de los últimos exámenes, tratando de evaluar la experiencia del año pasado con el fin, justamente, de no burocratizar, de no convertir un determinado sistema de exposición en una maquinita que resuelve, por fuerza de su repetición, igual que la burocracia, todos los problemas, y que hace sentir que uno ha logrado grandes instrumentos. (1974b:1)

> Desearíamos hacer un trabajo más unitario en el cual esta localización iberoamericana o latinoamericana nos aclare algo más sobre eso que llamo la diferencia en relación con otras experiencias de escritura. (...) Una historia de la escritura, de un tipo de producción motivada por un conjunto de determinaciones (...). La unidad de esta historicidad estaría dada por el replanteo de las condiciones de escritura que permitiría ver una confluencia de factores, de operaciones y su condensación.
>
> Entonces ya no vamos a tratar de separar más texto–teoría–contexto sino que vamos a tratar de mostrar, ahora sí, un continuo de planos que la escritura o cada una de estas escrituras comportan como experiencias cumplidas. Entonces, la operación que vamos a realizar va a ser, básicamente, una deconstrucción, un desmontaje. (6–8)

Otro tópico que aparece en los relatos de lxs agentes de la muestra asocia actualización disciplinar con internacionalización pero también con la formación que, durante la posdictadura, tuvo a lxs radicadxs en la UBA como las figuras indiscutibles de la transformación de las currículas en el país. Un proceso que, como vimos, en algunos polos periféricos, se inició en los lindes del siglo XXI y se tramitó fundamentalmente desde el posgrado (Litwin en la

UNL; Panesi, Rosa y Delfino en la UNC; Sarlo, Altamirano, Jitrik y Zanetti, en la UNMdP) con algunos casos en el grado (Domínguez, Kozak y Tamborenea, también en la UNMdP). Veamos algunos ejemplos a partir de cuentos que hacen serie con los ya citados.

Marcela Romano (G3) ha vuelto sobre la actualización teórica diferencial entre polos centrales y periféricos del subcampo en la Argentina del primer ciclo de la posdictadura. La UBA, polo central de la vanguardia teórica por aquellos años, también aparece como el lugar desde el que se diseminaron esas perspectivas: «Todo lo que hizo Sarlo desde el principio me interesó mucho. Lo mismo, Altamirano. Para mí fue muy iluminador un seminario que él vino a dar, en el año 92 ó 93 sobre Historia de las mentalidades, la teoría del campo intelectual» [*2016*]. También, y como se constata en buena parte de los polos periféricos, la internacionalización es central en la construcción de agencia local: «Había descubierto la Semiótica en el 88 en España» [*2016*]. La creación de la Maestría en Letras Hispánicas en la UNMdP es resultado de este doble proceso de formación que permitirá luego disputar un lugar central en el subcampo desde una singular confluencia entre estudios hispánicos, latinoamericanos y de nuestra literatura nacional.

Mónica Bueno (G3) contrapuso la formación de grado en la carrera de letras de la UNMdP durante la dictadura y los primeros años de la posdictadura (cursó el profesorado entre 1974 y 1980 y la licenciatura entre 1983 y 1986) y la de posgrado (cursó la maestría en letras hispánicas de la UNMdP entre 1998 y 2001 y el doctorado en la UBA, entre 2005 y 2010). Sitúa la actualización disciplinar en correlato con los tiempos del posgrado:

> La experiencia en el posgrado fue altamente positiva. Los cursos de posgrado cursados en Mar del Plata con intelectuales como Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, Noé Jitrik, José Sazbón, Julio Ramos, Walter Mignolo, Susana Zanetti, Martín Lienhard, entre otros, ampliaron el horizonte de mi formación y permitieron pensar la literatura desde una perspectiva plural. [*2017*]

Si bien la mayor parte de los relatos sobre la ausencia de redes de sociabilidad intelectual en los polos periféricos se cuentan desde la rememoración de la experiencia estudiantil, Claudia Rosa (G4) enfocó el suyo haciendo foco en la práctica profesional. Rosa remarcó el tiempo dedicado a afinar teóricamente sus intuiciones lectoras sobre los escritores de su provincia: «Pasaron muchos años para que encontrara justificación teórica para estudiar autores "provinciales", porque de alguna manera mis lecturas constantes eran los poetas entrerrianos y eso no tenía cabida en los ochenta y gran parte de los noventa» [*2018*].

La afirmación es impactante: «eso no tenía cabida en los ochenta y gran parte de los noventa». El lugar de la autorización se pone en otro lado, en un espacio distinto a aquel desde donde se produce sin que le haya impedido, no obstante, intervenir: el testimonio de alumnas de aquellos años corrobora tanto la potencia de los envíos a esa literatura entonces subterránea como el estímulo a la escritura (Almada, 2022; Spada, 2022). No se trata, entonces, de un problema de argumentación (como Rosa pareciera dar a entender en su autofiguración, notablemente depreciativa respecto de lo que pudo–hizo en el subcampo) sino de visibilidad y de legitimación: el capital específico reclama capital social específico para transformarse en capital simbólico con sus efectos en el espacio nacional. La sintomática repetición de esta autofiguración en varios de sus textos indica que Rosa localizaba allí un problema. La identificación con la imagen de Auerbach construida en el epílogo de *Mimesis* y el recuerdo del hallazgo casual de este libro durante el tiempo de aislamiento intelectual al que había arrastrado la última dictadura explica la alegría con que describirá el tiempo que vino después: el del ansiado encuentro de compañerxs con quienes conversar. Esxs que la ayudaron a colocar en la literatura argentina a lxs grandes escritorxs que producían desde el litoral. Hay aquí un hecho clave: la publicación de las *Obras completas* de Juan L. Ortiz con edición cuidada por Sergio Delgado (1996) e inmediatamente reseñada por Beatriz Sarlo (1996b) en un texto que propone la categoría «regionalismo no regionalista» a partir de la que puede leerse cierta producción simbólica (no solo literatura) escrita más allá de Buenos Aires. La edición «del Mastronardi» (expresión repetida por Rosa en innumerables congresos, conversaciones informales y consultas) fue impulsada por este libro de Delgado que puede leerse en espejo con el que, luego de larguísimos años de trabajo, Rosa publicó en 2010. Pero más que la publicación, importa lo que pasó en el medio: entre 1996 y las primeras décadas del siglo XXI, un conjunto de acciones reinventaron y expandieron un movimiento propiciado por Sarlo al leer, ya desde sus años de *Los Libros*, la literatura escrita en provincias a contrapelo del exotismo y del color local. Tanto desde allí como desde *Punto de Vista*, tanto desde sus publicaciones como desde sus clases sobre Saer y Tizón unidas a las clases y a las publicaciones de Gramuglio sobre Saer, se consolidó esta operación: los regionalismos–no–regionalistas se fabricaron como opción de la literatura y también de los estudios literarios entre Buenos Aires y Rosario, entre la UBA y la UNR, entre *Punto de Vista* y *Diario de poesía*. Que el último número de esta revista publicado entre el fin de 2011 y principios de 2012 haya enviado a una «novedad editorial» de entonces, la *Obra completa* de Carlos Mastronardi, lleva a repasar otros envíos: en esa revista caían juntxs, desde sus comienzos,

Allen Ginsberg con Oscar Taborda, Juan L. Ortiz con Yanni Ritsos, Marilyn Contardi con Ernesto Cardenal, Estela Figueroa con Toni Harrison (y por tomar ejemplos de este número final: Santiago Venturini junto a Samuel Beckett, Paula Jiménez junto a Henri Michaux). Claudia Rosa ya no estaba sola. Había encontrado a esxs compañerxs de ruta que tanto ansiaba: las operaciones que se valían de los capitales construidos desde la intersección de los campos literario, editorial y académico practicadas, entre otrxs, por Prieto, Avaro, Raimondi, Contreras, Astutti, Zanin, Giordano, Delgado, Rosa y, más tarde, por Crespi desde 17 grises, Pacella desde La Sofía cartonera y Bernabé desde Rita cartonera han interrogado tanto cómo se fabrica y quiénes fabrican una literatura como sus modos de estudiarla y de enseñarla. Una operación tramitada sin el lastre del tono plañidero, con la seguridad que da lo producido en el campo específico mientras, sin inocencia, se disputan los polos desde donde se marca tanto el campo de la literatura como el de los estudios literarios.

Formación a partir del trabajo de cátedra

Formarse o, mejor dicho, continuar formándose a partir de la inserción en una cátedra es uno de los indicadores más indiscutibles de expansión institucional asimétrica. Mientras que en los polos periféricos, lxs agentes se desempeñan en más de una materia de la misma carrera (me apresuro en aclararlo: no hablo de seminarios optativos sino de materias obligatorias troncales en los planes de estudio), en los polos centrales trabajan en una liderada por quienes han escrito los libros de referencia del subcampo. De la reiteración insistente de este rasgo en las entrevistas desprendimos este indicador.

Así por ejemplo, lxs agentes radicadxs en polos centrales asocian el trabajo en una cátedra con una etapa nodal de su educación, más allá del título de grado obtenido y/o de los posgrados. El relato de Gonzalo Aguilar (G4) importa especialmente porque quien habla es un heredero: «había libros en mi casa, con mis amigos en la secundaria la literatura era un tema de conversación», señaló en el mismo cuento en el que reconoció enseñanzas que siguieron más allá de concluido el grado. «El trabajo en la cátedra de Literatura Latinoamericana II con Celina Manzoni fue muy importante para mi formación», resaltó [*2018*].

Pablo Alabarces (G4) asoció su formación con las cátedras de la UBA en las que se insertó, incluido el CBC en el que se desempeñó como Ayudante desde 1985 hasta 1989: «Estudié Letras en la UBA, entré en 1979, me gradué en 1987. En esos años nadie hacía posgrado: me formé con quienes trabajé, Elvira

Arnoux, Eduardo Romano, Aníbal Ford; más tarde, Beatriz Sarlo» [*2018*]. Alabarces equiparó esos trabajos con un posgrado (valoración realizada por alguien que se doctoró en Reino Unido): «Mi formación siguió por afuera, en esos posgrados informales que eran las cátedras y las aulas: cuando paso a Comunicación, Ford, Rivera, Romano fueron claves (y los tres venían de la literatura, como yo)» [*2018*].

En la misma línea que Alabarces, Kozak (G4) sostuvo que en los ochenta, la formación se tramitaba en las cátedras (en los polos centrales del subcampo, no olvidemos): «Vos te formabas en una cátedra. Yo me formé con la China Ludmer y en su cátedra» [*2018*]. Y más allá de los ochenta, valoró lo aprendido junto a Daniel Link y a Cristian Ferrer.

Adriana Amante (G4) destacó lo aprendido en los «seminarios internos» armados desde las cátedras (espacios ajenos a cualquier lógica de acreditación). Su relato pondera un don del tiempo en pos de una construcción tramitada de forma colectiva que hizo lugar a heterodoxas e insospechadas derivas:

> Yo soy un bicho de la academia convencido, digamos. Hace 25 años que estoy dentro de la facultad, a conciencia y todavía con placer y con deseo. Destaco ahí los núcleos de las cátedras que funcionan como fuente de formación y de estímulo. Me pasó con la cátedra que originariamente era de Viñas: lo que aprendí de mis pares y de mis jefes es invalorable. Ahí establecí mi relación con Julio Schvartzman: tu jefe y tu maestro se convierten en tu colega. [*2018*]

De sus años de trabajo con Julio Schvartzman (G2) destacó el haber aprendido no solo a leer un género «difícil» y «complejo» como la gauchesca sino haberlo hecho en clave de humor (entre los libros que Amante «hubiera deseado escribir» está *Letras gauchas* que condensa, a modo de tratado, parte de los contenidos que Schvartzman desplegó en sus clases [subrayo la temprana introducción de estos problemas en sus teóricos de Literatura argentina I, ya a partir de 1993]):

> Si alguien me preguntara «¿qué es lo más importante que vos aprendiste con Julio y de Julio?», elegiría algo singular: diría que aprendí a leer la gauchesca, pero sobre todo que aprendí a reírme con la gauchesca. A *reírme*, que es lo más difícil en esa acción intelectual ya compleja que es *leer* la gauchesca. Eso, que parece una nimiedad, es muy difícil en un género con protocolos tan específicos. Es en esa intelección que sintetizo mi relación de aprendizaje de y con Julio que es brillante en ese trabajo: que yo haya podido compartir eso, heredar algo de eso, es muy importante. [*2018*]

Luego de casi veinte años de interrupción de su vida profesional, Cristina Iglesia (G2) la reanudó junto a David Viñas (G1) en la cátedra Literatura Argentina I que este llevaba adelante desde 1986:

> En el año 1987, fui convocada por David Viñas que había ganado el concurso de Profesor Titular de Literatura Argentina I (Colonial y Siglo XIX) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires luego de su exilio en México. Viñas quería que lo acompañara en la tarea de armar y dirigir la cátedra en la misma universidad. Acepté, pero solo con el cargo interino de Jefa de Trabajos Prácticos, porque estaba convencida de que los cargos de Profesor, Adjuntos o Asociados los tenía que obtener por concurso. En el año 1992 obtuve por concurso el cargo de Adjunta, y en el año 1997 obtuve, también por concurso, el cargo de Titular (para esa altura, Viñas ya se había jubilado). Me jubilé en el año 2013 con ese cargo. [*2018*]

Su relato puso en valor la conversación intelectual estimulada desde el colectivo que integraba esa cátedra:

> La Cátedra de Literatura Argentina I funcionó como un grupo de debate y formación intelectual a lo largo de 25 años, incorporando siempre ejes teóricos nuevos para repensar el siglo XIX e iluminando las obras de autores que no habían sido incorporados históricamente a los programas de la materia y que, sin embargo, conformaban aportes centrales en la constitución de nuevos géneros en la literatura argentina, como el caso de Holmberg y la literatura fantástica, y Juana Manuela Gorriti y sus ficciones históricas. [*2018*]

Claudia Torre (G4) reconoció haber aprendido «el oficio de la investigación» en ese espacio:

> Ingresé en la UBA, en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1982 y me recibí en término. Antes de terminar la carrera fui convocada por la cátedra de Literatura argentina I (David Viñas) a ser ayudante (...). En ese equipo de cátedra aprendí el oficio de la investigación y obtuve lxs mejores amigxs y colegas de toda mi vida. [*2018*]

El mismo espacio institucional fue retomado por Alejandra Laera (G4): «Fue la cátedra de Literatura Argentina I de FFyL de la UBA, donde me inicié en la docencia universitaria y en la investigación; el equipo de trabajo en la cátedra,

en ese sentido, fue el marco y la contención necesaria para poder avanzar en mi carrera y en mi formación» [*2018*].

En el relato de Julio Schvartzman (G2) se conjugaron lo que aprendió en la cátedra de Viñas con lo que cree podría haber aprendido si hubiera sostenido su espacio junto a Noé Jitrik en Latinoamericana. Un espacio del que se apartó, no por falta de deseo sino por sus representaciones respecto del tipo de saberes que ese trabajo demandaba. La fascinación provocada por la enciclopedia vasta de Susana Zanetti (G1) aparece en este y en otros relatos entre los que se destaca el que compone en *Letras gauchas* al describir su biblioteca (2013:544):

> Los primeros años allí fueron muy buenos, tanto las clases como los seminarios internos. El dominio de la literatura argentina que tenía Viñas era excepcional y su capacidad de asociación cultural y política, fascinante, aunque podía deslizarse rápidamente hacia determinaciones mecanicistas y hacia lo arbitrario. Escucharlo bien era aprender. Viñas era muy trabajador y de una puntualidad inquebrantable en reuniones, clases y exámenes. (...) En 1987, cuando se forma, desde el concurso de adjunto que gana Celina Manzoni y el regreso de México de Noé Jitrik, la nueva cátedra de Literatura Latinoamericana II, fui convocado como JTP. De modo que durante dos años estuve en las dos cátedras. No pude mantener el esfuerzo requerido para cumplir bien ambas funciones, y como el campo de Latinoamericana, mientras por un lado me atraía, por otro me intimidaba en su magnitud, opté por quedarme en Argentina, y a Noé no le gustó. Después he visto cómo alguna gente de las cátedras de Latinoamericana (comprendidas las de la UBA, una de ellas a cargo por entonces de Susana Zanetti, cuyo conocimiento del campo era apabullante, como las de La Plata, Rosario y otras universidades) enriquecía sus lecturas y su formación y me dio pena aquella opción mía. Pero realmente creo que no habría podido con todo. [*2014*]

Si la clase es «el lugar de todos los intercambios» (Link, 1994a:17) y si la enseñanza es la práctica que permite poner en circulación aquello que (todavía) no se puede escribir,[24] no llama la atención que Diego Bentivegna (G4) sitúe

24. En las clases de Bourdieu publicadas de forma póstuma y, por lo tanto, exentas del pulido e hipercontrol al que las sometía antes de autorizar su edición (cf. 2012, 2013, 2015, 2016, 2017), se observa tanto un despliegue creativo y riesgoso de hipótesis en elaboración como juicios más incisivos que los que se hallan en sus libros y en sus clases revisadas (cf. (Bourdieu, 2001b). El análisis de clases de literatura argentina y de teoría literaria de profesorxs argentinxs conduce a conclusiones similares: a esto también obedece que lxs agentes localicen en la clase tanto un lugar de estímulo para sus líneas de investigación como de

en estas usinas, junto a Daniel Link (G3) y a Elvira Arnoux, los espacios decisivos de su formación profesional. Espacios asociados a una tradición cuya genealogía lo lleva al Instituto de Filología, a Barrenechea y a Pezzoni (figuras tutelares para Link [cf. 1994a, 2017, 2022a]):

> La formación tanto en Semiología como en Literatura del Siglo xx, con Elvira Arnoux y con Daniel Link, tiene que ver con una tradición fuerte en la Argentina, una tradición que siempre fue atenta a la articulación entre cuestiones lingüístico–discursivas y cuestiones literarias. En este punto, reconozco una tradición, una genealogía fuerte que sigue operando, obviamente de manera renovada y abierta, que en última instancia tiene que ver con la generación de los estudios filológicos en Argentina, con la fundación en su momento del Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires, con la presencia de una figura como Amado Alonso, dado su interés tanto en los estudios lingüísticos como en los estudios estilísticos literarios y en la formación de gente más joven que hizo Alonso, los Lida, Ana María Barrenechea, etc. Y es la tradición en la que se formaron tanto Daniel como Elvira: estuvieron en relación directa con Barrenechea y esa tradición. En ese sentido, me parece que esa es la tradición nacional que a mí más me convoca y más me interesa y que también tuvo un momento importante en la figura de Pezzoni en los años ochenta, que yo no llegué a conocer personalmente. O sea, cuando yo ingresé a la facultad, Pezzoni ya había fallecido, pero esa impronta sigue siendo fuerte y en ese momento estaba muy marcada y él también viene de esa línea. Se trata de una tradición muy atenta al texto: si hay una palabra que me atrae y me permite moverme en diferentes ámbitos es la palabra «texto», la atención al texto, y esa tradición es fuerte entre nosotros. [*2018*]

La producción de Bentivegna, entre la literatura, la lingüística y la semiología, se vio impulsada por el perfil intelectual de Elvira Arnoux del que también es deudor Link:

> Reconozco el comienzo del trabajo en el ámbito de la cátedra de Semiología con Elvira Arnoux, el acceso a mucha bibliografía que Elvira y su equipo hacía circular entre nosotros. El problema que empecé a distinguir era básicamente el discurso social y el objetivo central era poder armar algo con nuestra formación y con nuestras lecturas en equipo en función de la enseñanza a alumnos que venían de realidades muy heterogéneas y que entraban al Ciclo Básico. [*2018*]

---

continuidad de su formación (hay allí un margen para la exploración, el juego y el riesgo que suele reducirse cuando se pasa a la escritura).

La apuesta de Arnoux al trabajo colectivo, a la socialización de saberes y estados de la cuestión, su constante generación de proyectos editoriales destinados a la difusión y a la producción de materiales didácticos y su voracidad intelectual que abarca todos los campos de las ciencias sociales y humanas,[25] desde la economía a la literatura pasando por la lingüística, la filosofía, la historia, la antropología, etc., encontró su traducción más ostensible en la construcción institucional que realizó alrededor del Ciclo Básico Común implementado en la UBA apenas restituida la democracia. Arnoux difundió capitales acumulados en formaciones y en el Instituto Joaquín V. González (cf. Arnoux, 2022). La convicción de estar protagonizando una misión refundacional domina los relatos que vuelven sobre aquella gesta. «Poner a la universidad de pie» (2018b) es la expresión que usó para evocar aquella cruzada institucional durante los años intensos de la recuperación democrática:

> Me recuerda mi vecina que la imagen que guarda de mí en relación con aquellos años es tipiando a las cuatro de la mañana. Entonces, yo tenía a los chicos muy chicos. A esa hora podía trabajar. Así hice los materiales para el CBC. Sentíamos que teníamos la responsabilidad de volver a poner a la universidad de pie. Estábamos muy entusiasmados con lo que hacíamos. (2018b)

El estilo de trabajo de Arnoux y su posición ante el saber incidieron en las decisiones profesionales de quienes la acompañaron, puestos al resguardo tanto de la hiperespecialización como del menosprecio de la enseñanza: «Los que optamos por el CBC optamos por una opción de vida. Fue la experiencia pedagógica más importante de mi carrera: enfrentar la masividad desde esa apuesta a la semiología» (Arnoux, 2018b).

Sobre las marcas de esa experiencia en Link, dirá Arnoux: «la impronta didáctica de mucho de lo que Daniel Link escribió por la época viene de su trabajo en el CBC» (2018b). Link, alumno de Pezzoni en el Joaquín V. González

---

25. Tal vez el premio Nobel de literatura a Annie Ernaux ayude a transnacionalizar la interacción productiva entre los campos literario, de los estudios literarios y de las ciencias sociales que, no sin discrepancias, se insinúa en Francia, al menos, a partir de su obra que ha atendido a los resultados de investigación de las ciencias sociales así como estas se han enriquecido a partir de las reflexiones halladas en su escritura (cf. Ernaux, 2022). En la celebración de los 40 años de la EHESS, Sapiro concluía su presentación con un balance ambivalente, plagado de buenas intenciones: su llamado a generar «formas de colaboración más estrechas» entre ciencias humanas y sociales no esquivó la mención de que «ese diálogo no ha sido fácil» debido tanto a las «desconfianzas mutuas» como al «rechazo de unxs hacia lxs otrxs» (Sapiro, 2015).

de donde egresó en 1985 y parte de los grupos de estudio de Sarlo durante los primeros años de la década del 80, fue convocado por Arnoux para incorporarse al equipo de trabajo del CBC. Sus relatos reponen las teorías que andamiaban sus desarrollos, el modo de trabajo y algunas derivas de aquella experiencia. Las marcas dejadas por lo aprendido junto a Pezzoni, Sarlo y Arnoux retornan en más de un cuento (cf. 1994a:17):

> Teníamos reuniones semanales de cátedra para preparar los temas. (...) El aparato teórico de Elvira era básicamente francés. (...). Además de la teoría (que equivalía a una segunda carrera completa), Elvira seleccionaba fragmentos de discurso político porque se trataba, después de tantos años de barbarie, de recuperar la relación con la palabra política. (...)
>
> Elvira era implacable: nos obligaba a estudiar de sol a sol y a dar cuenta de nuestros aprendizajes públicamente (no había Internet, y todo se estudiaba de libros o fotocopias; los originales para los cuadernillos de semiología se hacían con tijera y plasticola. (...)
>
> Nuestra tarea era, más que alfabetizadora, evangelizadora: íbamos a marcar un antes y un después. Que todavía la gente se niegue a reconocer la importancia de esa experiencia solo demuestra la propia mezquindad. (...) El equipo de trabajo que se formó fue tan extraordinario que la mitad de las personas que trabajan conmigo vienen de aquellos años difíciles de igualar en intensidad y en potencia formativa.
>
> Con Enrique había aprendido a leer la literatura como texto. Con Beatriz había aprendido a leer la literatura como institución. Con Elvira aprendí a leer la literatura como formación discursiva (...). Además, dotó a nuestra práctica de un sentido político muy preciso: se trataba de preparar alumnos para carreras universitarias, enseñarles competencias que durante la dictadura habían sido secuestradas junto con los cuerpos. Sosteníamos la memoria de la izquierda latinoamericana (Bolívar, Martí, Mariátegui, Castro, Velasco Alvarado). Leíamos manifiestos, poemas, propaganda política, publicidad (...) (en esa estela, hice mis libros para la escuela secundaria). (2017:135–137)

Hay un pasaje tomado de la entrevista a Sandra Contreras (G4) que resulta clave en el análisis de la expansión institucional asimétrica y los presentes no sincrónicos de las universidades públicas, aun cuando se trate de un polo como Rosario que fue central durante «los años Prieto» y que volverá a serlo, justamente, durante los años Giordano–Contreras, bien entrados los noventa. Contreras resaltó el lugar de la cátedra, en especial en sus inicios, como sitio de auto–formación. Nótese cómo se transparenta el deseo por reponer no solo

lo que en la UBA había circulado casi al mismo tiempo que la restitución democrática sino también lo que se había producido en Rosario y que se había borrado durante la dictadura (obsérvese tanto la referencia a los trabajos de Adolfo Prieto como la inscripción del significante: «equipo»):

> Nos leíamos todo (todo aquello con lo que por edad o por distancia con Buenos Aires no habíamos tenido contacto directo en nuestros años de estudiantes en la facultad) y aprendimos David Viñas, Josefina Ludmer, Beatriz Sarlo, Adolfo Prieto, Julio Ramos, y ensayábamos y confrontábamos hipótesis, y escritura, y pensábamos todo el tiempo cómo articular esa formación e investigación en nuestras clases. Aunque no deriven de ningún proyecto grupal en particular, mis textos sobre o en torno de la literatura argentina del siglo XIX y también sobre Borges y la tradición argentina tienen como base esos años de trabajo en equipo en la cátedra. [*2018*]

Algo de esa impronta se transfirió a Mariana Catalin (G5), una de sus herederas que, de todos modos, ya se formó en una institución con otra colocación nacional y en un subcampo movilizado por otras urgencias. Ya no se trataba de «ponerse al día» con esa suerte de meridiano de Greenwich nacional que había sido la UBA de «la época de oro de la carrera de letras» (Link, 2017:156). Cuando Catalin ingresó a la cátedra de Literatura argentina I, ya Rosario era un polo central de los estudios críticos en esa línea y en teoría literaria. En su relato la formación en investigación se intersecta con la formación en docencia (nótese: una no eclipsa a la otra sino que, más bien, se retroalimentan): «Las principales tradiciones que han tenido peso en mi escritura son las que desempeñan un rol importante en mi lugar de trabajo (...). Sin duda en este sentido, el vínculo con la gente que forma parte de los centros de estudio en los que me desempeño y los miembros de la cátedra ha sido fundamental» [*2016*].

La firmeza con que Paola Piacenza (G4) destacó su aprendizaje en la cátedra liderada por Nicolás Rosa (G1) y luego por Alberto Giordano (G3) en la UNR se asocia con dos prácticas: la actualización y la obsesiva revisión de cada propuesta de enseñanza. El seminario interno organizado por Rosa y el estímulo a escribir propiciado por Giordano impulsaron aprendizajes de diferentes órdenes: «Si tuviera que hacer una síntesis de esa época, podría decir que con Nicolás aprendí a leer; con Alberto, a escribir» [*2018*].

Hay relatos sobre formación en cátedras de la UNR que llevan al breve período animado por la esperanza de recuperar los espacios perdidos después de las renuncias masivas de 1966. Nora Catelli evocó su trabajo junto a Nicolás Bratosevich, conocido en el subcampo por sus manuales de metodología

incluidos en la colección Universidad dirigida por Arnoux que hicieron furor en las universidades situadas en polos marginales hasta bien entrados los años noventa y recordado por sus prácticas de enseñanza (Mariana Mitelman, alumna de sus cursos en la UBA, destaca el perfil de un profesor «muy ocupado en lo docente, en transmitir, no tanto en discutir con sus pares» [2021]):[26]

> Asistíamos a la universidad más católica de Onganía, hasta que en 1971 todo empieza a moverse y con un grupo de compañeros nos propusimos, a pesar de la dictadura, volver como Ayudantes alumnos a la facultad, en materias como Introducción a la Historia Literaria de Nicolás Bratosevich. A pesar de que no era de nuestra línea de estudios, Bratosevich era una persona muy sólida y formó un muy buen equipo. En esa cátedra aprendí a dar clases y aprendí qué era la historia literaria. [*2015*]

En el relato de Dardo Scavino (G4), sus años de estudiante con Oscar Terán y con José Sazbón se ponen en serie con su período en la cátedra de Nicolás Rosa en la UBA. Es en esas experiencias donde localizó el aprendizaje de teorías que estima, ocuparon un lugar primordial en su desarrollo profesional: «El marxismo, y sobre todo el marxismo althusseriano, fue fundamental en mi formación. El psicoanálisis también, sobre todo el lacaniano. Las obras de Michel Foucault y Lévi–Strauss. En este aspecto, fue muy importante para mí trabajar con Nicolás Rosa, que conocía muy bien a Lacan, y estudiar con profesores como Oscar Terán o José Sazbón» [*2015*].

También Annick Louis (G4) recordó sus años en la cátedra de Nicolás Rosa (G1) en la UBA. En su cuento sobresale la apuesta a un trabajo propiciado por el deseo, ajeno a la lógica del intercambio y de la carrera por la acreditación:

> Entre 1990 y 1991 integré la cátedra de «Teoría Literaria III», de Nicolás Rosa, en la cual trabajé durante dos años. Ninguno de estos cargos era oficial, salvo mi cargo como investigadora del Instituto de literatura argentina entre 1990–1991 y 1991–1992, por decisión de Nicolás Rosa. Ninguna de estas tareas fue remunerada. Esto es algo muy común en mi generación: los cargos no eran oficiales pero aun así constituían muy buenas situaciones de aprendizaje, poco marcadas por la ambición. [*2015*]

26. Esta tensión se repite en varias entrevistas y consultas. Hay una clase sobre la que han vuelto algunxs agentes: la filosa discusión entre David Viñas y Nicolás Rosa en el marco de la cátedra Problemas de literatura argentina permite entender estos comentarios que se deslizan en más de un cuento (cf. Viñas y Rosa, 1995).

Clases, profesorxs y bibliotecas que viajan

Si como postula Alejandro Gasel (2021d) a partir de sus investigaciones sobre la institucionalización de las letras en la UNPA, la presencia en planta de profesorxs viajerxs es un indicador de periferia, también las clases que circulan de un polo a otro señalan posiciones diferenciales en el subcampo en tiempos que es necesario precisar. Así, este apartado intenta responder algunas preguntas básicas: ¿quiénes se desplazaron? ¿Desde dónde hacia dónde? ¿Durante cuánto tiempo y con qué frecuencia? ¿Bajo qué circunstancias? ¿Qué clases, contenidos, propuestas, bibliografía, etc., viajaban? Y otra vez: ¿desde dónde hacia dónde? Y para concluir: ¿qué efectos de campo provocaron estos desplazamientos de textos como de agentes sobre los polos de origen como de destino? Me permito jugar con la ambivalencia del término «profesorxs que viajan»: uso la expresión no solo para referirme al caso de las universidades que tienen la figura entre sus opciones laborales[27] sino también al de las que,

27. Tal es el caso de la UNPA donde Alejandro Gasel (G5) trabaja y donde lxs profesorxs viajerxs no solo cubren espacios docentes sino que también desarrollan líneas de investigación y forman recursos humanos: «La figura del Profesor viajero está institucionalizada al igual que la del Director externo de investigación. Se procura que ambas figuras vayan de la mano. La idea es que cuando se contrata a un profesor viajero también tenga la capacidad de ser director externo de investigación y pueda construir una línea asociada a la cátedra y que también sea una línea fundante para la carrera y para el instituto y que pueda sostenerse. Esto sucedió con Literatura española para la carrera de Letras con Raquel Macciuci que después lo continuó Juan Ennis (…). Se busca consolidar un área de estudios, formar recursos humanos en docencia y en investigación» (2021c). Además de Maciucci (G3) y de Ennis (G5) que fortalecieron el área de Literatura española, también David Fiel (G4) se desempeñó como profesor viajero en la UNPA, en su caso, fortificando el área de Literatura inglesa y norteamericana. Maciucci y Fiel se habrían desempeñado en ese cargo durante 2009 y 2010; Ennis, entre 2011 y 2013. Los relatos sobre la experiencia dan cuenta no solo del profesionalismo con que se encaraba la tarea sino de la convicción puesta en la transferencia; en los tres casos, los testimonios corroboran el resultado prolífico de sus prácticas (Figueroa, 2021). Repongo, a modo de ejemplo, dos breves pasajes del extenso testimonio de Fiel sobre sus años en la UNPA. El primer fragmento, sobre la recepción de compañerxs y estudiantes: «Me recibieron como si yo fuese toda una personalidad, tan necesitados estaban ellos de contar con alguien que les hablase de esos temas. Mis recuerdos de ese año y medio son todos hermosos. La gente fue cálida conmigo a más no poder; docentes y estudiantes por igual. Las frecuencias de mis viajes oscilaban de acuerdo con las posibilidades presupuestarias de la facultad (pasajes en avión y hotel)» (2021). Del segundo fragmento omito la detalladísima referencia a las cuidadas decisiones sobre contenidos, bibliografía y problemas planteados en las cátedras para hacer foco en el momento en el que Fiel despliega una ética del temblor al exponer, con un nivel de apertura a la crítica

por diferentes razones, incorporan profesorxs radicadxs en otras ciudades y/o con cargos estables en otras instituciones. Esto visibiliza diferentes roles cumplidos por lxs profesorxs que viajan en diferentes momentos del largo arco temporal recortado y, junto con ello, cambios de dinámicas del subcampo y cambios de colocación de sus polos.

Como se verá a continuación, el papel jugado por lxs agentes que viajan resultará determinante para la dinámica del polo al que se dirigen mientras, en el mismo movimiento, en algunos casos, contribuyen a consolidar la centralidad del polo de origen. Precisemos: solo aquellos espacios que contaron con estxs agentes estuvieron en condiciones de contribuir a construir (y/o disputar) el armado de la agenda del subcampo de los estudios literarios recortado desde el perímetro nacional, antes que nada, porque lograban estar al día (dicho en otros términos: saber de qué iba esa agenda e incluso, de que había una —condición determinante pronunciada en el mundo antes de la emergencia de las nuevas tecnologías)—. Pero no en todas las ocasiones esto redundó en una consolidación del polo de origen: hay agentes que viajaron debido a su interés en contribuir al armado de un proyecto intelectual en un espacio emergente (esto sucedió con Halperin Dongui, Viñas, Alcalde y Prieto en Rosario —algunos, luego se radicarán allí—); hay agentes que viajaron porque, debido a la violencia política estatal, consiguieron inserción laboral en esos espacios alejados que, por un momento, se creyeron más a salvo que las grandes ciudades (los hechos luego desmentirán esta asunción). Esto sucedió con Sarlo que entre agosto de 1971 y julio de 1972 y, aparentemente, por una mediación de Rest (Antelo, 2022b), entonces profesor en la UNS, obtuvo un puesto como Profesora a cargo de Estilística, Teoría Literaria y del Seminario de Iniciación a la Investigación sobre Metodología del Análisis Literario en el Instituto de Estudios Superiores de Trelew que, en 1980, se fusionará con otras instituciones para fundar la UNPSJB (cf. Macchiarola y Perassi, 2018).

Como subrayo en el título de este capítulo: bosquejo apuntes para una cartografía de estos desplazamientos solo a partir de los que detecto en el examen de trayectorias de lxs agentes de la muestra. Para comenzar, retomo el trabajo de una figura indispensable tanto en la construcción nacional de los estudios en literatura latinoamericana como de una red informal de profesorxs universitarixs dedicados a esta línea: Susana Zanetti (G1), agente clave en la

inaudito en el campo, el sentido que sí le importaba cuidar al ensayar aquellas propuestas que recuerda al detalle, más de diez años después: «Ojalá no te suene extravagante todo esto. En todo caso, si carece de valor, me sirvió al menos para organizar con esa excelente gente unas clases muy intensas acerca de todos esos temas, autores, libros» (2021).

dinamización del subcampo no solo apenas recuperada la democracia. En aquella suerte de comienzo, el capital simbólico acumulado por su trabajo en el CEAL le posibilitó diseminar, vía la enseñanza, un estado de la cuestión mientras conectó a agentes insertxs en diferentes universidades a las que llegaba para dictar seminarios y cursos. Marcela Zanin (G4) destacó este armado federal que encontró en Rosario un polo de articulación importante durante aquellos años. Zanetti llegó a la UNR de la mano de Gramuglio (otra constructora de redes inter–institucionales) a quien conocía del CEAL y de *Punto de Vista*:

> La tradición y modo de actuación institucional tuvo su impronta más fuerte en la figura intelectual de Susana Zanetti quien en el año 1986 consideró a Rosario como uno de sus polos de acción para formación de discípulos (esto venía de la mano de María Teresa Gramuglio, en el sentido que fue su introductora en la Facultad de Humanidades). Zanetti fue la ocasión para la formación de un grupo de literatura latinoamericana, para el lanzamiento de los proyectos de investigación de la mayoría de nosotras y el punto de contacto con grupos de latinoamericana de otras universidades (La Plata, Buenos Aires, Neuquén, etc.). [*2017*]

Mónica Bernabé (G3) señaló la importancia de los cursos tomados con Zanetti en la UNR sobre el filo de la recuperación democrática. A ella le reconoce el envío a la obra de Ángel Rama. Nótese cómo esta referencia insinúa una transmisión que se interrumpió durante y entre las dos últimas dictaduras. Presencia persistente durante «los años Prieto», Rama habría dado clases en el Instituto de Letras de Rosario en 1964,[28] en el CEFIL en 1967 y había circulado desde los comienzos de *Punto de Vista* (Rama, 1978, 1980a, 1980b, 1981; Zanetti, 1982, 1983, 1984; Sosnowski, 1984). No obstante, como la propia Bernabé pormenoriza y como se desarrolla en el capítulo siguiente, se diseminó en Rosario bastante después de su tiempo de publicación. Dato que no desdeña el rol de los envíos en la dinamización de los polos del subcampo (en este caso, vía los cursos y grupos de estudio dirigidos por Zanetti):

> El período de normalización de la universidad a partir del 83 fue decisivo en mi formación, en particular, los cursos y los grupos de estudio que dirigió Susana Zanetti, alguien que ejercía un magisterio muy diferente al de Nicolás, y con

28. Lucila Santomero ha exhumado la Resolución del Honorable Consejo Directivo N° 923 de diciembre de 1963 por la cual se aprobó la designación de Rama para el dictado del tema «Enfoque sociológico de la obra literaria» en el marco de un Curso de Perfeccionamiento para graduados.

> quien aprendí mucho sobre modernismo latinoamericano. Gracias a Zanetti, a su orientación y a sus recomendaciones de lectura, supe de la existencia de Ángel Rama. Un día de 1986, de recorrida por una librería di con la segunda edición de *Transculturación narrativa en América Latina*. Para mí fue decisivo: encontré el punto de apoyo, el puntapié inicial para un proyecto de trabajo en el que, a pesar de los años transcurridos, aún sigo empeñada. [*2016*]

Sandra Contreras (G4) cursó la carrera de letras en la UNR entre los tres últimos años de la dictadura y los primeros de la democracia. En su relato esta partición temporal se corresponde con un punto de inflexión: distintos modos de leer en uno y otro período. Su cuento trae nombres de profesorxs de la «época de oro» de la UBA (Link, 2017:156), de quienes habían enseñado en la UNR durante «los años Prieto», de quienes habían participado activamente del efímero intento de injerencia institucional en la enseñanza universitaria durante el tiempo que rodeó a la primavera camporista y de quienes habían liderado formaciones. Varixs caen en más de una categoría de esta taxonomía cuyo único fin es subrayar el corte tajante entre las clases antes y después de 1984. Otra vez, profesorxs que viajan: a Rosario y desde Buenos Aires, Rosa (G1), Gramuglio (G1), Analía Roffo y Mirta Stern para dar clases en el grado; Jitrik (G1) y Zanetti (G1), para dictar cursos específicos. Y en sentido inverso, de Rosario a Buenos Aires viajó Contreras para cursar con Ludmer (G1) sobre fines de los ochenta. Las fechas importan: dan cuenta, todavía, de los años de preparación.

> Con los cursos que empezaron a dictarse a partir de la recuperación democrática, en 1984, y que significaron un cambio radical respecto de mis tres primeros años en la facultad (1981–1983), comprobé por fin que esa era exactamente la carrera que quería hacer. Me refiero a las clases de Nicolás Rosa, María Teresa Gramuglio, Analía Roffo, Mirta Stern y Alberto Giordano que en ese momento empezó a dar las clases de Trabajos Prácticos en Análisis y Crítica; también a los cursos y charlas que por esos años empezaron a dictarse periódicamente en la facultad, principalmente los de Susana Zanetti y Noé Jitrik. Paralelamente, el grupo de estudio que hacíamos con Alberto Giordano (sobre Juan José Saer y Felisberto Hernández primero, y sobre Análisis del discurso y Roland Barthes, después) fue decisivo en el establecimiento de mi vínculo con la crítica. También los cursos de Josefina Ludmer que tomé a fines de los años ochenta en Buenos Aires: fueron para mí una iluminación. [*2018*]

María Celia Vázquez (G3) subrayó la relevancia del trabajo de un grupo de profesoras viajeras (entre ellas, Zanetti junto a Gramuglio y Stern) no solo en

la dinamización de un polo marginal del subcampo entre fines de los ochenta y principios de los noventa sino en su propia formación. Vázquez enseñaba entonces en la UNCOM:

> Si bien breve, el período de trabajo en el Comahue fue importantísimo en mi formación; tuve la oportunidad de trabajar en la cátedra Teoría y Metodología Literaria con la profesora Mirta Stern y en el dictado de varios seminarios de metodología y teoría literaria. También participé de algunas actividades de investigación coordinadas por María Teresa Gramuglio. En esa época viajaban en calidad de profesoras viajeras importantes especialistas como Gramuglio, Stern, Zanetti. [*2018*]

Sobre la diseminación de las investigaciones en literatura latinoamericana por buena parte del territorio gracias a las acciones de Zanetti se ha pronunciado Beatriz Colombi: «En los años inmediatos a la recuperación democrática, Susana sembró discípulos en casi todas las universidades del país. Rosario, Córdoba, La Pampa, Salta, Mar del Plata, La Plata, Bahía Blanca, Comahue la vieron pasar con su saber a cuestas y su inolvidable prestancia» (2013a:9).

Estas redes informales no registradas en ningún casillero de ningún currículum provocaron efectos de campo constatables tanto en las trayectorias de diversxs agentes como en sus relatos: su compromiso con la práctica no solo contagió el deseo individual por la investigación en su zona de trabajo sino que además propició un tejido de relaciones entre agentes de diversas universidades. Reconstruir esa red (algo que aquí solo se boceta) ayudará a comprender las diferentes posiciones que estos polos a los que llegaba fueron ocupando en el arco temporal estudiado:

> Creo que a la hora de recordar a Susana Zanetti como latinoamericanista, habría que considerar también esas redes de afinidad intelectual y afectiva que supo forjar con muchos colegas y discípulos de diferentes regiones (no solo en el extranjero sino en ámbitos locales: sus discípulos en las Universidades de La Plata, de Mar del Plata, del Comahue; algunos eran como de su familia). (Batticoure, 2014:197)

Carolina Sancholuz (G4) resaltó esta fantasía de armado federal de Zanetti traducida en un tipo de intervención que, en un mundo previo a Internet, demandaba movilizar cuerpo y libros desde la UNLP y desde la UBA hacia diversos puntos del territorio. La difusión de sus capitales específicos y sociales vía la docencia en esas clases «que eran lecciones de literatura, sociología, historia, cultura, política y vida» (2013:2) explica, en buena medida, por qué

todos esos polos marginales durante los años ochenta se disputarán la centralidad en esta línea dos décadas después (el tiempo necesario para que aquellas figuras mediadoras locales devinieran firmas):

> Susana ejerció la docencia con apasionado compromiso, fundamentalmente en La Plata y en la Universidad de Buenos Aires; pero en los momentos de rearticulación del campo de la literatura latinoamericana no dudó en armar las valijas —llenas de libros inhallables que formaban parte de su biblioteca personal, de revistas y apuntes manuscritos— para ejercer la docencia en las Universidades de Rosario, Comahue, Mar del Plata, La Pampa, Salta, Córdoba donde dictó numerosos cursos de grado y posgrado, ocupándose asimismo de dirigir proyectos de investigación, de orientar a tesistas y becarios, de formar toda una generación de latinoamericanistas. (2013:2)

Sancholuz volvió sobre un gesto ligado a un modo de trabajo expandido en Argentina pero que en Zanetti sobresalió por las particulares características del preciado bien puesto a disposición: si son las bibliotecas de lxs docentes las que permiten la actualización de las prácticas de enseñanza y la realización de las investigaciones[29] (aun en polos como la UNLP que cuenta, hasta donde los recursos lo permiten, con una biblioteca equipada bajo la estratégica coordinación de un personal hiperespecializado), la de Zanetti era «la» biblioteca. Compartirla fue un gesto valorado, muy en especial en aquel mundo previo a la irrupción de la Web: «destaco la apertura generosa de bibliotecas personales en momentos en los cuales la tecnología de las bibliotecas virtuales no existía aún» [*2017*].

29. Hay aquí una línea de trabajo a explorar que se desprende de una repetición advertida en los cuentos de agentes de todos los grupos y en un conjunto mayor de testimonios recogidos accidentalmente mientras se trabajaba en la construcción de la base empírica para este estudio: el lugar de las bibliotecas privadas en la investigación desde/sobre Argentina aparece, por ejemplo, en los cuentos de Andrea Ostrov cuando, en un homenaje a Elena Altuna, mencionó la que David Lagmanovich desembalaba con generosidad en sus años en Tucumán (cf. Ostrov, 2021). Episodios que, por otro lado, evidencian la condición determinante del capital social específico para franquear su acceso. Ese capital cuyo carácter frágil y caprichoso indico a través de otro cuento: en octubre de 2019 asistí a una conferencia sobre poesía argentina de los ochenta a cargo de la investigadora española Érika Martínez. Su presentación daba cuenta de lecturas que a mí me faltaban por no haber podido conseguir, desde Santa Fe, los ejemplares de los que Martínez disponía. Cuando le pregunté cómo había hecho, residiendo en España, para acceder a todo ese material, mencionó que Jorge Monteleone, director de una estadía que había realizado en Argentina, le había facilitado los contactos con quienes disponían de esos libros en sus bibliotecas personales.

Ese gesto de Zanetti se destacó en innumerables relatos. Solo recojo un par mientras agrego notas sobre las derivas de esa ética de la transferencia: «abría de par en par su casa» para recibir a investigadorxs, estudiantes, colegas, señaló Colombi (2013a:9); «en ese gesto, de enorme generosidad, a través del cual Susana brindaba su biblioteca, se cifraba también su amor por el otro», observó Valeria Añón (2013a:3). En algunos relatos se suman detalles sobre cómo Zanetti logró reunir semejante cantidad de materiales, o bien se introducen anécdotas sobre usos «célebres» de esa «biblioteca incomparable» (Colombi, 2013a:9). Por ejemplo, Sarlo (G1) la describió como «la proliferante representación material de una pasión sostenida durante más de medio siglo» (2013); Schvartzman (G2) recordó que César Aira pudo escribir su *Diccionario de autores latinoamericanos* gracias a la inestimable ayuda que le brindó ese acervo mientras destacó el lugar que tuvo, junto a otras «bibliotecas particulares» (las de Beatriz Colombi, Adriana Rodríguez Pérsico y Nora Domínguez), en su monumental *Letras gauchas*: «encontré lo que buscaba y sobre todo me sorprendí con lo que no buscaba» (2013:544), indicó en el apartado «Gracias». También allí, es decir, tanto en la acumulación esforzada y apasionada de esos objetos como en su puesta a disposición, hay una ética y una política de la práctica profesional.

Es importante resaltarlo: la posibilidad de acceder a una biblioteca actualizada en universidades como la UNLP, la UBA, la UNC y aquellas a las que Zanetti viajó a dictar cursos, marcó una diferencia en la enseñanza y luego, en la investigación en diferentes polos del subcampo. No se trata solo de disponer del material sino también de contar con quien oriente las búsquedas (dicho brutalmente: no todxs somos herederxs; no todxs sabemos por dónde ir). Enrique Foffani que escribió uno de los textos más profusos alrededor de esa biblioteca, no solo volvió sobre lo que allí había (libros, revistas culturales, publicaciones periódicas) sino sobre cómo lo que allí había era puesto a disposición con miras a lo por–venir. Las enseñanzas de Zanetti que Foffani destacó traen clases, conferencias y el darse el tiempo tanto para escuchar como para aconsejar y/o acercar una lectura precisa que, en muchos casos, solo podía hallarse en su biblioteca. Esa que viajaba a los lugares donde enseñó y donde dejó huellas: Rosario, Mar del Plata, Neuquén, Salta, Córdoba, La Plata y La Pampa son puntos de una geografía marcada por el latinoamericanismo a lo Zanetti. Espacios en los que sus herederxs reinventaron lo recibido de maneras diversas. Expansiones de una conversación exigente con repercusiones en quienes trabajan también en literaturas española y argentina y en teoría literaria. Una diseminación que, como bien observó Foffani, traduce una posición

sobre el enseñar en estas latitudes, con nuestras rudimentarias condiciones materiales:

> Quienes nos formamos con ella, tuvimos la gracia de su biblioteca, una de las más completas —si no la más— del país. Allí estaba todo lo que necesitábamos leer sobre América Latina y la verdad de la historia es que pudimos hacerlo porque Susana no solo nunca nos negó un libro sino que, redoblando la apuesta, propició el préstamo en un acto generoso sin parangón. Esa biblioteca fue su casa y su reino: allí nos recibía, allí nos reunimos durante años semanalmente, y mientras trabajábamos, en algún momento de la jornada, ocurría siempre el milagro: su mano se extendía hacia algún estante para extraer de él una joya, esa que habíamos estado buscando infatigable e infructuosamente de país en país, de archivo en archivo, en un tiempo no muy remoto en el que todavía ni internet ni Google existían. Cuando se producía el préstamo, eso quería decir lo siguiente: que el libro iba a Rosario, de Rosario a Mar del Plata, de Mar del Plata a la Patagonia, de la Patagonia al Noroeste, del Noroeste a La Plata, de La Plata a La Pampa, de La Pampa volvía a Buenos Aires. Y supongo que debía ser mayor el circuito que estoy imaginando en este momento. Mi generación, que ingresó a la Universidad en el oscuro año de 1976, se formó gracias a las bibliotecas argentinas provenientes de la época de oro del país pero, después del Golpe y su consabido desmantelamiento, muchos debimos acudir a las bibliotecas personales, aquellas que podían ponerse al día, para seguir adelante.
>
> Y la de Susana, en el área de la Literatura Latinoamericana, fue una de ellas: aggiornada, competente, actual, políglota, frondosa. No solo libros sino revistas culturales y publicaciones periódicas: desde El Cojo Ilustrado a materiales fotográficos como los del peruano Martín Chambi o incluso meros folletos de alguna exposición internacional a la que había asistido y que según su parecer merecía un lugar entre los anaqueles o en los prodigiosos archivos en caja, rigurosamente numerados como debía ser para una profesora que había sido, también, alguna vez, bibliotecaria. No puedo menos que sentirme halagado y agradecido de haber sido alguien formado en esa biblioteca y de ahora en más —y ahora más que nunca— me siento comprometido con el gesto generoso, solidario de Susana Zanetti con la ética que infundió a su biblioteca personal para que no sea personal, para ganarle una pequeña pero a la larga gran batalla a esta sociedad capitalista signada por el egoísmo. Estos son, en definitiva, los verdaderos gestos que valen y en eso fue una maestra: no solo enseñar, transmitir, investigar o dar conferencias sino dar al otro la misma fuente en la que se alimenta uno, compartir de verdad todos los libros, solidarizarse con la situación del otro que no puede no acceder al libro que necesita y que en algún lugar lo espera; en fin, ahora que

> lo pienso, tengo la certeza de que esta mujer ha estado haciendo política en cada uno de estos actos y nosotros, al menos yo, no lo tenía muy claro hasta ahora. Ahora me doy cuenta de que la austeridad de Susana invirtió en libros y formó, a lo largo de los años, una biblioteca para el futuro. Apostó a ir más allá del presente para llegar más raudamente al porvenir que la aguarda. Su pobreza está estrechamente ligada a la biblioteca. (2013:15)

Los relatos sobre Zanetti–profesora reiteran otra marca: su intransigencia combinada con la obsesión por la actualización (una clave para entender semejante acumulación de materiales). La solidez de los datos usados en sus fundamentaciones era el punto de arranque de los intercambios. Sobre este punto convergen varios cuentos que repasan distintas aristas de esta posición. Susana Cella vuelve sobre la relación literatura y teoría (un punto de vista compartido con Enrique Pezzoni): «mucho le enojaba que alguien hablara de tal o cual teoría sin sustento literario. Por ejemplo, opinar sobre el realismo sin tener un Balzac o un Stendhal incorporados, o hacer menciones de intertextualidad en Darío sin conocer a Paul Verlaine» (Cella, 2013). Beatriz Colombi evocó el lugar en el que ponía la discusión de ideas en la construcción de conocimiento:

> Los que tuvimos el honor de formarnos con ella sabíamos de su extrema exigencia, de esa pose férrea de maestro a lo Paul Groussac que, en un principio, paralizaba cualquier intento de contrariarla. Su porte, un tanto soberano, contribuía mucho con esta imagen. Polémica y confrontadora, creía profundamente en que el saber no nace de las concesiones. (Colombi, 2013b:5)

Como en espejo, otra profesora viajera, María Teresa Gramuglio, construyó un retrato legible como autorretrato. Distante de todo prototipo heroico, su composición destacó los contrastes: «tan rigurosa como arbitraria», «tan exigente de argumentaciones sólidas y fundadas como celosa de sus prerrogativas» (2013b:18). Sobre estos vaivenes también volvió Graciela Batticuore, pero agregando un detalle: la intransigencia atendía a la posición del interlocutor y a la circunstancia. Si era implacable con quienes hablaban sin suficientes datos cuando la posición de enunciación exigía otros conocimientos, también podía conversar desde otros parámetros cuando las condiciones lo imponían. En el pasaje, la figuración se construye por adición: Zanetti era la profesora de gustos refinados y populares, la que podía hablar tanto de ópera como de tango, la que escribió tanto *La dorada garra de la lectura* como los textos de divulgación de *Capítulo*. Una composición por suma que repone los capitales

sociales acumulados en sus orígenes de barrio. Una trayectoria que, lejos de la disociación, los hizo converger haciendo lugar a prolíficas transferencias:

> Siempre se aprendía de ella escuchándola... si hablaba de literatura latinoamericana, sobre todo, de lo que sabía realmente mucho, o sobre métrica o pintura o sobre música (la ópera le gustaba pero también el tango)... cuestiones variadas a las que se refería siempre con pasión. Pero algo que personalmente yo apreciaba en Susana era cómo podía pasar de la más exquisita erudición al comentario llano y barrial, acomodándose a la circunstancia del diálogo y al interlocutor sin perder nunca elegancia. Probablemente esa flexibilidad tuviera que ver con situaciones de su vida que eran para ella entrañables y se traslucían también, de tanto en tanto, en alguna conversación: el barrio de Merlo en el que había nacido y donde vivían todavía algunos de sus hermanos y su padre comunista, al que se refería siempre con orgullo. Por otra parte, es cierto que se irritaba con facilidad si se topaba con un autor académico o un crítico que no estaba bien informado en el asunto sobre el cual discurría (protestaba que no habían leído la bibliografía necesaria, que no sabían lo que tenían que saber...), pero ella no presumía de sus conocimientos, los prodigaba, eso sí, se internaba con facilidad en cualquiera de los tópicos que genuinamente le gustaba abordar y daba cátedra, no importaban el momento y el auditorio. Esa elasticidad para pasar del rigor crítico a la pedagogía más llana o pedestre creo que se ligaba perfectamente con otro aspecto de su trayectoria intelectual que a ella más le gustaba destacar: su paso por dos centros de gran relevancia en el mundo editorial argentino del siglo XX: Eudeba y el Centro Editor de América Latina, donde —como es bien sabido— estuvo al frente de colecciones que hicieron historia (la *Serie del Encuentro*, de Boris Spivacow, la *Biblioteca Argentina Fundamental*, *Las Nuevas Propuestas*). Esas colecciones perfilaron públicos y formaron lectores en una época en la que hacía falta andar con cuidado, esquivando la censura. Y además campeando las dificultades materiales o los escasos recursos mientras se intentaba prestigiar el sello y formar el gusto de los lectores en la «buena literatura» (Batticuore, 2014:196)

La reiteración de las mismas características por agentes de diferentes generaciones insertxs en diferentes polos merece ser tomada en cuenta dado lo que revela sobre esa persona convertida en personaje de una épica sobre la enseñanza. Autofigurándose como «uno más entre sus cientos de alumnos», Jorge Monteleone hilvanó una serie de adjetivos que, por iteración, bosquejaron un retrato: «era profunda, enconadamente vital, brillante e irónica, minuciosa en el saber y apasionada, beligerante, precisa, incansable» (2013:23). Su caracterización enfatizó una posición de lectura que agregó complejidad a las figuraciones

sobre su enseñanza: cuando Monteleone subrayó que Zanetti fue «una gran profesora en su altísimo don de ser esa gran lectora de la literatura de Latinoamérica en una dimensión universal» precisó lo que varios testimonios han deslizado. Entre otros, el de Gramuglio cuando recordó sus conversaciones eruditas con Juan Pablo Renzi y los cimientos sobre los que construía esas interlocuciones: «tomaba clases de educación musical para reflexionar sobre las transposiciones a que referían los nocturnos, sinfonías y sonatas de los poetas modernistas» (2013b:17). Esa actitud de eterna aprendiz fue resaltada también por su otrora tesista Armando Chávez Rivera: «Me recibía con un té y me contaba de sus progresos en el alemán» (2013:6). Una posición sostenida a lo largo de una trayectoria profesional que coincidió con una vida: la obsesión deseante y contagiosa por el «estudio» traducida en autoexigencia extrema y en interlocuciones tan consistentes como aguijoneantes. Un personaje *heavy*. También una niña insaciable e inquieta queriendo siempre saber más, aprender más:

> Destaco esta palabra, *estudio*, porque estuvo presente en su lenguaje desde siempre y hasta el final: no era raro que ella dijera que «estaba estudiando» o que no podía ir a tal o cual lugar porque «tenía que estudiar». La contrapartida de esta profesión de humildad era un dictamen frecuente con el que podía fulminar a cualquiera, desde alumnos de posgrado cuando descubría que lo ignoraban todo de Bolívar hasta encumbrados colegas de las universidades estadounidenses, con el mismísimo Harold Bloom de *El canon occidental* a la cabeza: «No saben nada». Por rasgos como este, por este rigor inclaudicable, Susana Zanetti era *heavy*: no tenía nada de la levedad posmoderna. (Gramuglio, 2017)

Los relatos giran sobre la ética y la política de la enseñanza que animó su proyecto vital y que atravesó sus prácticas, tanto las del campo editorial como las de la escritura crítica, tanto las del aula como las de formación en investigación. Una ética del temblor, ese gesto sintomático e incontrolable que, pensado junto a Derrida (2004), trae algo de la vacilación que impulsó tanta búsqueda y que cimentó el ejercicio responsable de la palabra pública alrededor de la literatura:

> Recuerdo cómo se refería a Rubén Darío o a José Martí, como si fueran poetas que todavía reinaran, perfectos e incesantes y revolucionarios, y a la vez familiares e inmediatos. Hablaba de ellos con fervor y temblor. No es una figura retórica: era una lectora material y real que nos inspiraba y obligaba a leer como si ejerciéramos una gesta privada que a la vez tuviera los ecos históricos del continente. La literatura como un acto ético. (Monteleone, 2013:23)

Verónica Delgado (G4), Juan Ennis (G5), Margarita Merbilhaá (G4) y Hernán Pas (G4) resaltaron esta conjunción de roles en los campos de la edición, la investigación y la enseñanza a los que agregaron el de la gestión: a su trabajo como primera directora del departamento de letras de la carrera de la UNLP una vez restituida la democracia se le deben decisiones cruciales. Por ejemplo, fue en esa universidad donde se fundó un espacio específico para las didácticas de la lengua y de la literatura (cf. Ingaramo, 2012a, 2012b). En aquel comienzo, su papel fue determinante. La decisión de Gustavo Bombini de presentarse al concurso de profesor titular de Planificación Didáctica y prácticas de la enseñanza en Letras respondió a un estímulo suyo (Bombini, 2015:46):

> Fue durante tres décadas Profesora Titular de Literatura Latinoamericana en nuestra Facultad, la primera directora del Departamento de Letras tras la renovación de la carrera que tuvo lugar al finalizar la última dictadura militar y que, entre otras actividades, formó a muchos de los actuales docentes e investigadores del Centro de Teoría y Crítica Literaria, donde dirigió también esta misma revista. Lectora voraz y creativa, Susana Zanetti nos había dejado un legado crítico perdurable en sus clases y escritos. Su magisterio, no obstante, alcanza no solo a alumnos, discípulos y colegas, sino que abrió un mundo a miles de lectores. Cualquiera que recuerde —o sin poder recordar, encuentre, hoy, en bibliotecas públicas y privadas, en librerías de usados— el valor de una empresa como la del Centro Editor de América Latina, sabrá de qué estamos hablando. (Delgado *et al.*, 2017)

Gloria Chicote observó que el diálogo con Zanetti la llevó a afinar sus argumentos sobre enseñanza e investigación de la literatura española desde nuestra colocación geopolítica. Se trata de una conversación sostenida en los inicios de Chicote como profesora de Literatura Española en la UNLP, en los comienzos de los años noventa. Esos años en los que Zanetti, como directora del departamento de letras, había asumido un papel activo en la configuración de la carrera en esa universidad:

> A partir de entonces comenzaron nuestros diálogos y debates sobre cómo entender el hispanismo en nuestra América austral, cómo enseñar en las aulas de la universidad argentina la literatura del Siglo de Oro y la novohispana en un escenario de tensión de continuidades y rupturas, en un entrecruzamiento en que los modelos peninsulares se debilitaban frente a la fuerza de las nuevas voces americanas y más aún frente a la avasallante defensa que Susana hacía de ellas. (Chicote, 2013:8)

Así como las editoriales construyen su prestigio, entre otros factores, a partir de lxs escritorxs premiadxs incluidxs en sus catálogos, las universidades ostentan con igual orgullo el nombre de lxs profesorxs que han sabido combinar capital simbólico, afectivo y social a partir del despliegue del capital específico. Es necesario que todo esto funcione junto para que algo así acontezca. De este modo, entre la UBA y la UNLP, la figura de Zanetti se disputa no solo por las transformaciones y las actualizaciones generadas sino también por el gesto del don:

> En la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA participó en la organización de la cátedra de Literatura Latinoamericana I, de la que fue profesora titular, y dio un giro radical a los estudios introduciendo todo lo más nuevo y consistente de la crítica y el pensamiento del continente. Sumó otras responsabilidades para ser directora del Instituto de Literatura Hispanoamericana del Departamento de Letras, además de coordinadora de la Maestría de Literatura Española y Latinoamericana, en la que impartió seminarios en los últimos años. Hasta hace pocos meses dictaba clases en la Universidad de La Plata, donde era Profesora emérita, y poco faltó para que terminase como Pedro Henríquez Ureña, en el camino a ese destino docente. Lo que quizás hubiese querido. La convencieron, juiciosamente, para que no viajase a brindar la que sería su última lección. (Colombi, 2013b:4)

El retrato de Colombi refuerza esta composición coral de su figura que insiste sobre la exigencia intelectual como deriva de la autoexigencia sin límites:

> Susana impuso un ritmo vertiginoso, exigente y sin pausas a todas sus actividades, que más que trabajos, oficios o vocaciones, fueron imperiosas misiones del intelecto. Se dedicó con la misma entrega a la edición, la docencia, la investigación, la formación y la difusión de la literatura continental, empujada por esa «dorada garra de la lectura», metáfora sin par que eligió para su libro más señero. Sus lecturas eran múltiples, ávidas, incansables, como queriendo asimilar todas las letras continentales de una sola mirada. Se preciaba de haber leído libros considerablemente extensos, como *Terra Nostra*, de Carlos Fuentes, en poco más de un día. (4)

De esa autoexigencia como principio profesional se desprendía la lógica de sus clases (esas que, por ahora, solo las semblanzas permiten, en parte, exhumar):

> Susana nos hablaba de la literatura latinoamericana y era imposible sustraerse a sus palabras que, dichas con agudeza y propiedad, podían recorrer todos los temas con la máxima erudición y la más fina de las sensibilidades. Escucharla,

> por ejemplo, analizar el «Primero Sueño» de sor Juana Inés de la Cruz era entrar en un laberinto de asociaciones y sonidos que acompañaba con su mano, como tocando un piano o queriendo dibujar esa pirámide de luces y sombras del poema para hacerla visible a su auditorio. Llevada, quizás, por otra de sus grandes pasiones, la ópera, se situaba en el aula como una *prima donna*, majestuosa y altiva, conmovedora e impactante. (4)

Las clases de Zanetti se retoman en relatos que la sitúan entre lxs grandes maestrxs de la universidad pública durante los años de la recuperación democrática. Retomo los que se centran en su figura y en sus decisiones didácticas. Para empezar, el de Colombi cuya hipótesis general liga sus programas de cátedra con sus libros mientras envía a su aporte categorial, derivado de las descripciones históricas de lazos y vínculos en el campo literario. Como Sarlo y Gramuglio, Zanetti estaba atenta al lugar de sus intervenciones en la fabricación de una literatura (en su caso, continental). No hay otro modo de explicar tanta obsesión, tanta energía puesta en la transferencia:

> Si se siguen los numerosos programas que dictó en Buenos Aires, La Plata y otras universidades del país y el exterior, podrá observarse la vastedad de sus intereses. Sus libros dan cuenta de estos desplazamientos, que la llevaban del Inca Garcilaso de la Vega a José María Arguedas, de sor Juana a José Emilio Pacheco, de Lima Barreto a Roberto Arlt, para citar algunos de estos trazos en zigzag —estas *religaciones* como le gustaba llamarlas, siguiendo a su admirado Ángel Rama— que eran continuos e inagotables y que, como espirales, iban plasmando nuestra historia cultural en tupidos escenarios. Al hacerlo, armaba y desarmaba el canon, una de sus obsesiones más tenaces. (Colombi, 2013a:9)

Algo de las clases se trae en el recuerdo de Añón, entre el don y la deuda. Más bien se trataría de algo sobre sus enseñanzas a partir de las clases ya que lo que su relato evoca da cuenta de actitudes de lectura, de formas de señalar diferencias y de responsabilizarse por los roles asumidos a partir de pequeños detalles. La imagen del «marcador rojo» funciona como una suerte de sinécdoque respecto del compromiso con una tarea desplegada con una pulsión tal hasta el extremo de (con)fundir literatura y vida:

> A Susana le debo la poesía. Su amor profundo por las metáforas y los hipérbatos de *Primero sueño*, su incansable fascinación ante la luminosa y cruel palabra de Pacheco, su conmoción profunda, siempre renovada, ante la musical palabra perfecta de las *Prosas profanas...* Su modo de leer, declamando casi, y su convicción

respecto de la honda maravilla de la literatura latinoamericana iluminó a todos los que alguna vez tuvimos la dicha de escucharla.

A Susana le debo la emoción. Porque su compromiso con la literatura era ético y estético, y estaba fundado en una profunda sensibilidad. Susana me enseñó a leer con pausada interrogación, a detenerme allí donde un texto convoca la maravilla de la palabra justa, a dejar mis marcas en las líneas y en los márgenes, a dialogar y cuestionar, a abandonar incluso... o a releer con convicción renovada.

A Susana le debo la alegría: aquella que se encuentra en una idea luminosa, en un adjetivo feliz, en una imagen única. También la alegría de una clase perfecta: esa que combina el amor por lo que se enseña, la pasión por enseñar y el respeto por los alumnos.

A Susana le debo la responsabilidad crítica. Sus recomendaciones, su marcador rojo escandiendo mis tímidos o pretenciosos textos, sus comentarios ante algunas ideas apresuradas, desmesuradas, fútiles, fueron marcando un camino de profunda eticidad (para usar un término que la crítica aplicó a uno de sus autores preferidos, José Martí). Porque para Susana no había diferencia entre literatura y vida: la literatura era su vida, su modo de relacionarse con el mundo y con los otros, el espacio donde enseñaba, aprendía, se reía, compartía, se lamentaba... (Añón 2013a:3)

La corrección como cuidado de lxs otrxs, como «gesto de amor» (robo una precisa caracterización de Daniel Link [2014]), se repite en varios relatos. Cristina Dalmagro (G2) que la llama «maestra» cada vez, en cada evocación, también volvió sobre esta práctica. Dalmagro (G2) conoció a Zanetti en la UNC mientras cursaba su Maestría en Literaturas Latinoamericanas que concluyó con una tesis bajo su dirección. En una escueta serie de «profesores que han sido exigentes, rigurosos, detallistas», su nombre se destaca con énfasis similares a los que se observan en los relatos de Bernabé (G3) y en todos los recogidos en este apartado: «Susana Zanetti me enseñó a abrir mi mirada, a completar lecturas, a reflexionar sobre los textos, a leer, a pensar, a calar hondo en los análisis» [*2016*]. Como Añón, Dalmagro detalló sus modos de corregir (otra forma de continuar la conversación):

Fue la MAESTRA con quien dialogábamos, discutíamos, quien corregía con su fibra negra o roja y dejaba lo que yo pensaba era mi último borrador... como un ejercicio de niño que recién comienza a escribir. Y tras ello, sus palabras: «está fantástico... seguí». Y venían sugerencias de más libros y más lecturas y más conexiones. Si pudiera pensar en imágenes que la definan, diría que Susana se me representa como una red, al modo de las redes neuronales, con múltiples y

> arborescentes ramas. Cada tema disparaba un sinfín de conexiones y así, en medio de esa multiplicidad de conexiones, anécdotas, chistes, insultos, y mucho, mucho saber, del bueno, del que deja huellas. (2013a:8)

Armando Chávez Rivera que había dejado su Cuba natal para instalarse en Argentina apenas un tiempo antes del estallido social del 2001 y que encontró en Zanetti una guía intelectual, también se detuvo en las devoluciones a sus escritos así como en el mundo que le abría mientras le allanaba la parte que su investigación requería de capital social específico. Sus correcciones eran la base de una conversación sostenida con regularidad en encuentros de sucesivos sábados, a la misma hora, en su domicilio particular. El don del tiempo anudado a esta ética de la práctica generó fantasías de mimesis:

> Todo en ella era abundancia: me prestaba estupendas ediciones que yo ni remotamente podía comprar, lanzaba sugerencias sobre mis borradores y preparaba listas de contactos para enviar mensajes y cuestionarios a escritores en Europa y Estados Unidos. Corregía mis páginas, redactadas con el estilo de ráfaga directa y concisa del periodismo, y me incitaba a dejarme llevar por los meandros del estilo académico. Gracias a aquellas visitas accedí a la mejor teoría y crítica hispanoamericana y europea. Susana daba la sensación de que había leído todo y conocía a todo el mundo. Era más generosa y paciente conmigo de lo que yo mismo tenía conciencia. En ella fijo el modelo de lo que ahora, como profesor en los Estados Unidos, intento ser con mis estudiantes. (2013)

En el relato de Chávez Rivera aparece una imagen hiperbólica, también reiterada en otros: Zanetti, lectora de todo. En términos de Dalmagro: «Siempre le decía a mis colegas y alumnos: creo que no existe un libro de literatura latinoamericana que Susana no haya leído. Pero también me hizo re–descubrir la literatura francesa, alemana, italiana... a veces era arduo seguirle el ritmo con las lecturas, pero cuánto sedimento han dejado» (2013:9). Dalmagro escribió con mayúsculas dos palabras asociadas a efectos de aquellas performances:

> La marca más profunda que me dejó la Susana intelectual es la de su gran RESPONSABILIDAD y RESPETO por el saber. Estudiaba, estudiaba, estudiaba y lea todo lo que tenía a su alcance. Y tenía la humildad de decir: «¿podés leerme este artículo para ver si no digo macanas?». La primera vez que me lo pidió me sentí muy comprometida, casi inhibida de leer y hacer algún comentario. Después me acostumbré y aprendí que esa es una actitud de los grandes de verdad. (2013:10)

La importancia de reconstruir qué se hizo en diferentes polos en el mismo corte temporal, cómo se dictaron las clases en distintas instituciones (y en varias cátedras, en el caso de que las hubiera), cómo se armaron los programas, qué se puso a disposición de los estudiantes y por qué (desde la construcción de los contenidos hasta la bibliografía), etc., ayuda a complejizar un estado del campo cuya heterogeneidad solo puede ser descubierta a partir de reconstrucciones empíricas basadas en estos datos. No se trata de juzgar: se trata de dar cuenta de lo posible y de lo pensable en espacios diversos y en tiempos puntuales. En ese sentido, los análisis de caso aportan detalles y exhaustividad a un trabajo de escala expandida como el que aquí se bosqueja. Dicho en otros términos: lupa y mapa. Una combinación necesaria en la búsqueda de armar un rompecabezas enorme al que siempre le faltará alguna pieza y en el que otras tantas no encajarán pero que, allí mismo, es decir, a partir de ese desajuste, indican lo por explorar, lo no mirado aún y/o lo que hay que volver a mirar, tal vez desde más aristas y/o desde otras. Contribuir a reconstruir las prácticas de enseñanza de Zanetti ayuda a entender por qué los lugares donde enseñó ingresaron a un circuito de conversación nacional y regional inescindible de su impronta.

El testimonio de Alejandra Mailhe vuelve sobre lo que sus clases provocaron en ella y, más allá de ella. Este fragmento, junto a los otros ya recogidos aquí, repone formas de intervenir en el modelado del subcampo desde la enseñanza de la literatura latinoamericana en la universidad argentina de la posdictadura. Un efecto provocado por el contagio del entusiasmo por un objeto y por maneras de hacer cosas con él. Mailhe resaltó de aquellas clases que evidenciaban una planificación cuidada, la conexión entre literatura y política (una relación desprendida de la posición de lectura, inspirada en la sociología) y la ambición hiperbólica e im–posible tanto de «abarcarlo todo» como de explotar al extremo las conexiones y las derivas (podrá reconocerse en la cita la vuelta sobre autorxs evocadxs en descripciones de clases de Zanetti dictadas en otras universidades: la importancia de Armonía Sommers en Dalmagro o de Rama en Bernabé). Se trata de una posición sobre la adquisición del conocimiento y su transferencia que incluye una discusión sobre los modos de leer:

> Desde muy temprano supe que estudiaría letras, pero me llevó algún tiempo descubrir qué haría en la carrera. Sin embargo, las dudas se despejaron cuando asistí a mi primera clase de literatura latinoamericana con Susana. Inmediatamente entendí que había encontrado un espacio en que podría religar varias de mis partes: su concepción sociológica de la literatura hacía eco en mi interés por las letras y por la política, probablemente heredado de la experiencia que les coartó

a mis padres la Dictadura. Su «militancia» latinoamericanista se correspondía con mis antiguos proyectos adolescentes, compartidos en el Centro de estudiantes del Colegio Nacional, al calor de la primavera democrática (cuando recitábamos a Neruda y a Martí en los actos escolares, recordábamos el 12 de octubre como un duelo por el trauma de la Conquista y hasta exigíamos la enseñanza de lenguas indígenas además de inglés o francés). En ese sentido, las clases de Susana me permitieron recuperarme a mí; resignificar el doble legado (estético e ideológico) que venía incorporando desde la infancia antes del Golpe, y que había reaparecido en la adolescencia, con la fuerza de una reparación histórica (pero también de una venganza secreta, íntima) frente a los largos años de «insilio» previos. Además, Susana me cautivó con su afán moderno por abarcarlo todo, con esa fe por articular lo estético, lo cultural, lo social y lo político, y por dar cuenta de siglos de la historia literaria de todo el continente, con una ambición erudita que siempre forzaba sus propios límites, resistiendo las críticas posmodernas a la crisis de los grandes relatos.

También me impresionó su dedicación a las clases, que asumía como una tarea «sagrada», heredera consciente del legado martiano y reformista sobre el trabajo intelectual como una entrega «heroica» y desinteresada. Más allá de —o junto con— la conciencia autocrítica acerca del carácter histórico y construido de ese ideal, Susana preparaba sus clases, escribía o dirigía a sus tesistas con una misma —y constante— responsabilidad «trascendente».

A partir de entonces establecimos una larga relación, de casi veinte años, jalonada por mi trabajo en becas, tesis, concursos... Ese recorrido no estuvo exento de algunas dificultades, e incluso de conflictos. No siempre me fue fácil enfrentar su dureza, aunque con el tiempo aprendí a valorar especialmente su transparencia: Susana era así, sin dobleces. Además, esa dureza se combinaba con una generosidad intelectual poco común para ofrecer libros e ideas sobre cada tema de estudio que uno/a quisiera abordar. Armonía Somers, Lima Barreto, José Martí o Mário de Andrade fueron algunas de nuestras obsesiones comunes. Susana vivía con esos autores, pensaba el mundo a través de sus textos. Y mi dedicación a la literatura y el pensamiento brasileños le deben todo a la pasión con que insistía, igual que Ángel Rama o Antônio Cândido, en la necesidad de estudiar a Brasil en una comparación sistemática con el resto de América Latina. (2013:19)

En el retrato que compuso Batticuore para la sección «La caja feminista» de la revista *Mora* en la que Zanetti trabajó junto a Nora Domínguez (G2), María Luisa Femenías, Ana Amado y Mirta Lobato, aparece una dimensión menos señalada de su enseñanza, aunque susceptible de ser intuida si, siguiendo el consejo de Colombi (2013a:10), se analizan sus programas junto con sus

publicaciones. No debería pasarnos desapercibido que ya en 2002 subtituló *La dorada garra…* con una frase que llama la atención sobre una de sus preocupaciones constantes: lxs lectorxs de este continente. Esxs que pensaba en clave histórica; esxs a lxs que había intentado modelar desde sus acciones tanto en el campo editorial como en el académico. Mientras recuerda su aporte decisivo al nombre de la revista en la que publicó ese trabajo, Batticuore vuelve sobre el lugar del riesgo, las luchas de las mujeres en el campo intelectual y la importancia política del nombrar:

> Un recuerdo importante en relación con *Mora*: Susana Zanetti fue quien bautizó nuestra revista con su nombre tan bello… que remite a una fruta, a un color intenso, apasionado y vital, que remite a la espera… la mora, la demora… que acuna en una breve palabra una potente sonoridad… tan solo dos vocales y dos consonantes forman una simetría de cuatro letras vibrantes, que con los ojos cerrados y la imaginación abierta nos transportan, entre otras cosas, a tantos escenarios femeninos. Y feministas (el morado es, lo sabemos, el color del feminismo). Creo que algo de esto, o todo, le gustaba a Susana de esa palabra… Corría la década del 90 cuando se formó el Área Interdisciplinaria de Estudios de la Mujer en nuestra Facultad, y en ese marco se proyectó la revista. Un amplio grupo de colegas que formábamos parte del área —la misma que después se convertiría en el IIEGE— buscábamos un título a la publicación. Cuando Susana sugirió «mora», en medio de otras ofertas de diferente tipo… a muchas nos gustó de inmediato. Algunas pensaron en el riesgo de la asociación espontánea con una sola mujer: Lola Mora, artista y escultora argentina a quien las lectoras y lectores podían llegar a creer que la revista estaba homenajeando, se objetó, más bien se dudó… Por supuesto esa no era la idea. Si bien es cierto que nuestra *mora* es capaz de suscitar, con solo nombrarla, tantos ecos y resonancias que también despertará, acaso, esa evocación entre otras. Sin embargo, como los riesgos, lo sabemos, son parte de la vida… y como el peso de la palabra resultó atractivo para la mayoría (que literalmente la votó: el nombre de la revista fue sometido en su momento a votación), aquí estamos… recordando a Susana Zanetti y a su eficacia para nombrar. (2014:195)

El interés de Zanetti por contribuir al conocimiento de los modos de leer, por la forma en que esos modos se configuraron y por la exhumación de documentos que permitieran complejizar lo que se sabe sobre lxs lectorxs de América Latina en el siglo XIX se descubre en sus publicaciones pero también en sus presentaciones a congresos: Batticuore destaca cómo en esas instancias se ponía de manifiesto su involucramiento con aquello que investigaba. Otra vez, la figura se compone por adición: voracidad intelectual, curiosidad,

pasión. En prolífico bucle extraño, algo de la auto–bio–grafía de quien retrata se escribe junto a este episodio empeñosamente salvado del olvido:

> En ese conglomerado de pasiones hay que inscribir su interés por las escritoras y las lectoras de diferentes épocas. (...) La escena de la lectura y la escritura de las mujeres la cautivó profunda, personalmente. Volvió a ella una y otra vez, desde diferentes ángulos, tratando de desentrañar *cómo leía* y cómo se había formado en los claustros una poeta de la talla de Sor Juana... o *cómo leía* la amante americana de un pintor decimonónico que inspiró a César Aira a escribir una novela: me refiero a Rugendas. La amante era Carmen Arriagada y sobre ella escribió Susana, y publicó en *Mora* un artículo que fue quizá uno de los primeros donde puso en juego su sensibilidad y compromiso con los estudios de género. Recuerdo haberla escuchado leer en voz alta un avance de ese trabajo, a poco de haberlo escrito, en las Jornadas de Teoría y Crítica organizadas en la Facultad de Humanidades de Rosario hace ya muchos años. Susana Zanetti ya era una profesora reconocida en la academia y la sala estaba llena de alumnos y colegas: recuerdo su voz leyendo con emoción los fragmentos de algunas epístolas amorosas de Carmen a Rugendas. Susana los había relevado del epistolario que había sido recientemente editado en Chile, adonde había viajado, y estaba muy entusiasmada por el descubrimiento de esa mujer de comienzos del XIX que se revelaba en las cartas, además, como una romántica lectora. Creí entrever entonces una cierta complicidad de género entre la crítica que leía su ensayo ante el auditorio universitario, y esa corresponsal decimonónica enamorada de un pintor viajero que le hablaba en sus cartas de amor y de libros, que además él le enviaba de diferentes partes del mundo. El asunto a Susana le encantaba. Quizá porque hay siempre algo de autobiográfico en la crítica, y la pasión de Susana por las lectoras reunía varios nudos vitales: su propia pasión por la lectura, su trayectoria en el terreno de la edición y, más tarde, en los estudios sobre historia del libro, la lectura y la edición en América Latina. Su formación, en fin, como mujer intelectual y escritora. (2014:198)

Hay en este colectivo de mujeres una voluntad de incidencia en la revisión del modo en que contamos las historias de nuestras literaturas nacionales y continentales vía la revisión del lugar dado a las mujeres en ellas: esa voluntad que Batticuore evidencia, entre otros textos, en sus contribuciones a la monumental historia de Jitrik (cf. 2003, 2010), en *Lectoras del Siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina*, en la *Historia feminista de la literatura argentina* en la que coordina, junto a María Vicens, el tomo I, *Mujeres en revolución. Otros comienzos* y que también se manifiesta en esta suerte de apunte para una

biografía intelectual por–venir de Zanetti. Hay una búsqueda por reconstruir otros comienzos en un relato por hacerse sobre la historia de la institucionalización, en este país, de los estudios de las literaturas escritas en América Latina.

No hay clases exhumadas de Zanetti (aún).[30] Sí hay un importante número de clases rescatadas de la serie de lxs «grandes maestrxs» que ocuparon las cátedras de literatura argentina, teoría literaria y lingüística durante «la época de oro de la carrera de letras» (Link, 2017:156) de la UBA. La diseminación de las dictadas por Sarlo, Ludmer, Gramuglio, Viñas y Lavandera apenas restituida la democracia por buena parte del país da cuenta del deseo de apropiarse de saberes concentrados, durante aquellos años, en la UBA que rápidamente incorporó a quienes durante la última dictadura habían continuado su trabajo profesional en formaciones, en otras instituciones como el Joaquín V. González, en universidades privadas o desde el exilio y que, además, ya sea por viajes temporarios al exterior, ya sea por trabajo en el campo editorial, ya sea por vivir afuera, habían tenido acceso a materiales bibliográficos no disponibles en otros lugares fuera de Buenos Aires.

El contraste entre el estado de actualización de las librerías en Buenos Aires y Tucumán que se desprende de los relatos de Perilli y de Sarlo, el empeñoso transporte de los números de *Punto de Vista* para distribuirlos en Mar del Plata vía las gestiones de Bombini a mediados de los años ochenta, la ausencia de librerías especializadas en Santa Fe hasta bien entrado el siglo XXI son solo algunos mojones de estados diferenciales de distintos polos del subcampo en un mismo corte temporal.

Las fechas y los lugares importan: Gramuglio (2009) recuerda su asombro cuando en un encuentro celebrado por 1988 en Neuquén, una profesora le hizo preguntas muy precisas sobre sus clases: «"¡qué largas que son tus clases!, veo todo lo que das en una clase; ¿cómo hacés?"». El episodio se replicó por la misma época en Catamarca donde también comprobó, con estupor, que sus clases circulaban.

En la UNL, lxs profesorxs que dinamizaron las áreas de lingüística y de epistemología a principios de los años noventa disponían de algunas clases de Lavandera. Un material que no solo aportaba referencias bibliográficas sino una posición sobre el conocimiento, la actualización y la conversación

30. Mientras corrijo la versión final de este libro, Carolina Sancholuz me acerca un proyecto de publicación para la serie «..., profesor.a.e» de Vera cartonera. Esta nota es, además de un anuncio, un envío a un trabajo por–venir en el que también se inscribe el de Paula Bein (2022), casi a modo de promesa.

intelectual.[31] Esas clases orientaron la toma de decisiones en la enseñanza en polos marginales del campo en un tiempo en el que la sociabilidad intelectual se construía en congresos (sobre los que había que tener noticias), se tramitaba vía correo postal y llamada telefónica (la intersección entre capital social y capital específico era determinante en un mundo ajeno a la velocidad y a la facilidad que presenta tanto la interacción entre agentes como la actualización específica luego de la irrupción de Internet). Incluso en espacios centrales donde las lógicas de formación y discusión de resultados no se interrumpieron durante y entre las dictaduras dado el trabajo en formaciones, la toma de decisión profesional no resultaba simple y comprometía una importante inversión de tiempo y de recursos económicos por parte de lxs agentes:

> Vos sabés cómo funcionan las cosas acá. Había que comprar: vos no ibas a una biblioteca de la universidad y encontrabas ahí lo que necesitabas para investigar ni para enseñar. Y en eso que comprabas había mucha hojarasca académica: cosas que no sirven para nada. Hacíamos así: ensayo y error. Si yo te tuviera que resumir como fue, fue así: ensayo y error, con algún acierto también. Y a pulmón. (Gramuglio, 2009)

Gustavo Bombini (G4) tuvo un lugar decisivo en la diseminación de las clases y las posiciones de las cátedras míticas de la UBA de los años ochenta en Mar del Plata. «El desafío de empezar a trabajar en Buenos Aires seguramente me amedrentó. No me acuerdo. Tenía veinticuatro años a fines de 1985» (2019), resaltó al tratar de reponer las razones por las cuales, para el verano del 86, a punto de graduarse como profesor y como licenciado en letras, regresó a Mar

---

31. El *Curso de lingüística para el análisis del discurso* de Beatriz Lavandera también circulaba por aquellos años. Importa exhumar cómo se pronuncia Lavandera sobre lo que es necesario reponer en toda lectura de la versión escrita de una clase. En el prefacio que escribió por julio de 1984 a ese libro incluido en la colección Bibliotecas universitarias del CEAL dejaba sus alertas: «En este volumen aparecen, en el orden en que fueron dadas y con un mínimo de corrección estilística, las clases del curso que dicté con el mismo título en el primer cuatrimestre de 1983. La idea de publicarlas, aunque fuera en esta organización poco modificada, surgió frente al interés que despertaron las transcripciones literales de las grabaciones que, por un tiempo, circularon en forma de apuntes mimeografiados (...). A este volumen le seguirá, en esta colección, una antología con los textos principales a los que hago referencia. Para lograr una buena comprensión, la lectura de este curso exige que se la acompañe con la lectura de parte de la bibliografía citada, tal como fue la práctica de las personas que asistieron al curso oral» (1984:7).

del Plata, su ciudad natal, y emprendió más de una tarea de difusión de lo aprendido en la UBA en sus dos últimos años de formación.

Sus relatos reponen sus fantasías de nano–intervención de entonces. Su inserción como adscripto en la cátedra de Teoría Literaria a cargo de Cristina Piña buscó transferir lo que había aprendido junto a Ludmer pero también junto a Gramuglio y a Sarlo en aquellas clases que, sobre el final de su carrera de grado, lo impulsaron a revisar buena parte de lo aprendido en los años previos:

> Como había hecho mis dos primeras materias de letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata en 1980 y 1981 y, como en el pueblo nos conocemos todos, me acerqué a Letras y en ese año fui algo así como adscripto de la Cátedra de Teoría Literaria. Para mi adscripción propuse dos trabajos prácticos. Uno que no me acuerdo y otro que me acuerdo muy bien que estaba marcado por mi cursada del Seminario 1985 de Josefina Ludmer. «Concepciones de la literatura en *Sur* y *Contorno*. Qué se lee y desde donde se lee», o algo así les propuse a los alumnos. (...) Entre los textos del corpus que armé para mis alumnos marplatenses había unos textos conmemorativos de *Sur* de Victoria Ocampo en los que fustigaba al lector masivo de Cortázar y un texto de Adelaida Gigli muy crítico hacia la figura de Victoria Ocampo y sus escritos tomado de una antología del grupo *Contorno* publicada por el Centro Editor de América Latina. El artículo se llamaba «V.O.». Yo me quedaría con esas iniciales. (2017[2023])

Lo que Bombini «llevaba» a Mar del Plata no eran solo contenidos sino también una lógica que articulaba formaciones e instituciones, producto del entusiasmo provocado por las prácticas de esas figuras que irrumpieron en la UBA apenas restaurada la democracia. De este modo, las acciones en el «pueblo» se valieron del capital social del que disponía para abrirse espacios. Junto a Ana Porrúa, entonces a punto de graduarse en la UNMdP, organizó el hoy mítico «Ciclo V.O. Encuentros de literatura». La casa de verano de Victoria Ocampo en Mar del Plata fue el lugar elegido para aquel evento rotulado con deliberada marca contornista (cf. Gigli, 1954:1) y financiado por la municipalidad. Su proyecto intentó generar el sacudón que había experimentado al descubrir, sobre el final de su carrera, ese hacer cosas con palabras desplegado por lxs profesorxs a lxs que invitó:

> Esa casa era la casa de veraneo de la escritora. Allí fueron huéspedes Eduardo Mallea, María Rosa Oliver, Jorge Luis Borges y también Enrique Pezzoni, el último jefe de redacción de *Sur*. Estaba emplazada sobre un terreno de dos manzanas, ya entonces reducido a una, y de esos jardines me impactaban las hojas

> moradas de los liquidambar en otoño, la exuberancia de las magnolias florecidas y la majestuosidad algo caótica de los ombúes. Esa casa, legada por Victoria a la UNESCO y luego comprada por la Municipalidad, era un centro cultural en el que fundamentalmente se hacían recitales al aire libre en el verano donde los árboles nombrados mejoraban la acústica y luego, en el invierno, algunos cursos organizados por las señoras de alguna fundación dirigidos a otras señoras del afamado barrio «Los troncos». No había actividades literarias en el invierno y unas pocas de corte promocional en el verano. Un viejo compañero de Letras del año 80 era empleado municipal y encargado de la Villa y ahí pasé algunos días del verano del 86 pensando en que sería interesante recuperar el espíritu literario de esas paredes. Entre Buenos Aires y Mar del Plata, conversé con Pezzoni, quien no había vuelto a pisar la casa desde la muerte de su amiga Victoria en 1979. Y con Fernando y otros marplatenses de las artes plásticas y de alguna otra área que no recuerdo pergeñamos un proyecto de «Refuncionalización de la Villa Victoria». Para el área de Literatura mi propuesta fue «Ciclo V.O. Encuentros de literatura» retomando aquellas iniciales del urticante artículo de Adelaida Gigli contra Victoria. (Bombini, 2017[2023])

«Entusiasmo» es una palabra que se repite en los testimonios de quienes tuvieron la oportunidad de cursar alguna materia con Enrique Pezzoni. Bombini la emplea para describir el impulso que le dio al ciclo su intervención del 26 de abril de 1986:

> El entusiasmo de Enrique marcó el inicio de un Ciclo Literario que asumía dos modalidades: conferencia y taller sobre temas literarios y lingüísticos (esto la hubiera excedido a Victoria). Después de ese 26 de abril de 1986, más o menos cada quince días, un nuevo invitado arribaba a la ciudad feliz. (2017[2023])

La selección de profesorxs y de contenidos obedece a la apuesta por la interacción entre saberes de los estudios literarios y lingüísticos en la construcción de un modo crítico de leer.[32] En su reconstrucción retrospectiva, fechada en 2017, señaló que no había incluido a escritorxs en su selección. Los nombres de Alan Pauls y de Carlos Feiling no se asociaban entonces al campo literario:

---

32. En algunas universidades situadas en polos marginales del campo, los estudios lingüísticos se renovarán más rápidamente que los estudios literarios al momento de la restitución democrática. Tal es el caso de la UNL donde en 1991, la ya citada teoría de Austin sobre los actos de habla era enseñada en Introducción a los estudios lingüísticos mientras se ponían en circulación clases de Beatriz Lavandera (cf. Santomero, 2021).

Pauls había publicado *El pudor del pornógrafo* en 1984; Feiling publicará su primera novela, *El agua electrizada*, recién en 1992. Bombini los había convocado, en el caso de Pauls, por sus planteos sobre la escritura en el seminario de Ludmer de 1985;[33] en el caso de Feiling, por sus trabajos lingüísticos.

La lista de invitadxs es tributaria de la marca dejada por las clases de Ludmer, Sarlo, Pezzoni y Lavandera: Bombini hizo caer juntos nombres y líneas de trabajo que volvieron a reunirse en sus estudios fundacionales en didácticas de la lengua y de la literatura que no solo modificaron las preguntas de estas didácticas sino también las disciplinas interactuantes en sus respuestas (cf. Bombini, 1989, 1992, 1996). En aquel ciclo, las firmas estelares del momento se entreveraron con jóvenes que, como él apenas unos años después, despuntarán líneas de trabajo innovadoras en campos diversos. Por ejemplo, «dos estudiantes que investigaban sobre los suplementos culturales de los diarios durante la dictadura, dirigidos por Pezzoni» (Bombini, 2011) devendrán luego periodistas de medios de alcance nacional:

> Algunas de las actividades fueron, en formato de conferencia: la citada de Pezzoni, «Análisis lingüístico del discurso político» por Beatriz Lavandera, «Vanguardias y cultura popular» por Beatriz Sarlo, «Felisberto Hernández» por Jorge Panesi y, por razones de agenda, quedaron fuera de la programación Josefina Ludmer y Nicolás Bratosevich. En formato de taller con cursada día sábado y domingo por la tarde: «La pasión de la reproducción; sobre "La traición de Rita Hayworth" de Manuel Puig» por Alan Pauls, «Literatura y posmodernismo: apuntes para el debate» por Claudia Kozak, «La vanguardia histórica como objeto de la teoría» por Gabriela Nouzeilles, «Narrativa de Juan José Saer» por Graciela Montaldo, «La pragmática como lingüística» por Charly Feiling, «Análisis lingüístico del poder» por María Laura Pardo y, a cargo de estudiantes avanzados de la carrera, «Walter Benjamin y la ley seca» por Arnaldo Iadarola y Fernando Rossaroli y «Los

33. La importancia dada a la escritura en la formación de profesorxs en letras fue una marca del seminario Ludmer. En el desarrollo de ese contenido, Pauls tuvo un rol protagónico: su apuesta por una formación que desencadenara una «posible identidad entre una persona que enseñe y una persona que escriba» (Pauls, 1985) impulsará, varios años después, el concepto de «guion conjetural» (Bombini, 2002): un dispositivo en el que se intersectan la narración de las prácticas imaginadas en diálogo con las realizadas mientras se compone una lógica de clase. Una escritura de borde entre el diario y el autosocioanálisis, entre la planificación y la hoja de ruta informal, entre la escritura institucional y las «escrituras del yo» (Giordano, 2006) o de la «intimidad» (Catelli, 2007) (para el desarrollo de estos lazos de don y deuda, cf. Gerbaudo, 2016b; para las derivas del concepto de «guion conjetural», ver Cicurel, 2021; Maldonado, 2021a, 2021b).

suplementos culturales bajo la dictadura» a cargo de Jorge Cicuttín y Rolando Graña. (Bombini, 2017[2023])

Reponer alguna de las intervenciones que Laura Scarano, Elisa Calabrese, María Adelia Díaz Rönner, Gustavo Bombini y Ana Porrúa ensayaron entonces ayuda a explicar por qué Mar del Plata se transformó, en apenas pocos años, en un polo central del subcampo en más de una línea: quienes lo dinamizaron, tanto desde la universidad como desde formaciones, generaron imaginativas acciones de gestión, enseñanza e investigación que no dejaron intactos los objetos de los que se ocuparon. Hacer confluir estudios literarios hispánicos, latinoamericanos y de literatura nacional; reconocer el espesor estético de la despreciada literatura para las infancias desde la crítica literaria y no desde el alojamiento cómodo en los problemas de su enseñanza (espacio también desacreditado hasta bien entrado el siglo XXI [cf. Dalmaroni, 2009]); configurar un modo de leer que conecta cuerpo, poesía y archivo y fundar una didáctica específica que se sostiene en la singularidad de su doble–objeto y no como forma aplicada y confirmatoria de un saber pensado desde epistemologías no literarias ni lingüísticas son algunas de las cosas hechas con palabras desde esa ciudad. En esa construcción, el ciclo V.O. jugó un papel importante tanto en la actualización disciplinar específica como en la sociabilidad. Fue allí donde Ana Porrúa habría iniciado su vínculo con Beatriz Sarlo quien, además de dirigir su tesis doctoral, le confirió visibilidad nacional a través de *Punto de Vista* y, más tarde, de *Bazar americano* (cf. Link, 2003).

Algunos detalles dejan entrever hasta qué punto la actualización disciplinar era una tarea ardua en los polos marginales del subcampo en un mundo previo a la emergencia de Internet. Solo el repaso de la logística para organizar este ciclo insinúa la convicción que se necesitaba para emprender tareas de este tipo:

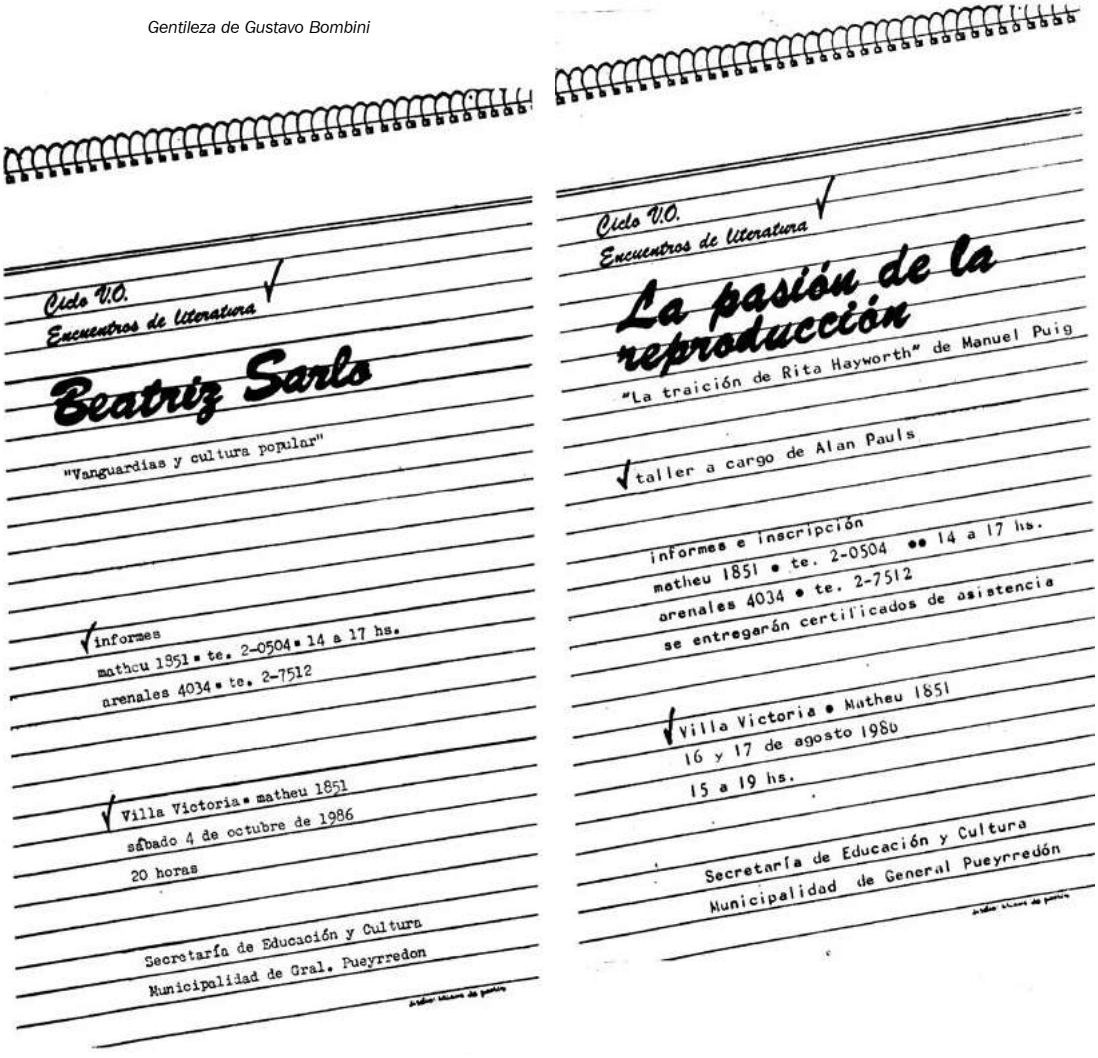
Trato de recordar algunos detalles técnicos y logísticos. Con el área de gráfica de la Secretaria de Cultura de la Municipalidad elaboramos folletos y afiches. Sencillos, en variantes del tamaño de hoja oficio (todavía no hablábamos de A4), en una tinta, con unos renglones de fondo un poco escolares y unas tipografías simulando manuscritas.

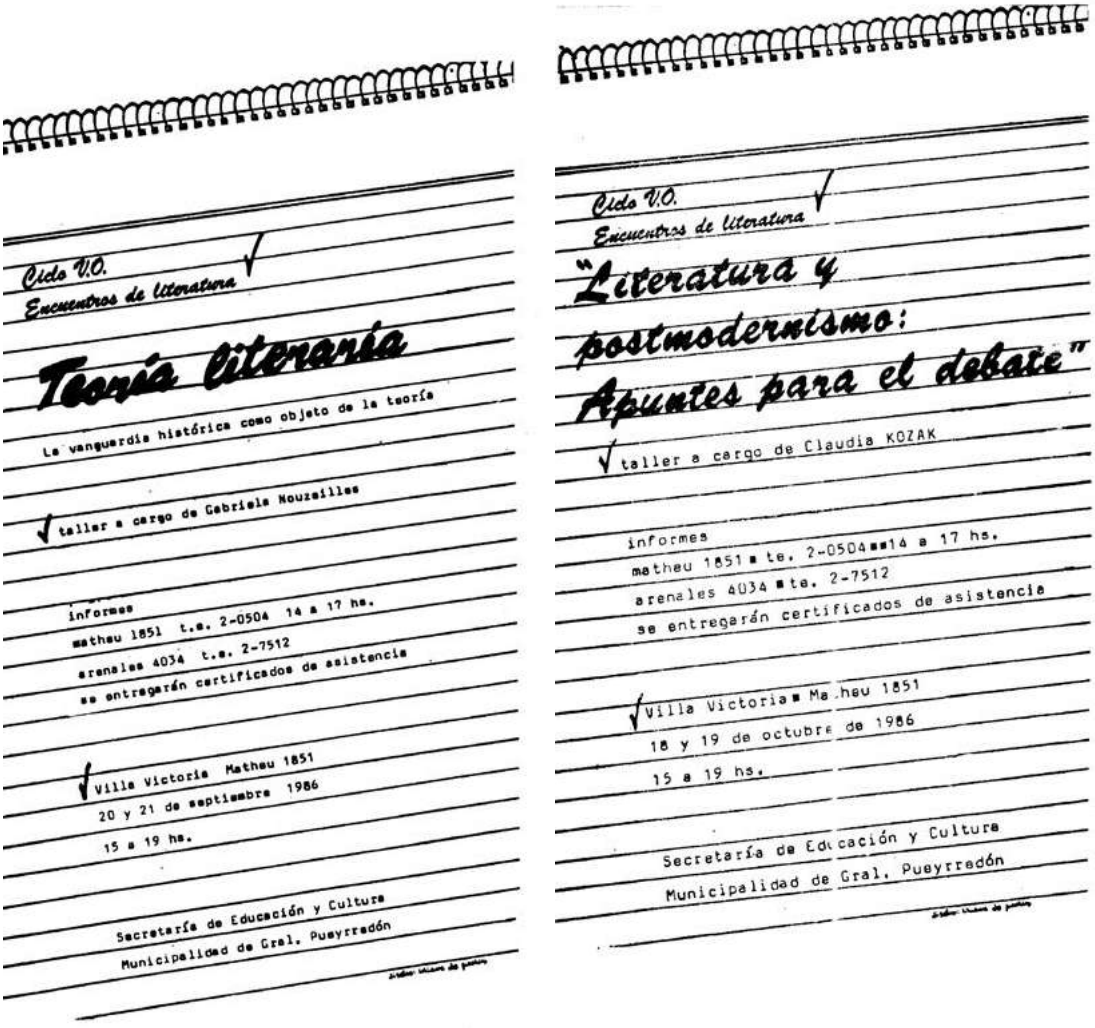
Para el caso de los talleres, lo previsto era que los invitados enviaran bibliografía con anticipación y esa bibliografía estaba disponible desde la semana anterior al encuentro en una fotocopiadora (de Alberto y Dorrego, nada cerca de Matheu y Arenales donde quedaba la Villa Victoria); entendamos que cuando digo que «los invitados enviaban bibliografía» no estamos hablando de unos materiales

escaneados que llegaban como archivo adjunto sino de unas buenas fotocopias que llegaban a mi casa en sobres de color manila y por correo postal. Yo me encargaba de llevar el material a la fotocopiadora. (Bombini, 2017 [2023])

Figura 1. Volantes de mano usados para promocionar el Ciclo V. O. en Mar del Plata.

Gentileza de Gustavo Bombini





El relato de Bombini sobre el ciclo V.O. está atravesado por dos significantes: «pajuerano» e «importador». Lector temprano de Bourdieu, analizó con ojo agudo la condición relativa de la colocación en el campo según cuál sea el ángulo de observación: «V.O. era pajuerana respecto de Estados Unidos y Francia». La puesta de manifiesto de esa condición, no desde el quietismo plañidero sino desde la acción que tendrá más tarde su correlato con la «marea verde» y la consolidación de los feminismos, devino agencia. Un patrón configurado por buena parte de lxs agentes que intervendrán en el subcampo desde singulares construcciones de borde disciplinar. Todxs, orgullosamente pajueranxs. Todxs, importadorxs herejes, es decir, herederxs a la Derrida (cf. Prieto, G1; Altamirano, G1; Camblong, G2; Rodríguez Carranza, G2; Bombini, G4; Nofal, G4; Cañón, G4; Gasel, G5; García, G5; Daona, G5):

> Me gusta la palabra «pajuerano». La usa la escritora santafesina Laura Devetach en el cuento «La plaza del piolín» algunos de cuyos personajes son migrantes del interior en Buenos Aires. (...) «Soy del interior», les decía a principios de los ochenta a mis compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. «¿De dónde?», interrogaban. «De Mar del Plata», respondía yo. «Eso no es ser del interior», decían los porteños, mientras yo pensaba que ellos no llevaban atado a la cintura un suéter por las dudas de que a la «tardecita» refrescara porque tampoco entendían que la «tardecita» no era la hora de la siesta sino el crepúsculo y que era ahí cuando bajaba el sol y podía refrescar. Y eso no pasaba en Buenos Aires. Pasaba en Mar del Plata. Y ese suéter atado a la cintura, al fin inútil, era la prueba más fehaciente de que yo era un pajuerano. Pajuerano era yo porque no había hecho el secundario ni en «El colegio» ni en el Pelle. Tampoco los conocía de la ORT ni del Macabi. Y menos aún del Lasalle. (2017[2023])

Se puede ser un pajuerano en Buenos Aires pero se puede ser también, a la vez, en Mar del Plata, el que se graduó en la UBA. Así, desde el margen de una universidad periférica pero con capitales simbólicos, específicos y sociales construidos en otra, entonces indiscutible polo central del subcampo recortado en su perímetro nacional, Bombini contribuyó a su renovación haciendo circular contenidos deslumbrantes que se exponían en cascada (con urgencia, por si acaso…) en la floreciente carrera de letras de la capital. No sin resistencias: si su cautela lo había llevado a tramitar este ciclo vía la municipalidad de su ciudad, no obstante esto no lo libró de reacciones adversas. Un episodio alrededor de un texto que Graciela Montaldo había preparado por pedido suyo a fines de ser publicado en el periódico local para adelantar los asuntos de su conferencia en el ciclo V.O. visualiza diferentes tiempos conviviendo en el mismo corte sincrónico. En aquella oportunidad, fueron el subcampo de los estudios literarios y el campo literario los que colisionaron. Un choque expresado en la reticencia a publicar un anticipo de la intervención que Montaldo haría sobre Juan José Saer. Un Saer que, para Bombini, ya era «Saer» porque había cursado con Gramuglio y con Sarlo a quienes, además, había seguido en sus envíos vía *Punto de Vista* (cf. Gramuglio, 1979, 1984b; Saer, 1979, 1980; Sarlo, 1980). No obstante, por 1986, Saer era un ignoto en Mar del Plata: «nunca había sido mencionado antes» (2011) apuntó Bombini la primera vez que conversamos sobre el Ciclo V.O., en uno de sus viajes a Santa Fe. El rechazo del breve texto de Montaldo sobre el santafesino por el periódico local expresa una de las formas de regionalismo–regionalista contra las que aquel joven batallaba. Lo que el episodio desnudaba era no solo la problematización de qué se entendía por literatura y qué por lectura sino también quiénes podían intervenir en la construcción de esas definiciones:

> A mí se me había ocurrido que los invitados también podrían mandar con anterioridad artículos para ser publicados el domingo anterior al evento en el suplemento literario del principal diario marplatense que es *La capital* y que este anticipo fuera un modo de difusión de la actividad. Algo así yo había acordado con el señor Pedro Leguizamón (un escritor local que escribía literatura gauchesca; no olviden que Mar del Plata es antes que una ciudad turística, un pueblo de la provincia de Buenos Aires). Cuando recibí por correo postal las dos páginas del artículo de Graciela Montaldo sobre Juan José Saer, se lo llevé a Pedro quien, ignorando lo que yo creí que habíamos acordado, esgrimió como argumentos para rechazar la publicación del artículo de Montaldo que ni ella ni Saer eran marplatenses. Era la primera vez que Montaldo daba clases en Mar del Plata y era la primera vez que alguien hablaba de Saer allí y en la casa de Victoria Ocampo, tan luego. Mis argumentos parecían atendibles: es un escritor nacional, ahora reconocido, que se lee en la universidad y el público de estas actividades es marplatense, esgrimía yo. «Leguizamón, créame, yo también soy marplatense y lo es también mi padre. Somos "nacidos y criados'"». No hay duda de que Leguizamón se creía más marplatense que nadie y, además, era el director del suplemento cultural de los domingos del diario *La capital*. ¿Qué hacer? El artículo de Montaldo no se publicó y desde entonces desistí de solicitarles artículos al resto de los invitados. (Bombini, 2017[2023])

La ambivalencia entre el «deseo de institución» (Louis, 2015a: 24) y la fantasía de estar llevando adelante una acción teñida de la narrativa heroica alrededor de las formaciones de la dictadura signó aquella intervención («deslumbramiento» es un significante que se inscribe en el relato retrospectivo de aquella «gesta» que, sin haberlo pretendido, puso a trasluz resistencias y regionalismos metodológicos). El deseo de institución se advierte en la mimesis de los protocolos de acreditación universitarios, aunque hay algo más: seguir la asistencia de los participantes al ciclo fue también el modo de cuidar que, luego de años de propuestas interrumpidas, esta se completara.

> ¿Es V.O. un proyecto de difusión cultural o de formación académica? ¿Qué voces autoriza? ¿A quiénes quiere convocar? En este mismo documento, unas líneas más abajo se habla de la modalidad «conferencia» y se dice que podrían estar a cargo de «escritores, críticos y profesores». Doy testimonio de que no hubo ni siquiera nombres tentativos de escritores entre los invitados posibles. Acaso un cierto repliegue sobre esos saberes académicos deslumbrantes hayan eclipsado o desestimado en la consideración del joven gestor cultural el valor de la presencia de los escritores en este ciclo. ¿Qué hubiera pensado V.O. sobre esto? Seguramente me hubiera recriminado que allí no estuvieran los creadores.

> (...) Respecto de los talleres, encuentro en mi archivo dos listas de asistencia de dos talleres diferentes. En una predominan intereses más literarios que lingüísticos: hay 16 presentes, algunos son estudiantes, otros profesores de media y otros universitarios. En otra lista reconozco a los profesores de gramática de Humanidades de la UNMdP; también hay estudiantes que se repiten. Y la planilla tiene una columna donde se pregunta: «¿asistirá al próximo taller?» donde se vislumbra el afán estadístico y de control del joven gestor. Vemos que las profesoras de gramática dicen que no asistirán al próximo evento que seguramente sería de literatura. (2017[2023])

Bombini exhumó parte del documento presentado entonces a la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Mar del Plata para obtener el aval y el financiamiento del ciclo. Se repone allí el listado completo de sus invitadxs, incluidxs aquellxs que, por razones de «agenda», no pudieron participar. Nombrar es aquí, entre otras cosas, exponer su evaluación del estado de la carrera de letras de la UBA por aquellos días. Una lectura sutil traducida en acción: aquel ciclo reunía y enviaba a una versión condensada de los planteos y de las prácticas de quienes habían signado las propias vía un gesto pedagógico que no oculta la mimesis. Aquel joven buscaba replicar, desde una formación y en otra ciudad, aquello mismo que había modificado su modo de leer y que se traducirá en sus textos de comienzos que imaginan, proyectan y proponen una relación prolífica entre enseñanza, teoría y escritura (cf. Bombini, 1989, 1992, 1996; Ingaramo, 2011, 2012a, 2012b). Una acción movilizada desde una ciudad en la que no se sentía un «pajuerano»:

> En documento dirigido con fecha 20 de enero de 1986 al Secretario de Cultura, hablaba ya en el primer párrafo de la «posibilidad de incorporar materiales literarios aún no difundidos en este medio» y hablaba de «la difusión masiva» (...) como «objetivo prioritario para estimular una actitud de reflexión acerca de la literatura». Cito y me pregunto: ¿un programa cultural o pedagógico?, ¿un programa universitario o aspirando a una audiencia mayor? ¿Qué habré querido decir con «masivo» en aquel contexto? Palabra que hoy me suena extraña. En este sentido, en este mismo documento, al referirse a la modalidad que llama «talleres de lectura» que serían dictados por los críticos en días sábado y domingo, agrega un propósito más: «Estos talleres de fin de semana serán, a la vez, el origen de grupos de lectura que continuarán reuniéndose en el ámbito de la Villa Victoria para analizar, incorporar y debatir las lecturas propuestas»; en este sentido, esto parece acercarse a una modalidad académica y tiene algo de lo que recordamos como universidad de la catacumbas como espacios alternativos de formación en

> la época de la dictadura donde, precisamente, se habían formado muchos de mis invitados, de una generación anterior a la mía. (2017[2023])

Estos cuentos de Bombini junto a los de Laura Scarano y a los de Marcela Romano muestran la rápida difusión de la sociología de la literatura en Mar del Plata apenas restituida la democracia. No obstante, en el caso de Bombini, prevaleció (cabe aclarar: por algún tiempo) el desinterés que por esta disciplina le había transferido María Adelia Díaz Rönner, una de sus figuras tutelares:[34]

> Mi profesor de filosofía del Colegio Nacional, Elio Aprile, era en ese momento el Secretario de Cultura de la Municipalidad de General Pueyrredón. Yo ya había tomado contacto con él durante el año 1985 anunciándole mi regreso a la ciudad y antes de V.O., le había acercado otro proyecto. Algo así como un estudio del campo literario marplatense aplicando las categorías de campo intelectual de Pierre Bourdieu cruzadas con la sociología de la cultura de Raymond Williams. Las clases de Beatriz Sarlo habían tenido como efecto inesperado la escritura de un decreto municipal en el que se auspiciaba mi investigación. Mientras tanto yo fantaseaba con una suerte de cargo imposible de investigador municipal. Más allá de ese ostentoso decreto de auspicio con membrete y sello municipal, mi interés por el campo intelectual marplatense me llevó a conocer a la más grandiosa amiga de todos los tiempos: María Adelia Díaz Rönner quien fue la editora (a su pedido y gestiones de insistencia) de mi primer libro *La trama de los textos. Problemas de la enseñanza de la literatura* y fue quien me introdujo en el mundo editorial y en el campo de la literatura infantil en Buenos Aires de la mano de Graciela Montes y de Susana Itzcovich. El decreto de auspicio me llevó a conocer también a otro gran amigo Cachi García Reig, el único escritor marplatense que valía la pena, según me informó muy valorativamente Díaz Rönner y me desalentó para que no continuara con mi ejercicio de sociología de la literatura porque estaría condenado a leer literatura muy mala. (2017[2023])

Del estudio de las trayectorias de lxs agentes y de sus prácticas puede inferirse un patrón: en la dinamización del subcampo en aquel mundo antes de Internet jugaron un papel decisivo lxs agentes insertxs en redes de contactos a partir de las que se obtenía información (datos sobre congresos, publicaciones, seminarios, etc.). Contar o no contar con esos datos marcaba una diferencia decisiva que se tradujo en configuraciones institucionales: el capital social específico

34. Para los lazos de don y deuda con María Adelia Díaz Rönner, cf. Bombini (2022).

fue un factor determinante durante aquella época en la que acceder a esta información era arduo en polos marginales. En este sentido es que se puede establecer una serie entre el trabajo realizado por Bombini en Mar del Plata en 1986 y las acciones llevadas adelante, apenas un tiempo después, por profesoras viajeras que habían construido sus capitales simbólicos en el seminario que Ludmer había dictado en 1985 en la UBA y, los específicos, también junto a ella, pero un tiempo antes, en las catacumbas: Mónica Tamborenea, Nora Domínguez (G2) y Claudia Kozak (G4) generaron desde la institución lo que Bombini había intentado provocar desde las formaciones. Esto es, contagiar el entusiasmo por la actualización teórica tramitada a partir de problemas (el eco deliberado de Ludmer se hace ostensible en su primer libro desde el subtítulo: «Algunos problemas de teoría literaria», decía Ludmer [1985a]; *Problemas de enseñanza de la literatura*, dirá Bombini [1989]).

Las líneas introducidas por las chicas–Ludmer quedaron documentadas en los apuntes tomados y conservados por algunas de sus estudiantes y por los cuentos retrospectivos. En una entrevista reciente Nora Domínguez, que había concursado el cargo de Adjunta en Teoría y crítica literaria II en 1989 en la UNMdP (cargo que ocupó hasta 1992), recuerda de aquellos años una decisión didáctica tomada de Ludmer: la elaboración de «una línea de tiempo» donde se colocaban las teorías que se habían desarrollado en el programa (2019).

> Algo que hizo Ludmer alguna vez de forma espontánea, y que yo tomé, es hacer una línea de tiempo donde colocar las teorías que se habían visto en el programa. A mí eso, de joven, me había quedado muy marcado, así que lo ponía en funcionamiento en los prácticos o en Mar del Plata. Siempre resultó muy positivo para los estudiantes. Cuando estábamos con Adriana lo hacíamos en una clase final, después de haber dado toda la materia. Poníamos en el pizarrón una línea donde colocábamos los nombres propios, los conceptos (su «repertorio», como decía Panesi), el lugar donde habían surgido las teorías y las relaciones entre sí, las fechas y el lazo con eventos históricos. Ahora lo hacemos al principio con un programa llamado Prezi y sale muy bien. Va desde la Revolución Rusa y la Primera Guerra Mundial hasta el movimiento de Stonewall, como inicio del movimiento gay que va a dar lugar a la ebullición de las diferentes identidades. También aparecen ahí los discursos hegemónicos con los que siempre está discutiendo la teoría: el marxismo, el psicoanálisis, algo de filosofía. Para no ser tan eurocentristas establecemos una línea que no profundizamos que es la referida a América Latina. (2019:5)

Esta decisión didáctica que Domínguez destaca coincide con la que puso de relieve Mila Cañón (G4). Al momento de guardar los apuntes de aquella cátedra, conservó una de aquellas líneas de tiempo:

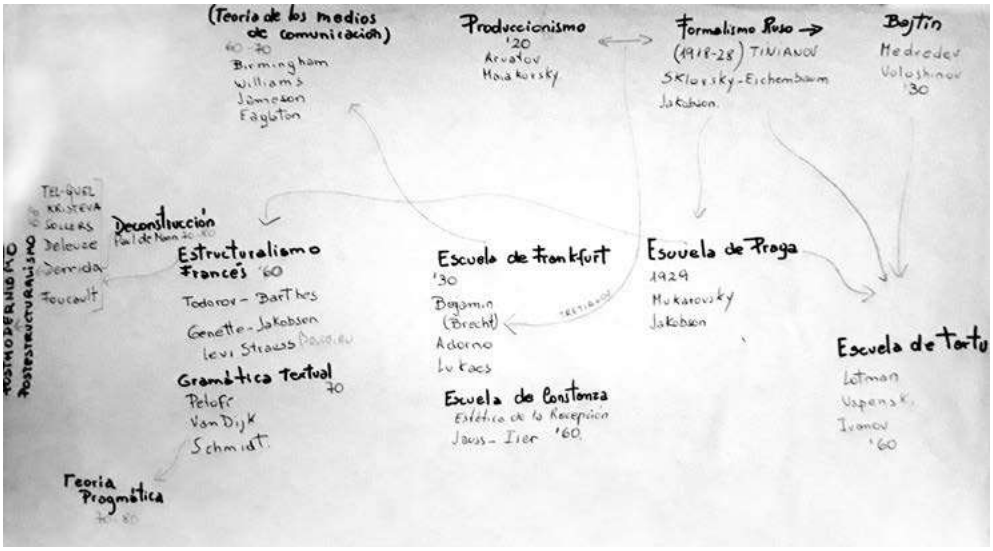


Figura 2. Apunte de clase de Teoría y crítica literaria II (UNMdP), 1990.

Gentileza de Mila Cañón

Los testimonios de quienes asistieron a aquellas clases permiten reponer algunas de sus derivas. Así como el Seminario de Ludmer formó cuadros intelectuales que ocuparon buena parte de las cátedras responsables de la renovación de la enseñanza de la teoría, de la didáctica y de la literatura en la UBA y en la UNLP entre los ochenta y los noventa, luego la diseminación de sus contenidos en otras instituciones harán lugar a apropiaciones que llevarán esa herencia hacia otras líneas. Entre Bombini, Kozak, Tamborenea, Domínguez y Díaz Rönner (figura central en la crítica literaria empecinada con la literatura para las infancias), apenas algunos años después, desde Mar del Plata, se disputará la agenda del subcampo al construir problemas y objetos de investigación que no existían como tales antes de esas intervenciones.

El testimonio de Mila Cañón (G4) arrastra la dimensión omniabarcativa de aquella propuesta de enseñanza. Como en los cuentos de Bombini respecto de lo que le sucedía como alumno de los cursos Ludmer, también aquí aparece la dificultad para apropiarse de estos contenidos dada su novedad:

> Entendíamos poco ya que la teoría era una disciplina completamente nueva; pero con el grupo de Tamborenea, Kozak y Domínguez leímos y trabajamos todo. Yo me enamoré del discurso de Barthes, de su *Fragmentos...* (...) A través de Michel Foucault miré el mundo de otro modo. Yo era maestra de grado y me preguntaba cuál era la microfísica de mi aula de lengua en 1991. Era inevitable. Luego hasta hoy es un referente en mis trabajos. [*2018*]

La desmesura («leímos y trabajamos todo») es inescindible de la valoración de aquella práctica atravesada por la exigencia, la alegría y la «delicadeza» (la insistencia sobre ese significante es de Cañón) de intercambios que no impedían la distancia preventiva de cualquier idealización y/o pretensión ostentosa. Cañón recuerda que Tamborenea le había devuelto un trabajo con un llamado de atención: ««no somos Barthes»». El difícil equilibrio entre «desafío» y «diversión» (significantes asociados al «"grupo de teoría" con el que aprendíamos desde el viernes hasta el sábado mucho, de todo y, sobre todo, la responsabilidad de quien enseña y corrige con respeto y calidez aún en la universidad» [*2018*]) es una huella dejada por aquella experiencia. Lo disruptivo no solo pasaba por los contenidos enseñados sino también por el modo de tramitar esa transferencia en una institución donde, pareciera, «respeto» y «calidez» se percibían en falta.

Entre las estudiantes de aquellas profesoras se contaba Rosalía Baltar (figura nodal en el intento de crear una red nacional de teoría literaria que, más bien, de modo informal, se terminó generando a partir de la revista *Estudios de teoría literaria*) y Carola Hermida (G4) que también destacó aquella experiencia de formación: «La cátedra que fue más importante en ese período para mí fue "Teoría y Crítica Literaria" a cargo de Mónica Tamborenea y Nora Domínguez» [*2017*].

Cañón y Hermida, en continuidad con los trabajos de Díaz Rönner, contribuyeron a hacer de la UNMdP un polo central en el estudio de las literaturas para las infancias (cf. Vulponi, 2021). *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños* cuyo primer número se publicó en 2015 explota capitales construidos entre instituciones y formaciones entre las que se destaca la organización no gubernamental Jitanjáfora, creada en 2001. Además de congresos específicos regulares sobre literaturas para las infancias consolidaron junto a Hermida, vía esa ONG, un fondo editorial con más de 4000 volúmenes. Una biblioteca especializada en un espacio de borde entre instituciones y formaciones.

Por su parte Ana Porrúa (G4) asoció el descubrimiento de la teoría con lo que el equipo de Ludmer hizo en la carrera de letras en la UNMdP: «Cuando ya estaba recibida, vino a ocupar una de las Teorías Literarias parte del equipo

de Josefina Ludmer en la UBA (Mónica Tamborenea, Nora Domínguez, Silvia Delfino y Claudia Kozak). Con ellas leí teoría, diría que por primera vez (Benjamin, Deleuze, Barthes), en unas clases seminarizadas que daban» [*2015*]. En la educación de Porrúa la huella de las formaciones es tan importante como la de las instituciones. Si bien no vaciló en situar las marcas más importantes de sus aprendizajes institucionalizados en el posgrado [*2015*], pareciera haber olvidado (o deliberadamente omitido —no lo podemos saber—) que el camino que allí inició se había despuntado en una formación, puntualmente, en un encuentro del ciclo V.O. organizado por Bombini con su colaboración. En el relato que compuso para esta investigación, el agradecimiento a Sarlo, elegante y sobrio, comprende desde la enseñanza de lo fundamental ligado al desempeño profesional en investigación hasta la cooperación en su visibilización y su posterior consagración en el campo nacional: «Quisiera destacar, en principio, la relación con mi directora de tesis doctoral, la profesora Beatriz Sarlo. Con ella aprendí a investigar, a leer y releer, a convertir la escritura crítica en un problema. Sin Sarlo no sería quien soy (aunque ella no debe hacerse cargo, por supuesto, de mi escritura)» [*2015*]. No menos discreta, Sarlo repuso cómo se inició ese vínculo (obsérvese la omisión del nombre propio del que solo queda la inicial). Un juego de espejos se insinúa en la descripción de aquella «chica» (una de sus herederas):

> **30 de setiembre.** Mi amiga A. no se acuerda del día en que nos conocimos. Fue en la cocina de la casa de Victoria Ocampo, la de Mar del Plata, una habitación cuadrada, de cinco metros de lado, con una gran ventana que daba al desprolijo fondo verde y una mesa de madera gastada en el centro. Yo había llegado para dar una conferencia o algo así, a la nochecita, y eran las cuatro de la tarde. La chica, pelo cortito, cara dibujada, tendría 22 ó 23 años; suelta y completamente a sus anchas, se me sentó enfrente, con su novio o su marido de entonces. Todos fumábamos abundantemente y tomábamos mate. No sé de qué hablamos aunque podría dar una lista de temas y acertaría porque hoy la conozco bien y creo conocerme. Mi recuerdo está fijado en la forma en que ella, veinte años más joven que yo, hablaba el castellano con un léxico de lengua escrita y una sintaxis larga, como si enunciara párrafos. Un idiolecto intelectual pero, al mismo tiempo, innato; daba la impresión de que hablaba así desde la escuela primaria, como si esos giros no hubieran sido aprendidos ni pensados. Es todo lo que recuerdo: dos o tres horas de un castellano sorprendente, sin vacilaciones. De regreso, le dije a un amigo: en Mar del Plata encontré a alguien que habla una lengua desconocida. Mi amigo, un hombre generoso y sensible, me sugirió que le dirigiera la tesis de doctorado. (Sarlo, 2010–2011)

Disputas (o la «grieta» como potencia)

Describir las disputas reconocibles en el subcampo de los estudios literarios entre 1958 y 2015 es decisivo para dar cuenta de su dinámica ya que son las desavenencias más que los puntos en común las que hacen ostensible fricciones, desgastes y continuidades o cambios (Bourdieu, 2001b:74). Es en ese sentido que uso la palabra «grieta» que, como *pharmakon* (remedio o veneno, según las circunstancias), puede aludir a una ruptura experimentada como catástrofe o como potencia por diferentes agentes. Me inclino, junto a Eduardo Rinesi (2003), por la segunda acepción ligada a la posibilidad de la «política» entendida como la «actividad» o «conjunto de actividades desarrolladas en ese espacio de tensión que se abre entre las grietas de cualquier orden precisamente porque ningún orden agota en sí mismo todos sus sentidos ni satisface las expectativas que los distintos actores tienen sobre él» (23).

Es porque hay grieta que hay batallas por la definición de los modos de tramitar las prácticas. Su análisis revela que es gracias a estas fricciones y por estas fricciones que las prácticas terminan enriqueciéndose: no es sino por los habitus y las tomas de posición divergentes de quienes habitan las instituciones que hay conflicto y, por lo tanto, posibilidad de generar acciones en pos de contribuir a transformar lo que anquilosa (o más bien, lo que se experimenta como tal desde una asunción determinada).

De este modo las prácticas traen, como en eco, más de una sentencia derridiana entre las que se destaca la que reza «no habría experiencia sin riesgo» (1986:212) junto a las que acogen y propician formas por–venir de la «fidelidad infiel» (Derrida, 2001), es decir, de la reinvención junto a la herencia. También

las prácticas develan que no existe juego sin «estrategias» y sin «apuesta», sin reglas y, por lo tanto, sin posibilidad o intentos de ir más allá (cf. Derrida, 1972b).

Varias aclaraciones. En primer lugar, las disputas que retomo son las que se desprenden del análisis de la muestra.

En segundo lugar, así como Bourdieu (2001b) ha observado que los polos dominantes de un campo se constituyen como tales por el capital específico acumulado con sus derivas en la definición de su agenda, protocolos y lógica de funcionamiento, es necesario precisar los indicadores que dan cuenta de esa operación de marcado. Encontramos que, en la determinación de las líneas disciplinares que definen la agenda del subcampo de los estudios literarios en Argentina, la conjunción de congresos, publicaciones y prácticas de enseñanza tienen un rol definitivo. Es necesario resaltarlo: la instalación de un problema en la agenda y/o la construcción de una firma no se realiza desde un solo lugar. Luego, para determinar cómo un polo central se constituye como tal se constata el empeño en la diseminación de temas y/o problemas y/o autorxs allí abordados en congresos del campo, cátedras universitarias, publicaciones y proyectos de investigación. Esto permite verificar a partir de qué momentos qué polos se constituyen en dominantes en función de sus desarrollos específicos en alguna línea en particular. Solo en tres períodos de nuestra historia institucional, tres polos fueron los centros indiscutidos del campo de las letras: la UBA de principios del siglo XX con la cátedra de Literatura argentina liderada por Ricardo Rojas (cf. Dalmaroni, 2006a) y el Instituto de Filología con Amado Alonso, entre otras figuras (cf. Toscano y García, 2013; Ennis y Toscano y García, 2020; Croce, 2021a; Bentivegna, 2022); la Rosario de «los años Prieto» (Podlubne, 2013) y la UBA de la «época de oro de la carrera de letras» (Link, 2017:156).

Es oportuno anticipar que en las luchas por la definición de la agenda del subcampo sobresalen los estudios sobre nuestra literatura nacional y, según los cortes temporales a los que se atienda, los de las literaturas española, latinoamericana y las teorías literarias. La concentración en la literatura nacional por los estudios literarios de cada país constituye un patrón mundial (cf. Casanova, 1999; Thiesse 1999, 2019).

En el caso de Argentina, es importante notar que este lugar es disputado, según los períodos históricos, por la literatura española, las clásicas o la latinoamericana: sería simplificar atender solo a la inscripción de la huella colonial tanto en los currículos para la enseñanza primaria, secundaria y superior como en las agendas de investigación con variaciones que obedecieron a reclamos independentistas continentales y/o a otras formas de agencia. Es indispensable complejizar esa lectura precisando cómo en esa construcción del

campo académico tuvieron un lugar prominente los exiliados españoles residentes en el país y un movimiento no unidireccional de flujos tramitado desde el campo específico como desde el campo estatal que, en diferentes momentos, tomó a España como modelo al trazar políticas públicas para la enseñanza de la literatura aunque no sin conflictos (cf. Toscano y García y Degiovanni, 2010a, 2010b; Toscano y García, 2015; de Diego, 2014; Arnoux y del Valle, 2015; Bentivegna, 2020, 2022; Croce, 2021b; Hidalgo Nácher, 2022a; Gerbaudo, 2006). También ha sido fundamental el papel de la crítica y la teoría literarias: mucho antes de que Nicolás Rosa observara la relación entre crítica y literatura nacional y/o continental (Rosa, 1982:263; 1987:12), los datos muestran que los movimientos más importantes producidos en el subcampo, tanto en investigación como en enseñanza, se habían generado a partir de la literatura nacional y luego, continental, con la discontinua y, en buena medida, paulatina incorporación de Brasil cuyas literatura, teoría y crítica irán cobrando visibilidad desde una América Latina que reforzaba la integración regional (Jitrik, 1974b; Arnoux, 2006a, 2006b). Sobre la importancia de los estudios clásicos es reveladora la reacción en términos de decisiones curriculares en la UBA de la "primavera alfonsinista" (se vuelve sobre esto más adelante). Subrayamos además que los puntos de vista asumidos en estos debates, en ocasiones, defendidos con el «fanatismo» con que se abraza una «moral»,[1] encontraron muy pocos espacios de «conmensurabilidad» (Kuhn, 1962). La seductora posición de Rosa fue retomada en los inteligentes términos de Arturo Carrera en 2003: «Nicolás Rosa nos dice: tomo los útiles de la Teoría de no importa cuál universo incluido Europa, pero los pongo en marcha sobre los textos de nuestros escritores, los más conocidos y los más salvajes» (2003:18).

---

1. Derrida (1989) diferencia la «moral», asociada a la «buena conciencia» del deber cumplido, de la «ética», asociada a la «decisión responsable». Hay «responsabilidad» cuando hay «experiencia», cuando se está ante una «aporía», cuando se debe afrontar el riesgo de tomar una «decisión» que no se limita a «poner en marcha un saber determinable o determinante» o «la consecuencia de algún orden preestablecido» (1996:37), cuando hay exposición al «compromiso», al «riesgo absoluto» (40): «Tal vez se podría sacar la conclusión de que la esencia de la decisión, aquello que la convertiría en el objeto de un saber temático o de un discurso teórico, debe permanecer indecidible: para que haya, si es que la hay, decisión» (96). Esta ética supone actuar desde la lógica de la *différance* transida por la indecidibilidad: «¿es posible una experiencia que no sea experiencia de la aporía?» (1996). Por contraste, la moral se regula por lo «conforme al deber» y a lo actuado por sujeción a la «ley», al «derecho»; supone «la buena conciencia como mueca de una vulgaridad complaciente», «la forma segura de la conciencia de sí» (40).

Al respecto, cabe aclarar que lo que hoy reconocemos como «teoría literaria» no es lo que siempre se ha albergado bajo ese nombre. Miguel Vitagliano indicó que «la primera vez que se imprimieron juntas en el país las palabras "teoría literaria" fue en 1885 en la portada del manual que Calixto Oyuela (1857–1935) preparó para la escuela secundaria» (2015:4). Lejos del sentido actual dado a la expresión, se trataba del «bien decir y escribir» sobre el que, paulatinamente, se fue tomando distancia «sobre todo a partir de los 50 y los 60 en que la "teoría literaria" se fundió con la "crítica"» (4) para volver a distinguirse en el presente tanto desde los estudios decoloniales como desde los sociológicos que solicitan, desde disímiles posiciones de agencia, quiénes pueden producir teoría en el escenario transnacional (un poder asociado a la colocación de lenguas, instituciones, editoriales y países más que a la potencia heurística de lo producido).

En su reconstrucción de aquel pasaje del sentido normativo del término «teoría» al sentido escriturario, Vitagliano destacó el lugar fulgurante del «nodo Contorno» que comprendió tanto la revista como las intervenciones realizadas desde la carrera de letras con sede en Rosario durante «los años Prieto» y, mucho tiempo después, tanto desde el mítico seminario que una discípula de aquellxs maestrxs llevó adelante en la UBA en 1985 como desde la política de exhumación emprendida por lxs agentes que renovaron la carrera de letras en la UNR a partir de 1984. En apenas dos párrafos, Vitagliano punteó los principales acontecimientos que explican por qué, desde entonces hasta el presente, la literatura nacional junto a la teoría y la crítica literarias ocupan un lugar decisivo en el marcado de la agenda de los estudios literarios en Argentina. No es fortuito que retomara un término usado machaconamente por Ludmer tanto en sus clases de 1973 y 1974 como en las más difundidas de 1985 para referirse a las lecturas a contrapelo (esas a partir de las que Contorno insurgió en el subcampo de los estudios literarios):

> El grupo de *Contorno* estaba en las antípodas, digamos, de la manera en que concebía la literatura y la cultura la revista *Sur*. Inspirados en Jean–Paul Sartre, proponían discutir la literatura argentina en su *situación* histórica, lo que convocaba al diálogo de cada texto con su particular «contorno». Aún sin mencionarlo esos términos buscaban «descongelar» los «modos de leer» con los que se había escrito la historia de la literatura nacional, ese gran relato incorporado dentro de otro mayor: la historia argentina. (...)
>
> Sin duda que la experiencia de *Contorno* fue el nodo que posibilitó el desarrollo de la nueva teoría literaria en el país. El desafío no era poco: escribir lecturas propias en pleno momento de expansión hegemónica de la teoría y crítica

> literaria francesa. La teoría literaria debía encontrar su propia inscripción en la discusión de la cultura nacional. Ya no era cuestión de diseñar un puente que uniera los dos continentes —la literatura y la historia—, había que superponer los campos, igual que se yuxtaponen dos tipos de mapas —el físico y el político, por ejemplo— de un mismo territorio. (2015:6)

En definitiva: por definición, describir el campo exige dar cuenta de las pugnas que lo atraviesan y lo dinamizan en un espacio relacional y asimétrico. Esas pugnas se leen tanto en las prácticas de lxs agentes como en sus cuentos. Y mientras escribimos esta lectura, contamos el nuestro.

Revistas culturales y revistas científicas

El análisis de la tensión entre revistas culturales y científicas intersecta muy diversos factores: 1) el carácter más o menos internacionalizado de la línea en la que lxs agentes producen; 2) las fantasías de nano–intervención de lxs agentes alrededor de sus escritos; 3) las cambiantes e inestables condiciones de relativa autonomía y/o de heteronomía que afectan al subcampo, en general, y a la línea de investigación en la que se inscriben lxs agentes, en particular; 4) el capital simbólico acumulado por dicha línea tanto en el subcampo recortado desde el perímetro nacional como en el regional y en el transnacional. Estos factores atraviesan tanto la producción como los cuentos de lxs agentes de un modo tan intrincado y específico que exige algunas precisiones.

Para empezar, es un dato derivado del análisis de la base empírica que, más *Punto de Vista*, bastante menos *Contorno* y también *Babel*, entre otras, dejaron marcas en las prácticas del subcampo como no las ha dejado ninguna revista científica (hasta ahora). No obstante, sería extremadamente sesgado plantear, a partir de aquí, una polarización que no permitiera introducir algunos matices, a saber: *Punto de Vista* nació como producto de la dinamización de fuerzas autónomas en un tiempo transido por la violencia política estatal. En sus páginas no solo se difundían resultados de prácticas de investigación sostenidas fuera de las instituciones sino que se alojaban perspectivas y voces que tenían cabida únicamente en formaciones, ya sea que escribieran desde Argentina como desde el exilio. Perspectivas (y voces) que se fueron institucionalizando a partir de la restitución democrática siguiendo ritmos discontinuos que es decisivo detallar dado que complementan los datos ya introducidos en el capítulo anterior sobre la expansión institucional asimétrica y sus consecuencias. Me apresuro a aclararlo: describir los efectos de campo de *Punto*

de Vista (o mejor dicho, los que la muestra aquí recortada permite reponer) no es describir el campo ni su dinámica. Solo es describir lo que produjo la revista que con más fuerza contribuyó a modelarlo en sus líneas centrales que giran alrededor de la fabricación de nuestra literatura nacional y sus modos de leerla. Esto exige interrogar cómo se configura la literatura latinoamericana en la que nuestra literatura se inscribe y, por el otro, delimitar desde qué teorías se instrumentan estas operaciones.

Es oportuno introducir, antes de continuar, algunos matices: 1) por su construcción de los objetos y las tomas de posición de lxs agentes que las lideraron, algunas revistas científicas pudieron desarrollarse en espacios institucionales académicos durante y entre las dictaduras;[2] 2) por sus fantasías de nano–intervención, ni la publicación ni la discusión en el circuito nacional está ni estuvo en la mira de algunxs agentes: si se busca incidir en el campo transnacional, la producción se difunde fundamentalmente en revistas científicas que, se cree, tienen ese alcance; 3) los cuentos de lxs agentes contribuyen a explicar por qué *Punto de Vista* y otras revistas culturales tuvieron efectos de campo que se extendieron mucho más allá de su tiempo de publicación. Estos relatos exponen las razones de su repercusión tanto en polos centrales como periféricos hasta bien avanzado el siglo XXI. Otra manera de corroborar tanto los diferentes tiempos que conviven en el subcampo en un mismo corte sincrónico como las luchas entre facciones que pugnan por incidir en la fabricación de los objetos y sus modos de abordarlos.

Batallas de *Punto de Vista* y efectos de campo

Este apartado se centra, menos en lo que *Punto de Vista* hizo (toda una biblioteca im–posible de condensar aquí sobre este tema) que en lo que *Punto de Vista* les hizo a algunxs lectorxs en particular, es decir, a lxs agentes de la muestra construida para esta investigación. Respecto del primer punto, baste mencionar, para el tema que nos ocupa, que en sus páginas se difundieron, en especial entre 1978 y 1983, posiciones no institucionalizadas y/o desinstitucionalizadas debido a la violencia estatal. Luego, si la inestabilidad de las políticas públicas es una de las causas asociadas a la dificultad tanto para

2. Nótese, por ejemplo, que incluso varias asociaciones académicas se crearon durante este período: tal es el caso de la Asociación Argentina de Lingüística fundada en 1976, de la Asociación Argentina de Estudios Clásicos y de la Asociación Argentina de Semiótica fundadas en 1970 (cf. Carrió y Peralta, 2014:247–248).

sostener (y en algunos casos, para radicar) proyectos intelectuales en instituciones de Argentina como para lograr consolidar una tradición, *Punto de Vista* marchó a contrapelo de esa tendencia: noventa números durante treinta años (1978–2008) atravesados por violencia estatal tanto ideológica como económica son cifras contundentes que hablan por sí mismas.

Tanto la continuidad de este proyecto intelectual y político como diversas exhumaciones que se han valido de las más actualizadas tecnologías al uso (un CD que recogió los números 1 a 75 difundido en *Bazar americano* y luego, el rescate de la colección completa en Ahira.com)[3] contribuyen a explicar sus

3. Por su continuidad, su magnitud y sus efectos de campo es necesario referir al Archivo histórico de revistas argentinas iniciado en 2015 con dirección de Sylvia Saítta. Una ocurrencia democratizadora y un trabajo descomunal tramitados, en principio, a partir de dos proyectos de investigación financiados por la UBA: «Polémicas estéticas e ideológicas en revistas culturales de izquierda (Buenos Aires, 1897–1959)» (UBACYT, 2011–2014) y «Cercanías: literatura argentina y publicaciones periódicas» (UBACYT 2015–2017)» (cf. Quereilhac, 2019a). Llevado adelante por gente de «letras, de historia y de comunicación social» (cf. Ahira.com), contó en sus inicios con Diego Cousido, Claudia Román, Sebastián Hernaiz, Soledad Quereilhac, Alejandrina Falcón, Ana Lía Rey, Martín Greco y Magalí Andrea Devés. Ese equipo nucleado alrededor del estudio de «la historia de las revistas argentinas en el siglo veinte; las trayectorias de quienes las dirigieron, las escribieron e ilustraron; los debates que atravesaron sus páginas; los cruces y diálogos con el periodismo de masas, la literatura, los programas políticos, los lectores y los escritores» (Quereilhac, 2019b:257), abrigó una fantasía de intervención cumplida con creces: «El proyecto contribuye al conocimiento de las revistas y a la ampliación de los estudios sobre literatura argentina, historia cultural, periodismo y artes gráficas, pues pone a disposición de otros grupos de investigación dependientes de universidades del país y del extranjero, de docentes universitarios, terciarios y secundarios y del público en general, un material de difícil acceso, que se conserva exclusivamente en papel o en microfilm en algunas hemerotecas» (Ahira.com). En una entrevista, Quereilhac se explayó sobre el sentido democrático de esta exhumación: dado el estado de nuestros archivos y bibliotecas, investigar en Argentina no solo insume un tiempo incalculable dada la necesidad de trasladarse hasta los sitios donde se conservan los textos sino que, según los objetos en cuestión, se necesita de capital social que permita habilitar el acceso a colecciones privadas. La domiciliación en línea es, entonces, mucho más que una decisión estratégica: es un gesto político y ético responsable. Puro don sin deuda: «A raíz, entonces, de nuestra experiencia como investigadores, quisimos armar un sitio on–line donde otros colegas pudieran tener acceso a revistas no siempre disponibles en Hemerotecas (o que están incompletas). Sabemos la gran cantidad de tiempo que lleva relevar un medio de prensa y queremos contribuir al desarrollo de este tipo de investigaciones históricas y literarias. Pensamos, sobre todo, en colegas del interior del país que no siempre tienen a mano este material en sus hemerotecas cercanas. También, en los académicos extranjeros que se especializan en literatura e historia argentinas» (Quereilhac en Sousa, 2015). El aporte de esta exhumación descomunal tanto a la investigación como a la enseñanza exige

importantes efectos de campo hasta bien entrado el siglo XXI (y si me apuran un poco diría, hasta el presente: prueba de ello es todo lo que se agregó a lo que ya se sabía sobre estos derroteros en un reciente dossier coordinado por Saítta [cf. Antelo, 2022c; Saítta, 2022c; Santucci, 2022]).

Efectos que no se limitaron a los polos marginales. Por ejemplo, Mónica Bernabé (G3) asoció la definición de su tema de doctorado iniciado por los años noventa y concluido en 2005, con los modos de leer difundidos por *Punto de Vista*: las hipótesis de Sarlo sobre la «modernidad periférica» (1988a) y los análisis de literatura y otros bienes simbólicos desde una singular apropiación de categorías sociológicas promovidas desde la revista inspiraron su estudio del campo peruano (cf. Bernabé, 2006b). Cuando afirmo que Sarlo apuntó a

---

un estudio específico ya que, además, no se limita al escaneo de publicaciones: «*Ahira* pone a disposición libre y gratuita para todas y todos, colecciones digitalizadas de revistas y publicaciones periódicas con sus índices completos y el acceso a los artículos críticos que las tienen como referencia. El sitio está en permanente actualización pues sigue el ritmo de avance tanto del trabajo de investigación de sus integrantes como también de las contribuciones de sus colaboradores, colegas y visitantes» (Ahira).

El proyecto obedece a una hipótesis que suscribo: las revistas son una «parte fundamental del campo literario y del campo cultural argentino» (Quereilhac en Sousa, 2015). Roman refuerza esta conjetura expresada por Quereilhac al pronunciarse sobre el borde entre trabajo académico y en formaciones en los inestables campos científico y educativo de Argentina (tesis que esta investigación documenta, como se verá en lo que sigue y como ya se dejó entrever): «Volver a leer las revistas nos permite asomarnos a procesos culturales y políticos que exceden las coyunturas o discusiones puntuales y, a la vez, situar esas discusiones que a veces parecen de detalle; en otras, más amplias. Las revistas del siglo XXI siguen manteniendo estas funciones y en muchos casos siguen siendo buenos lugares para pensar la literatura, la reflexión intelectual y militante y las formas de producción académica fuera de la academia» (Román en Sousa, 2015).

¿Cómo no leer en este programa de Saítta una continuidad de las exhumaciones que Sarlo había iniciado, primero con la publicación en CD de su revista y luego, con *Bazar americano*, pensado en sus comienzos como un sitio de rescate? En un país con bibliotecas públicas rudimentarias y empobrecidas y con políticas sobre archivo discontinuas que varían al compás de los gobiernos que ocupan el Estado, el Archivo que construye Saítta junto a su equipo tiene efectos apenas entrevistos no solo para la investigación sino también para la formación de lectorxs: quienes armamos nuestras bibliotecas personales en ciudades de provincia desprovistas a su vez de buenas bibliotecas públicas (incluidas las universitarias) y sin librerías especializadas hasta el siglo XXI, encontramos aquí la posibilidad de completar esas colecciones que habíamos reunido como pudimos en incontables horas de búsqueda en canjes y viajes a Buenos Aires, La Plata, Rosario, Córdoba y Mar del Plata (lugares donde se contaba con librerías especializadas y con bibliotecas públicas más consolidadas, en consonancia con el lugar que esos polos fueron ocupando en el subcampo nacional desde mediados de los noventa).

modelar lectorxs por–venir vía sus intervenciones, desde *Los Libros* pasando por su trabajo editorial en EUDEBA y el CEAL, *Punto de Vista*, *Bazar americano* y *Viva*, hablo de este tipo de «impacto» que va más allá del tiempo de publicación de sus textos (y utilizo deliberadamente la palabrita para, de paso, oponer un uso positivo, en las antípodas de la ansiedad traducida en urgencia medida por citación inmediata):

> El programa intelectual diseñado por la revista *Punto de Vista* fue central. La revista y las producciones del grupo de intelectuales que la llevaron adelante funcionaron como un laboratorio de ejercicio crítico, un diseño de estrategias para leer, también un modo de escribir ensayos académicos. Por ejemplo, el trabajo de Beatriz Sarlo sobre la modernidad periférica en Buenos Aires fue mi punto de partida para pensar la modernidad limeña en la segunda década del siglo XX de la que pretendí dar cuenta en mi libro sobre la bohemia y el dandismo. La hipótesis central, que elaboré leyendo a Sarlo y pensando en el caso peruano, sostiene la existencia de un proceso de continuidad entre el modernismo y la vanguardia latinoamericana, esta última generalmente mucho más moderada y menos rupturista que las europeas. [*2016*]

Los datos sobre cuándo Bernabé empezó a comprar la revista y dónde la conseguía ratifican no solo el lugar formativo de la publicación, incluso en polos centrales del campo (si bien Rosario no volverá a recuperar el lugar que ocupó durante «los años Prieto» hasta bien entrados los noventa), sino también la diferencia entre el tiempo de la compra y el de la apropiación de su contenido:

> No compraba sistemáticamente la revista. No sé dónde fueron a parar mis ejemplares de aquella época; tampoco sé si alguien me los recomendaba. Claro que cuando obtuve el CD puede revisar otros números. Mucho tiempo después volví a la revista con otros intereses más específicos como los de rastrear la recepción de los estudios culturales y las notas dedicadas a Williams o Hoggart, o para descubrir que Andreas Huyssen, al que comencé a leer a partir de la publicación de *Después de la gran división* por Adriana Hidalgo, ya había sido publicado por *Punto de Vista* en 1987. Y así me suele suceder a menudo porque en el presente *Punto de Vista* juega en efecto retroactivo: voy descubriendo cómo la revista fue formateando mis lecturas futuras. Me gusta mucho ese retorno que suelo experimentar: una lectura a destiempo, en modo anacrónico porque en los ochenta no estaba en condiciones de incorporar ni apreciar cabalmente el amplio espectro de información y de teoría crítica que la revista ofrecía. (Bernabé, 2020)

La misma revista a través de la que, hacia mediados de los noventa, se pusieron en circulación trabajos de Rama, Sarlo, Altamirano, Bourdieu y Williams en la carrera de letras de la UNL,[4] circuló en la UNR prácticamente en paralelo a su publicación pero, como en el Litoral, su apropiación se produjo muchos años después:

> Recuerdo algunos artículos en particular. *Punto de Vista*, en mi experiencia de lectura, comienza con el número 9 de julio–noviembre de 1980 con el ensayo de Ángel Rama publicado bajo el título «Argentina: crisis de una cultura sistemática». Un trabajo de fuerte impacto porque me ayudó mucho en el proceso de adopción de una perspectiva, de un punto de vista, precisamente. Es un momento de esos que una recuerda patente, cuando unas ideas y una forma de exponerlas se vuelven un modelo a seguir, un eje alrededor del cual girar. Claro que en ese momento no lo percibí de este modo, podríamos decir que es un efecto retroactivo. Ahora lo volví a leer y, más allá de la distancia crítica que otorga el paso del tiempo y las coyunturas contemporáneas, alcanzo a ver el programa crítico que en ese momento descubrí. Un proyecto intelectual que me seduce como hace cuarenta años.
>
> Otro artículo que fue crucial para mi formación en aquel tiempo es el de Oscar Terán publicado en el nº 12 del 81: «El primer antiimperialismo latinoamericano». Allí pude apreciar, expuesta de manera magistral, una arqueología del latinoamericanismo que me marcó profundamente y fue clave para el desarrollo de mi tesis de doctorado mucho tiempo después. (Bernabé, 2020)

Tanto en los cuentos como en las investigaciones de Judith Podlubne (G4) *Punto de Vista* cae junto a *El ojo mocho* en discusiones asociadas con los inicios

---

4. Los artículos publicados en Punto de Vista eran bibliografía de Sociología de la cultura, asignatura de la carrera de letras dictada por dos profesoras de historia (cf. FaFoDoc–UNL, Plan 1991). Una de ellas, Lidia Acuña, había realizado una maestría en Estudios Culturales en la Universidad de Londres; su tesis fue dirigida por Raymond Williams. También había cursado un doctorado en Sociología en NYU (Santomero, 2021:222). Por otro lado, el canje de revistas y libros a cargo del cineasta Raúl Beceyro y de la cineasta y poeta Marilyn Contardi, colaboradorxs de la publicación desde los años de su exilio en Francia (la primera cooperación de Beceyro está fechada en 1979 y la de Contardi, en 1980), distribuyó la revista en Santa Fe desde mediados de los ochenta. En 1985, Contardi y Beceyro regresaron al país. Desde entonces lideraron el Taller de cine de la UNL (Peralta, 2016:103). El «canje», ubicado a pocos pasos del edificio donde se dictaba el taller, en la zona centro de la ciudad, es parte de las mitologías del campo intelectual santafesino. La circulación de *Punto de Vista* en la UNL está asociada a estxs agentes.

de su formación, a fines de los ochenta, en Rosario. Revistas y agentes que estimularon la conversación intelectual, es decir, la confrontación inteligente y sin complacencias:

> No sabría cómo precisarlo. Por mi formación, diría que la tradición del ensayismo crítico argentino resultó relevante. Comencé a formarme en un momento (fines de los 80) en el que los problemas giraban en torno a los beneficios y límites de la sociología literaria y al lugar que los llamados «estudios culturales», procedentes de la academia norteamericana, iban ganando espacio en nuestras universidades. Las revistas *Punto de Vista* y *El ojo mocho* daban el pulso de la discusión. Entre los nombres más importantes, María Teresa Gramuglio, con quien conversábamos en vivo y en directo las posiciones de *Punto de Vista*, Beatriz Sarlo, Horacio González, Jorge Panesi, Nicolás Rosa, Miguel Dalmaroni, Alberto Giordano, y a través de Alberto, Juan Ritvo y las perspectivas ineludibles de la filosofía y el psicoanálisis, que finiquitaban con un golpe seco toda ingenuidad, para volver a plantear una y otra vez el problema de la naturaleza del lenguaje. [*2017*]

Hay un cuento de Martín Prieto (G4) que repone con detalle no solo cómo llegaba la revista a Rosario sino lo que la revista les hizo a quienes la leyeron y ayudaron a diseminarla. En medio de un período que recorta entre 1966 y 1986, entre el onganiato y los primeros números de *Diario de Poesía*, el mundo que se abre alrededor de la revista se asocia a las luchas estudiantiles contra el arancelamiento de la universidad en serie con el intento de promover la conversación con quienes osaron aquella publicación que, por aquel entonces, circulaba de modo casero y clandestino. Su relato sobre cómo María Teresa Gramuglio transportaba los ejemplares desde Buenos Aires a Rosario, sobre la organización junto a Alberto Giordano de espacios de debate y de estudio así como el detalle de eventos encadenados que traen los nombres de Analía Capdevila y de Nora Avaro dan letra para arriesgar una hipótesis respecto del lugar vital que jugó aquella publicación iniciada por Sarlo, Altamirano y Piglia en los comienzos de esa otra revista que inventará otro canon para la poesía argentina:

> Los primeros números que llegaban a Rosario los traía María Teresa Gramuglio, cuando venía a visitar a sus padres o a acompañar a su marido, Juan Pablo Renzi, que trabajaba aquí en publicidad. Tenía su estudio en la galería La Favorita y paraban en un hotel que cerró hace poco tiempo, en la cortada Barón de Mauá. Los primeros números venían envueltos en sobres de papel madera. De alguna manera, clandestinos. Ese mismo aire rodeó una actividad importantísima en términos de historia cultural que hicimos en Rosario ese también en 1981, muy en

paralelo y con pocos puntos de comunión con el mundo de los poetas: la creación del Centro de Estudios Críticos, una gran idea de Alberto Giordano, con quien compartimos en esos años y por poco tiempo la distribución artesanal de *Punto de Vista* en Rosario. Organizamos en un local de calle San Juan, el Teatro del Mercado Viejo, una serie de conferencias de las que participaron Enrique Zattara, Carlos Altamirano, Ricardo Piglia y Beatriz Sarlo. Pienso en esas jornadas, muy importantes para todos nosotros, como una suerte de bisagra entre los años 70 y los 80. Por un lado, y hacia los 70, fueron un ejercicio de clandestinidad. Fuimos a la policía, no recuerdo si a la comisaría de calle Paraguay o la Jefatura, a pedir autorización para hacer las jornadas, sin la cual no nos prestaban el teatro. Entraron dos, y con una distancia de 50 metros se apostó cada uno de nosotros, a lo largo de unas cuadras, para avisar en caso de que los que ingresaran no salieran. ¿Qué haríamos si no salían? No sabíamos. No lo pensamos. Salieron. Por otro lado, y hacia los 80, hacia el futuro, por los autores y los problemas que se trataron en esas charlas: Raymond Williams, por Carlos Altamirano, Jan Mukarosky, por Beatriz Sarlo, Iuri Tinianov, por Ricardo Piglia. Todos asuntos que marcaron la agenda teórico–crítica de los años 80 en la Argentina y que nosotros conocimos inmediatamente. Muchos aún tenemos en nuestra biblioteca una copia de la desgrabación de la conferencia de Piglia que hizo Analía Capdevila, que también estaba en el CEC. Esa actividad, coorganizada con *Punto de Vista*, y los viajes cada vez más regulares de María Teresa a Rosario fueron afianzando la relación entre unos y otros, y fue, justamente, en la oficina de la revista en Buenos Aires donde conocí a Daniel Samoilovich. (...) Beatriz Sarlo, que atendía la oficina y de hecho trabajaba ahí, me dijo: «te voy a presentar a un tipo que te va a interesar». En un momento bajó a comprar cigarrillos. Me quedé solo en la oficina. Llegó uno que venía a ver a Beatriz. Nos quedamos los dos en silencio, sin hablarnos, esperando a Beatriz. Volvió. «Ah, ¿ya se presentaron? Él es Daniel Samoilovich». El *Diario de Poesía* surge, de una manera aún muy embrionaria, en esa oficina de *Punto de Vista* en el 81 u 82. (Prieto, 2021c:190–192)

En la autofiguración de Sara Bosoer (G4) *Punto de Vista* se asocia con la tradición intelectual de sus años de inicios:

Si bien mi formación inicial está fuertemente ligada a una tradición culturalista (cuya referencia más clara en el ámbito local podría ser la formación de la revista *Punto de Vista*), creo pertenecer a una camada de investigadores que leen todo lo que esté al alcance a la espera de encontrar los momentos en que esos límites se diluyen. Se trataría de apropiarse de aquello que, más allá de las tradiciones, permita interrogar la experiencia con la literatura. [*2018*]

Tampoco Bosoer compraba regularmente la revista y, como Bernabé, también aprovechó la aparición del CD para hacerse de todos los números, ya avanzado el siglo XXI:

> Creo que leí pocos ejemplares en papel. Accedí a la colección con el CD, que me acuerdo compré en una oferta en la feria del libro, y no inmediatamente que salió. Antes había en internet en un blog de alguna materia de letras de la UBA, algunos números disponibles. No recuerdo exactamente, pero ahí pude, ya en los dos mil, leer unos cuantos. Estaba en la biblioteca de la facultad, pero la verdad es que como estudiante y en los primeros años del dos mil pude usar poco la biblioteca (salvo retirar libros), básicamente porque no tenía quién cuidara a Ludmila y no podía llevarla. También había artículos que formaban parte de la bibliografía cuando estudiaba, en Literatura argentina, Teoría de la crítica y en Metodología. Verónica Delgado trabajaba con revistas y tenían armado un programa de trabajos prácticos en torno a eso. Recuerdo haber visto números en papel en una librería que estaba en el subsuelo de la facultad (una sucursal de Prometeo), y en Capítulo, otra librería medio especializada. (Bosoer, 2020)

En 1986, en el tiempo de su breve retorno a Mar del Plata, Gustavo Bombini (G4) se incorporó como adscripto en la cátedra Teoría literaria de la carrera de letras de la UNMdP, organizó el Ciclo V.O., inició una investigación sobre el «campo intelectual marplatense» (Bombini, 2017[2023]) y, además, contribuyó a diseminar las lecturas que le permitirían a otrxs apropiarse de los capitales específicos que había acumulado durante sus dos últimos años de cursada de la carrera de letras en la UBA, entre 1984 y 1985. Así es como, a propósito del ciclo V.O., organizó un espacio de venta de *Punto de Vista* en Mar del Plata. Dos derivas de estas intervenciones.

La primera: su amiga Ana Porrúa que conoció en el ciclo V.O. a quien sería su directora de tesis doctoral, Beatriz Sarlo, llevará adelante la versión en línea de *Punto de Vista* (movimiento anunciado en 2001 [Sarlo, 2001a:2] y que continúa hasta el presente). La segunda: Bombini se desempeñará como uno de los columnistas de *Bazar* desde sus comienzos. «Una sucesión de azares», dirá (2017). Una autofiguración que no hace justicia al trabajo que precedió y promovió esas «casualidades». Al exhumar el documento que había preparado en 1986 para obtener el aval municipal para el ciclo V.O., recordaba su empecinamiento y su deseo de que en Mar del Plata se leyera *Punto de Vista*. La figura del «pajuerano importador» se reitera. En este caso, para salvar del olvido movimientos que iban de la capital a la provincia:

> En otro párrafo del documento que estoy recuperando leo que dentro del Ciclo se prevé: «La divulgación de todo tipo de material, a disposición del público, en el ámbito de Villa Victoria (Libros, reseñas, artículos, fotocopias, etc.). Se prevé la instalación de un espacio de ventas de diversos materiales a cargo de librerías locales».
>
> No recuerdo la presencia de librerías locales allí pero sí de una gestión que yo hice personalmente que fue «importar» de Buenos Aires, tarea propia de un pajuerano, la revista *Punto de Vista*: se vendía la revista dirigida por Beatriz Sarlo en Villa Victoria, en el espacio donde décadas antes se habían pergeñado muchos números de la revista *Sur*, según el testimonio de Pezzoni. ¿Qué hubiera pensado V.O. sobre esto? En mis viajes de pajuerano importador a Buenos Aires (…), llegaba a las oficinas de *Punto de Vista* en el barrio de Once para retirar mi paquete del número recién salido y ahí rendía cuentas a Sergio Chejfec, primero, luego reemplazado por Aníbal Jarkowski. (Bombini, 2017[2023])

También desde Mar del Plata, Mila Cañón (G4) reconoció huellas dejadas por *Punto de Vista* en su formación. Su apropiación es heterodoxa: hace caer juntas a figuras en tensión como Ludmer, Jitrik, Rosa, Sarlo y Altamirano. Conjunción que importa por lo que revela: en los espacios de recepción lo que cuenta es la potencia de lo que se transfiere, al margen de los antagonismos entre esxs agentes en sus espacios de producción y/o inserción laboral. Así, en su relato se equiparan las clases dictadas por el equipo Ludmer en Mar del Plata con *Punto de Vista*: «Luego nos formamos con Sarlo y Altamirano, con *Punto de Vista* y a pesar de los cambios, respeto aquella época, como luego con Jitrik o Rosa pude repensar la crítica y algunos problemas» [*2018*]. Señalemos que es un Bourdieu apropiado vía Sarlo quien atraviesa su producción hasta el presente (cf. Cañón, 2019). Operación que le permite despegarse de la figura tutelar de Díaz Rönner para hacer lugar a sus propios desarrollos en la línea de las literaturas para las infancias.

Alberto Giordano (G3) y José Luis de Diego (G3) reconocieron que, mientras existió *Punto de Vista*, publicar allí era una meta: «Hasta hace poco tiempo, cuando dejó de salir, mi máxima aspiración como crítico era publicar en *Punto de Vista* (lo conseguí en cuatro ocasiones, y fracasé en otras tantas)», reveló Giordano (2011:14). El ejercicio de una confrontación inteligente que lo obligaba a afinar sus propios argumentos se cuentan entre las razones que, hasta donde se da a entender, explican ese deseo:

> Me entusiasmaba sobre todo la posibilidad de contar con la lectura, generosa por lo inteligente, sin contaminaciones sentimentales, de Beatriz Sarlo. Siempre

> consideré un privilegio la suerte de ser su contemporáneo, poder imaginarla, a través de la cita o la alusión, para acordar o disentir, incluso para polemizar, entre los interlocutores de mi trabajo. Como advertirá el lector de este libro, la presencia de una *perspectiva Sarlo* sobre la narrativa argentina actual ha sido una referencia estimulante para ensayar mi propio recorrido. (2011:14)

Casi diez años más tarde, Giordano volvió a contar el mismo cuento: «mi aspiración era publicar en *Punto de Vista* para poder discutir con Sarlo (me interesaba la conversación con Sarlo). Y lo logré» (2020c).

Por su parte, de Diego describió la revista como «el» espacio de circulación deseado: «soñábamos con publicar en *Punto de Vista*» (2015b). Una publicación que asoció a las conversaciones que, durante la dictadura, se producían en los márgenes de la universidad: «Con la universidad de la dictadura pasaba eso, que uno se iba formando por afuera, con amigos, en cafés, comprando revistas casi clandestinamente» [*2014*]. De Diego precisa qué autores conoció vía *Punto de Vista*: «Williams llegó (...) de la mano de *Punto de Vista* y de la cuarta "B", la tan influyente obra del sociólogo francés Pierre Bourdieu» [*2014*]. Su valoración no se circunscribe a esta importación ni a su rol preponderante en la construcción de firmas del campo literario e intelectual (cf. de Diego, 2003) sino en el haber problematizado los modos de leer y de investigar desde una tradición que, como buen heredero, llevó hacia otro lugar: sus estudios del campo editorial (cf. de Diego, 2006, 2014, 2015a) y su alianza transdisciplinar con Gustavo Sorá con quien organiza los congresos regionales más importantes de esa línea de borde entre ciencias sociales y humanas que supieron construir. Otra deriva de aquella apropiación:

> La revista *Punto de Vista* resultó un objeto de estudio muy importante para mí; era un poco la que iba resignificando la tradición canónica argentina y la que iba canonizando a los nuevos autores. También señalo puntualmente a Sarlo porque era la autora que escribía sobre esa generación, sobre lo que estaba pasando. Esas relaciones para mí fueron muy productivas, más que con otras universidades que sostenían otras tradiciones. [*2014*]

Julio Schvartzman (G2) puso en serie los índices de *Punto de Vista* con las bibliografías de las cátedras de teoría en la UBA de los primeros años de la democracia. Lo que las reúne es su «actualización teórica»:

> Seguí *Punto de Vista* desde el principio (y ahí, mi colección tiene marcas en los aportes de Gramuglio, Sarlo, Piglia, Altamirano, Sazbón, Vezzetti) hasta que, con

> la salida de Piglia, mi interés disminuyó, sin perderse del todo. Diría que los índices de la revista fueron, para muchos, una forma de actualización teórica. [*2014*]

En esa perspectiva, Gonzalo Aguilar (G4) encontró en las teorías introducidas por *Punto de Vista* un «antídoto» contra las perspectivas que se habían tornado hegemónicas en la UBA de los noventa: «el "antídoto Bourdieu", como lo llamé en un artículo para *Causas y azares*, me acercó a Beatriz Sarlo y a la revista *Punto de Vista*, en la que publiqué dos textos» [*2018*].

Para David Oubiña (G4), escribir el primer artículo para *Punto de Vista* significó, en términos simbólicos, un equivalente a doctorarse. No hay ninguna revista del campo (ni científica ni cultural, ni nacional ni internacional) que haya suscitado una valoración semejante en los testimonios de lxs agentes de la muestra:

> Yo había terminado la licenciatura y estaba haciendo el doctorado. Cuando Sarlo y Filipelli me invitaron a escribir en *Punto de Vista*, para mí ese era el doctorado. El otro doctorado. No el académico, sino el que importaba. Pensaba «acá me gradúo; si logro escribir el primer artículo, me gradúo». Para mí fue muy importante llegar a escribir en la revista que habíamos usado como bibliografía en la carrera. [*2018*]

Desde una posición similar, Sergio Delgado (G4) destacó lo aprendido a partir de la revista dirigida por Sarlo, en especial, cuando tuvo la oportunidad de escribir para publicar allí. Pasar por el filtro de la lectura–Sarlo y luego, atender a sus comentarios y observaciones hicieron que el texto publicado en *Punto de Vista* se imprimiera en su recuerdo como su «primer trabajo crítico»:

> En *Punto de Vista* publiqué en 1995 un artículo sobre Juan L. Ortiz que sería luego la base de la introducción a la edición de la *Obra completa*. Publicar en *Punto de Vista* implicaba la lectura generosa pero exigente de Beatriz Sarlo. Si bien escribo desde los 14 ó 15 años, siempre sentí que ese texto, las lecturas y reformulaciones que sufrió en la etapa previa a su publicación en la revista, fue mi primer trabajo crítico. Coincido con Martín Prieto en su *Breve historia...* En esos años *Punto de Vista* intentaba una apertura que Sarlo llevaba adelante con una gran generosidad intelectual. [*2016*]

Margarita Merbilhaá (G4) cursó su carrera de grado y de posgrado en la UNLP. Subrayó el lugar de los textos teóricos y críticos publicados en *Punto de Vista* en la toma de decisiones durante ese período de formación, entre 1989 y 2009:

> En los años de mi formación de grado y luego de posgrado, fueron decisivas en mi producción las orientaciones abiertas por las lecturas críticas y teóricas de la revista *Punto de Vista*, como también sus incidencias en la consagración de escritores como Juan José Saer (de hecho, mis primeras investigaciones fueron sobre sus narraciones). Es decir: Sarlo y Altamirano; Gramuglio. [*2018*]

La relevancia de este pasaje se potencia en conjunción con uno previo en el que Merbilhaá comentó que hasta el fin de su formación de grado, es decir, hacia 1994, la carrera de letras de la UNLP, salvo en las áreas de teorías literarias, lingüísticas y Literatura Iberoamericana, estaba dominada por formas de leer conservadoras. Precisó que a pesar del cambio de planes de estudio, desde las «literaturas clásicas, las dos Literaturas Argentinas (a cargo del mismo profesor, miembro de la Academia Argentina de Letras) y de algunas literaturas extranjeras» se continuaba con enfoques psicologistas o que desatendían «los procesos sociales y culturales» como las «instituciones específicas» con algunas excepciones que incluían a Auerbach en sus planteos. Esta situación, es decir, planes de carrera que se actualizan frente a programas y contenidos de cátedra anquilosados convirtieron a *Punto de Vista* en un instrumento de formación de lxs agentes y luego, de transformación institucional cuando esxs agentes pudieron disputar espacios en la universidad, más allá de que algunxs terminarán publicando en la revista y/o convirtiéndola en objeto de sus investigaciones (de Diego, G3; Dalmaroni, G3; Delgado (S.), G4; Merbilhaá, G4).

En una consulta, Merbilhaá detalló cuándo y cómo empezó a leer la revista, cómo la conseguía. Las fechas importan: en la UNLP la paulatina renovación institucional se expresó tanto en los programas de las materias como en los primeros congresos y revistas gestionados por los grupos que la llevaron adelante. La publicación periódica *Orbis tertius* y el Congreso del mismo nombre se organizaron en 1996 pero antes de que eso sucediera, ya desde los inicios de los noventa, algunas cátedras introducían las perspectivas asociadas a *Punto de Vista*: «Antes de leer la revista, empecé a leer a Sarlo, Altamirano y Gramuglio por algunas (pocas) materias del grado: *Literatura/Sociedad* se daba en Introducción a la literatura (por entonces, José Amícola era el titular y José Luis de Diego, Adjunto de la cátedra)» (2020). A pesar de la cercanía entre Buenos Aires y La Plata, conseguir los materiales no era tarea fácil. Un denominador común entre lxs agentes de los G3 y G4 es la valoración del CD que compiló los primeros 75 números:

> Mi primer ejemplar comprado de la revista es el nº 47 (de agosto de 1993), es decir 8 meses antes de recibirme. Tengo números (unos 12 más o menos) discontinuados

> que van desde esa fecha hasta 2008. No la compraba asiduamente. La fecha en que empecé a comprarlas coincide con un período en que comencé a tener un ingreso más regular como docente de enseñanza media y, desde 1998, en un cargo rentado en la Facultad y una beca de iniciación a la investigación. Conseguía los números en la librería Capítulo 2, a media cuadra de la facultad, que nos proveía de todas las novedades. El dueño y una de las empleadas, Jorge «El Negro» Muiña y Perla Lenzi, eran dos libreros extraordinarios que nos conocían y sabían informarnos sobre las novedades que podían interesarnos. (...) Consulté mucho el CD. Creo recordar que lo compré una vez que vino Beatriz Sarlo a dar una charla a Humanidades. Leía la revista completa en su edición en papel y todos (estimo) los artículos sobre narrativa argentina, sobre *Contorno* y *Sur*, los de Altamirano también, las traducciones de Williams y de Bourdieu. Fui siguiendo lo que publicaban, digamos. (Merbilhaá, 2020)

José Luis de Diego también valoró esta exhumación y resaltó los mismos aspectos que Merbilhaá respecto de la dificultad para conseguir *Punto de Vista* en La Plata prácticamente hasta fines de los ochenta. Importa subrayar que el primer número leído por de Diego sea el 19. Es decir, a pesar de la cercanía espacial, esa publicación que había salido a la calle en Buenos Aires en 1978, se leyó en otros tiempos en La Plata. Más precisamente, el primer número que de Diego consultó fue el publicado en diciembre de 1983:

> No recuerdo cómo ni cuándo empecé a leer *Punto de Vista*; creo que me la pasó un amigo que era profesor de Historia... Lo que sí recuerdo es que la primera que leí fue la 19, la última de las tapas blancas. Y lo recuerdo porque allí estaba «Literatura y política», el artículo de Sarlo que me sirvió mucho porque yo recién estaba empezando a pensar los temas de lo que sería mi tesis. Después conseguí, en algún quiosco de Corrientes, creo, la 20, 21 y 22 (fines del 84) y, a partir de allí, la compraba regularmente, siempre en Buenos Aires porque a La Plata me parece que en esa época no llegaba. Después, ya en funciones de Secretario Académico a partir del 88, me ocupé de que la Facultad la comprara regularmente. De manera que la aparición del CD me facilitó las cosas. (2020b)

Nótese que la compra regular de la revista por una de las bibliotecas universitarias mejor provistas y organizadas del país se produjo a los diez años de salida de la publicación y por iniciativa de un *passeur*. Las derivas de las prácticas de enseñanza, de investigación y de gestión de José Luis de Diego se desprenden de los cuentos que cuentan lxs entonces estudiantes de la UNLP: «Las tradiciones críticas argentinas han jugado un papel central en la formación

de mi mirada crítica; destaco el grupo reunido en torno a la revista *Punto de Vista*» [*2018*], señala Carolina Sancholuz (G4). En una consulta posterior, aclaró cómo se conectó con esa producción, vía qué mediaciones. Su relato confirma varias marcas asociadas: el papel determinante de las bibliotecas de lxs profesorxs en la enseñanza y la investigación universitarias; la necesaria intersección de capital específico y social que permita el acceso a esas bibliotecas y la importancia de la exhumación y la domiciliación digital de archivos,[5] en este caso, a propósito de *Punto de Vista*:

> La revista *Punto de Vista* empiezo a leerla a partir de dos etapas formativas. Por un lado, integré un grupo de estudios conformado por estudiantes de Letras, coordinado por José Luis de Diego. Era un momento en el cual se estaba redefiniendo el nuevo plan de la carrera de Letras en la UNLP (que finalmente salió en 1986) e implicaba una mirada bastante más teórica sobre los estudios literarios. Me temo que no mencioné esta etapa pero fue muy importante en mi formación. En ese grupo leí por primera vez a Barthes, por ejemplo, como así también artículos de la revista *Punto de Vista* que nos abrían la lectura hacia nuestra literatura argentina contemporánea: Saer, Piglia, Juan Martini, por ejemplo. Luego, en un segundo momento, a través de Susana Zanetti, amiga de Sarlo y Gramuglio, en mis asaltos a su biblioteca me prestaba números de la revista. Había circulación de *Punto de Vista* en La Plata, en algunas legendarias librerías que ya no están: Libraco y Capítulo.
>
> Tengo casi todos los números en papel y también el CD. (Sancholuz, 2020)

Punto de Vista también funcionó como un elemento de cohesión desde la lógica de campo. Más allá de las migraciones, forzadas o no, lxs agentes argentinxs residentes en el extranjero encontraron allí un espacio de continuidad de la conversación, sea vía la lectura, sea vía la publicación.

Para publicar en la revista, el capital social específico jugaba un rol definitivo: agentes radicadxs en polos que dominarán el subcampo en el área de literatura argentina y teorías literarias, con variaciones en cuanto a la centralidad según las coyunturas (me refiero a las universidades de Rosario, La Plata y Buenos Aires, espacio rotulado como «eje cerealero agroexportador portuario» [Romano Sued, 2012] por agentes de las universidades de Córdoba, Tucumán

5. Para la diferencia entre «archivo» y «colección», sus consecuencias para la investigación y la importancia estratégica de políticas públicas que comprendan tanto esta distinción como la urgencia de tramitar la gestión de archivos domiciliados en instituciones y en acceso abierto y gratuito, cf. Goldchluk (2022).

y Comahue, a su vez, polos centrales en semiótica, estudios de memoria y microficción, respectivamente),[6] han descripto a Buenos Aires como el centro del centro nacional, no solo por su concentración editorial. Por ejemplo, a pesar de que de Diego consideró que la revista les daba a quienes estaban interesadxs entonces en investigación «todas las herramientas, teóricas e ideológicas que se necesitaban», observó su repliegue: «*Punto de Vista* era muy porteña» (2020). Así como la burocratización creciente y ciega a los colonialismos que replica es el talón de Aquiles de la valoración excluyente de las revistas científicas indexadas (una adhesión acrítica a parámetros de evaluación y jerarquización en cuya definición no hemos participado,[7] más allá de ratificarla con nuestra inercia traducida en aceptación), el lazo entre capital social y participación por invitación es el talón de Aquiles de las culturales.

María Teresa Gramuglio (G1) operó, en más de una oportunidad, como mediadora entre Sarlo, figura entonces intimidante (la imagen de Daniel Link «transpirando» nervioso antes de una entrevista con ella al momento de decidir si lo incorporaba o no a sus grupos de estudio privados es significativa [cf. Link, 2017:87]), y agentes cercanxs a ella interesadxs en publicar allí. Sobre las circunstancias de comienzo de publicación en *Punto de Vista*, Giordano cuenta un cuento que vale la pena reponer completo dado que ahonda en la

6. Importante notar que se trata de polos activos en la disputa de esa centralidad desde una posición de agencia que no calca agenda. Nótese, por ejemplo, que en 2005 Enriqueta Morillas publica los resultados de las *Primeras Jornadas de literatura argentina en la Patagonia* bajo el revelador título *Insurgentes*. Por su parte Laura Pollastri no solo ha producido espigones alrededor del microrrelato sino que ha propiciado investigaciones en esta línea en diversos puntos del país mientras, a la vez, ha batallado por la fabricación de otro canon visibilizado más allá de Argentina (cf. Pollastri, 2007, 2010, 2011; Mellado, 2013, 2015; Román, 2021a; Bollig, 2011a, 2011b, 2011c). Ejemplos de estas disputas de agenda y de corpus en la UNC y en la UNT se desagregan en otros apartados.

7. El «nuevo carácter de la dependencia académica» fue definido por Fernanda Beigel como «una estructura desigual de producción y circulación del conocimiento construida históricamente desde los tradicionales "centros de excelencia", sin la participación de las comunidades científicas periféricas» que se traduce «en la creciente heterogeneidad estructural del campo, la heteronomía de los criterios de evaluación y la externalización de los principios de la producción científica local» (2016). En su reconstrucción histórica del proceso destacó la tensión entre el CONICET y las universidades nacionales al precisar por qué fue el modelo de ciencia formateado por las ciencias exactas y naturales las que terminaron moldeando las prácticas de evaluación y, por lo tanto, la producción de lxs agentes de ciencias humanas y sociales, en especial, de lxs que se insertan en el CONICET más que en la universidad (2017:33–834).

posición ética de Sarlo frente a la disidencia. Pura hospitalidad desde la seguridad desde la que se escribe el propio trabajo:

> 19 de marzo
> Memorias de un polemista
> (...) Al interés por la polémica debo uno de los episodios más felices de mi oficio como crítico: la publicación en *Punto de Vista* de una extensa intervención sobre la forma de los ensayos borgianos, sostenida en un cuestionamiento sistemático de las lecturas que había hecho Beatriz Sarlo del mismo corpus de referencia. Lo que yo trataba de argumentar, para abrirle camino a otra interpretación que apenas entreveía, era que la crítica de Sarlo ejercía una fuerza reductora en tanto limitaba la potencia literaria de los experimentos borgianos por desconocer las inestabilidades propias de la ironía como forma de pensamiento. Para usar una retórica blanchotiana a la que era muy afecto por aquella época, lo que yo pretendía demostrar era que Sarlo no había podido apreciar «lo esencial» de las búsquedas que Borges realizaba en sus ensayos. Según me contó María Teresa Gramuglio, que fue quien se lo había acercado, Sarlo leyó mi texto y decidió que había que publicarlo inmediatamente. De una sola vez, mostró que la figura del ensayista presupone y alienta el disenso y que, en los márgenes de las instituciones universitarias, todavía se valoraban las incomodidades que provoca el pensamiento crítico. (2020b:22)

Gramuglio facilitó las relaciones entre lxs agentes de la UNR con el grupo de *Punto de Vista* en diferentes tiempos: conectó a lxs insertos en ese polo del subcampo durante los primeros años del primer ciclo de la posdictadura así como antes había conectado a lxs profesorxs que, como ella, habían debido huir ante las amenazas de la Triple AAA que permitieron avizorar lo que vendría después. La conexión de Sarlo con Catelli, primero lectora, luego colaboradora de la publicación, se realizó vía su mediación:

> En 1975 Gramuglio y Renzi se habían mudado a Buenos Aires. Nosotros nos fuimos en diciembre de ese año. En Buenos Aires se conocieron Gramuglio y Sarlo. Cuando en 1978 se formó *Punto de Vista*, María Teresa nos mandó inmediatamente un boleto de suscripción y nos suscribimos Jorge Belinsky y yo. De hecho, tengo dos colecciones completas.
>
> A principios o mediados de los ochenta, Beatriz y Carlos Altamirano vinieron a Barcelona (no nos conocíamos) y pararon en nuestra casa. Poco tiempo después me invitaron a publicar (...). Y tiempo después Hugo Vezzetti lo invitó a Jorge a publicar también. Y lo hizo. Las comunicaciones eran por carta, y después en nuestras visitas a Buenos Aires. (Catelli, 2020a)

Los relatos de Catelli, reveladores respecto del papel cohesivo de la revista, se repitieron a lo largo del tiempo, prácticamente sin variación: «*Punto de Vista* nos llegó, desde su primer número, a través de María Teresa Gramuglio, y fortaleció, tanto en Belinsky como en mí, una realidad intelectual argentina que nunca fue lejana y nunca se desvaneció» (2020b:329). Ese subcampo fragmentado con agentes dispersxs por el mundo se articulaba en una de sus facciones vía esta publicación que permitía seguir los debates teóricos, políticos e ideológicos y, en el caso de Catelli, intervenir en ellos vía la publicación:

> Visto en perspectiva, nos sirvió —puedo hablar en plural, con los debidos recaudos porque apelo a mi recuerdo de Jorge pero también a su producción, que siempre fue heterodoxa con respecto al lacanismo («laica», la llamó Vezzetti en una reseña en *Punto de Vista* sobre su primer libro)— para dos cosas: 1) seguir los debates y tendencias críticas argentinas —auge del lacanismo y telquelismo— desde una cierta distancia, la de *Punto de Vista*, que suponía la incorporación de otras aproximaciones, además de la de Bourdieu *et alia*. Y apreciar el lugar que se le dio a Adolfo Prieto, por ejemplo; y la vertiente más «anglosajona», como las de Said o Williams en *Punto de Vista* (...); 2) en menor medida nos sirvió para poder participar en una reflexión acerca no solo de la dictadura y sus horrores sino de una reflexión, incipiente y necesaria, acerca del accionar de la izquierda entre 1968 y 1973. Y debo recordar que durante la guerra de las Malvinas nos llegó en un sobre, de parte de esos amigos, los de *Punto de Vista*, la carta de rechazo —tan minoritaria— a la invasión de las Malvinas. (2020a)

Seguir los debates críticos y/o participar de ellos a través de esta revista ha sido una práctica importante, en especial para los agentes del G2 residentes en el extranjero. Al nombre de Catelli se agregan los de Andrea Pagni (G2) y Raúl Antelo (G2). Más allá de sus cuentos, la marca de *Punto de Vista* en Pagni se traduce en la posición teórica desde la cual trabaja y también en las redes intelectuales de las que participa, en particular desde la línea de investigación que desarrolla: los estudios de traducción. Patricia Willson (G3), formada con Sarlo, aparece en su relato en lugar destacado:

> En Alemania me suscribí a la revista *Punto de Vista*, que poseo completa, y seguí en la medida de lo posible el debate intelectual del grupo en torno a Beatriz Sarlo. Desde que comencé a interesarme por el tema de la historia de la traducción, a mediados de los años noventa, mi principal interlocutora fue y sigue siendo Patricia Willson —tanto mientras estuvo en Argentina, como luego en México y ahora en Bélgica—. Me han sido muy útiles en el marco de la metodología que

> he desarrollado, basada en el cotejo de textos y de los contextos de publicación, los trabajos de Pierre Bourdieu y de la sociología de la traducción elaborados a partir de Bourdieu. [*2015*]

Antelo ya residía en Brasil (eran sus años de comienzos, en San Pablo) cuando la conoció a Sarlo. El encuentro se produjo en las oficinas del CEAL y vía Zanetti (G1). El lazo se mantuvo, en principio, a través del envío sistemático de la revista. Algunos años más tarde, establecido en la Universidade Federal de Santa Catarina, Antelo la invitó a Sarlo a dictar un curso. En 1998, organizó junto a Ana Luiza Andrade y Maria Lucia de Barros Camargo un encuentro de la ABRALIC alrededor de una pregunta: «¿Literatura Comparada = Estudios Culturales?» (1999:9). Ese encuentro reunió a varixs argentinxs en diáspora: Adriana Rodríguez Pérsico (G2), Luz Rodríguez Carranza (G2), Sarlo y el propio Antelo que por esa época publicaba su primer artículo en *Punto de Vista* (cf. Antelo, 1999); el último, escrito a pedido para un número de cierre no anunciado como tal a los colaboradorxs (cf. Antelo, 2008). Como Giordano, enfatizó la importancia de esa publicación en la construcción de un lazo intelectual cimentado en la hospitalidad y la conversación inteligente que no esquivó la diferencia de posiciones sobre asuntos diversos. La equiparación inicial, Sarlo es *Punto de Vista* como Victoria Ocampo es *Sur*, expone su lectura sobre el papel articulador de estas dos mujeres en formaciones que marcaron buena parte de los debates del campo intelectual de su tiempo. Mujeres que, con una disposición diferencial de capitales económicos, movilizaron sus capitales específicos para impulsar proyectos sostenidos de intervención cultural, literaria y política:

> Me preguntás por *Punto de Vista*. Es decir Beatriz. Es como separar *Sur* de VO. A Beatriz la habré conocido en el ochenta en la redacción del Centro Editor. Vivía todavía en San Pablo. Fui a verla a Susana Zanetti y me la presentó. Claro que ya la había leído. Fue *coup de foudre*. (...) Nació de ella el mandarme la revista todos los meses. En el 82, creo, la invité a dar un curso en la UFSC. (...) Y recuerdo que oía mis interrupciones en el curso dando ejemplos de literatura brasileña a una exposición que era básicamente argentina y europea. Le divertía mi aparato de chismografía tropical dando relleno local a los esquemas que ella traía. Lo pasamos muy bien. Debe haber por ahí alguna foto libando vinos en algún restaurante.
>
> Sé que al final de la revista (sin yo saberlo) ella me pide un texto. No recuerdo si me dio el tema o simplemente me pidió el texto. En algún momento posterior me dijo que no quería cerrar la revista sin que apareciera algo mío en ella. Muy gente. (2020)

Hay una coincidencia notable en las trayectorias de Antelo y de Sarlo: por la misma época rondaron a Antonio Candido. Sarlo había viajado a Brasil para entrevistarlo y publicó ese intercambio en el número 8 de *Punto de Vista* (cf. Candido, 1980); Antelo lo estudiaba en San Pablo donde hacía su doctorado. Veinte años más tarde, coordinó una publicación de corte exhumatorio y de filo bourdieusiano: *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos* recogió variados estados de la discusión intelectual a propósito del proyecto de «sofisticar en el plano de lo imaginario la intervención reflexiva latinoamericana» (Antelo, 2001:10). Para ello rescató un estado de los debates en el que Rama, Candido y Sarlo jugaron un papel protagónico en el subcampo regional. Entre otras operaciones, repuso la entrevista de 1980 a la que agregó los cuentos que Sarlo contó sobre aquella aventura. Una aventura animada por el deseo y la voluntad de intervención, a pesar de la precariedad, y con el sostén de esa red entre argentinxs en diáspora (ver cómo en la cita que sigue se pone de manifiesto, otra vez, la dificultad para el acceso a la información sobre encuentros científicos en aquel mundo previo a la Web). En su autofiguración, Sarlo evocó aquel momento de comienzos marcado por el «activismo» y la resistencia intelectual cuya importancia simbólica minimizó aunque sin desconocerla al interactuar con las firmas del campo de los estudios literarios latinoamericanos de entonces:

> Entrevisté a Antonio Candido en enero de 1980. Llegué a Brasil sin una invitación oficial a las Jornadas de Literaturas Latinoamericanas (nótese el plural que venía directamente de la problemática desarrollada en la reunión) que se realizaba en Campinas. Me sentía una intrusa, aunque la buena voluntad de algunos asistentes atenuaba los efectos de este «fuera de lugar», en especial la cordialidad de Susy Sperber que me llevó a su casa para que no gastara en un hotel imposible para mí que había viajado en ómnibus desde Buenos Aires.
>
> Me había enterado de la reunión por Ángel Núñez, un exiliado argentino que me entusiasmó para que intentara el viaje. Con estos detalles, penosamente biográficos, quiero simplemente subrayar que yo era una supernumeraria en esas Jornadas donde se discutirían los grandes lineamientos de un proyecto de historia de la literatura latinoamericana. Para eso, estaban presentes también Antonio Cornejo Polar y Ángel Rama que desembarcó en las sesiones un día después de su comienzo con un bolso al hombro, radiante, como siempre iba verlo hasta su muerte. Mi timidez me descolocaba. Sabía que tenía poco en común con esos grandes nombres, a pesar de la apertura de Ana Pizarro que terminaría dirigiendo el proyecto, y del activismo de quienes me presentaban como la directora de *Punto de Vista* (no había muchos otros datos que agregar y, además, casi todos

> se enteraban de la revista en ese momento). Sin embargo, era imposible quedar al margen en un lugar donde otro argentino, Jorge Schwartz, y un ya reconocidísimo crítico brasileño, Roberto Schwarz, practicaron una discreta pero eficaz integración de esta *outsider*.(Sarlo, 2001b:35)

El detalle de lo acontecido en aquel encuentro facilitado por el capital simbólico que entonces le daba dirigir una revista que, si bien solo tenía dos años, había logrado publicar entrevistas a Raymond Williams y Richard Hoggart, ayuda a entender las razones que motivaron el trabajo de difusión de Candido que siguió a aquella conversación. La intersección de trabajo formal, estético, social e ideológico sobre la literatura que Candido defendió en aquel intercambio coincidía con las búsquedas de Sarlo. Sus batallas por la redefinición de los modos de leer habían encontrado en el campo regional un aliado cuya perspectiva se encargó de difundir en Argentina:

> Ni qué decirlo, caí rendida ante la cortesía exquisita y la agudeza resguardada por la discreción de Antonio Candido. Entre las misiones imaginarias que yo me había fijado para esa reunión (que justificaban el viaje) estaba la de entrevistar a Candido, Cornejo y Rama. Les mostré la revista, especialmente el número en que aparecían reportajes a Raymond Williams y Richard Hoggart. Accedieron.
>
> Con Antonio Candido hicimos la entrevista en un aula de la UNICAMP, vacía, con una ventana que daba hacia un espacio verde. Tengo fotos tomadas algunas horas después. Candido con un saco claro, con pliegue y traba en la espalda, perfectamente distendido, un aristócrata entre gente en cuclillas que sonreía casi demasiado. Debo confesar que ese reportaje, hecho de modo un poco irresponsable, fue más que la síntesis de mi conocimiento de Antonio Candido, el impulso para una larga relación con su obra. (...) Candido me dio lo que, en esos años, andaba buscando por todas partes. Quien lea el reportaje sabrá de qué modo subraya la dimensión formal y estética en una visión que no dejaba de ser social e ideológica de la literatura. Viajé de vuelta a Buenos Aires con todos sus libros. (Sarlo, 2001:36)

Algo parecido a la transferencia tuvo lugar durante aquella entrevista que impulsó la difusión de su obra en *Punto de Vista* y en el manual firmado junto a Altamirano que Elvira Arnoux le había pedido para la colección Universidad: «ese librito» que «ponía al día una disciplina que, por puro fervor asesino, la dictadura y sus secuaces universitarios habían puesto entre paréntesis» (Link, 2018:695). Un librito en sintonía con las convicciones de Arnoux respecto de la «vinculación lingüística» como «necesidad» y «bandera» de la «integración

cultural latinoamericana» (Sarlo y Altamirano, 1983); declaración convergente con la decisión de no traducir el artículo de Candido allí incluido.

A propósito de Sarlo y de Candido, pero también de Rama, Antelo contó un cuento que volvió sobre las condiciones materiales de producción en aquella turbulenta coyuntura histórica y sobre sus fantasías de nano–intervención a comienzos de los ochenta, fecha en la que se realizó la entrevista. Como adelanté, la voluntad de «sofisticar» la «intervención reflexiva latinoamericana» habría inspirado aquellas acciones:

> Algo de eso se capta en el diálogo que Candido mantuvo con una crítica que no pertenece ni a su generación ni a la de Rama pero que, sin embargo, guarda estrechos vínculos con los presupuestos teóricos de ambos, Beatriz Sarlo. Es un diálogo muy esclarecedor, no solo por la coyuntura que lo hizo posible, en medio del control dictatorial en toda la región, sino porque, en lo que atañe a las trayectorias individuales, revela una suerte de recambio generacional.
>
> Candido hace seis años que ya no da cursos regulares en la Universidad de São Paulo (...). Se va gradualmente jubilando. Sarlo tampoco ofrece cursos regulares en la Universidad de Buenos Aires. Su circuito es aún la alternativa cavernícola de resistencia y habrá que aguardar a la redemocratización, tres años más tarde, para ver su discurso institucionalizado y, en consecuencia, proyectado a la región y fuera de ella. (...) Candido le da a Sarlo una dimensión formal y estética que, más allá de fundir lo social a lo ideológico, se orienta hacia el horizonte de una historia cultural, como análisis del trabajo de la representación en que las estructuras del mundo social ya no son un dato objetivo sino estructuras históricamente producidas por prácticas culturales articuladas que a la postre construyen esa figura. (...) En todo caso, permanece viva en ambos la idea normativa de la historia y de la experiencia. (Antelo, 2001:10)

A esos materiales sumó otros que reponen cómo «leyeron la entrevista» algunxs de «los críticos más jóvenes» (Antelo es un nato constructor de redes informales que sostuvo con el mismo tesón con que participó de las formales [cf. Cámara y Klinger, 2022]), «es decir, aquellos para quienes la figura y la experiencia ya son fruto de relato, efecto de discurso»: Florencia Garramuño (G4), Adriana Amante (G4) y Gonzalo Aguilar (G4). Al cerrar el texto de presentación para estos ensayos, abiertos a lo por–venir y entre el don y la deuda con un maestro, volvió sobre esta «comunidad» construida a partir de la discusión intelectual:

> Merleau–Ponty decía que toda revolución es verdadera como movimiento aunque sea falsa como régimen. La idea cae como un guante para describir el método de Antonio Candido. Ojalá se aplique también a este conjunto de textos que miran para adelante, hacia una comunidad que generosamente colaboró en el proyecto y a la que soy particularmente grato (...). Pero los textos no miran solo hacia adelante; retrospectivamente, miran, recuerdan, imaginan al maestro que una mañana de abril de 1973 supo acogerme en su pedagogía. (Antelo, 2001:20)

Es necesario repetirlo: ninguna otra revista, ni científica ni cultural, ni nacional ni internacional, tuvo una valoración semejante entre lxs agentes de la muestra. En un espacio transido por lo episódico, este fue un proyecto intelectual de larga duración, sostenido con firmeza en ese borde entre el activismo en formaciones y los capitales específicos construidos, en parte, en la educación pública.

No obstante, su circulación, en especial en el subcampo recortado desde el perímetro nacional, solo comenzó a activarse una vez concluida la dictadura. Carmen Perilli (G2) observa la velocidad diferencial de difusión de las ideas tanto antes de la emergencia de las nuevas tecnologías como durante los años del terrorismo de Estado: comparó su situación con la de otrxs intelectuales latinoamericanxs para quienes actualizarse era luchar contra las condiciones de producción mientras situó a Buenos Aires en el centro del subcampo regional tal como lo harán también otros latinoamericanistas (cf. Rocca, 2009; Corral, 2021; de Castro, 2021):

> No teníamos muchos andamios para iniciarnos en la investigación; nos faltaban dos grandes áreas: crítica literaria y lingüística. Algo que no solo nos sucede a nosotros sino en la formación de generaciones continentales como las de Ángel Rama y Antonio Candido. La América Latina de los 60 comienza a valorar los estudios teóricos, sobre todo en Buenos Aires donde se introducen los libros que se quedan en el puerto —Roland Barthes, Julia Kristeva, Mijail Bajtin, Michel Foucault, etc.—. Estos autores van a ser retirados de circulación con la dictadura y recién con la llegada de la democracia comenzamos a incorporarlos. Revistas como *Punto de Vista* no llegaban a nuestras manos. Hay que recordar que las tecnologías no estaban de nuestra parte. [*2016*]

Esa colocación de Buenos Aires, y de *Punto de Vista* en Buenos Aires, no se dio por azar. Nótese, por ejemplo, que Perilli se lamenta por no haber podido acceder con el ritmo que hubiera deseado a los números de esa revista (refiere, recordemos, a un tiempo previo al mundo en un click y a un espacio desarticulado por la dictadura). Nótese que ni siquiera menciona lo que publicaban

por aquel entonces lxs profesorxs de la UBA. Hay allí una pista para leer una marca definitiva de esta publicación: en el editorial que escribió para el último número, Sarlo admitió que el sentido de esos treinta años de trabajo no había estado puesto en «la actividad conservadora de recopilar buenos artículos» sino más bien en hacer «vir[ar] los ejes del debate» (2008b:2). Rotundo reconocimiento de fantasías de nano–intervención que identifican la marca que singulariza a las revistas culturales. Marca que será tomada como bandera solo por algunas de las científicas; no casualmente, las que contribuirán, aunque más débilmente, a instalar algunos asuntos en la agenda aunque sin el aura y la épica que envuelven a las culturales.

Búsquedas y resistencias, de *Contorno* a *Babel* y más allá...

Una constante en la valorización de las revistas culturales desprendida de los cuentos de la muestra se asocia al desafío de publicar en espacios tan atentos a la escritura como a lo que Mariana Catalin, en su exhaustivo estudio de *Babel. Revista de libros*, llamó una «intervención» (2014). Esa revista cuyo primer número se publicó en abril de 1988, se apartaba de los proyectos modernos que marcaron el «campo literario e intelectual argentino» de los ochenta, no obstante, sin abandonar ciertas fantasías respecto de lo que la literatura puede: «en la autofiguración de sus miembros ser escritores es, todavía, un elemento fundamental» (Catalin, 2014:11). Recordemos que en ese primer número publicaron, entre otrxs, Alan Pauls, Analía Roffo, Mónica Tamborenea, Jorge Warley (G3), Graciela Montaldo (G3), Daniel Link (G3), Renata Rocco–Cuzzi, César Aira, María Moreno, Sergio Chejfec, Horacio González y Nicolás Casullo: una constelación ecléctica cuya producción borronea los límites entre disciplinas junto a otros binomios que Catalin detalla mientras dialoga con los estudios previos sobre la publicación (entre otros, los de Verónica Delgado, Luz Rodríguez Carranza, José Luis de Diego, Roxana Patiño y Miguel Dalmaroni).

En ese espacio de «gozne entre dos épocas» (hallazgo de Patiño que Catalin retoma [2014:21]) en el que caían juntos Saer con Aira así como asuntos planteados desde «dominios tan diversos como la filosofía, la historia, la política y la literatura» (Catalin, 2014:19) se solicitaban los «modos de leer y de pensar» (19) al uso: ese habitar «entre dos épocas» no hizo lugar a «pasajes tranquilos ni aceptaciones acríticas» sino a una producción que se planteó a partir de estos problemas (22). Un desafío que suscitó la atención de agentes de diferentes generaciones. Adriana Amante (G4) describió la experiencia de haber

publicado allí como «intimidante» y estimulante a la vez dado el ejercicio singular de la práctica intelectual que se movilizaba:

> Fue de algún modo recibir la herencia de esos que nos estaban formando y que tenían mucha colocación social en términos de repercusión: eran firmas y eran nombres. Y nosotros teníamos toda la ignorancia del mundo. Era como si nos hubieran dado un crédito. Y todavía hoy pienso: «¡Qué osadía!». En especial por parte de Guillermo Saavedra que aceptó la recomendación que había hecho Marcos Mayer (que había sido nuestro profesor y fue quien me llevó a la cátedra de Viñas). Más que el mérito que puedan haber tenido nuestras notas —que creo que eran sinceramente malas—, lo que nos dio *Babel* fue un entrenamiento. (...) *Babel* fue un disparador de otra forma de la práctica intelectual fuerte; una experiencia muy intensa, de mucho intercambio, que nos marcó. Nuestra producción no fue muy buena; pero lo que produjo en nosotros perdura hasta el presente. [*2018*]

Para David Oubiña (G4), escribir en *Babel*, *El Amante* y luego *Punto de Vista* fue no solo una experiencia formativa sino también la oportunidad de llevar lo construido desde la universidad a otros espacios:

> El otro punto que, en nuestro caso, tuvo importancia fue la revista *Babel*: antes de recibirnos, empezamos a escribir en la revista *Babel* (...); todo eso constituyó una primera experiencia formativa en el terreno de la escritura. (...) *Babel* cumplía esa función de trabajo de campo. Es como en los profesorados, cuando llega el momento de hacer las prácticas. *Babel* fue, en ese sentido, como hacer las prácticas de escritura.
>
> Después colaboré mucho tiempo con la revista *El Amante* que era muy diferente: era una revista de cine, pero no académica. Más bien: antiacadémica. *Babel* tampoco era una revista académica; pero estaba integrada por muchos académicos y estaba vinculada a la universidad. *El Amante* era una revista especializada, periodística, de cine, donde yo era, casi peyorativamente, «el académico». La experiencia me sirvió porque era como replicar la formación que habían tenido nuestros maestros, que eran universitarios pero que —al mismo tiempo— trabajaban afuera de la universidad haciendo otras cosas en las que aplicaban su aprendizaje universitario. [*2018*]

Algo de esa escuela tuvo un eco en otras prácticas: en 2006, en un panel sobre las historias de la literatura nacional, María Teresa Gramuglio (G1) señaló la marca dejada por lxs jóvenes formadxs en *Babel* en uno de los tomos del proyecto trunco de David Viñas. En ese texto de 1988 escribieron, entre otros,

Graciela Montaldo (G3), Aníbal Jarkowski, Delfina Muschietti, Carlos Mangone, Alan Pauls y Nora Domínguez (G2) que habían construido sus capitales específicos entre instituciones y formaciones durante la última dictadura (cf. Montaldo, 1988[2006]). Gramuglio se detuvo en la creatividad desarrapada de un subtítulo de Gilman quien, algunos años después, escribió su monumental tesis–cuento (Gilman, 2003): en «Florida y Boedo: dos vanguardias que no hacen una» (Gilman, 1988[2006]), reconoció el tono y el gesto de aquellxs jóvenes que estaban empezando a marcar el subcampo. Congruente con ese talante y esa posición, treinta años después, Nora Dominguez imaginó no solo la primera historia de la literatura argentina dirigida por mujeres sino también una que se quiere «feminista» (cf. Domínguez, Arnés y Punte, 2020).

Cabe destacar que lxs agentes de los G4 y G5, en especial lxs que pertenecen al CONICET y están desconformes con los actuales criterios de evaluación, plegados a los estándares de la «globalización académica neoliberal» (Batthyány, 2020), valoran revistas culturales de diferentes épocas (*Literal*, *Contorno*, *Pasado y presente*, *Confines*, *El ojo mocho*, *Babel*, *Las ranas*, *El Amante*, *Causas y azares*). Valoraciones convincentes dadas las prácticas realizadas: se observa la alternancia de publicaciones en revistas científicas con la colaboración y/o la gestión de revistas culturales (*Diario de poesía*, *Otra parte*, *El río sin orillas*, *Boca de sapo*, *Luthor*, *Escritores del mundo*, *Grumo*, *Planta*, *El interpretador*, *Präuse*, *Kilómetro III*, *La ballena azul*, *Transas. Letras y artes de América Latina*), de revistas universitarias que no se ajustaron a los patrones de indexación (*El matadero*, *Boletín*), de editoriales autogestionadas (Beatriz Viterbo, 17 grises, Nube negra) y de sitios en línea como *Bazar americano*, *Informe Escaleno*, etc. (ver Anexo 3, Entrevistas).

La importancia de estas publicaciones atraviesa los grupos. Por ejemplo, Andrés Avellaneda (G1) puso de relieve las intervenciones de *Contorno* en la configuración de un modo de leer que fue más allá de su generación tal como lo constatan los testimonios recogidos en esta investigación y las prácticas de lxs agentes:

> La tradición intelectual de origen a que remito todo mi trabajo es la que origina el grupo *Contorno* por medio de sus tres representantes más influyentes: Noé Jitrik, David Viñas y Adolfo Prieto. La obra de estos ensayistas–investigadores es fundamental para el trabajo de mi generación y de las que siguieron a la mía, en el sentido de entender el hecho literario y cultural en su vinculación con el tejido sociopolítico e histórico, sin desvincular lo literario de su base de sustentación en la lengua y en la tradición de las formas y facturas textuales. [*2016*]

Sarlo (G1) rescató estos aportes vía las figuras de Adolfo Prieto y de David Viñas, en especial, durante los años en los que la institucionalización de las teorías a las que alude Avellaneda resultaba inviable (cf. Sarlo, 1981). Pampa Arán (G1) asoció las modificaciones estructurales producidas a partir de 1959 en la sede rosarina de la UNL con la impronta del grupo Contorno. Interesa en particular un énfasis: Arán no recuerda la publicación universitaria fundada por Prieto en 1959, el *Boletín de literaturas hispánicas*, sino ese colectivo asociado a una revista cultural pergeñada en el borde entre formaciones y capitales específicos construidos en la universidad pública:

> Mis padres eran de Rosario adonde nos mudamos por problemas políticos con el peronismo. Allí hice el Normal y cursé profesorado y licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras que por entonces pertenecía a la Universidad Nacional del Litoral. Tuve la suerte de tener al grupo de jóvenes de *Contorno* (Viñas, Prieto, Alcalde) y otros profes porteños como Tulio Halperin que rindieron sus primeros concursos después del 55 y condujeron la facultad de otro modo. [*2017*]

Una posición similar se lee en Ana María Barrenechea (G1) quien, por los años ochenta, describía a *Contorno* como «uno de los intentos más serios de revaluación crítica de la literatura argentina como expresión de un grupo» (1982:46) mientras situaba sus intervenciones en serie con otras que tenían a David Viñas, Noé Jitrik y Adolfo Prieto como protagonistas. Julio Schvartzman (G2) valoró el papel jugado en su formación por varias revistas culturales mientras subrayó su lectura tardía de *Contorno*:

> Yo leía, desde *El Escarabajo de Oro* a *El Barrilete* de Santoro, cuanta revista literaria encontrara en los quioscos de Corrientes, alrededor del Lorraine. Y también las que se hacían en el contexto de la facultad, como *Envido*, creada por Arturo Armada (...).El único número de *Literatura y Sociedad*, la revista de Piglia, era un estado de la cuestión. No fui lector contemporáneo de *Contorno*, aunque pude recuperar su lectura gracias a una colección incompleta que tenía el Instituto «Ricardo Rojas». Y cuando salió *Literatura argentina y realidad política*, me pareció una apuesta impresionante y desde ahí seguí todo lo que hacía Viñas, incluyendo narrativa y teatro. También me enganché mucho con las primeras publicaciones de Jitrik, de Adolfo Prieto, Sebrelli y Masotta. Más tarde, con Correas. [*2014*]

El carácter por–venir de lxs lectorxs de una revista es un dato que se extrae, por repetición, de los testimonios de la muestra. Una marca transversal que cuestiona la urgencia con que se «mide» el «impacto» de las producciones de

este subcampo específico. Así, la diferencia entre el tiempo de publicación de *Contorno* y su «impacto» en prácticas de agentes del G4, por poner un ejemplo, es notable. Nora Avaro, que escribió la más completa biografía intelectual de Adolfo Prieto (cf. Avaro, 2015), destacó los envíos generados por *Contorno* en una suerte de formación autodidacta. Una transferencia en la que involucró a Analía Capdevila. Su relato y su obra constatan que son las publicaciones asociadas, derivadas e incluso enfrentadas a *Contorno*, las que organizaron su mapa de lecturas (cf. Anexo 3, Entrevistas).

Marcela Croce (G4) que escribió una tesis doctoral sobre Viñas (cf. Croce, 2005), recuperó la marca de *Contorno* en sus prácticas en un arco que comprende desde la gestión de publicaciones hasta su modo de leer: «La impronta de *Contorno* me dio el impulso para valerme de seudónimos en el armado de la revista *El matadero*, por ejemplo. Desde el punto de vista crítico, trato de recuperar una mirada poco complaciente con los enfoques inmanentes como la que proveyó Viñas» [*2018*].

Hernán Pas (G4) encontró en los trabajos de algunos de los referentes de *Contorno* una fuente de productividad para su singular articulación entre historia y crítica literaria: «Mi producción reconoce algunos exponentes destacables de la crítica literaria argentina, de modo general desde el grupo Contorno en adelante (Viñas, Jitrik, Prieto)» [*2018*].

Sylvia Saítta (G4) lee a *Punto de Vista* en continuidad con *Contorno* mientras se reconoce deudora de esa tradición:

> Creo que mi formación y mis trabajos de investigación son deudores de dos grandes tradiciones intelectuales argentinas. Por un lado, la tradición intelectual que se abre en los años cincuenta con el denominado grupo *Contorno* y que siguió después en *Punto de Vista*; por otro, la tradición intelectual de la historia de las ideas, cuyo principal referente fue, para mí, el Seminario Oscar Terán, ámbito al que pertenecí durante muchos años. [*2014*]

La constelación de fragmentos recogidos le dan la razón a Miguel Vitagliano cuando afirma que «la experiencia de *Contorno* fue el nodo que posibilitó el desarrollo de la nueva teoría literaria en el país» (2015:6). Otra vez: son los polos dominantes los que irradian sobre los periféricos marcando la agenda.

Isabel Quintana (G4) puso en un lugar central de ese proceso a tres revistas que intersectan ciencias humanas y sociales desde una mirada aguda sobre el campo político. No casualmente utilizó la palabra «intelectuales» cuando hizo foco en las figuras que las lideraron y que marcaron su formación. Su búsqueda de producir y enseñar desde una trama que comprometa algo más que un

saber técnico se expresa en esta breve frase: «La tradición crítica argentina de los años 80 fue fundamental en mi formación (los intelectuales que pertenecieron a *Punto de Vista*, *Pasado y Presente*, luego los de *Confines*)» [*2017*].

Carlos Surghi (G5) hizo serie entre algunas revistas publicadas en Buenos Aires, Rosario y Córdoba con las ya míticas clases dictadas en la UBA por Sarlo, Piglia y Ludmer durante los primeros años de la restitución democrática. Es una consistente asunción ético–política la que, en cada caso, con sus singularidades, valora. Con el eco de *Contra Córdoba* (texto en el que Diego Tatián arriesga la hipótesis de que «todo» lo que en esa ciudad «ha dejado una marca o ha logrado producir un hecho libertario, con independencia de su duración» se ha relalizado «contra Córdoba, a pesar de Córdoba, no obstante Córdoba» [2016:160]), Surghi encuentra restos de una insumisión estética en *Contorno*, en *Paradoxa* y luego en *Escrita* mientras destaca las intervenciones de Antonio Oviedo en Córdoba y de Juan Ritvo en Rosario cuyo trabajo en formaciones va desde los años de las catacumbas hasta su papel como director de la reciente colección La palabra quebrada de la editorial autogestionada Nube negra en la que Surghi publica (cf. Surghi, 2021):

> El tema del ensayo fue siempre algo que me interesó. Sobre todo en dos momentos, podríamos decir en los comienzos de Borges, y a partir de los años 50 y 60 cuando junto a *Contorno* la crítica argentina se modernizó, pero también en el retorno a la democracia, con la fuerte relación que establece este género con el rearmado de las currículas de las materias. Las clases de Ludmer, de Piglia, de la misma Sarlo, que luego son sus libros en la consolidación democrática, dejan leer una forma de entender la modernidad en consonancia con el decurso político. Pero también por caso la creación en Rosario de la Cátedra de Teoría de la Lectura tiene como consecuencia la escritura de un libro como *La edad de la lectura* de 1992 y la revista *Paradoxa*, todo en relación con la figura de Juan Bautista Ritvo. En Córdoba la revista *Escrita* que dirige Antonio Oviedo sobre los últimos años de la dictadura es también muy significativa, sobre todo por el nivel estético de sus textos, por cierto movimiento disruptivo en la ciudad más conservadora del país. [*2017*]

Es oportuno exhumar las posiciones verificadas en las respuestas que, respecto del papel de las revistas culturales en la dinamización del subcampo, dieron algunos de lxs agentes de la muestra por 1981, es decir, en aquellos años transidos por las dictaduras. En el marco de la segunda serie de *Capítulo* dirigida por Susana Zanetti para el CEAL, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, influenciadxs por las teorías sociológicas que en aquel momento atravesaban su

producción (cf. Sarlo y Altamirano, 1977), organizaron una «Encuesta a la literatura contemporánea» estructurada en dos series diferentes de preguntas según lxs entrevistadxs desarrollaran una actividad profesional más ligada a la escritura literaria o a la crítica (de Diego, 2020a:8). Interrogadxs sobre las revistas, se verifica una constante, en especial en lxs agentes alejadxs de las instituciones debido a la violencia política: la valoración de lo que allí circulaba se opone a lo que se hacía en las universidades, hegemónicamente[8] ocupadas por fuerzas heterónomas.

Así, desde su exilio en México, Noé Jitrik (G1) observó que si bien el «trabajo crítico» (cf. 1975) «debería estar instalado en las universidades» (1982a:453), dadas las condiciones de entonces, se repartía entre lo que se publicaba en el extranjero «donde se puede exhibir y presentar tanto sus logros como sus dificultades» y en los grupos clandestinos: «parece una broma pero no lo es: la identidad argentina en el trabajo crítico no se diluye porque esté, aparentemente, aplastado por un academicismo o un comentarismo improductivo que cuenta con el favor de políticas reductivas de la producción en general» (453), señalaba mientras volvía a cargar contra una posición que ya había observado en las instituciones bajo la anterior dictadura (en 1967, en su prólogo a *El escritor argentino. Dependencia o libertad* se había referido al «vacuo academicismo estéril bajo el cual todavía se cubre» una crítica que «padece el acortamiento de sus alcances», la «censura y la autocensura», el empobrecimiento y, por lo tanto, el dejar de «cumplir su función» como respuesta a las «tortuosas e inmaduras operaciones» que «se perpetran con una impunidad condenable» desde una «estructura económica y política» [1967:9]). En aquellas inestables condiciones políticas, Jitrik encontraba en las revistas culturales, también llamadas «literarias» (término que, de hecho, utilizaron Altamirano y Sarlo en el cuestionario), un espacio para la autonomía:

> Las revistas literarias siempre han sido, y lo siguen siendo, lugares de experimentación; allí la audacia no se avergüenza de sí misma y no le teme al silencio; en las revistas, por lo general, de la crítica literaria se salta al esbozo del trabajo crítico,

8. Necesito reiterarlo: uso este término en el sentido no totalizador que le confirió Raymond Williams (1977). Nótese que en varios testimonios sobre la época se constata que, incluso bajo aquellas condiciones, hubo espacio para prácticas que dejaron residuos positivos en la formación institucionalizada (cf. Catelli, Gargatagli, de Diego, Giordano, Anexo 3, Entrevistas). Estos testimonios previenen respecto de lecturas tan alisantes como maniqueas que, al recurrir a binomios esquemáticos o a interpretaciones que no hicieran lugar a ningún matiz, aplanarían el análisis.

> por ética intelectual, porque en general, allí se percibe que no hay fronteras cuando se quiere hacer algo con el mundo a través de la palabra. (Jitrik, 1982a:454)

Por su parte, Nicolás Rosa (G1) manifestaba su desconfianza respecto de los géneros entonces usados en la universidad para dar cuenta de la literatura: «la monografía y la tesis» (1982:263). Activo impulsor de *setecientosmonos* y colaborador (entonces) de *Punto de Vista*, sus comentarios sobre las revistas fueron más entusiastas: «quedan las revistas: retazos de poesía, metamorfosis de la escritura, itinerante trama textual, revelan el cuerpo parcelado, fragmentado de la Literatura» (1982:263).

Graciela Maturo, ambigua. Es significativo que en su evaluación no haya arriesgado un solo nombre. Importa retomar su posición dada la desavenencia que se suscitó en 1985 desde el Seminario de Ludmer alrededor de su modo de leer (cf. Panesi, 1985; Gerbaudo, 2016b:217–221):

> Revistas literarias hay muchas, la mayoría de jóvenes que manifiestan inquietudes intelectuales. Pocas son las revistas en las que se profundice en los temas, fundamentos y problemas de la crítica. El ámbito universitario tampoco es propicio a ello pues en general se excluye la crítica propiamente dicha. El trabajo sobre los textos se encauza predominantemente en las direcciones de la teoría y la historia literaria, la filología y el análisis formal. (Maturo, 1982:212–214)

Otro de los proyectos intelectuales que rescatan agentes de diferentes generaciones es el gestado alrededor del «grupo de *Literal*», ese colectivo atravesado por el psicoanálisis lacaniano como «pasión teórica» estructurante (cf. Peller, 2016). Mario Cámara (G4) inscribió las intervenciones de Ludmer y las propias en esa continuidad: «Reconozco la importancia del vasto campo que abrió Josefina Ludmer desde los años ochenta. Ese reconocimiento me hace un poco deudor de una tradición que puedo remontar al grupo de *Literal* (Lamborghini, García, Gusmán)» [*2018*].

Juan Mendoza (G5) que ha convertido a *Literal* en su objeto de estudio y de exhumación (cf. Mendoza, 2010, 2011) aportó una conjetura que es oportuno subrayar dado que vuelve sobre los lugares de reunión de la época y su importancia, en especial para lxs agentes de los G1, G2 y G3: el rol preponderante que atribuye a bares y «boliches» [Sarlo, *2014*] en la discusión de ideas como a los kioscos en la difusión de las revistas que diseminaron las perspectivas que se institucionalizarán años después en la UBA durante la restitución democrática [*2017*], más allá del interregno de la universidad montonera donde también se hizo lugar a esta producción (cf. Ludmer, 1973c), converge con la

aseveración de Sylvia Saítta que ha prestado atención, junto a Ricardo Piglia/Emilio Renzi (cf. Piglia, 2015, 2016), a «una zona de la geografía de la ciudad de Buenos Aires» donde cierta «sociabilidad» fue el fermento para la producción de proyectos intelectuales. «Porque estaban esos encuentros, nacían los proyectos editoriales de las revistas», arriesgó Saítta (2022b).

Cierro este apartado con dos relatos. El primero, de Diego Peller (G4), sobre el lugar de las revistas en su formación; esas que ha estudiado siguiendo el bies de las «pasiones teóricas» de quienes las movilizaron, tan distante como desconfiado del valor de los cuentos de lxs agentes en la elucidación de prácticas (cf. Peller, 2011, 2016). Más allá de esta asunción, en este cuento dejó entrever la importancia de las revistas culturales que signaron el subcampo de los estudios literarios en Argentina, aun cuando muchas de ellas no fueran «novedad» en el momento de su lectura. Cuando insisto en la construcción de lectorxs por–venir desde las intervenciones editoriales del subcampo, aludo a escenas de este tipo: alguien que aprende algo a partir de un texto o de un conjunto de textos mucho tiempo después de su publicación. Se puede verificar en este breve fragmento cómo caen juntas, en prolífica contigüidad, más de una tradición, más de una firma (esas que también escudriñó en su tesis doctoral vuelta libro):

> Como buen argentino, me reconozco, diría, al menos en una doble tradición. Por un lado, la tradición local del ensayo crítico, de la polémica, de la contaminación del trabajo intelectual con un sesgo de intervención política: pienso en *Contorno*, en David Viñas, en Oscar Masotta, en *Los Libros*, en *Literal*, en *Punto de Vista*, en Sarlo, en Ludmer, en Piglia. [*2015*]

El segundo relato deja expuesto por qué es nodal el concepto bourdieusiano que solicita revisar las tensiones entre lo pensable y lo posible en un campo determinado en una coyuntura concreta: contribuir a minimizar en algo problemas de distribución y de centralismos asociados a polos dominantes excede incluso los voluntarismos–no–voluntaristas de lxs más lúcidxs agentes, conscientes por tener formación psicoanalítica y sociológica, de la necedad de cualquier emprendimiento de este tipo tramitado de modo individual. Desde lugares diferentes se despejan los múltiples factores implicados en la producción editorial.[9] En este cuento, Beatriz Sarlo se detiene con parsimonia en las

9. Jose Luis de Diego y Gustavo Sorá han abierto una línea de investigación en la que se inscriben sus publicaciones y las de sus equipos y en la que se destacan las discusiones impulsadas durante los congresos CAELE.

arduas tareas movilizadas para sacar adelante la revista desde la última dictadura hasta el menemato:

> Lo primero que había que conseguir era imprimirla. Entonces fui a un taller donde me conocían. Pedí hablar con el dueño que era de mi edad y le dije: «hay unos tipos —le mentí, obviamente—, que me encargaron que les produjera una revista, no sé de qué va a ser, ¿vos la imprimís? ¿Me pasás presupuesto?». Yo creo que el tipo supo desde el primer momento. Me dijo «sí, yo te la imprimo, vení». Me dio el presupuesto y no me preguntó nunca nada más. (...) Me cuentan amigos que imprimen allí una revista de cine que ellos entran al taller y el dueño me tiene como la virgen de Luján porque él sabía lo que había hecho por mí; y yo también sé lo que él hizo por nosotros, porque no cualquiera iba a imprimir una revista sin ISSN ni propiedad intelectual.
>
> Lo segundo: iba a los quioscos, personalmente. Iba a los quioscos con una bolsa que todavía tengo en la cabeza: llevaba 50, 60, 70 ejemplares, hablaba con los quiosqueros. Así conseguí casi todos los subterráneos: conseguí Corrientes, dos o tres de Callao, dos o tres de Santa Fe.
>
> También la mandamos a todos los exiliados y empezamos a tener suscriptores en el exterior. Eso no es ningún milagro: si en Estados Unidos se enteran de que vos sacaste una revista, te compran una suscripción. El primer año te lo compran seguro. Sacamos una Casilla de Correo. Eso lo manejé yo. Si hay algo de lo que me enorgullezco es de haber manejado eso. Una persona hoy fallecida, Jorge Sevilla —que en ese momento era presidente de la Asociación de Psicólogos— puso su nombre para que hubiera un nombre verdadero porque en los seis primeros números no podíamos aparecer nosotros. Y la revista funcionó, se autosustentó. Una fundación española nos dio plata en los 80, pero básicamente fue una revista que se autosustentó con su venta, con sus suscripciones. La época de Menem nos hizo un agujero terrible porque en el uno a uno tenías que mantener el precio y además el correo era carísimo. Llegaba la suscripción de un año y con eso pagábamos un correo. Ya estaba Adrián Gorelik que hacía las cosas materialmente conmigo (hubo una época con Gorelik donde hicimos juntos, hombro a hombro, la revista). El uno a uno fue una pesadilla, ahí entendí que no podías exportar. [*2014*]

Se podría ver aquí una autofiguración heroica. Sin embargo, los reconocimientos posteriores de esa lectora filosa y poco propensa a los elogios que es María Teresa Gramuglio («nada se hubiera hecho sin Beatriz» [2014:281]) habilitan otra hipótesis: tanto con tan poco.

Confluencias disciplinares e hiper–especialización

El análisis de la base empírica densificó las hipótesis formuladas al comenzar esta investigación respecto de la tensión que se expone como título de este apartado. Lo que el estudio de la muestra corrobora es que la confluencia de líneas provenientes tanto de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos como de las humanidades y las ciencias sociales resulta más frecuente de lo avizorado en los inicios y llega hasta el presente donde se registran «desplazamientos profanatorios» entre disciplinas (cf. Milone, Maccioni y Santucci, 2021). Si en los inicios del relevamiento, y sobre la base de los casos examinados (cf. Gerbaudo, 2014, 2016b) se conjeturaba que la intersección entre estas líneas se habría clausurado a mediados de los años ochenta, hacia el final del estudio, y a partir de escudriñar las trayectorias de lxs agentes se constatan: 1) líneas de investigación en zona de borde tanto entre ciencias humanas y sociales como entre estudios literarios, lingüísticos y semióticos en todo el arco temporal estudiado; 2) posgraduación creciente en ciencias sociales de agentes graduadxs en letras (desde los años noventa hasta el presente).

Para empezar, señalemos que algunos de estos movimientos se asocian a experiencias de acumulación de capitales específicos provocados por migraciones constreñidas por razones ideológicas y/o económicas; otros dan cuenta de tomas de posición respecto de modos de intervenir en el campo de las letras. En todos los casos se observa la apropiación, «fiel porque infiel» (Derrida, 2001), de varias herencias: 1) la de quienes trabajaron en la universidad desde la intersección de ciencias humanas y sociales antes de que las dictaduras obstaculizaran la continuidad de aquellos desarrollos (David Viñas, Adolfo Prieto, María Teresa Gramuglio); 2) la de lxs «grandes profesorxs» de la posdictadura cuyas investigaciones también se inscribieron en zona de borde disciplinar (Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, David Viñas, María Teresa Gramuglio, Carlos Altamirano, Elvira Arnoux, Susana Zanetti, Nicolás Rosa, Enrique Pezzoni, Noé Jitrik); 3) la de quienes trabajaron desde una confluencia de perspectivas haciendo lugar a nuevos modos de leer (Raúl Antelo, Nora Catelli); 4) la de lxs herederxs de estxs "maestrxs" (como se verá en lo que sigue, en este punto la lista de nombres es profusa).

Más allá de lo que el corpus formado por los currículums ratifica, el análisis de los cuentos de lxs agentes repone las razones de sus decisiones y tomas de posición. Por ejemplo, Carlos Altamirano (G1) asoció el desplazamiento de una crítica de orientación sociológica a la «historia intelectual» con entradas y salidas de grupos de discusión de los que participaba hasta encontrar una perspectiva propia en la que, finalmente, inscribió su producción:

> Cuando concluyó la dictadura militar publicamos, ya en el 83, dos libros: uno es *Literatura/Sociedad* y el otro *Ensayos argentinos*. Y ahí se terminó la sociedad con Beatriz. Y eso significó también para mí, entre otras cosas, tomar distancia, apartarme de la crítica literaria como tal, aun en su enfoque sociologizante y encaminarme hacia el estudio del pensamiento social y político argentino primero, latinoamericano después, lo que con algunas otras personas vamos a llamar «historia intelectual», y que se convirtió en mi campo de trabajo en los últimos veinte años. [*2016*]

Al describir su modo de trabajo justifica por qué combinó herramientas de los estudios literarios con otras tomadas de las ciencias sociales: su «esfuerzo» por «hacer[le] justicia a los textos» lo llevó a tratar de «pensar con el auxilio de las ciencias sociales» (2019b:101) y de las letras tomando «recursos que proceden del análisis del discurso, de las formas» [*2016*]). Como Sapiro, cuya producción valora (cf. Altamirano y Sapiro, 2017; Altamirano, 2018), hay una atención puesta sobre las condiciones sociales de producción de la forma. Allí se reconoce, en particular, la marca del formalismo ruso leído en cruce con Bourdieu y, en general, la de una formación en literatura con progresiva apropiación de las ciencias sociales. La intersección entre los recorridos teóricos y los autosocioanálisis de Sapiro y Altamirano es notable: «para mí, que me formé en literatura, la especificidad de la literatura es la forma y, por lo tanto, hay que interrogarse sobre las condiciones de producción de la forma. (...) No se puede hacer hoy una historia de las ideas sin hacer historia social de las ideas», observó Sapiro (2017c) como bien podría haber observado Altamirano. Sus lecturas solicitan la oposición entre análisis inmanente/materialista. Además, la ausencia de «un paradigma» unificado a nivel mundial en historia de las ideas favorece la proliferación de modos diversos de leer entre los que se inscribe el que Altamirano configura:

> No hay una manera de caracterizar el trabajo de alguien cuyo campo sea la historia de las ideas porque no hay en general un solo modo de abordar la cuestión: no hay algo así como un paradigma que en todo el mundo se ajusta. Podríamos decir que hay diferentes barcos que navegan bajo la misma bandera de historia intelectual. En mi caso, he tratado de reunir herramientas que proceden de la sociología de las elites, la historia política y el estudio intrínseco de los textos. Un aprendizaje hecho en el estudio de la crítica literaria de mi primera etapa. Entonces, ¿cómo trabajo? Reuniendo herramientas que no proceden de una sola disciplina, buscando la intersección de saberes que no tienen una sola procedencia. [*2016*]

También en Josefina Ludmer (G1) se observa un deslizamiento. En su caso, de una apuesta con sesgo cientificista y técnico marcado por el estructuralismo (1972, 1977) a una búsqueda de escritura literaria en sintonía con el proceso de desmarcado de las taxonomías rigurosas (2010c). Desde sus comienzos hasta su último libro se constata una marca que Jorge Panesi (G2) detectó con precisión: en 2010, durante el acto de entrega del doctorado Honoris Causa a quien había sido su maestra en los tiempos de las catacumbas y también la profesora a cargo de la cátedra a través de la que se había incorporado a la UBA ni bien restituida la democracia, confesó haber evitado escribir sobre sus últimos trabajos dado que ese esfuerzo hubiera sido en vano ya que entonces, con seguridad, ella ya estaría haciendo otra cosa (cf. Panesi, 2010). Entre el chiste y la descripción, el comentario indica un modo de trabajo que enreda a lxs críticxs de su obra, incluido Panesi quien, en alguna ocasión, había caído en esa trampa (cf. 1998). La estrategia había sido insinuada por Ludmer en varias oportunidades: «me aburro», le había confesado a María Moreno en una entrevista de antología (cf. 2001). Más allá de la figuración como «niña ofuscada» (cf. Panesi, 2010) o berrinchera ratificada por la repetición de sus «no entiendo» al momento de señalar un desacuerdo en una discusión (cf. Antelo, 2011), Ludmer varió tanto sus objetos de investigación como lo que utilizó para fabricarlos: un clásico de literatura latinoamericana tomado en su momento de baja en la inestable bolsa de valores de la crítica que leyó desde una articulación teórica «disparatada» (cf. Antelo, 2017) en la que caían juntos estructuralismo, marxismo y psicoanálisis (Ludmer, 1972); un corpus de autor escudriñado desde la atención a la forma mientras compuso la retomada categoría de «cuento» (Ludmer, 1977); el género ligado a las «fábulas de identidad» (Montaldo, 1999) nacionales trabajado desde una escritura que remedaba las lógicas de un «tratado» mientras, subrepticiamente, las suspendía (Ludmer, 1988); un corpus que Dalmaroni llamaría «crítico» (cf. 2005) construido desde lo que el estado de los archivos y las bibliotecas del Norte habilitaron (Ludmer, 1999); una lectura de la relación entre los campos literario, editorial, estatal y académico que le dio letra para formular su controversial concepto «postautonomía» (Ludmer, 2010c; Catalin, 2020; Incaminato, 2020; Fernandes de Miranda y Ximenes, 2022; Contreras, 2022; Ximenes, 2023).

Por otro lado, en la entrevista concedida para esta investigación volvió con radicalidad sobre una autofiguración que había reiterado en varias ocasiones (1985c, 2011, 2012). Ya desde sus clases en el seminario de 1985 fantaseaba con «estar en televisión», con incidir en la fabricación de los debates más allá de la universidad: «nos interesan las revistas, el colegio secundario», decía en la penúltima sesión de aquel seminario (nótese la marca de esta fantasía de

nano–intervención en el proyecto intelectual de Gustavo Bombini que reconoció en aquellas prácticas un punto de viraje de su formación). La asociación de la crítica con el «activismo» se repitió en sus autofiguraciones y se ratificó en conversación con Leonel Cherri no sin prevenir respecto del carácter «nano» de las intervenciones ensayadas desde el subcampo específico: «Me encantaría poder ser una "activista cultural". Eso es más un deseo que una realidad. Me encantaría poder moverme, irrumpir» [*2014*]. Dos años más tarde, durante una entrevista conducida por Verónica Gago, ratificó la imagen: «a los veinte años ya estaba tratando de agitar» (2016).

En el intercambio con Cherri aparecieron otras autofiguraciones y tomas de posición a las que cabe atender. En primer lugar, su búsqueda de inscribir las intervenciones sobre literatura en el campo literario; algo que ensayó en sus últimos textos, «Buenos Aires Año 2000. El diario sabático», legible en serie con otros tramitados desde el mismo registro (cf. Giordano, 2017, 2019, 2020a, 2020b; Sarlo, 2014b; Goldchluk, 2022). En segundo lugar, la reafirmación de su fantasía de solicitar los protocolos y las lógicas de los «modos de leer» desde un constante «reinventarse» propiciado por cada libro suyo que la colocaría, cada vez, en un nuevo comienzo: «Te digo, mi evolución —para llamarlo de algún modo— es como olvidarme de lo anterior. O sea: hasta ahora no pasó nada, no hice nada, ahora quiero ver nada más que esto. Porque si no, lo arrastrás, ¿sabés?» [*2014*]. En esta misma línea, algunas pistas sobre un libro empezado del que anticipó un posible título y la idea:

> Tardo como diez años en escribir un libro. No puedo escribir un libro en menos tiempo. Es sistemático, es cierto. Pero ahora creo que se rompe eso, esa sistematicidad. Porque ahora estoy en una cosa autobiográfica. Estoy escribiendo como fragmentos autobiográficos mezclados con pequeños artículos. O sea, un libro heterogéneo hecho por trozos. Sigo en la dirección del diario de la primera parte de *Aquí, América Latina* (2010). Pero el diario ahora es, más bien, fragmentos autobiográficos y comentarios de lecturas. Pensé, en un momento, que el título iba a ser *Notas*. (...) ¡Sería como el subtítulo sin el título! Porque serían como las notas del conjunto de mis libros. [*2014*]

La misma posición se deslizó en la interlocución con Gago: la necesidad de dejar atrás «cosas que se cierran», que «no van más» y el aporte de más pistas sobre ese libro que no llegó a publicar. Se trataba de una colección de «escenas autobiográficas». Las que adelantó, la llevaban a sus inicios: a momentos revisitados en reiteradas oportunidades y que, por razones que se intuyen, no quería dejar atrás. Esos no: «Narro cuando estoy en una clase de David Viñas,

él se agita, va de un lado a otro. Narro cuando mi papá me llevaba de la mano a una biblioteca popular que él dirigía y yo corro entre esas paredes llenas de bibliotecas» (2016).

«Agitación» es un significante repetido en sus autofiguraciones, por lo general asociado a lo que acontecía alrededor de publicaciones, lecturas, discusiones sobre libros y clases. «Agitación» que ensayó hasta el final, desde una indeterminada zona de borde disciplinar: «la crítica literaria no existe más para mí» (2016).

Hay una trayectoria que, en los inicios de esta investigación, identifiqué como una de las últimas manifestaciones de una tendencia que Jorge Panesi había caracterizado con gracia: «recuerdo que hasta los ochenta, estudiábamos a Chomsky y hacíamos los ejercicios con los arbolitos» (cf. Panesi, 2006a). En aquella oportunidad asocié su veredicto sobre aquel estado de las cosas con la figura de Ana María Barrenechea como una suerte de última representante de una doble formación lingüística y literaria «que ella, como Jakobson, supo casi artísticamente ensamblar» (Panesi, 2013a:4). Las huellas de sus maestros del Instituto de Filología explican en parte sus asunciones: «de ellos aprendí a no poder concebir los problemas literarios separados de los problemas de lenguaje» (Barrenechea, 1982:46). Pero es necesario también atender a cómo interactuaban entonces las líneas del campo de las letras. No de otro modo se explica que Barrenechea haya ocupado lugares protagónicos en más de una, a saber: los estudios lingüísticos, la teoría literaria, la crítica genética y la crítica literaria que se escribía sobre las literaturas española, latinoamericana y argentina. La extrema discreción de sus autofiguraciones («he publicado lo que parecía menos imperfecto o redundante» [Barrenechea, 1982:44]) no le impidió señalar las apropiaciones realizadas por ella y por sus maestros mientras supeditaba sus decisiones a la seguridad que le confería su auto–exigencia respecto de la actualización teórica:

> Amado Alonso nos introdujo en los métodos de la estilística según la escuela alemana, replanteados por su capacidad creadora y sin los excesos psicologistas que por momentos afectaron a Spitzer. También nos formó en su concepto del lenguaje que atendía a la noción de sistema, base del estructuralismo posterior (...).
>
> A mi vuelta de Estados Unidos trabajé en los cursos de Gramática de Hjelmslev (que luego puso de moda Barthes) con su reelaboración del signo saussureano que me sirvió también en los cursos de Introducción a la literatura para hacer evitar confusiones de lectura entre los rasgos intratextuales y extratextuales (...).
>
> Aún ahora continúa interesándome el formalismo ruso (...). Del grupo originario citaría a Jakobson (no al Jakobson del análisis estructural de los poemas)

> y a Tinianov por su intento de ver la literatura como proceso dinámico y en su interrelación con las series no literarias (...).
>
> Hoy me siento en general más atraída por modelos dinámicos que se fijen en el proceso de la escritura, sin desconocer el rigor en que nos entrenó el estructuralismo y los instrumentos que puso a nuestro alcance, de los que ya no puede prescindirse. (...) Actualmente estudio el hecho literario en los dos polos extremos: el del escritor y su proceso de producción textual y el del lector. Para el primero me oriento en el camino de la nueva crítica genética; (...) en el otro polo, el de la teoría de la recepción, me interesa la orientación diacrónica de Jauss. (...) Por eso podría decir también que —paralelo al cambio que se ha producido actualmente en la lingüística— he pasado de la sintaxis a la semántica y la pragmática en el campo de la crítica (1982:47–48)

Si hasta los ochenta era posible sostener esta actualización en más de una línea y en más de un subcampo, ya bien entrado el siglo XXI la tarea se tornará titánica («estar al día ya implica una tarea enorme», observó Adolfo Prieto durante una entrevista en 2006). No obstante, sin abandonar del todo esa perspectiva que marcó su formación y que marcará a algunxs de sus herederxs (Pezzoni, Link —y a través de él, Bentivegna—), su opción por los estudios literarios se impuso sobre el final de su carrera. En uno de sus cuentos, describe este recorrido sin dejar de señalar la huella de su formación de «base»:

> Diría que he participado de un proceso en el que, estudios de lengua y literatura han ido paralelos, se han conectado, han sido referentes uno del otro, analogías uno del otro. Pero al final, he dejado los estudios de lengua y en un momento determinado, me he dedicado solo a la literatura, sin abandonar ese estudio de la obra literaria con base de formación lingüística e interés por las manifestaciones del lenguaje en la obra literaria que había sido el sello de mi primera formación. (Barrenechea, 2001:38)

De todos modos, cuando Panesi mencionó que «hasta los ochenta» hacían «los ejercicios de Chomsky con los arbolitos» no solo estaba dando cuenta de un campo de las letras menos segmentado en sus líneas (menos hiper–especializado) sino que, a la vez, reponía un credo de entonces: la confianza en que aprender contenidos de lingüística ayudaría a leer de modo más alerta y sagaz los discursos en general. Un credo entusiasta después de los años de oprobio; una práctica que, sin proclamas, propendía a otro «nunca más».

En la trayectoria de David Lagmanovich (G1) también se constata un deslizamiento y cierta perspectiva disciplinar abarcativa. Hay un comienzo

ligado a los estudios lingüísticos y luego una progresiva dedicación a los estudios literarios en diálogo con los estudios semióticos desde los que construyó una teoría sobre el microrrelato (cf. 1996, 2006, 2009). Becado en 1958 por Columbia University, regresó al país con el título de Master of Science (1959) pero volvió a migrar en 1962 para doctorarse en 1967 en la universidad de Georgetown con una tesis sobre sintaxis del gerundio español. Hasta 1977 dictó cursos de literatura latinoamericana y lingüística en diferentes universidades de Estados Unidos y Canadá. Su retorno a Argentina lo hará fluctuar entre la UNLP donde obtuvo un cargo interino y la UNCOM de la que fue expulsado en 1982. En paralelo a la recuperación de la democracia obtuvo cargos en la UNLP y en la UBA (dirigió el Instituto de Literatura Hispanoamericana durante cinco años y se hizo cargo de la cátedra de Literatura latinoamericana [cf. Monteleone, 2011]) mientras dictaba cursos, primero en Harvard gracias a una beca Fulbright (1985) y luego, como profesor invitado en la Universidad de Massachusetts (1986), en la Universidad de Colonia (1987–1988), en la Universidad de Michigan (1989) y en la Universidad de Ohio (1989–1990). En 1992 obtuvo una beca del gobierno alemán para investigar durante tres meses en el Instituto Iberoamericano de Berlín. En 1989 aceptó una designación para realizar tareas de posgrado en la UNT; sus trabajos ya se habían enfocado entonces en los estudios literarios.

Congruente con las confluencias observadas en su obra, los autosocioanálisis de Nicolás Rosa (G1) hacen caer juntos estudios literarios, lingüísticos y semióticos con filosofía y psicoanálisis. Su distancia crítica de la perspectiva sociológica se verifica ya en sus inicios marcados por su temprana lectura de Sartre (a quien tradujo, como a Barthes, desde sus comienzos [cf. Rosa, 1964,1965a, 1965b, 1966, 1967]) que abarcó tanto al crítico de Jean Genet (1952) como al teórico de la literatura «comprometida» (Sartre, 1948) y de la «responsabilidad del escritor» (1946):

> He desistido de ciertas categorías sociológicas —sin renegar de ellas— por su excesiva generalidad y abstracción para dedicarme a tratar de explicar lo *diferencial* de los textos, aquello que resiste a las tipologías y los géneros. (...)
>
> Desde hace años intento —vanamente— quitarme la marca sartreana, pero como se dice... la marca, marca. He leído con fruición y mucho provecho a Roland Barthes (...). Mi interés actual por Freud y el campo freudiano tiende a encontrar modelos más comprehensivos (estructuras profundas/lógicas matriciales) para explicar el funcionamiento de la generatividad textual. De allí proviene también mi interés por la lingüística contemporánea. (1982:262–264)

Las preguntas que impulsaron sus ensayos se resolvieron valiéndose de asociaciones «disparatadas» (cf. Antelo, 2013) que ponían en contigüidad a Luis Prieto con Derrida, autor del que se valía para moderar las reverberaciones optimistas de Sartre alrededor de la «responsabilidad» intelectual y la «libertad».

Desde su talante riguroso, Pampa Arán (G1) situó su producción en deuda con la semiótica que, como vimos en el capítulo anterior, articuló perspectivas de diversas disciplinas desde sus comienzos:

> Creo que mi trabajo se orienta fuertemente a una perspectiva semiótica, más que semiológica (a la que veo más ligada a paradigmas lingüísticos) con atención puesta en la construcción teórica de categorías flexibles para pensar el análisis de los discursos socioculturales (género, cronotopo, autoría, dimensión pasional, sujeto, etc.). Y cuando digo discursos sociales me refiero especialmente a la zona de los discursos artísticos en general y literarios en particular, pero también ensayísticos, en relación con temáticas filosóficas, históricas y políticas. En los últimos años, me he preocupado en abordar problemas teóricos y metodológicos de índole trans (o inter) disciplinar, vinculados con la antropología y los estudios de género. Estoy cada vez más convencida de que, aun conservando una mirada semiótica, hay que avanzar en perspectiva holística e incluso, tratando de articular con mucha prudencia, claro, lo biológico y lo cultural. [*2017*]

También las confluencias disciplinares atravesaron las investigaciones de Ana Camblong (G2) y las de sus herederxs (cf. Alarcón, 2012; Fernández, 2020; Román, 2021a), en especial las recortadas sobre lo que delimitó con precisión como «alfabetización semiótica» por contraste con la fabricación más expandida del tipo «semiótica de...» (en este caso, «semiótica de la alfabetización» [2012a:10]). Sus textos entrecruzan las menos estabilizadas derivas conceptuales de Derrida y de Deleuze junto a categorías de acendrada tradición en el subcampo de la semiótica como las formuladas por Mijail Bajtin (cf. Arán, 1996b, 1998, 2006). Sus prácticas de lectura no se resignan a aceptar sin pestañear los corpus y protocolos construidos desde polos centrales cuya autoridad discute y cuya colocación, disputa:[10]

10. Sobre el lugar de Misiones en el marcado de la agenda nacional del subcampo de los estudios semióticos a partir de la organización de congresos, publicaciones, participación en la Asociación Argentina de Semiótica, etc., trabajan Daniel Gastaldello y Hernán Hirschfeld en el volumen 3 de esta serie Archivos en construcción.

> Estimo que el campo disciplinar de la Semiótica es muy amplio y las modalidades de trabajo son muy heterogéneas y de alcances dispares. Hay exploraciones e investigaciones que ensayan caminos diferentes. Creo que la riqueza de las teorías y la apertura del campo habilitan semejante dispersión y diversidad. [*2018*]

Saúl Sosnowski (G2) ha utilizado instrumentos de las ciencias sociales (1984, 1988; Sosnowski, Fernández Bravo y Garramuño, 2003; Sosnowski, Roniger, Senkman y Sznajder, 2018) y/o de la crítica literaria (1973, 1976) según sus preguntas de investigación. En un texto que puede leerse en clave de autosocioanálisis vuelve sobre la tensión entre estas líneas: «Los críticos que postulan una mistificación del texto —ya que no de la creación— parecerían sostener que así lo protegen de la penetración de las ciencias sociales, cuyos análisis tenderían a desmerecer el culto incondicional del valor estético» (1996/1997[2015]:108). Sus análisis de cómo «se ha constituido la crítica literaria en tanto disciplina» (110) lo pusieron a resguardo de los voluntarismos: «Tomar posesión del saber es (...) conocer límites propios y ajenos; es tomar conciencia de las relaciones de poder y, en la medida de lo posible, actuar sobre ellas» (111).

La producción de Raúl Dorra (G1) incurre en una semiótica atravesada por la búsqueda de la escritura (Dorra, 2014): su trabajo como escritor y como investigador estuvo orientado por esa exigencia. Fascinado con el Greimas que viró de la apuesta científica a la estético–ética en *De l'imperfection* (Greimas, 1987), postuló una articulación entre ciencias sociales y humanas que tenía cierta vecindad con los planteos de Ludmer de la época («todas las ciencias humanas son ciencias sociales», afirmó en la última clase de su seminario [Ludmer, 1985d]):

> Si elaboramos una lista de los grandes nombres franceses con que contamos hoy por hoy, esa lista, larga o corta, no podría prescindir del de Algirdas–Julien Greimas, el animador de una aventura del saber que ha contribuido a que la reflexión contemporánea en el ámbito de las ciencias sociales, centrada en la secreta vastedad del lenguaje, alcance formulaciones definitivas. (Dorra, 1990:8)

Se trata de una posición desprendida de un credo de Greimas: «[Greimas] es uno de los persuadidos de que la semiótica debe ser un método para el avance de las ciencias sociales» (13).

La producción de Ricardo Kaliman (G3) se precipita sobre una zona de fronteras informes construida con conceptos de Bourdieu y de Williams puestos a funcionar en una tradición de lectura andina de la teoría (cf. Kaliman,

1998, 1999, 2002, 2003, 2016, Kaliman *et al.*, 2019). Sus investigaciones exploran problemas poco transitados desde el «campo clásico» (Dalmaroni, 2009) que, como explicitó en sus cuentos, abrigan la fantasía de incidir en el diseño de políticas públicas que puedan contribuir a disolver las desiguales condiciones de apropiación de los bienes simbólicos:

> Veo, por un lado, un imperativo epistemológico: nuestra función es la de producir conocimiento que permita comprender la dinámica de la reproducción social y capturar las variables relevantes para promover políticas culturales (...). Por otro lado, hay un imperativo político: la cultura, siempre en el sentido amplio de la palabra, está atravesada por estructuras de poder por las cuales ciertos grupos sociales ostentan ciertos privilegios y otros resultan más o menos, a veces mucho más, desfavorecidos. Creo que el sociólogo de la cultura, tratando de no afectar el imprescindible esfuerzo por la objetividad, ha de apuntar a la denuncia de estas desigualdades estructurales y esforzarse por producir un conocimiento que pueda contribuir a superarlas. [*2016*]

Adriana Amante (G4) se ha esforzado por leer más allá de los horizontes heurísticos de la propia disciplina. Su posición, verificable en sus ensayos (2007, 2010, 2012), es más explícita en sus programas de cátedra (2017, 2018, 2019) y converge con sus cuentos:

> Hemos ido formando, muy voluntariamente, un modo de funcionamiento y de pensar en la literatura con la confluencia de saberes de otras áreas a las que entramos con mucho respeto y mucha laboriosidad para entender su funcionamiento y para renovar el modo de hacer la crítica literaria. (...) Fuimos ampliando el campo hacia la cultura visual (...) y trabajamos de un modo que incluye la oralidad; o, en mi caso, la geografía cultural, los estudios sobre tipografías y caligrafías o la teoría del espacio y del paisaje. [*2018*]

La heterodoxia metodológica practicada por Gonzalo Aguilar (G4) es defendida desde sus cuentos en los que ha subrayado la necesidad de ir más allá de los límites de la «especificidad» (cf. 1998, 2003, 2009, 2015). Su deseo de que el «crítico literario» se transforme en un «crítico cultural» responde a la búsqueda de dar cuenta de dimensiones de los objetos que no tendrían cabida dentro de los planteos ensimismados de las «letras»: «Considero que el crítico literario tiene que ser hoy un crítico cultural, debe trabajar contra la especificidad de su área (...). Debe saber surfear en diferentes áreas porque no hay objeto cultural que no esté hoy atravesando espacios heterogéneos entre sí» [*2018*].

Pablo Alabarces (G4) se autofigura como un «crítico cultural» (su producción muestra, además, su constancia en la construcción de categorías teóricas —cf. Alabarces, 1997, 2002a, 2020—). Como Aguilar, ante nuestra pregunta respecto del modo de trabajo de un «crítico literario», tomó distancia de nuestra formulación:

> Me volví un crítico cultural. Entro y salgo de la literatura: sigo siendo lector voraz de la ficción y del ensayo (no de la poesía, no hay caso). Mi trabajo consiste en leer toda la cultura todo el tiempo: leerla, criticarla, interpretarla, comprenderla y luego intervenir en el debate público. Esta es la parte más necesaria, más política, más satisfactoria para el narcisismo... y también la más desgastante. [*2018*]

Sus cuentos han resaltado la confluencia en la sociología de agentes cuya formación de grado fue otra (una insistencia no ajena a las trayectorias de Bourdieu, graduado en filosofía, y de Sapiro, en letras —por tomar dos ejemplos de la misma zona—): «en mi maestría en sociología (...) no tuve un solo sociólogo pero estudié con Altamirano, Nun, Terán, Dotti, Sazbón y reencontré a Beatriz Sarlo que me dio vuelta todo lo que sabía sobre culturas populares» [*2018*]. Esta autofiguración se repite. En la introducción a uno de sus últimos libros volvió sobre sus maestrxs y un denominador común: gente de letras que había roto con la mirada sobre el objeto construida desde el abroquelamiento en la disciplina:

> Posiblemente, este libro comenzó a escribirse, en realidad, entre 1983 y 1997, cuando leí con Eduardo Romano a Mijail Bajtín; con Josefina Ludmer, a Antonio Gramsci; con Aníbal Ford, a Carlo Ginzburg y a Carlos Monsiváis; con Beatriz Sarlo, a Michel de Certeau y a Richard Hoggart; con Elvira Arnoux, a Roland Barthes; con Carlos Altamirano, a Raymond Williams; con Jorge Rivera, a Jorge Rivera. Todos ellos y ellas, mis maestros y maestras, fueron responsables de casi cuarenta años de obsesiones, pero de ninguno de mis errores. (2020:11–12)

La tensión entre la búsqueda de ir más allá de los límites de la disciplina cuando esta no provee los instrumentos que se necesitan para dar la respuesta compleja que los interrogantes planteados demandan y el temor de no usar adecuadamente los instrumentos se inscribe en los relatos de quienes, de cualquier modo, han cruzado estos bordes (cf. Alabarces, 2002b, 2011; Alabarces y Gilbert, 2021, 2023). Alabarces ha señalado esta cuestión nunca tranquilizadora:

> Aún conscientes del movimiento transdisciplinario que reorganizó la investigación cultural desde mediados de los años 90 del siglo pasado, seguimos creyendo en las habilidades y los entrenamientos específicos: hemos asistido a demasiados desastres cometidos en nombre de una etnografía aficionada. Este libro se desplaza entre la literatura, los estudios de comunicación de masas y la sociología cultural: tenemos suficiente respeto por la antropología para hacer uso de una patente de corso. (2020:25)

También lo ha hecho Sarlo (G1) que, con su usual tono tajante, ha cuestionado sus propios pasos (cf. 1988: 7): «No tengo una formación académica sobre nada que no sea literatura» (2011/2012:69). Esta Beatriz, la construida a partir de sus discursos públicos correspondientes a este corte temporal, desestimó la posibilidad de materializar un enfoque transdisciplinar que redujo a un mero voluntarismo dado el predominio de lógicas derivadas de la formación de base: «Tuve esa fantasía de que lo transdisciplinario podía emerger de un acto de la voluntad intelectual, pero con el tiempo me di cuenta de que solo tengo una formación original y de que lo demás son excursiones por territorios extraliterarios en los que me muevo como un cazador furtivo, como diría De Certeau» (69). No es la primera vez que Sarlo escribe cosas del talante «ya no soy esa» (cf. 2003a:11). No obstante, repasar las insistencias de otros tiempos sobre este asunto ayuda a situar sus asunciones en relación con fantasías de nano–intervención que fueron cambiando. Para empezar, las que se registran en dos textos cuya repercusión se extiende más allá del tiempo inmediato de enunciación: la conferencia pronunciada en 1984 en la UBA, publicada en 1994 en la revista *Espacios* y exhumada en 2015 por Alberto Giordano en *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde los 80* y su imponente introducción a *Una modernidad periférica*. En el primero, Sarlo confesaba sus certezas respecto del desamparo epistemológico de quienes hacen «crítica literaria»:

> Me pregunto si los que nos identificamos como críticos literarios tenemos un saber y un discurso o si tenemos solamente un discurso.
>
> Si tenemos un saber y un discurso es porque hemos definido un objeto y una forma de entrada a ese objeto: lo que en las ciencias o en el discurso científico se define como «saber». Si tenemos solo un discurso, se trata entonces de una manera de hablar sobre algo siempre evanescente que está siempre huyendo hacia adelante: la literatura.
>
> Estoy segura de que no tenemos una ciencia. La legalidad de los discursos que nosotros hacemos sobre la literatura no podría ser contrastada con la legalidad de los discursos científicos. Y no estoy solo pensando en lo que suele llamarse

> «ciencias duras». Simplemente, me parece difícil contrastar la legitimidad científica de nuestro discurso con la legitimidad científica de las ciencias sociales o la lingüística. (1984a:43)

En el segundo, fechado cuatro años después, manifestaba su «insatisfacción» con su práctica como «crítica literaria» (1988a:7), impactada por libros que dijo querer imitar, al menos en ese: el deseo de haber escrito *La Viena de fin de siglo* y *Todo lo sólido se desvanece en el aire* la impulsó a revelar su fascinación «por la forma desprejuiciada» con la que tanto Schorske como Berman «entraban y salían de la literatura, interrogándola sin perspicacia pero sin demasiada cortesía» mientras leyeron textos canonizados desde lugares inauditos. Sarlo destacó la exploración del *Manifiesto comunista* y de la *Interpretación de los sueños* desde donde «menos se piensa, buscando la estética en Marx, la política en Freud» (8). Un elogio de la irreverencia respecto de los protocolos de las disciplinas cuando encorsetan las respuestas posibles a los problemas:

> Son lecturas irrespetuosas que no se ajustan a un repertorio de preguntas ni responden al paradigma de lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer con los textos: los amasan, los desordenan, como decía Barthes, les cortan la palabra. Practican una especie de libre juego rabelesiano, distinto de un disciplinado amor crítico. (8)

También se pronunció sobre un modo de leer que interpretó como una marca de estas pampas: al volver sobre su propio recorrido en el que no dejó de observar cierta «coherencia» aunque «subterránea», señaló una repetición sintomática: la «mezcla». Una «tan compuesta» como la que «caracteriza a la cultura argentina», esa que no desdeña «el saqueo» (9), el robo que hace lugar a la imaginación de otra cosa. Sin abandonar ni desconocer sus aprendizajes, esos dos libros enquistados en esta introducción hicieron algo. Horadaron algo. Derruyeron los protocolos «más estrictos» de la «crítica literaria» para hacer venir otra cosa. Eso que no se abrigó en ninguna pertenencia (esa indeterminación, ese desamparo) se convirtió en pura potencia porque lo que importaba era «poder responder las preguntas» (9). Esas que necesitaron de estas contigüidades (sintomáticamente situadas fuera de campo) para tramitar una respuesta. La que pudo escribir entonces:

> No sé a qué género del discurso pertenece este libro: si responde al régimen de la historia cultural, de la intelectual history, de la historia de los intelectuales o de las ideas. Esto me preocupó poco mientras estaba trabajando; pero al mismo

> tiempo, tenía una certeza: usaba algunas de las estrategias de la crítica literaria, desentendiéndome de sus regulaciones más estrictas: había aprendido a leer de cierto modo y no podía, ni quería olvidarlo. Eso era todo. (1988a:9)

Sería simplificar el asunto congelar su posición en la sostenida durante los últimos años: la consulta de los diarios de aquella época muestra su ambivalencia, indisociable del reconocimiento franco de sus proyectos intelectuales (esos que, más bien sobre el cierre del arco temporal del período, contrapuso a los meramente «académicos» [cf. Sarlo, 2011–2012; Saítta, 2020]). Un breve repaso, ordenado cronológicamente. Del tiempo de trabajo junto a Altamirano traducido, entre otras cosas, en sus libros emblemáticos (cf. 1977, 1980, 1983a, 1983b), hay una entrevista de antología realizada por Analía Roffo para *Tiempo argentino* y publicada el 15 de agosto de 1983. Ya entonces Sarlo era una firma del campo de las letras: su presencia en los medios lo ratifica. Era tanto la «directora de *Punto de Vista*» (*Clarín*, 1984:2; *Tiempo argentino*, 1983:8) cuya «tarea editorial» había permitido crear un «espacio de confrontación intelectual» que reunía a «historiadores, especialistas en Ciencias Sociales y críticos para replantear cuestiones esenciales del desarrollo de la cultura argentina» (*Tiempo argentino*, 1983:8) como la «investigadora» que trabajaba sobre «narraciones de circulación media y popular en Argentina (*Clarín*, 1984:2) y que había obtenido un subsidio del Social Science Research Council para realizar «un trabajo sin precedentes en nuestro país» (*Tiempo argentino*, 1983:8) la convocada para notas diversas. Importa retener aquí un fragmento de la conversación con Roffo ya que ayuda a entender cómo en función de las preguntas de investigación y de las fantasías de intervención de entonces, la articulación entre humanidades y sociales se presentaba como heurísticamente provechosa (no podemos saber si este diálogo influenció en el programa que Roffo armó para la UNR en 1984, más allá de haber constatado, como lo hicimos en el capítulo anterior, las huellas de esta perspectiva en las propias). Nótese el deslizamiento de la primera persona del singular al plural: Sarlo inscribe su posición no solo en el colectivo desde el que trabajaba y por el que era reconocida sino también en el marco de las tradiciones críticas argentinas en un arco que va desde Juan María Gutiérrez, «iniciador de las tareas sistemáticas de investigación en literatura argentina» (Laera, 2020) hasta *Contorno*. Nótese el uso del léxico de época para aludir a protocolos del campo («marco teórico») y, a la vez, el modo en que autoriza un discurso confrontativo respecto de los ejercicios críticos universitarios de aquel entonces:

> Roffo: ¿Por qué su actividad crítica está tan ligada al desarrollo del estudio de la sociedad?
> Sarlo: Porque no podría pensarme fuera de un cierto marco problemático que es el de las Ciencias Sociales. No digo que toda la crítica tenga que ser pensada desde este marco ni que toda la literatura pueda explicarse desde este lugar pero mi ubicación tiene que ver con la problemática global de las ideologías y de la literatura como un discurso que se cruza de manera continua con el de aquella. Me sería muy difícil entender la formación cultural y literaria argentina sin la inclusión, en esa formación, de datos, discursos, figuras sociales, prácticas cuya explicación busco en la historia o en las Ciencias Sociales. Por lo demás, creo que en esto no hay demasiada innovación ya que este interés ha regido con persistencia la actividad crítica argentina que nunca ha roto sus nexos ni con la ideología ni con la política. Me estoy refiriendo a críticos como Juan María Gutiérrez o Ricardo Rojas, y fundamentalmente, al Martínez Estrada de «Muerte y transfiguración de Martín Fierro» y al grupo que se nuclea alrededor de *Contorno* (David Viñas, Adolfo Prieto, Noé Jitrik, Oscar Masotta, etc.). En ese sentido el espacio que traza *Punto de Vista* —y en el cual yo inscribo mi actividad crítica— tiene que ver con una tradición argentina que es bastante larga y que asimismo está permeada por las tradiciones europeas, con lo que quiero decir que nuestro discurso crítico y su marco teórico se relacionan con zonas de la teoría cultural europea. Para ejemplificar: sociólogos de la cultura como Raymond Williams son para mí fundamentales y una lectura de cierta crítica formalista hecha a partir de Williams o de Pierre Bourdieu es el marco dentro del cual yo me manejo. (1983b:9)

En los tiempos de publicación de *Una modernidad periférica…*, en conversación con Mona Moncalvillo, reiteró sus asunciones de aquel entonces. En esta ocasión, su posición respecto del asunto se despuntó a propósito de la mención de Williams:

> Raymond Williams, un hombre que murió en enero de este año, para mí es fundamental. Un hombre que había logrado cruzar una perspectiva y una preocupación socialista con sus estudios literarios y culturales. Ese universo de Raymond Williams lo leemos junto con Carlos Altamirano, escribimos sobre él y me vuelvo a ir de la crítica literaria para estar en lo que estoy hoy; yo no me podría reconocer como crítica literaria al margen de que pueda escribir crítica literaria; más bien soy una especie de entrecruzamiento de disciplinas y de caminos. (1988c:36)

Bastante más adelante, y a propósito de Walter Benjamin, otra vez el temita vuelve, de soslayo. Es a partir de la caracterización del trabajo de Benjamin

como se desliza su posición de aquel entonces. La publicación de *Escritos sobre literatura argentina* (Sarlo, 2007b) la obliga a ir «hacia atrás» (Saítta, 2020), a repasar y, junto a ese ejercicio, mientras describe el trabajo de ese autor que también admira, da cuenta del propio. Como se verá en lo que sigue, caen juntos aquí los elementos que, en verdad, se movilizan en sus lecturas. Tanto de hallazgo como de mezcla. Y si bien el mandato autoimpuesto reza «imitar a Benjamin es un despropósito», el deseo llevó a descarrillar productivamente:

> Walter Benjamin es un lector sociológico de formas y un lector formal de figuras sociales. Tuvo el genio para encontrar lo significativo en el detalle, un don que es indispensable en la crítica literaria. Imitar a Benjamin es un despropósito, ya que se trataría de alcanzar el mismo movimiento de su inteligencia; sin embargo, la actitud benjaminiana nos ofreció, a mí y a muchos otros, un modelo de mirada sobre la literatura para captar en ella el trabajo de un autor sobre los signos sociales. (2007c:2)

Gustavo Bombini (G4) ha tomado elementos de las ciencias sociales tanto en sus trabajos de historización como de construcción categorial no sin señalar las exigencias de esta articulación. Cada una de sus observaciones sobre el término «práctica» está atravesada por una biblioteca que conviene tener presente (para empezar, se trata de un término imbuido, desde muy temprano, por las formulaciones bourdieusianas, menos citadas que actuadas en sus intervenciones). Obsérvese su prudente respuesta a nuestra pregunta respecto de los libros que le hubiera gustado escribir. Su «lista reducida», como él la llama, corrobora su búsqueda transdisciplinar sin pasar por alto la dificultad de la tarea:

> Sociología, Antropología, Etnografía son los saberes complejos que se ponen en juego cuando queremos tomar distancia de una posición inmanentista sobre la lectura; pero esto a la gente de letras nos cuesta mucho. Necesitamos transitar mucha experiencia cultural y de enseñanza para aprender a mirar desde otro lugar. [*2015*]

Si bien Bombini (G4) ha construido problemas de investigación que necesitaron de la antropología, la sociología y la historia, no desconoce lo complejo que resulta trabajar desde un enfoque verdaderamente transdisciplinar. Así como se ha pronunciado respecto de las resistencias que ha detectado en las carreras de letras a los tipos de problemas que involucran perspectivas en estas zonas de borde, del mismo modo ha enfatizado la dificultad para leer desde este exigente lugar:

> Destaco la formación tanto lingüística como teórico–literaria que tuve en la UBA durante los 80 y los 90. Esa formación me ha dado herramientas fundamentales en el propio campo. Aunque luego, en el campo de la investigación, uno ha necesitado de otras, incluso de cierta discusión de paradigmas. Cuando yo salí hacia lo etnográfico, lo hice desde las Ciencias de la Educación, desde la Sociología, colocándome en otro paradigma, venciendo algunos prejuicios, porque cualquier sesgo sociológico en Letras no es del todo bien visto. Era necesario construir esas zonas de borde de trabajo. Hay que insistir con las miradas interdisciplinarias sin creer que porque leemos un poco de Lacan somos interdisciplinarios. Es más complejo que eso. [*2015*]

«Nosotros, en nuestras profesiones y oficios, tenemos miedo: el crítico literario tiene miedo del sociólogo; el sociólogo tiene miedo del historiador; el historiador tiene miedo del filólogo; el filólogo tiene miedo del crítico literario», observó Martín Prieto (G4) en un seminario de doctorado (2021b). En el significante «miedo» caen juntas las no pocas fricciones que sus trabajos más recientes ponen al desnudo (2020a, 2020b, 2021a): estos textos, marcados por el gesto y el tono del escritor que Prieto es, desbrozan conflictos entre agentes que trabajaron desde la teoría literaria con otrxs que, como él, trabajan desde una matriz que articula ciencias sociales y humanas sin relajarse respecto de las exigencias de la escritura.

En *Los domingos del profesor. Fragmentos de un diario en Facebook*, Alberto Giordano (G4) asume una explícita posición respecto de una de las tensiones que atraviesan el subcampo. El enfrentamiento entre quienes practican una crítica literaria impulsada por la filosofía, la lingüística, el psicoanálisis, etc., y quienes llevan adelante estudios de borde con las ciencias sociales es menos nítido de lo que parece, no solo porque quienes adoptan una u otra posición escriben textos ubicables en espacios menos diferenciados de lo que pretenden sino también porque estos supuestos dos «bandos» están menos unificados de lo que pareciera constatarse a simple vista. La expresión derridiana utilizada para aludir a la diseminación de un fenómeno solo ilusoriamente presentado como unívoco se impone: «más de una» crítica literaria; «más de una» forma de pensar la literatura «con la ayuda de las ciencias sociales» (Altamirano, 2019b:101). No obstante, como suele suceder en toda contienda, la posición del otro suele simplificarse o caricaturizarse:

> 20 de mayo
> Segundo acto
> Cuando nos reencontramos en Facebook, hacia fines de 2016, solíamos compartir con Leopoldo Brizuela chismes y diatribas contra las deformaciones profesionales

de mis colegas, los académicos que se dedican a la investigación literaria. Yo lo hacía para caerle bien y, de paso, para despuntar uno de mis vicios más arraigados.

Una vez le comenté algo sobre la tendencia a reducir los gustos y las simpatías de un escritor, con todo lo que pueden tener de ambiguo o misterioso, a políticas culturales, a estrategias de intervención. «Es lo más triste de lo que solemos hacer los críticos, y lo peor es que casi todo el mundo conversa de literatura con la lengua de los críticos».

«Sí, es tremendo!!!!!! / IRÍA A ROSARIO A DARTE UN BESO EN LA FRENTE / Tal cual. / No solo creen que todo es estrategia, y estrategia en el patio porteño, sino que se lo hacen creer a sus alumnos. / Y hasta los jóvenes escritores lo creen. / «¿Y ahora qué tengo que hacer?», te preguntan. / «ESCRIBÍ», es la única respuesta. / Yo digo que leyeron a Bourdieu, no como una descripción, sino como un manual de instrucciones». «Además hay otra cosa. / Perdón, Giordano. / Es más fácil hablar del campo cultural, y las estrategias, y todo eso, que del texto. / ¡¡¡Ya nadie sabe retórica!!! Y es en el texto donde hay que encontrar todo, o si no estamos verseando. / Después, desde el texto, andate a la sociología, a la antropología, donde quieras. / Pero si no, ¿qué estás estudiando?».

En otro chateo, unos meses después, volvió sobre el tema: «Antes de borrarme te dejo una inquietud. / El sábado por la noche comí con unos estudiantes de Letras. Pegamos onda cuando me invitaron a hablar de una novela mía en clase. / Sin embargo me dio una enorme melancolía la reunión. / (...) ¿Por qué se ha dejado de hablar de libros para hablar de estrategias? / Fue la semana en que cumplí 54, sabrás comprender». (Giordano, 2020b:47–48)

Así como quienes trabajan desde una crítica literaria que piensa la literatura a partir de formulaciones de las humanidades esgrimen sus argumentos para defender su posición, algunos de quienes lo hacen desde zonas de borde disciplinar cuestionan esta delimitación entre ciencias sociales y humanas.[11] Tal es el caso de Mónica Bernabé (G3) que, si bien tiene su lugar de trabajo en el IECH desde su creación en 2015 (un instituto de doble dependencia universidad–CONICET que ha hecho de esta toma de posición «de borde» su carta de identidad —vuelvo sobre esto inmediatamente—), ya había llevado adelante prácticas de gestión que articulaban no solo ciencias humanas y sociales sino también estudios literarios y semióticos sincretizados desde una visión a la Nicolás Rosa. Este punto de vista se constata en su producción en

11. Obsérvese que recién en 1988 se crea en la UBA la Facultad de Ciencias Sociales. Hasta entonces era la Facultad de Filosofía y Letras la que albergaba las carreras tanto de humanidades como de sociales (cf. Carli, 2012:86).

la que caen juntos Raymond Williams y Jacques Derrida, Renato Ortiz y Georges Didi–Huberman. Se trata de un sincretismo que se tramita, además, desde una escritura ensayística (2006a, 2006b, 2017, 2021). En su autosocioanálisis los significantes «riesgo» y «conversación interdisciplinaria» se oponen a «malestar curricular», «fastidio» y «excesiva especialización»:

> En determinado momento, más precisamente, después de defender la tesis y de ganar el concurso de mi cargo docente, dejé de pensar en mi CV y comencé a experimentar una suerte de malestar curricular, quiero decir, un fastidio por algunas de las formas en que se viene trabajando con la literatura en la universidad: la excesiva especialización y el recorte minucioso de un tema súper específico en un autor o una región que suele insumir años de dedicación a un investigador al que le oímos repetir la misma intervención con variaciones en todos los congresos y encuentros de intercambio; la generalización del *paper* que determina un formato en los congresos que consiste en leer un escrito de manera burocrática para desembocar en intervenciones anodinas y debates que, como dice García Canclini, ocurren en una burbuja. Hubo un momento en que sentí un aburrimiento mortal.
>
> Decidí tomar algunos riesgos e impulsar la creación de un programa de posgrado en Estudios Culturales en colaboración con Sandra Valdettaro, una colega proveniente del área de la semiótica y el estudio de las mediatizaciones. Armamos un programa en diálogo con los estudios de la cultura, los medios, el arte contemporáneo, los estudios de género y urbanismo. Inventamos un espacio que nos permitió escuchar a otros y dialogar con colegas provenientes de variadas disciplinas y espacios académicos. Inicié una práctica académica lateral y altamente productiva que paradójicamente hoy me permite seguir indagando sobre las relaciones entre literatura, cultura y sociedad con herramientas más sólidas. Desde hace unos años, en la Maestría en Estudios Culturales venimos generando y propiciando diálogos interdisciplinarios que me permiten efectuar desplazamientos hacia diversas zonas del pensamiento contemporáneo. En este punto, la conversación interdisciplinaria ha sido efectiva a la hora de rediseñar recorridos en la propia disciplina, articular otras cartografías y ampliar las perspectivas teóricas para el análisis del objeto literario. Aquí vuelve a funcionar la parábola del hijo pródigo: es necesario perderse para poder encontrarse. [*2016*]

Sandra Contreras (G4) tradujo esta posición sobre las ciencias sociales y humanas en sus decisiones de gestión institucional: en 2015 asumió la dirección del Instituto de Estudios Críticos en Humanidades propiciado por su impulso (Resolución del CONICET N° 4568 del 18 de noviembre). Esta unidad de doble

dependencia CONICET–UNR reúne a gente de letras, historia, psicología, filosofía, arquitectura y sociología; disciplinas cobijadas bajo el paraguas de las humanidades. Esta toma de posición se evidenció no solo en el nombre del instituto y en los eventos y publicaciones de sus comienzos que han solicitado la polarización entre humanas y sociales (cf. Gorelik, 2017; Contreras, 2020; Carli, 2020; Rinesi, 2020; Pecheny y Zaidan, 2020) sino que se ratificó al proyectar el trabajo por hacer. Al concursar la dirección del IECH en 2021, Contreras desplegó un argumento singular respecto de esta disociación clásica: la diseminación del término «humanidades» no solo evita la absorción de las sociales sino que también escapa de su ubicación como el polo «no científico» del binomio. Esto se logra a través de la articulación con el significante «crítico», estratégicamente colocado en el nombre del instituto y leído desde un procedimiento inteligente que reactualiza la tradición inaugurada por Adolfo Prieto (GI) en Rosario:

> Al modo de una premisa teórica y política, lo que identifica las líneas de investigación nucleadas en el IECH es la convicción de que no hay producción de saber que no sea producción crítica, entendiendo por «crítico» no solo la cualificación de un tipo de saber disciplinario sino las condiciones del saber en general, en el campo de las humanidades. En la fundamentación del instituto, «crítico» remite entonces a su sentido etimológico de «poner en crisis» los saberes tradicionales, la composición, los presupuestos, los principios de inteligibilidad de los saberes ya constituidos; y, al mismo tiempo, al ejercicio de una interrogación constante sobre las propias condiciones de producción y circulación del saber.
>
> El objetivo de consolidar el IECH como una herramienta que provea y optimice, en tanto Lugar de Trabajo para la investigación científica, las condiciones para fortalecer una producción de conocimiento que atienda tanto a sus especificidades como a la necesidad de romper con los límites disciplinares y con las formas tabicadas de los espacios en que esos saberes circulan, derivó en buena medida de la historia de trabajo conjunto que, durante años, y con mayor o menor grado de formalidad, mantuvieron los centros y programas confluyentes en su creación: Centro de Estudios en Literatura Argentina (CELA), Centro de Estudios en Teoría y Crítica Literaria (CETYCLI), Programa de Investigación y Extensión Universitaria «Argentina 200 años atrás» (PA200), Centro de Investigaciones y Estudios en Teoría Poscolonial (CIETP), Centro de Estudios Visuales Latinoamericanos (CEVILAT), Programa de Investigación en Estudios Culturales (PIEC). Por otro lado, el interés de emplazar esa plataforma institucional en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, se inscribió desde el comienzo en una tradición de esta casa de estudios como fue la

> impulsada por el Instituto de Literaturas Hispánicas dirigido por Adolfo Prieto —donde confluían estudios literarios, sociológicos e históricos— para, al mismo tiempo, transformarla y proyectarla de acuerdo con las exigencias del pensamiento teórico y de la sociedad y la cultura contemporáneos. (Contreras, 2021)

La posición de Contreras converge con la muy singular de Annick Louis quien ensaya una desarticulación de la dicotomía a partir de una salida ocurrente: «considerar que la disciplina literaria es un lugar de saber social —lo que implica romper con la presunción de que hay lugares de saber más sociales que otros» (2015b:232).

La producción de Diego Bentivegna (G4) conjuga aportes de los estudios semiológicos, lingüísticos y literarios. Característica que asoció al trabajo junto a Elvira Arnoux y a Daniel Link (G3) quien «en su momento tenía una fuerte relación con la cátedra de Semiología y con esa línea (...) donde había una sensibilidad por lo discursivo» [*2018*]. Una asunción ratificada tanto por sus traducciones en las que se insinúa su interés por difundir en español autorxs que producen en esta zona de borde como por sus prácticas de exhumación (cf. Bentivegna, 2022):

> Lo más ambicioso que traduje es el *Epistolario* de Pasolini, también de él, *La divina mimesis*, todo con estudios introductorios y notas, etc. Es una figura que también me interesa porque además de su aspecto, quizás más conocido, que es el de cineasta, el de escritor y poeta, también es alguien que viene con una formación lingüístico–filológica muy fuerte y que está permanentemente presente en su producción crítica, pero también en sus textos, en sus novelas, en sus poemas, en sus ensayos, etc. como una gran maquinaria. (...) Traduje hace unos años los *Escritos sobre el lenguaje* de Gramsci que también me parece una figura significativa con la que uno puede establecer una genealogía por el interés de él y por su formación original en el ámbito de los estudios lingüísticos–filológicos. [*2018*]

Esa intersección que promueve y practica cae bajo el término «filología» pero también bajo el de «glotopolítica» (dos espacios de intervención diferentes que libran la misma batalla por la confluencia de aportes):

> Me interesa una escucha de los textos donde la sensibilidad lingüística y la formación, en ese sentido doble, lingüístico–literaria, es determinante, es fundamental. (...) . Entonces, creo que uno de los grandes problemas o grandes limitaciones que hubo en los últimos años tuvo que ver con la imposición de ciertas líneas de trabajo, tanto en la lingüística como en la literatura, que son fuertes,

> son importantes y tienen mucho para aportar, pero no dialogan entre sí: tienden a constituirse como entidades absolutamente autónomas. (...) Ahí, en este punto, yo diría, me interesa, si se quiere ponerle un nombre: «filología» en la antigua acepción de «amor por la palabra». Me reconozco más en ese término. Ese amor por la palabra, que parece medio romántico, me inclino a pensar que es más bien una escucha sobre el texto y un trabajo sobre el texto y un desentrañar el texto con variadas herramientas. Me parece que lo definiría de esa manera y creo que el término filología, que volvió de cierta forma en los últimos años, es un término que nos permite aunar esas tradiciones y pensar en esa materialidad en el texto. Pienso también en Bajtín como otra figura histórica importante en esta línea. Hay muchísimas otras en esta línea, si uno se pone a nombrar hay un montón... el propio Jakobson. Esa línea es la que me interesa y esos autores son los que más me interesan y a los que trato de «honrar» en mi trabajo. [*2018*]

María Mercedes Rodríguez Temperley (G4) explicó por qué el análisis filológico de tipo ecdótico que ha comparado con las búsquedas detectivescas exige poner en funcionamiento más de una línea disciplinar:

> El proceso de edición de textos (en su meta de llegar a fijar un texto considerado como el más próximo al original) se desarrolla en varios niveles y requiere de una serie de competencias y saberes diversos: paleografía, historia de la lengua, aspectos materiales de los soportes (pergamino, papel, encuadernación), historia del texto a editar (en su contexto de producción y recepción) y el aporte metodológico de disciplinas como la bibliografía material, la sociología de los textos y la historia cultural, entre otras. Es una tarea apasionante, con ciertos rasgos de erudición, con ribetes detectivescos y que requiere de constancia y de un placentero componente obsesivo (lo cual contribuye a la concentración a la vez que inhibe definitivamente la pereza). [*2017*]

Al caracterizar su trabajo, José Maristany (G4) aludió a los cruces entre la sociocrítica, el análisis del discurso, los estudios de género, las historias de la sexualidad y la historia de la enseñanza de la literatura, entre otras. Se trata de una descripción congruente con los títulos que menciona, «sin dudarlo», como respuesta a nuestra pregunta por los textos que le hubiera gustado escribir: *Epistemología del armario* de Eve Kosofski Sedgwick, *La voluntad de saber* de Michel Foucault, *Camp y posvanguardia* de José Amícola, *Comunidades imaginadas* de Benedict Anderson y *1889* de Marc Angenot. Llevar las herencias hacia otros territorios para hacer con ellas «otra cosa» es su manera de apropiárselas:

> El trabajo consiste en transformar, de algún modo, el estado del campo que hemos heredado, esto es, aprovechar las tradiciones legadas, no para fijarlas y volverlas unívocas (lo que Mariátegui llamaba «tradicionalismo») sino para tergiversarlas y hacerlas hablar nuevamente con otras palabras. Hacerles decir lo que no habían dicho pero que enunciaban a través del silencio. [*2013*]

Victoria Daona (G5) se doctoró en 2016 con una tesis en Ciencias Sociales defendida en el IDES y en la UNGS; las mismas instituciones donde cuatro años antes había obtenido el título de Magister en Ciencias Sociales. Acostumbrada a trabajar con una directora de letras y con una socióloga, su producción intersecta los aportes teóricos y metodológicos de cada disciplina en función de complejizar sus análisis de la narrativa que vuelve sobre la violencia política de los años setenta (cf. 2011, 2013, 2014/2015, 2016): «Tanto la beca tipo I como la tipo II y la posdoctoral estuvieron dirigidas por Rossana Nofal y co–dirigidas por Elizabeth Jelin. Creo que mis trabajos dan cuenta de esta doble inscripción —entre las letras y las ciencias sociales— y de las lecciones que aprendí de ambas maestras» [*2018*].

En la respuesta a nuestro cuestionario, Juan Ennis (G5) volvió en más de un momento sobre su trabajo en una zona de borde entre los estudios lingüísticos y literarios en los que se ha formado. El episodio sobre la oscilación de un coordinador en un congreso internacional al momento de presentarlo y de catalogar su producción bajo algún rótulo grafica esta confluencia:

> Hace un tiempo un colega, poco antes de que terminara en la cátedra de Filología hispánica de la UNLP, me hizo el favor de buscar un nombre para lo que hacía. Era un coloquio bastante variopinto, en Friburgo, y Andreas Gelz me presentaba. Yo estaba por hablar de Andrés Bello y el Poema del Cid, y me miró como dudando y dijo bueno, ¿podríamos decir que sos una suerte de filólogo, no? (...) Me parece que siempre se ha tratado de eso, al menos para mí. Y en ese sentido el trabajo que hago en la lingüística no se diferencia demasiado del de buena parte de la crítica literaria. Es cuestión de entender, de situar, de ver cómo funciona algo en el presente, de ver cómo un texto dice el mundo, lo interviene, y poner a prueba esa lectura, ese modo de intentar leer hablando con otros, escuchando lo que hacen. Y antes de leer, claro, buscar, detectar; eso que conocemos como trabajo de archivo en buena medida. [*2017*]

Luego, en su respuesta a la pregunta sobre los textos que le hubiese gustado escribir, hizo caer juntos el *Cours...*, *El género gauchesco* y «ese maravilloso ensayo de Susan Buck–Morss, "Hegel and Haiti"» [*2017*]. Su descripción de

este ensayo podría aplicar a varios de los suyos (cf. 2022; Ennis y Toscano y García, 2020, 2022), más allá de que su sentencia se escriba con talante de posibilidad: «hay algo ahí, una forma de hacer confluir en el ensayo historias y preguntas normalmente repartidas en distintas disciplinas que alguna vez quisiera lograr» [*2017*].

Tanto en Ennis como en Daona las convergencias disciplinares no se describen como conflictivas sino más bien, como objeto de deseo y vías exploratorias que cooperan en la profundidad de los análisis dado que habilitan derroteros que no se seguirían desde un camino más convencional. Algo similar se encuentra en los relatos de Irina Garbatzky (G5). Consciente de ser una investigadora que recibe un salario del Estado para producir, se pregunta por lxs destinatarixs de esa producción mientras vuelve sobre el tono y la forma de su escritura. Si bien en el curso de la entrevista cedida para esta investigación apeló al autosocioanálisis a propósito de este problema, su posición se evidencia al hablar sobre la producción de otrxs. La pregunta sobre cuál hubiera sido el o los libros que le hubiera gustado escribir le dio letra para desarrollar esta forma espejada de referir a su trabajo y a sus búsquedas:

> Voy a mencionar solo un libro que me abrió una puerta metodológica y que fue el de Ana Longoni y Mariano Mestman: *Del Di Tella a Tucumán Arde*, editado en Buenos Aires por el sello El cielo por asalto. Hubiera querido escribir ese libro porque fue clave en su materia, es decir, para pensar ese «itinerario de 1968», porque su alcance llegó a grupos de diversas disciplinas, académicas y no académicas, artistas, investigadores, escritores, porque logró transmitir una dimensión del arte que solo puede contarse a través del trabajo de los historiadores, de la construcción de un relato. [*2017*]

María Eugenia Ortiz (G5) enfatizó la importancia de la glotopolítica dado el modo en que renovó las vías de intersección entre estudios lingüísticos y literarios al proveer de instrumentos para el análisis de los factores económicos, ideológicos y políticos operantes en el empleo de la lengua:

> Sostengo que el crítico literario tiene que tener en cuenta la lingüística como disciplina coadyuvante (incluso cuando hoy está suscrita cada vez más a paradigmas cuantitativos) y las problemáticas glotopolíticas como aproximaciones complementarias de la práctica crítica. [*2018*]

En la producción de Noé Jitrik (G1) se advierten diferentes momentos signados por una experiencia laboral y, en más de una oportunidad, por su

interrupción debido a la violencia política estatal. La detención en esta trayectoria en particular obedece a dos razones: en primer lugar, se trata del único agente de la muestra cuya producción ininterrumpida se desenvolvió durante todo el arco temporal recortado para esta investigación; en segundo lugar, se han podido recoger varios autosocioanálisis compuestos en tiempos y en circunstancias diferentes lo que permite confrontar asunciones sobre el subcampo, sus dinámicas y sus líneas. En ese sentido se observa que Jitrik no solo propendió a conferirle carácter de decisión a la dispersión disciplinar a la que se vio forzado sino que, además, aprendió a aprovechar las hendiduras entre lo posible y lo pensable en función de preservar el deseo por la escritura.

Empecemos por señalar las continuidades en las variaciones: si bien el objeto que domina su producción es la literatura argentina puesta en diálogo con la latinoamericana, no solo no cabe desestimar sus incursiones en los estudios lingüísticos ni en los semióticos considerando las perspectivas libertarias y científicas asociadas a los primeros hasta los ochenta y a los segundos hasta bien entrados los noventa en la UNC y hasta el presente en la UNaM (fue una de sus herederas la que intervino en más de un campo a partir de un Programa de Semiótica [cf. Camblong, 2021]) sino que es importante también resaltar cómo los atravesó con conceptos del psicoanálisis o de la sociología cuando sus preguntas de investigación se lo exigieron. Por ejemplo, al leer «Alturas de Macchu Picchu» de Pablo Neruda se apropió de conceptos de Maurice Blanchot (*La part du feu* es, sin dudas, el libro más citado en su obra), Lacan, Hjemslev, Kristeva y Bachelard así como al leer *El juguete rabioso* tomó nociones de Lacan y de Luis Prieto, puntualmente, de un libro de borde entre la lingüística y la semiología, Études *de Linguistique et de Sémiologie générale* (cf. Jitrik, 1982b). No obstante fue en *Las contradicciones del modernismo. Productividad poética y situación sociológica* (1978a) donde arriesgó su conjunción más osada: llevó al extremo la afirmación derridiana «No hay fuera del texto» (1967a:228) al leer a Rubén Darío mientras deslizó su intento de refundar las perspectivas sociológicas para pensar la literatura desde el supuesto de que «en la escritura pasa todo lo que pasa en la sociedad» (1978a:110).

En algunos relatos de Jitrik, en especial, en los que escribió muchos años después del fárrago de acontecimientos que lo llevaron a su largo exilio en México, se hace semblante de haber podido decidir el perfil de su carrera profesional con más libertad de lo que los posibles del campo le permitieron. Es inviable desestimar que, más allá de que sus textos revelen una apropiación productiva de una experiencia no elegida, fue en México donde diversificó su producción en los tres sub–campos de las letras, además de continuar escribiendo literatura. De todos modos, cada uno de los «momentos» que observó

en uno de sus autosocioanálisis más extensos está atravesado por una poco ortodoxa combinación de lecturas como por la voluntad de intervenir en la producción teórica una vez construidos los capitales específicos necesarios:[12] la teoría en Jitrik no funcionó solo como «respaldo» de su trabajo sino también como objeto de deseo comparable a su escritura literaria.

Si se sigue este autosocioanálisis se podría señalar un primer momento de intervención institucional ligado a sus años como estudiante en la UBA y a su participación en *Contorno*. Un tiempo signado por un viaje a Europa en 1953 donde el encuentro con *La part du feu* de Blanchot provocó inusitadas articulaciones con la lingüística por la que entonces experimentaba un vivo interés (el 30 de junio de 1954 obtuvo el Diplôme de Phonétique Expérimentale en el Institut de Phonétique de l'Université de París). Su curiosidad por perspectivas que no habían entrado en una formación de grado marcada por la estilística alemana se combina con la posición que entonces sostenía sobre la historia y las apropiaciones literarias de la sociología. De cualquier modo, la producción de este momento se enmarca en la crítica literaria (más allá de sus reticencias posteriores sobre esta denominación). Vía Contorno publicó el libro de poemas *Feriados* (1956a) y vía la editorial Alpe, *El año que se nos viene y otros poemas* (1959a). Datos que interesan en función de resaltar la continuidad de su producción literaria y crítica (cf. Jitrik y Viñas, 1955; Jitrik, 1955, 1956b, 1959b):

> La Facultad era en sí misma una biblioteca universal (...). Me pareció, sobre el final de mis cursos, en los que predominaba una filosofía historicista —todas las literaturas eran «historia» de cada una— y exámenes, que tanto la «historia de la lengua» como la lingüística eran ese lenguaje (...). En ese camino, mi primer

12. Si bien en sus primeros trabajos no hay propuestas de categorías en sentido estricto, ya se insinuaba su incomodidad con una tensión contra la que se pronunció hasta el final y que intentó debilitar produciendo conceptos: Jitrik planteó, desde sus comienzos, su distancia crítica respecto de la naturalización del binomio local–nacional–regional/universal aplicado tanto a la producción literaria como «científica». Obsérvese que esta asunción ya se anuncia en esta aguda lectura de la «clasificación» de la obra de Horacio Quiroga: «Pocos se conforman con tratarlo de algo menos que genial o, cuando este calificativo les parece excesivo, de "genial cuentista americano", con lo que dan por sentado que el cuento es una especie de género chico, no arriesgando por consecuencia una definición que implique compromisos más grandes. Se resignan, pues, a que Quiroga sea una especie de genio menor adecuado a nuestro provincialismo literario, inhibidos de considerarnos relacionados a algo que tenga que ver con criterios de universalidad. En general no se discute esta ubicación de Quiroga como genio consagrado para nuestro uso interno» (1959b:41–42).

> viaje a Europa, hacia 1953, fue un baño de inmersión en todo lo que el abanico disciplinario respecto de la lengua estaba ofreciendo en ese momento (...) y un deslumbrante descubrimiento, *La part du feu* de Maurice Blanchot, una aproximación a la literatura nunca vista en mis años de Facultad, una suerte de Hegel redivivo y posfenomenológico que, contrariamente a lo que se conoce como «crítica», no daba vueltas en torno a los textos sino que entraba en ellos, veía la literatura como un llevar hasta las últimas consecuencias las percepciones saussurianas, esa extraña pero profunda relación entre signos y cosas. [*2017*]

El segundo momento se liga a sus años en la UNC entre 1960 y la ruptura de 1966 y lo que vino después. Si se repasan los títulos de los cursos que impartió en otras universidades nacionales por la época se constata el correlato con sus investigaciones de entonces: en mayo de 1964 dictó el curso «La intencionalidad en la literatura» en la UNL, sede Santa Fe, mientras que en junio de 1966, «Literatura y sociedad» en la sede Rosario. También durante ese período se desempeñó como profesor Titular de Literatura argentina en una cátedra paralela creada en la Facultad de Filosofía y letras de la UBA. Su relato remite a su apropiación de teorías francesas provenientes de tradiciones disciplinares que solo muchos años más tarde se aceptarían juntas. También resalta la interrupción de sus investigaciones debido a la violencia política estatal: al quedar separado de la universidad durante el onganiato, desafortunadamente detuvo el desarrollo de sus proyectos «teóricos» debido a la necesidad de producir textos a demanda para poder sobrevivir. Son los años de contribución con el CEAL y la editorial Jorge Álvarez (cf. 1967a, 1967b, 1968a, 1968b). Más allá de estos avatares, su producción de este tiempo se inscribe en la investigación literaria (1960, 1962, 1967c). Son los años de *Zona de la poesía americana*, proyecto que Mariana Bonano (2012) lee como continuidad del de *Contorno*. Como constante, la producción de literatura (1965):

> Mi ingreso en la docencia, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, me instaló en la literatura argentina y en una perspectiva historizante. El respaldo teórico que les di a mis exposiciones y presentaciones era de tipo sociológico, o lo que podía entenderse en ese momento por tal decisión disciplinaria; los *maître à penser* eran Goldmann, Hauser, Lukács pero como había pasado por una experiencia que me acercó a la problemática psicoanalítica esos modelos no eran totalmente predominantes aunque tampoco el psicoanálisis me obligaba a ver en los textos los núcleos que como tópicos se presentaban invariablemente cuando se hablaba de eso. Sin desecharlos, comencé a considerar especies literarias, especialmente las canónicas —relatos y poesía— como «textos»

en la inflexión que a ese término se les estaba dando a partir de cierta transición teórica que tenía lugar en la teoría francesa, del existencialismo inicial al estructuralismo y de ahí a los comienzos de la semiótica: la palabra «texto» reunía restos de todas esas miradas y permitía recuperar la inicial idea de la «significación» que había quedado relegada. (...) Todo eso, que pude reunir en un volumen —*Escritores argentinos: dependencia o libertad*— fue el producto de mis años de docencia en Córdoba, entre 1960 a 1966.

Separado de la Universidad en la oleada del golpe militar de ese año, me vi obligado a hacer un paréntesis en los caminos que había emprendido de modo que los esbozos de tipo teórico quedaron en eso y, en cambio, tuve que responder a esquemas tradicionales, biografías, historia parcial de la literatura, más ciertas incursiones en el discurso histórico. [*2017*]

El tercer momento se liga a su exilio en Francia y a lo que produjo allá y a su regreso como resultado de las lecturas y de las conversaciones en la capital literaria y teórica de la república mundial de las letras (Jitrik, 1969, 1970a, 1971, 1972, 1973f). Desde octubre de 1967 hasta setiembre de 1970 se desempeñó como Maître de Conférences Associé en la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de la Universidad de Besançon. Durante ese tiempo escribió los textos reunidos en *El fuego de la especie* (1971)*:* la combinación entre los planteos gramatológicos de Jacques Derrida (1967), el Barthes de «L'effect de réel» (apenas publicado entonces por la revista *Communications*) y *Le degré zéro de l'écriture*, Maurice Blanchot, Roman Jakobson, Julia Kristeva, *Mimesis* de Auerbach y *Pour une théorie de la production littéraire* de Pierre Macherey impulsó un modo de leer que, como el pasaje de *De la grammatologie* usado como epígrafe y citado en francés (1971:8), retomó lo mejor del estructuralismo para llevar la lectura y la escritura «más allá» de sus confines sin dejar de inscribirse en la crítica que, de modo más pronunciado, distanció del adjetivo «literaria»:[13]

En el último cuarto de 1967 llegué a la Universidad de Besançon (...). Entré en un clima teórico dominado por la declinación del estructuralismo y el surgimiento

13. «Forma y significación en *El matadero*» es una de las primeras y más descollantes apropiaciones de la desconstrucción en el subcampo de los estudios literarios en Argentina. Cuando Jitrik concluyó, luego de una puntillosa demostración, que «Echeverría aparecerá como estimando de hecho lo que desprecia y desdeñando lo que aprecia» (1971:92), puso de manifiesto la tensión entre intencionalidad y escritura que, por aquellos días, Derrida había expresado en una frase magistral: «Hablar me da miedo, porque sin decir nunca bastante, digo también siempre demasiado» (1967b:18).

> de nuevos modos que se iban aproximando a una semiótica específica, el llamado «semanálisis» que, a partir del redescubrimiento del formalismo ruso, intentaba alimentarse con las virtudes analíticas del marxismo, se desprendía de las precisiones semánticas de la década precedente y generaba un lenguaje de una excitante complejidad que se concentraba en un término síntesis de todo ese flujo: productividad, que resonaba de manera diferente al de «significación». Refractario a ese lenguaje fui sensible a los cambios radicales que provenían de los trabajos de Jacques Derrida sobre «escritura» en cuyo origen estaba no solo una discusión de fondo con la lingüística saussuriana sino las miradas de Blanchot a las que yo me había asomado unas décadas antes. Cierta experiencia psicoanalítica vino a sumarse a lo que ofrecía ese corpus en el que me interné diría que decididamente pero también a ciertas variantes del marxismo que provenían de las lecturas de Althusser. [*2017*]

En 1975 publicó *Producción literaria y producción social*. En su autosocioanálisis, la referencia a ese texto lo empuja a repetir su fantasía de nano–intervención constante (su obsesión): «Empecé a ordenar los elementos que podían dar lugar a una nueva teoría de la actividad sobre los textos que se denomina crítica; el concepto dominante fue "Trabajo crítico"» [*2017*]. Así definió una categoría que había empleado en su lectura del primer libro de Josefina Ludmer (1972) y como eje de los seminarios que había dictado en la UNLP en marzo de 1971 («Primeros esbozos de una teoría del "Trabajo crítico"»), en la UNCom en setiembre de 1973 («Aproximaciones a una teoría del "Trabajo crítico"»), en la UNS en julio de 1974 («Esquema de una teoría del "Trabajo crítico"») y en los grupos de estudio clandestinos que por entonces lideraba. A través del currículum de Ana Camblong (G2), integrante de uno de aquellos grupos, se repone el tema del seminario dictado por Jitrik en 1973: «Problemas de la constitución del concepto de Trabajo Crítico en Literatura». La producción literaria, como a lo largo de toda su trayectoria, en paralelo (cf. 1974f). Su relato retrospectivo sobre las clases del período que incluyen las del breve interregno de la universidad montonera converge con lo que la exhumación de aquellas intervenciones constata: su búsqueda teórica y el eje puesto en el concepto de «escritura».

El cuarto momento se liga a su exilio en México. Se trata de un tiempo extenso que va desde setiembre de 1974 hasta 1987. El campo laboral mexicano lo llevó a retomar problemas de los estudios lingüísticos y a incursionar en los de didáctica y en los estudios semióticos. Como puede verificarse tanto a partir de sus relatos como de su producción, los accidentados periplos produjeron una dispersión que Jitrik convirtió en potencia: sin abandonar la escritura

literaria (cf. 1979a, 1980, 1981a, 1986), fabricó sus problemas de investigación a partir de los terrenos en los que debía inmiscuirse debido a las ofertas de trabajo (cf. 1982c, 1988b) y afinó sus conceptos teóricos (cf. 1975, 1982b, 1987a). Durante aquellos años participó de congresos en los tres subcampos en los que intervino además de integrar diversas asociaciones profesionales: el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de Pittsburgh, el Centre d'Etudes des Littératures et des Civilisations du Rio de la Plata en París, la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada y la Asociación Mexicana de Semiótica. Su trayectoria intersectada con sus autosocioanálisis revela los capitales culturales y sociales adquiridos en el exilio:

> En el paso a paso de la intención teórica tuve la oportunidad que me brindó el Doctor Gilberto Giménez, de asomarme a un campo que estaba tomando forma. En un coloquio organizado en la UNAM teóricos franceses, Michel Pêcheux, Régine Robin y otros, presentaron las posibilidades de una teoría que a partir de la lingüística harrisiana y rápidas intersecciones interdisciplinarias, prometía abordar diversos discursos sociales más allá de los presupuestos filosóficos desde los que se consideraban los hechos sociales. (...). Cuando por razones poco claras y oscuramente idiosincráticas, concluyó mi compromiso con El Colegio, fui invitado por una dependencia de la UNAM a planear y organizar una Maestría en, precisamente, análisis de discurso. Produje entonces un documento fundando esta teoría (...). Y, correlativamente, empecé a escribir sobre el concepto. [*2017*]

El quinto momento se liga a las investigaciones que realizó desde 1987 en adelante, es decir, desde su regreso a Argentina. Su producción corrobora cuatro líneas de intervención acompañadas por su constante escritura literaria (cf. 1988a, 1989, 1992c, 2002b, 2004, 2006, 2009, 2014a, 2021, 2022) y por una activa participación periodística en diferentes medios: 1. compuso, junto a otrxs agentes que convocó, una «narración» (Jitrik, 2018:871) convertida en historia coral de la literatura argentina vía una colección imponente que dirigió entre 1999 y 2018. Si bien Jitrik definió a la historia como un «relato» articulado, en su caso, a partir de la literatura (cf. 2002:190), su incursión en todos los subcampos de las letras favoreció un armado que integró a agentes que participan de los estudios lingüísticos y semióticos (cf. Arnoux, 2012; Di Tullio, 2006, 2009) mientras visibilizó líneas entonces consideradas «menores» en el subcampo de los estudios literarios como la literatura para las infancias (cf. Díaz Rönner, 2000) en la que, además, había intervenido (cf. Jitrik, 1990); 2. desarrolló problemas históricos y críticos de literatura latinoamericana (1987c, 1988b, 1992a, 1992b, 1996); 3. condensó sus aportes en los subcampos

de los estudios lingüísticos y semióticos así como sus notas sobre enseñanza. Por ejemplo, *El balcón barroco* publicado en México por la UNAM en 1988, incluye una sección denominada «Teoría del discurso y semiótica»; en 2007 y con prólogo de su exalumno Raúl Dorra (G1), el Fondo de Cultura Económica de México puso en circulación *Fantasmas semióticos concentrados*; en 1987, la UNL hizo lo propio con *Cuando leer es hacer* incluido en la colección Cuadernos de extensión universitaria que reunió nombres que, con algunos años de diferencia según los casos, se consolidaron como firmas del campo literario e intelectual (entre los títulos se cuenta *Una literatura sin atributos* de Juan José Saer, *Crítica y ficción* de Ricardo Piglia, *Poesía y vida* de Edgardo Russo, *20 poemas* de Juan L. Ortiz, *Trabajo nocturno* de Juan Manuel Inchauspe, *Máscaras sueltas* de Estela Figueroa; entonces figuraba «en preparación» un título de Nicolás Rosa que se modificará en su versión definitiva: *Las estrategias del simulacro* [sic]); vía Manantial publicó *Los grados de la escritura* en el 2000, una suerte de autosocioanálisis que vuelve sobre sus deudas con Derrida; en 2014, bajo el formato ebook, la Universidad Veracruzana lanzó una serie de ensayos cortos en los que recobró la noción de «discurso» y la apuesta por la interdisciplinariedad; por último, *Verde es toda teoría. Literatura. Semiótica. Psicoanálisis. Lingüística*, editado y prologado por Roberto Ferro e incluido en una colección de «Crítica y Teoría». Si el subtítulo de este libro presenta el conjunto de subcampos en los que intervino, en su extenso autosocioanálisis Jitrik describió en qué momento y en relación con qué circunstancias se dedicó a cada uno. Pero además, si se repasa el prólogo de Ferro, uno se topa con este epígrafe: «Gris es toda teoría. Verde el árbol dorado de la vida» (Johan Wolfang von Goethe)» (Ferro, 2010:7). No suena descabellado conjeturar que es el editor quien ratificó una asunción de Jitrik: su tantas veces reafirmada distancia crítica respecto de la hiperespecialización; 4. construyó relatos de síntesis de sus operaciones que destacan sus contribuciones categoriales al campo de las letras (cf. Jitrik, 2017). Un tema que retorna en autofiguraciones diseminadas en libros y entrevistas entre las que merece la pena retomar la realizada por Max Hidalgo Nácher en 2013.

En conversación con Hidalgo Nácher, Jitrik evocó un episodio del año 1978 donde había confrontado con agentes que enunciaban sus posiciones desde «el» centro de producción y de visibilización teórica internacional de los estudios literarios. El diferendo se desencadenó durante uno de los míticos congresos de Cerisy y con Todorov. Como ya han mostrado Hidalgo Nácher (2017) y Catelli (2015a; Catelli e Hidalgo Nácher, 2015), la apropiación de lo consagrado en los centros desde esta periferia se defiende en su «incorrección» (leída como tal desde algunos lugares centrales y también desde la misma

periferia) con el orgullo de quien reinventa, de quien lleva lo leído hacia otro terreno para hacer lugar a otras cosas. Resulta sintomático que casi cuatro décadas después de aquel encuentro celebrado en París alrededor de la «literatura latinoamericana de hoy», Jitrik lo retome con los énfasis que pueden apreciarse en la cita que sigue. Hay en ese cuento una posición bien distante de la vergüenza subalterna. Su desacato y su actitud profanatoria obedecen a un gesto de agencia:

> Participé en el encuentro, en el que decidí hablar de Lezama Lima. Y lo vinculé a Blanchot, a Auerbach y a algunas otras cosas. Cuando hablé, estaba en el público Todorov. Y cuando terminé, levantó la mano y dijo:
>
> «No entiendo cómo puede estar citando a tanta gente diversa y opuesta entre sí». A mí me dejó aterrado. (...) Creo que no había percibido que yo lo que hacía era sacar de ellos lo que necesitaba. Yo dije: «Esto en América Latina es así. Nosotros manejamos una enorme cantidad de cosas disímiles entre sí». Aquí no estamos afiliados a uno para deshacernos de otro. Estamos en esta circulación que es la característica típica de transformación respecto a los modelos —digamos mejor informaciones— que nos llegan de otra parte. Efectivamente hay repetidores: la cita es el tobogán para la repetición automática de autoridades. Pero el otro efecto es una transformación de una información que uno recibe y que le da un carácter de otra índole. Eso marca un poco la peculiaridad de la cultura letrada latinoamericana.
>
> Tenemos el caso de Borges. Decir que Borges imita o está modelado por el pensamiento... ¿de quién? ¿De Hobbes? ¿O de Berkeley, porque lo menciona? ¡Es terrible! En función de eso uno puede decir que esa versión de que Borges es un escritor europeo es falsa. Borges es un típico producto de escritor latinoamericano, en el sentido de una transformación de una información que anda por ahí, que es vastísima y que explica otro tipo de fenómenos. (Jitrik en Hidalgo Nácher, 2017)

Para concluir este apartado, dos menciones más. Hay en la refundación archi–filológica y obstinadamente exhumatoria a lo Antelo (2015, 2020, 2021a, 2021b, 2022a) una confluencia de perspectivas que dejan huellas en agentes de más de un grupo, en más de un polo, en más de una disciplina, en más de una latitud (cf. Cámara y Klinger, 2022). Se trata de un movimiento en plena expansión arrojado al incierto por–venir. Tan imprevisible como los sacrílegos protocolos que lo sostienen: «yo no digo de antemano "esto no me sirve"» (2021b), aclaró en una clase abierta de Teoría literaria centrada en su metodología. Si la filología es «un método de la culpa» («nunca seremos tan eruditos como Leo Spitzer»), la archi–filología «es una forma de des–culpabilizar» (se

trata de «doblar la materia de otra forma para que surjan otras resonancias»; «si lo pienso musicalmente es el método de la rapsodia»; «reunión de una multitud de temas dispersos, cuando no disparatados, para producir un nuevo lenguaje»). Si la filología se conjuga en pasado, si su tiempo es el certero «fue», la archi–filología construye un sentido «siempre hipotético»: su tiempo es el «habrá sido». Desde este lugar, Antelo trama su hereje composición disciplinar. Cuando explica, por ejemplo, qué lo animó a exhumar los materiales que llevaron a la escritura de *Miniaturas urbanas*, da la siguiente explicación (una propedéutica introducción a su metodología):

> Tal vez valga la pena una palabra sobre el método. Cuando me dicen que yo trabajo con archivos, que la archi–filología sería una manera de trabajar la archivología, muchas veces se confunde la idea de un objeto ya existente que está allí esperando que el investigador, munido de pala y cuchara, remueva la tierra y lo desentierre. Y no es por ahí que la cosa ocurre. Y sí por la posibilidad de conexiones. Y esas conexiones no son nada más ni nada menos que lenguaje. Es decir, potencialidad de la falsedad que es toda ficción. Hay un punto de atracción que es el vacío. (...) ¿Por qué nadie habló de este señor? ¿Por qué nadie leyó este texto? Es ese vacío (...) lo que me obliga al archivo, a armar el archivo, a la archi–filología. No desconozco el debate contemporáneo pero me resisto al catecismo más difundido. Hay sin duda algo del orden de la herejía. (2021a)

Hay en la refundición teórica y epistemológica sin rótulo ensayada por Nora Catelli la puesta en práctica de un modo de leer que, reticente a las formulaciones programáticas, deja entrever cuando, escribiendo sobre otrxs, cuela asunciones propias. ¿Cómo no interpretar en espejo sus afirmaciones sobre las «máscaras» de Oscar Masotta que «no fueron sucesivas, sino simultáneas» (2020b:199) y solo unidireccionalizadas a causa de la «voracidad» aplanadora de las instituciones con las que lidió? ¿Cómo no encontrar una descripción del propio trabajo en la caracterización del de otra filóloga y comparatista que, como ella, ni practicó una «retórica de la humildad» ni «pidió excusas» (126) al momento de señalar encerronas inconducentes en cada intento de llevar la conversación más allá? La enumeración de sus procedimientos al leer no es más que eso. No obstante, aunque in–completa (como toda caracterización de conjunto), la ensayamos vía una de sus lectoras más perspicaces; la misma que prologa su último libro y que dirigió la revista que mantuvo su conexión con el campo intelectual argentino a pesar de la distancia. A propósito de los ensayos reunidos en *Desplazamientos necesarios*, un título tomado de Juan José Saer que también podría leerse como descripción del modo Catelli de leer–

entre («entre Rosario y Barcelona», entre universidades y formaciones, entre literatura y psicoanálisis, entre el catalán y el castellano, entre los trabajos periodístico, editorial y académico), Sarlo observa una preocupación por la «exactitud» (2020:10) que no la inhibió para desplegar lecturas que se atrevieron a «unir» lo que «antes no estaba unido» (Bignozzi con Broch, Barthes con Bourdieu). También observa el desarrollo del «camino abierto por Adolfo Prieto» (16) al trabajar lo auto–bio–*gráfico* como «una dimensión de los textos» que Catelli analiza entre el «pie de la letra» y las «fisuras» (18), atenta al «conocimiento del suelo histórico, social y estético donde se apoyaron los sujetos que decidieron escribirse porque siempre sus razones son variables, su sinceridad puede ser examinada y lo que dicen (como le sucede a cualquiera que hable de sí mismo) tiene varios fondos» (18). ¿Cómo no reconocer aquí, en este último pasaje, una imagen que vuelve sobre las propias obsesiones de quien escribe el prólogo? ¿Cómo no admitir que esta selección de procedimientos, deliberadamente dejados para el final del apartado, son los que intentamos copiar, entre otrxs, quienes llevamos adelante el proyecto del que se desprende este libro?

Más de una agenda, más de un centro

Durante el largo período estudiado la lucha por la definición de los ejes sobre los que giró el subcampo se expresó en las instituciones a través de antagonismos entre zonas curriculares y/o de investigación que se superponen según el ángulo de mira: literaturas en lengua española/literaturas traducidas o en otras lenguas —incluidas las clásicas—; literaturas clásicas /literaturas modernas; literatura latinoamericana —incluida la argentina—/ literatura española, entre otras. Las asunciones de lxs agentes que participan de estas batallas tendrán más o menos eco según la posición que ocupen en el subcampo: si durante los «años Prieto» (Podlubne, 2013:13), Rosario fue el centro como lo será la UBA durante «la época de oro de la carrera de letras» (Link, 2017:156), luego ese lugar se disputó entre esas universidades y la UNLP para abrirse a más de un polo, en más de una línea y generando más de una agenda desde entonces hasta el presente.

Se imponen algunas aclaraciones. La primera: la importancia de la literatura nacional en los objetos y problemas fabricados desde los estudios literarios constituye una tendencia transnacional asociada al capital simbólico que tiene en cada país la literatura propia (Casanova, 1999; Thiesse 1999, 2019). En segundo lugar, no omitimos los años de y entre dictaduras, es decir, el tiempo

que va desde 1966 hasta 1983; sucede que durante ese período, el carácter heterónomo de las instituciones de enseñanza y de investigación motivó, en parte, un desplazamiento del marcado de la agenda por las formaciones: espacio en el que buena parte de lxs agentes–firmas con capital simbólico institucional acumulado en el tiempo previo terminaron trabajando hasta la restitución democrática. Tercero: si en 2009 Miguel Dalmaroni planteó una vista de la investigación literaria en Argentina distinguiendo el «campo clásico» de líneas «pujantes» ubicadas entonces «entre las prioridades de las "agendas" de investigación» («culturas populares» y «testimonio»), líneas «tradicionales» («crítica textual»), una línea de «dilatada tradición pero de casi nulo desarrollo en la Argentina» («literatura y artes») y otra emergente y/o marginal sobre la que entonces pesaba «la reserva intelectual de algunos circuitos hegemónicos de la crítica universitaria» («literatura y enseñanza»), y si bien aquel panorama no pretendía ser «abarcador» (cf. Dalmaroni, 2009:11), daba cuenta de un estado de situación. Pasada más de una década, corresponde agregar a esas líneas otras, consolidadas en los últimos años: los estudios de género, en humanidades digitales, en literaturas para las infancias, las archi–filologías (por enumerar algunas). En cualquier caso, se trata de un libro que estará en constante reactualización dado el carácter dinámico de su objeto.

El mapa del campo estalla. Hay una proliferación de polos que serán centrales según la línea que se tome en consideración. Líneas atravesadas, a su vez, por dos posiciones de agencia entrelazadas: la de los feminismos y la de los regionalismos–no regionalistas que solicitan tanto la dominante cis–hetero–patriarcal en las colocaciones institucionales y en las fabricaciones de objetos y problemas como los criterios de construcción de los centros como centros y de las periferias como periferias, no desde el lamento plañidero ni desde la declaración voluntarista sino desde la disputa a través de acciones con efectos de campo.[14] Algo de esto es lo que lee Graciela Goldchluk cuando en su último libro escribe «lo que está cambiando es quién decide lo que vale la pena» (2022:35).

14. Este movimiento también se observa en las ciencias sociales. Fernanda Beigel desde la UNCu y Ana Teresa Martínez desde la UNSE trastocan las colocaciones clásicas de centro y periferia de un campo recortado desde su perímetro nacional. Se trata de intervenciones no declamadas: ni lloran ni se quejan ni se colocan en la improductiva posición «anti» que impide problematizar toda vez que borra matices. Por el contrario, si en sus estudios visibilizan procesos asimétricos en más de un plano es como efecto de sus análisis que buscan, básicamente, entender, dar cuenta de un estado de las cosas.

Lejos de reconstruir esa cartografía que fue variando así como variaron los objetos privilegiados por los estudios literarios (de la literatura española a las clásicas y de allí a la literatura nacional junto a la explosión de las teorías literarias hasta llegar a esta diseminación im–posible[15] de mapear en un capítulo), se apuntan a continuación las tensiones que se desprenden del análisis de las trayectorias y de los cuentos de lxs agentes de la muestra. Elegir esta vía de entrada es, en principio, la que nos permite plantear el problema: la excusa que nos hubiese habilitado a sortearlo (el extenso arco temporal recortado) decae frente a la estrategia elegida. A saber: aunque solo se trate de una selección determinada por una muestra pequeña, caracterizar las disputas es hacer foco sobre el aspecto que le confiere al subcampo tanto su dinamismo como su indeterminación. Es porque hay disputas que hay posibilidad de transformaciones irreconciliables tanto con el cacareado «fin de la historia» (cf. Derrida, 1993) como con toda ilusión de un estado de las cosas conquistado para siempre. Es porque hay disputas que se tramita más de una forma de agencia.

Modos de nombrar, performatividad y agencia

Para despuntar el problema que se aborda en este apartado traigo una pregunta planteada por Idelver Avelar (2021b) durante el Simposio *Dominios y dislocaciones de la crítica latinoamericana. Prácticas, incitaciones y entrelugares de un discurso autónomo* organizado por Marcela Croce desde el Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina en noviembre de 2021. A propósito de la presentación de avances parciales de esta investigación, Avelar formuló el siguiente interrogante desde el interés genuino por saber qué había encontrado en la muestra: «Me interesa ver, en las varias entrevistas que hiciste, cómo suena el término "hispanismo" dependiendo de dónde viene el académico o la académica» (2021c). Y más adelante, sobre el cierre de su intervención, precisó: «me gustaría mucho saber cuál es el tipo de reverberación que encontraste en la investigación alrededor de los tropiezos del término» (2021c).

Como en aquella ocasión, recurro a una frase de Jorge Panesi para caracterizar lo que intento tanto en esta investigación como en este libro: «describo una corriente en la que nadamos» (2003:13). En este caso, caracterizo las referencias asociadas a un término en diferentes tiempos, espacios e

15. Uso este término en su acepción derridiana, es decir, aludiendo a la oscilación que se produce cada vez que, a sabiendas de las dificultades para realizar la tarea que se emprende, sin embargo, se la ensaya.

instituciones sin esquivar las discrepancias derivadas de las tomas de posición de lxs agentes y sus márgenes para maniobrar en un subcampo tensado entre lo posible y lo pensable que, siempre, excede los voluntarismos–voluntaristas.

Si bien en lo que sigue circunscribo el enorme problema respecto de los sentidos del término «hispanismo» a las reverberaciones halladas en currículums, trayectorias y cuentos de lxs agentes de la muestra, envío a los resultados condensados en el Tomo 1 de este volumen. Si hay una hipótesis que Max Hidalgo Nácher ha hecho propia, esta es la de Nora Catelli respecto de que «no hay lectura que no sea, a la vez, una localización y, por encima de cualquier otra cosa, una fecha» (2018a:195). Así, no solo en el apartado «Hispanismos españoles», sitúa en coordenadas espaciales y temporales concretas tanto el tipo de uso y de apropiación de las teorías circulantes en España como la producción de crítica y teoría desde la Guerra Civil pasando por la larga dictadura de Franco y el tiempo que vino después. La hipótesis de Catelli tiene en su trabajo tanta importancia como en este: entender los enrevesados procesos que llevaron a que en «el hispanismo español» resultara hegemónica una estilística desde la que se domesticaron las diferentes perspectivas de los estructuralismos es crucial para analizar con más elementos cómo se configuró el subcampo de los estudios literarios en Argentina (Tuset, 2016). Para despuntar la hipótesis que sigue, para cuya demostración recurro a resultados de una investigación previa disponible en línea en acceso abierto (cf. Gerbaudo, 2006) y a un autosocioanálisis, se impone volver a traer el pasaje de la entrevista a Gabriel Giorgi (G4) citado en el capítulo anterior. Un pasaje que evoca las líneas hegemónicas en la enseñanza de la literatura en la UNC en los albores de la restauración democrática: su recuerdo vuelve sobre los libros de una editorial que, como prueba Hidalgo Nácher, fue central en la fabricación española de lo que se entendía por «teoría». Obsérvese también que en esa universidad, por cuyas carreras de letras habían pasado Adolfo Prieto y Noé Jitrik, quedaban pocos rastros del «estructuralismo politizado» despuntado en Buenos Aires más de diez años antes de la recuperación democrática en espacios clandestinos e institucionales. Nótese también, como lo condensan Raúl Antelo (2022b) y Diego Tatián (2016), que tanto en Córdoba como en Buenos Aires, ya entre fines de los sesenta y principios de los setenta, el estructuralismo se leía junto con la desconstrucción aunque, como también lo demuestran ambos, la violencia estatal interrumpió este movimiento en las instituciones. El envío de Antelo a la reseña que Ricardo Pochtar escribió para *Los Libros* sobre la traducción de Oscar del Barco y Conrado Ceretti de *De la Gramatología* despunta un capítulo sobre la recepción de la desconstrucción en Argentina y otro, sobre los exilios forzados (cf. Falcón, 2018). Un balance catastrófico: «de

los mediadores para que Derrida desconstruyera la metafísica en las pampas, uno, Ceretti, desaparece por la represión. Otro, Del Barco, se exilia en México. Y el tercero, Pochtar, (...) se radica en España» (Antelo, 2022b). Ceretti estaba casado con Diana Guerrero, recuerda Antelo. Y agrega: «autora del excelente *Roberto Arlt: el habitante solitario*, desaparecida también junto a él, en 1976» (2022b). Los datos indican un período de reticencia a estas perspectivas: el libro de Guerrero recién se exhumó en 1986 durante el primer curso de Viñas en la universidad después de su exilio (cf. Gerbaudo, 2016b:146) y en 1991, en los de Nora Avaro y Analía Capdevila en la UNR (cf. Avaro y Capdevila, 1991).

Otro puñado de datos alrededor de una conjetura: en los polos periféricos del subcampo nacional las lecturas que Hidalgo Nácher ha encontrado en el centro del «hispanismo español» dominaron los modos de pensar la literatura en las carreras de letras durante y entre las dictaduras y después. Una tendencia que se empezó a debilitar por efecto de las voces críticas contra la reforma educativa del nivel medio de los años noventa: en un mundo previo a Internet, los primeros pronunciamientos contra esa reforma que, sin transparentarlo, adoptaba el modelo que España ya había revisado por esos años, fueron lanzadas desde la historia de la educación y desde el subcampo específico. *Volver a educar* de Adriana Puiggrós daba razones respecto de por qué valía la pena «patear el tablero» (1995). Un año después, en un Congreso Nacional de Profesores celebrado en Santa Fe, con menos énfasis pero no con menos agudeza, Jorge Panesi escribió sobre el temita un texto de antología (cf. 1996[2014]). Mientras tanto, Beatriz Sarlo aprovechaba su llegada mediática para interrogar dos asunciones entonces celebradas por los discursos «de las autoridades educativas cuando hablan directamente a la sociedad»: «¿Qué quiere decir preparar para el mundo del trabajo?», preguntaba mientras advertía respecto de la rapidez con que envejecen esos saberes por contraste con los humanísticos (imposible que no se preguntara, en aquel contexto de desindustrialización creciente, «¿cómo será el trabajo en la Argentina de los próximos quince años»? [1998e:21]). En el mismo movimiento cuestionaba la promoción de un modelo educativo sujeto a la variable «interés de los chicos»: ¿cómo podría alguien interesarse por lo que desconoce? ¿En qué medida no presentar una opción que vaya más allá del interés del destinatarix no es reforzar las «desigualdades socioculturales de origen» de lxs no–herederxs? (cf. Sarlo, 1998e).

Por esos años (y recurro al autosocioanálisis a los efectos de que mi relato tenga más chances de ser leído como espero: como una caracterización de lo posible y lo pensable en un tiempo y en un espacio específicos), en Metodología y análisis del texto literario cuya profesora titular era Dina San Emeterio, exiliada en España (cf. Calosso, 2002) donde se había «actualizado» con la

bibliografía entonces dominante en aquel país, enseñábamos la biblioteca de teoría que Hidalgo Nácher describe: *Poesía española* de Dámaso Alonso, *Estilística, poética y semiótica literaria* de Alicia Yllera, *Interpretación y análisis de la obra literaria* de Wolfang Kayser, *Teoría literaria* de René Wellek y Austin Warren, *Estructura del lenguaje poético* de Jean Cohen, *Estructuras lingüísticas en la poesía* de Samuel Levin, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje* de Joseph Courtés y Algirdas Julius Greimas y *Semántica estructural* de Greimas, entre otros textos (cf. San Emeterio, 1997b; Gerbaudo, 1998). Sobre las derivas de esas lecturas en el nivel medio, espacio laboral primero de quienes egresábamos de las carreras de letras en un país con un CONICET mantenido entonces en vida vegetativa (la lista total de becas otorgadas cada año por el organismo en todas las áreas disciplinares no ocupaba más de dos hojas de papel tamaño carta, incluidxs lxs suplentes: recuerdo ese «detalle» dado que por dos años seguidos, 1997 y 1998, recibí por correo postal la misma carta donde se me comunicaba que quedaba segunda o primera suplente —este «detalle» indica un estado del financiamiento científico en aquel período—), escribí en otros lugares (cf. Gerbaudo, 2006, 2011). Sobre las desconfianzas de Dina respecto de lo que hacía en esa materia, se conserva un texto (hasta donde sé, el único que ha publicado). Más allá de esa bibliografía y de los contenidos, Dina nos había enseñado a pensar las teorías como lupas: desecharlas si no sirven para ver mejor (cf. San Emeterio, 1995). Lo más importante que transfería en aquellas clases era una posición de lectura desplegada junto con esas «teorías» que ponía a circular con desconfianza.[16] Era lo que se podía desde un polo periférico, sin conexión con otras universidades nacionales. Era lo que podía una profesora que, para cobrar una dedicación

16. Esa posición era reforzada por algunos de los textos de la Colección Hachette Universidad que se incluían en los programas. Por ejemplo, en una introducción fechada en 1979 a lo que Nicolás Bratosevich no imaginaba como el primer tomo de su *Métodos de análisis literario* (en la cátedra enseñábamos los dos; el prólogo al segundo está fechado en 1988) escribía: «para no dejar de ser sincero, debo aclarar que soy de los que creen que una metodología es por supuesto una herramienta, pero que toda herramienta sólo llega hasta los alcances de su eficacia. Más allá de todo eso está el exceso como virtud: es decir, sobrepasar, alterar, traicionar si es preciso la herramienta cuando el caso lo reclame» (1979:7–8). Importa remarcar un énfasis: de esa Colección de la que también se incluía *Introducción a la semiótica narrativa y discursiva* de J. Courtés, *Metodología y Teoría Semiótica* de Graciela Latella y *Hacia el conocimiento del poema* de Iber Verdugo, Dina ponía una particular atención a aquellos materiales usados en aulas. Por ejemplo, no pasaba desapercibido que en el prólogo a su libro Verdugo había escrito: «este libro es resumen y fruto de la experiencia en la cátedra» (1982).

semiexclusiva, además de Historia de la lengua (y de Griego, que dictaba de puro gusto), tenía que hacerse cargo también de esta otra materia que no estaba en su zona de especialización y que se había introducido como una «novedad» del Plan 1991 junto con Teoría literaria. Dina llegaba hasta acá: «promuevo el conflicto si eso promueve la rebelión» (1995:16). No es poco.

Por mi parte, y para cerrar este cuento, debo decir que solo después de haber defendido mi tesis de Maestría en Didácticas Específicas (Letras) ante un tribunal que lo contaba a Jorge Panesi, me animé a movilizar en mis clases las lecturas teóricas y críticas que había utilizado en esa investigación (como Claudia Rosa, yo también necesitaba entonces autorizarme bajo el cobijo de las firmas con capital simbólico suficiente como para legitimar aquellos primeros desplazamientos). Eso sucedió en 2001. La tesis que entonces también se quería una difusión de un estado del arte escrito en especial para el espacio local, se publicó cinco años después (2006). Obsérvense los tiempos: lo que según el cuento de Piglia/Renzi habría ocurrido en ciertos círculos de Buenos Aires durante los años setenta, en Santa Fe se produjo recién bien entrado el siglo XXI. No hablaré aquí, es necesario repetirlo, de des–tiempos: hablaré de posibles y pensables según las condiciones materiales de producción del subcampo, de convivencias reveladoras de un estado de las cosas y de una dinámica relacional donde las posiciones de unos polos se definen en fricción con las de otros. En el diario de Piglia/Renzi fechado el viernes 5 de diciembre de 1969 se lee: «El esnobismo invade Buenos Aires con la jerga estructuralista. Demencial artículo colectivo sobre Marechal usando los actantes de Greimas para analizar *Adán Buenosayres*» (Piglia, 2016:167). Desde UNL, las críticas a los lingüisticismos y los aplicacionismos se escribieron varias décadas después: una réplica a otra importación acrítica de propuestas concebidas en la «Madre Patria» (cf. Gerbaudo, 2006, 2011).

El relevamiento de las reverberaciones del término «hispanismo» en lxs agentes de la muestra exige atender a múltiples temporalidades y a más de un espacio: no se trata solo de los cambios registrados en diferentes cortes temporales en el subcampo pensado desde el perímetro nacional sino también de distintas temporalidades que conviven en un mismo corte temporal según la zona observada.

Para empezar, importa destacar la institucionalización de un modo de nombrar durante los «años Prieto», en Rosario. Empiezo por el final, es decir, por repercusiones actuales de aquel gesto de inicios. En el ya citado informe presentado para el concurso de renovación de su cargo como directora del IECH, Sandra Contreras (G4) resaltó la «necesidad de romper con los límites disciplinares y con las formas tabicadas de los espacios» en los que circulan las

ciencias humanas y sociales para inscribirlas «desde el comienzo en una tradición de esta casa de estudios como fue la impulsada por el Instituto de Literaturas Hispánicas dirigido por Adolfo Prieto donde confluían estudios literarios, sociológicos e históricos» (2021).

Además de la «confluencia» entre humanas y sociales, importa detenerse en las otras que propiciaba Prieto por aquellos años: con un doctorado en Literatura Española defendido en 1953 y habiendo enseñado Literatura Española II en la UNR hasta 1957 (fecha en la que perdió su cargo interino en un concurso), Literatura Argentina e Hispanoamericana en la UNC de 1957 a 1958 y Literatura Argentina II y Española II en la UNCu hasta 1959, Prieto retornó a Rosario donde enseñó, desde 1959 y hasta 1966, Literatura argentina. Entre sus tareas de gestión se cuenta la creación del Instituto de Literaturas Hispánicas en el que alojó las publicaciones *Boletín de literaturas hispánicas* y *Cuadernos del Instituto*.

En el primer número del *Boletín*, Prieto indicaba las dificultades que debía enfrentar para lanzar y sostener esa publicación; entre ellas, la «inestabilidad» (1959:6), tendencia estructural de las políticas públicas de Argentina. También allí fundamentó la decisión concerniente al nombre de la revista y al tipo de estudios que alojaba: «la idea de una revista que agrupara solamente a las literaturas de lengua española apareció como aceptable criterio de transacción» (7). Incluyó fundamentos ligados a la «unidad idiomática» y al importante número de investigadorxs que entonces trabajaban en esa zona de intersección de objetos:

> La unidad idiomática y el común acervo histórico–cultural fueron los supuestos teóricos que mejor apuntalaron esa idea, como asimismo la fácil comprobación de que las diversas literaturas del mundo hispánico son las que reúnen, en nuestro medio, el mayor número de estudiosos e interesados. (7)

Obsérvese que por esos años, Prieto publicó su ensayo sobre «El martinfierrismo» en el primer número de la *Revista de Literatura Argentina e Iberoamericana* de la UNCu. Obsérvese también que los índices del *Boletín* revelan una confluencia entre estudios en literatura española, argentina y latinoamericana; esto continuó más allá de su gestión. Por ejemplo, el último número publicado en 1970 bajo la dirección de Edelweis Serra está dedicado a Gabriel García Márquez. Y en los números previos habían publicado Oreste Frattoni (1959) sobre literatura española, Jitrik (1960) y Ludmer (1963) sobre literatura argentina y Aldo Oliva (1959) sobre literatura latinoamericana. La confluencia entre estas líneas de estudio se verifica, por un lado, en los cursos

organizados por el Instituto desde el que se convocaba a «profesores nacionales y latinoamericanos» entre los que se contaron Ángel Rama, Augusto Roa Bastos, Noé Jitrik, Rodolfo Borello, David Viñas, entre otros (Avaro, 2015:56). También se advierte en los títulos de los *Cuadernos* que, si bien recortados sobre literatura argentina, se inscribían como una publicación de un Instituto de Literaturas Hispánicas: *La novelística de Gálvez* (Desinano, 1965), *La literatura argentina y el cine* (Bottone, 1964), *Mateo Booz* (Milano, 1964), *La inmigración en la literatura argentina 1880–1910* (Onega, 1965), *Laferrère: del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal* (Viñas, 1965). Por último, nótese que el curso doctoral que Prieto dictó en la UNR en 1997, al regresar de sus largos años en Estados Unidos, sostuvo su apuesta inicial alrededor del modo de nombrar. El curso se tituló *Literatura hispanoamericana. Discusión del canon*.

«Hispanoamericana» fue la palabra incluida en el nombre del departamento de literatura de la Universidad de la República que lo alojó en su primer exilio (más precisamente, Departamento de Literatura Hispanoamericana); la palabra también se inscribió en el curso que Ángel Rama dictó durante aquel tiempo en el CEFIL (recordemos: «Narrativa hispanoamericana actual», dado en octubre de 1967). «Hispánica» fue el nombre utilizado para designar la sección de la universidad francesa que lo acogió en su exilio en Francia: Faculté des Lettres et Sciencies Humaines. Section Hispanique (cf. Avaro, 2015:65; 67). Esta enumeración señala, a propósito de una trayectoria, un modo de nombrar en un arco que va desde 1959 hasta 1997 e involucra a instituciones y formaciones en más de un país, en más de un continente, en más de una lengua.

«Literatura Iberoamericana» es el nombre que tenía en su primera versión la materia dictada por Noé Jitrik en la universidad montonera reemplazado luego por «Literatura y culturas latinoamericanas» (cf. Jitrik, 1973a, 1974a; Jitrik y Ludmer, 1974). En esos cursos, la literatura de Brasil ingresaba entre los contenidos como también lo hacía en los que dictaba Susana Zanetti en la Universidad de Morón durante la dictadura: «Literatura latinoamericana I y II» eran los nombres de las materias en las que Celina Manzoni se incorporó como Adjunta en 1983. Los contenidos dictados hacen referencia a la «novela latinoamericana», a la «poesía latinoamericana», a la «narrativa latinoamericana» (cf. Zanetti, 1979, 1980a, 1980b, 1982a, 1982b; Zanetti y Manzoni, 1983, 1984, 1985a, 1986). También en el Seminario La literatura de América Latina en el siglo XX. Evolución y perspectivas dictado en la Universidad de Morón en 1978, Manzoni habla de «literatura latinoamericana»:

Temario

La creación de una narrativa latinoamericana a partir del referente. La novela de la tierra y el hombre americano: el inidio, el cholo, el montuvio y el negro. Procesos de mestización, aculturación, transculturación.

(...)

5. Análisis del fenómeno denominado «boom» de la literatura latinoamericana. Orígenes, tendencias y perspectivas. Los autores más representativos. (Manzoni, 1978a)

Igual insistencia se observa en el programa del Seminario para Graduados José María Arguedas en el marco de la narrativa indigenista que dictó Zanetti en la UBA en el primer cuatrimestre de 1985. El último contenido del programa incluye la palabrita en cuestión: «Significación de José María Arguedas en el marco de la nueva novela latinoamericana. Problemas de recepción y de lecturas críticas» (Zanetti, 1985:1). No obstante, en un Seminario que ambas dictaron en la misma institución el cuatrimestre siguiente, usaron el término «hispanoamericana» tanto en el título («La novela hispanoamericana más allá del boom. Algunas consideraciones sobre la novela hispanoamericana contemporánea») como en los contenidos (cf. Zanetti y Manzoni, 1985b). Un término que en algunos de los programas firmados alternativamente por una o por la otra en la Universidad de Morón aparecía exclusivamente asociado a problemas específicos enunciados, prácticamente sin variaciones en diferentes cursadas, a modo de contenidos de la misma «bolilla» (cf. Zanetti y Manzoni, 1984, 1985a; Manzoni, 1986) o «unidad» (Manzoni, 1987):

El indigenismo hispanoamericano. Estudio especial del ámbito andino. El primer indigenismo: Alcides Arguedas, *Raza de bronce*. Inscripción de Jorge Icaza en la generación ecuatoriana de 1930. *Huasipungo*.

El mismo término fue utilizado por Manzoni al plantear los contenidos para el Seminario de Posgrado La prosa modernista dictado en la Universidad de Morón en 1983 (entre la bibliografía se incluía el texto que despuntaba la teoría de los campos de Bourdieu ya enseñado por Ludmer en sus clases de la universidad montonera [cf. 1973b]: «Campo intelectual y proyecto creador» incluido en *Problemas del estructuralismo* en edición mexicana de Siglo XXI):

Bolilla 1

La prosa del modernismo. Características generales. Puesta en relación de sus textos fundantes con los del último romanticismo y con el naturalismo contemporáneo

(en el ámbito hispanoamericano). Los modelos europeos. Tensiones constitutivas del movimiento modernista: relación entre Europa y América; cosmopolitismo y regionalismo; positivismo y espiritualismo.
(...)
Bolilla 4
La novela modernista. Posibilidades, intentos frustrados, logros. Recursos constructivos y de lengua. El personaje: su relación con el referente. Condiciones de inserción del intelectual modernista en la sociedad de su época. Desarrollos en la novelística hispanoamericana posterior. Las novelas de José Asunción Silva, José Martí y Manuel Díaz Rodríguez.
Bolilla 5
El ensayo modernista. Temas. Lengua y recursos de estilo. Innovaciones. Relaciones con la crítica literaria, el artículo periodístico y las memorias. Su importancia en relación con la conformación del ensayo como género en Hispanoamérica: antecedentes americanos y proyecciones. Los ensayos de Manuel González Prada. Enrique Rodó y el arielismo. Otros autores. (Manzoni, 1983)

La reciente exhumación de las clases de la universidad montonera contribuye a dilucidar no solo las razones sobre las que se apoyaban aquellas decisiones didácticas sino también sus reinscripciones. Importa traer una a cargo de Estela dos Santos en la que, junto a la justificación de por qué la cátedra liderada por Jitrik incluía a la literatura brasileña entre sus contenidos y por qué los textos se trabajaban en portugués, despuntó problemas que se convertirán en asunto primordial de las intervenciones de Ana María Camblong, alumna de aquellos cursos (ver su proyecto de «alfabetización semiótica» en zona de frontera [Camblong, 2005; Camblong y Fernández, 2012a; Camblong e*t al.*, 2012b]), de Fernando Degiovanni (ver su estudio de las fricciones entre hispanismos y latinoamericanismos en la institucionalización de los estudios literarios en Estados Unidos [2018]) y de Elvira Arnoux (ver su proyecto de integración educativa regional y su incansable fomento de la interacción cultural con nuestros países vecinos [2006a, 2006b; 2018a]):

Alumno: Estuve leyendo el estudio de Literatura Latinoamericana que hizo Anderson Imbert y me llamó la atención que no figurase nada de Brasil, a pesar de que esta obra tiene la pretensión de ser abarcadora. Entonces llegué a la conclusión de que Anderson Imbert está adscripto a una corriente o a una manera de pensar a Latinoamérica totalmente sujeta a la «hispanidad» (...).
Profesora: Bueno, esa posición de Anderson Imbert es la tradicional. También es la de esta facultad, hasta el momento. (...) Vamos a ver aquí si somos capaces de

superar esta separación que en cierta medida (no en gran medida), se da por la lengua, una barrera que tenemos que esforzamos por superar.

Aquí en la facultad se dictan cursos de lengua portuguesa que deberíamos aprovechar. Quizás sea más importante aprender portugués que inglés. Y digo por qué: por la unidad de América Latina. Cuando se habla de la unidad económica, social y cultural de América Latina, cuando se habla de la posibilidad de construir una patria grande con todos los países que la constituyen volviendo un poco al ideal de los libertadores, de San Martín y de Bolívar, tendríamos que pensar cuál puede ser nuestro aporte. Por ejemplo, romper con la barrera idiomática es esencial para todos nosotros.

Yo no sé si ustedes recuerdan lo que sucedió el año pasado cuando Taiana fue de vista por las escuelas de frontera. Visitó la frontera argentino–brasileña y advirtió que los chicos hablan una jerga argentino–brasileña que les hace muy difícil el aprendizaje en las escuelas argentinas porque las maestras enseñan en castellano. Ni esas maestras dominan la jerga de los chicos ni los chicos el idioma de las maestras. Taiana decía que había que preparar a las maestras para que fueran capaces de superar esa barrera idiomática. (dos Santos, 1974b)

Importa detenerse en la respuesta de Raquel Macciuci (G3) a nuestro pedido de caracterización del trabajo de un «hispanista»[17] en el ya citado cuestionario que diseñamos junto a Daniela Fumis[18] y que respondieron 151 agentes de la muestra. De su respuesta interesa tanto su distancia crítica respecto del término que habíamos empleado en una de nuestras preguntas como las razones esgrimidas alrededor de su toma de posición. Así, mientras envió a su

17. Hay una pregunta de nuestro cuestionario que debía actualizarse en cada entrevista «según la producción dominante del agente en cuestión» (Gerbaudo y Fumis, 2014:259). La pregunta «¿Cómo caracteriza el trabajo de un … (lingüista, crítico literario, semiótico, sociólogo, etc.)?» (259), en este caso se completó con la palabra «hispanista». Fue a partir de lo que tal vez Macciuci experimentó como un intento de conducción de la respuesta que fijó su posición. Es decir, en este caso (y en varios otros), la modulación resultó productiva en tanto llevó a explicitar un punto de vista por contraste sobre un problema que, quizás, no hubiera aparecido con esta contundencia si se hubiera optado por una formulación más neutra de la pregunta (algo del tipo: «¿Cómo considera su trabajo?»). No lo sabemos. No lo podemos saber. Y, en todo caso, no pudimos advertirlo sino a partir de haber atravesado esta experiencia que nos permitió reconocer allí un indicio de una tensión del subcampo.

18. Solo despunto un problema que, en la investigación grupal, aborda Daniela Fumis (cf. 2021, 2022) y que tiene su antecedente más importante en la exhaustiva tesis doctoral de Marisa Elizalde (2016) que va mucho más allá del recorte temporal y espacial anunciados en su título (las notas de este apartado se bosquejan en continuidad con ese estudio del que parte y al que envía).

producción sobre el tema, señaló que si bien el término puede no resultar espinoso para un europeo, pareciera no hacer referencia específica a América Latina sino al modo en que el Instituto Cervantes difunde la cultura española en «países no hispano–parlantes». Un uso que, en nuestro subcampo, replicaría la Asociación Argentina de Hispanistas (AAH) que, como tal, necesitaría compartir las referencias del campo transnacional con el que interactúa:

> En principio no me considero hispanista, sino especialista en literatura española. El significado de hispanista es relativo, depende dónde se pronuncie; he escrito bastante sobre esta cuestión. Si fuera alemana o británica no me molestaría. En Argentina se usa casi exclusivamente para hacer referencia al Congreso de la Asociación Argentina de Hispanistas (AAH) y para los socios de este organismo. En España lo utiliza el Instituto Cervantes, pero seguramente obedece a una estrategia de difusión internacional de la cultura española volcada hacia los países no hispano–parlantes; en ese mapa, hispanista no alude tanto a Latinoamérica como al resto del mundo. [*2018*]

Hay al menos dos trabajos de Macciuci que condensan su posición sobre «los alcances» del término «hispanismo» en el «medio argentino y latinoamericano» (2006, 2018). En un artículo publicado en *Orbis Tertius* que recoge su intervención en el IV Congreso Internacional «Las tradiciones críticas», distingue las acepciones acuñadas desde el Sur frente a las compuestas en España y en Estados Unidos, «los dos polos hegemónicos del hispanismo» (2006). Para empezar, precisa el sentido del término por nuestras latitudes: «Cabe recordar que el concepto tiene diferente alcance según se enmarque en el gran mosaico universitario internacional o en el latinoamericano y argentino, donde debe entenderse en el sentido restringido de literatura española y la crítica que se ocupa de ella» (2006). Esta distinción entre el espacio internacional, por un lado, y el latinoamericano y el argentino, por el otro, es fundamental: su diagnóstico agudo sobre las posibilidades de intervención en los debates de la agenda transnacional tanto por hispanistas como por latinoamericanistas de estas pampas cierra grietas (al menos, las que se abren desde el lado de acá entre lxs agentxs de estas dos perspectivas) a partir de la identificación con una posición periférica compartida. Entre una España que mira a Francia (cf. Hidalgo Nácher, 2022a) y que luego, como esta, a Estados Unidos (cf. Dumont, 2015, 2019), y entre un Estados Unidos que disputa el mercado mundial del campo de los estudios literarios, lo que podemos quienes investigamos desde estos pagos tiene ecos fundamentalmente locales y/o regionales, según los casos:

> El hispanismo del nuevo continente, y de forma particular, el de nuestro país, se encuentra distante física y simbólicamente de la antigua metrópolis, investida del prestigio de «dueña de casa» y de la autoridad que conlleva ser depositaria de una caudalosa tradición. Igualmente lejos nos hallamos de los Estados Unidos, la nueva capital que hoy disputa a España la hegemonía de los estudios hispánicos y a América Latina la del latinoamericanismo. Paradójicamente, la doble lejanía no es óbice para que ambos polos ejerzan una decisiva influencia, ya que en uno y otro centro se origina la producción intelectual de mayor presencia (...). La consecuencia más visible de esta cartografía queda manifiesta en las habituales controversias en torno a la literatura española y sus discursos críticos, en las cuales no tienen peso los centros de hispanistas de Latinoamérica en general y de Argentina en particular. El intercambio tiene lugar entre los dos colosos; el prestigio de algunas instituciones y nombres señeros de la hispanística del sur no es suficiente para constituir hoy un foco que no quede ensombrecido por la de las pujantes academias citadas. Prueba de ello es que la mayor parte de los trabajos que disertan sobre el hispanismo se focalizan en debates mantenidos entre la academia española y norteamericana; en contadas ocasiones hacen referencia también a determinados países del resto de Europa. (2006)

Así las cosas, y no sin precisar que la inscripción de los estudios hispánicos «se fue realizando de forma discontinua en las universidades argentinas —como ocurrió con otras cátedras y asignaturas—» (hipótesis convergentes con los resultados de esta investigación), arriesga un «identikit del hispanismo» de estos lares al que cabe atender, en especial, por todo lo que confluye en él. Si bien en nota al pie Macciuci desagregó una suerte de línea dentro de esta línea, detecta subdivisiones hiper–especializadas. Los indicadores que usa para su análisis son las prácticas que constata en congresos, publicaciones y programas de cátedra: «Todas las épocas se reúnen —juntas pero no revueltas— en los congresos de hispanistas pero rara vez un siglodorista asiste a un encuentro de "contemporánea", un medievalista a uno del Siglo de Oro, etc. Los expertos en más de un período constituyen raras y notorias excepciones». Esto no le impide atender a modos de leer a partir de confluencias de tradiciones:

> La discursividad, que según mi entender ha encontrado un sello propio, resulta de un recorrido histórico donde confluyen y se cruzan: corrientes teórico–críticas latinoamericanas y argentinas de acendrado prestigio; la herencia de un eminente hispanismo local; la recepción de un penetrante razonamiento crítico español de nueva cepa aquilatado por su ingente legado cultural de más de diez siglos; el constante trasiego con voces críticas de otros centros académicos de prestigio,

> repartido entre los hispanismos latinoamericanos y los del resto de Europa, cada uno con sus propios perfiles; la idiosincrasia de la cultura del nuevo continente, señalada por la hibridez y la juventud, que la hace más proclive al intercambio con otras disciplinas y a la revisión del corpus de textos establecidos y de las lecturas críticas heredadas; el seguimiento de encendidas polémicas sobre la crítica hispánica entre los centros hegemónicos pero sin tener ni voz ni voto en ellas. (2006)

Doce años después, y en una fecha cercana a la de la entrevista que concedió para esta investigación, planteó un diagnóstico similar. Invitada a participar del Coloquio Internacional *La Hispanística y el desafío de la globalización*, comienza explicando por qué no empleará el término «hispanística» (gesto equiparable al que adoptó ante la pregunta de nuestro cuestionario) y por qué, por otro lado, «intentará precisar» el sentido que términos como «hispanismo» e «hispanista» tienen en Latinoamérica: «su alcance difiere del que tiene en Europa, en Estados Unidos y en la misma España», indica mientras desagrega las diferentes connotaciones según las tres «especialidades del hispanismo que tienen presencia en las universidades argentinas; esto es, las literaturas argentinas, latinoamericanas y española» (2018:114). Su trabajo ofrece una robusta delimitación de usos dominantes del término «hispanista» en España, en Europa en general y luego, en Argentina:

> En España, el adjetivo *hispánico* incluye temas y asuntos de todo el ámbito de habla española, sea peninsular o americano, perspectiva que no es ajena a políticas culturales tendientes a aumentar el intercambio y la cooperación pero también a ganar en peso económico y comercial. Similar alcance tiene el concepto *hispanista*, que hoy hace referencia al estudioso o interesado en cuestiones hispánicas en sentido amplio, pese a que en un comienzo designaba únicamente a los estudiosos extranjeros de la literatura, fundamentalmente peninsular, e incluía el aprendizaje de la lengua (Romanos 2004; Pozuelo Yvancos 2009). Una prueba de la novedad del término en España es la frecuencia con que se escucha decir al especialista en literatura española que no se siente identificado ni cómodo con este adjetivo aplicado a su condición. En cambio, en las universidades europeas, el hispanismo albergó desde el comienzo tanto a los interesados por España como por Latinoamérica; en consecuencia, las asociaciones de hispanistas tienen igual competencia para los temas de ambos lados del océano, aunque en los hechos se aprecia una gravitación mayor de la literatura en castellano de todo el continente americano, invirtiéndose así el orden histórico, ya que la consolidación del hispanismo como objeto de estudio derivó de la atracción de alemanes, franceses e ingleses por la exótica España y no por la fascinante pero aún poco conocida

América Latina. La disolución de las demarcaciones nacionales y el desarrollo de una fuerte línea comparatística orientada hacia los estudios intermediales son dos rasgos descollantes de la hispanística europea actual. (2018:119)

Respecto del uso del término en Argentina, Macciuci resalta su cercanía con el de «especialista en literatura española» mientras remarca los resultados infructuosos de la búsqueda de incorporar a quienes trabajan en literatura argentina y latinoamericana en congresos y en publicaciones específicas de los estudios hispánicos. Su análisis de las participaciones en los congresos de la AAH constata que quienes trabajan en estas líneas solo realizan presentaciones esporádicas, ya sea en carácter de invitadxs, ya sea porque la sede del evento coincide con su espacio laboral (no se trata del tipo de involucramiento en más de una línea y en más de un subcampo ensayada, por ejemplo, por Ana María Barrenechea):

Los congresos y actividades anunciados bajo el rótulo de «hispanismo» tradicionalmente han convocado al especialista en literatura española, y la Asociación Argentina de Hispanistas (AAH) fue creada en 1986 gracias a la iniciativa de distintas cátedras de Literatura Española. A causa del valor inclusivo del término y por la influencia de la AIH, no faltan en este organismo ni en las actividades que programa especialistas del área latinoamericana o argentina, pero numéricamente no alcanzan cifras representativas.

Hasta pocos años atrás era infrecuente, por no decir insólito, que un experto en literatura latinoamericana o argentina reconocido como referente en su materia participara de un congreso de la AIH o de la AAH. Contrariamente, los especialistas en literatura española, sin distinción, consideran estos congresos como el espacio más genuino de su especialidad, los únicos dedicados mayoritariamente a temas, autores y problemas del sistema literario español.

Actualmente, los congresos de la AAH continúan siendo el principal lugar de encuentro de especialistas en literatura española; el único donde se reúnen los expertos de los tres períodos preceptivos: medieval, siglo de oro (o temprana modernidad) y contemporáneo. Pero al mismo tiempo, este panorama no es el mismo de algunas décadas atrás: en los últimos años se observa una deriva hacia otro modelo de hispanismo, en sintonía con las tendencias y la configuración del hispanismo internacional (Chicote 2013). Aunque las transformaciones son recientes y no permiten aún extraer conclusiones, es de rigor consignar que sectores representativos del hispanismo argentino también consideran oportuno abrir el ámbito del hispanismo a todos los especialistas en literaturas en lengua española; es decir, se proponen la difícil tarea de seducir a las áreas de Literatura Argentina

> y Latinoamericana para que asistan a sus congresos, dificultad que se explica a la luz de los antecedentes políticos e históricos mencionados más arriba. (120)

Macciuci señala que esta actitud hospitalaria «no parece ser, salvo excepciones, una preocupación que compartan las áreas de las literaturas argentina y latinoamericana» (127). Un ejemplo: el episodio desatado en el Simposio organizado por Croce en 2021. Las reacciones generadas por un uso abarcativo del término «hispanista» pueden leerse como síntoma de campo a través del cual interpretar posiciones y tomas de posición difícilmente conciliables: «cuando se usa el término para referirse a mí, no me siento cómodo», replicó Idelver Avelar no sin mencionar que entendía ese empleo como una «operación un poco sospechosa» ligada a «los peninsularistas cuando quieren incluirnos» (un nosotrxs que alude a lxs latinoamericanistas). Por su parte, más radical e intransigente, Grinor Rojo (2021) recordó que durante los años noventa, desde la Universidad de Chile, había fundado el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos con el objetivo deliberado de «hacerle frente a esta cuestión del hispanismo»: la fantasía de «enterrar» (Rojo, 2021) la noción se recuerda como uno de los objetivos seguidos. Hablo de fantasía dado que el término está lejos de haber caído en desuso en el campo transnacional e incluso en el regional y en el nacional. Tres datos al respecto: 1) en 1986 se fundó la Asociación Argentina de Hispanistas (cf. Carrió y Peralta, 2014; Fumis, 2021, 2022); 2) este mismo Centro chileno está incluido hoy en el Portal del Hispanismo del Instituto Cervantes;[19] 3) la diseminación del adjetivo «transatlántico» en colecciones, congresos, proyectos de investigación, planes de becas e incluso programas de televisión que insisten en el siempre difícil «diálogo» entre Norte y Sur no hace más que mostrar la vitalidad de una polémica que no puede obviar la cuestión de los colonialismos.

Es en esta línea que puede leerse la crítica feroz al término en cuestión por Silvia Molloy (G1) y Robert McKee Irwin. Desde su posición de agente de más de un campo, entre el argentino y el del país del norte, Molloy desestimó un uso que borra las diferencias entre antiguas colonias y metrópoli mientras se liga el Estado español al estudio académico de un objeto que excede su territorio y lo allí producido. Molloy encontraba en ese modo de nombrar un resabio de las fantasías imperiales «para un imperio extinto» (Catelli, 2015b:15) contra el que se pronunció junto a McKee Irwin en un congreso celebrado en abril de 1994 en NYU. El célebre pasaje de Borges que asocia la idea de «texto

19. Hacer click aquí para ver los datos y referencias citados: https://hispanismo.cervantes.es/departamentos/universidad-chile-centro-estudios-culturales-latinoamericanos-cecla

definitivo» con «la religión» o el «cansancio» se empleó para cuestionar toda posición defensiva de la inmutabilidad, ya sea en «campos de conocimiento», en «disciplinas académicas» como en «identidades nacionales» y/o sexuales (Molloy y McKee Irwin, 1998: xi). De allí que el título se haya articulado en plural: *Hispanisms and Homosexualities*.

¿Más de un hispanismo, entonces? ¿Alcanza con escribir esta fórmula diseminatoria para apaciguar las controversias? Sí y no: depende, en cada caso, de lxs agentes involucradxs y de la toma de posición asumida. Para empezar, Molloy y McKee Irwin rechazan un modo de nombrar que se con–funde con una «convicción» (1998:x) y que, como tal, produce efectos de campo que, como en bucle extraño, caen sobre el «nosotrxs» que se desliza en la escritura. Un nosotrxs que incluye a quienes trabajan desde los estudios *queer* y desde los estudios hispánicos en Estados Unidos. Un nosotrxs entre lxs que se cuentan, como se puede observar si se repasa quiénes participaron en este congreso, un importante número de latinoamericanxs:

> It may be useful to reflect, for a moment, on the particularly complex, oven controversial, nature of Hispanism as an «academic field» before going any further. (...) Handily, it describes the study of Spanish–speaking cultures, so that it includes Peninsularists and Latin Americanists, medievalists and modernists in its generous, deceptively innocent embraces. So accustomed are Hispanists to the term that one rarely pauses to think of its exceptional nature (...). Hispanism, the Spanish dictionary tells us, besides being «an idiom peculiar to Spanish», is «afición al estudio de las cosas de España» (...). The term is closely related to *hispanidad* which the same dictionary defines as the «conjunto y comunidad de los pueblos hispanos» (...). We tend to forget this (...) and we use the term closely descriptively, as synonymous with Hispanic Studies. We forget the fierce act of commitment that Hispanism, as an ideological construct, would exact of its practitioners, with its talk of love, group belonging and communal loyalty, a loyalty to a mythical *patria* devoid of geographical boundaries that would bring together —unproblematically, of course— the cultures of metropolis and those of its erstwhile colonies. Hispanism, this Hispanism, is more than a linguistic bond: it is a conviction, a passion, a temporal continuity, an imperial monument.
>
> If for some of us it may mean a (provisional) way of organizing the study of a set of cultures, we should remember that we are, most assuredly, in a minority; that what for us is functional, either as a way of organizing a subject of study or even as a means of postulating strategic identities, is for others an article of faith and a clear call to the heart. It is useful to bring out these submerged meanings of Hispanism, not to resignify them, of course, but to reflect on their possible ef-

fect on the construction of Hispanic studies as a discipline and on the exclusion of dissident voices from that discipline (1998:x)

Veinte años después Fernando Degiovanni (G4), otrx agente que trabaja en más de un campo (nacional), publicó un libro fundamental para el problema sobre el que gira este apartado y para nuestra investigación tanto en su estado actual como en su proyección: su reconstrucción de cómo se institucionalizaron en Estados Unidos los estudios sobre literatura latinoamericana reclama ser continuada para llevarla más allá del arco 1910–1960, más allá de las hipótesis que se insinúan sobre el final y que llegan hasta el presente.[20] Degiovanni muestra hasta qué punto esa institucionalización estuvo ligada tanto a intereses de los campos económico y estatal nacionales como a luchas transnacionales inseparables del lugar que España y Estados Unidos han jugado en la disputa por el dominio de América Latina: la tensión entre un panamericanismo fabricado desde los nacionalistas Jeremiah Ford (profesor de Harvard en combate contra la posición anti–imperialista de Manuel Ugarte y Rufino Blanco–Fombona) y su heredero, Alfred Coester (editor de la revista *Hispania* y autor de *The Literary History of Spanish America*, publicada en 1916) en contraste con la toma de posición latinoamericanista encarnada, entre otros, por José Martí, Rubén Darío y José Enrique Rodó; luego, la fricción entre esta posición sostenida desde Harvard y la del español Federico de Onis quien, desde la Universidad de Columbia, fundó el Instituto de las Españas en 1920 y su revista *Hispánica Moderna* promoviendo un hispanismo que entronizaba a la estilística, desplazaba a la filología y dejaba fuera del campo a Brasil (un hispanismo solidificado por un Américo Castro que en 1941 publicó su controversial *Iberoamérica: su presente y su pasado*) y, finalmente, la fuerza de la Reforma Universitaria de 1918, la publicación por el peruano Luis Alberto Sánchez de la *Historia de la literatura americana* en 1937, la creación del IILI en 1938 con su *Revista Iberoamericana* el año siguiente y la publicación de *Literary Currents en Hispanic America* por Ureña en 1945 componen tres capítulos, tres momentos de una disputa alrededor de la fabricación de ese continente del sur por agentes que encarnaron posiciones antagonistas. A lxs defensores de una expotencia colonial e imperial venida a menos se oponen lxs que representan al país que pretenderá regular los destinos mundiales. En las grietas de ese binomio insurgen agentes como Ángel Rama, John Beverly y Walter Mignolo. La exhumación de Degiovanni converge con la de Hidalgo Nácher

20. El mismo reclamo de expansión del arco temporal podría hacerse sobre los estudios despuntados por Martín Sozzi (2019).

(2022a) sobre la institucionalización de los estudios literarios en España: ambos resaltan los intereses antagónicos alrededor de objetos construidos desde el muy relativamente autónomo campo académico. Que Degiovanni cierre su libro con la mención de la fundación de NACLA y de LASA en 1966 trae más datos sobre esta lucha en la que las tomas de posición se expresan, entre otros lugares, en los modos de nombrar y en las lenguas que rigen los intercambios.

Graciela Montaldo (G3) reseñó este libro de Degiovanni. Sus consideraciones sobre el asunto pueden leerse también como una toma de posición sobre el tipo de investigaciones que aquí mismo estamos llevando adelante. Cuando Montaldo, lectora temprana de Bourdieu (recordemos, entre otras, su intervención en el diccionario editado por Mónica Szurmuk y Robert McKee Irwin donde revisó el concepto de «campo»), remarca que *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Makinf of a Discipline* «llama la atención sobre ese contexto menos cultural que político en el que se delinean los campos disciplinarios en que nos movemos» (2019:294) para, inmediatamente, destacar la «necesidad de debatir y problematizar los paradigmas que organizaron, en la academia americana, la aparición del latinoamericanismo, la incorporación de los estudios luso–brasileños, la conceptualización de *latino studies*» (294), agita el debate que Degiovanni impulsa vía esta exhumación. Lejos tanto del semblante de neutralidad como de la pose celebratoria de la institucionalización de un área de estudios, Degiovanni desentraña las batallas políticas, ideológicas y económicas desenvueltas en el plano nacional, regional y transnacional alrededor de «la construcción del latinoamericanismo como disciplina» (Montaldo, 2019:294): ese «objeto múltiple» y, a la vez, de «multiplicidades localizadas» insinuadas desde un modo de nombrar en plural que incluye también a ese «latinoamericanismo que no entra en el núcleo de la producción cultural y estética que se estudia en la academia norteamericana» (295). Cuando Montaldo observa que ese libro «no solo interpela a la comunidad de los latinoamericanistas sino a la de los hispanistas y a las humanidades en su conjunto» (295), cuando alude al «extenso campo del hispanoamericanismo del que el latinoamericanismo es una parte (que crece)» y cuando señala el pasaje de «lo hispano a lo latinoamericano y a lo transatlántico» (296) subraya el carácter vivo y actual de una controversia en la que las tomas de posición de lxs agentes no son menos definitorias de las configuraciones por–venir que las posiciones desde donde se ejercen. El remate de su reseña, una vez más, ratifica la potencia de la asociación derridiana entre el exhumar y el transformar: «sin duda, no es un escenario para deprimirse, es un escenario para actuar» (297).

También Nora Catelli (G2) está alerta respecto de lo que se juega en las maneras de nombrar. En las primeras páginas de un estudio sobre Juan Benet

delimitado como «una exposición de los instrumentos críticos con los que se pueden pensar algunos tramos de su proyecto estético» (Catelli, 2015b:9), cuela su punto de vista sobre el asunto. Como Molloy, Degiovanni y Montaldo, su «vivir entre» (en su caso, entre España y Argentina) atraviesa sus modos de leer:

> Leo a Benet desde fuera: desde fuera de la literatura castellana y desde fuera de la historia de España. Al mismo tiempo, tengo con su obra una cercanía que no es la de los hispanistas ni la de los comparatistas. A los hispanistas les corresponde un sector, cercano o no a sus aficiones, de una tradición fija. A los comparatistas les corresponde todo —o nada—. Me sería difícil adscribir al hispanismo académico, porque mi formación me hace recelar del confinamiento. En cambio, comparatistas somos todos los lectores: el comparatismo define sobre todo una actividad, no una disciplina, si dejamos de lado su inflación académica y su renacer como relevo historicista o como cruce de la historia literaria con la teoría. En ese sentido, practico el comparatismo porque leo literatura. (2015b:9)

Se trata de un «vivir entre» con efectos en los dos campos en los que interviene: el español y el argentino que nunca abandonó a pesar de la distancia. Como indica en la entrevista cedida para esta investigación y como lo prueban los análisis comparados de lógicas de argumentación, protocolos, formas de citación y problemas planteados en artículos de revistas, libros, presentaciones a congresos, tesis, programas de cátedra e incluso, proyectos de investigación, hay modos de leer que, más allá de los factores transnacionales, están marcados por insistencias nacionales, en especial, relativas a protocolos y maneras de argumentar. Pero a la vez, esas tradiciones están permeadas por otras (Thiesse, 1999; Catelli, 2020b:85) apropiadas desde una posición que, lejos del «malentendido» (Bourdieu, 2002), promueve los usos «disparatados» (Antelo, 2017) y sacrílegos (forma eficaz de convertir en agencia lo que podría haber sido colonización). Catelli reconoce esta marca cuando vuelve sobre el lugar desde donde construye su punto de vista:

> Yo creo que mi punto de vista es americano; argentino, pero también americano, en el sentido de que soy siempre consciente de que mi posición es una posición en el espacio y en el tiempo y por lo tanto no es neutral. Desde el punto de vista de la crítica, depende del campo. Cuando hice crítica de literatura castellana, literatura española peninsular o incluso catalana, siempre dejé en claro que hablo desde otro lugar. Acabo de terminar un libro sobre Juan Benet, un autor español, y desde el principio aclaro que es un libro escrito desde una posición que no es la de la hispanística ni la de la historia de la literatura española. [*2015*]

Esa posición enriquece sus lecturas aunque, en vistas de su producción ensayística y más allá de sus declaraciones (cf. 2020b:329), no sería desatinado arriesgar que es la marca de sus años tempranos de formación la que prevaleció en sus trabajos, más allá de los desplazamientos espaciales y de su inserción en instituciones europeas:

> Empecé a escribir crítica en *El viejo topo* en 1978 gracias a un amigo argentino que ya vivía en Barcelona, Ernesto Ayala–Dip, y en *La Vanguardia* de Barcelona gracias a Ana Basualdo que me presentó al entonces coordinador del suplemento, Robert Saladrigas. Nunca he dejado de hacerlo. Me gusta escribir sobre narrativa española: considero que el esfuerzo por comprender cómo funciona un sistema literario tan distinto del argentino —y lingüísticamente tan próximo a la vez— supone un desafío que hace volver sobre la propia literatura de manera sistemática, pero siempre tangencial o inesperada. (2002–2003:4)[21]

Por otro lado, cuando describe la tarea de enseñar pone a quien ejerce el rol ante la exigencia de un consumo cultural que excede cualquier «nacionalismo metodológico». Algo que, como lo prueban las investigaciones del campo y los relatos de lxs agentes, cuesta realizar (cf. Macciuci, 2018; Topuzián, 2019; Thiesse, 2020; Croce, 2018b, 2022):

> Gracián dice: «El que enseña es deudor universal». Me parece que se refiere al imprevisible tramado múltiple de las lecturas que aparece en la transmisión y solo allí, en la escena en que se dicta una clase o se discute con un grupo de estudiantes. Reconstruir esa «deuda universal» vuelve bastante modesto, sobre todo en cuanto a las pretensiones de radicalidad en la fabulación del origen. Y siendo americanos tenemos además la obligación de no dejar fuera de esa reconstrucción ninguna zona de la tradición: lo dijo Pedro Henríquez Ureña en 1928 y con fama planetaria lo repitió Borges respecto de los argentinos, algún tiempo después. (Catelli, 2002/2003:4)

Esa búsqueda de entender las construcciones culturales que hacen lugar a la fabricación de objetos y lenguas legitimados se despliega en el análisis que realizó junto a Ana Gargatagli (G2) en *El tabaco que fumaba Plinio Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros* (1998).

---

21. Para una historia del lugar de estas publicaciones que Catelli cita en el campo de los estudios literarios en España, ver el primer tomo de este volumen (cf. Hidalgo Nácher, 2022a).

Ya en el tomo 1 de este volumen, Hidalgo Nácher reparó en sus referencias a la «hispanidad» como el producto de «omisiones» y «singulares distorsiones de la Historia» que «permitieron la construcción de una cultura ficticia» (1998:18). Otra que Ludmer y la «posautonomía». Diez años después, Ludmer advertirá respecto de los aplanamientos de las lenguas en función de encajar en las lógicas de la edición globalizada a partir de ese aguijón clavado en el corazón de lxs que se hacen lxs desentendidxs: su molesto «se vende lengua» (2007) hace–hacer síntoma. Por su parte, Catelli y Gargatagli abarcaron procesos de ardua reconstrucción en un arco temporal que va más atrás y cuyas conclusiones llegan hasta el presente: señalar que Estados Unidos y Francia son los centros a partir de donde se delimita «en qué consiste Occidente» (16); observar la representación amenazante de «lo extranjero» salvo que «esté adornado con el prestigio del cosmopolitismo» (13) y rematar con la definición de la «hispanidad» como una fabricación «tan sólida y fuerte como para haber adquirido la forma "real" de un pasado común a España y América, un pasado tranquilizadoramente libre de impurezas de religión y de sangre, un pasado en el que los bárbaros inquietantes habían sido ya expulsados, cristianizados o convertidos al buen mestizo» (18) es pronunciarse sobre las asimetrías culturales aunque con la base de un incontestable trabajo de archivo. Desigualdades visualizadas a partir de un asunto de lenguas: «generalmente la lengua reputada como inferior traduce a una superior» (15), advierten. Otra vez, otro aguijón: una incómoda constatación. Entrar al asunto que nos ocupa en este apartado desde las lenguas, ya sea a partir de los estudios de traducción como de las variedades de uso (ya sea en materiales para la enseñanza, tales como los examinados por María López García en su documentado estudio *Nosotros, vosotros, ellos. La variedad rioplatense en los manuales escolares*; ya sea en traducciones practicadas en situación de migración forzada, tal como escudriñó Alejandrina Falcón en *Traductores del exilio. Argentinos en editoriales españolas: traducciones, escrituras por encargo y conflicto lingüístico, 1974–1983*) es, quizás, el modo más irrefutable de mostrar las relaciones de fuerza y las luchas entre polos en tensión ubicados en diferentes colocaciones en el campo transnacional.

Imposible analizar la cuestión de los hispanismos al margen de todos estos asuntos enredados en los que resuena uno ya insinuado: ¿hay modos «nacionales» de leer? Vuelvo sobre una frase que se repite en más de una lengua en los trabajos de Nora Catelli: «no hay lectura que no sea, a la vez, una localización y, por encima de cualquier otra cosa, una fecha» (2017:24; 2018a:195). Una frase ambivalente que ha llevado a preguntarnos cómo se construyen los problemas y los objetos de estudio «en correlato con las tradiciones críticas nacionales» (Hidalgo Nácher, 2022a:27). Imposible no mencionar la frase con la

que se despachó Bénédicte Vauthier en una presentación de *Teoría en tránsito. Arqueología de la crítica y la teoría literaria españolas de 1966 a la posdictadura* de Hidalgo Nácher: decir que se trata del «libro español más argentino que he leído y que conozco de los últimos años» (cf. Vauthier, 2022) es tomar una posición en este debate. ¿Existe algo así como un modo «argentino» de leer? O mejor dicho: ¿existe algo así como un modo «nacional» de leer? Sí y no. Una ambivalencia atraviesa las últimas intervenciones sobre el temita por Anne Marie Thiesse (2019, 2020), Oscar Brando, Ben Bollig, Martín Prieto y Nora Catelli (2022), Raúl Antelo (2022a), Max Hidalgo Nácher (2022c) y Gisèle Sapiro (2022a, 2023): todxs cuestionan si verdaderamente es posible salirse de los «nacionalismos metodológicos» (Wimmer y Schiller, 2003) mientras solicita cómo se configura una tradición (crítica y teórica) nacional.

«Nada más internacional que la formación de las identidades nacionales», observaba Thiesse en 1999 en *La création des identités nationales. Europe XVIII–XX siecle* (Thiesse, 1999:11). Si bien se advierte la referencia tanto a las colonizaciones como a las apropiaciones culturales, cabe reparar en el hecho de que veinte años más tarde, después de haber publicado *La fabrique de l'écrivain national* (2019), durante una clase dictada en un seminario coordinado por Gisèle Sapiro, ratificó la idea no sin manifestar, a la vez, su desconfianza respecto de poder ir más allá de los «nacionalismos metodológicos» al investigar en ciencias humanas y sociales. Así, a sus más o menos esperables sentencias («no hay nada más internacional que las literaturas nacionales: paralelismos, emulaciones, imitaciones»; «las historias nacionales se escriben desde campos nacionales atravesados por perspectivas transnacionales») agregó la que reza «no hay nada más difícil que pensar a escala transnacional un objeto que se ha pensado a escala nacional» (Thiesse, 2020).

Estas torsiones solicitan los procedimientos de análisis de un campo transnacional jerarquizado cuyos movimientos de flujos que van en un sentido más que en otro. Dicho brutalmente: en estudios literarios, más Norte–Sur y/o Norte–Norte quedando el Sur–Norte, más bien como «caso» de una teoría que se elabora en otro sitio, como ejemplo de recepción o como muestra exotizada.[22] Me apresuro a aclararlo: hablo de tendencias dominantes, es decir, también hay otras circulaciones, aunque menos frecuentes.

El tema es complejo: ¿hay modos «nacionales» de leer? ¿Cuáles serían sus marcas? En la recuperación del asunto, en el marco de una clase en la que Raúl

22. Sobre este problema alertaba Antonio Cornejo Polar en un texto pionero:«los textos críticos en inglés suelen utilizar bibliografía en el mismo idioma y prescindir, o no citar, lo que trabajosamente se hizo en América Latina durante largos años» (1997:343).

Antelo afirmó «todo hombre está determinado por su época y por su país», ante la pregunta de si hay modos nacionales de leer respondió: «hay modos arraigados de leer que más fácilmente se identifican con lo nacional. No me gustaría pensar que hay modos nacionales de leer porque eso equivaldría a postular una suerte de esencia transhistórica que desconoce los avatares de la misma historia: lo argentino de 1880 no es lo argentino de 1930 que no es lo argentino de 1968 que no es lo argentino de hoy en día».[23] Durante la misma clase Hidalgo Nácher volvió sobre el ya citado pasaje de Nora Catelli (2018a) respecto del carácter localizado y datado de toda escritura para resaltar que «en el caso español, el recorte nacional se me aparece como una especie de coágulo o de burbuja naturalizada a la que es necesario darle nombre para pensar otras maneras de leer» (Hidalgo Nácher, 2022c).

Por su parte, en su prólogo al libro de Catelli, Beatriz Sarlo volvió sobre las operaciones de esa «argentina itinerante» que lee «desde tradiciones estéticas y críticas europeas» aunque, justo es recordarlo, desde una marca fundante dejada por los «años Prieto» (Podlubne, 2013) en la Rosario de los años sesenta así como por una conversación ininterrumpida con el colectivo de *Punto de Vista* del que participó desde Barcelona. En el condensado autosocioanálisis que usó como cierre del libro, Catelli enredó las delimitaciones. Así, al describir su desembarco en Barcelona, apuntó:

> La única manera de comprender ese escenario inesperado era, para mí, hacer crítica de la literatura española. Pero mi horizonte no era peninsular; había estudiado de un modo muy distinto; muy abierto a lo nuevo, muy combativamente moderno, y parte de este modo nacional era pensar y escribir sobre literatura argentina, que había sido el resultado preciso de esa tradición beligerante. Me ayudaba el pasado: la universidad argentina que había abandonado a los veintinueve años era paradójicamente «enciclopedista» y la especialización en literaturas nacionales no existía. (2020b:328)

---

23. Antelo se ha ocupado de este tema, entre otros, en un volumen que compila las discusiones alrededor del tópico «identidad y representación» sostenidas durante el Primer Seminario Regional Sur de la Asociación Brasileña de Literatura Comparada celebrado en Florianópolis en 1991. En esas sesiones de las que participaron Silviano Santiago, Tomás Abraham, Nora Domínguez, Adriana Rodríguez Pérsico, Celina Manzoni, Jorge Panesi y Nicolás Casullo, entre otrxs, Antelo se pronunció por una lógica de la «sospecha» que obedeciera más a la atención a las «des-semejanzas» que a las rápidas identificaciones en todo «examen crítico de las representaciones sociales» (cf. 1994:16).

Y en otro pasaje del libro, esta aclaración: «digo que la literatura comparada es el modo corriente de leer porque nadie lee de manera exclusiva su literatura nacional, ni siquiera los especialistas de las literaturas nacionales» (85).

Otra vía para entrar a la cuestión que nos ocupa en este apartado es atender a lo que acontece en las instituciones educativas. En *Enseñanza de la literatura española en la Universidad. Derivaciones didácticas en la configuración del contenido*, una tesis de Maestría en Didácticas Específicas defendida en la UNL en 2003, Germán Prósperi (2003, 2021a, 2021b) fue mucho más allá de lo que su título prometía porque, a partir del análisis de la configuración del contenido en 22 programas de Literatura española de 8 universidades argentinas entre los años noventa y comienzos del siglo XXI (un arco de diez años que le permitió determinar algunas de las consecuencias de reformas de planes de estudio en la fabricación del objeto «literatura española» en ese corte temporal), avanzó sobre otros problemas entre los que se cuentan las tensiones entre investigación, enseñanza y extensión, por un lado, y entre estudios en literatura española, latinoamericana y argentina, por el otro. Desde este lugar describió y problematizó cómo se configura el contenido en la enseñanza universitaria de esa «literatura extranjera» escrita en una «lengua común» pero con «altas diferencias respecto de la lengua de la literatura argentina», una literatura «que se circunscribe a la lengua castellana pero que deja afuera a otras lenguas de la península» y que, por si algo le faltara, en estas pampas, «compite con otros objetos» entre los que se cuentan la literatura argentina y la latinoamericana pero también la teoría (2021a).

Prósperi lee desde la mira que permite la larga duración en un plano que va más allá de la defensa gremial de un espacio laboral. Así a la queja, opone el envío como estrategia didáctica; a lo plañidero, la seducción. O mejor dicho, en términos de Panesi, el «contagio de un entusiasmo» como forma de agencia (desde esa seguridad repite la misma pregunta cada año, a cada nuevo grupo de estudiantes: «¿Por qué vinieron hoy?[24] ¿Por qué nos están escuchando?» [2021a]):

> A pesar de todos los recortes, censuras, borramientos, la literatura española se sigue enseñando en nuestras universidades públicas, así sea en un espacio optativo. La tensión con la escuela media aparece aquí. La literatura española casi no se

24. Importa aclarar que en la FHUC (UNL) a partir de 2006, la asistencia tanto a clases teóricas como prácticas dejó de ser un requisito para establecer la regularidad (cf. Resolución C. D. 155/2006, Lossio, 2023).

enseña en la escuela pero puede constituir una forma de envío en tanto regreso a buenas prácticas. (Prósperi, 2021a)

Su diagnóstico se construye a partir de las regularidades encontradas en la muestra respecto de la configuración de los contenidos en las cátedras de Literatura española. Un estado del arte que revela asunciones y tendencias respecto de las tensiones alrededor del asunto que se trata en este apartado:

> La tesis también pensó, en relación con cada período estudiado, las marcas más fuertes que organizan los programas. Así en los programas de Literatura Española medieval, el valor del canon, los diálogos de la literatura con los diversos contextos y los desarrollos del didactismo como forma narrativa son las principales variables que aparecieron en el análisis.
>
> En los programas de Literatura Española del Siglo de oro fue una dimensión estética, la de «lo barroco», la que más fuertemente organiza los contenidos, presencia que se pone de manifiesto en los espacios paratextuales (Fundamentación o Introducción) que la tesis también estudió.
>
> En el caso de los programas de Literatura Española contemporánea, se evidenció una mayor presencia de las demandas de la teoría y la crítica con un impacto especial de los conceptos de generación literaria, autores representativos o épocas (posmodernidad, fundamentalmente). Esos conceptos tienen un fuerte anclaje en la bibliografía que referencian los programas respectivos. (2021a)

Por otro lado, en la entrevista cedida para esta investigación, al momento de caracterizar el trabajo de un «hispanista», Prósperi subrayó los condicionantes para una intervención con efectos importantes tanto en el subcampo recortado desde el perímetro nacional como en el plano transnacional. Saber que se enuncia desde una periferia en el campo internacional y desde una disciplina «extranjera» en el nacional previene respecto de sueños desmesurados:

> El trabajo de un hispanista argentino está atravesado por la dimensión de insularidad señalada anteriormente, tanto en relación con el contexto nacional como internacional. Un hispanista se ocupa de la enseñanza e investigación sobre temas de literatura española y sus contactos con otras literaturas (especialmente argentina y americana). [*2017*]

Leonardo Funes (G3) incorporó otros matices también ligados a nuestra inscripción geopolítica y sus derivas al momento de describir los avatares de un «hispanista» de estos lares. Como Prósperi, transformó la falta en potencia: la

distancia de las fuentes y las dificultades materiales para consultarlas impulsó la profundización teórica y metodológica de los planteos.

> El trabajo de un hispanista en Argentina debe partir de una puesta en situación. Es decir, estamos ubicados aquí, en un país hispanoamericano, en una región que es periférica por cuestiones geopolíticas y por cuestiones geográficas tangibles. Las distancias son muy amplias. Por ejemplo, nuestra participación en cualquier equipo de Europa nos obliga a traslados de catorce horas en un vuelo, mientras que la mayoría de mis colegas europeos pueden acceder a destino en dos horas. Entonces, cuando nuestro tema es la literatura española, esta distancia es un factor a considerar. Al mismo tiempo, el trabajo de un hispanista aquí está forzosamente más direccionado a lo que podemos nosotros llamar los estudios literarios o histórico–literarios y solo complementariamente a los trabajos de crítica textual o de ecdótica porque las fuentes no están acá. (...)
>
> El hacer del hispanista aquí se apoya, para compensar esa desventaja de no estar en España o en Europa, en una formación especialmente sólida en el marco teórico y metodológico de trabajo. No es considerado un demérito en muchos lugares que alguien se limite a decir: «este es un autor que escribió tales y tales obras», y te cuenten la obra, y se terminó el trabajo (entonces uno dice: «bueno, para eso me lo leo yo»; y sin embargo, alguien legítimamente piensa que ese es el trabajo). Jamás sería aceptado en nuestro medio. En nuestro medio ese es el punto de partida para decir algo acerca de los textos. [*2014*]

Funes contribuyó a expandir los bordes de los estudios hispánicos, más a partir de sus prácticas que de sus definiciones. Su impulso a las humanidades digitales en diálogo con Gimena del Río, científica repatriada durante el segundo ciclo de apuesta estatal a la ciencia, deja entrever su fantasía de ayudar a generar una línea de exploración que haga confluir en un espacio común al conjunto de las humanidades:

> Considero que ese es el futuro de las humanidades, en el sentido institucional, en el sentido de política científica, al margen de lo que después sean nuestros gustos, nuestras vocaciones, lo que vayamos a hacer. De aquí a cinco o seis años, difícilmente logremos obtener financiamiento en cualquier proyecto de investigación que no involucre algo relacionado con humanidades digitales porque esa es la tendencia a nivel mundial. Ahí hay todo un campo de trabajo muy interesante para hacer, de herramientas insospechadas a veces para lo que es nuestro trabajo cotidiano, hay mucho para aprovechar y no se conoce todo lo que se puede aplicar del mundo digital a cualquiera de nuestros temas, así que es muy interesante. [*2014*]

Al momento de la entrevista, Funes presidía la asociación de Humanidades Digitales. Ya en aquella etapa incipiente se generaban colaboraciones con agentes provenientes de otras líneas como Juan Mendoza (G5),[25] entre otrxs. La buscada interacción de quienes se dedican a los estudios hispánicos con quienes se dedican a literatura argentina y latinoamericana pareciera haber encontrado aquí una de sus vías. Una línea que, como lo prueban las convocatorias a los congresos que organizan desde esta pujante asociación, no solo desborda el campo de las letras sino que articula ciencias humanas y sociales a partir del interés generado por los problemas que discuten (cf. del Río Riande, 2019).

Al momento de la entrevista, Funes editaba (junto a un equipo integrado por agentes de estudios latinoamericanos y lingüísticos) las comunicaciones presentadas en el XVIII Congreso de la AIH celebrado en Buenos Aires en 2013. «Diálogo» y «debates» son significantes repetidos en el volumen que, ya desde el título, insinúan la hipótesis que articuló su presentación: en *Hispanismos del mundo. Diálogos y debates en (y desde) el Sur*, Funes no solo retomó el asunto de la diseminación del término articulador del encuentro (una diseminación provocada por diferentes construcciones del objeto según «la lengua materna» sea o no el español y según las «tradiciones académicas propias de cada región» [2016:12]) sino lo que implica trabajar en esa línea desde el Sur y, más puntualmente, desde Argentina. Dos señalamientos que es oportuno destacar debido al modo en que ponen de manifiesto la tensión entre lo deseado y lo posible. El primero, expuesto con delicadeza, desliza el temita de la lejanía (cuesta tanto viajar desde el Norte al Sur como desde el Sur hacia el Norte —tanto más desde el Sur al Norte si ponemos el eje en la variable económica—). El segundo, la inestabilidad política de Argentina que dificultó organizar en Buenos Aires ese congreso que se había imaginado desde 1968 y que recién en 2010 se pudo proyectar (11).

Fue justamente en 2010, durante otra entrevista, donde expuso con detalle las razones de estas prácticas. Esa entrevista, realizada desde la UBA y centrada en parte en los problemas y logros de la carrera de letras de esa institución, desplegó un diagnóstico que, como el libro que publicará junto a Américo Cristófalo, Miguel Vitagliano, Miguel Vedda y Martín Ciordia (2011), fue

25. El alojamiento en el SECRIT (instituto asociado a la figura fundadora de Germán Orduna y, en los inicios, a los estudios medievales —cf. Chicote, 2015—; actualmente integrado al IIBICRIT) de Juan Mendoza cuyos trabajos se recortan entre la literatura argentina y la teoría literaria es un dato del campo al que cabe atender (véase su valoración de esta inserción institucional en la definición de su línea de investigación actual —cf. Anexo 3, Entrevistas—).

mucho más allá de su línea específica para, no obstante, partir de ella y de los problemas detectados en sus entonces ya treinta años de trayectoria para puntear ítems a considerar en el subcampo. Solo retomo aquí el que toca el asunto de este apartado, a saber: la necesidad de superar prejuicios sobre los objetos de investigación oponiendo a las «opiniones» resultados «fundados científicamente» (Funes, 2010). Funes tocó muy diferentes aristas de este problema. Por ejemplo, la exclusión de los estudios medievales del plan de estudios de la Maestría en Literaturas españolas y latinoamericanas creada en 2006 (cf. Consejo Superior UBA, 2006). La escucha de los proyectos de investigación de tesistas de Beatriz Colombi que aspiraban entonces a entrar al Doctorado de la UBA fue el puntapié inicial para un trabajo que «demostrara cuánto de la literatura latinoamericana, naciente aquí en el período de los siglos XVI y XVII, estaba en relación con la literatura medieval como tradición previa»; un tema del que se ocupó Cristina Iglesia (y otro grupo de investigadorxs) «que se ha interesado en el período colonial» (Funes, 2010). Las grietas, otra vez, dinamizando el subcampo: si hace apenas algunos meses la cineasta Isadora Guardia Calvo se sorprendió al detectar las reacciones de algunos pueblos originarios respecto de las tradiciones nacionales argentinas como españolas (cf. Guardia Calvo, 2022), Funes que había experimentado reacciones similares, abrió una caja de Pandora hace ya doce años. Con honestidad expuso tanto los prejuicios como las reticencias contra los que trabajó desde la investigación, la gestión y la enseñanza. Im–posible no escuchar el eco de estos «conflictos» (un significante que repite junto a «prejuicio») en las «Palabras preliminares» a *Hispanismos del mundo. Diálogos y debates en (y desde) el Sur* donde afirmó, entre otras cosas, que se delineó allí «una perspectiva diferente» sin dejar de mencionar que «el Sur también existe» (2016:12). En aquella entrevista de 2010, Funes se expidió sobre temas candentes, a saber: 1. el carácter «diverso» y móvil de las identidades en disputa (comparó la «identidad latinoamericana del Cono Sur» haciendo eje en «el Caribe, el bloque andino y México» con «las diferencias regionales del mundo hispánico» [2010]); 2. el deslinde entre objetos y tomas de posición sobre los objetos; 3. los nacionalismos metodológicos. Cito solo algunos de los pasajes sobre los dos últimos puntos para que se pueda apreciar el tono franco y encendido de sus diagnósticos:

> Estamos estudiando un objeto exclusivamente europeo. (...) Al estudiar Edad Media, estudio un período de la cultura, de la historia y de la literatura españolas donde, lógicamente, no hay en el horizonte ni siquiera la sospecha de que existe América. (...) Evidentemente el estudio de ese objeto desde el ámbito Americano, desde el Cono Sur específicamente, habilita un abordaje inevitablemente distinto

> al de los propios españoles y aun al de otros hispanismos. Es lo que permite que no suceda que un colega español diga «ningún americano va a venir a enseñarme a mí cuál es mi propio pasado». Algo que podría suceder, sobre todo porque he escuchado que localmente se diga «ningún norteamericano va a venir a explicarme a mí qué es la tradición argentina». También eso es un error. (Funes, 2010)

> Cuando llega el tema del genocidio español sobre la población indígena en el siglo XVI por vía de la explotación o por vías biológicas, me encuentro con que el tema aún se está peleando como lo peleó el Padre de las Casas en el Siglo XVI. Es decir, los españoles tienden a no hacerse cargo. No puedo creer a esta altura del partido que se diga: «no, estos fueron unos loquitos que hicieron algunos desmanes pero la mayoría de los conquistadores quisieron llevar la civilización y qué se yo». (Funes, 2010)

> Estuve en un congreso de hispanistas en Monterrey. (...). Nos hicieron un «escrache», por decirlo así, por ser hispanistas, por ser americanos estudiando España. (...) Si yo hiciera una investigación que buscara generar un estudio celebratorio del proceso civilizatorio hispánico en América, además de estar loco estaría realizando un trabajo realmente impugnable. Pero hay posibilidades de avanzar en el estudio de esa cuestión dando cuenta de todas las contradicciones que ello lleva, sin necesidad de callar ninguna de las aristas terribles que tuvo el proceso. (Funes, 2010)

No habría otro modo de avanzar sobre los obstáculos que reconocerlos. Esta máxima atraviesa sus exposiciones. Repongo una pregunta y su respuesta de esta misma entrevista dada la convergencia de este diagnóstico con la reciente investigación de Max Hidalgo Nácher sobre este asunto espinoso, tan delicado como todo estudio de memoria, por la sangre y el dolor y tanta vida y tanta muerte arrastradas junto con las políticas de Estado:

> —Existe un lugar común que asocia hispanismo a sectores del catolicismo más conservador (...).
> —Ese es el hispanismo que en su versión más rancia impulso el franquismo. (...) Evidentemente hubo un impacto en todo esto porque ya llevamos unos cuarenta años de revisión de esta antigua concepción de lo español. (Funes, 2010)

Tres años después, Valeria Añón (2013b) recoge estas tensiones en un artículo cuya línea de investigación hace converger estudios hispanomedievales con estudios literarios coloniales. Su detallado texto mapea el estado de la cuestión de estos arduos diálogos a 2013.

Como Funes, Florencia Calvo (G4) hizo de la posición periférica un lugar de agencia: el supuesto obstáculo, convertido en potencia. Al imaginar qué se puede desde el hispanismo en Argentina, resaltó la importancia de un hacer «más allá de» las agendas de los dos polos que marcan el campo a nivel transnacional. Su respuesta no solo aporta a la diseminación del término «hispanista» sino que a la vez «solicita» (en el ya tantas veces explicitado sentido derridiano de «hacer temblar») las formas de producción del conocimiento en esa línea:

> En primer lugar debe haber una conciencia de producir conocimiento más allá de los paradigmas que dicten los «grandes centros» productores de conocimiento. Así el trabajo del hispanista podría pensarse como la búsqueda constante de una identidad crítica que indefectiblemente derivará en la hibridez. En esa búsqueda el hispanista argentino deberá posicionarse por fuera de los paradigmas centrales (muchas veces contradictorios entre sí; pienso por ejemplo en los acercamientos al teatro desde la península y desde la academia norteamericana) e intentar una síntesis superadora de ellos. [*2017*]

La colocación geopolítica atraviesa la definición del término sobre el que gira este apartado. Germán Prósperi le dedicó un dossier específico: «Hispanismo argentino: deudas, balances y desafíos críticos». En esa convocatoria, Gloria Chicote (G3) publicó «El hispanomedievalismo argentino» (un texto que dialoga con el artículo–pequeño libro escrito por María Mercedes Rodríguez Temperley [2008]). En su reconstrucción histórica de la institucionalización de esta línea en nuestro país ubicó dos hitos: la creación del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de la UBA y del Seminario de Edición y Crítica Textual (SECRIT) del CONICET. Los datos que aportó vuelven sobre tensiones que explican, otra vez, el carácter diseminado de los términos en análisis y la fantasía de confluencia tramitada vía la línea de las Humanidades Digitales. Así por ejemplo, respecto del Instituto de Filología, precisó las grietas que, ya desde los inicios de «los estudios hispánicos en el ámbito académico argentino», se producían y se visibilizaban en los debates sobre la lengua y sus usos:[26]

---

26. Envío a la colección La lengua en cuestión dirigida por Lucila Santomero y, en especial, a la introducción al primer volumen *La lengua argentina. Una encuesta del diario* Crítica *(1927)*. En «La provocación del idioma», y a propósito de esta encuesta particular, Juan Ennis y Guillermo Toscano y García (2020) condensan resultados de años de investigación sobre los debates acerca de nuestra lengua y la institucionalización de estas discusiones. Nótese

> En 1923 fue creado el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Buenos Aires como resultado del extenso intercambio que se había iniciado en torno al Centenario entre Ricardo Rojas y Ramón Menéndez Pidal, quizás los dos hombres más comprometidos con el diseño de políticas lingüísticas e institucionales en Argentina y en España. En ese contexto se refundaban vigorosa y conflictivamente en nuestras universidades las relaciones culturales entre ambos países con signos controvertidos: el magisterio de Américo Castro, pero también su polémica con Borges sobre el idioma de los argentinos; el impulso definitivo que imprimió a la disciplina Amado Alonso durante su desempeño como director del Instituto y su alejamiento al inicio del gobierno peronista. Estos hechos sellaron el estudio de la literatura peninsular en un movimiento de acercamiento y distanciamiento con relación a otros espacios disciplinarios afines y diversos a la vez. (136)

Chicote también repuso detalles sobre el trabajo realizado en ese proceso de institucionalización (creación de revistas específicas, formación de recursos humanos, publicación de libros que marcarán las discusiones del campo hasta el presente, etc.) favorecido por la radicación en Argentina de intelectuales españoles que huían de la guerra civil desatada en su país. Estos datos ayudan a explicar por qué la UBA ocupó un lugar central en los estudios hispánicos desde entonces hasta la actualidad,[27] si bien en disputa, desde bien entrados

---

que tanto desde el título de la colección que Santomero dirige como desde su descripción, pensó una estrategia de intervención a partir de libros centrados en la disputa como elemento dinamizador del campo: «La lengua en cuestión reúne textos para un archivo de la historia política y material de la lengua española». La insistencia en la escritura de historias políticas de las lenguas atraviesa los escritos de José del Valle: envío a una compilación de la que destaco los trabajos de Elvira Arnoux junto a del Valle (2015) y el de Guillermo Toscano y García (2015) dado el modo en que documentan las tensiones de las que se ocupa este apartado al analizar los años fundacionales del Instituto de Filología de la UBA. Por último, envío al exhaustivo y documentado trabajo de Alejandrina Falcón *Traductores del exilio. Argentinos en editoriales españolas: traducciones, escrituras por encargo y conflicto lingüístico (1974–1983)*: el estudio del caso de los traductorxs argentinxs que emigraron a España entre 1974 y 1983 pone de manifiesto los conflictos políticos, ideológicos y económicos vinculados a las variedades de lengua en uso en diferentes contextos y circunstancias. Un problema apremiante cuando esa variedad se asocia a la posibilidad de supervivencia y a la inserción laboral (cf. Falcón, 2018).

27. Más allá de los indicadores construidos en esta investigación para diferenciar polos centrales, hay expresiones de lxs agentes que vale la pena retomar tanto porque confirmen o porque pongan en cuestión estas localizaciones. En una conferencia reciente que exhumó parte de los resultados presentados en su tesis de Maestría en Didácticas Específicas,

los noventa, con la UNLP y la UNMdP en esta línea específica. También esta reconstrucción contribuye a despejar por qué la literatura española tuvo un sitio preponderante tanto en la formación de formadorxs como en la escuela secundaria hasta fines del siglo XX:

> La inmediata aparición de la revista *Filología* y la pléyade de filólogos, críticos literarios y lingüistas que se formaron en el Instituto de Filología (desde el ya mencionado Alonso, María Rosa Lida, Ana María Barrenechea, Celina Sabor de Cortazar, Frida Weber de Kurlat, Ofelia Kovacci, o Isaías Lerner y Lía Schwartz, hasta su actual directora, Melchora Romanos) dan cuenta de décadas de labor ininterrumpida a través de estudios teóricos, críticos y ediciones de textos. Del Instituto de Filología surgieron los estudios magistrales de María Rosa Lida sobre el *Libro de buen amor* y *La Celestina*. Paralelamente al destacado grupo de hispanistas congregados en el Instituto de Filología, los estragos de la Guerra Civil trajeron a nuestro país a historiadores como Claudio Sánchez Albornoz que continuó sus estudios sobre la Edad Media castellana en Buenos Aires, y Joan Corominas, cuyo asentamiento en la Universidad Nacional de Cuyo en la década del 40 hizo que tanto su canónico *Diccionario etimológico* como su edición crítica del *Libro de buen amor* maduraran o vieran la luz en nuestras tierras impregnando el ambiente intelectual local. (137)

Respecto de las actividades institucionalizadas en el CONICET, importa su reconstrucción de la fundación del SECRIT cuyas prácticas sostenidas desde

---

Germán Prósperi evocó sus «temores» al momento de defender aquel trabajo, por 2003. Esos temores se fundaban en sus representaciones del subcampo legibles, en parte, a través de su descripción de lxs integrantes del tribunal evaluador. En esa suerte de autosocioanálisis, Prósperi decía, por ejemplo, que Edith Litwin «era toda la didáctica», Roberto Retamoso «era buena parte de la teoría» y Melchora Romanos «era todo el hispanismo y sigue siéndolo» (2021a). Los nombres de lxs agentes funcionan, en todos los casos, como sinécdoques del polo del subcampo desde el que intervenían. En ese sentido, nótese la centralidad reconocida a la UBA tanto en la generación de la línea de las didácticas generales que modeló la agenda de más de una didáctica específica en el campo nacional como en los estudios hispánicos. Nótese también la posición reconocida a la UNR, polo que, desde los noventa, disputa la centralidad en teoría y crítica literarias junto a la UNLP y la UBA. Nótese el eco de la caracterización que realizara Jorge Panesi de Nicolás Rosa, profesor de la UBA y la UNR, a quien le reconoce la posibilidad de enunciación de una teoría desde estos lares: «Para muchos alumnos, y para mí también, que soy su alumno imposible, Nicolás es *toda* la teoría, vale decir, la condensación, el despliegue y el repliegue de un pensamiento teórico posible desde aquí, desde una pampa auto–contemplada eternamente, desde el comienzo de los tiempos, como vacía, como un vacío teórico que incita a ser llenado por la desproporción proliferante de redes teóricas» (2004:30).

1978 dinamizaron esta línea del subcampo. Las humanidades digitales aparecen también aquí como un prolífico lugar de confluencia:

> A lo largo del siglo XX, el medievalismo germinó entre intelectuales argentinos, por lo cual inquietudes semejantes dieron frutos en otras instituciones. En 1978, Germán Orduna funda en Buenos Aires el Seminario de Edición y Crítica Textual (SECRIT) y en 1981 la revista *Incipit*. Dependientes del Conicet, ambos órganos de investigación y difusión se convierten a partir de entonces y hasta el presente en referencias insoslayables por su labor historiográfica y fijación de textos medievales. Desde su inicio se planteó el objetivo institucional del Seminario que se mantuvo a lo largo de los años siguientes: la edición crítica de la *Crónica de los reyes de Castilla del canciller Ayala*. A partir del convenio firmado con el *The Hispanic Seminary of Medieval Studies* de la Universidad de Wisconsin se realizó la tarea de transcripción del ms. a14 para el *Dictionary of Old Spanish Languages*, que se prosiguió en miras de la futura edición. En el transcurso de la década del 80 se produjo el gran avance en la aplicación de los medios electrónicos al estudio de textos, y éste fue un campo tecnológico que el SECRIT afrontó en la avanzada de la relación entre informática y humanidades (*Aplicación de los medios electrónicos al análisis léxico y sintáctico de textos castellanos de los siglos XIV y XV*) que planteaba la utilización de computadoras para el procesamiento de los textos (todavía hoy nos es grato recordar que se utilizó en ese proyecto una computadora IBM, ahora prehistórica, que no contaba siquiera con un disco rígido). Este enfoque fue el punto de partida metodológico de un conjunto de investigaciones referidas a diferentes géneros y manifestaciones discursivas medievales, que hoy vemos coronado con la creación de la Asociación Argentina de Humanidades Digitales, impulsada por Gimena del Río, quien aporta al emprendimiento el desarrollo de un archivo digital de lírica galaico–portuguesa. (137)

Chicote repone problemas planteados desde un «hispanomedievalismo argentino», es decir, desde un «conocimiento situado» (139). Una posición desde la que intervino oponiendo, tanto a la «hispanofobia» como a la «hispanofilia», formas de trabajo que exigieron cooperar entre líneas en disputa. Solo el repaso de los títulos de los pioneros Proyectos de Investigación Plurianual que dirigió[28] y de

28. Repaso algunos de sus proyectos recortados desde esta confluencia de líneas: «Un mapa cultural de lectura: circuitos cultos y circuitos populares de mercado en la literatura argentina, 1880–1930; vinculaciones con América Latina y España», PIP 2005–2008; «Redes intelectuales entre los universos letrado y popular en la cultura argentina 1920–1960: análisis de prácticas discursivas y archivos documentales», PIP 2010–2012; «Articulaciones

algunos de sus resultados (cf. Chicote y Dalmaroni, 2007; Chicote y García, 2008; Chicote y Göbel, 2011) revelan su estrategia de anteponer, a las grietas, problemas de investigación que requieran articulación teórica y metodológica entre, por ejemplo, quienes se dedican al estudio de las literaturas latinoamericana, argentina y española. Se constata tanto desde la práctica como desde el orden declarativo una fantasía de nano–intervención sostenida en el tiempo: «tender puentes» [*2014*]. Significantes que se retornan en sus autosocioanálisis:

> Yo provengo del campo de la literatura española y una preocupación constante desde el comienzo de mi investigación es: ¿qué es una profesora de literatura española en la Argentina? ¿Cómo se conecta con la tradición crítica, teórica, la problemática social? Respecto a esto, hubo una intencionalidad desde los proyectos de investigación, desde el lugar en la universidad y desde esta Asociación de Hispanistas de la que fui unos años atrás presidenta, no sé si exitosa o no, pero sí hubo una intencionalidad de tender puentes entre los debates, entre la tradición de la teoría y la crítica latinoamericanista y la crítica española, en deconstruir los fantasmas de la relación con el estudio de la literatura española y determinadas perspectivas pro franquistas. Hubo toda una intencionalidad de deconstruir el campo para acercarlo a la literatura, a la crítica literaria latinoamericanista. Y en ese sentido, puedo destacar la realización, por ejemplo, de proyectos a mediados de los 2000. Coordinamos con Miguel Dalmaroni un proyecto muy interesante, interdisciplinario e interuniversitario, en el que participamos las universidades de La Plata, Buenos Aires, Mar del Plata, Rosario y La Pampa en el que nos preguntábamos entre las relaciones de la cultura española y la cultura latinoamericana en las primeras décadas del siglo XX y en el momento fundacional y de construcción del canon de la literatura argentina. Ayer un poco en relación con la pregunta de Analía sobre cómo impactó Ludmer, me quedé pensando. Ustedes saben que entre cierta crítica latinoamericanista hay como un prejuicio hacia los estudios de literatura española. Bueno, es una mirada que yo creo que en algunos momentos tuvo su sentido, tuvo su justificación en algunos casos, pero en otros muchos casos no lo tuvo. Por ejemplo, yo estudié, estoy estudiando, toda la correspondencia entre Ricardo Rojas y Menéndez Pidal y es interesantísimo cómo cada uno se posiciona desde su medio cultural, desde su campo, desde su contexto, y cómo se va construyendo una relación muy interesante en la constitución de redes intelectuales. Creo que hace unos años que se viene haciendo una profundización de esos estudios y ya se ha terminado con esos clichés que a veces están justificados

entre lo letrado, lo popular y lo masivo: definiciones y prácticas discursivas en la Argentina de fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX», PIP 2013–2015.

> y a veces un poco infundados. Las dos cosas, no quiero ser taxativa ni de un lado ni del otro. Pero, por lo menos mi intención fue deconstruir eso y estudiarlo en profundidad y con elementos concretos, no con clichés establecidos. [*2014*]

Chicote remarca el carácter diseminado del término «hispanista». Así como Derrida ha insistido que si algo como la desconstrucción existía, no podía sino definirse con la fórmula «más de una...» (más de una desconstrucción, en más de un país, en más de una institución, en más de una lengua e incluso apropiada desde asunciones locales que osaron traducciones como *perestroika* [cf. Derrida, 1988, 1993, 1995b]), algo similar acontece con el término «hispanismo». Chicote reclama «estudiar», a partir de «elementos concretos», cómo se construye la relación entre estos distintos «conocimientos situados» (2015:139). He aquí las líneas de otro estudio comparado por–venir:[29]

> Creo en la idea de tender puentes, pero también está toda esa ambivalencia en la definición del término, ¿qué es un hispanista? Un hispanista, ¿es un estudioso de la cultura española, de la literatura española o es un estudioso de todo ese ámbito del dominio del español? Bueno, eso también, en Argentina, se ve de una manera, en otros países de Latinoamérica se ve de otra, en Estados Unidos se ve de otra, en España se ve de otra. Son tensiones que creo que tenemos que entender y estudiar en su complejidad. Lo único que no hay que hacer es simplificarlas, ni estigmatizarlas sino profundizarlas y pensarlas. Creo que el rol del hispanismo es instalarnos como agentes, situados históricamente, geográficamente, genéricamente con todos los condicionantes que se les ocurran y desde ese lugar, elevar una voz, que es lo que podemos hacer. No mucho más que eso. [*2014*]

Una lógica de las contigüidades es la que también propicia Laura Scarano (G3) en cuyas investigaciones, como bien observa Germán Prósperi (2014), caen juntos Martín Prieto con Roger Wolfe y Alí Calderón, Sergio Raimondi con Antonio Orihuela y María Gómez, Blas de Otero con Roberto Bolaño y Juana Bignozzi. Sus series sacrílegas entran en consonancia con los eventos y las publicaciones que ha impulsado desde la UNMdP: los congresos y la revista del CELEHIS promueven, desde el plano institucional, lo mismo que Scarano

29. El estudio de las morfologías comparadas fue, justamente, aquello a lo que no se pudo llegar en el proyecto INTERCO SSH. Es necesario que lxs investigadorxs de cada país involucradxs en un tipo de investigación así se comprometan con el rastreo de datos correspondientes a dimensiones de análisis comunes. Una tarea que, por lo general, insume mucho tiempo y, en el caso de los países con archivos precarios, un arduo trabajo adicional.

realiza desde sus trabajos individuales (cf. Scarano, 2000, 2007, 2014a). Su posición es radical: «los espejismos de la burbuja verbal donde muchos quisieron dejar encerrada a la la literatura se han revelado meros espejitos de colores, vistosos pero falaces y casi siempre inútiles» (2007:15).

Esta posición heterodoxa también se advierte en el relato de dones y deudas de Marta Ferrari (G4). La inscripción de sus investigaciones en el CELEHIS, ese espacio de construcción polifónica donde se ponen en diálogo líneas en disputa en el subcampo recortado desde el perímetro nacional, tiene su correlato en los resultados de investigación:

> Siendo mi ámbito de trabajo la literatura española contemporánea, cabe señalar que la tradición crítica peninsular en mis inicios estaba muy atada a una perspectiva de corte netamente filológico, historicista cuando no impresionista. Las perspectivas teórico–críticas con las que trabajamos en el grupo de investigación de la UNMDP, con un enfoque abierto, plural, heterogéneo, ecléctico si se quiere, supuso un aporte innovador respecto de las tradiciones intelectuales españolas. En este sentido, quiero subrayar el papel central que jugaron mis propias colegas de la UNMDP, integrantes de dicho grupo de investigación. [*2016*]

En definitiva, lo que la base empírica y los cuentos indican es que, junto a la polarización disyuntiva, hay prácticas que desterritorializan «dominios». Es la fantasía anarca del «desalambrar». El sueño de poner en conjunción objetos que no se piensan como propiedad exclusiva y excluyente de lxs dueñxs de nada: ni firmas ni instituciones ni disciplinas ni áreas de estudio.

No sería arriesgado afirmar que las desavenencias más fuertes irrumpen, entonces, al momento de teorizar y/o de analizar la historia de la institucionalización de nuestras prácticas. Así, por ejemplo, cuando Laura Scarano pasa de sus ensayos críticos o de sus acciones de gestión a la discusión categorial, se abre un terreno espinoso, más atravesado por el voluntarismo que por lo que realmente se logra en el subcampo más allá de la línea de los hispanismos. Así por ejemplo, en el ya citado dossier coordinado por Prósperi afirmó que hablar de «hispanismo transatlántico»[30] es perseguir «un afán de intervención en una trama transnacional» (Scarano, 2015:164) que comprende tanto a escritorxs como a investigadorxs reunidxs por «el uso desterritorializado y posnacional del idioma español/castellano» (166). «Afán» es un significante que importa retener a la luz de lo que sigue.

30. «Transatlántico» es otro término que genera controversias entre hispanistas y latinoamericanistas (cf. Maciucci, 2006, 2018; Corral, 2021; Ortega, 2021).

Cuando Scarano justifica el empleo del término «hispanismo transatlántico» apela a datos. Para empezar, describe la colección Nuevos hispanismos que Julio Ortega dirige en el prestigioso sello Iberoamericana/Vervuert. Una colección que cuenta en su Consejo científico, entre otrxs latinoamericanistas, a Beatriz Colombi, directora de la Maestría en Literaturas Española y Latinoamericana creada en la UBA en 2006 y en cuya Comisión Directiva caen juntos nombres como los de Melchora Romanos (G1), María Teresa Gramuglio (G1), Noé Jitrik (G1), María del Carmen Porrúa (G1), Oscar Calvelo y Claudia Román, es decir, otra vez, los proyectos y los problemas anteponiéndose a las grietas entre líneas y objetos en disputa. Vale la pena reponer los objetivos de esa colección sostenida en una editorial localizada entre Madrid y Frankfurt:

> Dedicada a la producción crítica hispanista a ambos lados del Atlántico, esta serie se propone acoger prioritariamente a la nueva promoción de hispanistas que, a comienzos del siglo XXI, hereda y renueva las tradiciones académicas y críticas, y empieza a forjar, gracias a su vocación dialógica, un horizonte disciplinario menos autoritario y más democrático; favorece el espacio plural e inclusivo de trabajos que además de calidad analítica, documental y conceptual, demuestren voluntad innovadora y exploratoria, y propone una biblioteca del pensar literario actual dedicada al ensayo reflexivo, las lenguas transfronterizas, los estudios interdisciplinarios y atlánticos, al debate y a la interpretación, donde una generación de relevo crítico despliegue su teoría y práctica de la lectura.

Scarano encuentra en los «hispanismos transatlánticos» la posibilidad de «ampliar la línea de los convencionales estudios de crítica literaria "hispánica" y de consolidar la expansión del eje geo–cultural (de Hispanoamérica y España al mundo de habla hispana en Estados Unidos y otras latitudes)» (2015:166). Su referencia al trabajo de Ana Gallego Cuiñas y al «paradigma panhispánico» incluye un envío a Ludmer, nombre que no pasa desapercibido dadas sus tesis corrosivas sobre la relación entre campo literario, mercado, industria editorial y lengua y, en especial, dada su controversial recepción en el hispanismo argentino (cf. Chicote, [*2014*]):

> Se han sucedido muchos otros volúmenes conjuntos de crítica que consolidan este paradigma panhispánico en estos últimos años. Entre ellos, destaquemos el de Ana Gallego Cuiñas en 2012, donde taxativamente enuncia el eje transformador de esta mirada: «Superadas las "obligaciones territorialistas" y las "miopías del nacionalismo", y aunque las fronteras nacionales sigan existiendo políticamente (su soberanía económica es una fantasía), se han disuelto los nexos naturales entre

> la experiencia cultural y la localización territorial (véase Ludmer) y ha surgido en los últimos tres lustros una literatura en español que sin duda está atravesada por una miríada de otras culturas y cuyo verdadero sello de identidad es la lengua» (Gallego Cuiñas, 2012:3). (Scarano, 2015:167–168)

En la conceptualización de Scarano están contenidas sus respuestas a algunas de las disputas del subcampo. Aclararlo parece innecesario: se trata de desacuerdos que van desde las resistencias al uso del término «transatlántico» hasta las discusiones sobre si adaptar o no nuestra escritura a los cambiantes protocolos de la RAE pasando por la filosa formulación de Ludmer respecto del «se vende lengua» (una afirmación incisiva no solo sobre el campo literario y las operaciones de colocación de lxs escritorxs en el mercado y que, como queda registrado en la entrevista concedida por Chicote para esta investigación, desató una acalorada conversación durante el X Congreso Argentino de Hispanistas celebrado en la UNL en 2014 [cf. Anexo 3, Entrevistas]):

> Entendemos que con la expresión «espacio transatlántico» apuntamos a un nodo de convergencias y tránsitos de poéticas que dialogan y confluyen, reflejando sociedades multiculturales donde lo nativo/extranjero se disuelve encarnado en autores nómadas, cosmopolitas, migrantes, interesados en un lector ubicuo y no necesariamente vecino y connacional. Con vocación panhispánica, el idioma común no resulta ya una formalidad impuesta que encubre diversidades radicales, sino una plataforma de lanzamiento para afianzar un intercambio dialógico que respete las variaciones regionales e históricas, pero funcione como conector. Solo en este sentido se puede hablar de literaturas «posnacionales» en lengua española/castellana, como rótulo común que logre sepultar reificaciones nacionalistas y fundamentalismos territoriales que han dejado de ser, hace tiempo, el único relato autorizado para comprendernos. (Scarano, 2014b:170)

El asunto es polémico. En el ya citado Simposio organizado por Croce, Julio Ortega expuso el trabajo «Rutas del trayecto transatlántico». En la discusión, Wilfrido Corral discrepó con el empleo de la palabrita señalando que excluía la producción del Pacífico (cf. Ortega, 2021; Corral, 2021).

El asunto es polémico. Atraviesa los campos nacionales: más allá de los buenos propósitos, las posiciones ocupadas por las instituciones de diferentes países en el espacio internacional no es la misma, así se hable la misma lengua. El capital simbólico de los países de habla española tampoco es el mismo; esto se traslada a las variedades de lengua. No a otra cosa aludía Ludmer cuando observaba el pliegue de algunxs escritorxs argentinxs al español estándar en

función de colocar sus productos en el mercado transnacional de habla hispana (Ludmer, 2007). Desde otro lugar, Alejandrina Falcón (2018) dio cuenta de la des–valoración de las variedades del español de América Latina a partir del estudio de las condiciones de inserción laboral de lxs traductorxs argentinxs exiliadxs en España entre 1974 y 1983; una actitud que tuvo su correlato histórico con el lugar de «depuradores del idioma» que «los intelectuales, académicos, editores y trabajadores de la edición españoles radicados en Argentina después de 1939» tuvieron en nuestro país (2018:84). Inevitablemente, estas tensiones aparecen en el campo cuyas posiciones relativas se traducen en las prácticas de lxs agentes (básicamente, en este caso, en la posibilidad de visibilizar una producción): nuestra posición periférica respecto de una España semiperiférica en el campo transnacional (cf. Garrido, 2022) es un factor no obviable en todas estas discusiones. Es decir: las relaciones de fuerza se miden en una configuración relacional cuyas asimetrías se constatan en prácticas específicas.

El asunto es polémico. Pareciera que en países como Francia, por poner un ejemplo entre otros donde «la» literatura es la nacional debido a un fuerte proceso de «fabricación» estatal (cf. Thiesse, 2019, 2020) unido a un «nacionalismo metodológico» que pregnó incluso la construcción de las ciencias sociales y humanas (cf. Thiesse, 2020; Sapiro, 2020d), el término «hispanista» no resulta conflictivo, básicamente, porque lxs agentes lo emplean para reconocer una línea de literatura extranjera que comprende todas las producciones escritas en una lengua semiperiférica (cf. Heilbron, 2020) que no afecta sus intereses centrales (cf. Mignolo, 1978:10).

El asunto es polémico. Los cuentos respecto de los estados del campo transnacional y regional son diferentes según quién los cuente. La toma de posición de lxs agentes es el puntapié inicial de un trabajo por–venir que requiere complementar estos datos con estudios sobre dinámicas de institucionalización de los hispanismos en más de un país, en más de un continente y en arco temporal de larga duración que permita leer cambios como continuidades, analogías y diferencias, tendencias e irrupciones. Por poner un ejemplo: los cuentos de Grinor Rojo, Idelber Avelar, Wilfrido Corral, Silvia Molloy y Laura Scarano componen un caleidoscopio maravilloso, rico justamente por la explosión de formas de describir los hispanismos tan divergentes como inconmensurables. Cuentos contados luego de haber pasado por y/o estando en la «academia norteamericana». Un chileno, un brasileño, un ecuatoriano y dos argentinas de quienes tomamos apenas fragmentos de cuentos que, para elaborar alguna conclusión más importante, exigen el tipo de escudriñamiento señalado más arriba. Solo como muestra, repongo el pasaje en el que Scarano destaca la importancia de su formación en el extranjero

como una suerte de antídoto tanto contra las encerronas de los «nacionalismos metodológicos» como contra los prejuicios alrededor del estudio de la literatura española. Un relato que vuelve, otra vez, a una de las tensiones iteradas en los cuentos de lxs agentes de esta muestra:

> Se concursaba en una materia pero teníamos funciones de investigación en el Centro de Letras hispanoamericanas que incluía áreas como literatura española, las teorías, la historia cultural. No nos cerramos a lo latinoamericano/argentino puro. En eso influyó mi experiencia del exterior: el mundo piensa con otras coordenadas. Allá vos tenés un Departamento de Español y estudiás literatura peninsular y latinoamericana y no hay conflicto ninguno. Vas a un departamento de Romance Languages o Spanish Studies en Estados Unidos o en Europa y uno sabe que un profesor puede enseñar Vallejo con Lorca o Blas de Otero con Ernesto Cardenal, así como incluyen en el Barroco a sor Juana y a Góngora de manera conjunta. No hay ningún coto cerrado o aparte. Acá hay muchos resentimientos entre los que estudian literaturas nacionales, como si los que estudiaran literatura peninsular española fueran colonizadores o franquistas. Una cosa es la leyenda negra anacrónica que, con el perdón de muchos ilustres maestros, tenían ciertos argentinos muy provincianos que les falta saltar el charco, conocer el mundo y superar esos fundamentalismos. [*2014*]

En la línea de las precisiones sobre procesos de institucionalización, es oportuno repasar lo que Melchora Romanos (G1) destaca mientras historiza tensiones y contradicciones en la historia de las letras en la UBA traducidas en debates sobre nombres de institutos, carreras y materias. Su cuento también recrimina la ambivalencia de algunxs agentes que mudan sus tomas de posición según la colocación institucional. Por si quedara alguna duda, la suya se transparenta al observar una suerte de operación sinecdótica que confunde países con objetos y subcampos específicos (siempre solo relativamente autónomos, recordemos) y luego, objetos con tomas de posición. A esta actitud opone la necesidad de un estudio «serio», es decir, uno que ayude a desbrozar las asunciones y a identificar matices. Como antecedentes de ese tipo de estudio es necesario enviar al que la propia Romanos había publicado hacía unos años en la revista *Olivar* (2004). Las contiendas aludidas por Romanos en ambos textos aparecen en varios relatos de esta muestra. Nótese, otra vez, la importancia de la discusión en la dinamización del subcampo. Por ejemplo, los antagonismos al armar la Maestría en Literaturas española y latinoamericana con la exclusión de los estudios medievales (una observación de Leonardo Funes [2010] que se enriquece si se la cruza con el artículo–libro de Rodríguez Temperley dedicado a la

institucionalización de esa línea de estudios en Argentina [2008]) o los sostenidos con quienes trabajan tanto en literaturas argentinas y latinoamericanas como en otras literaturas extranjeras exigen afinar los fundamentos al momento de argumentar. No se trata solo del temita de lo que se sostenga en publicaciones individuales sino de la relación de esas asunciones y su traducción en prácticas de gestión y de enseñanza (otra vez, la posición de lxs agentes en la estructura es crucial al leer los efectos de campo de esas asunciones). Esas discusiones resuenan en las afirmaciones que, en muchos casos, tienen la forma de respuesta a cuestionamientos previos y/o a preguntas experimentadas como tales:

> No es una tarea fácil ser un hispanista en la Argentina. No lo ha sido nunca, fundamentalmente porque ha habido etapas en las que ser hispanista era ser la Santa Inquisición y el crucifijo y el franquismo y esas cosas. Hay gente que lo era; no voy a decirte que no hubo en el Hispanismo gente de esas características. Lo que pasa es que frente a los profesores de Literatura Latinoamericana que ahora son normalmente «anticolonialistas», por decir algo así muy general, nosotros venimos a ser los representantes del imperio español. Y no es que seamos los representantes del imperio español: somos los lectores de la literatura que ese imperio español produjo, lo cual no quiere decir que la literatura sea necesariamente imperialista ni que admiremos España como la maravilla del mundo. Así que es una situación difícil en ciertos ámbitos universitarios. Pero si uno trabaja seriamente y si uno sabe matizar las relaciones...Yo nunca tuve problemas con los colegas. Por ejemplo, con la profesora Susana Zanetti, que era de Literatura Latinoamericana, tuvimos una discusión respecto del nombre de la cátedra: si es Literatura Hispanoamericana, Latinoamericana, Iberoamericana. Y la verdad es que eso se discutió mucho cuando se formó la maestría. Ella sostenía que tenía que ser Latinoamericana porque no era solo en lengua española, dado que hay literatura del Caribe que es en francés, literatura del Caribe que es en holandés. Pero yo nunca las escuché dar estas literaturas en la Facultad de Filosofía y Letras. A lo sumo, brasileña y porque es en portugués, pero nada más. Pero en el resto de Latinoamérica, que yo sepa, la lengua que se habla mayoritariamente es el español. Y es algo que sigue en debate. El otro día le dije, en broma, que el Instituto de la facultad lleva el nombre «Hispanoamericana» pero la materia que se dicta es «Literatura Latinoamericana». Tendrían que cambiarle el nombre, según la teoría que defienden. Hay cosas así. Es difícil. A veces a los congresos que son de Hispanistas no quieren venir los de Literatura Argentina o Literatura Latinoamericana, a lo sumo te vienen los de Literatura Colonial. Y fijate, si hay alguna mesa de Literatura Argentina, es en una proporción mínima... Pero no se olviden ustedes que mientras los que están aquí y son especialistas en Argentina,

> Latinoamericana, etc., jamás van a aceptar que los llames «Hispanistas», cuando van a Estados Unidos o van a Francia y trabajan en los departamentos correspondientes, son «Profesores Hispanistas» porque lo que interesa en esos lugares es el aprendizaje de la lengua. Si vos vas a trabajar a Estados Unidos, no vas a trabajar la literatura por la literatura misma, vas a trabajar porque estudian lengua y cultura, ya sea latinoamericana, llamémosle así, o en español. [*2014*]

En la serie de los trabajos por–venir desde y sobre los hispanismos, Marcelo Topuzián (G4) realiza un aporte que se desdobla en tres movimientos. En primer lugar, mientras expone los obstáculos con los que se topa un hispanista en Argentina, dibuja un bucle extraño al inscribir, entre ellos, la dificultad para difundir análisis disciplinares críticos:

> El trabajo de un hispanista cambia mucho según dónde desarrolle su tarea como tal. En Argentina hoy es muy parecido al de un investigador en literaturas extranjeras o comparadas. Hay que luchar, primero, contra el desprecio (y el desconocimiento) consuetudinario local a propósito de la literatura española; y, en segundo lugar, contra una distribución del campo que está cortada de otra manera, sobre todo entre especialistas en literatura argentina y latinoamericanistas: el hispanismo, como campo o disciplina que podría englobar todo esto y sumarlo a la literatura peninsular, y que por otro lado lo haría, al menos desde la propia península, según una perspectiva teórico–metodológica que es la de la filología y la historia literaria, no puede ser en Argentina más que objeto de un cuestionamiento importante. Por eso, para mí, ser hispanista en o desde Argentina es sobre todo ser auto–crítico del hispanismo, algo que a mí no me parece nada mal, pero que a la hora de encontrar grupos o campos de pertenencia y de publicar la propia producción puede ser un poco complicado. [*2016*]

Luego señala «una dificultad o imposibilidad histórica del hispanismo como disciplina» (Topuzian, 2019:228), esto es que «su pretensión original de abarcar todas las literaturas y las culturas hispánicas no se haya traducido en una elaboración teórica y metodológica de la comparación implicada por ese proyecto» (228). Junto al problema, arriesga una de las causas que lo originan:

> Esto fue consecuencia directa de la presuposición idealizada, abstracta y dogmática de una unidad cultural e ideológica preexistente, resultado de una igualmente idealista concepción de la lengua castellana (Del Valle y Gabriel–Stheeman, 2004), y explica lo tardío de la constitución de la literatura comparada *tout court*, es decir, no necesariamente intrapeninsular, en España. (228)

Por último, indica elementos para un hispanismo por–venir movilizado desde el colectivo del «hispanismo internacional» en el que se incluye mientras cuestiona la división de tareas entre quienes escriben desde la península y desde otros lugares:

> Los hispanistas internacionales no tenemos por qué conformarnos con solo aportar algunas piezas empíricas —escritores exiliados o migrantes, proyectos editoriales o culturales locales de editores españoles, vínculos interliterarios específicos, etc.— al rompecabezas de una historia cuya figura ya fue proyectada siempre en otra parte y según agendas que no podemos sentir como completamente propias —y que mucho más a menudo tendemos a vivir como totalmente ajenas. De aquí podría provenir un hispanismo mucho más genuinamente transatlántico, por estar basado en una mejor distribución del trabajo intelectual entre las labores de síntesis historiográfica y la provisión de datos documentales. (236)

Un hispanismo por–venir. Un latinoamericanismo por–venir. Un comparatismo que Croce despuntó (Croce, 2016–2019, 2023) y que Catelli (2020b) impulsó, ambas al sesgo, desde sus más recientes intervenciones que se tocan, sin amalgamarse, con el Programa de Estudios Latinoamericanos y Comparados que Link lleva adelante desde 2014 en la UNTREF (cf. Link *et al.*, 2014; Link, 2023). Más allá de los diferentes modos de leer encarnados en los trabajos de Catelli, Croce y Link, una convergencia: el haber advertido que no necesariamente hay que pasar por la referencia a Italia o a Francia para hacer estudios comparados ni para avanzar sobre aportes teóricos y/o metodológicos en el área. Una posición de agencia compartida.

Para concluir, tres comentarios.

Primero: que dos de los tres congresos más importantes de los estudios literarios organizados desde Argentina pongan en intersección las literaturas argentina, latinoamericana y española expresa una posición respecto de las grietas. De notable convocatoria y sostenidos con regularidad, tanto el Congreso Internacional CELEHIS de Literatura Argentina/Latinoamericana/Española organizado en la UNMdP como el Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria organizado en la UNLP ubican en sus paneles y conferencias a agentes de estas líneas.[31]

31. Solo a los efectos de ejemplificar: en la edición de 2006 del Congreso Orbis Tertius participaron de estos espacios Mónica Bernabé, Beatriz Colombi, Adriana Bocchino, Eduardo Romano, Jorge Monteleone, Beatriz Trastoy, Miguel Dalmaroni, José Amícola, Sandra Contreras, María Teresa Gramuglio, Gloria Chicote, Melchora Romanos, Miriam Chiani,

Segundo: que por 2019 el *VIII Congreso Internacional de la Lengua Española* organizado por el Instituto Cervantes, la Real Academia española y la Asociación de academias de la lengua española haya provocado el armado paralelo del *I Encuentro Internacional Derechos Lingüísticos como Derechos Humanos en Latinoamérica* por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC expresa la vitalidad de la tensión que nos ocupa en este apartado y su papel en la dinamización del campo. Link (G3) intervino en aquel debate llevando al extremo los argumentos que Ludmer (G1) había condensado en aquella frase tan irritante como reveladora. Su posición, tan rotunda como acostumbra, se explicitó a propósito de su participación en el encuentro organizado por la UNC:

> El postulado básico del encuentro tiene que ver con los Derechos Lingüísticos como Derechos Humanos que creo que es algo que el Congreso de la Lengua tiende a ocultar deliberadamente porque lo que plantea es que la lengua es un recurso explotable y que quienes tienen derecho a explotar ese recurso son los españoles a través de la Real Academia Española, de los grandes grupos mediáticos como Prisa, del Instituto Cervantes, es decir, a través de los organismos que se han atribuido el derecho de decidir cuál es el lenguaje castellano que se enseña a los nativos y también a los extranjeros. Eso supone una relación imperialista con el lenguaje, pero sobre todo una relación de explotación que nos pone a los latinoamericanos como meros observadores de un proceso del que solo participamos marginalmente. El encuentro del que voy a participar lo que hace es subrayar que el uso diferencial del lenguaje que es nuestro lenguaje nativo es un derecho humano. Es decir, que tenemos tantos derechos como aquellos que se atribuyen ser los dueños de ese lenguaje no solo a utilizarlo, sino también a explotarlo. (Link, 2019)

Sus consideraciones sobre qué significa «explotar» una lengua cuyo nombre responde al resultado de una lucha y a la pervivencia de un legado imperial no esquivaron la variable de mercado: «explotar» la lengua es «obtener una

---

Jorgelina Corbatta, María Negroni, Jorge Panesi, Laura Scarano, Raquel Macciuci, Facundo Tomás, Christian Wentzlaff-Eggebert, Alberto Giordano, Delfina Mischietti, Graciela Goldchluk, Élida Lois, Elisa Calabrese, Noé Jitrik, Jorge Lafforgue, Susana Zanetti y Andrés Avellaneda; en la edición de 2004 del Congreso CELEHIS participaron de los plenarios María Teresa Gramuglio, Susana Zanetti, Carmen Perilli, Celina Manzoni, Noé Jitrik, Melchora Romanos, Gloria Chicote, María del Carmen Porrúa, Lisa Bradford, Sergio Raimondi, Fabián Iriarte, Adriana Astutti, Miguel Dalmaroni, Alberto Giordano, Tununa Mercado, Silviano Santiago, Mario Goloboff, Adriana Bocchino, Elisa Calabrese, Jorge Panesi, Jorge Monteleone, Andrés Avellaneda, Nicolás Rosa, Juan José Lanz, Leopoldo Sánchez Torre y Laura Scarano.

rentabilidad económica a partir de establecer una norma lingüística peninsular que no se aplica sino en un porcentaje ínfimo entre los hablantes de español que hay en el mundo» (2019). En ese marco, los usos latinoamericanos no se consideran más que «localismos»: «variantes de una lengua universal que con muy mala conciencia llaman español, pero que no es español, sino castellano, porque España tiene varias lenguas, como el catalán o el vasco, el castellano, el gallego» (2019). Link trajo a la memoria cómo se llamaba la disciplina escolar en los años de su niñez mientras resaltó la sintomática presencia de las autoridades estatales y monárquicas en ese evento «académico» que despertó tanto run–run:

> Cuando nosotros íbamos a la escuela, se hablaba del castellano. Decirle español a esa lengua tiende a marcar quiénes tienen el derecho a enseñar una norma lingüística a los extranjeros (...) Que vengan los reyes de España al VIII Congreso de la Lengua significa que esto tiene importancia estatal. Seguramente la princesa Leticia no tiene la menor idea de lo que se trata, pero viene a afirmar una soberanía no democrática sino regia sobre la lengua castellana. (Link, 2019)

Si en Ludmer el «se vende lengua» está asociado a su diagnóstico respecto de la escritura literaria en español peninsular en pos de colocar los «productos» en el mercado global utilizando la variedad expandida en la circulación transnacional, en Link ese diagnóstico se complementa con una breve historización geopolítica del problema. Se trata, cabe resaltarlo, de una palabra enunciada, además, desde la doble responsabilidad institucional de dirigir, por un lado, una Maestría en Estudios Literarios Latinoamericanos (UNTREF) que tiene en su comité a Elvira Arnoux (figura clave en la precisión del concepto de «glotopolítica» desde el que se realizan estos planteos) y, por el otro, de haber dirigido una Maestría en Estudios y Políticas de Género (UNTREF)[32] en cuyo plan de estudios se incluyen materias como Lenguaje, Discurso y Discriminación o como Género y clase. Se trata, en definitiva, de la congruencia de una palabra pública que, tomando en cuenta la visibilidad de su producción dado el capital simbólico acumulado, no pasa desapercibida: su pronunciamiento sobre el asunto se reprodujo en el Anuario de Glotopolítica llevado adelante por Diego Bentivegna (G4), Mateo Niro, Laura Villa y José del Valle.

«La lengua es política» es el título elegido por dicho anuario para presentar su tercera edición. Se trata de una publicación que se propone defender «una cultura del diálogo, el debate y la crítica intelectual». Un proyecto que, como en bucle

32. Al momento de cerrar este libro, Link dirige el Doctorado en Estudios y Políticas de Género (UNTREF) y Mariano López Seoane, la maestría.

extraño, comprende al que desarrollamos desde nuestras investigaciones en curso: trabajar sobre las tensiones que atraviesan campos intelectuales y los espacios sociales en los que estos se insertan es una preocupación compartida. Reproducimos casi completo ese manifiesto dada la exhaustividad con que enumera las disputas que, a través de la lengua, atraviesan el campo de las letras y el campo social expandido. Del modo en que se tramiten estas tensiones depende su configuración por–venir. Una configuración que excede los voluntarismos ya que se materializa y se «lee» en prácticas, en resultados de relaciones de fuerza expresadas sintomáticamente en las controversias que, a modo de fogonazos, dejan ver lo que sucede en ese espacio de lucha por la construcción social del sentido desde las instituciones de investigación y enseñanza, entre otras (en tensión con otras). Una lucha por la intervención en la fabricación de la agenda pública:

> El *Anuario de Glotopolítica (AGlo)* nace con vocación de aventura intelectual. Es un componente de un proyecto académico mayor y de una cultura del diálogo, la crítica y el debate intelectual que a lo largo de años ha inspirado en nosotros la figura señera de Elvira Narvaja de Arnoux. Surge de un osado y, con toda probabilidad, imprudente gesto de afirmación disciplinar; de una pulsión por reivindicar, en la arena de las disputas institucionales donde se decide la sobrevivencia y muerte de los saberes, el valor de un proyecto intelectual —la glotopolítica— que consideramos necesario y urgente en tantas esferas no solo de la vida académica sino de la vida social en su conjunto.
>
> Al pensar la glotopolítica con voluntad programática, optamos desde un principio, por un trazado generoso del campo que dé cabida a proyectos que exploren la relación entre el lenguaje y lo político desde posiciones teóricas y opciones metodológicas diferentes. Daremos cabida, por ejemplo, a exploraciones del modo en que el lenguaje —prácticas lingüísticas y metalingüísticas— interviene en la constitución de sujetos políticos. Invitaremos también reflexiones sobre las representaciones del lenguaje —producidas dentro o fuera de las porosas fronteras disciplinarias de la lingüística— que revelen su condición ideológica en tanto que mediadoras (nada inocentes) entre la comunicación verbal y la organización (o desorganización) de la diferencia social. Consideraremos las diversas articulaciones entre las disputas que atraviesan el campo literario y los posicionamientos sobre el lenguaje. Y atenderemos por supuesto a los estudios de política y planificación lingüística que ambicionen entender estos procesos como acciones por medio de las que se negocian relaciones diferenciales de poder.
>
> Queremos priorizar el desarrollo de teorías del lenguaje y del discurso que problematicen los binomios saussureanos que, petrificados como cimientos intocables, han canalizado el desarrollo de la lingüística hacia un formalismo y

una autonomía disciplinaria reveladores de una apenas reprimida envidia de cientificidad. Cuestionamos, por ello, la autonomía —blindada por los muros imaginarios de la sincronía y de la lógica interna de la gramática— de una *langue* o una *performance* de naturaleza ajena a la comunicación; extraña a la historia, al contexto, a los hablantes hablando; indiferente a las escritoras escribiendo.

Queremos también explorar las relaciones entre lo político y el lenguaje con un prisma amplio y a través de formulaciones riesgosas —acaso incluso resbaladizas— que permitan responder con soltura a las múltiples constelaciones de la desigualdad. Este extremo es importante, porque al apostar por un proyecto inherentemente crítico reaccionamos frente a nociones planas y blandas de la política como mera gestión burocrática de un poder cuyo origen no se cuestiona o como bienintencionada navegación de un consenso que borra las exclusiones que perpetra.

Nos preocupa el reparto desigual de los recursos lingüísticos y de los medios legitimados para dar cuenta de esos recursos y, por ello, nos comprometemos con una concepción social del lenguaje hermana de una sociología de la cultura que dé cuenta de la institucionalización de esa desigualdad y forje, al mismo tiempo, herramientas para redefinirla. Nos interesan las operaciones discursivas que configuran hegemonías, contrahegemonías y hegemonías alternativas y por ello asumimos una teoría manifiestamente ideológica del lenguaje. Nos inquieta la inscripción de la subalternidad y la subalternización en todas las dimensiones de la comunicación verbal y por ello invocamos formulaciones amplias y miradas ambiciosas sobre los mecanismos de operación del poder.

Con la creación de *AGlo*, en definitiva, vislumbramos una práctica intelectual que se entiende a sí misma como acción glotopolítica, que se inserta conscientemente en pugnas sobre la institucionalización de los saberes y se compromete decididamente no solo al relevamiento de procesos como los que mencionamos más arriba sino también con la intervención activa en un campo intelectual y en un espacio académico disputado. (Bentivegna, Niro, Villa y del Valle)

Tercero: en el inteligente ensayo «¿Latinoamérica bolivariana?», Dardo Sacavino (G4) menciona los peligros de «entregar los estudios históricos a un deliberado anacronismo» (2010:15). Su trabajo alerta respecto de la falsa ilusión de continuidad que confiere la repetición de algunos significantes en (con) textos disímiles. A partir de textos de Simón Bolívar y de Francisco Bilbao, analiza la inscripción y las apropiaciones de los significantes «Hispanoamérica» y «Latinoamérica» en un arco que va desde 1829 hasta el presente:

Los nombres *Hispanoamérica* y *Latinoamérica* no conciernen solamente perímetros lingüísticos o culturales más o menos extensos sino también, y antes que

> nada, proyectos políticos radicalmente diferentes. *Hispanoamérica* es un nombre que proviene del contexto del antagonismo de las colonias españolas con la metrópoli peninsular, mientras que *Latinoamérica* es un nombre que se inscribe en el conflicto de estos países con los Estados Unidos. (Scavino, 2010:8)

Si lo que escribió Scarano logra desconstruir algo, con seguridad, eso obedece, no a la prescripción voluntarista sino, por un lado, a su advertencia, deslizada desde la atención a la complejidad del problema y, por el otro, a sus prácticas que hacen confluir textos que sortean tensiones maniqueas alrededor de significantes densos. Sin dejar de resaltar que esos textos que toma respondían a «problemas políticos precisos e irrepetibles» (15) deja entrever, a partir de su sucinto pero condensado repaso, la necesidad de verificar los sentidos de cada inscripción. Algo más enrevesado que una simple repetición de «lo mismo». No habría sino tanto malentendido a pesar de tanto intento de «diálogo». Resuena el eco de los significantes de Sapiro (2015) y sus buenas intenciones respecto de los «diálogos» entre ciencias sociales y humanas.

Objetos de los estudios literarios

Nicolás Rosa (G1) fue el agente de la muestra que más insistió en la necesidad de que las lecturas críticas ensayadas desde Argentina tomaran como objeto la literatura nacional y/o continental. Se trata de una posición con derivas importantes en tanto diseminada desde polos centrales del subcampo, ya sea desde instituciones como desde formaciones:

> Y es aquí donde reaparece la *función política* de la crítica: si es posible importar saberes técnicos sobre los que apoyar la reflexión teórica, es imposible generar un discurso crítico fuera del entramado social donde se ejerce: la actividad crítica solo podrá explicar los fenómenos literarios argentinos o americanos porque son los únicos objetos «adecuados» a esa reflexión, son los únicos que pueden engendrar una transferencia positiva, una reincidencia dialógica suficiente. (Rosa, 1982:263)

Enredó el planteo en el prólogo a los trabajos reunidos en *Los fulgores del simulacro*: «Somos lectores de lo universal, pero solo somos escritores de lo particular. En esta "falsa" y cruda paralogía se asienta uno de nuestros conflictos mayores» (1986:12). Apenas cuatro años después, lo reinscribió con algunas variaciones en el primer capítulo de *El arte del olvido* (1990). Se registra allí un doble movimiento ya que mientras abstrae y generaliza su conjetura

desanclándola de referencias geográficas precisas, afina los fundamentos de su sentencia:

> Es imposible generar un discurso crítico fuera del entramado social donde se ejerce, pues son esos objetos propios del campo social donde han sido producidos los únicos «adecuados» para ser los soportes de una transferencia positiva, de una reincidencia dialógica suficiente. Somos lectores de lo universal. Pero solo somos escritores de lo particular. (1990[2004]:13)

La figura de ese «sujeto proveniente de una familia desclasada y casi proletaria» (1986:13) que hizo caer juntos a Burroughs con Homero y a Parménides con Heidegger (1986:12) pero que en sus ensayos críticos se centró en Cortázar, Borges, Perlongher y Lamborghini, es decir, en literatura argentina dejó huellas en el subcampo: los ejercicios críticos tanto como los «espigones teóricos» se producen, en mayor medida, a partir de la literatura nacional.

Germán Prósperi (G4) señaló el lugar de la literatura argentina en un subcampo dinámico en el que advirtió una modificación de posiciones entre 1984 y las primeras décadas del siglo XXI:

> En mi formación impactó básicamente la tradición intelectual argentina. El hecho de enseñar una literatura extranjera implica asumir un rol no central en la delimitación del campo. En los últimos años se advierte un mayor acercamiento entre disciplinas que se constituyeron como separadas desde la recuperación democrática (Literatura Argentina, Literatura Latino/hispano/ibero Americanas, Literatura Española, Teorías Literarias). [*2017*]

¿Alude Prósperi, profesor de Literatura española en la UNL pero también en la UNR, a la movida generada ese mismo año que contestó nuestro formulario por el Primer Encuentro Latinoamericano sobre Otras literaturas organizado por Cristian Molina (G5) y por Luciana Martínez (G5) en la UNR? El lugar prominente de la literatura nacional en la fabricación de objetos del subcampo es interrogado por Molina y Martínez con el empecinamiento que se necesita para insertar un tema en la agenda. Tanto desde la organización regular de este congreso destinado a instalar la problemática como desde dossiers temáticos plantean un problema que genera, como reconocen, debates de «alto voltaje» (2018:28). Discutir lo que resulta de «las prácticas de lectura, investigación, reflexión y transmisión docente de literaturas tradicionalmente entendidas como "extranjeras" desde Latinoamérica (en nuestro caso circunscripta a las aulas argentinas)» es no solo «reflexionar sobre el lugar de lo Otro en

nuestras producciones locales» (28) sino además intervenir vivamente para des–centrar la producción crítica y teórica de la circunscripción a la literatura nacional y continental mientras, por si algo le faltara, despuntan un espigón. Uno que denominan «otras literaturas» (cf. Martínez y Molina, 2018). Esos fundamentos se expandieron y se afinaron en el texto escrito para la página del IECH donde la línea «Estudios argentinos sobre Otras Literaturas y Prácticas culturales» tiene, desde 2021, un lugar:

> Planteamos cierta sospecha ante conceptualizaciones como literaturas o artes «extranjeras», «internacionales», «mundiales» o «comparadas» porque evitan problematizar las diferenciaciones e indiferenciaciones entre literaturas o prácticas culturales, así como de sus estudios, situados, que generan un estar en común sin ser comunes. Habilitar el concepto de «Otras literaturas y prácticas culturales» precisamente permite pensar (siguiendo a Lacan) que eso que se presenta en principio como ajeno, foráneo, extranjero, internacional no es sino una otredad que necesariamente nos conforma o de la que somos parte —a veces, incluso como su otro de sí— y a la que también se habilita como tal, desde los marcos de tradiciones, rupturas con estas, metodologías y problemas situados en la cultura donde se lleva adelante la investigación. Postulamos, entonces, una relación, siempre reversible y no determinista, con la otredad de las literaturas y de las prácticas culturales que nos permite situarnos ante ellas. Se trata de atender a un modo de la otredad de la literatura y las artes en el mundo que se escurre y se corre desde sí y que, antes que señalar solamente las singularidades, o las universalidades, o los esquematismos duros de poder cultural en un escenario internacional o mundial, instaura una especie de comunidad de las artes conformada por diferencias que, sin embargo, se tocan, contactan, intercambian, conflictúan, diversifican, indiferencian y producen una multiplicidad incesante.
>
> En esta línea de investigación confluyen estudios realizados desde Argentina sobre otras literaturas y prácticas culturales, respecto de sus relaciones heterogéneas en el mundo, en una línea temporal amplia, que va desde la antigüedad hasta la contemporaneidad. Relaciones que, al mismo tiempo, redefinen, cada vez, sus objetos y sus métodos en un momento posfilológico y posdisciplinar, caracterizado por el descentramiento de lo meramente lingüístico y, por consiguiente, de lo autónomo. (Molina, 2021)

Importa ver cómo este programa, accionado con empeño desde la sistemática organización de un congreso, publicaciones y una línea instalada en un instituto de doble dependencia universidad–CONICET que ya tiene becarixs asociadxs que aseguran su continuidad y un proyecto de investigación en

evaluación, se traducirá en enseñanza en más de un nivel, divulgación y extensión con sus derivas en la agenda.

La disputa de la agenda comprende la de los lugares desde donde se la fabrica: instituciones, cátedras, planes de estudio, líneas disciplinares y tradiciones materializadas en los modos de leer. La reforma del plan de estudio de la UBA durante los primeros años de la posdictadura visibilizó estas batallas (y como en bucle extraño: la visibilidad nacional de estas batallitas es otro indicador del lugar ocupado en el subcampo). La creación de materias como Literatura del Siglo XIX y Literatura del Siglo XX dan cuenta de un modo de pensar los problemas más allá de los cortes por literaturas nacionales. Inicialmente a cargo de María Teresa Gramuglio (cf. 1987), la primera, y de Delfina Muschietti y Daniel Link (cf. 1990, 1992, 2021),[33] la segunda, el trabajo de cátedra se combinó con una convincente producción teórica alrededor del asunto (cf. Gramuglio, 2008–2009, 2011; Link, 1994b, 1999, 2011a, 2011b, 2014a, 2014b). Esta intervención iniciada en el grado se llevó al posgrado (en 2005, Gramuglio dictó junto a Catelli el Seminario Literatura comparada en el ámbito latinoamericano. Dos miradas en la Maestría de Literaturas Española y Latinoamericana) y a Rosario (en 2014, Gramuglio y Catelli dictaron el Seminario Historias nacionales de la literatura. Debates teóricos y perspectivas desde el comparatismo en la Maestría de Literatura Argentina). Un tiempo después, la propuesta tendrá carácter de programa que combina más de una práctica: desde la UNTREF, Link articuló acciones de gestión tales como generación de posgrados (maestrías y doctorados que desmontan los cortes clásicos para centrarse en problemas: humanidades digitales, estudios de género y un comparatismo que incluye a América Latina en el foco de los análisis [cf. Link

33. El programa de 2021 genera un bucle sobre las propuestas de la materia en clave sociohistórica. En su fundamentación, Link despliega un autosocioanálisis respecto de las razones que motivaron esas prácticas tramitadas durante tres décadas de trabajo sostenido: «La cátedra Literatura del Siglo XX se constituyó en 1990, hace treinta años. El objeto de nuestras indagaciones pedagógicas constituía entonces algo bien diferente de lo que es ahora, en la medida en que podía suponerse que, en aquellos años, la literatura del siglo XX estaba, de algún modo, todavía sucediendo. De modo que nuestras intervenciones tenían como horizonte el presente y un futuro en el orden de lo posible. Independientemente de la posición que se elija para caracterizar el Siglo XX y para calcular la duración de sus procesos, éste se presenta ahora como algo concluido, y su literatura está ya en nuestro pasado. No se puede intervenir del mismo modo respecto del presente que respecto del pasado. El presente es del orden de lo posible; el pasado es del orden de lo necesario. La perspectiva que, en los últimos años, venimos desarrollando, tiene que ver con esa constatación: hacemos intervenciones de archivo» (Link, 2021).

2014a, 2014b]), publicaciones y redes de discusión nacional y transnacional (cf. Link, 2022b) tramitadas desde fantasías de nano–intervención indisociables de la agencia: los significantes «orgullo», «amor» y «felicidad» se oponen a «melancolía», «inercia», «repetición» e «insatisfacción» al describir este programa de institucionalización tramitado junto a otrxs. «Soy feliz trabajando porque encuentro con quién hacerlo», resaltó al caracterizar estos proyectos colectivos, a contrapelo de la pulsión de muerte (cf. Link, 2022b).

La tensión alrededor de los objetos de los que se ocupa la crítica que marca la agenda del subcampo recortado en su perímetro nacional ha tenido algunos episodios de notable densidad para el análisis dado lo que se expresó a partir de estas reacciones sintomáticas. Uno tuvo lugar durante los primeros años de la posdictadura y se desenvolvió alrededor del binomio estudios sobre literaturas clásicas/estudios sobre literaturas modernas. Se trató de una discrepancia que, si logró visibilizarse, fue por haberse desatado en la UBA (indiscutible polo central en aquel entonces), y por haber contado como protagonistas a figuras con importante capital simbólico acumulado y con visibilidad en los medios. No obstante, si bien resonó en diferentes polos y tiempos, no hubo efectos de mimesis en términos institucionales. Por ejemplo, en la UNC, una de las universidades más antiguas del país y polo central de los estudios semióticos desde los noventa, las letras clásicas ocuparon y ocupan un lugar destacado en la formación de grado y, hasta hace poco, un lugar diferencial en el posgrado. Su página institucional repone los hitos principales alrededor de la creación de las carreras de letras y muestra el lugar preponderante jugado por las clásicas en sus orígenes: la actual Escuela de Letras perteneciente a la Facultad de Filosofía y Humanidades encuentra sus antecedentes en el Instituto de Humanidades fundado por el Consejo Superior el 18 de enero de 1940, un espacio destinado a desarrollar «las más excelsas disciplinas» como las *«Lenguas Clásicas, con su poder formativo y ordenador de la mente, las ideas universales, el examen de los problemas ontológicos, las fuentes estéticas del Arte y los altos estudios Religiosos»* (Res. 392/46). Ese instituto se transformó en Facultad de Filosofía y Humanidades en 1946. Hasta 1958 la Facultad otorgaba solamente dos títulos: Licenciado en Filosofía y Licenciado en Humanidades. La especificación de los títulos está ligada a la transformación de los departamentos en escuelas y distingue tanto al profesor y al licenciado en Letras Modernas con especialización en Lenguas y literatura españolas como en Letras Clásicas:

> A partir del 23 de Octubre de 1968 por Resolución Decanal Nro. 428 se resuelve finalmente que los Departamentos de la Facultad de Filosofía y Humanidades

tendrán en lo sucesivo la denominación de Escuelas (estructura ésta vigente hasta nuestros días). Se crean a partir de entonces las Escuelas de Filosofía, Historia, Pedagogía, Psicología, Letras Modernas, Letras Modernas con especialización en Lengua y Literatura Españolas y Letras Clásicas. Cada Escuela daba el título de Licenciado con esas denominaciones. Las Escuelas de Letras daban el título de: Licenciado en Literaturas Modernas; Licenciado en Literaturas Modernas con especialización en Lengua y Literatura Españolas; Licenciado en Literaturas Clásicas; Profesorado en Literaturas Modernas; Profesorado en Literaturas Modernas con especialización en Lengua y Literatura Españolas; Profesorado en Literaturas Clásica.

Sin embargo los estudios en Letras Clásicas tienen un recorrido particular, ya que en el año 1977 se crea el Instituto de Letras Clásicas que pasa a tener a su cargo la carrera de Letras Clásicas. Instituto que tiene su cierre en el año 1988, donde por Resolución del Delegado del Honorable Consejo Superior 165/88, dispone que las actividades docentes y administrativas de la carrera de Letras Clásicas pasaran a depender de la Delegación (Dirección) de la Escuela de Letras en las mismas condiciones que la carrera de Letras Modernas, lo cual se mantiene vigente hasta nuestros días.

El prestigio de la carrera de letras clásicas de la UNC motiva que estudiantes de grado de diversos lugares del país migren a Córdoba para completar allí sus estudios (cf. Meynet, 2020);[34] se trata de un prestigio construido a partir del capital específico institucional acumulado y que se refuerza por la

34. Durante una consulta, Carina Meynet, egresada en Letras clásicas por la UNC e integrante de la cátedra Lengua y Cultura Latinas I, describió las razones que la llevaron a iniciar esa carrera en esa universidad: «Me vine a Córdoba para estudiar letras clásicas porque me había quedado enamorada en Santa Fe de las materias Literaturas griega y latina, Latín I y II. Como me gustaron mucho los latines, hice pasantías en esas materias. Además se daba Griego como materia optativa y por supuesto, también la cursé. Éramos dos alumnas y gran parte de Griego II la hicimos en la casa de Dina [San Emeterio] que, como le costaba tanto movilizarse, y por dos alumnas, era una locura que se desplazara hasta la facultad, así que nos seguía enseñando así. Siempre éramos muy pocos en esas materias. Luego seguí cursando la carrera pero me había quedado muy enganchada con esa parte de la formación. Por eso, cuando me faltaban solo cinco materias para terminar de cursar decidí que lo que quería era seguir formándome en esa línea así que cancelé la matrícula en UNL y pedí homologación de materias en Córdoba. Me dieron algunas y arranqué con letras clásicas en la UNC con 26 años, cuando ya tenía compañeros que estaban doctorados. Hice la carrera acá. No me arrepiento para nada. (...) Y hay más chicos que vienen a estudiar Letras clásicas a Córdoba desde diferentes lugares del país. En principio no son muchos los ingresantes en comparación con otras carreras y no son muchos los egresados tampoco pero entre

visibilidad que las producciones de sus agentes tienen en el subcampo (entre otrxs, y solo por citar a lxs que integraron esta muestra: Eleonora Tola y Guillermo De Santis). Por otro lado, el doctorado de la UNC mantuvo la distinción entre los títulos Doctor en Letras Modernas /Doctor en Letras Clásicas hasta bien entrado el siglo XXI; es reciente la unificación del título bajo el nombre de Doctorado en Letras (cf. Bixio, 2021).

Las resonancias demoradas de la querella con los estudios clásicos durante el cambio del plan de estudios de la carrera de letras de la UBA en los primeros tiempos de la posdictadura fue retomada casi treinta años después por Ana María Risco (2009) que, junto con la pugna, precisó los cambios de posición de algunos de lxs agentes que la habían protagonizado (cf. Sarlo, 2001c, 2007a). El motivo para exhumar aquella discrepancia se asocia a la fantasía de intervenir, vía el balance de lo dejado por aquel conflicto, en uno de orden local y más reciente: la tensión entre clásicas y modernas en la UNT. Otra vez, el criterio de autoridad conferido por el capital simbólico acumulado por una firma que intervino en un diferendo de una institución ubicada en un polo central se utiliza para intentar dirimir una cuestión debatida en un polo periférico en la línea en cuestión: «La necesidad de reivindicar un espacio para estos estudios en la actualidad por parte de una de las escritoras–ensayistas más influyentes en la opinión pública argentina, nos lleva a considerar situaciones similares, como es el caso de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Tucumán» (Risco, 2009:1).

Leída desde los juegos de poder del campo de las letras, la estrategia de recuperar el cambio de posición de Sarlo sobre el asunto no parece desacertada a la luz de los episodios que menciono sobre el cierre del apartado «"Solicitar" el canon» en este mismo capítulo. Agrego un episodio reciente que tuvo lugar durante el último CAELE: en esa oportunidad, José Luis de Diego (2021) deslizó un comentario sobre los efectos que tiene en la venta de un libro que Sarlo lo recomiende en alguna de sus intervenciones en los medios.

Así las cosas, agrego que Risco también retoma los argumentos de latinistas de la trayectoria de Eduardo Prieto respecto del lugar de los estudios clásicos en las humanidades: se trata de un texto recogido en los *Anales de Filología clásica* publicadas en 1964. Como remarca Risco, es un «reclamo» pronunciado en las *Primeras Jornadas para el fomento de las humanidades* celebradas en 1962 en Córdoba: «Es de desear que los ámbitos de los estudios de las humanidades clásicas y las humanidades modernas no permanezcan en el futuro incomunicados sino

los que hay, suele encontrarse gente que viene de otros lugares. Por ejemplo en tercer año, en este momento hay un chico de Jujuy y una chica de Tierra del Fuego» (Meynet, 2020).

que el estudio de estas, en las cuales hemos incluido las llamadas Ciencias del Hombre, se relacione asiduamente con el de aquéllas, y viceversa», demandaba Prieto (1964:186 en Risco, 2009). Más allá de esta expresión de deseo y de otros textos que Prieto ya había escrito sobre el asunto durante sus años de enseñanza en Catamarca (cf. Prieto, 1949) sobre los que ha vuelto mucho tiempo después (cf. 2000), interesa destacar cómo ya entonces la agenda del subcampo de los estudios literarios se definía en relación con las literaturas en lengua española.[35]

35. En un riguroso estudio centrado en la figura de María Rosa Lida, Marcela Croce deja entrever la relación entre estudios clásicos e hispánicos desde los años treinta hasta bien entrados los setenta (2021a); los relatos de Leonardo Funes sobre el período convergen con estas hipótesis (cf. Funes, 2010, 2011:78–79). Durante y entre las dos últimas dictaduras, la consolidación de los estudios en literatura argentina y estudios literarios es indisociable del carácter clandestino y/o en el extranjero de sus producciones más importantes. Con la restitución democrática, lxs agentes cuyo trabajo se había desarrollado en otras instituciones, en formaciones y/o en el exilio ocuparán fundamentalmente las cátedras de literatura nacional y de teorías literarias en la UBA. Luego, desde la UBA y desde la UNR, Nicolás Rosa y el grupo de Rosario (Alberto Giordano, Sandra Contreras, Martín Prieto) consolidaron investigaciones, publicaciones y congresos que desarrollaron en especial los estudios en teoría y crítica literarias a partir de la literatura nacional. Si se observa, por ejemplo, de qué líneas provienen lxs invitadxs tanto a los congresos de la UNR como a sus publicaciones periódicas entre 1990 y 2010, se observa una retroalimentación de estas junto a literatura latinoamericana en cuyo marco comenzaban a posgraduarse algunxs de sus agentes más jóvenes (Adriana Astutti, Judith Podlubne). No solamente no se marcaba la agenda del subcampo desde las literaturas extranjeras (clásicas, española, europea, norteamericana, etc.) ni desde la literatura para las infancias sino que, además, para el reconocimiento de esta última como parte de la literatura nacional pasarán algunos años (las intervenciones generadas sistemática y regularmente desde la UNMdP son cruciales, tanto desde los congresos organizados como desde sus publicaciones periódicas abiertas [cf. Vulponi, 2021]). Cuando parecía haberse naturalizado que desde estas líneas no se interviene en la discusión teórica ni crítica, en parte debido a las decisiones de sus agentes que se replegaban en congresos específicos y que, en el caso de las literaturas para las infancias, presentaban sus resultados en congresos y revistas de didáctica (línea mirada con sospecha desde «algunos circuitos hegemónicos de la crítica» hasta bien entrado el Siglo XXI [cf. Dalmaroni, 2009:11]), una serie de movimientos impulsados desde los feminismos, los estudios de memoria, comparados, de la edición, de traducción, de archivo y «otras literaturas» disputarán el marcado de la agenda a partir de la organización de congresos, grupos de investigación, publicaciones, actividades de divulgación, extensión, gestión y formación de recursos humanos. Se trata de batallas disputadas en más de un frente y tramitadas en colectivo, en plena emergencia y de importante sinergia y repercusión entre las que se destacan, entre otras, las lideradas por Rossana Nofal desde la UNT, Daniel Link desde la UNTREF, Marcela Croce desde el INDEAL, Laura Arnés, Nora Domínguez y María José Punte desde la UBA, Cristian Molina desde la UNR, Graciela Goldchluk, Juan Ennis y José Luis de Diego desde la UNLP y Laura García y Mila Cañón, entre la UNT y la UNMdP.

Si bien lo que pasa en la UBA no es lo que pasa en la universidad argentina, lo que pasó en la UBA durante los primeros años de la posdictadura resonó en otras universidades en tiempos distintos según los casos. En el episodio alrededor de los estudios clásicos se expresó algo más que una cuestión técnica: el resabio de la moral revolucionaria y la reacción contra cualquier símbolo de *autorictas* después de «muchos años» fuera de la universidad y de «dos dictaduras» (Sarlo, 2001c) condujeron a lxs agentes que durante los ochenta modificaron el plan de estudio de la carrera de letras de dicha institución a tomar decisiones drásticas respecto de los estudios clásicos. Sobre el filo de su renuncia a la institución, Sarlo las ha reconocido como erradas: el fervor ideológico no solo le había impedido advertir cuánto de la formación clásica se necesitaba para leer a lxs autorxs argentinxs sobre lxs que trabajaba sino que, además, había eclipsado una pasión de sus inicios como docente universitaria, en sus años como ayudante de latín. Sobre aquellos comienzos hay varios cuentos contados en tiempos donde los fanatismos ya habían retrocedido para hacer lugar al balance reflexivo que incluyó el análisis de las consecuencias de aquellas decisiones en las aulas en las que enseñaba.

> No era una buena estudiante. Me enamoré de algunas materias: del Latín, y lo aprendí muy bien, de hecho los últimos años, antes del golpe de Estado del 66, fui ayudante de Latín.
>
> Viste que de repente vos venís dando las materias como te salen y hay una que te toca el corazón. A mí me gustó el latín. La primera profesora era Aída Barbagelata. Venía del profesorado Joaquín V. González y era muy reconocida. Formó latinistas en la facultad. Fue una legendaria profesora de latín. Pero el que realmente me enseñó todo del Latín fue Gerardo Pagés que era también vicerrector del Nacional Buenos Aires. Un apasionado. Un latinista apasionado. Un gran profesor, no un investigador (es muy difícil ser un investigador de latín en la Argentina: tenés que ir a Alemania o a Italia). Pagés me pidió que fuera ayudante, lo cual me permitió aprender más (naturalmente, cuando uno es ayudante aprende más). (...) Después vino el golpe de Estado del 66. Yo era empleada de Eudeba. Renunciamos a Eudeba con Boris Spivacow pero en la facultad había un profesor trotkista, Alberto Plá de Historia, que también enseñaba en Rosario y que nos decía que no había que irse de la facultad. Entonces Plá y algunos trotskistas nos convencieron a gente de muy baja categoría docente, que nos quedáramos. Eso duró un cuatrimestre y después ya no duró más. Pero bueno, Plá sí tenía los hombros como para quedarse porque era profesor titular. Yo me quedé un cuatrimestre. O sea que ensené Latín en la facultad como ayudante más de dos años. Fue bastante. [*2014*]

Se ha escrito poco sobre estos comienzos de Sarlo y, menos aún, sobre su apasionada relación con el latín (cf. Sarlo, 2007c), lengua asociada a sus primeros pasos como docente universitaria. Este eclipse actualiza el asunto de cómo se leen las asunciones que chocan y/o se solapan en el transcurso de una carrera profesional: su punto de vista sobre las clásicas es mucho más complejo que el asociado a aquel momento de efervescencia transido por luchas en más de un plano en vistas de la recuperación de las instituciones y su autonomía. Por otro lado, el episodio en general es rico para introducir la cuestión de los efectos de campo de decisiones de gestión y de planificación institucional, en particular, cuando se cuenta con capital simbólico acumulado traducido en visibilidad nacional. Dicho en otros términos: en los años sesenta, Sarlo no era aún una firma y lo que hiciera o dejara de hacer entonces no tenía en el campo repercusiones importantes; en cambio, su toma de posición al momento de reformar el plan de estudios de la carrera de letras de la UBA en los ochenta, tuvo reverberaciones. Como puede comprobarse, es necesario que se conjugue más de un factor para que las prácticas de lxs agentes surtan efectos de campo: no alcanza solo con la colocación institucional sino que es necesario además contar con capital simbólico que genere transferencias (como bien ha observado Martín Kohan en un coloquio reciente, en la UBA durante aquellos años, mucho de lo que sucedía alrededor de algunos temas empezó a girar a partir de lo que hiciera o dejara de hacer Sarlo). «Entramos revoleando el poncho», reconocerá sin vueltas casi cuatro décadas después (cf. 2022). El reconocimiento vino acompañado por su justificación: durante sus clases de Literatura argentina II, puntualmente cuando enseñaba la literatura de Héctor Tizón, advirtió la importancia de quienes contaban con formación en clásicas (notable coincidencia: dos años antes de esa declaración, Alejandra Liñán defendía una tesis doctoral en la UNNE sobre este tema (cf. Liñán, 2020); no es un detalle menor agregar que la bibliografía central para leer a Tizón fueron los escritos críticos de Sarlo sobre el autor).

En varios cuentos, Sarlo se refirió a la responsabilidad de quienes la acompañaron en aquella reforma (cf. 2019). Los intentos de entender no esquivan la pregunta sobre cómo Enrique Pezzoni (G1), Jorge Panesi (G2) y los entonces muy jóvenes Gustavo Bombini (G4) y Carlos Gamerro, representantes por el claustro estudiantil, habilitaron aquellas decisiones sobre las que, retrospectivamente, fue intentando encontrar explicaciones que fueran más allá de lo meramente «anti»:

> Un solo acto tengo de esos años como remordimiento y responsabilidad personal: la liquidación de los ocho cursos de lenguas clásicas. Creímos que dejar de

> estudiar, con cierta profundidad, griego y latín era indispensable para hacer una carrera de letras moderna que fuera verdaderamente moderna. Recluimos las lenguas clásicas en un encierro, que no les sirve. Y nos quedamos, los modernos, sin un espacio donde se enseñara retórica, mitología y, sobre todo, sin esa máquina comparativa perfecta, esa máquina de distancia y reconocimiento que son las lenguas clásicas. Admiradores de Derrida o de Joyce, cerramos el camino que Derrida y Joyce recorrieron. No me animo ni siquiera a pensar la posibilidad de una restauración de las relaciones entre literatura moderna y tradiciones clásicas (relación que fue central para la literatura moderna). Este déficit es uno de los puntos de una agenda posible. (Sarlo, 2001c)

Apenas unos años después de su renuncia a la UBA, desde su controversial columna de *Viva* leída por no pocxs agentes como la intervención que fue (cf. González, 2011b:124; Link, 2015:555; López Casanova, 2015; Saítta, 2020; Kohan, 2022),[36] reiteró su autocrítica a aquellas decisiones que estuvieron más cerca de un berretín que de una argumentación razonada:

> En 1960, para obtener un diploma de profesor de literatura era necesario pasar por varios cursos de latín y de griego. Cuando en 1984, terminada la dictadura militar, regresamos a la universidad, lo primero que hicimos fue poner en práctica no un plan sino una consigna que consistía en aplastar la enseñanza del latín lo más que fuera posible. (2007a:37)

Los sucesivos cuentos sobre este sintomático episodio reiteran una autofiguración de grupo en la que los significantes importan: «liquidamos los griegos y latines», observó veinticinco años después (2009). Aquella traducción de tensiones entre el campo académico, el político y el estatal a un plan de estudios, tramitada junto a Pezzoni y el estudiantado y a pesar de la reacción espantada de Borges, expresó la puja entre quienes habían podido continuar sus desarrollos profesionales en la universidad durante los «años de barbarie» (como los llama Daniel Link [2017:135]) y los que no: su amor por el latín no le impidió actuar junto al grupo que, a través de ese gesto, manifestaba su molestia con las líneas que, sin demasiados sobresaltos, habían podido alojarse en la UBA durante las dos últimas dictaduras. Treinta años después de los episodios, Leonardo Funes los mira desde esta lente:

---

36. Más de 260 columnas con un correo electrónico al que lxs lectores podían escribir y que, según cuenta Sarlo (2016b), ha contestado con regularidad.

> El prejuicio según el cual habría objetos de estudio progresistas y objetos de estudio reaccionarios era explicable, aunque no justificable, en el momento de la vuelta a la democracia, con la memoria fresca de la dictadura en la que ciertos estudios (lenguas clásicas, filología) fueron los únicos que lograron seguir activos dentro de la Academia, lo que generó una reacción en contra. (2011:78–79)

Julio Schvartzman destacó el replanteo de Sarlo respecto de aquella decisión tomada en un tiempo en el que las fantasías de refundación, después de tantos años de terrorismo de Estado, fueron poco propensas a dejarse atravesar por los matices hospitalarios que sobrevendrán más adelante:

> Cuando, en 1984, la comisión de reforma curricular (recuerdo que estaban Sarlo, Pezzoni, Lafforgue, creo que Ludmer y alguien más) propuso y logró reducir drásticamente los ocho cuatrimestres de latín y griego (que se habían distribuido hasta entonces en cinco y tres, a elección) a apenas dos, me pareció una pésima decisión. Diez años después, escuché una sincera retractación pública de Sarlo por aquel corte. [*2014*]

En una entrevista reciente, Sarlo puso aquella decisión en perspectiva de época: «nos manejamos con mesura, excepto en aquello que Borges criticó que fue lo de los griegos y latines. Si voy al infierno, voy a ir por eso» (2019), mencionó en un pasaje en el que el humor no le quitó peso a su evaluación de las consecuencias didácticas de una medida tomada en el fragor de las batallas culturales, políticas e ideológicas de aquel entonces:

> Hicimos eso como si fuera un acto de liberación cultural. Y Enrique [Pezzoni] nos lo dejó hacer: un tipo de una cultura refinadísima, también se plegó. Era el momento para hacer esas cosas. Lo cual, ahora, me parece una barbaridad. Ya te lo he comentado: cuando aparecía gente de clásicas que optaba por hacer Literatura argentina II, la diferencia que podía aportar en las lecturas era muy grande. (Sarlo, 2019)

Es necesario subrayar que los cuentos de lxs agentes, analizados en su conjunto y en cruce (es decir, cuando fue posible, más de un cuento del mismo agente sobre el mismo episodio y/o problema contado en más de un corte temporal), desarticulan binomios excluyentes sobre el lugar de las clásicas en una carrera de letras. No solo dejan entrever su valoración en la formación (cf. Schvartzman G2, Gargatagli G2, Catelli G2, de Diego G3, Vázquez G3, Raimondi G4, ver Anexo 3, Entrevistas) sino que, en conjunción con resultados de otras

investigaciones, exigen matizar las hipótesis respecto de líneas no afectadas y/o menos afectadas en su institucionalización entre 1966 y 1983. La trayectoria de Ana Goldar, exiliada en Barcelona desde 1975 (Falcón, 2018:92, 119, 204–205) lo ejemplifica: en el segundo cuatrimestre de 1974, bajo la gestión de Ivanissevich en el Ministerio de Educación, fue separada de la cátedra de Latín I de la UBA de la que era Profesora Titular por promover una «visión marxista de la historia de Roma —la de Kovaliov—» (Adur y Antico, 2014:126). Goldar contaba entre sus antecedentes haber traducido para el CEAL textos de Horacio, Virgilio y Petronio incluidos en la colección Capítulo Universal/ Biblioteca Básica Universal dirigida por Luis Gregorich con asesoría de Jaime Rest (cf. Gociol, 2007; Falcón, 2018:04). Falcón observa «un quiebre» en su trayectoria académica y profesional que pasó de «una posición de máxima jerarquía académica en la UBA y de un desempeño inicial como traductora de lenguas de máximo prestigio lingüístico–literario» en Argentina al «trabajo editorial precario y la traducción de literatura popular como el policial y la ciencia ficción» (204) en su exilio en España. Entre esos antecedentes prestigiosos dejados atrás, sobresale la escritura de fascículos sobre literatura latina junto a Alicia Entel, Lucía Golluscio, María Elena Sanucci y Jorge Binaghi, «este último también emigrado» (Falcón, 2018:204).

Este es otro ejemplo que muestra la necesidad de afinar las hipótesis sobre líneas aparentemente no afectadas por la violencia estatal (el testimonio de Cecilia López Badano también aporta elementos para realizar esta afirmación: recordemos que Jorge Binaghi aparecía entre lxs profesorxs que Badano destacó al momento de evocar aquellxs que habían marcado su formación). Tal vez sea hora de corregir las formulaciones sobre este asunto: más que los objetos de estudio fueron los «puntos de vista» desde los que se los fabricó los que estuvieron en la mira tanto en la enseñanza como en la investigación entre 1966 y 1983. No hubo lugar para argumentos de este tipo durante aquel momento de efervescencia exento del análisis fundamentado que el paso del tiempo y la consolidación de las instituciones democráticas permitieron (mismo argumento que explica cómo en plena dictadura algún texto de Goldmann podía ser bibliografía oficial de una cátedra universitaria).

Para el caso concreto de las clásicas, ayuda a entender lo acontecido la investigación que viene llevando adelante Mariano Sverdloff sobre los «usos» del pasado clásico por las derechas nacionalistas de Argentina y sus efectos de campo. Un trabajo que, al articular diagnóstico y propuesta de intervención desestima toda sospecha de rechazo a los estudios clásicos: sus documentadas investigaciones combinadas con la dirección, desde 2002, de la colección Colihue Clásica explotan la retroalimentación entre investigación y gestión editorial.

Si una consecuencia de la apropiación de la tradición clásica por las derechas (cf. Sverdloff, 2017) ha sido la asociación de esta línea de estudios con esta posición política, una forma de contribuir a desarticular esa cristalización es intervenir desde el mismo espacio de mediación desde el que operaba aquella derecha. Si el manual *Historia de Roma* de Ernesto Palacio (1939) había tenido una inserción escolar, la colección Colihue Clásica, vía traducciones y lecturas actualizadas, coopera en destartalar aquella apropiación. Se trata de una intervención que apunta a un público expandido que comprende tanto a lxs estudiantes universitarixs como a lxs de nivel secundario (su selección de «traductores académicos» [2019] refuerza la estrategia de difusión: lxs profesorxs universitarixs forman a su vez a buena parte de quienes ejercerán la docencia en el nivel medio, lo que asegura la diseminación del material en un circuito abarcativo).

La asociación entre estudios clásicos y derecha cuyo síntoma más expresivo fue la «liquidación de los griegos y los latines» (Sarlo, 2009) durante la reforma del plan de estudios de la UBA apenas restituida la democracia tuvo tal resonancia que costó escuchar otros cuentos sobre «las clásicas» en las carreras de letras. Podría conjeturarse que si hoy pueden oírse es por un efecto de contrafirma: otros referentes del campo ponen a andar otras historias. Por ejemplo, Julio Schvartzman (G2) que inició su carrera en 1964, recuerda con fascinación lo que sucedía en las clases del área, tanto en términos de decisiones didácticas como de performances:

> Aunque en Clásicas había de todo, en esos años lo mejor de la carrera, en Buenos Aires, estaba allí. Las clases de Latín de Eduardo Prieto eran maravillosas. Por la forma en que leía a Cicerón, a Virgilio o a Plauto, era difícil pensar el latín como una lengua muerta. Su conocimiento de la sintaxis era extremadamente preciso y sutil; yo lo seguía con el manual de Alfred Ernout y François Thomas, que había conseguido en la librería Letras, en Viamonte. Prieto analizaba los textos desde el corazón palpitante de la lengua. Cuando tropezaba con el *cum* narrativo, levantaba la vista y preguntaba: «¿Qué matiz tiene acá?». Entonces la memorización morfológica no servía de nada. Había que meterse en el funcionamiento del texto. ¡Los matices! ¿Causal? ¿Concesivo? ¿Condicional? ¿Temporal? ¿Modal? Avanzábamos con él. Yo no amaba a Cicerón, pero seguirlo con Prieto como guía era adentrarse en la peripecia de la construcción y las inflexiones de su prosa, de sus tácticas discursivas, de sus astucias ergotistas y emocionales, del golpe bajo de sus digresiones. Y ni hablar cuando leía *De rerum natura* de Lucrecio: un delirio en que se aunaban la andadura del hexámetro dactílico con una endemoniada construcción de la frase —mi encuentro, años después, con el Lucrecio imaginario de Marcel Schwob fue un shock que extrañamente no podía dejar de ligar

con aquella lectura—. Y sin embargo, en la Facultad de la recuperación de la democracia Prieto fue maltratado por algunos mediocres. Lo recordó, justiciera, Josefina Nagore en una entrevista en *Página/12*, a fines de los noventa.

Tener, en Buenos Aires, en Griego, como tuvimos, la cátedra de Eilhard Schlessinger, uno de los más grandes helenistas de su tiempo, era un privilegio insólito. Cuando yo cursé el primer nivel, la dictaba la adjunta Dora Pozzi, porque él tenía licencia (moriría poco después, con su familia, en un accidente en Alemania, de la que había huido cuando el ascenso del nazismo). Recibí muchísimo en un solo cuatrimestre. Teníamos, todos, un diccionario de mil palabras en la cabeza (eso significa: los sustantivos y adjetivos, con sus declinaciones completas; los verbos, con su conjugación). Todo se cortó con la intervención de Onganía y (no lo pongo en el mismo nivel, pero no puedo no decirlo) con la política de renunciar que primó en muchos de los mejores profesores. Sí: era incierta la perspectiva de haber permanecido en la universidad, pero al menos la habrían peleado. [*2014*]

Gabriela Nouzeilles evocó un momento enigmático de una clase de Griego I en la UBA. Su ambivalencia pareciera haber motivado tanto su resistencia al olvido como su decisión de exhumarlo: «El lugar son las ruinas del aula magna del edificio de Filo de la calle Independencia, agujeros de bala en las paredes, bancos destruidos apilados en las sombras de los rincones. Quinientos estudiantes petrificados. En mi recuerdo no hay ventanas» (2015). Su cuento vuelve sobre aquella clase de la que su memoria filtró y retuvo una cita de *La República*. Un pasaje del libro IV en el que Platón «describe las virtudes del gobierno ideal y las partes del alma»: «Difíciles las cosas buenas», remata el profesor de Griego I. Nouzeilles grabó esta cita mientras insinuó el modo soslayado, entonces dominante, de hablar públicamente del presente y/o del pasado reciente: «Nunca sabré si se trató de un mensaje cifrado entre sobrevivientes o si fue el trabajo posterior de la memoria el que progresivamente convertiría esa experiencia en (...) una metáfora extendida de una comunidad en ruinas» (2015). Una comunidad para lxs sin comunidad reunidxs en un espacio asfixiante: «en mi recuerdo no hay ventanas» (2015). «En mi recuerdo», subrayó (subrayo).

María Celia Vázquez (G3) egresó como Licenciada en letras por la UNS en 1980 y como profesora, en 1981. Al reconstruir sus años de formación rescató solo a sus profesores de Literatura Griega y de Cultura clásica:

Mi experiencia de la universidad fue más bien negativa; cursé toda la carrera durante la dictadura: ingresé en 1976 y me recibí en 1982. Los profesores más interesantes de la carrera habían sido echados en 1975, durante la intervención del

> rector Remus Tetu. Por otra parte, los programas de las materias eran retrógrados. De todas maneras, tuve uno o dos profesores que marcaron la excepción. Uno dictaba Cultura Clásica, el otro «Literatura Griega». [*2018*]

Su valoración coincide con la de Sergio Raimondi (G4) quien, como ella y, más tarde, Maximiliano Crespi (G5), cooperará en visibilizar lo producido en el subcampo de los estudios literarios desde esa universidad. Una operación en la que se ponen en juego capitales simbólicos construidos desde instituciones y formaciones, a saber: la estrategia sostenida de intervención académica liderada por Vázquez desde los ochenta modificará la posición de la UNS en un subcampo en el que, durante esos años, lo que se hizo en literatura argentina y teoría literaria marcó la agenda; Raimondi, profesor de Literatura Contemporánea de la carrera de letras en esa universidad desde 2002, ostenta un recorrido deliberadamente apartado de las tendencias profesionales en alza[37] (una trayectoria consolidada por la articulación de capitales literarios con simbólicos específicos acumulados durante su gestión como director del Museo del Puerto de Ferrowhite entre 2003 y 2011); Crespi interviene tanto desde investigaciones que obedecen a una clara política de exhumación como desde el campo editorial. Los tres disputan qué ciudades se identifican como capitales culturales y académicas nacionales mientras contribuyen a configurar una tradición para el polo UNS.

Las exhumaciones practicadas por Raimondi y Crespi cooperan en la reformulación del mapa del subcampo ya que alertan respecto de cartografiados simplificadores de un espacio heterogéneo en el que solo por muy breves períodos un polo hegemonizó la agenda en más una línea; en segundo lugar, enriquecen el análisis de lo que acontece con la enseñanza de las letras en un polo periférico; en tercer lugar, ponen en estado de temblor la denostación de la enseñanza de las clásicas. Un fenómeno que se consideró más expandido de lo que los datos muestran, en parte por el papel encandilador de lo acontecido en la UBA en la «época de oro de la carrera de letras» (Link, 2017:156): si hasta ahora solo se había mirado allí (o más bien, principalmente allí), las prácticas y los cuentos de estxs agentes, entre otrxs, reclaman examinar lo acontecido en otros espacios.

---

37. Judith Nairdof y Ricardo Pérez Mora analizaron cómo las actuales condiciones de producción del trabajo académico afectan la práctica intelectual en profesorxs universitarixs de Argentina, México y Brasil: la hiperproductividad traducida en valoración cuantitativa, la hiperespecialización en detrimento de la transdisciplinariedad y la burocratización creciente son algunos de los elementos que mencionan en su diagnóstico (Nairdof y Pérez Mora, 2015).

Así, en la «Nota» extensa y erudita que abre una segunda edición de *Poesía civil*, Raimondi rememora el trabajo fundacional realizado por Vicente Fatone (primer rector de la UNS), Héctor Ciocchini (director del Instituto de Humanidades entre 1956 y 1974), Ezequiel Martínez Estrada, Antonio Camarero Benito y, más tarde, Jaime Rest, en esa institución creada en 1956 (ver Anexo 1, Mapas). El dibujo de un cangrejo estampado en la apertura del libro envía a ese poemario–tratado en el que, a través de diferentes metáforas, Raimondi vuelve sobre las representaciones del Estado y sus im–posibilidades a lo largo de una historia que hace llegar hasta los avatares neoliberales de los noventa: esa impresión tomada del libro *Los trabajos de Anfión* de Ciocchini se convierte en «emblema» (2010:13) de los capítulos «De la lengua y el arte como capital», «Literatura y cuestiones de menor importancia» y «Hay que dilapidar la herencia en gastos superfluos/Loa al cangrejo» donde se leen, en clave poética, los mojones de la historia nacional contada a propósito de relatos mínimos sobre una ciudad, Bahía Blanca, su puerto y su universidad. La tensión entre la herencia clásica y la europea y la referencia a la erudición de Ciocchini cimentada no solo en el Instituto Warburg (cf. Crespi, 2018, 2020) se yuxtaponen con las marcas del espacio local en una escritura en la que no deja de colarse, con delicada galanura, la posición política desde la que se reconstruye ese tiempo. Raimondi juega aquí sus cartas como escritor y como investigador para dejar entrever, sutil e inteligente, que «la zona» ya no es solo la que se había tramado entre Santa Fe, Rosario y Buenos Aires por Juan José Saer, María Teresa Gramuglio, Beatriz Sarlo y Martín Prieto, entre el campo literario y el académico. Más de una zona en todo caso.[38] Y esta otra, ya no con el río como presencia central del paisaje:

> La revisión de los fundamentos de la formación del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, que en sus inicios avalados por la llamada Revolución Libertadora convocó en poco tiempo las figuras categóricas de Vicente Fatone, Héctor Ciocchini, Ezequiel Martínez Estrada o Antonio Camarero Benito (a las que se añadiría luego Jaime Rest), es realizada a propósito de las dificultades de una tradición de conocimiento dos veces secular para

38. Alejandra Laera registra, en el campo literario, un tipo de disputa de talante similar a las que registramos en el subcampo de los estudios literarios tal como se configuran en el presente: en su «historia de la imaginación territorial» (una que quiere «húmeda, susurrada, afectiva, creativa, sensible para repensarse») busca «salirse» tanto de la «lógica de textos centrales y de textos marginales» como de la sustitución de un repertorio por otro que no haría más que conducir a nuevas cristalizaciones (cf. Laera, 2022:17).

> localizar el saber en un ámbito menos intangible que el de la noción de lo bello de Platón. El emblema tomado de un libro de ensayos de Ciocchini pretende destacar, entre otros sentidos, tanto una procedencia común como una toma de posición desde la diferencia, al permitir que ese cangrejo arquetípico o en todo caso renacentista asuma las particularidades de las especies fácilmente distinguibles en los pocos sitios costeros de la zona. (2010:13)

En *Catulito*, una selección de poemas que traduce primero para Vox (1999) y luego reedita en Neutrinos (2017), Raimondi reconstruye las marcas dominantes de la carrera de letras en la UNS, no sin hiatos y omisiones pero con suficientes elementos como para incurrir en contenidos y problemas desarrollados y excluidos en un corte temporal expandido. Su cuento destaca la importancia de una formación en estudios clásicos que tuvo las derivas productivas precipitadas, entre otros, en la sacrílega producción del que *Catulito* es muestra junto a *Habeas corpus. Latín, sexo y traducción* de Gabriela Marrón.[39] Raimondi repasa las marcas dominantes de la enseñanza de las letras desde la fundación de la UNS hasta bien avanzados los ochenta en «Dedicatoria (o acerca de la relación entre Catulo y el peronismo proscripto)/2016», un texto que agrega en la nueva edición de Neutrinos. Como en la literatura de Juan José Saer, Juan L. Ortiz o, más acá, de Selva Almada, Francisco Bitar y Mariana Spada, hay un trabajo de composición mítica de un espacio a partir de la palabra: como el río en lxs santafesinxs y lxs entrerrianxs, en los textos de Raimondi el arroyo Napostá ocupa la escena. En una entrevista datada en 2012, trajo con gracia una anécdota sobre Ezequiel Martínez Estrada, convocado por Vicente Fatone cuando se creó la UNS. Martínez Estrada habría inventado un seminario de «sociología de la pampa» que, aparentemente, no habría llevado adelante en aulas de la universidad porque le resultaban coercitivas; según se cuenta, sus clases habrían transcurrido junto a largas caminatas con

39. Marrón es Licenciada y Doctora en letras con orientación en Estudios Clásicos Grecolatinos por la UNS, institución donde enseña Lengua y cultura latina I y Cultura Clásica. El sacrilegio al que aludo refiere a las decisiones tanto de traducción de textos clásicos como de composición tomadas por Raimondi y Marrón: escriben versiones rioplatenses y traen los textos que traducen a un registro actual. «En toda traducción, como en la vida, el secreto es saber siempre adónde vamos», señala Marrón en sus poco ortodoxas «Palabras Liminares. Cuestión de rumbo y paladar» (2012:10). Su convicción de que «era necesario traducir de nuevo» los poemas «incómodos» seleccionados en un gesto que comparó con «la decisión de ir a buscar los textos para invitarlos a casa, a nuestra lengua» (10), se ratifica con el intercalado de pasajes tomados de declaraciones públicas de Diego Maradona, letras de Pibes chorros, Zambayonny, Liliana Felipe y Enrique Santos Discépolo, entre otrxs.

sus alumnxs por el arroyo Napostá. Estamos ante la fundación de una mitología respecto de la enseñanza en esa institución y en esa ciudad. Una operación que tensa la relación local/nacional desnudada en su condición de variante de la tensión particular/universal. Su lectura no ahorra, junto a su valoración de lo que acontecía en las clases de clásicas, el subrayado del sesgo instalado desde la fundación de la UNS y desde los inicios de la carrera de letras (un bies por el que se esquivaban los contenidos ligados al presente y a América Latina):

> Aún en nuestra formación, en la que el repertorio grecolatino ocupaba un volumen capaz de caracterizar a la del Sur entre el resto de las universidades públicas y nacionales (tres materias de «Lengua y literatura griega», tres materias de «Lengua y literatura latina», una «Literatura griega» y una «Literatura latina»), la lectura de Catulo era entonces excéntrica. El esquema pedagógico general se mantenía a grandes rasgos desde la fundación de la institución con la figura de Vicente Fatone como interventor, apenas un año después del derrocamiento de Perón. A principios de la década del '70 hubo un intento de modificación de ese diseño desde la voluntad de favorecer temáticas y enfoques más sincrónicos y latinoamericanos, pero esos planes fracasaron drásticamente, como se sabe, al igual que los movimientos políticos que los impulsaban. Con matices y diferencias, la colección que se privilegiaba todavía a fines de los '80 era la de las «grandes obras» de la tradición humanista, occidental y monumental, destinada a formar en esa «paideia» más que doblemente secular un ciudadano cabal a metros del arroyo Napostá: ahí estaba el gran Camarero en sus últimos años —antes de recluirse en un silencio casi absoluto— escribiendo en el pizarrón las proyecciones semánticas de «lógos», «kátharsis» o, inclusive mejor, «humanitas». (2017:65)

Estos cuentos de Raimondi complejizan la representación de los estudios clásicos y de su enseñanza a partir de una vuelta sobre sus «comienzos», cuando todavía era un estudiante en la UNS (obtuvo su título de Licenciado en Letras en 1994). Lejos de una polarización que pondría sobre un área de los estudios literarios el eje del mal, Raimondi hace foco en lxs que tuvieron que irse de la UNS y lxs que ingresaron durante y entre las últimas dictaduras. Este pasaje hace serie con otros de Romano Sued y de Patiño sobre una UNC «loteada como un shopping» (Patiño, 2022a) al momento de la restitución democrática mientras pone de manifiesto (otra vez) la convivencia, en un mismo corte temporal, de más de un estado del campo según los polos que se observen. Como Tatián respecto de Córdoba, Raimondi insinúa lo que pudo hacerse en Bahía Blanca a pesar de Bahía Blanca; como Romano Sued (2006), reclama la falta de una «revisión crítica» de aquella violencia:

> Los clásicos admiten, inclusive como valor, la ficción de su intemporalidad. Pero las traducciones de los clásicos admiten a su vez la posibilidad de tensionar esa ficción y poner en entredicho ese valor: no solo su emergencia coyuntural puede atravesarlas, ya desde el registro de la lengua a la que se traduce; también puede moldearlas un territorio particular. En el caso de estas versiones de Catulo, ese territorio tuvo en principio las dimensiones acotadas de un aula de un departamento de Humanidades de la Universidad Nacional de Sur a fines de los '80. Eran entonces años de recuperación democrática, etapa que en esa institución se desplegaba con mayor lentitud, o mayor ambigüedad que en otros espacios fuera de ella. De hecho la nuestra fue una de las pocas del país en las que no se ejerció una revisión crítica de las consecuencias de la última dictadura en la propia universidad, las cuales incluyeron ingresos repentinos de profesores que ocuparon los cargos de quienes habían sido objeto del terrorismo de Estado en sus diversas instancias. Esa falta de revisión tenía que ver con la historia académica particular pero también con la historia de la ciudad, Bahía Blanca, dudosamente distinguida por su trama cotidiana con las formas más conservadoras y reaccionarias de la política argentina. Por eso quizá no eran estos temas muy presentes por entonces ni en las aulas ni en los pasillos de Humanidades. (2017:63–64)

Raimondi exhuma un episodio tomado de una escena de aula. Un verso no traducido de Catulo por un joven profesor cuyo nombre revela hacia el final le da pie para interrogar la relación entre enseñanza y descubrimiento furtivo, censura y autocensura y, en definitiva, entre lo que se enseña y lo que se aprende a partir de lo enseñado:

> Tal vez sea en relación a ese silencio que aún recuerde la conmoción que implicó empezar a leer una tarde en una de esas aulas, en voz alta y a partir de una fotocopia simple faz que un profesor nos había entregado, el poema 32 de Catulo que comienza *Amabo, mea dulcis Ipsitilla* (...). La conmoción provenía del encuentro con una poética desconocida que me apelaba en su combinación de temas ligeros o mundanos, una disposición retórica sofisticada y auto–reflexiva, y registros de una lengua tanto culta como callejera que parecía hacer presente una y otra vez la experiencia de un cuerpo. En ese poema no había más que un poeta proponiéndole a una chica pasar juntos la siesta, incluyendo un objetivo suplementario presentado con un grado hiperbólico de especificación: *novem continuas fututiones*. Pero no usábamos diccionario, y el profesor sostenía una estrategia de rodeos léxicos que, si bien nos permitía reconocer las referencias sin que los términos fueran en ningún momento pronunciados en nuestra lengua, nos dejaba una y otra vez con la sensación de una precaución para la cual no podíamos

> encontrar una justificación apropiada. No sé si a todos nos llamaba la atención esa negativa a poner en práctica la traducción; se ve que a algunos sí. Era evidente que la universidad estaba atravesada por pactos de silencio, pero esto ya parecía demasiado. ¿Era pudor esa precaución? ¿O había que vincular ese supuesto pudor con la etapa política supuestamente pasada? ¿Qué era lo que no se podía decir? ¿Por qué no se decía? (2017:64–5)

El misterio así como lo reprimido suelen ser disparadores para la imaginación y la fantasía. A partir de aquel velamiento en tiempos de posdictadura en un aula de literatura de una universidad pública emplazada en una ciudad conservadora, Raimondi se pregunta, varios años después, por las travesías intelectuales de aquel joven profesor cuyas prácticas rescata del olvido en función de hacer visible las arrugas ahí mismo donde solo se percibía una superficie lisa:

> Pero, ¿cómo había llegado nuestro profesor joven, formado durante los años de la última dictadura, a Catulo? ¿Habían existido pequeñas disidencias en el ámbito universitario en medio de la circunstancia represiva general? ¿Había que imaginarlo en una pensión encontrando en ese verso liviano y latino una ocasión de amparo? La presión de un Catulo clandestino que volvía a emerger tímidamente a la luz del aula en los años del alfonsinismo, se me empezó entonces a configurar. (2017:67)

El relato expresa una posición sobre la lengua, la traducción, la escritura y la enseñanza de la «tradición grecolatina» que trae el eco de la asunción derridiana en «Nos–otros griegos» (cf. Derrida, 1992). Lo que resuene de la cultura clásica en cada corte del presente es inescindible tanto de las posiciones de quienes las traigan a la conversación, a la escritura, a la enseñanza como del modo en que piensan la lengua: «la lengua es también trabajo, trabajo en principio sobre la lengua, por lo que debería quedar en evidencia que se trata de concebirla atravesada por los conflictos y las jerarquías de la misma sociedad. Cualquier disputa es también, aunque no solo (suele haber palos no meramente lingüísticos), una disputa en torno y con la lengua», observaba en conversación con Hernán Pas (2008b:67). Lo que Raimondi recrimina, junto a la pretensión de una «aparente intemporalidad universal» de «los clásicos», es todo intento de búsqueda de un «grado cero» de la lengua, de neutralidad en la transferencia y de «fidelidad» (no precisamente «infiel») en la traducción (2017:9). Contra esas morales con derivas en la enseñanza, escribe. A esas morales les opone un pensamiento que exhibe la ingenuidad de colocar en los objetos, más que en la posición que se adopta para fabricarlos, una evaluación

política y/o epistemológica. El eco de la máxima saussureana vuelve, una y otra vez: «lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea al objeto» (1916[1945]:49). También resuenan las tesis de Josefina Ludmer sobre los «modos de leer» (1973c, 1974c, 1972[1984], 1985c, 1985e) inspiradas en las de John Berger sobre los «modos de ver» (1972). Un episodio mínimo le dió letra para interrogar la demonización de una línea de los estudios literarios y, a través de ella, toda representación maniquea del campo en su conjunto:

> La lectura de Catulo se desplegó así en una apelación vital plena de interrogantes y permitió reconocer la inconveniencia de considerar la tradición grecolatina en un sentido unívoco. Sin dudas, distintas tensiones la habitaban: no se trataba solo de elecciones diferentes de textos; se trataba también de diferentes modos de leer. (...) Aunque largo de dar, había un paso para considerar no solo el carácter político de cada uno de esos textos y de esos modos de leer sino, también, las opciones políticas —históricas y coyunturales— tomadas por los profesores mismos en la misma universidad (...). Era evidente que el estudio de los clásicos estaba tramado por todo tipo de disputas, y no de las meramente específicas. (2017:67–68)

Más de un «español», más de una forma de traducir, más de una traducción, más de una manera de apropiarse de una cultura, de su literatura y, por lo tanto, de enseñarla. Estas notas de Raimondi densifican la historia de la enseñanza de los estudios «clásicos»[40] en la universidad argentina. Su relato, como

---

40. Hay una serie de materiales diseñados con fines pedagógicos (cf. Amícola y de Diego, 2008:10; Schniebs, 2010; Manfredini, 2010, 2018) que ratifican los procesos de fabricación de los clásicos. Se trata de textos breves incluidos en libros de actualización, ya sea de términos de los estudios literarios, ya sea de debates. La insistencia tanto en el carácter construido de lo que se entiende por «clásico» como en la desestimación de un patrón unívoco y universal se resalta ya desde el título de la entrada que Claudia Fernández escribe para el tomo *Literatura. La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates* dirigido por José Amícola y José Luis de Diego: decir «Clasicismos» es resaltar el carácter diseminado de la noción. Una posición que se refuerza si se repasa el ángulo teórico desde el que Fernández argumenta: su trabajo se apoya en las investigaciones de Lorna Hardwick (2003) y de Page DuBois (2001) que analizan las apropiaciones y la construcción de «los clásicos» por agendas políticas diversas. Luego de un recorrido por los hitos que marcaron la historia de la institucionalización de los estudios clásicos en diferentes países, Fernández subraya la perspectiva en la que se inscribe su texto: «las motivaciones de sus usos son de por sí muy variadas y no ha desaparecido tampoco la apropiación de algunos aspectos de la Antigüedad para dar valor y estatus a la propia conducta, en virtud del prestigio que sigue teniendo la tradición clásica en algunos sectores» (2008:30). Por su parte, en los tres tomos titulados

en bucle extraño, solicita el sentido otorgado a las decisiones tomadas en un aula sin dejar de señalar las derivas de esas decisiones en tiempos dispares. Raimondi se vale de esa discontinuidad para llevar aquella enseñanza a una operación de traducción como crítica y como intervención (una decisión que fascinaría, sin lugar a dudas, a Lorna Hardwick y a Page Du Bois):

> Traducir a Catulo a nuestro español fue entonces un ejercicio de indagación y aprendizaje tanto sobre el artificio de la poesía como sobre los distintos niveles de lo político que atraviesan la literatura y sus espacios, y también un modo mínimo (¡Catulito!) de intervenir en esa tradición grecolatina particular de nuestra universidad con una pasión intensa, equívoca y hasta errónea. Porque muchos años después pude considerar otra hipótesis: ¿y si la estrategia pedagógica de evitar la traducción que planteaba aquel profesor no hubiera consistido en una advertencia acerca de las tensiones de la tradición grecolatina y por ende de la historia académica particular, sino en la invitación a habitar una lengua diferente en su diferencia, a ejercitar la experiencia de alojar la alteridad de otra lengua en sus cualidades distintivas? ¿Había exagerado las implicancias de ese gesto docente? ¿Lo había interpelado desde una concepción de la historia como conflicto con un grado extremo de desmesura? Quizá, pero ya era tarde: estas versiones tramadas en

---

Debates en Lenguas Clásicas (dos dedicados a «Lengua» y uno a «Cultura»), tanto Adriana Manfredini como Alicia Schniebs ponen de manifiesto la diversidad de enfoques y problemas registrados en las investigaciones y en las prácticas de enseñanza del objeto en cuestión en la UBA. Los tomos, incluidos en la colección «Libros de Filo», recogen trabajos de lxs integrantes del Departamento de Lenguas y Literaturas Clásicas de esa institución. Más allá de la polifonía que se advierte en los capítulos que integran los volúmenes, importa recoger el relato de Schniebs respecto de cómo organizó el tomo a su cargo y de lo que le sucedió mientras realizaba esa tarea ya que no hace más que corroborar el carácter diseminado de ese objeto: Schniebs cuenta que cuando le pidieron que coordinara este volumen tenía claro que la consigna de la colección en la que se enmarcaría apuntaba a dar cuenta de «"las actualizaciones, debates y aproximaciones teóricas" de nuestra disciplina» (2010:7). En función de ello invitó a participar a lxs docentes del Departamento de Clásicas de la UBA mientras, a la par, incluyó un «breve cuestionario sobre los temas de interés con la esperanza de que esos datos arrojaran un punto de confluencia que estructurara al volumen y guiara la colección» (7). Si bien confiesa que, en un primer momento, las respuestas le resultaron «desalentadoras», luego estimularon el trabajo ya que con lo que se encontró fue con «una multiplicidad de asuntos y enfoques tan rica y compleja que dio por tierra con aquella idea primigenia», lo que la condujo a replantearse «el perfil de un volumen que mostrara cómo nuestro Departamento encara la investigación y la docencia de la cultura clásica» (8). Una pluralidad que subraya al cierre de su introducción vía la síntesis de los muy diversos puntos de vista desde los cuales lxs docentes construyen sus objetos de enseñanza (10).

> la fascinación por la lectura demorada del sintagma catuliano (diverso y al mismo tiempo dispuesto a resonancias actuales que hasta habilitaban a oírlo en un tema de Luca Prodan), ya estaban hechas. En el trayecto de un posible malentendido, se había cumplido la voluntad de decir en nuestra lengua —¡al fin!— esos versos velados como si se tratase de una tarea política cabal y necesaria. (2017:69–70)

Por último, Raimondi identifica al profesor que generó estas transferencias. La operación alude, otra vez, a dos momentos asociados a dos formas distintas de poner en palabras aquella práctica. El cuento importa por su potencia para deslizar diferentes derivas de la misma acción. Junto con los cambios de los sujetos, cambia el lugar que ocupa lo aprendido a partir de lo enseñado y cambia también lo aprendido a partir de lo enseñado. Raimondi no habla de «destiempos». Más bien reconoce la discontinuidad entre el enseñar y el apropiarse de lo enseñado, incluso a partir del «malentendido» leído, otra vez, como reinvención:

> El profesor que venía con sus fotocopias de un poema o dos de Catulo y rodeaba los significantes sin detener sus posibilidades en un significado, dejando en suspenso con mayor o menor conciencia la ocasión de entender que la pronunciación neta de alguno de esos vocablos podía alterar de pronto el orden de cosas establecido, se llamaba y se llama Emilio Zaina. A él estuvo dedicada tácitamente la primera edición de estas versiones hechas a principios de los '90 y publicada cuando esa década estaba por terminar; como un reconocimiento del tiempo extensísimo que puede demandar ponerle un nombre a las cosas, aunque esos nombres sean por dinámica siempre provisorios; como un agradecimiento por la inquietud derivativa generada en aquellas clases en un aula pública; y sobre todo como una declaración acerca de la conveniencia de revisar los silencios de un aula, una universidad, una ciudad, aquella dedicatoria deja ahora de ser tácita. (2017:70)

Esta operación sobre la enseñanza de la cultura clásica bien entrado el siglo XXI puede compararse con la ensayada por Sarlo durante los años de la restitución democrática desde su cátedra de Literatura argentina II al ayudar a desconstruir la tensión literatura escrita en Buenos Aires = literatura nacional/ literatura escrita en provincias = literatura regional. Lo hizo, entre otras operaciones, al defender la tesis de que Saer era un escritor nacional que escribía desde Santa Fe así como Tizón era un escritor nacional que escribía desde Jujuy (cf. Sarlo, 1984b, 1985b, 1994, 1997b, 1998a; Frugoni de Fritsche y Sarlo, 1985). Estas operaciones desencadenaron efectos de campo porque lxs agentes que las encarnaron contaban con los capitales suficientes para hacerlas visibles. Si bien, como buena lectora de Bourdieu, Sarlo sabe que «ningún libro entra

en el canon por una sola lectura» ya que «hace falta más: instituciones, plazos que se cumplan, aceptación de otros críticos, públicos que se dejen convencer» (2012:12), si bien sabe que «el canon es un efecto, no un producto del voluntarismo» (13), también sabe que hablar desde determinadas posiciones (en su caso como en el de Raimondi: en más de un campo) ayuda a provocar parte de esos efectos que describió con precisión. Su rol prominente en la fabricación de lxs escritorxs nacionales como en la delimitación de los contenidos «legítimos» de la universidad de la democracia se relevó a partir de los efectos de campo de operaciones suyas que, además, quedaron grabadas con fuerza.

Tanto Sarlo como Raimondi construyeron sus capitales simbólicos desde un trabajo articulado en formaciones e instituciones. Sarlo le sumó su llegada mediática; Raimondi, su capital literario. Ese del que se valió, como diría Clark Kenneth (1962), para contar un «cuento» sobre episodios «provincianos» desde un tono distante tanto de la grandilocuencia como de la lógica plañidera mientras construyó una suerte de mitología bahiense. Consciente del juego que juega, es decir, del lugar que ocupa en el campo académico y literario nacional, su operación logró no solo exhumar y hacer visible lógicas y prácticas de enseñanza de un espacio otrora marginal sino, en el mismo movimiento, de yapa, reforzar la colocación de la UNS y de Bahía Blanca en ese otro lugar que ocupa hoy en la cartografía nacional e internacional de las letras.[41] Un movimiento de agencia en la línea de los regionalismos no–regionalistas.

Por un lugar en el subcampo

Hay una serie de disputas alrededor de los bordes de los estudios literarios que se hacen visibles, en especial, a partir de ciertos objetos y problemas tratados, en algunas ocasiones, con desdén por agentes con un capital simbólico tal que

41. Las notas de terreno sobre intereses y motivaciones de lxs asistentes a la presentación de ponencias de lxs agentes de la muestra en congresos nacionales e internacionales podría hacer lugar a la construcción de un indicador sobre el lugar de los polos en el marcado de agenda del subcampo. Por ejemplo, entre lxs asistentes a la ponencia presentada por Raimondi durante el megacongreso organizado por LASA en Barcelona en 2018 se contaba una tesista de doctorado norteamericana que estaba por viajar a Bahía Blanca para entrevistar, entre otrxs, a Mario Ortiz. Durante aquellos meses, Raimondi estaba en Berlín gracias a una beca para artistas otorgada por el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y había sido invitado a la Universidad de Oxford por Ben Bollig que se cuenta entre los que peregrinaron desde el Norte hacia el Sur con la meta de visitar Bahía Blanca, sobre todo, para conversar con sus poetas, entre ellxs, Raimondi sobre quien, además, había escrito (cf. Bollig, 2016).

les permitió funcionar como una suerte de guardianes de las puertas de la ley. Objetos y problemas que, en otras oportunidades, fueron puestos fuera del subcampo (es decir, de sus congresos y publicaciones específicas) por parte de lxs propios agentes que producen en esta zona. Se trata de luchas activadas desde diferentes perspectivas, tiempos y posiciones. Entre ellas se destacan las que llevaron adelante quienes trabajan en investigaciones históricas, en literatura para las infancias y en didáctica de la literatura. Los resultados de sus intervenciones muestran la potencia de salidas imaginativas que permitieron hacerle un lugar en el subcampo a los asuntos fabricados desde estas líneas a partir de asunciones distantes tanto de la queja como de la guetificación.[42]

Para empezar, vale retomar las operaciones de Gustavo Bombini (G4), unx de lxs herederxs de Barrenechea, Ludmer, Lavandera y Sarlo de la «época de oro de la carrera de letras de la UBA» (Link, 2017:156). Casi en paralelo a aquellas transferencias, Bombini reinventó esos legados desde una conjunción que tuvo tanto de propuesta extensionista como de laboratorio. La organización del ciclo V.O. en Mar del Plata en 1986 fue más allá de intentar transferir a su ciudad natal algo de lo que Ludmer, Sarlo, Pezzoni, Panesi, Lavandera, etc., hacían en sus cátedras por esos años: junto a la apropiación de lo enseñado por Ludmer en su seminario de 1985 que tendrá sus primeros resultados en *La trama de los textos. Problemas de enseñanza de la literatura* (1989), Bombini puso a prueba los fundamentos del armado que entonces estaba componiendo. Ese ciclo mostró qué aprendizajes estuvieron en la base de su modo de pensar las didácticas de la lengua y de la literatura a partir de una tensión que, ya por aquel entonces, oponía una propuesta dislocadora a la visión de los objetos de enseñanza como derivas de otras disciplinas (la didáctica general, la lingüística y/o la teoría literaria): ni didáctica con orientación a la especialidad ni lingüística y/o teoría literaria aplicadas. Su intervención se instrumentó vía publicaciones entre las que se destacan la compilación de ensayos reunidos en *Literatura y educación* (cf. Bombini, 1992),[43] el artículo fundacional respecto de la

42. Uso este término no sin conflicto: cualquiera que haya visto A Film Unfinished (Hersonski, 2010) estará prevenido respecto de los riesgos de banalización que se corren cada vez que se pronuncia la palabra «gueto» de modo metafórico. Me apresuro a aclarar, por lo tanto, que en la línea del poemario de Tamara Kamenszain (2003), lo empleo aquí para aludir a la tendencia al repliegue y al encierro voluntarios (esta acotación importa) en un círculo restringido de interacción que impide una tarea fundamental en la dinamización del campo: salir a contestar las representaciones estereotipadas y/o los supuestos erróneos configurados desde otra línea del subcampo sobre esa en la que se trabaja.

43. El carácter de zona de borde de la intervención queda de manifiesto solo con repasar los nombres de lxs invitadxs a reflexionar sobre las derivas de ese trabajo en el subcampo,

relación entre teorías y enseñanza puesto a circular en una entonces emergente *Orbis Tertius* (1996), la serie de textos sobre el concepto de «guion conjetural» que pone en valor la importancia de la escritura reflexiva sobre las prácticas en clave narrativa (un trabajo que, como buenxs herederxs, Marcos Maldonado y Francine Cicurel llevaron hacia otro lado [cf. Bombini, 2002; Maldonado, 2021; Cicurel, 2021]) y su premiado y difundido trabajo en historia de la enseñanza (2004). Estas intervenciones se complementaron con la organización desde la UNLP del primer congreso específico en Didácticas de la lengua y de la literatura en 1995 (cf. Amado y Bombini, 2015) y con una publicación periódica que se inició en 2001, *Lulú Coquette*. Tanto congreso como revista reúnen en sus consejos y comités a lxs titulares de didácticas de las lenguas y de las literaturas de las universidades públicas de Argentina y se sostienen hasta el presente incorporando en el armado a los Institutos de Educación Superior.[44]

---

luego de treinta años de su publicación: el Primer Workshop *Literatura y educación* celebrado en diciembre de 2022 en la UNL y organizado junto a Paola Piacenza convocó, entre otrxs, a Mar Campos Fernández–Fígares, Claudia Amigo Pino, Germán Prósperi, Isabel Molinas, Lucila Santomero y Alberto Giordano. Es decir, gente del campo de las letras pero que trabajan en líneas y subcampos diferentes, a saber: estudios lingüísticos, literarios y semióticos; didácticas de la lengua y de la literatura, literatura española, teoría y crítica literaria.

44. Compete destacar la fantasía de nano–intervención a la que obedece este gesto: se busca contribuir a horadar la grieta entre institutos de formación superior y universidad. Es revelador y también una señal de alarma el modo de nombrar. Durante el último congreso Nacional de Didácticas de la lengua y de la literatura co–organizado entre la UNSAM y el Instituto de Educación Superior N° 1 con sede en Abra Pampa y La Quiaca, luego del cierre de la conferencia inaugural de Bombini, transmitida por YouTube, lxs anfitrionxs invitaron a ver un audiovisual preparado por «la facultad». Es notable: la conferencia de Francine Cicurel, en el mismo congreso, se tituló «Escuchar la palabra de los profesores». Es necesario escuchar, como diría Bourdieu, ese «signo intencional habitado y regulado por algo distinto de lo cual también es síntoma» (1992:15). Decir «facultad» en lugar de «instituto» es un sacudón para quienes trabajamos en facultades: ¿qué hacemos (o dejamos de hacer) para que quienes trabajan en institutos sientan que hay un plus que viene junto con el rótulo «facultad»? Los trabajos de Bombini, desde hace tiempo, tratan de intervenir en el achicamiento de esta grieta que, esta vez y en este caso, no pareciera generar disputas que dinamicen el subcampo sino, más bien, poner de manifiesto una lógica de jerarquización y legitimación que es necesario detectar, cada vez, para contribuir a desmontarla. En la misma línea, desde hace años discuto con Patricia Torres cada vez que, en sus investigaciones (cf. Torres, 2022), nombra a los institutos como «no universitarios»: ese modo de nombrar (construido a partir de lo que no se es) no contribuye a construir agencia. Algo comunicamos mal para generar estos malentendidos. Algo hacemos mal: las tensiones nivel medio/superior e institutos/universidad atravesaron tanto las discusiones sostenidas durante el Primer Workshop *Literatura y educación* (UNL/UNR) como los intercambios posteriores vía WhatsApp.

Si bien condenso las acciones con mayor efectos de campo (en buena medida, debido a su continuidad), cabe mencionar un trabajo que articuló sectores en disputa para hacer lugar a una operación en deuda con Grafein y Maite Alvarado, entre Ludmer, Sarlo y Lavandera: entre fines de los ochenta y principios de los noventa, Bombini dirigió la colección Libros para nada en el marco de la editorial creada por Graciela Montes, Libros del Quirquincho. El primer título se publicó en 1989. Con diseño de Oscar Díaz, caían juntas las firmas que comenzaban a construirse como tales por entonces: artistas visuales como Istvan y Miguel Rep, gente de letras como Jorge Dubatti, Claudia Kozak (G4), Claudia López y el propio Bombini que intervino en varios volúmenes, entre otrxs, generaron una propuesta cuyas fantasías de nano–intervención convergen con proyectos editoriales del presente que buscan llegar a públicos diversos vía la generación de textos cortos, escritos desde un lenguaje desmadrado respecto del tono solemne y en los que se incluye literatura, teoría, crítica, historia y análisis lingüísticos.

Por último, entre las intervenciones de Bombini cabe destacar la formación de equipos. Entre otros, el consolidado junto a Carolina Cuesta (G4), Sergio Frugoni y Valeria Sardi (G4). La publicación en las mismas series editoriales (tanto manuales para la escuela secundaria [Bombini, 2001; Frugoni, 2001; Sardi, 2001, 2002, 2003; Cuesta, 2002] como libros que pusieron a circular resultados de investigación [Bombini, 2006; Cuesta, 2006; Frugoni, 2006; Sardi, 2006]), la organización conjunta de congresos, el trabajo compartido en cátedras y proyectos de investigación desencadenaron investigaciones específicas centradas en el lugar de este colectivo en la consolidación del campo (cf. Nieto, 2011; Ingaramo, 2012a, 2012b). Como buenos herederxs, fieles porque infieles, cada unx generará iniciativas que continúan con esta línea en el campo nacional desde sus improntas y fantasías. No solo por sus aportes sino también por su continuidad (único modo de instalar temas en la agenda) compete indicar la creación en 2010 de la revista digital en línea y de acceso abierto y gratuito *El toldo de Astier* orientada a divulgación científica.

Si las didácticas de la literatura se consolidaron a partir de la tradición que Bombini configuró desde la UNLP entre mediados de los noventa hasta bien entrado el siglo XXI, como sucede en todo campo, el fortalecimiento del espacio desata disputas que, desde otras posiciones, intentan intervenir en el armado de la agenda: las perspectivas de Dora Riestra (G2), Martina López Casanova (G3) y Facundo Nieto (G4) se difundirán no solo desde la publicación de resultados de investigación sino desde una estratégica construcción institucional reforzada por el desarrollo de trayectorias robustecidas a partir de capitales simbólicos acumulados desde operaciones diversas.

Riestra se doctoró en la Universidad de Ginebra y es una figura asociada a la difusión del pensamiento de Jean–Paul Bronckart en Argentina, no solo vía la intraducción sino en especial, vía su reinvención en investigaciones que visibilizó a partir de una gestión institucional marcada por la organización de un congreso que también sostiene con regularidad desde 2008 y que en su primera edición se denominó *Primeras Jornadas Internacionales de Investigación y Prácticas en Didáctica de las lenguas y las literaturas*. Encuentro que lleva adelante desde el GEISE institucionalizado en la UNCom, en la UNRN y en el Instituto de Formación Docente Continua de San Carlos de Bariloche. Su acumulación de capital simbólico se produjo en especial vía la internacionalización. Sus investigaciones se focalizan en didáctica de la lengua si bien tiene intervenciones, en especial de gestión, en didáctica de la literatura.

Por su parte, Martina López Casanova y Facundo Nieto, desde la UNGS, construyeron espacios que potenciaron la visibilización nacional de sus prácticas: la estrategia institucional de referatear sus publicaciones por evaluadorxs del subcampo y de generar congresos que convocaron a agentes situadxs en diferentes polos (Diana Moro de la UNLPam, Susana Gómez de la UNC, Claudia Torre de la UNHur, Carola Hermida de la UNMdP, Sergio Frugoni de la UNLP y de la UNSAM, Rossana Nofal de la UNT, Dora Riestra de la UNRN) generó un movimiento que se tradujo en productividad ya que las desavenencias, inevitables en todo espacio que se quiera hospitalario, obligaron a afinar argumentos.

Por su parte Nieto que, como la mayor parte de lxs agentes del G4, completó una maestría antes que un doctorado (además de la Maestría en Enseñanza de la lengua y de la literatura de la UNR y un doctorado en Educación en la Universidad de Valencia cursó una Especialización en Lectura, Escritura y Educación en FLACSO), centró sus esfuerzos no solo en la difusión de sus trabajos en artículos y libros para colegas sino en especial en la producción de materiales para la enseñanza. Entre Maite Alvarado y Daniel Link, un significante se repite en su autosocioanálisis: «juego». Hay en sus intervenciones un lado B de las didácticas específicas: por un lado, una distinción entre una didáctica básica y una didáctica aplicada–no–aplicacionista que funciona por analogía con la distinción entre ciencia básica y aplicada. Esa distinción teórica le dio pie para introducir un aporte que no esquiva la «receta» en el sentido Flavia Terigi y Gabriela Diker del término (Terigi y Diker, 1997; Nieto, 2020). Desde esta posición ha compuesto materiales para la enseñanza (Nieto, 2012, 2021b, 2022a, 2022b). Estas operaciones se complementan con la fundación en 2017 del PRODELL, coordinado junto a Estela Moyano. Las tres operaciones obedecen a la misma fantasía de nano–intervención: generar espacios de discusión de prácticas a través de propuestas para la enseñanza. Su modo de

caracterizar estas actividades expone su toma de posición y su deseo: «Producir material didáctico plantea un desafío que tiene mucho de problema matemático o de juego de ingenio; un manual impone al autor una serie de restricciones que, al mismo tiempo, funcionan como disparadores de un abanico de posibilidades» [*2018*].

Como venimos registrando: más de una didáctica de la literatura. Un estado de las cosas que ratifica la consolidación de esta perspectiva en un subcampo donde conviven más de un objeto, más de una línea de investigación, más de una posición teórica, más de una deriva metodológica (cf. Bombini 1996, 2012; López Casanova y Fernández, 2005; Nieto, 2017; Riestra, 2012, 2017). Una productividad movilizada por los antagonismos que, no obstante, son menos radicales que los declamados. Si se repasan con cuidado trayectorias y cuentos se constata que en el primer número de la revista *Versiones* correspondiente al Programa La UBA y los Profesores Secundarios, Bombini publicaba una reseña de *Las ciencias del lenguaje: ¿un desafío para la enseñanza?* de Jean–Paul Bronckart. Si se revisan los libros que Nieto declara haber querido escribir se cuentan *La trama de los textos* junto a los *Lecturones* y los *Escriturones* firmados por Bombini y Alvarado (de yapa: cita *Literatura y educación*). En su cuento más reciente se desliza algo más sobre sus inicios y la elección de un rival de fuste (nada menos que «la» firma fundacional de esta línea en Argentina) mientras, entre el don y la deuda, alude a un proceso de agencia tramitado desde lo que potencia el inscribirse en un polo periférico:

> El hecho de trabajar en una universidad periférica, con pocos años desde su creación, sumado al hecho de trabajar en un campo al que acertadamente Bombini ha denominado «arrabal», tiene las ventajas y las desventajas de no estar formalmente vinculado con otros grupos de investigación. En la columna de las ventajas figura, por ejemplo, el haber podido escribir una tesis en la que critiqué —creo que de manera demasiado incisiva— cierto período de la producción de Gustavo Bombini; si mi investigación hubiera estado radicada en instituciones más centrales como la UBA, la Universidad Nacional de La Plata o la Universidad Nacional de Córdoba, difícilmente habría podido señalar los problemas teóricos de quien acababa de descubrir cómo leían los pobres y se fascinaba con eso. Sin dudas es una desventaja el no contar con una estructura conformada por investigadores de larga trayectoria en la didáctica específica con los que interactuar en el trabajo cotidiano; esas interacciones deben buscarse un poco individualmente y se van encontrando ocasional y azarosamente. [*2018*]

Desde otras facciones del subcampo, las disputas ligadas a la enseñanza obedecen a otros conflictos: no es la tensión teoría/didáctica la que atraviesa la tesis

doctoral de Martín Prieto (2020a) sino una interrogación de la «historiografía de la historia de la literatura nacional» a propósito y/o a partir de Juan José Saer y de las operaciones que lograron su incorporación al elenco estable de la literatura argentina. De todos modos, aparecen otros dilemas también registrados por Bombini: la crítica feroz a quienes se regodean en una versión de la teoría ensimismada en sus devaneos y la lucha contra quienes menosprecian el lugar de las historias literarias en la investigación literaria. Dos batallas que se libran junto a otra: para Prieto, la grieta que recorre el subcampo se define en términos de escritura. Quizás por todas estas razones ha evaluado *Los arrabales de la literatura* (Bombini, 2004) como «un libro fundamental» (2020a:9): se conjugan allí exhumaciones, reconstrucción histórica y un cuidado en el decir y en el capturar a lxs lectorxs, es decir, apuestas similares a las suyas.

También es desde la apuesta a la escritura como empieza a tener su espacio dentro de la crítica literaria un objeto hasta hace poco despreciado: la literatura para las infancias. Mientras que su sitio en las didácticas de la lengua y de la literatura estuvo garantizado desde sus inicios, su posibilidad de fabricarse como un objeto de la crítica susceptible de generar espigones es la colocación en cuestión. El trabajo sostenido desde esta posición por María Adelia Díaz Rönner (1988, 2003, 2005, 2006), visibilizado por Lisa Bradford (G2) que incluyó un capítulo con sus resultados de investigación en un libro publicado por la consagratoria Beatriz Viterbo (2001) y, prácticamente en paralelo, por Noé Jitrik (G1) que hizo lo propio en su ya clásica historia en el tomo a cargo de Elsa Drucaroff (2000),[45] no tuvo un lugar equivalente en los congresos del

45. El 6 de junio de 1990 Noé Jitrik dio una conferencia en ALIJA alrededor de *El patito feo* de Christian Andersen. Su presentación es reveladora de un estado del subcampo respecto de esta línea de estudios. Si bien Jitrik trató a la literatura para niñxs como literatura, es decir, planteó un análisis erudito, sofisticado y pleno de envíos como planteaba sobre cualquier texto literario del que se ocupara, se escucha en su comentario un ruido de fondo respecto de cierto menosprecio entonces dominante: «Yo sé que a ustedes les interesa especialmente la literatura para niños —no infantil—, dirigida, y eso sería algo así como un género. De eso yo no puedo hablar demasiado. No puedo decir cómo habría que hacer para cultivarlo o respetarlo porque ustedes saben sobre eso mucho más que yo. Yo solo puedo hacer algo en relación con un texto cualquiera —este o cualquier texto de ustedes—» (1990:1). Jitrik armó un bosquejo para una teoría de la lectura de los cuentos tradicionales que contribuye a desmontar los prejuicios respecto de lo que se puede con esta y otras variantes del género. Contra toda presunción de minoridad, se despachó sobre la potencia de esta inscripción literaria, entonces prácticamente invisibilizada: «Un relato cualquiera es en realidad una sinopsis de un montón de relatos. No por ser un relato con moraleja o por aparecer como un cuento popular o para niños está fuera de la memoria literaria (...). En esta frase del patito feo, "Me voy porque no estoy de acuerdo", está toda la novela de aprendizaje. Este texto es sinóptico en el sentido de que está cargado

subcampo, ni siquiera en los organizados desde el CELEHIS: el prestigio de un sello editorial como Viterbo y la tracción de una firma como la de Jitrik no alcanzaron. Para instalar un tema en la agenda se necesita, como ya vimos, accionar de modo constante desde varios espacios a la vez: publicaciones, congresos, formación de equipos, transferencia y concentración en una misma zona de problemas. Así, los trabajos pioneros pero intermitentes sobre el tema realizados desde polos periféricos (Marcela Arpes y Nora Ricaud desde la UNPA, Susana Gómez desde la UNC, Rossana Nofal desde la UNT) y/o ligados a importantes agendas extensionistas de alcance local fueron los antecedentes de una instalación que encontrará, recién bien entrado el siglo XXI, a lxs agentes que, entre la UNT, la UNMdP y la UNLP, con persistencia, irán introduciendo esta línea en espacios de discusión teórica y crítica.

Determinar cómo se fabricaron las agendas del campo y cómo se intervino para instalar un objeto sobre el que siguen pesando reservas es crucial para analizar, es decir, para entender sin juzgar ni moralizar. Llamé más arriba «guetificación» a la tendencia a no enfrentar a quienes detentan estas posiciones de sospecha desde lo que Dalmaroni (2009) llamaría «el campo clásico». Los ensayos de Laura García labran, desde sus inicios, una batalla contra estas tendencias (cf. 2010, 2011, 2012, 2015, 2016, 2021, 2022). La publicación de su tesis doctoral en versión libro en la misma colección en la que Díaz Rönner editó el hoy clásico *Cara y cruz* es solo uno de los resultados de un trabajo indispensable que, tanto por sus aportes como por su continuidad, el premio otorgado por ALIJA en 2022 en el rubro «Producción teórica» no hace más que ratificar. Dicho de otro modo, *Los itinerarios de la memoria en la literatura infantil argentina. Narrativas del pasado para contar la violencia política entre 1970 y 1990* fue acompañado por la obsesiva concentración en esa misma zona de debates desde la que recortó, entre otros, su proyecto de carrera como investigadora del CONICET. La singularidad de su intervención, como la de Díaz Rönner, es haberse dedicado casi exclusivamente a la producción crítica porque es justamente ahí donde cuesta hacer ceder la línea de demarcación: lo difícil es hacer ingresar ese objeto a la literatura nacional, sin más. Los congresos que desde 2009 hasta 2014 Valeria Sardi (G4) y Cristina Blake organizaron desde la UNLP marcan, desde su nombre, una posición en este

de estructuras y de experiencias o voluntades literarias que se articulan y se disfrazan con la aparente inocencia del personaje elegido. Y nos hace la mejor de las trampas. Esa trama que toda la literatura hace y que aquí aparece como la trampa en sí misma: la inocencia pura y la moraleja más elemental. Pienso, por contraste, que los textos literarios que renuncian a esa densidad son aquellos que aparecen como intrascendentes» (17).

mismo sentido: hablar de *Jornadas de Poéticas de la Literatura Argentina para niñ@s* es batallar por esta colocación.[46]

Por otro lado, los congresos que desde 2021 se organizan desde la UNMdP, la UNT, la UNC y la UNRN y que ponen en circulación, entre otros, los trabajos hasta ahora prácticamente secretos de Florencia Ortiz y de Adriana Vulponi, se recortan desde el énfasis en la investigación alrededor de la fabricación de este objeto: *Dispositivos de investigación del campo de la LPNJ y las prácticas lectoras*. Por último, que Mila Cañón (2019) y Adriana Vulponi (2022) hayan podido sostener tesis doctorales dedicadas a la institucionalización de esta línea de estudios en Argentina confirma su lugar en el subcampo. Arriesgada y controversial, Cañón anuncia su posición ya desde el título: en *Entre décadas. La reorganización y consolidación del campo de la literatura argentina para niños (1983–2001)* se roza la cuestión de cómo se fabrica una literatura nacional a partir de la pregunta por la inserción (o no) de un género como parte de esa literatura. Género no es una palabra con la que Cañón se sienta cómoda: su tesis argumenta por qué decide hablar de «campo» mientras se ocupa de algunas de las disputas que tuvieron lugar alrededor de la literatura para niñxs durante el período que va de la restitución democrática a la crisis de 2001. Luchas a través de las cuales se logró incluir a ese género otrora considerado «menor» en la literatura argentina y montar, alrededor de él, una línea de estudios también reconocida como tal. Instituciones, formaciones y agentes que operaron en más de un espacio se describen en sus territorios de acción, con sus logros y sus fantasías de nano–intervención (cumplidas o no). Rasgos y contornos de una cartografía «siempre incompleta» y que, justamente por ello mismo, vale la pena contribuir a bosquejar (cf. Vulponi, 2022).

Cánones en disputa y otros temblores

En su tesis doctoral sobre el lugar de Saer en la literatura argentina, Martín Prieto dedicó prácticamente un capítulo entero a las clases que María Teresa Gramuglio había dictado sobre el escritor santafesino como Profesora Adjunta

46. Es importante señalar el ajuste en el nombre dado al encuentro: desde 2009 hasta 2011 se realizó bajo el título Jornada de Poéticas de la literatura infantil. Fue en 2012 cuando cambió de rótulo y, debido a la convocatoria, se empezó a desarrollar en más días. La regularidad anual de los encuentros se sostuvo hasta 2014, año en que también se pusieron en línea y en acceso abierto los trabajos comunicados: http://jornadasplan.fahce.unlp.edu.ar/actas-publicadas (cf. Indri, 2022b).

en la cátedra de Literatura argentina II de la UBA en 1984. Aquellos planteos se condensaron en un texto publicado dos años más tarde aunque fechado al finalizar aquel cuatrimestre. Como si se tratara de una nota de terreno, Gramuglio apuntaba puntillosamente que ese ensayo se había escrito en «diciembre de 1984» (cf. Gramuglio, 1986a:299).

Esas clases que Prieto exhumó valiéndose del guion mecanografiado pleno de notas agregadas que Gramuglio había usado entonces para ordenar sus argumentos («noventa y dos páginas en las que se desarrolla el exhaustivo mapa de las ocho clases que Gramuglio dictó sobre Saer entre el 20 de setiembre y el 22 de noviembre de 1984» [Prieto, 2020a:99]) hacen serie con otro material pedagógico publicado entonces por la editorial Colihue: *Cuentos regionales argentinos. Buenos Aires* (cf. Gramuglio, 1983b), una antología preparada, introducida, anotada y con «propuestas de trabajo» para el nivel secundario incluida en la «Colección literaria (leer y crear)» dirigida por Herminia Petruzzi.

Los planteos de esa antología van más allá de su lúcida apropiación de las formulaciones bourdieusianas (Bourdieu, 1980b) que, de hecho, enseñaba por aquellos días junto a Sarlo y a Altamirano (1985) en la ya mencionada cátedra de Literatura argentina II (cf. Gramuglio, 1985a, 1985b, 1985c). Sus hipótesis hacen lugar a una de las lecturas más filosas y eficaces del campo literario argentino que tendrán derivas decisivas para el trabajo de Prieto quien, lejos del tono plañidero, lee la literatura de «la zona» (por apelar a la definición saeriana de la región) en clave de literatura nacional poniendo el eje en la potencia de la escritura. En ese sentido cabe señalar que su concepto de «región» (cf. Gramuglio, 1983b) había pasado desapercibido en el subcampo de los estudios literarios hasta que Prieto, que también produjo materiales destinados al nivel secundario (cf. 2017), le puso el ojo.[47]

47. La antología A medio borrar que Prieto preparó y prologó y en la que incluyó actividades para resolver en la escuela a cargo de Carlos Ferreyra junto a un glosario elaborado por Analía Capdevila donde se explicitan términos técnicos hace serie, tanto por sus destinatarixs como por su género, con aquella que Gramuglio había compuesto para Colihue con el agregado de que este libro, financiado por el Ministerio de Educación de la provincia de Santa Fe, se diseñó para su distribución gratuita en las escuelas de esa jurisdicción. Esos materiales «pensados para estudiantes secundarios santafesinos» (Prieto, 2017, contratapa) se escriben desde la misma obsesión que atraviesa todos sus textos: tratar de retener la atención de quien lee (Prieto *et al.*, 2020a:25). Su estrategia es exigente: describir y narrar, historiar y narrar. En términos de Nofal: contar un «cuento» (Nofal, 2022a) que atrape y que lleve a leer más, a seguir leyendo. Como buen heredero, fiel porque infiel, Prieto se apropia del legado de Gramuglio, a su manera.

La exhumación de estos materiales confirma la equiparación derridiana de esta práctica con el «transformar». No se trata aquí solo de la amorosa revelación de una deuda con desarrollos que estimulan el esbozo de su singular lectura sobre el campo literario (ese planteo está en el corazón de su tesis doctoral, anticipado de forma menos radical en ensayos previos [Prieto, 1996]). Se trata de una puesta en evidencia del papel crucial que la enseñanza juega en la definición de modos de leer, de razonar, de poner materiales en relación, de interrogarlos. En esa vía, la exhumación de aquel libro destinado a estudiantes de nivel secundario en el que no faltó la «propuesta de trabajo», desoculta una construcción categorial de potencia heurística actual: Prieto reconstruye la convincente argumentación de Gramuglio al solicitar la oposición regional/nacional cuyo contraste debilitó no solo desde la constatación de que «nadie podría negar el tono nacional de gran parte de la literatura regional, ni menos aún su pertenencia al sistema literario nacional» (Gramuglio, 1983b:13) sino desde la interrogación respecto de cómo algo se configura como «nacional». Gramuglio arrancó con una pregunta que envía al segundo binomio que hizo tambalear: región/centro. La definición de la región a partir de su relación con el «centro», es decir, con «el lugar privilegiado de recepción, circulación y consagración para la producción cultural; el lugar donde se deciden las líneas rectoras, predominantes de las tendencias y estilos; el lugar donde más rápidamente suelen iniciarse las transformaciones y también adoptarse las modas literarias» (13) es lo que replicó contribuyendo a desnaturalizar estas asunciones. La descolocación de la homología entre la cartografía del espacio físico y la del campo literario, cultural e intelectual fue su punto de arranque: «¿es la literatura de Buenos Aires una literatura regional?» (11).

Por su parte, en la antología de Saer que Prieto compuso para estudiantes secundarios se lee lo siguiente: «su literatura convierte a nuestra provincia en el escenario imaginario de una de las obras de ficción más importantes escritas en la Argentina» (2017:11). La serie Borges–Arlt–Saer se configura por potencia de escritura: «Así como Buenos Aires, para los lectores, no volvió a ser igual después de haber sido escrita por Borges y por Roberto Arlt, no será igual Santa Fe para los lectores de Saer» (11).

Gracias a estas exhumaciones descubrimos que la solicitación de la homología entre la cartografía política y/o administrativa de un espacio y la cultural, intelectual y literaria fue contenido de las clases dictadas por Gramuglio en la UBA en 1984. El análisis de Prieto resalta la diferencia entre programa de cátedra y clases: «Gramuglio no va a dar finalmente el programa establecido» (2020a:99). Más allá del detalle de los cambios, interesa su atención respecto de esta reconstrucción de lo probablemente enseñado. Una precisión que

ratifica la importancia de la «triangulación» tantas veces defendida por Edith Litwin al momento de analizar lo enseñado en cualquier nivel educativo del que se trate. Programas, clases y recepción de lxs estudiantes forman la tríada ideal de una reconstrucción que siempre, de cualquier modo, restará incompleta pero que se enriquece con cada detalle que se pueda reponer. Algo más sobre un evento siempre atrapable solo en parte, al igual que sus derivas.

Las notas de Prieto sobre las de Gramuglio–profesora hacen serie con otras sobre sus propias prácticas como profesor en la UNCom, en sus inicios, y algunas más recientes desprendidas de las charlas sobre Saer que diseminó por varias localidades de la provincia de Santa Fe en 2017. Este conjunto de materiales deja entrever el lugar que las clases ocupan no solo en su tesis doctoral, aunque es allí donde lo explicitó. Es allí donde, para empezar, ratificó la importancia de ciertas clases en la construcción de Saer como un escritor de la literatura argentina mientras, como en bucle extraño, volvió sobre las propias y sobre las fantasías de nano–intervención que las animaron. Así, si bien las clases son una suerte de laboratorio donde se ensayan hipótesis que luego se escribirán, algo las distingue: una marca que intersecta clase con libros, oralidad y escritura. Esto es, el cuidado en cómo se «muestra» y se «expone una cosa para que sea vista y apreciada» (2020a:16). O dicho en otros términos: la atención en cómo se cuenta el cuento. Base simple pero no sencilla ni de baja exigencia que incurre en una suerte de poco ortodoxo tratado de pedagogía (tácito en el conjunto de sus intervenciones).

En segundo lugar, Prieto rescató diversas repercusiones de clases en correlato con la posición desde donde se dictaron. La fantasía de Gramuglio compartida por Sarlo de introducir a Saer en el campo de la literatura argentina se entrevió con la propia: «¿cómo cambia una literatura nacional cuando le agrego un autor?» (2020a:12, 132), se preguntó reiteradamente en su tesis. Pregunta que suscita otras: ¿quiénes pueden «agregarle» un.a.e autor.a.e a la literatura nacional? ¿Desde dónde se puede y/o se ensaya y/o se osa semejante operación? ¿Y cuándo esas operaciones efectivamente ensayadas logran que ese.a autor.a.e «entre» en esa literatura? Como se puede advertir, se trata de preguntas que recuperan las hipótesis repetidas a lo largo de este trabajo sobre los efectos diferenciales de las intervenciones según la posición que se ocupe en el campo y según el capital simbólico de lxs agentes que las lleven adelante. En este caso, se trata de fantasías abrigadas por agentes que actúan desde polos centrales de los estudios de la literatura nacional. Un centro que, después de la «época de oro de la carrera de letras» (Link, 2017:156), la UBA se disputa con la UNR y la UNLP al punto que, si en los ochenta Gramuglio y Sarlo lograron construir la firma Saer porque enseñaban en la UBA (Saer era la «bandera estética» [Sarlo,

2009] que rompía con cánones construidos desde las instituciones durante los años del terrorismo de Estado), bien entrado el siglo XXI, Prieto no solo reescribe la historia de la literatura nacional desde la UNR sino que también, mientras lo hace, despunta una forma de historiar que pone en cuestión y pasa revista a ciertas inscripciones de la teoría y la crítica (esa otra línea fuerte de la agenda del subcampo, tan o más que la literatura nacional, según los períodos) mientras trae a la conversación nombres que ayuda a consolidar entre los que descolla el de Fernando Callero (ese poeta inmenso que escribió la lectura más osada de la historia de Rojas y fechó, en 2019, un enorme estado de la discusión crítica y de la institucionalización de las letras). Por si algo le faltara para coronar el movimiento, este trabajo se publica en la editorial de la UNL, es decir, en una universidad periférica en el subcampo de los estudios literarios pero con un sello en alza que interviene en más de una disputa en el espacio de la edición universitaria (cf. Prieto, 2021a).

En esta disputa por la construcción de una agenda de los estudios literarios desde operaciones que intersectan enseñanza, edición, investigación y gestión institucional, intervino una editorial autogestionada construida sobre la base de capitales específicos acumulados en la UNR. En 1991, Sandra Contreras (G4), Adriana Astutti (G4) y Marcela Zanin (G4), profesoras de esa universidad, crearon el sello Beatriz Viterbo. Es decir, en un momento de lucha por la recolocación de ese polo como uno de los centros del subcampo, se lanzó esta editorial, en paralelo a un conjunto de acciones destinadas a un público específico en un tiempo difícil en términos económicos pero de prolífica recuperación de los espacios institucionales. De este modo, la batería de actividades lanzadas en simultáneo desde la UNR contribuyó a que el catálogo de Viterbo participara de la fabricación de la agenda del subcampo de los estudios literarios. Acciones que tienen el sello del tiempo previo a la emergencia de la web: la organización de uno de los congresos de teoría literaria más convocantes del país y de la región, la creación de una de las revistas académicas más preciadas (el *Boletín*) y de «la» editorial en la que quienes trabajaban en el subcampo de los estudios literarios querían publicar tendrá efectos notables en las prácticas de investigación y de enseñanza en polos centrales y marginales. Básicamente: la agenda instalada por la «escuela rosarina» en los albores de los noventa se siguió y se imitó. Solo por dar dos ejemplos: la proliferación de publicaciones y proyectos de investigación sobre el «ensayo» y sobre César Aira así como la transformación de estos dos tópicos en contenidos de programas universitarios ratifican la potencia de las operaciones generadas desde la UNR (tópicos instalados por Giordano y Contreras: el repaso de sus presentaciones a congresos y publicaciones evidencia el empeño puesto en la tarea

[cf. Contreras, 1989, 1992a, 1992b, 1994a, 1994b, 1995a, 1995b, 1995c, 1996a, 1996b, 1996c, 1997, 1998a, 1998b, 1999, 2002; Giordano, 1987, 1989, 1990, 1991a, 1991b, 1994, 1998, 2001]). Por otro lado, los estudios de «crítica de la crítica» se habrían configurado entre la UNR y la UBA si es que tomamos en cuenta la doble pertenencia institucional de Nicolás Rosa desde la restitución democrática; agente clave en la diseminación de este tema en la agenda junto a Giordano (cf. Surghi, 2021; Vázquez, 2022).

Las fechas importan: tal como documenta Daniela Szpilbarg (2019), se trata de una década marcada, en el campo editorial, por la fusión y la «concentración de empresas editoriales» (2019:14) y, en el campo político, por «cambios estructurales vinculados con el rol del Estado en la sociedad» (48). Si los golpes de Estado intentaron licuar las fuerzas sociales disidentes, los golpes de mercado producidos durante los dos ciclos de la posdictadura intentarán licuar «el poder estatal» (Szpilbarg, 2019:51), en algunos casos, con la complicidad de los gobiernos de turno, tal como ha acontecido con las gestiones de Menem, De la Rúa y Macri (tal vez sería oportuno subrayar que el hilo que ata dictaduras con posdictaduras es el proyecto económico compartido). En aquellos años en los que caía el presupuesto estatal para las universidades y acechaba el fantasma de su arancelamiento así como el de la privatización del CONICET (cf. The World Bank, 1993), Contreras, Astutti y Zanin fundaron la editorial Beatriz Viterbo.

Se trató de un proyecto financiado con fondos propios pero que explotó y transfirió a la naciente editorial los capitales específicos, simbólicos y sociales acumulados en el campo universitario. Eran, además, los años en que la UNR volvía a disputar su lugar central en el subcampo nacional: así como en los años Prieto, Rosario fue el centro, en los años Contreras–Giordano, volverá a ocupar esa posición en tensión con la UNLP y la UBA. Esa recolocación se construirá desde Viterbo, desde el hoy mítico *Boletín* cuyo primer número Giordano puso en circulación en marzo de 1991, desde los Congresos Internacionales que Contreras y Giordano organizaron desde el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. Esos congresos y esa publicación periódica contribuyeron a instalar esta editorial que, destinada a un público estrictamente universitario, se caracterizó por cuidar con exquisita obsesión su catálogo, armado bajo la mirada de las tres agudas lectoras que llevaban adelante el proyecto. De este modo, esta editorial se convirtió en una de las más importantes del campo nacional. Así como publicar en *Punto de Vista* fue una aspiración de lxs agentes del subcampo, una vez cerrada esta publicación, lo fue publicar en el *Boletín* y/o en Beatriz Viterbo. La retroalimentación entre

estos ámbitos de producción y discusión intelectual se insinúa en los relatos retrospectivos de Contreras:

> Creatividad, intensidad, trabajo, mucho trabajo, y también juego (...) y exploración; toda esa adrenalina y ese entusiasmo que de inmediato apareció como la posibilidad de «salir sin salir» del ámbito de la academia, compartí con Adriana hasta 2012 inclusive, durante 21 años. [*2018*]

En 2005, en el marco de los *Argentinos de literatura* organizados desde la UNL, Astutti subrayó los objetivos y alcances de ese proyecto editorial autogestionado que, para la fecha, las tenía a ella y a Contreras como directoras:

> Nuestra editorial (...) no es institucional ni llegó todavía al sueño dorado de pagar el pan y la mantequilla del desayuno. El proyecto de Beatriz Viterbo Editora es un proyecto comercialmente necio, que corre riesgos pero que se sostiene porque pudimos procurarnos el pan y la mantequilla por otro lado: tanto Sandra Contreras como yo, las dos responsables, somos profesoras universitarias. Vamos a comer pan y manteca de por vida. Somos mujeres, tenemos maridos, y hay recursos de las mujeres que no están mal. Tenemos economías compartidas. Eso nos permitió darnos algunos gustos y, a la vez, asumir algunos compromisos necesarios. (2006:66–67)

Además de capitales económicos propios, Contreras y Astutti le transfirieron a Viterbo sus capitales específicos, simbólicos y sociales acumulados en una de las universidades más importantes del subcampo de los estudios literarios. Por lo tanto, publicar en Viterbo era sinónimo de formar parte de un catálogo visibilizado por el envío que la dupla Astutti–Contreras impulsaba (agreguemos que pasar el filtro de la lectura exigente de ambas se fue convirtiendo en un ritual deseado por escritorxs y críticxs). Luego, lo que se pagaba por esa publicación iba más allá del costo material del libro: Astutti menciona que lxs autores lo experimentaban como una inversión dada la garantía de estar incluidxs en «un catálogo que los apoy[aba] en su lanzamiento» (67). Junto con ese precio iba de suyo una transferencia de capital simbólico: Contreras y Astutti eran, ya por entonces, dos firmas. En definitiva, lo que esa publicación aseguraba eran efectos de campo:

> En ese sentido es que digo que uno no hace todo lo que quisiera porque lo bueno sería que una editorial pudiera económicamente asumir que si descubrió una primera novela de alguien que le parece valioso, corra con los riesgos económicos

de la edición y la apoye con las ventas del resto de los libros. Nuestra editorial es muy chica y eso no lo podemos hacer. El compromiso que asumimos es que al lado de ese libro vamos a poner siempre otro que consideremos valioso. O sea, seguir eligiendo. (Astutti, 2006:67)

Por aquellos años, Viterbo tuvo un alcance que Astutti presentó desde un orden más «nano». En su relato aparece un significante que también usó Gustavo Bombini (2022) en una autofiguración reciente: la obstinación testaruda con que se defiende un proyecto intelectual queda recubierta bajo la palabra «capricho». Forma provocativa de aludir a un modo de intervención persistente librando más de una batalla en el subcampo (perseverancia y lucha en más de un frente, a partir de más de una acción colectiva: único modo de intentar incidir):

Un editor es aquel que trata, por narcisismo, (...) de comunicar un estado de felicidad. El estado de la propia felicidad con la lectura de algunos libros (...). Si hay gente que puede crear un público son las grandes casas. Creo que los chiquitos tenemos otras maneras: defender esa cosa que es el capricho y el gusto personal para que ese objeto exista y, medianamente, con el tiempo, algún público tendrá. (Astutti, 2006:70)

Los objetivos de Viterbo se conectaron con los que, desde otro lugar, buscó *Punto de Vista*: «Boris nunca entendió *Punto de Vista*», señaló Sarlo en conversación con Judith Gociol (2017). «No podía entender ese producto no destinado a los grandes públicos» (2017). Como *Punto de Vista*, Viterbo tuvo (y tiene) una voluntad de fabricar autorxs y una agenda para los estudios literarios:

Esas son nuestras voluntades iniciales: un poco de ficción, un poco de crítica literaria y un poco de traducción. Después creamos la colección **«Estudios culturales»** con un libro de Josefina Ludmer y ahora empezamos una colección sobre crítica de cine (...).

Nosotras empezamos como editoras buscando un autor. No teníamos ningún tipo de experiencia, o la única, la experiencia de lectoras. Fuimos a buscar a un autor que nos gustaba mucho en ese momento. Y solamente a uno porque una editorial pequeña no se puede dar el lujo de tener en su catálogo lo que quisiera (...). Nosotras empezamos con Aira y ya tenemos dieciséis títulos suyos en catálogo. (Astutti, 2006:68–69)

Más allá de los cuentos, las prácticas de producción, circulación y visibilización de Viterbo se retroalimentaron del vínculo con la universidad: la transferencia

de capitales simbólicos fue continua y los flujos fueron en ambas direcciones. La editorial se visibilizaba en los congresos más importantes del subcampo organizados por el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria con sede en la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR y también vía las publicaciones periódicas de ese Centro que, en paralelo, Viterbo contribuía a difundir vía su red de «distribución» (Astutti, 2006: 72): el *Boletín* dirigido por Giordano y la efímera *nueve perros* dirigida por la propia Astutti participaron de ese impulso. Esta última publicación que solo contó con cuatro números publicados entre 2001 y 2004 (interrupción extraña en una institución cuyos agentes advertían la importancia de la construcción de programas y proyectos institucionales que pudieran sostenerse en el tiempo, con independencia de los cambios coyunturales de los más variados órdenes) incluía además notas sobre novedades y el catálogo de Viterbo mientras, a la vez, enviaba a los últimos números del *Boletín*. Tanto en Viterbo como en el *Boletín* y en *nueve perros* se verifica una cuidadísima selección de lo publicado: los nombres y los textos vuelven de modo circular vía envíos sostenidos con firmeza desde la seguridad que dan los capitales específicos y simbólicos acumulados. Una perspectiva intransigente que refuerza corpus, nombres, institución y formaciones (si es que podemos incluir a Viterbo como formación en el sentido williamsiano del término) a través de un movimiento que reinventa una tradición inaugurada, desde otras lógicas y en otro escenario nacional y regional, por Adolfo Prieto (G1).

Es ilustrativo recoger algunos de esos envíos para dimensionar la inteligente estrategia movilizada por el colectivo que en esa institución se irá consolidando y que, más allá de las diferencias de posición, funciona institucionalmente en bloque. Así por ejemplo, en el N° 1 de *nueve perros*, junto a autorretratos por Sylvia Molloy y Rafael Bueno, entrevistas a Tununa Mercado, Clarice Lispector y Pablo Neruda, ensayos de César Aira y Sergio Chejfec, una selección de cartas entre Silvina Ocampo y Angélica Ocampo por Adriana Astutti, hay una sección denominada «reseñas y lecturas». Allí Marcela Zanin escribió sobre *El tabaco que fumaba Plinio* de Nora Catelli y Ana María Gargatagli, Graciela Montaldo sobre *Escribir en el aire* de Cornejo Polar, *Algaravia* de Raúl Antelo, *El cuerpo del delito* de Josefina Ludmer, *Tercer espacio* de Alberto Moreiras y *La globalización imaginada* de Néstor García Canclini; Rubén Chababo sobre *El abrigo de aire. Ensayos sobre literatura cubana* de Mónica Bernabé, Marcela Zanin y Antonio José Ponté; Luciana Porchietto sobre *Tres estudios. Dante, Baudelaire, Eliot* de Sergio Cueto; Roxana Páez sobre *Manuel Puig. La conversación infinita* de Alberto Giordano; Álvaro Fernández Bravo sobre *Mapas de poder: una arqueología del espacio literario argentino* de Jens Andermann (los

cuatro últimos títulos, publicados por Viterbo), entre otros. Hay más envíos: se incluyeron los índices de las entonces últimas ediciones del *Boletín*, fotos de las tapas de las novedades de Viterbo (caían juntas la primera novela de Facundo Bañez, una de César Aira, *Zona de derrumbe* de Margo Glantz, exhumaciones varias de Ezequiel Martínez Estrada y *Variaciones vanguardistas* de Ana Porrúa) y se publicitaba el III Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria programado para agosto de 2002. Al respecto, vale llamar la atención sobre una característica de la organización de eventos que hoy se ha modificado: se incluían los correos personales de lxs organizadorxs. Otra vez, los mismos nombres: Adriana Astutti (G4), Sandra Contreras (G4), Alberto Giordano (G4) y Mónica Bernabé (G3). También se nombraba a lxs invitadxs que, hasta aquel momento en que la revista se publicó, en noviembre de 2001, habían confirmado su participación: Sylvia Molloy, César Aira, Margo Glantz, Sergio Chejfec, Noé Jitrik, Susana Zanetti, Nicolás Rosa, Cristina Iglesia, Jorge Panesi, María Teresa Gramuglio, Juan B. Ritvo, Nora Catelli, Elisa Calabrese y Mabel Moraña (integrar esa lista fue objeto de disputa dados los efectos de campo que desencadenaba ser incluido en esa serie). Por último, un gesto que obedece a seguridad que otorga el lugar desde donde se interviene: en la sección «El lector con el libro en la mano», un selecto grupo mencionaba uno o dos libros que estaba leyendo. No se trataba de cualquier lector.a.e. Otra vez, nos topamos con agentes que pertenecían o participaban de los diálogos promovidos desde esa zona central del subcampo (nótese la inclusión de agentes de la UNS y de la UNMdP que visibilizarán lo realizado desde esos polos a partir de la interacción con los centrales: Vázquez ya era entonces parte del catálogo de Viterbo y trabajaba con Giordano en varios proyectos; Porrúa se había doctorado en 1999 en la UBA bajo la dirección de Sarlo con un jurado integrado por Jitrik, Gramuglio y Barrenechea; había publicado en *Punto de Vista*, en Viterbo y fue desde entonces una figura clave de *Bazar americano*). Sus envíos ponían en evidencia ciertas certezas respecto del hacer cosas con palabras. Incluyo una colección de 16 sugerencias entre 28, a modo de muestra:

El lector con el libro en la mano
Valeria Añón, *La crueldad de la vida*, de Liliana Heker. (...)
Adriana Astutti, *Cuarteto de infancia*, de Adolfo Couve y *La lengua absuelta*, de Elías Canetti.
Nora Avaro, *Autobiografía. Flecha en el azul*, de Arthur Loestler. (...)
Analía Capdevila, *El agente secreto*, de Conrad. (...)
Washington Cucurto, *Consejero del lobo*, de Rodolfo Hinostroza.

Rubén Chababo, *Las cartas que no llegaron*, de Mauricio Rosencof. (...)
Sandra Contreras, *Nadja*, de Breton.
Tania Diz, *Las olas*, de Virginia Woolf. (...)
Sylvia Molloy, *The Algeria Hotel: France, Memory and the Second World War*, de Adam Nositer.
Graciela Montaldo, *Diarios*, de Ángel Rama y *Vanguardia, Internacionalismo y Política. Arte argentino en los años sesenta*, de Andrea Giunta. (...)
Ana Porrúa, *Diarios*, de Sylvia Plath, *Cibermundo. ¿Una política suicida?*, reportaje a Paul Virilio y los originales del último libro de poemas de Carlos Battilana, *La demora*.
Martín Prieto, *¡Qué viva la música!,* de Andrés Caicedo y *Prosa*, de Robert Frost.
Roberto Retamoso, *Églogas*, de Garcilaso. (...)
María Celia Vázquez, *La experiencia sensible* de Fogwill y *Descanso del caminante*, de Bioy Casares. (...)
Julieta Yelin, *Nadie nada nunca*, de Juan José Saer.
Marcela Zanin, *La villa*, de César Aira. (2001:22)

Lxs agentes que participaron de esta construcción decididamente institucional advertían que los efectos de lo allí realizado excedía las paredes de sus edificios. Los envíos a lo producido se articulaban y se reforzaban: la retroalimentación entre resultados y firmas responde a una estrategia de intervención atenta al «producto» que se ponía a circular. El cuidado en la selección se constata tanto en los libros de Viterbo como en los textos publicados en las revistas del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria. Los cuentos ratifican lo que los resultados evidencian:

Beatriz Viterbo Editora distribuye dos revistas: el *Boletín* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Universidad Nacional de Rosario que es un Centro del que formamos parte, y la revista *nueve perros* que también es de ese centro, pero no son revistas de la editorial. (...)

Tenemos una colección de tesis y de crítica literaria muy grande a la que sabemos que varias universidades de los Estados Unidos ya están suscriptas porque las compran automáticamente a los distribuidores que las llevan. Pero no hacen suscripciones directas con las editoriales.

Nosotras tenemos conexión con varios distribuidores que compran en la Argentina y llevan afuera. Lo que sabemos y logramos, cuidando mucho la selección justamente, es que nuestros libros entren automáticamente en sus listas de proveedores. Las universidades americanas se rigen con cupos y a veces algunos distribuidores cuentan que les dicen: «mandame todo lo que vos consideres bueno». Y ellos envían nuestros libros de crítica. (Astutti, 2006:72–73)

El peaje a pagar para entrar a esta zona del subcampo se dirimía en términos de exigencias de producción recortadas, además, desde una posición crítica y teórica sostenida con la seguridad que otorgan tanto los resultados como el lugar desde el que se ponen en circulación. Hay un cuento que Giordano cuenta sobre los inicios de la institucionalización de Aira en la UNR que enfatiza lo que en términos bourdieusianos se podría enunciar de este modo: el capital literario o el específico funcionó antes que el social. La exigencia crítica ordena conexiones, conversaciones, movimientos, etc., traducidos luego en intervenciones institucionales (cf. Contreras, 2002):

17 de abril

Nuestros años Aira

El 23 de febrero, César Aira cumplió setenta años. Me resulta tan raro como que yo esté por cumplir sesenta. Cuando nos conocimos, él tenía cuarenta y dos. Eso es lo más extraño de todo, que aquella tarde en el café La Paz, cuando sentí que estaba en presencia de la literatura y no solo de un escritor, él tuviera dieciocho años menos que los que yo tengo ahora.

En verdad, Aira ya representaba para mí la literatura antes del primer encuentro, desde que lo había empezado a leer. Fue por eso que quise conocerlo. Las cosas podrían haber salido mal. (...)

Cuando nos encontramos por primera vez, en 1991, yo había viajado para invitarlo a participar en uno de nuestros congresos universitarios. Le conté que había dos chicas de nuestro grupo, Analía y Nora, que fantaseaban con escucharlo leer algo sobre Arlt (sabíamos que era uno de los pocos novelistas argentinos que admiraba). «Nunca me niego, si se trata de satisfacer el pedido de una dama». Y escribió un ensayo titulado «Arlt», en el que el mundo de Astier, Erdosain y Balder aparecía iluminado desde un punto de vista soberano, completamente distinto a los de la crítica especializada. Había compuesto el ensayo según un método enigmático: «la introyección feliz de lo imaginario» que consistía en haberse dejado alcanzar por el mundo arltiano «en ráfagas de luz sombría, en visiones deliciosamente escalofriantes». La clase de método que inventan los escritores que saben exponer sus hallazgos y argumentar sus humores y que los críticos después usamos hasta extenuarlos.

La primera vez que vino a Rosario para participar en uno de nuestros congresos, Aira escribió para nosotros. No solo porque le dictamos el tema sino porque el despliegue de su imaginación ensayística violentó sutilmente nuestros protocolos de lectores «competentes», porque su escritura le transmitió a las nuestras entusiasmo e inquietud. Y lo mismo ocurrió durante más de quince años, en cada congreso, jornada o coloquio al que lo invitamos para conocer su versión sobre

> los temas que nos ocupaban (Puig, el exotismo, el ensayo, la intimidad). Cada vez nos confrontó con la evidencia de que había otra perspectiva diferente a la del saber académico, más aventurada y perspicaz, para pensar lo que nos interesaba. Pocas veces se tiene la suerte de recibir regalos tan espléndidos. Confío en que habrá sentido nuestro agradecimiento, cada vez.
>
> A un escritor con vocación de Monstruo, que el primer grupo en quebrar una lanza por su literatura haya sido el de unos profesores universitarios tiene que haberle provocado tanta gratitud como incomodidad («¡qué pueden saber estos de literatura, si se dedican a enseñarla!»). De esa ambigüedad entrañable, imagino, salió la novela de aventuras *Los misterios de Rosario*. (2020b:33–35)

En continuidad con estas intervenciones que se valen de capitales específicos construidos en la universidad pero que se financian con capitales económicos privados, en 2015 Giordano lanzó el primer título de la editorial Nube negra. El nombre de algunas de sus colecciones remite a sus comienzos con la revista *Paradoxa* y el *Boletín*: la flamante colección Paradoxa reúne títulos de Nora Avaro, Jorge Monteleone, David Fiel, Sandra Contreras y Juan Bautista Ritvo; Documentos («una etiqueta que aparecía en el *Boletín*» [Giordano, 2021]) hace lo propio con trabajos de Nora Avaro, Julia Musitano y Judith Podlubne, una edición de Fernando Alfón y otra de Giordano alrededor de Barthes en la que escribieron Gonzalo Aguilar, Sandra Contreras, Sergio Cueto, David Fiel, Daniel Link, Silvio Mattoni, Judith Podlubne, Juan Ritvo, Beatriz Sarlo y Carlos Surghi. Por otro lado, la colección Apertura se lanza con textos de Juan Bautista Ritvo, Claude Rabant y Sara Vasallo. Finalmente, en coedición con Bulk editores se publicó un título de Pierre Bayard y Nicolás Garayalde. En una consulta a propósito de esta intervención y de las fantasías que la animan, tres significantes se repiten: «felicidad», «trabajo» y «juego» (prácticamente los mismos que aparecían en la evocación de Contreras de sus años Viterbo). Destinar capitales económicos privados a publicar textos que Giordano entiende necesario poner a circular en el subcampo mientras se contribuye a «dar trabajo» a varias personas haciendo «lo que les gusta» y, por si algo le faltara, desde una lógica movida por el «espíritu de juego» (una imagen que atraviesa sus textos, en particular sus diarios) son prácticas que hacen serie y que contrastan con las que obedecen a las maquinarias de acreditación institucional de las que se aparta sin separarse del todo, «hasta la jubilación», como se encarga de resaltar. La distancia justa que le permite propiciar nuevas formas de intervención: «Lo institucional me inhibe o me provoca un poco de rechazo», admite. Y en el mismo movimiento, describe este proyecto autogestionado en el que ronda el fantasma promisorio de Victoria Ocampo: «Me

siento una especie de Victoria Ocampo, no con su fortuna, en absoluto, pero con la posibilidad de dar trabajo (...); siempre es este tipo de proyectos que, mientras duran, tienen su encanto» (2021). «Felicidad» y «juego» son palabras que, en sus cuentos, se asocian a construcciones de este orden que fantasean con intervenir en el subcampo pero desde un terreno ajeno a las lógicas de producción y validación vigentes en la universidad y en el CONICET tal como se configuran avanzado el siglo XXI.

En 2007, Maximiliano Crespi (G5) y Guillermo Goicochea fundaron en Bahía Blanca 17 grises. Un proyecto editorial autogestionado que también se valió de los capitales específicos construidos en una universidad, en este caso, la UNS que, debido a una serie de acciones realizada por María Celia Vázquez (G3), empezó a hacerse visible en el subcampo de los estudios literarios desde mediados de la década del noventa en sinergia con intervenciones tramitadas desde el espacio literario.

Vázquez se doctoró casi sobre el cierre de sus años laborales con dirección de Alberto Giordano (el dato importa: ratifica lo que se observa en lxs agentes hasta el G3 inclusive: el papel poco definitorio del doctorado en la construcción de la carrera profesional). Defendió su tesis en 2014 en la UNR. Tesis que devino libro publicado por Beatriz Viterbo cinco años después (cf. Vázquez, 2019; Podlubne y Alle, 2019; Diz, 2019; De Leone, 2019; Podlubne, 2020; Cormick, 2020), previo galardón del Fondo Nacional de las Artes. Su trayectoria indica el carácter poco determinante que tenía el doctorado para lxs agentes de los G1 al G3 que construyeron sus carreras en la universidad. También muestra el arduo tejido realizado junto a otrxs agentes para hacer de la UNS un polo del subcampo de los estudios literarios que, entre otras cuestiones, hará temblar el canon nacional tanto de literatura como de crítica.

Es importante mencionar, entre esas acciones, la dirección junto con Giordano, entre 1996 y 1998, del proyecto de investigación *La literatura argentina contemporánea en la crítica de los ochenta*. Durante esos años, Vázquez organizó en Bahía Blanca el I y II *Encuentro sobre la crítica literaria argentina de las dos últimas décadas* destinados a discutir los avances de esa investigación. El resultado más tangible: el libro *Las operaciones de la crítica*, una referencia ineludible del subcampo que, ya desde sus primeras páginas, deja entrever lo que promueve: en su «noticia preliminar» se describen esos encuentros como un «espacio de discusión al que asistieron docentes y críticos de distintas universidades nacionales, algunos con larga trayectoria y otros emergentes» (1998:7). La transferencia de capitales simbólicos se había puesto en marcha: en la publicación caen juntos los nombres de Jorge Panesi, Horacio González y Nicolás Rosa con lxs herederxs de esxs maestrxs (Miguel Dalmaroni, Judith

Podlubne, Sergio Pastormerlo, Alberto Giordano) y con lxs que se forman con estos últimxs (María Celia Vázquez y, a su vez, luego, con ella, Diego Poggiese). Se sumaron a la partida dos nombres cuya oscilación entre «la crítica universitaria» y la «crítica de escritores» (Pastormerlo, 2007:13) marca no solo sus formas sino también sus ritmos de intervención:[48] se trata de Omar Chauvié y de Mario Ortiz que, años más tarde, junto con Raimondi (G4) y con otros discípulos de Vázquez entre los que se cuenta Crespi (G5), contribuyeron a hacer de Bahía Blanca un polo central del campo literario. Ese libro se editó bajo el ya por entonces requerido sello «Viterbo». En definitiva: una serie de acciones cruciales para la visibilización de lo producido sobre literatura argentina y crítica literaria en la UNS.

En Bahía Blanca, la grieta entre escritura literaria y académica fue explotada desde un espacio donde las editoriales Vox, fundada por Gustavo López en 1997 (Locane, 2018:169), y 17 grises que, como vimos, apareció diez años después, tuvieron un rol central: estos proyectos editoriales cooperaron en la instalación de esa ciudad en el campo literario y en el académico. Fabricar una tradición que encontró en Roberto J. Payró, Eduardo Mallea, Enrique Banchs, Raúl González Tuñón y Ezequiel Martínez Estrada sus antecedentes ilustres fue posible por la diseminación de las escrituras de los «poetas mateístas» (Sergio Raimondi, Marcelo Díaz, Omar Chauvié, Mario Ortiz) junto a Roberta Ianamico, Marina Yuszczuk y Mariela Gouiric. Una construcción que combinó campo editorial, académico, literario y de gestión cultural: el impulso dado al Museo del Puerto de Ingeniero White entre 2003 y 2011 (tiempo en que Raimondi asumió su dirección) y sus políticas de exhumación artística y de difusión de lo producido potenciaron el trabajo realizado tanto desde los campos editorial, académico como literario ya desde los años previos a la restitución democrática (cf. Chauvié, 2009). Sus acciones tuvieron visibilidad no solo nacional (cf. Porrúa, 2003; Link, 2003; Raimondi, 2006; Pas, 2008; Vázquez y Beier, 2017) sino también internacional (cf. Bollig, 2016).

En ese sentido, la interacción con otrxs agentes como Martín Prieto (G4) y Ana Porrúa (G4) dibuja una suerte de figura de tres puntas que conecta a la UNS con la UNR y la UNMdP: la conversación entre escritorxs que enseñan en la universidad y/o investigan en el CONICET y que apostaron tanto al trabajo en instituciones como en formaciones y a la gestión contribuyeron a hacer de Bahía Blanca un polo en estudios de literatura argentina. No es un dato menor que el Primer Festival Nacional de Literatura (FILBA) fechado en 2012 se haya

48. En las formas y ritmos de intervención se leen asunciones éticas y políticas respecto del ejercicio profesional. Asunciones tensadas entre lo deseado y lo posible.

realizado en esa ciudad y que la UNS haya sido una de sus sedes: «La política cultural tiene que incluir a todos los habitantes. Por eso, el mayor desafío del festival es la combinación de estos espacios: el aula universitaria y el puerto», había declarado por aquellos años Raimondi (G4). Como se puede constatar, se trata de fantasías de nano–intervención que intersectan destinatarixs y prácticas provenientes de espacios sociales diversos mientras se potencia una operación en el espacio ampliado del campo nacional:

> Privilegiamos la descentralización a la hora de pensar el circuito de la literatura —una descentralización geopolítica del mapa de la literatura—, pero también una descentralización del festival mismo, que durante cuatro días hará un recorrido por distintos espacios de Bahía Blanca, que van a combinar lo académico con espacios comunitarios. (...) Tal vez este festival sea una posibilidad de pasar del río a la ría, o al mar abierto o al mar austral, y sirva para pensar qué significa escribir en una ciudad puerto, qué significa Bahía Blanca en relación con la Patagonia y el sur, percibidos desde otros puntos del país. (Raimondi, 2012)

Este conjunto de agentes que interactúa y potencia sus prácticas explota una «toma de posición desde la diferencia» (Raimondi, 2010:13). Más de una Bahía Blanca: frente a la construida desde perspectivas conservadoras sintomáticamente expuestas en el diario *La Nueva Provincia*, no solo durante los años de la dictadura (cf. Chauvié, 2009), insurge esta, vía el trabajo articulado de agentes de campos distintos reunidxs por la convicción de estar llevando adelante un proyecto de escritura, pensamiento e intervención cultural que no quiere pasar desapercibido en el campo nacional. La seguridad que da la consistencia de lo producido, en diálogo y vaivén con más de un polo, anima a dar las batallas. En una entrevista, y a propósito de la creación de 17 grises, Crespi (G5) señalaba con orgullo: «el proyecto nació en Bahía Blanca; Guillermo y yo nos formamos allá» (2014). Un «comienzo» que exhibe cada vez que puede: la decisión de publicar allí uno de sus primeros trabajos académicos, su tesina de licenciatura realizada en la UNS bajo la orientación de Vázquez (Crespi, 2009), pone en valor una formación, una conversación intelectual y sus derivas.

Este nudo de acciones emprendidas desde campos diversos (académico, literario, editorial, estatal) permite tanto visibilizar lo producido como construir capitales simbólicos con potencia para disputar las agendas del campo literario y de los estudios literarios mientras, en paralelo, se diagrama un programa de intervención contra las marcas hegemónicas de la cultura local en la que la UNS se inserta. En esta operación pergeñada desde más de un campo y por una constelación de agentes, interviene 17 grises.

En un video colgado en línea, Guillermo Goicochea detalló cómo surgió la editorial. No es un detalle menor que su presentación tuviera como fondo inicial el edificio de la UNS: «Lo que motoriza el armado de 17 grises fue un deseo: ir contra la producción hegemónica y administrativa de la edición académica» (2018)[49]. El proyecto nació en 2007 y lanzó sus primeros títulos en 2008, es decir, el año en el que Crespi obtuvo su título de grado. Con un promedio de publicación de cuatro libros por año contribuyeron tanto al movimiento de fundación de Bahía Blanca como polo literario nacional que ya había despuntado VOX así como también a la visibilización de la producción académica combinando exhumación con puesta en circulación de resultados de investigaciones recientes. El catálogo incluye poesía, narrativa y ensayo. Las fantasías de nano–intervención que se persiguen parecieran ir algo más allá de lo que declaró Goicochea. Se trata de una disputa tanto en el campo literario como en el académico librada con capitales específicos construidos en ambos.[50] Así, entre las exhumaciones que contribuyen a fundar una genealogía en los dos campos se cuentan *Pago chico* de Roberto Payró, *La cosecha* de Ezequiel Martínez Estrada, *Temas de crítica y estilo* de Héctor Ciocchini, *Extremismo y «nihilismo» en la filosofía oriental* de Vicente Fatone, *Ensayos sobre cultura y literatura nacional* de Jaime Rest, *Meditación en la costa* de Eduardo Mallea, *Ciudades argentinas* de Enrique Banchs; entre los resultados de investigaciones, *El revés y la trama. Variaciones críticas sobre Viñas* y *Viñas crítico* de Maximiliano Crespi, *Límites de la biopolítica* de Maximiliano Lagarrigue, *Gramática de los medios* de Guillermo Goicochea, *Cuerpos, imágenes, memoria* de Karen Garrote, *Martínez Estrada. Alegoría y nación* de Fabián Wirscke; entre los títulos de literatura de escritores de Bahía se cuentan *Ausencia de té* de Karen Garrote, *Es lo que hay* de Marcelo Díaz, *Al pie de la letra* de Mario Ortiz, *Hinchada de metegol* de Omar Chauvié, *Poesía civil* de Sergio Raimondi, entre otros.

Goicochea resaltó el enorme impulso que cobró la editorial gracias al financiamiento otorgado por el gobierno de esa ciudad en 2010 al Proyecto «Bahía piensa el Bicentenario»: «nos permitió editar doce textos juntos». Esas publicaciones funcionaron como una herramienta para la construcción de identidad a partir de la literatura: «en vez de un mate con un escudito de la ciudad» las autoridades municipales regalaban los libros a lxs visitantes que, de este modo, se llevaban «la literatura que nosotros consideramos que era de la ciudad»; «si

49. Al momento de cerrar la edición del libro no logro encontrar en la Web el video citado en más de un pasaje de este capítulo.

50. Para los antecedentes de esta articulación desde los años de la última dictadura, ver Chauvié (2009).

bajara un alienígena hoy y tuviéramos que contarle qué es la ciudad le daríamos esos doce libros» (Goicochea, 2018). Importante batalla por la construcción de sentidos en el orden local junto a otras libradas en el campo nacional: 17 grises contribuyó a consolidar un circuito de poetas, a visualizar investigaciones sobre literatura y a fundar una genealogía de ambas escrituras. Una intervención que, ya consolidada, abrió a la publicación de títulos de autorxs de otros polos como por ejemplo, *A tontas y a locas* de María Moreno, *Escrituras past* de Juan Mendoza, *Maldita tú eres* de Paula Puebla, *Mucho peor* de Flavio Lo Presti y *Un accidente controlado* de Francisco Bitar.

En el prólogo a la documentada investigación de Daniela Szpilbarg sobre el campo editorial argentino desde los años noventa hasta 2019, Gustavo Sorá subrayó una tendencia argentina: la «temprana creencia, en este país como en ningún otro de América Latina, en el libro barato y en un público lector de masas, sinónimo de ingreso en la condición ciudadana» (2019:7). Esta caracterización se escribió «en un momento crítico de la ciencia y la cultura en Argentina» (7); un segundo ciclo de posdictadura. Fue durante el primero que nació una propuesta de vanguardia que, desde el campo editorial argentino, impactó en el mundial: se trata de la editorial Eloísa cartonera. Sostenida en la revolución simbólica provocada en el campo literario por Washington Cucurto, es decir, transfiriendo los capitales específicos, simbólicos y sociales consolidados por el acontecimiento que supuso la emergencia de su literatura, Eloísa cartonera surgió en 2003 por iniciativa de Cucurto y de los artistas plásticos Fernanda Laguna y Javier Barilaro. En menos de dos décadas provocó una revolución simbólica en el campo editorial: el modelo cartonero fue replicado en 309 proyectos distribuidos en América Latina, América del Norte, Europa, Asia y África. Se trata de uno de los movimientos Sur–Norte de mayor contundencia registrado en el campo editorial y cultural durante el período estudiado.

Prácticamente diez años después de esta irrupción, en tres universidades públicas se crearon editoriales «cartoneras»: en 2012, La Sofía cartonera en la UNC (cf. Pacella, 2017); apenas un tiempo después, Rita cartonera en la UNR (cf. Bernabé, 2021) y en 2015 se comenzó a discutir el proyecto Vera cartonera en la UNL (cf. Colectivo Vera cartonera, 2021). Las tres editoriales son dirigidas por mujeres. Las dos primeras publicaron en sus inicios solo literatura; la última incluye textos de divulgación científica y se instaló en un espacio institucional compartido entre la UNL y el CONICET.

Los proyectos editoriales cartoneros no solo garantizan el bajo costo de los libros sino que desmontan los circuitos comerciales y ortodoxos tanto de producción como de circulación. De este modo recrean una consigna tomada de EUDEBA, fundada durante el primer ciclo de expansión de la ciencia y la

educación argentinas: «Libros para todos». Se trata de una apuesta que Boris Spivacow redobló luego en el CEAL durante las dos últimas dictaduras. A pesar de las bombas, las amenazas, la desaparición de parte de su personal y la quema de libros, el lema «Más libros para más» articuló sus intervenciones. Esas que, casi cincuenta años después, animaron estas otras «nano–intervenciones». Proyectos modelados desde la reinvención institucional de prácticas impulsadas entre formaciones e instituciones, entre Cucurto y Spivacow, entre la universidad pública, el CONICET y diferentes organizaciones sociales. Proyectos que también disputan los lugares desde donde se fabrica tanto una literatura nacional como las perspectivas desde las que se la interroga.

Como se dejó entrever a partir de lo ya analizado, desde mediados de los años noventa, diferentes polos luchan por una colocación central en una línea del subcampo. En adelante «centro» ya no podrá pensarse en singular: más de un centro y según de qué línea se trate. Líneas y centros que se consolidan por la persistencia de sus intervenciones en el tiempo en retroalimentación con los efectos de campo que generan. El papel dinamizador jugado por lxs agentes que acumularon capitales específicos, simbólicos y sociales y que los pusieron al servicio de una construcción institucional es clave en la fabricación de un polo como centro. Durante una consulta Miguel Dalmaroni (G3) contrastó el lugar de los «grandes maestros» en la colocación de la UNR y de la UBA como polos nodales del subcampo y la formación en la UNLP, institución en la que las firmas que marcarán la agenda nacional, más allá de que participaran de los G1 (Zanetti), G2 (Panesi), G3 (entre otrxs, de Diego, Dalmaroni, Chicote, Macciuci, Goldchluk) y G4 (Bombini), prácticamente se insertaron en la institución en la misma época:

> A diferencia de lo que pasa en Rosario (o en la UBA), en La Plata no hubo una generación precedente de maestros o formadores previa a la fase dictadura–1983–normalización. Pienso que en Rosario estaban Adolfo Prieto, Nicolás Rosa, María Teresa Gramuglio, Josefina Ludmer formando gente o dejando una tradición que retomaron ellos mismos más los nuevos desde 1984. En La Plata, los actuales titulares de cátedra de teorías nos formamos un poco con David Lagmanovich en su breve paso por acá, y sobre todo con gente de la UBA que entró entre el 84 y el 86: Jorge Panesi y Susana Zanetti que siguen estando, Hugo Cowes que vivía en Baires pero que había estado en USA y en el Comahue (falleció en 2001) y Octavio Prenz que enseñó entre el 84 y el 85 en la carrera (...) Entre mediados de los 60 y principios de los 70 la carrera de Letras aquí estaba dominada por las lenguas clásicas, por un lado, más las cátedras de Ghiano (no sé si hasta el 75) y Castagnino que no dejaron gente formada enseñando. Clásicas se dividía entre

> latín, comandada por Carlos A. Disandro (un ultraderechista delirante, mentor intelectual de la espeluznante Concentración Nacional Universitaria) y la gente de griego que sí venía de una tradición filológica propia. (Dalmaroni, 2006b)

Los efectos de esa confluencia se verifican en las intervenciones que, desde entonces, de forma continuada, se llevan adelante: en 1994, se creó el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria; el primer número de *Orbis Tertius* se publicó en 1996; el primero de *Olivar*, en el 2000; las I Jornadas Orbis Tertius de Investigación literaria se organizaron en 1997 y el Primer Congreso Nacional de Didácticas de la lengua y de la literatura, en 1995. Ese modelo de intervención específica y sostenida se observa, apenas un poco después en la UNR: en 1996 se creó un centro de igual nombre que el platense y en 1998 se organizó el Primer Congreso Internacional Razones críticas.

Ya en otros apartados, a propósito de la descripción de las trayectorias de sus agentes, se revelaron acciones que corroboran la importancia de la UNMdP como polo de referencia en literaturas para las infancias, en estudios de poesía y literatura española; acciones inescindibles de las intervenciones de María Adelia Díaz Rönner, Laura Scarano (G3), Ana Porrúa (G4), Mila Cañón (G4) y Carola Hermida (G4), entre otras. También hemos mencionado cómo decir «semiótica» en la UNC fue durante los años noventa equivalente a decir «disidencia» teórica y epistemológica mientras se consolidó un polo que disputó más de una línea entre las que se cuentan los estudios de traducción con el impulso de Susana Romano Sued (1995, 1998). También hemos vuelto en diferentes pasajes sobre los trabajos en zona de borde de Ana María Camblong (G2) que han hecho de la UNaM otro polo nodal en estudios semióticos. En todos los casos citados se disputan los cánones literarios y teóricos construidos desde los polos dominantes (UBA, UNLP, UNR): «Desde acá también se puede pensar», replica Camblong (2016).

Tres escenas sobre los cánones y las agendas funcionan como cierre de este apartado.

La primera lleva al *II Workshop Internacional de Investigadores Jóvenes «La gravitación de la memoria: testimonios literarios, sociales e institucionales de las dictaduras en el Cono Sur»* realizado en la UNT del 27 al 30 de abril de 2009. Cuando en la clausura de las sesiones de trabajo Rossana Nofal (G4) se despachó con la pregunta «cómo salir del canon Sarlo»[51] no hizo más que trans-

51. Más allá de su actual distancia sobre este término (cf. Sarlo, 2022b), hay una Sarlo que enseñó a pensar a partir de este concepto (se trata, siempre, de efectos de campo de sus textos, al margen de su intencionalidad y/o de sus prescripciones —acaso sea durante

parentar una toma de posición traducida en sus prácticas de enseñanza, investigación y extensión. Un trabajo asentado sobre una refundación institucional que en la UNT tuvo a Carmen Perilli (G2) como agente central desde los años de la restitución democrática. Nofal (G4) cursó la carrera de letras en la UNT entre 1986 y 1991. Las marcas de las clases de Perilli, los envíos a su biblioteca descomunal y la transferencia de una obsesión por los estudios de memoria convirtieron a la UNT en uno de los polos centrales en más de una línea ya que esta perspectiva se desplegó tanto en estudios de literatura latinoamericana como en literatura para las infancias sobre corpus fabricados a partir de la literatura nacional.

«Cuando yo era chica, el cartel de entrada a mi provincia inscribía un mensaje terrible: "Tucumán, cuna de la independencia y sepulcro de la subversión"», señaló Nofal (2006:111) en un texto que Elizabeth Jelin y Susana

---

una conversación con Gonzalo Aguilar que había tenido lugar apenas unos años antes donde admitió, como de soslayo, lo que este le señalara: «la muy fuerte presencia de su crítica», de sus modos de leer [cf. 2014c]). «Crítica de la lectura: ¿un nuevo canon?» fue el primer texto suyo enseñado en una cátedra del Profesorado y de la Licenciatura en Letras del Plan de estudios 1991 en la UNL. En Sociología de la cultura, a cargo de Leonor Acuña, profesora de historia, materia de cuarto año, se discutían sus hipótesis. Entre ellas, las iniciales: «Los cambios teóricos constituyen verdaderas revoluciones académicas que recolocan los textos y, alterando las perspectivas, pueden llegar a proponerse como momentos fundadores. Se trata, siempre, de qué leer en la literatura, y las corrientes críticas, con nuevos enfoques teóricos, suelen proponer respuestas implícitas o explícitas a lo que la literatura es» (1985a:7). Esta tesis fue, en el subcampo, seguida hasta la mimesis como leída a contrapelo. Una tesis con máximas asociadas que recorren su trabajo. Recojo algunas dadas sus derivas en proyectos de extensión, divulgación, investigación y enseñanza en más de un polo, en márgenes como en centros: «¿Cómo descubrir los ecos de la sociedad y la historia en la trama de los textos literarios? ¿Qué hay de social en la literatura? Perseguir las voces colectivas en los textos más decididamente originales, marcados por una excepcionalidad que niega, discute o confirma un suelo común, para empezar, el suelo de la lengua. Porque la originalidad de la gran literatura es justamente eso: su separación, incluso su aislamiento, *respecto de algo* que subsiste» (2007c:2); «Es difícil saber que tiene que hacer un discurso que carece de un público. No creo que la crítica deba hacer la exhortación "Por favor, léanme". Una lectura es como una pasión: se recibe o se padece pero no se pide. *Mimesis* de Auerbach, uno de los grandes libros de este siglo, puede ser leído por un lector medio culto indiferentemente de la disciplina a la cual pertenezca su actividad. Eso ya no sucede con la crítica de fin de siglo que se ha tecnificado de un modo estridente. Quizá solo haya sucedido en los últimos cuarenta años con Barthes, Sartre, Umberto Eco, Susan Sontag y, posiblemente, con algunos libros de Deleuze que lograron atravesar cierto límite. Vivimos en un mundo de lectores especializados y se ha perdido ese lector que durante el siglo XVIII y el XIX se llamó en inglés el *common reader*» (1998c:2).

Kaufman incluyeron en *Subjetividad y figuras de la memoria*, el Tomo 12 de la Colección Memorias de la represión publicado en 2006. Tres años más tarde, escribió a pedido de Miguel Dalmaroni el capítulo «Literatura y testimonio» para un libro que pasó revista a las líneas de «la investigación literaria» en Argentina. En su relevamiento de estudios «ejemplares» (una tarea que Dalmaroni le había asignado a cada colaboradora, en especial para dar cuenta de perspectivas emergentes), Nofal incluyó, entre otros, el que Perilli publicó en 2007 bajo el título *Historiografía y ficción en la narrativa hispanoamericana*; por otro lado, envió a un número temprano de la revista *Telar* (recordemos, institucionalizada en el IIELA desde 2004). Si se repasan los treinta números de esta publicación periódica salta a la vista la predominancia de esta línea de estudios en los resultados difundidos. El número al que Nofal envió se abre con un editorial que destaca la importancia de la puesta en circulación de esas investigaciones desde una «revista universitaria» dada la necesidad de «abrir un debate» sobre «la violencia política y sus distintas narrativas»: «no se trata de una reiteración ritualista de los relatos sobre el terrorismo de Estado y sus dramáticas consecuencias sino de una invitación al debate» (Nofal, 2005:2). «Debate» es una palabra que se repite en textos que obedecen a memorias en conflicto: «Los recuerdos no se mueven a un mismo ritmo. Son cada vez más grupos e individuos que toman la palabra y hacen valer su derecho a hacer memoria. Esta pluralidad vuelve utópica la posibilidad del proyecto de una memoria unificada explicitada en el *Nunca Más*» (2005:2). Demoliendo hoteles: ni relatos maestros ni tonos monocordes ni pétreo ensimismamiento en ningún binomio que siempre simplifica una realidad con más matices. Ni santificación ni condena; más bien, lectura de un problema espinoso desde una posición tan disruptiva como inimitable (cf. Nofal, 2022).

Hay algo del orden de la transferencia en la elección de esa línea de investigación que tiene su primer trabajo importante en la tesis doctoral dirigida por Perilli, *La escritura testimonial en América Latina. Imaginarios revolucionarios del sur* (Nofal, 2002). Una transferencia suscitada en clases y en conversaciones transidas por la urgencia de «revisar las lecturas morales del pasado» y sus cuentos ordenados al modo de «fábulas con moralejas, premios y castigos» (2006:118). Una constelación de prácticas que discuten, por ejemplo, un canon construido desde Buenos Aires: «son siempre los mismos libros», observó con distancia incisiva a propósito de los seleccionados en los planes nacionales de lectura (cf. Nofal, 2021).

Una de sus herederas, Laura García (G5), destaca la «dinámica de trabajo con la literatura» que aprendió de Nofal. Se trata no solo de una deriva de la articulación entre investigación, enseñanza y extensión alrededor de una línea

de estudios en memoria sino también de una posición de lectura que no se recuesta ni se deja deslumbrar por objetos, corpus y problemas autorizados por ninguna firma. Es desde ese lugar que García trabaja mientras batalla contra lo que Patricia Torres diagnosticó al volver, en clave de autosocioanálisis, sobre sus prácticas como editora: a un objeto vuelto kitsch a fuerza de tanto «brillito» y «pomponcito» (cf. Torres, 2020), edulcorado y abuenizado en función de su colocación en el mercado, se opone un objeto que se sostiene solo, a secas, por su condición literaria y estética puesta en evidencia desde una crítica literaria que, como tal, ni pide permiso ni hace concesiones propedéuticas.

La segunda escena lleva a un homenaje a Elena Altuna organizado por Betina Campuzano en 2021. Dos frases de Andrea Ostrov exhuman la palabra de Altuna. Restituciones orales de un archivo testimonial por–venir que, por otro lado, funcionan en espejo con quien las trae al presente. La primera frase: Ostrov recuerda una intervención en un congreso internacional en el que, frente a Emilio Carilla, presente en el auditorio, Altuna se despachó con un rotundo «porque el Doctor Carilla, sí». Sigue Ostrov: «con una confianza de la que yo carecía (...) advertí allí un posicionamiento intelectual y ético que no podía pasar desapercibido». La segunda frase está asociada no solo a la huella y al legado: «Durante algunos años nadie se acordará de Elena Altuna», cuenta Ostrov que le había dicho unos días antes de su muerte. ¿Cómo no leer en esta evocación el sustrato de las exhumaciones que Ostrov lleva adelante desde su involucramiento en la hechura de una *Historia feminista de la literatura argentina*? No se trata de reducir su preocupación por relevar el rol jugado por las mujeres en la construcción del subcampo de los estudios literarios en Argentina a una expresión sintomática de su vínculo con Elena. Es más bien, al revés: si Ostrov pudo escuchar aquel comentario y luego traerlo al presente en el marco de una conversación académica es porque, junto con el comentario, escuchó también algo que restaba por hacer. Desde ese lugar de agencia, intersectado por más de una emoción y de una pulsión (como casi todo en este trabajo), interviene para contribuir a modificar un estado de las cosas mientras, como en bucle extraño, revela parte de lo que impulsa esa fantasía.

Los cuentos de Ostrov sobre Elena Altuna coinciden con los que cuenta Julio Schvartzman: «Escucharla en un coloquio o en un congreso era (...) asistir a una performance»: «ni sorna ni ironía ni (mucho menos) parodia: un objeto nuevo y brillante que su lectura arrojaba al mundo» (2017:13). Su texto también destaca la seguridad de sus intervenciones, autorizadas en su voracidad lectora y en su capacidad de agregarle al mundo un objeto que no existía antes de sus ocurrencias:

> No había un *must* en sus elecciones: ningún canon, ninguna frontera; ni moda ni bibliografía *à la page*; solo pasión, curiosidad, avidez. Aparecían, indistintamente, por una asociación impredecible, Enrique Molina y Charles Péguy, Manuel Castilla y Gamaliel Churata, Jaime Sabines y Elizabeth Lasker–Schüler; César Vallejo, Jacobo Regen, André Breton, Enrique Lihn... (Schvartzman, 2017:14)

En esta línea, durante una consulta a propósito de los vínculos entre la UNSa y la UNT, Nofal señaló: «Con Elena nos disputábamos a ver cuál de las dos tenía primero textos más rupturistas en la biblioteca» (2020). Nofal lee esa marca–Altuna en los corpus a partir de los cuales se construyen, por ejemplo, las investigaciones presentadas en el Workshop *Poéticas de la memoria* celebrado en Salta en junio de 2020: literatura LGTBIQ+ en la zona andina o construcción de memorias en «los pueblos del gran Chaco» son algunos de los temas en los que detectó la marca de los armados poco ortodoxos que promovía Altuna. Otra reconstrucción por–venir. Otro lugar de disputa. Otro territorio en consolidación (cf. Campuzano, 2022).

Para finalizar, la tercera escena. Hay una discusión de antología entre Noé Jitrik (G1) y Martín Kohan (G4) a propósito de la apelación a lxs «grandes maestrxs» y a los «nombres de siempre». La escena tuvo lugar en el Coloquio Internacional Juan José Saer celebrado en Santa Fe en 2017. En aquella ocasión, Kohan había traído lecturas de Sarlo sobre Saer. Mientras Jitrik interpelaba a olvidar a «los grandes maestros» (entre los que además, se encontraba), Kohan inscribía su texto en una relación de reconocimiento y deuda para con aquellxs con quienes se había formado. Con su usual humor y tinte lacónico replicó: «no siento necesidad de rebelión» (2017). Imposible no preguntarse qué grandes maestrxs convocaba Jitrik a olvidar: ¿a todxs? ¿Él incluido?

Esta discusión colinda con otra desencadenada también en Santa Fe, aunque diez años antes: en el marco del *III Argentino de literatura*, otra vez Martín Kohan, aunque en esta oportunidad, en diálogo con Silvia Iparraguirre y Guillermo Martínez, les salió al cruce cuando estos volvían sobre el «canon» enseñado en la universidad argentina: su cortante «Ellos quieren que los lea Beatriz» fue el atajo a partir del cual se despachó sobre el mismo asunto que traerá casi veinte años después en un encuentro homenaje a lxs grandes maestrxs de la UBA. Contará allí otros cuentos sobre el mismo asunto (2022). Dicho en otros términos: las prácticas de los centros son solo eso y también todo eso. No son las prácticas de «la universidad argentina», si bien contribuyen a modelizarlas. Además, no todas las prácticas de lxs agentes de esos centros «impactan» (uso deliberadamente la palabrita) del mismo modo: cuando Kohan insiste en que no era lo que hacía Eduardo Romano sino lo que hacía

Beatriz Sarlo lo que concitaba la atención al momento de atender a lo que se daba a leer en la UBA durante la restitución democrática da un ejemplo claro de estos cruces entre capital simbólico institucional e individual (cf. 2022).

Habitus de los campos literario, científico y universitario

La base empírica estudiada permitió detectar tensiones entre habitus de agentes que participan de los campos literario, universitario y/o científico. Estas tensiones se expresaron de modo disímil no solo en diferentes momentos del arco temporal estudiado sino también en un mismo corte sincrónico: lxs agentes de la muestra no solo ocuparon posiciones distintas en uno o más de estos campos que se intersectan con el de los estudios literarios sino que además presentaron puntos de vista divergentes respecto de problemas específicos. Sus prácticas están modeladas por habitus que, según las instituciones de pertenencia y las tomas de posición, convivirán de modo más o menos conflictivo con otros. Es decir, si bien el desarrollo profesional diferencial de escritorxs, investigadorxs y profesorxs y las fluctuaciones de los criterios de reclutamiento y de permanencia de lxs agentes según las instituciones (como vimos en el primer capítulo de esta primera parte) impactan en la dinámica del subcampo de los estudios literarios, es la toma de posición de lxs agentes la que, en combinación con la posición que se ocupe, tendrá un papel decisivo. Se trata de un tema complejo que exige ser tratado sin la ingenua omnipotencia de los voluntarismos y atendiendo a las fricciones entre lo posible y lo pensable en diferentes coyunturas. Desagrego esta hipótesis general a los efectos de dar cuenta de algunos patrones.

En primer lugar, la confluencia pacífica entre habitus literario, científico y universitario se verifica solo en las prácticas de lxs agentes que pertenecen a los G1 y G2 (aclaro, hablo de patrones dominantes, es decir, con margen para situaciones diferenciales). Los protocolos de producción del campo científico vigentes a partir del siglo XXI, en especial para lxs agentes que trabajan en el CONICET, se rigen por criterios de productividad y visibilidad que no solo adoptan acríticamente lógicas de producción y circulación de las ciencias naturales sino que, además, ignoran la especificidad tanto de la producción en ciencias humanas como de su circulación (cf. Santiago, 1999; Sapiro, 2018). Así, algunas comisiones evaluadoras del propio organismo parecen haber desconocido lo propuesto en la resolución N° 2249 del 25 de junio de 2014 donde, si bien se admite «cierto consenso» entre lxs investigadores de «ciencias exactas y naturales» para jerarquizar las publicaciones poniendo el eje en las

periódicas y en el factor de impacto, se explica por qué ni este factor ni «el índice de citas» debiera considerarse al evaluar la producción en ciencias humanas y sociales:

> (I) Las prácticas de citas son sensiblemente diferentes (las citas tienen una dinámica más lenta y más perdurable; muchas citas se refieren a libros y no a revistas);
> (II) en algunas áreas y temáticas una porción importante se publica en distintas lenguas y circula en comunidades científico–lingüísticas específicas;
> (III) los libros —individuales y colectivos— tienen una gran importancia en la producción científica de este campo y no suelen ser incorporados en los índices de citación de las revistas periódicas. Por lo tanto, resulta necesario proponer una organización jerárquica de las publicaciones en función de otro tipo de criterios, más adecuados para considerar la producción científica de las ciencias sociales y las humanidades.

Por otro lado, en la misma resolución se establece «como requisito básico y fundamental en materia editorial para que un artículo sea considerado científico que haya sido publicado en una revista con referato de pares, claramente indicado, y que cuente con el respaldo de un comité editorial de reconocido prestigio». No obstante, lejos de aplicar estos criterios, en paralelo y desde entonces, en las comisiones disciplinares de letras ha prevalecido la equiparación tanto de los capítulos de libro como de los libros a artículos publicados en revistas «tipo I»[52] así como el empleo del término «impacto» para excluir de la ponderación a revistas no indizadas (el fetiche de las métricas y la indización funciona de modo similar a como lo hacía el metalenguaje hacia mediados del siglo pasado: da una falsa ilusión de cientificidad que, pareciera, tranquiliza). Esto que puede constatarse a partir de los dictámenes, ya sea para el ascenso como para la evaluación de informes, ha provocado reacciones diversas entre los agentes de los G3, G4 y G5.

En segundo lugar, como se verá en lo que sigue, la modelización que los criterios de evaluación imprimen a las prácticas dada su importancia en lo que define tanto el reclutamiento de personal como su permanencia y ascenso en las instituciones, resulta menos determinante que las tomas de posición de lxs agentes respecto de cómo intervenir en el subcampo. Así por ejemplo, Sylvia

52. Para que una revista sea ubicada en este nivel es necesario que esté indizada, por ejemplo, en el Catálogo de Latindex con los ítems 20 y 21 cumplidos que, a partir de abril de 2018, con el establecimiento de nuevos criterios para la inclusión en el Catálogo 2.0., fueron condensados en el 6: «sistema de arbitraje».

Molloy (G1) construyó una carrera científica, literaria y universitaria en un tiempo en que las prácticas de cada campo estaban menos diferenciadas. De cualquier modo, habiendo podido explotar tanto su inserción profesional en universidades prestigiosas de Estados Unidos como su manejo a la perfección de tres idiomas que le hubieran dado chances de colocar sus trabajos en el circuito académico transnacional vía lenguas centrales como el inglés o el francés (Heilbron, 2020), privilegió la escritura literaria junto a una crítica que reclama el mismo adjetivo mientras publicó preferentemente en español y en Argentina. Su posición se desliza con gracia en el prólogo a la segunda edición de *Las letras de Borges*: es por el trabajo en, con y por la escritura que hay pensamiento. Una posición construida en deuda con ese escritor que estudió con detalle: «Borges me enseñó a escribir (o a leer, que es lo mismo) y me enseñó a pensar: en ese orden» (9).

La exigencia que su asunción impone en términos de resultados es altísima: «No marco diferencia entre escritura de ficción y escritura crítica porque para mí es el mismo proceso» (2001:4). De hecho, Molloy no tradujo al español su tesis doctoral que publicó solo en francés por considerarla «un trabajo útil de historia literaria en tanto recoge material que no se había recogido antes» pero que «desde un punto de vista crítico» consideró no representativo del «tipo de crítica» que «quería hacer» (3). Extrema delicadeza para describir ese libro publicado en la prestigiosa editorial PUF en el que Graciela Montaldo ha leído el «sutil» e «iluminador» trabajo con los «archivos, con los documentos»: «un dispositivo complejo» (2021:153) armado alrededor de un tipo de asedio de los materiales en los que fue tan pionera como en los estudios *queer* (recordemos que su tesis fue defendida en 1967 y que su libro con Robert McKee Irwin es de 1988, es decir, antes de la explosión de los textos que circularán mundialmente como teoría —determinismos no deterministas que no le resultaban ni sorprendentes ni fueron ajenos a sus objetos de investigación: allí también fue pionera al leer «el archivo y la misma institución crítica» [Montaldo, 2021:156; Mendieta, 2021]).

Si se analiza el conjunto de su producción se advertirá que escribió en español sus novelas (cf. *En breve cárcel*, *El común olvido*, *Desarticulaciones*), notas de im–posible clasificación genérica (*Varia imaginación*), resultados de investigaciones cuyo carácter literario es indiscutible, más allá de que se trate de «crítica» (*Las letras de Borges*) o análisis que cruzan historia y crítica literarias (cf. Molloy y Siskind, 2006; Molloy, 2012) mientras escribió sus libros más «técnicos» (cf. Molloy, Castro–Klaren y Sarlo, 1992; Molloy y McIrwin, 1998) así como los más «téoricos» (1991) en la lengua dominante en su espacio de inserción laboral. A diferencia de Walter Mignolo (G1), no es un deseo de

ciencia lo que ha impulsado sus prácticas a pesar de contar con los capitales lingüísticos, simbólicos y sociales que, vigorizados por su inserción laboral, le hubieran permitido dar cauce a estos desarrollos.

Con radicalidad similar se inscriben las prácticas de Nora Avaro (G4): «En este trabajo es preciso saber leer y saber escribir. Si esas dos cosas no funcionan en simultáneo, no hay crítica literaria», sentenció [*2017*]. Desde una posición tan intransigente como implacable con toda forma burocratizada, escolarizada o técnica, defendió estos criterios que puso en práctica en sus cuidadas publicaciones. Una toma de posición facilitada por su inserción laboral en la universidad que la desobliga de los ritmos hiperproductivistas imperantes en el CONICET después de la primera década del siglo XXI.

También Nicolás Rosa (G1) defendió con persistencia el carácter literario de la crítica: «mi preocupación fundamental ha sido la elaboración (tarea plural y colectiva, ciertamente) de una *lengua crítica* lo suficientemente bella y lo suficientemente capturada por el objeto para que pueda justificarse por sí misma» (1982:261). Además de atravesar sus ensayos, esa idea recorrió sus presentaciones en congresos y entrevistas:

> En los reportajes que me hacen nunca nadie me dice «escritor», aunque lo único que yo hago es escribir. Me dicen «crítico», «teórico de la literatura» (...). En realidad, siempre que uno escribe elige un tema. Alguno escribe sobre el amor, otro, sobre la mujer y otro, sobre cualquier otra cosa, sobre un perro. Yo elijo escribir sobre lo que la alta cultura llama «libros» que han escrito los otros. Escribo, pero aparentemente, por la denominación que me dan, no soy un escritor. (1998:29)

En conversación con Max Hidalgo Nácher, Miguel Dalmaroni (G3) enunció una conjetura convincente respecto del modo en que Rosa utilizaba los términos de la «ciencia» para torcerle el brazo al cientificismo:

> Me parece que fue interesante en él el modo de la escritura crítica. Nicolás afectaba una posición pseudo–cientificista y mantenía una preocupación cuasi histriónica sobre lo que él llamaba lo epistemológico mientras desplegaba figuras críticas, en el sentido tropológico del término, sobre todo del 85–86 en adelante. Era, en fin, un tipo que se disfraza de científico, entra en el laboratorio y allí arma un desastre. Con esa cosa que tenía de la semiótica, la lingüística, lo epistémico, lo epistemológico, que era como una especie de armado para hacer eso que él buscaba... En ese aspecto, me parece un efecto crítico interesante y productivo para la gente inteligente que lo lee y que en un momento dado se da cuenta de la operación que está llevando a cabo. (Dalmaroni en Hidalgo Nácher, 2017:53)

No es solo el Noé Jitrik (G1) profesor universitario, crítico y escritor que integró la Asociación de escritores y el Pen Club de México quien se pronunció en el prólogo a *El balcón barroco*. Es también el teórico de la literatura que, desde arraigadas convicciones epistemológicas, éticas y políticas, problematizó la naturalización de la objetividad y sus protocolos como condición de la lectura: «no veo por qué el trabajo teórico o el trabajo crítico no pueden ser igualmente literarios, no entiendo la razón por la cual estos discursos deben ser recluidos en una neutralidad que parecería ser su condición» (1988:6).

Por su parte, Raúl Dorra (G1), discípulo de Jitrik y en conexión con él durante los largos años de su exilio mexicano, hizo confluir habitus científicos y artísticos desde una distancia crítica respecto de la colonización de las humanidades por las ciencias naturales y de la mercantilización de la producción del campo académico. En un pasaje del prólogo que anexó a su traducción de *De l'imperfection* de Algirdas–Julien Greimas observó esta conjunción. Nada menos que en la introducción a la versión en español del libro en el que Greimas vira del lenguaje técnico a la escritura sin abandonar la perspectiva semiótica en la que había venido trabajando, aunque reorientándola radicalmente hacia una estética que no excluyó la pretensión de construir una axiología, Dorra apuntó: «se trata de un libro que nos deja ver cómo el amor por la ciencia puede conducir naturalmente a la celebración de la vida y la belleza» (1990:15). Esta síntesis importa: la exploración científica (o dicho en otros términos, el deseo de ciencia) no supone la «comunicación» descuidada.

Varios años después, en conversación con Raquel Guzmán, Dorra conectó sus búsquedas como escritor y como investigador. Ambas atravesadas por su «relación afectiva con los textos» (2014:136): «nunca pude renunciar a ser un escritor (...); ese deseo de tener un estilo de escritura naturalmente se asocia a la necesidad de tener un estilo de pensamiento» (136). La escritura fue, para Dorra, una vía de exploración que, como tal, conduce hacia rumbos inciertos; muchos, insospechados antes de su emergencia. Desde este lugar cuestionó su representación como mera transcripción de un pensamiento previo mientras manifestó su desacuerdo con su formalización y su tecnificación gratuitas en aras de una supuesta neutralidad científica. Interesa que haya ejemplificado con un género altamente codificado como la tesis que, como bien observó Adriana Amante (G4), «no está condenada a ser un ladrillo» [*2018*]:

> Una tesis es al mismo tiempo una obra de arte y un género retórico. Muchas veces un estudiante tiene grandes dificultades porque se exige, o se le exige, un modo de expresarse, una manera de situarse frente a la página. Todavía hay gente que piensa que es más «académico» elegir un estilo impersonal, practicar una

> especie de ablación del yo, escribir como un notario; o por ejemplo, tener todo estudiado primero y escribir después, como si el escribir no formara parte de la investigación, no fuera una fuente de conocimiento sino un acto de rendición de cuenta. (Dorra, 2014:137)

En términos similares a como lo hará María Teresa Gramuglio (G1), fastidiada con la abundancia de «hojarasca» tanto en congresos como en publicaciones periódicas (cf. 2009), Dorra valoró la escritura asociada al desarrollo de un pensamiento desentendido de la urgencia por la presentación de resultados. Su crítica a la hiperproductividad y a la inutilidad tanto de repetitivos escritos en serie como de rutinarias y previsibles presentaciones a congresos (formato que encontraba agotado) lo llevó a valorar el tipo de publicación que la mayor parte de lxs investigadorxs del subcampo de los estudios literarios defienden: el libro. Ese objeto al que se rinden lxs agentes de todos los grupos, cualquiera sea su pertenencia institucional y más allá de lo que «cuenta» en la construcción de una carrera:

> Los docentes están cada vez más sometidos a los nefastos regímenes del neoliberalismo (...). Esto los lleva a hacer cosas profundamente inútiles, a esforzarse por producir determinadas cosas, a producir artículos innecesarios, en suma, a adaptarse a un sistema en el que fingir resulta más productivo que obrar responsablemente. Frente a ello no queda ahora otra cosa que la resistencia. (...)
>
> La institución del congreso se ha envilecido también; digamos que los congresos se volvieron un tráfico de certificados, lo cual es una muestra evidente de su decadencia. Hoy por hoy, leer una ponencia en un congreso no quiere decir nada, no significa nada. (...)
>
> Y lo peor es que hay que mostrar «productos» en plazos cada vez más breves, de modo que eso desalienta al que se propone un trabajo de largo plazo. Es previsible que cada vez veamos menos trabajos elaborados con tiempo y paciencia y largo tiempo de reflexión. Me pregunto qué sería de la vida de alguien que se propusiera escribir *Radiografía de la Pampa*, quién lo va a sostener, esperar, si dice que va a necesitar tiempo para el estudio y la reflexión, para juntar material, para hacer cotejos, para reescribir, etc. Tal vez le pidan fichas periódicas, tal vez lo obliguen a ir mientras tanto a congresos aquí y allá con ponencias (...) que leería con apuro para volver a su escritorio y retomar su tarea. (Dorra, 2014:142–144)

Ana Camblong (G2) fue un poco más allá en varios sentidos. Sus ensayos que solicitan la tendencia a situar como bárbarxs a todxs aquellxs que, aunque sostengan una verdad, se «exceden» en la forma, hacen temblar la

estandarización de los protocolos. Lenguas, tiempos y formatos de circulación de los resultados de investigación son interrogados desde una escritura constituida como garantía de firma dado el carácter inconfundible e inimitable de su tono:

> Recordemos con cervantina memoria que la estepa castellana impuso su humilde dialecto y, «como quien no quiere la cosa», lo fue convirtiendo en idioma del gran imperio allende los mares y aquende los reyes... Este proceso fue implacable con las lenguas aborígenes y con nuestros dialectos poscoloniales, a los que, hasta ayer nomás, la aristocrática y desesperada España le seguía gritando con arrogancia: ¿Por qué no te callas? (2014:127)

Camblong se despacha no solo sobre el parasitismo del inglés y el aplanamiento de la escritura sino que también observa otros colonialismos entre los que se cuentan los de los polos centrales sobre los periféricos (un juego de muñecas rusas que incluye a los centros de esta periferia que habitamos):

> La hegemonía omnímoda de la lengua imperial nos aprieta la garganta, nos inquieta, nos preocupa, porque pone en relieve nuestra indefensión semiótica ante la estrategia política planetaria de un *power point* que estampa sus puntos de apoyo en la creencia ciega y sumisa, propia de los tan denostados fundamentalismos. Digámoslo con justicia, no solo las religiones incurren en fanatismos. (126)

Plus d'un langue, sentencia Derrida. Camblong se pronuncia en el mismo sentido, pero desde un español entreverado con el guaraní. Una mezcolanza que pone de relieve el emplazamiento geocultural desde el que enuncia mientras desconcierta los protocolos del género académico (una «desubicación», palabra que sus textos repiten, convertida en bandera política): «*Y así les voy diciendo*, que este territorio, del que les hablo y desde donde hablo, mirado desde la metrópolis, queda *allá ité*, en la frontera exótica» (34).

Ajena a la solemnidad, llevó al extremo su posición en una suerte de texto–manifiesto usado como apertura del tercer número de la revista *Aquenó* que editó desde la UNaM. El eco de Macedonio resuena en su consternada interrogación del sentido de prácticas que abandonaron la exigencia de generar una «poética del pensar» (Jitrik, 1973:41). Saber de la circulación secreta a la que conduce una publicación en papel, sin ISSN (otro gesto que importa señalar) y editada desde una editorial universitaria situada en la periferia de una periferia no menoscaba ni el trabajo en la escritura ni el cuidado de los resultados (la presencia de un comité de referato integrado por Susana Romano

Sued, Sandra Contreras y Ana María Zubieta revela la preocupación por controlar los resultados desde más de un lugar, desde más de una mirada):

> Aquenó tenés el número 1
> Aquenó leíste a Proust
> Aquenó te importa la diseminación
> Aquenó llenaste el último formulario
> Aquenó le das bola a la transvanguardia
> Aquenó te alcanza para comprar libros importados
> Aquenó sentiste *horror vacui*
> Aquenó te asusta la página escrita
> Aquenó soportás las instalaciones
> Aquenó te gustó la «improvisación en tiempo real»
> Aquenó forcluiste tu trauma
> Aquenó te tatuaste una abducción
> Aquenó te bancás la glotopolítica
> Aquenó cambiás de género
> Aquenó te desterritorializás (Camblong, 2004:1)

En sintonía con este cuidado de la escritura y con una similar toma de distancia respecto de las «urgencias» por publicar, trabaja Julio Schvartzman (G2) para quien el crítico es «un lector que escribe su lectura»: «un escritor» [*2014*]. Congruente con esta máxima, sus publicaciones son de talante ensayístico. Su posición, sostenida en el tiempo, le valió no ingresar al CONICET en los años en que la institución, como da a entender, más que por los actuales parámetros de «productividad» sesgados desde la lógica de las ciencias naturales y de ciertas líneas de las ciencias sociales y humanas (cf. Sapiro, 2018), seguía parámetros de «objetividad» y de «neutralidad». Su relato ratifica los fundamentos para haber desoído los «consejos» de quienes evaluaron su pedido de ingreso a la que vez que refiere a los cambios en el organismo (el mismo acrónimo contiene más de un perfil, es decir, los que le fueron imprimiendo las políticas públicas de los gobiernos que asumieron la gestión del Estado intersectadas con las singularidades que se derivaron de las decisiones tomadas por quienes participaron de las comisiones asesoras disciplinares, renovadas parcialmente cada año):

> Intenté ingresar al CONICET en 1989, con referencias de Josefina Ludmer, Nicolás Rosa y Noé Jitrik, pero mi solicitud fue rechazada dos años después por una comisión presidida por Graciela Maturo y en la que estaban, entre otros, Olga

> Fernández Latour de Botas, Nélida Donni de Mirande y Oscar Traversa. Pesó en el dictamen (y es difícil de entender, y requeriría una explicación que descubriera la urdimbre de las instituciones estatales) el hecho de que mi labor previa, condenada por ensayística, no hubiera contado con becas. O sea, no una lógica costo–beneficio que concluyera con «Qué bueno, investigó de manera independiente, sin ningún estímulo oficial ni privado», sino una lógica parasitaria o de clientela, del tipo: «Sospechoso: qué se puede esperar, si investigó sin banca». Y en una frase insólita, los evaluadores consideraron: «Es ajeno a la cultura criolla y sus modalidades discursivas», para recomendar finalmente, al postulante, que «multiplique sus ángulos de visión a fin de quebrar el discurso "ensayístico" [las insondables comillas le pertenecen] que predomina en sus textos». ¡Aspirar, en la evaluación, al quiebre del discurso del evaluado! Lo estoy copiando tal cual, después de haber encontrado una polvorienta carpeta que busqué para documentar la respuesta. [*2014*]

El relato de Schvartzman hace serie con otros (cf. Zubieta [G2], Rodríguez Pérsico [G2], Porrúa [G4], Bombini [G4]) que vuelven sobre la misma época, es decir, al segundo momento del primer ciclo de la posdictadura (cf. Gerbaudo, 2016b). En todo caso, más de un CONICET.

Respecto de las actuales lógicas de evaluación y valoración de la producción por el organismo, varixs agentes manifiestan distancia crítica. Susana Romano Sued (G2), Investigadora Superior del CONICET, profesora de la UNC, escritora y agente clave en la dinamización de la investigación en su universidad, ha cuestionado las tendencias tanto a valorar casi exclusivamente artículos publicados en revistas indizadas (cuya única garantía es haber cumplido con métricas que de ningún modo suponen mayor visibilidad ni circulación de la producción) como a rechazar como «endogámico» lo publicado en el propio lugar de trabajo, sea bajo el formato que sea. Su pronunciamiento busca restituir una discusión razonada sobre cómo evaluar sin desatender nuestros estilos específicos de producción y circulación:

> No estoy de acuerdo con estas políticas. La producción de conocimientos no debe ser censurada por su locus, sino evaluada por su calidad. (...) Si la formación y la creación tienen lugar en el medio donde investigamos, pensamos, transmitimos, pienso que una publicación en el lugar constituye una devolución y una transmisión de lo que se ha generado en los intercambios y las transferencias que resultan de nuestras prácticas en las instituciones a las que pertenecemos. (2017a:53)

La producción de David Oubiña (G4) se desmarca de los estándares valorados por las «nuevas formas de la dependencia académica» (Beigel, 2016). Si bien

ha publicado en revistas científicas, prolifera la escritura en revistas culturales junto a libros premiados por organismos que promueven la práctica literaria. Los galardones recibidos son un indicador de su toma de posición. Por ejemplo, los que incluye en su currículum bajo el rótulo «Producción científica» solicitan los actuales criterios de valoración del organismo del que Oubiña participa como Investigador Independiente:

– Tercer Premio Nacional para *El silencio y sus bordes. Modos de lo extremo en la literatura y el cine*, David Oubiña, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011.
– Premios Nacionales (Producción 2010–2013), Secretaría de Cultura de la Nación, 2014. Diploma al mérito a las cinco figuras destacadas del decenio 2004–2014 en la categoría *Ensayo de arte*. Fundación Konex: Letras, 2014.
– Primer premio para la revista *Las Ranas* en el «Concurso de subsidios para revistas culturales publicadas en papel». Fondo Nacional de las Artes, 2011.
– Premio «Manuel Mujica Lainez» para la revista *Las Ranas* como la mejor revista de arte del año 2005. Asociación Argentina de Críticos de Arte, 2006.
– Primer premio de creación literaria (categoría ensayo) del Fondo Nacional de las Artes 1999 para *Filmología (Ensayos con el cine)*, David Oubiña, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2000.
– Mención Especial de TEA al mejor libro del año 1993 para *De cómo el cine de Leonardo Favio contó el dolor y el amor de su gente, emocionó al cariñoso público, trazó nuevos rumbos para entender la imagen y algunas otras reflexiones*, David Oubiña y Gonzalo Aguilar, Editorial del Nuevo Extremo, Buenos Aires, 1993.
– Premio de Proyecto al Sur (Fundación Interdisciplinaria sobre el proceso creador) para *Fantasías animadas (sobre* Groucho y yo*, de Groucho Marx)*, 11º Coloquio internacional «Autobiografía y escritura», Buenos Aires 6, 7 y 8 de agosto de 1992.

Sus fundamentos se anudan a sus años de formación. Así, de sus maestrxs destaca prácticas realizadas por fuera del circuito universitario: los nombres que hace caer juntos traen las intervenciones de Enrique Pezzoni en la revista *Sur* junto a sus traducciones, la escritura literaria de David Viñas y de Noé Jitrik, las operaciones de Sarlo en el mundo editorial. Vale la pena detenerse en un adjetivo que remite al mundo de la economía, pero para exaltar, justamente, un valor que hoy no rendiría en la bolsa de valores del campo científico: cuando Oubiña habla de «riqueza», habla de potencia heurística, política, teórica y escrituraria de una intervención intelectual. En su valoración hay también una comparación implícita que deja entrever la importancia de una formación que no se limite a la acreditación universitaria: «Todos esos

profesores eran académicos; pero, a su vez, tenían una experiencia por fuera de la academia que los hacía mucho más ricos, ya que tenían todo un conocimiento que no se limitaba al *cursus honorum* universitario» [*2018*]. El modelo intelectual que Oubiña construye a partir de sus prácticas discute el perfil de investigador.a.e que modelan los actuales criterios de evaluación del CONICET y que resisten las universidades (Beigel y Baranger, 2019).

Diego Peller (G4) toma distancia de los ritmos cada vez más competitivos de una «carrera» profesional en estudios literarios. La tensión entre el acreditar/aprender que desliza se repite en varias consultas con agentes de los G4 y G5 («cansancio» es otro significante iterado: agentes abrumadxs por un ritmo que lxs excede y frente al cual algunxs, deliberadamente, dicen «no» desde una posición que pareciera haber traducido en las decisiones del día a día, las máximas y las alertas de quienes previenen respecto de las «políticas de resignación» [Forster, 2018:11] mientras que otrxs parecieran haberse convencido de que «las cosas son así» y no habría nada que pudiéramos hacer, lo cual nos pondría a pocos pasos del mentado «fin de la historia» machaconamente anunciado por Francis Fukuyama y continuado de modo más sutil e inteligente por otrxs pensadores que no intranquilizan los «imperativos de rendimiento» que nos atraviesan [cf. Alemán, 2018:146]):

> Veo que los estudiantes de hoy están mucho más «profesionalizados», ya al inicio de sus estudios de grado empiezan a ir a congresos de estudiantes, a publicar, empiezan a «juntar papelitos» para una futura carrera académica. No termino de decidir si eso es mejor o peor, pero en todo caso es algo que me impresiona mucho. Mi recuerdo es que yo, al menos durante el grado, era mucho más ingenuo: me dedicaba a estudiar, a leer, quería «aprender», «saber más», ese era mi horizonte de expectativas. Solo hacia el final de la carrera empecé a pensar en cuestiones más ligadas a los comienzos de una carrera académica. [*2015*]

La tensión entre el ritmo exigido por las condiciones actuales de profesionalización y el tiempo que exige la escritura de los resultados de las investigaciones que cierran diferentes momentos de la vida profesional (licenciatura, doctorado, etc.) atraviesa su relato que, en algunos pasajes, insinúa la oposición vida/trabajo y también trabajo profesionalizado en pos de una carrera/otros trabajos:

> Hice el CBC en 1994. La Licenciatura en Letras entre 1995 y 2002. Y el Doctorado entre 2004 y 2012. Todo me llevó «más tiempo» del que se considera «ideal», en parte porque, mientras tanto, fui viviendo, trabajé, me mudé varias veces, me casé, tuve a mi primer hija, y una larga lista de etcéteras. Pero también porque,

> aunque una parte de mí me decía que tenía que apurar los tiempos (para finalizar mi tesis, para ingresar a CONICET), otra parte se empecinaba con una lectura más, una vuelta de escritura más, una corrección más. «La forma cuesta cara», como decía Paul Valery. [*2015*]

La valoración crítica de pérdidas y ganancias ligadas a la decisión de seguir la carrera de investigador con sus actuales parámetros se reitera: como Giordano, Aguilar, Oubiña y Crespi, Peller rechaza la valoración de lo que el CONICET considera publicación relevante para ser admitido en el organismo. La tensión entre revistas culturales y revistas científicas indexadas atraviesa un subcampo escindido entre los protocolos del arte (incluida la literatura) y los de la ciencia:

> Tuve una beca del CONICET entre el 2008 y el 2010. Después de finalizar el doctorado en 2012, me presenté una vez a carrera, no demasiado convencido de si realmente quería entrar, en caso de ser aceptado. Básicamente, porque entrar a carrera significaba renunciar a otros trabajos que tengo en el sector privado que me reportan un ingreso superior, pero también porque la condición de «investigador full time» no terminaba de convencerme. Aunque el informe de evaluación de CONICET fue en general muy atento y muy positivo en lo que hace a la evaluación de mi trayectoria y de mi proyecto (fue realmente un placer leer el informe porque era evidente que quien lo hizo había leído atentamente mis cosas), mi presentación fue rechazada porque tenía «muy pocas publicaciones en revistas de tipo A–1», o algo así, publicaciones internacionales indexadas con referato. Eso me ayudó a terminar de darme cuenta que, al menos en este momento de mi vida, no me interesa mucho «jugar ese juego», un juego en el que, por ejemplo, mis reseñas y artículos publicados en una revista como *Otra Parte* «no valen» o «no suman» porque la revista no está indexada. [*2015*]

El diagnóstico de Facundo Nieto (G4) es rotundo y sintetiza una posición actuada por buena parte de lxs agentes de la muestra. Su argumentación, desprendida del punto de nuestro cuestionario respecto de «conexiones internacionales», arroja una «señal» (Socolovsky, 2019:13) a atender en términos del sentido de nuestras prácticas y de lxs destinatarixs de nuestra producción: enfocada sobre su área específica, su respuesta solicita el sentido de la inversión estatal en ciencia y educación en función de sus resultados, ya no medidos desde una circulación internacional sino a partir de una incidencia en prácticas situadas en el espacio nacional y/o local. Asunción en sintonía con la de Fernanda Beigel que se ha pronunciado respecto de la importancia de atender al «impacto social» de lo que producimos mientras propuso una «reorientación

de la ciencia hacia las necesidades de la comunidad» (su planteo desplaza la obsesión alrededor de la revista indexada y, en nuestro subcampo, de un declamado más que factible «impacto internacional» [cf. Beigel, 2022]):

> No formo parte de redes internacionales de investigación e intercambio. En algún lugar, Beatriz Sarlo dijo: «yo soy una persona de cabotaje» («Encuentro más percepción de verdad en la literatura que en la etnografía», 2008), solo que en mi caso esto es real. Por una parte, no estoy particularmente interesado en publicar en revistas internacionales o indexadas y afortunadamente no trabajo en instituciones que me lo exijan (por ahora). En este sentido, prefiero que mis trabajos —sobre todo los más metodológicos, los que desarrollan propuestas de intervención— puedan llegar a un lector docente relativamente cercano. Ese es el tipo de lector que imagino cuando escribo; me interesa que un artículo mío le pueda servir al que está trabajando en una escuela, o a un formador de docentes o a un docente en formación. Por otro lado, más allá de mis intereses personales, tengo la impresión de que la Didáctica de la Literatura es una disciplina muy afincada en un territorio. Es cierto que, a diferencia de quienes hacen etnografía, no creo que haya que analizar y formular propuestas didácticas para las prácticas que se realizan en Villa Urquiza el tercer trimestre de este año, pero sí creo que los problemas de la didáctica son propios de un territorio; de ahí la dificultad de establecer redes con investigadores extranjeros que están pensando en problemáticas bastante ajenas a las nuestras. [*2018*]

La posición de Nieto sobre el CONICET se toca en más de un punto con las de Julio Schvartzman (G2), Daniel Link (G3), Graciela Goldchluk (G3), Leonardo Funes (G3), Gustavo Bombini (G4), Marcela Croce (G4) y Paola Piacenza (G4). Así como Nieto subraya su «sobrevaloración», Link observa la promoción de una lógica que, entiende, no favorece a las humanidades: «El CONICET ha hecho, hace y seguirá haciendo mucho daño al área de las humanidades, fomentando el trabajo individual de gabinete» [*2015*]. Desde una pose cercana a los «no entiendo» de Ludmer, Marcela Croce se despacha con una crítica radical: «Nunca entendí la lógica del organismo» [*2018*].

Desde un lugar más moderado, Leonardo Funes observa, por un lado, la necesidad de promover «la investigación en equipo»: «la investigación en literatura tiende mucho al trabajo individual. Eso crea una atomización muy grande y, a veces, la superposición infinita de trabajos» (Funes, 2010). Por el otro, cuestiona un modelo que, si bien permitió consolidar el «hábito de la investigación», al hacer foco en la «generación de resultados», terminó generando «cantidad de trabajos mediocres» (Funes, 2010). Esta posición se ratifica

en un texto firmado junto a Miguel Vedda (G3), Américo Cristófalo, Miguel Vitagliano y Martín Ciordia. Lo que se cuestiona es «la imposición del mandato eficientista angloamericano del *publish or perish*» dado que su efecto ha sido la «proliferación burocrática de balbuceos irrelevantes o infinitas reverbalizaciones de lo archisabido» (2011:184).

Por su parte Piacenza evoca un episodio desencadenado en los inicios del último ciclo de expansión de la ciencia y de la educación. Un ciclo que hoy resulta simple reconocer como tal, aunque no entonces: en un país transido por la inestabilidad de sus políticas públicas, renunciar a un empleo por haber obtenido un estipendio del CONICET teniendo que afrontar sola la crianza de un hijo era una exigencia con ribetes complejos. Su cuento alude también a cierta desproporción entre, por un lado, el seguimiento del compromiso firmado con el organismo y los resultados obtenidos gracias al estipendio otorgado y, por el otro, el seguimiento de la incursión en incompatibilidad. Además se cruzaron en este caso cuestiones de género que, para aquel CONICET, pasaron desapercibidas:

> El Doctorado en Humanidades y Artes (mención Literatura) lo comencé con una Beca Doctoral del CONICET en el 2003 otorgada por dos años. Fue la primera edición de Becas Doctorales del período de desarrollo del sistema de investigación durante el gobierno kirchnerista. Ingresé en la categoría de «hasta 32 años con una Maestría». Se me renovó en el año 2005 pero tuve que renunciar en el año 2006 por incompatibilidad. En principio, la beca exigía exclusividad y solo admitía una dedicación simple en la universidad. Yo era consciente de ello y licencié algunos de mis cargos y renuncié a otros, con excepción de mis horas en la escuela media. Falté a ese compromiso que conocía por razones económicas y porque era una práctica histórica de generaciones de becarios, especialmente de quienes no teníamos condiciones familiares (o vinculares) que nos protegieran de quedar sin empleo al finalizar la beca. De hecho, la Facultad de Psicología en el año 2005 no renovó la designación a todos los becarios que estaban con licencia y tuve que luchar, sin ningún tipo de colaboración por parte del CONICET por mi reincorporación (yo para entonces era docente desde hacía dieciséis años). En el año 2014 el CONICET me solicitó el reintegro del monto total de la beca, más las costas judiciales e intereses devengados en casi diez años, a pesar de haber haberme doctorado en el 2012, de haber realizado y aprobado los informes oportunamente por los que el propio organismo me renovó la beca; es decir, haber cumplido con todo excepto con lo administrativo. Una desmesura kafkiana. Meses después de haber pagado al CONICET, me llamaron por teléfono para preguntarme si yo había presentado mi tesis. Cuando les aclaré mi situación y les pregunté si era una

> broma, me explicaron que gran parte de los becarios no se doctoraba y que ellos llevaban mal el control. [*2018*]

Sin haber pasado por una circunstancia tan extrema aunque no poco preocupante dado el borde con el desempleo, Graciela Goldchluk (G3) agrieta la mansa aceptación de dictámenes de comisiones mientras, a partir de una lectura crítica de sus propias decisiones, revisa la inercia con que se suele renunciar a un trabajo para no entrar en «incompatibilidad»: la metáfora del «subibaja» [*2014*] usada para aludir al dictamen de la comisión que evaluó su pedido de ingreso a carrera expresa su punto de vista (cf. Anexo 3, Entrevistas, Goldchluk).

Luciana Martínez (G5) toma distancia de los criterios actuales de evaluación del organismo. Mientras fija su posición, alerta tanto sobre su alto impacto (acá sí uso la palabrita) en la modelación de las prácticas académicas como sobre su mansa adopción por «gran parte» de lxs agentes:

> Se comenzó a llevar a cabo (y, lo que es peor: se legitimó como tal en gran parte de la comunidad académica) un tipo de producción intelectual extremadamente ligada a las lógicas de producción neoliberales. La lógica de la «experticia», la publicación a destajo de resultados preliminares, la evaluación constante de resultados, la diagramación de proyectos con características que se ajustan a las demandas de otros campos, la exigencia de publicación en formato *paper* (en desmedro de la forma propia de la disciplina: el ensayo) en revistas académicas que cumplen criterios de «excelencia» según los índices internacionales, etc., vienen destruyendo la dinámica propia de los estudios en teoría y crítica literarias. [*2018*]

Carolina Rolle (G5), profesora en la UNR y en la UNL y actual directora de Beatriz Viterbo, evalúa como una suerte de liberación el no haber ingresado a la carrera de CONICET en sus postulaciones de 2016 y 2017: «no ingresar me dio la libertad de manejar los tiempos para mis investigaciones» (2020). Adriana Astutti (G4), anterior directora de Viterbo, aparece como su modelo intelectual: «de algún modo es lo que hacía Adriana. Intenté dos veces. Luego decidí privilegiar otras cuestiones: el trabajo editorial que lleva mucho tiempo, la docencia universitaria» (2020). Importa reponer el comentario que deslizó sobre el asunto a propósito de una publicación de la que estaba orgullosa de haber participado: «Dejar CONICET me permitió estos gustos: publicar en revistas que yo valoro. *Separata* con Fantoni y Armando de directores es un lujo: una revista que contribuye plenamente a los estudios en las artes visuales. Para mí fue un orgullo que me invitaran y ya no tengo que fijarme si es o no tipo I» (Rolle, 2022b). Que Rolle atesore como talismán un mail de Daniel Santoro

donde el artista no solo le agradece su lectura sino que se la pide para ser incorporada en un catálogo es un indicador del tipo de «impacto» que le importa.

En 2016, Rafael Arce (G5) armó la revista *Präuse* junto con un grupo de becarios y de graduados de la carrera de letras de la UNL: «la idea era hacer una revista no académica para poder publicar las cosas que no entraban en revistas académicas» (2020). *Präuse* prescinde de los protocolos actuales de las indizadas. Sus secciones hospedan formas no ortodoxas de escritura dentro de géneros establecidos: «Teratologías» para los ensayos; «Hoy come Borges en casa» para entrevistas; «Exhumaciones» para el rescate de textos; una sección para literatura en la que escriben, entre otrxs, los integrantes del colectivo, y «Paracaidistas», destinada a invitadxs especiales.

El asunto es controversial. Hay escritorxs que investigan en el CONICET que se pronunciaron críticamente sobre sus lógicas de evaluación actuales mientras que otrxs encontraron en este organismo el espacio para desplegar un tipo de producción regida por otros parámetros respecto de la literaria sin que el contraste resultara problemático. Tal es el caso de María Rosa Lojo (G3): «Llevo treinta y tres años en el CONICET como Investigadora de la Carrera y seis años, previos, como becaria. Es mi institución de referencia y sin duda, el eje vertebrador de mi vida intelectual académica», señaló [*2017*]. En otro pasaje de la misma entrevista, describió su recorrido profesional distinguiendo las prácticas científicas de las literarias sin intersectar las lógicas de espacios institucionales diferenciados (nótese que su actividad como profesora no está en el centro de su relato: Lojo enseñó en el posgrado de la Universidad del Salvador en un momento tardío de su carrera; institución donde también se dedicó a la gestión editorial): «Mi carrera se centró en particular sobre la investigación y la escritura de libros», observó desde un relato exento de valoraciones que denotaran conflictos [*2017*].

Esta separación se expresó en su lectura de *Breve historia de la literatura argentina* de Martín Prieto (G4). Las diversas interpretaciones de este libro dejan entrever la tensión entre habitus del campo literario y del campo científico. Defensora de su distinción, Lojo cuestionó el sincretismo de sus protocolos:

> El unipersonal trabajo de Prieto supone en algunos aspectos una exasperación individualista (...) que afronta incluso el riesgo de caer fuera del ámbito académico. No por una incompatibilidad de lenguaje (la academia puede utilizar también un estilo claro, ameno e incluso por momentos humorístico, como el de este libro), sino por razones de método. Mientras que la metodología académica supone la descripción rigurosa de un objeto, la prueba de hipótesis y la matizada cautela en los juicios de valor, la *Breve historia…* resulta en exceso proclive a las sentencias

> sin apelación o a las apologías taxativas (...). Se acerca así peligrosamente al *Diccionario de autores latinoamericanos* (2001) de César Aira, a quien admira y cita con asiduidad como referencia crítica. Claro que el *Diccionario…* de Aira puede leerse desde un lugar individual y aporta para construir su «personaje» de escritor provocativo; en cambio, la solapa de la edición nos informa que Martín Prieto (además de poeta y autor de una novela) es profesor de Literatura Argentina en la Universidad Nacional de Rosario. (2006)

Repitió su argumento al pronunciarse sobre los criterios usados al ordenar la bibliografía: «La bibliografía general de autores (...) mezcla creadores y críticos, registros que sería importante diferenciar» (2006).

Allí mismo donde Lojo encontró debilidad, Panesi (G2) encontró potencia: mientras se desmarcó de puntos de vista que se quieren «universales, atemporales y unánimes» (Lojo, 2006) por encontrarlos tributarios de «los criterios de objetividad y neutralidad», defendió la «apuesta» de escribir «una historia literaria de la literatura (no sociológica o política o cultural» (2006b:54). Una «narración literaria» que no se escudó en las supuestas garantías que ofrece el seguimiento de una metodología científica para apoyarse en el cuento que se cuenta. Una operación que revela «la consideración o el deseo por el lector» (54). Lectorxs de literatura argentina que no necesariamente son lxs críticxs de literatura argentina o que, en todo caso, serían lxs críticxs «en un estado ideal de vacaciones» (54).

Panesi detectó, ya en 2006, una posición que Prieto sostendrá hasta el presente. Así por ejemplo, en el Primer Seminario Interno del IECH (unidad de doble dependencia universidad–CONICET de la que Prieto forma parte) celebrado en Rosario el 7 de diciembre de 2017, presentó un texto ineludible para el punto que aquí se está analizando. En menos de diez minutos destruyó un libro entonces apenas publicado que seguía un estilo tesis–académica–convencional al que opuso la entonces también reciente traducción de uno de Ivan Jablonka que, más allá de sus logros concretos en la práctica, espejaba sus supuestos respecto de la relación entre escritura e historia (la posición de Jablonka se anticipa desde su título: *La historia es una literatura contemporánea: manifiesto por las ciencias sociales*). Prieto actuó, no solo allí, una posición: la del escritor que interviene en el campo universitario sin plegarse a los protocolos del campo científico que juzga estériles para el tipo de operación que le importa sobre la literatura. Una operación que exige producir un movimiento equivalente al del texto sobre el que se vuelve cuando se lo convierte en objeto de estudio:

> Un crítico literario es, debería ser, un erudito en una materia específica, absolutamente discreto con relación a esa erudición, con máxima voluntad de que

> sus observaciones, anotaciones, estudios, sean vistos y apreciados por la mayor cantidad de lectores que compartan su misma afición. Y que escribe muy bien. Tan bien, preferentemente, como están escritos los objetos que trata. [*2017*]

Catorce años después de publicada su no tan *Breve historia…*, escribió una tesis doctoral que repitió este y otros gestos. Esos que había advertido otro escritor, Aníbal Jarkowski (2019) al destacar la potencia heurística de las «dos perspectivas de análisis» declaradas en ese libro: «privilegiar la irrupción de aquellos textos que suponen un cambio en la escritura y la lectura de una época» es una decisión acompañada de otra, mucho más exigente. Esa que en su tesis lo llevó a repasar errores y aciertos en ese trabajo en el que se involucró desde sus inicios, a saber: ese cambio tiene que estar «acompañado por una productividad hacia delante y hacia atrás en el tiempo» ya que «un texto verdaderamente nuevo no sólo condiciona la literatura que se escribe y se lee después de su publicación, sino que obliga a reconsiderar la tradición y reordenar el pasado». Jarkowski pudo entrever allí los movimientos claves de la tesis entonces por–venir (un texto que, además de inteligencia, tiene el tono agradecido de quien encontró en esos trabajos un aporte insinuante no solo para leer la literatura argentina sino también para enseñarla).

Esa tesis se editó en una universidad pública cuya editorial lo libró de las constricciones mercantilistas que lo habían llevado a desplazar el título *Una historia de la poesía argentina* (tal como aparecía en sus seminarios de 1994) por *Breve historia de la literatura argentina*. Beatriz Sarlo (G1) y Sergio Delgado (G4), parte del tribunal examinador, valoraron sus decisiones metodológicas que, avaladas por la firma de Nora Catelli (G2) como directora, ratificaron su posición: sin apartados dedicados a «marcos teóricos» o «estados de la cuestión», Prieto los desplegó en el cuento que contó mientras reescribió su historia de la literatura argentina, en esta ocasión, a propósito de Saer.

No es un dato menor que ese cuento haya incluido, otra vez, apuntes sobre luchas contenciosas con–fundidas con notas de terreno: ¿qué margen da trabajar desde los márgenes? ¿Qué efectos generan las prácticas movilizadas desde los centros? Prieto evocó la libertad para experimentar que encontraba, entre fines de los ochenta y principios de los noventa, en la UNCom, donde comenzó su carrera como profesor universitario, frente a cierta perspectiva sostenida, en ese entonces, por un profesor de la UNR que enseñaba también en la UBA, es decir, en dos de las instituciones que, por aquellos años, se disputaban el centro del subcampo en esta línea específica. Las historias de la literatura argentina que ensayó (cf. Prieto, 1996, 2006, 2021a) cometen el doble sacrilegio de reponer ese género otrora denostado mientras se desentienden de los

protocolos científicos seguidos por buena parte de lxs historiadorxs «acreditadxs», a saber: 1) arriesga lecturas que abarcan grandes períodos y que rubrica con su sola firma; 2) pone en acto la equiparación entre historiar y narrar; 3) emplea materiales heterodoxos (relatos testimoniales usados como fuente junto a cartas, apuntes de planificaciones de clase, transcripciones de conversaciones telefónicas, intercambios de WhatsApp) articulados desde una lógica que entrevera el «dato» con el «cuento».

La búsqueda «literaria» de Prieto se inscribe en un patrón del campo. Otrxs profesorxs universitarixs que también son escritorxs y algunxs, investigadorxs del CONICET, defienden una lógica de producción en esta línea. Entre lxs incluidxs en esta muestra y que pertenecen a los grupos más afectados por la intensificación de las grietas entre los campos literario, universitario y científico, es decir, entre lxs agentes de los G3, G4 y G5, se cuentan Daniel Link, Sara Bosoer, Silvio Mattoni, Martín Kohan, Marcelo Casarin, Fabián Iriarte, Denise León, Sergio Raimondi, Ana Porrúa, Sergio Delgado, Edgardo Dobry, Marcelo Díaz, Maximiliano Crespi, Guadalupe Maradei, Irina Garbatsky, Juan Mendoza, Diego Bentivegna, Cristian Molina, Carlos Surghi y Diego Vigna. El patrón que trazan las prácticas de estxs agentxs tendría, en principio, estos rasgos comunes: 1. ritmo de producción marcado por el logro de una escritura que contrafirme (cf. Derrida, 1984); 2. distancia crítica respecto del proceso de burocratización del conocimiento verificada no solo por las asunciones discursivas sino, en especial, por las prácticas.

Señalemos, no obstante, que la distancia respecto de las lógicas del campo científico tiene sus matices. Martín Kohan (G4) respondió con brevedad y firmeza en el punto de nuestro cuestionario que alude a esta cuestión. Sin titubeos, afirmó: «nunca me presenté a CONICET, no he deseado ser investigador» [*2016*]. Carlos Surghi (G5) me ha señalado con un humor no exento de preocupación «que pare un poco con los gráficos y las estadísticas»: «Nos van a echar del CONICET a los que hacemos *otra cosa*»,[53] alertó en 2017 luego de una presentación de algunos resultados preliminares de este trabajo. Su

53. En una consulta posterior, Surghi aclaró: «esa idea de la *otra cosa* no es en realidad algo que no se sabe qué es en relación a lo conocido (...); me quise referir a lo que tiene un proceso de validación totalmente distinto a los que se venían imponiendo». Frente a las lógicas del productivismo y del impacto, Surghi insiste en la «morosidad» de lo que se fabrica desde el subcampo de los estudios literarios así como en las «estrategias» que se vuelve necesario poner en funcionamiento en el plano directo de la «escritura» tanto para hacer circular lo producido como para acreditarlo (Surghi, 2021). En otra consulta, más reciente, su posición se ratificó: ante un comentario que desplegué respecto de nuestros ritmos vertiginosos, replicó con un seco y contundente «yo no» (Surghi, 2022).

exhortación se pronunció en un contexto de desfinanciamiento de la ciencia y de avanzada de los parámetros de evaluación estandarizados por la «globalización académica neoliberal» (Bathyány, 2020).

Fue en aquel momento cuando, sintomáticamente, empezaron a publicarse la serie de diarios de Facebook de Giordano (G3). El pasaje del ensayo al diario como lugar de exploración intelectual a partir de la literatura es el camino que Giordano encontró para mantener viva la escritura frente a las constricciones institucionales del campo científico. Su producción registra un constante juego de bucles extraños: la escritura de ensayos mientras investigó acerca de los modos del ensayo; la producción de diarios mientras investigó los diarios de lxs escritorxs. En su respuesta al cuestionario que instrumentamos para todxs lxs agentes de la muestra, los criterios institucionales de evaluación friccionan con la experimentación literaria. Esa que lleva adelante desde una escritura de borde que destartala tanto al género «diario» como al ensayo ya que, más que «una práctica de intimismo», no habría en sus textos sino la «prosecución del ensayo por otros medios» (Giordano, 2020c), además de un ejercicio creativo de resistencia contra la idolatría de los protocolos traducidos a «métricas» que son las que terminan dirimiendo qué cuenta y qué no de lo producido en el campo científico:

> El crítico literario es aquel que experimentando con la forma del ensayo busca entrar en diálogo con la literatura. En el caso del crítico literario que ejerce su oficio en la universidad, intervienen las teorías, los saberes especializados: se dialoga con estos y con protocolos institucionalizados. El problema interesante que nunca se resuelve es cómo mantener ese diálogo activo con la literatura a través de la forma del ensayo en contextos académicos que no son tan permeables, que a veces son reactivos. El crítico literario sería aquel que busca cómo articular su experiencia como lector con un horizonte teórico, sabiendo que no hay articulación directa. [*2017*]

La superposición con la figura de Barthes es constante: en sus vueltas sobre el libro en el que sitúa el origen (se sabe, siempre ficcional, como el propio Giordano aprendió de Derrida) «de todo» lo relativo a su vida profesional, encuentra una definición ampliada de crítico que incluye las prácticas de escribir, enseñar, investigar, polemizar: «*Crítica y verdad* que es el [texto] con el que empezó todo, me gusta mucho porque es el libro de un ensayista pero también de un investigador, de un profesor, de un polemista que son todas figuras que para mí convergen en el crítico» [*2017*].

La forma en que Giordano resuelve las demandas diferenciales de la crítica, del trabajo como profesor universitario y como investigador es vía la escritura

literaria combinada con la dosis mínima requerida de textos acreditados en revistas «científicas». Así, desde *El tiempo de la convalecencia. Fragmentos de un diario en Facebook*, incurrió en una estrategia sacrílega: transformó en libro los contenidos puestos a disposición un tiempo antes en Facebook. La editorial elegida para los tres primeros fue Iván Rosado, especializada en literatura; el último se publicó en una cartonera que pone en circulación literatura y textos de divulgación científica desde un espacio institucionalizado entre una universidad pública y el CONICET. Su operación pone en acto algo que anunciaba, al menos desde *Una posibilidad de vida*, aunque en un estado entonces «por–venir», es decir, sin saberlo aún. Si seguimos los cuentos de *Los domingos del profesor*, encontramos que la escritura literaria había estado operando desde mucho antes, inhibida por la irrupción deslumbrante de las grandes firmas que llegaron incluso a ponerle identidad a sus años de vida con-fundidos con los profesionales y los institucionales («sus» llamados «años Aira»). Al menos aquí, campo literario, universitario y científico se intersectan desencadenando una respuesta tan productiva como díscola ya que, desde un nuevo bucle, solicita desde la imaginación crítica la lógica de productividad hegemónica. Una forma de tramitar el desacuerdo con un estado de las cosas.

Es oportuno detenerse en lo que acontece con los estudios clásicos, medievales y los filológicos especializados en ecdótica por tratarse de líneas de investigación altamente internacionalizadas en un subcampo nacional donde los estudios de su literatura tienen un rol preponderante en el marcado de su agenda. Como vinimos observando, en el delineado de la dinámica del subcampo cuentan, aunque con peso diferencial, por un lado, la toma de posición de lxs agentes, sus fantasías de intervención y su posición en el subcampo; por el otro, la lógica y los protocolos dominantes en la línea de investigación de la que participan y su lugar en el subcampo; por último, la lógica y los protocolos dominantes en las instituciones en las que trabajan. Un juego complejo de determinismos no–deterministas que, por esto mismo, dejan margen para las luchas por la transformación del estado de las cosas.

Leonardo Funes (G3) criticó el modelo hiperproductivista a la vez que se pronunció a favor de una distinción entre «investigación literaria» y «crítica literaria». El eje desde el que trazó la demarcación fueron los protocolos de la práctica: «la investigación literaria pretende principalmente la construcción de conocimiento acerca de un objeto sobre la base de ciertos protocolos científicos que validan el sustento de aquello que se dice de los textos» (Funes, 2010). Más allá de la afinidad con una autofiguración reciente de Sylvia Saítta que se definió como «investigadora» más que como «crítica» (2022b), importa retener al run–run de campo que se oye en esta diferenciación y sus derivas.

Respecto de los estudios clásicos, Eleonora Tola (G4) subrayó «el origen y el desarrollo fundamentalmente europeo de la especialidad» y deslizó la necesidad de manejar varias lenguas si lo que se busca es insertar la producción en ese campo transnacional [*2018*]. El carácter exiguo de la muestra impide determinar si, respecto de los estilos de producción y publicación de los resultados de investigación, los estudios clásicos son al subcampo de los estudios literarios lo que la economía y la psicología (y ciertas líneas de la sociología y la antropología) a las ciencias sociales y humanas (Sapiro, 2018:60). Hay una comparación que Guillermo De Santis (G4) realiza de los estudios clásicos con las «ciencias duras» [*2015*] que, si bien es a propósito de otro asunto, dispara esta hipótesis exploratoria que envía tanto a los próximos volúmenes de esta serie (ciertas líneas de los estudios lingüísticos y de los semióticos parecieran converger con esta toma de posición) como a los análisis por–venir con una muestra recortada específicamente sobre estudios clásicos que permita precisar sus estilos de circulación.

Respecto de lxs filólogxs especializadxs en ecdótica, cabe atender a las reservas que María Mercedes Rodríguez Temperley (G4), pone a las actuales exigencias de productividad y rendimiento. En una consulta, casi a modo de bucle extraño, ratificó la importancia de estudios como el que aquí desarrollamos si es que estos contribuyen a visibilizar un problema y a intervenir en su resolución: «En todos los ámbitos trato de explicar esta situación de la mejor manera posible porque creo que hay que saber respetar las características constitutivas de cada disciplina (no hay peor desigualdad que tratar por igual las cosas desiguales)» (2022).

Es importante remarcarlo: a pesar del carácter exiguo de la muestra, estas declaraciones de Rodríguez Temperley unidas a las Lidia Amor (G4) y a las de Maximiliano Soler Bistué (G5), por un lado, y a las de Tola (G4), por el otro, se robustecen al intersectarlas con los resultados finales respecto de los estilos de producción y de publicación en ciencias humanas y sociales derivados del proyecto INTERCO. Constatar que estos estilos difieren, no solo de una disciplina a otra sino entre líneas específicas de una misma disciplina, es un resultado primordial en tanto permite intervenir en la discusión de las formas actuales de evaluación de los estudios literarios, puntualmente, desde el CONICET.

En primer lugar, en su análisis de las lógicas de diseminación internacional de las ciencias sociales y humanas, Gisèle Sapiro y Hélène Seiler–Juilleret (2016) aportaron conclusiones nodales para solicitar y complejizar los criterios de evaluación vigentes en organismos científicos, a saber: 1. mientras describen el carácter diferencial de las lógicas de diseminación de las ciencias naturales, por un lado, y de las ciencias humanas y sociales, por el otro, subrayan la

necesidad de que estos «modos específicos sean tomados en consideración al momento de desarrollar mecanismos adecuados» de evaluación institucionales; 2. mientras destacan la «diversidad lingüística como un valor epistemológico añadido» frente a la indiscutible hegemonía del inglés como lengua de comunicación internacional de la ciencia, señalan la importancia de la «publicación en lenguas nacionales como una condición para llegar a una audiencia no–académica» (el énfasis en que los resultados de las investigaciones en ciencias sociales y humanas puedan ser utilizados por «ciudadanos comunes» importa ya que hace eje en sus usos sociales, más allá de la circulación entre pares); 3. observan que «el libro tiene un rol mayor en la difusión del conocimiento en ciencias sociales y humanas» que en el resto de las ciencias.

La insistencia de Seiler–Juilleret y de Sapiro en la necesidad de multiplicar investigaciones como las ensayadas por el proyecto INTERCO se sustenta en un argumento convincente: solo los estudios de la producción de ciencias sociales y humanas en sus contextos sociohistóricos arrojan conclusiones que habilitan tomas de decisiones sostenidas en bases empíricas y no a ciegas. La actual inercia que lleva a acatar criterios basados en la lógica de producción y circulación de resultados de las disciplinas científicamente dominantes se refuerza con la falta de investigaciones específicas sobre estilos de producción y circulación del resto de las disciplinas que permitan replantear decisiones apoyadas en convicciones más que en fundamentos con base empírica. Intersectar los resultados de las investigaciones de Seiler–Juilleret y de Sapiro con los formulados junto a Johan Heilbron, Thibaud Boncourt y Rafael Schögler (2017) y con los resultados finales del proyecto INTERCO inscribe el debate local en el espacio transnacional y, a la vez, aporta datos difíciles de obviar en las discusiones por–venir sobre este asunto.

Entre esos resultados finales se cuenta un artículo de Sapiro, Heilbron, Boncourt y Schögler en el que observan que, por contraste con «buena parte de las ciencias naturales», las ciencias sociales y humanas, salvo excepciones que menciono a continuación, tienen una «orientación local y nacional» que no solo no «les quita relevancia» (2017:19) sino que potencia sus resultados dadas sus publicaciones orientadas a este espacio de intervención. No obstante, señalan también que esta tendencia general varía según los países y las disciplinas: hay disciplinas más orientadas hacia el campo nacional, otras hacia el campo internacional. Por ejemplo, si la economía y la psicología siguen a las naturales en su tendencia a publicar en inglés, los estudios literarios (con excepción de las literaturas comparadas), en historia y derecho (con excepción del derecho comparado) tienden a difundir sus resultados en la lengua nacional mientras que la antropología y la sociología se sitúan entre las dos

tendencias (Sapiro, 2018:60). Algo similar sucede respecto de los formatos de publicación: son la antropología y la sociología las que se ubican (atención: también según sus líneas), en una zona intermedia entre el modelo científico que privilegia la difusión en revistas indizadas y el modelo de las humanidades (estudios literarios y filosofía) que defiende la necesidad de poner a circular los resultados principales de sus investigaciones en libros (60).

Atender a estos resultados es crucial al momento de definir criterios de evaluación equilibrados que propicien el desarrollo científico nacional sin imponer ni lógicas de una disciplina por sobre otra ni lógicas de una línea del subcampo sobre otra.

Un último dato, antes de cerrar este apartado. Un dato construido a partir del análisis de la resolución del punto del cuestionario en el que se le pedía a lxs agentes una selección de sus «principales publicaciones» (cf. Gerbaudo y Fumis, 2014:259). Las respuestas, intersectadas con el análisis de sus prácticas, desentrañan cuáles son los formatos de publicación valorados al momento de hacer circular resultados de investigación. Se trató de una respuesta que no tendría ninguna consecuencia para sus carreras profesionales; si bien el CONICET pide a sus agentes que elijan sus «principales publicaciones» en el formulario para ascensos, importa verificar qué responden cuando esa misma pregunta se plantea desde un espacio como este que no tiene ninguna influencia en su desarrollo profesional.

Las respuestas indican la importancia del libro en la comunicación de los resultados de investigación del subcampo. Se trata de un denominador común a todos los grupos. Mientras envío a las entrevistas de lxs agentes (cf. Anexo 3) y me apresuro en disculparme tanto por lo tedioso de la enumeración que sigue como por la selección sesgada de las fundamentaciones que vienen después (recojo solo las que se supeditan a la hipótesis que intento demostrar), observo que Carlos Altamirano (G1), José Amícola (G1), Pampa Arán (G1), Andrés Avellaneda (G1), Mariana Genoud de Fourcade (G1), Josefina Ludmer (G1), Celina Manzoni (G1), Zulma Palermo (G1), Alicia Parodi (G1), María del Carmen Porrúa (G1), Melchora Romanos (G1), Beatriz Sarlo (G1), Marta Alesso (G2), Raúl Antelo (G2), Mabel Brizuela (G2), Ana Camblong (G2), María Coira (G2), Fernando Colla (G2), Cristina Dalmagro (G2), Rubén Florio (G2), Cristina Iglesia (G2), Andrea Pagni (G2), Carmen Perilli (G2), Dora Riestra (G2), Adriana Rodríguez Pérsico (G2), Susana Romano Sued (G2), Jorge Salessi (G2), Julio Schvartzman (G2), Ana María Zubieta (G2), Mónica Bernabé (G3), Mónica Bueno (G3), Gloria Chicote (G3), José Luis de Diego (G3), Leonardo Funes (G3), Alberto Giordano (G3), Graciela Goldchluk (G3), María Rosa Lojo (G3), Martina López Casanova (G3),

Graciela Montaldo (G3), Julio Premat (G3), Susana Rosano (G3), Laura Scarano (G3), María Celia Vázquez (G3), Gonzalo Aguilar (G4), Pablo Alabarces (G4), Nora Avaro (G4), María Jesús Benites (G4), Gustavo Bombini (G4), Mario Cámara (G4), Mila Cañón (G4), Sergio Delgado (G4), Edgardo Dobry (G4), Cristina Fangmann (G4), Marta Ferrari (G4), David Fiel (G4), Hernán Fontanet (G4), Florencia Garramuño (G4), Gabriel Giorgi (G4), Susana Gómez (G4), Gisela Heffes (G4), Carola Herrmida (G4), Claudia Kozak (G4), Alejandra Laera (G4), Annick Louis (G4), José Maristany (G4), Silvio Mattoni (G4), Margarita Merbilhaá (G4), Hernán Pas (G4), Diego Peller (G4), Paola Piacenza (G4), Ximena Picallo (G4), Judith Podlubne (G4), Ana Porrúa (G4), Martín Prieto (G4), Germán Prósperi (G4), Isabel Quintana (G4), Elsa Rodríguez Cidre (G4), Claudia Rosa (G4), Sylvia Saítta (G4), Valeria Sardi (G4), Dardo Scavino (G4), Gabriela Simon (G4), Mónica Szurmuk (G4), Susana Tarantuviez (G4), Eleonora Tola (G4), Claudia Torre (G4) y Juan Diego Vila (G4) solo eligieron libros (o capítulos)[54].

Interrogada sobre sus «principales publicaciones», Sarlo no dudó: «mis libros» [*2014*]. Es necesario distinguir aquí dos tipos. Por un lado, los más importantes en términos de efectos de campo, puestos a circular luego de haber multiplicado la discusión de sus contenidos: *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917–1927)*, investigación llevada adelante gracias a un subsidio del Social Science Research Council de Nueva York otorgado entre 1982 y 1983 (sus versiones preliminares fueron debatidas en reuniones organizadas en diversas formaciones e instituciones [Sarlo, 1985c]); *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920–1930* surgió de su primera investigación enmarcada en el CONICET y sus hipótesis fueron expuestas a sus estudiantes de Literatura argentina II de la UBA durante el año previo a su publicación (cf. Sarlo, 1987, 1988b); *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina* «recoge un hilo suelto y probablemente poco visible de un trabajo anterior» (Sarlo, 1992b:9). Ese libro discutido en el Club

54. En el caso de Fangmann, los artículos que menciona se desprenden de tres publicaciones centrales: libros o capítulos de libros (uno de esos libros es la edición facsimilar de su tesis doctoral). En la argumentación de Benites se advierte un movimiento interesante ya que, si bien alude a artículos, lo hace en potencial y por razones más bien personales; no obstante, al momento de elegir, opta por libros y/o capítulos de libros. Algo similar sucede con Riestra que describe un artículo pero a la hora de escoger, solo indica libros y entre sus fundamentos apunta sus efectos de campo; por si algo faltara, agrega: « casi no he vuelto a leer los artículos » [2016]. El caso de Louis es ambivalente porque si bien considera que su «obra se encuentra, más bien, en los múltiples artículos dispersos» sobre los «temas tan variados» de los que se ha ocupado, solo cita libros.

de Cultura Socialista (1992a) partió de una conjetura apenas esbozada en *Una modernidad periférica* y desarrollada durante su estancia como Profesora de la cátedra Simón Bolívar en la Universidad de Cambridge. De esa estadía también surgió *Borges, un escritor en las orillas*; una versión de parte de las conferencias que impartió en ese marco institucional; sus hipótesis, primero expuestas y publicadas en inglés (Sarlo, 1993b) y luego traducidas al español por Daniel Samoilovich para *Diario de poesía* (cf. Samoilovich, 1994) en un momento en el que aún no se vislumbraba la publicación de un libro en nuestra lengua sobre esos planteos (cf. Samoilovich et al., 1994:1), pasaron por estos sitios antes de su edición en Ariel (Sarlo, 1995a). *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas* se escribió con el financiamiento de una beca de la Fundación Guggenheim. Ese trabajo fue discutido con Sylvia Molloy en NYU y con Dora Barrancos en la UNQ (Sarlo, 1998b:7). *Zona Saer* resultó de un ejercicio orientado por dos metas exigentes: no escribir sobre Saer si no se lograba «pensar de nuevo a Saer» (2016a:9) y «trasmitir» algo de «la felicidad y el asombro» experimentado con su literatura (9).

Por otro lado, otros libros suyos recogen trabajos publicados en revistas y periódicos (cf. 2000, 2001d, 2007b, 2012). De sus notas sobre su escritura se desprende una constante: frente a la urgencia del artículo, por lo general, dedicado a síntesis parciales y/o provisorias, el libro, regido por otros tiempos, se permite otros controles. Por ejemplo, en el pequeño volumen que reúne sus ensayos sobre Walter Benjamin indicó que los había «corregido» para esa edición «agregando algunas pocas líneas y tratando de remediar imprecisiones» (2000:11).

También sucede que cada compilación le confiere a los textos previos un nuevo sentido. Así por ejemplo, en la edición de *Escritos sobre literatura argentina* a cargo de Saítta señaló haber reunido allí «todos» sus escritos sobre literatura argentina para aclarar de inmediato que no se trata de «todos los escritos publicados» sino los que creyó «pueden ser leídos hoy» (2007b:11). La autofiguración de la que sale al mundo con demora se reitera y se entremezcla con otra: la de quien puede ver primero. Seleccionar ensayos ya publicados para componer un libro permite también jugar este juego, apostar a esta reconfiguración del sentido del propio trabajo y, como al pasar, convencer a quien lee a partir de una máxima más o menos explícita que reza, por ejemplo, en este caso, «no lea mis primeros escritos». Podría decirse que se está ante un intento de volver a fijar los comienzos (forma más o menos sutil de reinventarlos):

> Por diversas circunstancias, entre ellas el clima político de los sesenta y setenta, las ideas con las que todavía siento afinidad se me ocurrieron bastante tarde. O sea que nada de lo publicado antes de 1980 me parece aceptable y, por eso, el primer

artículo incluido es de 1981, cuando yo tenía treinta y nueve años, la época de mi segundo comienzo.

La publicación original de estos textos se produjo en tres tipos diferentes de espacios. En primer lugar, la revista *Punto de Vista* cuya influencia sobre mi vida sigue siendo completa; en segundo lugar, en diarios y suplementos de diarios, donde siempre me gustó publicar por la especial aceleración que le imponen a la escritura; en tercer lugar, en las prácticas académicas (prólogos, ponencias) a las que intenté sacudir de sus rasgos de género erudito. (2007b:11)

No quiero pasar por alto que sea el libro el formato elegido, tanto por ella como por Saítta, para realizar una antología y una compilación de sus clases dictadas en la UBA durante la efervescencia de la recuperación democrática (cf. Saítta, 2022; Sarlo, 2022a).

En la respuesta a nuestro cuestionario, Ludmer no solo mencionó sus libros como sus publicaciones más importantes sino que los asoció a diferentes momentos de su vida, como si cada uno tradujera algo de sí junto con el tratamiento diferencial que dio a los objetos que, en cada caso, supo fabricar: «Cada libro tiene su propio tiempo, su propia historia. Cada libro es un período de la vida» [*2014*]. Ludmer pensó sus proyectos importantes en términos de escritura de libro cuyo tiempo de elaboración calculó, aproximadamente, en diez años (cf. Anexo 3, Entrevistas).

Garramuño fundamentó su decisión explicando cómo escribirlos supuso, cada vez, nuevas incursiones metodológicas (la huella de las enseñanzas de Ludmer, profesora y crítica que marcó su formación, se verifica en el ensayo de una exploración diferente con cada uno):

Modernidades Primitivas (2007) fue importante porque abrió un trabajo con el tango y con la música que me forzó a un camino mucho más interdisciplinario que el que venía realizando anteriormente, a la vez que definió una metodología comparativa que sería muy importante para mí.

La experiencia opaca (2009) me permitió ahondar en los estudios literarios vistos en conjunto con otras prácticas artísticas para pensar las formas culturales como modos de significación y de articulación de un mundo y un momento histórico.

Creo que *Mundos en común* (2012) es el trabajo en el que consigo articular una mirada más teórica, si bien no independiente del trabajo de crítica y análisis. [*2016*]

En la argumentación de Szurmuk se advierte cómo cada libro va afinando no solo propuestas de investigación y formulaciones teóricas y metodológicas

propias sino también poniendo en circulación conceptos y problemas «necesarios para el campo» [*2016*]. En cierto sentido, sus argumentos convergen con los de Lojo que se detiene a-morosamente en este punto de la entrevista (es la pregunta a la que dedica más espacio) para caracterizar con minucia los resultados alcanzados por dos libros. Sobre uno de ellos, precisa: «Fue un trabajo de varios años» [*2017*].

Scarano encuentra en los libros que seleccionó la condensación de un trabajo que no se divorcia de la vida. Se puede entrever que los eligió porque halla en ellos la maduración de procesos de análisis que fueron chequéandose en artículos y presentaciones previas. Compete indicar que, allí donde muchxs ven una oposición, ella descubre pura potencia:

> Y era natural pasar del capítulo *in progress*, terminando un párrafo, a cocinar las milanesas y cuidar que no se quemen mientras miraba si los chicos terminaban la tarea escolar. Había que estar tan atenta al párrafo como al horno y a los cuadernos. Todo muy prosaico, dirán algunos, pero todo muy corporal, material, real. Y siempre digo, sobre todo a la nueva generación de becarios que suelen posponer la pareja o el tener hijos por miedo a obstaculizar la carrera académica, que es posible tener todo. Exige un esfuerzo extra, pero también te da otro tipo de «aterrizaje». Es decir, no sé si hubiera hecho tan entusiastamente mi carrera académica si no hubiera tenido un vínculo afectivo tan fuerte, con hijos, padres cercanos, pareja, familia. Eso es suerte, es azar, pero también esfuerzo, trabajo, convicción, compromiso, responsabilidad, una ética de vida. Así que estos son mis libros más míos. Y así vivo esta vocación en la que va la vida entera. No se trata de una mera carrera o profesión. [*2014*]

También en los fundamentos de Zubieta los libros se asocian a la síntesis de un recorrido: «Pongo de relieve estas publicaciones no solo por lo que significaron en sí mismas sino también porque resumen mis temas de interés a lo largo de mi carrera como docente e investigadora: la literatura argentina, la cultura popular, la memoria y la violencia» [*2015*].

En la argumentación de Torre se privilegia tanto la posibilidad de discutir tesis consolidadas en los «estudios de frontera y literatura» como la apuesta a una escritura de investigación que no expulse a lxs lectorxs: «pienso que la escritura de investigación debe ser bella y útil, a docentes, investigadores, a gente joven, a gente de otros países, a lectores en general» [2018].

En la argumentación de Vila se destacan algunos significantes que van a contrapelo de la urgencia: «resultado de muchos años de investigación», «trabajo paciente». Un ritmo lento no reñido con la circulación que tuvieron esos

trabajos. De yapa hay un comentario sobre el «disfrute» en la tarea de «escribir e investigar» [*2017*].

Como Vila, hay en los fundamentos de Goldchluk un don del tiempo a los que se agregan notas para una ética del trabajo profesional. Nótese la detención minuciosa en el detalle de los protocolos éticos seguidos para publicar los textos seleccionados:

> Creo que mi aporte principal es la publicación de *Querida familia*, los dos tomos de correspondencia de Manuel Puig, con el prólogo y notas incluidas. Y esto está relacionado con otra publicación que me interesa mucho que es la edición de Archivos de *El beso de la mujer araña*. Esa edición fue dirigida por Amícola y la realizamos con Julia Romero. Ese trabajo fue una fiesta y estoy muy orgullosa de mi nota filológica preliminar «Distancia y contaminación» (…). Además, cuando hubo que corregir el libro, como yo era la que mejor conocía su contenido, me ligué un viaje gratis a Poitiers, siempre digo que si se hubiese editado en Avellaneda yo no hubiera conocido París. Tres días de convivencia con Fernando Colla y Sylvie Josserand Colla cimentaron una amistad que dura hasta hoy y que sigue dando frutos de proyectos.
>
> El caso es que Jorge Panesi tuvo a su cargo la elaboración de una cronología de Manuel Puig para ese tomo y Carlos Puig, el hermano, decía que faltaban premios y reconocimientos, faltaban sobre todo muchos viajes que habían signado la vida de su hermano, y nos alcanzó una caja con las cartas que Manuel Puig mandaba a la familia cada semana, en ocasiones dos cartas por semana, para que obtengamos datos. Todavía recuerdo la emoción que sentí al leer las primeras cartas, lo llamé a Carlos de inmediato y le dije acá tenés la novela inédita que todos esperan. Esto es una novela familiar en muchos sentidos, pero en el más directo podemos decir que es la novela que el hijo le cuenta a su madre sobre la vida que está llevando, y ese hijo es Manuel Puig. Era como si Silvio Astier hubiese escrito *El juguete rabioso*, fue la imagen que tuve en ese momento y la que mejor creo que describe el libro, los dos tomos. El proceso de elaboración duró dos años, con la ayuda de Gonzalo Oyola al comienzo y después con mi hija Luciana Haboba. Yo seguía yendo cada semana a la casa de Male Puig para completar la descripción del archivo y para ver películas con ella, una o dos veces por semana viajaba de La Plata a Buenos Aires, trabajaba en el archivo y a las seis de la tarde o las siete me sentaba con Male a ver una película y conversar, en esas conversaciones y en consultas también con Carlos y con amigos de Manuel surgieron las notas que amplían la información contenida en las cartas. Cuando estaba terminado el libro, Male Puig tuvo dudas de si quería que se publique, entonces yo le entregué el prólogo que ya tenía escrito para que sepa por qué quería publicarlas siempre que ella estuviera de acuerdo. Male leyó, me acuerdo de mi preocupación porque

> decía algo así como que Manuel no tenía una lengua, y justo cuando llegó a esa parte me miró y me dijo «esto que decís es verdad». Para mí es como si lo tuviera tatuado en un brazo, esto es verdad y es lo único que importa. [*2014*]

También Delgado privilegia la firmeza del resultado logrado sin impaciencia. «Diez años de trabajo» fueron los exigidos para editar *El Gualeguay* de Juan L. Ortiz: «desde la preparación de la edición de la obra de Ortiz, incluyendo la escritura de aquel texto publicado en *Punto de vista*, hasta mi tesis doctoral» [*2016*].

Parte de los argumentos de Cañón y de Hermida convergen. Hermida vuelve sobre un trabajo conjunto: importa el significante «prolongado» para calificar un resultado que «permitió conjugar ideas, propuestas, lecturas y posicionamientos teóricos que sosteníamos desde hacía mucho tiempo y nos dio la posibilidad de llegar a numerosos lectores» [*2017*]. En el caso de Cañón, se agrega la selección de textos asociados a sus más osadas hipótesis sobre la literatura para niñxs y jóvenes [*2018*].

Como en los últimos casos, Quintana [*2017*] liga cada libro y/o capítulo de libro que cita a un proceso de larga duración que implica, como en toda investigación que se precie, un descubrimiento. Los significantes asociados a tiempos en las antípodas de la urgencia se repiten en su relato. Y como Avellaneda [*2016*], escoge trabajos que dispararon y/o condensaron modos de trabajar.

Chicote escoge dos libros en los que, considera, realizó «contribuciones a la disciplina» [*2014*]; el segundo es destacado además por su «propuesta teórico–crítica heterodoxa» [*2014*]. La elección de Colla [*2017*] obedece a criterios similares; en especial uno de los libros es mencionado por sus aportes metodológicos. También de Diego escoge dos libros por sus aportes: uno, que «se transformó en bibliografía» y otro que incurría en preguntas suspendidas («A mí me generaba mucha intriga cómo podía ser que en 2001, cuando se publicó este libro, las preguntas más obvias, más positivas (¿qué se publicó en la dictadura? o ¿qué se publicó en el exilio?) nadie las había contestado, a pesar de que todo el mundo hablaba de la dictadura» [*2014*]).

Por su parte, Alesso elige dos libros por su «repercusión». Sobre uno de ellos afirma: «me escriben de todos los lugares del mundo», «me han invitado a dar conferencias» [*2015*]. Sobre el otro destaca su lectura «prácticamente [en] todos los primeros años de las carreras de Letras del país» y el haber propiciado un trabajo del que se enorgullece y sobre el que deposita, también, promisorias expectativas respecto de su circulación:

> También me ha dado la oportunidad de que la editorial Colihue me contratara para hacer la traducción completa de la *Odisea* de Homero, con prólogo y

> una cantidad de notas que la convertirán, espero, en la versión en español más leída de la *Odisea*. Estoy a punto de entregarla a la editorial para su publicación y difusión. [*2015*]

«Repercusión» es un significante que se repite en el testimonio de Kozak junto a «referenciados» [*2018*]: los libros que selecciona son retomados por los efectos de campo provocados por sus aportes. En la misma línea, Manzoni menciona libros que han «contribuido a provocar cambios en la lectura de la literatura latinoamericana» [*2017*] y Piacenza un capítulo que «en su momento, influyó en el desarrollo de distintas líneas de investigación en universidades del país» [*2018*].

Antelo cita dos libros y, entre sus razones, también aparece la circulación. Por ejemplo, sobre uno de ellos apunta: «*Maria con Marcel*, por lo demás, me dio el placer de recepción más allá de mis lenguas. Cuando el Museo de Filadelfia hizo una lista de los pocos libros influyentes sobre Duchamp incluyó, en lengua castellana, dos títulos: ese ejercicio anacrónico, junto al más previsible de Octavio Paz» [*2015*].

De igual modo Tola hace foco en la relación entre libros e impacto internacional de sus aportes:

> Como señalé en otro punto de la entrevista, en el campo de los Estudios Clásicos nuestra producción se mide por su impacto y circulación en sus principales centros de estudio a través de las reseñas, lo cual permite confrontar las propias ideas e inscribirlas en un debate sumamente enriquecedor por los alcances que resultan de un ejercicio genuino del diálogo conceptual. En una especialidad como la mía, centrada en el estudio de la Antigüedad grecorromana, estimo que esa circulación y apertura es crucial para poder proyectar nuestra labor hacia problemáticas aún vigentes, que nos interpelan ya en los textos antiguos si se abordan desde miradas menos decimonónicas. [*2018*]

En la misma línea se inscribe Arán [*2017*] aunque sus fundamentos son más enredados ya que, si bien reconoce que la presión por publicar la obliga a producir artículos cuyo formato le resulta más «amigable» («tardo mucho en darle forma un libro», admite), no obstante, al momento de escoger, solo se queda con sus libros. Si se toma en cuenta su obsesión por los resultados perfectos, podrá comprenderse la vacilación.

También Bombini [2016] subraya la «influencia» de los libros, aunque agrega un giro más. Si bien se refiere a uno en particular, observa su resistencia contra el paso del tiempo: «jamás perdió vigencia», insiste.

López Casanova atribuye a un libro «retomado, "continuado", citado y discutido» nada menos que su «inserción en el campo de la enseñanza de la literatura» [*2018*]. Otra que efectos de campo.

El argumento de Bernabé fascina porque desconcierta ya que, en su movimiento, pone a lxs editorxs en lugar de co-autorxs (una lucha que, desde hace ya algún tiempo, libran también lxs traductorxs). Repara en tres libros: en el primero, la justificación se da vía la apuesta transdisciplinar en la que incurre. Los dos últimos, en edición, son el pretexto que le dan letra para describir uno de los proyectos de extensión más vanguardistas de la universidad argentina. Recojo completa su profusa fundamentación dada su puesta en valor no solo del lugar del libro en la cultura argentina sino también de su llegada a sitios recónditos (se trata del tipo de «impacto» por el que se inclinan los últimos trabajos de Beigel [2022], como vimos en capítulos previos):

> El año pasado, junto con unas chicas muy entusiastas, estudiantes de Letras, nos presentamos a los subsidios del programa Espacio Santafesino que funciona en el Ministerio de Innovación y Cultura y ganamos. Nos autobautizamos GAC (Grupo de acción cultural) y nos asociamos con una Cooperativa de recicladores urbanos para fundar la primera editorial cartonera de la ciudad. Como la mayoría de las cartoneras, elegimos un nombre de mujer: Rita que es eco lejano de otra. Rita, la salvaje, era el nombre artístico de una mujer muy humilde que resistió como pudo a la miseria y a la soledad, bailando desnuda en los cabarets y que durante muchos años sobrevivió como leyenda urbana masculina. En el gesto, pretendemos reinventar a Rita, hacerla libro y también guía para nuestro inicio en una práctica editorial colaborativa. Este proyecto abre una posibilidad hacia una vinculación con lo que sucede en los barrios periféricos de la ciudad, una actividad que se desarrolla caminando, moviéndose de un punto al otro, transitando, saliendo al afuera, conociendo gente que circula por lugares diferentes y que aporta otros saberes tan necesarios para reajustar los propios. Por el momento puedo anunciar nuestros dos primeros títulos: *Evita traicionera*, un relato breve de Washington Cucurto y *La casa del cartón*, el clásico experimento vanguardista de Martín Adán.

Uno de los argumentos de Bueno hace serie con el pasaje anterior: elige un texto que puso a circular la literatura en un espacio inusitado. Un argumento al que se agregan la exhumación de materiales y el resultado mismo de su lectura:

> Uno de los trabajos más importantes para mí es el libro que publicara Corregidor sobre Macedonio Fernández titulado *Macedonio Fernández: un escritor de fin de si-*

glo: (Genealogía de un vanguardista). Fue el resultado del único concurso literario al que me presenté. La elección tiene dos razones: por un lado, el libro, que era en verdad el manuscrito de mi tesis de Maestría defendida en la Universidad Nacional de Mar del Plata unos meses antes del concurso de la editorial, en el 2000, tiene el mérito de abordar toda la obra de Macedonio anterior a los años veinte. Es el primer trabajo que muestra toda esa producción dispersa en revistas de fines del siglo XIX.

La segunda razón tiene que ver con el contexto del Premio que estaba auspiciado por la editorial Corregidor y por TyC Sports. La entrega del Premio fue en el Auditorio del Canal con gigantografías de deportistas argentinos. Antes fui entrevistada en el Programa de Fernando Niembro y Elio Rossi luego de una charla con dos jugadores de Boca Juniors. Macedonio Fernández ahí. Todo parecía una de las bromas de Macedonio que exhibía una de los presupuestos de la metafísica macedoniana: la ruptura de las fronteras, la sorpresa y el azar, el susto de la inexistencia.

También en esta línea se justifican las menciones de Peller. El deseo de salir de la capilla para ir en búsqueda de otrxs lectorxs animaron una selección que sortea todo maniqueísmo:

Se trata de publicaciones que aspiran a una circulación más allá del campo especializado. Si bien me interesa la discusión entre especialistas, no la desmerezco para nada, y por eso publico en revistas especializadas, creo que finalmente, a la hora del balance, le doy más importancia a estas otras. [*2015*]

Amícola admitió su preferencia por la escritura de libros. La promesa de exhaustividad y rigor demandada por esta tarea hizo que la asociara con el tipo de esfuerzo que requiere una tesis doctoral:

A mí me gusta, más que escribir artículos, escribir libros. Eso también es una rareza. A mí me gusta tomar un tema y estrujarlo y llevarlo hasta el final. Y estar un año dándole vuelta al tema y sacar de eso algo. Ese tipo de trabajo me parece muy lindo. Es casi como una tesis de doctorado. [*2015*]

Laera puso en primer lugar sus libros dado que halla en ese formato la posibilidad de desplegar sus ideas. Nótese cómo en su relato se ligan los libros que menciona con la puesta en circulación de sus resultados de investigación más importantes. Nótese también que entre una y otra publicación pasan diez años:

En primer lugar, mis dos libros *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres* (FCE, 2004) y *Ficciones del*

dinero. Argentina 1890-2001 (FCE, 2014) porque ambos fueron el resultado de investigaciones de largo aliento y también porque en los dos hice lo que quise, en el sentido de no someterme a formalismos externos al pensarlos y escribirlos. En el primero, para mí, lo fundamental fue pensar juntas, en diálogo, dos series que siempre se habían leído por separado, que se habían pensado en paralelo (la novela popular y la novela moderna); en el segundo, fue proponer un recorrido por la literatura argentina que siguiera la ruta del dinero, es decir que no estuviera subordinado ni a la política ni a la cultura, y además, hacerlo no históricamente sino heterocrónicamente. [*2018*]

Facundo Nieto (G4) eligió como su publicación más importante un libro que sacude las certezas al momento de clasificar los «productos» que cuentan y los que no como resultado de una investigación científica: *Antinomias. Historias de una literatura* es un manual destinado a la escuela secundaria. Su apropiación de los debates de la teoría y de la crítica traducidos desde una didáctica específica da como resultado ese texto que evita la jerga excluyente destinada, al menos, a iniciadxs:

En primer lugar, fue un experimento que demostró que la universidad pública es un espacio que puede ponerse al servicio de la divulgación del conocimiento para la comunidad y, especialmente, para el ámbito escolar, espacio en el que me interesaba intervenir; puso en evidencia que en el marco de la universidad era posible no solamente pensar la enseñanza en la escuela, sino además poner la producción universitaria al servicio de la escuela. En segundo lugar, me ayudó a comprender mejor el sentido de una didáctica específica, especialmente de la didáctica de la literatura; confirmé que aquello que Chevallard llamó «transposición didáctica» exige un trabajo que requiere un tipo de competencias que hacen a una experticia particular, máxime cuando se trata del saber literario. [*2018*]

Este libro como su más reciente serie de manuales para la enseñanza de literatura y de ESI en la escuela son congruentes con el tipo de crítica que admira: la que producen lxs escritorxs y también algunxs profesorxs atentos a no perder la atención de sus lectorxs:

No es casual que (...) la capacidad de captar al lector a través de la crítica literaria como si se tratara de ficción se encuentre justamente en escritores. *Literatura argentina y realidad política* es el caso paradigmático, pero más cerca en el tiempo están *Formas breves*, de Ricardo Piglia; *Facundo o Martín Fierro*, de Carlos Gamerro; *La traición de Rita Hayworth* y *El factor Borges*, de Alan Pauls; *Lecturas*

> *críticas de la narrativa argentina*, de Miguel Vitagliano, o *La hermana menor*, de Mariana Enríquez. Se trata de un tipo de discurso sobre la literatura un poco lúdico y un poco ensayístico que no se siente compelido a cumplir con jergas APA. (A propósito, sería interesante conformar y estudiar un corpus de textos que intentan huir de la academia explicitando como marca de esta huida su renuncia a las notas a pie de página: «En las páginas finales de este libro los lectores encontrarán la bibliografía con la que cada capítulo ha hecho su diálogo», dice Sarlo en *Escenas de la vida posmoderna* [1994]; «Por razones de legibilidad, preferí omitir las notas al pie», dice Premat en *Héroes sin atributos* [2009]; Julio Schvartzman señala que *De Sarmiento a Cortázar* de Viñas es un libro que pretende no sonar como libro, lo que puede advertirse en «la ausencia de notas al pie y de referencias bibliográficas completas», [1999]). [*2018*]

Si los argumentos dominantes entre lxs entrevistadxs que eligen libros rondan, como vimos, el poder dar lugar a desarrollos más expandidos que los que habilitan los artículos y/o a plasmar resultados estabilizados ya sometidos a diferentes discusiones previas, quienes ponen el dedo en la llaga son quienes trabajan en líneas ligadas a la ecdótica. Vale repasar, en este sentido, el testimonio ya citado de María Mercedes Rodríguez Temperley (G4) respecto de la dificultad para adaptar los resultados de sus investigaciones tanto a recortes parciales como provisorios. La trayectoria y los testimonios de Leonardo Funes (G3) van en el mismo sentido. Estamos ante un tipo de investigación que demanda mucho tiempo y que, por las características de sus resultados, se publica en especial bajo el formato libro porque se dificulta su segmentación en artículos con síntesis parciales. En la respuesta a nuestra pregunta, Rodríguez Temperley aclaró: «Dado que mi especialidad es la ecdótica, tomaré como publicaciones principales solo las ediciones de textos» [*2017*].

Otro argumento para la elección del libro se asocia a la extraducción. Si como se verá en la segunda parte de este trabajo, las tendencias sobre la circulación internacional de nuestra producción no son auspiciosas, al menos la extraducción de un libro en una editorial prestigiosa en el espacio transnacional da alguna chance para una visibilidad mayor que algún artículo suelto. Aguilar que ha publicado en revistas culturales, catálogos de muestras, algo en revistas científicas y varios capítulos de libros y libros, eligió dos libros extraducidos como sus principales publicaciones. Sus argumentos se centraron en el tipo de resultados que desarrolló:

> Yo diría que tengo dos publicaciones que puedo considerar principales. *La poesía concreta: las vanguardias en la encrucijada modernista* de 2003 y *Otros mundos (Un*

ensayo sobre el nuevo cine argentino) de 2006. Ambos fueron traducidos. El primero es el libro que surge de la tesis de doctorado. La tesis significó para mí un verdadero espacio de transformación y formación. Considero ese libro el resultado feliz de una investigación que comenzó con los supuestos de una lectura textual y terminó con un trabajo de crítica cultural del fenómeno del concretismo. Ya en otro periodo de mi formación, *Otros mundos* me gusta porque toma un fenómeno en el mismo momento en que se produce (el Nuevo Cine Argentino) y hace un abordaje con herramientas diversas para leer el cine no solamente desde un punto de vista autonomizador (aunque hay fuertes análisis de películas) sino en sus diferentes dimensiones como régimen creativo y de producción en la Argentina que vino después de la década del 90. [*2018*]

Alabarces comparte esta toma de posición: se trata de un investigador Superior del CONICET (Principal al momento de responder al cuestionario) con publicaciones en varias lenguas que también escogió dos libros publicados en español aunque señaló su extraducción en un caso y, en el otro, su edición en México y en España. Importa resaltar su particular vínculo con el libro ya que no solo mencionó los que ya había publicado sino que, con entusiasmo, envió a otros, entonces por–venir (cf. 2020; Alabarces y Gilbert, 2021, 2023):[55]

Mi libro central fue mi tesis de doctorado: *Fútbol y Patria*, de 2002, reeditado en 2008, traducido al alemán en 2006; fue mi trampolín como ensayista. He publicado muchísimo, pero como buen fetichista de los libros prefiero estos. Mi último libro es una *Historia Mínima del Fútbol en América Latina*, publicado simultáneamente en México y España, que me encanta y está andando muy bien (agotó la primera edición mexicana). Pero me empeño en creer que el mejor será el próximo: tengo dos en carpeta. [*2018*]

Cámara solo mencionó un libro. En sus razones se escucha una explicación psicoanalítica que pone a la obsesión en el plano del deseo: "Creo que mi publicación más importante es el libro que acabo de publicar, *Restos épicos. La literatura y el arte en el cambio de época.* Y creo que lo es porque es resultado de mis obsesiones» [*2018*].

55. Sobre este punto, Alabarces se ha pronunciado en trabajos previos: «Creo que, en general, hay una tendencia a extender los criterios usados por las ciencias duras a las *ciencias al dente*. Es decir, cierta cuantificación del resultado donde, por ejemplo, tiene más puntaje un artículo publicado con dieciséis colaboradores en una revista con referato que un libro, individual y autónomo» (2008:72).

Entre los investigadores del G5 que solo eligieron libros como principales publicaciones o que los pusieron en primer lugar se cuentan Rafael Arce, Mariana Catalin, Laura Catelli, Luciana di Leone, Juan Ennis, Irina Garbatsky, Javier Gasparri, Gabriela Milone, Guadalupe Maradei, Luciana Martínez, Juan Mendoza, Cristian Molina, Julia Musitano, María Eugenia Ortiz, Carolina Rolle, Valeria Sager, Carlos Surghi, Maximiliano Soler Bistué, Diego Vigna y Julieta Yelin. Como se puede observar, se trata de agentes que trabajan desde líneas diversas y que, sin embargo, apuestan a este formato de comunicación de sus resultados.

Mendoza (G5) no solo seleccionó libros sino que además los cargó con una suerte de mandato transformado en «método de trabajo». En deuda con la producción de Arturo Carrera y con la de Josefina Ludmer, reconoció la búsqueda de hacer, de cada uno, un fuera de cálculo (esa pareciera ser su máxima): «En cada libro intento explorar una matriz diferente. Ese podría ser otro de los métodos de mi trabajo: en cada libro trato de explorar determinado problema mirado desde diferentes ángulos» [*2017*].

Arce (G5) solo eligió sus dos libros. En su justificación se conjugan la posibilidad de dar rienda suelta a los requerimientos del ensayo con el tipo de síntesis decantadas en el largo plazo (nótese que uno de los libros es el resultado de su tesis doctoral; el otro, de cinos años de trabajo sobre la obra de Antonio Di Benedetto). En más de una consulta se ha manifestado contra el límite que la extensión de los artículos en revistas impone al desarrollo de las ideas:

> Considero que mis dos publicaciones principales son mis dos libros. Porque en ellos, por un lado, sintetizo mi trabajo como investigador y, por el otro, doy forma a mi proyecto ensayístico que, considero, desborda el marco del trabajo como investigador. *Juan José Saer: la felicidad de la novela* (Ediciones UNL, Santa Fe, 2015) deriva de mi tesis doctoral. *La visitación. Ensayo sobre la narrativa de Antonio Di Benedetto* (La Cebra, Buenos Aires, 2020) sintetiza mis trabajos sobre la obra del narrador mendocino. [*2018*]

Las razones esgrimidas por Soler Bistué para citar en primer lugar el *Libro de los Fueros de Castiella y otros textos contenidos en el manuscrito 431 de la Biblioteca Nacional de Madrid* publicado en 2016 se comprenden mejor luego de recorrer las 480 páginas del volumen y constatar el enorme trabajo realizado. Dos libros en uno, además: el trabajo de edición crítica es precedido por una contribución a «una historia de la escritura castellana bajomedieval» (2016:XIII). En su argumento, el cruce de disciplinas involucradas tiene tanta relevancia como los resultados y el tiempo que demandó la tarea:

> Destaco esta publicación porque es el trabajo de más largo aliento que he desarrollado y porque las conclusiones consolidaron tanto las hipótesis de base como una metodología de trabajo muy específica que aprovecha el cruce entre la historia cultural, el discurso jurídico bajomedieval y la teoría política premoderna para afianzar y desarrollar herramientas de análisis vinculadas con la narratología, el análisis del discurso y la semiótica. [*2018*]

Como Alan Pauls, es decir, un poco en serio, un poco en broma, la argumentación de Surghi se cierra con una frase rotunda:

> Para mí los libros se piensan como objetos, no tanto formales, sino más bien en cuanto a su contenido, a esa arquitectura de lo fantasmático que los ordena. Pero también que los hace ocupar un lugar en la biografía de su autor y en el afuera adonde la escritura ya no pertenezca a uno. Los libros que se escriben tienen un territorio y un paisaje, además de un registro de lengua particular; por lo cual, como señalaba en una entrevista Alan Pauls —un poco en serio y un poco en broma— en ellos está todo.

En la argumentación de Yelin hay una apuesta por los resultados obtenidos sin prisa: «Elegí estos libros porque son el resultado de procesos largos de investigación y escritura y, en este sentido, dan cuenta de buena parte de mi recorrido académico» [*2017*].

Laura Catelli pone en primer lugar su tesis doctoral, *Arqueología del mestizaje: colonización y racialización en Iberoamérica*, en la que se reconoce el núcleo de uno de sus libros recientes, *Arqueología del mestizaje. Colonialismo y racionalización,* publicado en 2020. En su justificación sobresale la fabricación teórica realizada:

> En la tesis, esa operación consistió en proponer una definición del concepto de mestizaje como dispositivo de la colonialidad, de pensarlo ya no como una metáfora identitaria y cultural sino como una estrategia de dominación en el periodo de conquista que produjo una serie de efectos de gran alcance en un campo discursivo heterogéneo que, además, se despliega en la larga duración de la colonialidad. Esta operación, que desplaza el mestizaje de una dimensión identitaria y cultural hacia una dimensión analítica del poder colonial, la racialización y la heteronormativización, que incluye las textualidades pero también los cuerpos, las materialidades y las visualidades, creo que me permitió comprender la necesidad de cuestionar ciertas categorías de uso bastante frecuente en el campo literario y cultural, de poder soltarme de la prepotencia explicativa de la metáfora del

> mestizaje y poder enfocarme en algo que me interesa mucho que es la pregunta por las dimensiones ideológicas de las representaciones y discursos sobre lo colonial y sus persistencias en el presente. [*2017*]

Los resultados obtenidos a partir del análisis de la muestra están en consonancia con los que arrojan las investigaciones de Sorá (2020, 2021) y Beigel (2017) respecto de los habitus de publicación de lxs agentes de ciencias humanas y sociales en general: el libro sigue siendo uno de los objetos simbólicos más valorados al momento de difundir nuestro trabajo. Lejos de la tendencia observada en las ciencias naturales, en estudios literarios hay razones específicas que justifican esta toma de posición que, como vimos, se sostiene en fundamentos epistemológicos tanto de orden científico como literario sin pasar por alto zonas de intersección entre ambas esferas.

A esto se agrega, en términos generales, otra coincidencia con Beigel y Sorá: «el libro digital parece no haber hecho otra cosa que una buena sociedad con el impreso» (Sorá, 2019:7). La importancia del libro digital en acceso abierto y gratuito está dada no solo por la posibilidad que ofrece de poner rápidamente a disposición los resultados en la Web sino también por abaratar los procesos de producción y circulación. El avance de los proyectos de ciencia abierta encuentra en el subcampo de los estudios literarios un imponente apoyo propiciado por las universidades nacionales dispuestas a poner en línea y en acceso abierto y gratuito los resultados de investigaciones producidas con fondos públicos (entre otros, ver los catálogos de UNLP, UNL, UNC, UNGS, UNLPam, EFFL/UBA y EDUVIM). Hay también aquí una marca argentina que la investigación realizada en el proyecto INTERCO visibiliza: allí mismo donde se sancionaba endogamia y nacionalismo metodológico, hoy se constata emancipación y agencia vía la intervención activa en conflictos locales.

Espigones *made in Argentina*

«Algunas constataciones y truismos acerca de neologismos, neo–ísmos, post–ismos, parasitismos y otros pequeños sismos» es la traducción al español firmada por Jorge Panesi de «*Some statements and Truisms about Neologisms, Newisms, Postisms, Parasitisms, and other Small Seisms*» (Derrida, 1987), el título que, deliberadamente puesto en cursiva, se transcribió en inglés en esta versión a nuestra lengua como se había dejado en inglés en la compilación realizada bajo el cuidado de Thomas Dutoit y Philippe Romanski, *Derrida d'ici, Derrida de là*. Dejar intacto ese incordio que es también una evidente provocación no

hace más que repicar sobre el problema que el ensayo plantea: como en buena parte de los textos de Derrida, este actúa aquello mismo que describe, es decir, expone el dominio del inglés en la circulación internacional de las ideas mientras intranquiliza la aceptación naturalizada de las consecuencias de esa tendencia más que la tendencia en sí contra la que poco se puede desde las intervenciones individuales.

Esta conferencia que Derrida pronunció en la Universidad de California en Irvine en 1987 y que luego publicó en un volumen que llevó el mismo título que el coloquio al que había sido invitado, *The States of* «Theory», aloja una performance no exenta de sarcasmo. Derrida simuló haber confundido el nombre que lxs organizadorx habían dado al encuentro. Ese supuesto error que consistió en haber leído «Estado» en singular así como en haber pasado por alto el entrecomillado de la palabra «teoría» son los puntapiés iniciales usados para explotar algunos de los derroteros semánticos que estos «malentendidos» habilitaron: ¿debería haber hablado del estado mundial de la teoría? ¿O más bien del Estado que la produce, es decir, del que cuenta con instituciones como esa misma en la que expuso, con el poder de visibilizar y consagrar algo que se termina llamando «teoría» a escala internacional? En aquel marco, resaltó la imposibilidad de trazar un mapa y una taxonomía estable de la teoría mientras observó su carácter de producto estatal. No se trataba, huelga decirlo, de una alusión a cualquier Estado sino a ese que le disputaba (y le disputa) a Francia su lugar central en el campo de las humanidades, en general, y de la filosofía y las letras, en particular (cf. 1987:223–225). Derrida se refirió a un proceso de construcción geopolítica sujeto a los vaivenes del mercado y de varios poderes: editorial, de lenguas y de instituciones. Un juego en el que se desploma tanto la imagen entre ignorante e ingenua del «creador increado» contra la que Pierre Bourdieu se había pronunciado desde sus comienzos como toda ilusión voluntarista. Su intervención planteó la circulación del conocimiento en términos de «campo» y a este, como un espacio transido por diferentes «luchas» (Derrida, 1987:225). La vecindad con el léxico bourdieusiano es notable: se trata de un trabajo con más talante sociológico del que tal vez hubiera querido y, si bien no desarrolló sus hipótesis desde las exigencias de esta disciplina, esbozó un concepto con derivas importantes para las ciencias sociales y humanas. Así, en aquella conferencia exageradamente parasitada por el inglés, Derrida afirmó que «en ese campo de fuerzas plurales en el que inclusive el recuento ya no es posible, solo hay espigones (*jetties*) teóricos» (1987:225).

Lo que desde lógicas argumentativas y desde procedimientos disciplinares diferentes tanto Bourdieu como Derrida mostraron es que la potencia

heurística de los conceptos en cuestión no es más que uno de los factores que inciden en la fabricación de una «teoría» (y, cabe agregar: no necesariamente el que más cuenta en su diseminación). Sin rayar en determinismos, o en todo caso, en el borde de determinismos–no–deterministas que desalientan todo voluntarismo, se constata la importancia de las relaciones de fuerza entre lenguas y tradiciones nacionales, los procesos de construcción de una «firma» y los lugares de visibilizadad institucional, el capital simbólico de las editoriales que ponen en circulación los resultados de investigación, las redes de interacción y, finalmente, el aporte del texto. En ese sentido, el «concepto» de «espigón» no hace más que hacer ostensible la relación entre circulaciones, circuitos y taxonomías con lenguas y campos editorial, académico y estatal.

En definitiva, lo que el concepto de espigón solicita es el escaso control ideológico sobre nuestras taxonomías, rótulos y, en el caso de la evaluación institucional de la producción, sobre nuestras exigencias. Una interpelación tramitada tanto más allá de la fastidiosa letanía de la queja como de la ubicación de los países periféricos como meros consumidores o importadores de teoría que, pareciera, solo se produce en el norte (Sverdlof, 2021). Es sintomática la revisitación del binomio teoría/crítica por quienes trabajan desde centros y márgenes del campo transnacional (cf. Derrida, 1987; Bourdieu y Wacquant, 1998; Santiago, 1999; Sarlo, 2002; Szurmuk y Mckee Irwin, 2009; Panesi, 2013b; Catelli, 2018; Parra Triana y Rodríguez Freire, 2018; Cámara, 2021; Hidalgo Nácher, 2019b; Santucci, 2018, 2020; Ximenes, 2021; Colombi, 2021; Vasallo, 2022; Arnoux, 2022) a partir de criterios que interrogan los mecanismos que regulan la atribución «universal» versus «particular» o «local».

Beatriz Sarlo se expidió sobre este asunto a propósito de la traducción argentina de *The Location of Culture* de Homi Bhabha: «el libro, como sea, es indispensable, se trata de la teoría poscolonial» (2002:32) resaltó luego de haber señalado que «no es un detalle menor para un autor que postula una teoría general de la identidad poscolonial» haber incurrido en «la vieja partición entre pensamiento y afecto, entre filosofía y arte», entre «teoría europea y textos literarios poscoloniales» (22). Sin eufemismos indicó «un desdeñoso aristocratismo regionalista» que lo llevó a «pasar por alto una biblioteca latinoamericana de nombres ilustres y ensayistas que lo precedieron»: para Bhabha el concepto de hibridación pareciera no haber requerido «de otras autoridades teóricas que las de la familia» configurada por un Franz Fanon leído desde Lacan y Derrida. Sarlo le recrimina no haber atendido a los trabajos de Octavio Paz, Alejo Carpentier, Mario de Andrade, Gilberto Freyre, Darcy Ribeiro, Ángel Rama, Roger Bartra, Antonio Cornejo Polar, José María Arguedas, Carlos Monsiváis, Néstor García Canclini y Roberto Schwarz, entre otros. La

serie importa: autorxs que escriben en lenguas periféricas y semiperiféricas (y empleo el término también sin vueltas así como Sarlo procede con los de «naciones y pueblos periféricos, no dominantes»).

«Se atiende poco (...) a la traducción del pensamiento y la teoría que ha acompañado la creación literaria en ámbitos latinoamericanos» (2018a:179), diagnosticó Nora Catelli (G1) en más de una lengua, en más de un contexto. En un ensayo que hizo circular, por un lado, en inglés, en el segundo número del *Journal of World Literature* liderado por David Damrosch desde la Universidad de Harvard y, por el otro, en español en *Badebec*, revista dirigida por un colectivo de jóvenes investigadoras de la UNR (Laura Catelli, Julieta Yelin, Carolina Rolle, Julia Musitano, Fernanda Alle), es decir, desde un polo nodal del campo transnacional y desde un centro de un espacio periférico en la circulación mundial de las ideas, desde la lengua hipercentral y desde una semiperiférica (Heilbron, 2020), Catelli contó el mismo cuento. Un cuento que vuelve sobre una escena, su registro y una conjetura. Se trata de la discusión entre Roland Barthes y Paul de Man que tuvo lugar en el hoy ya mítico encuentro de Baltimore, «The Languages of Criticism and the Sciences of Man», celebrado entre el 18 y el 21 de octubre de 1966 y recogido en el volumen *The Structuralist Controversy. The Languages of Criticism and the Sciences of Man* (Macksey y Donato, 1972). La conversación, de la que también habían participado Georges Poulet, Jan Kott, Jean Hyppolite, Lucien Goldmann, Richard Macksey, Jean Pierre Vernant y Richard Schechner, se desencadenó luego de la también hoy ya célebre conferencia de Barthes «Escribir: ¿verbo intransitivo?». Catelli resaltó, por un lado, que Richard Macksey y Eugenio Donato hayan sintetizado el debate bajo el rótulo «Discussion: Barthes and Todorov»: una sinécdoque más que elocuente tanto respecto de la valoración de los capitales simbólicos de lxs agentes que habían intervenido como respecto de la posición que ocupaba en el campo el «entonces casi invisible Paul de Man» (2018a:194). Un Paul de Man que terminó sobresaliendo por el carácter terminante e implacable de sus observaciones, congruentes con las tesis del que tal vez pueda considerarse su ensayo teórico descollante tanto por su precisión como por lo incontestable de sus sólidos argumentos, «The Resistance to Theory» (1982); texto que escribirá varios años después y que debió sortear diversos escollos antes de salir a la luz. No me distraje: los detalles importan ya que es a partir de ellos que Catelli esbozó su conjetura. Así, en su discurrir sobre «asimetrías» entre instituciones y lenguas, resaltó otra ligada a las asunciones de ciertxs agentes: «Quise detenerme en esta escena (...) porque muestra una posibilidad impensable para nosotros: refutar a Barthes» (2018a:195). Un «nosotros» que incluye a quienes participan de los estudios literarios tal como se componen en el subcampo argentino. Si como

observa Miguel Dalmaroni, «la investigación es una moral» (2009:13), tenemos que en las morales argentinas no entra ni siquiera como posibilidad el «refutar a Barthes». Y si bien hay más de un Barthes, los que fabricamos desde estos lares, lejos de contradecirlo, más bien lo expanden:

> Los usos argentinos de Barthes, que son también escenas de traducción, no lo refutan, sino que lo activan y lo extienden: son inclusivos y sirven para discutir sobre lo nacional, lo popular, la lengua, la tradición narrativa, la mirada y hasta la esencia de la literatura cuando la idea misma de esencia tiende a desvanecerse. Hay un Barthes de Beatriz Sarlo, que lo sigue y lo proyecta hacia su propia escritura en varias vertientes. Hay un Barthes blanchotiano, como el de Alberto Giordano, que lo lee para permanecer dentro de los límites de la literatura como ente estético sin que el adjetivo «estético» aparezca. Hay un Barthes a través de cuyos usos se muestra la literatura argentina: José Luis de Diego. Nos incluimos en ellos y lo hacemos revivir. Obramos como los auténticos cosmopolitas, sin justificar nuestra intervención en una escena que no nos incluye. (Catelli, 2018a:195)

«No hay más que espigones teóricos», observaba Derrida (1987:225) mientras sacaba los trapitos al sol: el entramado que hacía que algunos de esos espigones terminen llamándose «teoría» con los efectos de campo que ese rótulo arrastra. No visibles en el circuito transnacional pero sí en el regional, repaso algunos de los aportes categoriales producidos desde el subcampo de los estudios literarios recortado desde el borroso perímetro nacional. Esta enumeración no exhaustiva de «espigones» no tiene otro objeto que reunir algunas de las formulaciones cuya repercusión en las investigaciones del subcampo no hace más que corroborar su potencia heurística. A modo de muestra incompleta: «literatura fantástica» (Barrenechea, G1), «trabajo crítico» (Jitrik, G1), «modernidad periférica», «regionalismo no regionalista», «salto de programa» (Sarlo, G1); «imagen de escritor», «región» (Gramuglio, G1); «flexión del género», «política de la pose» (Molloy, G1); «microrrelato» (Lagmanovich, G1; Pollastri), «religación» (Zanetti, G1), «escena literaria» (Guzmán), «cuento», «tretas del débil», «posautonomía», «imaginación pública» (Ludmer G1); «fábulas de identidad» (Ludmer, G1; Montaldo, G3), «semiosis colonial», «posoccidentalismo» (Mignolo, G1); «cosa literaria», «lecturas exploratorias» (Rosa, G1); «espacio autobiográfico» (Catelli, G2), «poética de traducción» (Romano Sued, G2), «operaciones» (Panesi, G2), «archi–filología» (Antelo, G2), «umbral», «alfabetización semiótica», «aguante templado» (Camblong, G2), «intrusión» (Díaz Rönner), «memoria literaria» (Perilli, G2), «diario de escritor» (Giordano, G3), «espesor histórico» [«de la letra», «de los textos»] (Funes, G3), «post–filologías» (Link,

G3), «archivo» (Goldchluk, G3), «archivo de escritor» (Goldchluk, G3 y Pené), «archivo hospitalario» (Szurmuk, G4 y Virué), «voz de/en la escritura» (Scarano, G3), «forasterismo», «lejanía», «retórica del desagravio», «indio urbano» (Altuna); «sujeto secundario» (Dalmaroni, G3), «cosmopolitismo marginal y/o periférico» y «cosmopolitismo limítrofe» (Aguilar, G4); «cuentos de guerra» (Nofal, G4), «guion conjetural» (Bombini, G4), «pospopular» (Alabarces, G4), «imaginación literaria territorial» (Laera, G4); «experiencia opaca», «modernidades primitivas» (Garramuño, G4); «moral de la forma» (Podlubne, G4), «comparatismo descastado» (Croce, G4), «cuentos de escuela», «canon escolar» (Piacenza, G4); «zona» (Prieto, G4), «colonialismo interno» [contribución a su redefinición] (Catelli, G5 y de Oto). A estos espigones podrían agregarse otros recientes como «relatos de mercado» (Molina, G5), «baldío» (Bianchi), «traducción editorial» (Venturini), «archivería» (Arán G1, Céspedes, Guzmán y Vigna G5), «pubelicar» (Casarin, G4), «perspectivas sexogenéricas» (Gasparri, G5), «poética de la convocatoria» (Alle), «otras literaturas» (Martínez G5 y Molina G5), «espacio proyectivo» (Milone), «ficciones teóricas materialistas» (Maccioni, Milone y Santucci) y «formas breves» (Román). Me apresuro a aclararlo: no se me pasa por alto que no alcanza con apelar a la intencionalidad de quienes producen los conceptos para que estos funcionen como tales en un campo (¿cómo no advertir el empeño de Jitrik en subrayar sus aportes categoriales sobre los que ha vuelto con persistencia [cf. Jitrik, 1975, 1982b, 1987a, 1988b, 1992a, 2000, 2010]?). Tampoco alcanza con el reconocimiento de su estatuto por parte de agentes que no ocupan una posición tal que les permita incidir en el delineado de agendas no solo locales y nacionales sino regionales y/o mundiales. No obstante, la toma de posición de lxs agentes del espacio propio importa: solicitar el estatuto de nuestra producción, más allá de las luchas decoloniales, es un movimiento al que cabe atender en su por–venir.

Como advirtió Panesi (G2), «para su intelección la teoría exige siempre un encuadre, una contextualización y el cuidado de sopesar todos los elementos históricos que forman parte de su triunfo o de su retiro» (2013b:125). La observación se articula con las de Johan Heilbron y de Yves Gingras (2009) así como con las de Gisèle Sapiro y Hélène Seiler–Juilleret (2016) quienes alertaron respecto de la circunscripción nacional y/o local de algunos resultados de investigación sin que ello menoscabe su valor (cf. Heilbron y Gingras, 2009:379). Por lo tanto, visibilizar nuestros espigones es tan necesario como contribuir a desentrañar las razones por las que se sitúan en tal u otro casillero de nuestras taxonomías.

Para ese desbroce, es necesario precisar dos cuestiones. Primero: tomar en consideración lo que revelan las investigaciones empíricas sobre circulación

transnacional de las teorías. Los datos sobre el «intercambio desigual» de lo producido en el Sur y en el Norte son abrumadores: «cada setenta títulos de autores de ciencias sociales y humanas de origen francés que se traducen y publican en Argentina, solo un argentino lo es en Francia» (Sorá, 2020:89). Segundo: cruzar estos datos con los derivados de nuestra muestra sobre lenguas de extraducción dominantes en el subcampo de los estudios literarios ayuda a entender, por ejemplo, la distancia irónica con la que Catelli exhibió su despreocupación respecto de lo que lxs especialistas (norteamericanxs) en literatura norteamericana podrían opinar a propósito de su respuesta al interrogante «¿cómo se construyó (a partir de qué preguntas) la literatura norteamericana cuando tuvo consciencia de ser literatura norteamericana?»: «ellos no sabían de mi existencia y probablemente sigan sin saber de mi existencia», resaltó al aludir a su resolución del interrogante (2021). Su referencia a la escasa circulación en el campo transnacional de lo producido desde los polos periféricos converge con los datos derivados del examen de las lenguas dominantes de los textos extraducidos en la muestra estudiada: nuestros resultados de investigación publicados en español se extraducen, fundamentalmente, en una lengua periférica asociada al espacio regional (¿No será aquí donde debiéramos poner más atención al momento de diseñar nuestras políticas públicas para la ciencia por–venir? ¿No es esto lo que desde hace años viene reclamando, desde más de un lugar, Elvira Arnoux?).

Modos de leer

Varias investigaciones (algunas recientes) ratifican el lugar preponderante que Francia ha ocupado y ocupa en la producción de ciencias sociales y humanas tanto en Brasil como en Argentina (cf. Wolff, 2016; Hidalgo Nácher, 2015, 2019b, 2020; Sorá, 2020; Scramim, 2021; Aguilar, Amigo Pino y Mirizio, 2022). Para analizar lo que acontece en el subcampo de los estudios literarios desbrozamos cuestiones de dos órdenes que se intersectan al momento de describir cómo se configuran los modos de leer en el amplio arco temporal recortado en esta investigación. En primer lugar, relevamos las traducciones de teoría realizadas por lxs agentes incluidxs en esta muestra. Un conjunto inicial de preguntas orientan este análisis: ¿qué autorxs y textos se tradujeron?,[56]

56. Este dato se tomó del currículum de cada agente. Se recurrió a la entrevista y a las consultas cuando no se encontró información sobre este punto y/o para relevar trabajos en prensa.

¿en qué orden y con qué ritmo?, ¿qué razones motivaron seguir ese orden y ese ritmo?, ¿de qué lenguas provienen los textos traducidos?, ¿por qué canales han circulado las versiones al español?

El orden de traducción de los textos revela parte de la dinámica del subcampo: indica tanto las motivaciones y los fundamentos de lxs agentes para emprender la práctica como los obstáculos que la condicionan. Este punto en particular exhibe la tensión entre lo posible y lo pensable en el subcampo de los estudios literarios en Argentina: las traducciones están atravesadas por las constricciones, disputas y tensiones del campo de las letras en interacción con otros. Intraducciones[57] autónomas sostenidas en capitales reforzados desde formaciones e instituciones, tramadas desde un cruce singular entre la marca plebeya del campo universitario y virajes a la clandestinidad e incluso a la ilegalidad en ciertos períodos son relevantes para mostrar estas conjunciones y su función tanto en la lucha por contribuir a desmontar prácticas hegemónicas como por ocupar posiciones estratégicas. El campo funciona de modo

57. Los términos «intraducción» y «extraducción» se emplean con matices diferenciales respecto de investigaciones con las que dialogo (cf. Plack, 2016; Añón, Adamo y Wulichzer, 2009; Añón, 2014): nos hacemos preguntas diferentes y, en consecuencia, construimos objetos de análisis atravesados por diferentes variables. Así, por ejemplo, no se atendió ni a los «procesos de compra y venta de derechos de traducción» (Añón, 2014:11) ni solo a los «flujos» (Plack, 2016) de circulación del objeto «libro». Esto obedece a dos razones: 1) buena parte de las intraducciones que han marcado líneas dentro del subcampo de los estudios literarios han circulado en copias mimeografiadas, fotocopiadas y, más tarde, en formato digital y/o en publicaciones periódicas autogestionadas; en la mayor parte de los casos, no se podía asumir el pago de derechos (cuestión que incidió parcialmente en la selección de los textos a intraducir, en el caso de las publicadas) y, en tantos otros, por las mismas razones (económicas), han circulado de modo fragmentario (se publicó una selección de pasajes o fragmentos a modo de envío); 2) buena parte de las extraducciones circularon como capítulos de libro o artículos en revistas especializadas. Por lo tanto, nuestros análisis de las prácticas de «intraducción» comprenden esta diversidad de tipos de texto traídos al español por lxs agentes del subcampo de los estudios literarios incluidxs en esta muestra; del mismo modo, nuestros análisis de las prácticas de «extraducción» comprenden libros o capítulos y artículos en revistas específicas publicados primero en español y luego traducidos a una o más lenguas extranjeras. Estas decisiones inciden en la producción de los datos. Sapiro ha observado, por ejemplo, las repercusiones de la exclusión de las «traducciones piratas» de las bases más usadas en las investigaciones sobre el campo transnacional (2009b:281). Justamente, la aquí construida las incluye: la traducción «pirata» representa, por lo menos, el 16,3 % de los textos intraducidos por el G1, el 19,4 % en el caso del G2, el 33,3 % del G3, el 30,3 % del G4 y el 19,3 % del G5 (se toma como indicador el porcentaje de intraducciones no publicadas; de las publicadas, también hay una cantidad que obedece a este tipo de circulación; debido a que no se sistematizaron estos datos, solo se acercan números aproximativos).

relacional: si a los efectos del análisis abordamos elementos por separado, es imperioso señalar su conexión con las otras prácticas junto a las que funcionan para construir y disputar sentidos (en este caso: intraducción, investigación y enseñanza —oficial o clandestina, según las circunstancias—).

Respecto del ritmo, es decir, del tiempo que media entre la publicación del texto en la lengua de origen y su intraducción, es importante atender a qué objetivos responde la práctica: ¿por qué y para qué se traduce determinado texto? Interesa identificar las disputas del campo nacional en las que se interviene vía la intraducción; un recurso valioso en la lucha por la definición de la agenda dados los efectos que la diseminación de un punto de vista enunciado desde un polo prestigioso en el espacio internacional genera en el nacional, en especial si viene desde el «meridiano de Greenwich» de la república de las letras (Casanova, 1999). Algo del capital simbólico acumulado por el texto y/o autor.a.e. intraducidx se traslada a quien traduce.

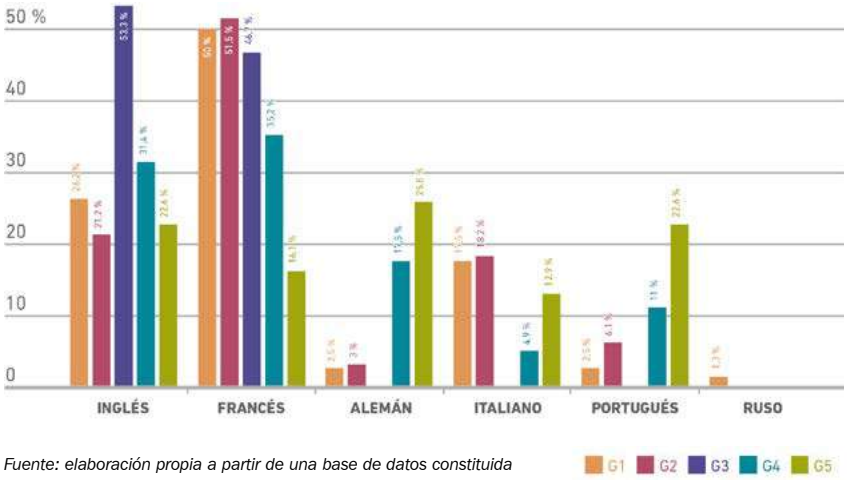
En segundo lugar, se trabaja sobre las valoraciones de lxs agentes respecto de las tradiciones intelectuales. Para construir estos datos se tomaron sus respuestas a una pregunta incluida en nuestro cuestionario: «¿Cuáles fueron los textos que hubiese deseado escribir? O dicho de otro modo, ¿cuáles fueron los textos que marcaron su trabajo o los que más ha admirado? ¿Por qué?» (cf. Gerbaudo y Fumis, 2014:259).

Intraducción. Razones para una práctica

El análisis de nuestra base de datos indica que, en líneas generales, la mayor parte de los textos teóricos intraducidos desde el subcampo de los estudios literarios provienen del inglés y del francés, seguidos por el italiano, el portugués y el alemán en órdenes que varían según los grupos. Una tendencia diferente se observa en el G5 (Gráfico 1).

La mayor parte de los textos intraducidos por lxs agentes del G5 provienen del alemán, seguidos por el portugués y el inglés, y luego por el francés y el italiano. El cruce de datos sobre los lugares donde lxs agentes de este grupo migraron y con los que sostienen lazos de cooperación explica, en parte, esta tendencia: la mayoría de las traducciones las realizaron agentes que habían cursado y finalizado sus doctorados en el extranjero (Alemania, Brasil, Estados Unidos) y/o que habían realizado estadías de investigación en dichos países debido a convenios de cooperación. La mayoría de esxs agentes se integraron a grupos de investigación y/o redes de intercambio solventadas desde organismos de dichos países. Ese trabajo compartido motivó que no solo se tradujeran

Gráfico 1. Intraducción: lenguas



Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

firmas del campo sino también otrxs autorxs que se busca hacer conocer. Así, caen juntos, Walter Benjamin, Jacob Grimm, August Schleicher, Rudolf Grossmann, C. Hermann Middelanis, Norbert Bolz, Robert Schnepf, Christian Wentzlaff–Eggeber, Wolfram Nitsch, Silviano Santiago, Joseph Erington, Jacques Derrida, Jean Luc Nancy, Georges Didi–Huberman, Giorgio Agamben, Stefan Pfänder, Andreas Gelz, Wander Melo Miranda y Nuno Ramos.

Hay resultados que contribuyen, en parte, a explicar por qué las intraducciones se realizan sin pasar primero por Estados Unidos, polo al que atienden, por ejemplo, Oxford y la EHESS, instituciones en disputa por la centralidad transnacional del subcampo. En una más o menos reciente defensa de tesis doctoral, Ana Camblong destacó lo que el análisis de programas de cátedra, clases, bibliografía de las investigaciones e intraducciones pone de manifiesto, es decir, la pregnancia de las tradiciones intelectuales francesas en las nuestras. Interesa su lectura, más allá del balance cuantitativo de flujos. A sabiendas del alcance limitado de nuestros efectos de campo (diríamos, zonal y nacional, con suerte regional y, excepcional y ocasionalmente, transnacional —como se verá en la segunda parte de este libro—), se pronunció respecto de lo que hacemos a partir de esas importaciones:

> Rendimos tributo a una bibliografía universal, especialmente francesa, puesto que nuestra formación es especialmente francesa más que estadounidense. Las

> agencias estadounidenses tienen menos influencia sobre la Argentina; no obstante esa bibliografía entra tranquilamente. Pero no se trata del entrar o del salir sino de pensar nosotros qué podemos decir. (2021b)

Del análisis de las prácticas de lxs agentes de la muestra se infiere que la importación de teorías francesas no necesitó autorizarse en esa operación de visibilidad internacional conocida como «French Theory» (cf. Cusset, 2003:22): no es Estados Unidos el meridiano de Greenwich que rige para buena parte de lxs agentes del subcampo. Para realizar esta afirmación se toma como indicador las intraducciones realizadas; más concretamente, país de procedencia de los textos y tiempo en que se llevaron adelante. Se constató la intraducción inmediata de textos producidos principalmente en Francia así como también en Reino Unido, Alemania, Italia y Brasil sin pasar por Estados Unidos, más allá de las intraducciones de textos publicados en ese país. Incluso en los casos en que el italiano operó como lengua relevo del ruso o el inglés del alemán, no fue sino por la circulación que tuvieron tanto en Francia los formalistas rusos y Bajtin como Benjamin en Alemania. La escala de la muestra posibilitó aislar, en primer lugar, lenguas dominantes de los textos intraducidos según los grupos y luego, precisar no solo autorxs y países de procedencia sino, en algunos casos, razones que motivaron las prácticas gracias a un cruce que repone análisis de trayectorias con autosocioanálisis y resultados de otras investigaciones.

Por ejemplo, nuestras conclusiones respecto de la importancia de las intraducciones del alemán en los agentes del G5 convergen con una tendencia que Graciela Wamba Gaviña observó en un detallado estudio sobre la recepción «temprana» de pensadores alemanes en la UBA y en la UNLP a comienzos del siglo XX. Su análisis se basó en programas de cátedra, publicaciones y traducciones y abarcó un período de dos décadas casi inmediatamente anterior al nuestro: 1929–1950. Las conclusiones derivadas de un cotejo estadístico de idiomas originales de la bibliografía utilizada en cursos universitarios y en publicaciones de agentes que intraducen y/o introducen ese material, si bien resaltando otros matices, coinciden con nuestros resultados en la relación que Wamba Gaviña encuentra entre migraciones de agentes argentinxs en pos de realizar estadías de investigación o cursar estudios de posgraduación en el extranjero e intraducción:

> El fenómeno corresponde a los profesores que en su biografía encierran una estadía, o incluso un doctorado en países de habla alemana y como indianos del nuevo siglo han vuelto a sus claustros con un acervo cultural independiente y ajeno a la política editorial y a la difusión de libros traducidos del momento. (2011:77)

Su trabajo da cuenta de cómo estxs agentes disputaron la hegemonía del francés, lengua dominante en el polo entonces dominante del campo intelectual argentino: si bien el francés era la lengua filosófica del momento en el campo intelectual de Buenos Aires, no podemos obviar la recepción de pensadores alemanes como Benjamin, Heidegger y Nietzsche, acercados en idioma original, en traducciones o recreaciones de sus teorías (2011:80).

Cabe apuntar el rol ejercido por docentes a cargo de cátedras tanto entre 1929 y 1959 como entre 1958 y 2015, incluida la propia Gamba Gaviña: Juan Ennis, agente del G5 que jugó un rol preponderante en la traducción de textos del alemán, no solo fue alumno en la UNLP sino que, en su autosocioanálisis, reconoció su deuda con su «profesora de alemán» en el contagio de su entusiasmo por esa lengua y por esa producción simbólica y cultural (cf. Anexo 3, Entrevistas, Ennis). Respecto de la UBA, es imponente la cantidad de traducciones realizadas por Miguel Vedda (G4).

La mayor parte de las traducciones del G4 las realizaron agentes que completaron parte de su formación en el extranjero (ya sea doctorado o estadías de investigación posdoctorales). Se trata, por lo general, de versiones al español de textos de firmas del campo internacional. El francés aparece en primer lugar; se tradujo a Georges Bataille, Gilles Deleuze, Michel Foucault, Julia Kristeva, Jacques Rancière, Philippe Lejeune, Jacques Derrida, Félix Guattari, Alain Badiou, Alfred Métraux, Alain Brossat, Jean–Marc Besse, Gisèle Sapiro, Jean–Yves Mollier, François Dosse, Antoine Hennion, Jean–Paul Bronckart, Christophe Charle, Pierre Salat, René Savatier, etc. El inglés aparece en segundo orden; se tradujo, entre otrxs, a Raymond Williams, John Guillory, Edmund Burke, Wayne Booth, Andreas Huyssen, William John Thomas Mitchell, el Grupo de Estudios Culturales de Chicago, Terry Eagleton, Edward Said, Slavoj Zizek, Judith Butler, Gayatri Chakravorty Spivak, Susan Buck–Morss, Homi Bhabha, Fredric Jameson, Leo Bersani, Francine Masiello, Quentin Skinner, Michelle Clayton, Joseph Urgo, Elliot Weinberger, James Ballard y Jean–Louis Comolli. Las traducciones del alemán ocupan el tercer lugar; los autores intraducidos dan cuenta de la importancia para el subcampo de los desarrollos teóricos de Theodor Adorno, Walter Benjamin, Georg Lukács, Karl Marx y Max Weber.

Las traducciones del portugués revelan la sinergia entre las de literatura, crítica y teoría brasileña: si bien las primeras no se incluyeron en nuestro recorte, el análisis de los currículums revela que lxs traductorxs de crítica y teoría producida en Brasil, también han traducido su literatura. Entre lxs autorxs se cuentan Silviano Santiago, Roberto Swartz, Flora Süssekind y Vilém Flusser.

Las traducciones del italiano rescatan clásicos de la teoría como textos recientes. En relación con estos últimos, Silvio Mattoni (G4) que obtuvo un premio

Konex por su labor como traductor de textos teóricos y literarios, escribió su versión de *Filosofía e historia* de Giorgio Agamben. En la cuarta edición de 2007, la editorial Adriana Hidalgo recogió en la contratapa comentarios de una serie de críticxs que también son escritorxs y profesorxs universitarixs: la selección de pasajes de notas publicadas en diferentes medios por Martín Kohan (G4), Daniel Link (G3), Martín Prieto (G4) y Ariel Schettini ratifica la importancia dada a la escritura en el pensamiento teórico y crítico en humanidades. La traducción es, en ese sentido, una de las operaciones más desafiantes; un desafío acrecentado si quien escribe, como en el caso de Agamben, tensiona la lengua italiana y exige a quien traduce hacer lo propio con la lengua de llegada.

En la serie de traducciones de clásicos de teoría italiana se cuentan las de Diego Bentivegna (G4) quien publicó, por UNTREF, sus versiones de textos de Antonio Gramsci y por el Cuenco de Plata, las de Pier Paolo Passolini.

Las traducciones de los tres grupos restantes muestran la importancia de la producción teórica en francés y en inglés en el subcampo de los estudios literarios. Le siguen, en el caso de los grupos 1 y 2, el italiano.

Los textos viajan fundamentalmente desde Francia, Reino Unido, Estados Unidos e Italia sin influencia de una tradición sobre las otras. Un indicador de esto: su rápida traducción, apenas publicados en su país de origen, como ya se señaló. El ejemplo más evidente: los pasajes de *Leçon sur la leçon* de Bourdieu seleccionados por Beatriz Sarlo (G1) y publicados con apenas una diferencia de meses entre Francia y Buenos Aires durante los años ochenta, es decir, mucho antes de la irrupción de la Web. Tiempo en el que, además, más allá de lo que se conseguía en las librerías de Buenos Aires, los textos se traían gracias a las compras realizadas en viajes al exterior motivados, entre otros objetivos, por la necesidad de actualizar bibliografía. En el recuerdo de Carlos Altamirano (G1), las librerías de Francia e Italia visitadas durante su primer viaje a Europa realizado junto a Sarlo (G1) sobre finales de la década del setenta aportaron textos clave para la lectura, no solo de literatura: «¿Qué es lo que va a aparecer cuando uno va a visitar las librerías? El tema de la crisis del marxismo y el tema de la crisis del socialismo real. (...) El viento de octubre ya no soplaba» (2019c). De ese viaje, Sarlo trajo libros que tiene agrupados aún hoy en un lugar preciso y destacado de su selecta biblioteca. Una visita a su estudio constató lo que habíamos escuchado en un cuento de Adriana Amante (G4): «Solo conserva cosas de trabajo vinculado a la literatura argentina contemporánea y algunas de teoría. El resto lo lee y lo regala. Y hace una militancia de eso» [*2018*], indicó mientras describía esa biblioteca y los criterios de selección. Durante esa visita, Sarlo rememoró algo más sobre aquellas adquisiciones y sobre por qué conservó esos ejemplares:

> Compré formalismo ruso, *Il método formale nella scienza della letteratura. Introduzione critica alla poética sociológica* de Pavel Medvedev publicado por Dedalo Libri, *Dostoevski. Poetica e stilistica* de Bajtin publicado por Einaudi. Y después en Francia *Pour une esthétique de la réception* de Jauss publicado por Gallimard. Esos fueron los fundamentales. (2019)

Estar actualizadxs en las discusiones del campo internacional y hacerlas circular desde formaciones y revistas fue una estrategia usada por Altamirano y Sarlo para solicitar modos de leer institucionalizados. Las traducciones que Sarlo realizó o encargó para *Punto de Vista* tuvieron un papel definitivo en esa lucha: «teníamos pretensiones de que se hablara de otro modo de las cuestiones» (2019), resaltó. Ese «otro modo» es el que desplegaba en *Punto de Vista*, en los grupos de estudio y luego, en las clases, una vez recuperada la democracia: «buscábamos que todos nosotros tuviéramos espacio para decir lo que pensábamos que había que decir» (2019). Por su parte, Altamirano resaltó la decisión de permanecer en el país, a pesar de la situación durante la última dictadura: «no nos imaginábamos qué podíamos hacer fuera de la Argentina. Solo algo que hiciéramos acá podía tener sentido. Imaginarte afuera era imaginarte una nada» (2019c). Esta toma de posición se evidencia en las operaciones constatables en *Punto de Vista* y su batalla contra el anquilosamiento institucional. Un proyecto que reinventó el legado de renovación teórica que había impulsado *Los Libros*:

> El estructuralismo crítico en Buenos Aires entró por varias vías pero si tuvo una revista, esa fue la revista *Los Libros*. En aquel momento la universidad no era vista como el centro del saber sino más bien como una institución que estaba al margen de lo nuevo. (...)
>
> Con *Punto de Vista* teníamos en mente una revista como había sido *Los Libros*. (...)
>
> Cuando aparece *Punto de Vista* en 1978 hubo contemporáneamente una aflora-ción de revistas literarias hechas por jóvenes. (...) Fue el modo de expresar el descontento. Las revistas fueron un vehículo de la disidencia intelectual en Argentina en la segunda mitad de los años setenta bajo la dictadura. Y en el caso de *Punto de Vista*, nosotros seguimos el modelo de lo que había ocurrido durante el franquismo: el discurso crítico se había vehiculado por las revistas. Entre no hacer nada e irnos pensamos que la experiencia española tenía una lección en ese sentido. Podíamos aprender de ahí a cómo dar vida a un discurso disidente. (2019c)

Además de estas reconstrucciones retrospectivas, importa traer las enunciadas prácticamente en el mismo momento en que se llevaban adelante las prácticas. Sobre este asunto, hay dos entrevistas de Sarlo que es crucial exhumar. La

primera, realizada por Analía Roffo en 1983. Si bien *Punto de Vista* contaba por aquel entonces con cinco años, ya era la intervención con la que se asociaba el nombre «Sarlo» en los medios. Mientras conversan sobre *Sur* (terminaba de salir el dossier que le habían dedicado junto con Gramuglio y Warley en el número 17 de abril–julio) se desliza la identificación de parte de los objetivos de ese proyecto intelectual con el propio. Mientras Sarlo hablaba de esa «élite responsable» movilizada por la pregunta «¿qué debemos hacer los intelectuales y qué legitima nuestro discurso?», Roffo impugnó ese «contacto continuo con la cultura extranjera». Sarlo replicó tomando distancia de los maniqueísmos propios de los nacionalismos metodológicos y los regionalismos–regionalistas: «es que ese tránsito no implica necesariamente una malevolencia congénita» (1983b:9). De yapa, repuso una pregunta que «fue crucial para *Sur* pero no fue privativa de ellos»: «¿cómo construir una cultura que combine una tradición nacional con la modernización de la cultura europea?» (9). Una pregunta que complejizó reconociendo tensiones leídas entonces en claves claramente bourdesianas: «el sentimiento de marginalidad, de cultura periférica que tenemos los intelectuales argentinos dura hasta hoy. Por lo tanto la pregunta acerca de cuál va a ser nuestra relación con las metrópolis culturales es casi central» (9). Importa reponer el modo en que recogía los problemas: «uno podría pensar que es una desgracia que sea central pero lo cierto es que lo es» (9). Sarlo respondía desde una posición que se sabía marginal en el campo transnacional y en disputa de la centralidad en el nacional. Desde esta colocación intervenía disolviendo el todo o nada. Así cuando Roffo le preguntó que hacía *Sur* para resolver la cuestión planteada por la pregunta que había traído a la conversación, arriesgó su tesis sobre lo que había hecho *Sur* mientras, a la vez, aludió a lo que se hacía desde *Punto de Vista*: «Traducir, sin duda, de manera desaforada por momentos» (9). Y agregó un ejemplo que habilita una analogía: Charles Mc Duff es a *Sur* lo que Bourdieu es a *Punto de Vista*. Decía Sarlo: «Yo recordaría, por ejemplo, que la revista tradujo un artículo de Charles Mc Duff casi simultáneamente con su publicación en Estados Unidos, que es un excelente artículo sobre el *Ulises*» (1983b:9).

Quince años después volvió sobre el asunto en una entrevista realizada por Graciela Speranza. La colocación marginal reaparece asociada a la necesidad de traducir: «Quienes no pertenecemos a campos intelectuales centrales vivimos como a la sombra de la posibilidad de error propio» (2), señala. Si bien ya no usa la idea de un «marco teórico» que apoye una lectura crítica (cf. 1983b), admite un «malentendido» que reconoce como «marca de periferia»: la necesidad de autorizarse en el «otro europeo» (1998:2). Sarlo habla, en principio, de Victoria Ocampo.

En la construcción de la perspectiva propia, en muchos casos, en disidencia con otros grupos, las traducciones desempeñan un rol primordial. Si bien las coyunturas varían, una disputa atraviesa todo el arco estudiado: lo que está en juego son las formas de resolver cómo leer lo que se fabrica, desde muy variadas posiciones, como literatura.

En las traducciones del G1 sobresalen textos provenientes del francés. Entre otros, tradujeron a Pierre Bourdieu, Roland Barthes, Lucien Goldmann, Jean–Paul Sartre, Maurice Merleau–Ponty, Michel Foucault, Tzvetan Todorov, François Furet, Philipe Lejeune, Maurice Blanchot, Émile Durkheim, Algirdas–Julien Greimas, Édouard Glissant, Cornelius Castoriadis, Claude Lefort, textos de Vilmos Voigt sobre Yuri Lotman, etc. Entre las traducciones del inglés se cuentan las de Raymond Williams, Richard Hoggart, Edward Said, Susan Sontag, Terry Eagleton, George Steiner y Judith Butler. Las traducciones de Jürgen Habermas, Hans Ulrich Gumbrecht, Peter Bürger y Robert Jauss se valieron del inglés y del francés como lenguas–relevo. Por otro lado, también el italiano funcionó como lengua relevo: las versiones de los trabajos de los formalistas rusos y de Mijail Bajtin publicadas por las editoriales italianas Dedalo e Einaudi fueron claves en la circulación de estas teorías en nuestro país debido a la confianza que generaba lo editado por esos sellos; por otras razones (básicamente: manejo de lenguas) también se lo usó para hacer circular textos de Lotman. Finalmente, del italiano se tradujeron textos de Rosalba Campra sobre el género fantástico y de Franco Ruffini sobre semiótica del teatro.

Destaco una traducción de Lucien Goldmann impulsada por David Viñas durante sus años como profesor en Rosario dado el singular medio en el que circuló: «Materialismo dialéctico e historia de la literatura» se publicó entre 1963 y 1964 en los dos únicos números de una revista de difusión cultural ligada al activismo político, *El arremangado brazo*. Se producía allí una llamativa contigüidad: un texto de denuncia de las precarias condiciones laborales de los recolectores de basura caía junto con estos prolegómenos metodológicos para una historia materialista de la literatura (cf. Aguirre, 2021). Viñas encargó la traducción a Noemí Ulla, entonces alumna de sus cursos. En el recuerdo de Ulla, Goldmann ocupaba un espacio importante en la Rosario de «los años Prieto» al punto que, además de enseñarlo y traducirlo, se proyectaban estadías de investigación para seguir sus cursos en París:

> Fue David Viñas, mi profesor de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras en Rosario, quien habló por primera vez de Goldmann. Enseguida empecé a leerlo e influidos como estábamos por el pensamiento sartreano que estaba en el aire y por los enfoques sociológicos de David, me pareció acertado escribirle a Goldmann

> para seguir su curso en París. Me contestó muy amablemente y me presenté a una beca de la universidad para conseguir mi propósito. Pero el jurado decidió que era más interesante la antropología que la literatura y dio la beca a esa orientación. De manera que me quedé sin la posibilidad de seguir el curso. La traducción de *El arremangado brazo* fue por esos años. El grupo al cual yo pertenecía (...) no miraba con total acuerdo pero tampoco con total desacuerdo las ideas sociológicas para interpretar la literatura. (...) Sin embargo, en su momento, los libros de Goldmann nos descubrieron una mirada diferente y más de una revelación. (Ulla, 2007)

Por aquellos años, Nicolás Rosa traducía a Merleau–Ponty, Sartre y Barthes en la que será «una de las revistas literarias más importantes de los años sesenta en la ciudad de Rosario» (Podlubne, 2014:325): *setecientosmonos*. Estas traducciones tenían un lugar destacado en las tapas de la revista: en el número 6 de agosto de 1965 se anunciaba la publicación de «Novela y metafísica», un apartado de la lectura que Merleau–Ponty realizó de *L'invitée* de Simone de Beauvoir en *Sens et non sens* (1948); igual preponderancia tuvo en el número 7 de diciembre del mismo año la traducción de fragmentos de los apartados sobre la «santidad» tomados de *Saint Genet, comédien et martyr* (Sartre, 1952); en el número 8, se destacó «Burguesía y mito», un envío a la entrada de las *Mitologías* de Barthes que ocuparon las primeras páginas de la publicación. En el penúltimo número de junio de 1967, bajo el título «Literatura hoy», se remitía a la respuesta de Barthes a un cuestionario elaborado por la revista *Tel Quel* en 1961. Esas traducciones ayudan a hipotetizar sobre las teorías que inspiraban el modo de leer de Rosa: si el Sartre de *Contorno* (o más precisamente, el Sartre de Viñas) habilitaba énfasis sobre la figura del «compromiso» (Viñas fue, como ha expresado con precisión Martín Kohan [2017], un crítico más preocupado por la «realidad» que por el «realismo»), el Sartre de Rosa era tributario del Barthes no «metalúrgico» (Sarlo, [*2014*]) y de los cuestionamientos a las morales de la lectura de Merleau–Ponty. Se trata, más que de nombres que caen juntos, de textos cuya contigüidad sintomática muestra escrituras antieconómicas y desmesuradas conviviendo en polos que tanto se han retroalimentado como han entrado en disputa. Estas traducciones están en la base de los textos «monstruosos» (Derrida, 1967a) que el propio Rosa producirá un poco después y que pondrán a la escritura con búsqueda literaria en un lugar vital de su trabajo suspendiendo toda instrumentalidad. Más de un Sartre, entonces, desde operaciones que, lejos de la lógica del «malentendido» (Bourdieu, 2002), son verdaderas apropiaciones herejes, es decir, una forma de heredar.

La operación de traducir a Barthes no se detuvo allí: en 1973, Rosa tradujo para Siglo XXI *Le degré zéro de l'écriture* (1972); en 1974, *Le plaisir du texte*

(1973) y en 1980, *S/Z* (1970). Su operación se reforzó con la emprendida por Sarlo desde el CEAL quien en 1981, bajo el título *El mundo de Roland Barthes*, reunió una selección *de traducciones suyas junto con* otras de Nicolás Rosa, Héctor Schmucler y José Bianco a las que les anexó un capítulo y apartados para cada ensayo en los que, con tanto de pedagogía como de estrategia, repuso disputas que, ya por aquel entonces, leía desde esa singularidad que tienen las improntas sociológicas emprendidas por agentes con formación en letras, filosofía y/o antropología (entre otrxs, ver los trabajos de Bourdieu, Robert Castel, Sapiro, Altamirano, Sarlo, Alabarces, Sorá).

Así junto al Barthes del «sistema», Rosa y Sarlo pusieron en circulación al Barthes del «murmullo» (precisa oposición a través de la cual Panesi enfrentó a Barthes con Barthes, a esos diferentes Barthes que se agolparon en una misma firma: tanto de ciencia, tanto de escritura). Si se atiende a los nombres de lxs traductorxs e introductorxs del Barthes del «murmullo» en esta muestra, se verifica la coincidencia con los nombres de quienes lideraron tanto las formaciones de resistencia intelectual durante la dictadura como la renovación de la enseñanza universitaria de la literatura argentina y de la teoría literaria durante el primer momento del primer ciclo de la posdictadura: estxs agentxs buscaron intervenir, también vía las traducciones, en la construcción de la agenda de los estudios literarios. En un texto publicado en *Punto de Vista* en 1979, Sarlo observaba la presencia hegemónica de la producción francesa en los estudios literarios en Argentina al punto de que otras teorías, producidas en otros lugares del mundo y en otras lenguas, se recepcionaron vía la lectura realizada en ese país: «Decirlo una vez más es casi un lugar común. Y no se trata aquí de demostrarlo nuevamente. Más bien sería cuestión de pensar lo que se gana y lo que se pierde en el campo del saber» (1979:9). De cualquier modo, se trata de una operación de la que había participado y de la que seguirá participando, no sin auto–crítica. Así, su contribución tanto a la difusión de Barthes y Bourdieu vía sus traducciones como a su uso vía sus lecturas en clases y escritos se complementará con otras operaciones: a la versión de los formalistas rusos apropiada vía la compilación de Tzvetan Todorov (cf. 1965) y a la de Bajtin vía Julia Kristeva (1969), Sarlo opondrá su propia selección a partir de los textos de Bajtin y de Tinianov traducidos al italiano y publicados por Dedalo Libri que había conseguido en su viaje a Italia junto a Altamirano y que luego hará traducir al español por Roberto Raschella. A esas versiones que circularon en casetes durante los años de las catacumbas se agregan los envíos a Raymond Williams y a Richard Hoggart. Una operación que obedece a su anhelo de no quedar atrapada en una sola dirección:

> El peso de una formidable industria cultural, apoyada en una exportación de libros que es la mayor del mundo, coloca a Francia —en relación con la Argentina y con el resto de América Latina— en el centro de este espacio. (...)
>
> Algunos fenómenos reclaman ser considerados: las redes que trazan las traducciones, las formas de las modas teóricas. Es preciso explicar, por ejemplo, a qué se debe que los argentinos leyeran a los formalistas rusos después (y en el marco conceptual) del estructuralismo francés. Y que esta preeminencia no significó simplemente un orden de llegada sino una interpretación (una mutilación, acaso). (...) ¿Por qué el estructuralismo de Barthes, Todorov o Kristeva aspiró a ocupar el campo de la crítica literaria como única forma de la «modernidad» teórica? (...) Un capítulo no desdeñable de la historia teórica de los últimos diez años se tramará con la respuesta a estas (y otras) preguntas. (1979:9)

Contra la «vindicación de una textualidad inmanente» (Prieto, 2020a:17), dominante desde los años sesenta hasta los años 80 en polos centrales pero hasta bien entrado el siglo XXI en polos periféricos, Sarlo articulaba «lecturas sociológicas» con «lecturas de la forma» en ensayos, clases y traducciones que dejaban entrever un mismo «gesto de resistencia crítica» (Kohan, 2017). Entre esas traducciones, el texto de Hans–Robert Jauss publicado en *Punto de Vista* (cf. Jauss, 1981) representó para el entonces joven profesor de la UNCom, Martín Prieto (G4), la posibilidad de atisbar un horizonte de trabajo diferente al que encontraba en la UNR y que imaginaba (o temía) totalizador:

> El nombre del autor, vale hacer hoy esta precisión, no fue de circulación efectiva en la Argentina hasta comienzos de los años 80, una vez que Beatriz Sarlo tradujo y publicó en *Punto de Vista* la conferencia «Estética de la recepción y comunicación literaria». Y para anotar otro dato de un renovado «destiempo», ahora específico de los estudios literarios, mi ejemplar del libro de Jauss está fechado en 1986. (Prieto 2020a:18)

Esta traducción, publicada en 1981, tendrá efectos de campo no inmediatos: contribuirá a atenuar la representación de la teoría literaria como discurso autosuficiente. Ese fantasma de una teoría tan autónoma como la literatura acechaba en la UBA y en la UNR entre fines de los ochenta y principios de los noventa: es a propósito de *Las reglas del arte* de Pierre Bourdieu (1992) que un muy joven Gonzalo Aguilar (G4) celebraba la difusión de sus escritos equiparados a una sustancia sanadora contra un veneno. El veneno de la teoría enamorada de la teoría:

> La lectura de Bourdieu tiene, al menos para los investigadores de la literatura, el alcance de un antídoto. En un panorama en el que predomina la fetichización de «la teoría», sus escritos me impactaron por la elaborada articulación de teoría y práctica metodológica que me resultó de gran utilidad a la hora de iniciar una investigación. Porque si bien Paul De Man habló de una «resistencia a la teoría» (...), lo que se percibe con más frecuencia es una resistencia al método, en beneficio de una serie de especulaciones cuya característica es —en los peores casos— la «ausencia de toda referencia a una realidad empírica cualquiera» (Bourdieu 1997b, p. 24)». (Aguilar, 1998:45)

Sarlo y Gramuglio tradujeron muy temprano a un Bourdieu del que, más tarde, se valdrán en sus clases en la universidad y en sus publicaciones. Mientras Sarlo difundía sus traducciones en *Punto de Vista*, Gramuglio publicaba en *Campo de poder y campo intelectual* (título de 1983 de la colección Argumentos que Altamirano y Sarlo dirigían en la editorial Folios)[58] su versión de «L'ontologie politique de Martin Heidegger» que Bourdieu había incluido en el número 5–6 de 1975 de su entonces flamante revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. Además, las clases dictadas por ambas en la UBA acompañadas por Altamirano combinaban los planteos de Bourdieu y de Williams. Es decir, las traducciones se integraban a una operación de la que participaban sus artículos, los manuales que escribían y las clases: lo que se disputaba era un modo de fabricar los objetos y de construir los problemas. Sarlo, Gramuglio y Altamirano leían prestando atención a las condiciones sociales de producción de las formas. Una perspectiva que hará lugar a más de una deriva (esta

58. Si bien centrado sobre la figura de José Aricó y su rol como director de la colección «El tiempo de la política» de Folios, Martín Cortés reconstruye cómo surgió ese sello en el marco del exilio de argentinxs en México durante los años setenta: el proyecto nació en aquel país en 1981 bajo el impulso de Ricardo Nudelman que tenía experiencia en el campo editorial por sus prácticas junto a Daniel Divinsky en Ediciones de la Flor. Nudelman aprovechó su lugar en la gerencia de la librería mexicana Gandhi para lanzar el sello valiéndose de la red de distribución de esa librería. Cuando retornó a Argentina, luego de la restitución democrática, abrió una sucursal de Gandhi en Buenos Aires. Si bien Cortés revela la dificultad para reconstruir el catálogo, repone sus colecciones: junto a la que dirigían Sarlo y Altamirano en Buenos Aires se inscribe Interacciones dirigida por Hugo Vezetti, una colección de literatura dirigida en México por Mempo Giardinelli y en Buenos Aires por Ricardo Piglia, una de psicoanálisis y filosofía dirigida por Gregorio Kaminsky y dos colecciones dirigidas por profesores mexicanos, una sobre salud, la otra sobre relaciones internacionales. El proyecto de Folios se disolvió cuando Nudelman abandonó el campo editorial para incorporarse al equipo de gestión del entonces presidente Raúl Alfonsín (cf. Cortés, 2015).

investigación, entre otras, es deudora de aquellos trabajos leídos veinte años después de publicados; otra vez, más que de un «destiempo» —palabra que abona la idea de un reloj ubicado en un espacio central que marca el ritmo de un andar transnacional, regional o nacional, según la escala elegida— se trata de considerar, desde una perspectiva relacional, lo posible y lo pensable en los diferentes espacios sociales de un campo con condiciones materiales muy diversas): hay un relato reciente en el que Aguilar desarrolla en extenso la importancia tanto de las clases como de las traducciones y los textos de difusión de Sarlo y Altamirano para aquellxs ingresantes entre los que se contaba en 1983. Su autosocioanálisis arriesga una lectura de las repercusiones de esa perspectiva en las investigaciones producidas en humanidades en la UBA de los ochenta y noventa mientras, como ya lo había señalado Panesi, confiesa las expectativas redentoras depositadas en «la teoría» apenas restituida la democracia: «íbamos a las marchas y ya comenzábamos a consumir, caótica y desmesuradamente, *la teoría*, ese ídolo al que aprenderíamos a brindarle una reverencia casi religiosa y que aún al día de hoy sigue recogiendo nuevas víctimas sacrificiales» (2020: 263); « podíamos devorar esos artículos de fines de los sesenta como si hubiesen sido escritos para entender la reapertura democrática, la crítica, la literatura o lo que fuera" (263). En ese contexto de idealización, las operaciones de Sarlo y Altamirano se experimentan como un "antídoto" (264). Significante que retorna una y otra vez en sus textos asociado a «la presencia» institucional de «nuevas referencias teóricas como Pierre Bourdieu o Raymond Williams»:

> El marxismo heterodoxo de Williams permitía abandonar la simplificadora separación entre estructura y superestructura y se complementaba con las herramientas sociológicas de Bourdieu que daban lugar a funcionamientos particulares (con el concepto de campo) sin inmolarlos en el altar de la «totalidad» o en la determinación de la «última instancia económica» (264).

En 1990, desde México, Raúl Dorra (G1) publicó su traducción de un libro de Greimas que espejaba la posición intelectual desde la que el argentino intervenía en el campo de las letras (más de un subcampo, en su caso: estudios semióticos, literarios y literatura): «También es importante, fundamental diría, descubrir que uno se ha equivocado. Reconocer lo que se ignora (…) es lo que abre las puertas» (2014:141). Esto le respondió a Raquel Guzmán que le había preguntando si «puede decirse que haya algunas [teorías] más rigurosas que otras» (Guzmán, 2014:141). Se trata de la traducción de un libro de pasaje: cuando la teoría greimasiana viraba hacia la ortodoxia, apareció este escrito que Dorra trajo al español. Una decisión que expone una posición intelectual ante el saber,

el trabajo, la vida: hacer lugar a «la intuición de que el saber es interrogación antes que respuesta, continuo comercio con la inseguridad» (1990:11).

Pero además, el prólogo que Dorra escribió para su versión de *De l'imperfection* interesa a esta investigación, entre otras cosas, por lo que revela respecto del peso simbólico de la tradición francesa en la nuestra:

> No falta quien dice que, de Sartre hasta acá, el pensamiento francés ha sufrido una progresiva disminución de grandes nombres. (...) Tal vez los grandes nombres estén de nuevo ahí, todavía tapados por el velo de las modas, tal vez este intervalo no sea sino la necesaria preparación de futuras iniciativas con las que el pensamiento francés recobrará la contagiosa, decidida vivacidad a la que nos tenía acostumbrados. (1990:7)

En las traducciones del G2 sobresalen escritos en francés y en inglés que signaron las discusiones teóricas y críticas del subcampo: los textos de estos autores atravesaron programas de cátedra e investigaciones. Entre otros, del inglés se tradujo a Edward Said, Frank Kermode, Peter Gay, Harold Bloom, Raymond Williams, Paul De Man e Itamar Even Zohar; del francés, a Jacques Derrida, Jean–Paul Sartre, Jean Bollack y, entre las importaciones que dejarán huella en las didácticas de la lengua y de la literatura, se destaca la de Jean–Paul Bronckart.

Las traducciones del G3 hicieron circular textos de grandes nombres. Del inglés se tradujo a Stanley Fish, Stuart Hall, Richard Rorty, Terry Eagleton y Slavoj Zizek; del francés, a Roland Barthes, Jean Paul Sartre, Paul Ricoeur y Luce Irigaray.

Si bien las intraducciones funcionan como un indicador importante respecto de las tradiciones que cooperan en la fabricación de objetos y problemas del subcampo, complementar estos resultados con los obtenidos a partir del análisis de los cuentos de lxs agentes respecto de sus libros y autorxs más valorados densifica los datos. Esto obedece a que la relación entre textos traducidos y posición teórica es compleja: no siempre lo que se quiere traducir es lo que se puede traducir debido a varios factores entre los que se cuentan la imposibilidad de pagar los derechos (en el caso de que no se opte por la circulación semiclandestina) y el manejo de lenguas. Jorge Panesi subrayó este último aspecto al volver sobre sus propias decisiones como traductor:

> Mis lecturas fueron predominantemente francesas, pero sabía que había otras cosas que no dominaba y que hubiera querido dominar, como por ejemplo, los trabajos en alemán. Uno sabe que no puede acceder a ellos, no puede calibrar exactamente qué es lo que dicen esos textos, pero también sabe que están ahí. [*2017*]

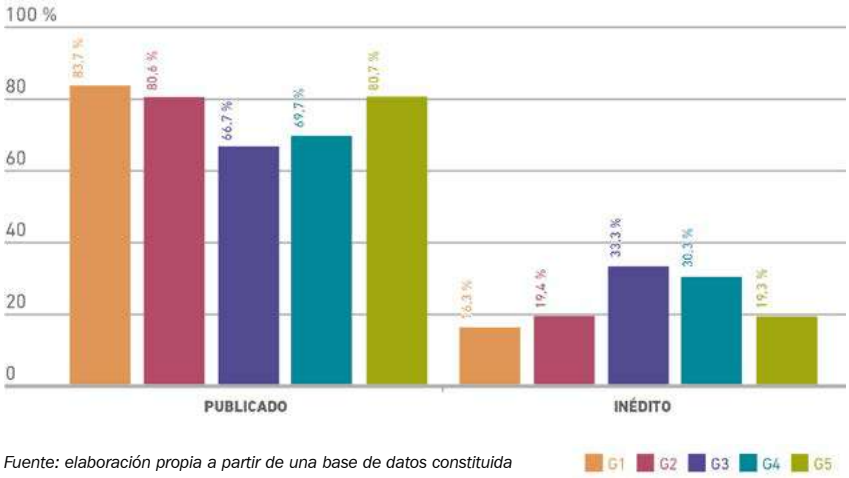
En este intento de describir lo posible y lo factible en el subcampo, lo intraducido fuera de los marcos legales y/o sin recibir remuneración por la tarea interesa por varias razones. En primer lugar, no se trata de traducciones hechas a pedido y contra pago sino de una práctica sostenida por la convicción de la necesidad de poner a circular un texto puntual en nuestra lengua en una coyuntura determinada. No obstante, esta misma situación afecta la práctica ya que, al tratarse de una actividad ad honorem realizada en el tiempo libre, su resolución suele estar atravesada por la discontinuidad y si, además, se saltea el pago de derechos, su difusión es restringida.

Estos factores inciden en la selección de los textos que se traducen y, en el caso de seguir la obra de un.a.e autor.a.e, muestran el papel del azar en su puesta en circulación por estas pampas: más que ordenado por un programa, lo que determina lo que se intraduce está dado por la conjunción entre posibilidad y contingencia unidas a fantasías diferenciales que es necesario analizar por grupo y por caso ya que, desde luego, las condiciones materiales varían. Así por ejemplo, más allá de la precariedad estructural, se constata que los cambios tecnológicos facilitaron dinámicas a las que cabe atender. Un factor que se intersecta con otros: tanto la actualización de las discusiones en el campo transnacional como la acumulación de capital simbólico en el extranjero son estrategias usadas por lxs agentes para intervenir en el espacio local y/o nacional, en especial cuando se proviene de polos periféricos del subcampo y/o cuando se intenta incidir en las instituciones por fuera de ellas. El alto porcentaje de traducciones inéditas corrobora la importancia que cobra esta práctica asociada a estas batallas (cf. Gráfico 2).

Esas traducciones han circulado de diferente modo (cf. Gráfico 3): las encargadas por Sarlo a Roberto Raschella se guardaron en casetes usados en los grupos de estudio; la fotocopia y luego la edición digital se utilizaron para las clases de grado. Por refuerzo de los capitales simbólicos entre quien traduce y la firma importada, algunas se convirtieron en piezas míticas. Es el caso de «La loi du genre» de Derrida, traducida por Ariel Schettini para la cátedra de Teoría y Análisis Literario «C» liderada por Jorge Panesi (G2).

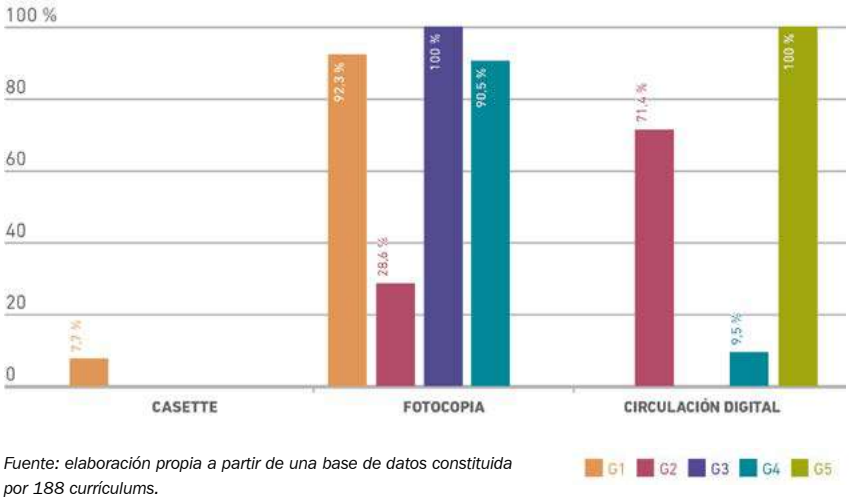
Por otro lado, buena parte de las traducciones publicadas como artículos de revista no siguieron las normas legales. Esto permitió poner a circular textos de Bourdieu, Jauss, Said, Sontag, Derrida, entre otros. La fiebre por la actualización, las disputas alrededor de los modos de leer, el fervor pedagógico y la precariedad como marca estructural del subcampo y, por lo tanto, estructurante de las decisiones de lxs agentes son los factores que se combinaron e hicieron lugar a estas prácticas.

Gráfico 2. Intraducción: circulación



Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

Gráfico 3. Intraducción: circulación de intraducciones no publicadas

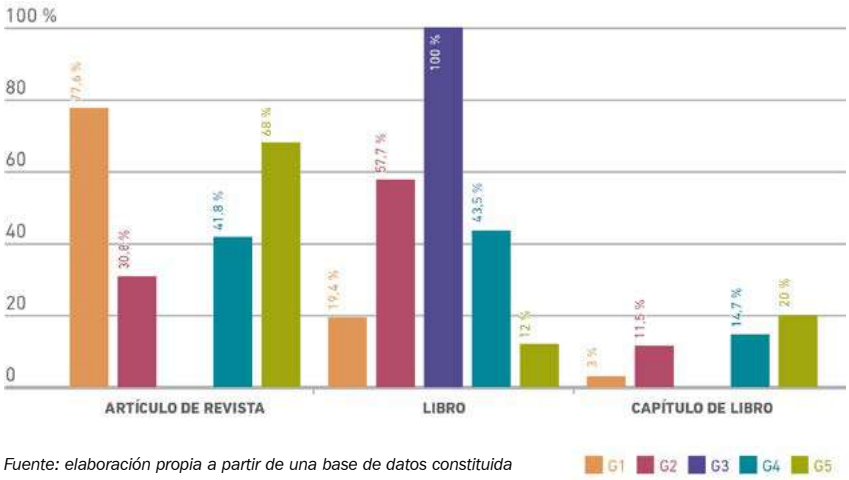


Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

El borramiento del nombre de quien habilita un repetorio de conjeturas. Esto aconteció, por ejemplo, con la versión en español de un fragmento de *Leçon sur la leçon*, la «lección inaugural» dada por Bourdieu en el Collège de France el viernes 23 de abril de 1982, publicada en el n° 15 de agosto–octubre de ese mismo año en la revista dirigida por Sarlo; lo mismo sucedió con un artículo de 1977 difundido en las *Actes de la Recherche en sciences sociales* y en el n° 8 de *Punto de Vista* en marzo–junio de 1980. Ms allá de que en este último caso se aclare, en nota al pie, que el artículo se publica «con autorización» y que se trata de «un fragmento de un trabajo más extenso», la autoría de quien tradujo se identifica a partir de las marcas de escritura luego ratificadas vía una consulta (cf. Sarlo, 2015). La urgencia por introducir las teorías de Bourdieu junto con las de Williams, Hoggart y las de Thompson como parte de la lucha contra la hegemonía de las interpretaciones «lingüisticistas» (Derrida, 1967a), entonces institucionalmente dominantes, explica estos ardides. A esto se agrega que la discusión transnacional alrededor de quien traduce como co–autor.a.e del texto estaban aún muy lejos de producirse. Tanto es así que ni siquiera se consideraban las transferencias de capitales simbólicos involucradas en la tarea: en una consulta le pregunté a Sarlo si Bourdieu alguna vez se había enterado de esa difusión que ella junto con Gramuglio y Altamirano habían llevado adelante en Argentina. Su respuesta entra en serie con el carácter plebeyo y anárquico de la cultura argentina: «a Bourdieu no lo conocí, aunque supe de su existencia muy temprano (...). En realidad, soy poco cultivadora de los contactos» (2015). Las omisiones que marcan tanto la pregunta como la respuesta dejan entrever también qué razones motivaban pasar por alto tanto derechos de autorxs como de editoriales extranjeras. Estrategias del pobre para poner en circulación bienes de la cultura que se consideró valioso que otrxs conocieran, leyeran, discutieran y/o aprendieran (Gráfico 4).

Se trata de prácticas inscriptas en luchas emancipatorias. Los textos de inspiración sociológica ocuparon un espacio importante entre las traducciones del G1 en un momento en el que las instituciones del subcampo estaban dominadas por teorías de inspiración hermenéutica y por una versión aplicacionista del estructuralismo atravesado por la biblioteca Gredos (Hidalgo Nácher, 2022a). Las traducciones de Panesi (G2) se inscribieron en un combate contra la hermenéutica librado también en clases que estuvieron a punto de llevarlo a los tribunales (cf. Panesi, 1985; Gerbaudo, 2016b). Puede vislumbrarse algo más que entusiasmo docente en la selección de pasajes de la disputa Derrida–Searle que compartió con sus alumnos de la UBA y de la UNL en sendos cursos de grado y posgrado entre mediados de los noventa y principios del siglo XXI (cf. 1995, 2002). También se puede entrever algo más que fascinación en su

Gráfico 4. Intraducción: formatos de circulación de intraducciones publicadas



Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

esfuerzo por traducir y publicar, aunque más no sea fragmentada por cuestiones legales, su versión de «*Some statements...*», ya bien entrado el siglo XXI (cf. 2017). Las disputas en las que cada una de estas decisiones se involucran son diversas y se enmarcan en tiempos diferentes. No obstante las atraviesa el mismo deseo de seducción de inciertxs destinatarixs y de marcado de la agenda del subcampo desde una vía menos frontal que la clase y el ensayo y mucho más potente en términos de efectos que la lastimosa letanía de la queja.

Durante una entrevista, Sarlo se refirió a las maniobras realizadas desde *Punto de Vista* y desde el CEAL para sortear el pago de derechos:

> Si tenés una editorial de fondo atrás no podés hacerlo. Pero nosotros en *Punto de Vista* lo hacíamos sin preocuparnos, en principio, porque en la época de la dictadura nos hubiera parecido insultante que nos vinieran a jorobar la paciencia. Y después, porque ya estábamos acostumbrados, sobre todo porque era una revista no comercial.
>
> En el Centro Editor era distinto. Para algunas cosas pedíamos derechos; en algunos casos, teníamos que hacerlo. Aunque siempre circulábamos por una callejuela medio lateral de la autopista. (Sarlo, 2019)

A pesar de la sutil diferencia que señaló entre el CEAL y *Punto de Vista*, los vuelve convergentes el carácter no comercial de las apuestas: lo que animaba

aquellas prácticas eran fantasías de nano–intervención cultural y política en las que el rédito económico no contaba más que para la subsistencia de los proyectos. Buena parte de lo que acontece con las intraducciones realizadas en Argentina desde el subcampo de los estudios literarios puede leerse desde esa clave aún hoy (cf. Sapiro, 2021a).

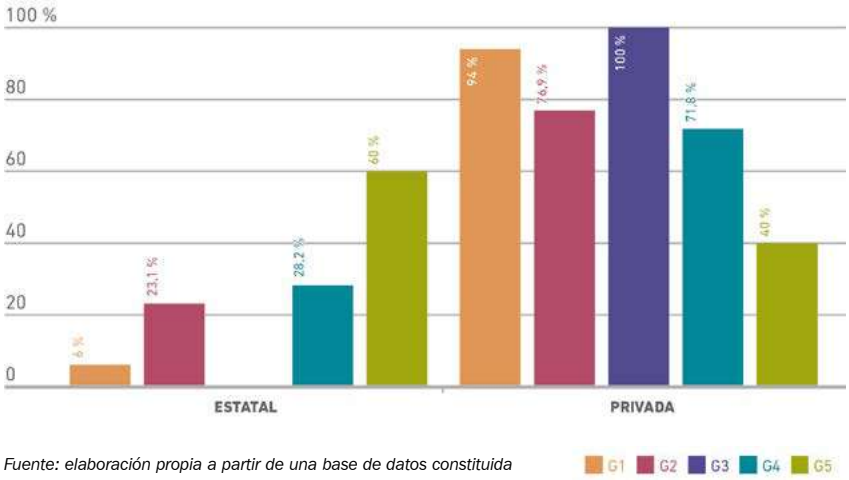
Por otro lado, la publicación de intraducciones en editoriales universitarias es creciente. Luego de la restitución democrática se han multiplicado las revistas académicas en el campo de las letras así como se han fortalecido colecciones que ponen en circulación libros y/o antologías de textos traducidos. No obstante, la importante publicación de traducciones en editoriales privadas tiene su correlato con los avatares políticos del país: la mayor parte de las traducciones del G1 han circulado vía espacios autogestionados debido a la violencia política estatal; buena parte de las traducciones de los G2, G3 y G4 se desarrolló en el marco de contratos laborales con editoriales privadas en el momento de auge de la concentración editorial y, como contrapartida también se constató la irrupción de proyectos autogestionados (Szpilbarg, 2019) a la que siguió el fortalecimiento de las editoriales estatales durante el último ciclo de expansión de la ciencia y la educación (Gráfico 5).

La intraducción de textos teóricos por lxs agentes del subcampo es prolífica desde los inicios del período estudiado: no se detuvo a pesar de las constricciones impuestas por los golpes de Estado, las crisis económicas y la desvalorización de la práctica por el organismo más prestigioso de producción científica que nuclea a buena parte de lxs agentes. Si bien en los últimos años el CONICET ha incluido el rubro en el Banco de datos de actividades a cargar por cada investigador.a.e, lo ha hecho en un sector marginal de la sección «Publicaciones».[59]

En nuestra «chacrita» (inteligente metáfora acuñada por Sylvia Saítta y Martín Kohan) lo que impulsa a traducir se liga a varias razones apenas analizadas; vacancia que contrasta con la proliferación de estudios sobre la intraducción en el campo literario y otros de las ciencias humanas y sociales en general. De esos estudios compete retomar una hipótesis general que enmarca la que aquí se enuncia respecto del subcampo de los estudios literarios: en «La

59. Luego de «artículos» (el resultado que el organismo valoró por sobre cualquier otro durante el período estudiado —salvo durante las etapas excepcionales ya mencionadas—), «libros», «partes de libros», «trabajos en eventos científicos publicados» y «tesis» y antes del ítem «informes técnicos», bajo el rubro «demás tipos de producción científica y tecnológica publicada» se incluyen las «traducciones» (en la misma serie entran «reseñas», «material didáctico sistematizado», «innovación pedagógica» y el ítem abierto «otros»).

Gráfico 5. Intraducción: fondos de las editoriales que publicaron textos intraducidos



Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

traducción en Argentina», Jorge Panesi remonta la historización de la práctica a los tiempos de emergencia de la nación. Su relato lleva hacia la «paupérrima vida literaria» de comienzos del siglo XIX en la que los sueños revolucionarios de Mariano Moreno motivaron su decisión de hacer publicar y prologar su traducción al español de *El contrato social* de Jean–Jacques Rousseau mientras más tarde, en el viaje que lo llevará al destierro y a la muerte, traducirá «en sus horas huecas» al abate Jean Jacques Barthélemy: «una traducción literaria hecha por placer» (1994[2000]:82). Panesi también vuelve sobre Bartolomé Mitre quien «se sustraerá a las batallas y la política presidencial traduciendo a Longfellow, a Hugo y luego *La Divina Comedia*» (82). Más allá de su exhumación de la «primera teoría de la traducción en la Argentina» (82), es decir, de la «Teoría de la traducción» con que Mitre acompaña su versión de la obra de Dante (Mitre, 1889), predomina en su texto una interpretación que exalta el carácter lúdico y placentero de la tarea sin desatender el costado belicoso ni el plebeyo e, inescindible de esta última marca, su potencial de invención vía el sacrilegio y la mezcla. Así, en su serie agrega la operación cultural que ensaya Estanislao del Campo con su *Fausto* y la «criollización» de lenguas vía el sainete y el mitológico *Ferdidurke* de Witold Gombrowicz. De la serie y del ensayo interesa a esta investigación la hipótesis central porque es relevante para dar cuenta de buena parte de lo que acontece con las traducciones practicadas por lxs agentes del subcampo de los estudios literarios. Se trata, otra

vez, de una posición en la que la supuesta falta es leída como potencia y como estímulo: «cuando los límites de una cultura se experimentan, la única manera de trascenderlos es la fuga y el retorno», dirá Panesi a propósito de la tensión entre el inglés y el irlandés en la literatura de James Joyce. Y agrega, expandiendo la afirmación: «la fuga y el retorno son los ademanes ineludibles de toda traducción» (1994[2000]:87).

Importa resaltar que allí donde Panesi encuentra imaginación y juego, otros encuentran plagio y robo, traición y delito. Importa destacar la potencia de este tipo de conjeturas que, deliberadamente al margen de las morales adocenadas busca, como ha señalado algunos años después en otro ensayo, describir «una corriente en la que nadamos» (2003:13). Así, ya desde el arranque, caracterizará a quien traduce desde una posición hereje que, como es usual en sus movimientos y gestos, destartala las cristalizaciones académicas repetidas hasta el cansancio con tanto de parsimonia e inercia como de ceguera: «es un *traidor*, según dice la universal metáfora acuñada para caracterizar su tarea (un traidor: no del texto llamado original, sino el traidor probable de su propia lengua)» (1994 [2000]:77).

Entre Borges y un Joyce leído desde un Derrida–lector a su vez de Borges, Panesi afirma: «es fácil para un argentino traducir a Joyce porque, en definitiva, el *Finnegans Wake* es nada más y nada menos que un sainete irlandés» (88). Atento a las derivas éticas y políticas de sus asunciones, arriesga una de las hipótesis más osadas sobre la posición desde la que, en Argentina, se traduce en un sentido amplio y también literal del término, es decir, aludiendo a las prácticas de apropiación y herencia:

> El simpático *Fausto* de Estanislao del Campo (...) traduce interculturalmente un mito universal en una lengua y circunstancia propias, con un sentido de la autoironía solamente posible para quienes experimentan con igual fuerza tanto la identidad lingüística como la diferenciación del matiz. Una cultura de traductores natos.
>
> Una cultura atenta a la traducción como la argentina no siente nada de inauténtico, falso o carnavalesco en esa actitud; por el contrario, como en el *Fausto criollo* o en aquellos próceres que se consolaban traduciendo, la tarea está ligada a las cualidades del placer, la alegría y la curiosidad. (86)

En la historización de Panesi hay, como en espejo, una hipótesis que explica sus propias motivaciones para traducir: esas versiones estupendas de textos de Derrida, el teórico que, quizás, más ha admirado, dejan entrever cuánto de «placer», «alegría» y «curiosidad» movilizaron esas prácticas. Tanto sus versiones

de «Passions» como de «*Some Statements...*» insinúan esa misma posición que encuentra en lxs traductores sobre lxs que se demora en su ensayo. Otrxs que, como él, se arrimaron a esa práctica de soslayo, junto a otras tareas, en los entre–tiempos, sin que nadie se lo pidiera, sin que nadie se lo pagara. Ahí está la gracia: frente a la traducción por encargo y remunerada a la que Enrique Pezzoni (G1) buscaba llevarlo, eligió la traducción que se hacía sin otra presión que el compartirla con lxs estudiantes, sin otro escenario que el del aula. Ese espacio transido tanto por la fantasía de «contagiar un entusiasmo» por más de un objeto (literaturas, teorías) como por la lucha respecto de qué posiciones vale la pena difundir y de qué modo:

> Traduje muchas cosas, debo decir, pero siempre para la cátedra: traduje para enseñar la polémica Searle-Derrida del inglés, traduje un artículo sobre Derrida alrededor de la teoría literaria en Estados Unidos, «Pasiones» que mi amigo Horacio Potel había subido a su página.
>
> Una vez, Enrique Pezzoni me propuso hacer una traducción de un libro de psicoanálisis. Pero no hubo manera de hacerlo. Como soy un obsesivo, típico, de manual y la traducción supone, cada tres, cinco, diez minutos tomar una decisión, se me tornaba algo horrible: todo el tiempo pensaba por qué había puesto esto o aquello (Alan Pauls terminó haciendo esa traducción). Cosa que no me pasa cuando traduzco para la cátedra, gratis, porque me encanta. Y luego, si le interesaban, Potel subía esas traducciones a su página. Él era mi héroe: logró hacer algo que siempre me sorprendió, que iba con mi pensamiento respecto de cómo deberían distribuirse las producciones intelectuales. [*2017*]

En un país cuyas políticas públicas hegemónicas no han cuidado ni los archivos ni las bibliotecas llegando al extremo de hacer de su destrucción parte de sus operaciones estratégicas durante el terrorismo de Estado, lxs agentes recurren a lo que tienen a mano tanto para apropiarse como para difundir los textos que les importa poner en movimiento, ya sea en la enseñanza, ya sea en la investigación. Cuando Panesi asevera que Horacio Potel «era su héroe» bosqueja una suerte de autoretrato: ese profesor que se había hecho célebre por la operación–pirata más celebrada desde el campo de las ciencias humanas de más de una periferia, había materializado una posición que Panesi compartía respecto de la distribución de la producción y la propiedad intelectual (cf. Potel, 2008).

La actualidad y la potencia política de la intervención de Potel fue tal que generó que una Jornada Homenaje internacional a noventa años del nacimiento de Derrida, celebrada en julio de 2020 entre investigadorxs de España,

Chile, Colombia y Argentina, se iniciara con su evocación: Mónica Cragnolini recordó que, en un tiempo en que no solo era difícil conseguir libros sino que además no existía la posibilidad del escaneado, Potel tipeaba traducciones de los ejemplares que tenía a mano de Nietszche, Derrida y Heidegger para subirlos a la Web en acceso abierto (cf. Cragnolini, 2020). De a poco fue armando una biblioteca virtual. Los sitios *Derrida en castellano*, *Nietzsche en castellano* y *Heidegger en castellano* se convirtieron en referencia mundial al punto que, por ejemplo, en 2009, el sitio Nietzsche en castellano había recibido 3 000 000 de visitas: «Gracias a sus páginas montones de estudiantes del ámbito hispanoparlante accedieron a textos de difícil acceso veinte años atrás» (Cragnolini, 2017). «Cuando estaba en algún congreso en Colombia, México, Perú, Brasil, y otros países, estudiantes y profesores me contaban de la importancia que tenía para todos ellos las páginas de Horacio», resaltó Cragnolini (2017). Cuando se accedió a la tecnología del scanner, Potel comenzó a subir a la web su biblioteca: libros completos en «más de una lengua», por usar la expresión favorita de Derrida para pensar la desconstrucción. Esa intervención política en el sentido Rinesi del término, es decir, esa acción concreta que modificó, aunque parcialmente, un estado de las cosas que lo incomodaba, le valió un juicio liderado por la Cámara Argentina del libro bajo instigación del entonces agregado cultural de la embajada de Francia en nuestro país que, a su vez, había recibido quejas de la editorial Minuit por violación de la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual. Que en la dedicatoria de su tesina de grado, Potel haya inscripto el nombre de ese sitio que había creado (Cragnolini, 2017) expresa su incansable voluntad de intervención y de diálogo con esxs a quienes destinó ese trabajo hecho a puro don; ese tipeado y ese escaneo tramitados desde la insularidad de Río Gallegos, luego desde Buenos Aires. Una violación de la ley que se quería justiciera en un país periférico, monolingüe, empobrecido, con políticas públicas discontinuas, con bibliotecas desprovistas y rudimentarias y con una distribución desigual de librerías especializadas (cf. Szpilbarg, 2019):

> El acceso a los libros de papel se volvió imposible debido a los precios en euros. Además —y aun cuando se esté dispuesto a pagar las fortunas que piden— no hay dónde hallarlos fuera de Capital o alguna ciudad importante como Córdoba. En el interior son muy pocas las librerías especializadas en algo que no sea la venta de bestsellers y libros de autoayuda. Eso sin contar que los títulos pasan siglos agotados hasta que el fabricante dueño del copyright percibe que puede ser un buen negocio volver a publicar. (Potel, 2009)

Una operación pirata como buena parte de las que permitieron leer teoría traducida en este país, con nuestras condiciones de producción.

Apropiaciones y la fabricación de (más de) una tradición

Es a partir de sus investigaciones que Anne–Marie Thiesse y Pascale Casanova han resaltado la dificultad para ir más allá de los «nacionalismos metodológicos» (Wimmer y Schiller, 2003), incluso en las supeditadas a la voluntad comparativa (cf. Thiesse, 1999, 2019; Casanova, 1999). Las razones esgrimidas hacen converger el trabajo con «fuentes», «archivos» y «maneras de pensar» consolidadas en tradiciones nacionales de larga data en cuya configuración han intervenido modelos y tendencias construidas en otros países. Bucles extraños en los que las imbricaciones entre «nacional» e «internacional» exigen ser estudiadas en tiempos y espacios específicos (Casanova, 2009; Thiesse, 2020; Dumont, Bataille y Wang, 2022; Sapiro y Fondu, 2023).

Atenta a esta prevención, para verificar qué acontece con las tradiciones en el subcampo de los estudios literarios en un «país joven»[60] como Argentina, además de las intraducciones realizadas por lxs agentes de la muestra, se analizaron sus respuestas a la pregunta de nuestro cuestionario (Gerbaudo y Fumis, 2014:259) citada en el inicio de este apartado. Una pregunta que intentó detectar textos y autorxs que lxs agentes quieren asociadxs a su trabajo. Es necesario resaltarlo: importa la toma de posición asumida dado que expresa una valoración de modos de leer y, con ello, de tradiciones. De cualquier modo, los datos construidos a partir de este escudriñamiento de los cuentos de lxs agentes no desplazan los relativos a sus prácticas, es decir, el estudio detallado de lo que hacen tanto en publicaciones (¿qué citan y/o usan?) y clases (¿qué textos enseñan?; ¿a cuáles envían?; ¿cuáles se ponen en funcionamiento en su modo de leer?) como al intraducir (¿qué textos intraducen?). Lo que se pone a disposición, además, es una «vista» (cf. Sarlo, 2005): una captura de una posición tomada en un momento de sus trayectorias durante la segunda década del siglo XXI que, cuando se pudo, se cruzó con entrevistas concedidas sobre este mismo problema en otros momentos.

60. Aludo a una expresión de Georges Didi–Huberman citada por Raúl Antelo (2017): «no me interesan los países jóvenes», le habría dicho Didi–Huberman a una de las integrantes del equipo de cátedra de Antelo cuando esta lo invitó a realizar una estadía en la Universidade Federal de Santa Catarina.

Los resultados obtenidos complejizan los datos construidos en el apartado anterior dados los matices que aportan respecto de las tradiciones que impactan en la fabricación de la nuestra. En primer lugar, si bien se confirma la preponderancia de la tradición francesa, que el libro de autor extranjero más citado por lxs agentes haya sido *Mimesis* seguido de cerca por *La ciudad letrada*, y que luego cayeran juntos *El queso y los gusanos*, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, *Escribir en el aire*, *La cámara lúcida* y *El campo y la ciudad*, entre otros (ver Cuadro 2), ratifica lo que se descubre a través del análisis de sus programas y clases: un uso de «espigones» producidos tanto desde polos centrales como periféricos del campo transnacional.

Advertimos también, por un lado, que tanto en las clases como en la investigación se emplean versiones traducidas de los textos teóricos, ya sea para enseñarlos, ya sea para andamiar un razonamiento en un ensayo: se trata de un uso instrumental.[61] Por el otro, siempre y cuando no se los rotule y la discusión no se lleve al orden epistemológico donde suele haber más reservas para reconocer el estatuto teórico de nuestra producción, los conceptos y métodos formulados en nuestro subcampo se ponen en movimiento en las prácticas y también en las tomas de posición. Así es como caen juntos cuentos y acciones de Alejandra Laera (G4) con un ensayo de Nora Catelli (G2). Cuando Laera afirma que en sus trabajos «tiende» a «mezclar y a usar todo un poco *à ma façon*» [*2018*], se inscribe dentro de lo que Catelli diagnostica como una forma expandida de uso de la teoría en el campo transnacional: un uso de *bricoleurs* (Lévi–Strauss, 1962). *Bricoleurs* salvajes que combinan más de una tradición, más de una manera de leer mientras fabrican la propia (cf. Catelli, 2019a). Así, más allá de que se reconozca (o no) una producción categorial en eso que se cita, que en el volumen de respuestas dadas por lxs agentes de la muestra al ítem ya mencionado de nuestro cuestionario, *El género gauchesco…*, *Literatura argentina y realidad política*, *El discurso criollista…*, *Las*

61. Solo cuando del uso instrumental se pasa al análisis teórico–epistemológico que pretende hacer aportes en este plano, más allá de la difusión y/o de la divulgación de un.a.e autor.a.e y/o de una teoría, se impone la exigencia del trabajo con los textos en su lengua de escritura. Un ejemplo permitirá visualizarlo con más claridad: si se analiza la producción de Pampa Arán (G1), se podrá comprobar la utilización de traducciones de Mijail Bajtin, Iuri Lotman, Fredric Jameson y Jacques Derrida para sus textos de difusión (cf. 1996b, 1998, 1999, 2001, 2006; Arán y Barei, 2002; Arán y Gómez Ponce, 2020), sus clases de grado y posgrado y sus ensayos críticos; la única ocasión en que se impuso la exigencia del trabajo con los textos en su lengua de partida fue cuando dirigió una tesis doctoral que originariamente iba a ensayar un análisis teórico–epistemológico contrastivo de los proyectos desconstruccionistas de Jacques Derrida y de Paul de Man.

letras de Borges o *Una modernidad periférica...* hayan duplicado y/o triplicado las citas de *Fragmentos de un discurso amoroso*, *Las reglas del arte*, *El libro de los Pasajes* y/o *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (uno de los textos con los que una de las autoras de nuestros libros nacionales más citados se declaró en deuda [cf. Sarlo, 1988a:7]) permite, en principio, matizar algunos supuestos: el primero, sobre la omnipresencia de la tradición francesa en la propia; el segundo, sobre el lugar de la producción latinoamericana en la nuestra; el tercero, sobre la propia producción (ver cuadros 1 y 2). Respecto de este último punto, hay un resultado que se desprende de este análisis: la importancia dada a libros que exhuman clases junto a otros destinados a la enseñanza en la escuela media y/o al trabajo reflexivo sobre estas prácticas y/o a la divulgación es un dato que se intersecta tanto con la importancia dada a la cátedra como lugar de formación (aun cuando ya se ha completado el grado) como al malestar respecto del desprecio por la enseñanza, la extensión y la divulgación en contraste con el privilegio de la investigación. Interesa reponer los nombres de lxs agentes porque no se trata solo de una valoración que viene por parte de quienes trabajan en la línea de las didácticas de la lengua y de la literatura. Algunos ejemplos con mínimos pasajes que incluyen sus justificaciones, en el caso de que las dieran: Javier Gasparri cita *Clases. Literatura y disidencia* de Link (entre otras razones, por «provocar en el campo efectos de apertura de largo aliento»), Gustavo Bombini, Mila Cañón, Laura Scarano y Facundo Nieto citan *Literatura/Sociedad* de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. En su justificación, Nieto destacó la importancia de libros que tiendan «puentes» entre la «universidad y su afuera». La metáfora del «tender puentes» fue utilizada por Chicote a propósito de los estudios hispánicos, los latinoamericanos y los de la literatura nacional.

No obstante aquí la grieta es otra. Una grieta que, lejos de trazar una línea de demarcación entre universidad/CONICET, incluye a agentes de ambas instituciones que Nieto encuentra demasiado ensimismadxs en endogámicas «discusiones» de «capilla» (Panesi, 2003; cf. Cristófalo, 2011:40). Frente a esto, la serie que rescata incluye «prácticamente la totalidad de la producción de Beatriz Sarlo, desde *Literatura/Sociedad* y *Conceptos de sociología literaria* hasta *Ensayos de Literatura Argentina*» ya que encuentra en esos libros «un gesto obsesivo y muy persistente de divulgación y democratización que busca construir un público ampliado» [*2018*]; incluye los textos que considera fundacionales de la Didáctica de la literatura en Argentina (*La trama de los textos* de Gustavo Bombini; *Cara y cruz de la literatura infantil* de María Adelia Díaz Rönner y *Taller de escritura con orientación docente* de Maite Alvarado y Gloria Pampillo) pero además, los *Lecturones* y los *Escriturones*, otra vez, de Alvarado,

muy cerca de los *Literator* de Daniel Link («Daniel Link —quien reconoce que muchos de sus libros fueron «torpes imitaciones» de los de Maite Alvarado— cumplió un papel fundamental en la renovación teórica de los libros de texto; los manuales de literatura nunca fueron iguales después de los *Literator*, ni en la selección de textos, ni en los ejes organizadores, ni en los análisis de las obras» [*2018*]) y *Leer literatura en la escuela media*, ese «material extraordinario» que Dalmaroni produjo como fruto de su trabajo de coordinación del Plan de Lectura en la Escuela de la provincia de Buenos Aires entre 2009 y 2012. Importa reponer parte de su justificación por las tensiones que despacha y que interrogan el sentido de nuestras prácticas, menos como agentes del subcampo que como parte de los cuerpos profesionales de las universidades públicas y de nuestro organismo estatal de producción científica más importante (como en la entrevista a Chicote [*2014*], un significante se repite: «puente»):

> Los libros que más admiro tienen en común el haber perforado, de un modo u otro, las paredes de marfil de la torre académica. Ya sea porque lograron dinamitar cierto hermetismo y esto los volvió legibles para un lector común; ya sea porque se trata de materiales producidos por especialistas pero destinados a un público no especializado; ya sea porque no han sido producidos desde la instituciones tradicionales de investigación, sino que en ocasiones sus enunciadores eligieron lugares de menor visibilidad, los textos que admiro o que me hubiera gustado escribir construyeron —o intentaron construir— vías de comunicación entre la universidad y su afuera. Tienen algo de *puente*. [*2018*]

En cualquier caso, lo que este conjunto de datos muestra es que la producción en el circuito «de corriente principal» (cf. Beigel, 2017) está lejos de ser la más valorada en el subcampo; también relativiza el peso de la tradición francesa, no sin confirmar su presencia rutilante en la propia y pone de manifiesto la importancia de la tradición teórica latinoamericana, incluida allí la argentina, a la que se agrega la valoración creciente de la producción de transferencia, sea de divulgación, sea de extensión (un revival, siempre otro, de la tradición de los años setenta [cf. Puiggrós, 2014; Carli, 2016]). En definitiva: mucho más matiz del que entreveía al iniciar esta investigación. La variedad de disciplinas, procedencias de autorxs, posiciones, perspectivas, modos de leer y de fabricar los objetos, formas de interrogar y de proponer resoluciones impide dictámenes del tipo «esto es así» (salvo que el diagnóstico dé cuenta, precisamente, de esta coexistencia de asunciones disímiles y de orientaciones diversas).

Cuadro 1. Textos de autorxs argentinxs más valoradxs por lxs agentes.

N° de menciones	Texto
+ de 14	*El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*
Entre 10 y 14	*Literatura argentina y realidad política*
Entre 5 y 9	*El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna; Las letras de Borges; Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920–1930*
Entre 2 y 4	*Críticas; Formas breves; Héroes sin atributos; Tiempo pasado; El factor Borges; El último lector; Letras gauchas; Borges, un escritor en las orillas; Manuel Puig. La conversación infinita; Roberto Arlt, yo mismo; Poses de fin de siglo; El cuerpo del delito. Un manual; Radiografía de la pampa; Literatura/Sociedad; El imperio de los sentimientos; Escenas de la vida posmoderna*
Una mención	*Cara y cruz de la literatura infantil; Conceptos de sociología literaria; La máquina cultural; At face value; Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina;* «Notas sobre Facundo»; «Borges y los dos linajes»*; Una juguetería filosófica; Kafka. Una construcción; Versiones del humor; Una posibilidad de vida; La edad de la lectura; Poéticas y políticas del destierro; Ensayos argentinos; Facundo o Martín Fierro; La hermana menor; La trama de los textos; La vibración del presente; Variación y significado; Imágenes e imaginación. Iniciación a la docencia; Lecturas críticas sobre la narrativa argentina; Modernidades primitivas: tango, samba y nación; Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina; El concepto de ficción; Hacia una literatura sin adjetivos; El arte del olvido; La cabeza de Goliat; Del Di Tella a Tucumán Arde; Habitar la frontera; Clases. Literatura y disidencia; médicos maleantes y maricas; Las vueltas de César Aira; Manual de genética textual; Roberto Arlt, yo mismo; Los vengadores de la Patagonia trágica; Un desierto para la nación; Desbunde y Felicidad; Los ochenta recienvivos; Camp y posvanguardia; Lecturones; Escriturones; Literator; Leer literatura en la escuela media;* Introducción a edición de César Vallejo, *Trilce y Escalas melografiadas;* «Neobarrocos, objetivistas, epifánicos y realistas: nuevos apuntes para la historia de la nueva poesía argentina»*; Una república de las letras; La palabra justa; La sensibilidad amenazada. Fin de siglo y Modernismo; El paisaje como cifra de armonía; Sobre Giannuzzi; Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina; La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina; Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria; La Originalidad Artística de la Celestina; Taller de escritura con orientación docente*

Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos construida a partir de un cuestionario respondido por 151 agentes del subcampo.

Cuadro 2. Textos de autorxs extranjerxs más valorados por lxs agentes.

N° de menciones	Texto
+ de 14	*Mímesis*
Entre 10 y 14	
Entre 5 y 9	*La ciudad letrada*
Entre 2 y 4	*Otra manera de leer el «Quijote»; Las palabras y las cosas; Mitologías; El grado cero de la escritura; La cámara lúcida; La preparación de la novela; Fragmentos de un discurso amoroso; La lección inaugural; Crítica y verdad; El queso y los gusanos; La experiencia interior; Tres años con Derrida; El libro de los Pasajes; Desencuentros de la modernidad en América Latina; Todo lo sólido se desvanece en el aire; Las reglas del arte; Literatura europea y Edad Media latina; El campo y la ciudad; Marxismo y literatura; Tristes trópicos; Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio–cultural de las culturas andinas; La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa; Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura; Essais de littérature (vraiment) générale*
Una mención	*De la edad de oro a El Dorado: génesis del discurso utópico americano; Dirección única; Masa y poder; Dits et Écrits; El orden del discurso; Historia de la locura;* «Literatura/enseñanza, Reflexiones sobre un manual»; «Escritores, intelectuales, profesores»*; El placer del texto; Sade Fourier Loyola; Roland Barthes por Roland Barthes; S/Z; El susurro del lenguaje; Sobre Racine; Ensayos críticos; Introducción a la antifilosofía; La Rive Gauche: la élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950; La Viena de fin de siglo; El baile de Natacha. Una historia cultural de Rusia; Reading Berlin 1900; Sartre et Les Temps Modernes; La perspectiva como forma simbólica; Le Dieu Caché; La République mondiale des Lettres; Mith and Archive. A Theory of Latin American Narrative; Esferas (I–III); La conversación infinita; El libro que vendrá; El espacio literario; El diálogo inconcluso; El paso (no) más allá; La escritura del desastre; Imaginemos que la mujer no existe; Ética y sublimación Por una nueva novela; La mitología blanca; Mil mesetas; Le Siècle; Wagner; La noción de gasto; Teoría Estética; Victorianos eminentes; Leyendo a Chéjov; Discurso narrativo de la conquista; Los libros del conquistador; Lingüística e historia literaria; La enumeración caótica en la poesía moderna; Cuadernos de la cárcel;* «Tesis de filosofía de la historia»*; El origen del drama barroco alemán;* «El narrador»*, Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana;* «Descarga acústica»*;* «Alegoría californiana»*; La miseria del mundo; La distinción; La escuela cotidiana; Les chats de Baudelaire; Anagramas; Curso de lingüística general; Cultura y sociedad; La larga revolución; Escribir las prácticas; El mundo como representación; La división de lo sensible; Orientalismo; Le Siècle; La fábula mística; El arte de la ficción;* «I generi letterari e le loro leggi scritte e non scrittenelle letterature classiche»*; The Stagecraft of Aeschylus Theater; Lo que vemos lo que nos mira; Pueblos expuestos, pueblos figurantes; Voices of Modernity; Las lenguas del paraíso;* «Hegel and Haiti»*; Erotismo fin de siglo; Presencias reales; El espejo y la lámpara. Teoría romántica y tradición crítica; Opera aperta; Lector in fabula; Epic poetry and the Clergy; The Culture of Redemption; Shakespearean Negotiations: the Circulation of Social energy in Renaissance England; Residuos y metáforas: ensayos sobre crítica cultural sobre el Chile de la transición; Proust y los signos; Crítica y clínica; El signo ideológico y la filosofía del lenguaje; Mal de archivo; La diseminación;* «La estructura, el signo y el juego...»*; De la gramatología; El monolingüismo del otro; La escritura*

Continúa…

Una mención *(continuación)*	*y la diferencia; Espectros de Marx; La relación crítica (psicoanálisis y literatura); Against Interpretation; El segundo sexo; La estructura de las revoluciones científicas; Vigilar y castigar; Historia de la literatura española; Historia mínima de la literatura española;* «Un realismo posmoderno»*; Epistemología del armario; La voluntad de saber; Comunidades imaginadas; El absoluto literario; La declosión; Un pensamiento finito; Lugares divinos; Infancia e historia; El lenguaje y la muerte; El París de Baudelaire; Imperial Eyes;* «El perspectivismo lingüístico en el Quijote»*; Fantasy: The Literature of Subversion; The Anatomy of Criticism; The Secular Scripture; Les structures anthropologiques de l'imaginaire; Foundational Fictions;* «Categorías de pensamiento y categorías de lengua»*; Una introducción a la teoría literaria; Cultura e imperialismo;* «Prólogo» *a Poesía* de Rubén Darío (editorial Ayacucho, 1977); *La trayectoria poética de Garcilaso; Between Men; Sobre los principios (los intelectuales caribeños y la tradición); Lecturas: del espacio íntimo al espacio público; En el ojo del espejo; Vocabulario de las instituciones indoeuropeas; La genealogía de la moral; La interpretación de los sueños; Orígenes del totalitarismo; Problemas de la poética de Dostoievski; Tractatus lógico–philosophicus; Manual de Crítica Textual; La vieja diosa: de la filología a la posmodernidad; Diccionario de bibliología y ciencias afines; Función de la poesía y función de la crítica; Ensayos literarios*

Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos construida a partir de un cuestionario respondido por 151 agentes del subcampo.

Cuadro 3. Autorxs argentinxs más valorados por lxs agentes.

N° de menciones	Autor
+ de 14	Ludmer, Sarlo, Viñas
Entre 10 y 14	
Entre 5 y 9	Altamirano, Bombini, Giordano, Link, Molloy, Piglia, Prieto (A.),
Entre 2 y 4	Alvarado, Andruetto, Antelo, Contreras, Cueto, Dalmaroni, Gramuglio, Kohan, Jitrik, Martínez Estrada, Masotta, Montaldo, Panesi, Pauls, Premat, Schvartzman
Una mención	Aira, Amícola, Amante, Arnoux, Bayer, Camblong, Cámara, Catelli, Carli, Coria, Chejfec, Cosse, Crenzel, Deggiovanni, Díaz Rönner, Diker, Edelstein, Enríquez, Ferreiro, Gamerro, Garbatsky, García Canclini, García Helder, Garramuño, Grüner, Iglesia, Jelin, Lavandera, Ledesma, Lida, Lois, Mignolo, Monteleone, Negroni, Nofal, Oubiña, Palmeiro, Pampillo, Prieto (M.), Ritvo, Rodríguez (Fermín), Rosa (N.), Saer, Salessi, Sarmiento, Silvestri, Speranza, Vitagliano, Zanetti

Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos construida a partir de un cuestionario respondido por 151 agentes del subcampo.

Cuadro 4. Autorxs extranjerxs más valorados por lxs agentes.

N° de menciones	Autor
+ de 14	Auerbach, Barthes, Benjamin, Foucault
Entre 10 y 14	Williams
Entre 5 y 9	Bajtin, Bourdieu, Derrida, Didi–Huberman, Rama, Ramos
Entre 2 y 4	Agamben, Arendt, Badiou, Bataille, Benveniste, Berger, Berman, Bersani, Blanchot, Blecua, Cornejo Polar, Curtius, Chartier, de Certeau, Darnton, Deleuze, de Saussure, Eco, Étiemble, Franco, Frye, Ginzburg, Gramsci, Groys, Harvey, Jay, Kermode, Kosofski Sedgwick, Lotman, Lévi–Strauss, Molho, Nancy, Oleza, Peeters, Petit, Rancière, Rastier, Redondo, Said, Sontag, Spitzer, Starobinski, Voloshinov,
Una mención	Abrams, Adorno, Aínsa, Alonso (Dámaso), Anderson, Angenot, Balderston, Bauman y Briggs, Beguin, Bloom, Boschetti, Bosteels, Bronckart, Buck–Morss, Canetti, Casanova, Catalán, Cavillac, Copjec, Chomsky, Davis, de Beauvoir, de Man, de Mauro, Deyermond, Díaz Quiñones, Dorfles, Durand, Eagleton, Eliot, Eribon, Esposito (R.), Fiedler, Foley, Fraenkel, Freud, Fritzsche, Frow, Iriarte, Jackson, Jakobson, Jankélévitch, Jauss, Joset, Glantz, González Echevarría, Greenblatt, Guattari, Heller–Roazen, Kuhn, Lacoue–Labarthe, Lapesa, Leonard, Lineha, Litvak, Lodge, Loraux, Lottman (Herbert), Mainer, Malcolm, Magris, Mariátegui, Martin, Martínez de Sousa, Menéndez Pidal, Nietzsche, Nishida, Olender, Ong, Panofsky, Pastor, Pound, Pratt, Praz, Quignard, Richard (Nelly), Robbe–Grillet, Rockwell, Rossi, Rubio Tovar, Sassen, Schaeffer, Schorske, Schwartz, Sennet, Sissa, Sloterdijk, Sommer, Spivak, Steiner, Strachey, Taplin, Vernant, Vygotski, Warburg, Wittgenstein, Zeitlin

Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos construida a partir de un cuestionario respondido por 151 agentes del subcampo.

Cabe aclarar que si bien en algunos casos lxs entrevistadxs citaron nombres más que títulos (por ejemplo, hay respuestas que expresan el deseo de haber escrito «cualquier libro de Raúl Antelo», «toda Beatriz Sarlo», «Josefina Ludmer, con su modo insidioso y genial de leer los textos y el modo sorprendente de armar sistemas», «los trabajos de Nora Catelli», «cualquier libro de Graciela Montaldo», «toda la obra de Daniel Link, toda la obra de Elvira Arnoux y los trabajos de Gustavo Bombini», «diferentes trabajos de Ana Porrúa, Alberto Giordano y Sandra Contreras», «varios artículos de Mario Cámara», «los libros de María Teresa Gramuglio, Jorge Panesi, Miguel Dalmaroni», etc.), en general, mencionaron libros (ratificación de la importancia dada a este formato en la circulación de resultados de investigación en nuestro subcampo) y, en mucho menor medida, artículos. Por otro lado, si bien entre los textos y autorxs nacionales sobresalen los agentes del G1, hay incluso referencias a producciones de agentes del G5.

Los fundamentos, más detallados o lacónicos según los casos, dejan entrever tensiones y pasiones del subcampo: en la selección pesa el logro de una escritura, el modo de leer, el estilo argumentativo, el diálogo establecido con el estado del arte, el «haber perforado, de un modo u otro, las paredes de marfil de la torre académica», etc. En definitiva, las razones conjugan una ética con una política y una estética de la práctica que, vistas en conjunto, ofrecen un panorama variopinto.

En esa diversidad, las marcas de la tradición intelectual francesa tienen un lugar considerable. Por ejemplo, en la respuesta de Dardo Scavino (G4), un libro firmado por un hombre que no disoció la ciencia de la filosofía ni de la escritura así como no disoció el trabajo de la vida cifra su modelo intelectual. La imagen de un Lévi–Strauss conversador más allá del círculo académico hace serie con su trayectoria y su cuento sobre el amor a los libros, entre dones y deudas con aquel carpintero comunista con quien se inició en Marx:

> Si hay un libro que me hubiese gustado escribir es *Tristes trópicos* de Lévi–Strauss. Creo que la obra de este antropólogo es la que más influencia tuvo sobre mí, a pesar de que no soy antropólogo ni hubiese podido serlo. Como pocos pensadores, Lévi–Strauss combinaba el rigor científico, la reflexión filosófica, el estilo elegante y una experiencia de vida extraordinaria. Un tipo que viajó por el mundo y por la biblioteca, que podía discutir con el baqueano del Mato Grosso y con Sartre. [*2015*]

En varias ocasiones Carlos Altamirano (G1) se refirió al lugar preponderante que ocupa Francia en la configuración de tradiciones intelectuales en nuestro país y, para el grupo nucleado alrededor de *Punto de Vista*, Italia. En su primer viaje a Europa junto a Sarlo en 1979–1980 (la fecha varía según los cuentos), la visita a Italia y a Francia tiene como meta verificar qué había en las mejores librerías (cf. Altamirano, 2019c):

> La cultura marxista italiana era muy importante en esos años para la gente interesada en ese filón cultural. Y, como todo argentino, por otro lado, tenía la mirada puesta en la evolución del marxismo intelectual francés. De modo que, entre italianos y franceses estaban mis referencias intelectuales principales. [*2016*]

Diego Peller (G4) reconoce en sus trabajos el cruce entre las teorizaciones francesas, el «anti–teoricismo» norteamericano y el ensayo crítico nacional con «sesgo de intervención política» en un arco amplio que va de *Contorno* a *Punto de Vista* pasando por *Literal* y sin olvidar *Los Libros*:

> Como buen argentino, me reconozco, diría, al menos en una doble tradición. Por un lado, la tradición local del ensayo crítico, de la polémica, de la contaminación del trabajo intelectual con un sesgo de intervención política: pienso en *Contorno*, en David Viñas, en Oscar Masotta, en *Los Libros*, en *Literal*, en *Punto de Vista*, en Sarlo, en Ludmer, en Piglia. La otra tradición es la tradición teórica francesa (esto también es muy argentino): Barthes, Derrida, Foucault, Lacan, Deleuze, Rancière, Milner, etc. El estructuralismo y posestructuralismo francés fue como la base de mi formación teórica y ocupa un lugar central en mi biblioteca. A estas dos tradiciones, agregaría, más recientemente y como para descolocarlas un poco, una relación, o el deseo de una relación, con una tradición intelectual tan diferente como lo es la norteamericana, con su pragmatismo, su anti–teoricismo. Me parece que a veces viene bien un poco de eso, como para bajar los decibeles de los delirios teórico–políticos franco argentinos. El gesto y el tono de un pensador como Richard Rorty, por ejemplo, a veces me resulta atractivo; es como un soplo de aire fresco. [*2015*]

La marca de la tradición francesa en la configuración de la didáctica de la literatura es notable: la antología *Literatura y educación* realizada por Gustavo Bombini en 1992 inspirado en un congreso de Cerisy–la Salle es citada por Facundo Nieto al comparar momentos fundacionales de las didácticas en Europa occidental y en Argentina; por otro lado, si se repasa la lista de textos elegidos por Valeria Sardi (G4), se encuentran solo autorxs franceses (cf. Anexo 3, Entrevistas, Sardi).

Es importante documentar lo que acontece alrededor de un autor como Benjamin ya que tanto las citas como los cuentos insinúan su funcionamiento como articulador entre facciones del subcampo. Así, tanto quienes se dedican a estudios hispánicos como a literatura argentina, filología, estudios semióticos, etc., lo mencionan y lo utilizan en sus producciones. Escojo un pasaje de la entrevista a Juan Ennis (G5) dada su potencia para mostrar la dificultad para construir tanto preguntas como respuestas complejas a partir de una sola y única teoría:

> Quién no hubiera querido escribir *Las palabras y las cosas*, *Literatura europea y Edad Media latina*, o una sola página de Benjamin, acaso el *Cours* (un libro tan logrado que basta decir el *Cours*) o *El género gauchesco*. Hay dos o tres más cercanos, menos clásicos, que me han ayudado mucho a pensar lo que tenía entre manos y lo que al fin y al cabo posiblemente quería: *Voices of Modernity* de Bauman y Briggs, *Las lenguas del paraíso* de Maurice Olender y ese maravilloso ensayo de Susan Buck–Morss, «Hegel and Haiti». Hay algo ahí, una forma de hacer confluir

> en el ensayo historias y preguntas normalmente repartidas en distintas disciplinas que alguna vez quisiera lograr. [*2017*]

Las referencias a Barthes confirman su importancia para el campo de las letras en Argentina. Se trató de un fenómeno tal que Jorge Panesi trató de resistirse a esa «omnipresencia» (cf. Panesi, 2006) a partir de su desplazamiento de los contenidos que compuso como titular de Teoría y análisis literario «C» en la carrera de letras de la UBA para hacer lugar a otros nombres, a otras posiciones (ver, por ejemplo, el espacio marginal que ocupó en uno de los primeros programas que firmó, en 1990). Como se desprende de los cuadros 2 y 4, las referencias a Barthes son múltiples y comprenden a agentes de todos los grupos. Algunos ejemplos: «Mi admiración por Barthes es permanente», observó Nora Avaro (G4); Mónica Bueno (G3), María Cristrina Dalmagro (G2), María Coira (G2), Julieta Yelin (G5) y Mila Cañón (G4) confesaron haber querido escribir «todos los [libros] de Barthes» (la expresión es de Cañón); Sarlo (G1) no se quedó atrás al declarar que hubiera querido escribir, «todos menos los metalúrgicos» (cf. Anexo 3, Entrevistas).

Hay un libro que, por razones disímiles, es citado por agentes de todos los grupos: *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental* cuya primera edición en alemán está datada en 1942. Entre los motivos prevalece la identificación heroica: un hombre en el exilio, despojado de sus materiales, produce una investigación monumental con lo que tiene a mano. Escrito en Estambul durante la segunda guerra sin «ninguna biblioteca bien provista para estudios europeos» y con las relaciones internacionales «interrumpidas», Auerbach tomó una serie de decisiones que explicitó en el Epílogo, un inmenso ejercicio de honestidad intelectual: «hube de renunciar a casi todas las revistas, a la mayor parte de las investigaciones recientes, e incluso, a veces, a una buena edición crítica de los textos» (525). Y agregó: «por consiguiente, es posible y hasta probable que se me hayan escapado muchas cosas que hubiera debido tener en cuenta, y que afirme a veces algo que se halle rebatido o modificado por investigaciones nuevas» (525).

Son estos pasajes los que motivaron, en un lejano 1978, la identificación de Claudia Rosa (G4): en Paraná, en un tiempo turbulento para la discusión intelectual, se habría topado con ese libro entonces ignorado por sus pagos. Rosa contó este cuento casi cuatro décadas más tarde. Un cuento transido por una de sus obsesiones: la falta de pares para discutir lo que pensaba y producía en esa periferia en la que habitaba (quizás porque lo que pensaba y producía no encajaba del todo con lo que se pensaba y se discutía desde algunos centros [cf. Almada, 2022; Spada, 2022]). Una obsesión que atravesó sus

presentaciones hasta el final, cuando ya había editado «su Mastronardi», cuando ya había establecido una conversación regular con María Teresa Gramuglio (G1), Sergio Delgado (G4) y Martín Prieto (G4). Así, durante su presentación en las VIII Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística organizadas por la UNLP en 2017 resaltó, en más de una oportunidad, la importancia de «poder confrontar con los pares» esos resultados que entonces expuso. Esta insistencia también se reitera en los relatos de Ana Camblong: para alguien que ha sostenido que «uno para saber tiene que conversar» (cf. 2021a), llegar a la joven UNaM de los setenta, donde todo estaba por hacerse, tenía el estímulo de la construcción pero el peso del aislamiento: «si bien al principio me sentí muy desmoronada —no tenía diálogo—, todo era muy precario, inmediatamente me di cuenta de que lo bueno de este lugar era que se podía hacer mucho» (2021a). Testimonios como estos corroboran lo sostenido por las investigaciones de Ana Teresa Martínez respecto del trabajo intelectual en polos marginales: «cuanto menos importante sea el trabajo colectivo y la confrontación» (2013:175), no solo se reduce la posibilidad de incidir en la agenda sino de construir agencia. No solo resulta complejo visibilizar lo producido sino que se duda sobre eso que se ha hecho debido a la ausencia de debates específicos. Como se desprende del análisis de las trayectorias de lxs agentes de la muestra, lxs radicadxs en espacios periféricos suelen apelar a redes nacionales, regionales y/o transnacionales, institucionalizadas o no, para atemperar el aislamiento asociado al «encierro» (176) en espacios institucionales sin tradiciones consolidadas:

> *Mimesis* de Auerbach. Estaba en la biblioteca del profesorado. No lo enseñaba nadie. Cuando lo leí en 1978, en el epílogo, encontré una idea que decía más o menos así: este libro existe porque no tengo bibliotecas, tuve que ponerme, en el exilio, sin libros, a escribirlo. Mantengo intacta la emoción de esa frase. Venía a describir mi «fuera de lugar» y justificar mis lecturas sin bibliotecas, mis cavilaciones sin pares para discutir. (Rosa, [*2018*])

Mimesis se elige no solo porque lxs agentes se identifican con sus circunstancias de escritura y/o porque proyectan en ellas las propias sino por sus resultados. En su justificación, Martina López Casanova (G3) combinó las dos razones. Producto y circunstancias de producción, en el mismo plano:

> *Mimesis*, de Erich Auerbach: admiro la claridad, la complejidad en el nivel conceptual, y la capacidad de haber escrito ese libro en las condiciones en las que lo escribió. Admiro el intento de historizar «3000 años de literatura occidental», la

> elección del hilo conductor de la representación de lo cotidiano, el modo en el que el autor tiene en cuenta textos y contextos, y su vinculación. [*2018*]

La archi–filología anteliana, un método hoy reconocido por investigadores de diferentes países (cf. Durand y Raguenet, 2015; Pessoa y de Lima, 2018; Klinger y Cámara, 2022), encontró en sus inicios un estímulo en este trabajo abarcativo y exigente realizado por Auerbach. Mientras previno respecto del carácter cambiante de toda identificación o valoración, Antelo (G2) apuntó las suyas:

> Me hubiera gustado ser el autor de *Las letras de Borges* de Sylvia Molloy. Marcar el trabajo, en los inicios, creo que *Mimesis* de Auerbach. Y las admiraciones van cambiando con el tiempo. Pero entre las últimas diría Didi–Huberman (aunque me pelee imaginariamente con él muchas veces); la trilogía de Sloterdijk; la *Introducción a la Antifilosofía* de Groys... [*2015*]

Por la enorme biblioteca a la que remiten sus construcciones, por los objetos que componen, por el obsesivo trabajo con los datos, Raúl Antelo y Julio Schvartzman (G2) son dos nombres que caen juntos en más de un razonamiento. No resulta sorprendente que ambos escojan títulos comunes. Entre ellos, *Mimesis*: «Erich Auerbach: increíble combinación de erudición y captación del matiz; gloriosa la forma en que lee a Stendhal y conecta *Rojo y negro* con lo napoleónico, la restauración y el aburrimiento como fenómeno social emergente» [Schvartzman, *2014*].

Es también lo que logra Auerbach con ese texto lo que llevó a Andrés Avellaneda (G1) a rescatarlo: «Un ejemplo de lectura y decodificación (de fusión con el andar del texto) que hubiera querido escribir yo mismo son libros como *Mímesis* de Eric Auerbach» [*2016*]. No sin vueltas, Diego Bentivegna (G4) también lo recuperó (el primero de una larga lista de ensayos eruditos de marca filológica): «Me hubiera encantado escribir alguno de los textos de Auerbach, "Figura", por ejemplo. No diría *Mímesis* porque no sé... qué sé yo, es demasiado» [*2018*]. También Marcela Croce (G4) lo retomó en una serie en la que Auerbach cae junto a Martínez Estrada y Viñas: «me hubiera gustado tener la sensibilidad y la erudición que alientan *Mímesis* de Auerbach, además de la brillantez para organizar una historia de la literatura occidental tan original y precisa» [*2018*].

Las razones que José Luis de Diego (G3) esgrimió para ubicar a este texto primero en su lista de tres junto a *El grado cero de la escritura* de Roland Barthes y *El arte de la ficción* de David Lodge, es la combinación de sencillez, austeridad y obsesión en la fundamentación («lo que el autor afirma debe ser hallable en

el texto», advertía Auerbach mientras señalaba que «el método de la interpretación de textos deja a discreción del intérprete una cierta libertad: puede elegir y poner el acento donde le plazca» [524]). Su respuesta subrayó la congruencia entre la decisión de lectura tomada y el resultado alcanzado: «lo que me gusta es que es un libro excepcional con un método elemental: toma un fragmento de una obra y a partir de ahí empieza a comentarlo mediante un proceso de ampliación. En las estrategias de representación logra leer la cultura» [*2014*].

En la serie de textos elegidos por Maximiliano Soler Bistué (G5), el de Auerbach se destaca por la puesta en funcionamiento de un modo de leer atento a las circunstancias históricas de producción de las formas literarias: «Imposible no mencionar *Mimesis* de Auerbach: cada capítulo es un modelo de cómo leer y comentar un texto literario y el volumen complementa el trabajo de análisis literario con una perspectiva histórica» [*2018*].

Mimesis también ingresó en la serie de otro hispanomedievalista: Leonardo Funes (G3). Destacó de este libro el cuidado en la fundamentación de una lectura que, sin dejar de atender a los textos, los llevó más allá, hacia su inscripción cultural:

> Primero dos textos de carácter mucho más general, más allá del hispanismo: *Mimesis* de Auerbach y *Edad media latina y literatura europea* de Curtius. Textos de una perspectiva europea amplia. Por un lado, el libro de Curtius permite ver de qué modo el sustrato de elaboración medieval sigue perviviendo en ciertos patrones de la cultura europea en general hasta llegar a nuestros días: para mí eso era importante como fundamento, como razón de ser de lo que esperaba que fuera mi trabajo. Por otro lado, el libro de Auerbach me marcó una manera de trabajar con los textos: la posibilidad de dar cuenta de un periodo, de una determinada situación literaria mediante la selección de pasajes y de trabajo muy detenido, muy detallado con los textos y, a la vez, que ese trabajo tan específico pueda ponerse en relación con un panorama cultural más general. Eso me pareció maravilloso desde la primera vez que me topé con ese libro que he releído tantas veces. [*2014*]

Mimesis cae junto a *El libro de los Pasajes* en la serie que armó Juan José Mendoza (G5):

> *Mímesis* de Erich Auerbach y *El libro de los Pasajes* de Walter Benjamin. Podrá parecer ambicioso, pero me interesan esos libros por el tipo de ambición histórica que los anima y por el tipo de trabajo que realizan con el fragmento. Me interesa mucho la relación entre fragmento y totalidad, que es creo uno de los temas de mi trabajo. [*2017*]

La constelación compuesta por Facundo Nieto (G4) está atravesada por la resonancia de un significante: «juego» (la tensión entre «juego» y «malestar» atraviesa los cuentos de lxs agentes de los G3, G4 y G5 de la muestra: no casualmente, lxs más afectados por las recientes tendencias de evaluación de las prácticas científicas [cf. Biancotto, 2021]). Un juego que no se desembaraza de la precisión teórica ni de la voluntad de llegar a otrxs vía la escritura. En su enumeración, va primero el clásico de Auerbach:

> *Mimesis*, de Auerbach; *Sobre Racine*, de Barthes; *El París de Baudelaire*, de Benjamin; *Fantasy*, de Rosemary Jackson y *Teorías de la literatura*, de Didier Eribon, aunque muy diferentes entre sí, ejemplifican bien este tipo de libros extraordinarios que, por un lado, *juegan* con los textos y, por otro lado, tienen la virtud de combinar rigor teórico y capacidad de comunicar. [*2018*]

Una constatación, para cerrar este apartado: ni en las 151 entrevistas ni en las numerosas consultas ni en la importante cantidad de fuentes complementarias escudriñadas encontré, a propósito de un libro, deseos de mimesis comparables a los explicitados por Marcela Romano (G3). Importa tanto su deliberado apartamiento de nuestro cuestionario en función de introducir la pregunta que le hubiera gustado responder (mientras, a su modo, respondía lo que le planteábamos) como la identificación con una práctica a la que remitía mientras hablaba de un libro. Es un dato de la muestra que sea una producción del lado de acá la que lleve a suspender toda barrera de discreción y cualquier atenuante positivista de «distancia» para dar rienda suelta a esta confesión:

> Ahora, si me preguntan quién me hubiera gustado ser dentro del campo intelectual, me encantaría haber llegado a tener la inteligencia de Beatriz Sarlo: ella fue un paradigma en mi inicial formación, sobre todo. Para mí fue muy decisivo lo que ella hacía desde *El imperio de los sentimientos* analizando la novela de los años veinte. [*2016*]

SEGUNDA PARTE

~

INTERNACIONALIZACIÓN

Circulación internacional de nuestra producción. Tendencias

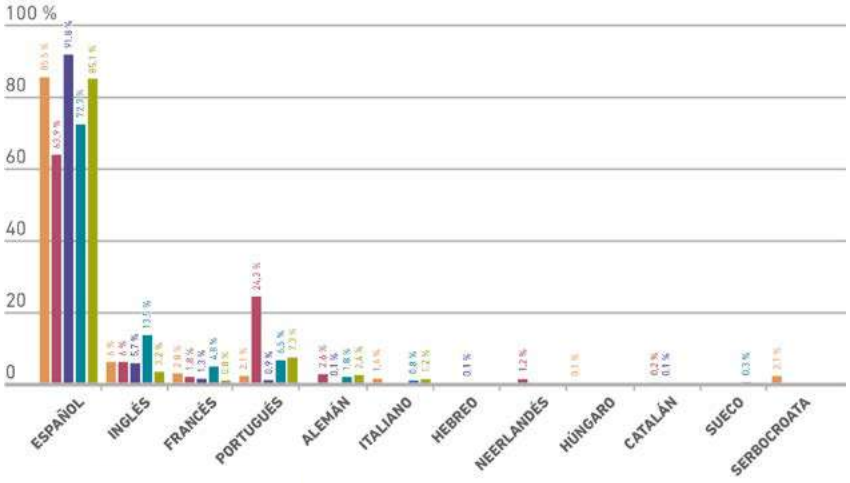
¿Cómo circula nuestra producción más allá de las fronteras del territorio nacional? Hay dos indicadores importantes para cartografiar la circulación transnacional de nuestros trabajos: publicaciones y extraducciones. Cruzar los datos obtenidos a partir de su escudriñamiento con los derivados del análisis de los patrones de movilidad y cooperación internacional afina la lectura tanto de cada trayectoria como de lo que sucede en el subcampo: las dinámicas que, en algunas ocasiones comprenden a toda la muestra estudiada y, en otras, a determinados grupos generacionales, complejizan la interpretación de las decisiones profesionales individuales y luego, de las tendencias constatadas.

En ese sentido, es crucial retener lo que arroja el relevamiento de las lenguas dominantes de nuestras publicaciones en el extranjero. Como se puede comprobar, nuestros trabajos se diseminan de modo preponderante en español (Gráfico 6), lengua semiperiférica en la circulación internacional de las ideas (cf. Heilbron, 2020).

La intersección de estos datos con los correspondientes a lugares de publicación (Gráfico 7) permite inferir que, más allá de que se trate de Francia o de Alemania (dos países donde la lengua oficial no es el español), los textos circulan fundamentalmente entre hispanistas y latinoamericanistas. Por dar un ejemplo de una editorial en la que publican buena parte de lxs agentes del subcampo: Iberoamericana–Vervuert, radicada en Frankfurt y Madrid, edita textos en español.

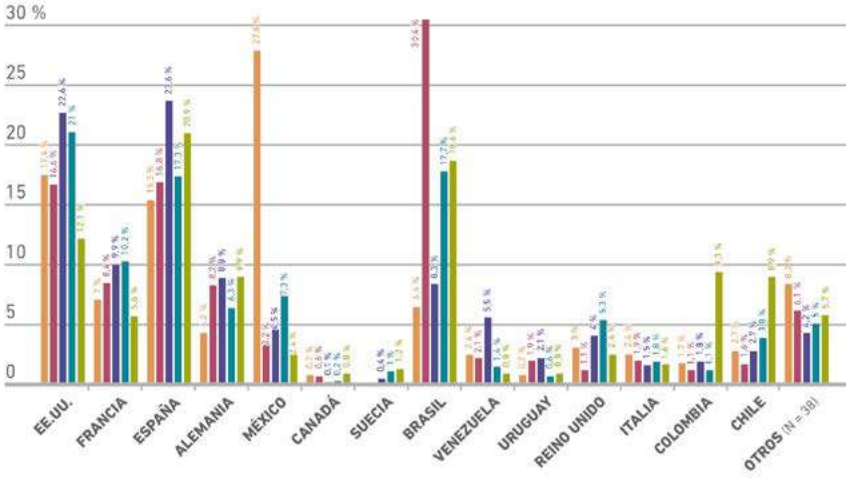
En segundo lugar, las lenguas a las que fueron extraducidos los textos (Gráfico 8) es otro indicador de circulación de nuestra producción en el campo transnacional. En etapas previas de la investigación había incluido la versión

Gráfico 6. Publicaciones en el extranjero: lenguas



Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

Gráfico 7. Publicaciones en el extranjero: países



Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

a otras lenguas de conferencias, reseñas, textos publicados en suplementos de diarios junto a libros, capítulos de libros y artículos en revistas científicas y culturales. En esta etapa de presentación de los resultados finales restringí el análisis a libros, capítulos de libros y artículos debido a que estos constituyen indicadores más apropiados respecto de la pregunta que moviliza este análisis: este recorte permite construir hipótesis más realistas respecto de la circulación de nuestros trabajos en otras lenguas. Se deja de lado, por ejemplo, la extraducción de alguna conferencia dictada en alguna universidad para que las autoridades presentes pudieran seguir los desarrollos y/o la de textos que importan más por el capital simbólico de lxs autorxs de literatura a lxs que acompañan que por buscar diseminar en el extranjero la obra de lxs investigadorxs.

Por otro lado, la distinción entre extraducciones de coyuntura como las mencionadas en el párrafo anterior,[1] de las motivadas en la búsqueda de difundir (parte de) una obra de un.a.e agente en otra lengua se impuso al sistematizar los resultados del análisis de los cuentos recogidos en entrevistas y consultas a lxs agentes respecto de los objetivos que motivaban sus intraducciones y respecto de las circunstancias que rodearon la extraducción de sus textos. No solo estas conversaciones ratificaron esta brecha: la imposibilidad de responder preguntas clásicas que Sapiro trabaja con sus estudiantes en sus seminarios sobre este asunto puso en evidencia esta asimetría convertida en indicador. Así por ejemplo, la atención al ritmo y al orden de los títulos traducidos de un.a.e autor.a.e son útiles para analizar las intraducciones (aunque más no sea para diagnosticar la dificultad de llevar adelante un plan de traducción debido a la violencia política estatal tanto por razones ideológicas como económicas) pero no para las extraducciones de nuestra base de datos. Ni siquiera en el caso de lxs agentes más extraducidxs se puede sostener que desde el campo transnacional se concibe que hay allí una «obra» que vale la

1. El relevamiento inicial estuvo motivado por otras preguntas. Como ha observado Bourdieu, es hacia el «final de la investigación» (1972–1975:19) cuando se toman decisiones definitivas. Es oportuno señalar que la diferencia radical entre los objetivos dominantes de las prácticas de intraducción y sus condiciones materiales, por un lado, y las circunstancias que definen las prácticas de extraducción con sus derivas y sus efectos de campo, por el otro, solo se reveló como tal luego del análisis completo de la base empírica constituida por los currículums, las entrevistas y las consultas y luego de la confrontación con resultados parciales y finales de investigaciones producidas en el seno del equipo (cf. Dujovne, Soá y Ostroviesky, 2014a, 2014b; Sapiro, 2014a, 2014b, 2014c; Soá y Dujovne, 2018; Soá, 2020, 2021) que impulsaron esta distinción que se enunció, primero como conjetura y más tarde, como una cuestión a atender en la caracterización de la circulación transnacional de las ideas producidas desde un subcampo periférico.

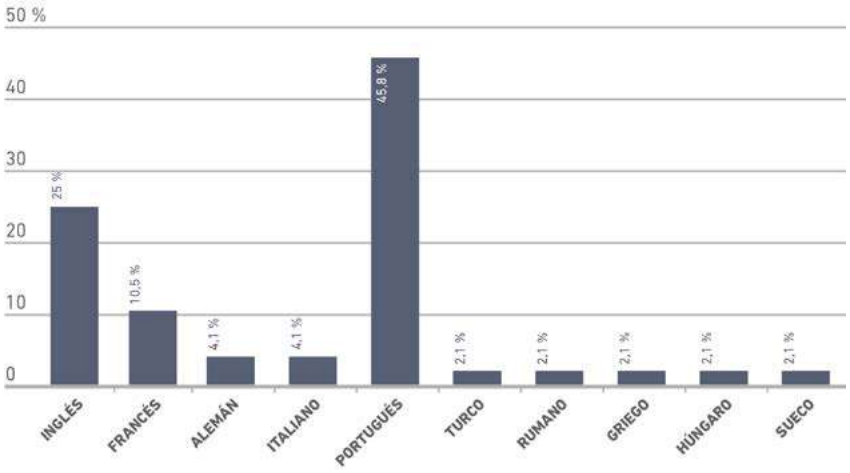
pena poner en circulación. No hay indicador más claro de las asimetrías en la circulación de las ideas de agentes que habitan centros y periferias que este.

Dicho en otros términos: lo que se observa es una constelación de episodios aislados y fortuitos que motivan que algún texto sea llevado a otra lengua y, con mucho viento a favor, a un polo central del campo transnacional. El factor determinante, más allá de las contingencias, es el capital social específico acumulado, en especial, a través de la circulación por los sitios donde se será extraducidx, tal como lo demuestra el cotejo de los resultados sobre países donde registramos mayor movilidad académica (Gráfico 9) y países con los que establecimos redes de cooperación (Gráfico 11).

El análisis estadístico inicial arrojaba que en el campo transnacional los textos extraducidos de lxs agentes argentinxs circulaban principalmente en portugués (una lengua periférica [cf. Heilbron, 2020]). La construcción de los datos a partir del reajuste de criterios ya explicitado corroboró esta tendencia. Los exiguos números volverían poco fiable hipótesis sobre patrones por grupo, por lo que, para este indicador, se trabaja sobre el total de extraducciones de la muestra que alcanza cuarenta y ocho textos.

En síntesis, tanto publicaciones como extraducciones constatan una difusión doblemente sectorizada de los trabajos: se circula fundamentalmente en el espacio regional y, más allá de América Latina, en las áreas de los hispanismos y de los latinoamericanismos. Cabe notar que hablo de «tendencias»

Gráfico 8. Extraducciones: lenguas



Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

dominantes, es decir, no paso por alto otros movimientos en el subcampo. Por ejemplo, si bien se trata de una proporción pequeña de la muestra (Gráfico 6), algunxs agentes deciden escribir y publicar en la lengua en la que se discuten los resultados de sus líneas de investigación en el campo transnacional, más allá de que se trate de la hipercentral,[2] de una de las centrales a escala mundial (francés, alemán),[3] de una semiperiférica (italiano)[4] o periférica (portugués).[5]

Las fantasías de nano–intervención y las tomas de posición de lxs agentes son nodales para explicar sus prácticas. Así se constata la apuesta, no siempre disyuntiva, por un «cosmopolitismo periférico» o «marginal» y por un «cosmopolitismo limítrofe» (Aguilar, 2015, 2016), es decir, la circulación por los centros de la cultura europea occidental que, provocativamente, Gonzalo Aguilar rotula «cosmopolitismo periférico y/o marginal», corre pareja con una circulación por espacios que no tocan las metrópolis tradicionales dando lugar a ese cosmopolitismo que denomina «limítrofe». En la estela de los ensayos pioneros de Silviano Santiago (1971, 1999, 2002), Aguilar solicita las categorías usadas para describir movimientos y direcciones de flujos de textos y de agentes mientras acuña estas que complejizan el análisis de la dinámica de los campos de producción y circulación de bienes simbólicos a escala transnacional. En este sentido, la base empírica muestra la relevancia de la interacción regional, en especial con Brasil. Esta importancia del cosmopolitismo limítrofe es un dato que converge con los de Johan Heilbron, Thibaud Boncourt, Rafael Schögler y Gisèle Sapiro que detectaron procesos crecientes de «regionalización» en el campo transnacional (2017:2).

Por otro lado, la intersección de los datos sobre países a los que lxs agentes han viajado (Gráfico 9), procedencia de los fondos para esas movilidades (Gráfico 10), países con los que se han establecido actividades de cooperación (Gráfico 11) y fuentes de financiamiento para estas últimas prácticas (Gráfico 12) deja entrever el ingente rol del esfuerzo individual en la visibilidad de la producción en el exterior. Además de las razones «científicas» asociadas a la búsqueda de construir una carrera en determinados polos del subcampo, la movilidad también ha obedecido tanto a la discontinuidad de las políticas públicas de financiamiento de la ciencia y la educación como a las constricciones a las que se vieron sometidas algunas líneas y/o construcciones de objeto en diferentes coyunturas.

---

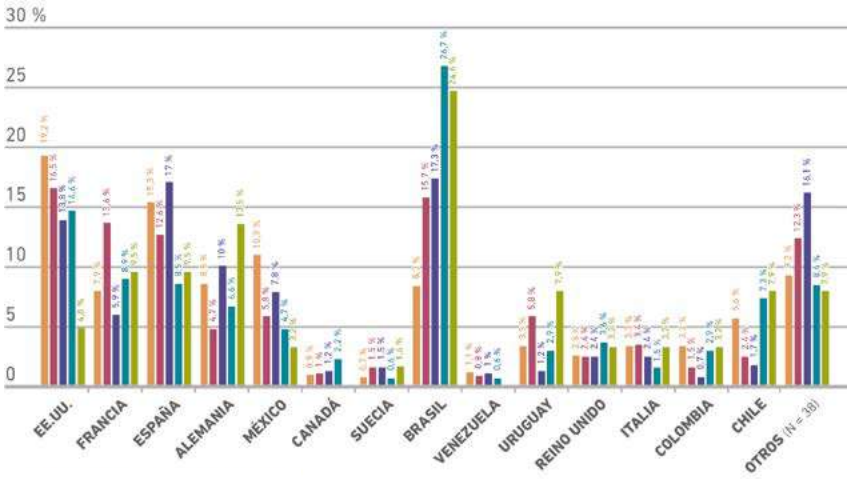
2. Johan Heilbron (2020) documenta que por el año 2000, de cada diez libros traducidos en el mundo, seis procedían del inglés.

3. Lenguas que concentran el 10 % de las traducciones mundiales (Heilbron, 2020).

4. El italiano, el ruso, el español y el sueco oscilan entre el 1 al 3 % de traducciones cada uno (cf. Heilbron, 2020).

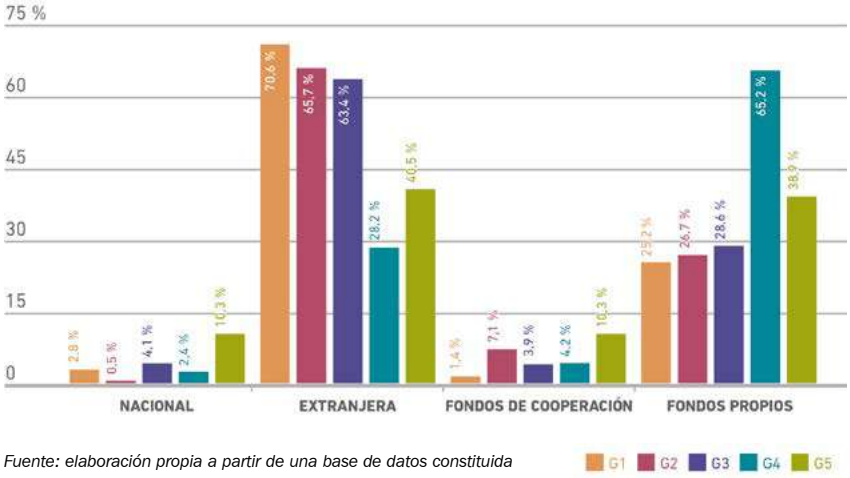
5. Incluida dentro de las lenguas con menos del 1 % del total de traducciones (Heilbron, 2020).

Gráfico 9. Movilidad: países



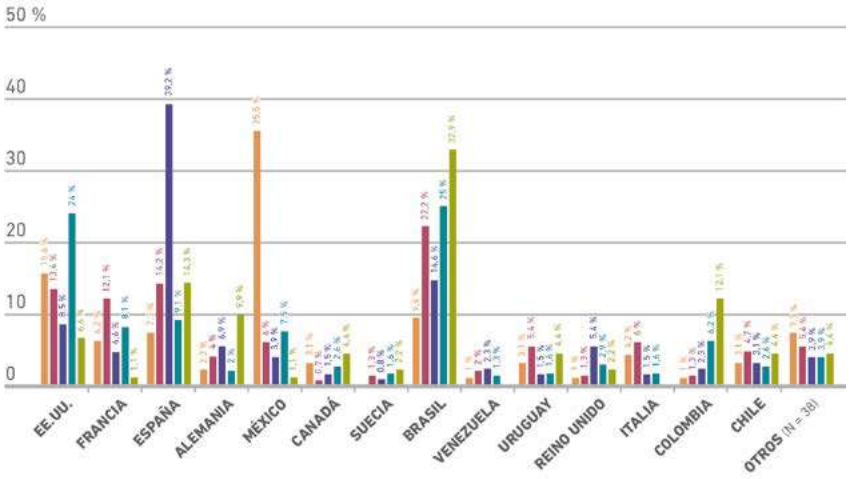
Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

Gráfico 10. Movilidad: financiamiento



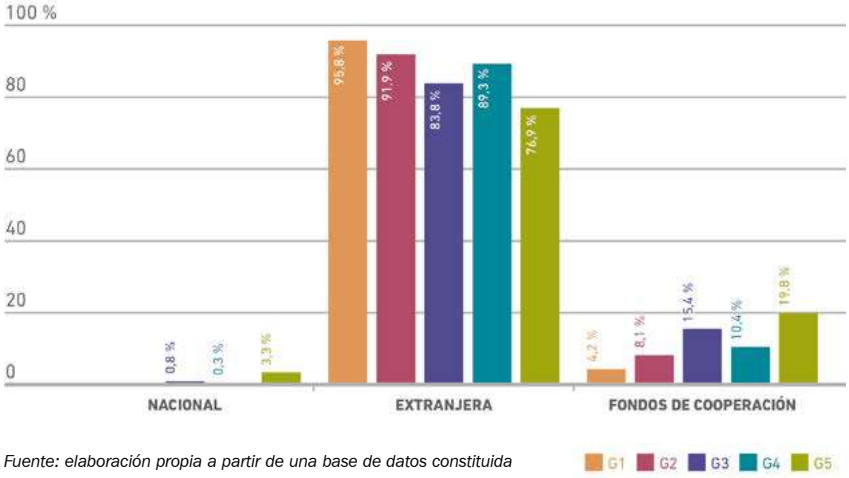
Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

Gráfico 11. Cooperación: países



Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

Gráfico 12. Cooperación: financiamiento



Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums.

Como se puede corroborar, la movilidad fue solventada, fundamentalmente, con fondos de lxs agentes o de instituciones académicas del extranjero (Gráfico 10) y la mayor parte de las tareas de cooperación internacional se sostuvo también con fondos del exterior (Gráfico 12). Las excepciones corresponden a los escasos momentos del arco temporal estudiado en que el Estado promovió la circulación internacional de la producción argentina. Estos datos junto a los construidos a partir de entrevistas y consultas indican no solo la ausencia de una política pública sostenida de internacionalización sino también efectos paradójicos de las internacionalizaciones que han revestido un carácter forzado, es decir, de las impulsadas por la violencia política estatal, sea por causas ideológicas y/o económicas (esto se verá en el capítulo siguiente).

Lo que importa destacar aquí es que los capitales sociales específicos construidos en el extranjero y/o propiciados por el interés ocasional que alguna parte de nuestra producción generó en agentes situadxs en un polo central del campo transnacional tuvieron un papel determinante en la difusión de nuestro trabajo más allá de las fronteras de Argentina. Esto se advierte cuando se intersectan datos obtenidos a partir del examen de trayectorias de lxs agentes con datos sobre nuestras publicaciones en las editoriales cuyo capital simbólico se asocia a la consagración internacional (Sapiro, 2018; Ruvituso, 2021). En su estudio sobre los factores que «determinan» la circulación internacional de las ciencias humanas y sociales en las que el objeto «libro» sigue ocupando un sitio importante (si bien con variación entre las disciplinas y, a su vez, entre sus líneas), Sapiro afina las hipótesis bourdieusianas (2002) respecto del lugar de los condicionantes sociales y del rol de lxs intermediarixs. A partir del análisis de traducciones de libros académicos entre el campo editorial anglosajón y el francés, aisló los siguientes factores: «relaciones de fuerza entre lenguas y culturas»; «capital simbólico y otras propiedades del autor»; «capital simbólico de la editorial» que publica el texto; «redes editoriales y académicas (capital social)», «financiamiento» y «propiedades del libro» (cf. Sapiro, 2018:61). Dos cuestiones a resaltar que se desprenden de este estudio y de otros de su equipo (cf. Dumont, 2015, 2019): por un lado, la colocación de Francia, Estados Unidos y Reino Unido como polos centrales que disputan por dónde pasa el «meridiano de Greenwich» (Casanova, 1999) del campo académico mundial; por el otro, el reconocimiento de que en esta circulación transnacional, el aporte heurístico del texto (el único factor que depende exclusivamente de lo que pueden lxs agentes) es solo uno que opera junto a varios otros asociados tanto al prestigio institucional como al capital simbólico de países, instituciones, editoriales y lenguas. Estos últimos factores exceden cualquier posibilidad de intervención individual y, por lo tanto, echan por tierra cualquier voluntarismo.

Si tomamos como indicador de circulación transnacional de los resultados de investigación su extraducción a las tres lenguas centrales y su publicación en las editoriales asociadas al reconocimiento internacional en ciencias sociales y humanas (Sapiro, 2018; Ruvituso, 2021), aislamos estos datos sobre nuestra población[6] (cabe mencionar que, fuera del período estudiado, un libro de un agente del G3 fue extraducido y publicado por Gallimard) (Tabla 3).

Por otro lado, si atendemos a los tipos de texto publicados en estas mismas editoriales (es decir, las asociadas al reconocimiento internacional en ciencias sociales y humanas) y en las tres lenguas centrales, encontramos estos datos (Tabla 4).

Si tomamos en cuenta el total de publicaciones en el extranjero de lxs agentes de la muestra (3812 textos), encontramos que solo el 3,41 % circula en estas editoriales (130 textos): el 61,5 % corresponde a entradas de diccionarios (80 textos), el 26,2 % a capítulos de libros (34 textos) y solo el 12,3 % a libros (16 textos). En cuanto a las extraducciones (48 textos), solo el 0,96 % está publicado en este circuito: se trata de dos libros, uno traducido al inglés y el otro, al alemán (el texto extraducido al francés y publicado por Gallimard no entra en el período estudiado).

El cruce de estos datos con el análisis de las trayectorias de quienes los encarnan da cuenta de un patrón: en todos los casos se trata de agentes que han construido su capital social específico en el extranjero y/o que se han visto favorecidxs por las operaciones de agentes con capital simbólico transnacional interesadxs en algún segmento de su trabajo. Dicho en otros términos: el capital social específico, ese capital «débil»[7] (Sorá, 2021), resultó decisivo para la gestión de publicaciones y extraducciones en estos circuitos.

Sin embargo, como observa Sapiro, «no alcanza con ser traducido» (y agrego, tampoco con publicar en este circuito) «para ser leído y citado» (2018:31): es necesario un sistema de envíos a través de la enseñanza y de la

6. No se incluyen datos sobre la extraducción de la obra de Walter Mignolo (G1) dado que se trata de una operación practicada a partir de sus textos en inglés. Su caso es analizado con detalle ya que no hace más que confirmar la importancia de factores como la institución de pertenencia y su capital simbólico asociado, el prestigio de la institución de formación, la escritura en una lengua central y luego, la extraducción, en la circulación internacional de una obra. Recordemos que Mignolo construyó su carrera académica entre Francia y Estados Unidos, entre la École Pratique des Hautes Études y Duke University y, salvo en sus inicios, publicó principalmente en inglés, como se verá más adelante en este capítulo.

7. Diferente al más estable capital simbólico asociado a lenguas, instituciones y países, el «capital social específico» (Sapiro, 1996:27) reposa en la esforzada gestión de cada agente, inevitablemente efímera (dura lo que una vida).

Tabla 3. Extraducciones publicadas en editoriales asociadas a la circulación internacional (1958–2015)

Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums

Editorial	Número de libros extraducidos
Palgrave MacMillan	1
Suhrkamp	1
Total	**2**

Tabla 4. Publicaciones (n = 130) en editoriales asociadas a la circulación internacional (1958–2015)

Editorial	Entrada de diccionario	Capítulo de libro	Libro
PUF			1
La Découverte			2
Cambridge University Press		6	3
Oxford University Press	1	11	1
Princeton University Press			1
Verso		1	1
Routledge	78	7	2
University of Chicago Press			1
University of California Press		3	
Palgrave MacMillan	1	5	4
Suhrkamp		1	
Total	**80**	**34**	**16**

Fuente: elaboración propia a partir de una base de datos constituida por 188 currículums

referencia en otras investigaciones desde los polos que marcan la agenda mundial. Polos que, salvo excepciones, no atienden a lo que acontece en «los países jóvenes» (vuelvo a la expresión de Didi–Huberman mencionada en el capítulo anterior) sino como cantera de extracción de datos y/o de corpus o bien como espacio de refracción de los conocimientos producidos en los centros del campo internacional. Es decir, del análisis de la muestra se infiere que solo la construcción de capital social específico tramitado vía formación en el extranjero, congresos, redes de cooperación, publicaciones y/o generado

por el interés ocasional en algún trabajo por parte de agentes situadxs en polos centrales ofrece alguna posibilidad de circulación por estos espacios. Se da por descontada, cabe aclararlo, la potencia heurística de lo producido.

Los datos estadísticos son reveladores: más allá de los circuitos de hispanistas y latinoamericanistas, salvo excepciones, desde los polos centrales del campo transnacional se observa solo lo que sucede en otros polos que disputan la posición dominante (cf. Heilbron, Boncourt, Schögler y Sapiro, 2017). Por lo general, cuando algo de nuestra producción logra moverse por esos polos, se trata de la que encaja en agendas en cuya definición no se interviene desde las periferias. Desde luego, en este marco, y salvo casos que, en el campo de las ciencias humanas y sociales, pueden contarse con los dedos de una mano, no hay una circulación transnacional de una obra sino de fragmentos diseccionados de un trabajo que no interesa pensar en términos de progresión y, ni que decir tiene, de intervención categorial. De este modo, se extraduce lo que cuenta como estado del arte y/o como ejemplo de problemas fabricados desde las agendas construidas desde los polos centrales.

Así, aun cuando, no sin discusiones internas, se logró en América Latina identificar nuestra producción categorial,[8] no se hace foco en esta cuando se

8. Cito, a modo de ejemplo, las categorías que reconocen Clara María Parra Triana y Raúl Rodríguez Freire en Crítica literaria y teoría cultural en *América Latina. Para una antología del siglo XX:* «miscigenação» (Gilberto Freyre), «transculturación» (Fernando Ortiz), «entre–lugar» (Silviano Santiago), «fuera de lugar» (Roberto Schwarz), «pluralidad» (Antonio Cornejo Polar), «ciudad letrada» (Ángel Rama), «cine imperfecto» (Julio García Espinosa), «modernidad periférica» (Beatriz Sarlo), «hibridación» (Néstor García Canclini), «mito/archivo» (Roberto González Echevarría). Por su parte, en su *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, Mónica Szurmuk y Robert McKee Irwin observan que los diccionarios de términos específicos publicados en inglés «han ignorado la producción y debates latinoamericanos» así como las «genealogías específicamente latinoamericanas» (2009:9). Frente a esto reponen los conceptos de «ciudad letrada», «heterogeneidad» (Antonio Cornejo Polar), «hibridez» y «transculturación» así como las reformulaciones de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe al de «hegemonía» y el aporte de la noción de «entre–lugar en el discurso latinoamericano» para analizar, como en bucle extraño, el problema que asediamos (cf. Añón, 2009:261). Es oportuno resaltar que Szurmuk y McKee Irwin se ocuparon de que este diccionario se publicara tanto en español como en inglés (cf. 2009, 2012). Luego, en *Términos críticos de sociología de la cultura*, Carlos Altamirano convocó a Néstor García Canclini para que desarrollara su concepto de «hibridación» mientras que en las breves notas sobre las decisiones tomadas al armar este volumen resaltó nuestro aporte en la producción de pensamiento: «nuestros países no solo no fueron ajenos al movimiento de ideas y sugestiones teóricas que alimentaron las diferentes etapas de la sociología de la cultura sino que hicieron una contribución propia a su desarrollo» (Altamirano, 2002:xiv). Luego, el *Diccionario de términos críticos de la literatura y de la cultura en América Latina* coordinado por Beatriz Colombi recopila

extraducen los textos de lxs autorxs que la formularon. El caso de Sarlo es emblemático: son sus lecturas de literatura argentina sobre escritores consagrados en el espacio mundial y/o sus vueltas sobre «tópicos» asociados a América Latina las que circulan en el espacio internacional. Dicho brutalmente: Sarlo interesa principalmente por Borges o por sus análisis del pasado traumático asociado a la violencia política o por sus textos sobre figuras míticas como Eva Perón. No hay en los polos centrales un gesto semejante a nuestro interés en intraducir a Barthes por su escritura, a Derrida por su «programa», a Bourdieu por su teoría. No hay interés por nuestra «obra». Hay azar: traducciones de textos aislados ligados a temas en alza en los polos centrales del campo transnacional o a corpus de nuestra literatura nacional o continental sin que falten los tópicos teñidos de exotismo.[9] Por ejemplo, es revelador el cuento que cuenta Sarlo respecto de los factores que intervinieron para que sus conferencias sobre Borges, dictadas en Cambridge en 1992 durante su estadía como Simon Bolivar Professor, se publicaran en la prestigiosa editorial Verso:

> Se podría decir que John King fue el editor de ese libro. Fueron las conferencias que yo estaba dando en Cambridge. Publicarlas en Verso fue una idea de él que, además, gestionó esa publicación. Eran conferencias totalmente orales, es decir, no estaban escritas. Terminé de escribirlas durante los meses finales de mi estadía en Cambridge por pedido de John. Fue también una forma de prolongar el trabajo que él había hecho sobre *Sur*. (Sarlo, 2019).

«conceptos y palabras clave frecuentes en nuestra práctica docente, crítica y de investigación desde una perspectiva situada en América Latina» (2021:11); como bien se observa en la «Introducción», los términos «en su gran mayoría fueron postulados por críticos, ensayistas y escritores latinoamericanos» (12). La recolección de ejemplos obligaría, prácticamente, a reproducir su índice. Algo que también acontece con el *Indicionário do contemporâneo coordinado* por Mario Cámara, Celia Pedrosa, Diana Klinger y Jorge Wolff (2018) y del que participan, entre lxs agentes de la muestra, Florencia Garramuño, Luciana di Leone y Raúl Antelo. Bajo el título "Um indicionário de nós", lxs coordinadorxs explicitan la posición de escritura: se trata de un trabajo que potencia la lógica dialéctica para llegar a esa "sin síntesis" (totalizadora) que propugna Georges Didi-Huberman (2016). Pensar "con" y "contra" un modo de institucionalizar los conceptos para proponer uno "diverso" (2018: 12-13). Uno que logra redefinir una selección de términos que gira alrededor de "lo contemporáneo" a partir no solo del arte sino también de la producción teórica desarrollada desde estas latitudes.

9. Para el correlato con lo que sucede en ciencias sociales y en el resto de las ciencias humanas, ver Sorá, 2020, 2021, 2022.

Pero hay otro cuento que magnifica el sentido de este: apenas poco después de la experiencia, en conversación con Marcos Mayer, Sarlo reveló las preguntas que se había hecho antes de definir los asuntos a tratar en Cambridge. Su lectura del campo transnacional y sus movimientos pasma por su afilada lucidez, alejada de cualquier romantización: «Al ir a Inglaterra tengo que decidir sobre qué voy a hablar. Y en ese momento me hice una pregunta: ¿cuáles son los tres argentinos, muertos, que significan la Argentina fuera de la Argentina? Y se me aparecen tres: Borges, Perón y Gardel» (1995b:8).

También con Cambridge como fondo de escena y con Sarlo como protagonista, dos anécdotas. En 1997, a propósito de la publicación del primer libro de Raymond Williams editado en Argentina, Sarlo evoca detalles sobre la entrevista que le realizara en 1979 en su oficina de Jesus College: «me reveló, sin mayor incomodidad, que no solo ignoraba casi todo de América Latina sino que su desconocimiento del español no le molestaba en absoluto» (1997a:6). Apenas algunos años después, otro libro del inglés publicado en nuestro país fue la ocasión para volver sobre el momento en que Sarlo le había llevado la revista con la nota publicada (nótese la sutileza con la que se desliza la absoluta ignorancia, por no hablar del desinterés, respecto de lo que sucedía por estos lares —otra que incorporarnos en la discusión teórica—; lejos del resentimiento, Sarlo se mantuvo imperturbable: su actitud epistemológica y su exigencia en torno de la actualización y de tomar el conocimiento donde quiera se produzca, se sostiene hasta nuestros días; nótese, finalmente, la comparación con otros malentendidos célebres y, otra vez, la superposición con la figura de Victoria Ocampo —en esta oportunidad, por su trato con esa escritora inglesa que Ocampo admiró y difundió e hizo traducir no sin percatarse de los desconocimientos en más de un orden entre los que describir a la Argentina como «una tierra de grandes mariposas» hace serie con confundirla con un país tropical [cf. Novillo Corvalán, 2022:5-6]—):

> En 1981 visité a Raymond Williams en su estudio de Jesus College, Cambridge. Le llevaba una revista argentina, *Punto de Vista*, donde se había publicado una entrevista suya. Era la primera vez que aparecía en castellano. El número quedó sobre la mesa. Williams apenas lo hojeó. (...) No puedo evitar la suposición de que Williams pensaba, como antes había imaginado Virginia Woolf frente a otra argentina, que su visitante llegaba de una región tropical ya que, transgrediendo la discreción atribuida a los ingleses frente a las particularidades físicas del interlocutor (pero claro, Williams era galés) señaló la piel tostada que denunciaba el origen o la estación del año (o ambos factores conjugados). (2001e:20-21)

«La ligamos de rebote»: así se despachó Gustavo Sorá al resaltar que la circulación internacional de lo producido por cualquier agente que trabaje en polos marginales depende de «algún tipo de pasaje por las academias del centro» (Sorá, 2021) y/o, agrego, de la visibilización de alguna parte de nuestro trabajo por un.a.e agente que pertenezca a ellas. Dicho sea de paso: el lugar determinante del capital social específico en la difusión transnacional de nuestra producción solicita las recomendaciones institucionales de nuestros organismos de ciencia y técnica del tipo «se recomienda publicar en revistas de impacto internacional». Importa remarcarlo: no alcanza con publicar en inglés, la lengua devenida hipercentral en los intercambios académicos; tampoco con publicar en una editorial de prestigio internacional. Es necesario, además, que alguien situadx en una posición central del campo transnacional envíe a esa producción, la cite, la referencie. De cualquier modo, se trata de un «acompañamiento» transido por las intermitencias y la aleatoriedad: al no haber interés por una «obra», siempre se referenciará aquello que ocasionalmente ingrese a las agendas de investigación de turno o a los asuntos que aborden profesorxs de esas instituciones centrales.

Es preciso indicar que cuando hablo de polos «periféricos» en el campo internacional no me refiero a la clásica división geográfica entre el Sur y el Norte. También hay un Sur en el Norte, como bien señalaron Marco Santoro (2015) al analizar la posición de Italia en la circulación de las ciencias sociales y humanas o Violeta Garrido (2022), la de España. Posiciones retroalimentadas por el lugar semiperiférico de las lenguas o, más bien, expresadas también a través de la difusión de lo producido en esas lenguas, es decir, en español y en italiano.

Me valgo de un rodeo para ilustrar el planteo: un repaso de la trayectoria de Paul Preciado pone en evidencia su decisión de hacer circular sus textos en lenguas centrales[10] (se trata, por otro lado, de una trayectoria robustecida por el capital social específico construido junto a Jacques Derrida en Estados Unidos)[11] (Cuadro 5).

---

10. Las razones que Preciado da para justificar esta decisión exigen un análisis exhaustivo tanto de sus autofiguraciones como de sus prácticas (cf. Preciado, 2019). Igual detalle requiere el estudio de los pasajes de sus textos a diferentes lenguas dado que se trata de un proceso que, según los casos, implica auto–traducción y/o agregados y/o modificaciones.

11. Los tres cuadros de este apartado tienen un carácter exploratorio y «en borrador» (cf. Bourdieu, 2001a), es decir, abonan conjeturas en elaboración y con datos aún no suficientemente robustos. En este caso, se insinúa la importancia de la publicación en francés para la visibilidad internacional de la producción en ciertas líneas de las ciencias humanas y sociales. Una hipótesis inspirada en un señalamiento de Renato Ortiz: «no debemos pensar que la penetración del inglés es homogénea, puesto que varía en función de las disciplinas y las áreas de conocimiento» (2009:133).

Cuadro 5. Libros de Paul Preciado (selección)

Primera edición	Editorial	Año	Ediciones posteriores (lengua/año/editorial)
Manifeste contra-sexuel	Balland	2000	Español / 2002 / Opera prima Italiano / 2002 / Il dito e la luna Alemán /2003 / b-books Portugués / 2014/ n-1 edições Inglés /2018/ Columbia University Press
Testo junkie: sexe, drogue et biopolitique	Grasset & Fasquelle	2008	Español /2008 / Espasa Calpe Inglés /2013 / Feminist Press Italiano /2015 / Fandango Alemán / 2016 / b-books Portugués / 2018/ n-1 edições
Pornotopía: arquitectura y sexualidad en Playboy durante la guerra fría	Anagrama	2010	Francés /2011 / Climats Italiano / 2011 / Fandango Alemán / 2012 / Wagenbach Inglés / 2014 / Zone Books
Un appartement sur Uranus: chroniques de la traversée	Grasset	2019	Español / Anagrama / 2019 Inglés / 2020 / Semiotext(e)
Je suis un monstre qui vous parle. Rapport pour une académie de psychanalystes	Grasset	2020	Español / 2020 / Anagrama

El caso de Preciado puede compararse con el de los dos argentinos reconocidos mundialmente como productores de teoría: Ernesto Laclau y Walter Mignolo.[12] Las azarosas circunstancias que llevaron a que Eric Hobsbawm promoviera que Laclau, gracias a una beca, estudiara en Oxford,[13] fueron

12. La selección de libros de Laclau y de Mignolo estuvo guiada por tres criterios básicos: se privilegian los de autoría individual en función de atender solo a las extraducciones ligadas exclusivamente a sus planteos; se excluyen los publicados con el rol de editor ya que interesa despejar las repercusiones de sus trabajos individuales; se favorecen los textos que combinan extensión con densidad teórica (por esa razón se excluye uno de inicios de Laclau que no alcanza las cincuenta páginas así como se incluye uno de Mignolo publicado en la revista *Cultural Studies* y luego, en extraducción, como libro).

13. Nuestras investigaciones en curso junto a Ben Bollig y Laura García (2022) relativizan el papel que efectivamente jugó Hobsbawm para la inserción de Laclau como estudiante en la Universidad de Oxford; de cualquier modo, como se desprende de una entrevista a Adriana Puiggrós (2021), fue el historiador inglés el que lo habría provisto de información básica sobre cómo tramitar una carrera en Reino Unido (recordemos que se trataba de un tiempo previo al mundo en un click).

determinantes para el camino intelectual que se abrió después, sostenido por su colocación institucional definitiva en la Universidad de Essex, por su producción en la lengua hipercentral de los intercambios académicos y por la publicación en Verso, un sello de carácter tan políticamente radical como prestigioso (Sapiro, 2019) (Cuadro 6).

Cuadro 6. Libros de Ernesto Laclau (selección)

Primera edición	Editorial	Año	Ediciones posteriores (lengua/año/editorial)
Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism	New Left Books Verso	1977 2012	Español / 1978 / Siglo XXI Portugués / 1978 / Paz e Terra Alemán / 1981 /Argument Griego / 1983 / CIP Turco / 1985 / Belge Yayınları Japonés / 1985 / Tsuge Shobō Turco / 2015 / Doruk Yayınları
Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics (con Chantal Mouffe)	Verso Verso (segunda edición, introducción nuevo prefacio actualizando nociones y decisiones)	1985 2001	Español /1987 / Siglo XXI Esloveno / 1987 / Partizanska knjiga Coreano / 1990 / Alemán / 1991 / Passagen Japonés / 1992/ Omura Chino / 1994/ Yuan-Liou Danés / 1997/ Akademisk Danés / 2002 / Roskilde Universitetsforlag Hebreo / 2004/ Resling Sueco / 2008 / Vertigo Turco / 2008 / İletişim Francés / 2009/ Les Solitaires Intempestifs Italiano / 2011 / Il Melangolo Japonés / 2012 / Chikuma Shobo Coreano / 2012 /Humanitas Checo / 2014/ Karolinum Francés / 2019/ Fayard
New Reflections on the Revolutions of our Time	Verso	1990	Español /1993 / 2000 / Nueva Visión Griego / 1997 / Nēsos Japonés / 2014 / Universidad de Hosei
Emancipation(s)	Verso	1996	Español / 1996 / Ariel Francés / 2000 / 2015 / La Découverte Turco / 2015 / İletişim Alemán / 2002 / Turia + Kant Polaco / 2004 / TWP Esloveno / 2008 / Založba ZRC Portugués / 2011 / UERJ Italiano / 2012 / Orthotes Checo / 2013 /Karolinum

Continúa…

…continuación

Primera edición	Editorial	Año	Ediciones posteriores (lengua/año/editorial)
Contingency, Hegemony, Universality: Contemporary Dialogues on the Left (con Judith Butler y Slavoj Žižek)	Verso	2000	Español /2003 / Fondo de Cultura Económica Japonés /2002 / Seidosha Chino / 2004/ Jiangsu ren min chu ban she Turco /2009 / Hil Yayınlari Italiano /2010 / Laterza Alemán / 2013 / Turia + Kant Polaco / 2014 / Wydawnictwo Krytyki Politycznej Francés / 2017 / Seuil Esloveno / 2019 / Krtina
On Popular Reason	Verso	2005	Español / 2005 / Fondo de Cultura Económica Turco / 2007 / Epos Francés / 2008 / Seuil Italiano /2008 / Laterza Esloveno / 2008 / Sophia Polaco / 2009 / TWP Húngaro / 2011 / Noran Libro Japonés /2018 / Akashi Alemán / 2021 / Passagen
The Rhetorical Foundations of Society	Verso	2014	Español / 2014 / Fondo de Cultura Económica Italiano / 2017 / Mimesis

Respecto de Mignolo, se verifica la ardua construcción de una carrera orientada, desde sus comienzos, por la fantasía de intervenir en la producción categorial (cf. 1978, 1985). Su posgraduación en la *École* Pratique des Hautes *Études* se combinó con sus puestos como profesor en universidades de Estados Unidos y con la estrategia de publicar de modo preponderante en la *lingua franca* de las ciencias. Solo dos datos para un análisis que aquí apenas se despunta en función de la pregunta que estructura este capítulo. El primero, tomado de la versión libro de la tesis doctoral *Modèles et poétique* presentada en 1973: allí Mignolo confiesa, no sin cierto estupor, el poco margen que hallaba en las instituciones francesas para el desarrollo de planteos teóricos si el objeto de trabajo se deslizaba más allá de las lenguas nacionales de los polos que se disputaban la centralidad del campo internacional. En *Elementos para una teoría del texto literario*, publicado en Barcelona en 1978 por la editorial Crítica, desliza los motivos que impulsaron las decisiones tomadas algunos años después respecto de la lengua en la que propenderá a hacer circular la mayor parte de sus trabajos:

La experiencia personal tiene, vista en retrospección, dos momentos básicos: el primero es el de las investigaciones para completar la tesis doctoral; el segundo, posterior a ella, es la experiencia didáctica. Con respecto al primero, al realizar la tesis en un centro de estudios (École Pratique des Hautes Études) enrolado en otra lengua y otra cultura, los problemas del hispanismo fueron, para mí y durante este período, ajenos a la experiencia teórica. Con respecto al segundo, mi habilitación para la enseñanza de literaturas hispánicas, y la posibilidad de comenzar la experiencia didáctica en una universidad francesa (Toulouse) donde el hispanismo forma parte de las lenguas extranjeras, hizo emerger el reverso de la primera experiencia: la teoría era totalmente ajena a los problemas del hispanismo. Esta experiencia docente tiene su particularidad en relación a la que se pueda tener en países hispánicos: al ser el hispanismo parte de las lenguas extranjeras, es en estos casos más acentuada la tendencia a considerar que los estudios teóricos conciernen a los departamentos de literaturas nacionales (francesa o inglesa) o, en último caso, a los departamentos de literaturas comparadas. Al enfrentarme con estudiantes que asistían a las clases interesados en las literaturas hispánicas, se acentuaba más la separación entre el programa de estudios hispánicos y mis preocupaciones por la teoría literaria. Esta separación, relacionada con el programa de estudios que el estudiante debía cumplir en vistas a los exámenes que debía preparar, restringía el tiempo dedicable a los problemas teóricos.

La situación se dificultaba debido al hecho de que la bibliografía existente estuviera referida a las literaturas no hispánicas. De esta situación fue naciendo la necesidad de forjarme mi propia concepción de la teoría del texto literario para sortear el «entre–espacio» que separaba el deseo de la obligación. Este proceso fue transformando la tesis doctoral en las páginas del presente libro. (1978:10)

El segundo dato completa lo anunciado en el párrafo anterior. Después de cuatro libros en español, Mignolo comenzará a publicar en inglés textos que serán extraducidos a varias lenguas (Cuadro 7).

La circulación desigual del conocimiento según las lenguas de publicación es un asunto del que se ha ocupado. En el Prefacio a *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Borther Thinking* lo abordará a propósito de su propia producción:

> El texto que inició las meditaciones que acabaron en este libro fue «The Postcolonial Reason: Colonial Legacies and Poscolonial Theories», preparado primeramente para la conferencia sobre «Culturas y globalización» organizada por Fredric Jameson y Masao Miyhosi, entre otros, que tuvo lugar en la Universidad de Duke en noviembre de 1994. Reescrito en español, este artículo fue publicado en Brasil (Mignolo, 1996a), Alemania (Mignolo, 1997c) y Venezuela (Mignolo,

Cuadro 7. Libros de Walter Mignolo (selección)

Primera edición	Editorial	Año	Ediciones posteriores (lengua/año/editorial)
Elementos para una teoría del texto literario	Crítica (Barcelona)	1978	
Literatura fantástica y realismo maravilloso	La Muralla (Madrid)	1983	
Textos, modelos y metáforas	Universidad Veracruzana	1984	
Teoría del texto e interpretación de textos	Universidad Nacional Autónoma de México	1986	
The Darker Side of the Renaissance: Literary, Territoriality, Colonization	University of Michigan Press	1995	Español / 2016 / Editorial Universidad del Cauca Chino /2016 / Universidad de Pekín
Local Histories / Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking	Princeton University Press	2000	Español /2003/ Akal Portugués / 2003 / Universidade Federal de Minas Gerais Coreano / 2012/
The Idea of Latin America	Wiley-Blacwell	2005	Español /2007 / Gedisa Coreano / 2010 Italiano /2013/Mimesis
Delinking: The Rhetoric of Modernity, the Logic of Coloniality and the Grammar of Decoloniality	Revista *Cultural Studies*	2007	Español/2010/Del Signo Alemán /2012/Turia+Kant Sueco / 2014 / Tankekraft Francés / 2015 /Peter Lang Rumano / 2015 / Idea Design + Print
The Politics of Decolonial Investigation	Duke University Press	2021	

> 1998). Menciono estas ediciones porque están relacionadas con la subalternización del conocimiento. Si se publica en inglés, la necesidad de volver a publicar es menor debido a que la circulación es más amplia. Si se publica en español, normalmente las publicaciones no se extienden más allá del circuito local. (2000:xiii; 2003:12)

Si se intersectan nuestros datos estadísticos con los cuentos de lxs agentes, el análisis gana complejidad ya que estos últimos robustecen algunas inferencias.

Entre otras, ratifican la importancia que el capital social específico tiene en la circulación internacional de nuestra producción mientras corroboran el lugar del azar en su aprovechamiento. Algunos ejemplos más. El primero, tomado de la respuesta dada por Leonardo Funes (G3) a la pregunta de nuestro cuestionario respecto de «los textos que hubiese deseado escribir» o los que «marcaron su trabajo o los que más ha admirado» (cf. Gerbaudo y Fumis, 2014:365). Funes rememora un episodio que insinúa el derrotero fortuito que hizo que algunos de sus resultados de investigación se publicaran en la serie «Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar» dirigida por Alan Deyermond, un hispanista formado en Oxford. Su relato resalta el carácter accidental de un encuentro que desencadenó esa incalculada oportunidad:

> El primer libro que me marcó fue un estudio sobre *Mocedades de Rodrigo* de Alan Deyermond que se llama *Epic poetry and the Clergy*. Me encantó como manera de investigar acerca del texto porque estaba todo: estaba el análisis filológico, el análisis histórico, la cuestión contextual, los elementos literarios y hasta una transcripción paleográfica del texto. Alan Deyermond fue uno de los grandes hispanomedievalistas británicos. Falleció en el 2009. Fue el primer libro entero en inglés que leía, estaba todavía cursando, era alumno, y prácticamente lo debo haber traducido entero para incorporarlo más. En el año 1995 tuve la suerte de conocer a Deyermond. Una de las grandes luminarias del hispanismo. Tenía, y eso para mí fue importantísimo, una enorme generosidad hacia los más jóvenes. Una de las grandes personalidades, una persona con una obra inmensa detrás, todo el mundo rindiéndole homenaje todo el tiempo y sin embargo, cuando nos conocimos, él prefirió irse conmigo a tomar un café y que yo le contara lo que estaba haciendo. No es simplemente la persona que te concede unos minutos sino la que te busca, te invita y te muestra toda su atención para que vos hables, quiere escuchar qué estás haciendo. Y no solamente escuchar sino pensar cómo puede ayudarte. De hecho, de esa conversación surgió la posibilidad de publicar mi primer libro, en el año 1997, en una colección que él dirigía en ese momento en Londres. Era un capítulo de mi tesis. Y también fue el gran impulsor de que ya, más adelante, me publicaran la edición de *Mocedades de Rodrigo*. Ahora bien, cuando quedé al frente de la cátedra y había ingresado como investigador en el CONICET, Alan ya no me contestaba los mails, o se disculpaba porque no tenía tiempo. Y no obstante, estaba permanentemente al servicio de la gente que estaba conmigo, de los más jóvenes. Cuando uno iba más o menos encaminado, para él era un «bueno, ya está». La verdad es que para mí eso fue toda una lección de vida. [*2014*]

El segundo: el hilván de los episodios que habrían desencadenado la designación de Beatriz Sarlo como Simon Bolivar Professor of Latin American Studies en la Universidad de Cambridge pone en evidencia el carácter aleatorio de las derivas del capital social específico en la construcción una trayectoria:

> John King es un tipo de una enorme generosidad intelectual. Enorme. Por ejemplo, mi invitación a Cambridge empieza con John. Él se había enterado de que a Carlos Fuentes le había gustado mucho *Una modernidad periférica*. No sé cómo se había enterado, aunque John está siempre muy al tanto de lo que pasa en el mundo cultural latinoamericano. Entonces, en una reunión en Londres donde se lo encuentra a Carlos Fuentes que terminaba de ser Simon Bolivar Professor le dice: «me enteré de que a usted le ha gustado el libro de tal». Y Fuentes le responde que sí, que él conocía bien Buenos Aires y que el libro le había parecido tal y cual cosa. Entonces John le dice algo así como: «si le gusta tanto, ¿por qué no menciona su nombre para el mismo puesto que usted tuvo?». Y así fue como al tiempo me escribió David Lehmann, invitándome. Es como si John fuera mi agente, digamos. Él hizo ese camino. Yo ni sabía que existía el Simon. Un tipo de una extrema generosidad intelectual. Cero competencia y extrema generosidad. Yo lo quiero mucho... (Sarlo, 2019)

De este cuento se desprenden algunas observaciones. En primer lugar, la palabra «específico» importa: nótese cómo, en el relato de Sarlo, las discusiones alrededor de textos están en el origen de un periplo azaroso propiciado por un capital social para cuya «acumulación» no había trabajado. En segundo lugar, su cuento ratifica la necesidad de que alguien que ocupe algún lugar clave en el campo transnacional valore esos textos. Dicho en otros términos: para su designación en Cambridge tuvieron un carácter definitorio tanto sus investigaciones sobre *Sur* y *Una modernidad periférica* como el hecho de que un investigador de Reino Unido las apreciara. La figuración de John King como su «agente», más allá de la humorada, corrobora las conjeturas que vertebran este capítulo y, de yapa, obliga a una revisión: lectora temprana de Bourdieu, la claridad de Sarlo respecto de lo posible en el campo es inescindible de su toma de posición respecto de los espacios sobre los que vale la pena accionar. Espacios diferentes según fueron cambiando las coyunturas sociopolíticas y, junto con ellas, sus fantasías de nano–intervención: organizaciones políticas, formaciones, editoriales, la universidad, el CONICET, medios periodísticos. Sus declaraciones que destilan una lectura aguda de los capitales que se ponen en juego en la circulación transnacional de las ideas cruzadas con los resultados del proyecto INTERCO exigen desandar hipótesis previas alrededor

de su apuesta por el «cabotaje» (cf. Sarlo, 2008a, 2011–2012, 2015). Una apuesta traducida tanto en prácticas como en autofiguraciones con menos carga metafórica que la que le había atribuido antes de toparme con los datos reunidos en este capítulo.

Es imperioso resaltarlo: en ningún caso se pone en discusión la potencia heurística de los textos sino que, por el contrario, se parte de esa base para analizar el enrevesado juego de factores que hacen que algunos de ellos circulen y se visibilicen mientras que otros permanezcan casi secretos. Como bien ha observado Annick Louis: «Uno puede escribir y producir cuanto quiera, y sea cual sea su calidad, no significa gran cosa a nivel de edición y difusión en tanto no se esté en una situación institucional fuerte» [*2015*].

Por otro lado, los cuentos de lxs agentes descubren tomas de posición que relativizan el valor circulación–internacional–de la producción. «Soy un producto argentino. Como Arlt, como Juan L. Ortiz. Como Leónidas Lamborghini. Como José Hernández», señaló Martín Prieto (G4) mientras, un poco en serio y un poco en broma, se ponía en serie con una selección de los más reconocidos escritores argentinos tanto del siglo XIX como del XX [*2017*]. Más allá del talante irónico, la autofiguración indica, desde un claro gesto de artista, un eje, un deseo o, dicho en otros términos, la orientación de sus fantasías de nano–intervención hacia una zona más marcada por el campo literario que el académico, más por el campo nacional que por el transnacional. Este es solo un ejemplo de un subcampo diverso: las trayectorias de lxs agentes que son investigadorxs del CONICET y/o profesorxs universitarixs y también escritorxs no permiten definir un patrón dominante ya que conviven prácticas y tomas de posición que delinean diferentes perfiles. No obstante es importante observar que muchxs de estxs agentes no acreditan ninguna publicación académica en el extranjero, pero sí publicaciones e incluso extraducciones de su obra literaria. ¿Es que hay allí una intuición respecto de qué de su obra tiene más posibilidades de derrotar el paso del tiempo y permanecer? ¿O se trata, simplemente, de que es en el campo literario más que en el académico donde se depositan las fantasías de intervención más anheladas? Más que para ser respondidas, estas preguntas solo buscan resaltar los diferentes perfiles, deseos y habitus expresados en cuentos y prácticas de lxs agentes de la muestra: para qué se produce, para quiénes y en qué discusión vale la pena involucrarse son preguntas indisociables de las fantasías de nano–intervención de cada quien al compás de los posibles y pensables de un subcampo atravesado por determinismos más o menos deterministas, según el espacio de que se trate. Es un dato que se construyó a partir del proyecto INTERCO el que constata que los flujos de traducción y las tendencias de

citación «se orientan a reproducir más que a corregir la estructura centro–periferia» (Heilbron, Boncourt, Schögler y Sapiro, 2017:17): «cuanto más central es la producción científica de una nación o de una región en el mundo, más chances tiene de ser citada y traducida» (17). El resultado de los estudios respecto de índices de citación transnacional es espeluznante (11) pero, al mismo tiempo, es una alerta: funciona como llamado de atención al momento de valorar una producción del subcampo de los estudios literarios por su fantasmático «impacto internacional».

Violencia política estatal, movilidad internacional y efectos

En este capítulo se trabaja sobre las consecuencias de migraciones provocadas por la violencia estatal (por razones ideológicas y/o económicas) tanto para el desarrollo profesional de lxs agentes como para la institucionalización de los estudios literarios en Argentina y/o para su internacionalización. Constituyen un tipo particular de movilidad académica inducida por condiciones sociopolíticas poco propicias que motivaron la decisión de partir.

Si bien en la muestra hay 26 trayectorias marcadas por este tipo de desplazamientos (13,8 % del total [100% = 188 trayectorias]), el carácter exiguo de la serie impide hacer un análisis cuantitativo, salvo para indicar los grupos más afectados, a saber: 25,8 % de lxs agentes del G1,[1] 40,7 % de lxs del G2, 12,5 % de lxs del G3, 3,8 % de lxs del G4 y 3,7 % de lxs del G5. Además se trata de migraciones que, en especial en algunos casos, dificultan la oposición simple entre su carácter forzado y deseado. Esto no obedece solo a que estamos ante «migraciones intelectuales» (Schult y Cohen, 2023) que complejizan esta demarcación dado el lugar que ocupa la movilidad internacional en las trayectorias académicas sino a que estamos ante situaciones ambivalentes que exigen un análisis cualitativo que pueda atender a ciertas particularidades, a saber: a) migraciones inicialmente forzadas por razones ideológicas y luego, por razones económicas; b) migraciones en las que se entremezclan razones

1. A los efectos de clarificar cómo obtuve estos porcentajes, doy un ejemplo: del total de agentes del G1 (100 %), el 25,8 % fue afectado por migraciones forzadas.

ideológicas y/o económicas y proyecto intelectual individual; c) migraciones inicialmente forzadas y luego, elegidas.

Los ejemplos mencionados en el análisis privilegian las trayectorias sobre las que se tiene mayor cantidad de datos. Probablemente como en ningún otro capítulo de este libro se ponga de manifiesto como en este la importancia de los cuentos tanto para indicar procesos complejos que entrecruzan historias de vida con historia política, social y económica de un país como para dimensionar algunos de los efectos de estos desplazamientos en el campo y en la trayectoria individual.

Migraciones (intelectuales) deseadas/forzadas: características

Para caracterizar las migraciones intelectuales forzadas de lxs agentes de la muestra se consideraron un conjunto de parámetros:[2] razones para migrar; países de destino y razones para elegirlos; prácticas profesionales y/o no profesionales realizadas en el extranjero; duración de la migración. El análisis de cada uno de estos parámetros se intersectó con otros: relaciones de fuerza simbólica entre el país de origen y el de acogida; existencia (o no) de redes transnacionales y/o personales; capitales (económicos, lingüísticos, sociales, culturales, simbólicos) de lxs agentes y disposición para reconvertirlos (o no) en la nueva situación planteada por el cambio de espacio.

Razones para migrar

El examen de los currículums de lxs agentes y de sus cuentos permite identificar ciertos patrones: a) las migraciones forzadas debido a razones ideológicas afectaron, en especial, a lxs agentes de los G1 y G2 y, en menor medida, a lxs del G3 y se produjeron, casi en su totalidad, durante y entre las dos últimas dictaduras (1966–1983); b) las migraciones debido a razones económicas afectaron principalmente a lxs agentes de los G4 y G5 y se produjeron durante los años previos y posteriores al estallido social de diciembre de 2001. No obstante, las cambiantes coyunturas políticas durante el largo período estudiado impiden

2. Estos parámetros se determinan sobre la base de decisiones tomadas en investigaciones previas y en curso sobre migraciones intelectuales forzadas (cf. Jeanpierre, 2004; Falcón, 2018; Hidalgo Nácher, 2022a; Sapiro, 2022b; Laborier, 2022; Laborier, Nimer y Tasalp, 2022; Dakhli, Laborier y Wolff, 2023; Schult y Cohen, 2023).

asociar de modo indubitable la trayectoria de algunxs agentes a un solo tipo de migración (forzada o deseada) y a una sola causa (ideológica o económica).

Encontramos así que hay casos de migraciones forzadas motivadas por razones ideológicas y luego, por razones económicas. Por ejemplo, después de su renuncia a su puesto en la universidad luego de «la noche de los bastones largos» durante el onganiato, Adolfo Prieto (G1) hizo frente al desempleo con varios trabajos esporádicos. La invitación de Ángel Rama como profesor a tiempo completo en el Departamento de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de la República donde trabajó desde el 1 de junio de 1967 hasta el 31 de marzo de 1968 representó un desahogo económico notable (cf. Avaro, 2015:65). Las expectativas e inquietudes que Prieto abrigaba por aquellos días se expresaron en una carta dirigida a Rodolfo Borello (G1), amigo y colega, fechada en mayo de 1967: «Allí me contratarían como investigador solo para dictar un seminario y con un sueldo nada desdeñable de unos $140.000 argentinos de los que podría girar la mitad a la familia» (Prieto en Avaro, 2015:65). Concluido ese contrato, fue Noé Jitrik (G1) quien, desde Francia, le generó una red de contactos que le permitió obtener un nuevo empleo en la Universidad de Besançon. Nora Avaro documentó con precisión la fecha de esa migración: «la familia partió del puerto de Buenos Aires en el Giulio Cesare el 4 de octubre de 1970 y regresó, tan exacta, en el Eugenio C, el 4 de octubre de 1971. Llegados a Besançon, se alojaron en un barrio periférico donde había vecinos argelinos y españoles» (Avaro, 2015:67).

Prieto retornó a Argentina impulsado por la reapertura de concursos en la universidad pública. Las impresiones que tuvo por aquellos días quedaron registradas en otra carta dirigida a Borello (G1) fechada en noviembre de 1971. Otra vez, debemos a Nora Avaro su exhumación: «Después de las 48 horas iniciales, caí en un tembladeral de impresiones: que la confusión política, que la vida cotidiana, que la necesidad de ganarse la vida como un novato en un medio que cierra sus huecos más rápidamente de lo que tarda en reducir las pretensiones» (Prieto en Avaro, 2015:85). Luego de diversos trabajos temporarios, en julio de 1972, Prieto ganó el concurso de Literatura Iberoamericana I en la UNR. Sin embargo, la ilusión alrededor de lo que vendría junto con la restitución democrática duró poco: luego de la «primavera camporista» una escalada de violencia volvió a poner sus proyectos en vilo. Su lectura de lo que acontecía entonces quedó plasmada en una nueva carta dirigida a Borello el 16 de abril de 1975:

> Pasamos de la loca e inconsistente euforia de la izquierda peronista a la creciente e implacable reacción de la derecha que nunca se distinguió por la sutileza de sus

> procedimientos. Han pasado tantas cosas en los últimos dos años que no existe ya sensibilidad capaz de registrar el calibre ni la importancia de las mismas. Este domingo, en vísperas de la iniciación de clases, un grupo que se supone con fundamentos vinculado a la CGT local, entra a la facultad, quema las instalaciones del centro de estudiantes, todavía abierto a pesar de las amenazas, rompe los escasos carteles sobrevivientes, entra en el decanato y estampa en una de sus paredes: «Señor decano: le faltan güevos o le sobra cagazo». Una noticia más entre otras. Las clases empezaron en un clima enrarecido: la facultad casi despoblada; profesores y alumnos cumpliendo su tarea casi con un aire de clandestinidad. (Prieto en Avaro, 2015:88)

Unos pocos meses después del golpe de Estado de 1976, Prieto quedó sujeto a la renovación mensual de su contrato hasta que en julio de 1977 lo dejaron cesante. Luego de pasar un año sin empleo, consiguió en 1978 una invitación para una estadía de tres meses en la Universidad de California (La Jolla, San Diego). La invitación se fue renovando hasta que en 1981 Andrés Avellaneda (G1), exiliado en Estados Unidos, le comentó que se abría un concurso docente para el cargo de *Tenured Professor* en Literatura Latinoamericana en Gainesville, Florida. Prieto trabajó allí hasta su jubilación en 1996, año en que retornó al país.

Su decisión de quedarse en Estados Unidos, aun cuando en Argentina se había restituido la democracia en 1983, obedeció a la estabilidad laboral y a la seguridad económica que había encontrado en el norte: «en principio, no podía volver. Y cuando pude volver, estaba ya en un momento de mi vida que decía, bueno, tengo que quedarme acá para pensar en, qué sé yo, el tipo de jubilación. Así que me quedé casi veinte años» (2006). En una carta a su hijo Martín escrita en mayo de 1983 confesaba que la incertidumbre que le provocaban tanto la fragilidad de las instituciones de Argentina como los vaivenes constantes de sus políticas de Estado habían motivado su decisión de no regresar, aun pagando el precio de la disgregación familiar:

> Hace cinco años, en Rosario, llevaba ya doce meses sin trabajo, sin salida aparente, condenado a un deterioro tan penoso para mí como para ustedes. Entonces vino la invitación de La Jolla, una circunstancia excepcional si se piensa que yo tenía ya 50 años y prácticamente ningún contacto en este país. Y lo que viene es una continuación de aquello. Nada ha cambiado en la Argentina (...) y aquí las cosas se han ido volviendo más duraderas. Cinco años de separaciones, de desgarramientos, pero también de poder continuar desarrollando aspectos básicos de nuestras vidas, ustedes estudiando, Negra [su esposa] sirviendo de invalorable

> enlace y yo gustoso de aportar algo a la continuidad de ese ritmo y trabajando un poco en lo mío. No hay opciones en este planteo (...). Nadie sabe qué pasará en la Argentina dentro de 6 meses. (Prieto en Avaro, 2015:93)

Hay migraciones en las que se entremezclan razones ideológicas y proyecto intelectual. Por ejemplo, Fernando Colla (G2) emigró a Francia apenas iniciada la última dictadura ya que se sentía en peligro debido a su militancia política. No obstante Francia era también el país en el que se había radicado su escritor favorito, ese con el que esperaba interactuar:

> Me fui en septiembre del 76. No pensaba irme porque no tenía ni medios económicos ni nada. Se dio milagrosamente un encuentro con una persona que me permitió ir a Francia: yo quería ir a Francia. Todavía mi figura tutelar era Julio Cortázar en las letras (...) Me fui porque había militado, existía un peligro real. (...) Un cordobés que estaba exiliado me recibió. [*2017*]

Hay migraciones en las que se con–funden razones económicas y proyecto intelectual. En estos casos, la demarcación entre migración forzada y migración deseada es porosa. Por ejemplo, Juan Ennis (G5), se graduó como Profesor en Letras en la UNLP sobre el filo de diciembre de 2001. Su relato opone, por un lado, las deplorables condiciones económicas y laborales de la Argentina de entonces y, por el otro, las posibilidades que abría una oferta laboral en Alemania, país al que decidió emigrar. Su repetición de la expresión «preocuparse solo por la universidad» se asocia con su deseo de contar con los recursos materiales necesarios que le aseguraran un desarrollo profesional:

> Mi carrera de grado transcurrió entre 1997 y 2001, entre Menem y De la Rúa. (...) Me recibí en diciembre de 2001. Cualquiera que haya estado ahí entenderá perfectamente que no era el mejor momento para proyectar nada. Hice mi intento, sin embargo, con los estudios y la vida laboral, y cuando estaba lidiando con las primeras frustraciones surgió la posibilidad (por intermedio de mi profesora de alemán, Graciela Wamba), de ir a Halle, donde me presenté al llamado para cubrir un cargo como ayudante de cátedra de Ralph Ludwig, en el área de lingüística del español. (...)
>
> Hay una marca ambigua ahí, algo que debe ser definitivamente una marca porque siempre termino volviendo sobre eso. Es algo positivo surgido de condiciones deplorables. La imagen que tenía de la facultad era la de un lugar empobrecido, con una mayoría de docentes que ganaban 90 o 100 pesos y que laburaban como si fuera por un sueldo de verdad. (...) Yo quería hacer algo. Tenía mis

intereses específicos. Pero antes que nada quería estudiar, trabajar en un lugar como la universidad, en el área en que me había formado hasta ahí, y vivir de eso. «¿Eso, en los 90?», ustedes me dirán. A pesar de que podía considerarse una ambición desmedida, a pesar de eso, nuestros profesores nos ofrecían una formación completa, rigurosa, nos mostraban un trabajo mal pago pero hecho con una seriedad y un entusiasmo que no podía menos que contagiar. Y en medio de todo esto, estaba seguro de que lo mío era seguir estudiando literatura, más precisamente española moderna y contemporánea, que era el espacio donde había empezado a insertarme.

(...) El financiamiento de mi formación de posgrado fue así, no a través de una beca, sino de algo bastante parecido: un trabajo en la universidad alemana que representaba un ingreso modesto pero que alcanzaba para preocuparse solo por la universidad. [*2017*]

En la entrevista que cedió para esta investigación, Rubén Florio (G2) describió su precaria situación laboral durante el primer ciclo de la posdictadura, concretamente, en los años de «la reacción tradicionalista» (Albornoz y Gordon, 2011). Los bajos sueldos tanto de la universidad como del CONICET obligaban a discontinuar la investigación, salvo que se dispusiera de recursos económicos propios para solventarla:

Estuve en CONICET dos o tres años, si mal no recuerdo. Renuncié cuando me fui del país, 1989, con toda mi familia, esposa y dos hijos pequeños, porque no podía mantenerlos con mi salario de profesor con dedicación exclusiva; el complemento del CONICET era una suma de dinero despreciable, menor al boleto del colectivo de ese tiempo. Fueron años de sordera y mezquindad del CONICET, dedicado a las ciencias duras y a quienes, en las áreas humanísticas, tuvieran capacidad económica personal para seguir investigando. No me quejo, el contexto social e histórico de ese tiempo era así. Cuando partí al exterior, en la UNS me concedieron año sabático. [*2015*]

Florio habla de «exilio involuntario». No obstante, como en el caso de Ennis y como en los tres que veremos a continuación, es un cruce indecidible de lo deseado y de lo posible lo que lo empujó a migrar, en su caso, a España donde se insertó como profesor visitante contratado en la Universidad Autónoma de Barcelona; en la Universidad de Barcelona dictó un seminario de clásicas.

Sergio Delgado (G4) mencionó el pluriempleo y la precariedad laboral entre los motivos para emigrar. En su enumeración se cuentan el trabajo ad honorem y los bajos salarios percibidos por tareas diversas que incluían la enseñanza en

una universidad privada, la coordinación de la editorial de la UNL y, en la misma institución, la cooperación con el Taller de cine liderado por Raúl Beceyro y Marilyn Contardi:

> Habiendo obtenido en 1987 mi diploma en Letras, no encontré trabajo en ningún lado, mucho menos en la universidad. Descontando una experiencia en la universidad católica —por la insistencia de Leonor Uzin que me pidió que la asistiera en un seminario—, por lo que me pagaban un sueldo por demás «simbólico» y a cuyo valor renuncié rápidamente, no encontré en lo inmediato ningún trabajo de docencia o investigación. Y no quería dar clases en la escuela secundaria, en la que hice una fugaz pero desastrosa experiencia.
>
> Entré en 1994 en la Universidad del Litoral casi por la ventana. Por un lado, conseguí trabajo en la Editorial (en ese momento era un Centro de Publicaciones) de la que llegué a ser su coordinador; por otro lado, como profesor del Taller de cine que dirige Raúl Beceyro. Ambos lugares estaban relacionados. Había una continuidad entre algunas películas que se habían hecho o se hacían en el taller (como el «Homenaje a Juan L. Ortiz» de Marilyn Contardi o «Poesía espectacular» de Carlos Essmann) y los libros que se editaban en el entonces Centro de publicaciones de la universidad. Estos proyectos se relacionaban entre sí y sus interlocutores eran amigos como Hugo Gola, Beatriz Sarlo, Juan José Saer, María Teresa Gramuglio, Martín Prieto o Daniel García Helder.
>
> Durante esos años, tan productivos, esa actividad apenas si era reconocida, y por lo general con cierta incomodidad por la universidad como institución. En lo que a mi propio reconocimiento salarial respecta, porque comencé hablando del problema de ganarse la vida, para ser honesto debo decir que las clases del taller las daba *ad honorem* y en la editorial me pagaban poco más que una miseria. [*2016*]

Su salida del país se produjo dos años antes del estallido social de 2001. Un puesto de lector en la universidad de Bretaña Sur, luego de profesor en esta universidad y, más tarde, en la Université de Paris Est–Créteil, se encadenaron con su posgraduación y una especialización en estudios de poesía. Como en todos los relatos de esta serie, los factores se entreveran al momento de interpretar qué lo hizo quedarse «en el pago de Saer» que, por entonces, como bien ha señalado Selva Almada, ya no era «la zona» sino Francia (cf. Prieto, 2022b).

La migración de Gabriel Giorgi (G4) también se inscribe en esta serie. En 1997, decidió partir a Estados Unidos. Lo impulsó su deseo de darle continuidad a su práctica de investigación: en 1992 había obtenido el título de Licenciado en Letras por la UNC; en 1996, había concluido su Maestría en Sociosemiótica en la misma institución. Si bien en 1995 había conseguido un cargo como Jefe

de Trabajos Prácticos en Metodología y análisis literario II en la carrera de letras de esa universidad en la que se había formado y en la que quería insertarse como profesor, los bajos salarios lo conducían al pluriempleo y a la dispersión. En sus cuentos sobre aquellos tiempos se traen con insistencia dos constelaciones de escenas enfrentadas: las que vuelven sobre las prácticas que le habían contagiado el deseo por investigar (los primeros congresos, los primeros viajes a Buenos Aires de la mano de lxs profesorxs que lo habían deslumbrado en sus estudios de posgrado) frente a las que rememoran las condiciones materiales de trabajo que desalentaban cualquier proyecto que exigiera concentración y tiempo disponible. «Era un momento álgido en la Argentina en general y en la universidad en particular. De igual manera, consigo muchos trabajos en universidades privadas de Córdoba porque era la única forma de mantenerme mientras obtengo un cargo simple en la Nacional que era lo que me interesaba», recuerda Giorgi mientras observa que por aquellos años, en la UNC, el CONICET no se imaginaba como salida laboral posible. En su balance subraya el poco margen de tiempo para investigar que le dejaban su trabajo en la Universidad Blas Pascal, entre 1994 y 1996, y en la escuela media:

> Respecto a la escuela media, tuve una experiencia muy cortita. Quizá hubiese convenido más hacer escuela media porque mi trabajo en las universidades privadas era en carreras de negocios: había que enseñarle a escribir a emprendedores, a chicos que estudiaban *business*. Era toda una experiencia. Y llegó un momento en que me di cuenta de que no iba a poder, de que tenía una expectativa de investigación que no iba a poder sostener en esas condiciones Estaba saturado de clases y con niveles de precariedad bastante altos. Y yo ya tenía muchas ganas de otras cosas. Llegó un momento en el que me vi muy trabado. Ahí apareció la posibilidad de una beca para hacer el doctorado en Estados Unidos. [*2016*]

La decisión de emigrar se asocia a la posibilidad que encontró en Estados Unidos de hacer lugar a esa práctica en la que se había iniciado y que las condiciones materiales existentes entonces en Argentina tornaban prácticamente inviable para cualquiera que se sostuviera económicamente a partir de su trabajo.

En esta misma serie entra la emigración de Fernando Degiovanni (G4): «acá no tenía trabajo, no tenía plata. Plenos años noventa. Le aconsejé que se fuera a Maryland. Acá no había nada; CONICET, prácticamente cerrado», resaltó Roxana Patiño (2022a) mientras proyectaba algo de su propia historia al dar este consejo a uno de sus estudiantes de aquellos años. Mientras volvía sobre la trayectoria profesional de Degiovanni, Patiño describía la propia. Su

cuento permite entender las razones para haberse permitido dar aquel consejo con tanta seguridad: después de haber obtenido una beca del CONICET para hacer su doctorado en 1986 y de haber perdido esa beca debido a recortes presupuestarios estatales, Patiño había seguido los consejos de Sarlo y había migrado a Maryland donde, finalmente, realizó su carrera doctoral.

Hay migraciones en las que pesan tanto las razones ideológicas como las económicas; también aquí se difumina la distinción entre las forzadas y deseadas. Adriana Rodríguez Pérsico (G2) dejó el país durante una década de recorte a la ciencia y a la educación. Aun habiendo obtenido una Beca de Perfeccionamiento (1985–1987) y, luego, una de Formación Superior (1987–1991) en el CONICET, y habiendo desarrollado una carrera sin discontinuidades en su ritmo de producción, las posibilidades de ingreso a la Carrera de Investigador.a.e eran pocas, no solo por la reducción presupuestaria sino por las coerciones ideológicas que atravesaron aquel interregno: la sanción ejemplificadora que buscaba desalentar la investigación sobre determinados objetos y/o su construcción desde ciertas posiciones no había terminado con la dictadura (vale recordar las razones por las que Bombini [G4] en 1991 y Porrúa [G4] en 1992 no pudieron renovar sus becas en el organismo). Sí habían cambiado los modos de «sancionar» a lxs disidentes:

> En la actualidad soy Investigadora Principal de CONICET. Los tiempos han cambiado y para bien. Cuando asumió Menem y puso al frente del CONICET a Matera, se desató una caza de brujas. Muchos quedamos fuera del CONICET y yo emigré. Brasil es un país generoso y que, por lo menos, en el área universitaria, abre las puertas a los extranjeros. Obtuve una beca del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq) y luego concursé para un puesto en el área de literatura hispanoamericana de la Universidade de São Paulo (USP). Estuve allí unos años y luego regresé. Concursé en la UBA, estoy al frente de una cátedra de *Teoría y análisis literario* hasta el día de hoy e ingresé al CONICET. [*2014*]

Hay migraciones provocadas por razones ideológicas, ya sea debido a la militancia política, ya sea debido a las tomas de posición respecto del objeto disciplinar. Durante y entre las dos últimas dictaduras, la ambivalencia del término «subversión» hacía que un amplio abanico de acciones quedaran comprendidas bajo ese rótulo. Por ejemplo, Luz Rodríguez Carranza (G2) recurrió al llamado «exilio interior» antes de emigrar a Bélgica. Su relato muestra el caso de una militante empujada al exilio por prácticas que, paradójicamente, se habían desarrollado en un período «democrático», entre 1973 y 1976:

En 1969 me despertó políticamente el Cordobazo y en el 73 la militancia universitaria se convirtió en eje de mi vida.

En el grado, por un lado el estructuralismo fue decisivo en mi formación —y en mi sistema de pensamiento— y por otro lado la tradición marxista, ya que mi militancia siempre fue, además de universitaria —delegada de curso, de facultad, primero en el peronismo de base, luego en un grupo marxista leninista—, de «producción de línea teórica». Ambas líneas se fusionaron bastante en esa época, con Althusser. De esa época data, creo, mi interés por la filosofía. (...)

El terror a la Triple A motivó mi mudanza —con pareja y bebé recién nacido— a Bahía Blanca para escondernos con la familia de mi marido. Todos mis amigos y compañeros, incluyendo a mi hermana menor, desaparecieron entre 1975 y 1976. La huida a Bélgica a principios de 1977 fue el punto sin regreso, en todos los sentidos del término. Quedé completamente desgajada de Argentina por años. [*2018*]

Las razones del exilio de Susana Romano Sued (G2) se esclarecen luego de treinta años de silencio. Dos textos clave. El primero, de 2007: *Procedimiento. Memoria de La Perla y La Ribera*. Un escrito inclasificable que recurre a la literatura para aludir a lo que sucedía en dos centros clandestinos de detención en Córdoba durante la última dictadura. En su apertura, en bastardilla, Romano Sued refiere a los nombres usados entonces por los militares para aludir a esos centros. Otra que las prácticas de «buen encausamiento» descriptas por Michel Foucault en *Vigilar y castigar*. La perversión, las representaciones de la época sobre la universidad como «caldo de cultivo» de la «subversión» y el alcance imaginado para la pedagogía de sumisión y domesticación vía la violencia sobre los cuerpos se dicen desde estos escritos de borde:

Muy cerca de la ciudad de Córdoba, sobre la autopista que une la capital provincial con Villa Carlos Paz, en las inmediaciones del puente nuevo que conecta con la entrada a Malagueño, está La Perla, el centro clandestino de detención más importante de Córdoba durante la última dictadura. Sus instalaciones están sobre una loma, a mano derecha en dirección a Carlos Paz, y se pueden ver desde la ruta. Se lo llamaba «la Universidad». En tanto que el campo de la Ribera se llamaba, en la jerga de los represores, «La Escuelita» y, en los papeles, un «lugar de reunión de detenidos»: eufemismos empleados para la tortura sufrida por los secuestrados y desaparecidos que pasaron por esa cárcel militar, enclavada en plena ciudad y vecina al viejo cementerio de San Vicente. (Romano Sued, 2007:11)

El segundo texto se inserta dentro de otro, escrito a pedido, en el que Romano Sued, en primera persona, deja entrever las razones para esa demora en la denuncia de estos hechos: «conflicto íntimo entre el pavor de nombrar y el deber de hacerlo, no sin experimentar la culpa de haber sobrevivido y el silencio contra el que tuve que luchar» (2020:117). En ese largo capítulo incluido en *Una memoria sin testamento* donde su voz cae junto a la de Estela de Carlotto en una serie de libros que vuelven sobre el terrorismo de Estado en Chile y en Argentina, Romano Sued transcribe su testimonio en el Juicio alrededor de la Megacausa La Perla, en 2016. Casi cuarenta años pasaron entre su secuestro en junio de 1977, su detención durante 48 días en el centro clandestino La Ribera y su denuncia pública; casi cincuenta para la publicación de ese texto que reproducimos completo (cf. Anexos 5, Un testimonio), tal como se reprodujo en el libro compilado por Patrice Vermeren y Fedra Cuestas (2020). Después de atravesar las experiencias que allí se describen puede comprenderse por qué un episodio de menor calibre, apenas tres años después, impulsará su decisión de exiliarse en Alemania:

> El libro reúne textos escritos desde 1971 hasta 1980 (...). Miguel Delorenzi, artista diseñador, fue quien me acompañó en esa aventura que tuvo tanto de desventura como de fortuna: tuvimos que «declarar» sobre el contenido y la portada del libro ante los agentes de inteligencia de la dictadura ya que deducían del título, *Verdades como criptas*, de los nombres de algunos poemas y del diseño de la tapa (una fotografía de un muro con unas marcas de tiza hechas por Delorenzi para la diagramación) que podría tratarse de un libro subversivo, con códigos cifrados y mensajes para la guerrilla. Nos interrogaron en los sótanos de la imprenta municipal, nos obligaron a modificar la imagen de tapa y el libro se imprimió un año más tarde, con una tirada que fue menos de la mitad de lo que correspondía por el premio. Fue muy amargo. (...) Como estuve un par de años bajo vigilancia y sin acceso a instituciones públicas de pensamiento (universidad, academias, escuelas, etc.) me vi obligada a trabajar en el comercio vendiendo bijouterie hasta que pude emigrar con mi familia (esposo e hijo de cinco años) a Alemania donde viví seis años. (2017b)

También Raquel Maciucci (G3) se fue del país por razones políticas. En 1974 había obtenido el título de Maestra, profesión que inmediatamente ejerció mientras en paralelo, cursaba la carrera de letras en la UNLP. Una carrera que llevaba adelante con el ritmo que le permitía el trabajo en la escuela y la militancia. En 1977 decidió exiliarse en España donde concluyó su carrera de grado:

> En 1976 tuve que dejar la facultad por razones políticas y en 1977 me exilié en España. Allí convalidé algunas materias, retomé la carrera en la Universidad Complutense de Madrid, y la concluí en 1982 (...). En 1983 defendí la Tesis de Licenciatura y regresé a Argentina en 1984, con título y grado de Licenciada en Filología Hispánica y el curso universitario de habilitación para la docencia. Me convalidaron todo por los títulos de Profesora y Licenciada en Letras. [*2018*]

Así como Macciuci emplea el término «abismo» para describir el pasaje de un secundario de provincia a la UNLP, hablará de «salto» al caracterizar el tránsito de la universidad argentina a la universidad española. Su relato no esquiva las referencias a los complejos procesos políticos tanto en el país de origen como en el país–destino:

> El sistema de estudios, los hábitos intelectuales, los saberes que se presuponían eran muy diferentes. En cuanto a la relación profesor–alumno, era más escolar y jerárquica, menos dialógica. Aunque la actualización teórica era un tanto desigual, según las asignaturas —el cuerpo de profesores recién empezaba a sacudirse del control y mediocridad del largo período franquista—, había una gran exigencia y buen nivel en algunas áreas disciplinares como lengua, lingüística, historia de la lengua... Los estudiantes me parecían muy pasivos; debe tenerse en cuenta que yo llegaba con la efervescencia del 73, y ellos salían de una dictadura de 40 años. El clima de libertad, inquieto y vital de la transición política española me cautivó —pese a las actuales críticas—; pero en la universidad yo no lo notaba, quizás porque había bandas horarias muy estructuradas y yo iba de mañana, la más sosegada y conservadora, si se quiere. [*2018*]

El exilio de los años setenta aparece en varios textos de David Viñas (G1): se trató de soslayo en el primer curso de Literatura argentina I que dictó en la UBA en 1986, luego de su retorno al país; recorrió varios de sus ensayos, su muy joyceana novela *Tartabul* y el número de *Les Temps Modernes* que coordinó junto a César Fernández Moreno y que Horacio González leyó como «una memoria del exilio y una mirada sobre lo que fácilmente debía verse como la decadencia de un país brutalizado» (2012:303).

En sus clases de 1986, los comentarios de sus estudiantes sobre el entonces recién estrenado film *El exilio de Gardel* dirigido por Pino Solanas le dieron letra para desplegar su punto de vista sobre este asunto: según Viñas, «Ballet a orillas del Sena» hubiera sido un nombre más adecuado para una película que con–fundía «turismo» con «exilio» mientras reducía la cotidianeidad a «componente balletístico, decorativo» (1986b). Su cuestionamiento se centró sobre

el tratamiento superficial de «los elementos condicionantes de la gente que pudo optar por el exilio exterior»[3] (Viñas, 1986b); en esa línea consideró que el «único momento de densidad» de la trama se logró en la escena protagonizada por un profesor que, en una estación de trenes, intentaba hablar por teléfono usando fichas falsas. Esa referencia a la precariedad así como su envío a la *Divina comedia* es legible como auto–retrato. Viñas hablaba también de sí cuando mencionaba esa «gran obra» sobre el exilio, esa experiencia transida por el desánimo, las pérdidas y el extrañamiento respecto de la lengua que ya no se habla en tierra extranjera: «Todo su infierno está poblado de gente de Florencia» (1986d), observó a propósito de Dante. Y agregó, como en espejo: «sus sueños están poblados de episodios referidos a la ciudad de la que provenía, donde había nacido. Nada menos que eso: soñar desde otro lado, cuando todos los referentes de ese espacio han quedado en otra parte, atrás. La intensidad que esto implica, el estar elaborando permanentemente estas figuras» (1986d).

Sus comentarios oblicuos, en tercera persona, hacen serie con otros desplegados en entrevistas y ensayos en los que volvió sobre las condiciones en las que dejó el país y sobre la posición privilegiada de lxs que, en principio, por disponer de dinero, pudieron irse. La repetición de la frase que lo había empujado a abandonar Argentina aparece en más de una ocasión: «sos boleta, David» (cf. Viñas, 1998:341); «Se me decía, en 1976: "Sos boleta, David". La respuesta acelerada, aunque tratando de mantener cierto decoro, fue la de irse» (2002:383–384).

El deseo de quedarse y, una vez afuera, de regresar, se constata al repasar las fechas de su idas y vueltas. La exhaustiva biografía intelectual escrita por Juan Pablo Canala ayuda a ordenar estos recorridos: «en diciembre de 1975, tan solo unos meses después de la publicación de *Apogeo de la oligarquía*, Viñas se exilia en California, antes del golpe militar del 24 de marzo de 1976», precisa Canala (2023:36) mientras envía a los diarios de Piglia/Renzi en los que se exhuma una conversación telefónica con un Viñas que, desde Estados Unidos, ansioso por volver, preguntaba sobre el estado de las cosas. A pesar de las prevenciones de

3. En «Los que se van, los que se quedan (apuntes para una historia de la crítica argentina)», Jorge Panesi se pronunció sobre el engañoso supuesto de una cierta «decisión» subyacente a este binomio: «la reciente historia criminal de las instituciones argentinas (...) separó a los intelectuales (y no solamente a ellos) entre los que se iban o se quedaban, como si hubiese existido alguna elección posible ante el Estado militar que aherrojó vidas y fronteras» (2009a). Mientras retomó la bibliografía de referencia alrededor de esta tensión aportó elementos para distinguir el «exilio interno» del exilio, a secas (cf. Fernández Moreno, 1981; Sosnowski, 1988; Beceyro, 1991; Viñas, 1998; Fernández Bravo, Garramuño y Sosnowski, 2003; Molloy y Siskind, 2006).

Piglia, Viñas retorna: «yo vine y me fui», le aclara a Adriana Bocchino durante una entrevista realizada en 2004. Y sigue: «vine el 9 de julio, me fui el 15» (2004:529). Esa fecha asociada a su partida queda guardada en su memoria. En otra entrevista, la repite: «La fecha exacta de mi ida fue el 15 de julio de 1976, en pleno invierno. Me lo sugirió un primo. Juez. Católico. Me dijo: ándate Peludo, no queda otra. Al menos por ahora... Y le hice caso» (1985:168).

Desde su exilio en México, Noé Jitrik (G1) describió la huida de Viñas. Su relato, escrito prácticamente en el momento en que se desarrollaron los hechos, trae detalles que ayudan a dimensionar la relación entre ciertas migraciones forzadas y la supervivencia: «inmediatamente después de salir de la Argentina le destruyeron la casa y lo hubieran destruido a él, de haberlo encontrado» (1977:247).

La catalogación como «subversivas» de prácticas del campo académico también condujo al exilio. Nora Catelli (G2) abandonó sus clases en la UNR, luego la ciudad de Rosario y, al poco tiempo, el país, ante las intimidaciones de la Triple A. Su testimonio repone las inciertas condiciones de vida en la Argentina de entre–dictaduras y luego, las razones por las que, en 1975, decidió emigrar a España junto a su marido:

> En el año 1975 (...) dimos todavía algunas clases en la facultad esperando un contrato que no llegó hasta al menos julio de 1975 cuando empezó a intensificar su actuación la Triple A. Abandonamos las clases cuando mataron a una de nuestras ayudantes de cátedra junto con otra estudiante que compartía la casa con ella.
>
> En nuestro caso, un comando de la Triple A nos fue a buscar a casa de mis padres en noviembre de 1975. Mi marido, Jorge Belinsky, era profesor de Psicoanálisis en la Facultad de Psicología y en realidad preguntaron sobre todo por él; esos mismos días habían secuestrado a su colega Liliana Mizraji y a su marido, profesor de física, que están desaparecidos.
>
> Nos fuimos a Buenos Aires donde estuvimos escondidos hasta que conseguimos un pasaje y salimos de Argentina en el trasatlántico Augustus el 27 de octubre de 1975. Llegamos a Barcelona el 16 de enero de 1976. (2019b)

Ana Gargatagli (G2) había obtenido por concurso un cargo como ayudante para la cátedra de Teoría Literaria en la UNR en 1971. Siguió perteneciendo a la universidad hasta que renunció en 1975, obligada por una amenaza de muerte:

> A mediados de 1974, por razones personales, tuve que pedir licencia en la universidad y en diciembre de ese año volví a vivir a Paraná. En enero de 1976 me negaron el pasaporte por una causa abierta en 1968 en Rosario y tuve que solicitar personalmente

el archivo de la causa (se había derogado la ley que se suponía había vulnerado) a pesar de que una amenaza de muerte de 1975 me impedía volver a la ciudad. Después del golpe militar del 24 de marzo, mi marido fue despedido por la Ley de Prescindibilidad (pese a los reclamos ante la justicia, no fue reincorporado) y también yo tuve dificultades políticas que me hicieron renunciar al trabajo que tenía en un diario. El 24 de junio de 1976 un operativo del ejército me buscó en la casa que habíamos tenido en Rosario y el 6 de julio, por el clima de intimidación y violencia al que estaba sometido la Argentina y nosotros mismos, nos fuimos del país. [*2018*]

Su relato retoma detalles sobre el intento (fallido) de volver a generar, en los albores de los setenta, algo de la dinámica universitaria que se había interrumpido con las renuncias luego de «la noche de los bastones largos». Importa notar, además de la descripción de las redes de trabajo, la mención de otrxs profesorxs que, como ella, se verán empujadxs al exilio por la misma época y por las mismas razones:

Con el retorno de la democracia, en 1973, la Facultad se mantuvo acéfala. La dirigieron interinamente José Amione (delegado del rector) y Arturo Fernández (secretario académico), hasta que en 1974 ó 1975, por muy poco tiempo, se hizo cargo Nicolás Rosa. Lo mismo ocurrió con la carrera: en septiembre de 1973 fue nombrado Juan Sasturain como Director del Instituto de Investigaciones Literarias y me propusieron ser secretaria. No quise aceptar un nombramiento solo «político», así que pedí y obtuve la aprobación de la «asamblea de letras» de la que formaba parte. Juan Sasturain renunció a principios de 1974 y no se nombró, que yo recuerde, a ningún otro director después.

De esos años recuerdo especialmente a un profesor de lingüística llegado de Canadá, Alfredo Hurtado, que creó el primer grupo de estudios de generativismo de la Facultad, compartió algunas actividades con Nicolás Rosa, volvió a Canadá y, lamentablemente, murió casi inmediatamente. También recuerdo las visitas y los contactos con profesores de la Universidad Nacional de La Plata, Juan Octavio Prenz y Miguel Olivera Giménez, y con los de la Universidad de Buenos Aires, Jorge Lafforge, Jorge B. Rivera, Eduardo Romano con quienes se buscó reformular —era una idea de Juan Sasturain— los estudios literarios para darle a las carreras de letras una orientación también vinculada al mundo editorial y del periodismo cultural.

El nombramiento de Oscar Ivanissevich como ministro de Educación en agosto de 1974 y el clima de inestabilidad y violencia creciente no permitieron la normalidad académica ni favorecieron el trabajo personal. Entre 1973 y 1974 participé, junto

con María Isabel Giani, de una investigación sobre literatura argentina y recuerdo, sin mayores precisiones, un grupo de trabajo con Nicolás Rosa y otros colegas. [*2018*]

Gargatagli se exilió en Barcelona. En 1976 accedió a un puesto en el Departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Barcelona, institución en la que trabajó hasta 2010 y donde obtuvo su Doctorado en Filología Hispánica en 1993.

La trayectoria de Noé Jitrik (G1) está marcada por dos salidas forzadas. La primera se produjo en 1966: «separado» de sus cátedras de Literatura Argentina I y Literatura Argentina II de la UNC en las que se había desempeñado desde 1960, y después de varios trabajos ocasionales, emigró a Francia donde se insertó, desde octubre de 1967 hasta setiembre de 1970, en la cátedra de Littérature et Culture Latinoaméricaines en la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de la universidad de Besançon. Durante esos años, en un texto publicado en Venezuela, señalaba los límites que le imponía a su trabajo el no contar con su biblioteca:

> No hay más remedio, la biografía se impone; pero ocurre que yo no la puedo hacer; ante todo, estoy lejos de Buenos Aires, y sin Buenos Aires, Macedonio me resulta una entelequia, un fantasma, un tema de tesis; además, mi biblioteca es una biblioteca de náufrago, con pocos libros que lograron atravesar el mar, y entre ellos no se cuenta ninguna biografía, lo que se dice —con voz llena— una biografía de Macedonio que me permitiera rehacerla a mi vez. Opto por lo tanto —estoy condenado— por el collage, más adecuado al material de que dispongo. (...)
>
> Besançon, agosto de 1969 (1973:5–6)

Tal como se verifica en la trayectoria y en los cuentos de Adolfo Prieto (G1), también en el caso de Jitrik la promesa de reinstalación democrática en Argentina motivó su regreso. Entre julio de 1973 y setiembre de 1974, enseñó en la carrera de letras de la UBA. Sus clases se vieron abruptamente interrumpidas por una amenaza de la Triple A: «otra vez me vi impedido de continuar una labor en virtud de la paulatina represión que sobre la institución empezó a ejercerse, repitiendo una vez más una ya larga historia (...). Otra vez, el exilio» [*2017*].

Jitrik se exilió en México desde setiembre de 1974 hasta junio de 1987. Como le sucedió a Colla (G2), a Catelli (G2) y a su marido, Jorge Belinsky, un viaje imaginado por un período corto terminó transformándose en otra cosa. En este caso, una «invitación del Colegio de México» (cf. 1974c) pensada por algún tiempo se convirtió en el primer trabajo de su largo exilio: «Cuando

llegaron mi mujer y los niños, decidimos quedarnos».[4] Importa reponer el fragmento de su primera clase de Literatura y cultura latinoamericanas dictada el 10 de setiembre de 1974 donde aludió a una invitación pendiente que alguna circunstancia que no se transparentó en público le había obligado a aceptar. Un cuento que deja entrever el deseo de intervenir aquí, en esa universidad a la que no podrá regresar sino mucho tiempo después:

> Quiero dar comienzo al curso de este cuatrimestre. En primer lugar diré que no voy a estar en la Argentina, de manera que esto, en realidad, es una despedida. Creo que corresponde una pequeña explicación: yo tenía una invitación para dar un curso en otro país latinoamericano desde antes del mes de agosto del año pasado, de manera que en este momento, no tengo otra solución que cumplir con el compromiso aceptado previamente. (Jitrik, 1974c:1)

Pasma leer hoy esta clase, en especial por el riesgo corrido al exponer aquella situación durante aquel torbellino. Como bien observa Pablo Buchbinder, ya a partir de julio de 1974 el giro conservador del gobierno de Estela Martínez había provocado «cambios sustanciales» en las casas de estudios: «Rodolfo Puiggrós había sido obligado a renunciar a su cargo de rector de la UBA solo cuatro meses después de asumir» (2005:205). El exilio en México será el camino elegido por Puiggrós y su hija Adriana; también por Jitrik que, no obstante, antes de partir, denunció el estado de las cosas en esa clase pública (la primera del cuatrimestre). El pasaje es también un testimonio de la persecución a «quienes habían sostenido el proyecto universitario de marzo de 1973» (206). Esta vez el vaciamiento fue perpetrado por un gobierno elegido por el voto popular que atacaba, entre otras, a una facción «disidente» del propio partido:

> Mi primera aclaración acerca de por qué me voy, en otras circunstancias, sería ociosa. Algo así como un exceso de personalismo. En este momento tiene sentido por las condiciones en que vamos a empezar este cuatrimestre. Condiciones que son harto desfavorables por el clima general que hay en relación con la universidad y lo podríamos designar claramente como la agresión que desde afuera se realiza sobre la universidad.

---

4. Noé Jitrik, Entrevista por Pablo Rocca (si bien esta entrevista se ha publicado en el libro *Revistas culturales del Río de la Plata. Campo literario: debates, documentos, índices (1942–1964)*, se utiliza aquí una versión en borrador enviada gentilmente vía email por el autor para esta investigación).

> Sin entrar a analizar esta situación, creo —me parece necesario decirlo— que la universidad aparece como la excusa, como lo que oculta graves crisis que se desarrollan en otro sector. La universidad nuevamente como chivo emisario y como excusa de situaciones de tensión que no se resuelven y que tampoco se dan a conocer como tales. De modo que, por ejemplo, el argumento de que en la universidad no se trabaja, es evidentemente un argumento destinado a crear una cierta tensión y una cierta deformación de su imagen ante la opinión pública, como para justificar medidas mayores. Para la conciencia de alguna buena gente, el que no se trabaje en la universidad parece justificar la bomba en la casa del rector. (Jitrik, 1974c:1)

«Debo dejar mi tierra mientras otros lugares me abren los brazos. ¡Quién hubiera pensado que una simple intervención en el ámbito de la literatura me iba a llevar a semejante situación!»: esto escribe Juan Octavio Prenz (G1). El pasaje, fechado el 28 de abril de 1975, está tomado de su *Diario*. Esta nota pudo haberse apuntado en la embajada de Yugoslavia en Buenos Aires donde Prenz se había refugiado junto a su familia antes de exiliarse en Belgrado durante ese mismo año. Al mencionar «una simple intervención en el ámbito de la literatura», aludía a sus clases de Teoría Literaria dictadas en la UBA, institución en la que enseñaba desde 1972 y de la que fue apartado «por razones políticas» en 1974, según consta en su currículum.

Ana María Barrenechea (G1) repitió el mismo derrotero en dos ocasiones. La primera migración se produjo luego de haber sido cesanteada «por el gobierno peronista» (Barrenechea, 2003:114). Gracias a una beca del Bryn Mawr College se instaló en Estados Unidos. En 1956 obtuvo su doctorado bajo la dirección de José Ferrater Mora con una tesis que el Colegio de México publicó apenas un tiempo después de su defensa. Se trata del hoy clásico *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*. Como la partida, el regreso también se anudó a la vida política del país: «Volví a Buenos Aires después de la caída del gobierno peronista, cuando se retornaba al funcionamiento democrático de la universidad y a la jerarquización de la enseñanza» (2003:115), señaló.

La segunda migración se produjo luego de la «noche de los bastones largos»: Barrenechea estuvo entre los renunciantes de 1966 (cf. Croce, 2018a:46). Estados Unidos, donde había cursado su doctorado, fue el país al que retornó para ejercer la docencia. Entre 1968 y 1984 enseñó en las universidades de Harvard (1968), Ohio State (1971–1972) y Columbia (1973–1984).

Los cuentos de lxs agentes de la muestra exigen armar y desarmar clasificaciones: mientras se las construye para mostrar ciertos patrones, se advierte lo que las hace trastabillar. Por ejemplo, hay desplazamientos provocados por la violencia política estatal que no obedecieron a una consecuencia directa de las prácticas

de lxs agentes y que tendrán derivas para el campo de las letras y para sus trayectorias. Se trata de situaciones en las que se produjo una salida forzada del país debido a la militancia política xaterna. Xadres perseguidxs por el Estado; hijxs empujadxs al exilio que, en sus años afuera, adquirieron capitales lingüísticos y culturales que algún tiempo después, las instituciones estatales aprovecharán.

Caso 1: Margarita Merbilhaá (G4). Cursó sus primeros estudios y buena parte del secundario en Francia. Su relato sobre ese tiempo hace foco en la conexión con bienes simbólicos ligados al país de origen sin que se atisbe ningún deslumbramiento por la cultura receptora:

> Recuerdo sí, la visita a la biblioteca municipal de la pequeña ciudad en la que viví desde los seis años, en un barrio popular de las afueras de París (durante el exilio de mi madre). Recuerdo también que cuando podía, hacía traer de España, o pedía a parientes de Argentina que mandaran libros infantiles para nosotros.
>
> La escuela pública francesa también incidió, sin lugar a dudas, en fomentar el hábito de la lectura. [*2018*]

Merbilhaá se doctoró en la UNLP en 2009. Si bien completó una Maestría en la EHESS en 2002, su aprovechamiento de los capitales específicos acumulados en sus años en Francia se pusieron al servicio de la difusión y la enseñanza: tradujo conferencias de investigadorxs francesxs invitadxs a la UNLP y textos que le importa discutir con sus alumnxs y/o introducir en el campo de las letras (hizo circular los primeros en forma digital; los segundos, en revistas). Por otro lado, participó en instituciones y en formaciones que le permitieron hacer cosas con palabras a partir de la experiencia: formó parte tanto de la Comisión de Memoria, Recuerdo y Compromiso que involucró a diferentes facultades de la UNLP como de la agrupación H.I.J.O.S.

Caso 2: Julio Premat (G3). Tanto su trayectoria como sus cuentos expresan su deseo por sostener lazos con un país que dejó, por lo que se pudo reconstruir, a los dieciocho años (cf. Caranta, 2017). «Me reconozco argentino. Por eso me gusta venir, participar de los congresos e incluso en las cuestiones cotidianas: me compro ropa argentina. Me gusta que se me identifique así acá, incluso en lugares comunes. Por ejemplo, cuando voy a comprar un vino», comentó, como al pasar, en una conversación informal sostenida junto a Nora Catelli en un momento relajado del Congreso Humanidades por–venir organizado por el IECH en la UNR en 2017. En aquella oportunidad, Premat (G3) repitió la tendencia que se observa en general en sus intervenciones públicas: mientras describe con detalle las razones tanto profesionales como afectivas que lo llevan a volver con regularidad a Argentina, no habla de su partida.

Sobre su salida del país y las razones que la motivaron se encuentra información en una tesina de licenciatura en antropología escrita por el médico Ricardo Zambrano y dirigida por Noé Jitrik. En la primera página de ese relato testimonial, Zambrano agradece a «los compañeros de exilio» que lo habían «acogido en su casa (ante todo, Laura Premat, hija de un militante asesinado por los militares)» (2014:2). Más adelante se lee que sobre fines de abril de 1976 un «grupo de tareas había realizado una redada, deteniendo a varios compañeros, entre los que estaba el conocido publicista Raúl Premat (famoso por haber creado la frase publicitaria de «Aerolíneas Argentinas SU COMPAÑÍA)» (19). En una consulta, Julio Premat confirmó que, efectivamente, Zambrano se refería a su hermana y a su padre (Premat, 2020).[5] El único pasaje en el que mencionó a su padre en la entrevista concedida para esta investigación es cuando se le preguntó por «sus comienzos» (un tema que ha llevado al terreno de la investigación describiendo los de otros): «Soy hijo de un escritor frustrado y de una casa con biblioteca» [*2018*]. Solo eso. Es difícil hipotetizar sobre los silencios que, como bien observa Duygu Tasalp (2022) en sus investigaciones sobre migraciones forzadas, es prudente respetar. Silencios que, en el caso de Premat, obedecen a una ética profesional traducida en mandato: construir la carrera basada en los desarrollos específicos, al margen de todo relato heroico y/o victimización (Premat, 2022). Iguales silencios tramitados desde la misma posición se detectaron al intentar averiguar más datos sobre otras trayectorias.

Premat se formó en Francia, por sus medios. Sostuvo sus estudios de grado y de posgrado trabajando como vendedor de música, sin encandilarse con la educación francesa: «Durante los estudios, tardíos y llevados a cabo en Francia,

5. En la página de la Sociedad de escritores y escritoras de Argentina se lee: «Raúl Horacio Premat era casado, había estudiado en el Integral de Munro. Trabajaba de publicista y era miembro del sindicato de publicidad. Era de filiación trotskista. Tenía 53 años cuando fue secuestrado en su domicilio ubicado en la localidad de Olivos, provincia de Buenos Aires, el 29 de abril de 1976». En el sitio de Plataforma Argentina contra la impunidad se lee que Raúl Premat fue el marido de Rosa Katz y «el padre de tres hijos: Celia, Laura y Julio»; en este sitio se menciona su pasaje por un centro clandestino de detención. En 2009 sus restos fueron identificados por el Equipo Argentino de Antropología forense; el 3 de julio de 2010 fueron enterrados en el cementerio de Montjuic en Barcelona. Una nota publicada en *Página /12* en 2017 por una sobrina de Julio Premat permite reconstruir el itinerario: «Mamá nació en Buenos Aires. Por su casa pasaban artistas e intelectuales de izquierda muy comprometidos, amigos de mi abuelo. Él llegó a intuir, en los tiempos que precedieron la dictadura, la bestialidad que vendría. A principios de 1976 mandó a mi madre y a su hermano, estudiantes, a Francia, donde vivía un gran amigo» (Caranta).

fueron más importantes algunos amigos que los profesores de entonces. En buena medida, autodidacta» [*2018*]. Se radicó en París donde obtuvo un puesto de profesor universitario; lugar desde el que armó redes con investigadorxs de Argentina y de diferentes lugares del mundo dedicadxs fundamentalmente al estudio de la literatura de nuestro país (retomo este punto más adelante, mientras describo su trabajo junto a Sergio Delgado [G4]). La mayor parte de su producción está escrita en español; la más importante, publicada y distribuida en Argentina (una constante registrada en la muestra estudiada).

Países–destino y razones para elegirlos

El análisis de los currículums y de los cuentos de lxs agentes impulsadxs a migrar permite establecer que: a) los países–destino fueron Estados Unidos, Brasil, España, Francia, Alemania, México, Italia y, en menor medida, Uruguay, Países–Bajos, Bélgica, Dinamarca, Israel y la ex Yugoslavia; b) las razones que llevaron a elegir estos países obedecen, en primer lugar, a la posibilidad tanto de inserción laboral como a continuar el desarrollo profesional iniciado; en segundo lugar, lxs agentes tuvieron en cuenta las condiciones de admisión de extranjerxs (exigencia o no de visa) así como la existencia de redes personales (familia, amistades, otrxs exiliadxs).

Las migraciones de carácter intempestivo que afectaron en especial a lxs agentes de los G1 y G2 obligaron a improvisar y no dejaron lugar a muchas opciones. « Elegimos España porque no pedía visa» (2002–2003:3)», recuerda Catelli (G2). Se trataba de un viaje que, además, se había imaginado por poco tiempo: «pensamos que a los dos años estaríamos de vuelta» (3). Cuando las condiciones políticas que habían motivado su exilio cambiaron, ya habían pasado siete años en Barcelona: «Dejamos de ser exiliados tras las elecciones de 1983» (3).

En otros casos, el destino se eligió en función de que allí hubiera algún contacto familiar, tal como sucedió con Rodríguez Carranza (G2):

> Recuerdo aún los nervios porque no me entregaban el pasaporte en la policía federal de Buenos Aires, yendo a buscarlo todos los días con mi hijo de un año y medio. Y el alivio cuando el avión —el primero de mi vida— despegó de Ezeiza. Tenía 25 años, 500 dólares, y nada en Bélgica: ni beca ni trabajo ni permiso de estadía. La elección de país fue porque mi tutor legal —cuando quedé sin padres— era belga y tenía familia, aunque no nos sirvió para gran cosa. [*2018*]

Es importante señalar que el idioma representó un obstáculo solo parcial ya que la urgencia por migrar llevó a aprender la lengua del país destino:

> Me encontré en un país extranjero donde no conocía el idioma, tenía que subsistir. No quise tener el estatuto de «refugiado político»: yo era muy iluso y creí que el golpe militar iba a durar muy poquito y mi idea era volver a Argentina y continuar. Entonces no acepté ningún ofrecimiento de ese tipo. Simplemente trabajé en negro. Hice miles de tareas mientras hacía cursos nocturnos de francés. (Colla, [*2017*])

En varios casos se migró a un país porque movilidades académicas previas daban alguna chance de inserción laboral. Por ejemplo, Prenz (G1) partió hacia Yugoslavia en 1975 debido a que ya había trabajado en ese país: entre 1962 y 1967 se había desempeñado en la Redacción Internacional de Radio Yugoslavia, como asesor de la editorial Nolit en el rubro específico de literatura latinoamericana y como Lector de Español en la Universidad de Belgrado donde además habría tomado cursos con Víctor Shklovski (cf. Dalmaroni, 2023). Ana María Barrenechea (G1) renunció a la UBA luego de «la noche de los bastones largos» y se exilió en Estados Unidos, país al que ya había migrado para cursar sus estudios doctorales concluidos en 1956.

El capital social específico construido en el espacio regional y/o nacional operó como otro factor importante. Por ejemplo, esto aconteció con las tres migraciones de Adolfo Prieto (G1): su relación con Ángel Rama favoreció su estadía en Uruguay; los contactos que desde Francia le facilitó Noé Jitrik (G1) y, más tarde, desde Estados Unidos, Andrés Avellaneda (G1), impulsaron su decisión de desplazarse a esos países, movilizado por la posibilidad de trabajar.

Finalmente, es importante señalar que en los cuentos recogidos alrededor de las migraciones intelectuales generadas por razones ideológicas y/o económicas no se cuelan visiones «romantizadas» ni «despolitizadas» ni heroicas (Jensen, 2004; Falcón, 2018:31; Hidalgo Nácher, 2022a; Laborier, 2022). Por ejemplo, que Viñas piense su exilio como una consecuencia de su modo de pensar y de actuar, no es sino una deriva de su posición respecto del lugar del intelectual en la conversación pública. En el número de *Les Temps Modernes* que coordinó junto a César Fernández Moreno se lee: «Si este exilio fue, para casi todos los colaboradores de este número de *Les Temps Modernes*, un desgarramiento brusco y doloroso, no es menos cierto que se esbozó en gran parte desde el instante en que habíamos comenzado a tener una actitud crítica» (1981:63).

Por otro lado, «azar» y «contactos» son significantes que se repiten junto a otros que hacen serie con «precariedad» al momento de narrar lo que sucedía

en la vida afuera, en especial en el caso de las salidas improvisadas debido a la urgencia que imponía el peligro. Repongo un pasaje de Graciela Goldchluk (G3) sobre su emigración a Israel mientras insisto en la importancia de incluir el lugar de las omisiones y los silencios (Tasalp, 2022) como parte significativa y relevante del análisis (una reacción sintomática, defensiva como todo síntoma):

> Me casé después del primer año de facultad, en marzo de 1975, pero en menos de un año nos tuvimos que ir, primero de La Plata y después del país, pero regreso en 1977 para tener a mi hija en Argentina. Nos habíamos ido a Israel que era muy poco amable; para mí era irrespirable. Y volvimos porque nosotros teníamos una militancia en el PCR, de oposición al golpe de Estado. Volví pensando que iba a militar, a colaborar contra el golpe y me encontré con que los que habían sido mis compañeros nos habían hecho un juicio en ausencia porque no pedimos permiso para irnos: nos habían condenado, habían entrado a nuestro departamento a expropiarnos la estufa justo cuando mi mamá había ido a buscar las cosas.
>
> Esto también me dio tiempo para pensar y darme cuenta de que no era precisamente el lugar en donde quería estar. [*2014*]

Los datos sueltos sobre lugares y trabajos de Viñas en el exilio, más allá de que nos ponen en un brete debido a que, como observa Juan Pablo Canala, estamos frente a «un derrotero difícil de reconstruir» (2023:36), delinean una constante: la desacralización del vivir afuera, congruente con sus críticas al colonizado y consagratorio «baño europeo». Así como en su ambivalente y citado cuento sobre «las bibliotecas perdidas» mencionó a España, Dinamarca y México, espacios en los que sabemos que trabajó dada la huella que queda de esos lugares en publicaciones de la época (debemos ese seguimiento detectivesco a Canala), en otro cuento datado en 1985 aludió a su «pas[o] por España, Italia, Francia, Alemania Occidental, Dinamarca, México, Estados Unidos realizando las tareas más diversas» (1985:168), desde «enseñar historia argentina en universidades a convertirse en zafrero para mantenerse» (168). Trabajo periodístico en España durante sus años en el Escorial (ese lugar donde había vivido porque alojarse allí era «más barato» [AA. VV., 2016]: «por aquel entonces —y casi como una reescritura de su infancia pupilo— Viñas se alojaba con los monjes jerónimos en el Monasterio de San Lorenzo del Escorial», precisó Canala [2023]); trabajo como docente universitario en Copenhaghe según testimonió Horacio Salas en una entrevista que Daniel Parcero tituló recordando y refutando la representación del exilio fabricada desde los medios hegemónicos de la época (Salas, 1982:127). En «El exilio no es dorado», Salas contó su cuento tanto sobre las condiciones de llegada en la

España que apenas salía de la dictadura de Franco (un cuento convergente con los resultados de investigación de Alejandrina Falcón [2018] y de Max Hidalgo Nácher [2022a]) como sobre el hiato que el exilio impuso a las prácticas profesionales de quienes se fueron del país durante aquellos años:

> España es una sociedad acostumbrada a emigrar, como la mayoría de los países europeos, y no a recibir inmigrantes. (...) Llegamos en un momento en que España se debatía frente a una crisis inédita; una crisis económica que desconocían y que tenían que enfrentar; un cambio que le presentaba el fin del franquismo y una desocupación que motivó, en consecuencia, campos vedados para los argentinos. Y uno se da cuenta de que ha perdido todo su marco de referencia, su identidad... y en el caso específico de un profesional, que de nada le sirve el título ni su currículum. Por ejemplo, las cátedras en las universidades —pese al tratado de reciprocidad existente— no tenían cupos para argentinos. Hubo entonces que empezar a hacer de todo. Las condiciones adversas, la lucha por la supervivencia lo hacen sentirse a uno muy desmoralizado. (...)
>
> Tuvimos que dedicarnos a cualquier cosa, a hacer de todo. Los profesionales argentinos —como por ejemplo los antropólogos, sicólogos, sociólogos— invadieron el mercado artesanal y se los puede ver por todas partes vendiendo chucherías. (...) Héctor Tizón trabajaba en changas que le permiten subsistir; Daniel Moyano trabajaba en una fábrica; Antonio Di Benedetto lo hace en una revista médica; Blas Matamoro escribió un libro de cocina que le redituó lo suficiente, mínimamente, para poder desenvolverse; David Viñas logró una cátedra pero en Copenhague y yo estuve largo tiempo colocando carteles en gasolineras. (1982:126–127)

El apartado que sigue busca aportar más elementos sobre estas cuestiones.

Prácticas profesionales y no profesionales en el extranjero

Para el análisis de la inserción laboral de lxs agentes en el extranjero es necesario atender, en primer lugar, a tres factores: 1) ningunx contaba con «capital internacional»[6] al momento de migrar; algunxs, con capital simbólico regional;

6. Se sigue aquí la problematización de este concepto promovida por Anne Catherine Wagner que piensa al «capital internacional» como una «herramienta de análisis de la reconfiguración de las relaciones de dominación»: precisar cómo este capital se articula con otros como el económico, el cultural y el social da cuenta de las dinámicas que rigen «los modos de dominación y de legitimación de la dominación» (Wagner y Réau, 2015:33). Junto a Bertrand

2) el capital social específico jugó un papel importante, ya sea por relaciones de trabajo previas y/o por conexión con otrxs agentes en el exilio que facilitaron información sobre posibilidades de inserción laboral; 3) el capital simbólico de la cultura de origen asociado a las representaciones sobre la migración de latinoamericanxs tuvo en el país de acogida un rol ambivalente que cabe analizar atendiendo también a los cambios producidos durante el largo período estudiado (se trata de un ítem central en un análisis por–venir de las asimetrías en las inserciones profesionales en el caso de migraciones forzadas en dirección Norte–Sur y en dirección Sur–Norte, en especial cuando se proviene de un centro que en la cultura receptora se asocia al prestigio).[7] Por ejemplo, pongamos el foco en España durante los años setenta: década marcada por el exilio masivo de latinoamericanxs que huían de las dictaduras. Como documenta Alejandrina Falcón, esta llegada «no pasó inadvertida»: España estaba atravesando una crisis con fuerte incremento de la desocupación. Situación que provocó que «algunas voces» se alzaran para denunciar que no se estaba en condiciones de solventar ese arribo tan «inoportuno». En ese país, los exiliados políticos no tuvieron protección del Estado: «España no adhirió a la Convención sobre el Estatuto de Refugiados hasta julio de 1978» y postergó su aplicación hasta 1984. El testimonio de Nora Catelli (G2) respecto de las dificultades para su inserción profesional va en la misma línea que los resultados del estudio de Falcón (2018:63):

> Entré a la Universidad [de Barcelona] con 51 años. (...) Yo no sentí ningún rechazo pero esto no quiere decir que no hubiera en la universidad una enorme preocupación con la llegada de los argentinos. José Carlos Mainer, y esto está documentado en un congreso que se celebró hace cuatro años en la Universidad Autónoma, declaró: «Cuando empezaron a llegar los argentinos nos pusimos de

Réau propone identificar los espacios sociales para su acumulación, gestión y rentabilidad en los diferentes campos específicos (34). Nuestros análisis buscan visibilizar estas cuestiones tanto al estudiar los procesos de institucionalización como los de internacionalización.

7. Es importante atender, por ejemplo, a la inserción profesional en el campo académico argentino tanto de españoles que huían, primero, de la Guerra Civil y luego, de la dictadura franquista como de italianos que huían del fascismo (cf. Buchbinder, 2005:124, 127; Terracini, 1989; Vanella, 2008, 2013; Pagni, 2011, 2021; Fávaro Reis y Pellegrino Soares, 2015; Tatián, 2016; Falcón, 2018; Cattarulla, 2019; Lida, 2021; Croce, 2021b; Bentivegna, 2022; Croce, Lunardi y Regazzoni, 2022; Escobar, 2022). Estas investigaciones sobre migraciones intelectuales del Norte hacia el Sur habilitan conjeturas respecto del estatuto diferencial de la colocación laboral del in–migrante: el capital simbólico del país de origen en la cultura receptora cumple un papel determinante.

> acuerdo para que no entraran a la universidad». Éramos una migración que no estaba prevista. Llegábamos, pero no para hacer de camareros. Éramos médicos, profesores, dentistas, psiquiatras. Por esto hubo tan pocos argentinos en la universidad hasta ahora. Yo fui una anomalía gracias a Jordi Llovet. (2018b)

El relato sobre cuándo y bajo qué circunstancias pudo retomar la actividad estrictamente académica se reitera en más de una oportunidad junto al énfasis en los obstáculos que se interponían para llevar adelante una tarea que exigía concentración y tiempo: «en 1978 había intentado hacer la tesis, pero eran años demasiado difíciles» (2002–2003:5).

En primer lugar, es importante destacar que todxs lxs agentes de la muestra, más tarde o más temprano, pudieron insertarse en el campo académico en los países de acogida, ya sea mediante becas y/o puestos de diferente jerarquía en la enseñanza universitaria. No obstante, más allá de quienes emigraron sabiendo que tendrían trabajo en el país–destino (situación dominante en las migraciones de lxs agentes de los G4 y G5 por contraste con las de los G1, G2 y G3), es necesario diferenciar la situación de quienes contaban con antecedentes previos de movilidad académica en instituciones de esos países. Por ejemplo, Barrenechea (G1) retornó a Estados Unidos donde se había doctorado, y se desempeñó en diferentes universidades entre 1968 y 1984, año en que obtuvo su jubilación y retornó a Argentina. Prenz (G1) volvió a su antiguo puesto como Lector de español en la Universidad de Belgrado en la que trabajó hasta 1979; desde 1978 y hasta su jubilación, enseñó en el Departamento de español de la Universidad de Trieste.

La situación resultó más ardua para quienes su migración forzada fue también su primera experiencia de internacionalización. Por ejemplo, Rodríguez Carranza (G2) que cerró su carrera como Profesora Emérita en la Universidad de Leiden, no olvida los escollos que debió sortear durante los primeros nueve años en Europa, primero en Bélgica, luego en Países Bajos: «Hasta 1988 —cuando conseguí la naturalización belga— cada año fue una angustia indescriptible para conseguir permisos de estadía y trabajo provisorios»[*2018*]. Como Catelli (G2), resaltó las dificultades para sostener una producción intelectual en aquellas condiciones: «Lo de "hacemos el doctorado y escribimos artículos en las horas de ocio, entre las 22 y las 6" no era broma» [*2018*]. Las fechas que pueden verificarse en su currículum y que señalan diferentes momentos de su trayectoria profesional, no hablan por sí mismas: observar que se radicó en Bélgica en 1977, que se doctoró por la Universidad de Lovaina en 1985 y que obtuvo el puesto de catedrática en Lenguas y Literaturas Latinoamericanas en la Universidad de Leiden en 1998 no deja entrever los espinosos avatares del exilio a los que se accede vía

sus relatos retrospectivos, en las antípodas tanto de la victimización como de la idealización de la vida en países europeos. A partir de 1977 fue eligiendo como pudo, entre lo deseado y lo posible, en un contexto de desprotección estatal y precariedad que incluyó un período de exilio interno, de Córdoba a Bahía Blanca, y otro, graficado por una imagen rotunda: quedar «desgajada» del país del que había partido para salvar la vida y deambular durante una década antes de conseguir algo más que «permisos de estadía y trabajo provisorios» [*2018*].

Los testimonios de Catelli (G2) traen algo de la urgencia que atravesó buena parte de las migraciones forzadas de los G1, G2 y G3. La salida intempestiva la obligó a improvisar. Junto al recuerdo de las duras condiciones de llegada al país–destino («Llegamos a Barcelona sin dinero») sobreviene el de los variados e inestables trabajos:

> Me puse a trabajar como profesora de inglés en una academia en las afueras de Barcelona. Trabajé como secretaria de dirección de una empresa de sulfato de aluminio. Trabajé en editoriales como redactora de informes de lectura. Estuve diecinueve años trabajando como *free lance* en todo: hice traducciones, escribí biografías, fascículos, entradas de diccionarios y empecé a hacer crítica. [*2015*]

Este cuento se repite con iguales énfasis y con mínimas variaciones en entrevistas, consultas y también en la condensada auto–bio–grafía intelectual con la que cerró su último libro, *Desplazamientos necesarios*. Inquietante *título que pareciera* aludir tanto al desplazamiento físico que se originó con aquella salida que la llevó, junto a Belinsky, de Rosario a Buenos Aires y luego a Barcelona, como al desplazamiento simbólico que la devolvía todo el tiempo, sin intermitencias, a Buenos Aires y a Rosario, *vía s*us publicaciones más destacadas. El título de esa auto–bio–grafía, «Entre Rosario y Barcelona» (Catelli, 2020b), vuelve sobre algunas de las decisiones más importantes alrededor de la construcción de su trayectoria intelectual, de la vida misma.

El trabajo informal y la ayuda familiar aparecen en los relatos de Raquel Macciuci (G3) sobre su exilio en España y el modo en que se las ingenió para poder continuar sus estudios:

> Retomé la carrera en la Universidad Complutense de Madrid y la concluí en 1982, sin otra ayuda material que la proveniente de la familia de mi esposo, en mejores condiciones que la mía, y el trabajo informal. Pese a haber transitado por la producción manual —serigrafía— con venta posterior en El Rastro —feria dominical de antigüedades, objetos usados, artesanías, etc.—, y por alguna que otra efímera tarea de oficina, la informalidad hace referencia, fundamentalmente, a clases particulares

de apoyo en Lengua y literatura a niños de Primera Enseñanza y a estudiantes de Enseñanza Media, trabajo entonces bastante bien remunerado. [*2018*]

Su testimonio converge con el panorama trazado por Falcón en su reconstrucción de las condiciones laborales de lxs argentinxs exiliadxs en ese país entre 1974 y 1983. Si bien observó que «fue muy común, sobre todo en los primeros tiempos del exilio, realizar tareas que no se vinculaban con la orientación profesional previa» tales como «la venta ambulante, el artesanado, las promociones domiciliarias, entre otros trabajos de ocasión» (Falcón, 2018:64), también señaló que «para intelectuales, escritores, traductores y editores» hubo un «abanico de actividades» que establecieron cierta «continuidad profesional», a saber: «la enseñanza de idiomas y las clases de español para extranjeros, los talleres de lectura y escritura, el trabajo editorial, la escritura por encargo, la práctica de la traducción y, en menor medida, el interpretariado en organismos internacionales» (64). Entre esas actividades también se cuenta la apoyatura escolar.

Sobre los trabajos y los lugares de migración de David Viñas se va avanzando de a poco (cf. de Diego, 2003:158; Canala, 2023): «dio clases de literatura en Madrid, California, Berlín, Dinamarca y México», afirma Bocchino (2008:106). Falta precisar, como en la mayor parte de los casos aquí estudiados, cuánto tiempo estuvo en cada lugar, de qué vivió, dónde vivió, por qué se fue de un lado a otro. En conversación con Bocchino, Viñas trazó un mapa de parte de esos recorridos:

> Estaba en California el 24 de marzo, trabajando allá, en la universidad. De ahí pasé a México con el proyecto de hacer en cine *Hombres de a caballo* y después me fui a España. Y de España me vine aquí. Llegué el 9 de julio del 76. (...) Y me fui el 15 porque se hacía invivible ¿no? Y algunos buenos amigos, lo primero que decían era «andáte, sos boleta» (2004:531–532)

Canala ha empezado a precisar estos puntos del periplo: hasta abril de 1981, fecha en la que lo entrevistaron Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano para *Punto de Vista*, aún estaba en El Escorial, lugar donde se «grabó» la conversación (Sarlo y Altamirano, 1981:9), pero en octubre, Viñas ya era Profesor Titular de tiempo completo en el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la UNAM (cf. Canala, 2023:36). Nos queda por reconstruir (entre tantas otras cosas y como nos sucede con cada «caso») qué pasó en el medio, es decir, entre la salida del 15 de julio y esos años de 1981.

Romano Sued (G2) se desempeñó como peluquera apenas llegada a Alemania hasta obtener una beca que le permitió financiar y completar su

carrera doctoral en la Universidad de Mannheim, en 1986. Colla (G2) realizó diferentes trabajos esporádicos en París mientras estudió francés. No manejar la lengua lo obligó a discontinuar su actividad intelectual:

> Hice miles de tareas mientras hacía cursos nocturnos de francés. Ahí hubo una interrupción de todo lo que venía haciendo. Mis días fueron paréntesis en los que subsistí y me adapté, pero que no fueron difíciles. Cuando llegué a París, no me acuerdo a qué barrio me llevaron, me paré en una calle y dije: «en algún lugar, no sé dónde, pero en algún lugar de esta ciudad está Cortázar escribiendo». Y entonces sentí como una paz. No sabía qué sería de mi vida pero me tranquilizaba saber que por allí estaba Cortázar escribiendo... [*2017*]

Colla ha asociado su «salvación» en Francia con tres nombres: Julio Cortázar, Paul Verdevoye y Amos Segala. Cortázar se entrelaza con el estímulo emocional y simbólico; Verdevoye, con la continuidad del trabajo académico y Amos Segala, con la inserción en el proyecto intelectual más fascinante de su vida. Ese en el que trabaja aun después de haber obtenido la jubilación (cf. Colla, 2012, 2013):

> Con Cortázar tuve encuentros casuales donde estuve a punto de decirle: «me dediqué a la literatura por usted», pero le dije cualquier banalidad porque debía estar tan harto de que los argentinos le fueran a decir cosas así.
>
> Y luego, hay otra persona que me salva en Francia: Paul Verdevoye. Era un profesor, un gran especialista en literatura argentina. Fue uno de los grandes introductores de los estudios de literatura argentina en la universidad francesa. Yo había terminado la licenciatura en Córdoba y quería hacer una maestría y luego el doctorado. Entonces tomé contacto con él para ver si me podía inscribir en el Instituto donde él trabajaba que era el de Estudios hispánicos. No solo me aceptó sino que me invitó a integrar un equipo: dirigía entonces un equipo que estaba haciendo un léxico argentino–francés–español a partir de textos literarios. No fue mi maestro intelectual porque era de la vieja escuela, erudita, pero fue quien me permitió continuar los estudios, retomar el contacto permanente con la literatura. A partir de aquel momento, no solamente participé hasta el final en el armado de ese diccionario sino que también él me guió hasta el punto final de la tesis. Esta persona me tomó un poco paternalmente pero me permitió llegar al final de lo que yo quería hacer. E incluso, inmediatamente, cuando tuve el título, me consiguió un lugar en un organismo internacional dirigido por una persona amiga suya.
>
> Este organismo en cuya fundación había participado Miguel Ángel Asturias por los años cuarenta aproximadamente, se llamaba Unión Latina: se trabajaba para la promoción de las culturas latinas. Este trabajo me permitió retomar un

contacto espiritual con Argentina (yo estaba muy enojado con la Argentina, muy dolorido, me costó mucho tiempo retomar) y ampliarlo a América Latina. Ese fue también otro cambio en mi vida: sentirme argentino, cordobés, pero también latinoamericano. Como me encanta hoy venir acá [a Argentina] me gusta también ir a otros países latinoamericanos donde me siento tan hermanado como me puedo sentir aquí. En esa institución me tocó trabajar en el área cultural que promovía las culturas latinas, porque había un área de científicas, otra de diplomáticas. Y desgraciadamente me tocó hacer algo que no me gusta: organizar eventos. Lo lindo fue que el primer evento, de un mes, estuvo dedicado precisamente a la Argentina: se organizó un ciclo de cine, conferencias. Fue bastante simpático.

Pero yo buscaba otra cosa. Intentaba enseñar en la universidad, entrar en algún departamento de español, como se llaman allá, para dar clases. Y ahí encuentro a una persona determinante, la que va a forjar mi vida hasta este momento, que es el fundador y Director de la colección Archivos, Amos Segala, un filólogo italiano que una noche llama a la puerta (yo vivía en una buhardilla). La esposa de Paul Verdevoye que era argentina y que me tenía mucho afecto, una gran lectora, le había dicho a este filólogo que cuando necesitaran un asistente me buscaran. Y ahí me propone un trabajo en la colección Archivos, que yo no conocía: no sabía lo que era la colección Archivos. Yo le digo que en realidad estaba tratando de empezar una carrera como docente porque tenía ganas de enseñar y él me ofrece ayuda para conseguir un puesto siempre y cuando el resto del tiempo se lo dedicara a la colección Archivos. Cuando me explicó lo que era esa colección yo me dije: «esto es un sueño». Obviamente acepté. Y como él tenía muchas entradas en las universidades francesas, parisinas, por esto de la colección, conocía a todos los directores de los departamentos de español. Comencé con un contrato en la Universidad de París X–Nanterre. Cuando salía de la clase en la universidad me iba a trabajar en la colección. Y este filólogo fue quien más condicionó mi vida porque era un conocedor extraordinario de América Latina y de la literatura latinoamericana extraordinario. Fue él quien realmente, intelectualmente, me transformó, sin ninguna pretensión. Y me ensenó cómo llevar adelante estos asuntos de las ediciones críticas, cómo negociar con los derechohabientes, es decir, me abrió a un mundo que es el que llevo hasta hoy. Si bien el 1º de mayo me jubilé, voy a seguir con más trabajo que nunca. [*2017*]

En segundo lugar, es oportuno destacar que en ninguno de los casos estudiados se registra una inmersión total en la cultura del país de acogida. Los patrones que se observan en esta muestra son dos: 1) agentes que produjeron tanto en el campo académico del país receptor como en el de origen; 2) agentes que mantuvieron la producción mínima para permanecer en el país

receptor pero que, cuando las circunstancias lo permitieron, publicaron los resultados más importantes de sus investigaciones en el país de origen. Estas decisiones no solo están asociadas a la lengua eventualmente diferente del país al que se migró y/o a la necesidad de reorientar la perspectiva de investigación según las posibilidades de inserción laboral sino a factores emocionales y a tomas de posición inescindibles de los proyectos intelectuales individuales. Por ejemplo, hay una decisión de Prieto que sugiere que no eran los interlocutores que encontraba en Estados Unidos los que le buscaba: los libros que escribió durante sus años de trabajo en Gainesville se publicaron en español y en Argentina. «No escribo en inglés, primero porque no lo manejo hasta ese punto, y después porque mi campo y mi audiencia siguen estando acá. Yo no tengo otras expectativas» (Prieto en Avaro, 2015:94), ratificó. Como expresara en un congreso celebrado en Darmouth College en 1989, «angustia» e incomodidad son sensaciones que atravesaron su desarrollo profesional en Estados Unidos: «la autonomía que se da en Norteamérica es una autonomía impuesta (...). No es una autonomía para reflexionar espontáneamente sobre el objeto de la disciplina; es una autonomía para seguir alimentando nuestro propio mecanismo de subsistencia» (Prieto, 1991:146).

Una posición similar se advierte en Catelli quien luego de la derrota de los militares argentinos frente al Reino Unido en 1982 y con la reinstalación democrática entonces en ciernes, volvió a Argentina todos los años. Su currículum muestra que durante esos viajes dictó seminarios y participó de congresos. Lxs destinatarixs privilegiadxs de su trabajo estaban de este lado:

> Mi vuelta a Argentina se dio después de la Guerra de las Malvinas, en 1982, un poco antes de la vuelta de la democracia. A partir de ese momento, con mi marido empezamos a venir todos los años. En 1983 di el primer seminario en Rosario sobre el concepto de polifonía de Bajtín. Esto tiene que ver con una convicción que tuvimos con mi marido y que mantuvimos a rajatabla: no perder los lazos académicos con Argentina. [*2015*]

«No perder los lazos» es una frase que tiene la contundencia de un mandato y que repone la convicción compartida junto a Belinsky al abandonar furtivamente Argentina: «con "el flaco" lo tuvimos claro desde el primer momento. Apenas nos fuimos, nos suscribimos a *Punto de Vista*» (2019). Catelli reitera las mismas apuestas una y otra vez: la necesidad de mantener la participación en el campo intelectual de Argentina, más allá de la distancia geográfica. Así, en ningún momento dejó de difundir los resultados de sus investigaciones en el país del que había emigrado (se destacan, en particular, sus intervenciones

en *Punto de Vista*, emblema de la resistencia intelectual durante la dictadura). Sus cuentos sobre esta persistencia se repiten a lo largo del tiempo: «Lo único que a lo largo de mi vida no constituye una irrupción sino una presencia, casi una armadura, es la literatura argentina. La literatura argentina es el eje, la vida de la lengua y de la historia. Y me ayudó a vivir ese presente a lo largo de treinta años» (2020b:329). No obstante, durante una entrevista reciente, introdujo un «matiz» (2022) al recordar que su tesis versó sobre Literatura Latinoamericana. Podríamos recordar también sus incursiones en otras literaturas, incluida la española (cf. 1991, 1993, 2001, 2007; Catelli y Gargatagli, 1998) que, de cualquier modo, ni siquiera borronean la marca dominante de su práctica.

La posición de Viñas es más ambigua en sus cuentos que en sus prácticas: si bien su trayectoria da a entender que publicó donde pudo y como pudo en su deambular de un país al otro, los problemas sobre los que giró fueron los que instaló en la agenda nacional a pesar de los hiatos impuestos por su exilio y la censura (cf. Canala, 2023). Como ya lo insinuara Adriana Bocchino, si en su resolución de la *Encuesta a la literatura argentina contemporánea* llevada adelante por Sarlo y Altamirano para la colección *Capítulo. La historia de la literatura argentina* dirigida por Susana Zanetti, presentó titubeos al momento de expedirse sobre «el lector ideal de su obra», pareciera tratarse más bien de la incertidumbre propia de las condiciones de producción y circulación de cualquier trabajo disidente durante aquellos años: «Hoy, ahora, qué se yo. Ni en Dinamarca, ni en México. Escribo al boleo. ¿Francamente? Ni lector ideal ni obra ni juicio. "Ni" sería» (Viñas [1982] en Bocchino, 2008:115). Esta dispersión no lo apartó de los problemas sobre los que fantaseaba con intervenir, es decir, los ligados a su cultura de origen.

El privilegio de la cultura de origen al momento de hacer circular la obra también se observa en las prácticas de Premat (G3), Delgado (G4) y Giorgi (G4). Sus libros más importantes se publicaron en español y en Argentina.

Empecemos por Giorgi quien en 2002 obtuvo su doctorado por NYU y también un puesto en la University of Southern California donde permaneció hasta 2008. Año en el que retornó a NYU como *Associate Professor*. Tanto sus prácticas como sus relatos destacan las conversaciones con quienes trabajan en el subcampo de los estudios literarios argentinos, con sus bordes difusos y sus agentes en diáspora. En la entrevista concedida para esta investigación, fechada en 2016, y también en una consulta reciente, repitió el mismo gesto legible en términos de agencia: como en los casos de Catelli, Premat y Delgado, los espacios del lado de allá se utilizan para potenciar lo que se hace del lado de acá. Sin idealizaciones. Sin deslumbramientos. Sin melancolía. Sin nostalgia. Y en el caso de Giorgi, con una clara conciencia de juego en equipo. Un

colectivo reunido por una conversación alrededor de la cultura de origen, independientemente del lugar donde se viva.

El contraste entre los recursos materiales disponibles en Estados Unidos y en Argentina ocupa en su cuento un lugar tan importante como el relativo a lo que se hace con esos recursos en las instituciones de un espacio y del otro. El uso diferencial de las bibliotecas se insinúa en su relato:

> Hice mi carrera de Letras en la universidad pública, en Córdoba. De ninguna forma hubiese podido estudiar si no hubiese sido en una institución pública, es algo que tengo muy presente. En ese momento se empezaban a discutir algunas formas de financiamiento de la universidad pública; todo eso no viene al caso pero en toda mi carrera no pagué ni un centavo y utilicé los recursos de la institución: la biblioteca no muy actualizada, pero cuando faltaban libros siempre había fotocopias. En ese momento tampoco había internet –¡otra era geológica! Pero sin demasiado dinero podías conseguir lo necesario para llevar adelante la carrera: universidad gratuita, una biblioteca que usaba mucho y una circulación generalizada de fotocopias. [*2016*]

El subrayado de lo que se puede en la universidad pública gratuita argentina y de lo que se logra, a pesar de la discontinuidad de las políticas estatales y la precariedad, aparece en otro pasaje donde Giorgi, además, describe con admiración el proyecto institucional del CONICET que se construyó a partir del último ciclo de expansión de la ciencia y de la educación:

> Por tradición, allá el sistema académico no absorbe a sus propios egresados. Creo que es una buena tradición: evita la endogamia. Entonces había un mercado más o menos dinámico que absorbía a los egresados; ahora la situación se volvió mucho más difícil, sobre todo en los últimos años. (…). Me interesa mucho esto: es algo que cultivo y que trabajo. En Córdoba hay una pequeña red de becarios que están en CONICET, que laburan conmigo y con un co-director, gente de letras y de filosofía también. Eso me entusiasma mucho. [*2016*]

La demora en la escritura de este libro me posibilita plantear, ya no como hipótesis, lo que se insinuaba en aquella conversación: el deseo de regresar. En 2021, Giorgi quedó seleccionado entre lxs postulantes que habían tramitado el ingreso a la Carrera de Investigador del CONICET desde el exterior. Obtuvo la categoría de Investigador Principal. Su lugar de trabajo es el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la UBA. «Armar algo acá» es una expresión reiterada durante una consulta realizada por ZOOM en diciembre de 2021. Por si quedaran

dudas, en un momento de la entrevista, agregó: «eso es muy fuerte». «Si cada uno dijera en un momento dado,/ en solo una palabra, lo que piensa,/ las cinco letras del deseo formarían una enorme cicatriz luminosa», decía Xavier Villarrutia. Algo así como «una enorme cicatriz luminosa» se dejaba entrever en las palabras recogidas siete años atrás en aquella otra conversación.

Entre lxs agentes que migraron y que aprovecharon la inserción en el país de acogida para potenciar las intervenciones en el campo de origen se cuenta Delgado (G4). Su desplazamiento a Francia, en principio, fue imaginado como temporario:

> En 1999 conseguí un puesto de lector en la universidad de Bretaña Sur, en Lorient, y me vine a Francia. En principio, mi idea era permanecer un año, a lo sumo dos, que era lo que ese contrato permitía, pero me fui quedando. Las cosas en cierto modo se encadenaron para que esto ocurriera y mientras tanto la Argentina entraba en su crisis de fin de milenio. Finalizados mis dos años como lector, conseguí en Bretaña Sur un puesto de ATER que me obligaba a enseñar y a investigar y en la universidad de Rennes hice mi doctorado bajo la dirección de Javier García Méndez, un uruguayo con un itinerario mucho más estrafalario que el mío que fue quien me inició en la lectura del lenguaje poético. Hasta entonces, yo que leo poesía desde mi más tierna juventud, no era más que un advenedizo. [*2016*]

Su relato remite a una productiva red de intercambio tejida en el país de origen que no solo no se desarmó con su partida sino que se consolidó a partir de proyectos editoriales y de investigación que, junto a Premat (G3), impulsó desde Francia alrededor de un objeto: las literaturas del Río de la Plata. En su autosocioanálisis destaca cómo el trabajo iniciado en 2006 a partir de una revista específica fue dando paso a otra «red interuniversitaria» (nótese el énfasis en el carácter autofinanciado de la práctica, como si fuese una marca que se arrastra o, más bien, un sello de identidad...):

> Fundamos (...) una red de estudios literarios (LIRICO) sobre el Río de la Plata cuyo centro de acción es una revista. Siempre sin financiamiento, situación que podría considerarse como una fatalidad, pero que parece ser una marca de estilo. La necesidad, quizás, de una cierta independencia. [*2016*]

Por último, como bien previene Sapiro, es difícil medir la «creatividad» (2022b) que puede paralizarse o estimularse según las circunstancias que rodean a las migraciones forzadas. El tufillo a dicotomía en planteos de este tipo se disipa al estudiar al menos tres casos extremos de nuestra muestra en los que se constatan patrones que no excluyen las ambivalencias.

Empecemos por Adolfo Prieto (G1) cuyo proyecto intelectual no incluía la internacionalización como objetivo sino la gestión institucional en Argentina y en una universidad de provincia que había logrado disputar el lugar otrora central ocupado por la UBA en el subcampo de los estudios literarios delimitado en su perímetro nacional. En ese sentido, las migraciones que atravesaron su vida pueden leerse como interrupciones de ese proyecto y de sus fantasías de nano–intervención. No obstante, como reconoció en una entrevista realizada diez años después de su jubilación y de su regreso, fue en Estados Unidos (el último país al que migró y donde encontró estabilidad laboral recién a sus cincuenta años) donde pudo desarrollar investigaciones que, por una cuestión de recursos materiales, hubiera sido muy difícil llevar adelante desde Argentina. Por otro lado, si bien mucho más breve, no dejó de poner en valor la migración a Uruguay por sus aportes intelectuales: «el año que estuve en Montevideo fue muy importante. Estaba Ángel Rama. Estaba toda la gente de la revista *Marcha*. Tuve allí una visión de América Latina que en la Argentina no podría haber tenido» (Prieto, 2006). La paradoja de que sea en el país directamente ligado a la opresión del Cono Sur (Jelin, 2017:39) donde pudo planificar y sostener proyectos a largo plazo, investigar y poner en discusión esos resultados gracias a los recursos disponibles no le pasó desapercibido. No obstante fueron proyectos individuales, diferentes a los de construcción institucional que constituyeron su marca argentina:

> Había un germen en Montevideo; faltaban posiblemente las circunstancias. Esto se pudo hacer más fácil en los Estados Unidos (paradójicamente) porque la actividad universitaria tiene allá una estabilidad, una permanencia y una disponibilidad, por ejemplo, para organizar congresos. En cambio acá era mucho más difícil. Recuerdo estando acá en la facultad por los años sesenta hice una primera reunión de profesores universitarios de literatura (...). La gente venía por su cuenta, estaba un par de días. Muy doméstico todo. Y después la segunda creo que se hizo en Tucumán y después no se hizo más. Todo este tipo de interrupciones y esa precariedad hacían muy difícil el trabajo. Lo mismo pasó en Montevideo. En cambio en Estados Unidos, donde no debería ser, es donde fue: reuniones de especialistas por tres días, inclusive aparte del congreso general, para estudiar la problemática colonial. Veinte especialistas por tres días reunidos en tal lugar. (2006)

Más allá de sus cuentos, su toma de posición se ratifica al atender tanto a la lengua que eligió para escribir como al lugar donde difundió sus trabajos más importantes: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (1988) y *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820–1850* (1996)

se escribieron en español y se publicaron en este país. Los espacios dedicados a los agradecimientos son reveladores. En la sección «Reconocimientos» de *El discurso criollista...* señaló que si bien esas ideas se habían esbozado en Argentina durante los años setenta, recién pudieron materializarse gracias a las condiciones laborales ofrecidas por la Universidad de Florida durante la década siguiente:

> La primera etapa del presente trabajo fue iniciada en el año 1979, gracias a un subsidio otorgado por CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) en Buenos Aires. Pero esa primera etapa, además de facilitarme la necesaria aproximación al tema y a la problemática del criollismo, me convenció también de la imposibilidad de avanzar en el conocimiento del fenómeno sin el concurso de un cuerpo documental suficientemente representativo del mismo. Solo en 1983, y esta vez como parte de mis actividades en la Universidad de Florida, Gainesville, tuve la oportunidad de entrar en contacto con la «Biblioteca Criolla» de Lehmann–Nitsche en el Instituto Iberoamericano de Berlín, aparentemente, la más importante colección de folletos e impresos criollistas en existencia. (1988:9)

En la dedicatoria de este libro publicado por editorial Sudamericana en Buenos Aires, la mención a su mujer y a sus hijxs se anuda al deseo convertido en promesa: «Para Negra, Agustina y Martín, por la vuelta» (1988:7). La vuelta, en 1996, coincidió con el cierre de su ciclo académico y con la publicación de *Los viajeros ingleses*. Como observó Nora Avaro: «a los 68 años, Prieto consiguió por primera vez estabilidad económica, geográfica y familiar» (Avaro, 2015:105).

Las razones por las que a su regreso abandonó toda actividad académica (más allá de alguna conferencia y de algún seminario) son inescindibles de sus búsquedas intelectuales: los proyectos grupales y de intervención colectiva a largo plazo que había ensayado se frustraron en dos oportunidades por la violencia estatal. Su tiempo para tramitar intervenciones de aquel calibre ya había pasado.

No obstante, la publicación de esos dos libros merece ser puesta en serie con una constelación de textos que María Teresa Gramuglio exhumó en el prólogo inmenso que escribió para la reedición de *Estudios de literatura argentina*. En ese ensayo introductorio, Gramuglio se pregunta por las razones para el «silencio relativo» que va desde la publicación de *Estudios de literatura argentina* en 1969 hasta *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* y luego, agrego, *Los viajeros ingleses*. Su argumentación es tan convincente como robusta: Gramuglio conecta tres textos de Prieto datados en los años ochenta. Dos, publicados en *Punto de Vista* (cf. Prieto, 1982, 1989) y uno en *Revista Iberoamericana* (cf. Prieto, 1983). En los tres se deja entrever la

posición contra la que se escriben sus dos últimos libros; la misma que había expuesto en sus clases y en sus libros previos; la misma que había detectado al examinar las propuestas de enseñanza de otrxs profesorxs y también de varixs de quienes habían sido sus alumnxs en sus años rosarinos: su repaso comprendió los programas de Barrenechea en la UBA como los libros de discípulxs y compañerxs de *Contorno*. Su eficacia para rotular, tan sutil como reveladora. Prieto habló de «aplicaciones de la crítica textual inmanentista postulada por el estructuralismo» (1989:23) mientras reponía las circunstancias que favorecieron su consolidación institucional: «Demasiado ruido, acaso, para un diálogo. De armas, desde luego; de puertas de universidades que se cerraron con estrépito; de rumores que estallaron finalmente en violentas manifestaciones callejeras» (Prieto, 1983:896). No es desatinado leer en sus dos últimos libros la condensación reposada de un trabajo que expone su modo de pensar la literatura. María Teresa Gramuglio explica con precisión y elegancia ese «silencio relativo»:

> A mediados de la década del sesenta, en el preciso momento del impacto arrollador del estructuralismo con su instauración del reinado del texto y el adelgazamiento hasta la negación lisa y llana de la expresa trama de experiencias sociales y subjetivas en que este se inserta activamente, el contexto de la realidad argentina hizo imposible el diálogo necesario sobre la reivindicación de la historia en términos comparables a los del debate entre los intelectuales europeos. (2013a:20)

Los datos indican que las condiciones de lectura hicieron que esa crítica al inmanentismo y a la negación de la historia se consolidara mucho tiempo después. El lugar que los libros de Prieto ocupan hoy en el subcampo es una prueba rotunda de este cambio de posición (cf. Cuadro 1).

El caso de Noé Jitrik (G1) tiene sus vericuetos. Su mirada sobre la acogida en el país–destino fue diferente según fueron variando las circunstancias. Mientras atravesaba la experiencia, su postura era similar a la de Catelli (G2): primaba la sensación de haber sido, a lo sumo, «tolerado». Y si bien «la cuestión idiomática» no había sido un problema, aparecían otros como las «dificultades para lograr continuidad en un trabajo» y el «choque» entre los puntos de vista del recién–venido y «las concepciones de grupos» con «cierto poder local y en algunos casos internacional» que «sospechaban» de quienes llegaban «de afuera» (1978b:136). Se trataba de una desconfianza «intelectual, moral y profesional» que generaba «soledad y aislamiento»: «permanentes visitantes, solo se espera (...) que la visita concluya de una vez y que el recuerdo sea grato, servicial, de modo tal que no haya por qué reconocerles un aporte activo ni

tampoco se necesite renegar de ellos» (137). Sus escritos de la época alertaban respecto de una «doble ilusión»: «primero, de que se es ciudadano del mundo»; «segundo, de que se es ciudadano del país que, de todos modos, no se termina por aceptar y que no lo acepta tampoco a uno» (141).

En uno de sus textos de aquellos años el «recuento» de lo perdido se organizó alrededor de los amigos cuyas vidas fueron arrebatadas y/o profundamente alteradas por la violencia estatal. Jitrik detallaba los avatares que rodearon a la desaparición, la muerte o el exilio de escritores, periodistas, intelectuales: «Todos fueron mis amigos (...); con los que se fueron a tiempo, todavía puedo hablar» (1977:248), observó al puntualizar hasta donde pudo los vertiginosos avatares alrededor de cada partida.

Lo que se puede en el exilio ante la precariedad y la discontinuidad laboral fue uno de sus temas de escritura de entonces. El quiebre de los proyectos iniciados en el país que había dejado atrás y la inserción en instituciones del país en el que se refugió junto a su familia no se atravesaba sin tensión: la «continuidad de una obra y sobre todo, de su sentido en un contexto que, por desgracia, no es el que favoreció su surgimiento» (1978b:137) era motivo de preocupación. No obstante, fue notable su esfuerzo para crear algo nuevo a partir de lo que las nuevas circunstancias laborales demandaban: «el único erotismo posible está en una síntesis cuya forma es asunto de cada cual puesto que cada cual, además, ha tenido que tomar sus decisiones individualmente, fuera de un planeamiento de la salida» (139).

Como sucedió con Prieto (G1) y como sucederá con Ennis (G5), si algo se valoró de la experiencia, fue haber impulsado modos de trabajo marcados por otras tradiciones:

> Por un lado, me quejo: el exilio es una cuerda que se estira y se estira y el cuerpo que lo soporta, da siempre un poco más, como si fuera de goma pero, entretanto, el tiempo pasa; por el otro, no me puedo quejar: gracias a que salí de Argentina, un poco por un juego de circunstancias que se conjugaron para salvar, al menos, mi cuerpo (...) pude tomar distancia y pensar ciertas circunstancias de mi país que allí, por mis propias limitaciones y pasiones, no habría logrado ni siquiera encarar; además, se me hizo presente México con todo su enigma y, de rebote, la dimensión latinoamericana que en Buenos Aires, salvo un gigantesco esfuerzo de modestia, es difícil de sentir, captar, entender y practicar. (1982c:9)

La retroalimentación productiva entre capital social y capital específico fue otro efecto insospechado de estas «internacionalizaciones» forzadas: «México me abrió un arco de contactos latinoamericanos que no había tenido en

Buenos Aires. ¡Había tantos exiliados!» (Jitrik en Roca, 2009). Jitrik presidió la Comisión Argentina de solidaridad, una organización que ayudó tanto a «solucionar problemas» de lxs argentinxs que iban llegando a México (alojamiento, trabajo, trámites migratorios, etc.) como a denunciar «los horrores de la dictadura» (2007b).

Es importante destacar que su posición sobre el país de acogida se modificó al momento de regresar a su tierra natal. Fue a partir de entonces que aparecieron los agradecimientos:

> En la obra del autor de este libro esta ampliación es resultado de un proceso en el cual tuvo que ver —lo favoreció— el exilio y la forma de vivirlo que le brindó México: posibilidad de ser fiel a las raíces, posibilidad de vivir con intensidad la circunstancia local, posibilidad de recibir nutrientes universales (México ha sido en estos años el país más abierto, de mayor cruce de ideas y de inquietudes, de mayor encuentro de gentes). (1987:11–12)

En el otro extremo de la dicotomía planteada por Sapiro está el caso de Ennis (G5): graduado en la UNLP apenas un poco antes del estallido social leído por Antelo como «*the great divide*», emigró a Alemania donde concursó por un cargo en lingüística del español. No era esa el área de investigación a la que se venía dedicando. Sus antecedentes previos dan cuenta de una trayectoria entonces incipiente en literatura española: «Yo pensaba que mi camino iba por el lado de la literatura. Y en Alemania tuve que trabajar con lingüistas» [*2017*]. No obstante, a su regreso, este desplazamiento fue aprovechado tanto para su inserción laboral como para hacer circular su producción más allá del campo nacional. Así, por un lado, después de concursar por un cargo de profesor de Literatura española en la UNPA, logró ingresar al CONICET como Investigador Adjunto para finalmente radicarse en la universidad donde había hecho sus estudios de grado. Por otro lado, continuó trabajando con sus colegas alemanes con quienes publicó resultados de investigación tanto en alemán y en francés (lenguas centrales) como en español (lengua semiperiférica).

Para concluir este apartado señalemos que, si el detalle aquí ensayado tiene un sentido, este es inferir algunos indicadores iniciales que ayuden a caracterizar diferentes tipos de migraciones intelectuales forzadas. El propósito de esa distinción es visibilizar aquellas que, dadas las características de la población estudiada, podrían confundirse con viajes motivados por razones solo académicas. De este modo, detallar (hasta donde se pudo) tanto las condiciones materiales para el ejercicio profesional en el país de origen y en el país–destino como las disposiciones de lxs agentes para reconvertir (o no) los

distintos tipos de capital en juego en cada desplazamiento intentó restituirle complejidad a un asunto que se simplifica cada vez que se lo analiza desde posiciones maniqueas en extremos que van desde los prototipos heroicos hasta el borroneo del carácter forzado del desplazamiento y de las condiciones materiales de inserción en el país destino. También se simplifica cuando se eclipsa el carácter político de las migraciones impulsadas por razones económicas: tanto estas como las motivadas en razones ideológicas son producto de formas diferenciales de violencia estatal sobre las que es necesario seguir trabajando para profundizar el análisis de sus efectos, en nuestro caso, sobre los procesos de institucionalización de las letras y sobre su internacionalización. Conservar el término «posdictadura» para recordar, entre otras cosas, la continuidad del proyecto económico impuesto, primero vía el terrorismo de Estado y luego, bajo otras formas de violencia simbólica en regímenes democráticos, es una parte nodal de esta lectura que ni hace semblante de imparcialidad ni oculta la convicción que la anima: se trata de un ejercicio que, no por incompleto o incipiente resulta menos necesario si lo que se quiere es comenzar a intervenir desde un proyecto de educación como el que imagina Zícari (tal como apuntamos en el capítulo «Una cronología»). Contribuir a visibilizar qué compromete respecto del presente y del futuro la naturalización de la violencia económica es una tarea urgente: pareciera que solo entendimos qué compromete la naturalización de la ideológica y estamos lejos de vislumbrar las consecuencias de la naturalización actual de la simbólica.

Duración

Sapiro entiende que «la duración del exilio puede ser considerada un parámetro para medir las oportunidades de integración en el país y en la cultura de acogida» (2022b). Según este parámetro, en la muestra se detectan dos tendencias: 1) agentes que regresaron al país apenas cambiaron las condiciones políticas (ideológicas y/o económicas) que habían motivado su partida. A su vez, este grupo puede dividirse en dos: 1.a. agentes de los G1 y G2 cuyas trayectorias están marcadas por un constante ir–y–venir (a causa de los vaivenes políticos de Argentina) hasta su radicación definitiva en el país; 1.b. agentes de los G3, G4 y G5 que lograron insertarse en instituciones de Argentina apenas regresaron de su primera migración; 2) agentes que decidieron radicarse en el extranjero.

Entre lxs agentes que regresaron apenas cambiaron las condiciones políticas que habían motivado su salida, se verifican fantasías de nano–intervención

comunes ligadas a proyectos de gestión institucional y/o de desarrollo profesional en el país. A los ejemplos ya citados de Prieto (G1), Jitrik (G2) y Ennis (5), se agregan los de Romano Sued (G2), Macciuci (G3), Viñas (G1) y Barrenechea (G1).

Las condiciones materiales del regreso de Viñas, luego de siete años afuera, se reponen en un cuento de Beatriz Sarlo (G1) que hace serie con los del propio Viñas sobre el empobrecimiento del lado de acá y del lado de allá durante aquellos años bravos (entre otros: el relato de las estampillas de un centavo que Adelaida Gigli había juntado para enviarle la carta donde le comunicó la muerte de la hija; el que montó durante una clase dictada en la UBA en 1986 a partir del «único momento de densidad» que rescató del pasteurizado film *El exilio de Gardel* —ese instante en el que un argentino exiliado en Francia trataba de hablar por teléfono usando fichas falsas—):

> Cuando regresó del exilio en 1983, aterrizó en Ezeiza sin un peso. Vivió unas semanas en la oficina de la revista *Punto de Vista*. A pulso, por escalera, subió ocho pisos la cama que alguien le había prestado (...) Tenía entonces más de cincuenta años (había nacido en 1927) y llegaba como un joven, sin nada, todo por delante. (2011)

A su regreso, Viñas obtuvo el cargo de profesor de Literatura argentina I en la carrera de letras de la UBA. En su primer curso se refirió con sarcasmo a los efectos consagratorios que «el baño europeo» tiene por estos pagos: fórmula que empleaba con frecuencia para referirse a las internacionalizaciones de argentinxs tanto en ciertas capitales de Europa occidental como de Estados Unidos (cf. Canala, 2023). Que su «baño europeo» haya ocurrido en tan atroces circunstancias es una paradoja que no le pasó desapercibida: sus obsesivas críticas al tratamiento banal de las condiciones de vida en el exilio vuelven en varios relatos. Hay uno que recurre a una metáfora cautivante: la asociación de libros con joyas, aunque por la negación, dice bastante del despojo y de la profundización de la actitud desprendida (cf. Canala, 2023). Ese cuento desliza lo que puede llevarse consigo y lo que se deja mientras se va de un país a otro. En cada uno de esos países habría una «biblioteca perdida». Una por cada lugar donde vivió:

> En mis pocas valijas no entraba una biblioteca, así que fueron módicos los elementos con los cuales yo partí en el mes de julio del 76. (...) Luego, fueron muchas las bibliotecas que fui perdiendo. Bibliotecas sucesivas en España, en Dinamarca y en México (...) porque no se puede ir de un lugar a otro cargado de libros como si fueran joyas, como el personaje de *Alí Babá y los cuarenta ladrones*. (2002:383–384)

Que su novela sobre el exilio esté dedicada a la memoria de lxs hijxs que perdió durante esos años en los que no tuvo otra opción que vivir afuera es un modo oblicuo de referir a otro orden de pérdidas (esas que también le quitaban el sueño a Jitrik). Otra vez, los hiatos, lo que se muestra al bies: «A la memoria de mis hijos, María Adelaida y Lorenzo Ismael, asesinados por la dictadura (1976–1983)» (2006:7).

«Ser víctima no es un honor», subrayó Romano Sued (G2) en 2009 en la presentación de *Procedimiento. Memoria de La Perla y la Ribera*, el libro que rompió su silencio de treinta años alrededor de las circunstancias que la llevaron a exiliarse en Alemania. Romano Sued regresó al país luego de completar su doctorado, en 1986. En su tiempo afuera había acumulado capitales específicos y simbólicos que le facilitaron una rápida inserción institucional: en 1990 ganó por concurso el cargo de Profesora Titular de Estética y crítica literaria moderna en la UNC. Desde allí introdujo las teorías de Itamar Even–Zohar que también difundió desde sus investigaciones en estudios de traducción, línea hasta entonces poco desarrollada sistemáticamente en Argentina. Desde 1989 hasta 1999 dirigió la publicación periódica *e.t.c. —ensayo, teoría, crítica—*. En 1997 ingresó al CONICET donde llegó a obtener la máxima categoría otorgada por el organismo: la de Investigadora Superior.

Apenas regresó al país, en 1984, Macciuci (G3) volvió a trabajar como maestra. En 1986 se incorporó como Ayudante en la cátedra de Filología Hispánica de la UNLP, luego concursó en la UBA y, más tarde, por cargos de mayor jerarquía en la universidad en la que había iniciado su formación universitaria. Será allí donde Macciuci, además de enseñar, desplegará innumerables tareas de investigación, cooperación internacional, organización de congresos, gestión de publicaciones y formación de recursos humanos. Su entusiasmo por estas prácticas se diseminó en otras universidades del país: desde 2003 hasta 2005 su desempeñó como profesora viajera en la UNPA donde cumplió un rol crucial en la institucionalización de la investigación en estudios hispánicos (sus intervenciones como las de David Fiel se evocan de manera asidua en los relatos de profesorxs de esa universidad, hoy dedicadxs a investigar estos procesos [Figueroa, 2021; Gasel, 2021c]). Por otro lado, así como en España había concluido la formación de grado que había proyectado desde Argentina, en Argentina completará un proyecto iniciado en España: el del doctorado. Su tema de tesis puede leerse en espejo con su trayectoria: esta mujer que había retornado de su exilio en ese país que la había acogido, estudiará cómo Argentina acogió a exiliados españoles. En 2002 obtuvo el título de Doctora en Letras por la UNLP con una tesis titulada *Autonomía del arte y compromiso en la obra de tres escritores españoles exiliados en Argentina: Ramón*

Gómez de la Serna, Francisco Ayala, Rafael Alberti. En su autosocioanálisis, mientras describe los años de su doctorado, menciona algunas de las intervenciones institucionales ensayadas al regreso, primero como graduada, más tarde como docente (resuena en su cuento una sentencia de Elvira Arnoux con una imagen visual poderosa: había que «poner a la universidad de pie» [2018b]):

> La carrera de doctorado no fue rápida ni fácil. El primer intento fue en la Universidad Complutense, donde inscribí una tesis sobre «La obra del exilio republicano de 1939 en Argentina», pero como inmediatamente regresé, no me fue posible realizarla a distancia. En la posdictadura, debido al estado de la universidad pública después del deterioro sufrido por efecto de la política de los sucesivos presidentes de facto, quienes nos incorporamos en ese momento debimos cubrir muchos huecos y asumir un papel activo en la normalización de la vida académica, tanto en el plano docente como en el de gobierno y gestión, al mismo tiempo que íbamos completando nuestra formación. Por otro lado, los posgrados no estaban todavía debidamente incorporados a los diseños curriculares, ni la oferta cubría las demandas. [*2018*]

Durante los tres años que duró su «exilio involuntario» (ese que había sido impulsado por la situación económica del país), Rubén Florio (G2) acumuló capitales específicos y sociales que le permitieron a su regreso, en 1992, generar convenios de cooperación y activar redes de investigación entre la UNS y universidades extranjeras.

En julio de 1987, Jitrik (G1) se hizo cargo de la cátedra de Literatura Hispanoamericana II en la carrera de letras de la UBA. En setiembre, ingresó como Investigador Principal del CONICET. Durante sus años afuera había tenido como objetivo el regreso. El tiempo del exilio fue un período «puente» en el que la escritura funcionó como instrumento de «resistencia» y también como antídoto contra la «irreprimible tendencia a la dispersión» y al «escepticismo creciente» que había asociado con «una paulatina despolitización» (1978b:141):

> Es posible que la solución esté en la astucia, en la habilidad: proseguir un trabajo ligado a lo más entrañable (...). Tender puentes, en suma, hacia el regreso, pero tejidos con los materiales que el camino va proveyéndonos, no atendidos al equipaje que hemos traído y que, por el apresuramiento de la partida, es deficiente. (138)

En cada regreso al país de Barrenechea (G1) lo aprendido afuera se puso al servicio de las instituciones de investigación y enseñanza. En su primer regreso, la transferencia comprendió no solo saberes específicos sino lógicas

organizacionales que apuntaban a una interacción que iba más allá del campo nacional. Es oportuno rescatar, a modo de ejemplo, un comentario respecto de la importancia de la actualización disciplinar vía las publicaciones periódicas: «cuando me consultaron acerca de la organización de la biblioteca, aproveché la experiencia que había adquirido en Estados Unidos, en cuyas bibliotecas había una sección donde se podían consultar las últimas publicaciones recibidas de cualquier especialidad» (2003:117). También vale recordar su impulso a que se manejara más de una lengua: «además decidimos comprar revistas que no fueran puramente técnicas, como por ejemplo *Sur*, y publicaciones europeas en diversas lenguas para que aquellos que estuvieran estudiando esas lenguas pudieran acceder a los artículos que les interesaran» (118). Nótese el carácter temprano de estas intervenciones en la UBA: estamos hablando de fines de la década del 50.

Durante esos años, Barrenechea se hizo cargo tanto de las cátedras Gramática castellana e Introducción a la literatura como de la Dirección del Instituto de Filología. Más tarde, en 1961, dirigió su revista, *Filología*. Desde el Consejo Directivo, órgano de gobierno universitario del que participó, cooperó en la reelaboración del reglamento de Doctorado. Como ejemplos de sus prácticas institucionalmente transformadoras se cuentan, por un lado, el programa de Introducción a la literatura en el que convivían formalistas rusos, estructuralistas franceses y autorxs de difícil encuadre como Maurice Blanchot del que escogió su entonces recientemente publicado *Le livre à venir* (cf. Barrenechea, 1963); por el otro, el programa de Gramática castellana descolla por su apabullante actualización bibliográfica que incluía libros, diccionarios y revistas en español, inglés y francés (cf. Barrenechea, 1964).

El segundo regreso de Barrenechea fue en 1984. Entonces, volvió a hacerse cargo de la Dirección del Instituto de Filología que asumió hasta su renuncia en 2002 (Romanos, 2013:10); también dirigió su revista y una investigación sobre cartas inéditas de Sarmiento. Durante esos años escribió sobre Susana Thénon, volvió a pensar la delimitación de «lo fantástico» a partir de «las artes no sucesivas», publicó el *Epistolario inédito Sarmiento–Frías*, reeditó su clásico libro sobre Borges junto a una recopilación de otros artículos sobre ese autor que trabajó hasta en uno de sus últimos ensayos publicado en *Archivos de la memoria*, ese libro que, como observó Jorge Panesi, «parecía decir con una maravillosa elipsis travestida de pertinencia académica: "no me olviden"» (2013a:3). También tuvo un papel clave en la formación de recursos humanos y no solo en la línea de la crítica genética que había impulsado junto a Julio Cortázar en *Cuaderno de Bitácora de Rayuela* (cf. Barrenechea y Cortázar, 1983). Alrededor de esta línea organizó números monográficos en publicaciones periódicas, dos proyectos de investigación y seminarios (cf. Lois, 2013:5):

> Al año siguiente de la publicación del *Cuaderno de bitácora*, ella volvió a hacerse cargo de la dirección del Instituto de Filología e impulsó emprendimientos que contribuyeron a difundir esa línea de investigaciones. Se trata de estudios lentos y trabajosos, que nunca atrajeron en nuestro país a legiones de practicantes, y es más, podría decirse que solo treinta años después empiezan a verse ahora equipos de investigación radicados en varias universidades nacionales que trabajan en esta área. Pero todos esos grupos reconocen su origen en ese libro y en las primeras actividades de difusión impulsadas por Anita. (Lois, 2013:4)

Importa resaltar que dirigió una enorme cantidad de becarixs y tesistas que necesitaban aprender a investigar en marcos institucionales (una práctica que hasta entonces algunxs de ellxs habían podido despuntar en formaciones). Ese trabajo comprendió a agentes con intereses diversos que solo un perfil profesional como el que Barrenechea había desarrollado podía abarcar: los proyectos doctorales de Gustavo Bombini, Daniel Link, Ana Camblong, Marcela Croce y María Inés Pallero estuvieron bajo su cuidado. Las resonancias de sus prácticas tienen ecos que llegan hasta el presente desde articulaciones que se quieren no solo teóricas sino también éticas y políticas (cf. Link, 1994a, [*2015*], 2017; Croce, 2018a; Corral, 2021).

Por último, entre lxs agentes que decidieron radicarse definitivamente en el extranjero hay un constante ir y venir. Como en los casos ya mencionados de Catelli (G2), Colla (G2), Premat (G3) y Delgado (G4), también en la trayectoria de Prenz (G1) se observan estos movimientos: concluida la dictadura, fue convocado por José Panettieri, entonces decano normalizador de la UNLP, para enseñar Filología Hispánica; función que desempeñó entre 1985 y 1989. Durante esos primeros años de la restitución democrática también retomó sus clases en la UBA.

En el caso de Ana María Gargatagli (G2), si bien su radicación en España no interrumpió el trabajo en el subcampo de los estudios literarios argentinos, su cooperación con el dictado de conferencias, cursos de posgrado y participación como comité de referato de publicaciones periódicas se pronunció una vez obtenida la jubilación, en 2010. Como profesora Emérita de la Universidad Autónoma de Barcelona pudo administrar su tiempo con más margen de maniobra:

> Desde 1976 traté de leer lo que se iba publicando en el país: libros, revistas, diarios. En los últimos años, a partir de viajar de forma continuada se produjeron más contactos profesionales (con la universidad o con otras instituciones) aunque no tuvieron una forma académica específica.

Volví a la Argentina en 1984, podía vivir en Buenos Aires en la casa de alguien de mi familia y creí que iba a ser más fácil encontrar trabajo ahí. Me ofrecieron uno enseguida, donde ganaba casi nada, en la revista cultural de la Municipalidad de Buenos Aires que dirigía Germinal Nogués, una experiencia lindísima. Tuve otros ofrecimientos y promesas que no se concretaron con un sueldo. Incluso publiqué dos o tres artículos de crítica literaria en *La Razón* que había vuelto a fundar Jacobo Timerman en 1984. Entonces yo ya había ganado la plaza de profesora titular en la Universidad Autónoma de Barcelona y me escribieron para decirme que la ocupaba o la perdía. La plata que había llevado de España se había esfumado y nos rodeaba el vacío económico inflacionista que le hicieron a Alfonsín. Mi madre, la persona que articulaba mi familia, había muerto en 1981 y sin ella era como si hubiera vuelto a ninguna parte. Sin ningún trabajo y sin haber aceptado la reincorporación a la UNR que supuso una reparación histórica que agradecimos mucho aunque no me fue posible aceptar, seis meses después de llegar, me volví a España.

Fui bastantes veces desde 1985 (…). Hasta el último viaje del siglo XX mi lugar era Paraná. Iba porque mi papá era ya un hombre grande, yo tenía un hijo de pocos años que quería que conociera y disfrutara de la Argentina y tenía muchos amigos de los que me había separado el exilio. Ese era el motivo central de los primeros viajes, aunque también di charlas y publiqué en medios locales. (…) Viví seis meses del 2010 en Palermo (Postgrado de Rosario, UNR, conferencias en Buenos Aires) y también entre 2013 y 2014 (Buenos Aires, Maestría en Literaturas Española y Latinoamericana de la UBA, y otras conferencias). En esos viajes además participé en Buenos Aires en coloquios y encuentros en el Centro Cultural de España de Buenos Aires (donde funcionaba el Club de traductores de Buenos Aires), en la Fundación Proa, en la Feria del Libro, en la Academia Argentina de Letras, en la Embajada de España y en otras instituciones y eventos. [*2018*]

Derivas de las internacionalizaciones forzadas

En primer lugar, las consecuencias profesionales de las migraciones intelectuales forzadas de lxs agentes argentinxs no difieren, en un punto, de las registradas en las migraciones intelectuales de agentes provenientes de países periféricos y sin capital internacional: es sobre el campo (académico) de partida donde se producen los efectos más importantes. Esta afirmación se basa en el análisis comparativo de las derivas de la movilidad académica en las trayectorias de lxs 188 agentes de la muestra. Así, por un lado, como vimos en el capítulo anterior, las migraciones no tuvieron como consecuencia la visibilidad

transnacional de la producción, más allá de la publicación de algún texto puntual en alguna editorial asociada al prestigio internacional: los bajos índices de inserción en estos espacios (incluida la extraducción) y los cuentos de lxs agentes confirman la importancia del capital social específico en esta circulación, más allá de la existencia de convenios de cooperación inter–institucionales puntuales.

Por otro lado, publicar en un circuito reconocido en el campo internacional tiene un efecto de legitimación en el país de origen pero tiene poca incidencia en el campo transnacional de circulación de las ideas. Por ejemplo, que Viñas editara el número 420/421 de la mítica revista fundada por Sartre en 1945 no motivó una extraducción de sus textos pero sí generó, en Argentina, la traducción al español del número completo de *Les Temps Modernes* por la Biblioteca Nacional en 2011.

Segundo, se verifica que estas salidas condicionadas por la violencia política estatal impactaron en el desarrollo profesional de lxs agentes que, en el extranjero, acumularon capitales específicos, simbólicos y sociales mientras diseminaron los resultados de sus investigaciones más allá del espacio nacional. No obstante, la experiencia fue escasamente valorada cuando fueron programas de intervención institucional y proyectos de gestión en el país los que la radicación en el extranjero no hizo más que terminar de fracturar (tal vez, en este sentido, debiera revisar haber leído como «paradójico» que haya sido en Estados Unidos donde varixs de estos agentes encontraron espacios para desarrollar sus investigaciones latinoamericanistas).[8]

Tercero, los capitales acumulados por lxs agentes durante las migraciones forzadas fueron aprovechados por las instituciones argentinas en otras coyunturas, más allá de que estxs volvieran a radicarse o no en el país.

Cuarto, estxs agentes que migraron se convirtieron en mediadorxs que contribuyeron a diseminar los trabajos de otrxs investigadorxs argentinxs así como favorecieron la creación de redes de cooperación internacional.

Por último, se infieren un par de indicadores que establecen matices entre diferentes tipos de migraciones forzadas: la posibilidad (o no) de organizar, al partir, la administración de los bienes personales (la biblioteca, entre otros) y la disponibilidad (o no) de trabajo en el área de desarrollo profesional en el país–destino ayudan a distinguir desplazamientos que, en la población

8. La investigación de Fernando Degiovanni (2018) sobre la institucionalización de los estudios latinoamericanos en Estados Unidos, recortada sobre un período anterior, reclama ser continuada: solo trabajos de este tipo en diferentes países permiten despuntar una morfología comparativa por–venir que ayudará a afinar y/o a refutar estas conjeturas.

estudiada, ofrecen una atención particular dada la superposición entre «migración calificada» (Laborier, 2019) y/o «migración intelectual» (Schult y Cohen, 2023) y migración forzada. Precisar estos matices entre «migraciones forzadas» que también son «internacionalizaciones forzadas» visibiliza el tipo de violencia estatal que las origina. Una violencia que se solapa cada vez que el trabajo académico al que, más tarde o más temprano, todxs estxs agentes se incorporaron en los países–destino, eclipsa el motivo al que obedecieron los desplazamientos. En definitiva, se trata de que no pase desapercibido que las «internacionalizaciones» de estxs agentes revistieron un carácter constreñido indisociable de las disímiles formas de violencia estatal que las motivaron.

A continuación, algunos de los casos en base a los cuales se plantean estas distinciones que, aunque esquemáticas, dan cuenta de tendencias diferenciadas entre grupos etarios y entre las coyunturas políticas y económicas que atravesaron sus prácticas profesionales, sus vidas.

Aprovechamiento (estatal) de los capitales acumulados por lxs agentes

¿No es una deriva paradójica de la violencia de Estado el hecho de que agentes impulsadxs a emigrar debido a sus políticas hayan puesto luego los capitales adquiridos durante esa experiencia en función de cooperar con el fortalecimiento de las más importantes instituciones estatales de investigación y enseñanza? ¿No es doblemente paradójico que esto haya ocurrido en más de una oportunidad en la vida de un.a.e «agente»?

La trayectoria de Jitrik (G1) muestra cómo la desviación de su proyecto profesional anterior a su partida en 1974 condujo a prácticas que, una vez de regreso, fueron útiles al momento de volver a poner en marcha los mecanismos democráticos en las instituciones argentinas. Así, la variedad de líneas en las que había trabajado durante sus años de exilio dada la necesidad de aprovechar las ofertas laborales recibidas permitieron tanto cooperar en la actualización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos como contarlo para tribunal de numerosos concursos docentes y defensas de tesis. Entre 1988 y 2015 dictó una treintena de seminarios repartidos entre universidades públicas y fundaciones distribuidas por todo el extenso territorio; el número de participaciones como tribunal de concursos docentes y tesis de posgrado en estas mismas instituciones ronda la misma cifra. La dispersión obligada por las condiciones laborales fuera del país se transformó, al regreso, en pura productividad y puro don.

«Había mucho por hacer», señaló Macciucci (G3) al reponer cómo puso al servicio de la universidad argentina los capitales que había acumulado en sus

años de exilio. Al describir los avatares ligados a su vuelta y a su reinserción universitaria, insinúa las fantasías de nano–intervención que animaron sus prácticas junto a los umbrales que, otra vez, debió atravesar:

> El regreso a Argentina en 1984 y mi reinserción como graduada en la FHCE fue estimulante porque había mucho por hacer, como ya dije, pero requirió, nuevamente, de un esfuerzo de adaptación a un medio académico con otros códigos y a orientaciones disciplinares que ya no reconocía como propios. Las inquietudes y conocimientos de los recién graduados de la UNLP no coincidían con los acumulados en mi experiencia académica española.
>
> Creo que lo más positivo que recojo de las distintas etapas, tanto como estudiante como docente hasta hoy, es algo que, aunque un poco rimbombante, llamo la fascinación por la aventura del conocimiento; tener el privilegio de estar y pertenecer a un lugar que tiene como principal cometido la producción de conocimiento. [*2018*]

Desde su regreso a Argentina y desde su posición como investigadora y profesora radicada en la UNC, Romano Sued (G2) organizó encuentros y publicaciones que conectaron a agentes insertxs en diferentes instituciones del país. Por otro lado, impartió seminarios de posgrado y cooperó en concursos docentes realizados en universidades públicas con las que se comprometió dirigiendo tesistas y evaluando artículos de incipientes publicaciones periódicas que, además, impulsó al integrarse como comité científico.

Prenz (G1) puso al servicio de la recomposición de la universidad argentina sus capitales construidos en el exilio que, como en el caso de Catelli, dejó de ser tal una vez restituida la democracia en nuestro país. Por esos años, además de dictar el seminario Vladimir Maiakovski, la vanguardia de los años 20 en la UNLP, integró la Comisión Asesora que intervino en los concursos de profesorxs regulares y en la reforma del plan de estudios de esa institución. Dalmaroni (G3) era entonces estudiante. En sus cuentos ha vuelto reiteradamente sobre un vínculo: el que Prenz había trabado con Panettieri durante la militancia de los años setenta. Si los orígenes de Prenz tienen en su relato un talante mítico («Prenz era de Berisso, esa localidad portuario–industrial de donde salieron algunas de las columnas obreras más importantes que marcharon el 17 de octubre»;[9] «Berisso es una localidad de muchas colectividades; se dice que el mariscal Tito vivió ahí cuando era joven» [Dalmaroni, 2021]),

9. Se trata de un cuento ligado a la historia familiar de Prenz: su padre «fue obrero de los frigoríficos» (Goloboff, 2019).

tampoco se queda atrás la figura de Panettieri descripto, una y otra vez, como el autor de *Los trabajadores*, ese libro incluido en la serie Sociedad y cultura dirigida por Sarlo y Altamirano para *Capítulo* a cargo a su vez de Zanetti en el también mítico CEAL. Un libro que se desprende de las investigaciones de Panettieri sobre clase obrera e inmigración en Argentina. Se trata, además, de alguien que, como Prenz, fue forzado al exilio: luego de perder sus cargos en la UNLP y de su secuestro y posterior traslado a un centro clandestino de detención en 1976, Panettieri emigró a Bolivia (Flier, 2012). Dalmaroni unió a estas dos figuras en su cuento sobre la transformación institucional de la carrera de letras de la UNLP durante los primeros años de la posdictadura. «Prenz fue un tipo clave porque en esos meses del 85 nos ayudó mucho en la reforma del plan de estudio» (2021), indicó sin dejar de precisar en qué consistió esa importancia: «Fue importante su presencia para meter a Bajtin y a otros formalistas rusos que estaban dando vueltas pero no tanto en las lecturas, en la bibliografía de la gente de letras de La Plata» (Dalmaroni, Consulta). Por su parte, Carolina Sancholuz (2021) destacó las marcas de aquel Seminario sobre Maiakovski por sus envíos a la literatura rusa.

La carta a través de la cual Panettieri invitó a Prenz a hacerse cargo del dictado de la materia Filología Hispánica indica tanto el deterioro económico de las universidades como las fantasías de nano–intervención de lxs agentes que, por entonces, trabajaban para «ponerlas de pie» (Arnoux, 2018). Hay aquí otra referencia a la práctica extendida de recurrir al financiamiento parcial de actividades institucionales con fondos propios (una marca estructural del subcampo que llega hasta el presente) (Documento 6).

El borrador de la respuesta de Prenz, no datado aunque por lo que se menciona, se estima que se escribe sobre fines de noviembre de 1985, da cuenta del esfuerzo en la gestión de convenios de cooperación que, finalmente, permitieron llevar adelante las actividades planificadas con financiamiento institucional (Documento 7).

La tradición aún vigente en la UBA de transcribir las clases de las cátedras y/o de poner en circulación sus «guías» permite recuperar algo de lo que Prenz enseñó a partir de 1985, cuando fue restituido en su cargo de Profesor Adjunto Ordinario (la Resolución está fechada el 6 de noviembre de aquel año). Desde entonces y hasta 1989 se desempeñó en Teoría y análisis literario (cátedra B) en esa institución. A partir de allí su actividad profesional se concentró en la Universidad de Trieste donde desde 1978, enseñó Lengua y Literaturas en español, después de haberse desempeñado, apenas exiliado y hasta 1979, en su anterior puesto como Lector de español en la Universidad de Belgrado. No obstante su conexión con el campo literario y de los estudios literarios en

La Plata, 27 de abril de 1985

Prof. Juan Octavio Prenz
Via San Lazzaro 10
34.122 – Trieste – Italia

En mi carácter de Decano Normalizador de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata tengo el agrado de dirigirme a Ud. con el fin de hacerle llegar la invitación para que dicte un curso cuatrimestral de Filología Hispánica perteneciente a la carrera de Letras, como Profesor Titular a partir del 1° de agosto del corriente año.

Es propósito de las actuales autoridades de la Facultad brindar a sus estudiantes un servicio educativo del más alto nivel, por lo que su presencia a cargo de la cátedra sería un paso más en el logro de tales aspiraciones, aunque la difícil situación económica por la que atraviesa la Universidad impide, como sería de nuestro deseo, solventar los gastos de traslado.

Con la seguridad de que su deseo de colaborar en esta etapa de mejoramiento académico de nuestra Facultad nos permitirá contar con su presencia, hago propicia la oportunidad para saludarlo con la consideración más distinguida.

Dr. José Panettieri
Decano normalizador

Documento 6.
Transcripción de carta de José Panettieri a Juan Octavio Prenz. Gentileza de Betina Prenz

Caro amigo Panettieri:

Como ya te mencioné por teléfono, nuestro rector firmó ya el acuerdo con La Plata. El acuerdo prevé que los gastos de viaje los pague la Universidad de origen y los de estadía la Universidad hospitante. (...)

Estoy preparando el curso sobre Maiakovsky. Creo que va a salir algo bueno. Era un tema sobre el que quería volver desde hacía tiempo. Creo, además, que puede ser la base para alguna futura cátedra de Eslavística. (...)

He preferido escribirte a tu casa por si la carta no llega antes de fin de año (...)

Un abrazo. Felices fiestas para vos y tu familia.

Octavio

Documento 7.
Transcripción de carta de Juan Octavio Prenz a José Panettieri. Gentileza de Betina Prenz

Argentina nunca se interrumpió (cf. Gerbaudo y Prenz, 2021; Scotto, 2023; Dalmaroni, 2023b).

Difusión de la producción más allá del perímetro nacional del subcampo

El proyecto transnacional que Colla (G2) coordinó desde su radicación en Francia permitió diseminar la producción de agentes argentinxs de varias generaciones:[10] su trabajo en la Colección Archivos, «expresión editorial» (Segala, 1999:147) de la *Association archives de la littérature latino–américaine, des caraïbes et africaine du XXe siècle*, tuvo una magnitud (cantidad de países con sus respectivas instituciones e investigadorxs involucradxs) y una continuidad remarcables. En 1999 Amos Segala, entonces director del proyecto, reconstruía la historia de sus comienzos por los años setenta:

> La Colección Archivos debe su origen y organización científica y editorial a un gesto fundador de Miguel Ángel Asturias: la donación, en 1974, de sus manuscritos y archivos a la Biblioteca Nacional de París. El estudio de los borradores, de las variantes y de las etapas de su escritura modificó la imagen canónica del Premio Nobel 1967 e impuso una revisión dinámica, internacional y pluridisciplinaria de su obra, cuya edición crítica emprendieron las Ediciones Klincksieck de París y el Fondo de Cultura Económica de Madrid. Las lagunas del Fondo Asturias y su dispersión post–mortem inspiraron a la Asociación que el escritor había fundado a estos efectos en 1971 a ampliar la reflexión sobre el destino —material y crítico— de los manuscritos literarios del siglo XX y a estudiar una acción multilateral de salvaguarda y valoración de estos testimonios reveladores de la identidad latinoamericana. Con esta finalidad la UNESCO otorgó a la Asociación, en el año 1982, el estatuto *Consultativo B de las Organizaciones No Gubernamentales (O.N.G.)*. (1999:148)

En 1983 el CNRS (Francia) y el CNR (Italia) organizaron el Coloquio internacional *Literatura y pensamiento contemporáneo en América Latina y el Caribe:*

10. Con responsabilidades diferentes han participado de este proyecto Amícola G1, Avellaneda G1, Arán G1, Barrenechea G1, Borello G1, Jitrik G1, Gramuglio G1, Lois G1, Palermo G1, Sarlo G1, Antelo G2, Dalmagro G2, Camblong G2, Panesi G2, Rodríguez Pérsico G2, Romano Sued G2, Schvartzman G2, Zubieta G2, Giordano G3, Lojo G3, Goldchluk G3, Dalmaroni G3, Montaldo G3, Premat G3, Speranza G3, Delgado (Sergio) G4, Garramuño G4, Gómez G4, Scavino G4, Casarin G4, Vigna G5.

conservación, difusión y edición crítica de los manuscritos con el objetivo de «discutir los criterios metodológicos, la elección de los autores y los objetivos críticos generales de una nueva Colección que se decidió denominar ARCHIVOS de la Literatura Latinoamericana y del Caribe del Siglo XX» (148). En septiembre de 1984 se firmó en Buenos Aires el Acuerdo de Investigaciones y Coedición *Archivos* entre España (Plan Nacional de I + D), Francia (CNRS), Italia (CNR), Portugal (Institute Camões dô Portugal), Argentina (Dirección General de Asuntos Culturales, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto), Brasil (Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico), Perú (Instituto Nacional de Cultura) y México (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes).

Élida Lois (GI) subrayó la tracción que el capital específico acumulado por Barrenechea (GI) tuvo en la colocación de Argentina como sede académica del Cono Sur. Se trató de un convenio de cooperación decisivo para visibilizar los resultados de la producción tanto en literatura como en investigación alrededor de la crítica genética:

> Ella —por ser entonces el único miembro argentino del Comité Científico Internacional de la Colección— fue convocada en 1984 por la Cancillería (juntamente con autoridades de nuestro país y con representantes de otros gobiernos latinoamericanos y de esa Asociación) para firmar el acuerdo de colaboración (...). El Programa Archivos se postula como un espacio de construcción para una crítica genética latinoamericana, y mientras Anita ocupó su Dirección, el Instituto de Filología de esta Facultad [UBA] fue la Sede Académica del Programa para el Cono Sur. Actualmente, se han multiplicado sus sedes latinoamericanas y en nuestro país existen varias subsedes académicas que desarrollan diferentes actividades vinculadas con emprendimientos del Centre de Recherches Latino–Américaines del CNRS que ha reiniciado la publicación de la Colección en una «Nueva Serie» y en extensiones digitales. (Lois, 2013:6)

Esta red promovía la organización de encuentros anuales tanto para presentar y discutir los «resultados tangibles del Programa» como para renovar los acuerdos de cooperación. En 1988, en una reunión celebrada en Italia, el CNRS asumió la coordinación científica de la Colección. La sede se ubicó, primero, en un laboratorio creado a estos efectos en la Universidad de París X Nanterre, y luego, en 1995, en la Casa de las Ciencias del Hombre y de la Sociedad que se estaba construyendo en Poitiers asociada al Centro de Investigaciones Latinoamericanas de la Universidad de Poitiers dirigido entonces por Alain Sicard y, en 1998, por Jean–Pierre Clément. Con esto se buscaba «reforzar las

estructuras científicas permanentes del Programa» y «asegurar su coordinación» (Segala, 1999:150). En su reconstrucción de los diferentes momentos de la colección, Lois resaltó, por un lado, los problemas de financiamiento, en especial entre 2003 y 2007, cuando su salida se interrumpió y, por el otro, una nueva etapa ligada a «la coordinación científica del ITEM del CNRS» y a «la responsabilidad editorial de Fernando Colla y Sylvie Josserand» (2013:26). Este programa es un ejemplo del tipo de cooperación cuyas repercusiones irán más allá del trabajo alrededor de un acervo literario y de una línea de investigación para expandirse hacia la definición de problemas metodológicos y la formulación de aportes teóricos ligados al archivo (cf. Goldchluk, 2022; Colla, 2013). Los cambios que las nuevas tecnologías le imprimieron al proyecto cooperaron en su consolidación y expansión:

> Desde 2007 el Centre de Recherches Latino–Américaines–Archivos, de la Universidad de Poitiers, volvió a abrir nuevas vías de exploración a la investigación geneticista latinoamericana y, en otra puesta en práctica de «políticas de la memoria», creó el proyecto internacional Archivos Virtuales Latinoamericanos, que convoca a la archivación y al análisis de los procesos de inscripción de sentidos de una comunidad continental en todas sus facetas, rescatando incluso los documentos de trabajo escritural. (2013)

El derrotero de las prácticas excedió lo imaginado en la etapa inicial para generar una red de discusión activa que abarca instituciones y disciplinas diversas y que, en el campo de las letras, involucra diferentes líneas. La presencia de agentes de distintos grupos generacionales, de los más variados habitus (artísticos, científicos), posiciones (polos marginales como centrales) y radicaciones (dentro y fuera de Argentina) da cuenta de su vitalidad. El trabajo de cooperación alrededor de los archivos de escritorxs fue reinventado y expandido a partir de una inteligente explotación de estas nuevas posibilidades tecnológicas. Goldchluk (G3) reconstruye cómo Colla (G2) llevó el plan iniciado en la colección Archivos hacia otros itinerarios:

> La experiencia que promueve el Centre de Recherches Latino–Américaines (CRLA) interesa particularmente porque es la heredera de la colección Archivos que desde 1988 ha venido publicando obras relevantes de la literatura latinoamericana en volúmenes que incluyen la presentación y transcripción de manuscritos y que paulatinamente fue incorporando la publicación de esos manuscritos en formato electrónico a través de un CD–ROM que acompaña la edición en papel. En el sitio de este centro de investigación de Poitiers, Francia (www.mshs.univ–poitiers.fr/crla/)

> comienzan a albergarse los Archivos Virtuales Latinoamericanos (AVLA) donde se dan a conocer fondos documentales de escritores latinoamericanos en formato digital, independientemente de que estén conservados en Poitiers —entregados ya sea en donación o en guarda— o permanezcan en casa de los escritores o sus herederos, quienes siguen conservando sus derechos y la propiedad de los papeles. (2013:49)

Buena parte de lxs agentes que tuvieron y/o tienen alguna participación en estos proyectos, los evocan en sus cuentos. Los que citamos se integran a una serie asociada a un patrón del campo: el recurso a la internacionalización como paliativo y/o como modo de construir un capital simbólico que dé frutos en términos de reconocimiento local y/o nacional. Por ejemplo, Susana Gómez (G4) destacó la importancia de su trabajo en el Fondo Cortázar dada la visibilidad que la Universidad de Poitiers le dio, no solo a esa construcción de archivo de escritor sino a su producción previa como crítica alrededor del autor:

> Mi producción investigativa mira a Francia por la ausencia de espacios de reconocimiento de mi trabajo con la obra de Cortázar como crítica y como organizadora de su fondo de documentos personales. No he logrado que se inscriba mi trabajo francés en Córdoba. Una pena. [*2017*]

Marcelo Casarin (G4) también valoró el trabajo con el equipo del CRLA–Archivos:

> Desde el año 2006 y hasta el año 2012 he participado como profesor e investigador visitante (estancias de 30 a 60 días durante el verano en Argentina) del Centre de Recherche Latino–américaine/Archivos, de la Université de Poitiers. La actividad se centró en la creación del «Archivo virtual Daniel Moyano» y la preparación y publicación de una edición crítica de la novela *Tres golpes de timbal* de Moyano para la colección Archivos. [*2012*]

Se trata, como en el caso de Gómez, de una conexión que se sostiene en el tiempo y con independencia de marcos institucionales formalizados: «mantengo una relación que lleva varios años y se mantiene al presente. Es quizá la más importante para mí» [*2016*].

Diego Vigna (G5) formó parte del equipo coordinado por Casarin alrededor de los archivos de Daniel Moyano (cf. Anexos 3, Entrevistas, Marcelo Casarin). También destacó la importancia de la continuidad del trabajo de cooperación que permitió un robustecimiento de los materiales puestos a disposición:

> Las migraciones han sido un desprendimiento de la articulación entre el trabajo colectivo que realizamos en el programa de investigación y mis tareas en CONICET. Soy profesor asociado del Centre de Recherches Latino–américaines/Archivos de la Université de Poitiers, Francia. Llegué a eso en el marco de un convenio específico de trabajo entre el CEA y el CRLA–Archivos ya que tuve dos estancias de investigación posdoctoral realizadas en el CRLA. La primera fue entre septiembre 2013 y abril 2014, y la segunda entre mayo y julio de 2015. Además, he «migrado», solo o con integrantes de nuestro programa, a la misma institución para presentar resultados de investigación o para asistir a eventos científicos. Todas las migraciones tienen como trasfondo el trabajo con la obra de Daniel Moyano ya que en el CRLA n\uestro equipo de investigación creó y mantiene el Archivo Virtual del autor que ha tenido una evolución incesante desde 2009 a la fecha.
>
> Los organismos que patrocinaron y financiaron estas migraciones son, en la primera estancia, la Université de Poitiers. En la segunda, el programa Bernardo Houssay, fruto de un convenio CONICET–MERS (Francia). [*2018*]

Vigna también puso en valor lo que aprendió a partir de las conversaciones con estxs agentes que coordinaron el trabajo tanto en la UNC como en Francia durante los años invertidos en esta investigación amparada en una red transnacional:

> Destaco haber conocido y trabajar con Fernando Colla quien, quizás, al margen de las cosas que me transmitió en torno a los recovecos del trabajo con obras (el trabajo crítico y genético, el trabajo con archivos), me enseñó dos cosas importantísimas: la priorización del silencio como condición de autonomía y aprendizaje por sobre el exceso de la lengua (y de la exposición) y la priorización de la pasión aplicada al objeto por sobre la pasión aplicada a la teoría.
>
> Por último, ya lejos de la idea de tradición, recupero un último agente: Marcelo Casarin, quien me mostró que la investigación *nace* con la escritura y a la vez me propuso considerar, al inicio de mi carrera, a la escritura como una sola, más allá del registro y la disciplina. [*2018*]

La descripción de algunas de las derivas de esta red muestra el modo en que Colla supo involucrar a agentes argentinxs de diversas generaciones mientras mantuvo vivo un proyecto que constituye, sin dudas, el articulador de su carrera profesional.

Por otro lado, la Red LIRICO impulsada por Delgado (G4) y Premat (G3) desde Francia permitió la movilidad académica de agentes argentinxs de diferentes generaciones así como la diseminación de sus trabajos más allá del espacio nacional. Entre ellos, José Mariano García (G4):

> He realizado y realizo con relativa periodicidad viajes a Madrid y a París. En Madrid estuve vinculado con el grupo de la revista de mitocrítica *Amaltea* y su asociación Asteria (Universidad Complutense) a cargo del profesor José Manuel Losada. En Francia estoy vinculado con el grupo en torno a la cátedra de Julio Premat en París VIII y a la revista *LIRICO*. [*2018*]

También Cristina Iglesia (G2) destacó los intercambios con este equipo: «Formo parte de LIRICO, un colectivo de docentes, investigadores, escritores y estudiantes franceses y/o radicados en Francia, interesados por la literatura rioplatense. A partir de mi inserción en LIRICO he promovido diversos intercambios de profesores y estudiantes» [*2018*].

Claudia Rosa (G4) que había trabajado junto con Delgado durante los largos años que demandó la edición de la *Obra completa* de Carlos Mastronardi publicada en 2010 (Delgado escribió una introducción para *Memorias de un provinciano* y para los *Cuadernos* en ese libro realizado bajo el cuidado de Rosa), agradeció la inclusión en ese colectivo: «Mantengo relación, a través de Sergio Delgado que abrió esa puerta, con el grupo LIRICO. Es un grupo que mantiene siempre una ventana abierta a las nuevas teorías pero que provoca una intervención en el campo cultural» [*2018*].

Entre los agentes del G5, Julia Musitano y Rafael Arce participan de esa red: Arce, por sus investigaciones sobre Saer y sobre la literatura de Delgado; Musitano, por los aportes de Premat a un tema ligado a su línea de investigación: «Desarrollé mi trabajo sobre el género autoficticio siguiendo los estudios argentinos de Beatriz Sarlo, Alberto Giordano, Daniel Link, Julio Premat y Paula Sibilia, aunque la teoría de esta forma literaria sea mayoritariamente francesa (Ricoeur, Lejeune, Genette, Colonna)» [*2018*]. De hecho, interrogada sobre «los textos que hubiese deseado escribir», Musitano citó *Una posibilidad de vida* de Giordano junto a *Héroes sin atributos* de Premat.

Rodríguez Carranza (G2) generó, desde su puesto como catedrática en Leiden, actividades de investigación, cooperación y movilidad que nuclearon a agentes argentinxs tanto residentes en el país como dispersos por el mundo. Construyó redes informales con agentes de la UNR y formales con la UNLP y la UNC, además de las que, a través de Raúl Antelo, tejió con la Universidade Federal de Santa Catarina donde, una vez retirada como emérita de Leiden, se desempeñó como Profesora Visitante entre 2019 y 2020. En su autosocioanálisis sobresalen dos marcas: por un lado, la relevancia de las conversaciones con lxs agentes con lxs que se involucró, más allá de la institucionalización o no del vínculo a través de un convenio específico; por el otro, su auto–figuración como una chica de provincia que logró ser catedrática en una universidad de

otro país sin haber pasado por Buenos Aires. Autofiguraciones como estas, es decir, de mujeres que disputan la agenda de los polos centrales y/o «solicitan» su poder legitimador, se repiten en todos los grupos (cf. Palermo G1, Camblong G2, Perilli G2, Romano Sued G2, Riestra G2, Scarano G3, Vázquez G3, Nofal G4, Porrúa G4, García G5, Daona G5, Milone G5); en todos los casos, se trata de asunciones acompañadas por acciones institucionales. Pareciera que el eco de los feminismos tiene una traducción en luchas por la visibilidad que ya no son solo de género sino también territoriales. Luchas tramitadas a partir de capitales simbólicos construidos desde trayectorias en las que la internacionalización, en muchos casos, ha resultado una operación estratégica clave para introducir una línea de trabajo en el subcampo nacional:

> Como dijo una vez Roxana Patiño, de Córdoba, ella, Sonia Mattalia de Tucumán (*qpd*, profesora en Valencia) y yo cometimos el crimen de saltar de una universidad del interior al extranjero sin apostilla de la Haya, vale decir, sin pasar por la UBA. A los colegas que hoy son docentes en la UBA los conocí en el extranjero, y toda mi «reinserción» con ellos pasó primero por la mediación de Saúl Sosnowski y después la de Raúl Antelo, amigo querido y paradójica conjunción de misantropía y generosidad. A Raúl lo conocí en un seminario sobre deconstrucción que organizó en Montevideo Lisa Block de Behar a fines de los 80 donde estuvieron Geoffrey Hartmann, Roland Posner, entre otros. Raúl y yo éramos las «jóvenes promesas». Teníamos unos 35 años. A partir de ahí, fuimos inseparables y lo fuimos también en nuestro enfrentamiento a Block de Behar años después. Fui a Florianópolis, donde conocí a María Lucia de Barros Camargo quien se entusiasmó con mi proyecto sobre revistas y puso en marcha el NELIC, instituto del cual soy madrina. También a partir de ahí, Leiden se convirtió en un lugar de encuentro durante veinte años. Raúl y María Lucia ocuparon la Cátedra de estudios Brasileños de Leiden, Susana Scramim realizó una corta estadía y dictó un seminario. Carlos Schmit Capela, hoy profesor en Florianópolis, fue mi primer doctorando en Lovaina, mucho antes de conocer a Raúl.
>
> (...) El único contacto directo, por iniciativa mía, con Argentina fue con Sandra Contreras, a quien admiro muchísimo desde su libro sobre Aira. Quise invitarla para el simposio *Imágenes y Realismos* (2011), no fue posible pero quedamos en contacto. Me invitó varias veces a Rosario —la última vez, me invitaron Cristian Molina y Mariana Catalin, quienes estuvieron en conferencias mías— y logré finalmente que viniera a Leiden en 2016.
>
> Hoy, los exalumnos son colegas tan importantes, o más, que los coetáneos en proceso de jubilarse y es un lujo y un desafío que sigan en contacto conmigo. *Lazos*, mi simposio más reciente, contaba con una mayoría de jóvenes invitados entre 30 y 45 años.

En La Plata, gracias a un programa de intercambio, conocí a Teresa Basile y Enrique Foffani. Ellos me invitaron como panelista a un *Orbis Tertius* y seguimos desde entonces en contacto.

Con Roxana Patiño, desde el encuentro en Sao Paulo, el contacto, los programas de intercambio de docentes y estudiantes, las visitas mutuas etc. son ininterrumpidos. La amistad también. Córdoba sigue siendo mi ciudad y cada visita es intensa. [*2018*]

Siempre a partir de los estudios de traducción, zona en la que ha centrado sus investigaciones, Gargatagli (G2) ha promovido (y promueve) la difusión de trabajos de investigadorxs argentinxs en España así como ha generado redes de cooperación, espacios de publicación y eventos que han convocado a diversas instituciones y agentes (cf. Anexo 3, Entrevistas).

Desde su puesto como catedrática en la Universidad de Barcelona, Catelli (G2) contribuyó con la internacionalización de los estudios literarios realizados en Argentina: ha participado y participa de proyectos de investigación que involucran universidades de Argentina y España, ha orientado proyectos doctorales y posdoctorales y ha tejido lazos entre agentes argentinxs cuyos trabajos ha contribuido a difundir. En el relato de Edgardo Dobry (G4), Catelli aparece en el centro de una red no institucionalizada que incluye a escritorxs, críticxs, profesorxs e investigadorxs. Dobry reconstruye huellas de esa red en las dedicatorias de los libros de lxs «agentes» que la integraron mientras caracteriza ese espacio de sociabilidad intelectual y de afecto (una dimensión del análisis que se reveló como tal a partir de los cuentos que lxs agentes de la muestra cuentan):

En Barcelona una parte importante de mi vida intelectual, mis conversaciones, debates, intercambios, pasó por la casa de Nora Catelli y Jorge Belinsky. Se formó ahí algo que podríamos denominar un «clan» (véase la dedicatoria de Juan José Saer en su libro *Trabajos*, «al clan Putget»; era el nombre de la calle en la que, durante varios años, vivíamos los Belinsky y yo), del que formaron parte diversos amigos, algunos fijos (como Ana Basualdo) y otros ocasionales, visitadores frecuentes de Barcelona, que orbitaron en torno a ese núcleo. Para mí, ese círculo, clan, núcleo fue un lugar fundamental de diálogo, de aprendizaje, de exigencia intelectual. Un rastro de eso queda en las dedicatorias de los libros: en los míos de ensayo no hay ninguno que no mencione la deuda con Nora, Jorge, Ana. Uno de los últimos libros del «Flaco» Belinsky, *Lo imaginario, un tratado*, está dedicado a mi hijo Luca; *Testimonios tangibles* de Nora está dedicado al «clan de Barcelona». De los cuentos contenidos en *Oldsmobile 1962*, de Ana Basualdo,

> hay uno dedicado a Marcelo Cohen (cuyo último domicilio en Barcelona, antes de volverse a Buenos Aires, fue asimismo en la calle Putget) y otro a Nora Catelli. Creo que la red que tejen esas dedicatorias es como un mapa cifrado de ese territorio de amistad e intercambio que se extendió entre nosotros, por Barcelona (y también por Cadaqués, durante los veranos) a lo largo de muchos años. [*2018*]

Catelli deja pistas que dan a entender las razones que confluyeron en este armado de redes. Algo de la propia historia se juega en el empeño en consolidar esa trama. La importancia de las formaciones creadas en Barcelona en el sostén de una práctica intelectual regular con independencia de las pertenencias institucionales se repite en sus cuentos:

> En Barcelona hubo una formación informal, no institucional desde el punto de vista académico, que también fue crucial para mí. Se llamaba la «Sociedad de Estudios Literarios» y funcionó entré 1985 y 1994–1995. Se había conformado gracias a la iniciativa de Jordi Llovet, quien había convocado a gente de las universidades y gente que no pertenecía a ninguna universidad (como Marcelo Cohen). Nos reuníamos a cenar una vez por mes. Uno de los miembros del grupo traía un trabajo sobre un tema y había un contraponente que discutía ese trabajo. En sus momentos de gloria, esta sociedad recibió a Hans–Robert Jauss, que vino a hablar sobre Apollinaire (ese artículo formó parte de su segundo libro) y a Hillis Miller, que vino a hablar sobre Ovidio. La Sociedad también se concentraba en determinados autores: tuvo, por ejemplo, un año dedicado a Walter Benjamin. [*2015*]

Estas redes garantizaron la conversación intelectual que se temió perder, tanto por lo dejado atrás en el país de origen como por el futuro entonces imaginado en el país de acogida: la expectativa que Catelli tenía respecto de una inserción universitaria en España era ínfima. Las mismas escenas retornan mientras conversa con periodistas españoles o con su equipo de la Universidad de Barcelona. Sus cuentos vuelven sobre la escasez y el pluriempleo, sobre el rechazo que cierto sector de la academia española manifestaba respecto de la emigración intelectual argentina, sobre su doctorado tardío y su también tardía entrada a la universidad de ese país en el que había decidido quedarse: «Como no tenía ninguna posibilidad de entrar a la universidad española, lo había desechado de mis planes. En 1996 defendí mi tesis, que consistía en una *close reading* de *La expresión americana* de Lezama Lima» [*2015*].

La trayectoria de Julieta Yelin (G5) se construyó entre el don y la deuda con Catelli, directora de su primera etapa de formación de posgrado encuadrada en una maestría. Años más tarde, ya doctorada, regresó a Barcelona para una

estancia posdoctoral. Yelin resaltó lo aprendido a partir de lo enseñado por Catelli en ese tiempo de trabajo: «fue de vital importancia el aprendizaje que hice con Nora Catelli durante los años que pasé en la Universidad de Barcelona y creo que su palabra resuena en muchos de mis trabajos, sobre todo los dedicados a la recepción hispanoamericana de la obra de Franz Kafka» [*2017*]. Las conexiones generadas en ese período hicieron lugar, por un lado, al libro *Kafka en las dos orillas. Antología de la recepción crítica española e hispanoamericana*, producto de una investigación de cuatro años llevada adelante junto a Elisa Martínez Salazar (2013); por el otro, motivaron su participación en equipos transdisciplinares que abordaban sus problemas (cf. Anexo 3, Entrevistas, Yelin).

También hay una marca–Catelli tanto en investigaciones producidas en España como en Argentina. Del lado de allá: la producción del grupo GLICIART alojado en la Universidad de Barcelona está atravesado por su modo de leer (cualquier trabajo de Max Hidalgo Nácher, Annalisa Mirizio o Marta Puxán Oliva exhibe esta huella). Del lado de acá: la tesis doctoral de Martín Prieto y el libro que le siguió tienen señales de su inconfundible manera de construir los problemas de investigación (Prieto, 2020a, 2021a). También aquí y allá, entre el don y la deuda.

Derroteros paradójicos al cuadrado

Las derivas del exilio de Viñas (G1) en el plano estricto de la inscripción simbólica de parte de su trabajo lo convierten en el caso extremo de las paradojas. Que su apropiación de Jean–Paul Sartre a quien seguía incluso en sus gustos literarios (William Faulkner, Ernest Hemingway y John Dos Passos marcaron su literatura) se haya coronado con la coordinación junto a César Fernández Moreno de un número de *Les Temps Modernes* no sería relevante para este apartado si no fuera por el tema del ejemplar: «Argentine entre populisme et militarisme». Aquel número, el 420/421, había girado sobre la violencia política perpetrada por un Estado que lo había empujado a ese deambular afuera y que había masacrado a sus dos hijxs. Un asunto sobre el que volvió en más de una oportunidad, en más de un registro. En *Tartabul*, novela en la que lo retomó con las licencias que permite la literatura, el episodio se inscribe en una ficcionalización auto–bio–gráfica legible como autosocioanálisis. En las primeras páginas de *Cuerpo a cuerpo*, esa novela publicada en el exilio y con edición argentina de 2006 tramitada por Adriana Bocchino desde su pequeña editorial marplatense, se lee: «A la memoria de

Mini y de Haroldo, Paco y Rodolfo» (5). En las páginas finales, en conversación con Bocchino, su reconstrucción de cómo recibió las noticias sobre sus hijxs:

> Yo ya había recibido la noticia de la muerte de la nena, de Mini. (...) Y un día a las tres de la mañana suena el teléfono y así, sin más, una voz de mujer me dice: «Lo asesinaron a Lorenzo Ismael» ¡Pero qué es esto! ¿Quién sos vos? Una vieja compañera, qué se yo. A las tres de la mañana ¿no? (...) Porque lo de Mini llegó con una carta de Adelaida que, el sobre, evidentemente —pobre Adelaida, tenía poco dinero—, estaba lleno de estampillas de un centavo para hacer el precio de lo que costaba. (2004:531)

En un plano muy diferente, la trayectoria de Ennis (G5) compone otro tipo de paradoja de las internacionalizaciones forzadas: la construcción de «algo positivo surgido de condiciones deplorables» [*2017*]. Ennis preserva lo que le aportó aquella experiencia, resultado de una decisión entre lo deseado y lo posible en un momento crucial de su carrera: el apartamiento de su línea de interés disciplinar debido a la oferta laboral en el exterior tuvo como contrapartida una acumulación de capitales específicos que le permitieron luego definir problemas de investigación singulares en una zona de borde. La inserción en otra institución, en un país con otras tradiciones y en un subcampo diferente tuvieron un papel definitivo:

> La experiencia en Alemania me dejaría una marca duradera. Ahí me enseñaron otra forma de trabajar, de concebir el trabajo. Ni mejor ni peor. Sencillamente el hecho de haber pasado por dos formaciones distintas es algo que agradezco mucho, además de todo lo que aprendí en esa etapa tan intensa: la del doctorado. (...) Yo pensaba que mi camino iba por el lado de la literatura. Y en Alemania tuve que trabajar con lingüistas. La lingüística que me habían enseñado en Argentina era sobre todo la que iba del estructuralismo al generativismo (solo Élida Lois, en esas luminosas clases de filología, había llegado a hablarnos de cosas como Voloshinov o Labov). Y en Alemania tuve que empaparme de otras tradiciones. [*2017*]

El efecto «criollitx»

El estudio realizado permite inferir conclusiones en dos planos.

Por un lado, pone de relieve cómo se intersectan las constricciones ideológicas con las económicas en la dinámica de un subcampo específico de un país periférico. El subcampo de los estudios literarios, tal como se configuró en

Argentina entre 1958 y 2015, fue afectado en su funcionamiento autónomo tanto por la persecución ideológica como por los recortes presupuestarios a la ciencia y la educación: ambas decisiones, producto de políticas estatales. Estas constricciones impactaron en las prácticas profesionales de lxs agentes: durante las dictaduras, quienes se quedaron en el país, o bien desarrollaron sus actividades profesionales en clandestinidad y/o semiclandestinidad, o bien dentro de los límites que dejaba el régimen en el marco de las instituciones de enseñanza y de investigación. Además, durante la mayor parte del período estudiado, lxs agentes sostuvieron y/o contribuyeron a sostener sus investigaciones con fondos propios. Esto generó condiciones desiguales de producción y asimetría de resultados entre quienes pudieron y no pudieron solventar la actividad. Quienes emigraron debido a estas dos formas de violencia estatal (económica e ideológica), paradójicamente, terminaron reforzando las instituciones de investigación y enseñanza del Estado, ya sea desde el exilio y/o desde su radicación permanente en el extranjero, ya sea a su regreso.

Por otro lado, este estudio aporta al examen de las consecuencias de las migraciones intelectuales forzadas de agentes provenientes de un país periférico en la circulación internacional de las ideas. Lxs agentes de la muestra no contaban, al momento de migrar, con un posgrado en el extranjero y sus capitales sociales específicos y simbólicos se circunscribían al espacio nacional y, en algunos casos, regional (hay unos pocos casos de experiencias de estudio y laborales previos en los países–destino). Los resultados presentados impulsan la comparación con los de otras investigaciones sobre migraciones intelectuales de agentes del campo de las ciencias sociales y humanas: migraciones con sentido Sur–Sur y Sur–Norte, por un lado, y migraciones con sentido Norte–Norte (Jeanpierre, 2004) o Norte–Sur, por el otro. Dicho con más detalle: interesa precisar qué acontece cuando se emigra desde un polo central en la circulación internacional de las ideas. A partir de los resultados con los que se cuenta,[11] se pueden señalar las consecuencias diferenciales de esas migraciones, a saber: a) cuando se emigra desde un polo periférico, la obtención de un puesto académico en el país de llegada suele ser más ardua y la posibilidad de incidencia en el campo académico, notoriamente más reducida; b) el

11. Me refiero aquí no solo a los resultados de investigación propios sino también a otros estudios como los de Alejandrina Falcón: a partir de su análisis de «los exilios cruzados», es decir, de «la labor cultural y editorial realizada por exiliados republicanos en América Latina a fines de 1930 y el desempeño editorial de los exiliados argentinos llegados a España a mediados de la década del setenta» subraya «la desigualdad de las condiciones materiales y simbólicas de sendos contingentes exiliados en sus respectivas sedes receptoras» (2018:62).

impacto de las migraciones intelectuales forzadas de agentes provenientes de países periféricos se verifica con más fuerza en el campo académico de origen que en el de acogida. Dicho en otros términos: así como Laurent Jeanpierre (2004) revisó las asociaciones apresuradas entre marginalidad social y creatividad intelectual a partir del estudio comparado de los exilios de Claude Lévi–Strauss y de Georges Gurvich, el análisis comparado de las migraciones forzadas de agentes cuyo campo académico de origen ocupa una posición periférica en el campo transnacional con las migraciones de agentes provenientes de campos académicos en posición central contribuye a cartografiar cómo las ideas que viajan junto con lxs agentes se diseminan (o no). Una constatación que no hace más que ratificar la incidencia del capital simbólico de ciertos países (y de ciertas instituciones de esos países) en la fabricación del pensamiento que leemos como «universal».

Un cartografiado por–venir, alejado de los voluntarismos y sostenido en el trabajo sobre bases empíricas, permitirá explorar lo que, a partir de Beatriz Sarlo llamo «el efecto criollitx»: ¿qué se puede en la circulación transnacional de las ideas cuando quien produce lo hace desde una lengua semiperiférica, desde un país sin capital simbólico transnacional (sí regional —cf. Rocca, 2009; Dujovne, Sorá y Ostroviesky, 2014; Beigel, 2017; Corral, 2021; de Castro, 2021—) y desde instituciones argentinas? En este juego, los casos de Ernesto Laclau y de Walter Mignolo (G1) no hacen más que confirmar, al menos provisoriamente, las conjeturas aquí enunciadas: somos, como diría Sarlo, «intelectuales de cabotaje», «criollitxs». Nuestra posición en el campo transnacional permite entender por qué la potencia heurística de nuestra producción es, quizá, el factor menos determinante de los que cuentan en su circulación. ¿Hubiera circulado como circula la producción de Laclau si no hubiera enseñado en la activista universidad de Essex y si no hubiera publicado en inglés desde la prestigiosa editorial Verso? (se advertirá que la pregunta es meramente retórica). La relevancia de la interrogación contrafáctica (cf. Kozel, 2022) se anuda a los interrogantes que activa y a las hipótesis cuya formulación estimula. De cualquier manera, para «comprender los modos en que los migrantes pueden impactar en los espacios de partida y en los de llegada» (Croce, Lunardi y Regazoni, 2022:6) es necesario responder al tipo de cuestiones simples que despuntó José Luis de Diego (2003:18) en sus estudios pioneros sobre estos problemas. Preguntas «sencillas» pero que exigen tan arduos desarrollos para responderse (cf. Lastra, 2016). Preguntas del estilo: quiénes se fueron y por qué, adónde se fueron y por qué y con qué medios, de qué vivieron, cómo vivieron, en qué redes de sociabilidad se movieron, qué efectos generaron esos desplazamientos en los espacios de acogida y qué derivas

en el subcampo específico; y luego, a la inversa, quiénes vinieron y por qué y con qué medios, de qué vivieron, en qué redes de sociabilidad se movieron, qué efectos generaron en el espacio que los recibió y qué derivas en el subcampo específico. En ese camino, junto a otrxs investigadorxs (Lastra, 2016; Rivero, 2017, 2018; Canala, Dumont y Gerbaudo, 2022; Bollig, García y Gerbaudo, 2022; Hidalgo Nácher, 2022c), estamos.

TERCERA PARTE

~

CIERRE–APERTURA

Una lectura, un cuento (y algo más sobre feminismos, regionalismos–no–regionalistas y otras marcas de agencia)

Cuando empecé a trabajar en la línea de problemas que explora este libro, mi primer entrevistado fue José Luis de Diego. En aquella conversación que tuvo lugar en un bar de La Plata el 12 de mayo de 2006, una de mis preguntas apuntó a la investigación enmarcada en su tesis doctoral que, por aquel entonces, ya se había transformado en un clásico de los estudios literarios: *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina, 1970–1986.* Como sucede durante las clases que provocan envíos y relecturas, su respuesta me llevó a revisar un planteo que de Diego había introducido en las primeras páginas de ese texto (cf. 2003:17). Se explicitaba allí no solo un modo de trabajo sino también los obstáculos que sortean las investigaciones apoyadas en bases empíricas. La observación que generó el envío fue la siguiente:

> Cuando escribí la tesis me encontré con que la bibliografía sobre la dictadura era inabarcable, dispersa, caótica. Entonces lo primero que tenía que hacer era establecer una base positiva: ¿qué se publicó en Argentina del 76 al 83? Revisé trescientos mil artículos y encontré que eso no estaba hecho. ¿Cómo se habló tanto si nadie hizo eso? (...) El exilio: ¿quiénes se fueron? ¿Cuándo se fueron? ¿Adónde se fueron y qué produjeron? No sabés lo que fue contestar esas preguntas. Una tortura fue esa investigación. Vos podés decir, son preguntas básicas. Sí, pero responderlas es muy complicado porque no se hace base empírica positiva para investigar. (de Diego, 2006a)

Como de Diego, orienté las búsquedas sobre la institucionalización de los estudios literarios en Argentina y sobre su internacionalización entre 1958 y 2015 a partir de un conjunto de preguntas sencillas cuya resolución (provisoria y, sobre todo, no exhaustiva) demandó más de diez años. A los efectos de evitar la repetición de lo ya leído en las páginas precedentes organizadas en capítulos donde se presentan las síntesis parciales alcanzadas sobre cada problema, hago foco en algunas decisiones tomadas en función de agregar un par de notas, quizás útiles para algunos debates del presente.

Para empezar, quisiera volver sobre la escala elegida: ¿por qué abarcar semejantes procesos en un arco temporal tan extenso y en un espacio de bordes difusos? La necesidad de despuntar un diagnóstico sobre la institucionalización de los estudios literarios en Argentina y su internacionalización que fuera más allá del análisis de caso en el que me había movido con comodidad hasta empezar a investigar en el equipo INTERCO SSH se me impuso durante la investigación: el interés en detectar regularidades y/o discontinuidades que permitieran caracterizar la dinámica del subcampo de la que participaban esos mismos casos que había estudiado, llevó a tomar esta decisión.

Desde entonces, la pregunta sobre qué se ve desde un estudio de caso y qué desde un estudio de campo resultó inescindible de otra: qué se ve según la toma de posición desde la que se fabrique el objeto. Esta decisión incidirá no solo en las formas de resolver los problemas sino en las preguntas que se plantearán. En ese sentido, hacer caer juntos a Derrida, Bourdieu y Antelo, a Sapiro, Martínez y Aguilar, a Didi–Huberman, Beigel y Goldchluk, entre otrxs, reconoce sus antecedentes en los ensayos de Monteleone (tal como se explicitó en las primeras páginas de este escrito) y en los de Silviano Santiago cuya valoración hereje de «Hegel y Haití» (esa «bomba filosófica» que, mientras ponía en contigüidad los sofisticados pasajes del célebre teórico con la revolución haitiana, se pronunciaba sobre los límites que la fragmentación disciplinar genera a la hora de resolver problemas complejos) fue un estímulo a la osadía metodológica. Intentar pensar desde las ciencias humanas y desde las sociales a partir de una selección estratégica de lo que necesitábamos de ellas para andamiar las respuestas a las preguntas planteadas desde un estudio que se quiso «de campo» fue la primera decisión importante.

La segunda decisión estuvo determinada por la primera, como en un juego de muñecas rusas. Haber detectado tiempos múltiples en un espacio cuyas demarcaciones no coincidían con los mapas políticos del Estado–Nación ni necesariamente sus centros con sus capitales (nacional y provinciales) llevó a evitar el significante «destiempo». Cada vez que, en un mismo corte temporal, en diferentes espacios, se advirtió la convivencia de estados disciplinares

disímiles, en paralelo e ignorándose (no necesariamente ni en todos los casos por efecto de la voluntad de lxs agentes sino por las condiciones materiales de producción), los planteos de Raúl Antelo y Silviano Santiago daban fundamentos para una lectura: la distancia heurísticamente prolífica de ambos respecto de un concepto unívoco de tiempo encontraba sus antecedentes en un Aby Warburg leído a su vez por Georges Didi–Huberman. Mi interpretación se apoyó en esta cadena de envíos: reconocer más de un estado de los estudios literarios en lo que se reconoce como «el» estado de los estudios literarios en un país con 36 carreras universitarias de letras (33 en universidades públicas, 3 en privadas) y 105 universidades (59 públicas, 46 privadas) a 2015 es solo el puntapié inicial para un cartografiado que exige desarrollar estudio de casos, no para completar ningún mapa sino para precisar los trazados someros aquí esbozados que, por otro lado, no pudieron abarcar ni a los institutos de formación docente ni a las universidades privadas sobre las que hay algunas pocas inferencias y un puñado de hipótesis tangenciales derivadas del análisis de la muestra (además de los envíos a los trabajos en curso sobre estas zonas de intervención).

Tercera decisión: entre *La belleza de las cosas que salen mal* de María Victoria Rittiner Basaez (2021) y Raúl Antelo con sus prácticas de enseñanza centradas en la vuelta reflexiva sobre errores y dificultades de proyectos realizados, elegí dejar expuestos varios hilvanes y mostrar las costuras, los remiendos, los zurcidos, lo que se resolvió de modo tentativo a partir de los retazos que había logrado no solo reunir sino también examinar (lleva mucho tiempo estudiar cada trayectoria, cada cuento y, ni que decir tiene, construir los datos «estadísticos» y luego, sobrepasar el nivel inicial de repetir los números para poder, por fin, hipotetizar). Hay aquí también una convicción ligada a la transferencia: hablar sobre los tropiezos inevitables en un proceso de investigación, enseñarlos y analizarlos junto a otrxs, además de constituir una marca de estilo, potencia el escudriñamiento heurístico y estratégico de decisiones en trabajos en curso y/o proyectados. Como el «informe técnico» que funcionó como antecedente de esta serie llamada «Archivos en construcción», este también se quiere «en borrador».

Cuarta decisión: al escribir estos resultados se planteó como desafío evitar tanto la cronología como el inventario y, a la vez, abstraer constantes y variaciones mientras se exponía la evidencia empírica que sostenía las tendencias detectadas. Si algo se desprende del concepto de campo de Bourdieu es que no se puede comprender ninguna actividad específica sin conocer sus reglas propias, los intereses en juego y la posición tanto de sus agentes en el espacio (aspecto relacional decisivo para poder determinar la posibilidad de incidir en el marcado de la agenda) como del campo, en fricción con otros (aspecto

crucial para precisar cómo se aplica el término «relativa» cuando cae sobre la palabra «autonomía», es decir, cuánto margen de maniobra se tiene en tal o cual coyuntura y en relación con qué poderes que lo constriñen o, por el contrario, lo expanden). Desde esta doble exigencia se analizó qué tipos de autonomía hubo en un subcampo específico como el estudiado cuyas condiciones de trabajo se generaron desde un campo estatal transido por las fluctuaciones provocadas por diferentes gobiernos en un arco que va desde la persecución ideológica a los recortes presupuestarios y en el que la apuesta a la ciencia y la educación tuvo carácter de excepción. Entre regularidad y excepción, una constante: el intento de imponer un proyecto económico es el hilo que hilvana dictaduras y posdictaduras (cf. Monteleone, 2018; Szpilbarg, 2019; Zícari, 2020). No es posible hablar de autonomía (aunque relativa) sin atender a este condicionante.

Las tendencias detectadas en el subcampo específico se ordenan, entonces, a partir de problemas agrupados por capítulos y apartados cuyos títulos insinúan las hipótesis que los articulan; en cada uno se incluyen las conclusiones alcanzadas. Cada capítulo podría haber dado lugar a un libro (o incluso a más de uno). Pero yo quise escribir este: el boceto de una cartografía que el análisis de casos en estudio y también por–venir permitirá afinar, es decir, corregir, discutir, precisar. Un cuento sobre fantasías de agentes que producen en un país periférico en el circuito internacional de las ideas desde instituciones pero también desde formaciones que las imitaron y/o les disputaron su legitimidad y/o expandieron sus alcances según las circunstancias. Un cuento sobre lo que se pudo y se puede gracias a la educación pública y la ciencia sostenidas con fondos del Estado y también, a pesar de las violencias generadas por el Estado convertido en máquina de persecución de la disidencia ideológica y/o desentendido del financiamiento de esa educación pública y de esa ciencia con su correlato en des–institucionalizaciones parciales de líneas disciplinares y construcciones de objetos, exilios internos, migraciones devenidas internacionalizaciones forzadas, precarización laboral y asimetría entre lxs agentes (tener o no tener capitales económicos propios y tener o no tener hijxs y/o familiares a cargo supone condiciones materiales desiguales al momento de construir una carrera en un espacio laboral que se tornó extremadamente competitivo). En definitiva, un cuento sobre pasiones, obsesiones, pérdidas, renuncias, dolores, frustraciones, desencantos y búsquedas; sobre lo que se pone en juego mientras se ejerce una profesión con–fundida, en ocasiones, con una forma de vida.

Quinta decisión. El trabajo está orientado por una clave de lectura que Josefina Ludmer, en un intercambio de mails que tuvo lugar en 2011, con su característica e implacable economía, advirtió: «decís cosas sobre lo que hice

que ni yo misma sé». «Hablar me da miedo porque sin decir nunca bastante, digo también siempre demasiado», admitía Derrida (1967b:18). Estimo que fue esa la posición desde la que he confrontado prácticas y cuentos sobre enseñanza, investigación, divulgación, extensión, migraciones, armado de redes, publicaciones y traducciones. Prácticas y cuentos de una muestra de agentes del subcampo de los estudios literarios. Cuentos atravesados por el «secreto» (ese no–saber aun en lo que se cree reconocer como saber–sobre–sí): «nadie sabrá jamás a partir de qué secreto escribo, y que yo lo diga, no cambia nada», sentenciaba Derrida (1991). Cuentos sobre orígenes siempre perdidos y apenas entrevistos, míticas fundaciones, dones y deudas, afecciones que no pueden leerse sino desde los textos: «no hay fuera del texto», «no hay más que contextos», alertaba Derrida mostrando, desde ángulos aparentemente opuestos, el mismo límite, la misma im–posibilidad y, a la vez, el mismo recurso disponible. Con esos restos trabajamos. Ni los voluntarismos–no voluntaristas escapan a esta deriva que incluye a este mismo cuento que aquí se va terminando: «Sé que estoy comprendido en el mundo que tomo por objeto», decía Bourdieu. Y lo cito, una y otra vez, como un mantra, por si acaso, por si no quedaran suficientemente explicitados los condicionantes y los límites (sobre todo los límites). Es un riesgo leer un subcampo como un texto, a la Derrida, es decir, siguiendo apenas un par de hilos de una trama que reclama (siempre) otras (por–venir), a saber: las disputas que lo dinamizaron y lo que se pudo, a pesar de todo.

Un repaso de los indicadores construidos a partir del análisis de la base empírica permite volver, al sesgo, sobre los resultados alcanzados mientras evito la tediosa repetición exacta de lo ya dicho. Los ordeno capítulo por capítulo.

Respecto de la institucionalización, un indicador de baja inversión estatal y de discontinuidad de las políticas públicas lo constituye el rol determinante de las bibliotecas personales de lxs agentes en el sostén de prácticas de enseñanza y de investigación. Entre los indicadores de asimetría entre polos centrales y marginales del subcampo se cuentan las fechas de creación de carreras de doctorado y de publicaciones periódicas universitarias (indicador que exige tomar en cuenta los años de creación de la universidad y de la carrera de letras de modo de efectuar una comparación situada), la actualización bibliográfica de los programas de las materias, la posibilidad de formarse a partir del trabajo de cátedra y el contrato de «profesorxs viajerxs» (cf. Gasel, 2021b, 2022). Un indicador de posición central de un polo es su capacidad de instalar temas, problemas, autorxs y textos en la agenda nacional a partir de congresos, publicaciones y propuestas de cátedra (una confluencia de acciones necesaria para intervenir en una lucha constante y dinámica).

Respecto de la internacionalización, entre los indicadores de posición marginal en el campo transnacional de circulación de las ideas se cuentan el desbalance entre el flujo de intraducciones y de extraducciones unido a aquello que resulta posible (o no) analizar en el volumen de textos intraducidos y de textos extraducidos: mientras que para los primeros, es factible seguir el orden y el ritmo de traducción de un.a.e autor.a.e (más allá de los condicionantes de tipo económico que ponen en tensión lo deseado y lo factible), para los segundos, este criterio resulta inadecuado dado el carácter fortuito y aislado de nuestras extraducciones. Agreguemos respecto de las intraducciones que un indicador de importación directa de un texto es su pasaje prácticamente inmediato al español; un indicador que nos permite reconstruir, por adición de casos, qué tradiciones intelectuales contribuyen a modelar la nuestra o, dicho en otros términos, qué países (y qué instituciones de esos países) concentran mayor capital simbólico en nuestro subcampo. Como contrapartida, un indicador de circulación de nuestra producción son tanto las lenguas a las que los textos son extraducidos como las lenguas en las que se publica en el extranjero; otro indicador lo constituyen las editoriales en las que estos textos circulan.

Finalmente, un par de indicadores permite establecer matices entre migraciones constreñidas por diferentes formas de violencia política estatal que terminaron provocando internacionalizaciones forzadas. La posibilidad de organizar la administración de los bienes personales (la biblioteca, entre otros) y la disponibilidad (o no) de estipendio o de trabajo específico en el área profesional en el país–destino ayudan a distinguir desplazamientos que, en la población estudiada, ofrecen una complejidad suplementaria para el análisis dada la «porosidad» (Laborier, 2022) entre movilidad académica y migración forzada: señalar cuándo coindicen (es decir, cuándo una internacionalización es también una migración forzada) visibiliza la violencia estatal que las origina. Una violencia que se solapa cada vez que el trabajo académico al que, más tarde o más temprano, lxs agentes se incorporarán en los países–destino, eclipsa el trasfondo y los motivos a los que obedecieron los desplazamientos. Una violencia que estos indicadores contribuyen a diferenciar: sería simplificador aplanar bajo un mismo rótulo, sin distinciones, las migraciones forzadas producidas durante y entre las dictaduras y las que tuvieron lugar en diferentes momentos del primer ciclo de la posdictadura, básicamente, porque era distinto lo que resultaba amenazante y/o lo que estaba en peligro en uno y otro caso.

Repasar estos indicadores es un modo de volver sobre los resultados del trabajo de los que solo retomo los que aporten al análisis de políticas públicas del presente. Los punteo a continuación.

En primer lugar, hay una serie de constataciones ligadas a la internacionalización que aportan a la actual discusión de los criterios de evaluación de las prácticas de lxs agentes de ciencias humanas y sociales, en general, y de estudios literarios, en particular, tanto por las universidades como por el CONICET. Como aprendimos de Bourdieu (1997), para entender la recepción y la circulación de las ideas es necesario analizar los fenómenos de no recepción y de no circulación en un campo transnacional transido por desigualdades. «Los dominantes imponen, con su sola existencia, como norma universal los principios que comprometen en sus propias prácticas», alertaba (124). Cabría recordar esta sentencia cada vez que pronunciamos, desde esta periferia, algunas palabras como «endogamia», «local», «nacional» e incluso «regional» para descalificar el espacio de publicación de una producción del subcampo de los estudios literarios frente a «internacional» y «transnacional»; palabras que, por lo general, suelen ir asociadas al término «impacto» y en binomios que ubican a las primeras en el eje del mal y a las segundas, en el del bien. Se sabe: estoy caricaturizando. No obstante el grado de a–criticidad, desdén, inercia y/o desconocimiento que está en la base de muchas asunciones de este orden merece interrogarse, en especial cuando se desempeñan roles institucionales estratégicos en organismos de ciencia y técnica: la toma de decisiones debiera apoyarse en algo más que la convicción personal de lxs agentes y atender a las lógicas de producción y circulación del subcampo específico.

La perspectiva que ofrece el estudio de poblaciones, aunque recortado desde los límites de una «muestra representativa», revela tendencias y dinámicas específicas que ayudan a comprender cómo funcionan nuestros campos. En ese sentido, los resultados condensados en la segunda parte de este libro «solicitan» (en la ya explicitada acepción de «hacen temblar») la asociación rápida entre publicar en el extranjero e «impactar» en las discusiones y, ni que decir tiene, en la agenda del campo transnacional. Son los datos sobre circulación internacional de nuestros resultados (publicaciones y extraducción) los que problematizan, para el caso de los estudios literarios, la cuestión del «impacto (internacional)» y, en el mismo movimiento, hacen trastabillar los criterios de valoración de nuestra producción vigentes en nuestros organismos de ciencia y técnica. Estos estudios hacen visibles condicionantes que, en muchas oportunidades, no se tienen en cuenta al momento de fijar criterios de evaluación: ¿se sabe que nuestra publicación en los circuitos dominantes no necesariamente deriva en una circulación internacional sino más bien en un reconocimiento local (cf. Beigel, 2014; Sorá, 2020)? ¿Se considera que los estilos de producción y circulación de las disciplinas (e incluso de líneas dentro de las disciplinas) son diferentes (Sapiro, 2019)? Si esto no se toma en cuenta, resulta

inevitable que los modelos de algunas disciplinas (dominantes) y/o de algunas líneas (dominantes) de algunas disciplinas fijen los criterios de evaluación desconociendo lógicas de producción y circulación específicas con el alto riesgo de provocar una modelización (de producción y de circulación) que impacte (ahora sí uso la palabrita) muy negativamente en las dinámicas del subcampo en cuestión pudiendo llegar a tergiversar el sentido mismo de algunas de sus prácticas (entre otras, la publicación).

Por otro lado, el análisis de las razones y las repercusiones de nuestras prácticas asociadas a la internacionalización (migraciones, cooperación, publicaciones, intraducciones y extraducciones) y a la institucionalización (enseñanza, investigación, publicaciones, organización profesional) atenúa asunciones taxativas pensadas desde extremos descalificatorios expresados a partir de binomios como «colonización» versus «endogamia». Más bien, lo que se observa en buena parte de las prácticas relevadas son estrategias de acumulación de capital simbólico en el extranjero que le permitieron a algunxs agentes visibilizar y/o legitimar la producción propia en el espacio nacional y/o regional, ya sea porque se acciona desde un polo periférico, ya sea porque se intervenía desde formaciones contra líneas hegemónicas instaladas en las instituciones. Además hay en estas prácticas una construcción de agencia similar a la que se deja entrever en el empeño por visibilizar el estatuto teórico de nuestros espigones. Una circulación que, hasta el momento, y salvo contadas excepciones, no sobrepasa el circuito del «entre nos»; un circuito valorado, entre Heilbron y Gingras (2009), entre Sapiro y Seiler–Juilleret (2016), más allá de la lógica plañidera y en alerta tanto respecto de los «nacionalismos metodológicos» (Wimmer y Schiller, 2003) como respecto de los radicalismos de las «epistemologías del Sur» (de Sousa Santos, 2018; Meneses y Bidaseca, 2018). Cabe resaltarlo: el hecho de que haya textos en humanas y sociales que tengan una circulación nacional, con suerte regional (hecho indisociable de su temática, lengua de escritura, editorial que los publica y espacios en los que se difunden), no es un fenómeno privativo de Argentina ni de América Latina (cf. Heilbron y Gingras, 2009; Santiago, 1999; Sapiro y Seiler–Juilleret, 2016) y, por otro lado, esto no menoscaba el valor de la producción. En todo caso, deberíamos remarcar que decir «valor» no es equivalente a decir «consagración internacional» (más allá de las fantasías de nano–intervención de algunxs agentes). O en su defecto, la consagración y/o la circulación internacional no son los únicos valores reconocibles a lo producido. En este sentido, vale la pena recordar la muy sintomática expresión utilizada por Gustavo Sorá (2021) para caracterizar las circunstancias que llevan a que alguien que investiga desde la periferia publique en los circuitos de prestigio transnacional: «la ligamos de

rebote», señaló sin vueltas. Una constatación a la que se agrega otra: no alcanza ni siquiera con publicar en estos circuitos para tener «impacto» internacional sino que se requiere que la producción en cuestión sea mantenida en agenda desde esos mismos polos centrales (ser citadx, invitadx, incluidx en redes, etc.). De cualquier modo, se trata de una participación de carácter episódico e inestable dado que, lejos de sostenerse en el capital simbólico de ciudades, instituciones, países, lenguas, tradiciones de pensamiento y/o editoriales, se asienta sobre el frágil capital social específico construido gracias al esfuerzo individual y, por lo tanto, prácticamente condenado a un «impacto» efímero que no va más allá de la vida profesional activa del agente y de su circulación por esos polos centrales.

Sin rayar en determinismos, o en todo caso, en el borde de determinismos–no–deterministas que desalientan tanto la prepotencia como la ingenuidad de los buenos propósitos, otras investigaciones también han constatado la importancia de las relaciones de fuerza entre lenguas y tradiciones nacionales, entre procesos de construcción de una «firma» y lugares de visibilización institucional, entre capital simbólico de las editoriales que ponen en circulación los resultados de investigación, rol de lxs agentes y/o de los *scouts*, redes de interacción y, como un eslabón más (por ninguna razón, el más determinante), aporte de un texto en la circulación transnacional de las ciencias sociales y humanas (cf. Franssen, 2015; Sapiro, 2018; Sapiro y Leperlier, 2021; Sorá, 2020; Heilbron, 2020).

Dicho de otro modo: se busca «solicitar» el uso poco re–flexivo de términos al momento de calificar nuestra producción tanto desde el campo científico, en general, como desde el subcampo específico, en particular. No se trata de heteronomía. Tampoco hay violencia estatal a la cual responsabilizar. Hay una controversia específica entre líneas y agentes del subcampo, en lucha entre sí y con otros campos disciplinares. Discutir a partir de datos los factores que operan en la fabricación internacional de los estudios literarios es una vía para revisar, sin idealizaciones ni voluntarismos, los criterios de valoración y jerarquización de nuestra producción. Saber con precisión qué lugar ocupamos en el espacio transnacional de circulación de las ideas ayuda a tomar decisiones sobre nuestros sitios (efectivos y posibles) de intervención. Por otro lado, trabajar con una muestra que incluyó diferentes grupos etarios pone de manifiesto un desacople importante: aplicar los actuales criterios de evaluación tanto para ingresar como para promocionar en CONICET a cualquier investigador.a.e que supere los cincuenta años supone no tener en cuenta que durante los primeros veinte de su vida laboral activa, los criterios fueron otros (se ruega repasar el apéndice con las entrevistas que sugieren no solo un malestar sino

una disociación entre lo que algunxs investigadorxs creen que vale la pena hacer y lo que terminan haciendo, más allá del carácter modelador de prácticas que tienen los criterios de evaluación en las representaciones respecto de qué es investigar, para qué hacerlo, con qué fines y para cuáles destinatarixs).

Es urgente e imperioso enunciarlo a viva voz: las evaluaciones tienen un efecto modelador de prácticas indisociables de su intervención en la fabricación institucional del valor. De este modo, que una producción orientada al espacio local, nacional y/o regional donde, como queda manifiesto, hay más chances de intervenir transformando prácticas y/o generando agendas, sea considerada menor en los organismos públicos de ciencia y tecnología, supone desconocer resultados sobre tendencias globales de producción y circulación en ciencias humanas y sociales (cf. Sapiro y Seiler–Juilleret, 2016; Heilbron, Boncourt, Schögler y Sapiro, 2017). En ese sentido, que el término «internacionalización» comience a ser pensado como sinónimo de «regionalización» es una reacción sintomática que exige ser interpretada: junto a la importancia de nuestros «cosmopolitismos limítrofes» (Aguilar, 2015, 2016) cabe prestar atención a datos convergentes derivados de, por un lado, investigaciones empíricas más abarcativas que cuestionan los criterios de valoración de nuestra producción científica por su «impacto internacional» y/o por su circulación en el circuito *mainstream* (Salatino y López Ruiz, 2021; Beigel, 2018, 2019) y, por el otro, los derivados del examen del campo transnacional que ratifican la consolidación de fenómenos de «regionalización» crecientes (Heilbron, Boncourt, Schögler y Sapiro, 2017:19) junto a un énfasis en el carácter diferencial de los «patrones de internacionalización» (1) de las ciencias naturales, por un lado, y de las sociales y humanas, por el otro. Ciencias humanas y sociales que, a su vez, tienen patrones diversos según disciplinas y líneas (cf. Sapiro, 2019).

En segundo lugar, los resultados del proyecto INTERCO SSH muestran la importancia de la lucha dentro de los campos y entre los campos en la definición de las agendas de las disciplinas. Todo parece indicar que las tradiciones y características de las instituciones argentinas habilitan una lectura del disenso en términos de oportunidad. No se trata solo de que contamos con una universidad de tradición plebeya que resiste la estandarización burocrática global (por suerte, no nos pagan más por publicar en revistas indexadas en el circuito *mainstream* como sucede en otros países latinoamericanos) sino también de que en el CONICET, el principal organismo de producción científica del país, junto a lxs defensores a ultranza del modelo que se deriva de las ciencias naturales y que en nuestro subcampo llevó a despreciar al libro ubicándolo, en términos de cuantificación, solo como el equivalente a un artículo de los del tipo «revistas del grupo 1» (claro signo de desconocimiento de los

diferentes estilos de producción y circulación de las ciencias —una salvedad se impone: los resultados finales y comparados de la mega–investigación INTERCO SSH son recientes, es decir, albergamos alguna esperanza de transformar el estado de las cosas a partir de su difusión—), hay investigadorxs que resaltan la importancia de este formato así como hay quienes se pronuncian contra estos criterios de clasificación de revistas que, cabe rescatarlo, en ciencias humanas y sociales, aun dentro del organismo y hasta ahora, ponderan los circuitos de indización latinoamericanos. Se trata de posiciones derivadas de investigaciones empíricas inescindibles de tomas de posición: Fernanda Beigel no duda en calificar como «alienadas» las asunciones acríticas de formas de evaluar que desconocen tanto la potencia del circuito de publicaciones regional, en acceso abierto y no comercial, como el carácter «diverso» de lo producido en Argentina y de su circulación (Beigel y Gallardo, 2021), más allá de sorprenderse por el aval a criterios de valoración y evaluación en cuya elaboración no se ha participado. De esta manera, la constatación de la bibliodiversidad da letra para defender tanto la promoción de «una perspectiva multiescalar» (Beigel, 2021) como, en el caso particular de los estudios literarios, demandar una evaluación que atienda a la grieta entre habitus de los campos científico, universitario y literario.

Una grieta expresada en nuestros estilos de publicación: frente a la estandarización que provoca la hiper–jerarquización de la producción bajo el formato «artículo en revista indexada tipo 1», seguimos publicando en revistas culturales, escribiendo libros y produciendo catálogos de muestras artísticas. Una grieta que va más allá de la tensión entre el privilegio de la práctica de investigación frente al conjunto de las prácticas de enseñanza, investigación, extensión y divulgación (término que sigo usando frente al más expandido de «comunicación pública de la ciencia» que no deja de tener tantas ambivalencias como críticas ha recibido el que aquí escojo). Es decir, una grieta que va más allá de la tensión CONICET/universidad. Lo que está en juego es qué se entiende por investigar: tensión traducida en la valoración de qué se entiende por producto o resultado legítimo y/o valioso de esa práctica. Una grieta solo estimulada en parte por la convivencia de dos culturas evaluativas diferenciadas (Beigel y Baranger, 2019:271) promovidas por las instituciones de pertenencia de lxs agentes: el CONICET y/o la universidad. Si bien los capitales diferenciales requeridos para el ingreso y permanencia en cada una (con patrones en pugna en el CONICET donde, de cualquier modo, el peso de los criterios de las ciencias naturales ha dominado de modo hegemónico; con patrones variopintos en el caso de las universidades: «el ingreso a la docencia depende de reglamentaciones tan diversas como las (...) universidades nacionales

existentes» [Beigel y Baranger, 2019:272]; «Los requisitos para acceder a un cargo docente efectivo son bastante diversos en cada institución, en función de sus regulaciones autónomas» [272]) unidos a los capitales construidos por escritorxs en el campo literario movilizan debates sobre el sentido de nuestras prácticas en el subcampo (enfrentamientos sobre el sentido de la investigación, la enseñanza, la extensión, la divulgación y la internacionalización) y las modelizan, es la toma de posición de lxs agentes la que marca la diferencia. Tomas de posición entre las que se cuenta la de agentes que defienden la circulación en las lenguas y en los formatos de discusión internacional de sus objetos. En definitiva, más de una toma de posición sobre qué se entiende por «producción relevante», sobre la atención (o no) a los tiempos de producción diferenciados exigidos por los variados objetos y sobre la valoración de los «productos» de esos haceres. Tomas de posición, en definitiva, sobre el sentido (social) de nuestro hacer profesional. Que en el campo científico y académico alguna se escuche más que otra es indisociable del efecto de la posición que ocupa quien enuncie (otra vez, lucha entre disciplinas e instituciones con sus capitales simbólicos acumulados).

Ahora bien, si este es un problema que afecta especialmente al CONICET y a sus agentes dado que la investigación es la práctica específica que financia y busca desarrollar este organismo, el que sigue afecta especialmente a la universidad. Encontramos así que, en tercer lugar, ni hipotetizada ni prevista, una insistencia empezó a emerger del análisis del conjunto de textos utilizados en este trabajo. Una insistencia que actualiza una frase pronunciada por Daniel Link en un ya lejano 1994: «la clase (más que la cátedra) es el lugar de todos los intercambios» (17). La vigencia de esta aseveración que no opone sino que más bien jerarquiza clase por sobre cátedra obedece a varios datos en cruce: 1) la importancia dada a los aprendizajes en cátedras; 2) la valoración de libros que exhuman clases y de libros destinados a clases por–venir en los niveles secundario y primario; 3) el reconocimiento del lugar de las clases tanto en la elección de un área de especialización como en la construcción de un problema a investigar. Un reconocimiento constatado en diversas entrevistas (cf. Anexo 3, Entrevistas; cf. de Diego, 2006a; Bombini, 2022), en la mayor parte de las tesinas y tesis que evalué en los últimos tres años (Prieto, 2020a; Santomero, 2021; Hirschfeld, 2021; Cuartas, 2021; Román, 2021a; Vulponi, 2022; Ximenes, 2023), en trabajos que exhuman tesis de maestría realizadas hace más de dos décadas pero no publicadas y por lo tanto secretas hasta ahora (Prósperi, 2003, 2021a, 2021b, 2022a, 2022b), en exhumaciones de clases («este libro no hubiera tenido lugar si yo no hubiera abrazado la docencia» es una frase que Elvira Arnoux destacó al presentar el que rescata las clases de Teoría literaria dictadas

por Isabel Vasallo en el Joaquín V. González [cf. Vasallo, 2022:301; Arnoux, 2022]), en semblanzas («lo primero que supe de vos fue tu nombre y apellido como autora del libro recomendado por Beatriz Sarlo en las clases de Literatura Argentina II en la UBA», le susurra Cristina Fangmann a Sylvia Molloy en una carta que recoge también lo aprendido a partir de lo enseñado durante sus años de tesis en NYU, bajo su tutela [2021:85]) y en consultas (esas conversaciones informales que parecen ofrecer ámbitos más propicios para que quien habla, suelte la lengua). Hay ahí una señal a atender: esa repetición expresa el malestar con un sistema de evaluación más fantaseado que materialmente traducido en prácticas efectivas en la universidad pero que, de todos modos, genera síntomas. Si bien hay resultados de investigaciones recientes que confirman el carácter hospitalario del PROINCE respecto al conjunto de prácticas sustantivas de la universidad (cf. Beigel y Gallardo, 2019), el tufillo a cierta jerarquización de la investigación por sobre la enseñanza unido a cierto desprecio y/o a cierto desentenderse de la extensión se verifica en estas repeticiones en las que el fantasma de la colonización del CONICET sobre la universidad aparece. Cuando irónicamente un agente alude a prácticas valiosas «que no podrán cargarse en el SIGEVA» o cuando otrx interpela a lxs estudiantes de un profesorado en letras universitario con la frase «exíjanle a la academia, escuela» o cuando otrx elige entre los libros que le hubiera gustado escribir (nuestra tan citada pregunta del formulario) los producidos por quienes, «aun habiendo podido permanecer cómodamente instalados en el ámbito académico, tomaron la decisión de producir materiales para la enseñanza de la literatura en la escuela, ámbito al que habitualmente y sin culpa las facultades de Letras dan la espalda (esa actitud que Bombini señalaba como «deuda teórica»)», resulta imposible no escuchar un run–run sintomático (ese que también expresa Isabel Vasallo al referirse al ninguneo que la «preparación de clases» tiene en el poroteo de antecedentes prestigiosos en el nivel superior [cf. Vasallo, 2022:20]; ese que se desliza en una observación de Nora Catelli sobre la universidad española pero que vuelve, como en espejo, sobre nosotrxs que nos queremos tan barthesianxs: «las autoridades universitarias españolas y catalanas, estúpidamente, quieren marcar con distinta escala de méritos la docencia —despreciada— de la investigación —festejada y concebida como suma de articulitos en revistas indexadas— deberían volver —¿volver?— sobre los seminarios [de Barthes] donde se ve claramente que en las humanidades la transmisión es, al mismo tiempo, lección y descubrimiento» [2015c]). Me apresuro a aclararlo: repongo solo estas tres afirmaciones, a modo de muestra. Deliberadamente escojo las de agentes que se ocuparon de la enseñanza desde diferentes polos del campo y a partir de intervenciones tan heterodoxas como filosas.

Empiezo por el final: la última de estas tres citas es de Facundo Nieto (G4) que, apenas en un párrafo, con una enorme capacidad de síntesis, trazó un arco temporal que fue desde 1996 (fecha en la que se publicó en *Orbis Tertius* uno de los textos pioneros de las didácticas de la lengua y de la literatura donde Bombini observaba la «deuda» de quienes investigaban en teoría literaria con los problemas de la enseñanza) hasta el presente. Cuando Nieto menciona los *Lecturones* y los *Escriturones* de Maite Alvarado, los *Literator* de Daniel Link *y Leer literatura en la escuela media* coordinado por Miguel Dalmaroni entre algunos de los libros que hubiera deseado escribir (cf. Anexo 3, Entrevistas) realiza una evaluación indirecta de la producción intelectual del subcampo en términos de involucramiento con las prácticas de formación de mayor posibilidad de inserción laboral. Su diagnóstico coincide con el que Bombini realizaba por la misma época durante una entrevista conducida por un grupo de docentes y estudiantes de la carrera de letras de la UNL. Dos egresadxs de la UBA con una zona de interés compartida pronuncian reclamos similares en un arco que, entre 1996 y las dos primeras décadas del siglo XXI, arroja en el «haber» algunos resultados, exiguos, pero resultados, al fin.

La primera de las tres citas es de Germán Prósperi (G4). Una afirmación tomada de una conferencia que resume los aportes de su, hasta ahora, secreta tesis de maestría en didácticas específicas defendida a principios del siglo XXI. Difícil parafrasearlo sin demasiado resto. Envío entonces a este fragmento, no sin algunos subrayados. Para empezar, las alusiones al menosprecio de la clase como posible lugar de despunte de producción de conocimiento, la despreocupación por su cuidado asociada a la imposibilidad de contabilizarla en el poroteo de una «carrera» profesional y el claro malestar con la «psicosis» (y uso con deliberada intencionalidad este término para dar cuenta de un efecto de campo desmesurado de fuerte «impacto» —este sí— en las prácticas de lxs agentes) alrededor de la publicación en revista indexada–tipo 1:

> Puesta en valor del espacio de la clase como texto que genera conocimiento. Militar ese lugar con la suficiente solidez con la que escribimos un artículo. Esto no cuenta a la hora de la acreditación. Nadie puede poner en el Sigeva que dio una hermosa clase sobre la Generación del 27 pero sí puede sostener ese espacio en otros ámbitos, como éste. ¿Podremos seguir sosteniendo el formato artículo como el privilegiado para producir saber o conocimiento? (Prósperi, 2021a)

La segunda cita de la serie de tres ya aludida está tomada de la mencionada conversación de Gustavo Bombini con estudiantes de la UNL. En paralelo, Nieto y Bombini, por la misma época (la entrevista de Nieto está fechada en

2018; la de Bombini, en 2019), realizaban el mismo diagnóstico. Dos agentes que se han autofigurado como pajueranxs (cf. Anexo, Entrevistas, Nieto; Bombini), que han padecido las mismas molestias en la institución donde se formaron y que produjeron algunos de los textos más disruptivos y fundantes de esta línea del subcampo (cf. Bombini, 1989; Nieto, 2021a, 2021b, 2022a, 2022b), llegan a una misma lectura del estado de las cosas:

> Algunos han decidido dividir la academia de la escuela, generar ahí una grieta. Sin embargo, ustedes están en la academia, formándose para la escuela. Entonces, no vean esos dos campos como campos divididos, extraños entre sí. Exíjanle a la academia, escuela. Exijan que esos mundos se crucen. Ustedes son el lugar de cruce. Son los sujetos de cruce por excelencia. Asuman con convicción, como niños caprichosos, ese lugar. (Bombini, 2022)

En ese sentido, si algo aporta la base empírica aquí analizada, es un conjunto de datos específicos alrededor de la importancia del equilibrio en la valoración de las prácticas sustantivas de la universidad y desde la universidad: investigación, enseñanza y extensión caían juntas tanto en la UBA como en los grupos de las catacumbas, tanto en la sede Rosario de la UNL como en el CEFIL, en la UNSa como en el GEL. No podría decirlo mejor que Link: «la clase (...) es el lugar de todos los intercambios» (1994a:17). Es también, como lo prueba la base empírica, el lugar donde se produce buena parte de las transferencias que llevan a la investigación. Hay aquí, en este conjunto de datos intersectados, algunas «señales» en el sentido Yamile Socolovsky del término: señales para «imaginar las alternativas que necesitamos proponer y construir» (2021:13) al evaluar nuestra producción, no solo desde la universidad sino también desde el CONICET.

En el caso del CONICET, ¿debería estar la mira puesta solo en el «impacto» internacional de una producción? ¿Debería contar el número de citaciones de una publicación al momento de medir su valor (y, en todo caso: ¿qué se mira cuando se contabilizan estas citaciones?; ¿solo las revistas académicas?)? En el caso de la universidad, ¿cómo trabajar para que la clase y/o la extensión y/o la divulgación recobren el capital simbólico que parece haberse llevado, casi por completo, la publicación vistosa en circuitos prestigiosos? Y finalmente: ¿para quiénes y para qué producimos, escribimos, trabajamos?

Cierre–apertura es el nombre de este apartado. Nuestras síntesis plantean nuevas preguntas y conectan con investigaciones en curso y por–venir no sin ofrecer datos empíricos que dejan entrever algunas primeras respuestas. Cuando Socolovsky, en las primeras páginas que condensan los resultados de

un estudio sobre el «impacto» del PROINCE en Argentina desde 1993 a 2018, señala que «es necesario comprender qué ha producido efectivamente en las instituciones la incorporación del dispositivo evaluador: qué subjetividades se han constituido, qué representaciones se han configurado, qué relaciones se han desarticulado y cuáles otras se han fundado en el proceso contradictorio de la resistencia y el disciplinamiento al poder del artefacto» (2021:12–13) arroja preguntas que, si bien exigen para su respuesta el análisis de muestras más importantes y en más de una disciplina, tienen aquí algunas primeras resoluciones enunciadas desde un subcampo que, en términos generales, «se aleja del paradigma de las ciencias exactas y naturales, matriz originaria de los parámetros de cientificidad» que terminó imponiéndose, prácticamente de modo hegemónico, sobre todo en el CONICET en todo el arco temporal estudiado (salvo períodos de excepción) y luego, trasladándose solo en parte a la universidad. Una interacción que no aconteció sin fricciones tanto dentro del campo científico como dentro del universitario que, si bien no se plegó a esta perspectiva, se ve acosado por el fantasma de la productividad a destajo en desmedro tanto de las prácticas de enseñanza como de las producciones destinadas a mediarlas. Nuestro diagnóstico converge, en parte, con el de Socolovsky: «devaluación de la docencia, provocando la desatención —cuando no el abandono— de la función de enseñanza en el nivel de grado» y «confinamiento a los márgenes de la agenda científica la producción de conocimientos ligada a la actividad docente» (12). Por otro lado, las representaciones de los procesos de evaluación del CONICET tienen en la muestra un carácter predominante negativo asociado no solo a un modelo de «ciencia» o de «conocimiento» que desconoce los estilos de producción y circulación específicos de nuestro subcampo (ni que decir tiene, las variaciones entre sus diferentes líneas) sino también a la implementación de criterios oscilantes y contradictorios (en ocasiones, arbitrarios) si se los lee en arcos temporales expandidos. No voy a escribir, «se sabe»: decido más bien remarcar que incluso lxs propixs agentes que integran el organismo parecieran ignorar cuánto de construcción y de batalla hay entre las diferentes ciencias, disciplinas y líneas y hasta qué punto inciden las políticas públicas del gobierno que ocupe el Estado en las propias (léase, por esto mismo, un subrayado del adjetivo «relativa» cada vez que hablo de autonomía a lo largo de todo el trabajo y, en particular, al referirme a esta institución). Más de un CONICET, más de un Estado.

El último dato de esta serie, en escala–nano. Se trata de la reinterpretación de un cuento a la luz de los resultados derivados del análisis cuantitativo: que sobre el final del estudio, luego de analizar todas las trayectorias y de procesar todos los números, haya descubierto un grave error en la lectura de una frase

repetida hasta el cansancio por Sarlo en más de una conversación, también merece ser leído en términos de síntoma. Que haya escuchado ironía donde había descripción literal no hace más que poner de manifiesto cómo los datos construidos a partir de esta investigación marchan a contrapelo de nuestro propio sentido común académico, de nuestras representaciones sobre nuestras prácticas y sus derivas. Así, cuando en más de un autosocioanálisis Sarlo se autofiguró como «una criollita», como «una intelectual de cabotaje», no hacía más que exhortar respecto del alcance de nuestras producciones, incluso el de aquellas que se desprenden de una trayectoria que incluye en su haber significantes como Cambridge, Columbia University, Maryland, FLACSO, Wissenschaftskolleg zu Berlin, British Academy o Stanford. Luego de estos análisis, pude entender mejor otros pasajes tanto de Sarlo como de Catelli respecto de este asunto.

«Mujer, argentina y judía» es una cadena de significantes que Catelli repitió al anudar la erudita y deslumbrante producción de María Rosa Lida con los avatares de la visibilidad transnacional de sus intervenciones en filología española, «una de las disciplinas más reticentes al cambio que se conozcan» (1999:4). Al referirse a uno de esos trabajos de Catelli (2011), Sarlo destacó que «Catelli dice lo que no podría decirse sobre Edward Said por la razón sencilla de que el tema son los filólogos del espacio hispanoparlante, esos desconocidos, si se piensa en la proyección occidental de figuras como las de Auerbach o, décadas más tarde, la del propio Said» (Sarlo, 2020:19). Un pasaje breve que anuda circulación con lengua y con una colocación de campo que muestra una geografía mucho más compleja que la que podría dirimirse señalando, simplemente, Norte/Sur. Algo que Catelli insinuaba en uno de sus trabajos pioneros sobre traducción y sobre María Rosa Lida donde ya, desde el sintomático título, «Rastros de la lucha: traducciones, versiones y menciones en la cultura argentina», alertaba respecto de lo que conducía a que «lo extraterritorial y lo cosmopolita sean glosados y reivindicados, de manera tan engañosa como tópica, como las zonas más libres y generosas de la cultura occidental» (Catelli, 1999:5).

Sería improductivo repetir aquí las conclusiones ya enunciadas sobre los procesos de institucionalización estudiados. Solo quiero enfatizar la importancia de una tendencia que elijo condensar bajo la fórmula derridiana para «definir» la diseminación y también la desconstrucción: «más de una». Más de un polo central, no solo por la disputa del centro en «campos clásicos» sino porque lo que han proliferado son líneas que obligarían a agregar varios capítulos más al libro que en 2009 publicó Miguel Dalmaroni bajo el título *La investigación literaria* que, si bien no tuvo pretensión de exhaustividad,

construyó un mapa de perspectivas entonces consolidadas y emergentes. Más de un polo también. Como puede graficarse a partir de una imagen: ya no viajamos a Buenos Aires para traernos las clases de la UBA en función de, primero entenderlas, luego estudiarlas, y luego, hasta donde se podía, imitarlas. Si pude escribir un libro sobre las clases de lxs críticxs en la universidad argentina entre 1984 y 1986 concentrándome solo en la UBA y en las áreas de teoría literaria y literatura nacional fue porque, durante esos años, ese fue el centro indiscutido del subcampo (foco modelizador de prácticas que se replicaron, con tiempos muy diferentes, en diversas universidades de Argentina) y esas dos, las líneas desde las que se construía su agenda (el lugar de la literatura española en los programas de Introducción a la literatura de los sesenta, su convivencia con otras literaturas y su posterior eje en la literatura nacional será tema de otra investigación por–venir). En buena medida, aún hoy, disputar la agenda implica poner en discusión algo de lo que se cristaliza en alguno de esos dos focos disciplinares: la proliferación actual de líneas y de centros asociados algo tocan–rozan–discuten de esta perspectiva, hasta ahora hegemónica en el sentido williamsiano tantas veces ya explicitado. También disputar la agenda es pensar contra Buenos Aires y, según las líneas, contra Rosario y La Plata: ya no viajamos a Buenos Aires pero fantaseamos con desconstruir el «canon–Sarlo» o con desbaratar el eje «cerealero portuario». Posiciones construidas por contraste que, sin embargo, siguen reconociendo ahí, un centro.

Con todo, dos tendencias se imponen: no solo el análisis de los cuentos de la muestra sino también el escudriñamiento de las prácticas de institucionalización e internacionalización de lxs agentes constatan el lazo solidario entre las agencias de los feminismos y las tramitadas desde los márgenes o, si se quiere, desde una suerte de reinvención de un regionalismo–no–regionalista. Así como Gonzalo Aguilar desquició la lectura convencional de nuestras fantasías cosmopolitas al denominar «periféricas» a nuestras clásicas migraciones «consagratorias» (esas que, con inteligencia no exenta de sarcasmo, Viñas consideraba parte del «baño europeo»: especie de santificación que otorgaba y que sigue otorgando el pasaje por ciertas instituciones de ciertas metrópolis) y «limítrofes» a aquellas que se deslizan por espacios periféricos sin pasar por los centros tradicionales, del mismo modo cabe repasar lo que habilitaron tanto las agencias sostenidas desde los feminismos como desde polos periféricos del subcampo recortado desde el perímetro nacional. Valiéndose tanto de la internacionalización como recurso para aumentar el capital simbólico de las intervenciones como de la alianza con otras disciplinas, estxs agentes construyeron nuevas líneas dentro del subcampo que, poco a poco, se volvieron visibles (e ineludibles) incluso para los polos centrales donde también nuevas líneas hacen

temblar el marcado de agenda desde la literatura nacional y desde la teoría literaria. Como ha observado Graciela Goldchluk, «lo que está cambiando es quién decide lo que vale la pena» (2022:35) y, junto con ello, pareciera estar cambiando también lo que vale la pena: diseminación de lugares de intervención, pluralidad de agendas, más de un centro en más de una línea y redefiniciones que van de la valoración de la producción científica por su «impacto transnacional» a su valoración por su «impacto social» (Beigel, 2022).

Es necesario resaltarlo: la tensión entre polos centrales y marginales en el campo recortado desde el perímetro nacional se expresa en disputas de las que no está exenta la queja dada la baja incidencia de los polos periféricos en el marcado de la agenda. No obstante, hay un juego de posiciones que recién se empieza a entrever: los polos centrales a nivel nacional ocupan una posición periférica en el campo transnacional. Si acordamos con Bourdieu en que «el capital simbólico va al capital simbólico» ya que el «campo científico da crédito a aquellos que ya lo poseen» (2001b:112) es interesante observar cómo investigadorxs situadxs en polos marginales del subcampo nacional terminan incidiendo en su agenda por la acumulación de capital simbólico en el espacio regional y/o transnacional. Si bien «el capital científico es una especie particular del capital simbólico» (Bourdieu 2001b:69), este último se funda tanto sobre el conocimiento específico como sobre el reconocimiento de lxs pares. Entonces, si «la estructura de la distribución del capital determina la estructura del campo», encontramos un juego de fuerzas que importa por su potencia emancipatoria: una suerte de quiasmo por el que agentes situadxs en polos periféricos del campo nacional han terminado incidiendo en su agenda gracias a estrategias de internacionalización que les permitieron obtener el reconocimiento de polos centrales del campo transnacional que, aunque efímero, productivo en términos de rendimiento local.

La internacionalización no solo fue una estrategia de supervivencia y/o de continuidad de la carrera profesional en tiempos de violencia política estatal (ya sea durante dictaduras, ya sea durante los ciclos posdictatoriales) sino también una estrategia de posicionamiento en el campo nacional e incluso de protección contra formas locales de violencia intrainstitucional (por lo general, sanciones indisociables de la toma de posición de lxs agentes en cuestión). Bourdieu advirtió parte de este problema al reconocer en el recurso a la internacionalización una vía de lucha «contra los poderes temporales nacionales, especialmente en situaciones de autonomía débil» (2001b:150). Agreguemos entonces que la internacionalización es también una forma de protección ante posibles atropellos por las burocracias institucionales: acumular prestigio en el espacio regional y/o en el transnacional ofrece alguna garantía simbólica;

también es una estrategia de colocación y de disputa de la agenda que, desde hace ya varios años, no es solo una, si bien desde hace algunos, hace tambalear las líneas desde las que se marcan. Dos ejemplos: que en 1996 Bombini (G4) focalizara solo en la teoría literaria la deuda con los problemas de la enseñanza es revelador: hoy el reclamo se vuelve más expansivo y comprende a las agendas institucionales completas, desde los planes de estudio hasta los programas de las materias, desde las prácticas que se privilegian hasta las que se soslayan (cf. Bombini, 2022); que en 2022 Cristian Molina (G5 —que se trate de un agente de este corte etario también es un dato—) haya colocado en paneles centrales de su congreso *Otras literaturas* a agentes que provienen de polos bien diferentes del subcampo nacional y que trabajan en clásicas, europeas, estudios literarios, teoría literaria y didácticas de las literaturas y de las lenguas es un indicador de esta emergencia. No se trata, por lo tanto, de un reemplazo sino más bien de un desplazamiento que configura un espacio mucho más plurideterminado que otrora: «Los agentes con sus sistemas de disposiciones, con sus competencias, con sus capitales, con sus intereses se enfrentan al interior de ese juego que constituye el campo en una lucha por hacer reconocer una manera de conocer» (124). Podríamos afirmar entonces, junto a Bourdieu, que cuando lxs agentes pueden vislumbrar estas operaciones en sus prácticas, desarrollan formas de intervención que los corren del lamento plañidero y la queja para ubicarlos en el territorio de la agencia: «comprender, en este caso, es comprender el campo contra el cual y con el cual uno se hace» (2001b:185; 2004:11,15).

Elijo cerrar este cuento con otro que vuelve, a su vez, sobre una serie de significantes repetida con obsesión a lo largo de este trabajo. Se trata de un cuento contado con elegancia por Martín Prieto durante el primer seminario colectivo que dictamos quienes llevamos adelante esta investigación. Si por mi parte, y en deuda con Derrida, no he dejado de repetir la expresión «más de un/a» en mi intento de que se pueda apreciar la diseminación de tendencias, líneas y puntos de vista en el subcampo de los estudios literarios, Prieto, por el suyo, no ha dejado de insistir en el significante «una» para relativizar el alcance de lo que sabemos cuando se trata de historia de la literatura. Una cautela magnificada por un dato que complejiza la lectura de una controversia descripta en páginas previas alrededor de su *Breve historia de la literatura argentina*. Esa que no solo hubiese querido acotar a poesía sino además, limitar en sus pretensiones: decir «breve historia» no es lo mismo que decir «una historia». No importa analizar aquí la cuestión de las presiones del mercado editorial y blablablá. Importa el testimonio y el bucle que lo envuelve. Mientras cuenta el cuento, Prieto trae otro, también descripto en páginas previas, sobre la conversación entre Bombini y Sarlo a propósito del uso de fuentes

testimoniales en la investigación. Su acotación es tan breve como honesta, tan económica como poderosa dadas sus derivas epistemológicas. En no más de cinco frases hay, por un lado, una suerte de tratado didáctico que interroga lo que hacemos lxs profesorxs cuando evaluamos; por el otro, hay también apuntes para otra teoría sobre el testimonio, las fuentes orales y las precauciones al momento de usarlas para leer (en este caso, un estado de un campo disciplinar). Se impone, entonces, junto a la transcripción, repetir, por si hiciera falta, «más de una» junto a «solo una». Solo una lectura de un subcampo atravesado por la lógica de la diseminación de posiciones y de tomas de posición de lxs agentes que las encarnan en un tiempo y en un espacio expandidos que los vuelven lxs mismxs y otrxs, a la vez:

> Beatriz le estaba preguntando a Gustavo desde su propio presente. En aquel momento ella estaba escribiendo su libro sobre testimonio, historia, memorias; su tan polémico libro que vuelve sobre esta idea: «ojo, los testigos pueden mentir» (...). Esto que decía Beatriz y que puede ser verdad, no le quita validez al testimonio. (...) Si vos me decís a mí, ahora, en una entrevista, «¿te gusta Mario Benedetti?», yo voy a decir «no». ¿Pero cómo hago para negar mis anotaciones a los poemas de Mario Benedetti, allá por 1980 cuando yo los leía y quería escribir como él? Es decir, ¿qué «yo» contesta? ¿Contesta el «yo» de 2021 o contesta el «yo» de 1979? (...)
>
> Para terminar: cuando publiqué la *Breve historia de la literatura argentina*, yo quería que ese libro se llamara «una» historia de la literatura argentina porque no era «la» historia de la literatura argentina. Era una: la que podía escribir entre los años 2002 y 2006 y que tampoco sería la que escribiría ahora. (Prieto, 2021a)

Si los comienzos de esta investigación estuvieron atravesados por el vértigo y la ansiedad dada la escala elegida, sobre el final puedo decir que solo esa escala permite detectar las tendencias señaladas y situarlas en un cartografiado complejo en el que el perímetro nacional se ve horadado no solo por la configuración misma del subcampo de los estudios literarios sino por los condicionantes transnacionales operantes. Un cartografiado que reclama reunir más piezas para un rompecabezas en el que siempre estará faltando alguna y otras tantas, no encajarán. Un cartografiado que, lejos de estar reñido con el análisis de casos, lo requiere en función de densificarlo. Un cartografiado entre otros que vuelven sobre los enrevesados procesos de institucionalización de los estudios literarios en Argentina y de su internacionalización entre 1958 y 2015. Un cuento. El que pude escribir entre 2011 y 2023, con–movida por la que acaso fuera la mejor definición del lazo entre el exhumar y el transformar: «Los presentes inquietos o disconformes suelen mirar hacia atrás —los

desciframientos aún pendientes del pasado inconcluso— y hacia adelante —la invención de futuros a construir— en señal de no resignación a que la síntesis poshistórica de la actualidad neoliberal lo dé todo por resuelto», señaló Nelly Richard (2020) a propósito de la muestra *Tiempos incompletos* realizada en el Museo Reina Sofía. Hacia atrás y hacia adelante, para entender el presente (o si se quiere, parafraseando la inteligente ocurrencia de Ana Longoni al pensar a Oscar Masotta [2017], la investigación como acción).

Coda

Mientras reviso el segundo borrador de este mamotreto me topo con un trabajo inmenso que me llevó a realizar ajustes en varios pasajes. Se trata de la tesis doctoral de Adriana Vulponi defendida en Córdoba en mayo de 2022. Hago propias cada una de las aclaraciones realizadas en ese acto en el que volvió sobre decisiones tomadas en una investigación que corrió los mismos riesgos que esta. Que lxs directorxs de esa tesis hayan sido Alejandro Blanco y Gustavo Sorá, es decir, integrantes del equipo argentino del proyecto INTERCO SSH, no es mera casualidad.

En aquella fría mañana de invierno, en más de una ocasión, Vulponi resaltó solo haber despuntado el análisis de un conjunto de problemas que se ocupó en detallar (un listado tan exhaustivo como abrumador y que, si mis apuntes no me fallan, rondaron veinte ítems). También aclaró que de los testimonios tomó, en esa oportunidad, solo aquello que necesitó para construir los datos. Su advertencia me trajo la pronunciada por Nora Catelli al evaluar los borradores de los textos enviados apenas un tiempo atrás junto a Max Hidalgo Nácher: «¡cuidado! Están escribiendo sobre agentes vivos». Ojalá pudiera entreverse el sentido de introducir esta coda enredada, como en bucle extraño, tanto con los comienzos de esta investigación como con lo por–hacer: esa incógnita tramitada, por ahora, como promesa, entre el don y la deuda con un material apenas empezado a desbrozar, fascinadxs con problemas solo despuntados por un nosotrxs que involucra a todxs quienes estamos comprometidxs con los libros por–venir en esta misma serie, para empezar.

~

Referencias

Bibliografía[1]

Abbott, Andrew (1988). *The System of Professions. An Essay on the Division of Expert Labor.* The University of Chicago Press.

Adur, Lucas y Diego Antico (2014). Fue como un suspiro... Marchas y contramarchas de la carrera de Letras en torno a 1973–1974. En *Filo (en) rompecabezas. Búsqueda colectiva de la memoria histórica institucional (1966–1983)* (pp. 109–128). Filo–UBA.

Agüero, Ana Clarisa y Diego García (2013). Culturas locales, culturas regionales, culturas nacionales. Cuestiones conceptuales y de método para una historiografía por venir. *Prismas*, 17, 181–185.

Aguilar, Gonzalo (1998). Todos los juegos el juego (una lectura de *Las reglas del arte*). *Causas y azares*, 7, 45–54.

Aguilar, Gonzalo (2003). *Poesía concreta brasileña: las vanguardias en la encrucijada modernista*. Beatriz Viterbo.

Aguilar, Gonzalo (2009). *Episodios cosmopolitas en la cultura argentina*. Santiago Arcos.

Aguilar, Gonzalo (2015). *Más allá del pueblo. Imágenes, indicios y políticas del cine*. Fondo de Cultura Económica.

Aguilar, Gonzalo (2016). Mia Couto: relatos para después de la guerra. *Anfibia*. http://revistaanfibia.com/ensayo/mia-couto-relatos-para-despues-de-la-guerra/

Aguilar, Gonzalo (2020). Carlos Altamirano: los comienzos y la cadencia de las escrituras. *Prismas*, 24, 263-267.

Aguilar, Gonzalo y Gustavo Lespada (1997). Prólogo. En Noé Jitrik, *Suspender toda certeza. Antología crítica (1959–1976)* (pp. 9–16). Biblos.

1. Cuando en la Bibliografía se introduzcan datos de textos en francés, inglés o portugués que en el texto se han citado en español, se trata de mi versión.

Aguilar, Gonzalo; Claudia Amigo Pino y Annalisa Mirizio (2022). *Travesías, desvíos, obstrucciones. La circulación de la teoría francesa en Latinoamérica y España*. USP. https://www.livrosabertos.sibi.usp.br/portaldelivrosUSP/catalog/book/843
Aguirre, Osvaldo (2021). *Malvaloca. Aldo Oliva y los poetas del Ehret*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/
Aira, César (1986). Desdeñosa ignorancia por la literatura de Brasil. Traducción al portugués por Jorge Woolf. http://suplementopernambuco.com.br/artigos/2512-c%C3%A9sar-aira-desdenhosa-ignor%C3%A2ncia-da-literatura-do-brasil.html
Aira, César (2001). Advertencia (marzo de 1985); Posdata de 1998. En *Diccionario de autores latinoamericanos* (pp. 7–8). Emecé.
Alabarces, Pablo (1997). Intersticios, alteridades, tráficos. Apuntes para una teoría de las culturas de las clases populares. En *La cultura en la Argentina de fin de siglo: ensayos sobre la dimensión cultural* (pp. 289–298). UBA.
Alabarces, Pablo (2002a). Cultura(s) [de las clases] popular(es), una vez más: la leyenda continúa. Nueve proposiciones en torno a lo popular. *VI Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación*. UNC.
Alabarces, Pablo (2002b). *Fútbol y patria: el fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina*. Prometeo, 2007.
Alabarces, Pablo (2008). Los cambios en el Sistema de CyT: las relaciones CONICET–Universidades. En Alejandra Ciriza, Carlos Passera y Manuel Tovar (Coords.), *Confrontaciones y consensos. La investigación en la Universidad* (pp. 65–72). EDIUNC.
Alabarces, Pablo (2011). *Peronistas, populistas y plebeyos. Crónicas de cultura y política*. Prometeo.
Alabarces, Pablo (2020). *Pospopulares. Las culturas populares después de la hibridación*. Universidad de Guadalajara–CALAS.
Alabarces, Pablo y Abel Gilbert (2021). *Un muchacho como aquel. Una historia política cantada por el Rey*. Gourmet Musical.
Alabarces, Pablo y Abel Gilbert (2023). Palito Ortega: la felicidad como misterio músico-sociológico. *El taco en la brea*, (17), 92–111.
Alarcón, Raquel (2012). *Alfabetización semiótica en los umbrales escolares. Aportes para la lecto-escritura inicial*. EDUNAM.
Albornoz, Mario y Ariel Gordon (2011) La política de ciencia y tecnología en Argentina desde la recuperación de la democracia (1983–2009). En Mario Albornoz y Jesús Sebastián (Eds.), *Trayectorias de las políticas científicas y universitarias de Argentina y España*. CSIC.
Alemán, Jorge (2018). Entrevista por Luciana Espinosa, María Beatriz Greco, Ana Paula Penchaszadeh, María Cristina Ruiz del Ferrier y Senda Sferco, en ¿Por qué (no) leer a Byung–*Chul Han?* (pp. 143–158). Ubu.
Altamirano, Carlos (2002). *Términos críticos de sociología de la cultura*.
Altamirano, Carlos (2019a). Entrevista por José Nun. Radio Nacional, 2 de diciembre. https://www.radionacional.com.ar/las-estaciones-de-un-intelectual-con-carlos-altamirano/
Altamirano, Carlos (2019b). *Estaciones*. Ampersand.
Altamirano, Carlos (2019c). Conversación con José Nun y Mariana Heredia, 9 de diciembre. https://www.radionacional.com.ar/los-anos-de-la-dictadura-con-carlos-altamirano/
Amado, Elba y Gustavo Bombini (Comps.) (2015). *La memoria no prescribe. A veinte años*

del Primer Congreso Nacional de Didáctica de la lengua y de la literatura (1995–2015). Grupo Editorial DLL.

Amante, Adriana (2007). Las políticas de la amistad. *Las ranas*, (4), 51–58.

Amante, Adriana (2010). *Poéticas y políticas del destierro. Argentinos en Brasil en la época de Rosas*. Fondo de Cultura Económica.

Amante, Adriana (2012). Sarmiento el boletinero: del diario de campaña al libro de vistas y paisajes; Iconografía sarmientina. En Noé Jitrik (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 4: *Sarmiento* (pp. 181–212). Emecé.

Amícola, José y José Luis de Diego (2008). *La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates*. Ediciones al margen.

Antelo, Raúl (1994). Identidade e Representação. En *Identidade e Representação* (pp. 9–17). UFSC.

Antelo, Raúl (1999). Delectación morosa: imagen, identidad y testimonio. *Punto de Vista*, (64), 32–36.

Antelo, Raúl (2001). *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos.* Universidad de Pittsburgh.

Antelo, Raúl (2008). La armonía grotesca de Babel. *Punto de Vista*, (90), 38–44.

Antelo, Raúl (2015). *Archifilologías latinoamericanas. Lecturas tras el agotamiento*. Eduvim.

Antelo, Raúl (2017). A escuta selvagem. *Boletim de pesquisa*, (27), 3–25.

Antelo, Raúl (2018). Poesía y pensamiento: el *Hrön*. En Noé Jitrik (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 12, Jorge Monteleone, (Dir.), *Una literatura en aflicción* (pp. 711–742). Emecé.

Antelo, Raúl (2020). Filologías latinoamericanas. *Chuy*, (9), 1–5. https://revistas.untref.edu.ar/index.php/chuy/issue/view/62

Antelo, Raúl (2021a). Clase abierta junto a Diana Klinger y Mario Cámara. 6 de octubre. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/en-muerte-miniaturas-urbanas-de-raul-antelo/

Antelo, Raúl (2021b). *En muerte: miniaturas urbanas*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/

Antelo, Raúl (2022a). Clase abierta *Los estudios literarios en España de 1966 a la posdictadura. Resonancias argentinas*. Proyecto Trans.arch https://trans-arch.org/portafolio/

Antelo, Raúl (2022b). La teoría es profecía. En *Teoría en tránsito. Arqueología de la crítica y la teoría literaria españolas de 1966 a la posdictadura* (pp. 489–500). UNL. https://www.unl.edu.ar/editorial/index.php?act=showPublicacion&id=9728.

Antelo, Raúl (2022c). Beatriz Sarlo, latinoamericanista. *Chuy*, (13), 20–45.

Antelo, Raúl, Ana Luiza Andrade y Maria Lucia de Barros Camargo (1999). Liminar. En *Leituras do ciclo* (p. 9). Grifos–ABRALIC.

Añón, Valeria (2009). Subjetividades. En Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin, *Diccinario de estudios culturales latinoamericanos* (pp. 260–265). Instituto Mora/Siglo XXI.

Añón, Valeria (2013a). Tarde o temprano. *Orbis Tertius*, 18(19), 3–8. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf

Añón, Valeria (2013b). Las tramas de la representación. *Orbis Tertius*, 18(19), 147–157. **http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5997/pr.5997.pdf**

Añón, Valeria (2014). *Interpretar silencios. La extraducción en Argentina 2008–2012*. TyPA.

Añón, Valeria; Gabriela Adamo y Laura Wulichzer (2009). *La extraducción en Argentina. Venta de derechos de autor para otras lenguas. Un estado de la cuestión 2002-2009*. TyPA.

Arán, Pampa (1996a). Una interpretación ideológica de los géneros utópicos. *Estudios*, (6), 45–49.
Arán, Pampa (1996b). *Diccionario léxico de la teoría de Mijaíl M. Bajtín*. UNC.
Arán, Pampa (1998). *La estilística de la novela en M. M. Bajtín. Teoría y aplicación metodológica*. Narvaja.
Arán, Pampa (1999). *El fantástico literario. Aportes teóricos*. Narvaja.
Arán, Pampa (2001). *Apuntes sobre géneros literarios*. Epóke ediciones.
Arán, Pampa (2005). Migraciones del pensamiento de Bajtin. La socriocrítica en la perspectiva de M. Pierrette Malcuzynski. *Estudios*, (17), 69–80.
Arán, Pampa (2006). *Nuevo Diccionario de la teoría de Mijaíl Bajtín*. Ferreyra editor.
Arán, Pampa (2022). Archivo y lengua: palabra propia y palabra ajena. En Diego Vigna y Lucía Céspedes (Eds.), *Archivería contemporánea. Revisiones, conjeturas, resistencias* (pp. 13–21). CIECS.
Arán, Pampa y Silvia Barei (2002). *Texto/Memoria/Cultura. El pensamiento de Iuri Lotman*. El espejo.
Arán, Pampa y Ariel Gómez Ponce (Eds.) (2020). *Fredric Jameson. Una poética de las formas sociales. Claves conceptuales*. edicea–CEA–UNC.
Arán, Pampa y Diego Vigna (2018). *Archivos, arte y medios digitales. Teoría y práctica.* Centro de estudios avanzados. https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/6736?show=full
Arce, Rafael (2022). Sobre *La aventura negativa* de Carlos Surghi. *El taco en la brea*, (16), 172–173.
Arfuch, Leonor (1996). Marcas biográficas en la memoria colectiva. *Estudios*, (6), 11–14.
Arfuch, Leonor (2005). Afectos y lazo social: las plazas de Blutnberg. *Estudios*, (17), 81–88.
Arfuch, Leonor (2010). *La entrevista, una invención dialógica*. Paidós.
Aricó, José (1963). Editorial. *Pasado y presente*, (1), 1–17.
Ariel, Federico (2019). Discurso al recibir el Premio Fima Leloir a la excelencia científica 2019. https://www.youtube.com/watch?v=uQF8sOWlKrI
Arnoux, Elvira (2012). Discursos epidícticos y homenajes en los últimos años de Sarmiento. En Noé Jitrik (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 4, Adriana Amante, (Dir.), *Sarmiento* (pp. 579–601). Emecé.
Arnoux, Elvira (2022). Notas para la presentación de Clases de Teoría Literaria de Isabel Vasallo. *Anuario de Glotopolítica*. https://glotopolitica.com/2022/11/12/isabelvasallo/?fbclid=IwAR1ZduXbfeuj5HT98MzhUGBw-RZ9TlElXOkOo0YAI3eWHyG87I3gZZwVbmM
Arnoux, Elvira y José del Valle (2015). Introducción a la creación del español: perspectivas latinoamericanas y transatlánticas. En *Historia política del español. La creación de una lengua* (pp. 145–156). Aluvión editorial.
Aronskind, Ricardo (2008). *Controversias y debates en el pensamiento económico argentino*. UNGS/BN.
Astutti, Adriana (2006). Intervención en el panel Los editores tienen la palabra. *I Argentino de literatura* (pp. 59–81). UNL.
Auerbach, Erich (1942). *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Fondo de Cultura Económica, 1996. Traducción de I. Villanueva y E. Ímaz.
Avaro, Nora (2015). Pasos de un peregrino. Biografía intelectual de Adolfo Prieto. En *Conocimiento de la Argentina: estudios literarios reunidos* (pp. 7–108). e(m)r.

Avaro, Nora (2016). *La enumeración. Narradores, poetas, diaristas y autobiógrafos*. Nube Negra.
Avaro, Nora (2022). *En La Salada 1969–1974*. Bulk editores.
Avaro, Nora (2023a). *Adolfo Prieto: programas y documentos de gestión* (proyecto incluido en la serie «Adolfo Prieto, profesor», Vera cartonera).
Avaro, Nora (2023b). *Adolfo Prieto y Rodolfo Borello. Correspondencia* (proyecto incluido en la serie Archivos en construcción, UNL).
Avaro, Nora y Analía Capdevila (2004). *Denuncialistas. Literatura y polémica en los 50*. Santiago Arcos.
Avaro, Nora; Julia Musitano y Judith Podlubne (2018). *Un arte vulnerable. La biografía como forma*. Nube negra.
Avelar, Idelber (2021a). *Eles entre nós: retórica e antagonismo político no Brasil do século XXI*. Record.
Avelar, Idelber (2021b). Los estudios retóricos como acercamiento a la nueva extrema derecha. https://www.youtube.com/watch?v=atZStP6orDk
Avelar, Idelber (2021c). Sesión de preguntas. *Simposio Internacional. Dominios y dislocaciones de la crítica latinoamericana. Prácticas, incitaciones y entrelugares de un discurso autónomo*. INDEAL/UBA.
https://www.youtube.com/watch?v=Bnf_OZ2T0PU
Badaró, Máximo (2009). *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Prometeo.
Barrenechea, Ana María (1957). *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*. El Colegio de México.
Barrenechea, Ana María (1982). Encuesta a la literatura argentina contemporánea. *La historia de la literatura argentina. Capítulo*, (129), 44–48.
Barrenechea, Ana María (2001). Entrevista por Gustavo Bombini. *Lulú Coquette*, (1), 37–43.
Barrenechea, Ana María (2003). Entrevista por Catalina Rotunno y Eduardo Díaz de Guijarro. *La construcción de lo posible. La Universidad de Buenos Aires de 1955 a 1966* (pp. 113–123). Libros del Zorzal.
Barrenechea, Ana María y Julio Cortázar (1983). *Cuaderno de bitácora de Rayuela*. Sudamericana.
Battaglino, Jorge (2011). Política de defensa y política militar durante el kirchnerismo. En Miguel De Luca y Andrés Malamud (Comps.), *La política en tiempos de los Kirchner* (pp. 241–250). Eudeba.
Batthyány, Karina (2020). Conversatorio (Re)pensar la evaluación científica para fortalecer el vínculo ciencia–sociedad. *Coloquio Internacional. Asimetrías del conocimiento. Producción, circulación, impactos*. Instituto de Investigación sobre Conocimiento y Políticas Públicas, Biblioteca del Congreso de la Nación, CLACSO, Instituto Iberoamericano de Berlín y Fundación EU–LAC. https://cpp.cic.gba.gob.ar/re-pensar-la-evaluacion-cientifica-para-fortalecer-el-vinculo-ciencia-sociedad-2/
Batticuore, Graciela (2003). Fervores patrios. En Noé Jitrik (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 2, Julio Schvartzman, (Dir.), *La lucha de los lenguajes* (pp. 589–612). Emecé.
Batticuore, Graciela (2010). Libros, bibliotecas y lectores en las encrucijadas. En Noé Jitrik

(Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 10, Alejandra Laera (Dir), *El brote de los géneros* (pp. 413–440). Emecé.

Batticuore, Graciela (2014). El collar de la escritura. *Mora*, 20, 195–208.

Beceyro, Raúl (1991). Los que se van y los que se quedan. *Punto de Vista*, (41), 15–17. http://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/article/view/CSn14a04

Beigel, Fernanda (2014). Publishing from the Periphery: Structural heterogeneity and segmented circuits. *Current Sociology*, 62(5), 617–625.

Beigel, Fernanda (2016). El nuevo carácter de la dependencia intelectual. *Cuestiones de sociología*, (14). https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7340/pr.7340.pdf

Beigel, Fernanda (2017). Científicos periféricos, entre Ariel y Calibán. Saberes institucionales y circuitos de consagración en Argentina: las publicaciones de los Investigadores del CONICET. *Dados*, 60(3), 825–865.

Beigel, Fernanda (2018). Un mundo de circuitos: el desplazamiento desde el impacto a la circulación. Blog *Ameli. Conocimiento abierto sin fines de lucro propiedad de la academia*. http://amelica.org/index.php/2018/11/27/un-mundo-de-circuitos-el-desplazamiento-desde-el-impacto-a-la-circulacion/

Beigel, Fernanda (2019). Indicadores de circulación: una perspectiva multiescalar para medir la producción científico–tecnológica latinoamericana. *Ciencia, tecnología y política*, (3). https://revistas.unlp.edu.ar/CTyP/article/view/9159

Beigel, Fernanda (2020). Presentación. *V Encuentro nano-intervenciones con literatura y ciencia*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/411-2/

Beigel, Fernanda (2021). A multi–scale perspective for assessing publishing circuits in non-hegemonic countries. *Tapuya* (4).

https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/25729861.2020.1845923

Beigel, Fernanda (2022). Ciencia abierta en Argentina. CONICET. Diagnóstico y lineamientos de una política nacional. Noticias institucionales, 10 de noviembre. https://www.conicet.gov.ar/ciencia-abierta-en-argentina-se-presento-el-diagnostico-y-los-lineamientos-para-una-politica-nacional/

Beigel, Fernanda y Fabiana Bekerman (2019a, 4 de julio). Ciencia, productividad y desigualdades. *Página /12*. https://www.pagina12.com.ar/204167-ciencia-productividad-y-desigualdades

Beigel, Fernanda y Fabiana Bekerman (2019b). *Culturas evaluativas. Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a docentes-investigadores en Argentina (1993–2018)*. CLACSO/IEC–CONADU.

Beigel, Fernanda y Denis Baranger (2019). Conclusiones y perspectivas. En *Culturas evaluativas. Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a docentes-investigadores en Argentina (1993–2018)* (pp. 269–282). CLACSO/IEC–CONADU.

Beigel, Fernanda y Gustavo Sorá (2019). Arduous Institutionalization in Argentina's SSH: Expansion, Asymmetries and Segmented Circuits of Recognition. En Christian Fleck, Matthias Duller y Victor Karády (Dirs.), *Shaping Human Science Disciplines. Institutional Developments in Europe and Beyond* (pp. 327–360). Palgrave Macmillan.

Beigel, Fernanda y Osvaldo Gallardo (2021). Productividad, bibliodiversidad y bilingüismo en un corpus completo de producciones científicas. *CTS*, (46), 41–71.

Bein, Paula (2022). Susana Zanetti, lectora. *Simposio de crítica literaria. Un entramado de historias de lectura*. INDEAL/UBA. https://www.youtube.com/watch?v=OBjszhq7xq4

Bekerman, Fabiana (2016). El desarrollo de la investigación científica en Argentina desde 1950: entre las universidades nacionales y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, (18). https://www.ries.universia.net/article/view/1126/creatividad-eje-educacion-siglo-xxi

Bencecry, Claudio (2012). *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*. Siglo XXI.

Bentivegna, Diego (2022). *Benvenuto Terracini. El concepto de libertad lingüística*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/

Berazagá, Gastón (2020). La institucionalización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos en las carreras de Letras de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral y su internacionalización (1991–2015). Proyecto de Tesis Doctoral. Río Gallegos, UNPA.

Berazagá, Gastón (2022). Fontanella de Weinberg y su influencia en el desarrollo de la Lingüística en Santa Cruz. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, Espa*ña, 1945–*2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT–UNL.

Berazagá, Gastón y Verónica Forchino (2021). Perspectivas en torno a la institucionalización de los estudios literarios en la formación docente de Educación Primaria en universidades e institutos (provincia de Santa Cruz). *Catalejos*, 12(6), 99–126.

Bergamín, José (2005). *El disparate en la literatura española*. Edición de Nigel Dennis. Renacimiento.

Bernabé, Mónica (2006a). Reunión y diáspora en Medellín. *Katatay*, (3/4), 6–8.

Bernabé, Mónica (2006b). *Vidas de artista: bohemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren (Lima, 1911–1922)*. Beatriz Viterbo.

Bernabé, Mónica (2021). Comunismo literario y libros de cartón. En Analía Gerbaudo, Patricia Torres e Ivana Tosti (Eds.), *Más allá de la anécdota: una pretensión*. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/mas-alla-de-la-anecdota-una-pretension/

Bernabé, Mónica *et al***.** (2022). Vusco volvver. Trilce después de un siglo. Aula Vallejo. Cátedra de Literatura Iberoamericana II. UNR. https://www.youtube.com/watch?v=x00d7UMwDbo

Berger, John (1972). *Modos de ver*. Gustavo Gilli, 2010. Traducción de Justo Beramendi.

Bessière, Céline y Sybylle Gollac (2020). Héritage. En Gisèle Sapiro (Dir.), *Dictionnaire International Bourdieu* (pp. 397–399). CNRS Éditions.

Beyrak, Nathan (1998). The Contribution of Oral History to Historical Research. *Cahier International / International Journal – Études sur le témoignage audiovisuel des victimes des crimes et génocides nazis / Studies on the audio–visual testimony of victims of the Nazi crimes and genocide*s, (1), 15–20.

Biancotto, Natalia (2021). La aventura de perder el tiempo: escritura y juego. Presentación. *Badebec*, (21). https://radio1.unr.edu.ar/index.php/badebec/article/view/518

Birgin, Alejandra (Coord.) (2011). *Escenas de la memoria. La Casa Argentina de París en la voz de sus antiguos residentes*. Ministerio de Educación de la Nación.

Blanco, Oscar (2016). Imaginaria presentación de un libro todavía inexistente de Nicolás Rosa. En Laura Estrin y Milita Molina (Coomps.), *Escritos sobre Nicolás Rosa* (pp, 91–103). FFyL–UBA.

Bocchino, Adriana (2008). Las constancias del exilio. David Viñas: cifra alegórica y crítica de la cultura. En *Escrituras y exilios en América Latina* (pp. 103–138). Estanislao Balder.

Bollig, Ben (2011a). Poesía, espacio y activismo cultural en la Patagonia actual. El caso de Cristian Aliaga. *Hispanic Poetry Review*, 9(1), 65–76.

Bollig, Ben (2011b). *Modern Argentine Poetry: Displacement, exile, migration*. University of Wale Press.
Bollig, Ben (2011c). Cristian Aliaga: searching for stories from society's submerged. *The Guardian*. https://www.theguardian.com/world/2011/aug/23/cristian-aliaga-argentine-poetry-search
Bollig, Ben (2016). *Politics and Public Space in Contemporary Argentine Poetry: the Lyric and the State*. Palgrave Macmilan.
Bombini, Gustavo (1989). *La trama de los textos. Problemas de la enseñanza de la literatura*. Libros del Quirquincho, 1991.
Bombini, Gustavo (Comp.) (1992). *Literatura y educación*. CEAL.
Bombini, Gustavo (1996). Didáctica de la literatura y teoría: apuntes sobre la historia de una deuda. *Orbis Tertius*, (2/3), 211–217.
Bombini, Gustavo (2002). Prácticas docentes y escritura: hipótesis y experiencia en torno a una relación productiva. *I Jornadas Nacionales Prácticas y Residencias en la Formación Docente.* UNC. http://renpyr.xtrweb.com/jornadas/(D)%20Practicas/WebTrabajos/BOMBINI%20T.htm
Bombini, Gustavo (2004). *Los arrabales de la literatura. La historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina (1860–1960)*. Miño y Dávila.
Bombini, Gustavo (2006). *Reinventar la enseñanza de la lengua y la literatura*. Libros del Zorzal.
Bombini, Gustavo (2012). *Lengua & Literatura. Teorías, formación docente y enseñanza.* Biblos.
Bombini, Gustavo (2015). Una sucesión de azares. En Elba Amado y Gustavo Bombini (Comps.), *La memoria no prescribe. A veinte años del Primer Congreso Nacional de Didáctica de la lengua y de la literatura (1995–2015)* (pp. 41–53). Grupo Editorial DLL.
Bombini, Gustavo (2021). Conferencia de Apertura XI Congreso Nacional de Didáctica de la lengua y la literatura. https://www.youtube.com/watch?v=vWnDZIPbFyM
Bombini, Gustavo (2017[2023]). *Un relato pajuerano*. Vera cartonera (en corrección, versión borrador).
Bombini, Gustavo (2022). *Sommelier de palabras*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/
Bonano, Mariana (2012). La propuesta de *Zona de la poesía americana* (Buenos Aires, 1963–1964): estéticas coloquiales y apropiaciones de la «cultura popular». *Aisthesis*, (52), 81–96.
Bongrand, Philippe y Pascale Laborier (2005). L'entretien dans l'analyse des politiques publiques: un impensé méthodologique? *Revue francaise de science politique*, (55), 73–111.
Boria, Adriana (1996). La representación de la violencia en la prensa escrita del 73. El caso de la voz del interior. *Estudios*, (6), 51–57.
Boria, Adriana (2005). Sociocrítica y feminismo: un proyecto inconcluso. *Estudios*, (17), 59–68.
Bórtoli, Pamela y Daniela Coniglio (2017). «Tras la huella de la Mandrágora»: una propuesta de intervención con la literatura en barrios de la ciudad de Santa Fe. En Analía Gerbaudo e Ivana Tosti (Eds.), *Nano–intervenciones con la literatura y otras formas del arte* (pp. 65–75). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/wp-content/uploads/sites/16/2019/07/Nano_intervenciones.pdf
Boschetti, Anna (2009). La recomposition de l'espace intellectuel en Europe après 1945. En *L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation (XIX^e^-XXI^e^ siècle)* (pp. 147–182). La Découverte.

Bourdieu, Pierre (1965). *Un art moyen. Essai sur les usages sociaux de la photographie*. Minuit.
Bourdieu, Pierre (1972–1975). Séminaires sur le concept de champ, 1972–1975. Introduction de Patrick Champagne. *Actes de la recherche en sciences sociales*, (200), 4–37.
Bourdieu, Pierre (1979). *La distinction. Critique sociale du jugement*. Minuit.
Bourdieu, Pierre (1980a). Le capital social. Notes provisoires. *Actes de la recherche en sciences sociales*, (31), 1–2.
Bourdieu, Pierre (1980b). L'identité la représentation. Éléments pour une réflexion critique sur l'idée de région. *Actes de la recherche en sciences sociales*, (35), 62–72.
Bourdieu, Pierre (1993). *La misère du monde*. Seuil.
Bourdieu, Pierre (1994). *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*. Seuil.
Bourdieu, Pierre (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI. Traducción de Isabel Jiménez.
Bourdieu, Pierre (2000). *Les structures sociales de l'économie*. Seuil.
Bourdieu, Pierre (2001a). Entretien: Sur l'esprit de la recherche. En Yvette Delsaut y Marie Cristine Rivière (Eds.), *Bibliographie des travaux de Pierre Bourdieu suivi d'un entretien entre Pierre Bourdieu et Yvette Delsaut* (pp. 177−239). Les Temps des Cerises.
Bourdieu, Pierre (2001b). *Science de la science et réflexivité. Cours du Collège de France 2000–2001*. Raisons d'agir.
Bourdieu Pierre. (2002). Les conditions sociales de la circulation internationale des idées. *Actes de la recherche en sciences sociales*, (145), 3–8.
Bourdieu, Pierre (2004). *Esquisse pour une auto-analyse*. Raisons d'agir.
Bourdieu, Pierre (2012). *Sur l'État. Cours au Collège de France, 1989–1992*. Raisons d'agir/Seuil.
Bourdieu, Pierre (2013). *Manet. Une révolution symbolique. Cours au Collège de France, 1998–2000*. Raisons d'agir/Seuil.
Bourdieu, Pierre (2015). *Sociologie générale. Cours au Collège de France 1981–1983*. Volumen 1. Seuil.
Bourdieu, Pierre (2016). *Sociologie générale. Cours au Collège de France 1983–1986.* Volumen 2. Raisons d'agir/Seuil.
Bourdieu, Pierre (2017). *Anthropologie économique. Cours au Collège de France, 1992–1993*. Raisons d'agir/Seuil.
Bourdieu, Pierre (2023). *Impérialismes. Circulation internationale des idées et luttes pour l'universel*. Raisons d'agir.
Bourdieu, Pierre y Jean–Claude Passeron (1964). *Les héritiers. Les étudiants et la culture*. Minuit.
Bourdieu, Pierre y Jean–Claude Passeron (1970). *La reproduction. Éléments pour une théorie du système d'enseignement*. Minuit.
Bourdieu, Pierre y Alain Darbel (1969). *L'Amour de l'art. Les musées d'art européens et leur public*. Minuit.
Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (1992). *Réponses. Pour une anthropologie réflexive*. Seuil.
Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (1998). Sur les ruses de la raison impérialiste. *Actes de la recherche en sciences sociales*, (121/122), 109–118.
Bourdieu, Pierre y Roger Chartier (1988[2010]). *Le sociologue et l'historien*. Agone.

Bouveresse, Jacques y Daniel Roche (2004). *La liberté par la connaissance. Pierre Bourdieu (1930–2002)*. Collège de France–Odile Jacob.
Breganni, Roberto (2021). Umbrales de disrupción: notas iniciales para una genealogía de las intervenciones críticas y didácticas sobre literatura y perspectivas sexogenéricas. *Saga*, (14), 64–96.
Breganni, Roberto (2022). Institucionalización de perspectivas sexogenéricas en los estudios literarios (UADER, 2001–2020). I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. UNT/UNL.
Brando, Oscar, Ben Bollig, Martín Prieto y Nora Catelli (2022). Presentación de *Saer en la literatura argentina*. UNL. https://www.youtube.com/watch?v=fPkmXXuJbMo
Brockliss, Laurence (2019). *The University of Oxford. A Brief History*. Bodleian Library.
Buchbinder, Pablo (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Sudamericana, 2010.
Buchbinder, Pablo (2010). Los sistemas universitarios de Argentina y Brasil: una perspectiva histórica y comparada de su evolución desde mediados del siglo XX. En *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943–1973)* (pp. 9–30). Final abierto.
Buchbinder, Pablo y Mónica Marquina (2008). *Masividad, heterogeneidad y fragmentación. El sistema universitario argentino 1983–2007*. UNGS/BN.
Buenfil Burgos, Rosa Nidia (2019). *Ernesto Laclau y la investigación educativa en Latinoamérica. Implicaciones y apropiaciones del Análisis Político del Discurso*. CLACSO.
Brown, Wendy (2016). Sacrificial Citizenship: Neoliberalism, Human Capital, and Austerity Politics. *Constellations*, 23(1). https://onlinelibrary.wiley.com/doi/abs/10.1111/1467-8675.12166
Butler, Judith (1997). *Lenguaje, poder e identidad*. Síntesis, 2004. Traducción de Javier Sáez y Beatriz Preciado.
Caisso, Claudia y Nicolás Rosa (1987). De la constitution clandestine d'un nouvel objet. Études françaises, (23), 249−265.
Calosso, Silvia (2002). Cumpleaños en 2002. En *Dina y las Letras. Homenaje a Dina San Emeterio* (pp. 11–13). UNL
Callero, Fernando (2019). *Como una misteriosa corriente de la vida cósmica. Una introducción a la* Historia de la literatura argentina *de Ricardo Rojas*. UNL.
Cámara, Mario (2021). Presentación. En *Litoral* (pp. 3–5). Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/
Cámara, Mario; Celia Pedrosa, Diana Klinger y Jorge Wolff (Eds.) (2018). *Indicionário do contemporâneo.* UFMG.
Cámara, Mario y Diana Klinger (2022). *Un guion de extimidad. Ensayos sobre la obra de Raúl Antelo*. Grumo.
Camblong, Ana (2003). *Macedonio, retórica y política de los discursos paradójicos*. EUDEBA
Camblong, Ana María (2004). Editorial. *Aquenó*, (3), 1.
Camblong, Ana (2005). *Mapa Semiótico para la Alfabetización Intercultural en Misiones*. UNAM.
Camblong, Ana (2014). *Habitar las fronteras*. EDUNAM.
Camblong, Ana (2016). Entrevista por Ana Espinoza. *Género en plural*. http://elgeneroenplural.blogspot.com/2016/09/entrevista-ana-camblong-mi-propia-vida.html
Camblong, Ana (2017). *Umbrales semióticos. Ensayos conversadores*. Alción.

Camblong, Ana (2018). *Como te iba diciendo. Ensayitos diarios*. Alción.
Camblong, Ana (2021a). Testimonio, en *Científicas: Ana Camblong*. https://www.youtube.com/watch?v=zCYAuWTFAuQ
Camblong, Ana (2023). *Aguante templado. Ensayos procurantes*. Alción.
Camblong, Ana y Froilán Fernández (2012). *Alfabetización semiótica en las fronteras.* Volumen I. EDUNAM.
Camblong, Ana María *et al***.** (2012). *Alfabetización semiótica en las fronteras*. Volumen II. Editorial Universitaria.
Campuzano, Betina (2020). Balance, perspectivas y agenda próxima. II Workshop de Investigadores del Proyecto *Poéticas de la memoria*. UNSa.
Campuzano, Betina, Andrea Ostrov y Julio Schvartzman (2021). *Tras los pasos de Elena Altuna. Recorridos, semblanzas y afectos*. II CILCA. UNJU. https://www.youtube.com/watch?v=oly3G1kgEgI
Campuzano, Betina (2021). Los *apachetas de los viajeros.* Los aportes de Elena Altuna a los estudios coloniales andinos e hispanoamericanos contemporáneos. *Escritura y pensamiento*, (24), 248–266.
Campuzano, Betina (2022). La región, la patria y el continente mestizo: la trayectoria intelectual de Alicia Chibán. Biblioteca, docencia e investigación. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, Espa*ña, 1945–*2020)*. UNT/UNL.
Canala, Juan Pablo (2023). Edición crítico–genética de *Literatura argentina y política* de David Viñas. EDUVIM.
Canala, Juan Pablo, Lucile Dumont y Analía Gerbaudo (2022). Lucien Goldmann entre Francia y Argentina. Una aproximación preliminar. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. UNTUNL.
Candido, Antonio (1980). Para una crítica latinoamericana. Entrevista por Beatriz Sarlo. *Punto de Vista*, (8), 5–9.
Cano, Fernanda (2018). Prefacio; La experiencia del Grupo Grafein. En *La escritura en taller. De Grafein a las aulas* (pp. 13, 17–42). Arandu.
Cano, Fernanda y Beatriz Vottero (2018). *La escritura en taller. De Grafein a las aulas*. Arandu.
Cañón, Mila (2019). *Entre décadas. La reorganización y consolidación del campo de la literatura argentina para niños (1983–2001)*. Tesis. Doctorado en Letras. Mar del Plata, UNMdP.
Cañón, Mila y Carola Hermida (2017). *Jitanjáfora.* Crear redes a través del lenguaje y la literatura. En Analía Gerbaudo e Ivana Tosti (Eds.), *Nano–intervenciones con la literatura y otras formas del arte* (pp. 86–108). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/wp-content/uploads/sites/16/2019/07/Nano_intervenciones.pdf
Carli, Sandra (2012). *El estudiante universitario. Hacia una historia del presente de la educación pública*. Siglo XXI.
Carli, Sandra (2016). Adriana Puiggrós. Ensayo de una biografía incompleta: el exilio mexicano y la génesis del pensamiento crítico sobre la educación en América Latina (1974–1984). *Anuario de historia de la educación*, 17(2), 240–260.
Carli, Sandra (2020). Las fronteras de la universidad y la transmisión de las humanidades y las ciencias sociales. Una incursión en los debates recientes y en el devenir de la profesión

académica. En Sandra Contreras y José Goity (Coords.), *Las humanidades por venir. Políticas y debates en el siglo XXI* (pp. 191–206). hay.
Carrera, Arturo (2003). Nicolás Rosa. En Laura Estrin y Milita Molina (Comps.), *Escritos sobre Nicolás Rosa* (pp. 17–22). FFyL-UBA, 2006.
Carrió, Cintia y Sergio Peralta (2014). Anexo V. Extrauniversidad. Informe Técnico 7. *La institucionalización de las letras en la universidad argentina (1945–2010)*. CEDINTEL/FHUC/UNL, 247–253. Hal Open Science, 2019. https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01659638
Casanova, Pascale (1999). *La République mondiale des lettres*. Seuil.
Casanova, Pascale (2009). Conversación con Alain Veinstein a propósito de la publicación de una edición corregida y aumentada de *La République mondiale des lettres*. France culture, 6 de enero. https://www.radiofrance.fr/franceculture/podcasts/du-jour-au-lendemain/pascale-casanova-la-republique-mondiale-des-lettres-3427227
Casarin, Marcelo (2022). Una literatura sin ~~pre~~textos. En *Archivería contemporánea. Revisiones, conjeturas, resistencias* (pp. 129–178). CIECS
Catalin, Mariana (2014). *Con los ojos bien abiertos. Bizzio, Chejfec, Babel*. Fiesta ediciones.
Catalin, Mariana (2020). Intempestivo: el ensayo Ludmer. *Boletín*, (20), 95–108.
Catelli, Laura (2012). Reseña. *Tabula rasa*, (16), 297–304.
Catelli, Laura y Alejandro de Oto (2018). Sobre colonialismo interno y subjetividad. Notas para un debate. *Tabula rasa*, (28). https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39656104010
Catelli, Nora (1991). El espacio autobiográfico. En *En la era de la intimidad* (pp. 213–410). Beatriz Viterbo, 2007.
Catelli, Nora (1993). *La crítica literaria española frente a la literatura latinoamericana*. UNAM.
Catelli, Nora (1999). Rastros de la lucha; traducciones, versiones y menciones en la cultura argentina. *Punto de Vista*, (64), 1–5.
Catelli, Nora (2001). *Testimonios tanglibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*. Anagrama.
Catelli, Nora (2002–2003). Incorporar lo «otro». *nueve perros*, (2/3), 2–4.
Catelli, Nora (2007). *En la era de la intimidad*. Beatriz Viterbo.
Catelli, Nora (2015a). Academias: los equívocos del comparatismo en el mundo hispánico. *Chuy*, (2), 34–44.
Catelli, Nora (2015b). *Juan Benet. Guerra y literatura*. Libros de la resistencia.
Catelli, Nora (2015c, 20 de agosto). Roland Barthes, el lector irreprochable. *El país*. https://elpais.com/cultura/2015/08/12/babelia/1439394727_834048.html
Catelli, Nora (2017). Asymmetry. Specters of Comparativism in the Circulation of Theory. *Journal of World Literature,* (2), 11–26.
Catelli, Nora (2018a). Asimetría: espectros del comparatismo en la circulación de la teoría. *Badebec*, (15), 179–198.
Nora Catelli (2018b). Entrevista por Anna María Iglesia. *Letra global*, 8 de octubre. https://cronicaglobal.elespanol.com/letraglobal/letras/letra-clasica/nora-catelli-barcelona-boom-literatura_172448_102.html
Catelli, Nora (2019a). Los críticos como *bricoleurs*: unas observaciones. En Gesine Müller y Mariano Siskind (Eds.), *Word Literature, Cosmopolitanism, Globality* (pp. 43–52). De Gruyter.
Catelli, Nora (2020b) *Desplazamientos necesarios. Lecturas de literatura argentina*. EDUNER.
Catelli, Nora (2021, 15 de junio). Historia nacional y transnacional de las literaturas: ¿cuántas

Américas? Conferencia inaugural. XV Argentino de literatura. UNL. https://www.youtube.com/watch?v=Xc7oVyWR2oc&t=5554s

Catelli, Nora (2022). Literatura argentina y crítica. Librería abierta. https://www.youtube.com/watch?v=aUPbdtSo2nU

Catelli, Nora y Marietta Gargatagli (1998). *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros*. Ediciones del Serbal.

Catelli, Nora y Max Hidalgo Nácher (2015). *La relación Sur–Norte en los estudios literarios en España (1966–2010): Argentina como un caso de inversión de las dinámicas internacionales en la circulación de los discursos de la teoría*. Informe Técnico GLICIART (Grup de Recerca sobre Literatura, Cinema i Altres llenguatges Artístics/Universitat de Barcelona) – INTERCO SSH.

Cattarulla, Camilla (2019). Redes transnacionales entre exiliados: las Leyes raciales de 1938 y los judíos italianos en la Argentina. *III Simposio de la Sección Estudios del Cono Sur (LASA). Cuerpos en peligro: minorías y migrantes*. UNTREF.

CEA (1996). Actividades. Revista *Estudios*, (6), 235–264.

CELS (2019). *Derechos humanos en Argentina. Informe 2019*. Siglo XXI.

Cella, Susana (2013, 25 de agosto). La lectura está triste. *Página/12*. https://www.pagina12.com.ar/imprimir/diario/suplementos/libros/10-5111-2013-08-25.html

Cicurel, Francine (2021). Escuchar la palabra de los profesores. *XI Congreso Nacional de Didáctica de la lengua y de la literatura*. https://www.youtube.com/watch?v=ZKvX7VOqs7E

Colectivo Vera cartonera (2021). Vera cartonera, entre Gilda y Derrida. En Analía Gerbaudo, Patricia Torres e Ivana Tosti (Eds.), *Más allá de la anécdota: una pretensión*. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/mas-alla-de-la-anecdota-una-pretension/

Colombi, Beatriz (2013a). Susana Zanetti. *Zama*, (5), 9–10.

Colombi, Beatriz (2013b). En memoria de Susana Zanetti (1933–2013). *Orbis Tertius*, 18(19), 4–5. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf

Colombi, Beatriz (2021). *Diccionario de términos críticos de la literatura y de la cultura en América Latina*. CLACSO.

Colla, Fernando (2012). Los autores argentinos en la Colección Archivos. *El hilo de la fábula*, (12), 159–169.

Colla, Fernando (2013). Algunas notas sobre los archivos virtuales. En Graciela Goldchluk y Mónica Pené (Comps.), *Palabras de archivo* (pp. 105–117). UNL/CRLA–Archivos.

CONADEP (1985). *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas*. EUDEBA.

CONEAU (2012). *La CONEAU y el sistema universitario argentino: memoria 1996-2011*. Gabriela Chidichimo y Jorge Lafforgue, editores. Ministerio de Educación.

Contreras, Sandra (1989). El artesano de la fragilidad (sobre César Aira). *II Jornadas de Literatura Argentina e Iberoamericana*. UNR.

Contreras, Sandra (1992a). César Aira: un efecto de real. *Primeras Jornadas de Crítica Literaria Argentina y Latinoamericana*. UBA.

Contreras, Sandra (1992b). César Aira: la pasión del pensamiento y el movimiento de la conversación. *Encuentro de Literatura*. UNR.

Contreras, Sandra (1994a). César Aira: La ocasión del gesto. *Revista de Letras*, (3), 57–63.

Contreras, Sandra (1994b). César Aira y la construcción del mito personal del escritor. *VI Congreso de Literatura Latinoamericana con el tema «Homenaje a José Carlos Mariátegui»*. CELEHIS.

Contreras, Sandra (1995a). Un uso menor de las formas menores. Sobre *La Prueba* de César Aira. *Primer Encuentro de la Crítica Joven:* «*La crítica latinoamericana en el umbral del siglo XXI*». UNT.
Contreras, Sandra (1995b). César Aira: el movimiento de la idea. *Boletín/4*, 45–64. Contreras, Sandra (1995c). Literalidad, catástrofe, imagen. Sobre *La Prueba* de César Aira. *I Coloquio de Teoría y Crítica Literaria La Plata–Rosario*. UNLP/UNR.
Contreras, Sandra (1996a). César Aira: una variación sobre el realismo. *Revista de Letras*, (4), 64–72.
Contreras, Sandra (1996b). Literalidad, catástrofe, imagen (Sobre *La prueba* de César Aira). *Boletín/5*, 35–47.
Contreras, Sandra (1996c). Las vueltas de César Aira. *Actual*, (33), 91–110.
Contreras, Sandra (1997). Aira y la literatura mala. *Encuentro Internacional Manuel Puig*. UNLP.
Contreras, Sandra (1998a). Estilo y relato: el juego de las genealogías en la narrativa de César Aira. *Boletín/ 6*, 19–38.
Contreras, Sandra (1998b). La poética del exotismo en la narrativa de César Aira. *I Congreso Internacional Razones de la Crítica*. UNR.
Contreras, Sandra (1999). Usos de la tradición en la narrativa de César Aira (a partir de *La liebre)*. *Revista de Letras*, (6), 41–52.
Contreras, Sandra (2002). *Las vueltas de César Aira*. Beatriz Viterbo.
Contreras, Sandra (2020). El congreso *Las Humanidades por venir*: una introducción. En Sandra Contreras y José Goity (Coors.), *Las humanidades por venir. Políticas y debates en el siglo XXI* (pp. 11–32). hay.
Contreras, Sandra (2022). «El Diario Sabático»: estructura histórica y experiencia del presente en la especulación temporal de Josefina Ludmer. *Cuadernos LIRICO*, (24). http://journals.openedition.org/lirico/12390
Cornejo Polar, Antonio (1997). Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, (180), 341–344.
Cormick, Silvina (2020). Reseña de *Victoria Ocampo, cronista outsider* de María Celia Vázquez. *Prismas*, (24), 339–341.
Cortés, Martín (2015). El tiempo de la política. La última aventura editorial de José Aricó. *Políticas de la memoria*, (15), 257–267.
Corral, Wilfrido (2021). Debate. Primera sesión. Simposio Internacional Dominios y dislocaciones de la crítica latinoamericana. INDEAL/UBA.
https://www.youtube.com/watch?v=atZStP6orDk
Cragnolini, Mónica (2017). Adiós, Horacio Potel. *Instantes y azares. Escrituras nietzscheanas*. https://www.instantesyazares.com.ar/2017/09/27/adios-horacio-potel/
Cragnolini, Mónica (2020). *Sobrevida(s). Homenaje a Derrida en su 90 aniversario*. https://www.youtube.com/watch?v=WN1AJ9t78sI
Cragnolini, Mónica (2021). *Vivir de la sangre de otro. La violencia estructural en el tratamiento de humanos y de animales*. Vera cartonera.
Crenzel, Emilio (2008). *La historia política del Nunca más: la memoria de las desapariciones en la Argentina*. Siglo XXI.
Crespi, Maximiliano (2009). *El revés y la trama. Variaciones críticas sobre Viñas*. 17 grises.

Crespi, Maximiliano (2012). Jaime Rest, intelectual específico. *Anclajes*, (16). http://www.scielo.org.ar/pdf/anclajes/v16n1/v16n1a01.pdf

Crespi, Maximiliano (2014). Los matices del gris. Entrevista. *Golosina caníbal*, 12 de febrero. http://golosinacanibal.blogspot.com/2014/02/los-matices-del-gris.html?m=1&fbclid=IwAR082L6DfitItbrpst62ZvNBHhuDnAE4ax4mG2Ckfqwa9rrVq2vsgVpkmxI

Crespi, Maximiliano (2016a). *Viñas crítico. Notas, hipótesis y variaciones*. 17 grises.

Crespi, Maximiliano (2016b). La especialización de la sensibilidad. Héctor Ciocchini y la estilística como enseñanza de la literatura. En *La enseñanza de la filosofía con niños y adolescentes* (pp. 77–96). UNAM.

Crespi, Maximiliano (2018). *El objeto total. Dos imágenes del estudio*. 17grises.

Crespi, Maximiliano (2020a). El espacio filológico. Héctor Ciocchini y el Instituto de Humanidades del Sur. *Chuy*, (9): 298–314.

Crespi, Maximiliano (2020b). El deseo de un maestro. Ñ, 22 de abril. https://www.clarin.com/revista-enie/literatura/deseo-maestro_0_7jxsg3rjj.html

Cristoff, María Sonia (2008). Libación. En *Crítica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato* (pp. 152–164). Beatriz Viterbo.

Croce, Marcela (2005). *David Viñas. Crítica de la razón polémica. Un intelectual argentino heterodoxo entre Contorno y dios*. Suricata.

Croce, Marcela (2016–2019). *Historia comparada de las literaturas argentina y brasileña*. Volúmenes I–VI. Eduvim.

Croce, Marcela (2018a). Magister dixit: Ana María Barrenechea. *Boca de sapo*, (26), 44–53.

Croce, Marcela (2018b). Teoría y práctica en los países periféricos. Fundamentos de un comparatismo intraamericano. En *Latinoamérica, ese esquivo objeto de la teoría* (pp. 11–22). UBA–INDEAL.

Croce, Marcela (2021a). María Rosa Lida, un ejercicio superlativo de geometría y fineza. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, (93), 257–284.

Croce, Marcela (Ed.) (2021b). *El exilio español y sus consecuencias latinoamericanas*. UBA–INDEAL.

Croce, Marcela (2022). Oscar Masotta: un arltiano que se cree sartreano. *Simposio de crítica literaria. Un entramado de historias de lectura*. INDEAL/UBA. https://www.youtube.com/watch?v=koJvnuo6rHg

Croce, Marcela (2023). Comparatismo contrastivo. Manual para una práctica urgente. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/

Croce, Marcela, Silvia Lunardi y Susanna Regazzoni (2022). *Del Mediterráneo a América Latina.* Edizioni Ca'Foscari.

Cuartas, Juan Pablo (2021). *Del archivo de escritor al escritor de archivo. La escritura partitiva de Mario Bellatin*. Tesis Doctoral. La Plata, UNLP. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.2193/te.2193.pdf

Cuesta, Carolina (2006). *Discutir sentidos. La lectura literaria en la escuela*. Libros del Zorzal.

Cuestas, Fedra y Patrice Vermeren (2016). *Una memoria sin testamento. Dilemas de la sociedad latinoamericana posdictadura*. LOM.

Cuestas, Fedra y Patrice Vermeren (2020). *Una memoria sin testamento. Pensar los nuevos escenarios en los tiempos del recuerdo*. RIL Editores, Universidad de los lagos.

Cusset, Francois (2003). *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux États–Unis*. La Découverte.

Champagne, Patrick (2020). Capital. En Gisèle Sapiro (Dir.), *Dictionnaire International Bourdieu* (pp. 104–107). CNRS Éditions.
Chauvié, Omar (2009). La poesía en tiempos violentos. Formaciones culturales bahienses durante la última dictadura. VII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3527/ev.3527.pd
Chávez Rivera, Armando (2013). De la elocuencia a la más pudorosa despedida. *Orbis Tertius*, 18(19), 6–7. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf
Chicote, Gloria (2013). Recuerdo de Susana. *Orbis Tertius*, 18(19), 8. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf
Chicote, Gloria (2015). El hispanomedievalismo argentino. *El taco en la brea*, (2), 135–141.
Chicote, Gloria (2019). Las políticas científicas entre el decir y el hacer. En Federico Brugaletta *et al.* (Eds.), *La política científica en disputa: diagnósticos y propuestas frente a su reorientación regresiva* (pp. 36–43). UNL/CLACSO.
Chicote, Gloria y Miguel Dalmaroni (2007). *El vendaval de lo nuevo. Literatura y cultura en la Argentina moderna entre España y América Latina (1880–1930)*. Beatriz Viterbo.
Chicote, Gloria y Miguel García (2008). *Voces de tinta. Estudio preliminar y antología comentada de Folklore Argentino (1905) de Robert Lehmann–Nitsche*. Instituto Iberoamericano de Berlín/Ethnologisches Museum/Edulp.
Chicote, Gloria y Barbara Göbel (2017). *Transiciones inciertas. Archivos, conocimientos y transformación digital en América Latina*. UNLP/Instituto Iberoamericano de Berlín.
Dalmagro, Cristina (2013). Conversando con el recuerdo: la Susana que conocí y disfruté. *Orbis Tertius*, 18(19), 9–10. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf
Dalmaroni, Miguel (2005). Historia literaria y corpus crítico (aproximaciones williamsianas y un caso argentino). *Boletín/12*, 109–128.
Dalmaroni, Miguel (2006a). *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*. Beatriz Viterbo.
Dalmaroni, Miguel (Dir.) (2009). *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica*. UNL.
Dalmaroni, Miguel (2023a). Versión en proceso del tomo que continúa a *La investigación literaria.*
Dalmaroni, Miguel (2023b). Un profesor de Ensenada en el aula yugoslava de Shklovski (y vuelta). En *Notas para clases en la universidad montonera*. Vera cartonera (en edición).
Dalmasso, María Teresa (2005). Reflexiones semióticas. *Estudios*, (17), 13–20.
Daona, Victoria (2011). Acerca de *La Anunciación* de María Negroni y la escritura fragmentaria de la violencia política en la Argentina de los años 70. *Stockholm Review of Latin American Studies*, (7), 87–98. http://www.lai.su.se/ml_text03.asp?src=161&sub=226&usub=285&intSida=695
Daona, Victoria (2013). Mujeres, escritura y terrorismo de estado en Argentina: una serie de relatos testimoniales. *Moderna språk*, (107). http://ojs.ub.gu.se/ojs/index.php/modernasprak/article/view/2654/2411
Daona, Victoria (2014–2015). Princesas, combatientes y pilotos. Representación y transmisión en las narrativas de los hijos e hijas de desaparecidos por el terrorismo de estado en Argentina. *Telar*, (13/14). http://www.filo.unt.edu.ar/rev/telar/revistas/1314/16-Telar%2013-14-V.Daona.pdf

Daona, Victoria (2016). *Las voces de la memoria en la novela argentina contemporánea: militantes, testigos e hijos/as de desaparecidos/as (2000–2014)*. Tesis doctoral. Buenos Aires, Los Polvorines, IDES–UNGS.

Daona, Victoria (2022). La formación de posgrado de Carmen Perilli en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT entre la dictadura militar y la transición democrática (1980–1989). I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Darbus, Fanny y Fanny Jedlicki (2014). Folle rationalisation de l'enseignement supérieur et de la recherche. *Savoir/Agir*, (29), 25–34.

de Alba, Alicia (2004). Crisis estructural generalizada: sus rasgos y contornos sociales. En *La formación docente. Evaluaciones y nuevas prácticas en el debate educativo contemporáneo* (pp. 25–40). UNL.

de Arriba, Laura (2006). El reino de este mundo. Entrevista con el Padre Jesús Olmedo, *Katatay*, (3/4), 8–17.

de Castro, Juan (2021). Mariátegui como crítico literario. *Simposio Internacional Dominios y dislocaciones de la crítica latinoamericana*. INDEAL/UBA. https://www.youtube.com/watch?v=atZStP6orDk

de Diego, José Luis (2003). ¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? *Intelectuales y escritores en Argentina (1970−1986)*. Al Margen.

de Diego, José Luis (2004). El hispanismo en Argentina. *Olivar*, (5), 87−94.

de Diego, José Luis (Dir.) (2006b). *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880–2000*. Fondo de Cultura Económica.

de Diego, José Luis (2007). La transición democrática: intelectuales y escritores. En Antonio Camou, Cristina Torti y Aníbal Viguera (Coords.), *La Argentina democrática: los años y los libros* (pp. 49−82). Prometeo.

de Diego, José Luis (Dir.) (2014). *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880–2010* (nueva edición aumentada y actualizada). Fondo de Cultura Económica.

de Diego, José Luis (2015a). *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición.* Ampersand.

de Diego, José Luis (2020a). *Los escritores y sus representaciones*. Eudeba.

Delfino, Silvia (1997). Desigualdad y diferencia: retóricas de identidad en la crítica de la cultura. *Espacios*, (7/8), 189–214.

Delfino, Silvia y Juan Pablo Parchuc (2017). Narrar para re escribir: experiencias pedagógicas en contextos de encierro. En Analía Gerbaudo e Ivana Tosti (Eds.), *Nano–intervenciones con la literatura y otras formas del arte* (pp. 109–142). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/wpcontent/uploads/sites/16/2019/07/Nano_intervenciones.pdf

Degiovanni, Fernando (2007). *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Beatriz Viterbo.

Degiovanni, Fernando (2018). *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market and the Making of a Discipline*. University of Pittsburg Press.

Delgado, Sergio (Ed.) (1996). *Juan L. Ortiz. Obra completa.* UNL.

Delgado, Verónica *et al.* (2017). Lectores y lectura: cinco intervenciones. *Orbis Tertius*, 22(26). https://doi.org/10.24215/18517811e056

Delich, Francisco (1993). Un Centro de Estudios Avanzados. *Estudios*, (1), 5–6.
De Man, Paul (1982). The Resistance to Theory. *Yale French Studies*, (63), 3–20.
de Marco, Valeria e Hidalgo Nácher, Max (2021). *Procesos de exclusión de la historiografía española: Max Aub y José Bergamín*. Seminario de doctorado, USP. https://drive.google.com/file/d/1wqkN-CXEJjJZpdi3hFb38lmXJu0ejN6Z/view
del Río Riande, Gimena (Coord.) (2019). *La cultura de los datos. Actas del II Congreso Internacional de la Asociación Argentina de Humanidades digitales*. UNLP/UNR.
del Valle, José (Ed.) (2015). *Historia política del español. La creación de una lengua*. Aluvión editorial.
del Valle, José (2020). Presentación de *Aglo #3*. https://glotopolitica.com/galeria/
Derrida, Jacques (1967a). *De la grammatologie*. Minuit, 1997.
Derrida, Jacques (1967b). *L'écriture et la différence*. Du Seuil.
Derrida, Jacques (1972a). *Marges de la philosophie*. Minuit, 1997.
Derrida, Jacques (1972b). *La dissémination*. Du Seuil.
Derrida, Jacques (1982). *L'oreille de l'autre. Otobiographies, transferts, traductions. Textes et débats avec Jacques Derrida.* VLB éditeur.
Derrida, Jacques (1984). *Signéponge.* Columbia University Press.
Derrida, Jacques (1986). «Il n'y a pas *le* narcissisme» (autobiophotographies). En Elisabeth Weber (Ed.), *Points de suspension. Entretiens* (pp. 209–228). Galilée, 1992.
Derrida, Jacques (1987). *Some statements and Truisms about Neologisms, Newisms, Postisms, Parasitisms, and other Small Seisms* (pp. 223–252). En Thomas Dutoit y Philippe Romanski (Dirs.), *Derrida d'ici, Derrida de là*. Galilée, 2009.
Derrida, Jacques (1989). Biodegradables: Seven Diary Fragments. *Critical Inquiry*, 15(4), 812–873. Traducción del francés por Peggy Kamuf.
Derrida, Jacques (1991). Circonfesión. En Geoffrey Benninton y Jacques Derrida, *Jacques Derrida* (pp. 25–318). Cátedra, 1994. Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.
Derrida, Jacques (1992). Nos–otros griegos. En Barbara Cassin (Ed.), *Nuestros griegos y sus modernos. Estrategias contemporáneas de apropiación de la Antigüedad* (pp. 183–199). Manantial, 1994. Traducción de Irene Agoff.
Derrida, Jacques (1993). *Spectres de Marx. L'État de la dette, le travail du deuil et la nouvelle Internationale*. Galilée.
Derrida, Jacques (1994). *Fuerza de ley. El «fundamento místico de la autoridad»*. Tecnos, 1996. Traducción de Adolfo Barberá y Patricio Peñalver Gómez.
Derrida, Jacques (1995a). *Mal d'Archive. Une impression freudienne*. Galilée.
Derrida, Jacques (1995b). *Moscou aller–retour*. L'aube.
Derrida, Jacques (1996). *Apories. Mourir–s'attendre aux «limites de la vérité*. Galilée.
Derrida, Jacques (2000). Lettres sur un aveugle. *Punctum caecum*. En *Tourner les mots. Au bord d'un film* (pp. 71–126). Galilée.
Derrida, Jacques (2001). A corazón abierto. En ¡Palabra! Instantáneas filosóficas (pp. 13–48). Trotta. Traducción de Cristina De Peretti y Paco Vidarte.
Derrida, Jacques (2004). ¿Cómo no temblar? *Acta poética*, (30), 21–34, 2009. Traducción de Esther Cohen. http://www.scielo.org.mx/pdf/ap/v30n2/v30n2a2.pdf
de Saussure, Ferdinand ([1945]1916). *Curso de lingüística general*. Losada, 1980. Traducción de Amado Alonso.

de Sousa Santos, Boaventura (2018). *Construyendo las epistemologías del sur*. Volumen I y II. Compilación de María Paula Meneses. CLACSO.
Díaz Ronner, María Adelia (1988). *Cara y cruz de la literatura infantil*. Lugar.
Díaz Ronner, María Adelia (2000). Literatura infantil: de «menor» a «mayor». En Noé Jitrik (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 11, Elsa Drucaroff (Dir.), *La narración gana la partida* (pp. 511–531). Emecé.
Díaz Ronner, María Adelia (2001). La literatura infantil: territorio de subversiones. En Lisa Bradford (Ed.), *La cultura de los géneros* (pp. 113–127). Beatriz Viterbo.
Díaz Ronner, María Adelia (2003). Setenta balcones y ninguna flor. Acerca de las lecturas críticas invisibles en la literatura infantil. En Graciela Herrera de Bett (Comp.), *Didácticas de la Lengua y la Literatura. Teorías, debates y propuestas* (pp. 221–226). UNC.
Díaz Ronner, María Adelia (2005). Literatura infantil: prácticas culturales de la servidumbre. En *Encuentros* (pp. 43–54). UNCom.
Díaz Ronner, María Adelia (2006). Los caminos entre la literatura y los niños. En *Argentino de literatura I. Escritores, lecturas y debates* (pp. 31–57). UNL.
Didi–Huberman, Georges (2016). *Peuples en larmes, peuples en armes. L'œil de l'histoire, 6*. Minuit.
Diker, Gabriela y Flavia Terigi (1997). *La formación de maestros y profesores: hoja de ruta*. Paidós.
De Leone, Lucía (2019). Reseña de *Victoria Ocampo, cronista outsider* de María Celia Vázquez. *Orbis Tertius*, (30). https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTe134
Di Tullio, Ángela (2006). Organizar la lengua, normalizar la escritura. En Noé Jitrik (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 5, Alfredo Rubione (Dir.), *La crisis de las formas* (pp. 543–580). Emecé.
Di Tullio, Ángela (2009). Meridianos, polémicas e instituciones. El lugar del idioma. En Noé Jitrik (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 7, Celina Manzoni (Dir.), *Rupturas* (pp. 569–596). Emecé.
Diz, Tania (2019). Reseña de *Victoria Ocampo, cronista outsider* de María Celia Vázquez. *El taco en la brea*, (10), 215–217.
Domínguez, Nora (2019). De las catacumbas a las calles. Entrevista por Fernando Bogado, Juan Manuel Lacalle y Mariano Vilar. *Luthor*, (41). http://revistaluthor.com.ar
Domínguez, Nora (2021a). Encuentros afectivos en el universo de Molloy. Dossier «Todo sobre Molloy». *Chuy* (número especial), 72–82.
Domínguez, Nora (2021b). Flexión del género. En Beatriz Colombi (Coord.), *Diccionario de términos* críticos *de la literatura y la cultura en América Latina* (pp. 219–230). CLACSO.
Domínguez, Nora; Laura Arnés y María José Punte (2020). *Historia feminista de la literatura argentina*, un proyecto. En Laura Arnés, Nora Domínguez y María José Punte (Dirs.), *Historia feminista de la literatura argentina*. Volumen 4: Laura Arnés, Lucía De Leone y María José Punte (Coords), *En la intemperie. Poéticas de la fragilidad y la revuelta* (pp. 11–13). EDUVIM.
Donatello, Luis Miguel (2006). El catolicismo de la liberación, la política y la democracia en América Latina. *Katatay*, (3/4), 18–25.
Dorra, Raúl (1990). Perspectiva de la semiótica. En *De la imperfección* de Algirdas–Julien Greimas (pp. 7–19). Fondo de Cultura Económica.
Dorra, Raúl (2014). Entrevista por Raquel Guzmán. *Investigación y literatura* (pp. 133–145). EUNSa.
duBois, Page (2001). *Trojan Horses. Saving the Classics from Conservatives*. New York University.

Dujovne, Alejandro, Soprá Gustavo y Heber Ostroviesky (2014a). Une périphérie centrale. Traduction et édition en Argentine. En *Sciences humaines en traduction: les livres français aux Etats–Unis, au Royaume Uni et en Argentina* (pp. 92–118). Institut français, CESSP.

Dujovne, Alejandro, Sora Gustavo y Heber Ostroviesky (2014b). La traducción de autores franceses de ciencias sociales y humanidades en Argentina. *Bibliodiversity*, (3), 22–33.

Dumont, Lucile (2015). Théories sans frontières? La place de l'EHESS dans la circulation internationale des discours théoriques en littérature (années50–années 80). En *L'EHESS réinvente les sciences sociales depuis 40 ans*. EHESS.

Dumont, Lucile (2017). The international circulation of literary theory: a French–American case study. *Final conference of the European Project INTERCO SSH*. EHESS.

Dumont, Lucile (2019). Des théories sans frontières? Circulations transnationales et espaces transnationaux de la théorie littéraire (années 1960–années 1970). En *Atelier doctorant*s. EHESS.

Dumont, Lucile, Pierre Bataille y Simeng Wang (2022). Injonctions à l'internationalisation. *Socio–logos*, (17). http://journals.openedition.org/socio-logos/6065

Durand, Carine y Sandra Raguenet (Eds.) (2015). *L'Amerique Latine entre critique et théorie. Un autre regard sur la littérature*. Classiques Garnier.

Elizalde, Marisa (2016). *Avatares del hispanismo: Canon y estudios literarios en la Argentina (1949–1973)*. Tesis doctoral. La Plata, UNLP. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1317/te.1317.pdf

Escobar, Luis (2022). *Francisco Ayala. Exilio español en Argentina y renovación de la sociología latinoamericana*. Prohistoria.

Escudero, Lucrecia (2005). Identidad e identidades. *Estudios*, (17), 51–57.

Ennis, Juan (2022). Técnica y publicidad de la palabra. Lenguaje, hegemonía y capitalismo desde Walter Benjamin. *Textura*, (21), 119–138. http://www.periodicos.ulbra.br/index.php/txra/article/view/7257/4494

Ennis, Juan y Guillermo Toscano y García (2020). La provocación del idioma. En *La lengua argentina. Una encuesta del diario* Crítica *(1927)* (pp. 5–17). Vera cartonera.

Ennis, Juan y Guillermo Toscano y García (2022). *El loco de la lengua. Los textos de Aturo Costa Álvarez sobre filología y lingüística*. Eudeba.

Ernaux, Annie (2022). Entrevista junto a Rose–Marie Lagrave, Christine Détrez e Isabelle Charpentier, conducida por Silvain Bourmeau, *La Suite dans les idée*s, 8 de octubre, Radio France Culture. https://www.radiofrance.fr/franceculture/podcasts/la-suite-dans-les-idees/les-sciences-sociales-lectrices-d-annie-ernaux-6525811

Escobar, Luis (2022). *Exilio español en Argentina y renovación de la sociología latinoamericana*. Prohistoria Ediciones.

Esteban, Aimé (2022a). *Los libros*–álbum y su inserción en la formación de formadores: análisis de dos casos de «*buenas prácticas*». Tesis de Maestría en Enseñanza de la lengua y de la literatura. Rosario, UNR.

Estrín, Laura (2016). Una estampa. En Laura Estrin y Milita Molina (Comps.), *Escritos sobre Nicolás Rosa* (pp. 59–70). FFyL–UBA.

Estrín, Laura y Milita Molina (2016). Nicolás Rosa por el mismo. En *Escritos sobre Nicolás Rosa* (pp. 11–15). FFyL–UBA.

Falcón, Alejandrina (2018). *Traductores del exilio. Argentinos en editoriales españolas: traducciones, escrituras por encargo y conflicto lingüístico*. Iberoamericana–Vervuert.

Fangmann, Cristina (2021). Sentido de presencia: Sylvia Molloy y las marcas de las cosas en común. *Chuy*, número especial, 83–94.

Fávaro Reis, Mateus y Gabriela Pellegrino Soares (Dir.) (2015). Dossier «Exilio e mercado editorial na América Latina». *Revista Eletrônica da Associação Nacional de Pesquisadores e Professores de Historia das Américas*, (19). https://revista.anphlac.org.br/anphlac/issue/view/188

Fernández, Oscar (2006). El papel del Estado en la edición de libros en la Argentina (1958–1980). En Mónica Bueno y Miguel Ángel Taroncher (Coords.), *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia* (pp. 39–61). Siglo XXI.

Fernández, Claudia (2008). Clasicismos. En José Amícola y José Luis de Diego (Dir.), *La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates* (pp. 23–34). Ediciones al margen.

Fernández, Florian (2020). *Narrar la frontera. Relatos, experiencia y vida cotidiana en los umbrales de la alfabetización semiótica*. Tesis doctoral. Doctorado en Semiótica. Córdoba, UNC.

Fernández Bravo, Álvaro (2021). Religación. En Beatriz Colombi, *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina* (pp. 399–411). CLACSO.

Fernández Bravo, Álvaro; Florencia Garramuño y Saúl Sosnowski (Eds.) (2003). *Sujetos en tránsito: (in)migración, exilio y diáspora en la cultura latinoamericana*. Alianza.

Fernández Cobo, Raquel (2018). *Ricardo Piglia, escritor, profesor y diarista. Una historia de la educación literaria como novela*. Tesis. Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales. Almería, Universidad de Almería.

Fernández Cobo, Raquel (2022a). El escritor como profesor: posturas, maniobras y modos de leer en Ricardo Piglia. *I Coloquio Internacional La escritura en América Latina desde una mirada docente: crítica, ficción y enseñanza*. Universidad de Almería, Centro de estudios literarios iberoamericanos Mario Benedetti. Almería. https://www.youtube.com/watch?v=btJFjQkf9zo

Fernández Cobo, Raquel (2022b). La lección del maestro. Hacia una ontología relacional de la literatura en Ricardo Piglia. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Fernandes de Miranda y Vinícius Ximenes (2022). Josefina materialista, Josephine Iron. *Landa*, (10), 52–92.

Fernández Moreno, César (1981). Los que se fueron, los que se quedaron. *Tiempos modernos* (420–421) (pp. 55–56). Ediciones BN, 2011. Traducción de Patricia Castro. Edición y notas críticas: Juan Pablo Canala, María Rita Fernández y Gabriela Mocca.

Ferreyra, Sandra y Carolina Zunino (2021). Aventuras intelectuales en una universidad de lectores y espectadores. En Analía Gerbaudo, Patricia Torres e Ivana Tosti (Eds.), *Más allá de la anécdota: una pretensión*. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/mas-alla-de-la-anecdota-una-pretension/

Fleck, Christian; Matthias Duller y Victor Karády (2019). *Shaping Human Science Disciplines. Socio–Historical Studies of the Social and Human Sciences*. Palgrave Macmillan.

Flier, Patricia (2012). In memoriam: José Panettieri (1926–2012). *Clío & Asociados*, (17), 10–13.

Foffani, Enrique (2013). Susana Zanetti *in memoriam*. *Orbis Tertius*, 18(19), 15–16. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf

Forcinito, Carina y Gaspar Tolón (2009). *Reestructuración* neoliberal y después... 1983–*2008: 25 años de economía argentina*. UNGS/BN.

Forchino, Verónica (2022). ¿Papel o *Paper*? Un estudio sobre los medios de legitimación de

la investigación en Letras en la UNPA. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Ferro, Roberto (2010). Prólogo. En Noé Jitrik. *Verde es toda teoría. Literatura. Semiótica. Psicoanálisis. Lingüística* (pp. 7–9). Liber editores.

Ford, Aníbal (2004). *30 años después. 1973: las clases de Introducción a la Literatura y otros textos de la época*. UNLP.

Ford, Aníbal, Graciela Maturo y Beatriz Sarlo (1984, 29 de marzo). Entrevista. *Clarín*. Suplemento *Cultura y Nación*, 2–3.

Forster, Ricardo (2013). *La anomalía kirchnerista. La política, el conflicto y la invención democrática*. Planeta.

Forster, Ricardo (2018). Prólogo. En Luciana Espinosa *et al.*, ¿Por qué [no] leer a Byung–*Chul Han?* (pp. 9–20). Ubu.

Foucault, Michel (1981a). Le souci de la vérité. Entretien avec E. Ewald. En *Dits et écrits IV* (pp. 669–678). Gallimard, 1994.

Foucault, Michel (1981b). L'intellectuel et les pouvoirs. Entretien avec C. Panier et P. Watté. En *Dits et écrits IV* (pp. 747–752). Gallimard, 1994.

Franco, Marina (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973–1976*. Fondo de Cultura Económica.

Franssen, Thomas (2015). *How Books Travel. Translation Flows and Practices of Dutch Acquiring Editors and New York Literary Scouts, 1989–2009*. Tesis de doctorado, Universidad de Amsterdam. doi: 10.13140/RG.2.1.1925.0802

Frattoni, Oreste (1959). Para la lectura de un Sueño de Quevedo. *Boletín de literaturas hipánicas*, (1), 29–38.

Frugoni, Sergio (2006). *Imaginación y escritura. La enseñanza de la escritura en la escuela*. Libros del Zorzal.

Frugoni, Sergio (2021). Escribo en este trozo de papel. Sobre la literatura en contextos de encierro. En Analía Gerbaudo, Patricia Torres e Ivana Tosti (Eds.), *Más allá de la anécdota: una pretensión*. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/mas-alla-de-la-anecdota-una-pretension/

Fumis, Daniela (2021). La institucionalización y la internacionalización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos (Argentina, Brasil, España). Seminario de doctorado. Clase 8. UNL.

Fumis, Daniela (2022). Hispanismos y figuras mediadoras. El caso de Emilia Puceiro de Zuleta. *Octavo coloquio de avances de investigaciones del CEDINTEL*. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/institucional/wp-content/uploads/sites/3/2018/08/VIII-coloquio-cedintel.pdf

Funes, Leonardo (2009). Teoría literaria: una primavera interrumpida en los años setenta. *Actas de las Primeras Jornadas de Historia de la Crítica en la Argentina* (pp. 79—84). FFyL–UBA.

Funes, Leonardo (2010). Entrevista por equipo de la Secretaría de Investigación de la FFyH de la UBA, 2 de diciembre. http://secinves.com.ar/entrevistas/el-espesor-de-las-letras-entrevista-con-leonardo-funes?page=0,0

Funes, Leonardo (2016). *Hispanismos del mundo. Diálogos y debates en (y desde) el Sur*. Miño y Dávila.

Funes, Leonardo *et al.* (2011). *Perspectivas actuales de la investigación literaria*. EFFL–UBA.

Garayalde, Nicolás (2019). La enseñanza de Teoría literaria en la universidad. Notas sobre la

historia de la cátedra de Teoría literaria de la Escuela de letras de la UNC. *Recial*, (15). https://revistas.unc.edu.ar/index.php/recial/article/view/24852

García, Laura (2010). Registro, canon y corpus de la literatura infantil. Con éste sí, con éste no. En Cristina Blake y Valeria Sardi (Comps.), *Literatura argentina e infancia: un caleidoscopio de poéticas* (pp. 87–95). Vuelta a Casa.

García, Laura (2011). Acerca de lo monstruoso en la literatura argentina para chicos. En Blake Cristina y Valeria Sardi (Comp.), *Una literatura sin fronteras* (pp. 125–135). Ediciones ar.tdigital.

García, Laura (2012). La poética de Gustavo Roldán: un colectivo de personajes. Las historias del Sapo. En Blake Cristina y Valeria Sardi (Comps.), *Un territorio en construcción: la literatura argentina para niños* (pp. 133–143). UNLP.

García, Laura (2015). Memoria e imaginación. Colecciones de lectura para contar la violencia política en la literatura infantil argentina (1970—1990). *El Taco En La Brea*, (2), 80–118.

García, Laura (2016). Las modulaciones de la imaginación: lectura, escritura e ilustración en los años 80 en la literatura argentina para niños. *Catalejos. Revista de lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 1(2), 49—67.

García, Laura (2017). Entre escarabajos y lectores. La experiencia de los talleres literarios del Grupo Creativo Mandrágora en el Hospital de niños (2002–2004). En Analía Gerbaudo e Ivana Tosti (Eds.), *Nano–intervenciones con la literatura y otras formas del arte* (pp. 143–151). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/wpcontent/uploads/sites/16/2019/07/Nano_intervenciones.pdf

García, Laura (2021). *Los itinerarios de la memoria en la literatura infantil argentina. Narrativas del pasado para contar la violencia política entre 1970 y 1990*. Lugar.

García, Laura (2022). La institucionalización de la literatura infantil y juvenil en la UNT entre 1985 y 1987. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

García, Laura y Carla Indri (2021a). *Verde fantasía. La planta de la memoria ilimitada*. Narrativa de una invitación a la lectura literaria y la construcción de la memoria. En Analía Gerbaudo, Patricia Torres e Ivana Tosti (Eds.), *Más allá de la anécdota: una pretensión*. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/mas-alla-de-la-anecdota-una-pretension/

García, Laura y Carla Indri (2021b). Las disputas en la formación de la memoria literaria latinoamericana durante la transición posdictatorial de los años ochenta en la Universidad Nacional de Tucumán. Eje: literatura infantil y juvenil. *XI Congreso Nacional de Didácticas de la lengua y de la literatura*. UNSAM, Instituto de Educación Superior N° 1 de La Quiaca.

Garrido, Violeta (2022). Condiciones para una estética althusseriana en España: paradigma circulatorio e historia intelectual. *El taco en la brea*, (16), 34–49.

Gasel, Alejandro (2020). ¿Cómo se hace un profesor de literatura para la escuela primaria? *Catalejos*, 10(5), 135–157.

Gasel, Alejandro (2021a). El profesor de literatura en la escuela primaria. *Catalejos*, 12(6), 4–21.

Gasel, Alejandro (2021b). Estudios literarios, lingüísticos y semióticos y sus procesos de institucionalización en las periferias de Argentina. El caso de Santa Cruz (1957–2015). *XI Congreso Nacional de Didáctica de la lengua y de la literatura*. UNSAM, Instituto de Educación Superior N° 1 La Quiaca.

Gasel, Alejandro (2022). Variables de periferias en los procesos de Institucionalización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos en las carreras de Letras de la UNPA (período 1990–2010). I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945-2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Gauna, Daniela (2022). La institucionalización de la teoría literaria, la literatura latinoamericana y la literatura argentina en los IFD: el caso del Profesorado de Educación Secundaria en Lengua y Literatura del Instituto Joaquín V. González (Rafaela, 2001–2020). I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Gerbaudo, Analía (2006). *Ni dioses ni bichos. Profesores de literatura, currículum y mercado*. UNL.

Gerbaudo, Analía (2011). *La lengua y la literatura en la escuela secundaria*. Homo Sapiens/UNL.

Gerbaudo, Analía (2014). *La institucionalización de las letras en la universidad argentina (1945–2010)*. CEDINTEL/FHUC/UNL. Hal Open Science, 2019. https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01659638

Gerbaudo, Analía (2015) *L'institutionnalisation des études littéraires à l'université argentine (1945–2010)*. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/publicaciones/

Gerbaudo, Analía (2016a). Binomios, controversias y algunos episodios alrededor de la internacionalización de la investigación literaria argentina. *Tercer Coloquio de avances de investigaciones del CEDINTEL*. CEDINTEL/FHUC/UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/publicaciones/

Gerbaudo, Analía (2016b). *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura 1984–1986*. UNGS/UNL.

Gerbaudo, Analía (2017a). Los estudios literarios, su institucionalización en la universidad argentina y su internacionalización (1945–2010). *Argos*, 34(66/67), 41–84. https://www.youtube.com/watch?v=I-SfI7I_ZAw

Gerbaudo, Analía (2017b). Congreso Internacional Saer. Panel junto a Martín Kohan. https://www.youtube.com/watch?v=I-SfI7I_ZAw

Gerbaudo, Analía (2018). El fuego, el agua, la biodegradabilidad. Apuntes metodológicos para un archivo por–venir. En *Archivos, artes y medios digitales. Teoría y práctica* (pp. 41–65). CEA–UNC. https://rdu.unc.edu.ar/handle/11086/6736

Gerbaudo, Analía (2023). La literatura nacional, las «otras literaturas» y las agendas de los estudios literarios (1958–2015). *Saga* (en edición).

Gerbaudo, Analía y Daniela Fumis (2014). Esquema básico para biografías y entrevistas semiestructuradas a agentes del campo. En *La institucionalización de las letras en la universidad argentina. Notas «en borrador» a partir de un primer relevamiento* (p. 259). UNL. https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01659638/document

Gerbaudo, Analía y Betina Prenz (2021). Migraciones forzadas y derivas paradójicas. El caso Juan Octavio Prenz. *Estudios de Teoría literaria. Revista digital. Artes, letras y humanidades*, (23), 82–99. https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/5309

Gigli, Adelaida (1954). Victoria Ocampo: V.O. *Contorno*, (3), 1–2.

Gilman, Claudia (1988[2006]). Florida y Boedo: hostilidades y acuerdos. *Yrigoyen entre Borges y Arlt (1916–1930)*. En David Viñas (Dir.), *Literatura argentina del siglo XX*. (pp. 44–62). Volumen 2. Paradiso–Fundación Crónica General.

Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI.
Giménez Béliveau, Verónica (2016). *Católicos militantes. Sujeto, comunidad e institución en la Argentina*. EUDEBA.
Ginzburg, Carlo (1976). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Muchnik Editores, 1991. Traducción de Francisco Martín.
Giordano, Alberto (1987). Situación del ensayo. Segundo Congreso Nacional de Semiótica. UNSJ–Asociación Argentina de Semiótica.
Giordano, Alberto (1989). La búsqueda del ensayo. Jornadas Razones de la Crítica, UNR.
Giordano, Alberto (1990). Elogio de la polémica (a propósito de los ensayos literarios de Oscar Masotta). *Punto de Vista*, (38), 24–27.
Giordano, Alberto (1991a). *Modos del ensayo. Jorge Luis Borges y Oscar Masotta*. Beatriz Viterbo.
Giordano, Alberto (1991b). Borges: la forma del ensayo. *Punto de Vista*, (40), 32–40.
Giordano, Alberto (1994). *Sitio*: ensayo y polémica. Jornadas Las Revistas Científicas, Independientes y de Divulgación. UNLP.
Giordano, Alberto (1998). La crítica de la crítica y el recurso al ensayo. *Boletín/6*, 91–97.
Giordano, Alberto (2000). Notas sobre el ensayo de los escritores. II Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria. UNR.
Giordano, Alberto (2001). Borges: la ética y la forma del ensayo. *Punto de Vista*, (70), 29–34.
Giordano, Alberto (2006). *Una posibilidad de vida: escrituras íntimas*. Beatriz Viterbo.
Giordano, Alberto (2007). Prólogo. En Susana Gómez, *Julio Cortázar y la Revolución Cubana. La legibilidad política del ensayo* (pp. 11–14). Alción.
Giordano, Alberto (2011). *Vida y obra: otra vuelta al giro autobiográfico*. Beatriz Viterbo.
Giordano, Alberto (2017). *El tiempo de la convalecencia. Fragmentos de un diario en Facebook*. Iván Rosado.
Giordano, Alberto (2019). *El tiempo de la improvisación. Fragmentos de un diario en Facebook*. Iván Rosado.
Giordano, Alberto (2020a). *Tiempo de más. Fragmentos de un diario en Facebook*. Iván Rosado.
Giordano, Alberto (2020b). *Los domingos del profesor. Fragmentos de un diario en Facebook*. Vera cartonera.
Giorgi, Gabriel (1996). El «combate bicolor»: homosexualidad, política y representación. *Estudios*, (6), 65–72.
Giorgi, Gabriel (2020a). Arqueología del odio. Escrituras públicas y guerras de subjetividad. En Gabriel Giorgi y Ana Kieffer. *Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas* (pp. 17–81). Eterna Cadencia.
Giorgi, Gabriel (2020b). Hacer concha. Escrituras performáticas del odio y pedagogías públicas. En Laura Arnés, Nora Domínguez y María José Punte (Dirs.), *Historia feminista de la literatura argentina*. Volumen 4: Laura Arnés, Lucía De Leone y María José Punte (Coords.), *En la intemperie. Poéticas de la fragilidad y la revuelta* (pp. 107–118). EDUVIM.
Girbal, Noemí (2007). Après la crise terminale. Le système scientifique et technologique de l'Argentine (2001–2005). En Diana Quattrocchi–Woisson (Dir.), *L'Argentine après la débâcle. Itinéraire d'une recomposition inédite* (pp. 368–382). Michel Houdiard Éditeur.

Gociol, Judith (2007). *Más libros para más. Colecciones del Centro Editor de América latina*. Biblioteca Nacional.
Goldchluk, Graciela (2012). Nuevos domicilios para los archivos de siempre: el caso de los archivos digitales. En *Palabras de archivo* (pp. 29–51). UNL.
Goldchluk, Graciela (2020). Archivos latinoamericanos y la extracción del sentido. *Chuy*, (9). http://revistas.untref.edu.ar/index.php/chuy/issue/view/62
Goldchluk, Graciela (2022). *El libro de la vieja (tiempos de archivo)*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/
Goldchluk, Graciela y Mónica Pené (2013). Instrucciones para archivar un pájaro. En *Palabras de archivo* (pp. 5–9). UNL.
Goldchluk, Graciela y Delfina Cabrera (2020). Entre le don et la traduction. Formes de la critique génétique en Argentine. *Continents manuscrits*, (14). http://journals.openedition.org/coma/5165
Goldchluk, Graciela y Juan Ennis (Coords.). (2021). *Las lenguas del archivo: Filologías para el siglo XXI*. UNLP.
https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/17
Goloboff, Mario (2019). Juan Octavio Prenz. *Orbis Tertius*, (30). http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.11507/pr.11507.pdf
Gómez, Susana (2007). *Julio Cortázar y la Revolución Cubana. La legibilidad política del ensayo*. Alción.
González, Horacio (2008). *El peronismo fuera de las fuentes*. UNGS/BN.
González, Horacio (2011a). De *Contorno a Tiempos modernos*. En Revista *Tiempos modernos. Argentina entre populismo y militarismo, 420–421* (pp. 15–20). Ediciones BN, 2011. Traducción de Patricia Castro. Edición y notas críticas: Juan Pablo Canala, María Rita Fernández y Gabriela Mocca.
González, Horacio (2011b). *Kirchnerismo: una controversia cultural*. Colihue.
González, Horacio (2012). *Lengua del ultraje, de la generación del 37 a David Viñas*. Colihue.
Gordillo, Mónica (Comp.) (2019a). *1969. A cincuenta años. Repensando el ciclo de protestas*. CLACSO.
Gordillo Mónica (2019b). Entrevista por María Cristina Tortti y Mora González Canosa. *Aletheia*, (18). http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.10895/pr.10895.pdf
Gordillo, Mónica y James Brennan (1994). Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo. *Estudios*, (4), 51–74.
Gorelik, Adrián (2017). Panel sobre líneas de investigación, estudios críticos y transdisciplinariedad. *I Seminario Interno del IECH*. UNR/CONICET.
Gramuglio, María Teresa (1979). Juan José Saer: El arte de narrar. *Punto de Vista*, (6), 3–8.
Gramuglio, María Teresa (1983a). *Sur*: constitución del grupo y proyecto cultural. *Punto de Vista*, (17), 7–9.
Gramuglio, María Teresa (1984b). La filosofía en el relato, sobre Juan José Saer, *El entenado*. *Punto de Vista*, (20), 35–36.
Gramuglio, María Teresa (1986a). El lugar de Saer. En Jorge Lafforgue (Ed.), *Juan José Saer por Juan José Saer* (pp. 262–299). Celtia.
Gramuglio, María Teresa (1992). La construcción de la imagen. En *La escritura argentina* (pp. 35–64). UNL/Ediciones de la cortada.

Gramuglio, María Teresa (Dir.) (2002). *El imperio realista*. Volumen 6. En Noé Jitrik, (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Emecé.
Gramuglio, María Teresa (2006). Tres problemas para el comparatismo. *Orbis Tertius*, (12). https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv11n12a02
Gramuglio, María Teresa (2008–2009). Interrelaciones entre literatura argentina y literaturas extranjeras. Debates actuales e hipótesis de trabajo. *El hilo de la fábula*, (79), 17–23.
Gramuglio, María Teresa (2011). Literatura comparada y literaturas latinoamericanas. Un proyecto incompleto. En Adriana Crolla (Comp.), *Lindes actuales de la literatura comparada* (pp. 42–51). UNL.
Gramuglio, María Teresa (2013a). Prólogo. Adolfo Prieto, o el obstinado rigor de la crítica. En *Estudios de literatura argentina* (pp. 9—28). UNQ.
Gramuglio, María Teresa (2013b). Sobre Susana Zanetti. *Orbis Tertius*, 18(19), 17–28. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf
Gramuglio, María Teresa (2014). Un autorretrato indirecto. Entrevista de Judith Podlubne y Martín Prieto. En Judith Podlubne y Martín Prieto (Eds.), *María Teresa Gramuglio. La exigencia crítica* (pp. 233–285). Beatriz Viterbo/UNR.
Gramuglio, María Teresa (2017). Un ejercicio de relectura en homenaje a Susana Zanetti. *Orbis Tertius*, 22(26). https://doi.org/10.24215/18517811e057
Greimas, Algirdas–Julian (1987). *De la imperfección*. Presentación, traducción y notas de Raúl Dorra. Fondo de Cultura Económica/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1997.
Guardia Calvo, Isadora (2022). Clase abierta *Testimoniar–narrar–exhumar a través del cine*. Proyecto Trans.arch. https://trans-arch.org/portafolio/
Guerrero, Diana (1972). *Arlt. El habitante solitario*. Catálogos, 1986.
Guilbert, Thierry; Frédéric Lebaron y Ricardo Peñafiel (2019). Discours austéritaires et discours néolibéral. *Langage et société*, 166(1), 9–29.
Guzmán, Raquel (2014). Entrevista a Raúl Dorra. En *Investigación y literatura* (pp. 133–145). EUNSa.
Guzmán, Raquel; Liliana Massara y Alejandra Nallim (2011). *La literatura del Noroeste argentino. Reflexiones e investigaciones*. UNJu.
Guzmán, Víctor Humberto (2018). El espacio de lo público digital y la institución de archivos en acceso abierto. En Diego Vigna y Pampa Arán (Comps.), *Archivos, artes y medios digitales. Teoría* y práctica (pp.145–161). Edicea.
Hardwick, Lorna (2003). *Reception Studies*. Oxford University Press.
Heilbron, Johan (2020). Obtaining World Fame from the Periphery. *Dutch Crossing*, 44(2), 136–144.
Heilbron, Johan e Yves Gingras (2009). L'internationalisation de la recherche en Sciences Sociales et humaines en Europe (1980–2006). En Gisèle Sapiro (Ed.), *L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation (XIX^e–XXI^e siècle)* (pp. 359–390). La Découverte.
Heilbron, Johan; Nicolas Guilhot y Laurent Jeanpierre (2009). Internationalisation des Sciences Sociales: les leçons d'une historie transnationale. En Gisèle Sapiro (Ed.), *L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États-nations à la mondialisation (XIX^e-XXI^e siècle)*. (pp. 319–346). La Découverte.
Heilbron, Johan; Thibaud Boncourt, Rafael Schögler, Gisèle Sapiro (2017). European Social Sciences and Humanities (SSH) in a Global Context Preliminary findings from the INTERCO–SSH Project. https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01659607

Heredia, Mariana (2014). «No se puede pensar la muerte». Los economistas y sus dilemas ante la crisis de la convertibilidad. En Alfredo Pucciarelli y Ana Castellani (Ed.), *Los años de la Alianza: la crisis del orden neoliberal* (pp. 247–294). Siglo XXI.

Hermida, Carola *et al***.** (2021). En los bordes: la construcción de territorios educativos entre la Universidad y el barrio. En Analía Gerbaudo, Patricia Torres e Ivana Tosti (Eds.), *Más allá de la anécdota: una pretensión*. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/mas-alla-de-la-anecdota-una-pretension/

Hersonski, Yael (2010). *A Film Unfinished*. Noemi Schory, Itay Ken Tor, Belfilms LTD.

Hidalgo, Juan Carlos (1993). Clase 2. Curso para becarios de formación docente en ciencias. Fafodoc, UNL (apuntes).

Hidalgo, Juan Carlos (2001). *Economía política y educación superior. Crítica al pensamiento neoliberal*. UNL.

Hidalgo Nácher, Max (2015). Los discursos de la crítica literaria argentina y la teoría literaria francesa. *452° F*, (12), 102–131.

Hidalgo Nácher, Max (2017). Imaginación crítica de Nicolás Rosa. *El taco en la brea*, 5: 39–68.

Hidalgo Nácher, Max (2019a). La herencia teórica, las vueltas del humanismo y el dispositivo de la deuda. *El taco en la brea*, (9), 103–115.

Hidalgo Nácher, Max (2019b). Modelos y problemas en el estudio de la circulación de la teoría literaria. *Landa*, (7), 219–249.

Hidalgo Nácher, Max (2020). Historia del libro y teoría de la literatura en Argentina y España: un estudio comparado. En Fernando Larraz, Josep Mengual y Mireia Sopena (Eds.), *Pliegos alzados. La historia de la edición, a debate* (pp. 33–50). Trea.

Hidalgo Nácher, Max (2022a). *Teoría en tránsito. Arqueología de la crítica y la teoría literaria españolas de 1966 a la posdictadura*. UNL/UB. https://trans-arch.org/publicaciones/

Hidalgo Nácher, Max (2022b). Diseminaciones de la deconstrucción en Brasil. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Hidalgo Nácher, Max (2022c). Clase abierta *Los estudios literarios en España de 1966 a la posdictadura. Resonancias argentinas*. Proyecto Trans.arch. https://trans-arch.org/portafolio/

Hirschfeld, Hernán (2021). *El proyecto semiótico de Carlos Caudana (1987–2010): reinvenciones y proyecciones de una semiosis de institucionalización*. Tesina de Licenciatura en Letras. Santa Fe, FHUC–UNL.

Hofstadter, Douglas (1979). *Gödel, Escher, Bach. Un Eterno y Grácil Bucle*. Tusquets, 1998. Traducción de Mario Usabiaga y Alejandro López Rousseau.

Huyssen, Andreas (1987). Guía del posmodernismo. *Punto de Vista*, (29), separata.

Incaminato, Natalí (2020). *Usos de Foucault, Deleuze y Derrida en la crítica literaria argentina (1980–2010)*. Tesis de Doctorado. La Plata, UNLP. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1939/te.1939.pdf

Indri, Carla (2022a). ¿Cómo se piensa la formación literaria y el rol mediador de los futuros docentes de la escuela primaria? Una aproximación a dos Institutos Superiores de San Miguel de Tucumán. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Indri, Carla (2022b). *La literatura como herramienta en la configuración de estrategias de inclusión socioeducativa. Un estudio sobre las prácticas de enseñanza de literatura en las aulas de 5to y 6to año de escuelas primarias urbanas de Tucumán*. Tesis doctoral. Tucumán, UNT.
Ingaramo, Ángeles (2011). *La trama de los textos*: vigencia de un diálogo demorado. *VII Congreso Nacional de Didáctica de la Lengua y de la Literatura*. UNS. http://www.lijydll2011.com.ar/descargas_DLL/ponenciasDLL/ponenciasdll_view.php?editid1=48
Ingaramo, Ángeles (2012a). La Didáctica de la Literatura en Argentina: de intervenciones fundacionales y mediaciones democráticas. Álabe, (6). http://revistaalabe.com/index/alabe/article/view/117/103
Ingaramo, Ángeles (2012b). Responsabilidades compartidas: el papel de los estudios literarios en la reflexión sobre la enseñanza de la literatura. *Badebec*, (3). http://www.badebec.org/badebec_3/sitio/pdf/ingaramo.pdf
Invernizzi, Hernán y Judith Gociol (2003). *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Eudeba.
Jablonka, Ivan (2014). *L'histoire est une littérature contemporaine. Manifeste pour les sciences sociales.* Du Seuil.
Jacoby, Roberto (1986). El deseo nace del derrumbe. En Ana Longoni (Ed.), *El deseo nace del derrumbe. Roberto Jacobi: acciones, conceptos, escritos* (pp. 256–261). La Central/Adriana Hidalgo/Museo Reina Sofía, 2011.
Jarkowski, Aníbal (2019). Rojas y Prietos. En *Historias de la literatura. Asedios desde el Sur* (pp. 393–399). FFyH–UBA.
Jauss, Hans Robert (1981). Estética de la recepción y comunicación literaria. *Punto de Vista*, (12), 34–40.
Jeanpierre, Laurent (2004). Une opposition structurante pour l'anthropologie structurale: Lévi–Strauss contre Gurvitch. La guerre de deux exilés français aux États–Unis. *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, (11), 13–44.
Jelin, Elisabeth (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Siglo XXI.
Jensen, Silvina (2004). *Suspendidos de la historia / Exiliados de la memoria. El caso de los argentinos desterrados en Cataluña (1976–...)*. Tesis doctoral. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona. https://www.tdx.cat/handle/10803/4800#page=1
Jitrik, Noé (1955). Los comunistas (Manauta, Barletta, Yunque, Varela). *Contorno*, (5/6), 48–51.
Jitrik, Noé (1956b). Guibert: un poeta con geografía. *Contorno*, (7/8), 52–54.
Jitrik, Noé (1959b). *Horacio Quiroga. Una obra de experiencia y riesgo*. Cronología por Oscar Masotta y Jorge Lafforgue. Bibliografía por Horacio Jorge Becco. Ministerio de Educación y Justicia/Ediciones culturales argentinas.
Jitrik, Noé (1960). Cambaceres: adentro y afuera. *Boletín de literaturas hipánicas*, (1), 5–21.
Jitrik, Noé (1962). *Procedimiento y mensaje en la novela*. UNC.
Jitrik, Noé (1967a). *Esteban Echeverría*. CEAL.
Jitrik, Noé (1967b). *Horacio Quiroga*. CEAL.
Jitrik, Noé (1967c). *Escritores argentinos. Dependencia o libertad*. Ediciones del Candil.
Jitrik, Noé (1968a). *El ochenta y su mundo*. Jorge Álvarez.
Jitrik, Noé (1968b). *Muerte y resurrección del Facundo*. CEAL.

Jitrik, Noé (1969). *Tres ensayos sobre Esteban Echeverría*. Faculté des Lettres (Les Annales)–Université de Besançon.
Jitrik, Noé (1970a). *Ensayos y estudios de literatura argentina*. Eudeba, 2019.
Jitrik, Noé (1970b). *La revolución del 90*. CEAL.
Jitrik, Noé (1971). *El fuego de la especie. Ensayos sobre seis escritores argentinos*. Siglo XXI.
Jitrik, Noé (1972). Destrucción y forma de las narraciones. En César Fernández Moreno (Coord.), *América Latina en su literatura* (pp. 219–242). Siglo XXI/UNESCO.
Jitrik, Noé (1973f). *La novela futura de Macedonio Fernández con un «retrato discontinuo», una antología y una bibliografía*. Ediciones de la biblioteca/Universidad Central de Venezuela.
Jitrik, Noé (1975). *Producción literaria y producción social*. Sudamericana.
Jitrik, Noé (1977). Argentina: esquizofrenia y sobrevivenvia. En *Las armas y las razones. Ensayos sobre el peronismo, el exilio, la literatura (1975–1980)* (pp. 246–259). Sudamericana.
Jitrik, Noé (1978a). *Las contradicciones del modernismo. Productividad poética y situación sociológica*. El Colegio de México.
Jitrik, Noé (1978b). Mirar hacia adentro: literatura y exilio. En *Las armas y las razones. Ensayos sobre el peronismo, el exilio y la literatura (1975–1980*) (pp. 122–146). Sudamericana.
Jitrik, Noé (1979b). Un tema menor: la relación autor-público en el exilio. En *Las armas y las razones. Ensayos sobre el peronismo, el exilio y la literatura (1975–1980*) (pp. 260–277). Sudamericana.
Jitrik, Noé (1981b). Sentimientos complejos sobre Borges. *Tiempos modernos*, (420–421) (pp. 177–198). Ediciones BN, 2011. Traducción de Patricia Castro. Edición y notas críticas: Juan Pablo Canala, María Rita Fernández y Gabriela Mocca.
Jitrik, Noé (1982a). Encuesta a la literatura argentina contemporánea. Capítulo 146. En *La historia de la literatura argentina* (pp. 452–456). CEAL.
Jitrik, Noé (1982b). *La memoria compartida*. Universidad Veracruzana.
Jitrik, Noé (1982c). *La lectura como actividad*. Premiá.
Jitrik, Noé (1982d). Justificación: lo circunstancial y lo permanente. En *Las armas y las razones. Ensayos sobre el peronismo, el exilio y la literatura (1975–1980)* (pp. 7–16). Sudamericana.
Jitrik, Noé (1984). *Las armas y las razones. Ensayos sobre el peronismo, el exilio, la literatura (1975–1980)*. Sudamericana.
Jitrik, Noé (1987a). *Temas de Teoría. El trabajo crítico y la crítica literaria*. Premiá.
Jitrik, Noé (1987b). *Cuando leer es hacer*. UNL.
Jitrik, Noé (1987c). *La vibración del presente. Trabajos críticos y ensayos sobre textos y escritores latinoamericanos*. Fondo de Cultura Económica.
Jitrik, Noé (1988b). *El balcón barroco*. UNAM.
Jitrik, Noé (1990). Leyendo «El patito feo». Conferencia en la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil Argentina (ALIJA). Copia mecanografiada domiciliada en la Biblioteca Nacional.
Jitrik, Noé (1992a). *Historia de una mirada. El signo de la Cruz en las escrituras de Colón*. Ediciones de la Flor.
Jitrik, Noé (1992b). *La selva luminosa. Ensayos críticos 1987–1991*. FFyL–UBA.
Jitrik, Noé (1995). *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Biblos.
Jitrik, Noé (Comp.) (1996). *Atípicos en la literatura latinoamericana*. Instituto de Literatura Hispanoamericana/Oficina de publicaciones del CBC/UBA.
Jitrik, Noé (2000). *Los grados de la escritura*. Manantial.

Jitrik, Noé (2002a). De aflicciones, travesías y deseos. Entrevista de Pablo Brescia. *Revista Iberoamericana*, (198), 187–193.
Jitrik, Noé (2007a). *Fantasmas semióticos concentrados*. Fondo de Cultura Económica/ Instituto Tecnológico y de Estudios superiores de Monterrey.
Jitrik, Noé (2007b, 7 de enero). Cámpora entre Buenos Aires y México. *Página /12*. https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-78788-2007-01-07.html
Jitrik, Noé (2010). *Verde es toda teoría. Literatura. Semiótica. Psicoanálisis. Lingüística*. Liber.
Jitrik, Noé (2014b). *Delicados trazos. Ensayos y tribulaciones*. Universidad Veracruzana.
Jitrik, Noé (2016). En busca de la forma. Entrevista por Felipe Benegas Lynch y Hache Pavón. *Boca de sapo*, (21), 65–71.
Jitrik, Noé (2018). Epílogo. *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 12. En Jorge Monteleone (Dir.), *Una literatura en aflicción* (pp. 871–872). Emecé.
Jitrik, Noé e Ismael Viñas (1955). Enrique Larreta o el linaje. *Contorno*, (5/6), 13–14.
Kaliman, Ricardo (1998). Sobre la definición de lo interesante en los estudios culturales latinoamericanos. *Kipus*. *Revista andina de letras*, (9), 29–42.
Kaliman, Ricardo (1999). Identidades heterogéneas: aciertos e ilusiones del conocimiento local. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, (50), 113–119.
Kaliman, Ricardo (2002). El «provinciano cantor». Definiciones del pueblo en las letras del folklore argentino moderno. *Sociocriticism*, (17), 169–177.
Kaliman, Ricardo (2003). Un gualicho mejor. Las letras de amor de la zamba argentina. *Revista de investigaciones folklóricas*, (18), 167–178.
Kaliman, Ricardo (2016). Dos actitudes ilustradas frente a la música popular. Para una historia social de la industria del folklore musical. *Revista argentina de musicología*, (17), 39–56.
Kaliman, Ricardo *et al***.** (2019). Perspectivas de futuro de estudiantes del último año de la escuela Secundaria provenientes de sectores sociales vulnerabilizados. INVELEC (CONICET/UNT).
Kenneth, Clark (1962). *Provincialism*. The English Association.
Kozel, Andrés (2022). Presentación del libro *Dal Mediterraneo all'AMerica Latina/Del Mediterráneo a América Latina* coordinado por Marcela Croce, Silvia Lunardi y Susanna Regazzoni. Buenos Aires, Instituto de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
Klinger, Diana y Vinícius Ximenes (2020). Para una cartografía de la desaceleración: ¿una historia de fantasmas? *Heterotopías*, 3(6). https://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/view/31610
Kohan, Martín (2005). *Narrar a San Martín*. Adriana Hidalgo.
Kohan, Martín (2007). Intervención en panel. *III Argentino de Literatura*. Santa Fe, UNL.
Kohan, Martín (2017). Lecturas de Saer en *Punto de Vista*: el lugar de la crítica. *Coloquio Internacional Juan José Saer*. Santa Fe, Ministerio de Innovación y Cultura de la provincia de Santa Fe. https://www.youtube.com/watch?v=MOZnVRHIJVI
Kohan, Martín (2022). Sarlo. *Simposio de crítica literaria argentina. Una galería de lectores pertinaces. Un entramado de historias de lectura*. Buenos Aires, Centro Cultural Paco Urondo/ INDEAL/Universidad de Granada. https://www.youtube.com/watch?v=2l0qV72RMww
Kristeva, Julia (1996). *Pouvoirs et limites de la psychanalyse I. Sens et non-sens de la révolte (Discours direct)*. Fayard.
Kristeva, Julia (1997). *Pouvoirs et limites de la psychanalyse II. La révolte intime (Discours direct)*. Fayard.

Kozak, Claudia (2015) Mis seminarios de Josefina. En Nora Domínguez y Álvaro Fernández Bravo (Comps.), *Sobre Josefina Ludmer. Sala grumo* (44). https://www.salagrumo.com/_files/ugd/de3363_8e9a338153784cd1a6bd074113fa5e19.pdf

Kuhn, Thomas (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica. Traducción de Agustín Contín.

Laborier, Pascale (2019). *Liberade*. Universitaires en danger, entre catégorisation et témoignages croisés. *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, (131/132), 41–45.

Laborier, Pascale (2020). Poser pour la liberté. Des mots et des images pour témoigner de l'exil scientifique forcé. En *hommes & migrations* (pp. 11–14). Hors–série, automne.

Laborier, Pascale (2022). Exils, résistance, clandestinité, l'autre versant de l'histoire. *Journées d'études Cartographier les parcours d'exil*. París, Université Paris–Nanterre, Collège de France.

Laborier, Pascale; Maissam Nimer y Duygu Tasalp (2022). Proyecto *Géo–récits. Cartographies de migrants dits «qualifiés»*. Institut Convergences MIGRATIONS, CNRS. https://heurist.humanum.fr/h6alpha/?db=Geo_Recits&website&id=92&pageid=179

Laborier, Pascale; Leyla Dakhli y Frank Wolff (Dirs.) (2023). *Scholars at Risk. History and Policies of the Protection of the Endangered Scholars*. Springer (en prensa).

Laera, Alejandra (2020). Fundaciones. Beatriz Sarlo en el siglo XIX. *Cuadernos de literatura*, (24). https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/view/33687

Laera, Alejandra (2022). *Húmeda, susurrada, afectiva, creativa. Otra imaginación territorial para la Argentina contemporánea*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/

Lagmanovich, David (1996). Hacia una teoría del microrrelato hispanoamericano. *RIB* XLVI, (1/4), 19–37. http://www.educoas.org/portal/bdigital/contenido/rib/rib_1996/articulo2/index.aspx

Lagmanovich, David (2006). Sobre algunos microrrelatos no hispánicos. *El hilo de la fábula*, (6), 15–26.

Lagmanovich, David (2009). Precisiones antipáticas (pero útiles) sobre el microrrelato. *Fix100*, (1), 23–28. http://www.cpecperu.org/docs/cpec/pdf/Fix100%20numero%201%20(1.21%20MB).pdf

Lastra, María Soledad (2016). *Volver del exilio. Historia comparada de las políticas de recepción en las posdictaduras de la Argentina y Uruguay (1983–1989)*. UNGS/UNLP/UNaM.

Lavandera, Beatriz (1984). Prefacio. En *Curso de lingüística para el análisis del discurso* (pp. 7–8). CEAL.

Lerner, Isaías y Lía Schwartz (1984). *Homenaje a Ana María Barrenechea*. Castalia.

Levstein, Ana (1996). Anti–Edipo y anti–gona. Hipótesis sobre el inconsciente deleuziano–guattariano. *Estudios*, (6), 73–77.

Lévi–Straus, Claude (1962). *La Pensée sauvage*. Plon.

Lévi–Straus, Claude (1966). Criterios científicos en las disciplinas sociales y humanas. En *Aproximación al estructuralismo* (pp. 53–89). Galerna, 1967. Traducción de Mercedes Riani y Victoria Juliá.

Lida, Miranda (2021). Redes universitarias de la Institución Cultural Española. Un capítulo argentino de la emigración. En Marcela Croce (Ed.), *El exilio español y sus consecuencias latinoamericanas* (pp. 165–182). UBA–INDEAL.

Link, Daniel (1994a). Posiciones. En *La chancha con cadenas* (pp. 13–17). Ediciones del eclipse.

Link, Daniel (1994b). Literaturas comparadas, estudios culturales y análisis textual: por una pedagogía. *Remate de males*, (14). https://periodicos.sbu.unicamp.br/ojs/index.php/remate/article/view/8636413
Link, Daniel (1999) Literaturas comparadas. La construcción de una teoría (volumen a cargo). *Filología*, (29): 1-2.
Link, Daniel (2003, 22 de julio). Webeando. Bazar americano. *Página/12*. https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-624-2003-06-22.html
Link, Daniel (2008). Qué se yo. Testimonio, experiencia y subjetividad. En *Crítica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato* (pp. 118–129). Beatriz Viterbo.
Link, Daniel (2011a). La voz sirenaica. En Adriana Crolla (Comp.), *Lindes actuales de la literatura comparada* (pp. 177–188). UNL.
Link, Daniel (2011b). La «cosa nostra»: Mundialización, posautonomía y literaturas comparadas. En Marilene Weinhardt y Mauricio Mendonça Cardozo. *Centro, Centros. Literatura e Literatura Comparada en Discussão* (pp. 37–56). UFPR.
Link, Daniel (2014a). Tres negritos. Los estudios comparados en América Latina. *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*, (1), 29–59.
Link, Daniel (2014b). El comparatismo latinoamericano: ciencia menor. *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*, (1), 1–2.
Link, Daniel (2015). *Suturas. Imágenes, escritura, vida*. Eterna Cadencia.
Link, Daniel (2017). *La lectura: una vida…* Ampersand.
Link, Daniel (2018). Beatriz Sarlo. En Clara María Parra Triana y Raúl Rodríguez Freire (Comps.), *Crítica literaria y teoría cultural en América Latina* (pp. 695–698). Ediciones Universitarias de Valparaíso.
Link, Daniel (2019, 21 de marzo). Si hemos cambiado la lengua una vez, ¿por qué no podríamos cambiarla nuevamente? *Tiempo argentino*. https://www.tiempoar.com.ar/cultura/si-hemos-cambiado-la-lengua-una-vez-por-que-no-podriamos-cambiarla-nuevamente/
Link, Daniel (2022a, 13 de noviembre). Trayectos epistolares. *Perfil*. https://www.perfil.com/noticias/cultura/trayectos-epistolares.phtml
Link, Daniel (2022b). Conferencia de apertura. II Workshop Internacional *Políticas de exhumación. Investigaciones en curso*. Proyecto Trans.arch. Santa Fe: UNL. https://trans-arch.org/portafolio/
Link, Daniel (2022c). Introducción. En Miranda Lida (Ed.), *Correspondencia: Enrique Pezzoni, Raimundo Lida, 1947–1972* (pp. 7–15). UNTREF. https://trans-arch.org/publicaciones/
Link, Daniel (2023). Humanidades latinoamericanas: una transición. *El taco en la brea*, (17), 178–184.
Liñán, Alejandra (2020). *Mitos y motivos griegos en la narrativa de Héctor Tizón*. Tesis de doctorado en Letras. Resistencia, UNNE.
Litwin, Edith (1997d). *Las configuraciones didácticas. Una nueva agenda para la enseñanza superior*. Paidós.
Locane, Jorge (2018). Semblanza de Ediciones Vox (Bahía Blanca, Argentina, 1997). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX–XXI) – EDI–RED. file:///C:/Users/USUARIO/Downloads/ediciones-vox-bahia-blanca-argentina-1997--semblanza-924166%20(3).pdf
Lois, Élida (2013). Ana María Barrenechea y la crítica genética. *Cuadernos LIRICO*, (9). http://lirico.revues.org/1091

Lojo, María Rosa (2006, 28 de mayo). Historiar las letras argentinas. *La Nación*. https://www.lanacion.com.ar/cultura/historiar-las-letras-argentinas-nid809396/
Lojo, María Rosa (2017). El Centro de Estudios Críticos de Literatura Argentina (CECLA): una nueva plataforma de investigación y edición. En *Escrituras híbridas en la literatura argentina: abordajes actuales de la teoría y la crítica literarias* (pp. 5–6). Universidad del Salvador.
Longoni, Ana (2011). *El deseo nace del derrumbe. Roberto Jacoby: acciones, conceptos, escritos*. La Central/Adriana Hidalgo/Museo Reina Sofía.
Longoni, Ana *et al.* (2012). *Perder la forma humana. Una imagen sísmica de los años ochenta en América Latina*. Museo Reina Sofía.
Longoni, Ana (2016a). Another Mapping of Art and Politics. The Archive Policies of Red Conceptualismos del Sur. *Decolonising Archives*. L'Internationale Online. www.internationaleonline.org
Longoni, Ana (2016b). *Oscar Masotta. Revolución en el arte*. Mansalva.
Longoni, Ana (2017). *Oscar Masotta. La teoría como acción*. MUAC–UNAM.
López, María Paz (2016). Políticas públicas e internacionalización de la ciencia y la tecnología en Argentina. *Temas y debates*, (31), 65–79.
López Casanova, Martina (2015). *La palabra propia. Sobre la crítica literaria ensayística y el intelectual como sujeto de la enunciación (1970–2008)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Los Polvorines/Buenos Aires, UNGS/IDES.
López Casanova, Martina y Adriana Fernández (2005). *Enseñar literatura. Fundamentos teóricos. Propuesta didáctica*. Manantial.
Lorenz, Federico (2017). *La llamada. Historia de un rumor de la posguerra de Malvinas*. EDUNT.
Louis, Annick (1999). *Enrique Pezzoni, lector de Borges. Lecciones de literatura 1984–1988*. Sudamericana.
Louis, Annick (2015a). Prólogo. En *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria* (pp. 13–28). Paidós.
Louis, Annick (2015b). El objeto literario: ¿espacio de refundación de las literaturas comparadas? En Mariano García, María José Punte y María Lucía Puppo (Eds.), *Espacios, imagénes y vectores. Desafíos actuales de las literaturas comparadas* (pp. 225–244). Miño y Dávila.
Ludmer, Josefina (1963). Ernesto Sábato y el testimonio del fracaso. *Boletín de literaturas hispánicas*, (1), 83–100.
Ludmer, Josefina (1972[1984]). *Cien años de soledad. Una interpretación*. CEAL, 1985.
Ludmer, Josefina (1977). *Onetti. Los procesos de construcción del relato*. Eterna Cadencia, 2009.
Ludmer, Josefina (1985a). Algunos problemas de Teoría Literaria. Seminario. Programa. UBA. En Louis, Annick, *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria* (pp. 29–32). Paidós.
Ludmer, Josefina (1985b). Algunos problemas de Teoría Literaria. Seminario. Clase 4, 28 de agosto, UBA (versión fotocopiada). También en Louis, Annick (Ed.), *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria* (pp. 71–86). Paidós, 2015.
Ludmer, Josefina (1985c). Algunos problemas de Teoría Literaria. Seminario. Clase 26, 19 de noviembre, UBA (versión fotocopiada). También en Louis, Annick (Ed.), *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria* (pp. 349–370). Paidós, 2015.
Ludmer, Josefina (1985d). Algunos problemas de Teoría Literaria. Seminario. Clase 27, 20 de noviembre, UBA (versión fotocopiada). También en Louis, Annick (Ed.), *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria* (pp. 371–376). Paidós, 2015.

Ludmer, Josefina (1985e). Algunos problemas de Teoría Literaria. Seminario. Clase 1, 20 de agosto, UBA (versión fotocopiada). También en Louis, Annick (Ed.), *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria* (pp. 33–52). Paidós, 2015.
Ludmer, Josefina (1988). *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Perfil, 2000.
Ludmer, Josefina (1999). *El cuerpo del delito. Un manual*. Perfil.
Ludmer, Josefina (Comp.) (1994). *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Beatriz Viterbo.
Ludmer, Josefina (2001, 1 de octubre). El lugar de la resistencia. Entrevista por María Moreno. *Página/12*. https://www.pagina12.com.ar/2001/suple/Libros/01-10/01-10-07/nota1.htm
Ludmer, Josefina (2007). Intervención en panel. *III Argentino de Literatura*. Santa Fe, UNL.
Ludmer, Josefina. (2010a). Una biografía. *Josefina Ludmer*. Blog. http://josefinaludmer.wordpress.com
Ludmer, Josefina. (2010b). Currículum. *Josefina Ludmer*. Blog. http://josefinaludmer.wordpress.com
Ludmer, Josefina (2010c). *Aquí América Latina. Una especulación*. Eterna Cadencia.
Ludmer, Josefina (2011). Literaturas posautónomas: otro estado de la escritura. *Colloque International Interdisciplinaire «L'objet littéraire aujourd'hui».* París: CRAL/EHESS.
Ludmer, Josefina (2016, 15 de abril). Entrevista con Verónica Gago. *Las 12*. Suplemento de *Página/12*. https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-10503-2016-04-15.html
Macchiarola, Vivina y Zulma Perassi (2018). *Investigar para evaluar y transformar. Experiencias de investigación evaluativa de profesorados universitarios en letras*. UniRío Editora.
Macciuci, Raquel (2006). Hispanismo y crítica hispánica al sur. Sobre periferias, centros y des-centramientos. *Orbis Tertius*, (12). https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv11n12a13
Macciuci, Raquel (2018). El hispanismo y la literatura española en el ámbito académico latinoamericano. Una visión desde Argentina. En Rike Bolte, Jenny Haase y Sussane Schlünder (Eds.), *La hispanística y los desafíos de la globalización en el siglo XXI. Posiciones, negociaciones y códigos en las redes transatlánticas* (pp. 113–130). Iberoamericana–Vervuert.
Macksey, Richard y Eugenio Donato (Eds.) (1972). *The Structuralist Controversy. The Languages of Criticism & the Sciences of Man*. The Johns Hopkins University Press.
Mailhe, Alejandra. (2013). Semblanza de Susana Zanetti. *Orbis Tertius*, 18(19), 19–20. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf
Maldonado, Marcos (2021). Les récits collectifs proactifs et rétroactifs comme dispositifs de réflexion collective dans la formation en alternance. *Revue des HEP*, (27), 227–244.
Manfredini, Adriana (Coord.) (2010). *Debates en lenguas clásicas*. Tomo I. EFFyL.
Manfredini, Adriana (Coord.) (2018). *Debates en lenguas clásicas*. Tomo III. EFFyL.
Manzoni, Celina (2018). Memoria y otras cuestiones, más crónica de una experiencia. *El taco en la brea*, (8), 132–137.
Maradei, Guadalupe (2020). *Contiendas en torno al canon. Las historias de la literatura argentina posdictadura*. Corregidor.
Maristany, José (2014). Aportes para una memoria del Instituto de Investigaciones Literarias y Discursivas (IILyD) de la Universidad Nacional de La Pampa. En Germán Prósperi (Coord.), *Debates actuales del Hispanismo. Balances y desafíos críticos* (pp. 94–100). UNL.

Martínez, Ana Teresa (2007). *Pierre Bourdieu. Razones y lecciones de una práctica sociológica*. Manantial.
Martínez, Ana Teresa (2013). Intelectuales de provincia: entre lo local y lo periférico. *Prismas*, (17), 169–180.
Maturo, Graciela (1982). Encuesta a la literatura argentina contemporánea. Capítulo 136. En *La historia de la literatura argentina* (pp. 211–216). CEAL.
Mellado, Silvia (2013). Patagonia argentina en su escritura: entre la poesía y el relato breve (1984–2009). Tesis doctoral. Córdoba, UNC.
Mellado, Silvia (2015). Poetas y baquianos: los fragmentos de una historiografía de la literatura patagónica en prólogos de antologías de cuento y poesía publicadas entre 1991 y 2009. *Cuadernos del CILHA*, (16), 45–70.
Mendieta, Andrés (2021). Reseña de *Hispanisms and Homosexualities*. *Chuy*, número especial, 221–226.
Mendoza, Juan (2010). *Maneras de leer en los 70.* «*El proyecto* Literal». Tesis doctoral. Buenos Aires, UBA.
Mendoza, Juan (2011). El proyecto *Literal*. En *Literal (1973–1977)* (pp. 7–19). Edición facsimilar. BN.
Meneses, María Paula y Karina Bidaseca (Comps.) (2018). *Epistemologías del Sur – Epistemologias do Sul*. CLACSO/COIMBRA/CES.
Meunier, Sabine (2002). L'utilisation des sources orales et audiovisuelles dans la recherche historique. *Cahier International / International Journal – Études sur le témoignage audiovisuel des victimes des crimes et génocides nazis / Studies on the audio–visual testimony of victims of the Nazi crimes and genocides*, (8), 37–47.
Mignolo, Walter (1978). *Elementos para una teoría del texto literario*. Crítica.
Mignolo, Walter (2000). *Local Histories / Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton University Press. Traducción al español de Cristina Vega Solís.
Milone, Gabriela; Franca Maccioni y Silvana Santucci (2021). *Imaginar–Hacer: ficciones teóricas para la literatura y las artes contemporáneas*. Colecciones del CCFyH.
Mitre, Bartolomé (1889). Teoría del traductor. En su traducción de *La Divina Comedia* (pp. I–XVI). Centro cultural Latium, 1922.
Molina, Milita (2016). De alguna manera. En Laura Estrin y Milita Molina (Comps.), *Escritos sobre Nicolás Rosa* (pp. 71–82). FFyL–UBA.
Molina, Milita (2018). *Nicolás Rosa*. UNL.
Molina, Cristian (2013). *Relatos de mercado. Literatura y mercado editorial en el Cono Sur (1990–2008)*. Fiesta ediciones.
Molina, Cristian (2021). Estudios argentinos sobre Otras literaturas y Prácticas culturales. https://iech.conicet.gov.ar/lineas-de-investigacion/
Molina, Cristian y Luciana Martínez (2018). A modo de presentación. Estudios latinoamericanos sobre otras literaturas. *Saga*, (9), 28–34.
Molloy, Sylvia (1991). *At Face Value. Autobiographical Writing in Spanish America*. Cambridge University Press.
Molloy, Sylvia (1999). *Las letras de Borges y otros ensayos*. Beatriz Viterbo.
Molloy, Sylvia (2001). Retrato. *Nueve perros*, (1), 2–5.
Molloy, Sylvia (2003). *Varia imaginación*. Beatriz Viterbo.

Molloy, Sylvia (2012). *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*. Eterna Cadencia.
Molloy, Sylvia; Beatriz Sarlo y Sara Castro–Laren (1992). *Women's Writing in Latin America: An Anthology*. Westview Press.
Molloy, Sylvia y Robert Mckee Irwin (1998). *Hispanisms and Homosexualities*. Duke University Press.
Molloy, Sylvia y Mariano Siskind (2006). *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina*. Norma.
Montaldo, Graciela (Comp.) (1988[2006]). *Yrigoyen entre Borges y Arlt (1916–1930)*. En David Viñas (Dir.), *Literatura argentina del siglo XX*. Volumen 2. Paradiso–Fundación Crónica General.
Montaldo, Graciela (1999). *Ficciones culturales y fá*bulas de identidad *en América Latina*. Beatriz Viterbo.
Montaldo, Graciela (2009). Campo cultural. En Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin (Coords), *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos* (pp. 47–50). Siglo XXI/Instituto Mora.
Montaldo, Graciela (2013). Conquistas de la crítica. *Bazar americano* (setiembre/octubre). https://bazaramericano.com/resenas.php?cod=348&pdf=si
Montaldo, Graciela (2019). El tiempo de las disciplinas. *Badebec*, (17), 293–297.
Montaldo, Graciela (2021). Molloy a destiempo. *Chuy*, número especial, 151–158.
Monteleone, Jorge (2011). David Lagmanovich. *Zama*, (3), 22–23. http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/zama/article/view/5028/4545
Monteleone, Jorge (2013). A Susana Zanetti. *Orbis Tertius*, 18(19), 23. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf
Monteleone, Jorge (2018). Introducción. En Noé Jitrik (Dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 12: *Una literatura en aflicción* (pp. 7–14). Emecé.
Moreno, María (2018). *Oración. Carta a Vicki y otras elegías políticas*. Random House.
Moreno, María (2019, 13 de mayo). Sin aduana ni peaje. *Página/12*. https://www.pagina12.com.ar/193244-sin-aduana-ni-peaje
Mozejko, Danuta Teresa (1996). La construcción de los héroes nacionales. *Estudios*, (6), 79–82.
Mozejko, Danuta Teresa (2011). Testimonio. En Alejandra Birgin (Coord.), *Escenas de la memoria. La Casa Argentina de París en la voz de sus antiguos residentes* (pp. 462–465). Ministerio de Educación-Presidencia de la Nación.
Naidorf, Judith y Ricardo Pérez Mora (2015). Las actuales condiciones de producción intelectual de los académicos. *Sinéctica*, (44). https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-109X2015000100008
Nieto, Facundo (2011). *La enseñanza de la literatura según el grupo Bombini. Implicancias político–educativas, académicas y didácticas*. Tesis de Maestría en Enseñanza de la lengua y de la literatura. Rosario, UNR.
Nieto, Facundo (2017). *Segundas letras. Discursos oficiales sobre la lectura en la escuela secundaria (2003–2013)*. UNGS/UNL.
Nieto, Facundo (2020). Una propuesta para enseñar literatura. En Facundo Nieto y Estela Moyano (Coords.), *Ensayar la enseñanza. Escritos sobre prácticas docentes en Lengua y literatura* (pp. 19–35). UNGS.

Nieto, Facundo (2021a). Reflexiones sobre un manual *queer*. En Analía Gerbaudo, Patricia Torres e Ivana Tosti (Eds.), *Más allá de la anécdota: una pretensión*. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/mas-alla-de-la-anecdota-una-pretension/

Nofal (2002). *La escritura testimonial en América Latina. Imaginarios revolucionarios del sur*. Tesis doctoral. Tucumán, UNT.

Nofal, Rossana (2005). Prólogo. *Telar*, (59), 5.

Nofal, Rossana (2006). Literatura para chicos y memorias: colección de lecturas. En Elizabeth Jelin y Susana Kaufman (Comps.), *Subjetividad y figuras de la memoria* (pp. 111–129). Siglo XXI.

Nofal, Rossana (2008). Partes de guerra: el Trelew de Paco Urondo. En *Cantar junto al endurecido silencio. Escritos sobre Francisco Urondo* (pp. 263–273). UNL.

Nofal, Rossana (2009). Literatura y testimonio. En Miguel Dalmaroni (Dir.), *La investigación literaria. Problemas iniciales de una práctica* (pp. 147–164). UNL.

Nofal, Rossana (2012). Cuando el testimonio cuenta una guerra. *El hilo de la fábula*, (12), 91–101.

Nofal, Rossana (2014). La guardarropía revolucionaria en la escritura de Laura Alcoba. *El taco en la brea*, (1), 277–287.

Nofal, Rossana (2021). Presentación de *Lecturas mediadas*. Mar del Plata, UNMdP.

Nofal, Rossana (2022a). *Cuentos de guerra*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/

Nofal, Rossana (2022b). Las disputas en la formación de la memoria literaria latinoamericana durante la transición posdictatorial de los años ochenta en la UNT. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Novillo–Corvalán, Patricia (2022). Escribir (¿ilustrar?). Clase abierta. Didácticas de la lengua y de la literatura. FHUC–UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/derivas-didacticas/

Nouzeilles, Gabriela (2001). Apocalyptic Visions: National Tales and Cultural Analysis in a Global Argentina. *Journal of Latin American Cultural Studies*, 10(3), 291–301.

Nouzeilles (2015). Simposios clandestinos. En Nora Domínguez y Álvaro Fernández Bravo (Comps.), *Sobre Josefina Ludmer. Sala grumo*, (44). https://www.salagrumo.com/_files/ugd/de3363_8e9a338153784cd1a6bd074113fa5e19.pdf

Novaro, Marcos (2009). *Historia argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación (1983–2001)*. Paidós.

Novaro, Marcos (2010). *Historia de la Argentina, 1955–2010*. Siglo XXI.

Nun, José (2019). Conversación con Carlos Altamirano. Radio Nacional. https://www.radionacional.com.ar/las-estaciones-de-un-intelectual-con-carlos-altamirano/

Oliva, Aldo (1959). *Trilce* de César Vallejo. Poema XXIII. *Boletín de literaturas hispánicas*, (1), 39–44.

Ortega, Julio (2021). Rutas del trayecto transatlántico. *Simposio Internacional Dominios y dislocaciones de la crítica latinoamericana. Prácticas, incitaciones y entrelugares de un discurso autónomo*. INDEAL/UBA. https://youtu.be/Bnf_OZ2T0PU

Ortiz, Renato (2009). *La supremacía del inglés en las ciencias sociales*. Siglo XXI.

Pacella, Cecilia (2017). *La Sofía cartonera*. Una experiencia de extensión y edición en la universidad pública. En Analía Gerbaudo e Ivana Tosti (Eds.), *Nano–intervenciones con la literatura y otras formas del arte* (pp. 203–217). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/wpcontent/uploads/sites/16/2019/07/Nano_intervenciones.pdf

Pagni, Andrea (1996). El lugar de la literatura en la Argentina de fin de siglo. Reflexiones en torno a la revista cultural. *Punto de Vista*. En Karl Kohut (Ed.), *Literaturas del Río de la Plata hoy. De las utopías al desencanto* (pp. 185–197). Iberoamericana–Vervuert.

Pagni, Andrea (2011). *El exilio republicano español en México y Argentina*. Iberoamericana–Vervuert.

Pagni, Andrea (2021). Traductores en Argentina y México. Una aproximación. En *El exilio español y sus consecuencias latinoamericanas* (pp. 231–260). UBA–INDEAL.

Panesi, Jorge (1994[2000]). La traducción en la Argentina. En *Críticas* (pp. 231–260). Norma.

Panesi, Jorge (1996[2014]). La caja de herramientas o qué no hacer con la teoría literaria. *El taco en la brea*, (1), 322–333.

Panesi, Jorge (1998). Las operaciones de la crítica: el largo aliento. En Alberto Giordano y María Celia Vázquez (Comps.), *Las operaciones de la crítica* (pp. 9–22). Beatriz Viterbo.

Panesi, Jorge (2000). *Críticas*. Norma.

Panesi, Jorge (2003). Polémicas ocultas. *Boletín*, (11), 7—15.

Panesi, Jorge (2006a). Rojas, Viñas y yo (Narración crítica de la literatura argentina). *La Biblioteca*, (4/5), 52—59.

Panesi, Jorge (2009a). El texto y sus voces. *Espacios*, (42), 66–69. http://www.filo.uba.ar/contenidos/secretarias/seube/revistaespacios/PDF/42/42.9.pdf

Panesi, Jorge (2009b). Los que se van, los que se quedan: apuntes para una crítica de la historia argentina. *I Jornadas de historia de la crítica en Argentina*. Buenos Aires, UBA. http://filo.uba.ar/contenidos/carreras/letras/actas_jornadas/cont/main.htm

Panesi, Jorge. (2010). Verse como otra: Josefina Ludmer. *Josefina Ludmer*. Blog. http://josefinaludmer.wordpress.com/2010/11/19/doctorado-honoris-causa

Panesi, Jorge (2013a). Ana María Barrenechea: la deuda. *Exlibris*, (2), 3—9. http://www.filo.uba.ar/contenidos/carreras/letras/exlibris/contenido/2-ens1-Panesi.pdf

Panesi, Jorge (2013b). Diques, flujos y fronteras (episodios de la teoría literaria en el pensamiento de Jacques Derrida). En Mónica Cragnolini (Ed.), *Entre Nietzsche y Derrida* (pp. 113–125). La cebra.

Panesi, Jorge (2013c). La decepción de la literatura (notas sobre Foucault, Derrida y la teoría literaria). En *IX Argentino de literatura* (pp. 5–17). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/publicaciones/

Panesi, Jorge (2015). La maestra. En Nora Domínguez y Álvaro Fernández Bravo (Comps.), *Sobre Josefina Ludmer. Sala grumo*, (44). https://www.salagrumo.com/_files/ugd/de3363_8e9a338153784cd1a6bd074113fa5e19.pdf

Panesi, Jorge (2017a). Teoría literaria: una política. Entrevista por Fernando Bogado y Juan Manuel Lacalle. *Luthor*, (33). https://www.academia.edu/42687466/Teor%C3%ADa_literaria_una_pol%C3%ADtica_entrevista_a_Jorge_Panesi

Panesi, Jorge (2017b). Fragmento de traducción de «Some statements…». *El taco en la brea*, (6), 330–332. https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/ElTacoenlaBrea/article/view/6980/10176

Panesi, Jorge (2019). La gente que lee teoría lo hace para duplicar el placer. Entrevista. http://www.codigoyfrontera.space/2019/05/14/jorge-panesi-la-gente-que-lee-teoria-lo-hace-para-duplicar-el-placer/

Parra Triana, Clara María y Raúl Rodríguez Freire (Comps.) (2018). *Crítica literaria y*

teoría cultural en América Latina. Para una antología del siglo XX. Ediciones Universitarias de Valparaíso.
Pas, Hernán (2008). Entrevista a Sergio Raimondi. *Katatay*, (6), 64–81.
Pastormerlo, Sergio (2007). *Borges crítico*. Fondo de Cultura Económica.
Pecheny, Mario. (2020). Ciencia abierta y comunicación pública de la ciencia. *V Encuentro nano–intervenciones con literatura y ciencia*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/411-2/
Pecheny, Mario y Luca Zaidan (2020). Humanidades, ciencias sociales y política científica. En Sandra Contreras y José Goity (Coords.), *Las humanidades por venir. Políticas y debates en el siglo XXI* (pp. 253–264). hya.
Peller, Diego (2011). *Pasiones teóricas en la crítica literaria argentina de los años setenta*. Tesis Doctoral. Buenos Aires, UBA.
Peller, Diego (2016). *Pasiones teóricas. Crítica y literatura en los setenta*. Santiago Arcos.
Peralta, Sergio (2016). *Ssanta Fe: Ciudad Set. Realizadores audiovisuales y cinéfilos, 1985–2015*. UNL.
Peralta, Sergio y Claudia Neil (2007). *Fotogramas santafesinos. Instituto de Cinematografía de la UNL*, 1956/1976. UNL.
Perilli, Carmen (1979). La soledad de los espejos. *Cuadernos Americanos*, (227), 183–197.
Perilli, Carmen (1985). Violencia y delirio histórico en tres novelas argentinas del 80. *Cuadernos Americanos*, (259), 225–231.
Perilli, Carmen (1995). *Historiografía y ficción en la narrativa hispanoamericana*. Humanitas.
Perilli, Carmen (2004). *Países de la memoria y el deseo. Jorge Luis Borges y Carlos Fuentes*. UNT.
Perilli, Carmen (2021a). *Improlijas memorias*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/
Perilli, Carmen (2021b). Clase abierta. Sección Derivas didácticas. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/derivas-didacticas/
Pessoa, Davi y Manoel Ricardo de Lima (2018). Apresentação. *Boletim de pesquisa*, (29), 3–4.
Peyre, Marisa (2021). Entrevista. *La méthode scientifique*. France culture. https://www.franceculture.fr/emissions/la-methode-scientifique/pandemies-la-menace-fantome
Piacenza, Paola (2012). Lecturas obligatorias. En Gustavo Bombini (Coord.), *Lengua y Literatura. Teorías, formación docente y enseñanza* (pp. 107–124). Biblos.
Piacenza, Paola (2017). *Años de aprendizaje. Subjetividad adolescente, literatura y formación en la Argentina de los sesenta*. Miño y Dávila.
Piacenza, Paola (2018). Discusión oral de trabajos recuperada en Verónica Gómez y Cristian Ramírez (2019). Relatoría del VI Coloquio del CEDINTEL. En Germán Prósperi (Comp.), *VI Coloquio del CEDINTEL* (pp. 252–265). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/publicaciones/
Piacenza, Paola (2022). Presentación. I Workshop *Literatura y educación*. Santa Fe: UNL y UNR.
Piketty, Thomas (2013). *Le capital au XXIe siècle*. Seuil.
Piglia, Ricardo (2015). *Los diarios de Emilio Renzi.* Años de formación. Anagrama, 2016.
Piglia, Ricardo (2016). *Los diarios de Emilio Renzi. Los años felices*. Anagrama.
Pino, Esther (2018). *Circulación de textos y usos de Roland Barthes en la crítica literaria*

francesa, española y argentina (1965–2015). Tesis doctoral. Barcelona, Universidad de Barcelona. https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/666179/EPE_TESIS.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Piot, Peter (2021). L'âge des pandémies. Université populaire. Musée du quai Branly. https://www.franceculture.fr/conferences/musee-du-quai-branly-jacques-chirac/lage-des-pandemies

Plack, Iris (2016). «Extraduction» et «intraduction»: les flux de traduction dans le monde latin. En Jörn Albrecht y René Métrich (Eds.), *Manuel de traductologie* (pp. 671–687). De Gruyter.

Podlubne, Judith (2011). *Escritores de* Sur. *Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*. Beatriz Viterbo.

Podlubne, Judith (2013). La lectora moderna. Apuntes para una biografía intelectual. En María Teresa Gramuglio. *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina* (pp. 7—62). e(m)r.

Podlubne, Judith (2016). Entre *Contorno* y *Los libros*, los críticos universitarios en *setesientosmonos*. *452 F*, (16), 157–174.

Podlubne, Judith (2017). La pérdida de la inocencia. Los primeros lectores de Barthes en la crítica literaria argentina: Masotta y Rosa. *Revista Iberoamericana*, (261), 899–921.

Podlubne, Judith (2020). Un tratado sobre la amistad. Reseña de *Victoria Ocampo, cronista outsider*, de María Celia Vázquez. *Bazaramericano*. www.bazaramericano.com/resenas.php?cod=879&pdf=si

Podlubne, Judith (2021a). ¿Cuál Barthes? Beatriz Sarlo y Nicolás Rosa en *Punto de Vista*. En Irina Garbatzky y Javier Gasparri (Coords.), *Nuestros años ochenta* (pp. 201–228). UNR.

Podlubne, Judith (2021b). Contratapa a *La aventura negativa* de Carlos Surghi. Nube negra.

Podlubne, Judith y María Fernanda Alle (2019, 12 de junio). Victoria Ocampo, peronismo y payadas. Entrevista a María Celia Vázquez. *Clarín*. https://www.clarin.com/revista-enie/literatura/victoria-ocampo-peronismo-payadas_0_QL_jYchWk.html

Laura Pollastri (Ed.) (2007). *El límite de la palabra. Antología del microrrelato argentino contemporáneo*. Menoscuarto.

Pollastri, Laura (Ed.) (2010). La huella de la clepsidra. El microrrelato en el siglo XXI. *Actas del V Congreso Internacional de Minificción*. Katatay.

Pollastri, Laura (2012). El sur en la palabra: meridionalidad y escritura. *Katatay*, VIII(10), 92 –99. https://edicioneskatatay.com.ar/system/items/fulltexts/000/000/018/original/Katatay_N_10_2012.pdf?1462282379

Ponton, Rémy (1975). Naissance du roman psychologique. Capital culturel, capital social et stratégie littéraire à la fin du XIXème siècle. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, (4), 66–81.

Potel, Horacio (2008). Nietzsche y Derrida en la red. En Mónica Cragnolini (Coomp.), *Por amor a Derrida* (pp. 223–236). La cebra.

Potel, Horacio (2009, 26 de abril). Entrevista por Facundo García. *Página/12*. https://www.pagina12.com.ar/imprimir/diario/suplementos/espectaculos/17-13662-2009-04-26.html

Pousadela, Inés (2006). *Que se vayan todos. Enigmas de la representación política*. Capital intelectual.

Preciado, Paul (2019). Entrevista por Adèle Van Reeth. *Les chemis de la philosophie.* Radio *France culture*, 24 de mayo. https://www.franceculture.fr/emissions/les-chemins-de-la-philosophie/profession-philosophe-3237-paul-b-preciado-trans-philosophe

Prenz, Juan Octavio (1985). *Notas para clases en la universidad de la posdictadura.* Vera cartonera (en preparación).

Prieto, Adolfo (1959). Carta–prólogo al lector. *Boletín de literaturas hispânicas*, (1), 3–7.
Prieto, Adolfo (1982). Literatura/crítica/enseñanza de la literatura. Entrevista. *Punto de Vista*, (16), 7–9.
Prieto, Adolfo (1983). Los años sesenta. *Revista Iberoamericana*, (125). 889–901.
Prieto, Adolfo (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Sudamericana.
Prieto, Adolfo (1989). Estructuralismo y después. *Punto de Vista*, (34), 22–25.
Prieto, Adolfo (1991). Debate. Cuarta sesión. Simposio *Latinoamérica: nuevas direcciones en teoría y crítica literarias II*, Darmouth, abril de 1989. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, (33), 137–150.
Prieto, Adolfo (1996). *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820–1850*. Sudamericana.
Prieto, Eduardo (1949). *El valor de la cultura griega*. Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Catamarca.
Prieto, Eduardo (2000, 12 de agosto). Texto leído en acto de homenaje. Suplemento Radar. *Página/12*. http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-893-2003-08-17.html
Prieto, Martín (1996). *En el aura del sauce* en el centro de una historia de la poesía argentina». En *Obra completa. Juan L. Ortiz* (pp. 111–126). UNL.
Prieto, Martín (2006a). Intervención junto a María Teresa Gramuglio y Noé Jitrik. Historias de la literatura argentina. Club de Cultura Socialista, Buenos Aires, 16 de junio.https://archivos.cedinci.org/index.php/historias-de-la-literatura-argentina-por-noe-jitrik-martin-prieto-y-maria-teresa-gramuglio
Prieto, Martín (2006b). *Breve historia de la literatura argentina*. Taurus.
Prieto, Martín (2017). Intervención. Primer Seminario Interno del IECH. Rosario, IECH (CONICET/UNR), jueves 7 de diciembre.
Prieto, Martín (2020a). *Juan José Saer en la literatura argentina*. Tesis doctoral. Rosario, UNR.
Prieto, Martín (2020b). Texto leído en la defensa de tesis doctoral. Rosario, UNR.
Prieto, Martín (2021a). *Saer en la literatura argentina*. UNL.
Prieto, Martín (2021c). Una década que duró veinte años 1966–1986. En Irina Garbatzky y Javier Gasparri (Coords.), *Nuestros años ochenta* (pp. 87–200). UNR.
Prieto, Martín (2022a). Panel Literatura argentina y crítica. *Librería abierta*. UNL. https://www.youtube.com/watch?v=aUPbdtSo2nU
Prieto, Martín (2022b). Panel Paisajes, territorios, ciudades y literatura. *XVI Argentino de literatura*. UNL. https://www.youtube.com/watch?v=uz4PlxflZ-4
Prósperi, Germán (2003). *Enseñanza de la literatura española en la universidad. Derivaciones didácticas| en la configuración del contenido*. Tesis de Maestría en Didácticas Específicas. Santa Fe, UNL.
Prósperi, Germán (2014). Hispanismo argentino: deudas, balances y desafíos críticos. *El taco en la brea*, (2), 128–134.
Prósperi, Germán (2021a). Enseñar literatura española en la universidad. Relatos, regresos y desafíos. *Conversaciones en línea: Didácticas de la lengua y de la literatura en el nivel superior*. Posadas, UNaM.
Prósperi, Germán (2021b). Panel Líneas de investigación en el polo Litoral. *XI Congreso Nacional de Didáctica de la lengua y de la literatura*. Universidad Nacional de San Martín e Instituto de Educación Superior N° 1 La Quiaca.

Prósperi, Germán (2022a). Enseñanza de la literatura española en la universidad argentina. Restos y retos. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Prósperi, Germán (2022b). Intervención. I Workshop *Literatura y educación*. Santa Fe: UNR y UNL. Santa Fe.

Prósperi, Germán (2023). *Enseñar literatura española. Narrativas biográficas entre dos tiempos*. Vera cartonera.

Pucciarelli, Alfredo (Coord.) (2006). *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?* Siglo XXI.

Pucciarelli, Alfredo (Coord.) (2011). *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Siglo XXI.

Pucciarelli, Alfredo y Ana Castellani (Coords.) (2014). *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Siglo XXI.

Pucciarelli, Alfredo y Ana Castellani (Coords.) (2017). *Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal*. Siglo XXI.

Puiggrós, Adriana (1995). *Volver a educar. El desafío de la enseñanza argentina a finales del siglo XX*. Ariel.

Puiggrós, Adriana (1999). *Educar entre el acuerdo y la libertad. Propuestas para la educación del siglo XXI.* Ariel.

Puiggrós, Adriana (2003). *Qué pasó en la educación argentina. Breve historia desde la conquista hasta el presente*. Galerna.

Puiggrós, Adriana (2014). Política, gestión y las marcas en el cuerpo. Entrevista. *Espacios de crítica y producción*, (50), 39–44.

Quereilhac, Soledad (2019a). Entrevista por Noemí Oglobín. *Umbral* (2020), 1.https://umbral.ungs.edu.ar/2020/11/23/es-realmente-en-paginas-de-revistas-y-diarios-donde-encontramos-un-corpus-literario/

Quereilhac, Soledad (2019b). AhiRa. En Verónica Delgado y Geraldine Rogers (Coords.), *Revistas, archivo y exposición. Publicaciones periódicas argentinas del siglo XX* (pp. 257–264). FaHCE–UNLP.

Raimondi, Sergio (2006). Entrevista por Osvaldo Aguirre. *Diario de poesía*, (75), 3–7.

Raimondi, Sergio (2008a). Acerca del día en que Atilio Miglianelli se topó con un alambrado artístico que interrumpía su recorrido hacia los cangrejales de Ingeniero White. En *Crítica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato* (pp. 103–117). Beatriz Viterbo.

Raimondi, Sergio (2008b). Entrevista por Hernán Pas. *Katatay*, (6), 64–81.

Raimondi, Sergio (2012, 10 de marzo). Pasajes de una entrevista con Silvina Friera. *Página/12*. https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/17-24559-2012-03-10.html

Rama, Ángel (1978). Encuesta sobre sociología de la lectura. *Punto de Vista*, (2), 12–15.

Rama, Ángel (1980a). Entrevista por Beatriz Sarlo. *Punto de Vista*, (8), 10–14.

Rama, Ángel (1980b). Argentina: crisis de una cultura sistemática. *Punto de Vista*, (9), 3–10.

Rama, Ángel (1981). Los efectos del boom: mercado literario y narrativa latinoamericana. *Punto de Vista*, (11), 10–19.

Ramírez, Cristian (2023). *Las operaciones didácticas, críticas y de traducción de Enrique Pezzoni (1946–1984). Reconstrucción y análisis*. Tesis doctoral. Santa Fe, UNL.

Ramírez, Cristian y Lucila Santomero (2020). La Maestría en Ciencias del Lenguaje del Instituto Joaquín V. González: las Letras de pie en los primeros años de la posdictadura argentina. En Germán Prósperi (Dir.), *VII Coloquio de Avances de Investigaciones del CEDINTE*L (pp. 91–108). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/publicaciones/

Ravera, Rosa María (2000). En torno a la semiótica en Argentina. *Signa*, (9). https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/signa-revista-de-la-asociacion-espanola-de-semiotica--8/html/

Retamoso, Roberto (2007). Kristeva, más de treinta años después. *La trama de la comunicación*, (12), 161–171.

Richard, Nelly (2020). Memorias del neoliberalismo en Chile: pasados, presentes y futuros incompletos. En Texto sobre la muestra *Tiempos incompletos (Chile, primer laboratorio neoliberal)* (pp. 1–16). Museo Reina Sofía.

Rinesi, Eduardo (2003). *Política y tragedia. Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*. Colihue.

Rinesi, Eduardo (2015a). *Filosofía (y) política de la universidad*. UNGS.

Rinesi, Eduardo (2015b). Conferencia. Santa Fe: FHUC/UNL.

Rinesi, Eduardo (2020). Las humanidades y la Universidad. En Sandra Contreras y José Goity (Coords.), *Las humanidades por venir. Políticas y debates en el siglo XXI* (pp. 149–162). hya.

Riestra, Dora (2012). Los géneros textuales y la obra literaria en secuencia didáctica. *Terceras Jornadas Internacionales de Investigación y Prácticas en Didáctica de las lenguas y las literaturas* (pp. 81–93). UNRN.

Riestra, Dora (2017). Enseñar lengua o enseñar literatura: ¿cuál es el modelo didáctico? En *Quintas Jornadas Internacionales de Investigación y Prácticas en didáctica de las lenguas y de las literaturas* (pp. 120–136). UNRN.

Rivero, Patricia (2017). La investigación multilocalizada en los estudios migratorios transnacionales. Aportes teóricos y prácticos. *Trabajo y sociedad*, (28). http://www.scielo.org.ar/pdf/tys/n28/n28a18.pdf

Rivero, Patricia (2018). Argentinos que van y vuelven: hacia una hipótesis sobre nuevas modalidades de retorno en tiempos de crisis. *Diarios del terruño. Reflexiones sobre migración y movilidad*, (5), 94–101.

Risco, Ana María (2009). Representaciones sociales de los Estudios Clásicos en el contexto universitario argentino. *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos*, (10). http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/praesentia/article/view/3788/3631

Rocca, Pablo (2009). *Revistas culturales del Río de la Plata. Campo literario: debates, documentos, índices (1942–1964)*. UDELAR.

Rodríguez Pérsico, Adriana (2015). Búsquedas y resistencias. En Nora Domínguez y Álvaro Fernández Bravo (Comps.), *Sobre Josefina Ludmer*. Sala grumo, (44). https://www.salagrumo.com/_files/ugd/de3363_8e9a338153784cd1a6bd074113fa5e19.pdf

Rodríguez Temperley, María Mercedes (2008). La Edad Media en las tierras del Plata (a propósito del medievalismo en Argentina). *Revista de poética medieval*, (21), 221–293.

Rodríguez Temperley, María Mercedes (2021). *La colección cervantina de Bartolomé J. Ronco (Azul, Pcia. de Buenos Aires, Argentina). Estudio y catalogación analítico descriptiva*. UNLZ/IIBICRIT (SECRIT)–CONICET

Rojo, Grinor (2021). Sesión de preguntas. *Simposio Internacional Dominios y dislocaciones de la crítica latinoamericana. Prácticas, incitaciones y entrelugares de un discurso autónomo*. INDEAL/UBA. https://www.youtube.com/watch?v=Bnf_OZ2T0PU

Rolle, Carolina (2022a). Washington Cucurto, el contra artista visual. *Separata*, (30), 61–81. http://ciaal-unr.blogspot.com
Román, Gabriela (2021a). *El microrrelato en tres escritores argentinos. Marco Denevi, Isidoro Blaisten y Hugo Wenceslao Amable*. Tesis de doctorado. Posadas, UNaM.
Román, Gabriela (2021b). Texto de defensa de tesis doctoral. Posadas, UNaM.
Romanos, Melchora (2004). Procesos de construcción y evolución del concepto de hispanismo desde la perspectiva de los estudios de la literatura española. *Olivar*, (5), 77–86.
Romanos, Melchora (2013). Filología e Hispanismo en el magisterio de Ana María Barrenechea. *Exlibris*, (2), 10–16.
Romano Sued, Susana (1995). *La diáspora de la escritura. Una poética de la traducción poética*. Alfa.
Romano Sued, Susana (1998). *La escritura en la diáspora. Poéticas de traducción: significancia, sentido, reescrituras*. Narvaja.
Romano Sued, Susana (2005). *Consuelo de lenguaje. Problemáticas de traducción*. Ferreyra.
Romano Sued, Susana (2006). Dilemas argentinos: Historia, memoria, conmemoración. Usos del olvido, eclipse de las huellas. *Escribas*, 79–87.
Romano Sued, Susana (2012). La expoesía. Una perspectiva ética y política de los procesos artísticos contemporáneos. Expoéticas argentinas y sus contextos. *Tropelías*, (18). https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/tropelias/article/view/552
Romano Sued, Susana (2017a). Entrevista por Tomás Vera Barros. Ágora, (2), 48–53.
Romano Sued, Susana (2017b). Entrevista por Rolando Revagliatti. https://latinta.com.ar/2017/04/susana-romano-sued-nos-interrogaron-en-los-sotanos-de-la-imprenta-municipal/
Romano Sued, Susana (2020). Las enunciaciones de la memoria. En *Una memoria sin testamento. Pensar los nuevos escenarios en los tiempos del recuerdo* (pp. 115–155). RIL, Universidad de los lagos.
Rosa, Claudia (Ed.) (2010). *Mastronardi. Obra completa*. UNL.
Rosa, Nicolás (1964). Jean Paul Sartre. Premio Nobel 1964. *setesientosmonos*, (3/4), 43.
Rosa, Nicolás (1965a). Traducción de Santidad y consumo de Jean–Paul Sartre. *setesientosmonos*, (7), 1–3.
Rosa, Nicolás (1965b). Sartre: destino y redención de Genet. *setesientosmonos*, (7), 4.
Rosa, Nicolás (1966). Traducción de Los mitos de la burguesía de Roland Barthes. *setesientosmonos*, (8), 1–2.
Rosa, Nicolás (1967). Traducción de entrevista a Roland Barthes. *setesientosmonos*, (9), 1–3.
Rosa, Nicolás (1982). Encuesta a la literatura argentina contemporánea. Capítulo 138. En *La historia de la literatura argentina* (pp. 261–264). CEAL.
Rosa, Nicolás (1987). *Los fulgores del simulacro*. UNL.
Rosa, Nicolás (1990[2004]). *El arte del olvido y tres ensayos sobre mujeres*. Beatriz Viterbo.
Rosa, Nicolás (1993). Roland Barthes, exorcista de signos. *Estudios*, (2), 16–21.
Rosa, Nicolás (1997). El vestigio. *Estudios*, (7/8), 173–188.
Rosa, Nicolás (2003). *Relatos críticos. cosas animales discursos*. Beatriz Viterbo.
Ruvituso, Clara (2021). Brazilian Social Theory in Circulation. Analysing the German Translation of Darcy Ribeiro by Suhrkamp. *Serendipities. Journal for the Sociology and History of the Social Sciences*, (6), 21–38. https://tidsskrift.dk/Serendipities/issue/view/9668
Saer, Juan José (1979). Poemas. *Punto de Vista*, (6), 4–8.

Saer, Juan José (1980). Sartre: contra entusiastas y detractores. *Punto de Vista*, (9), 11–13.
Saer, Juan José (1981). Exilio y literatura. *Tiempos modernos*, (420–421) (pp. 199–201) . Ediciones BN, 2011. Traducción de Patricia Castro. Edición y notas críticas: Juan Pablo Canala, María Rita Fernández y Gabriela Mocca.
Samoilovich, Daniel (1994). Borges: un escritor en las orillas. Traducción, selección y notas críticas sobre pasajes de *Borges, a Writer on the Edge*s de Beatriz Sarlo. *Diario de poesía*, (29), 9–12.
Samoilovich, Daniel *et al***.** (1994). Borges by Sarlo. *Diario de poesía*, (29), 1.
Saítta, Sylvia (2020). Algunos intentos por escribir sobre Beatriz Sarlo. *Cuadernos de Literatura*, (24). https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl24.aibs
Saítta, Sylvia (2022a). Notas a la edición. En Beatriz Sarlo, *Clases de literatura argentina. Facultad de Filosofía y Letras. UBA, 1984–1988* (pp. 9-13). Siglo XXI.
Saítta, Sylvia (2022b). Jorge Lafforgue, entre la crítica y la edición. *Simposio de crítica literaria argentina. Una galería de lectores pertinaces. Un entramado de historias de lectura*. Buenos Aires, Centro Cultural Paco Urondo/INDEAL/Universidad de Granada. https://www.youtube.com/watch?v=OBjszhq7xq4
Saítta, Sylvia (2022c). Beatriz Sarlo, crítica cultural de América Latina. Presentación. *Chuy*, (13), 1–4.
Salas, Horacio (1982). El exilio no es dorado. En Daniel Parcero *et al.* (Eds.), *La Argentina exiliada* (pp. 125–128). CEAL.
Salatino, Maximiliano y Osvaldo López Ruiz (2021). El fetichismo de la indexación. *Revista Iberoamericana de ciencia, tecnología y sociedad*, (46), 73–100.
Salessi, Jorge (1995). *médicos maleantes y maricas: higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina, 1870–1914*. Beatriz Viterbo.
Salomón Tarquini, Claudia *et al***.** (Eds.) (2019). *El hilo de Ariadna. Propuestas metodológicas para la investigación histórica*. Prometeo.
Sancholuz, Carolina (2013). Susana Zanetti en el recuerdo. *Orbis Tertius*, 18(19), 1–2. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf
San Emeterio, Dina (1995). Primera clase de Metodología y análisis de textos literarios. En *Dina y las letras. Homenaje a Dina San Emeterio* (pp. 15–19). UNL.
Santiago, Silviano (1971). El entre–lugar del discurso latino–americano. En *Una literatura en los trópicos. Ensayos de Silviano Santiago* (pp. 57–76). Escaparate, 2012. Traducción de María Luz Estupiñán y Raúl Rodríguez Freire.
Santiago, Silviano (1999). El homosexual astuto. Primeras —y necesariamente ligeras— anotaciones. En *Una literatura en los trópicos. Ensayos de Silviano Santiago* (pp. 199–211). Escaparate, 2012. Traducción de María Luz Estupiñán y Raúl Rodríguez Freire.
Santiago, Silviano (2002). El cosmopolitismo del pobre. En *Una literatura en los trópicos. Ensayos de Silviano Santiago* (pp. 213–234). Escaparate, 2012. Traducción de María Luz Estupiñán y Raúl Rodríguez Freire.
Santiago, Silviano (2021), *Litoral*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/
Santiago, Silviano (2022). Entrevista. Ciclo *Literatura viva: conversaciones*. Instituto de Literatura Hispanoamericana, UBA. 9 de diciembre. https://www.youtube.com/watch?v=X3AJCyaiVOQ
Santomero, Lucila (2021). *Estudios lingüísticos en la formación docente en Letras: Universidad Nacional del Litoral, 1983–2003*. Tesis doctoral. Santa Fe, UNL.

Santoro, Marco (2015). Gramsci as a Southern Theorist? The global circulation of Gramsci's ideas and the blurred boundaries of the «Northern Theory». En *Social Science and Humanities in the Changing North–South Relations*. UNC.
Santucci, Silvana (2018). Teoría literaria latinoamericana en Argentina. Lecturas, debates, ¿crisis? *El Taco en la brea*, (8), 54–58.
Santucci, Silvana (2020). *Heredar Cuba. Una teoría literaria en Severo Sarduy*. Biblioteca Vigil.
Santucci, Silvana (2022). Tono sobre tono. Una entrada sobre América Latina en *Punto de Vista*. *Chuy*, (13), 5–19.
Sapiro, Gisèle (1996). La raison littéraire. Le champ littéraire français sous l'Occupation (1940–1944). *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, (111/112), 3–35.
Sapiro, Gisèle (1999). *La Guerre des écrivains (1940–1953)*. Fayard.
Sapiro, Gisèle (2009a). *L'espace intellectuel en Europe. De la formation des États–nations à la mondialisation (XIX^e–XXI^e siècle)*. La Découverte.
Sapiro, Gisèle (2009b). Mondialisation et diversité culturelle: les enjeux de la circulation transnationale des livres. En Gisèle Sapiro (Dir.), *Les contradictions de la globalisation éditoriale* (pp. 275–301). Nouveau Monde.
Sapiro, Gisèle (2012a). Proyecto *International Cooperation in the Social–Sciences and Humanities: Comparative Socio–Historical Perspectives and Future Possibilities*. https://shs.hal.science/INTERCOSSH
Sapiro, Gisèle (2012b). Apertura. *Journée d'étude Internationale Penser l'État avec Pierre Bourdieu*. París, Collège de France. www.youtube.com/watch?v=wwtmtOafCjs
Sapiro, Gisèle (2013). Le champ est–il national? La théorie de la différentiation sociale au prisme de l'histoire globale. *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, (200), 70–85.
Sapiro, Gisèle (2014a). *Sciences humaines en traduction: les livres français aux Etats–Unis, au Royaume Uni et en Argentina*. Institut français–CESSP.
Sapiro, Gisèle (2014b). Inégalités et rapports de force sur le marché mondial de la traduction. *Bibliodiversity*, 3–6.
Sapiro, Gisèle (2014c). Translation as a Weapon in the Struggle against Cultural Hegemony in the Era of Globalization. *Bibliodiversity*, 33–42.
Sapiro, Gisèle (2015) Le programme de sociologie des œuvres à l'EHESS dans les années 1960–1970. *Arts, littérature et sciences sociales. Colloque organisé à l'occasion du 40^e anniversaire de l'EHESS*. París, EHESS. https://www.youtube.com/watch?v=bVK6t-96eyo
Sapiro, Gisèle (2017a). Introduction; Développement professionnel et évolutions du métier d'écrivain; Devenir écrivain.e: de la reconnaissance symbolique à la reconnaissance professionnelle. En Gisèle Sapiro y Cécile Rabot (Dirs.), *Profession? Écrivain* (pp. 7–16, 19–41, 43–76). CNRS Éditions.
Sapiro, Gisèle (2017b). *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*. EDUVIM.
Sapiro, Gisèle (2017c). Entrevista por Alexandre Roig. *Diálogos transatlánticos*. Canal Encuentro. https://www.youtube.com/watch?v=cqYAOK_i1gs
Sapiro, Gisèle (2018). What Factors Determine the International Circulation of Scholarly Books? En Johan Heilbron *et al.* (Eds.), *The Social and Human Sciences in Global Power Relations* (pp. 59–94). Palgrave Macmillan.
Sapiro, Gisèle (2019). Quels facteurs favorisent la traduction des livres de sciences humaines?

Le cas des traductions de l'anglais en français et du français en anglais à l'heure de la mondialisation. *Palimpsestes. Revue de traduction*, 19–42. https://doi.org/10.4000/palimpsestes.3827
Sapiro, Gisèle (2020a). Stratégie(s). En Gisèle Sapiro (Dir.), *Dictionnaire International Bourdieu* (pp. 813–816). CNRS Éditions.
Sapiro, Gisèle (2020b). *Peut–on dissocier l'œuvre de l'auteur?* Seuil.
Sapiro, Gisèle (2020c). The Transnational Literary Field between (Inter)–nationalism and Cosmopolitanism. *Journal of World Literature*, (5), 481–504.
Sapiro, Gisèle (2021a). Entrevista por el Colectivo Vera cartonera. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/gisele-sapiro-conversacion-con-el-equipo-de-vera-cartonera/
Sapiro, Gisèle (2021b). *Castigar la violencia de las palabras. Los juicios a los intelectuales franceses al final de la Segunda Guerra Mundial*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/
Sapiro, Gisèle (2022a). Les sciences humaines et sociales, entre national et international. *Socio–logos*, (17). http://journals.openedition.org/socio-logos/5888; https://doi.org/10.4000/socio-logos.5888
Sapiro, Gisèle (2022b). Intellectuals in exile: For a comparative approach to the conditions of creativity and to unequal opportunities. En Leyla Dakhli, Pascale Laborier y Frank Wolff (Dirs.), *Scholars at Risk. History and Policies of the Protection of the Endangered Scholars*. Springer (en prensa).
Sapiro, Gisèle y Mauricio Bustamante (2009). Translation as a Measure of International Consecration. Mapping the World Distribution of Bourdieu's Books in Translation. *Sociologic*a, (2–3). http://www.sociologica.mulino.it/journal/article/index/Article/Journal:ARTICLE:340/Item/Journal:ARTICLE:340
Sapiro, Gisèle y Hélène Seiler–Juilleret (2016). Disseminating the Social Sciences and Humanities. https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01659501
Sapiro, Gisèle ; Tristan Leperlier y Amihe Brahimi (2018). Qu'est-ce qu'un champ intellectuel transnational? *Actes de la recherche en Sciences Sociale*s, (224), 4–11.
Sapiro, Gisèle; Eric Brun y Clarisse Fordant (2019). The Rise of the Social Sciences and Humanities in France: Institutionalization, Professionalization, and Autonomization. En Christian Fleck, Matthias Duller y Victor Karády (Eds.), *Shaping Human Science Disciplines. Socio–Historical Studies of the Social and Human Sciences* (pp. 25–68). Palgrave Macmillan.
Sapiro, Gisèle y Tristan Leperlier (2021). Les agents de la globalisation éditoriale. Stratégies de conquête et de résistance. *Réseaux*, (226/227), 127–153.
Sapiro, Gisèle y Quentin Fondu (2023). Pour un internationalisme méthodique. Stratégies individuelles et collectives à l'international. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, (246/247), 4–11.
Sardi, Valeria (2006). *Historia de la enseñanza de la lengua y la literatura. Continuidades y rupturas*. Libros del Zorzal.
Sardi, Valeria (2010). *El desconcierto de la interpretación. Historia de la lectura en la escuela primaria argentina entre 1900 y 1940*. UNL.
Sardi, Valeria (2011). *Políticas y prácticas de lectura. El caso de* Corazón *de Edmundo De Amicis*. Miño y Dávila.
Sartre, Jean–Paul (1946). La responsabilité de l'écrivain. Conferencia UNESCO. https://www.youtube.com/watch?v=2IgocAkYrrk

Sartre, Jean–Paul (1948). *¿Qué es la literatura?* Losada, 1990. Traducción de Aurora Bernárdez.
Sartre, Jean–Paul (1952). *San Genet, comediante y mártir*. Losada, 2003. Traducción de Luis Echávarri.
Sarlo, Beatriz (1971). Nota introductoria. En *Antología del formalismo ruso* (pp. 5–6). CEAL. Traducción del francés de Ana María Nethol.
Sarlo, Beatriz (1979). Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad. *Punto de Vista*, (6), 9–18.
Sarlo, Beatriz (1980) Narrar la percepción. *Punto de Vista*, (10), 34–27.
Sarlo, Beatriz [seudónimo: Martin Eisen] (1981). Miseria de la cultura argentina. *Tiempos modernos*, (420–421) (pp. 205-217). Ediciones BN, 2011. Traducción de Patricia Castro. Edición y notas críticas: Juan Pablo Canala, María Rita Fernández y Gabriela Mocca.
Sarlo, Beatriz (1983a). La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*. *Punto de Vista*, (17), 10–12.
Sarlo, Beatriz (1983b, 15 de agosto). Entrevista por Analía Roffo. *Tiempo argentino*, 8–9.
Sarlo, Beatriz (1984a). La crítica: entre la literatura y el público. En Alberto Giordano (Ed.), *El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde los 80* (pp. 43–58). Santiago Arcos, 2015.
Sarlo, Beatriz (1985a). Crítica de la lectura: ¿un nuevo canon? *Punto de Vista*, (24), 7–11.
Sarlo, Beatriz (1985b). Juan José Saer, *Cicatrices* (1969), 6 de junio de 1985, en Sylvia Saítta (Ed.), *Clases de literatura argentina. Facultad de Filosofía y Letras UBA, 1984–1985* (pp. 221–261). Siglo XXI.
Sarlo, Beatriz (1985c). *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917–1927)*. Norma, 2000.
Sarlo, Beatriz (1988a). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920–1930*. Nueva Visión, 1992.
Sarlo, Beatriz (1988c). Entrevista por Mona Moncalvillo. *Humor*, 33–37.
Sarlo, Beatriz (1988d). Entrevista por Guillermo Saavedra. *El porteño*, enero, 73–77.
Sarlo, Beatriz (1992a). La ensoñación técnica. Conferencia. Club de cultura socialista, 24 de julio. https://archivos.cedinci.org/index.php/la-ensonacion-tecnica-por-beatriz-sarlo
Sarlo, Beatriz (1992b). *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Nueva Visión.
Sarlo, Beatriz (1993a). Tanto con tan poco. En Sylvia Saítta (Ed.), *Escritos sobre literatura argentina* (pp. 23–24). Siglo XXI, 2022.
Sarlo, Beatriz (1993b). *Borges, a Writer on the Edge*. Verso.
Sarlo, Beatriz (1995a). *Borges, un escritor en las orillas*. Ariel.
Sarlo, Beatriz (1995b). Entrevista por Marcos Mayer. *Primer plano*, 4 de junio, 8.
Sarlo, Beatriz (1996a). Entrevista por Ana Longoni. *Causas y azares*, (6), 11–31.
Sarlo, Beatriz (1996b). La duda y el pentimento. *Punto de Vista*, (56), 31–35.
Sarlo, Beatriz (1997a, 24 de julio). Historia de la cultura. *Clarín*, 6–7.
Sarlo, Beatriz (1998b) *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas*. Ariel.
Sarlo, Beatriz (1998c, 9 de abril). Entrevista por Graciela Speranza. *Clarín*. Suplemento *Cultura y Nación*, 2–3.
Sarlo, Beatriz (1998d, 28 de julio). Entrevista por Luciana Vázquez. *Perfil*.

Sarlo, Beatriz (1998e, 27 de mayo). Es peligroso educar para el trabajo y no para la vida. Clarín, 21.
Sarlo, Beatriz (2000). *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. Fondo de Cultura Económica.
Sarlo, Beatriz (2001a). *BazarAmericano*, el sitio de *Punto de Vista. Punto de Vista*, (70), 1.
Sarlo, Beatriz (2001b). Antonio Candido: para una crítica latinoamericana. En Raúl Antelo (Ed.), *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos* (pp. 35–45). Universidad de Pittsburgh.
Sarlo, Beatriz (2001c, 18 de marzo). Una crisis con muchas letras. Ñ.
Sarlo, Beatriz (2001d). *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Siglo XXI.
Sarlo, Beatriz (2001e). Prólogo a la edición en español. Raymond Williams: del campo a la ciudad. En Raymond Williams, *El campo y la ciudad* (pp. 11–22). Paidós. Traducción de Alcira Bixio.
Sarlo, Beatriz (2002, 23 de noviembre). Nuestro mundo híbrido. *Clarín*, 32.
Sarlo, Beatriz (2003a). *La pasión y la excepción*. Siglo XXI.
Sarlo, Beatriz (2003b). Los estudios culturales y la crítica en la encrucijada. *Lulú Coquette*, (2), 15–23.
Sarlo, Beatriz (2004, 13 de marzo). Entrevista por Héctor Pavón. Ñ.
Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI.
Sarlo, Beatriz (2007a, 1 de abril). El latín, ¿lengua muerta o cultura viva? *Viva*, 36.
Sarlo, Beatriz (2007b). *Escritos sobre literatura argentina*. Siglo XXI.
Sarlo, Beatriz (2007c, 29 de abril). No fue el destino. Entrevista. *La Nación*, 1–2.
Sarlo, Beatriz (2007d). El mundo en la punta de los dedos. *Viva*, 28 de octubre.
Sarlo, Beatriz (2008a). Entrevista con María Pia López y Sebastián Scolnik. *La Biblioteca*, (7), 10–25.
Sarlo, Beatriz (2008b). Final. *Punto de Vista*, (90), 1–2.
Sarlo, Beatriz (2010/2011). Libreta/Sarlo. *Bazar americano*. https://www.bazaramericano.com/sarlo.php?pdf=si
Sarlo, Beatriz (2011–2012). Entrevista con Alejandro Grimson. *Otra parte*, (25), 69–76.
Sarlo, Beatriz (2011, 12 de marzo). Ese polemista incansable. *La Nación*, 39. http://www.lanacion.com.ar/1356716-ese-polemista-incansable
Sarlo, Beatriz (2012). *Ficciones argentinas. 33 ensayos*. Mardulce.
Sarlo, Beatriz (2013). Susana Zanetti, latinoamericanista. *Orbis Tertius*, 18(19), 25. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5986/pr.5986.pdf
Sarlo, Beatriz (2014a). La erudición y la elegancia. En Judith Podlubne y Martín Prieto (Eds.), *María Teresa Gramuglio. La exigencia crítica* (pp. 17–23). Beatriz Viterbo.
Sarlo, Beatriz (2014b). *Viajes. De la Amazonia a las Malvinas*. Seix Barral.
Sarlo, Beatriz (2014c). Entrevista por Gonzalo Aguilar. *Informe Escaleno*. 6 de diciembre. http://informeescaleno.com.ar/index.php?s=articulos&id=283
Sarlo, Beatriz (2016a). *Zona Saer*. Ediciones Universidad Diego Portales.
Sarlo, Beatriz (2017). Entrevista por Judith Gociol. *Diálogos en el depósito/Libros para todos.* https://www.youtube.com/watch?v=w7O-kRWInEU
Sarlo, Beatriz (2020). Prólogo. En *Desplazamientos necesarios. Lecturas de literatura argentina* (pp. 9–27). Eduner.
Sarlo, Beatriz (2022a). *Clases de literatura argentina. Facultad de Filosofía y Letras UBA, 1984–1985* (pp. 221–261). Siglo XXI.

Sarlo, Beatriz (2022b, 29 de marzo). Entrevista por Dolores Pruneda Paz. *Telam*. https://www.telam.com.ar/notas/202203/587683-beatriz-sarlo-literatura-entrevista-libro-docente.html
Sarlo, Beatriz y Carlos Altamirano (Ed.) (1977). *Literatura y sociedad*. CEAL.
Sarlo, Beatriz y Carlos Altamirano (1980). *Conceptos de sociología literaria*. CEAL.
Sarlo, Beatriz y Carlos Altamirano (1981). Entrevista a David Viñas. *Punto de Vista*, (13), 9–12.
Sarlo, Beatriz y Carlos Altamirano (1983a). *Literatura / sociedad*. Hachette.
Sarlo, Beatriz y Carlos Altamirano (1983b) *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Ariel, 1997
Sarlo, Beatriz *et al***.** (1983). Editorial. *Punto de Vista*, (19), 2–3.
Scarano, Laura (2000). *Los lugares de la voz. Protocolos de la enunciación literaria*. Melusina.
Scarano, Laura (2007) *Palabras en el cuerpo Literatura y experiencia*. Biblos.
Scarano, Laura (2014a). *Vidas en verso: autoficciones poéticas (estudio y antología)*. UNL.
Scarano, Laura (2014b). Nuevos hispanismos transatlánticos en el siglo XXI. *Actas del X Congreso argentino de Hispanistas*. UNL.
Scarano, Laura (2015). Poéticas de lo menor en el hispanismo transatlántico. *El taco en la brea*, (2), 164–195.
Scavino, Dardo (2010). ¿Latinoamérica bolivariana? *Boca de sapo*, (7), 8–15.
Scavino, Dardo (2016). Nicolás Rosa: predi–lectos. En Laura Estrin y Milita Molina (Comps.), *Escritos sobre Nicolás Rosa* (pp. 131–142). FFyL–UBA.
Scotto, Victoria (2023). Las letras, la filología, la política. Veinte años en la cátedra de Filología Hispánica de la Universidad Nacional de La Plata (1966–1987). *El taco en la brea* (en edición).
Schanton, Pablo (2008). Contratapa. En Fabián Casas, *Oda*. Mansalva.
Schmidt–Wellenburg, Christian y Frédéric Lebaron (2018). There Is No Such Thing as «the Economy». Economic Phenomena Analysed from a Field Theoretical Perspective. *Historical Social Research / Historische Sozialforschung*, 43(3), 7–38.
Schmucler, Héctor (1996). Síntoma. *Estudios*, (6), 5–7.
Schmucler, Héctor (2005). La universidad como espacio para la memoria. *Estudios*, (16), 7–8.
Schniebs, Alicia (2010). *Debates en Lenguas Clásicas*. Tomo II. Cultura. EFFyL.
Schult, Anne y Elsie Cohen (2023). Intellectual Migration(s). En Stefanos Geroulanos y Gisèle Sapiro (Dirs.), *Handbook of Intellectual History and the Sociology of Ideas*. Routledge (en prensa).
Schvartzman, Julio (2013). *Letras gauchas*. Eterna Cadencia.
Schvartzman, Julio (2017). Elena Altuna. *Zama*, (9), 13–15.
Schvartzman, Julio y Cristina Iglesia [seudónimos: Fabián Escher y Julia Thomas] (1981). Notas sobre Victoria Ocampo y *Sur. Tiempos modernos*, (420–421) (pp. 235–248). Ediciones BN, 2011. Traducción de Patricia Castro. Edición y notas críticas: Juan Pablo Canala, María Rita Fernández y Gabriela Mocca.
Segala, Amos (1999). La Colección Archivos: trayectoria, objetivos, resultados. *Cahiers du CRICCAL*, (23), 147–158.
Socolovsky, Yamile (2019). Un debate necesario. En Fernanda Beigel y Fabiana Bekerman, *Culturas evaluativas. Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a docentes-investigadores en Argentina (1993–2018)* (pp. 11–13). CLACSO/IEC–CONADU.
Soler Bistué, Maximiliano (2016). *Libro de los Fueros de Castiella y otros textos contenidos en el manuscrito 431 de la Biblioteca Nacional de Madrid*. Incipit–Secrit.

Somoza, Patricia y Elena Vinelli (2011). Para una historia de *Los Libros*. *Revista Los Libros. Edición facsimilar* (pp. 9–19). Biblioteca Nacional.
Sorá, Gustavo (2017). *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*. Siglo XXI.
Sorá, Gustavo (2019). Prólogo. En *Cartografía argentina de la edición mundializada. Modos de hacer y pensar el libro en el siglo XXI* (pp. 7–11). Tren en movimiento.
Sorá, Gustavo (2020). La traducción de libros de ciencias sociales y humanas entre Francia y Argentina como intercambio desigual. En Sandra Contreras y José Goity (Coords.), *Las humanidades por venir. Políticas y debates en el siglo XXI* (pp. 89–123). hya.
Sorá, Gustavo (2021). Las ciencias sociales y humanas como hecho público: edición, legitimación, consagración. En *Hacia nuevas cartografías: abrir/revisar las ciencias sociales en la región*. UNER, 24 de junio. https://www.youtube.com/watch?v=zl_11Wmrdzs
Sorá, Gustavo (2022). Ciencias sociales como hecho público: edición, legitimación, consagración. *El taco en la brea*, (15), 54–63.
Sorá, Gustavo y Alejandro Dujovne (2018). Translating Western Social and Human Sciences in Argentina: A Comparative Study of Translations from French, English, German, Italian and Portuguese. En Christian Fleck, Matthias Duller y Victor Karády (Eds.), *Shaping Human Science Disciplines. Socio–Historical Studies of the Social and Human Sciences* (pp. 267–295). Palgrave Macmillan.
Sosnowski, Saúl (1984). Ángel Rama en Maryland. *Punto de Vista*, (20), 33–34.
Sosnowski, Saúl (Comp.) (1988). *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*. EUDEBA.
Sosnowski, Saúl (2015). *Cartografía de las letras hispanoamericanas: tejidos de la memoria*. EDUVIM.
Sosnowski, Saúl; Luis Roniger, Leonardo Senkman y Mario Sznajder (2018). *Exile, Diaspora and Return. Changing Cultural Landscapes in Argentina, Chile, Paraguay and Uruguay*. Oxford University Press.
Sousa, Luciana (2015). Se creó el Archivo Histórico de Revistas Argentinas. *Agencia de Noticias Paco Urondo*, 15 de agosto. https://ahira.com.ar/ahira-en-los-medios/
SPU (2015). *Nómina 2015 de las instituciones universitarias argentinas.* Ministerio de Educación.
Suasnábar, Claudio (2004). *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955–1976)*. Manantial.
Surghi, Carlos (2021). *La aventura negativa*. Nube Negra.
Sverdloff, Mariano (2017). La tradición clásica y el nacionalismo argentino: un caso de transferencia cultural. *Circe, de clásicos y modernos*, 21(2), 134–151.
Sverdloff, Mariano (2021). Traducción, política y eurocentrismo: narrativas en conflicto en el Vocabulario de las Filosofías Occidentales (2018), edición en castellano del Vocabulaire européen des philosophies (2004). IV Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición. Paraná.
Sozzi, Martín (2019). Diseñar América Latina desde los EE. UU. Algunas historias de la literatura latinoamericana de los años cuarenta. En *Historias de la literatura. Asedios desde el Sur* (pp. 23–49). FFyH–UBA.
Surghi, Carlos (2021). *La aventura negativa*. Nube negra.

Szurmuk, Mónica (2017). Pequeños Lectores/Pequeñas Lectoras. En Analía Gerbaudo e Ivana Tosti (Eds.), *Nano–intervenciones con la literatura y otras formas del arte* (pp. 234–238). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/wpcontent/uploads/sites/16/2019/07/Nano_intervenciones.pdf

Szurmuk, Mónica (2020). Derivas de lo personal: subjetividades en disputa en Tiempo pasado. *Cuadernos de literatura*, (24). https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl24.dpsd

Szurmuk, Mónica y Robert Mckee Irwin (Coords.) (2009). *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. Siglo XXI/Instituto Mora.

Szurmuk, Mónica y Robert Mckee Irwin (Coords.) (2012). *Dictionary of Latin America Cultural Studies*. University Press of Florida.

Szpilbarg, Daniela (2019). *Cartografía argentina de la edición mundializada. Modos de hacer y pensar el libro en el siglo XXI*. Tren en movimiento.

Tabachnik, Silvia (1996). Escándalo, verdad e identidad. Notas de un archivo de la falsa infamia. *Estudios*, (6), 93–97.

Tasalp, Duygu (2022). Intervención. *I Workshop* del Proyecto *Géo-récits. Cartographies de migrants dits «qualifiés».Géo–récit* coordinado por Pascale Laborier. París, modalidad virtual.

Tatián, Diego (2008). Lo impropio. En *Crítica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato* (pp. 49–65). Beatriz Viterbo.

Tatián, Diego (2016). *Contra Córdoba. Historias mínimas*. Caballo negro.

Terracini, Lore (1989). Una inmigración muy particular: 1938, los universitarios italianos en Argentina. *Anuario del IEHS*, (4), 335–369.

Thiesse, Anne–Marie (1999). *La création des identités nationales. Europe XVIIIe–XXe siècle*. Seuil.

Thiesse, Anne–Marie (2019). *La fabrique de l'écrivain national*. Gallimard.

Theumer, Emmanuel (2018, 10 de agosto). Cómo empezó Tode. *Página / 12*. https://www.pagina12.com.ar/133908-como-empezo-tode

Topuzian, Marcelo (2019). *Una historia comparada de las literaturas en la Península Ibérica*: una mirada desde el hispanismo argentino. En Mariela Sánchez (Ed.), *Lecturas transatlánticas desde el siglo XXI. Nuevas perspectivas de diálogos en la literatura y la cultura española contemporáneas* (pp. 225–237). UNLP.

Torrado, Susana (Dir.) (2010). *El costo social del ajuste. Argentina (1976–2002)*. Edhasa.

Torres, Patricia (2020). Intervención. Vera cartonera: presentación Catálogo 2020. https://www.youtube.com/playlist?list=PLLDQk2JsGSxZbWuEJi_2JmYa_W25MnSde

Torres, Patricia (2022). La enseñanza de la teoría literaria en Institutos de Formación Docente de la provincia de Santa Fe (1984–2014): un espacio en configuración. I Workshop Internacional *La Literatura y su estudio en los espacios nacional, regional y transnacional de circulación de las ideas (Argentina, Brasil, España, 1945–2020)*. Tucumán, Santa Fe: UNT/UNL.

Toscano y García, Guillermo (2013). Materiales para una historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1927–1946). *Filología*, XLV, 143–171.

Toscano y García, Guillermo (2015). Debates sobre la lengua y la institucionalización filológica. En *Historia política del español. La creación de una lengua* (pp. 287–299). Aluvión.

Toscano y García, Guillermo y Fernando Degiovanni (2010a). Disputas de origen: Américo Castro y la institucionalización de la filología en Argentina. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LVIII(1), 191–213.

Toscano y García, Guillermo y Fernando Degiovanni (2010b). «Las alarmas del Doctor Américo Castro»: institucionalización filológica y autoridad disciplinaria. *Variaciones Borges*, (30), 3–41.

Turin, Rodrigo (2019). *Tempos precários: aceleração, historicidade e semântica neoliberal*. Zazie edições.

Tuset, Vicenç (2016). *Los efectos del estructuralismo en la crítica literaria española y argentina: aproximación teórica a un estudio comparativo*. Tesis doctoral. La Plata, UNLP. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1449/te.1449.pdf

Tzeiman, Andrés (2017). *Radiografía política del macrismo. La derecha argentina: entre la nación excluyente y el desafío democrático*. Caterva.

Vallina, Cecilia (2008). Un recorrido crítico por el relato testimonial. En *Crítica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato* (pp. 10–22). Beatriz Viterbo.

Vanella, Liliana (2008). *El exilio europeo en la Universidad Nacional de Tucumán en las décadas de 1930 y 1940*. Tesis doctoral. Córdoba, UNC. https://rdu.unc.edu.ar/bitstream/handle/11086/1952/Tesis%20Vanella.pdf;sequence=1

Vanella, Liliana (2013). La migración intelectual de la UNT durante el período de entreguerras. Complejo generacional, filiaciones e identidades académicas. *Integración y conocimiento*, (2), 165–178.

Vasallo, Isabel (2022). *Clases de Teoría literaria. Huellas de una experiencia*. Paidós.

Vauthier, Bénédicte (2022). Intervención. Presentación de *Teoría en tránsito*. Librería abierta, UNL. https://www.youtube.com/watch?v=fPkmXXuJbMo

Vázquez, María Celia (2019). *Victoria Ocampo, cronista outsider*. Beatriz Viterbo/Fundación Sur.

Vázquez, María Celia (2022). Volver a Nicolás Rosa. *Reseñas CELEHIS*, (24). https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/rescelehis/article/view/6033

Vázquez, María Celia y Alberto Giordano (1998). *Las operaciones de la crítica*. Beatriz Viterbo.

Vázquez, María Celia y Leandro Beier (2017). Una torta bomba para pensar el peronismo. En Analía Gerbaudo e Ivana Tosti (Eds.), *Nano–intervenciones con la literatura y otras formas del arte* (pp. 76–85). UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/cedintel/wp-content/uploads/sites/16/2019/07/Nano_intervenciones.pdf

Verbitsky, Horacio (2010, 3 de enero). Las babas del diablo. *Página / 12*. https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-137964-2010-01-03.html

Vezzetti, Hugo (2002). Escenas de la crisis. *Punto de Vista*, (72), 32–36.

Vidarte, Francisco (2008). De una cierta cadencia en deconstrucción. En *Por amor a Derrida* (pp. 97–127). La cebra.

Vigna, Diego y Lucía Céspedes (Eds.) (2022). *Archivería contemporánea. Revisiones, conjeturas, resistencias*. CIECS. http://ediciones-ciecs.com.ar/wp-content/uploads/2022/06/Archiv.pdf

Villalonga, María Eugenia (2022). *La universidad de las catacumbas. Filosofía y letras en dictadura*. Eudeba.

Viñas, David (1965). *Laferrère: del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal*. UNL.

Viñas, David (1981). *Les Temps Modernes* y nosotros. *Tiempos modernos*, (420–421) (pp. 61–64). Ediciones BN, 2011. Traducción de Patricia Castro. Edición y notas críticas: Juan Pablo Canala, María Rita Fernández y Gabriela Mocca.

Viñas, David (1982). *Indios, ejército y frontera*. Siglo XXI.
Viñas, David (1985). Paremos de cascotearnos. En Daniel Parcero *et al.* (Eds.), *La Argentina exiliada* (pp. 166–173). CEAL.
Viñas, David (1998). *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos a USA*. Sudamericana.
Viñas, David (2002). Mi biblioteca perdida. En Hernán Invernizzi y Judith Gociol, *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar* (pp. 383–385). Eudeba, 2003.
Viñas, David (2004). Entrevista por Adriana Bocchino. En *Cuerpo a cuerpo* (pp. 525–533). Estanislao Balder, 2006.
Vitagliano, Miguel (2011). Variaciones sobre un punto. Notas de trabajo sobre teoría y crítica literaria. En *Perspectivas actuales de la investigación literaria* (pp. 123–154). EFFL–UBA.
Vitagliano, Miguel (2015). Dos maneras de leer. Josefina Ludmer/Calixto Oyuela. *La ballena azul*, (5), 4–5.
Vulponi, Adriana (2012). *Antropología e historia de la literatura infantil y juvenil en Córdoba*. Tesis de Maestría en Antropología. Córdoba, UNC.
Vulponi, Adriana (2022). *La literatura infantil y juvenil argentina: una historia social y cultural, 1983–1995*. Tesis doctoral. Córdoba, UNC.
Wagner, Anne Caherine y Bertrand Réau (2015). Le capital international: un outil d'analyse de la reconfiguration des rapports de domination. En Johanna Siméant (Dir.), *Guide de l'enquête globale en sciences sociales* (pp. 33–46). CNRS Éditions.
Wamba Gaviña, Graciela (2011). Presencia del pensamiento alemán en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata a comienzos del siglo XX. En Gloria Chicote y Barbara Göbel (Eds.), *Ideas viajeras y sus objetos. El intercambio científico entre Alemania y América austral* (pp. 77–86). Iberoamericana–Vervuert.
Warley, Jorge (1983). Un acuerdo de orden ético. *Punto de Vista*, (17), 12–14.
Williams, Raymond (1977). *Marxismo y literatura.* Península, 1980. Traducción de Pablo Di Masso.
Wimmer, Andreas y Nina Glick Schiller (2003). Methodological Nationalism, the Social Sciences, and the Study of Migration: An Essay in Historical Epistemology. *The International Migration Review*, 37(3), 576–610.
Wolff, Jorge (2016). *Telquelismos latinoamericanos. A teoria crítica francesa no entre–lugar dos trópicos*. Papéis selvagens.
Wolff, Jorge (2020). Traducción y notas a Desdeñosa ignorancia por la literatura de Brasil de César Aira (1986). *Pernambuco. Jornal literario da companhia editora de Pernambuco*. http://suplementopernambuco.com.br/artigos/2512-c%C3%A9sar-aira-desdenhosa-ignor%C3%A2ncia-da-literatura-do-brasil.html
Ximenes, Vinícius (2021). *Ler a extração, ler na extração. Pedagogias de leitura em um discurso latino-americano (Argentina–Brasil, 1966–2016)*. Manuscrito correspondiente al examen de «cualificación». Niterói, Universidade Federal Fluminense.
Ximenes, Vinícius (2023). *Ler a extração, ler na extração. Estudos com Josefina Ludmer (Argentina–Brasil, 1966–2016) [ou: Pedagogias de leitura, poesia e impasse na América Latina]*. Tesis doctoral. Niterói, Universidade Federal Fluminense.
Yelin, Julieta y Elisa Martínez Salazar (2013). *Kafka en las dos orillas. Antología de la recepción crítica española e hispanoamericana*. Universidad de Zaragoza.
Zambrano, Ricardo (2014). *Solidaridad y militancia política en París durante la última*

dictadura militar (1976–1983). Crónicas de sobrevida y resistencia de la emigración argentina. Tesina de licenciatura. Carrera de Antropología, UBA.
Zanetti, Susana (1982). Como decíamos ayer, sobre Ángel Rama. *Punto de Vista*, (14), 32–33.
Zanetti, Susana (1983). Suma crítica sobre novela latinoamericana, sobre Ángel Rama. *Punto de Vista*, (17), 47–48.
Zanetti, Susana (1984). Adiós a Ángel Rama. *Punto de Vista*, (20), 32–33.
Zanetti, Susana (2002). *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Beatriz Viterbo.
Zanetti, Susana (2003). Entrevista por Miguel Leyva Ramos y Gabriela Tineo. *Revista del CELEHIS*, (15), 361–389.
Zanetti, Susana (2006). Canon y mercado. *Orbis Tertius*, (12). http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/10599
Zanetti, Susana (2013). Entrevista por Laura Cilento. *Orbis Tertius*, (19), 29–41.
Zanin, Marcela (2021). Política de la pose. En Beatriz Colombi (Dir.), *Diccionario de términos* críticos *de la literatura y la cultura en América Latina* (pp. 389–398). CLACSO.
Zarowsky, Mariano (2017a). *Los estudios en comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político–culturales (1956–1985)*. Eudeba.
Zarowsky, Mariano (2017b). Entre la renovación de las ciencias sociales y la intervención intelectual: Eliseo Verón, editor en Tiempo Contemporáneo (1969–1974). *Palimpsesto*, (11), 1–17.
Zícari, Julián (2020). *Crisis económicas argentinas. De Mitre a Macri*. Ediciones continente.
Zonana, Víctor (2005–2006). La poesía religiosa de Edelweis Serra. *Piedra y canto. Cuadernos del CELIM*, (11/12), 187–206.
Zubieta, Ana María (2010). Doctorado *Honoris Causa*. *Josefina Ludmer*. Blog. http://josefinaludmer.wordpress.com/2010/11/19/doctorado-honoris-causa

Materiales escolares y de difusión

AA. VV. (2016). Biografías de la literatura: David Viñas. Canal Encuentro. https://www.youtube.com/watch?v=OQxuwOC-YTA
Bombini, Gustavo (2001). *Lengua y literatura | Polimodal. El lenguaje en acción*. Longseller.
Bratosevich, Nicolás (1979). Reflexión metodológica. En Métodos de análisis literario aplicados a textos hispánicos (pp. 7–18). Hachette.
Bratosevich, Nicolás (1988). Introducción al volumen II. En Métodos de análisis literario aplicados a textos hispánicos. Volumen II (pp. 13–16). Hachette.
Cuesta, Carolina (2002). *Lengua y literatura | Polimodal. La máquina literaria*. Longseller.
Frugoni, Sergio (2001). *Lengua y literatura | Polimodal. El mundo del sentido*. Longseller.
Gramuglio, María Teresa (1983b). Selección, introducción, notas y propuestas de trabajo. *Cuentos regionales argentinos: Buenos Aires*. Antología. Volumen 4. Colihue.
Nieto, Facundo (Dir.) (2012). *Antinomias. Historias de una literatura*. UNGS.
Nieto, Facundo (2021b). ¡Zarpado! *Literatura y ESI 1*. Secundaria Básica. UNGS.

Nieto, Facundo (2022a). ¡*Zarpado! Literatura y ESI* 2. Secundaria Básica. UNGS.
Nieto, Facundo (2022b). ¡*Zarpado! Literatura y ESI* 3. Secundaria Básica. UNGS.
Prieto, Martín *et al.* (2017). *A medio borrar. Antología. Edición con guía de lectura*. Seix Barral.
Rosa, Nicolás (1998). Entrevista por Pablo Leona, Diego Iturriza y Bautista Serigós. *La mitad perdida. Revista de literatura para chicos de 9° año*, 27–29.
Sardi, Valeria (2001). *Lengua y literatura | Polimodal. Las palabras en la vida cotidiana y en la literatura*. Longseller.
Sardi, Valeria (2002). *Lengua y literatura | Polimodal. El universo de los textos*. Longseller.
Sardi, Valeria (2003). *Lengua y literatura | Polimodal. La ficción como creadora de mundos posibles.* Longseller.
Verdugo, Iber (1982). *Hacia el conocimiento del poema*. Hachette.

Literatura

Aira, César (2005). *Los misterios de Rosario*. Emecé.
Almada, Selva (2020). *No es un río*. Random House.
Bitar, Francisco (2015). *Acá había un río*. Nudista.
Borges, Jorge Luis (1960). Del rigor en la ciencia. *El hacedor*. En *Obras completas* (p. 225). Tomo II. Emecé.
Jitrik, Noé (1956a). *Feriados*. Contorno.
Jitrik, Noé (1959a). *El año que se nos viene y otros poemas*. En *Material de lectura N° 117* (pp. 5–7). UNAM, 2012.
Jitrik, Noé (1965). *addio a la mamma, fiesta en casa y otros poemas*. Ediciones Zona de la poesía americana.
Jitrik, Noé (1974f). *Comer y comer*. Ediciones de la flor.
Jitrik, Noé (1979a). *Viajes. Objetos reconstruidos*. UNAM.
Jitrik, Noé (1980). *El ojo de jade*. Premiá editora.
Jitrik, Noé (1981a). *Fin del ritual*. Joaquín Mortiz.
Jitrik, Noé (1986). *Díscola Cruz del Sur, ¡guíame!* En *Material de lectura N° 117* (pp. 20–25). UNAM, 2012.
Jitrik, Noé (1988a). *Los lentos tranvías*. Joaquín Mortiz.
Jitrik, Noé (1989). *Limbo*. Ediciones Era.
Jitrik, Noé (1992c). *Citas de un día*. Alfaguara.
Jitrik, Noé (2002b). *Evaluador*. Fondo de Cultura Económica.
Jitrik, Noé (2004). *Long Beach*. Emecé.
Jitrik, Noé (2006). *Atardeceres*. Ediciones al margen.
Jitrik, Noé (2009). *Cálculo equivocado. Poemas 1983–2008*. Fondo de Cultura Económica.
Jitrik, Noé (2014a). *Casa rosada*. Ediciones al margen.
Jitrik, Noé (2021). *La vuelta incompleta*. Interzona.
Jitrik, Noé (2022). *Un círculo*. Interzona.
Kamenszain, Tamara (2003). *El ghetto*. Sudamericana.
Marrón, Gabriela (2012). *Habeas corpus. Latín, sexo y traducción*. Vox.

Molloy, Sylvia (1981). *En breve cárcel*. Seix Barral.
Molloy, Sylvia (2002). *El común olvido*. Norma.
Molloy, Sylvia (2010). *Desarticulaciones*. Eterna Cadencia.
Raimondi, Sergio (2010). Nota, en *Poesía civil*. 17 grises.
Raimondi, Sergio (2017). *Catulito*. Neutrinos.
Rittiner Basaez, María Victoria (2021). *La belleza de las cosas que salen mal*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/
Romano Sued, Susana (2007). *Procedimiento. Memoria de La Perla y La Ribera*. El Emporio Ediciones.
Spada, Mariana (2022). *La subida*. Vera cartonera. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/
Viñas, David (2006). *Tartabul o los últimos argentinos del siglo XX*. Sudamericana.

Sitios Web que domiciliaron textos citados y documentos en línea en acceso abierto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas https://ahira.com.ar/
CEDES https://www.cedes.org/sobre-cedes/
Comisión Provincial por la Memoria. *Megacausa «La Perla». Informe sobre el juicio al Terrorismo de Estado en Córdoba*, 2012. https://apm.gov.ar/sites/default/files/Informe MegacausaLaPerla.pdf
Club de Cultura Socialista. Más de 250 audios disponibles en la página del CEDINCI. https://cedinci.org/2020/04/01/las-charlas-del-club-de-cultura-socialista/
Página de la colección Nuevos Hispanismos. Iberoamericana–Vervuert. Madrid/Frankfurt. https://www.iberoamericana-vervuert.es/EditorialColeccion.aspx?C1=Nuevos%20Hispanismos
National Security Archive (22 de junio de 2016), Argentina Declassification Project. List of Names, Terms, Events, Places, and Dates. January 1, 1975 – December 31, 1983. https://nsarchive.gwu.edu/document/24712-document-3-nsc-argentina-declassification-project-list-names-terms-events-places-and
The World Bank. *Argentina from Insolvency to Growth*. Washington, 1993. https://documents1.worldbank.org/curated/en/285461468742811154/pdf/multi-page.pdf
Sarlo, Beatriz (1984b). Literatura argentina II. Programa. *Exlibris*, 1 (2012), 70–72. http://www.filo.uba.ar/contenidos/carreras/letras/exlibris
Spada, Mariana (2022). Clase abierta. Teoría Literaria I. UNL. https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/derivas-didacticas/
Viñas, David (1986d). Literatura argentina I. *Exlibris*, 1 (2012). http://www.filo.uba.ar/contenidos/carreras/letras/exlibris

Materiales no domiciliados

AA. VV. (2015/2016). *Autoevaluación de los aspectos estructurales–formales y procesales-prácticos del currículum de las carreras de Profesorado y Licenciatura en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la UNJU*. Informe final Proyecto Piloto ANFHE. Universidad Nacional de Jujuy.

AA. VV. (2019). *Informe Técnico sobre la autoevaluación de Profesorado en Letras de la Universidad Nacional de San Luis*. UNSL.

Almada, Selva (2022). Entrevista por Ben Bollig y Analía Gerbaudo, 8 de marzo. Faculty of Medieval and Modern Languages, University of Oxford.

Altamirano, Carlos (1985). Literatura argentina II. Clase 12, 11 de mayo. UBA.

Altamirano, Carlos (2018). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.

Altamirano, Carlos y Gisèle Sapiro (2017). Intervenciones durante la presentación de *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*. Buenos Aires, Lenguas vivas.

Amante, Adriana (2017). Literatura argentina I. Cátedra B. Programa. UBA.

Amante, Adriana (2018). Literatura argentina I. Cátedra B. Programa. UBA.

Amante, Adriana (2019). Literatura argentina I. Cátedra B. Programa. UBA.

Antelo, Raúl (2011). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.

Antelo, Raúl (2017). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.

Antelo, Raúl (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.

Arán, Pampa (1991). Metodología del estudio literario II. Programa. UNC.

Arán, Pampa (1992). Metodología del estudio literario II. Programa. UNC.

Arán, Pampa (1993). Metodología del estudio literario II. Programa. UNC.

Arnoux, Elvira (2006a). Posdoctorado en Literatura / Semiótica / Análisis del Discurso. Clases. Córdoba, CEA–UNC.

Arnoux, Elvira (2006b). El conocimiento del otro en el proceso de integración regional. Propuestas para la enseñanza media, inédito.

Arnoux, Elvira (2018a). Intervenciones. *Segundo encuentro. Evaluadores externos disciplinares*. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Arnoux, Elvira (2018b). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.

Arpes, Marcela *et al.* (2021). La Carrera del Profesorado en Letras de la UARG: desarrollo y proyecciones futuras. Informe de Autoevaluación de la carrera Profesorado en Letras. Río Gallegos: UNPA.

Avaro, Nora y Analía Capdevila (1991). Metadiscursos Literarios en Argentina. Seminario. Programa. UNR.

Barrenechea, Ana María (1963). Introducción a la literatura. Programa, segundo cuatrimestre. UBA.

Barrenechea, Ana María (1964). Gramática castellana. Programa, segundo cuatrimestre. UBA.

Bernabé, Mónica (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.

Bernabé, Mónica (2022). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.

Bixio, Beatriz (2021). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.

Blasi, Alberto (1970). Literatura argentina. Programa. UNR.

Boldori, Rosa (1970). Programa. UNR.
Bombini, Gustavo (2011). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Bombini, Gustavo (2017). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Bombini, Gustavo (2019). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Bosoer, Sara (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Bouilly, Víctor (1967). Literatura argentina. Programa. UNR.
Bouilly, Víctor (1969a). Preseminario de Metodología de la investigación literaria. Programa. UNR.
Bouilly, Víctor (1969b). Literatura argentina. Programa. UNR.
Callegari, María Enriqueta (1970). Metodología de la investigación literaria. Programa. UNR.
Camblong, Ana María (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Camblong, Ana María (2021b). Comentarios durante la defensa de Tesis doctoral de Gabriela Roman. Posadas, UNaM.
Capdevila, Analía (2017). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Castelli, Eugenio (1973). Metodología de la investigación literaria. Programa. UNR.
Castelli, Eugenio (1977). Teoría literaria. Programa. UNR.
Catelli, Nora (2019b). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Catelli, Nora (2020a). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Contreras, Sandra (2004). Perspectivas críticas para la literatura argentina del siglo XIX. Seminario. Programa. UNR.
Contreras, Sandra (2021). Proyecto institucional. Concurso público para Directora regular del IECH (CONICET/UNR).
Costa, Ricardo (1990). Sociología de la obra literaria. Programa. UNC.
Costa, Ricardo (1991). Sociología de la obra literaria. Programa. UNC.
Cristiá, Alejandrina (2004). *Ocultos factores. Un estudio sobre el aprendizaje de una teoría literaria durante un período dictatorial*. Trabajo monográfico orientado por la cátedra de Análisis y crítica II. UNR, inédito.
Dalmaroni, Miguel (2006b). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Dalmaroni, Miguel (2021). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
de Diego, José Luis (2006a). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
de Diego, José Luis (2015b). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
de Diego, José Luis (2020b). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
de Diego, José Luis (2021) Conferencia plenaria. IV Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición (CAELE). Paraná.
de Diego, José Luis (2022). Sobre la relación autor–editor. *Zama*, (14), 57–80.
dos Santos, Estela (1974a). Ficha y Glosario. Literatura y cultura latinoamericanas. Primer cuatrimestre. UBA.
dos Santos, Estela (1974b). Literatura y cultura latinoamericanas. Primer cuatrimestre. Clase 8, 15 de junio. UBA.
Dughera, Eduardo (1969). Teoría literaria. Programa. UNR.
Dughera, Eduardo (1970). Teoría literaria. Programa. UNR.
Esteban, Aimé (2022b). Intervención. I Workshop *Literatura y educación*. Santa Fe: UNL/UNR.
Fangmann, Cristina (2018). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Fiel, David (2021). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.

Figueroa, Claudia (2021). Intervención. Seminario de Doctorado *La institucionalización y la internacionalización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos (Argentina, Brasil, España)*. Santa Fe, UNL (modalidad virtual).
Flores, Ana (1990). Metodología del estudio literario I. Programa. UNC.
Flores, Ana (1991). Metodología del estudio literario I. Programa. UNC.
Gargatagli, Anna. (2022). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Gasel, Alejandro (2021c). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Gasel, Alejandro (2021d). La institucionalización y la internacionalización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos (Argentina, Brasil, España). Seminario de doctorado. Clase 9. UNL.
Gasparri, Javier (2010). Intervención. Seminario *Metodologías de la investigación literaria y su relación con la enseñanza de la literatura argentina.* Maestría de Literatura Argentina. UNR.
Gerbaudo, Analía (1998). Metodología y análisis del texto literario. Programa. UNL.
Gerbaudo, Analía (2008). Notas de terreno, Santa Fe.
Gerbaudo, Analía (2012). Notas de terreno, Buenos Aires.
Giordano, Alberto (1988). Metadiscursos Literarios en Argentina (El ensayo literario en Argentina: Ricardo Piglia, Ezequiel Martínez Estrada, David Viñas y Oscar Masotta). Seminario. Programa. UNR.
Giordano, Alberto (1990). La crítica literaria frente a la obra narrativa de Manuel Puig. Seminario. Programa. UNR.
Giordano, Alberto (1991). Algunos aspectos de la narrativa argentina de la última década: Luis Gusmán, Ricardo Piglia, Céar Aira y Alberto Laiseca. Seminario. Programa. UNR.
Giordano, Alberto (2004). Autofiguración y experiencia en los diarios de escritores. Seminario. Programa. UNR.
Giordano, Alberto (2020c). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Giordano, Alberto (2020d). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Giorgi, Gabriel (2021). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Gramuglio, María Teresa (1964). Preseminario II de la carrera de letras. Plan de trabajo. UNR.
Gramuglio, María Teresa (1984a). Metadiscursos Literarios en Argentina. Seminario. Programa. UNR.
Gramuglio, María Teresa (1985a). Literatura argentina II. Clase 3, 13 de abril. UBA.
Gramuglio, María Teresa (1985b). Literatura argentina II. Clase 6, 20 de abril. UBA.
Gramuglio, María Teresa (1985c). Literatura argentina II. Clase 9, 27 de abril. UBA.
Gramuglio, María Teresa (1986b). Seminario Imágenes de escritor entre 1920 y 1930. Programa. UNR.
Gramuglio, María Teresa (1987). Literatura del Siglo XIX (Temas y figuras del imaginario social en algunos textos literarios del siglo XIX). Programa. UBA.
Gramuglio, María Teresa (2009). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Haiek, Olga (1967). Preseminario II. Letras. Programa. UNR.
Haiek, Olga (1969). Preseminario II. Letras. Programa. UNR.
Haiek, Olga (1970). Preseminario II. Letras. Programa. UNR.
Haiek, Olga (1977). Metodología de la investigación literaria. Programa. UNR.
Haiek, Olga (1979). Metodología de la investigación literaria. Programa. UNR.
Heilbron, Johan; Thibaud Boncourt, Gisèle Sapiro y Gustavo Sorá (2014). *Handbook of*

Indicators of the Internationalization of the Social and Human Sciences. Circulación interna proyecto INTERCO SSH.
Jitrik, Noé (1973a). Literatura Iberoamericana. Programa. UBA. (reconstruido parcialmente en base a las clases dictadas).
Jitrik, Noé (1973b). Literatura Iberoamericana. Clase 1, 4 de setiembre. UBA.
Jitrik, Noé (1973c). Literatura Iberoamericana. Clase 4, 15 de setiembre. UBA.
Jitrik, Noé (1973d). Literatura Iberoamericana. Clase 7, 18 de setiembre. UBA.
Jitrik, Noé (1973e). Literatura Iberoamericana. Clase 8, 22 de setiembre. UBA.
Jitrik, Noé (1974a). Literatura y cultura latinoamericanas. Programa primer cuatrimestre. UBA.
Jitrik, Noé (1974b). Literatura y cultura latinoamericanas. Primer cuatrimestre Clase 1, 4 de mayo. UBA.
Jitrik, Noé (1974c). Literatura y cultura latinoamericanas. Segundo cuatrimestre. Clase 1, 10 de setiembre. UBA.
Jitrik, Noé (1974d). Literatura y cultura latinoamericanas. Primer cuatrimestre. Clase 4, 21 de mayo. UBA.
Jitrik, Noé y Josefina Ludmer (1974). Literatura y cultura latinoamericanas. Programa segundo cuatrimestre. UBA.
Juárez, Rossana *et al.* (2020). Informe final de autoevaluación de la carrera de letras. Salta, UNSa.
Laboranti, María Inés (1997). Cuestiones de estética y arte. Seminario de posgrado. Clase. UNL (reemplazo de Eleonora Traficante, profesora a cargo del Seminario junto a Susana Romano Sued). UNL.
Leona, Pablo (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Libertella, Héctor (1984). La crítica literaria en Hispanoamérica. Seminario. Programa, UBA.
Link, Daniel y Delfina Muschietti (1990). Literatura del Siglo XX (Literatura y Percepción). Programa, UBA.
Link, Daniel (1992). Literatura del Siglo XX (Literatura y Estado). Programa, UBA.
Link, Daniel (2021) Literatura del Siglo XX (Archivo y diagrama de lo viviente). Programa, UBA. http://letras.filo.uba.ar/sites/letras.filo.uba.ar/files/documentos/0567%20LITERATURA%20DEL%20SIGLO%20XX%20LINK.pdf
Litwin, Edith (1996). Corrientes Contemporáneas de la Didáctica. Seminario Maestría en Didácticas Específicas. Programa. UNL.
Litwin, Edith (1997a). Taller de Investigación (parte I). Seminario Maestría en Didácticas Específicas. Programa. UNL.
Litwin, Edith (1997b). Taller de Investigación (parte II). Seminario Maestría en Didácticas Específicas. Programa. UNL.
Litwin, Edith (1997c). Taller de Investigación (parte III). Seminario Maestría en Didácticas Específicas. Programa. UNL.
López Badano, Cecilia (2014). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Lossio, Oscar (2023). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Ludmer, Josefina (1973a). Literatura Iberoamericana. Clase 9, 24 de setiembre. UBA.
Ludmer, Josefina (1973b). Literatura Iberoamericana. Clase 15, 8 de octubre. UBA.
Ludmer, Josefina (1973c). Literatura Iberoamericana. Clase 19, 15 de octubre. UBA.
Ludmer, Josefina (1973d). Literatura Iberoamericana. Clase 23, 22 de octubre. UBA.
Ludmer, Josefina (1973e). Literatura Iberoamericana. Clase 27, 29 de octubre. UBA.

Ludmer, Josefina (1973f). Literatura Iberoamericana. Clase 32, 6 de noviembre. UBA.
Ludmer, Josefina (1973g). Literatura Iberoamericana. Clase 33, 10 de noviembre. UBA.
Ludmer, Josefina (1973h). Literatura Iberoamericana. Clase 37, 19 de noviembre. UBA.
Ludmer, Josefina (1973i). Literatura Iberoamericana. Clase 43, 3 de diciembre. UBA.
Ludmer, Josefina (1974a). Literatura y cultura latinoamericanas. Primer cuatrimestre. Clase 5, 1 de junio. UBA.
Ludmer, Josefina (1974b). Literatura y cultura latinoamericanas. Primer cuatrimestre. Clase 15, 6 de julio. UBA.
Ludmer, Josefina (1974c). Literatura y cultura latinoamericanas. Primer cuatrimestre. Clase 6, 8 de julio. UBA.
Ludmer, Josefina (2011). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Maldonado, Marcos (2021a). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Manzoni, Celina (1978a). La literatura de América Latina en el siglo XX. Evolución y perspectivas. Programa. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1978b). Lecturas y bibliografía obligatorias correspondientes a Trabajos Prácticos. Literatura latinoamericana I. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1980). Lecturas y bibliografía obligatorias correspondientes a Trabajos Prácticos. Literatura latinoamericana II. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1983). La prosa modernista. Seminario de Posgrado. Programa. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1986). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1987). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1988). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1989). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1990). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1991). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Manzoni, Celina (1992). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
McGee Deutsch, Sandra (2013). Clase abierta. Teoría literaria I, 6 de noviembre. FHUC–UNL.
Merbilhaá, Margarita (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Meynet, Carina (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Mignolo, Walter (1985). Algunos problemas de teoría literaria. Seminario. Clase 3, 27 de agosto. UBA.
Milano, Laura (1985). La novela argentina de la década del 60. Seminario. Programa. UNR.
Mitelman, Mariana (2021). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Monges, Hebe (1987). Literatura argentina II. Programa. UNS.
Montaldo, Graciela (2010). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Mozejko, Danuta Teresa (1985). Seminario de Trabajo Final. Programa. UNC.
Mozejko, Danuta Teresa (1986). Seminario de Trabajo Final. Programa. UNC.
Mozejko, Danuta Teresa (1987a). Semiótica literaria I. Programa. UNC.
Mozejko, Danuta Teresa (1987b). Seminario de Trabajo Final. Programa. UNC.
Mozejko, Danuta Teresa (1988). Semiótica literaria II. Programa. UNC.
Mozejko, Danuta Teresa (1990a). Semiótica literaria I. Programa. UNC.
Mozejko, Danuta Teresa (1990b). Semiótica literaria I. Programa. UNC.
Muschietti, Delfina (1990). Literatura del Siglo XX (Literatura y Estado). Programa, UBA.

Musitano, Adriana (1990). Introducción a la literatura. Programa. UNC.
Musitano, Adriana (1991). Introducción a la literatura. Programa. UNC.
Muslip, Eduardo (2020). (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Nofal, Rossana (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Nofal, Rossana (2021). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Ortiz, Florencia *et al.* (2011). Representaciones institucionales sobre qué significa ser docente. Córdoba, UNC. Informe ANFHE.
Palermo, Zulma (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Padeletti, Hugo (1963). Preseminario I «Naturaleza y función de la obra literaria». Programa. UNR.
Panesi, Jorge (1985). Algunos problemas de Teoría Literaria. Seminario. Clase 18, 22 de octubre. UBA.
Panesi, Jorge (1990). Teoría y análisis literario («C»). Programa. UBA.
Panesi, Jorge (1995). Deconstrucción, literatura, filosofía. Seminario de grado. Programa. UBA.
Panesi, Jorge (2002). Poética y Retórica. Seminario de Postgrado. Programa. UNL.
Panesi, Jorge (2006b). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Pauls, Alan (1985). Algunos problemas de Teoría Literaria. Seminario. Clase 23. 6 de noviembre. UBA.
Passafari, Clara (1968). Preseminario de letras. Programa. UNR.
Passafari, Clara (1969). Literatura Latinoamericana I. Programa. UNR.
Patiño, Roxana (1993). Sociología de la obra literaria. Programa. UNC.
Patiño, Roxana (2022a). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Patiño, Roxana (2022b). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Perilli, Carmen (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Pezzoni, Enrique (1984a). Introducción a la literatura «C». Programa. UBA
Pezzoni, Enrique (1984b). Introducción a la literatura «C». Clase 43, 15 de octubre. UBA.
Pezzoni, Enrique (1984c). Introducción a la literatura «C». Clase 51, 5 de noviembre. UBA.
Pezzoni, Enrique (1985). Introducción a la literatura «C». Programa. UBA.
Podlubne, Judith (2005). La discusión literaria en *Sur* (1931–1945): Mallea, Borges, Bianco. Seminario. Programa. UNR.
Porrúa, Ana (2003). Modos de armar una colección. El Museo del Puerto de Ingeniero White. /Cajitas hipermediales. *Bazar americano*. Capturas de pantalla cedidas por Beatriz Sarlo.
Premat, Julio (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Prieto, Adolfo (1959). Literatura argentina. Programa. UNL.
Prieto, Adolfo (1960). Literatura argentina. Programa. UNL.
Prieto, Adolfo (1961). Literatura argentina. Programa. UNL.
Prieto, Adolfo (1962). Literatura argentina. Programa. UNL.
Prieto, Adolfo (1963). Literatura argentina. Programa. UNL.
Prieto, Adolfo (1965). Literatura argentina. Programa. UNL.
Prieto, Adolfo (1966). Literatura argentina. Programa. UNL.
Prieto, Adolfo (2006). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Puiggrós, Adriana (2021). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Prieto, Martín (1994). Una historia de la poesía argentina. Seminario de Literatura argentina. Programa. UNR.

Prieto, Martín (2008). Poesía y peronismo. Seminario de posgrado. UNL.
Prieto, Martín (2021b). La institucionalización y la internacionalización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos (Argentina, Brasil, España). Seminario de doctorado. Clase 11. UNL.
Retamoso, Roberto (2007). Análisis y crítica I. Programa. UNR.
Retamoso, Roberto (2008). Análisis y crítica I. Programa. UNR.
Retamoso, Roberto (2009). Análisis y crítica I. Programa. UNR.
Rinaldi de Pinelle, Nilda (1987). Teoría literaria. Programa. UNC.
Rinaldi de Pinelle, Nilda (1988). Teoría literaria. Programa. UNC.
Rinaldi de Pinelle, Nilda (1990). Teoría literaria. Programa. UNC.
Rivero, María Cristina (1993). Literatura Americana. Programa. UNL.
Rodríguez Temperley, María Mercedes (2022). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Roffo, Analía (1984). Análisis y crítica II. Programa. UNR.
Rolle, Carolina (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Rolle, Carolina (2022b). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Romano Sued, Susana (1990). Estética y crítica literaria moderna. Programa. UNC.
Romano Sued, Susana (2009). Presentación de *Procedimiento. Memoria de La Perla y La Ribera*, Santa Fe, Librería Palabras andantes.
Rosa, Nicolás (1986). Análisis y Crítica II. Programa. UNR.
Rosa, Nicolás (1986). Análisis y Crítica II. Programa. UNR.
Rosa, Nicolás (1991). Análisis y Crítica II. Programa. UNR.
Rosa, Nicolás (1994). Análisis y Crítica II. Programa. UNR.
Rosa, Nicolás (2003). Análisis y Crítica II. Programa. UNR.
Rosa, Nicolás (2006). Posdoctorado en Literatura / Semiótica / Análisis del Discurso. Clases. CEA–UNC.
Rubione, Alfredo (1985). Análisis y crítica II. Programa. UNR.
Ruffinelli, Jorge (1973). Literatura y cultura latinoamericana. Primer cuatrimestre. Clase 3, 10 de setiembre. UBA.
Sancholuz, Carolina (2020). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Sancholuz, Carolina (2021). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
San Emeterio, Dina (1997a). Metodología y análisis del texto literario. Programa. UNL.
San Emeterio, Dina (1997b). Metodología y análisis del texto literario. Programa sintético con Bibliografía recomendada para alumnos regulares. UNL.
Sapiro, Gisèle (2020d). Seminario *Sociologie du désintéressement*. Clase 2, 19 de noviembre. París: EHESS.
Sarlo, Beatriz (1987). Literatura argentina II. Programa. UBA.
Sarlo, Beatriz (1988b). Literatura argentina II. Programa. UBA.
Sarlo, Beatriz (1994). Literatura argentina II. Programa. UBA.
Sarlo, Beatriz (1997b). Literatura argentina II. Programa. UBA.
Sarlo, Beatriz (1998a). Literatura argentina II. Programa. UBA.
Sarlo, Beatriz (2009). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Sarlo, Beatriz (2015). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Sarlo, Beatriz (2016b). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Sarlo, Beatriz (2019). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.

Scramim, Susana (2021). La institucionalización y la internacionalización de los estudios literarios, lingüísticos y semióticos (Argentina, Brasil, España). Seminario de doctorado. Clase 5. UNL.
Sebilla, Carlos y Josefina Ludmer (1974). Literatura y cultura latinoamericanas. Primer cuatrimestre Clase 7, 11 de junio. UBA.
Schvartzman, Julio (1993a). Literatura argentina I. Clase 18, 28 de octubre, UBA.
Schvartzman, Julio (1993b). Literatura argentina I. Clase 20, 4 de noviembre, UBA.
Schvartzman, Julio (1993c). Literatura argentina I. Clase 22, 11 de noviembre, UBA.
Schvartzman, Julio (1993d). Literatura argentina I. Clase 24, 18 de noviembre, UBA.
Schvartzman, Julio (2020). Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Schuvab, Virginia (2021) Entrevista por Analía Gerbaudo, inédita.
Serra, Edelweis (1970). Crítica estilística. Programa. UNR.
Serra, Edelweis (1982). Crítica estilística. Programa. UNR.
Siganevich (2015). El lector infiel, apuntes sobre textos y clases de Nicolás Rosa, inédito.
Sinnot, Eduardo (1974). Literatura y cultura latinoamericanas. Primer cuatrimestre. Clase 11, 25 de junio. UBA.
Sosa López, Emilio (1983a). Estética y crítica moderna. Programa. UNC.
Sosa López, Emilio (1983b). Introducción a la literatura. Programa. UNC.
Sosa López, Emilio (1984). Estética y crítica moderna. Programa. UNC.
Sosa López, Emilio (1985a). Estética y crítica moderna. Programa. UNC.
Sosa López, Emilio (1985b). Introducción a la literatura. Programa. UNC.
Spada, Fernanda (2014). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Stern, Mirta (1985). Análisis y crítica literaria I. Programa. UNR.
Surghi, Carlos (2017). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Surghi, Carlos (2021). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Surghi, Carlos (2022). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Thiesse, Anne–Marie (2020). Clase. Seminario *Sociologie du désintéressement*. París: EHESS, 19/11/2020.
Torres Roggero, Jorge (1986). Historia de la literatura argentina I. Programa. UNC.
Ulla, Noemí (1985). Literatura argentina II. Programa. UNR.
Ulla, Noemí (2007). Consulta por Analía Gerbaudo, inédita.
Verdugo, Iber (1987). Metodología del estudio literario I. Programa. UNC.
Verdugo, Iber (1988). Análisis de estrategias del discurso. Seminario. Programa. UNC.
Vigna, Diego y Lucía Céspedes (Eds.) (2022) *Archivería contemporánea. Revisiones, conjeturas, resistencias*. CIECS.
Viñas, David (1964). Literatura argentina. Programa. UNL.
Viñas, David (1986a). Literatura argentina I. Clase 1, 31 de marzo. UBA.
Viñas, David (1986b). Literatura argentina I. Clase 5, 14 de abril. UBA.
Viñas, David (1986c). Literatura argentina I. Clase 11, 5 de mayo. UBA.
Viñas, David (1986d). Literatura argentina I. Clase 15, 19 de mayo. UBA.
Viñas, David y Nicolás Rosa (1995). Problemas de literatura argentina. Clase 21, 24 de octubre de 1995.
Zanetti, Susana (1979). Literatura latinoamericana I. Programa. Universidad de Morón.
Zanetti, Susana (1980a). Literatura latinoamericana I. Programa. Universidad de Morón.

Zanetti, Susana (1980b). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Zanetti, Susana (1982a). Literatura latinoamericana I. Programa. Universidad de Morón.
Zanetti, Susana (1982b). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Zanetti, Susana (1985). José María Arguedas en el marco de la narrativa indigenista. Seminario para graduados. Programa.UBA.
Zanetti, Susana y Celina Manzoni (1983). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Zanetti, Susana y Celina Manzoni (1984). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Zanetti, Susana y Celina Manzoni (1985a). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.
Zanetti, Susana y Celina Manzoni (1985b). La novela hispanoamericana más allá del boom. Algunas consideraciones sobre la novela hispanoamericana contemporánea. Seminario para graduados y estudiantes. Programa, UBA.
Zanetti, Susana y Celina Manzoni (1986). Literatura latinoamericana II. Programa. Universidad de Morón.

Lista de siglas

AAA	Alianza Anticomunista Argentina
AAH	Asociación Argentina de Hispanistas
ABRALIC	Asociación Brasileña de Literatura Comparada
Aglo	Anuario de Glotopolítica
AhiRa	Archivo histórico de revistas argentinas
AIH	Asociación Internacional de Hispanistas
ALIJA	Asociación de Literatura Infantil y Juvenil Argentina
ANFHE	Asociación Nacional de Facultades de Humanidades y Educación
ANPCyT	Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica
AR	Programa de Asignación de Recursos
AUGM	Asociación de Universidades del Grupo Montevideo
AVLA	Archivos Virtuales Latinoamericanos
CAI+D	Curso de Acción para la Investigación y el Desarrollo
CAELE	Congreso Argentino del Libro y de la Edición
CBC	Ciclo Básico Común
CAELE	Congreso Argentino del Libro y de la Edición
CEA	Centro de Estudios Avanzados
CEAL	Centro Editor de América Latina
CEC	Centro de Estudios Comparados
CEDES	Centro de Estudios de Estado y Sociedad
CEDINTEL	Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
CEFIL	Centro de Estudios de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre
CECIC	Centro de Estudios de Crítica Interdisciplinaria Córdoba

CEDINCI	Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas
CEDINTEL	Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
CELEHIS	Centro de Letras Hispanoamericanas
CELS	Centro de Estudios Legales y Sociales
CETyCLI	Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria
CGT	Confederación General del Trabajo
CILHA	Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana
CIN	Consejo Interuniversitario Nacional
CNR	Consiglio Nazionale délie Ricerche
CNRS	Centre National de la Recherche Scientifique
CONADEP	Comisión Nacional sobre la desaparición de personas
CONADU	Confederación Nacional de Docentes Universitarios
CONEAU	Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria
CONICET	Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
CONICOR	Consejo de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Provincia de Córdoba
CRLA–Archivos	Centre de Recherches Latino–Américaines–Archivos
EDUVIM	Editorial Universitaria de Villa María
EHESS	École des Hautes Études en Sciences Sociales
ESI	Programa Nacional de Educación Sexual Integral
EUDEBA	Editorial Universitaria de Buenos Aires
FaFoDoc	Facultad de Formación Docente en Ciencias
FHUC	Facultad de Humanidades y Ciencias
FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FOMEC	Fondo de Mejoramiento de la Calidad Universitaria
GEL	Grupo de Estudios Literarios
GEISE	Grupo de Estudio de Interaccionismo Sociodiscursivo en Educación
GLICIART	Grupo de Investigación Literatura, cine y otros lenguajes artísticos
HIJOS	Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio
IDES	Instituto de Desarrollo Económico y Social
IECH	Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
IHuCSo	Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral
IIBICRIT	Instituto de Investigaciones Bibliográficas y Crítica Textual
IIELA	Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos
IILI	Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana
INDEAL	Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina

INTERCO SSH	International Cooperation in the Social Sciences and Humanities
ITEM	Institut des Textes et Manuscrits Modernes
LASA	Latin American Studies Association
LIRICO	Red Interuniversitaria de Estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia
NACLA	The North American Congress on Latin America
NELIC	Núcleo de Estudos Literários e Culturais
NYU	New York University
OEA	Organización de los Estados Americanos
PICT	Proyectos de Investigación Científica y Tecnológica
PIESCI	Programa de Internacionalización de la Educación Superior y Cooperación Internacional
PIP	Proyectos de Investigación Plurianuales
PPUA	Programa de Promoción de la Universidad Argentina
PRODELL	Programa de Formación Docente en Lengua y Literatura
PROINCE	Programa de Incentivos a Docentes Investigadores
PUF	Presses Universitaires de France
RAE	Real Academia Española
RAICES	Red de Investigadores y Científicos en el exterior
SECYT	Secretaría de Ciencia y Tecnología
SECRIT	Seminario de Edición y Crítica Textual
UAB	Universidad Autónoma de Barcelona
UBA	Universidad de Buenos Aires
UBACyT	Secretaría de Ciencia y Técnica
UFSC	Universidade Federal de Santa Catarina
UNaM	Universidad Nacional de Misiones
UNAM	Universidad Autónoma de México
UNC	Universidad Nacional de Córdoba
UNCu	Universidad Nacional de Cuyo
UNCOM	Universidad Nacional del Comahue
UNICAMP	Universidad Estatal de Campinas
UNGS	Universidad Nacional de General Sarmiento
UNHur	Universidad Nacional de Hurlingham
UNL	Universidad Nacional del Litoral
UNLP	Universidad Nacional de La Plata
UNLPam	Universidad Nacional de La Pampa
UNLZ	Universidad Nacional de Lomas de Zamora
UNMdP	Universidad Nacional de Mar del Plata
UNNE	Universidad Nacional del Nordeste

UNPA	Universidad Nacional de la Patagonia Austral
UNPSJB	Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco
UNR	Universidad Nacional de Rosario
UNRC	Universidad Nacional de Río Cuarto
UNRN	Universidad Nacional de Río Negro
UNS	Universidad Nacional del Sur
UNSAM	Universidad Nacional de San Martín
UNSE	Universidad Nacional de Santiago del Estero
UNSL	Universidad Nacional de San Luis
UNSa	Universidad Nacional de Salta
UNT	Universidad Nacional de Tucumán
UNTREF	Universidad Nacional de Tres de Febrero
UVT	Unidades de Vinculación Tecnológica
SECRIT	Seminario de Edición y Crítica Textual
SIDE	Secretaría de Inteligencia del Estado
SIU	Sistema de Información Universitaria
SPU	Secretaría de Políticas Universitarias
Trans.arch	Archives in transition. Collective memories and subaltern uses

Lista de documentos, tablas, figuras, gráficos y cuadros

Documento 1 Tipo de certificación otorgada por el CEFIL / 87

Documento 2 Folleto de difusión del curso Origen y evolución del teatro (CEFIL) / 88

Documento 3 Certificado que permite reponer la fecha y el tema de un curso dictado en el CEFIL por Ángel Rama / 89

Documento 4 Copia del programa del curso dictado por Arturo Firpo, Ana Gargatagli, Nicolás Rosa, Gladys Onega y Graciela D'Angelo en el CEFIL / 94

Documento 5 Certificado de aprobación de Seminario por Ana Gargatagli en el CEFIL / 95

Documento 6 Transcripción de carta de José Panettieri a Juan Octavio Prenz / 653

Documento 7 Transcripción de carta de Juan Octavio Prenz a José Panettieri / 653

Tabla 1 Número de doctorxs del Departamento de letras de la UNL antes y durante el último ciclo de expansión de la ciencia y la educación / 219

Tabla 2 Número de doctorandxs del Departamento de letras de la UNL antes y durante el último ciclo de expansión de la ciencia y la educación / 220

Tabla 3 Extraducciones publicadas en editoriales asociadas a la circulación internacional (1958–2015) / 588

Tabla 4 Publicaciones (n = 130) en editoriales asociadas a la circulación internacional (1958–2015) / 588

Figura 1 Volantes de mano usados para promocionar el Ciclo V.O. en Mar del Plata / 306–307
Figura 2 Apunte de clase de Teoría y crítica literaria II (UNMdP), 1990 / 313

Gráfico 1 Intraducción: lenguas / 539
Gráfico 2 Intraducción: circulación / 553
Gráfico 3 Intraducción: circulación de intraducciones no publicadas / 553
Gráfico 4 Intraducción: formatos de circulación de intraducciones publicadas / 555
Gráfico 5 Intraducción: fondos de las editoriales que publicaron textos intraducidos / 557
Gráfico 6 Publicaciones en el extranjero: lenguas / 580
Gráfico 7 Publicaciones en el extranjero: países / 580
Gráfico 8 Extraducciones: lenguas / 582
Gráfico 9 Movilidad: países / 584
Gráfico 10 Movilidad: financiamiento / 584
Gráfico 11 Cooperación: países / 585
Gráfico 12 Cooperación: financiamiento / 585

Cuadro 1 Textos de autorxs argentinxs más valorados por lxs agentes / 565
Cuadro 2 Textos de autorxs extranjerxs más valorados por lxs agentes / 566–567
Cuadro 3 Autorxs argentinxs más valorados por lxs agentes / 567
Cuadro 4 Autorxs extranjerxs más valorados por lxs agentes / 568
Cuadro 5 Libros de Paul Preciado (selección) / 593
Cuadro 6 Libros de Ernesto Laclau (selección) / 594–595
Cuadro 7 Libros de Walter Mignolo (selección) / 597

Epílogo
«¿Qué se ve según la toma de posición desde la que se fabrique el objeto?»

Raúl Antelo

> Evitar tanto la cronología como el inventario y, a la vez, abstraer constantes y variaciones mientras se exponía la evidencia empírica que sostenía las tendencias detectadas.
>
> ANALÍA GERBAUDO

Mujer–filósofa y logología

Al concluir «El au–sentido, o Lacan de la A a la D», ensayo hoy redefinido como «*L'étourdit*: une performance sophistique», Barbara Cassin admite que, dado que estamos entre gente de buen tono (todos hemos leído a Lacan), habrá de entenderse que una mujer puede ser filósofa y que un hombre puede ser una mujer–filósofa. Resta saber ahora si filósofos y antifilósofos, o filósofos y logólogos, comprenderán de la misma manera que, en la mujer, la palabra «verdad» provoca un estremecimiento particular, y además, nos dice Cassin, apoyándose en el seminario *Aún* de Lacan, ella puede beneficiarse mucho más que el hombre de una cultura de los discursos (Cassin, 2011:91). En otras palabras, ¿lo performativo es un juego? En el prefacio que escribió recientemente, para el acápite en que reúne una nueva versión de ese ensayo, titulado «La tercera dimensión del lenguaje. La performance sofística y sus efectos», Cassin responde afirmativamente, lo cual supone una contestación de las previas hipótesis de Pierre Bourdieu. Buscar el poder de las palabras en

las palabras, decía el sociólogo, equivale a buscarlo donde no está porque en realidad se trata de autoridad y de relaciones de poder. No hay poder de las palabras sin poder del autor de las palabras, incluida la relación que se mantiene con quien nos oye. Cassin, en cambio, cree que no hay poder de quien habla sin el poder de las palabras, un poder que no es de la fuerza ni de la persuasión, sino que es un poder estético–político. La verdad, por lo tanto, se transforma e impone una revisión de valores e, incluso, una redefinición de la noción misma de valor (Cassin, 2022:320).

Alegorías

Analizando fantasías distópicas en la ficción británica de los años 40, otra mujer–filósofa, la profesora Marina Mackay, del St Peter's College de Oxford, ha argumentado que la institucionalización de la emergencia y la expectativa de su continuidad, en un gobierno de posguerra, condujo a un poderoso anti–estatismo, indistinguible del anticomunismo que de hecho se verificó a continuación del conflicto e incluso del posterior neoliberalismo thatcheriano. Uno de los escritores que cultivó esas utopías sincréticas, expresadas en provincianismo transnacional, fue Reginald Ernest (Rex) Warner (1905–1986), colega de W.H. Auden, Cecil Day–Lewis y Stephen Spender, quien, en 1947, exponía en la revista *Sur* su método alegórico, sustentando que el espíritu de las mayorías parece alejarse, con una mueca de disgusto, de la idea de alegoría. Sin embargo, gran parte de su lenguaje y acción, casi todas sus bromas y mucho de sus pasatiempos, placeres y pensamientos son de hecho alegóricos. Hablando con rigor, la alegoría es «otro hablar», la descripción de una cosa con el pretexto de describir otra, lo cual supone reconocer que nuestro lenguaje y nuestro pensamiento se han desarrollado alegóricamente, de tal suerte que el «otro hablar» se ha convertido para nosotros en una atmósfera. Forma–de–vida. Sin embargo, la alegoría y el método alegórico eran vistos, ya por entonces, con cierta desconfianza por los críticos que Warner llama *realistas*, aunque estos fuesen, a su juicio, cada vez más residuales. El ataque al método alegórico era fruto del mero filisteísmo pseudocientífico, la extravagante creencia en un universo mecánico, compuesto de partes discretas, todas las cuales pueden ser catalogadas, analizadas, reagrupadas y entendidas. En una época se juzgó esa actitud científica, y la descripción exacta de algunos de los más fáciles y patentes aspectos de la vida se tuvo como la tarea central del escritor, en la evolución gradual del nuevo mundo de higiene e ilustración. Pero la vastedad y el misterio de la vida se perdieron de vista, y cuanto menos se veían, tanto más *realista* se era.

Por lo tanto, Warner consideraba que cada vez más se iba haciendo claro que, si la pura fantasía sin relación con la realidad era peligrosa, la pura observación no dirigida por la imaginación o el motivo moral apenas si conservaba algún sentido. La alegoría es el arte de arrojar una luz fuerte sobre aspectos del mundo que habitualmente se desatienden, o de colocar lo que es familiar en una atmósfera que revelará algo inesperado y desconocido en los sitios más inverosímiles. Remonta, de hecho, a la antigüedad. Encontramos en Platón, nos dice Warner, dos de los usos más comunes de la alegoría: en primer lugar, como en su descripción del auriga, dar vigor y vivacidad a una creencia definida; en segundo lugar, tratar en forma fantástica de arrojar alguna luz sobre lo que sobrepasa el alcance ordinario de las palabras. Y en su pasaje sobre el hombre como pez que vive bajo el mar, imposibilitado de ver el mundo encima de su cabeza, Platón emplea un método muy eficazmente usado después por Swift: el método de imaginar relaciones normales en un medio enteramente anormal. Por todo ello, discutiendo los tenores de verdad en poesía y prosa, Warner afirma que la alegoría no es ni enteramente racional ni convencional. El alegorista, al escribir en prosa, se interesa por ambas verdades, la prosaica y la figurada, pero particularmente por lo que llamamos la verdad de la poesía. Porque, más allá de los enunciados y de los juicios, aspira a la extensión del entendimiento (Warner, 1947:151–165).

Un cuento

> Un cuento sobre pasiones, obsesiones, pérdidas, renuncias, dolores, frustraciones, desencantos y búsquedas; sobre lo que se pone en juego mientras se ejerce una profesión con–fundida, en ocasiones, con una forma de vida.
>
> ANALÍA GERBAUDO

En su segunda novela, *The Professor* (1938), Rex Warner nos presenta las atribulaciones de un docente, liberal, firme creyente en las virtudes del mundo occidental, que, en país distante, quizás centro–europeo o báltico, siente pavoroso disgusto por el régimen autoritario que gobierna la nación. «He had been affected at first and inmediately merely by the destruction of valuable objects. Now he had a feeling of nausea in his stomach; for he was oppressed stillmore by the sight of the general degradation of spirit that made such a destruction possible. "I have inherited a civilizarion, he thought to himself, but have failed to hand it to posterity"». Como el gobierno está muy cuestionado, le

ofrece al reputado humanista el *Chancellorship*, una suerte de Liderazgo civil. Detenido sin embargo por sus convicciones disidentes, el Profesor recibe, en su misma celda, la visita de su verdugo, el Coronel Grimm. «He thought of his Economic plan, measures in defence of freedom which he had designed to be a model to the world», y que a él le provocan solo asco y escarnio. No comulga con la violencia del régimen, aunque admite la cínica discriminación. «The violence then would have been rational; it would have been necessary; it would have had an aim. But you are not aiming at more life. You are killing the spirit». El final nos es extremamente familiar. Un guardia lo acompaña hasta la salida de la prisión. «"You can see the University to your right", he said, and the Professor, following the direction of his arm, could distinguish rather below him (for the prison stood upon a hill) the lights of the big quadrangle which he knew». Ve en el cielo la constelación de la Osa Mayor, duda en fin de estar libre. «Then he stepped through the gate and looked at the lamps below him, to his right and left, uncertain which way to go. He began to walk straight forward, slowly, and still limping, down the hill. Perhaps his mind had already begun to turn with some hope to his son and to his few friends, for he did not see that behind his back the guards had drawn their revolvers, nor had he proceeded for more than a few steps when he pitched forward on his face, the noise of a volley ringing in his ears, shot, as on the following day the newspaper reports declared, "while attempting to escape"» (Warner, 1938). Trelew, 1972. The end.

«La importancia de la lucha dentro de los campos y entre los campos en la definición de las agendas de las disciplinas»

Pero estábamos desmenuzando el método alegórico en 1947, los años de *Mímesis* (1946) de Auerbach.[1] Ese mismo año nos traía «La Torre», ensayo de Otto Maria Carpeaux, publicado por Francisco Ayala en su revista *Realidad*, cabal ejemplo de una lectura alegórica, hecha a partir del aprovechamiento de Calderón por Hugo von Hofmannsthal, ilustrando la alianza de duelo, literatura y despolitización de la guerra, para retomar la expresión de Javier Krauel (2022). Es de ese año también el excurso sobre Sade de Adorno y Horkheimer en la *Dialéctica del iluminismo*. Provenía de los surrealistas esa

1. La traducción del Fondo de Cultura Económica es de 1950, anterior por tanto a la de Princeton (1953), la de Einaudi (1956) y la de Gallimard (1968). En 1947, Fernand Baldensberger reseña *Mimesis* para la *Revue de littérature comparée*.

atracción por el marqués. Luis Buñuel la plasma en la escena final de *La edad de oro* (1930); Georges Bataille, tras constatar que «Dali hurle avec Sade», rescata, en 1932, «Le valeur d'usage de D.A.F. de Sade»; Pierre Klossowski la potencia con *Sade, mon prochain* (1947), que es simultáneo al ensayo de Bataille «Le secret de Sade» (1947), luego reunido en *La literatura y el mal*, y asimismo de los primeros ensayos de Maurice Blanchot sobre la cuestión («Quelques remarques sur Sade» en *Critique*, de 1946 y «A la rencontre de Sade», en *Les Temps modernes*, de 1947), esto sin contar la iconografía; *Pour Sade I* (1946), de Hans Bellmer; *La filosofía en la alcoba* (1947), de Magritte; o los grabados para *Juliette* de Leonor Fini (1944–1945). Pero leíamos también, en 1947, un ensayo de Alex Comfort, un joven anarquista–individualista británico, próximo a las ideas de Herbert Read, ensayo ese anticipado por la revista de George Woodcock *Now*, (febrero–marzo 1947) y que luego integraría su libro *The Novel and Our Time* (1948), cuyo comienzo abordaba frontalmente, el problema:

> El incremento de las imágenes sádicas y de violencia en la literatura moderna es una tendencia que no puede haber dejado de notar nadie que lea mucho, si no es que el aparato entero del arte de escribir se ha visto hasta tal punto invadido por toda suerte de matonismos que han perdido algo de su sutileza los influjos sociales que actúan tras él. El público lector en una era de violencia excepcional se ha aclimatado a los libros violentos, pero sadismo y violencia no significan la misma cosa, y yo me refiero a la segunda. Cuando Bloch, hace unos veinte años, caracterizó la asociación entre brutalidad y sexo como un fenómeno típicamente inglés, manifestaba sin duda un prejuicio, pero hay en el cargo la bastante verdad como para interesar al estudioso de la literatura.

A continuación, Comfort explicitaba su perspectiva. La violencia *per se*, política, social y personal, no es tanto un fenómeno sexual como social, característico de las comunidades de una gran ciudad, con su poder centralizado, su militarismo, su proletariado y su irresponsabilidad y frustración cívicas. Pero lo que ya en ese momento se percibía era mucho menos la aparición y aceptación de la violencia que el culto de la crueldad:

> El sadismo no es, primariamente, un fenómeno social, sino la exageración de un componente normal de la conducta sexual instintiva, y como muchas otras conductas instintivas tiene tres caracteres capitales: 1, está potencialmente presente en casi todos los individuos; 2, se adquiere con extrema facilidad por la pública sanción; 3, suscita una reacción en el plano de la conciencia que lo hace

> más formidable como fuerza inconsciente que como fuente de una conducta abiertamente brutal. Difiere de la mayoría de las otras fuentes anormales del placer en que es muchísimo más destructiva desde el punto de vista social, tanto si es consciente, como lo fue en Dachau, como si es inconsciente como lo era en la «public school» victoriana, o lo es, a despecho de los ideales reformistas, en el moderno sistema penitenciario; y resulta fácilmente contagiosa mediante la práctica, el ejemplo público y la aceptación literaria...

Todo esto se traducía, para Comfort, en lo que él llamaba «literatura de pacotilla», que ya era por ese entonces la sección más importante del «inconsciente público» (el concepto es suyo). Con el típico elitismo individualista de aquellos años, Confort creía que, si las obras pertenecientes a las «bellas letras» se parecen a la purga de las emociones por el análisis inteligente, la novela de pacotilla y la revista popular no están muy lejos en su función, de la inscripción mural en los retretes públicos, pero tienen la gran desventaja de que propagan ideales, y si estos ideales comprenden la glorificación de la matonería, la matonería se convertirá en una parte del ideal colectivo, pudiendo casi ser transferida, con ayuda de los acontecimientos violentos y la guerra, desde lo vituperado a lo admirado, y así convertirse la falta de crueldad en una fuente de vergüenza. Comfort concluye su ensayo, por lo tanto, defendiendo un programa anarquista, argumentando que, si la brutalidad es en parte una revuelta contra las condiciones sociales, el crecimiento de las ideas anarquistas, al menos en cuanto rechazan la guerra, condenan la retribución penal, abjuran de la violencia que infringe los derechos individuales de otros pueblos y las técnicas del poder o del régimen policial, todo ello representa la reafirmación de normas humanas más responsables, frente a la conducta automática y subinteligente del matón (Comfort, 1947:14–26.

Ahora bien, todo ese panorama que emerge en Europa con los campos de concentración y el fin de la guerra es nuestro 1955. La Argentina volvía a soñar con un lugar en la Commonwealth. En la Universidad que surge de esa reacomodación eran frecuentes los profesores al estilo del de Rex Warner. En ese sentido, la retroactividad del recurso alegórico nos suministra la condición de posibilidad para que una determinada tradición opere; aunque necesite asimismo de ciertos puntos de anclaje vinculados a las huellas de la memoria. El modelo capitalista que se asienta en el período estudiado por Gerbaudo borra la distancia entre los compulsivos lenguajes de la pulsión de muerte y la insistencia en la causa del deseo. Para salvar al deseo de esa compulsión a la repetición, es decir, para actuar contra ese modelo del humanista reformista que cede ante el Poder, se van recortando los más jóvenes, como Noé Jitrik, el

colaborador de *Contorno*, que hace su primer viaje a Europa en 1953, cuando se depara con un compromiso que salva lo esencial, *La part du feu* de Maurice Blanchot, a quien reputa un «Hegel redivivo y posfenomenológico que, contrariamente a lo que se conoce como "crítica", no daba vueltas en torno a los textos sino que entraba en ellos». Luego Ana María Barrenechea incluiría a Blanchot en un curso en los 60 o, a partir de Nicolás Rosa (los artículos en *Setecientosmonos* de 1966), lo leerían los colegas de Rosario que, como Alberto Giordano, *blanchotizan* incluso a Barthes, hasta «La escritura desencantada», el pionero ensayo sobre *El espacio literario*, de Oscar del Barco, en *Los Libros* (noviembre 1969).

Corroborando a Gerbaudo, Nora Catelli, Beatriz Sarlo y a tantos otros colegas, Derek Attridge, en su notable *The singularity of Literature* (2017), denuncia, en los últimos años, el poder del mercado en la academia, fenómeno que se traduce en libros, a su juicio, infrainvestigados y autopromovidos. Esto cambia totalmente el papel de la teoría, mucho más complejo, aunque también interesante. En los 60–70, la teoría contribuyó con una inusitada terminología y renovados enfoques a la construcción de sólidas carreras. Pero en años más recientes, sin embargo, la teoría dio pie a una nostalgia de tiempos «antes de la teoría», tiempos basados en la identificación amorosa y la banalidad narcísica. Contrariamente a la singularidad de Martín Prieto («cuando publiqué la *Breve historia de la literatura argentina*, yo quería que ese libro se llamara "una" historia de la literatura argentina porque no era "la" historia de la literatura argentina. Era una: la que podía escribir entre los años 2002 y 2006 y que tampoco sería la que escribiría ahora»), es decir, en su potente *constructo* antipopulista de 1954, que repele los abordajes de *Kulturkritik*, al estilo Henriquez Ureña, Enrique Anderson Imbert, muy enaltecido por Enrique Pezzoni, una de las piezas claves de la reacomodación posdictadura en la UBA, se preguntaba: «¿Es posible una Historia–historia de la Literatura–literatura?» (Anderson Imbert, 1954:7). No era otro su objetivo.

Pensar los estudios literarios a futuro no puede agotarse en un plan previsto previamente. Debe, no obstante, ser capaz de estimular una reflexión retroactiva, partiendo de la premisa, enunciada por Nelly Richard, de que los presentes inquietos e inconformes suelen mirar no solo hacia atrás —los desciframientos pendientes del pasado inconcluso— sino también hacia adelante —la invención de futuros a construir— en señal insumisa a la síntesis poshistórica de la actualidad neoliberal. Cada fenómeno es así la posibilidad (o sea, la imposibilidad) de aparición de lo nuevo. La literatura es un instrumento de la historia, *ein Organon der Geschichte*, decía Benjamin, y habrá que hacer lo imposible para no volverse nunca materia de la historia, es decir, para que

transcurra siempre de la esencia posible a la existencia necesaria. Es lo que propone Analía Gerbaudo con su implacable mirada, en esta performance logóloga, que no se amedrenta ni por las falsedades testimoniales, ni por el hecho de que muchos agentes aún estén vivos.

Referencias

Anderson Imbert, Enrique (1954). *Historia de la literatura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica.

Cassin, Barbara (2011). El au–sentido, o Lacan de la A a la D. En Badiou, Alain y Cassin, Barbara, *No hay relación sexual*. *Dos lecciones sobre «L'Étourdit» de Lacan* (pp. 13-86). Amorrortu.

Cassin, Barbara (2022). *Ce que peuvent les mots. Philosophiser.* Bouquins éditions.

Comfort, Alex (1947). El sadismo literario y los orígenes de Miss Blandish. *Realidad*, I2(4), 14–26.

Krauel, Javier (2022). *Un intelectual en tiempos sombríos. Francisco Ayala, entre la razón y las emociones (1929–1949).* Fundación Francisco Ayala/Universidad de Granada.

Warner, Rex (1938). *The Professor*. Penguin.

Warner, Rex (1947). El método alegórico. *Sur*, (153/156), 151–165.

Simplemente, gracias...

¿Cómo ingresar aquí, en un espacio tan pequeñito, los nombres de todxs aquellxs con quienes fui definiendo, en estos treinta años de trabajo, mis objetos de investigación mientras fui definiendo también la forma en que elegía transitar por las instituciones (por la vida misma)? Me arriesgo a un relato de este tipo porque fantaseo con intervenir, también desde este espacio, contra los discursos que abonan la ilusión de lxs «creadorxs increadxs»: nadie se «hace solx» en ningún lado y bajo ninguna circunstancia, como aprendí de ese Bourdieu del que me apropié, a mi manera.

Empiezo por admitir que no hubiera podido sostener esta investigación sin la conversación inteligente con un conjunto de amigxs y compañerxs: Francisco Aiello, Raquel Alarcón, Claudia Amigo Pino, Raúl Antelo, Marcela Arpes, Nora Avaro, María del Pilar Blanco, Ben Bollig, Gustavo Bombini, Ana Camblong, Mar Campos Fernández−Fígares, Mila Cañón, Nora Catelli, Marisa Censabella, Sandra Contreras, Marcela Croce, Eleonora Cróquer Pedrón, Leonel Cherri, Miguel Dalmaroni, Nora Domínguez, Pablo Domínguez Galbraith, Juan Ennis, Stefano Maria Evangelista, Raquel Fernández Cobo, Alejandro Gasel, Graciela Goldchluk, Carola Hermida, Edda Hurtado, Pascale Laborier, Daniel Link, Martina López Casanova, Laura Marcus, Luciana Martínez, Annalisa Mirizio, Cristian Molina, Facundo Nieto, Rossana Nofal, Martín Prieto, Rodrigo Ponce, Dinah Ribard, Paulo Ricci, Adriana Rodríguez Pérsico, Sabine Schlickers, Susana Scramim, Roland Spiller, María Celia Vázquez y Alain Viala me acogieron hospitalariamente en las instituciones en las que trabaja(ro)n para discutir versiones preliminares de este

libro; Aline Angoustures, Idelber Avelar, Gonzalo Aguilar, José Emilio Burucúa, Juan Pablo Canala, Mila Cañón, María de la Cruz Castro Ricalde, Wilfredo Corral, Emilio Crenzel, Verónica Delgado, Fernando Degiovanni, Nora Domínguez, Álvaro Fernández Bravo, Laura García, Laura Gentileza, Alberto Giordano, María Teresa Gramuglio, Carola Hermida, Laurent Jeanpierre, Christian Jouhaud, Pascale Laborier, Cecilia López Badano, Federico Lorenz, Peter McDonald, Maissam Nimer, Gabriela Olivo de Alba, Andrea Ostrov, Louis Pinto, Judith Podlubne, Raúl Rodríguez Freire, Grínor Rojo, Lucila Santomero, Beatriz Sarlo, Julio Schvartzman, Duygu Tasalp, Verónica Forchino, Santiago Venturini y Mónica Velázquez me ayudaron con observaciones, referencias, envíos a archivos y comentarios precisos sobre aspectos puntuales.

Le debo el haber permanecido en aquella tribu de antropólogxs y sociólogxs nucleadxs alrededor de Gustavo Sorá y del proyecto INTERCO (capítulo Argentina) a Alejandro Blanco que, a pesar de mis desconciertos metodológicos iniciales, me animó a continuar. Las devoluciones detalladas, agudísimas e inteligentes de Fernanda Beigel (no es necesario aclarar que su producción, junto a la de Gisèle Sapiro, son los modelos metodológicos que sigo, como puedo), las atinadas sugerencias de Ariel Wilkis, Alejandro Dujovne y Gustavo Sorá y la conexión vía Mariana Heredia, con Claudio Benzecry, ayudaron a afinar estos resultados.

¿Cómo no nombrar a Miguel Dalmaroni? Su confianza en la potencia de un trabajo como el que despuntaba en mi presentación a una beca posdoctoral del CONICET por el año 2005 lo llevó a enfrentarse (como él mismo reconocerá apenas unos años después en un libro que se convirtió en bestseller de ediciones UNL) a «algunos circuitos hegemónicos de la crítica universitaria» que sostenían entonces una marcada «reserva intelectual» sobre estos temas de borde disciplinar. La dedicación con que, sin haber sido mi director, me acompañó en las decisiones profesionales más importantes tomadas aquellos años se querían parte de prácticas involucradas con un proyecto de país que apostaba a la institucionalización sostenida de la ciencia y la educación y a la profesionalización de profesorxs e investigadorxs desparramadxs por todo el territorio y más allá. En aquel país, Dora Barrancos había incorporado con decisión inquebrantable las luchas de género en el seno del organismo más prestigioso de producción científica; ese que, apenas un tiempo después, Mario Pecheny contribuyó a gestionar desde una horizontalidad y con una entrega inauditas. Como en «bucle extraño», mis investigaciones giran, en buena medida, sobre esa historia que despertó el interés de Gisèle Sapiro (sin su confianza en que podía expandir aquella investigación «de caso» a las dimensiones que cobra esta que ahora presento, no habría realizado este

trabajo). Sin los envíos de Miguel a «mostrar afuera lo que estaba haciendo», era poco probable que nos conectáramos con Sapiro y a través de ella, con Max Hidalgo Nácher y Annalisa Mirizio; también le debo a Miguel la conexión con Rossana Nofal y el mundo–Tucumán, con Graciela Goldchluk y el mundo–La Plata. Con Max, Rosana y Annalisa tenemos un programa de investigación que compromete todos nuestros años laborales activos dada la escala planificada (algo que Jorge Panesi había vaticinado al momento de hacerle una de mis primeras entrevistas, por 2006 —también necesito agradecerle a él como ahora le agradezco a Julio Schvartzman, la confianza en que podría con el trabajo que hago desde entonces).

A Gisèle Sapiro le debo la orientación de mis prácticas desde que nos conocimos una mañana lluviosa y helada de noviembre de 2011. Reponer el episodio de ese encuentro importa en la medida en que echa por tierra cualquier especulación respecto de formas y protocolos convenientes a seguir en el mundillo. Por aquellos días yo residía en la Casa Argentina de París gracias a una beca dirigida por Annick Louis. A pesar de los beneficios increíbles que me otorgaba esa beca financiada por varias instituciones francesas, mi enojo con lo infamante de algunos trámites migratorios por los que debía pasar para obtener mi tarjeta de residencia me hacían hacer síntoma. El que ahora se me aparece con más claridad se dio en un congreso al que, con una generosidad intelectual con la que siempre estaré en deuda, Annick me había invitado a exponer. Nos había tocado la mesa coordinada por Sapiro. Caí con el pelo desarreglado y mojado, una campera vieja y sucia y un jean roto. Annick leyó el trabajo completo; dada mi calamitosa pronunciación del francés, me limité a responder algunas preguntas muy puntuales. Esa presentación motivó que Sapiro me integrara, en principio, al proyecto INTERCO SSH. A ella le debo, entre muchas otras cosas, el estímulo para llevar adelante las investigaciones cuyos resultados expongo en este libro.

Quisiera agradecer a los 151 colegas que cooperaron respondiendo nuestras preguntas iniciales y luego, nuestras consultas. Importa subrayarlo: las entrevistas publicadas son un material aquí apenas explorado, solo recorrido a partir de los interrogantes que esta investigación planteó. Por lo tanto, domiciliarlas en un sitio web institucional y en acceso abierto es nuestro modo de ponerlas a disposición para investigaciones por–venir mientras actuamos las políticas de exhumación y de archivo a las que apostamos, entre otros lugares, desde la serie en la que este libro se integra.

De ese conjunto de 151 «agentes del campo», agradezco en especial a algunxs. A Annick Louis, por el mundo que me abrió, más allá de nuestro posterior distanciamiento. El acompañamiento afectuoso, de ella y de su familia, durante el tiempo que me dirigió en varias actividades de investigación, entre 2011 y

2015, así como el compartir materiales entonces inhallables gracias a los cuales mi investigación sobre las clases de lxs críticxs en la universidad de la posdictadura viró radicalmente, y para bien, me siguen dejando en deuda. Esos materiales fueron gestionados, otra vez, desde París y por argentinxs: en un encuentro organizado en 2010 por Julio Premat y Sergio Delgado en la casa que nuestro país tiene en la Ciudad Internacional, quien me escuchó y me alentó y tramitó el contacto con Annick para que pudiera hallar algunas de esas clases que él mismo había transcripto, atesorado y luego desechado en sus sucesivas mudanzas de Buenos Aires a Venezuela y a Estados Unidos fue Sergio Chejfec. Ese gesto de escucha y solidaridad se repitió en más de una ocasión: cada vez que nos encontramos con Victoria Torres recordamos la noche en que él y Sabine Schlickers saltaron una valla para conseguir la llave de nuestra habitación en un hotel de Fráncfort que no tenía personal nocturno. En dos ocasiones, el mismo gesto de no dejar afuera: no dejar dormir afuera, no dejar afuera de una conversación intelectual a partir de la socialización de materiales. Y justamente, en esa línea, y para volver a Annick, no deja de conmoverme que, a pesar de nuestro alejamiento, cuando alguno de mis aportes le resultan útiles, los incluya en sus textos. Gestos profesionales de este tipo alientan la esperanza en el trabajo por–venir. A Julio Schvartzman le debo la lectura desinteresada de más de un borrador desprolijo y el mejoramiento (hasta donde pude) de esos borradores gracias a sus lecturas; decir «lectura» en el sentido Schvartzman del término es decir discusión franca y honesta, envíos a un sinfín de materiales y regalos de tantos otros. Por último, una mención a Celina Manzoni. Sobre el cierre del trabajo, Celina pudo enviarme, vía la amorosa mediación de Ivana Tosti, un material que estaba esperándome en su casa desde el inicio de la pandemia. Leer el conjunto de clases dictadas por el equipo liderado por Jitrik en la «universidad montonera» me obligó a hacer reajustes que expandieron un poco más el tiempo de publicación previsto para estos análisis. Este regalo, a puro don, no deja de ponerme, otra vez, en deuda.

A Pablo Bardauil, Beatriz Bixio, Gustavo Bombini, Juan Pablo Canala, Sandra Fernández, Julieta Leyell, Marina Mitelman, Virginia Schubav, Carina Meynet, Betina Prenz y Beatriz Vottero, el don del tiempo para responder entrevistas y consultas, buscar datos institucionales, facilitar materiales inhallables para esta y otras investigaciones en camino y corregir errores u omisiones con tanto de paciencia como de generosidad.

A lxs evaluadorxs de este tomo, Raúl Antelo, Fernanda Beigel, Nora Catelli, Ana Gargatagli, Graciela Goldchluk y Bénédicte Vauthier, el regalo del tiempo de su lectura y la inteligencia de sus comentarios que tomé, como pude, a mi manera. Y otra vez, a Nora y Ana, el aporte de materiales que se sumaron y

enriquecieron los cuentos sobre las formaciones rosarinas desarrolladas durante el onganiato y sus derivas. A Félix Chávez que pensó, discutió y escribió este texto conmigo: su edición inteligente de mis trabajos más importantes fue otro regalo de la vida, otro «azar convertido en don».

Al equipo de Vera cartonera, la pasión, la creatividad y la alegría en el hacer juntxs y, mientras tanto, aprender.

A Cintia Carrió, el haberme impulsado, en el ya lejano 2006, a que intentara postularme al CONICET después del mal recuerdo de los años noventa (ese tiempo en el que la lista de lxs becarixs doctorales de todas las disciplinas entraba en una hoja de papel tamaño carta —otra que indicador de desfinanciamiento estatal—). Su afectuosa y firme insistencia logró vencer mis resistencias: resultaba difícil creer que era real la apertura que entonces se producía.

A Germán Prósperi, todo lo compartido y lo discutido, y todo lo que se fortaleció a partir de lo compartido y de lo discutido, desde los noventa hasta los días que corren.

A Oscar Vallejos y Adriana Crolla, la ternura y la delicadeza, justo ahí, cuando tanto se necesitaron.

A Daniela Gauna, la conversación nunca complaciente unida al acompañamiento amoroso que ya lleva más de treinta años, desde la casita de Santa Rosa junto a Celina (¿cómo no agradecer la ayuda de Celina para que consiguiera mis primeros trabajos en la escuela secundaria y los viajes en auto a Esperanza —esquina de Avenida Freyre y Tucumán, a las siete de la mañana— y los consejos y todo lo que no entra ni podría entrar en unas líneas de unos agradecimientos?).

A lxs becarixs, profesorxs e investigadorxs que dirigí, por lo transitado juntxs y por haber entendido en qué momento era importante que se alejaran de mí para aprender con otrxs aquello que no podía enseñarles.

Al equipo de *El taco en la brea*, la apuesta a la gestión editorial pública en acceso abierto y gratuito.

A todos los equipos de investigación, la tracción y la energía.

A Julián Balangero que con su impagable diseño mejora la lectura de lo que publicamos.

A Florence Baranger y Ian Barnett, el permitirme hacer viajar lo que escribo a otras lenguas y, mientras tanto, ayudarme a afinar los textos. A Jorge Fondebrider y a Rodrigo Molina–Zavalía, el facilitar estas conexiones, entre muchas otras cosas.

A Erika Hynes, Laura Tarabella, Mariana Perticará, Bibiana Iaffei y Daniel Comba, la obsesión por darle continuidad a las políticas públicas y la escucha, en especial en momentos difíciles.

A Julia Bernardi, Cristian Ramírez, Carmen Perilli y Susana Romano Sued, la fortaleza, el rechazo a la resignación y la distancia de toda épica.

A Pampa Arán, todo lo que me enseñó y me sigue enseñando...

A Natalia Amsler, Agustín Erbetta, Paola Gatto, Luciana García, Juan Monzón, Paula Puig, Hernán Pfeiffer, Indiana Venetucci y Andrea Saux, la honestidad y la disponibilidad incondicional, a cualquier hora de todos y cada uno de los días («voy a hacer con vos lo que me gustaría que, en tu situación, hicieran conmigo»: esta frase no se borrará jamás de mi memoria). A Agustina Albrecht, Fernanda Boxler, Agustina Castillo (y su grupo de residentes, Rocío Buero, Josefina Carrasco, Romina Chalita, Magalí Maglione, Maximiliano Micheloni y Milagros Prazenica), Pilar Giannone, Cristian Lorenzatti, María Paula Mega, Eugenia Pampinella y Agustina Yódice, el compromiso. Al equipo de enfermerxs y personal de servicios generales del Sanatorio San Jerónimo, Cristian Acevedo, Malvina Álvarez, Emiliano Artigas, Nurit Belén, Julia Bogado, Mayra Bogado, Patricia Centurión, Matías Clementín, Candela Colman, Gisele Díaz, Vanesa Chamorro, Jesica Ferreira, Ivana Figueroa, Georgina Fizzani, Mónica Fugas, Aldana González, Miguel Ángel López, Débora López Quiroga, Iván Luna, María Paula Miele, Eugenia Moreyra, Silvia Núñez, Georgina Orellano, Romina Paiva, Norma Pavón, Alexis Peralta, José Prado, Rodrigo Rebottaro, Carolina Retamar, Oscar Rivas, Daniela Rodríguez, Olma Rodríguez, Rocío Rodríguez, Cristian Schnider, Juan Valladares, Pamela Velázquez y Mónica Zerbonia, todos los cuidados y la calidez; a las nutricionistas Marianela Gozalbes, Lucila Sosa y Constanza Winkler, la escucha en un momento particularmente bravo. A Alexandra Kohan que tal vez nunca pueda dimensionar qué significó para mí, justo en este trance, toparme con su sanador libro *Un cuerpo al fin* (ese cuyos fragmentos compartí en los días de internación junto a Paola Gatto, Miguel Ángel López, Hernán Pfeiffer e Indiana Venetucci, mis angelitxs terrestres de la guarda a lxs que se sumó luego Cristian Acevedo). A Samuel Seiref y Alba Bielsa, por tantos años, por lo de ahora. A Alejandra Calisse, Verónica Chamorro, Carina Méndez, María Pía Penca, Raúl Pérez Lindo, Pascale Laborier y Fabien Calvo, el amparo. A Solange Bournissent, mi enfemera personal, la responsabilidad con que encara su tarea profesional.

A Adriana Gonzalo, Daniela Dorfman y Laura Soledad Romero (y a su infatigable compañero de camino, Rafael Arce), el contagio del empecinamiento y de la actitud corajuda (si me apuran un poco diría que se han convertido en mis heroínxs, mis modelos ante la vida misma con sus contratiempos y su intensidad y su belleza).

A Rossana Nofal, el «corredor» y todo lo demás, desde 2006 y para lo que nos quede.

A Federico Ariel, la curiosidad, la obsesión y la alegría.

A Ángeles Ingaramo, la preservación de la ternura (no sin pagar los precios más altos).

A Santiago Venturini, los mil y un gestos de cuidado, la fascinación con los saberes, la búsqueda constante, el talante humilde y sincero (porque no es joda: la «selección» y la «combinación» de las palabras cuentan; eso, entre tantas otras cosas, lo aprendí durante nuestras incontables horas de trabajo, lunes a las 16, por ZOOM).

A Juan Pablo Canala, la apuesta por un modo de intervención en la chacrita que está fuera de las coordenadas de este mundo, a puro don.

A Marcela Croce, los proyectos compartidos y la hermosa sorpresa de una amistad construida en la vejez, cuando ya todo parece clausurado.

A Sylvia Saítta, la ayuda franca en el tránsito por caminos nuevos.

A Lucila Santomero, el don del tiempo ante tantas consultas sobre cómo usar el lenguaje desalambrado sin pifiarla y tanto más...

A Eduardo Piccato y Adys Priotto, la comprensión sostenida en el tiempo compartido: las tardes con torta de chocolate, té y budín inglés bajo la planta de moras de la abuela Isabel y tanto más que no cabe en una frase (en ninguna frase).

A Ivana Tosti, el fervor por cada libro discutido y proyectado, la amistad.

A Félix Chávez, el amor (de mi vida), el hacer que tenga sentido cada día («nada te importa en la ciudad si nadie espera», canta Fito). A Titina, el empeño (aprender a leer y a escribir con arriba de setenta y confiar, a sus noventa, en lo que tenemos para decir–le quienes «escribimos libros» es tanto una presión como una alerta respecto de nuestra responsabilidad en los debates del presente).

A Sandra Loretán, Dardo Lizárraga y Mariela Ingaramo, la infancia compartida que habilita las conversaciones y todo lo bueno que se desata en mí cada vez que nos hablamos en estos años turbulentos. A mis compañerxs de la primaria y de la secundaria de Santa Clara de Buena Vista, el ayudarme a ver hoy, a la distancia, más matices. A José Vinciguerra, todo lo que me enseñó al compartir sus lecturas: eso que pude aprender mucho después y, como suele suceder, sin que él tuviera noticias de semejante transferencia.

A Dina San Emeterio, tan recordada, siempre, aunque en especial, en los tiempos que corren. ¿Cómo no fantasear con transformar en eslogan una de sus ocurrencias? Como las entrevistas que diagramamos antes de que eclosionara el lenguaje desalambrado, transcribo su mandato tal cual ella lo repetía, cual rezo pagano, en los noventa: «Jugá con los que juegan». Lejos del

individualismo en escalada, la frase apuntaba, como ella diría, a «no hacerse malasangre» por aquellxs que nos llevan hacia atrás. En versión Graciela Goldchluk (que sí se hizo una remera con esta frase popularizada por Miss Bolivia): «A la gilada, ni cabida».

A Claudio Lizárraga. «Sé perfectamente que no me puede oír» y, sin embargo, escribo porque «él solo me oye dentro de mí, dentro de nosotros que solo podemos ser nosotros mismos a través de la resonancia en nosotros del otro» (como aprendimos de Derrida). Nosotrxs, lxs que lo quisimos. Nos conocíamos desde los cuatro años. Fuimos a la misma y única escuela pública de un pueblito de seis cuadras por nueve donde, entre otras actividades, participábamos del «Club de niños pintores» llevado adelante por «la señora René», su mamá. Volvimos a encontrarnos en la universidad, muchos años después. Compartimos un tiempo breve de militancia en Franja Morada (una deriva de mis años alfonsinistas que duró apenas algunos meses) y seguimos trabajando juntxs sin que nunca haya sido un obstáculo mi distancia de la agrupación, primero, y mi corrimiento al kirchnerismo, después. Por el contrario: esa diferencia enriquecía cómo imaginábamos cada proyecto compartido desde la universidad en la que nos habíamos formado y que amábamos, cada unx a su manera. Participó de todas las presentaciones a las que lo invité sin que jamás, ni como decano ni como vice–rector, me haya observado ni un tono ni una palabra ni una idea de aquellos textos que, puntillosamente, cada vez, le enviaba con anticipación, por si acaso, para no exponerlo. Este puñado de recuerdos y este libro va dedicado también, a un colectivo indeterminado: un nosotrxs integrado por todxs lxs que sientan que, a pesar de su ausencia, algo suyo revive cada día, con cada acción minúscula que suponga continuar en algo su ética, su perspectiva hospitalaria (ese modo infrecuente de entender toda diferencia como tal, sin juzgar, sin moralizar, sin pretender domesticar o neutralizar lo que incomoda) y su modo alegre de transitar las instituciones, a pesar de todo.

Santa Fe, 16 de julio de 2023

Sobre lxs autorxs

Raúl Antelo ha sido catedrático en la Universidade Federal de Santa Catarina, profesor visitante en las Universidades de Yale, Duke, Texas at Austin, Maryland y Leiden. Presidió la Associação Brasileira de Literatura Comparada (ABRALIC) y fue distinguido con la Beca Guggenheim y el doctorado *Honoris causa* por la Universidad de Cuyo. Es autor de *Maria con Marcel. Duchamp en los trópicos; Crítica acéfala; Alfred Métraux: Antropofagia y cultura; Archifilologias latinoamericanas: lecturas tras el agotamiento. A ruinologia; A máquina afilológica*; *En muerte: miniaturas urbanas*; *Azulejos*. *Lo transvisual y la arqueología de lo moderno.* Ha editado a João do Rio, Mário de Andrade, Jorge Amado y Raul Pompeia; *Antonio Candido y los estudios latinoamericanos*, la *Obra Completa* de Oliverio Girondo y *Lirismo +Crítica + Arte = Poesia. Um século de Pauliceia Desvairada*. *Un guion de extimidad. Escritos sobre la obra de Raúl Antelo* reúne estudios sobre su obra. Acaba de publicar *La vida se complica cuando se hallan escombros a cada paso* (en acceso abierto en el sitio Web de Vera cartonera).

Nora Catelli se licenció y fue profesora en la Universidad Nacional de Rosario hasta su exilio, en 1976. En Barcelona se doctoró en Filología Hispánica con una tesis sobre *La expresión americana* de José Lezama Lima. Es profesora emérita de la Universidad de Barcelona. Además de numerosos artículos sobre teoría literaria, géneros autobiográficos o historia intelectual, se le deben los siguientes libros: *El espacio autobiográfico*; *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América. Relatos, leyes y representaciones de los otros*

(en colaboración con Marietta Gargatagli); *Testimonios tangibles. Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna* (XXIX Premio Anagrama de Ensayo); *En la era de la intimidad, seguido de El espacio autobiográfico*; *Juan Benet. Guerra y literatura*; *Desplazamientos necesarios: lecturas de literatura argentina*; *La tarea del traductor de Walter Benjamin* (edición y prólogo). Ha dictado y participado de cursos en las Universidades de Buenos Aires, Nueva York, Princeton, Pensilvania, Campinas y Harvard.

Analía Gerbaudo enseña Teoría Literaria y Didácticas de la lengua y de la literatura en la Universidad Nacional del Litoral. Es investigadora del CONICET. Dirige la editorial Vera cartonera y la revista *El taco en la brea* (ambas en línea). Entre sus publicaciones se cuentan *Ni dioses ni bichos. Profesores de literatura, currículum y mercado, La lengua y la literatura en la escuela secundaria, Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984–1986)* y *La institucionalización de las letras en la universidad argentina (1945–2010). Notas «en borrador» a partir de un primer relevamiento.* Ha sido Visiting Fellow Professor en Trinity College en la Universidad de Oxford y Directrice d'études invitée en la École des Hautes Études en Sciences Sociales en el Centre européen de Sociologie et de Sciences Politiques.

Abrirán, personas lectoras, las páginas de *Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina (1958–2015)* para encontrar una investigación de largo aliento que se manifiesta en observaciones masticadas con el tiempo. Quien conoce la preparación meticulosa de esta investigación y el vuelo que alcanzó su reflexividad bourdieusiana, se impresiona por cómo Gerbaudo logra asir la magnitud del proceso de institucionalización de los estudios literarios en Argentina. El análisis de un monumental corpus de obras, entrevistas y datos primarios le permite ofrecer un panorama de las trayectorias más significativas de cada etapa de los estudios literarios desde 1958.

La cantidad y calidad de accesos empíricos acometidos prometen y cumplen con un análisis panorámico en el que se destaca la complejidad de estrategias desarrolladas por sus agentes. En contextos adversos y diversos, los habitus (literario, científico y universitario) se van tejiendo para explicar las prácticas de agentes que conviven de modo más o menos conflictivo. Gerbaudo ausculta el papel de las instituciones, sus criterios de reclutamiento y evaluación en el desarrollo diferencial de la trayectoria de escritorxs, investigadorxs y profesorxs pero demuestra el papel decisivo de sus tomas de posición en ese margen de maniobra que ofrece un campo académico heterogéneo. Juegan su rol las revistas, los institutos y asociaciones que van consolidando este espacio multiverso pero también se destacan las agendas que trascienden los límites de una época como la discusión sobre el Hispanismo–Latinoamericanismo, una contribución sustancial para comprender los hilos conductores de los estudios literarios en Argentina.

Seguramente hay otros trabajos con contribuciones significativas para la comprensión de las dimensiones de tiempo y espacio acometidos aquí pero no creo que exista una cartografía densa como la que ofrece Gerbaudo en este esfuerzo investigativo mayúsculo capaz de captar las asimetrías y polos existentes en el país. A lo largo de este fascinante recorrido pone en relación las condiciones específicas de las letras y sus cultores con las dinámicas políticas y estatales que se inyectan por las porosas fronteras del campo en los distintos períodos. Como fruto de una exploración empírica envuelta con un bagaje de datos de gran escala, personas lectoras leerán una sociología de la literatura escrita con elegancia y algarabía.

Fernanda Beigel

UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL